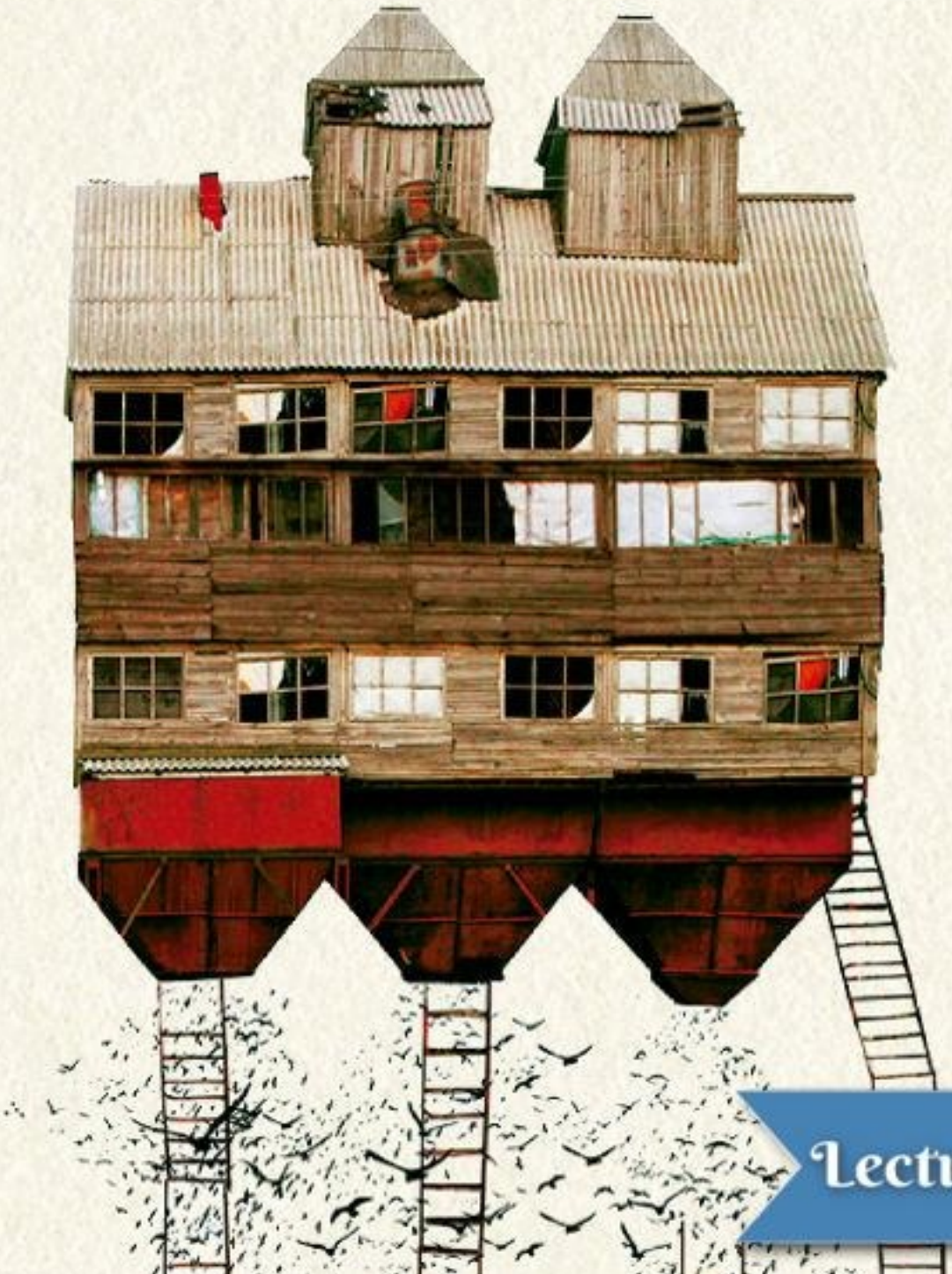
MIRCEA CĂRTĂRESCU

Solenoide

Traducción de Marian Ochoa de Eribe
Posfacio de Marius Chivu



Lectulandia

«Tras leer Solenoide, en cierto modo tu vida se corta en dos, dejas de ser un lector común, como al leer a Homero, Kant o Heidegger». (Gabriel Liiceanu).

Considerada por la crítica la obra más madura de Mircea Cărtărescu hasta el momento, Solenoide es una novela monumental, deslumbrante, en la que resuenan ecos de Pynchon, Rilke, Borges y Kafka. Estamos ante el diario de un escritor frustrado, que desgrana su infancia y su adolescencia en los arrabales de una ciudad comunista, devastada, gris y fría: una Bucarest alucinada, dotada de una melancolía abrumadora.

Profesor de Rumano en un instituto de barrio, con una carrera literaria fracasada y una profesión que no le interesa, compra una casa antigua con forma de barco, construida por el inventor de un solenoide, que en sus tripas alberga una extraña maquinaria: un sillón de dentista dotado de un tablero de mandos. Pronto intima con una profesora que ha sido captada por una secta mística, la de los piquetistas, que organizan manifestaciones nocturnas por los cementerios de la ciudad. Mientras tanto, el narrador se enfrenta a alucinaciones que le revelan la amarga verdad de su existencia.

Solenoide es la piedra de toque en torno a la que gravitan el resto de ficciones de Cărtărescu. Una novela que atrae todas las pistas, temas y obsesiones literarias de un autor genial que se ha ido convirtiendo, poco a poco, en un escritor de culto.

Lectulandia

Mircea Cărtărescu

Solenoide

ePub r1.1
Titivillus 25.03.2018

Título original: *Solenoid*
Mircea Cărtărescu, 2015
Traducción: Marian Ochoa de Eribe, 2017
Postfacio: Marius Chivu, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

* * *

Un hombre de sangre roba en la cima lodo
Y forja con él su fantasma
De sueños, de sombra y de aroma,
Y vivo lo baja en ofrenda.
Pero el sacrificio tan inútil resulta
Como bello el canto del libro. Amado libro, tan infecundo,

No ofreces respuesta a ninguna pregunta.

TUDOR ARGHEZI, *Ex libris*

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

HE cogido piojos otra vez. Ni siquiera me sorprende, ya no me asusta, ya no siento asco. Solo me pica. Liendres tengo todo el tiempo, caen de mi cabeza cada vez que me peino en el baño: huevitos de color nacarado que brillan oscuros en la porcelana del lavabo. Algunas se quedan prendidas entre las púas del peine y las limpio con un cepillo de dientes viejo, el del mango enmohecido. Soy profesor en una escuela de las afueras, así que es imposible no coger piojos. La mitad de los niños tienen piojos. Se los encuentran al comienzo del curso, en la consulta del médico, cuando la enfermera les examina el cabello con los movimientos expertos de los chimpancés; solo que ella no tritura con los dientes la corteza de quitina de los insectos capturados. Recomienda a los padres, en cambio, una solución blancuzca-lechosa que despide un olor químico, la misma que utilizamos los profesores. Toda la escuela acaba oliendo, al cabo de unos días, a solución antipiojos.

De todas formas, tampoco es tan grave, al menos no tenemos chinches, hace mucho que ni siquiera se ven. Las recuerdo bien, las vi por primera vez con mis propios ojos cuando tenía unos tres años, en la casita de Floreasca donde vivimos entre el 59 y el 60. Me las enseñaba mi padre cuando levantaba de repente el colchón. Eran unas bolitas rojizas, duras y brillantes como los frutos del bosque o como esas bolas negras de la hiedra que no había que meterse en la boca. Solo que las bolitas escondidas entre el colchón y la estructura de la cama salían corriendo hacia las esquinas oscuras, tan asustadas que me daba la risa. Me encantaba que, cuando tocaba cambiar las sábanas, mi padre levantara el pesado colchón para poder contemplar a aquellos animalitos regordetes. Me reía entonces de tan buena gana que mi madre, que me llevaba todavía con el pelo largo lleno de ricitos, me cogía siempre en brazos y escupía[1] para espantar el mal de ojo. Mi padre traía entonces la bomba de insecticida y les lanzaba tal chorro maloliente a las chinches escondidas en los huecos de la madera que las dejaba fritas. Me gustaba el olor de la madera de la cama, abeto rezumante todavía de resina. Me gustaba incluso el olor a insecticida. Luego mi padre dejaba caer el colchón y aparecía mi madre con las sábanas. Cuando las extendía sobre la cama, se hinchaban como un buñuelo enorme en el que me encantaba meterme. Dejaba que la sábana se fuera depositando lentamente sobre mí, que se pegara a mi pequeño cuerpo, pero no de cualquier manera, sino dibujando complicadas arrugas y arruguitas. Por aquel entonces, las habitaciones eran grandes como naves y en su interior daban vueltas dos personas gigantes que, no se sabe por qué, se ocupaban de mí: mi madre y mi padre.

Pero no recuerdo las picaduras de las chinches. Mi madre me decía que son como circulitos rojos con un punto blanco en el centro. Y que la sensación era más de ardor

que de picor. No lo sé, la cuestión es que mis alumnos me contagian sus piojos cuando me inclino sobre sus cuadernos, es algo así como una enfermedad profesional. Llevo el pelo largo desde la época en que quería convertirme en escritor. Eso es lo que conservo de mi carrera como tal, las melenas. Y el jersey de cuello vuelto, como el del primer escritor que vi y que se convertiría para mí en la imagen, gloriosa e intocable, del autor: el de *Desayuno en Tiffany's*. Mi cabello siempre se roza con el de las niñas, rizado y lleno de lacitos. Y por esos hilos duros, semitransparentes, suben los insectos. Sus garras tienen la curvatura de una hebra de cabello a la que se aferran a la perfección. Se pasean luego por el cuero cabelludo, donde depositan sus excrementos y sus huevos. Pican la piel jamás acariciada por el sol, de un blanco inmaculado, como de pergamino. Ese es su alimento. Cuando los picores se vuelven insoportables, abro el agua caliente de la bañera y me dispongo a exterminarlos.

Me gusta el ruido del agua en la bañera, ese burbujeo tumultuoso, la caída turbulenta de millones de gotas y chorros que giran en espiral, el rugido del turbión vertical en la gelatina verde del agua que crece a un ritmo infinitesimal, conquistando las paredes de la bañera gracias a crecidas que bloquean e invaden bruscamente, como si fueran infinitas hormigas transparentes bullendo en la selva amazónica. Cierro el grifo y se hace el silencio, las hormigas se funden unas en otras y el zafiro blando como la gelatina se queda inmóvil, me mira como un ojo cristalino y me espera. Desnudo, entro con voluptuosidad en el agua. Sumerjo inmediatamente la cabeza, siento cómo las paredes de líquido suben de forma simétrica por mis mejillas y por mi frente. El agua me atenaza, es dura, me obliga a levitar en el centro. Soy la semilla de un fruto de carne verde-azulada. Mi cabello se extiende hasta los bordes de la bañera como un pájaro negro abriendo sus alas. Las hebras se rechazan, cada una de ellas es independiente y flota, empapada de repente, entre las demás, sin tocarlas, como los tentáculos de las estrellas de mar. Muevo bruscamente la cabeza a uno y otro lado para sentir cómo las hebras se tensan, se extienden por el agua densa y adquieren peso, un peso sorprendente. Resulta difícil sacarlas de sus alvéolos de agua. Los piojos se agarran con fuerza a los troncos gruesos, formando un todo. Sus rostros inhumanos muestran una especie de perplejidad. Sus caparazones están compuestos por la misma sustancia que las hebras de pelo. Se empapan también en la sustancia caliente pero no se disuelven. Los tubos respiratorios colocados simétricamente en el borde de los troncos gofrados están bien cerrados, como las fosas nasales de las focas. Floto inmóvil en la bañera, relajado como un preparado anatómico, la piel de los dedos se hincha y se arruga. También yo soy blando, como si estuviera recubierto de quitina transparente. Las manos, libres, flotan en la superficie. El sexo tiende asimismo a elevarse, como un tapón de corcho. Es tan extraño tener un cuerpo, existir en un cuerpo…

Me incorporo y empiezo a enjabonarme el cabello y el cuerpo. Mientras tenía las orejas sumergidas en el agua escuchaba claramente las conversaciones y los golpes

en los apartamentos contiguos, pero como entre sueños. Ahora tengo tapones de gelatina en los oídos. Me froto el cuerpo con las manos llenas de jabón. Mi cuerpo no me resulta erótico. Es como si mis dedos no recorrieran mi cuerpo sino mi mente. Mi mente vestida de carne, mi carne vestida de cosmos.

Al igual que me pasa con los piojos, no me llevo ninguna sorpresa cuando llego al ombligo. Hace ya varios años que me sucede. Al principio me asusté, por supuesto, porque había oído que el ombligo se te puede reventar. Pero a mí nunca me había causado problemas, porque mi ombligo no era más que un hueco en el vientre «pegado a la columna vertebral», como decía mi madre. Al fondo de este hueco había algo desagradable al tacto que nunca había me había preocupado seriamente. El ombligo no era más que ese huequito de la manzana del que nace el rabito. También nosotros crecimos como un peciolo atravesado por venillas y arterias. Pero unos meses antes, mientras pasaba deprisa los dedos sobre este accidente de mi cuerpo para lavarlo, noté algo raro, algo que no debía estar allí: una especie de botoncito que me arañó la punta del dedo, algo inorgánico, algo que no formaba parte de mi cuerpo. Estaba incrustado en el nudo de carne pálida que se abría, asombrado, como un ojo entre los párpados. Por primera vez lo miré con más atención, debajo del agua, separando con los dedos el borde de la grieta. Como no lo veía bien, me puse en pie, y la lente de agua del ombligo se escurrió lentamente. Dios mío, me decía sonriente, he llegado a contemplar mi propio ombligo… Sí, era una especie de nudo pálido que en los últimos tiempos se había vuelto bastante más prominente porque, cerca ya de los treinta años, los músculos de la tripa habían empezado a relajarse. Una de las incrustaciones, del tamaño de la uña de un niño, del interior de uno de los pliegues del nudo, resultó ser simple porquería. Pero por el otro lado, rígido y doloroso, asomaba el pequeño muñón negro-verdoso que había rozado con la punta del dedo. No comprendía qué podía ser. Intenté atraparlo con la uña pero, al tirar, sentí un dolorcillo que me asustó: tal vez se tratara de una verruga, y no estaría bien rasgarla. Me esforcé por olvidarme de ella y dejarla allí donde había nacido. A lo largo de la vida nos van saliendo muchos lunares, verrugas, huesos muertos y otras miserias que acarreamos con paciencia, por no hablar de las uñas y del pelo ni de los dientes que se nos caen: trozos que ya no nos pertenecen y que adquieren vida propia. Conservo todavía, gracias a mi madre, en una cajita de pastillas de menta, todos mis dientes de leche, y también gracias a ella guardo las trenzas de cuando tenía tres años. Esas fotos nuestras, con la película levantada y unos bordes dentados como los de los sellos, son también testimonios: nuestro cuerpo se interpuso certeramente, en algún momento, entre el sol y la lente de la cámara de fotos, dejando en la película una sombra como la que despliega la luna, durante un eclipse, sobre el disco solar.

Pero al cabo de una semana, también en la bañera, reparé de nuevo en ese ombligo, pero esta vez lo notaba raro e irritado: el trocito no identificado se había alargado un poco y parecía diferente, más inquietante que doloroso. Cuando nos molesta una muela, solemos toquetearla con la lengua aun a riesgo de provocarnos

incluso un dolor más agudo. Todo aquello que se sale de lo habitual en el mapa sensible de nuestro cuerpo nos solivianta y nos crispa y necesitamos escapar a toda costa de esa sensación molesta que no nos deja en paz. Algunas veces, por la noche, al acostarme, me quito los calcetines y siento que la piel carnosa, amarilla-transparente, de la parte lateral del dedo gordo se ha endurecido. Agarro esa protuberancia con los dedos, tiro de ella una media hora hasta que consigo desgarrar un borde, y sigo tirando, con las yemas de los dedos doloridas, cada vez más irritado y más preocupado, hasta que arranco una capa gruesa, vidriosa, con estrías como las de las huellas dactilares: un centímetro entero de piel muerta que acaba colgando de mi dedo sin gracia alguna. No puedo seguir tirando porque llego hasta la piel inervada de debajo, hasta el yo que siente el dolor, pero tengo que acabar con esa desazón, ese desasosiego. Cojo unas tijeras y la corto, luego la contemplo largo rato: una capa blanca que he generado yo mismo sin saber cómo, así como tampoco sé cómo he fabricado mis huesos. La doblo con los dedos, la olisqueo, huele vagamente a amoniaco. Ese trocito orgánico pero muerto, muerto desde que formaba parte de mí y añadía unos cuantos gramos a mi peso, me sigue causando disgusto. No me apetece tirarla, así que apago la luz y me acuesto con ella entre los dedos, para olvidarlo todo por completo al día siguiente. Sin embargo, durante un tiempo cojeo levemente: me duele el punto de donde me la he arrancado.

Así que empecé a tirar con suavidad del grano que salía del ombligo hasta que, inesperadamente, me quedé con él en la mano. Era un cilindro de medio centímetro de largo y del grosor de una cerilla. Parecía ennegrecido desde hacía tiempo, enmohecido y sucio, oscurecido por el paso del tiempo. Era algo antiguo, momificado, jabonoso, cómo demonios saberlo… Lo coloqué bajo el chorro de agua del lavabo y la capa de mugre desapareció, de modo que pude apreciar que aquella cosita había sido más bien amarilla-verdosa. La guardé en una caja de cerillas vacía. Parecía la cabeza quemada de un fósforo.

Al cabo de unas semanas volví a extraer de mi ombligo reblandecido por el agua caliente otro fragmento, el doble de largo esta vez, de la misma sustancia dura y alargada. Entonces me di cuenta de que se trataba del extremo flexible de un cordel formado por gran cantidad de hebras. Era cordel, cordel ordinario, de embalar. Ese con el que veintisiete años antes me habían anudado el ombligo en la maternidad miserable, proletaria, en la que nací. Mi ombligo lo abortaba ahora lentamente, un trocito cada dos semanas, un trocito al mes, y luego otro al cabo de tres meses. El de hoy es el quinto que extraigo con delicadeza y voluptuosidad. Lo estiro, lo limpio con la uña, lo aclaro en el agua de la bañera. Es el trozo más largo hasta el momento y confío en que sea el último. Lo deposito en la caja de cerillas junto a los demás: están tranquilos, amarillos-verdosos-negros, retorcidos, con los extremos ligeramente deshilachados. Cáñamo, el mismo con el que se fabrican las bolsas de malla para las amas de casa, esas que les cortan las manos cuando están llenas de patatas, ese con el que se atan los paquetes. Hacia el 15 de agosto solíamos recibir un paquete de los

parientes de mi padre del Banat: pasteles de semillas de amapola y miel. La cuerda desatada, marrón-verdosa, que lo rodeaba era mi mayor alegría: ataba con ella los picaportes de las puertas para que mi madre no tuviera otro hijo. En cada picaporte hacía decenas, centenares de nudos.

Me olvido del cordel del ombligo y salgo de la bañera chorreando agua. Cojo el frasco de la loción antipiojos y vierto sobre mi cabeza un centímetro de su contenido oloroso. Me pregunto en qué clase los habré cogido, como si eso tuviera alguna importancia. Quién sabe, quizá la tenga. Tal vez en las diferentes calles del barrio y en las diferentes clases de la escuela haya piojos de especies distintas, de tamaños distintos.

Me enjuago esa sustancia asquerosa y empiezo luego a peinarme encima del lavabo, cuya porcelana brilla, limpísima. Y, de repente, los parásitos empiezan a caer: dos, cinco, ocho, quince… Son extremadamente pequeños, cada uno está envuelto en su propia gotita de agua. Haciendo un gran esfuerzo, distingo sus cuerpos de vientre ancho con tres patitas a cada lado que se agitan todavía. Su cuerpo y mi cuerpo, mientras estoy desnudo y húmedo, inclinado sobre el lavabo, están formados por los mismos tejidos orgánicos. Tienen órganos y funciones análogos. Tienen ojos que ven la misma realidad, patas que los llevan por el mismo mundo infinito e incomprensible. Quieren vivir, como quiero también yo. Los elimino de la pared del lavabo con un chorro de agua. Descienden por los sifones inferiores, llegan a los canales subterráneos de la ciudad.

Me acuesto, con el cabello todavía húmedo, junto a mis pobres tesoros: la cajita de pastillas de menta con los dientecitos de leche, las fotos de cuando era pequeño y mis padres estaban en la flor de la vida, la caja de cerillas con las cuerditas que han salido de mi ombligo, mi diario. Vuelco, como hago tantas noches, los dientes en la palma de la mano: piedritas nítidas, todavía muy blancas, que estuvieron una vez en mi boca, con las que comí, pronuncié palabras y mordí como un perro. Tantas veces me he preguntado cómo sería conservar en una bolsa mis vértebras de los dos años o las falanges de mis dedos a los siete…

Guardo los dientes en su sitio. Querría contemplar algunas fotos, pero no puedo más. Abro el cajón de la mesita y lo meto todo allí, en la caja de «piel de serpiente» amarilleada que contuvo en otra época una máquina de afeitar, una brocha y una caja de cuchillas Astor. Ahora conservo ahí mis pobres tesoros. Me cubro la cabeza con el edredón e intento quedarme dormido, tal vez para siempre. El cuero cabelludo ya no me pica. Además, como ha sucedido hace poco, espero que no vuelva a suceder también esta noche.

Capítulo 2

ESTABA pensando en los sueños, en los visitantes, en toda esa locura, pero no ha llegado todavía la hora de contarlo. De momento volveré a la escuela en la que trabajo, ya ves, desde hace más de tres años… «No seré profesor durante toda la vida», me decía, lo recuerdo como si fuera hoy, mientras regresaba en el tranvía, en plena tarde de verano de nubes nacaradas, desde allí, desde las afueras de Colentina, adonde había ido para ver por primera vez mi escuela. Pero, ya ves, no ha ocurrido ningún milagro y hay muchas posibilidades de seguir así. Al fin y al cabo, tampoco ha estado tan mal hasta ahora. Aquella tarde en la que, inmediatamente después de la adjudicación de las plazas fui a ver mi escuela, tenía veinticuatro años y pesaba más o menos el doble de kilos. Estaba increíble, terriblemente escuálido. El bigote y el pelo largo, de un tono cobrizo en aquella época, solo conseguían infantilizar más aún mi rostro, así que, si me veía de repente reflejado en un escaparate o en las ventanillas del tranvía, creía estar contemplando a un alumno de instituto.

Era una tarde de verano, la ciudad rebosaba luz, como un vaso lleno de agua hasta el borde. Cogí el tranvía en Tunari, frente a la Dirección General de Policía. Pasé junto al bloque de mis padres en Ştefan cel Mare, donde vivía también yo. Miré, como de costumbre, la fachada infinita para tratar de distinguir la ventana de mi habitación forrada con un papel azul para que no entrara el sol. Luego pasé junto a la valla metálica del Hospital de Colentina. Los pabellones de los enfermos se alineaban en el gran patio como navíos de hormigón. Tenían formas distintas, como si las diversas enfermedades de sus habitantes hubieran dictado la extraña arquitectura de las construcciones. O tal vez el arquitecto de cada pabellón hubiera elegido a un paciente aquejado por una cierta enfermedad y hubiera imaginado el edificio que representara, simbólicamente, su sufrimiento. Los conocía todos, al menos dos me habían alojado a mí también. Además, justo en el extremo derecho del patio reconocí, estremecido, el edificio rosa de muros delgados como una hoja de papel que albergaba el pabellón de enfermedades neurológicas. Allí permanecí ingresado un mes, ocho años atrás, por una parálisis facial que todavía hoy me molesta de vez en cuando. Muchas noches aún deambulo en sueños entre los pabellones del Hospital de Colentina, entro en edificios desconocidos y hostiles, con las paredes cubiertas con láminas de anatomía…

El tranvía pasaba luego junto a los antiguos Talleres ITB, donde mi padre había trabajado como cerrajero durante una temporada. Pero delante de ellos habían construido unas casas, así que ahora apenas se veían desde la carretera. En la planta baja de uno de los bloques había un dispensario médico, justo frente a la parada Doctor Grozovici. Allí solía ir en otra época a ponerme las inyecciones de

vitamina B1 y B6, a raíz de la parálisis de los dieciséis años. Mis padres me hacían entrega de las ampollas y me decían que no se me ocurriera volver sin ponérmelas. Se olían algo. Al principio las tiraba por el hueco del ascensor y a ellos les decía que me las habían puesto, pero esto no funcionó demasiado tiempo. Al final no me quedó otra que ponérmelas. Salía hacia el dispensario, ya de noche, con la muerte en el alma. Iba caminando, todo lo despacio que podía, el trayecto que cubrían dos estaciones de tranvía. Al igual que los días en que tenía que ir al dentista, esperaba que sucediera algo inesperado y que la consulta estuviera cerrada, el edificio derrumbado, que hubiera fallecido el médico o que una avería eléctrica impidiera el funcionamiento del torno y de las luces sobre el sillón del dentista. Sin embargo, nunca sucedía el milagro. El dolor me esperaba allí, íntegro, con su aura sangrienta. La primera enfermera de Grozovici que, entrada la noche, me puso la inyección era guapa, rubia e iba muy arreglada, pero su sola presencia me hizo sentir pánico. Era de las que te miraban el trasero desnudo con un total desprecio. No era la idea del dolor que sentiría enseguida, sino el asco de aquella mujer hacia el crío con el que iba a mantener una relación íntima (aunque se tratara solo de clavarle un aguja en la nalga) lo que liquidaba rápidamente mi vaga excitación; mi sexo renunciaba al esfuerzo de levantar un poco la cabeza para ver mejor. Me quedaba esperando la inevitable humedad en la piel que iba a ser martirizada, los tres o cuatro cachetes con la palma de la mano, y después el impacto de la aguja clavada en la carne, poniendo siempre buen cuidado en que la punta tocara algún nervio, alguna vena, en hacerte un daño duradero, memorable, incrementado luego por el veneno que descendía por la canaladura de la aguja para difundir el ácido sulfúrico por toda la nalga. Aquello era horrible. Tras las inyecciones de la enfermera rubia, me pasaba toda la semana cojeando.

Por suerte, esta enfermera, probablemente sadomasoquista con sus amantes, se alternaba en el dispensario con otra, también difícil de olvidar pero por motivos muy distintos. Y es que en cuanto veías a esta mujer te llevabas un susto de muerte porque carecía de nariz. Pero no lo disimulaba con vendaje alguno ni tampoco con una nariz postiza; tenía, en medio del rostro, un orificio ancho, vagamente dividido en dos compartimentos. Era menuda como un pollito, morena y con unos ojos que tal vez habrían llamado la atención por su ternura si el aspecto de calavera de su rostro no resultara del todo desconcertante. Cuando me tocaba la rubia, me hacía pasar de inmediato. En la sala de espera no solía haber ni un alma. En cambio, la enana sin nariz parecía tener un éxito fuera de lo común: la sala estaba siempre abarrotada de gente, tan llena como una iglesia en la noche de Pascua. Volvía a casa desde el dispensario sobre las dos de la madrugada. Muchos de los pacientes que esperaban a entrar le llevaban flores. Cuando la enfermera aparecía en la puerta, la gente sonreía, feliz. Yo también creo que, probablemente, era la que mejor mano tenía. Cuando al fin me llegaba el turno y me apoyaba sobre el hule de la camilla con los pantalones bajados, el perfume de las flores que, envueltas todavía en el celofán, colmaban siete

u ocho jarrones alineados a lo largo de las paredes, me mareaba. Aquella mujer extraordinariamente morena me hablaba en un tono tranquilo y monótono, luego me tocaba un momento la nalga con la mano y… eso era todo. No sentía la aguja y percibía la difusión del suero por el músculo tan solo como un calor leve. Todo pasaba en unos pocos minutos y volvía a casa animado y feliz. Mis padres me miraban con recelo: ¿habría vuelto a tirar la ampolla por ahí?

Venía luego el cine Melodia, justo antes de Lizeanu. Yo me apeaba en la parada siguiente, en Obor, para cambiar a un tranvía procedente de Moşilor que circulaba en perpendicular respecto a Ştefan cel Mare y que se perdía hacia el fondo de Colentina.

Conocía bien esos lugares, eran en cierto modo mi territorio. Mi madre hacía la compra en Obor. Cuando era pequeño, yo solía acompañarla en sus paseos entre aquella marea de gente que abarrotaba la antigua plaza. El mercado del pescado, donde el tufo era insoportable, luego la nave central, con sus bajorrelieves y mosaicos que reproducían escenas incomprensibles, por último la fábrica de hielo, donde los trabajadores manejaban unos bloques de hielo blancos por el centro y milagrosamente transparentes en los extremos (como si se hubieran disuelto para siempre en el aire de alrededor), eran, para mis ojos de niño, fantásticas ciudadelas de otro mundo. Allí, en la soledad del lunes por la mañana en el mercado de Obor, caminando de la mano de mi madre, vi el cartel, pegado a un poste, que me perseguiría después durante tanto tiempo: un pulpo gigante salía de un platillo volante y estiraba los tentáculos hacia un astronauta que caminaba por un planeta rojo, lleno de piedras. Justo encima ponía: «El planeta de las tormentas». «Es una película —me explicó mi madre—. Habrá que esperar a que la echen cerca de casa, en el Volga o en el Floreasca». A mi madre le daba miedo el centro de la ciudad, y solo salía del barrio cuando no le quedaba otro remedio: por ejemplo, cuando tenía que comprarme, en Lipscani, el uniforme escolar compuesto por una camisa a cuadros y unos pantalones con las rodillas dadas de sí, como si se los hubiera puesto antes alguien en la fábrica.

También me resultaba familiar Colentina, con las casas derruidas a la izquierda y la fábrica de jabón Stela a la derecha, donde fabricaban las marcas de jabón de lavar Cheia y Camila. El olor a sebo rancio que desprendía la fábrica se extendía por todo el barrio. Seguía el edificio de ladrillo de la fábrica de textiles Donca Simo, en cuyos telares había trabajado mi madre en otra época, y luego unos almacenes de madera. La calle, miserable y desoladora, se perdía en el horizonte, en medio del bochorno estival, bajo los cielos gigantes, blanquecinos, que solo se ven sobre Bucarest. De hecho, yo nací allí, en el barrio de Colentina, en el arrabal, en una maternidad ruinosa improvisada en el antiguo edificio de un medio garito, medio burdel, de antes de 1944, y pasé mis primeros años por Doamna Ghica, entre un laberinto de callejuelas digno de un gueto judío. Mucho más adelante regresé allí, a Silistra, con una cámara, y le saqué unas cuantas fotografías —que no salieron— a la casa de mi infancia. Esa zona ya no existe, ha sido borrada, con mi casa y todo, de la faz de la tierra. ¿Qué hay ahora en ese lugar? Bloques de pisos, naturalmente, como en todas partes.

Cuando el tranvía 21 dejó atrás Doamna Ghica, nos internamos en un país extranjero. Las casas de los márgenes empezaban a escasear, se veían lagunas sucias y mujeres con faldas fruncidas lavando alfombras en la orilla. Sifonerías y panaderías, bodegas y pescaderías. Una calle vacía, desoladora, interminable, diecisiete paradas de tranvía, la mayoría sin marquesina y sin sentido, como apeaderos de tren en medio del campo. Madres con vestidos estampados, con una niña de la mano, caminando hacia ninguna parte. Algún carro cargado de botellas vacías. Depósitos de bombonas de butano donde se hacía cola, durante la noche, para el día siguiente. Calles perpendiculares, polvorientas, como de pueblo, con moreras a ambos lados. Cometas enredadas en los cables eléctricos entre postes de madera petroleados.

Llegué hasta el final de la línea tras hora y media de traqueteo en el tranvía. Creo que en las tres o cuatro últimas paradas estuve solo en el vagón. Bajé en una gran rotonda, allí giraban los tranvías para regresar de nuevo, sisíficos, por Colentina. El día declinaba pero seguía siendo ambarino y espectral, sobre todo debido al silencio. Aquí, al final de la línea del 21, no había ni un alma. Naves industriales, largas y cenicientas, de ventanas estrechas, una torre de agua en el horizonte, un jardín —con unos frutales literalmente negros a causa del petróleo y los gases de los tubos de escape— en el interior del círculo amplio que formaban los raíles. Dos tranvías vacíos, inmóviles uno junto al otro, sin conductor. Un quiosco de billetes cerrado. Fuertes contrastes entre la luz rojiza y la sombra. ¿Qué estaba buscando allí? ¿Cómo podría vivir en un lugar tan alejado de todo? Eché a andar hacia la torre de agua, llegué hasta su base, donde había una puerta con un candado, contemplé con la cabeza echada hacia atrás la esfera que brillaba en el cielo, al final del cilindro de revoque blanco. Seguí avanzando hacia… la nada, hacia el vacío… Allí terminaba, me parecía a mí, no ya la ciudad, sino la realidad en sí misma. Una calle que se abría hacia la izquierda señalaba, en una plaquita, el nombre que buscaba: Dimitrie Herescu. En algún punto de esta calle tenía que encontrarse la escuela, mi escuela, mi primer trabajo, donde debería presentarme el 1 de septiembre, dos meses más tarde. El edificio pintado en verde y rosa de una Automecánica no conseguía atemperar el ambiente pueblerino del lugar: casas con tejas, patios de cercas podridas, perros atados, flores de arrabal. La escuela quedaba a la derecha, a unas cuantas casas de la Automecánica, y también estaba, por supuesto, desierta.

Se trataba de una escuela pequeña, un híbrido en forma de L, con un ala antigua, agrietada y con las ventanas rotas; al fondo de un pequeño patio, un edificio nuevo, más desolador aún. En el patio, una canasta de baloncesto torcida y sin red. Abrí la cancela y entré. Di unos cuantos pasos por el asfalto del patio. El sol estaba empezando a ponerse así que un nimbo de rayos se había posado sobre el tejado del edificio antiguo. Brotaban desde allí tristes y, en cierto modo, negros, pues no iluminaban nada, sino que más bien acentuaban la soledad inhumana del lugar. Tenía el corazón en un puño: entraría en esta escuela inerte como una morgue, avanzaría,

con mi cuaderno de notas bajo el brazo, por los pasillos pintados de verde oscuro, subiría al primer piso y atravesaría el umbral de la puerta de una clase desconocida en la que treinta niños extraños, más extraños que si pertenecieran a una especie diferente a la mía, me estarían esperando. Tal vez me estaban esperando ya entonces, callados en sus pupitres, con sus plumieres de madera, con sus cuadernos forrados con papel azul. Esta idea me puso los pelos de punta y abandoné aquella calle casi corriendo. «De todas formas, no seré profesor toda la vida», me dije mientras el tranvía me llevaba de vuelta al mundo blanco, mientras dejaba atrás las paradas y las casas empezaban a amontonarse y la gente volvía a poblar la tierra. «Como mucho un año, hasta que me contraten en alguna redacción, en alguna revista literaria». Y, ciertamente, durante mis tres primeros años de profesor en la escuela 86 no hice nada más que alimentar esa ilusión, como esas madres que siguen dando de mamar a sus hijos bien pasada ya la época del destete. Mi ilusión maduró hasta alcanzar mi edad, pero no podía evitar —y en cierto sentido tampoco puedo evitarlo hoy en día— abrirle mi pecho, al menos de vez en cuando, para que me canibalizara con voluptuosidad. Han pasado los años de prácticas. Pasarán otros cuarenta y acabaré jubilándome aquí. Al fin y al cabo, hasta el momento tampoco ha estado tan mal. He pasado largos períodos sin piojos. No, pensándolo bien, en esta escuela no me ha ido tan mal, tal vez al final todo haya sido incluso para bien.

Capítulo 3

DE vez en cuando pierdo el control de los brazos a partir del codo. No siento miedo, se podría decir que algunas veces incluso me gusta. Sucede de forma inesperada, por fortuna únicamente cuando me encuentro solo. Estoy escribiendo algo, corrigiendo exámenes o tomando un café o cortándome las uñas con el cortaúñas chino y, de repente, siento las manos muy ligeras, como si estuvieran llenas de gas volátil. Se elevan solas, tiran de mis brazos hacia arriba, levitan alegres por el aire denso, oscuro-brillante, de la habitación. Entonces me alegro también yo, las contemplo como si las viera por primera vez: largas, finas, de huesos delicados, con un poco de vello oscuro en las falanges. Ante mis ojos hechizados, empiezan a gesticular solas, de forma elegante y extraña, a contar historias que, tal vez, podrían comprender los sordos. Mis dedos se mueven entonces precisos e infalibles, en series de signos ininteligibles; los de la mano derecha preguntan, los de la izquierda responden, el anular y el pulgar se cierran formando un círculo, los meñiques hojean algo, las articulaciones pivotan con la energía esbelta de un director de orquesta. Tendría que volverme loco de miedo porque alguien, dentro de mi propia mente, ordena esos movimientos tan evidentemente precisos, desesperados por ser descifrados y, sin embargo, pocas veces me siento más feliz. Contemplo mis manos como un niño que no entiende qué sucede en el minúsculo escenario de una obra de títeres, pero que sigue fascinado el ajetreo de las figuras de madera con pelo de lana y vestidos de papel crepé. La animación autónoma de mis manos (gracias a Dios, nunca cuando estoy en clase o por la calle) se calma en unos minutos, los gestos se relajan, empiezan a parecerse a los *mudras* de las bailarinas indias, luego se detienen y durante dos o tres minutos puedo disfrutar de la sensación de que mis manos son más ligeras que el aire, como si mi padre, en lugar de globos, hubiera hinchado en el tubo del hornillo dos guantes de fregar, de goma fina, que sustituyeran a mis manos. Cómo no voy a lamentar que mis verdaderas manos —brutales, pesadas, orgánicas, escoriadas, con las estrías de los músculos, el blanco hialino de los tendones y las venas rebosantes de sangre— penetren otra vez en los guantes de piel con uñas en las puntas… De repente, para mi sorpresa, puedo hacer que mis dedos se muevan como yo quiero, como si pudiera, solo con concentrarme, romper una ramita del ficus del alféizar o atraer hacia mí la taza de café sin tener siquiera que rozarlas.

Solo al cabo de un rato llega el miedo, solo cuando este hechizo (sucederá más o menos cada dos o tres meses) se convierte en una especie de recuerdo empiezo a preguntarme si, entre tantas otras anomalías en mi vida —pues de eso se trata aquí—, no tendré en la independencia mágica de las manos una prueba más de que… todo sucede en un sueño, de que toda mi vida es onírica, o algo más triste aún, más grave,

más enloquecedor y, sin embargo, más verdadero que cualquier historia que pueda ser inventada jamás. El *ballet* juguetón-aterrador de mis manos que tiene lugar siempre aquí, en mi casa en forma de barco en la calle Maica Domnului, es el menor, el más insignificante (pues al fin y al cabo es benigno) de los motivos por los cuales escribo estas páginas cuyo único destinatario soy yo mismo, en la increíble soledad de mi vida. Si hubiera querido escribir literatura, lo habría hecho hace diez años. Eso si lo hubiera deseado de verdad, quiero decir, sin un esfuerzo consciente, como cuando quieres que tu pie dé un paso y él lo da. No tienes que decirle: «Te ordeno que des un paso», ni siquiera tienes que pensar gracias a qué proceso complicado tu deseo se convierte en una acción. Solo tienes que creer, tener la fe de un grano de mostaza. Si eres escritor, escribes. Los libros llegan sin que tengas que pararte a pensar en lo que debes hacer ni en cómo funciona tu don, del mismo modo que una madre está hecha para dar a luz y da a luz, de hecho, al niño que ha crecido en su útero sin que su mente participe en el complicado *origami* de su carne. Si hubiera sido escritor, habría escrito libros de ficción, tendría ya diez, quince novelas sin mucho más esfuerzo del que hago para secretar insulina o para favorecer el tránsito diario de los alimentos entre los dos orificios de mi aparato digestivo. Sin embargo, entonces, hace mucho, cuando mi vida podía elegir todavía entre un montón de direcciones indefinidas, yo ordené a mi mente que creara ficción y no sucedió nada, como tampoco sucede nada cuando me miro el dedo y le grito: «¡Muévete!».

En la adolescencia quise escribir literatura. No sé siquiera ahora si fracasé en el intento porque no era un verdadero escritor o por pura desgracia. En el instituto escribía poemas, conservo aún unos cuantos cuadernos y, gracias a algunos sueños, sé que escribí también prosa —un cuaderno grande, de estudiante, de tapas duras, lleno de historias—. No es ahora el momento de escribir sobre esto. También participaba en las olimpiadas de lengua rumana, que tenían lugar, en domingos lluviosos, en unos liceos desconocidos. Por aquel entonces era un crío alucinado, casi esquizofrénico, que en los recreos se dirigía a la pista de saltos de longitud del patio del instituto, se sentaba en el borde y leía en voz alta versos de unos libros ajados. La gente no me miraba, nadie me hacía caso cuando hablaba, era una pieza del decorado —y ni siquiera demasiado conseguida— en un mundo gigantesco y caótico. Puesto que quería ser escritor, decidí hacer el examen de ingreso en la Facultad de Letras. Entré sin problemas en el verano de 1975. En aquella época mi soledad era total. Vivía con mis padres en Ştefan cel Mare. Leía ocho horas al día, daba vueltas y más vueltas en la cama, bajo una sábana empapada de sudor. Las páginas de los libros reflejaban el color siempre cambiante de los vastos cielos de Bucarest, del dorado del mediodía en verano al rojo oscuro, plomizo, de las tardes nevadas en la profundidad del invierno. No me daba cuenta de cuándo oscurecía por completo. Mi madre me encontraba leyendo en una habitación sumergida en la oscuridad, cuando la página y la letra tenían prácticamente el mismo color y ya no leía, sino que soñaba que seguía avanzando en el relato, lo deformaba según las leyes del sueño. Entonces me

espabilaba, me estiraba, me levantaba de la cama —durante el día solo lo hacía para ir al baño— e, invariablemente, me acercaba al gran ventanal de mi habitación desde donde se veía, diseminado bajo nubes fantásticas, todo Bucarest. Miles de luces brillaban en las casas lejanas, en las villas cercanas veía a la gente moviéndose como peces perezosos en acuarios, mucho más lejos se encendían y se apagaban los coloridos letreros de neón. Pero lo que de verdad me fascinaba era el cielo gigantesco, una cúpula más alta y más abrumadora que la de cualquier catedral. Ni siquiera las nubes podían subir hasta su ápex. Pegaba la frente a la ventana fría, elástica, y permanecía así, un adolescente con el pijama roto por los sobacos, hasta que mi madre me llamaba a la mesa. Regresaba luego a la guarida de mi soledad, en lo más profundo de la tierra, y seguía leyendo, con la luz encendida, en otra habitación idéntica, dilatada en el espejo de la ventana, hasta que el cansancio me vencía.

Durante el día salía a pasear en medio de un verano interminable. Al principio iba a buscar a mis dos o tres amigos, a los que no encontraba nunca en casa. Luego vagaba por calles desconocidas, me encontraba de repente en barrios cuya existencia ignoraba, me perdía entre casas extrañas como búnkeres de otro planeta. Antiguas casas rosas, burguesas, con fachadas cargadas de angelotes de estuco, completamente mellados ahora. Nunca había nadie en las calles cubiertas por la bóveda de los viejos plátanos. Entraba en las casas antiguas, recorría sus estancias llenas de muebles *kitsch*, subía por extrañas escaleras exteriores, descubría salones grandes y vacíos, donde mis pasos resonaban indecentes. Bajaba a los sótanos iluminados con luz eléctrica, abría puertas de madera podrida y llegaba a corredores que olían a tierra, delgados tubos de gas recorrían las paredes. En los tubos, pegadas con una espuma babosa, las larvas de los coleópteros latían lentamente, señal de que bajo la corteza se modelaban las alas. Salía a los sótanos de otras casas, subía otros escalones, entraba en otras estancias vacías. Llegaba, algunas veces, a casas que me resultaban muy familiares, pues había vivido en algún momento en aquellas habitaciones, había dormido en aquellas camas. Como un niño secuestrado por unos nómadas y recuperado al cabo de años de ausencia, me dirigía sin titubear al aparador en el que encontraba la moneda de cincuenta *lei*, de plata, que introdujeron en mi bañera la primera vez que me bañaron, ahora tan ennegrecida que no se podían distinguir los rasgos del rey en el anverso; la bolsa con el mechón de pelo[2] que me cortaron cuando tenía un año, cuando de la bandeja metálica elegí —dicen— el lapicero, o mis pobres dientecillos de leche, el conjunto completo, sobre los que ya he escrito aquí. Así, vagabundeando todos los días del verano del 75 por las calles y las casas de la ciudad tórrida, había llegado a conocerla bien, a saber de sus secretos y sus bajezas, de su gloria y su candor. Había comprendido ya, a los diecinueve años, cuando lo había leído todo, que Bucarest no era como otras ciudades que se habían desarrollado a lo largo del tiempo sustituyendo las chabolas y los depósitos por grandes edificios, reemplazando los tranvías tirados por caballos por tranvías eléctricos. Bucarest había

aparecido de repente, ya en ruinas, derruida, con el revoque desconchado y las narices de las gorgonas de estuco rotas, con los cables eléctricos suspendidos sobre las calles formando manojos melancólicos, con una arquitectura industrial fabulosamente variada. Habían pretendido proyectar desde el principio una ciudad más humana y más emocionante que una Brasilia de hormigón y cristal. El arquitecto genial había proyectado calles sinuosas, canales hundidos, palacetes torcidos invadidos por la maleza, casas con fachadas completamente desmoronadas, escuelas impracticables, centros comerciales de siete pisos, esbeltos y espectrales. Y, sobre todo, Bucarest había sido proyectada como un gran museo al aire libre, el museo de la melancolía y de la ruina de todas las cosas.

Era la ciudad que yo veía desde mi ventana en Ştefan cel Mare y que, si hubiera llegado a ser escritor, habría descrito sin interrupción, la habría llevado de página en página y de libro en libro, vacía de gente pero llena de mí mismo como una red de galerías en la epidermis de un dios, habitada por un único ácaro microscópico, traslúcido, con hebras peludas en los extremos de sus horrendos muñones.

En otoño me llamaron a filas y, durante nueve meses, se me quitaron de la cabeza los poemas y las veleidades literarias. Aprendí a montar y desmontar un Kalashnikov. Sé ahumar el punto de mira —con el humo del mango de un cepillo de dientes quemado— para que no refleje la luz del sol en el campo de tiro. Introduje, uno a uno, veinte cartuchos en el cargador en pleno invierno, a veinte bajo cero, antes de empezar la guardia en un rincón alejado de la unidad militar, en medio del azote del viento del norte y el vacío, desde las tres de la madrugada hasta las seis de la mañana. Me arrastré un kilómetro por el barro, con una máscara antigás en la cara y un macuto de treinta kilos a la espalda. Inspiré y espiré mosquitos, cinco o seis en cada centímetro cúbico de aire del dormitorio. Limpié váteres y froté el suelo con un cepillo de dientes. Me dejé las muelas masticando galletas como piedras y comí patatas con piel y todo en una escudilla. Encalé los árboles frutales del destacamento militar. Me peleé con un compañero por una lata de pescado. Otro colega estuvo a punto de clavarme una bayoneta. No leí ningún libro, de hecho ni una letra, en nueve meses. No escribí ni recibí ninguna carta. Solo mi madre me visitaba, cada dos semanas, y me traía siempre un paquete de comida. La mili no me hizo más hombre, pero multiplicó mi timidez y mi soledad. Me sorprende, todavía hoy, haber sobrevivido a ella.

Lo primero que hice cuando me «liberé», el verano del año siguiente, fue llenar una bañera de agua hirviendo, azul como una piedra preciosa. Dejé que el agua sobrepasara la roseta de seguridad y que llegara al borde de la bañera de porcelana, que se curvara un poco sobre él. Entré desnudo en el agua, que se desbordaba por el suelo del baño. Me daba igual, tenía que librarme de la mugre de los nueve meses de mili, el único tiempo muerto, como un hueso muerto, de mi vida. Me sumergí por completo en la bendita sustancia, me tapé la nariz con los dedos y hundí la cabeza en la bañera hasta tocar con la coronilla el fondo de porcelana. Me quedé así, tumbado

en el fondo de la bañera, un adolescente delgado, con las costillas patéticamente visibles a través de la piel, con los ojos abiertos de par en par, contemplando, a varios kilómetros por encima, los juegos de luz de la superficie del agua. Estuve las horas muertas allí, sin sentir la necesidad de respirar, hasta que, formando pliegues blandos, empezó a desprenderse de mi cuerpo una piel oscura. La conservo todavía, colgada de una percha, en el armario. Parece de goma fina y en su textura se distinguen claramente los rasgos de mi cara, mis pezones, mi sexo arrugado por el agua, incluso las huellas de mis dedos. Es una piel de mugre, mugre aglutinada, endurecida, cenicienta como una plastilina en la que se hubieran mezclado todos los colores: la mugre de los nueve meses de mili que a punto estuvieron de acabar conmigo.

Capítulo 4

EL verano posterior a la mili (entonces, agazapado en las trincheras durante las prácticas de tiro nocturnas, me imaginaba la vida civil, con su aura místico-sexual, como un paraíso de libertad infinita) resultó ser tan solitario y vacío como los veranos precedentes —nadie al teléfono, nadie en casa, días enteros sin nadie, aparte de mis fantasmales padres, con quien poder intercambiar unas palabras—, pero fue entonces cuando escribí mi primer poema verdadero, el que perduraría como mi único fruto literario en sazón. A partir de ese momento conocería el significado de esos versos de Hölderlin: «Tan solo un verano concededme, oh poderosas, / Y un otoño a fin de que madure el canto…». También yo viví como los dioses durante algunos meses de 1976, mientras escribía *La caída*, pero luego mi vida, que habría tenido que abrirse hacia la literatura con la naturalidad con la que abres una puerta y, en la habitación prohibida, descubres por fin, por fin, tu verdad más profunda, tomó bruscamente otro derrotero, de forma casi grotesca, como cuando cambian las agujas en las vías del tren. De Hölderlin pasé a ser Scardanelli, encerrado durante treinta años en su torreón levantado sobre las estaciones del año.

La caída no era un poema, era el Poema. Era «ese solo objeto nobleza de la Nada». Era el producto último de diez años sin parar de leer literatura. Durante diez años se me había olvidado respirar, toser, vomitar, estornudar, eyacular, ver, oír, respirar, amar, reír, producir leucocitos, protegerme con anticuerpos, se me había olvidado que mi cabello tenía que crecer y que mi lengua, con sus papilas, tenía que saborear la comida. Se me había olvidado pensar sobre mi destino en la Tierra y buscar mujer. Tirado en la cama como una estatua etrusca en su sarcófago, amarilleando las sábanas con mi sudor, había leído casi hasta la ceguera y la esquizofrenia. En mi mente no había espacio para los cielos azules reflejados en las charcas en primavera, tampoco para la melancolía delicada de los copos de nieve que se pegan a la esquina de un edificio enfoscado con repello rústico. Cuando abría la boca, hablaba con citas de mis autores preferidos. Cuando levantaba los ojos de la página, en la habitación sumergida en el ocre-rojizo de los atardeceres de Ştefan cel Mare, veía claramente las letras tatuadas en las paredes: había poemas en el techo, en el espejo, en las hojas de los geranios traslúcidos que vegetaban en los tiestos. Tenía versos escritos en los dedos y en la palma de la mano, poemas escritos con tinta en el pijama y en las sábanas. Asustado, me dirigía al espejo del baño, donde podía verme de cuerpo entero: tenía poemas escritos con una aguja en lo blanco del ojo y poemas escritos en la frente. Tenía la piel minuciosamente tatuada con una escritura a mano que solo yo podía interpretar. Era azul de pies a cabeza, apestaba a tinta como otros apestan a tabaco. *La caída* tenía que ser una esponja que absorbiera toda la tinta del

nautilo solitario que era yo por aquel entonces.

Mi poema constaba de siete partes que representaban las siete etapas de la vida, siete colores, siete metales, siete planetas, siete *chakras*, siete escalones que caen del paraíso al infierno. Tenía que ser una colosal y asombrosa cascada entre lo escatológico y lo escabroso, una escala metafísica en la que colocaba demonios y santos, labios y astrolabios, estrellas y ranas, geometría y cacofonía con el rigor impersonal del biólogo que esboza el tronco y las ramificaciones del reino animal. Era también un inmenso *collage*, pues mi mente era un puzle de citas. Era también el *summum* de todo lo que se podía saber, una amalgama de patrística y de física cuántica, de genética y de topología. Era, en fin, el único poema que hacía inútil el universo, que lo enviaba al museo como había hecho la locomotora eléctrica con la de vapor. Ya no eran necesarios la realidad, los elementos, las galaxias. Existía *La caída*, donde latía y crepitaba como una llama eterna el Todo.

El poema estaba compuesto por treinta páginas escritas a mano, tal y como, naturalmente, escribía todo en aquella época, pues mi sueño desde hacía varios años, una máquina de escribir, me resultaba del todo inalcanzable. Lo releía cada día, me lo sabía de memoria o, mejor dicho, lo palpaba, lo verificaba y le quitaba todos los días el polvo, como si fuera un mecanismo complicado, de otro mundo, llegado a nosotros, quién sabe cómo, a través de un espejo. Lo conservo aún, en las hojas originales en que lo escribí, sin haber tachado ni una sola letra, el verano en que cumplí veinte años. Parece un texto antiguo que permaneciera guardado bajo una campana de cristal en un gran museo, en condiciones de temperatura y humedad controladas. Y forma parte de ese conjunto de artefactos de los que me he rodeado y en cuyo centro me siento como un dios de muchos brazos en medio de un mandala: los dientes de leche, la cuerda del ombligo, mis trenzas pálidas, las fotos en blanco y negro de mi infancia. Mis ojos de la infancia, mis costillas de la adolescencia, mis mujeres de después. La locura triste de mi vida.

En otoño, un otoño luminoso como no recordaba otro, fui por primera vez a la universidad. En el trolebús 88, mientras pasábamos por Zoia Kosmodemianskaia en dirección a Batista, burbujeaba de felicidad como el champán: ¡era un estudiante, algo que no me había atrevido a soñar jamás…! ¡Estudiante en la Facultad de Letras! A partir de ese momento, contemplaría cada día el centro de Bucarest, que me parecía en aquella época la ciudad más bella del mundo. Viviría en el esplendor de aquella ciudad que desplegaba ante mis ojos como la cola de un pavo real: el Intercontinental y el Teatro Nacional, la Universidad y el Instituto Ion Mincu, el Hospital Cantacuzino y las cuatro estatuas tutelares detrás de él, como unos ojos hipnóticos de reflejos cambiantes. En el aire brillaban los hilos de las telarañas, las chicas se apresuraban también hacia sus facultades, el mundo era nuevo, recién sacado del horno, y quemaba. ¡Y era solo para mí! El edificio de la facultad me pareció de proporciones sobrehumanas: el vestíbulo de mármol me recordó a una basílica, desierta y fría. A mis pies, las losas blancas del tablero de ajedrez que hacía las veces de suelo estaban

más desgastadas que las negras. Miles de pasos habían erosionado su superficie suave como el ágata. La sala de la biblioteca era el vientre de un velero atestado de libros. Pero yo ya los había leído todos, absolutamente todos; de hecho, había escrito todas las letras que se hubieran escrito jamás. Sin embargo, la altura de aquella sala me pilló por sorpresa: veinte pisos tapizados con vitrinas de roble numeradas, comunicadas por escalerillas por las que subían y bajaban, con montones de libros en brazos, las bibliotecarias. Su jefe, un joven barbudo, antipático, se pasaba las horas, como un autómata, sentado en su pupitre, recogiendo y clasificando las fichas de los estudiantes que hacían cola en la parte delantera de la sala. A lo largo de las paredes, como en otro Castillo, había pilas de libros que esperaban a ser clasificados y que se derrumbaban continuamente con gran estruendo, lo que asustaba a los lectores de las mesas.

Esto cobrará relevancia más adelante en este texto que no es, válgame Dios, un libro, legible o no, pero quiero añadir aquí un detalle: la primera vez que entré en la biblioteca —donde, por lo demás, no pasé demasiado tiempo mientras estuve en la facultad porque no estaba acostumbrado a leer sentado ante una mesa, sino solo en la cama (mueble que, junto al libro propiamente dicho, consideraba una parte integrante de mis enseres de lectura)—, se me ocurrió una idea de que la que no pude librarme. Unos armarios macizos del siglo anterior, llenos de cajones con etiquetas escritas a mano con una caligrafía anticuada, ocupaban el centro de la sala. Me arrodillé ante uno de ellos, pues la letra V quedaba abajo del todo, en la primera fila sobre el suelo, tiré del cajón y, como las barbas de la ballena, dejé a la vista los cientos de fichas amarilleadas escritas a máquina, con el título, el autor y otros datos de los libros, cada vez más numerosos y más inútiles, escritos en este mundo. Hacia el fondo del cajón encontré el nombre que estaba buscando: Voynich. Nunca había sabido cómo se escribía exactamente, pero había acertado.

Este nombre no ha dejado de resonar en mis oídos desde que, cuando estaba en sexto curso, lloré por primera vez al leer un libro. Mi madre me oyó y vino corriendo, con su bata andrajosa que siempre olía a sopa, a mi habitación. Intentó tranquilizarme, consolarme, pues pensaba que me dolía la tripa o una muela. Le costó comprender que lloraba por aquel libro ajado tirado en el suelo, un libro sin portada al que de hecho le faltaban más de cincuenta páginas del principio. Muchos de los libros que había en nuestra casa estaban así: también el de Thomas Alva Edison, y el de los polinesios, y *Del Polo Norte al Polo Sur*. Lo únicos intactos, que nadie había leído jamás, eran (los veo todavía delante de los ojos). *Batallas en marcha*, de Galina Nikolaeva, y *Así se templó el acero*, de N. Ostrovski. Entre sollozos inconsolables le conté a mi madre algo sobre un revolucionario, un monseñor, una chica… Una historia tan embrollada que ni siquiera yo mismo la había comprendido del todo (sobre todo porque la había empezado por la mitad), pero que me había impresionado muchísimo. No sabía cómo se titulaba el libro, y los autores no me interesaban por aquel entonces. Por la tarde, cuando llegó mi padre y dejó la cartera sobre la mesa,

como de costumbre (yo sacaba siempre *Sportul* y *Scanteia* para leer los artículos deportivos), me encontró con los ojos enrojecidos, pensando todavía en la escena en la que el joven revolucionario descubre ¡que su padre era el odioso Monseñor! «¿Qué libro es ese, cariño?», le preguntó mi madre en la cena, y mi padre, en calzoncillos y camiseta, como solía estar él en casa, respondió con la boca llena algo parecido a «mocetón», y luego añadió «el tábano». Sí, el joven era conocido en Italia con el sobrenombre de Tábano, pero yo ni siquiera sabía qué significaba esa palabra. «Es un moscón grande y gris, de ojos saltones», me explicó mi madre. Jamás conseguiré olvidar aquella tarde en la que me pasé llorando cuatro horas seguidas leyendo aquel libro; sin embargo, hasta ese mismo instante no había tenido la ocasión de averiguar nada sobre él ni sobre su autor. La primera sorpresa fue que su autor era, en realidad, una autora. Su nombre, Ethel Lilian Voynich, estaba escrito en la ficha junto al año de publicación de *El tábano (The Gadfly)*: 1909. Sentí que había logrado un pequeño triunfo, había aclarado una historia que se remontaba diez años atrás cuando, de hecho, mi frustración debería haberse agudizado. No sabía por entonces que al nombre que había encontrado en el fichero —y por el que mi llanto de otra época había sido una especie de premonición— se iban a vincular dos de las direcciones más importantes que tomaron mis búsquedas, pues la infelicidad por no llegar a ser escritor dejó libre, paradójicamente —y espero que esta no sea otra ilusión—, el camino hacia el verdadero sentido de mi vida. No he escrito una sola palabra de ficción en mi vida, pero esto ha dado rienda suelta a mi verdadera vocación: buscar, en realidad, en la realidad de la lucidez, del sueño, del recuerdo, de la alucinación y en cualquier otra parte. Aunque emana miedo y horror, mi búsqueda me satisface, sin embargo, por completo, como las artes despreciadas y no homologadas de la doma de pulgas o de la prestidigitación.

Me arrojé a mi nueva vida como un demente. Cursaba literatura antigua con profesores ineptos y estudiaba a monjes y frailecillos que habían escrito tres líneas en lengua eslava —siguiendo cánones extranjeros— porque había que justificar el vacío histórico de una cultura que se había despertado tarde a la vida. Pero ¿a mí qué me importaba? Yo era estudiante en la Facultad de Letras, algo que casi no me había atrevido siquiera a soñar antes. Mi primer trabajo, sobre los salmos en verso, ocupó casi cien páginas. Era monstruoso, recorría toda la bibliografía posible, desde Clément Marot hasta Konchanowski y los salmos de Verlaine y de Arghezi. Todos los poemas que utilizaba como ejemplos en mi tesis habían sido traducidos por mí con su prosodia original…

¡Pero qué solo estaba y qué desafortunado me sentía! Abandonaba la facultad al anochecer, cuando el asfalto mojado por la lluvia del día reflejaba los letreros luminosos de los bulevares. Muchas veces no cogía el trolebús, sino que regresaba a casa caminando entre los grandes edificios del período de entreguerras por Magheru, pasando junto a la librería Scala y el cine Patria. Luego, cuando la tarde se volvía amarilla como el aguarrás, me adentraba por las callejuelas llenas de casas de color

escarlata y azul oscuro, luego negras como el alquitrán, de Domniţa Ruxandra y Ghiocei, sorprendido una y otra vez por el hecho de que podía entrar en cualquier casa, en cada una de sus habitaciones antiguas, iluminadas apenas por el muñón de una vela, en las habitaciones del primer piso, con su piano, en los fríos pasillos en los que adelfas polvorientas se marchitaban en la penumbra. Misteriosas por fuera, con su cohorte de figuras de estuco, esas casas antiguas se revelaban más misteriosas aún por dentro. Vacías y silenciosas, sin una mota de polvo en las mesas cargadas de tapetes, parecían abandonadas de repente tras un pánico terrible. Sus habitantes no se habían llevado nada, como si hubiera tenido lugar un terremoto devastador. Eran felices por haber podido escapar con vida de allí.

En casa me esperaban mis padres, y a esto se reducía mi vida. Los dejaba delante del televisor y me iba a mi habitación, que daba a la calle Ştefan cel Mare. Me acurrucaba en la cama y deseaba la muerte con tanta intensidad que sentía que al menos algunas de mis vértebras estaban de acuerdo. Mi cama se convertía entonces en un yacimiento arqueológico en el que, amarillos y porosos, en la posición imposible de un ser aplastado, yacían los huesos de un animal desaparecido.

Capítulo 5

MI caída, el primer y único mapa de mi mente, cayó en la tarde del 24 de octubre de 1977 en el Cenáculo de la Luna que se celebraba por aquel entonces en el sótano de la Facultad de Letras. No he conseguido nunca superar este trauma. Todavía hoy lo recuerdo todo con la claridad de la linterna mágica, tal y como el torturado rememora, durante años y años, la extracción de las uñas y de los dientes cuando se despierta gritando, empapado de sudor. Fue una catástrofe, pero no en el sentido del derrumbe de un edificio o de un accidente de coche, sino la de una moneda arrojada al aire que cae por la cara que no deseamos. La del palito más corto que decide tu destino en la balsa de la Medusa. Prácticamente, en cada instante de nuestra vida realizamos una elección o una ráfaga de aire nos arrastra por un pasillo y no por otro. La línea de nuestra vida real se endurece después, se fosiliza y adquiere coherencia —pero también la simpleza del destino—, mientras que las vidas que habrían podido ser, que habrían podido desprenderse a cada momento de la ganadora, quedan reducidas a líneas de puntos, fantasmales: creodas, transiciones de fase cuántica, traslúcidas y fascinantes como los brotes que vegetan en el invernadero. Parpadeo ahora y mi vida se ramifica, porque habría podido no parpadear y entonces habría sido otro, cada vez más alejado del que ha parpadeado, como las calles radiales que parten de una plaza estrecha. Al final quedaré envuelto, como un capullo, por los hilos transparentes de millones de vidas virtuales, de los billones de caminos que podría haber tomado realizando un cambio infinitesimal en el ángulo de avance. Nos reencontraremos, tras la aventura de la vida, mis millones de yos posibles, probables, casuales y necesarios, una vez alcanzado el final de sus historias. Nos contaremos nuestros triunfos y nuestros fracasos, las aventuras y el aburrimiento, la gloria y la vergüenza. Ninguno prevalecerá por encima de los demás, pues cada uno de nosotros tendrá a su alrededor un mundo en absoluto menos concreto que eso que llamamos «realidad». Todos los mundos infinitos generados por las elecciones y los accidentes de mi vida son igualmente concretos y verdaderos. Los millones de hermanos míos con los que hablo al final, en la hiperesfera de la suma de todas las historias generadas por mi *ballet* a lo largo del tiempo, son ricos y pobres, mueren jóvenes o a una edad madura (algunos no mueren nunca), son geniales o unos fracasados, payasos o empresarios de pompas fúnebres. Si nada humano me resulta, desde el principio, ajeno, al final abrazo, a través de mis hermanos reales-virtuales, todas las posibilidades y cumplo todas las virtualidades engranadas en las articulaciones de mi cuerpo y de mi mente. Algunos serán tan distintos de mí que traspasarán la barrera del sexo, los imperativos éticos, la Gestalt del esquema corporal, transformándose en sub o sobrehumanos o alternativamente humanos; otros solo se diferenciarán de mí a

través de unos detalles inapreciables: una sola molécula de ACTH liberada por su cuerpo estriado mientras que el mío no ha liberado ninguna, una sola célula K de más en su sangre, un brillo extraño en su ojo…

No sé cómo sería ahora, mientras escribo aquí, en esta habitación con telarañas de la casa donde vivo y que tiene forma de barco, en esta penumbra en la que únicamente los marcos de las ventanas antiguas brillan amarillos, si mi poema hubiera sido bien recibido aquel día, el 24 de octubre de 1977. Tal vez tendría, justo a mis espaldas, una biblioteca en cuya vitrina se alinearían (me duele pensar en ello) mis libros, con mi nombre en el lomo, con títulos que no puedo imaginar. A lo largo de treinta años habría acumulado, volumen junto a volumen, un estudio completo sobre mi mundo interior, pues no alcanzo ni a imaginar haber escrito alguna vez sobre otra cosa. Tal vez me habría convertido, como dicen las Escrituras, en un hombre elegantemente vestido, ante el que se postrarían las muchedumbres en las plazas. Si nos encontráramos ahora, siete años después, él, que conoció el éxito en el Cenáculo de la Luna con *La caída*, y yo, cuya *Caída*, aunque idéntica a la otra letra a letra, fue despreciada, ese encuentro solo podría tener lugar en quién sabe qué reunión de un grupo de profesores con un autor ya famoso, un sábado de formación pedagógica, en el Iulia Hasdeu o en el Caragiale. El rebaño de profesores de rumano amargados por los míseros sueldos, por la tiranía de los inspectores, por las mismas lecciones con niños que mueren desgarrados por buitres[3] o que saltan por los aires en un puente, por los atributos y los complementos y la división de las oraciones en proposiciones lo habría esperado con suma paciencia, mientras él se tomaba tranquilamente el café en el despacho del director, contando chistes que los demás le reirían, serviles. Luego habrían caminado todos, un conjunto escultórico lleno de dignidad, por el pasillo decorado con retratos de escritores hasta llegar al salón de actos, y mi compañera de la derecha se habría inclinado hacia la de delante para susurrarle al oído: «Qué simpático es…». Porque para ellas todos los escritores estarían muertos, y cuanto más muertos estuvieran, mejores son. Ciertamente, el escritor del estrado parecería mucho más joven que yo. Tendría el aplomo que confieren el prestigio y la obra, puestos en duda a diario por el coro de los críticos del mundillo literario y, sin embargo, incontestables. Habría hablado con sencillez, pues ya se encargarían sus libros de hablar de forma compleja y sutil por él. Y se habría permitido mostrarse modesto y cálido con un mundo nimio acerca del cual no sabría y no querría saber nada. Luego habría firmado autógrafos (¡Dios mío, firmar autógrafos!), y yo habría esperado una larga cola con su libro en la mano, pensando que podría haber sido mi libro. Al llegar a su lado me habría preguntado cómo me llamo y me habría mirado a los ojos solo un instante. No le habría sorprendido que nuestros nombres fueran idénticos, todo habría sucedido —o sucede aún, cuando escribo esto— como en un trance, como en un sueño. Habría escrito mi nombre y luego algo así como «con mis mejores deseos», y habría firmado con el mismo nombre, deformado sin embargo por la costumbre de tantos y tan apresurados

autógrafos. Habría pasado luego a la profesora de la escuela 84, que lo miraría feliz como si fuera su prometido. Yo, por mi parte, me habría puesto el abrigo y habría vuelto a casa caminando bajo la aguanieve, con su libro en el maletín, entre los exámenes de los de séptimo. Lo habría leído de un tirón, en una noche, porque, diga lo que diga, amo la literatura, la sigo amando, es un vicio del que no puedo escapar y que algún día me destruirá.

Llevaba aquella tarde el jersey amarillo-sucio de cuello vuelto, de *mohair*, que me había tejido mi madre. Mi cazadora blanca y este jersey eran en cierto modo literarios: sabía que así tenía que vestir un escritor. Había visto unos años antes *Desayuno en Tiffanys* y el autor llevaba una cazadora con el cuello levantado. Ataviado con esta especie de uniforme, escribía todo el tiempo a máquina y, en consecuencia, no dejaban de presentarse en su ventana chicas guapas que subían a su casa por la escalera de incendios. No imaginaba entonces qué seres iban a aparecer en mi ventana panorámica del quinto piso, desde donde veía el paisaje desbordado, balcánico, de la ciudad: paredes viejas, fachadas, frontones barrocos ahogados por la vegetación. Tenía veintiún años, estaba flaco como una sombra, llevaba el pelo cortado a tazón y lucía un bigote precario, rojizo, con una calva en la parte izquierda. Mi rostro moreno, ojeroso, toda mi vida reunida en torno a los ojos, parecía un dibujo a carboncillo. Pero había escrito *La caída*, una espiral arrebatadora, extensa como un Maelström en los primeros cantos, cada vez más frenética luego, más histérica, a medida que lo divino se transformaba en obsceno, la geometría en anomia, los ángeles en demonios de bestiario medieval. Había entrado en el aula mezquina, un aula corriente, con encerado y pupitres, con los zócalos pintados de marrón, junto con otros diez o quince estudiantes. Entre aquellas paredes como ahumadas, en las que colgaban los retratos de algunos lingüistas manchados por las moscas, iba a decidirse el resto de mi vida. Lo supe desde el momento en el que empezó la reunión del cenáculo, cuando el joven profesor y crítico con más autoridad de la que pueda alcanzar alguien, con su voz oracular, con sentencias a las que nadie replicaba nunca, anunció las dos lecturas de poesía. Al lado del crítico había una señora vestida de rosa a la que no conocía, como una de esas mantis miméticas que vigilan las corolas de las flores disfrazadas de pétalos inofensivos. Los demás eran mis colegas, la mayoría poetas, acostumbrados al Cenáculo de la Luna. Era un cenáculo joven, fundado apenas un año antes, que había tomado el nombre de la luna inmensa, perfectamente redonda, que flotaba sobre la universidad la primera tarde del Cenáculo y que parecía ocupar aquella noche una cuarta parte del cielo. Negro, con solo dos o tres ventanas iluminadas, el edificio de la universidad crujía bajo ella, aplastado en el centro por una bola de un peso incalculable.

Leyó en primer lugar un tipo con bigote al que no había visto hasta entonces. Su antología se titulaba *Tecnología de otoño*: poemas concentrados, extraños, con algo inesperado en cada uno de ellos. Luego me tocó a mí. Mis hojas, unas treinta, estaban escritas a mano. Las fui pasando una a una con voz impersonal. Mi lectura duró casi

una hora, probablemente durante este tiempo mi silueta delgada desapareció por completo de la sala. Yo, en cualquier caso, no tenía ya cuerpo ni tampoco hojas escritas entre las manos. Había pasado a formar parte del poema que había sustituido al mundo. Giraba en su espiral con una curvatura cada vez más cerrada. Me derrumbaba de verso en verso, desgarrado por la rugosidad de las pieles de reptil, por los aguijones de los escorpiones. Para mí, no obstante, la declamación duró apenas un instante, como si los primeros versos:

> Lira de oro, bate tus alas hasta que yo acabe este canto.
> Esconde tu cabeza de caballo en el profundo silencio.
> Lira de oro, bate tus alas hasta que yo acabe este canto.

se hubieran retorcido en otra dimensión y se hubieran unido a los últimos, transformándose en idénticos, indiscernibles:

> barro versátil
> barro de los arcones
> barro de los barros
> barro de las nieblas
> barro
> barro

El poema finalizaba con una única palabra, escrita en mayúsculas: FINIS.

Como de costumbre, cuando todas lecturas hubieron concluido se produjo un receso tras el cual seguirían los comentarios críticos. Durante la pausa nadie se acercó a mí. Pensé que probablemente sentían el horror sacro a un texto fundamental. A mí se me había puesto, en cualquier caso, la carne de gallina. Había visitado el centro de mi cráneo, había visto la estatua viva, criselefantina, que colmaba la bóveda de huesos pálidos y, sin embargo, había logrado escapar con vida. Ahora, todo lo que notaba era el picor molesto de la lana en el cuello desnudo. Mis globos oculares bizqueaban de cansancio. Los márgenes de la sala y de los que ocupaban los asientos empezaban a fundirse bajo la luz sucia, hasta que todos se convirtieron en unos esqueletos dorados que flotaban fantasmales en el aire. Respiraba acompasadamente, con los labios secos, la gloria. Había llegado el momento de la santificación: yo, un chaval anónimo con aspecto de *fratello* ceñido con un cordón, iba a convertirme en la última esperanza de la poesía universal gracias a un solo salto que a los demás les lleva toda la vida. No tendría siquiera que volver a escribir nada nunca más. Sería por siempre el autor de *La caída*, el de la silla de mármol coloreada, eterna, en el edén de la posteridad. Hacia el final de la pausa, el gran crítico, el mentor del cenáculo, se dirigió a mí para hacerme una sola pregunta: «¿Cuál es, en realidad, tu verdadero

nombre?». Llevaba aquella tarde un traje gris, impecable, y una corbata fría-azul. No tendría por entonces ni cuarenta años. Nadie, a no ser que nos remontáramos un siglo atrás, había conseguido alcanzar tanta autoridad ni tanto poder a una edad tan temprana. Me levanté y le respondí que exactamente tal y como me había presentado. «Ah, pensaba que se trataba de un seudónimo…». Luego se dio la vuelta y se dirigió al estrado, señal de que se reanudaba la reunión. A su lado, con el rostro impenetrable de una actriz kabuki, tomó asiento la señora floral.

No sé si existe Akasha, la memoria universal de los antropósofos, donde se conserva cada gesto y cada palabra pronunciada por cada individuo y cada matiz de verde contemplado alguna vez por el ojo compuesto de cada langosta, pero en mi pobre memoria, carbonizada y desgarrada por la desgracia, no ha desaparecido nada de lo que viví aquella tarde. La plataforma giratoria de mi vida. Entonces, en aquella hora en la que no tuvo lugar siquiera una matanza feroz, sino una matanza carente de intención, con un gesto despectivo y una sonrisa en los labios, la moneda cayó por la cara que no era, saqué el palito más corto, y mi carrera de escritor tal vez continuó envuelta en la gloria y el esplendor (pero también en el conformismo, en la falsedad, en el autoengaño, en la soberbia, en la desilusión), pero en otro mundo posible, puesto que en este quedó reducida a una promesa jamás cumplida. He envenenado mis noches, desde hace siete años, con el esfuerzo masoquista por recordar las muecas, los sonidos, los movimientos de las corrientes de aire de aquella aula del sótano destinada a convertirse en la cripta de todas mis esperanzas. Uno jugueteaba haciendo girar un boli entre los dedos. Otro se volvió hacia la chica que tenía detrás y le sonrió con complicidad. Un tercero llevaba una especie de mocasines de ante. El cuello de lana me picaba, me ardían las mejillas.

Hablaron sobre mi poema como si fuera el producto de una patología literaria. Como sobre una mezcla de detritos culturales mal digeridos. Como sobre un pastiche en la estela de… (aquí se ensartaron unos veinte nombres). El primero era un poeta verdadero, yo era una rareza. «Al salón de horrores de nuestra poesía contemporánea, se añade un precioso artefacto». «Querrás mil, obtendrás seis», terrible sentencia de Arghezi. A medida que los participantes se pronunciaban, mi asombro y mi vergüenza se desbordaban, sobrepasaban todos los límites imaginables. No era posible, no podía encontrarme en una reunión de ciegos. Me aferraba a cualquier matiz positivo, intentaba no entender las ironías y no oír las sentencias expuestas con una dureza implacable. Por supuesto, la situación daría un vuelco de un momento a otro. Los primeros en manifestarse estaban equivocados, eran unos mequetrefes sin cordura. Cada vez que alguien tomaba la palabra, me concentraba en él con la ilusión de poder hacerle decir lo que yo quería oír, como cuando empujas el volante con todo el cuerpo en un adelantamiento peligroso. Esta vez va a salir bien, a partir de ahora las cosas van a cambiar, me decía, pero el joven comentarista, un colega mío de la facultad, se mostraba tan independiente, inflexible y cruel como un cirujano con un bisturí circular. Pues eso es justo lo que estaban haciendo: una vivisección en mi

cuerpo martirizado. Extracción del corazón en la tribuna superior del templo. Amputación sin anestesia, pero también sin odio, como cuando los niños le arrancan las patas a una mosca. Yo también gritaba como ella, inaudible e igualmente en vano. Bombástico, gongorino, de una ambición digna de una causa mejor, mi poema iba pasando de mano en mano, se citaban sus imposibilidades prosódicas y sus «evidentes» inconsecuencias estéticas. A veces, «gracias a la ley de los grandes números», se escuchaba también alguna expresión como «teniendo en cuenta la edad del autor, podría alimentar ciertas esperanzas de cara al futuro». A medida que la velada avanzaba, se hablaba cada vez menos de *La caída* y cada vez más de los versos del otro poeta, maduros y crueles-delicados, elípticos y enigmáticos. Finalmente se olvidaron por completo de mí, abandonándome en un piadoso rincón sombreado que al menos camuflaba mi oprobio.

Sentía vergüenza, más vergüenza de la que había sentido jamás. Al principio estaba sorprendido e indignado, pero ahora solo quería desaparecer, dejar de existir, no haber existido jamás. Ya no esperaba nada, ya no me defendía, mis ideas habían dejado de luchar contra sus ideas. Era como ese ratoncillo que nada en un cubo del que no puede escapar, y que, al final, cuando pierde la esperanza, se deja caer al fondo. Sin embargo, aunque estaba carbonizado por tanta cerrazón y tanto desprecio, conservaba aún una pizca de esperanza: faltaba el gran crítico. En más de una ocasión, él había dado la vuelta, sin derecho a réplica, a los juicios de los presentes en la sala, y sus palabras quedaban eternamente talladas en un mármol inmortal. Como si fuera un médium, él no podía equivocarse, pues estaba habitado por un *daimon* y, en caso de que lo hiciera, todos renunciaban a las evidencias y seguían las huellas de su error. El crítico, que hablaba siempre el último y siempre de forma memorable, devolvería a *La caída* su grandeza inicial, su naturaleza abisal y su ecumenismo. La catedral había sido transformada en un váter público pero, con su voz delicada, juguetona, relativizante y sin embargo llena de fuerza, el crítico podía rociarla de nuevo con agua bendita. Abatido por la fiebre, con la cabeza hundida en el pecho, yo solo esperaba ya el último discurso de la velada, el que de hecho esperaban todos los presentes. Y, por fin, tras una larga pausa en la que había quedado claro que nadie tenía nada más que añadir, el crítico empezó a hablar.

Comenzó por mí, describiendo mi poema como un «abrumador torbellino de palabras». Interesante, incluso perturbador por su intención, y sin embargo un fracaso evidente en su realización concreta, «pues el poeta no tiene sentido del lenguaje y carece por completo del talento necesario para afrontar semejante empresa». Precisamente esa ambición desmesurada era lo que hacía tan ridículo el poema. «Para aprender a correr, primero hay que saber caminar. El poeta que ha leído esta tarde es como un niño en tacataca que quiere correr la maratón y ganarla…». Y siguió en el mismo tono, leyendo a saltos, recordando lo dicho anteriormente, siempre consecuente con ello y, finalmente, antes de pasar a la segunda crítica, con la última frase, colocó su pulgar mirando hacia abajo: «El poema me recuerda a esas películas

cómicas en las que de la boca de un cañón gigante, que se hincha por completo cuando a la pólvora llega la mecha encendida, sale rodando una bola que cae, plof, al suelo, a un metro del tubo del cañón…».

No sé qué dijo sobre el otro poeta.

El manuscrito de *La caída* conserva todavía las huellas digitales de todos los que hablaron ese día. En cientos de noches de insomnio he rumiado después el mismo guión rocambolesco: he seguido y he castigado a todos los que se burlaron de mi poema y, de paso, me destrozaron la vida. Pero, sobre todo, desde hace muchos años, consumo mi venganza sobre el único individuo que, atado e inerme, un simple preparado anatómico vivo, hecho para la tortura, me fue entregado para siempre: yo mismo.

Capítulo 6

ASÍ pues, soy profesor de Rumano en la Escuela Primaria número 86 de Bucarest. Vivo solo en una casa antigua, la «casa con forma de barco» sobre la que ya he escrito, situada en la calle Maica Domnului, en la zona del lago Tei. Como casi todos los profesores de mi especialidad, soñé durante una época con ser escritor, así como en el violinista que va tocando por las mesas de los restaurantes vive, agazapado y degenerado, un Efimov que se creyó en algún momento un gran violista. ¿Por qué no llegó a suceder? ¿Por qué no tuve la suficiente confianza en mí para superar, con una sonrisa de superioridad, la velada del cenáculo? ¿Por qué no experimenté la convicción maníaca de tener razón frente a todos, más aún cuando el mito del escritor incomprendido es tan poderoso —incluso con su consabida dosis de *kitsch*—? ¿Por qué no creí en mi poema más que en la realidad del mundo…? He intentado encontrar una respuesta a todo esto cada uno de los días de mi vida. Aquella misma noche de otoño, avanzada y húmeda, volví a casa andando, cegado por los faros de los coches, sumido en un estado de angustia como no había sentido jamás. La injusticia y la humillación me impedían respirar. Mis padres, que me abrieron como de costumbre la puerta, se quedaron petrificados al verme. «Parecías una aparición, blanco como la cera, y no entendías lo que te decíamos», me contaría mi madre más adelante. No pegué ojo en toda la noche. Releí mi poema unas cuantas veces, pero llegaba siempre a la misma conclusión: genial, imbécil, imbécil-genial, genial-imbécil o solo inútil, como si sus páginas estuvieran en blanco. Acababa de leer *Niétochka Nezvánova*, de Dostoievski, y me había parecido su mejor texto, inconcluso porque no podía ser continuado, porque el joven autor había llegado demasiado pronto a uno de los extremos de su mundo. Había pensado mucho en el padre de Niétochka, en Efimov, que había aprendido a tocar el violín, abrasado por la pasión y la inspiración, solo, y hasta había logrado hacerse famoso en su remota provincia. La soberbia de un hombre fustigado por una fuerza fantástica no conoce límites: Efimov había llegado a considerarse el mejor violinista del mundo. Hasta que, escribe Niétochka (pero ¿podemos creerla? ¿Qué sabía esta joven sobre el arte, sobre la música, sobre el violín? ¿Cuánto la había atormentado su padre con su furiosa locura, con sus crisis de orgullo y con su posterior caída en la desesperación, la enfermedad y la bebida?), un «verdadero» maestro del violín vino de Moscú a dar un concierto. Naturalmente, naturalmente, tras escuchar al «verdadero», Efimov no volvió a coger el violín y desapareció de su propio mundo fantasmagórico, del mundo de su hija y del mundo del propio Dostoievski, apenas dejó tras de sí el penoso aroma de la tragedia y de la condena en *scherzo*. Un pobre hombre engañado por el diablo mezquino de la provincia. Creo que nadie, nunca, al leer *Niétochka*, ha puesto en duda la mediocridad

de Efimov como violinista, su ridícula gloria de tuerto en el país de los ciegos, su penoso autoengaño. Pero yo, que durante unos cuantos meses del verano del 76 viví como él y como los dioses, asustado por mi propia grandeza, por la omnipotencia del ser que me habitaba y guiaba mi mano sobre el papel, de tal manera que mi poema se había vertido en las páginas sin borrones, sin revisiones, sin añadidos, sin reescrituras, como si me hubiera limitado a separar, línea a línea, una banda alba que cubriera las letras y las palabras, sabía que Efimov había sido ciertamente un gran violinista, demasiado grande y demasiado novedoso y demasiado venido de ninguna parte como para poder ser comprendido de verdad. Sabía que ni el gobernador ni los que lo rodeaban, aunque habían sentido la fuerza de su arte, habían percibido más que una gran luz sin límites y no habrían sido capaces de explicar por qué aquella música, distinta por completo de la música local, los conmovía tan profundamente. Yo sabía que no era él —marioneta manejada por una mano de otro mundo— el impostor, sino que lo era el «gran», el «verdadero», el perfecto violinista-moscovita, famoso en el mundo entero, el que había actuado ante cabezas coronadas en París y en Viena, y se había dignado, al final de su carrera, a descender hasta el remoto rincón de Rusia para hacer felices a los bárbaros lugareños con la gracia y la nobleza de su arte. Un arte según las reglas, según los cánones respetados durante siglos, una música perfecta, por supuesto, pero a la vez humana. Y precisamente su parte humana era la moneda que iba con él a todas partes, a los palacios y a las chozas, pues resulta muy agradable sentir el peso de una moneda en la palma de la mano. Mientras que el arte inhumano, desordenado, que no tomaba en consideración la estructura del oído humano ni la estructura del violín, que no conocía los límites del movimiento de los dedos en las cuerdas, el arte infiltrado por la magia, desde otro mundo, en el cuerpo de Efimov, te clavaba en la mano el filo helado de la cuchilla, atravesaba la línea de la vida y te dejaba una cicatriz que duraba para siempre.

De las miles de respuestas que he dado, en noches de fiebre y tormento y días de ensoñación, en clase, mientras los críos estaban atareados haciendo un examen, o cuando me encontraba en alguna zapatería o en heladas paradas de autobús o esperando en alguna consulta médica, a la pregunta de por qué no me convertí en escritor, una me parece más verdadera que las demás por la paradoja y ambigüedad que entraña. He leído todos los libros y no he llegado a conocer siquiera a un solo autor. He oído todas las voces con la nitidez con que las oye un esquizofrénico, pero no me han hablado nunca con una voz verdadera. He recorrido miles de salas en el museo de la literatura, embelesado al principio por la maestría con que, en cada pared, hay pintada alguna puerta, un trampantojo. Tanta minuciosidad en la sombra afilada de cada astilla, en cada capa de pintura con sensación de fragilidad y transparencia, te hacía admirar a los artistas de la ilusión como no has admirado a nadie en este mundo. Al final, sin embargo, al cabo de cientos de pasillos repletos de puertas falsas, con un aire que huele cada vez más a óleo y a aguarrás y a rancio, el deambular se va alejando progresivamente del paseo contemplativo para

transformarse en inquietud, luego en pánico y por último en algo irrespirable. Cuanto mejor haya engañado a tu ojo, con más intensidad te engaña y te decepciona una puerta. Están pintadas con maestría pero no se abren. La literatura es un museo cerrado a cal y canto, el museo de las puertas ilusorias, de los artistas preocupados por los matices del marrón y por la imitación lo más expresiva posible de los marcos, de las bisagras y de los picaportes, por el negro aterciopelado de la cerradura. Bastaba solo con cerrar los ojos y palpar con los dedos la pared lisa e interminable para comprender que en el edificio literario no hay aberturas ni fisuras por ningún sitio. Solo que, seducido por la grandeza de las puertas cargadas de bajorrelieves y símbolos cabalísticos o por la modestia de la puerta de una cocina de pueblo, con una vejiga de cerdo en lugar de cristal, no quieres cerrar los ojos, querrías tener, por el contrario, mil ojos para atisbar el millar de salidas falsas que se extienden ante ti. Al igual que el sexo y las drogas, al igual que todas las manipulaciones de nuestra mente que querrían reventar el cráneo y salir al mundo, la literatura es una máquina de crear, en primer lugar, beatitud, y luego decepción. Después de leer decenas de miles de libros, no puedes evitar preguntarte: ¿dónde ha estado mi vida durante todo este tiempo? Has engullido un revoltijo de vidas ajenas que tienen una dimensión menos que el mundo en el que existes, por muy sorprendentes *tours de forcé* artísticos que sean. Has visto los colores de otros y has sentido la aspereza y la dulzura y la posibilidad y la exasperación de otras conciencias, que han eclipsado y han arrastrado a la sombra a tus propias sensaciones. Y si al menos hubieras penetrado en el espacio táctil de otros seres como tú, pero se han limitado a hacerte girar entre los dedos de la literatura. Te han prometido siempre, con mil voces, la evasión, y a cambio te han robado incluso la bruma de realidad que te queda.

Como escritor, te irrealizas con cada libro que escribes. Siempre quieres escribir sobre tu vida y siempre escribes solo sobre literatura. Es una maldición, una Fata Morgana, una forma de falsificar el simple hecho de vivir, de ser verdadero en un mundo verdadero. Multiplicas mundos cuando tu propio mundo debería bastar para llenar millones de vidas. Con cada página que escribes aumenta sobre ti la presión del gigantesco edificio literario, que obliga a tu mano a realizar movimientos que no querrías hacer, una presión que te constriñe a permanecer en el plano de la página cuando tú querrías tal vez atravesar el papel y escribir perpendicular sobre su superficie, del mismo modo que el pintor está obligado a utilizar los colores y el músico los sonidos y el escultor los volúmenes hasta el infinito, hasta sentir asco y odio, y todo ello porque no podemos imaginar que también podría ser de otra forma. ¿Cómo salir de tu propio cráneo pintando una puerta en la superficie interior, lisa y amarillenta, del hueso de la frente? Tu desesperación es la del que vive solo en dos dimensiones y está encerrado en un cuadrado en el centro de una hoja sin límites. ¿Cómo puede huir de esa cárcel terrorífica? Incluso aunque sobrepasara uno de los lados del cuadrado, el papel se extendería infinitamente, pero lo cierto es que ni siquiera puede sobrepasar ese primer lado, pues su mente de dos dimensiones no

puede concebir la ascensión, perpendicular respecto al plano del mundo, entre las paredes de la cárcel.

Una respuesta, tal vez más verdadera que las otras, podría ser incluso esta: no he llegado a ser escritor porque no he sido, desde el principio, escritor. He amado la literatura como un vicio, pero no he creído sinceramente que ese fuera el camino. No me atrae la ficción, no ha sido el sueño de mi vida añadir unas cuantas puertas falsas a la pared de la literatura. He sido consciente de que el estilo (que es la mano de la literatura insertada en tu propia mano como en el interior de un guante), tan admirado por mis grandes escritores, no es sino rapto y posesión. Que la escritura devora tu vida y tu cerebro como la heroína. Que al final de una carrera no puedes sino constatar que no has dicho nada, con tu mente y tu boca, sobre ti, sobre los hechos menudos que han formado tu vida, sino solo sobre una realidad ajena a ti, cuyas intenciones has seguido porque se te prometió la salvación, una salvación simbólica, bidimensional, que no significa nada. La literatura es, demasiadas veces, un eclipse de la mente y del cuerpo del que escribe.

Puesto que no he escrito nada (he escrito un diario, es verdad, a lo largo de todos estos años, pero ¿a quién le interesa el diario de alguien anónimo como yo?), hoy veo con claridad mi cuerpo y mi mente. No son ni bellos ni dignos de interés público. Pero sí son dignos, en cambio, de mi propio interés. Los contemplo cada día y me parecen tan tiernos como los tallos transparentes, sin clorofila, de las patatas almacenadas en la oscuridad. Precisamente porque no han sido analizados por todas partes en veinte libros de ficción, poemas o novelas; precisamente porque no han sido deformados por la caligrafía. Empecé a escribir este cuaderno sobre el que no he soltado hasta ahora una sola palabra, el tipo de libro que nadie escribiría, en unas circunstancias especiales. Es una escritura condenada desde el principio, y no porque no vaya a convertirse nunca en un libro, sino porque seguirá siendo un simple manuscrito, arrojado sobre *La caída*, en ese cajón donde están los dientecillos y los cordeles del ombligo y las fotos antiguas, sino porque su tema es ajeno a la literatura, gira mucho más en torno a la vida —alimentándose de ella como el tallo de la correhuela— que cualquier otro texto que haya sido jamás expuesto sobre el papel. A mí me pasa algo, tengo algo. A diferencia de todos los escritores del mundo, y precisamente porque no soy escritor, yo siento que tengo algo que decir. Y lo diré mal y con sinceridad, tal y como hay que decir aquello que merece ser puesto sobre el papel. Muchas veces pienso que así tenía que ser: resultar aniquilado aquella lejana velada del cenáculo, retirarme por completo de cualquier ámbito literario, ser profesor de Rumano en una escuela de primaria, el hombre más oscuro sobre la faz de la Tierra. Y he aquí que ahora escribo, y escribo precisamente el texto que, mientras leía libros sofisticados y poderosos e inteligentes y coherentes y llenos de locura y de sabiduría, me he imaginado siempre, de hecho, pero no he encontrado por ninguna parte: un texto fuera del museo de la literatura, una puerta verdadera garabateada en el aire, y a través de la cual espero de verdad salir de mi propio

cráneo. Un texto que ese que firma autógrafos en los encuentros con profesores —o quién sabe en qué países extranjeros— ni siquiera ha podido soñar jamás.

Capítulo 7

CASI siempre soy de los últimos en llegar a la sala de profesores, incluso mucho después de que haya sonado el timbre de entrada. La sala pintada en verde oliva (el color de las escuelas, de los hospitales y de las comisarías) es pobretona y desoladora. En la mesa alargada, casi el único mueble de la estancia, el mantel rojo está desgastado por todos los codos que se han apoyado sobre él. En la sala suele haber algún profesor, sentado a la mesa, con el cuaderno de notas abierto, corrigiendo algo con tinta azul. Ni siquiera levanta los ojos para ver quién ha entrado. El profesor de Dibujo. La profesora de Latín, la profesora de Física. Una especie de bruma melancólica flota en la habitación, sobre todo en las mañanas de invierno, cuando todavía no ha amanecido y nieva en las ventanas de marcos desconchados. Estás en un sueño, pero ¿quién lo está soñando?

Tomo mi cuaderno, uno de los del montón de la mesa, y salgo a los pasillos desiertos de la escuela. Son pasillos estrechos, de techos bajos, como las galerías de los topos, iluminados difusamente por las ventanas que dan al patio interior. Paso junto a innumerables puertas pintadas de blanco, al otro lado de las cuales suceden cosas desconocidas. Se escuchan voces, agudas, histéricas, autoritarias. Se grita, se explica, se suplica. De repente, una puerta se abre de par en par, como una flor que, filmada a cámara rápida, revienta en su capullo, y un chaval aparece a mi lado. Entonces los gritos de la profesora se oyen diez veces más agudos. La puerta se cierra al instante y se reanudan los murmullos. El chaval desaparece en un recodo del pasillo y no vuelve a aparecer.

Los pasillos parecen no tener fin aunque la escuela sea pequeña. Siempre girando en ángulo recto, siempre subiendo y bajando escaleras con el suelo de mosaico sin fregar como Dios manda. Paso junto a váteres con la puerta abierta, junto al laboratorio de Física y el de Biología, junto a la consulta del dentista. Hace tres años que vagabundeo por los pasillos de esta guarida y no he descubierto todavía su exacta configuración. Todavía hoy me confundo de cuaderno y acabo en clases desconocidas. Los laboratorios parecen cambiar continuamente de sitio, los cuadros con las fotos de los alumnos sobresalientes están unas veces en la puerta de entrada, otras veces frente a la secretaría, otras veces al fondo del pasillo más alejado. Me detengo de vez en cuando ante uno de ellos: las treinta fotos en seis filas, fotos de chicos y de chicas, se me antojan tan espectrales en el aire verdoso que jamás puedo evitar un escalofrío. Son rostros de larvas, todos iguales y sin embargo todos distintos, como si los carteles de los alumnos destacados fueran grandes insectarios colgados de las paredes de un museo de ciencias naturales. Me sustraigo con dificultad a la fascinación que me provocan y sigo caminando, el profesor de Rumano

con su gigantesco cuaderno de notas bajo el brazo.

Subo un piso, luego otro y otro más. Sé que la escuela solo tiene uno, que todavía no estoy despierto del todo (son las ocho y cuarto de la mañana); sin embargo, sigo subiendo, parece que llevo siglos haciéndolo. Me encuentro en una torre infinita de aulas y de pasillos superpuestos. Me detengo por fin en un espacio amplio y oscuro (desde el patio interior llega muy poca luz) rodeado por las mismas puertas blancas. La clase de 5.º A, de 5.º B, de 5.º C… A lo largo de los pasillos, las letras de las aulas agotan el alfabeto latino, pasan al griego, al hebreo, al cirílico, aparecen luego signos árabes, indios, horribles cabezas mayas y, finalmente, signos del todo desconocidos para mí. No he sabido nunca cuántos grupos tiene, de hecho, cada curso de la Escuela Primaria 86.

La bruma y el vacío me rodean. En una de las clases me esperan cuarenta críos, pero ¿en cuál? Casi siempre me equivoco. Abro titubeante una puerta, los alumnos en sus pupitres se vuelven hacia mí, la profesora interrumpe la serie de fracciones (si es la bella Florabela) o la lección sobre la inmovilidad de los reptiles (si es la temida Gionea) o sus tics del síndrome Tourette (si me encuentro con Vintilă, el profe de Geografía). «Perdón», digo y cierro arrepentido la puerta con el sentimiento de alguien que ha sido, sin querer, testigo de un secreto vergonzante. Lo que tiene lugar entre los alumnos y los profesores ahí, detrás de las puertas blancas, numeradas, me ha parecido sellado siempre con un tabú tan poderoso y tan indiscutible como el de irrumpir en los baños de las señoras. En los recreos me recorre un sudor frío, no ante la idea de tener que volver a clase, sino ante la de tener que volver a abrir una y otra vez puertas desconocidas, al otro lado de las cuales no se me ha perdido nada.

Por fin, los chavales del aula más improbable parecen estar esperándome. Ante ellos, en el estrado, no hay nadie. Sin embargo, mi inseguridad persiste: ¿y si es la clase de algún otro rezagado? Solo cuando veo que abren los cuadernos y que me aceptan, ahí, en el pequeño espacio ante las filas de pupitres, me tranquilizo un poco. Es mi clase. Me encuentro, por fin, donde me corresponde. Pero ¿en qué curso estoy? ¿Sexto? ¿Octavo? Los críos me parecen todos iguales. Hago un esfuerzo ímprobo por precisar, a partir de las tres o cuatro caras que reconozco, si estoy en la clase de la señora Rădulescu o en la de la tutora Uzun. Me dirijo al estrado, deposito el cuaderno sobre la mesa, me siento, paso lista. Me levanto y empiezo a pasear entre las filas de pupitres mirando por el rabillo del ojo las páginas de los manuales abiertos: ¿qué maldita lección tengo que explicar? ¿Me toca gramática o literatura? Soy el profesor más estúpido que ha existido nunca. «¿Dónde estamos?», les pregunto. Una niña de la fila situada junto a la ventana me responde: «Hemos sacado las ideas principales de “La Broşteni” hasta la tercera parte». Me encuentro, pues, en el sexto curso, probablemente en 6.º B, bien, al menos ya sé algo. A partir de aquí ya puedo arreglármelas solo. Miro a los alumnos casi agradecido. Empiezo a hablar como un autómata, con la cabeza en otra parte. Ellos escriben lo que les dicto, también como autómatas, también con la cabeza en otra parte. También ellos se habrán preguntado

qué clase les tocaba, qué animal extraño e inexplicable tenía que entrar en el aula, qué adulto —extraño y monstruoso— tomaría posesión de ellos hasta la pausa siguiente. Estamos ya frente a frente, mi cara —que conozco por los espejos y que odio como no he odiado nunca otra cosa en este mundo— y sus cuarenta caras, de rasgos pequeños, sin formar, unas caras que siempre me han inspirado miedo. «Dejad que los niños vengan a mí», viene a mi mente cada vez que entro en una clase, es decir, cinco veces al día, «porque de los que son como ellos es el Reino de los cielos…». Rostros de niños, rostros que no son de esta tierra, sino de un imperio lejano y extraño. Tendría muchas cosas que decirles, querría edificar con meticulosidad el puente entre dos culturas o entre dos civilizaciones (¿entre dos especies?): sin embargo, les hablo sobre las cabras de Irina[4] y les explico qué son los ácaros de la sarna, porque me protejo la piel, porque desde hace tres años hago todo lo posible por escapar y huir, por no llamar la atención, por no sentirme acorralado.

Hay clases buenas y clases malas, clases en las que entro tranquilo y otras en las que no me atrevo a entrar. En una de ellas agrupan, en cada curso académico, a los críos con problemas, a los desequilibrados, a los recalcitrantes, a los disléxicos. A los gitanos, considerados por unos profesores llenos de prejuicios como un pueblo de psicópatas. A los niños que no pueden llevarles flores y bombones a las profesoras. Han tenido maestras estúpidas, borrachas, que han conservado su puesto de trabajo por compasión, y cuando por fin tienen un profesor para cada asignatura, no son capaces de dar la talla y tampoco los profesores la dan. «En la clase de los de 5.º D entro como a una jaula de leones. Hasta tengo que defenderme con la regla y el cuaderno», comenta siempre alguien en la sala de profesores. Las mujeres, sobre todo las profesoras novatas, salen de allí llorando. Los profesores, sin excepción, muelen a esos alumnos a palos y en la hora siguiente empiezan de nuevo. No hay nada que hacer. Yo entro en una clase de esas como en una sala de tortura, unas de las muchas que nos esperan en la vida (me he pasado toda la vida en salas de tortura). No hay nada que hacer: es mejor no preocuparse de antemano. Caminas como un autómata, con el cuaderno debajo del brazo, hacia ese rincón del infierno. Serás torturado durante una hora y luego escaparás. Durante una hora serás provocado, retado, burlado por seres que, aunque te llegan al pecho, son demasiados y atacan en oleadas. No puedes enfrentarte a ellos con la infinidad de tus conocimientos sobre el mundo. Tu mundo no es el suyo. Tu autoridad cesa en la puerta de la clase, donde comienza la suya. Te escabulles con más facilidad si pasas a su lado sin mirarles a los ojos y tomas asiento, impasible ante el desorden, los gritos, las carreras por la clase, la batalla con gomas y lápices, la cola que han puesto en tu silla. Querrías entonces que tus sentidos se cerraran, uno a uno, como unos ojos somnolientos, convertirte en tu propia estatua de unos años más tarde, colocada en el estrado ante cuarenta niños de piedra como un memorial del doble suplicio de la escuela cuando el heroísmo de los profesores sea recompensado con su imagen en piedra.

El timbre del fin de la clase me pilla siempre desprevenido: no sé si las trompetas

del Apocalipsis sonarán con tanta fuerza, pero el sonido que anuncia el final de cada clase puede levantar a los muertos de sus tumbas. Me hago añicos cada vez que suena y me cuesta recuperar mi forma inicial. Los chavales abandonan la clase en tromba mucho antes que yo y me dejan solo entre los pupitres vacíos y el encerado, que me parecen de repente tan tristes que busco con la mirada, en el techo, un gancho del que ahorcarme. Alrededor, por las paredes, hay paneles absurdos: imágenes de un cerdo y una vaca para los pequeños, la tabla de Mendeleyev y el tubo digestivo de la paloma disecada para los mayores. Retazos de un mundo que no entenderemos jamás. Agarro mi cuaderno y, con él debajo del brazo, me dirijo hacia la sala de profesores; esta vez el camino me parece corto, de lo más sencillo, como si dicha sala estuviera al doblar la esquina. Sin embargo, me lleva el mismo tiempo llegar hasta ella, porque el espacio está abarrotado de críos que pululan como abejas en un enjambre, sin parar, lanzando unos gritos tan estridentes que se te clavan en el tímpano como agujas. No se puede pasar entre ellos, pues están pegados unos a otros como siameses, pero sí intentar lanzarse sobre ellos con un salto hábil que todos los profesores conocen —el resto no ha sobrevivido—, y ellos arrastrarán al profesor en cuestión en volandas sobre sus cabezas llenas de liendres, toqueteándole por debajo de la falda si es una mujer o hurgando en sus bolsillos si se trata de un hombre, hasta, finalmente, depositarlo sano y salvo ante la puerta de la sala de profesores. Una vez allí te atusas la ropa, borras el rictus de desesperación de tu rostro y haces una entrada afable, contando chistes y chismorreos como si nada hubiera pasado.

Mis colegas están sentados a la mesa. En torno a ellos, en las paredes, hay grandes fotografías de personalidades difuntas moteadas por las moscas. Por la ventana se ve la torre de agua y una vieja fábrica desmantelada con el tejado roto; unos arbolitos crecen en las cornisas de ladrillo a partir de las semillas traídas por el viento. Es el patio de juegos de los críos del barrio, que se cuelan, por boquetes que conocen solo ellos, en las naves abandonadas. Vuelven a casa reventados, manchados de grasa, con algo extraño en la mirada. Cuando salgo de clase y paso por delante de la Automecánica camino de la parada del 21, me los encuentro en grupos de dos o de tres, con esa mirada que dice «hemos vuelto a estar ahí». En cada rectángulo del patio de la escuela, antes de entrar a clase, a los chavales les controlan la indumentaria. A los chicos les pasan la mano por el cabello y si el pelo supera el grosor de los dedos, les ordenan que se rapen. Las chicas tienen dos puntos vulnerables: la cinta de la cabeza (obligatoriamente de tela blanca, no de plástico, y han de llevarla puesta todo el tiempo) y la falda del uniforme, que tiene que llegarles hasta las rodillas. Tanto ellos como ellas lucen otro signo de la esclavitud escolar: un parche de muselina cosido a la manga izquierda del uniforme en el que aparece, bordado antaño con hilo amarillo, el número de matrícula junto al número de la escuela. La matrícula identificaba a los alumnos que se portaban de forma inadecuada en los espacios públicos, a los que iban al cine o se quedaban en los bares durante el horario escolar. No recuerdo exactamente cuándo sustituyeron la matrícula por un tatuaje, pero

recuerdo que se debió a que los escolares se grapaban la matrícula de tal manera que se la podían quitar con bastante facilidad al salir de la escuela, al igual que las chicas se quitaban también esa cinta de la cabeza que parecía quemarles. Durante muchos años, el primer día de clase, cuando la enfermera les examinaba la tripa para ver si encontraba signos de urticaria y la cabeza en busca de piojos, y les administraban a todos la vacuna masticable —una gota de líquido rosa en un azucarillo—, aparecía también el profesor del taller (los chicos estudian cerrajería y las chicas, costura) con la aguja de pirograbado al rojo vivo. Uno a uno, con la manga arremangada, los críos esperaban pacientes la inscripción meticulosa, con caracteres burdos, del número que serviría para identificar a los alumnos de la escuela 86 en el hombro izquierdo. Tras el control del corte de pelo, de las cintas (las chicas se arrodillaban en el pasillo entre los pupitres, los dobladillos no tenían que tocar el suelo) y de las matrículas, seguía la invariable advertencia de la directora: «Y que no me entere yo de que entráis a la fábrica en los recreos. Al que lo pille, lo expulso tres días y se queda estudiando en la biblioteca».

Eso de la biblioteca surte un efecto inmediato: pocos chavales se atreven a arriesgarse. La biblioteca de la escuela se considera asimismo la cárcel. Desde la sala del dentista bajas por una escalera estrecha que se hunde en la tierra, como uno de esos váteres en los subterráneos de las estaciones antiguas. La bibliotecaria es la profesora de Matemáticas, enferma de diabetes, que completa su jornada con unas horas como guardiana. Es ancha, ocupa toda la mesa del pequeño vestíbulo de la biblioteca, y tiene la cara llena de verrugas. Los críos se escurren con dificultad junto a este ídolo bárbaro que bloquea la entrada.

Sobre la mesa de madera sin tratar, con manchas de tinta roja, hay un sempiterno tarro que contiene un líquido turbio. Son sus algas, con las que se trata no solo la diabetes, sino también la vista, la vejiga, el tránsito intestinal, los quistes del ovario, los lapsus, los ronquidos, las verrugas, los eructos, el hastío. Las algas son la panacea largamente esperada por la humanidad y al fin descubierta por un profesor ruso llamado Naumov. Hace unos meses que aparecieron por primera vez en la escuela, de la mano de la señora Bernini, la profesora de Música. El tarro místico brillaba como un cáliz sagrado bajo un rayo de sol. En él, flotando en un líquido hialino que recordaba al esperma, había unos seres pálidos, traslúcidos, con una delicada anatomía interna. Rodeada por sus compañeros, la señora Bernini desplegó con gesto serio una hoja en la que, ciclostiladas veinte veces, estaban escritas a máquina en una sola línea, con los caracteres ahogados en tinta, casi ilegibles, las palabras del gran sabio. De ellas se deducía que las algas, que tenían un complicado nombre científico, crecían y se multiplicaban en el tarro sin necesidad de alimento, y que una vez por semana había que beberse el líquido en el que nadaban y sustituirlo por agua del grifo. La cura con algas milagrosas tenía que prolongarse al menos durante un año, tras lo cual estaba garantizada una salud perfecta en este siglo y, en el próximo, la vida eterna. La profesora de Música mandó a sus colegas a buscar unos vasos con

agua y cuando regresaron vertió en cada uno una pequeña parte de aquellos animales perezosos, blancuzcos, del tarro original. Desde entonces, todas seguían al pie de la letra el tratamiento del profesor Naumov. Las algas se habían multiplicado y aunque aquel líquido turbio era de verdad asqueroso, ellas se lo bebían en el váter, tapándose la nariz. Las profesoras habían olvidado por completo todos los demás intentos de juventud sin vejez y de vida sin muerte realizados en el pasado: cómo habían aguantado, por ejemplo, una cucharada de aceite debajo de la lengua, durante seis horas, a lo largo de seis meses, según la receta del médico checo Nemecek, o cómo habían retenido la orina durante tres días, una vez al mes, soportando unos dolores terribles, como remedio contra la nostalgia.

En la biblioteca no hay libros. En otra época sí hubo varios cientos de volúmenes para niños, pero la humedad del sótano los ha enmohecido. Las portadas están ahora podridas, repletas de manchas verdes con olor a penicilina, y por sus páginas pululan unos escorpiones minúsculos sin aguijón. La mayoría de los libros antiguos son ahora montoncitos de polvo en unos estantes también podridos. La estancia es pequeña, la luz viene de muy arriba a través de un ventanuco cubierto por una red de alambre, como todas las ventanas de la escuela. A los críos más traviesos se les castiga a permanecer aquí por las tardes, hasta que anochece, sin otra cosa que hacer que contemplar la espalda elefantina, rebosante, de la bibliotecaria. Incluso cuando ella se quedaba dormida con la cabeza sobre la mesa, vigilada por el tarro en el que los rayos de sol procedentes de la ventana giraban en una luz extraña, el alumno arrestado no podía escapar, pues pasar entre las piernas gruesas, peludas, de la bibliotecaria, cuyas varices subían y bajaban como lombrices fofas, resultaba poco menos que imposible.

Mis colegas siempre están escribiendo algo en sus cuadernos, pasan notas, las modifican, las borran con unas gomas tan duras que arañan el papel hasta agujerearlo y, cuando hablan, lo hacen susurrando, con la boca dirigida hacia su interlocutor o tapada con un cuaderno, como los alumnos durante las clases. Al igual que estos, sienten un miedo patológico ante el director: Borcescu. Cuando este los llama a su despacho, se ponen blancos como el papel, como si una tarántula gigantesca los hubiera invitado a visitar su guarida. También a mí me da miedo Borcescu. No me gusta cruzármelo demasiado a menudo, pero sé que se siente un tanto cohibido ante los profesores de Lengua Rumana y de Matemáticas. Su despacho huele a polvos y a maquillaje. Es su olor característico, que impregna su ropa, sus manos, su rostro y su cabello. Cuando este olor dulzón se filtra de repente en la sala de profesores, todos se ponen en pie de un salto, pues saben que en dos o tres segundos se presentará ante ellos el patrón de la escuela. Y ahí está, en efecto, su cuerpo pequeño y obeso. Su cabeza, una esfera perfecta pero desproporcionadamente grande, parece la bola superior de un muñeco de nieve.

Su rostro es inolvidable porque el polvo rosa-ocre, que cubre su piel sudorosa como una máscara, no camufla del todo su rasgo más peculiar sino más bien al contrario: lo sustituye por otro, igualmente grave. El hombre sufre de vitíligo, su cara

y sus manos (¿tal vez también el resto del cuerpo?) están cubiertas de manchas, de unas partes desolladas y decoloradas, y otras demasiado pigmentadas, de tal manera que su cuerpo parece una especie de balón de fútbol cosido con trozos de piel de colores diferentes, sobre los cuales alguien hubiera extendido un maquillaje grueso, con un perfume asqueroso. Bajo las tres hebras de bigote del color y la textura del tabaco, su boca mellada es incapaz de articular tanto las silbantes como las fricativas. Y cuanto más ininteligibles son sus palabras, más temido es Borcescu. Siempre que le ordena algo a alguien, el interpelado ha de hacer terribles esfuerzos por comprenderle, aterrorizado ante la idea de interpretar erróneamente el balbuceo del director. Durante un cuarto de hora puedes ver al pobre profesor con la cabeza apoyada en la ventana, combinando y recombinando las palabras para tratar de hacerse entender ante la falta de algunas de las consonantes esenciales.

En otra época, en torno a los años 70, la especialidad de Borcescu era invitar a las maestras y a las profesoras jóvenes a una excursión por la montaña. Era galante, cortés, tenía más pelo y las marcas de la enfermedad eran más pálidas. Y, sobre todo, algo bien raro por aquel entonces, tenía un Fiat 600, irresistible para muchas mujeres. Pues bien, ellas se iban de excursión con él tan contentas y, en medio de la nada, el profesor detenía el coche y amenazaba a la copiloto con dejarla tirada en medio de la nada si no le dejaba… De esta manera, muchas de las profesoras de la escuela habían pasado por sus manos. Por lo demás, daba clases de Biología y se había montado un buen negocio, y es que cuando explicaba la anatomía del conejo, todos los críos tenían que llevarle un conejo a clase. Uno de ellos era diseccionado, con evidente placer, por Borcescu, sobre una gran bandeja de cerámica colocada en el estrado, y los demás se los llevaba a casa, donde tenía un criadero de conejos bastante próspero. Si explicaba los peces, cada alumno tenía que comprar una carpa en la tienda del barrio. Tras diseccionar una y mostrarles a los chavales las branquias, los intestinos, la vejiga nacarada, las huevas en sus paquetes compactos, el señor director se quedaba con el resto, que vendía delante de la puerta con una balanza de la época de Pazvante el Tuerto. La señora Mimi le echó el guante poco tiempo antes de mi llegada a la escuela, y el pobre Borcescu pagó con un día de mala suerte todos sus placeres de excursionista. Subió a su coche a una autoestopista para detenerse al cabo de unos kilómetros con el habitual chantaje, la mujer no dijo nada, se dejó hacer apretujada en el espacio minúsculo del cochecillo, pero luego no cejó hasta conseguir que el desgraciado se casara con ella: resultó que Mimi, viejilla y más fea que un demonio, profesora en la zona de Berceni, ocupaba un puesto de rango superior al de nuestro futuro director, el chantajista chantajeado al que finalmente se le había acabado el chollo. A partir de entonces, no solo puso Borcescu fin a sus escapadas, sino que pareció a la vida misma, pues pocas veces se ha visto a un hombre más aterrorizado por su esposa como él por esa consorte que gobernó a partir de entonces, con mano de hierro, su hacienda. En mis dos primeros años de prácticas, me llamaba a veces a su despacho y, si estaba de buen humor, nuestra conversación terminaba

invariablemente con él invitándome a pasar a la parte trasera de su escritorio, como si tuviera que decirme algo de la máxima importancia. Me acercaba entonces a él con asco, pues el olor a maquillaje era abrumador, él arrimaba sus labios rosas a mi oreja hasta casi rozarla y me susurraba aterrorizado con unos ojos como platos: «Jovencito… jovencito, ¡no te cases! ¡Hazme caso!». Yo entraba en el juego y le preguntaba inocente: «Pero ¿por qué, señor profesor?». «Ay, muchacho, ¿acaso no sabes cómo es el matrimonio?». «¿Cómo, señor profesor?». «¡Es peor que la horca!». Después me miraba a los ojos y seguía, como en broma: «No mucho mucho peor. Solo un poco peor… Recuerda mis palabras…». No había ningún profesor que no relatara una escena increíble, y sin embargo verdadera y repetida sin cesar durante los treinta años en los que Borcescu dio clase en el barrio —los últimos veinte como director de la escuela—: la señora Mimi entrando en tromba por la puerta de la escuela, haciendo añicos los cristales al cerrar de un portazo con toda la fuerza de una mujer llevada por la furia, abriendo luego de una formidable patada la puerta de la secretaría, apartando de un empujón a la alumna de guardia con pompones en la cabeza e irrumpiendo como una ventisca de nieve en la oficina del director. Los profesores y los alumnos salieron entonces a la calle para ver, a través de la ventana, cómo la señora Mimi encuentra el despacho vacío, cómo busca por todas partes a su infeliz marido, cómo finalmente lo saca de la oreja de debajo del escritorio, como si fuera un escolar gordo, y empieza a aporrear su cabeza esférica mientras él, rojo como la grana, balbucea algo ininteligible.

Habitualmente me quedo junto al radiador, contemplando a través de la ventana la antigua fábrica y la torre de agua, sobre las que se extienden los polvorientos cielos bucarestinos. No charlo con las profesoras, no bebo el líquido de sus tarros, no intento acercarme a la gigantesca Florabela, cuyos pechos y cuyo monte de Venus siguen antojándoseme desnudos y ardientes por mucho que se vista con decencia. En la sala de profesores soy una ausencia, un hombre en la sombra: el profesor de Rumano que viene y va con tanta discreción que parece no haber existido nunca. Después de la última clase paso por la sala solo para dejar el cuaderno de notas. Bajo las escaleras y salgo por la puerta. Sea el mes que sea, cuando abandono la escuela es siempre otoño: el viento frío arremolina por la calle un polvo grueso, reluciente, que me ensucia las pestañas y el cabello. Llego hasta la gran rotonda donde giran los tranvías. Sus vagones, con las chapas oxidadas y las bombillas rotas, parecen de otro siglo. En la parada hay una marea humana que mira en la misma dirección. A lo lejos, desde el fondo de la avenida de Colentina, viene traqueteando el tranvía 21, al que tendrán que subir el triple de pasajeros de los que puede transportar. Algunos viajarán en el tope trasero, otros se colgarán de las barras de las puertas. Lo dejo partir cargado con ese pólipo humano y, puesto que el siguiente no llegará hasta dentro de media hora, echo a andar junto a la fábrica de tubos. El viento me empuja por la espalda, me alborota el pelo, se me pegan al cuerpo papeles y porquerías del suelo. Paso junto a minúsculas sifonerías, junto a panaderías, junto a vulcanizados y

depósitos de madera. El sol baja, el color del mundo se torna escarlata, cada transeúnte con que me cruzo agudiza mi soledad.

Capítulo 8

LA casa me la compré en 1981 por el precio de un Dacia. Vivía por aquel entonces con mis padres, en Ştefan cel Mare, en un bloque alto de ocho portales pegado a la Dirección General de Policía. Pasé mi infancia en el Parque del Circo y más adelante, en la adolescencia, volvía con frecuencia a aquel parque amodorrado bajo el sol para sumergirme en su corazón de sombra y brillo, en su lago lleno de aneas sobre el que se inclinan eternamente los sauces llorones. Descendía, en unas tardes terroríficas, con nubes que adoptaban formas monstruosas, hacia el lago y me sentaba en un banco. Me pasaba las horas muertas con los ojos clavados en el agua marrón, farfullando los versos que atiborraban mi cabeza: Apollinaire, Rimbaud, Lautréamont… En aquella época tomaba prestados los libros de la biblioteca del barrio —al lado de la tienda de ultramarinos— en la que, aparte de mí, nadie parecía entrar nunca. Solía llegar a la biblioteca cargado de bolsas de patatas, tomates y pepinos de la verdulería. Las dejaba en el vestíbulo, junto a la puerta, y penetraba en la sombra de la estancia llena de libros. El bibliotecario era un hombre discreto, tan desvaído en la realidad como concreto y corporal en los incontables sueños que vendrían después. Los libros, dispuestos en orden alfabético, eran para mí como esos paneles de buzones que ocupan una pared entera en los portales de las casas. ¡Cuántas veces habré deseado, cuando era niño, tener las llaves de todos aquellos buzones! Me habría pasado las mañanas leyendo cartas y entrando, así, en las vidas enrevesadas y tristes de todo el mundo. A duras penas conseguía sacar alguna por la ranura estrecha, utilizando un palito y metiendo los dedos, todo lo adentro que podía, en aquellos buzones oscuros, con un miedo espantoso a que me pillaran. Leía entonces sobre enfermedades y funerales, sobre peticiones de dinero, proposiciones vergonzosas y repartos de tierras. ¡Pero ahora me había hecho por fin con todas las llaves! Cada libro era una ranura por la que veía el interior del cráneo de un hombre. Eran unos cráneos con las protuberancias de la inteligencia, del valor, del orgullo, de la melancolía, de la vileza, delimitados y numerados con un bolígrafo. Abría cada libro como un cirujano que trepanara un cráneo y, para sorpresa del médico, en lugar de las mismas circunvoluciones y la misma sustancia cenicienta-marrón, irrigada por la arborescencia de los vasos sanguíneos, encontrara algo diferente en cada una de las duramadres desentrañadas: un niño acurrucado, a punto de nacer, una araña gigante, una ciudad en las primeras horas del alba, un pomelo grande y tierno, una cabeza de muñeca con los ojos vueltos hacia el interior. ¡Qué osmosis tan curiosa se producía entonces entre mi cráneo y el de algún autor antiguo, de qué forma tan extraña se aclaraban entonces nuestras frentes! ¡Cómo se unían nuestras cabezas por la frente, como si fuéramos siameses, cómo se mezclaba su sustancia cerebral con la mía!

Observaba su mente, leía sus pensamientos, podía sentir sus dolores, sus silencios, sus orgasmos. Sus momentos de iluminación. Volcaba mi contenido mental sobre el suyo, tal y como digieren las estrellas de mar un nido de moluscos. Nos uníamos, nos mezclábamos Apollinaire y yo, T. S. Eliot y yo, Valéry y yo, hasta que entre nosotros nacía, holográficamente, un híbrido inverosímil que te provocaba escalofríos: el libro. Los versos. La locura de la fusión en la cisterna de oro líquido de la poesía.

Miraba las aguas del lago, que reflejaban las nubes y los bloques de la orilla de enfrente, hasta que anochecía y el parque se quedaba totalmente vacío. Ya no percibía ni siquiera mi desdicha, tal y como tampoco somos conscientes de que nos conforman millones de células, de que somos un ramillete de vidas. Solo cuando el rostro del lago reflejaba las estrellas me levantaba, con los huesos entumecidos, y me adentraba de nuevo en la alameda. Una noche di la vuelta al lago flotando a medio metro del suelo. Otra noche vi que podía caminar sobre la superficie del agua negra como el alquitrán y la atravesé en diagonal. Pero el Parque del Circo nocturno, tan diferente del diurno como una mujer de un hombre, nunca me perturbó tanto como aquella noche en que me encontré de repente en una zona en la que no había estado ni siquiera de niño, aunque sabía de su existencia: se encontraba muy alejada, cerca del bulevar del lago Tei, donde la alameda serpenteante se abría bruscamente en un espacio vasto, de una soledad terrible. En el centro había un estanque lleno de agua negra. En el estanque se alzaba una estatua, un hombre joven y desnudo que se protegía con los brazos de una amenaza terrorífica. Su pánico petrificado y silencioso me invadió a mí también, pues, evidentemente, yo era aquel adolescente, sus ojos desorbitados por el terror eran mis ojos.

Siempre he tenido miedo, un miedo puro, surgido no de la idea del peligro, sino de la vida misma. He vivido continuamente el pánico del ciego, la inquietud del que no oye. Nunca he podido dormir por la noche, pues en el momento en que cerraba los ojos sabía que en la habitación había alguien que me miraba, que se acercaba despacio a mi cara dormida. ¿Cómo iba a defenderme cuando mis sentidos se reabsorbían, cuando me entregaba a un mundo enorme? Mi pánico ha procedido siempre del hecho de que no sabemos cómo es el mundo, de que no conocemos sino su rostro iluminado por los sentidos. Conocemos el mundo construido en nuestra mente gracias a los sentidos, como cuando construyes la maqueta de una casa bajo una campana de cristal. Pero el mundo enorme, el mundo tal y como es en realidad, indescriptible incluso a través de los millones de sentidos abiertos como anémonas marinas en el flujo incesante del océano, nos rodea por todas partes y tritura poco a poco nuestros huesos en ese abrazo. Hacia los doce años mi temor ante el mundo se agudizó y se definió. Entendí entonces por primera vez que el origen de mi continua inquietud no eran las mandíbulas, los colmillos, las garras, las pinzas, aquellos monstruos bestiales ni el fantasma de la destrucción de mi frágil cuerpo, sino el vacío, la nada, lo invisible. Leía con avidez, en aquella época, los fascículos de unas colecciones de literatura fantástica y de aventuras. Los jueves por la mañana me

levantaba al amanecer y corría al quiosco para no perderme ni un número. Los facsímiles eran baratos, estaban ilustrados de forma modesta e ingenua, pero las historias que contaban me llenaban de asombro, de encanto y de emoción unas veces, y de horror y de angustia otras. Ya se tratara de templos y lingotes de oro en las junglas de los continentes del sur, de ciudades submarinas, de las experiencias de unos sabios psicópatas, de extraterrestres ininteligibles, de virus inteligentes que conquistaban el mundo o de unos espíritus que penetraban en tu mente y tomaban las riendas de tu voluntad, las historias poblaban mis horas de soledad y, naturalmente, se transformaban en sueños, homogeneizando mi vida interior. Dos de ellas han marcado mi vida hasta el día de hoy.

La primera historia (¿de quién? No lo he sabido nunca… Los nombres de los autores en la portada eran para mí un jeroglífico carente de significado) trataba sobre un campesino de la lejana Siberia que dormía en la isba, junto a su mujer, mientras por las grietas entre los troncos penetraba un frío cortante que arrastraba consigo copos de nieve. El aldeano se despierta un poco antes del alba y siente que su mujer no está a su lado. Piensa que habrá salido a aliviar sus necesidades y se da la media vuelta. Pero cuando amanece y se da cuenta de que su esposa no ha vuelto a la cama, sale al zaguán, arrebujándose en su camisón. Lo que descubre lo deja boquiabierto: en la nieve recién caída durante la noche, tan inmaculada que ni siquiera el buen Dios se habría atrevido a pisarla, se distinguen las huellas de la mujer que van desde el umbral de la casa hasta el centro del huerto, donde se interrumpen de repente. La nieve de alrededor está intacta. Las últimas frases de esta historia, que no ofrecía, como otras, una explicación tranquilizadora de lo sucedido, dejaban al campesino contemplando el cielo con una mirada estúpida.

La segunda era sobre un preso que se pudría desde hacía años en una celda. Condenado a cadena perpetua, lo vigilan con tanto rigor que está seguro de que su vida finalizará en el calabozo. Pero una noche escucha unos golpeteos débiles en uno de los muros. Acerca la oreja y los oye con más claridad: nítidos, inteligentes, se repiten en intervalos regulares unas elaboradas series de golpes. Asombrado, el prisionero cree que es una alucinación de esas que le han venido acompañando en su mísera prisión. Pero, al día siguiente, a la misma hora, oye de nuevo la serie de martilleos en el muro, y así una y otra vez, día tras día. Se aprende entonces de memoria la serie de sonidos, y comienza a apuntarlos en la parte del muro tapada por el catre. De vez en cuando, las alternancias se vuelven más complicadas, como si el vecino del otro lado del muro introdujera «palabras» nuevas en el código. El prisionero necesita varios meses para llegar a intuir las primeras conexiones en la urdimbre secreta de los golpes y para dominar su lenguaje después. Finalmente, el prisionero comienza a responder a las series empleando el mismo código (anotado por él en una grafía inventada, con medias lunas, ruedas dentadas, cruces y triángulos garabateados en el revoque) y empieza a tomar forma una especie de diálogo. El vecino —ahora ya lo entiende— le explica un plan de huida de una osadía que corta

el aliento y, al mismo tiempo, de una increíble simplicidad. Una noche, tras llevar a cabo todos los preparativos necesarios, siguiendo la instrucciones al pie de la letra, el prisionero logra escapar. Al cabo de unos años, rico y famoso, con una identidad falsa, solicita un permiso para visitar la cárcel con la intención de conocer, por fin, a aquel al que le debía todo, y de salvarlo a su vez. Le conducen entonces a la celda en la que había consumido su juventud y, una vez allí, le pregunta al guardián por el prisionero del otro lado del muro. Pero, para su sorpresa, le dicen que a ese lado solo están el cielo y el mar. El muro, a decenas de metros sobre las olas que rompían contra la costa rocosa, da directamente al exterior…

El mismo pánico sagrado, el mismo sentimiento de que más allá de la maqueta del mundo, construida por los sentidos a partir de materiales corrientes, hay alguien que te contempla con intensidad —eres su presa, se acerca a ti con sus miles de hilos pegajosos sin que tú puedas saberlo, tú, que tienes tan solo un manojo de antenas cuando deberías de hecho poder percibir el Todo—, los experimenté aquella noche en el Parque del Circo, junto al silencioso estanque con bordes de mármol travertino en el que se reflejaban las estrellas. Y ese mismo sentimiento de soledad sin esperanza lo tuve mucho después, en el otoño de 1981, cuando pasé por primera vez por Maica Domnului. Era un otoño putrefacto y luminoso. Tenía veinte años y no tenía mañana. Hacía ya un año que era profesor en las afueras de Colentina, de donde sabía (como lo sé también ahora) que no saldría hasta la jubilación. Moriría sin haber dejado huella de mi paso por este mundo, algo que provocaba en mí una especie de alegría sombría. Ese domingo de octubre, la tristeza —que era por aquel entonces el único aire que yo respiraba— me sacó de casa. Había llovido furiosamente durante toda la mañana, pero por la tarde escampó de repente y los bloques del otro lado de la carretera se tornaron de repente claros y transparentes, revestidos de una luz que procedía de ninguna parte. Entonces bajé, eché a andar, en mitad de un viento deslumbrante, hacia la Alameda del Circo, y luego atravesé el parque. El lago estaba enfangado y los ahogados habían salido a la superficie. No había pasado jamás, ni en mi infancia ni más adelante, del lejano extremo del lago, de la fila de cuatro bloques que se reflejaban eternamente en sus aguas, «los bloques de los diplomáticos», en cuyos balcones unas niñas morenas y unos niños de ojos oblicuos jugaban con peonzas y espejos. Sabía que al otro lado estaba el barrio del lago Tei, dotado de una topografía mítica para mí, pues allí, en una callejuela interminable bordeada por zanjas donde arrojaban las aguas de fregar, vivía mi madrina. En los huertos, hasta donde alcanzaba la vista, los rodrigones de las judías y los tomates tenían en la punta un globo de cristal coloreado donde se reflejaban las nubes. Allí estaban también el liceo Galvani y una escuela medio derruida y, destacando sobre todo aquello, un gran almacén de madera que inundaba el barrio de un olor a resina fresca. Pero la calle Maica Domnului no llevaba directamente hasta esta zona, sino que se dirigía oblicua hacia Colentina.

Atravesé las vías del otro lado del parque, unas vías por las que no había visto

nunca pasar ningún tren y, tal y como sospechaba, me recibió un lugar único en este mundo. Cuando tienes cuatro años, cada lugar nuevo es así. Ese estado de alucinación y ensoñación te acompaña hasta que las huellas mnémicas se fijan en tu cerebro. Cualquier paisaje es fabuloso e insólito en sí mismo, por muy banal que resulte en realidad, pues «en realidad», «de verdad», «tal y como es» son todavía expresiones sin sentido para aquel que percibe la realidad tal y como nosotros, más adelante, la vivimos en los primeros recuerdos o en sueños. La calle Maica Domnului me ha parecido siempre un tentáculo del sueño en el mundo despierto o —si todo es interior y la realidad es tan solo un artefacto ilusorio— un destello procedente de la profunda y abismada infancia.

En Maica Domnului no hay una sola casa normal, pues aquí el concepto de normalidad como tal no existe. Tampoco el tiempo normal existe. Cuando te adentras en este tramo, este canal de otro mundo y otra vida, el clima cambia y las estaciones del año se confunden. Aquí es siempre, como ya he dicho, otoño; un otoño putrefacto y luminoso. La capa de asfalto que, quién sabe cuándo, extendieron sobre esta calle pavimentada, está descolorida y roída como un trapo viejo, repleta de protuberancias provocadas por los gérmenes lívidos de las plantas subterráneas. A uno y otro lado hay casas viejas, burguesas, y también otras construidas en el período de entreguerras, villitas modernas que debieron de tener buena pinta en otra época. ¡Pero qué raras! Porque todas cuentan con su propio apéndice monstruoso —o tal vez fuera de lugar—, en forma de la fantasía de algún arquitecto que al parecer proyectó una parte del edificio a la luz del día y la otra cuando lo despertaron bruscamente, en medio de la noche, para obligarle a dibujar en el tablero a la luz de la luna llena.

Todas las casas tienen ventanas redondas que centellean con fuerza en el ocaso. Todas tienen puertas de hierro forjado, tallos *Art Nouveau* entre los que titilan los ojos de las cristaleras naranjas, azules y violetas. Todas están pintadas en un repello rústico ennegrecido por el paso del tiempo. Pero cada fachada tiene al menos la mitad del revoque derruido. La pared así desollada muestra su ladrillo polvoriento. Entre los ladrillos hay huecos en los que el mortero desapareció tiempo atrás. La mayoría de las ventanas carece de cristales: están cubiertas con periódicos amarillentos, hechos jirones. Sobre los tejados se elevan, como los muñones alzados hacia el cielo, en tono de reproche y de revuelta, de unos grandes lisiados, unos extraños y oxidados ornamentos: torrecillas y cúpulas de latón, vulgares estatuas de cemento con las caras melladas, grupos de ángeles teñidos de un rosa pálido que recuerdan una procesión de larvas. Una de esas casas, como las ciudadelas medievales, tiene almenas; otra parece una cochera de tranvías; una tercera es simplemente un panteón solemne en medio de un jardín sin una sola flor.

Cuando cae la noche, el paisaje se empapa de sangre como una venda y se vuelve insoportable.

En la mayoría de los jardines crecen flores de nicociana, blancas y moradas, que por las noches empañan el aire con su olor. En otros no se ven sino malas hierbas. En

el ocaso, los que viven aquí salen afuera y se sientan en cuclillas delante de sus extrañas casas, aunque los lugareños resultan más extraños y más enigmáticos todavía. Ante ellos se amontonan pilas de cáscaras de pipas. La mayoría son gitanos que se cobijan entre las ruinas. No tienen agua corriente ni electricidad, y no pagan impuestos. Hay asimismo rumanos de los arrabales, carpinteros que trabajan en funerarias, ajustadores matriceros en quién sabe qué fábrica, revisores del tranvía. Así se pasan la vida al atardecer, con la camisa arremangada. Se les ve también en los balcones: chicas jóvenes, vestidas como prostitutas, tendiendo en la cuerda camisetas, sujetadores, calzoncillos y trapos inidentificables de colores estridentes. Unos hombres tatuados, de aire peligroso, fuman mirando hacia el fondo de la calle. Todos hablan en voz alta, parecen discutir sin cesar, pero hay en ellos, sin embargo, una melancolía que te obliga a reconocer que son los habitantes más adecuados para mi calle.

Se ha de caminar un buen rato por la calle hasta llegar a la casa en forma de barco. Es la única que no tiene valla, aunque tampoco le haría falta, pues reina sombría al fondo de un solar lleno de muelles oxidados y viejísimas carcasas de frigoríficos. Todo el mundo arroja los trastos viejos delante de la casa. Ni siquiera tiene, de hecho, forma de barco, sino una forma que se resiste con tozudez a ser descrita. La parte inferior debería ser cúbica pero, en realidad, es el tronco de una pirámide con una gran base encima que recuerda a un barquito de papel. En su plataforma se alza, torcido y asimétrico, un torreón hacia el cual trepa una escalera exterior de caracol de cemento bruto, que gira hasta la única puerta del recinto, desollada por la intemperie. La planta baja —la casa propiamente dicha— tiene una entrada casi monumental: una pesada puerta de hierro forjado que representa a dos doncellas con el cabello suelto que sostienen una lámpara en sus delicadas manos. A la izquierda se abren dos ventanas cuadradas, enrejadas con el mismo hierro forjado, hierro negro, de barras finas convulsamente retorcidas. La fachada es cenicienta, antigua, y está desconchada, como todas las casas de la calle. El ventanuco redondo del torreón brilla arrebatadoramente al sol a cualquier hora del día. En el cielo límpido, lleno de nubes blancas y esponjosas, de las mañanas de verano, el torreón es de una belleza supraterrenal, pero en la profundidad de la noche la llamarada escarlata de la ventana te paraliza. Ese brillo demente, desesperado, esa llamada de auxilio me hizo entonces, aquella tarde de octubre, desear con más intensidad esa casa fea y triste que cualquier otra cosa en este mundo. Atravesé el solar hasta llegar a la puerta. Al otro lado de los barrotes negros, el cristal estaba roto. Al igual que los cristales cuadrados. Desde el interior emanaba una corriente fría que olía a moho. Junto a la puerta había un papel en el que ponía, a bolígrafo, «Se vende». Debajo habían apuntado un número de teléfono y, debajo de este, «Preguntar por Mikola». Rodeé la casa mientras el ocaso se volvía más denso. La parte trasera daba a otra calle de bloques cenicientos, como si solo en Maica Domnului la arborescencia callejera del barrio hubiera dado aquellos frutos de una exuberancia y una tristeza

críollas. En la pared ciega de la parte trasera hubo una puerta en otro tiempo, pero ahora estaba tapiada con ladrillos. En aquel preciso instante, ante aquella entrada ciega, me vi viviendo allí toda la vida, pues si una casa es la imagen de quien la habita, por muy anamórfica y engañosa que sea, supe que allí, en aquel teseracto de ceniza, había encontrado mi retrato más logrado. Me imaginaba ya en la habitación estrecha del torreón, contemplando a través de la ventana redonda el cielo que, en el horizonte se torna amarillo-sucio y, en este matiz de lámpara de gas, empiezan a salir las primeras estrellas.

Aquella misma noche, una vez en casa, hablé con mis padres sobre la compra de la casa. Mi madre conocía muy bien Maica Domnului: una calle de putas y navajeros. Y entonces empezaron los gritos y los reproches: «¿Para esto has estudiado tanto? ¿Para irte a vivir entre gitanos? ¡En cuanto me descuide me traes una nuera con faldas fruncidas[5]! ¡Te apuesto lo que quieras a que un día de estos te dejan con el culo al aire!». «Tú no los conoces, hazme caso», añadía mi padre echando leña al fuego. «¿De verdad crees que conseguirás pegar ojo allí? Tendrás todas las noches broncas, música, acordeones, juramentos, sí, como viven los gitanos… ¿Piensas que podrás tender la camisa tranquilamente en la cuerda? Pues al día siguiente cuando vayas a cogerla habrá volado». Y así hasta que se me agotó la paciencia y bajé a la cabina para llamar a Mikola.

El hombre tenía voz de viejo y, cuando lo visité, mi primera impresión se vio confirmada. Según me contó, él mismo había construido la casa durante el otro régimen. Tenía, por tanto, más o menos medio siglo de antigüedad. Como él había pasado fuera largas temporadas (lo más seguro es que en la cárcel), la vivienda quedó desatendida después de la guerra y, poco a poco, se fue deteriorando. Me dijo que necesitaba unas pequeñas reformas, y que también había que cambiar la instalación eléctrica y la de agua. Por lo demás, la casa está bien, fue él mismo quien la diseñó y la construyó allí, en aquella zona de la ciudad que por entonces parecía tener futuro. Está deshabitada desde hace unos seis años, el último inquilino se marchó a Israel y los gitanos no han querido o no han podido entrar. Así que el interior es relativamente funcional. Tal vez podría comprar también unos muebles. Después de contarme todo esto con voz ahogada, le pregunté por el precio, y entonces el tío Mikola, calándose la boina, me miró con sus ojos redondos y azules, que parecían siempre asombrados debido a las arrugas increíblemente profundas de su frente. Manteníamos esta conversación en la cocina repleta de objetos, con la mesa cubierta por un mantel de hule. Desde la ventana se veía el Dâmboviţa, con sus orillas de hierba. «Bueno, llegaremos a un acuerdo», me dijo. Yo parecía un tipo decente y eso era para él más importante que el dinero. No podía dejar su casa en manos de cualquiera. Luego, con una especie de animación senil, me contó una historia muy confusa al principio. Yo entraba a clase a las dos, ya había perdido la hora de PTAP[6], pero no quería faltar a la clase propiamente dicha. Sin embargo, finalmente la perdí, pues la historia del viejo, aunque increíble, consiguió atraparme, y no tuve el valor de apremiarle ni de

interrumpirle mientras la contaba.

Aquel hombre había ejercido una profesión difícil de definir: inventor, físico, arquitecto, incluso algo parecido a un médico. Se llamaba Nicolae Borina, me dijo, por si ese nombre me decía algo. Lo miré perplejo. Entre otras cosas, había inventado el «solenoide Borina», que, sin embargo, no había patentado jamás —entre otras cosas porque el inventor no tenía estudios de ninguna clase—. Había asistido a unos pocos cursos a la escuela primaria de Abrud o en Alejd, «¡donde tendrían que haber erigido ya una estatua en su honor, hombre!», y había pasado diez años en Estados Unidos. Allí conoció a Tesla (que por aquel entonces era para mí solo el nombre de una radio). Su solenoide era, por lo que pude entender, una continuación, una extensión de las investigaciones de su maestro en el ámbito del electromagnetismo. De vuelta a Bucarest, hacia 1925, se buscó la vida como buenamente pudo: introdujo mejoras en los tranvías de la ciudad, intentó producir energía eléctrica prácticamente gratuita a partir de la combinación de bobinas e imanes… Construyó tres o cuatro naves industriales y llegó incluso a actuar en el circo, donde representaba un número sorprendente (decía él) con arcos voltaicos. «Era capaz de producir chispazos eléctricos de hasta ocho metros, muchacho, hasta que un día aquella carpa miserable se prendió y me echaron también de allí». Como detalle picante, me contó que, entre cientos de conquistas, había tenido una aventura —ver para creer—, con la famosa Mija Biciclista[7], la prostituta de lujo que vivía en un palacete enorme en Christian Tell. Al parecer, le había montado una dinamo en la rueda delantera de su bicicleta rosa Dorlay, la primera que se le puso a una bicicleta en toda Rumania. Al final fue contratado por una empresa austriaca de material médico que fabricaba sobre todo sillones de dentista y otros artilugios para consultas estomatológicas. La casa la construyó en esa época, seguramente la más fructífera de su vida, cuando el famoso solenoide estaba ya puesto a punto, y el tío Nicolae, listo para conquistar el mundo. Había vivido hasta entonces en un hotel, como toda la gente fina de Bucarest, pero en los últimos años, sobre todo a raíz de la práctica de la «medicina unipolar», consiguió reunir dinero suficiente para poder edificar una vivienda. Cuando la historia llegó a este punto, le pregunté qué tipo de terapia era esa, y en qué afectaba a los enfermos. «No vayas a pensar que era como todos esos curanderos del *Flacăra*. Yo sí que curaba a la gente, muchacho. No me preguntes cómo, pero la curaba. Venía a verme gente de dinero y todos se marchaban tan contentos. Para que te hagas una idea, utilizaba un aparato inventado por mí (a partir de los bocetos del maestro Tesla, para serte sincero, pero también con alguna aportación original mía) que consistía en una espiral roja y otra azul (eran unas barras de cobre muy puro, pintadas y aisladas) combinadas en una hélice doble. Esta doble espiral tenía dos metros de altura y era lo suficientemente ancha como para que en su interior cupiera una persona. Bueno, yo les pedía a los pacientes que se colocaran en un círculo de tiza trazado en el suelo y luego bajaba la espiral, desde el techo, sobre ellos. Después los hacía circular, en sentido contrario, por las espiras del unipolo magnético… ¡El mayor secreto de la

ciencia, hombre! Ni siquiera el gran Tesla consiguió culminar nada así. Tras las dos horas que duraba la sesión, el paciente se marchaba de allí curado de sus dolencias del alma y del cuerpo. Hepatitis, tuberculosis, melancolía, sífilis, panadizo, amor por la persona equivocada, malos sueños, incluso algunas formas del cáncer eran eliminadas del organismo, que florecía de repente como si el paciente en cuestión tuviera veinte años». Naturalmente, aquello despertó enseguida la envidia del gremio y en unos pocos años de actividad Mikola fue objeto de unos ataques miserables. Al final lo metieron en la cárcel por charlatán y solo el testimonio de ciertas personalidades de la *high-life* lo salvó de perder la hacienda.

El espacio para erigir la casa lo había elegido con un procedimiento harto complicado. Hasta ese momento yo había escuchado al viejo con sumo interés y hasta con regocijo. Pero a partir de aquí la historia empezó a embrollarse con un montón de detalles técnicos que no fui capaz de apreciar y que tampoco me interesaban. Comprendí más adelante el sentido de su demostración: el señor Mikola parecía creer en una especie de red energética de la Tierra que constaba de determinados puntos de gran intensidad (nodos) y, asimismo, también de puntos inertes (vientres) diseminados por aquí y por allá. Su casa debía construirse sobre uno de esos nodos, el más cercano en el mapa. Y esos puntos se podían localizar gracias a una sensibilidad de geomante, o bien a través de pesados cálculos numéricos. El viejo había utilizado ambos medios: cuando encontró, por el arte de la combinatoria, uno de los nodos de Bucarest, verificó también la precisión de los cálculos con sus propias facultades suprasensoriales. «Allí, en el barrio de los gitanos, en aquel solar abandonado, se encontraba una de esas zonas mágicas. La sentí en cuanto llegué. Percibí de inmediato una calma pura como la blancura de la nieve, el silencio previo a la aparición del oído, previo a la noción de sonido. O tal vez el silencio anterior a la aparición del mundo».

Compró pues ese terreno de unos quinientos metros cuadrados, poniendo buen cuidado en que el nodo quedara dentro del perímetro. Excavó un hoyo profundo y ancho para colocar los cimientos de la casa, y descubrió entonces unas ruinas muy antiguas que se adentraban hacia el abismo de la historia. Allí, en su socavón de barro fresco, instaló Nicolae Borina el solenoide. Aquello le costó una auténtica fortuna. Se trataba de un toro de unos nueve metros de diámetro. En torno a un núcleo de ferrita estaban envueltos, en una estructura increíblemente complicada, con alternancias de dirección y orientación calculadas según un sistema numérico abstruso, dieciséis estratos de espirales de hilo de cobre, de cinco milímetros de grosor cada uno. La gigantesca bobina fue fabricada en Basel y trasladada hasta Rumania en tren, en un transporte especial. Fue traída en plena la noche desde la estación de Filaret y montada en secreto sobre un pedestal con cilindros hidráulicos y rodamientos, en el socavón de Maica Domnului, de donde se habían retirado previamente los vestigios medievales para llevarlos, sin darle muchas vueltas al asunto, al basurero de Tei. Después cubrieron el solenoide con una capa de hormigón y sobre ella construyeron

la casa.

Mi vida era, ya a esas alturas, bastante desquiciada, pero la historia del viejo me dejó sin aliento. Para entonces ya había pasado también la segunda hora de clase y así se me pasaría todo el día. Y la verdad es que me daba exactamente igual. El viejo deliraba, pero yo sabía mejor que nadie que el delirio no es un desecho de la realidad, sino una parte intrínseca de ella, a veces incluso la más valiosa. Junto con la casa —como un prospecto o unas instrucciones de uso— me estaba comprando también una historia. A partir de entonces sería el propietario de una casa construida —aunque fuera en la imaginación senil de un nonagenario— sobre una gigantesca bobina soterrada, como si el tío Mikola, con una generosidad inexplicable, me hubiera regalado, bajo una campana de cristal, su propio cerebro con una casita en forma de barco construida en medio de sus dos hemisferios.

«El 12 de septiembre de 1936, muchacho, terminé la casa. Se alzaba sola, bella como una perla, en el corazón de los solares y de las chabolas de Tei. La pinté y la amueblé, coloqué gran cantidad de cuadros y fotografías enmarcadas y, en el suelo unas preciosas alfombras (convertidas ahora en una urdimbre descolorida)… En las ventanas, los tallos negros de hierro forjado daban brotes y retoños tiernos… Era una maravilla de la que te podías enamorar como de una mujer de caderas anchas, de muslos generosos… Al fin poseía, pues, mi propia casa en esta tierra, pero, ya ves, no pude disfrutar demasiado de ella…». Pues la mujer resultó ser frígida. El solenoide, sirviera para lo que sirviera, no llegó a funcionar jamás. Se convirtió en el mayor fracaso, y a la vez la mayor desilusión, de la vida del inventor. Este puso la maquinaria en marcha la primera noche que pasó allí. Además de la gran bobina, el solenoide contenía también varios motores, así como otros dispositivos inventados en parte por él. El aire empezó a zumbar, el suelo a vibrar levemente, pero el milagro (sobre el cual el viejo, con una inesperada testarudez al cabo de tantas revelaciones, se negó a darme la menor información) no se produjo. Así que me aconsejaba olvidarme de la bobina y, si seguía interesado por la casa, que la disfrutara como si fuera una casa normal y corriente, aunque… Aunque…, añadió con amargura, es una pena…

El tío Mikola ni siquiera llegó a disfrutar de la casa. Con el cambio de régimen le volvieron a encarcelar, esta vez por motivos políticos (¿antiguo legionario? ¿Miembro de algún partido histórico?), y no lo liberaron hasta 1964. Le costó recuperar el derecho de propiedad sobre la vivienda, y solo lo consiguió gracias a la intervención de un amigo que tenía en las altas instancias del partido. Afortunadamente, la casa no había despertado la codicia de ninguno de esos nuevos ricos, pues se encontraba en un barrio miserable y de mala fama. Después de tanto tiempo vacía, y a pesar de haber sido devorada por las lluvias y las nevadas, el viejo consiguió alquilarla unas cuantas veces, pero de un tiempo a esta parte no había encontrado inquilinos. Ahora, cuando estaba viviendo tal vez sus últimos años, se había decidido a venderla, aunque en realidad no creía que llegara a hacerlo. «Solo un

hombre como tú podría ver en mi casa un objeto digno. Percibo que quieres vivir en ella. Está claro que no eres tú el que ha elegido la casa, sino que es ella la que te ha elegido a ti. Solo puedo desearte que tengas más suerte que yo. Olvida lo que te he contado (tengo muy pocas ocasiones de charlar con alguien), renuévala y vive en ella con la mujer que elijas. Es una buena casa, muchacho, os sentiréis a gusto en ella».

Me la vendió por setenta y cinco mil *lei*. El dinero me lo dieron finalmente mis padres, ¿qué otra cosa podían hacer? Pidieron un préstamo y todavía están pagando los plazos. Aunque el viejo ya me había enseñado el interior de la casa —precisamente al final de la semana en que estuvimos hablando—, cuando me dirigí por primera vez a Maica Domnului con mis escrituras de propietario en el maletín y con la llave en el bolsillo, fue como si la visitara por primera vez y, de hecho, desde entonces, así es siempre: me siguen sorprendiendo y hechizando la podredumbre melancólica del entorno, el silencio y la lejanía, como de otro mundo, de aquella calle, idéntica por lo demás a cualquier otra del barrio. Solo alcanzo un estado semejante de felicidad atormentada por las tardes, cuando estoy a punto de quedarme dormido y, en un fogonazo, recuerdo los paisajes de mis sueños esenciales.

Entro siempre en mi casa como en el interior de un vientre enorme. Casi oigo, a mi alrededor, el ruido de los intestinos. Cuando, por las noches, contemplo las estrellas a través de las ventanas enrejadas, me parece adivinar los ganglios nerviosos de la gran mujer que habito. Los crujidos de los muebles viejos y del suelo se me antojan a veces, en mitad de la noche, los chasquidos de las vértebras de una gigantesca columna de hueso esponjoso. Soy feliz en mi casa. He llegado a conocer tan bien su anatomía interior… Los tabiques de las habitaciones están torcidos y ninguna tiene la misma altura que otra. Los armarios llegan hasta el techo. Están hechos de madera porosa, como hinchada por unas corrientes de aire invisibles. Del techo cuelgan lámparas del mismo hierro forjado con el que están fabricadas las rejas de puertas y ventanas. En el baño siempre se respira humedad, la pintura al óleo de las paredes verdosas está descolorida, el hierro de los grifos parece devorado por la cal. La bañera es profunda, de esas antiguas con patas de león. El esmalte del fondo ha desaparecido como el esmalte de los dientes viejos. Cuando estoy desnudo ante la bañera llena de agua cenicienta, pienso a veces que me encuentro en un mundo en el que se ha parado el tiempo, en el fondo de una fotografía: así he estado siempre, así me quedaría para siempre: inmóvil junto al váter con la cañería oxidada, incapaz de moverme, contemplando el agua silenciosa en la que sé que no voy a sumergirme jamás.

Mi casa tiene docenas, cientos, miles de estancias. De hecho, cuando traspaso una de las puertas, jamás sé adónde he llegado. Todas son silenciosas, con gigantescos tapetes sobre las mesas y bomboneras de cristal rojo en los veladores, con vitrinas en las que navegan maquetas de veleros. Las habitaciones están conectadas por pasillos estrechos, poblados de ventanas en las que se amontonan flores pálidas, rastreras. Subo y bajo escalones entre los aposentos, y, para mi sorpresa, siempre acabo

descubriendo, detrás de una puerta, un salón enorme, con extrañas alegorías en el techo o, por el contrario, una despensa en la que apenas caben unas escobas y unos trapos. En cuanto vuelvo de la escuela, habitualmente hacia la seis de la tarde, me pongo a deambular por la casa. La luz es rojiza y clara, como una gelatina que llenara todo el espacio. A veces tengo la impresión de que no me muevo del sitio y de que es la casa la que gira en torno a mí: las ventanas se me acercan, los pasillos me envuelven lentamente, las puertas se abren cuando se colocan frente a mí… Las perspectivas cambian sin cesar y yo avanzo sin moverme, asombrado siempre por el panorama cambiante de su estructura.

Finalmente llego al dormitorio que, entre las habitaciones variables, permanece siempre inalterado: el único lugar banal, polvoriento de la casa. Allí me esperan la textura de las sábanas descoloridas, el barniz desgastado de la cómoda, la mesa que se tambalea, la mesita de noche donde guardo mis tesoros que se vuelven transparentes y, al final, desaparecen del campo de mi conciencia, del mismo modo que no puedes ver el grial blando, invertido, de las medusas en el fondo del océano. Todo en mi dormitorio es verdadero: la tela es tela, el revoque es revoque, yo mismo soy un mamífero insignificante que apenas vivirá un instante sobre la tierra. Junto a la cómoda se encuentra la escalera por la que subo a la terraza. Es como de biblioteca, de esas que se deslizan a lo largo de la pared. Solo que aquí está bien sujeta —con tornillos— al techo. Sobre ella hay una trampilla que me cuesta levantar cuando llego al final pero cuando lo consigo brota de repente el cielo azul con nubes de verano en la abertura de geometría variable del techo. Salgo a la terraza de la casa que, si no fuera por la torre que se alza torcida y asimétrica hacia las alturas, se asemejaría a esos cubos blancos donde viven los habitantes de las ciudades de Oriente Próximo. El torreón está pintado de blanco, con un enfoscado grueso que las lluvias y el sol han descascarillado. Lo rodean unos escalones en espiral que dan la vuelta a toda su circunferencia. La terraza es recta y carece de parapeto; algunas veces, en verano, extiendo una sábana y me tumbo al sol bajo unas nubes bajas que acarician mis muslos, mis pezones, mi nariz y mi barbilla. Yo las noto calentitas y húmedas. El sol se refleja en la ventana redonda de la torre y la hace brillar como un faro sobre un peñasco rocoso.

La torre, por cuya rareza y dimensión metafísica compré, de hecho, la casa, tiene una puerta en la parte superior, justamente debajo del tejado. Esa escalera de caracol y esa entrada allí suspendida me resultaron incomprensibles durante mucho tiempo. Aún se podían distinguir antiguos restos de la pintura de color escarlata que en otro tiempo cubriera la puerta en la madera devorada por el tiempo, llena de crisálidas y transparentes hilos de telarañas. Estaba siempre cerrada, pero no con un cerrojo, como habría sido de esperar, sino con un candado cifrado, como los de las maletas de los diplomáticos. Un rectángulo de hierro contenía cuatro piezas igualmente grasientas (una vaselina negruzca les permitía girar en los huecos, a pesar de que el óxido ya casi había borrado los números), que se podían mover con el dedo para

mostrar una cifra. El número que, con un chasquido de palancas, abría el cerrojo era el 7129. Mikola me lo había susurrado al oído como si constituyera un gran misterio: el número era secreto y me prohibió que lo apuntara en ningún sitio.

Cuando abrías la puerta, la oscuridad interior parecía dura y compacta: ¿dónde ibas a entrar? ¿Dónde ibas a meterte? Te empujarían otra vez contra la puerta con la fuerza del volumen de oscuridad desplazado. Sin embargo, cuando los ojos se acostumbraban a la oscuridad, observabas que podías avanzar por un pequeño rellano, un enrejado suspendido sobre la noche. Recuerdo el momento en que entré por primera vez en la torre, con el corazón latiendo angustiado: en cuanto cerré la puerta a mi espaldas, el mundo entero desapareció. No solo era que no alcanzara a ver nada: había perdido el sentido de la vista. Ya no recordaba qué significaba ver. Cerraba y abría los ojos sin percibir cambio alguno. Y también el resto de los sentidos y sus mundos correspondientes, excepto la presión de mis pies sobre el enrejado, habían desaparecido. Extremadamente asustado, intenté volver a abrir la puerta. Pero ya no había puerta alguna. Ya no había paredes a mi alrededor. Extendía las manos en el vacío, en la nada, y las puntas de los dedos, como las antenas de unos insectos, intentaban aferrarse a la realidad. O generar, como pequeños chispazos eléctricos, la realidad. Regresaban de la muerte y del vacío, sin embargo, inertes, sin noticias. Estaba solo, suspendido como una estatua sobre el enrejado, en medio de la noche. En ese estado permanecí varias horas. Me pasaba las manos por la cara y el cuerpo para confirmar que seguía existiendo. Gritaba sin ser oído, sentía plenamente, como tantas noches de pánico y de sudor frío, el horror del final de la vida, de la desaparición del mundo. Al final, las superficies y los sonidos y los sabores y mis órganos internos, y la percepción de la aceleración, y los aromas inefables regresaron —o más bien mi cerebro, como un tejedor incansable con su lanzadora voladora, volvió a construirlos—, de tal manera que en la inexistencia se urdieron en primer lugar filamentos imperceptibles, cuerdas y bucles infrarreales, a partir de los cuales se trenzaron de nuevo el espacio y el tiempo. Vagas, fosforescentes, a mi alrededor se configuraron las paredes, como si hubiera empezado a titilar una luz, que aumentaba en un solo fotón a cada instante, pero aumentaba y, gracias a que rebotaba en las superficies, las inventaba poco a poco. Empecé a percibir las cosas de alrededor y cuando mis dedos se detuvieron en el extraordinariamente vago fantasma del interruptor de ebonita, sentí que, en un nanosegundo, llené la piel luminosa y resplandeciente del creador. Lo pulsé y se hizo la luz, cegadora, insoportable. Me llevó otra eternidad acostumbrar los ojos a ella.

De la reja de metal colgaba una escalera, también metálica. Descendía hacia el suelo del torreón, en cuyo centro, como flotando desde la mitad hacia arriba, había un objeto redondo, de color marfil, que ocupaba más o menos un cuarto del campo visual formado, por lo demás, por las losas rectangulares, de cerámica, del suelo. El objeto parecía levitar en el pozo de la torre, pero si descendías hasta tocarlo con la mano, veías que se apoyaba, de hecho, en una columna de metal igualmente

marfileña, unida a algo que asomaba con claridad: un sillón de dentista viejo y complicado, con la piel del apoyacabezas desgastada, con el hierro del torno y de la turbina recubierto por una sal fina, con la bandeja llena de objetos niquelados. El cuerpo redondo superior estaba lleno de cristales abombados, como los de los faros. Frente a él, a la altura del paciente que debería ocupar el sillón, se encontraba el ventanuco redondo como un ojo de buey; de ahí que mi casa guardara un gran parecido con un barco. La ventana estaba cubierta con una especie de tapadera que también tenía un cierre cifrado, esta vez con una combinación compuesta por muchos más números. Durante un buen rato no intenté abrir el ojo de buey porque toda mi atención estaba concentrada en el sillón que, fijado al suelo con unos pernos, tal vez me esperaba allí desde hacía décadas. Ni una mota de polvo, ni una telaraña, ni la más mínima huella de moho en aquella estancia silenciosa delataban el paso del tiempo. Parecía una imagen situada en el centro mismo de tu mente, límpida como en una *camera lucida* e igualmente enigmática. Me senté entonces, como haría después tantas veces, en el sillón amarillento, forrado con piel de imitación. Al pulsar un interruptor de metal se encendían las bombillas del gigantesco plato de porcelana. Y así me quedaba, bañado en la luz, apoyado en el respaldo, con la cabeza sobre el reposacabezas, como un navegante que atravesara, en el interior de una nave, el vacío entre las galaxias.

¿Qué era esa aparición? El viejo no me había dicho nada sobre su «consulta de dentista», que era lo que supuse que habría sido la torre. Pero ¿qué consulta podía ser esa? ¿Qué clase de dentista te hacía atravesar un dormitorio, subir una escalera, salir a la terraza de la casa, subir de nuevo por una escalera estrecha y peligrosa, de cemento, que giraba en torno a la torre, y descender luego como a un submarino para poder llegar hasta él? ¿Habría entrado alguien alguna vez en aquella trampa claustrofóbica y siniestra? ¿Y dónde estaba la sala de espera? En todo esto pensaba durante las horas que, retirado en mi torreón, bajo la luz clara de las bombillas incrustadas en el techo de marfil, jugaba con los instrumentos que tenía ante mí, sobre la bandejita esmaltada: extrañas tenazas torcidas, espejitos redondos, ganchos barrocos, pinzas, agujas, tornos, pulidores en forma de trompa… Faltaban las sustancias que dan ese olor característico a las consultas del dentista: la amalgama, la porcelana, los anestésicos. En mi torreón, por el contrario, no flotaba ninguna clase de olor.

¿Sería posible que el tío Mikola, en quién sabe qué momento de penuria de su complicada existencia, hubiera intentado trabajar como dentista? ¿Habría utilizado ese sillón para practicar las técnicas dentales? Pero ¿quién se habría ofrecido como cobaya? ¿O habría intentado acaso, en calidad de inventor, perfeccionar los sillones existentes, mejorar el mecanismo eléctrico, las transmisiones, los reostatos? No se apreciaba, sin embargo, que hubiera sido utilizado, pues no había en él restos de grasa ni tornillos flojos: el aparato era perfecto como un insecto de caparazón duro y articulaciones mecánicas impecables. Aunque pasado de moda, todas sus piezas

funcionaban, y, por este motivo, resultaba en cierto modo extraño. Si girabas un interruptor, se encendía una lucecita mortecina o los extremos de algún mecanismo sujeto con cables duros de hélices metálicas empezaban a rugir rápidamente. Un botón hacía subir y bajar el sillón, que crujía como un ascensor viejo. Otro hacía que un tubo de goma rojizo, con una pieza de metal en la punta, empezara a aspirar una saliva imaginaria.

Durante mucho tiempo me consideré un mero huésped en mi propia casa. Como eran unos tiempos terribles y en las tiendas solo se podían encontrar tarros en los que flotaban unas verduras lívidas, incomestibles, y puesto que sufría como un perro en aquella soledad, preferí seguir viviendo con mis padres en Ştefan cel Mare. Mi madre sabía al menos dónde se compraban los huevos, o dónde «entraba» queso. Nos dirigíamos al amanecer, a veces incluso en plena noche, a la parte trasera del bloque de enfrente, donde nos poníamos a la cola, en medio de un frío espantoso, abriéndonos paso entre un rebaño animal, para tratar de hacernos con un cadáver de pollo o con una botella de leche aguada. Sin embargo, era comida; sin embargo, estaba con mis padres, y por tanto tenía alguien con quien hablar. Solo de vez en cuando iba directamente de la escuela a mi casa y pasaba la noche en mi silencioso dormitorio de Maica Domnului. ¿Cuántas veces —en aquella época de una tristeza infinita— no me habré despertado en plena noche con la sensación de encontrarme encerrado en una celda estrecha como una tumba, excavada en lo más profundo de la tierra? ¿Cuántas docenas de veces no habré creído oír a través de la pared los martilleos que me proponían una evasión imposible? ¿Cuántos cuadernos habré llenado, en aquella época, con medias lunas, ruedas dentadas, cruces y triángulos, un lenguaje oscuro y, sin embargo, el único esencial, como el de los apuntes de los lógicos? La atrocidad de estar en este mundo, mi miedo animal a la nada de nuestras vidas, se mostraba entonces en toda su desesperación. Pero los golpes en la pared siempre cesaban antes de que lograra descifrarlos y entonces una noche infinita ocupaba su lugar.

Capítulo 9

QUIERO escribir un informe sobre mis anomalías. En mi vida oscura, ajena a cualquier historia —solo una historia de la literatura podría fijarla en sus taxonomías —, han sucedido cosas que no suceden ni en la vida ni en los libros. Habría podido escribir novelas acerca de ellas, pero la novela altera y perturba el sentido de los hechos. Podría guardarlas para mí, como las he guardado hasta ahora, y pensar en ellas hasta que me estallase la cabeza por la noche, acurrucado debajo de la manta, mientras fuera la lluvia golpea furiosamente las ventanas. Pero ya no quiero guardarlas solo para mí. Quiero escribir un informe, aunque no sé todavía de qué tipo ni tampoco qué haré con estas páginas. No sé si es el momento adecuado para algo así. Todavía no he llegado a ninguna conclusión, a ninguna conexión, mis acciones son vagos destellos en la uniformidad banal de la más banal de las vidas, pequeñas grietas, pequeñas inadvertencias. Esas formas informes, las alusiones y las insinuaciones, los accidentes del terreno muchas veces insignificantes en sí mismos pero que acaban adquiriendo, tomados en su conjunto, una forma extraña y obsesiva, necesitan también una forma nueva e insólita para poder ser relatados. Ni novela ni poema, pues no son ficción (o no lo son del todo), tampoco un estudio objetivo, puesto que muchas de mis acciones son singularidades que no se dejan reproducir ni siquiera en los laboratorios de mi mente. Ni siquiera puedo, en el caso de mis anomalías, distinguir entre el sueño, los recuerdos antiguos y la realidad, entre lo fantástico y lo mágico, entre lo científico y lo paranoico. Mi sospecha es que, de hecho, mis anomalías tienen su origen en la zona de la mente en la que esas distinciones no funcionan, y esa zona de mi mente no es sino otra anomalía. Los actos de este informe serán fantasmagóricos y transparentes, pues así son los mundos en los que vivimos simultáneamente.

Conservé durante muchos años un medallón *kitsch* que me regalaron, cuando tenía unos siete años, unos turistas extranjeros que solían venir en autocares hasta el Circo Nacional. Cuando nos enterábamos de que había llegado un autocar, dejábamos nuestros juegos en la arena y en los columpios, dejábamos en paz a las ranas del lago atestado de juncos al fondo del parque, y corríamos hacia el edificio del Circo, con sus gigantescas ventanas en forma de prisma y su cúpula azulada, ondulante, donde me parece haber vivido toda la vida. Nos agolpábamos alrededor de los autobuses y, a pesar de las advertencias de nuestros padres («¡Que no vuelva a veros pidiendo limosna a los extranjeros! ¿Qué sois? ¿Mendigos? ¿Qué va a pensar esa gente de nosotros?»), les tendíamos la mano para recibir una lámina de chicle o un llavero de la torre Eiffel, un cochecito minúsculo de metal pintado con colores vivos… Tendría unos siete años cuando una mujer que bajaba del autocar, con una falda estampada y

unos pendientes redondos, rosas en las orejas, me sonrió y me entregó aquel medallón dorado de latón. Salí corriendo y me detuve debajo del castaño frondoso que crecía junto a unas fuentes. Aquí ya no existía el peligro de que otro chaval más mayor que yo me lo arrebatara. Contemplé, pues, mi regalo con más atención: brillaba intensamente bajo el sol de verano. Consistía en una monedita redonda, dorada, engarzada en un aro metálico. A ambos lados de la moneda había unas letras: A, O y R por una cara, M y U por la otra. Aún pasarían unos cuantos días hasta que conseguí descifrar el misterio. Y sucedió cuando, por casualidad, le di un golpe a la moneda y esta empezó a girar tan rápido sobre su pequeño canto de metal que se transformó en un globo de oro blando y transparente como un diente de león, con la fantasmal palabra Amour en el centro. Así siento que es mi vida, así siento que he sido siempre: el mundo unánime, tierno y tangible por una cara de la moneda, y el mundo secreto, íntimo, fantasmagórico, el mundo de ensueño de mi mente por la otra. Ninguna de mis vidas está completa ni es verdadera sin la otra. Solo la rotación, solo el vértigo, solo el síndrome vestibular, solo el dedo indiferente del dios que pone la moneda en movimiento y la lleva a una dimensión más, hace visible —pero para qué ojo— la inscripción grabada en nuestra mente, a uno y otro lado, de día y de noche, en la lucidez y en el sueño, a una mujer y un hombre, a un animal y a un dios, pero nosotros la ignoramos durante toda la eternidad, pues no podemos ver ambas caras a la vez. Pero esto no acaba aquí, porque la inscripción transparente, de oro líquido, que se adivina en el centro de la esfera debe ser comprendida, y para comprenderla con la mente y no verla únicamente con los ojos, es necesario que tu mente se transforme en un ojo de una dimensión superior. El globo de diente de león debe girar a su vez, en un plano inimaginable, para transformarse, respecto a la esfera, en lo que es la esfera respecto al disco plano. El sentido se encuentra en la hiperesfera, en el innombrable objeto transparente que resulta del golpe dado a la esfera de la cuarta dimensión. Pero aquí llego, quizá demasiado pronto, a Hinton y a sus cubos, a los que mis anomalías parecen estar ligadas de forma confusa.

Mis actos serán, por tanto, fantasmagóricos y transparentes e indecibles, pero en ningún caso irreales. Los he sentido siempre en mi propia piel. Me han atormentado terriblemente para nada. En cierto sentido, me han arrebatado la vida tanto como lo habrían hecho mis libros si hubiera conseguido escribirlos. Además, son una fuente de duda e indecisión: no se han cerrado, están todavía en curso. Tengo indicios, he establecido conexiones, empiezo a ver qué parece coherente en la charada de mi vida. Es evidente que me están diciendo algo, de forma insistente, constante, como una presión continua en el cráneo, en algunas de sus protuberancias, pero ¿qué es ese mensaje? ¿Cuál es su naturaleza? ¿De quién procede? ¿Qué se espera de mí? Algunas veces me siento como un niño pequeño ante un tablero de ajedrez. Has cogido el peón blanco y eso está muy bien. Pero ¿por qué te lo metes en la boca? ¿Por qué agarras el tablero y lo inclinas para que todas las piezas caigan? ¿Acaso será esta la solución? ¿Ganará tal vez la partida precisamente el que comprenda de repente lo

absurdo del juego y lo tire al suelo, el que corte el nudo cuando todos los demás se esfuerzan por soltarlo?

Voy a hilvanar aquí, por tanto, una historia de mi vida. Su parte visible —la conozco mejor que nadie— es la menos espectacular, es la más sosa de las vidas, una vida acorde con mi cara insulsa, con mi carácter retraído, con mi falta de sentido y de futuro. Una cerilla que ya se ha consumido casi por completo, dejando tras de sí un hilo de ceniza blancuzco. Profesor de Rumano en la escuela 86, a las afueras de Colentina. A pesar de ello, conservo recuerdos que cuentan una historia diferente, tengo sueños que los acentúan y los confirman y que, reunidos ahí, en los subterráneos de mi mente, han construido un mundo lleno de acontecimientos fantásticos, indescifrables, que piden a gritos, sin embargo, ser descifrados. Es como si un piso de mi vida se hubiera venido abajo: los cables se han desgarrado y las conexiones con los edificios de la superficie se han roto. En mis recuerdos de la infancia y de la adolescencia hay escenas que a duras penas puedo localizar y que no puedo comprender aún, como si fueran piezas de un puzle abandonadas en una caja. Como unos sueños que esperaran ser interpretados. He pensado en ellos tantas veces, se presentan ante mis ojos con tanta claridad (miro a la luz un trozo de cartón brillante con protuberancias y hendiduras redondeadas; su dibujo es claro como un espejo: unas cuantas flores azules, una parte de un zócalo, una ristra de perlas en un cuello sin cuerpo, la pata de un gato…), que mi mente está llena de imágenes y de figuras alegóricas, todas enigmáticas, pues el enigma es el signo de lo incompleto: dios es solo la parte visible de su mundo, que tiene una dimensión más que el nuestro. Cada uno de mis recuerdos y de mis sueños (y los recuerdos soñados, y los sueños recordados, pues mi mundo presenta miles de matices y tonalidades) tiene las marcas de pertenecer a un sistema, como los salientes y los entrantes de las pequeñas piezas de un puzle: en ese aparato de ensamblar radica la mayor parte de su «anormalidad» —«mis anomalías»— pues, por todo lo que conozco sobre la gente a partir de la literatura y de la vida, nadie ha observado el sistema de sujeción, las grapas y los ganchos de una determinada clase de recuerdos antiguos y de los sueños. Cuando era niño, mis padres me compraban los juguetes en la inolvidable Caperucita Roja, en Lizeanu, cuyos suelos olían intensamente a petróleo. Siempre escogían los más baratos y banales, siempre los mismos: el carrito de metal con dibujos ingenuos, el enano que salía de un huevo de goma, la gallina mecánica cuya llavecita tenías que hacer girar para que caminara por el brillo de la mesa, cubos con las imágenes de una vaca, un caballo y una oveja, y los «Juegos de piezas» con imágenes de cuentos. Estos últimos eran los que más me gustaban. Por el anverso tenían fragmentos de un dibujo trazado en una hoja de papel, pero en el reverso de cada cuento había una ilustración diferente, de colores y modelos distintos. Por supuesto, al principio juntaba las piezas siguiendo las imágenes: la parte del ojo izquierdo de Blancanieves se combinaba con la del ojo derecho. El codo de un enano se juntaba con el hombro y con una parte de la barbilla. Pero la reconstrucción de la imagen a partir de esos

fragmentos mezclados llegó a resultarme facilona y aburrida. Empecé pues a unir las piezas de los puzles al revés. Los juntaba en montoncitos con el dibujo del reverso del mismo color y los combinaba siguiendo la lógica del ensamblaje: el cerco que sobresalía de una se ajustaba al hueco en el cuadrado brillante de otra. A veces me resultaba dificilísimo, pero esta dificultad me producía una gran satisfacción y daba así un nuevo sentido al juego.

No puedo evitar preguntarme una y otra vez si nuestros recuerdos más antiguos, esos que recorren nuestra vida con tanta nitidez mientras que otros miles de momentos, tal vez más importantes, han abandonado nuestra memoria, si, asimismo, los sueños que nos obsesionan por su claridad y que parecen, además, formados por la misma sustancia que nuestros recuerdos obsesivos, no son sino una especie de juego, una prueba que tenemos que superar en esta inexplicable aventura de la vida. Tal vez el latido de nuestro corazón no sea sino el metrónomo que mide el tiempo que nos conceden para encontrar la respuesta. Tal vez estemos perdidos si llegamos al último latido y no hemos comprendido nada del inmenso puzle en el que consiste nuestra vida. Tal vez, si descubriéramos la solución y diéramos con la respuesta, nos liberarían de la celda de la gran penitenciaría en que habitamos, o tal vez ascendiéramos un nivel hacia la liberación. El ratoncito blanco que corre por un pasillo de plástico no sabe que están examinando su memoria, se limita a vivir su vida. Su cerebro no es capaz de preguntarse por qué estoy aquí, qué es este laberinto en el que me encuentro, ¿acaso no constituye el propio laberinto, con sus simetrías, con su pedacito de queso al fondo del pasillo más alejado, la señal de que existe un mundo superior, una inteligencia ante la cual mi pobre mente no es sino un mero balbuceo en la oscuridad?

El hecho de no haberme convertido en escritor, el hecho de no ser nada, de no tener importancia alguna en el mundo exterior, de que no me interese nada de él, de no tener ambiciones ni necesidades, de que no me engañe a mí mismo dibujando «con sensibilidad y talento» puertas que no se abrirán jamás en las lisas paredes del laberinto, me ofrece una oportunidad única o, tal vez, la oportunidad que ofrece a todos los solitarios y olvidados: la de explorar los vestigios extraños de mi propia mente tal y como aparecen en ella a lo largo de la retahíla interminable de noches en las que, mientras anochece poco a poco en mi habitación silenciosa, mi cerebro sale como si fuera la luna y brilla cada vez más. Atisbo entonces en su superficie palacios y mundos escondidos que no se les muestran nunca a los que, obsesionados con su pedacito de queso, corren por el laberinto sin concederse un momento de reposo, convencidos de que esto es lo que les ha tocado en suerte en el mundo y de que más allá de las paredes blancas y curvas no hay nada. Me pregunto cuántos individuos solos e insignificantes, cuántos funcionarios y cuántos conductores de tranvía, y cuántas mujeres desgraciadas y sufrientes, sin fortuna o sin títulos universitarios, sin fuerzas y sin esperanza, son tan solo cavadores de la tierra fértil de los crepúsculos de otoño, llena de larvas y de gusanos, que tiembla con el correteo de los topos por sus

túneles.

Desde el otoño de 1974, desde que tenía diecisiete años, mi vida está guarnecida por un forro de papel al que no he concedido hasta ahora más importancia que la que el mendigo concede a los periódicos con los que se envuelve para no morirse de frío. Hablo de mi diario, ese en el que durante trece años he anotado, sin propósito alguno, como un puro reflejo de mi voz interior, sucesos, ejercicios literarios, reflexiones sobre los libros leídos, frustraciones y sufrimientos, sueños y estados excepcionales de mi alma. He escrito en viejos cuadernos escolares, de rayas o cuadriculados, con la portada verdosa de un cartón increíblemente malo, en la que aparece un enano estúpido y, en la contraportada, las tablas de multiplicar; luego, en agendas caducadas, con tapas de plástico cuarteado, en cuadernos escolares de espiral, en otros cuadernos alargados y estrechos como tacos de billetes, en cualquier sitio, en lo primero que haya encontrado al alcance de la mano, con bolígrafos y rotuladores de todos los colores (algunas páginas están ahora tan descoloridas que son casi ilegibles) … Desordenados, se amontonan en el cajón inferior de la biblioteca de mi habitación, pero uno de estos días me dedicaré a colocarlos en orden cronológico para poder extraer de ellos los fragmentos que me interesan y que me sé casi de memoria. Muchas de mis anomalías están anotadas en ellos, en esas páginas casi pegadas entre sí de puro viejo. Están fechadas y registradas a veces de pasada, sin prestarle atención a su contenido, y otras veces con miedo, casi con un terror que entreveo con facilidad por la transparencia del texto. Al menos esos hechos no puedo ponerlos en duda, al menos ellos han sido incrustados en la realidad irreal de mi vida. Si no hubiera llevado un diario, dudo que me hubiera animado a escribir algún día estas páginas. En primer lugar, porque habría perdido la costumbre de la escritura, incluso de la no literaria, la costumbre de llenar, simplemente, las páginas en blanco con bucles y más bucles de tinta. Resulta inimaginable lo embrutecedora que es la labor de un profesor, cuánto te degradas, año tras año, corrigiendo exámenes y escuchando las lecciones de los escolares, repitiendo decenas, cientos de veces las mismas frases, leyendo «con idéntica entonación» los mismos textos, hablando con los mismos colegas en cuyos ojos observas la misma desesperación e impotencia que ellos observan en tus ojos (y que observas también tú en los tuyos cada mañana, cuando te afeitas ante el espejo). Eres consciente de que te degradas poco a poco, de que tu mente se transforma en un vómito de citas bombásticas y de clichés y, sin embargo, no puedes hacer otra cosa que aullar sin ser oído, como un torturado en un sótano, a solas con su verdugo, observando con una lucidez plena cómo se le desgarran los tejidos del cuerpo, cómo es desollado en carne viva, incapaz de luchar. Después, porque habría olvidado. Las páginas son las hojitas vivas de mi memoria, los bucles de las letras son sinapsis flexibles y crueles como los zarcillos de la vid. Jamás he escrito una sola novela y creo que, si las hubiera escrito, habrían sido tan solo una ramificación de mi diario, de mi túnel de venas y arterias, como si al final de cada rama —como al final de todos y cada uno de los cordones umbilicales— hubiera crecido un feto gordito y

compacto con un rostro parecido al mío. Mi diario es mi testimonio, es la prueba de que, en un instante y un lugar con coordenadas precisas, el mundo se abrió y dio lugar a una brecha a través de la cual se colaron en su interior los pseudópodos, cautivadores y terribles, procedentes de otro mundo; no los de uno ficticio, tampoco los de un cerebro febril, sino los que ya estaban incrustados en lo que todavía llamamos realidad. Mis visitadores no se han presentado en sueños, ni han sido producto de una alucinación, ni de ningún estado hipnótico o hipnopómpico, ni he sido golpeado con fuerza contra la cómoda tras ser arrancado de la cama por una fuerza irresistible, con sábanas y todo. Tampoco me he disuelto muchas veces en el juego segundo de la ficción entre las llamas de un éxtasis enloquecedor, ni me han obligado a realizar, en excitantes fantasmagorías, horribles, horribles acoplamientos… Todo ha sido real, todo ha sucedido en el plano de la existencia en el que comemos y bebemos y nos peinamos y mentimos y vamos a trabajar y morimos de pena y de soledad. Real es también el sueño, reales son también nuestros primeros recuerdos, real (¡qué real!) es también la ficción y, a pesar de todo, los sentimos ajenos a la patria cenicienta, duros, rígidos, testarudos, sin imaginación, sin sentido ni salvación, la celda a la que fuimos arrojados tras beber las aguas oscuras del río Leteo. Lo real, nuestra patria legítima, debería ser el territorio más fabuloso de todos, pero, en cambio, se ha convertido en la más abrumadora de las prisiones. Nuestro destino debería ser la huida, aunque fuera hacia una prisión más vasta que desemboca en otra más vasta aún en una serie infinita de celdas, pero para ello las puertas deberían abrirse de repente en la pared amarillenta de nuestro hueso frontal. Voy a garabatear aquí, con un clavo oxidado, en meses o años de esfuerzo miserable, animal, esa puerta en la pared hasta que finalmente (tengo mis propias señales) esa abertura tenga que ceder.

Sé que nadie se ha atrevido a hacer algo así, que todo el mundo está resignado y guarda silencio. De esta prisión no se puede huir. Los muros son, en definitiva, infinitamente gruesos, es la noche previa a nuestro nacimiento, la posterior a nuestra muerte. «¿Qué sentido tiene pensar en la infinita inexistencia que viene a continuación? Ensombreceré mi vida para nada. Me quedan todavía unos buenos años hasta entonces, puedo disfrutar por el momento de esta bendita luz, de la luna que se eleva sobre el bosque, del funcionamiento discreto de mi vesícula biliar, de mis eyaculaciones en vientres felices, de los frutos de mi trabajo, de la mariquita que trepa hacia la punta de mi dedo para abrir ahí sus alas plegadas de celofán. Nadie sabe qué hay más allá de la tumba». No pensamos de forma distinta a los antiguos: bebamos y comamos, que mañana moriremos. Y resulta imposible pensar de otra manera en la lógica de la prisión de muros infinitos. ¿Existe otro camino que el de excavar como un sarcopto en su dermis interminable?

He tenido, desde siempre, un agudo sentimiento de predestinación. Me he sentido un elegido por el hecho mismo de haber abierto los ojos en este mundo. Pues no son los ojos de la araña, ni los ojos compuestos de miles de hexágonos de la mosca, ni los

ojos situados en la punta de los cuernitos del caracol. No nací como bacteria ni como miriápodo. Sentí que el gigantesco ganglio de mi cráneo me predestinaba a la búsqueda obsesiva de la salida. Comprendí que tengo que utilizar el cerebro como si fuera un ojo, abierto y atento bajo la piel traslúcida del cráneo, capaz de ver con otro tipo de mirada y de detectar las fisuras y los signos, los artefactos escondidos y los vínculos oscuros del test de inteligencia, paciencia, amor y fe que es el mundo. No he hecho otra cosa en toda mi vida que buscar brechas en la superficie aparentemente lisa, lógica, sin fisuras de la maqueta del interior de mi cráneo. ¿Cómo tengo que pensar, qué tengo que entender, qué me dices tú, qué me susurras en una lengua desconocida?

«Puesto que existo, puesto que se me ha concedido la posibilidad imposible de la existencia —me digo muchas veces—, es indudable que soy un elegido». En cierto modo, todos lo somos, todos somos unos iluminados, pues nos ilumina el sol unánime de la existencia. Y soy un elegido por segunda vez porque, a diferencia de la avispa o el crustáceo, puedo pensar en un espacio lógico y puedo construir maquetas del mundo en el que me muevo en una escala reducida y virtual, mientras mis brazos y mis piernas se mueven en el inconcebible mundo real. Y soy elegido por tercera vez porque, a diferencia de los comerciantes y los fontaneros y los soldados y las putas y los payasos y otras cohortes de semejantes, puedo meditar sobre mis elecciones y me puedo pensar pensando. El objeto de mi pensamiento es mi pensamiento, y mi mundo se identifica con mi mente. Mi misión es, por tanto, la de un agrimensor y la de un cartógrafo, la de un explorador de las protuberancias y de los subterráneos, de las mazmorras y las cárceles de mi mente, pero también de sus Alpes llenos de glaciares y torrentes. Siguiendo las huellas de Gall, Lombroso y Freud, intento también yo comprender el colosal, el enmarañado, el imperial y el, finalmente, inextricable nudo gordiano que llena la cámara prohibida de nuestro cráneo, tejido con alambre y cuerda, con seda de telaraña e hilos de saliva, con la blonda obscena de los ligueros y las escamas finas de las cadenitas de oro, del tallo flexible de la correhuela y el látigo negro antracita de las antenas del ciervo volador.

Hasta aquí, nuestra elección es natural, se presenta como un don que se da por supuesto, aunque sigue siendo un prodigio. Si hubiera sido escritor, me habría detenido justo en este punto y habría sido feliz, requetefeliz, con mi capacidad de inventar, con la belleza y lo insólito de mis libros. En definitiva, vivimos en una prisión cautivadora que no es menos mágica que cualquier cosa que podamos imaginar. Al final de la vida podría mostrar con orgullo, a mi paso, una serie de novelas o de libros de poesía como si fueran rebanadas de pan del mundo en que he vivido. Ser humano, vivir la vida de un individuo, traer al mundo a nuevas personas y nuevos seres concebidos por tu mente, alegrarte con las setenta vueltas que da el mundo en torno a la bola de lava que lo anima… A eso se le puede llamar felicidad, incluso aunque esté mezclada, en cada una de las vidas, con sangre, sudor y lágrimas. Pero existe también una cuarta elección, ante la cual toda la literatura del mundo tiene

la consistencia volátil del diente de león.

El portero de nuestra escuela, Ispas, es un gitano viejo, fumador, con la piel reseca de los que han nacido en una ciudad grande, fea y repleta de miasmas insalubres que va siempre sin afeitar. Se coloca entre las dos puertas enrejadas de la entrada, ante una mesa minúscula de madera de abeto salpicada de la caspa que le cae del pelo. Nadie le presta atención, ni siquiera los chavales. Nadie lo ha visto jamás llegar ni marcharse del trabajo. Permanece empaquetado como una muñeca de trapo, con su uniforme marrón, en el puesto más humilde que uno pueda llegar a imaginar. Pero sus ojos castaños y lacrimosos son humanos como los de los perros vagabundos. Nadie lo mira, pero él sí mira a los que pasan por delante, parece sopesarlos, clasificarlos, darles sentido. Las únicas que hablan con él, de vez en cuando, son las señoras de la limpieza, sobre todo la tía Iakab que, gorda y voluble, de rostro mongoloide y bigote pronunciado, se mete en las conversaciones de la sala de profesores. Gracias a ella todo el mundo se ha enterado de lo chiflado que está el portero. Es un hombre solitario que reparte su vida entre la escuela y el portal de un bloque en el Raúl Colentina, donde ha instalado un colchón en el que duerme por las noches. Los vecinos le dejan quedarse allí por compasión, algunos le dejan incluso dormir en sus apartamentos cuando se marchan para una temporada, porque el viejo pimpla todo lo que puede y más pero no robaría ni una hebra. «¿Qué pensáis vosotros que tiene este hombre en la cabeza?», pregunta la tía Iakab echándose a reír. «Me ha contado que el día menos pensado aparecerá un platillo volante y se lo llevará a otro mundo. Sí, majos, de entre todos los seres humanos del mundo, le elegirán precisamente a él…». Por la noche, Ispas tenía la extraña costumbre de salir a la calle y quedarse plantado en medio de un cruce. Se pasaba las horas muertas allí de pie, preparado, con su vieja cartera mugrienta, hinchada como la piel de un acordeón, de la que siempre asomaba el cuello de una botella taponado con un troncho. Miraba entonces al cielo y les gritaba a «esos» que vinieran de una vez, que él ya estaba listo. «Qué se le va a hacer, habrán encontrado a otro», decía alguna profesora aburrida, antes de salir con el cuaderno de notas debajo del brazo. Todo el mundo se burlaba, desde hacía años, de la idea fija del portero, pero él, callado y humilde entre sus dos puertas, sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Tenía tiempo de sobra para seguir esperando, y también fe. Por la noche se dedicaba a escrutar, desde nuestro minúsculo mundo, el cielo estrellado y, aunque nunca sería raptado y conducido a una galaxia lejana, él era mejor que la gente sin esperanza que lo rodeaba, unos tipos burlones que corrían día tras día en busca de su pedazo de queso por el laberinto de plástico. Al menos miraba las estrellas; él, el hombre más miserable que haya pisado jamás la faz de la tierra, al menos demostraba, gracias a eso, su deseo de escapar.

Porque cualquier elección constituye un escándalo. No tiene en cuenta el rostro del individuo, ni sus hechos o sus ideas. Es inimaginable y, para una mente racional, construida para este mundo, supone una auténtica locura. Cuando el creyente dice «Seré redimido», el escéptico le recuerda que incluso el ácaro más insignificante que

vive apenas un nanosegundo en una mota de polvo que a su vez flota en una de los millones de millones de galaxias, no tiene por qué ser, precisamente él, el contemplado por el ojo del otro mundo y, finalmente, el salvado. Que no podemos tener la pretensión de ser redimidos antes que una bacteria de nuestra flora intestinal. ¿Por qué tendría que ser yo, precisamente yo, el elegido entre todos los habitantes de la Tierra? ¿Qué hay de valor en mí, qué fruto podría cosechar —y quién lo haría— en el grano de luz de mi conciencia?

Jamás me he reído del portero ni de sus platillos voladores. Es tan solo uno más de todos aquellos que se sienten extranjeros en este mundo. Uno de los que aún se resisten, buscan y esperan. Creo que la ansiedad de los que son como él, por muy ridícula que parezca, constituye ya la señal de una elección. Pues nadie en este mundo, donde todo conspira para que cada uno pueda construirse una ilusión perfecta y una desesperación a su medida, puede esperar si no le ha sido concedido esperar ni puede buscar si no tiene el instinto de búsqueda profundamente grabado en sus entrañas. Buscamos a lo tonto, buscamos en sitios donde no hay nada que hallar, como las arañas que tejen su red en cuartos de baño donde jamás entrará ni una mosca ni un mosquito. Nos secamos por millares en nuestras telarañas, pero lo que no morirá jamás es nuestra necesidad de verdad. Somos como hombres dibujados en una hoja, en el interior de un cuadrado. No podemos traspasar las líneas negras que nos rodean y nos agotamos rebuscando, decenas, cientos de veces todos los días, en cada esquinita del cuadrado para ver si damos con una fisura. Hasta que uno de nosotros comprende ele repente —porque ha sido predestinado para comprender— que es imposible escapar del plano de la hoja. Que la salida, amplia y sencilla, es perpendicular a la hoja en la hasta entonces inconcebible tercera dimensión. Así que, para sorpresa de los que se quedan entre las cuatro líneas de tinta china, el elegido rompe de repente la crisálida, extiende unas alas enormes y se eleva suavemente, arrojando su sombra, desde arriba, en dirección a su antiguo mundo.

Capítulo 10

DE vez en cuando viene a verme Irina. Es nuestra enjuta y desvaída profesora de Física. Unos increíbles ojos azules iluminan sin embargo su rostro, que recuerda al de una mártir. No he visto nunca unos ojos como los suyos. Irina es como una fotografía antigua y ajada, un retrato en sepia de un ser clorótico, la viva imagen de la resignación, pero es como si en la foto sus ojos hubieran sido agujereados y a través de ellos se viera el cielo azul. Recuerdo cuando la vi por vez primera en la sala de profesores. Era invierno, el invierno del 81. Yo había llegado a la escuela cuando todavía era de noche y me encontraba junto a la ventana, casi del todo empañada por las flores de escarcha. Disfrutaba, tranquilo, de los diez minutos que me quedaban hasta el comienzo de la clase. Dormía todavía en mi interior, a solas en la estancia, cuando se abrió la puerta y entró Irina. Ya en aquel instante, en cuanto los vi, me llamaron la atención sus ojos: eran un *collage*, el juego de un ilusionista. Aquellos ojos no solo no armonizaban en absoluto con el rostro de su dueña —ya por aquel entonces macilento—, sino que ni siquiera armonizaban con la realidad misma. Eran bonitos, pero no en el sentido de cuando se dice que «una flor es bonita» o «un niño es bonito», sino como cuando se afirma que «es bonito que existan flores o niños». Por eso, la palabra «bonito» solo se adaptaba a ella como sustituía de una palabra inexistente. No me saludó, aunque yo le hice un gesto con la cabeza. Solo al cabo de unos minutos, cuando la sala empezó a llenarse, me enteré, por las conversaciones con las otras profesoras, de que era nueva y de que daría clase de Física. Por supuesto, con el transcurso de las semanas, Irina se acabaría convirtiendo también en una pieza más del mobiliario humano de la sala de profesores. La veía en los recreos, cuando arrojaba, como todos los demás, el cuaderno de notas en el armario y se sentaba en una esquina de la mesa. En cuanto bajaba los ojos —y los mantenía casi todo el tiempo clavados en el suelo—, Irina desaparecía. Simplemente se disolvía. Era una mujer tímida en extremo, rara vez se la veía acompañada y evitaba participar en las conversaciones de las profesoras que tenían hijos pequeños y que discurrían invariablemente sobre cuánto costaba encontrar leche en polvo, dónde se podía comprar una sillita que no pareciera una carretilla… Como coincidíamos en el mismo tranvía —en el 21, el único que de hecho te llevaba hacia el centro—, no tardé en averiguar dónde vivía. Su casa debía de encontrarse frente a los telares Lanzadera, pues allí era donde se apeaba siempre, al igual que yo, para perderse entre los bloques que había cruzando la calle. Tuvieron que pasar más de dos años para que llegara a conocerla, si es que alguna vez se puede llegar a conocer a alguien de verdad. Durante todo ese tiempo apenas intercambiamos un par de palabras, al igual que con muchos otros colegas, tal y como sucede en ocasiones con la panadera a la que ves a

diario, y al cabo de toda una vida no has logrado saber si también ella es un ser humano como tú o esa mancha extraña que se te aparece de vez en cuando, inexplicablemente, en la retina. Dos años para llegar, la primavera pasada, a esperar juntos el tranvía bajo unos cielos deslavados, junto con otros colegas, vestidos por primera vez con ropa ligera aunque el aire fuera todavía húmedo y helado, para viajar en silencio, de pie, en el vagón lleno de viajeros, apearnos en la estación Lanzadera y acabar en mi cama casi con un solo movimiento, casi sin pensarlo, como si lo hubiéramos hecho ya en incontables ocasiones. Ese día, cuando estábamos en el tranvía, apretujados el uno contra el otro en mitad de aquella muchedumbre bestial, giró de repente la cabeza hacia mí y me preguntó: «¿Eres poeta?». Sin embargo, en su cara se dibujó una sonrisa inocente, como si quisiera quitar hierro a la extraña pregunta. Decidí al instante tomármelo a broma, y le respondí también yo con una sonrisa: «¿Qué te hace pensar eso?». «Es que creo que solo un poeta se comportaría como tú… Cuando estamos en la sala de profesores, por ejemplo, te quedas mirando fijamente por la ventana sin soltar palabra… Jamás en mi vida he conocido a nadie más silencioso». Sonreía y me miraba a los ojos —por vez primera— sin dejar de insistir en su absurda historia: «Creo que, en cierto sentido, nos parecemos mucho».

Así empezó todo, no entre nosotros, pues no se trata de ningún «entre nosotros»; simplemente así empezó. Todo sucedió por casualidad a raíz de esta conversación, pero creo que habría sucedido lo mismo si, en lugar de aquella pregunta, me hubiera dicho entonces, en el tranvía: «Mira, ya han llegado los primeros días templados de marzo» o «Mira cómo se refleja el sol en las ventanas». De repente, mientras bajaba tras ella y me recolocaba el abrigo arrugado por los apretujones, sentí que ya no había fronteras entre nosotros y le habría cogido la mano en ese mismo instante si no hubiera sabido que desde el tranvía nos contemplaban nuestros colegas y algunos de los críos de la escuela acompañados por sus padres. De repente, donde no había nada se abre una puerta. De repente la casa ante cuya fachada has pasado cientos de veces tiene la puerta de entrada abierta de par en par y te espera con todas las ventanas iluminadas en plena noche. No es magia, porque resulta tan natural como abrazar en la calle, en sueños, a una mujer desconocida. En el sueño nada es mágico, la magia es el sueño en sí mismo. Es natural, pero en un mundo súbitamente sobrenatural. Es normal, pero en una vida dulce y triste que no es la tuya. Caminaba junto a Irina hablando sobre Krishnamurti por Suren Spandarian; los cubos rebosantes de basura habían empezado a apestar como cada primavera después del deshielo… Un trapo caído de un piso de los bloques cenicientos se había enredado en las ramas desnudas de un árbol, un perro esquelético nos reflejaba, acurrucado a la entrada de un portal, en sus ojos amarillos… Cuando me dijo: «Mira, yo vivo aquí», señalando uno de los bloques, pero sin aflojar el paso, sin detenerse para volverse hacia mí y despedirse, mi presentimiento de que íbamos a acabar en mi casa y en mi cama se transformó simplemente en realidad, como si hubiéramos estado ya en la cama y como si eso no hubiera tenido nada de extraordinario. Sé —y ella me lo confirmaría después— que

durante aquel trayecto de diez minutos desde la parada del tranvía hasta su casa, cuando en una historia de amor se toman todas las decisiones, nosotros no habíamos tomado ninguna, como no decidimos nunca nada en la vida. Al igual que no tomas la decisión de nadar siguiendo la corriente cuando caes a un río crecido por las lluvias y el agua te arrastra junto a árboles arrancados y trozos de tejados, o tal y como un ciervo volador atrapado en el ámbar no toma la decisión de permanecer inmóvil en él por toda la eternidad. Incrustados en la existencia, bordados en el gran tapiz, no se espera de nosotros que tomemos decisiones, pues todo está decidido de antemano, así como tampoco los listones de una silla deciden formar la silla, porque eso es justo lo que ya hacen. Que las cosas son así es algo que no sientes todos los días, sino en momentos como aquel de mi aventura con Irina, cuando no deberías estar ahí y sin embargo estás, cuando todo debería ser de otra manera y, sin embargo, es como es, y te invade el sentimiento sereno de que así tiene que ser, y de que así tuvo que ser.

«Es gracioso que precisamente yo dé clase de Física —me decía—. Yo, que no creo en la realidad… Me paso las horas hablándoles a los chavales sobre materia y leyes físicas… Yo, que sé que en el fondo todo es ilusorio…». A Irina le gustaba leer libros de teosofía y antroposofía, e incluso había aprendido inglés ella sola para poder leer los textos de Krishnamurti, pero como todavía no dominaba bien el idioma y tenía que adivinar la mitad de las palabras, se había inventado su propio Krishnamurti, vislumbrando un sentido que los textos no tenían al tergiversar las frases —en cualquier caso deshilachadas y vagas— en unos remolinos luminosos y exaltados que para ella eran sagrados y tan indiscutibles como el mundo que le llegaba a través de los sentidos.

Entonces —y hoy en día— su cháchara extasiada sobre *Madame* Blavatsky y su gato blanco, sobre Rudolf Steiner y Gurdjieff, sobre los templarios y los rosacruces no me interesaba nada y solo le prestaba atención de manera inconsciente, como se percibe el perfume de una mujer en una fiesta. Más o menos esa fue toda la historia: la fragancia de Irina, su pobre originalidad que no guardaba relación alguna con la vida verdadera ni con sus ojos de otro mundo, más metafísicos y más dementes de lo que habían sido jamás los escritos de los iluminados y los alquimistas. «Me gustaría creer que las cosas existen —me decía, mientras caminaba sin prisa a mi lado con aquellos pasos lánguidos, alejándonos de Nada Florilor para salir al bulevar del lago Tei—, pero, sinceramente, no soy capaz. En cuanto las toco, me digo: es una ilusión, no son reales. Me toco a mí misma y no puedo creer que me envuelva este cuerpo. ¿Comprendes lo que significa vivir así? ¿Sentir en cada momento que eres otra, que vienes de otro sitio, que no tienes nada que ver con tus semejantes, con tu trabajo, que todo, a tu alrededor, te resulte extraño?».

En Maica Domnului las casas se desconchaban bajo un sol violento y helado. Ahora las conocía muy bien en su *sucesión* teratológica. Era como si viviera en un insectario y hubiera recorrido el intervalo entre dos filas de coleópteros gigantes, con caparazones metálicos y apéndices extravagantes. Cuando la tarde se sonrojaba, cada

grano de revoque poroso arrojaba una sombra rosada, afilada como una aguja, sobre la pared. También cada uno de nosotros arrojaba una sombra rosada, como la aguja de un reloj, a lo ancho de la calle. Cuando llegamos a mi casa, Irina se detuvo, dejando en el aire una frase sobre el sufrimiento que una ofensa del pasado deja grabado en el cerebro. Nos quedamos un rato allí, mirándonos frente a frente, con aquel solar lleno de tubos oxidados y muelles procedentes de quién sabe qué mecanismo a nuestra espalda. Antes de que me diera tiempo a preguntarme por qué sabía ella que yo vivía precisamente allí, precisamente en la casa con forma de barco en el fondo desenfocado del campo óptico en el que nos encontrábamos, aquella mujer pálida y fatigada, pero sonriente en ese momento (sin que sus ojos, siempre aislados y ajenos, como las estrellas sobre el campo de batalla, participaran en la sonrisa) me tomó de la mano. Y así, de la mano, recorrimos los cincuenta metros que nos separaban del edificio. Un instante después ya estábamos en el dormitorio y, a partir de entonces, entre nosotros no hubo ya nada que decir, no solo como si no fuéramos colegas de la sala de profesores de la escuela 86, sino como si verdaderamente el mundo fuera una ilusión arbitraria y palabras como sufrimiento, Gurdjieff, espíritu, psicología, incluso biología, se hubieran disuelto como el azúcar en el agua. Y su vulva, y sus pechos, y los músculos de su cuerpo extenuado, y el poder abrumador de su mente sexual me resultaban familiares como si hubiéramos realizado el rito sombrío del juego de nuestros cuerpos cientos de veces hasta entonces. No quiero escribir aquí sobre la sexualidad de Irina, pero lo haré más adelante, porque este manuscrito me lo exige, pues no he tenido nunca una experiencia más oscura y más fantástica, más carnosa y más dulcemente atroz. Creo que no es posible que exista en este mundo, en el que vivimos envueltos en una carne sensitiva, una droga más poderosa. Aquella primera tarde en la cama, mientras oscurecía, sus susurros en mi oído se oscurecieron también hasta que solo vimos oscuridad ante nosotros. Acepté sus fantasmas desde el primer instante, como si hubieran sido también los míos desde siempre, con la misma naturalidad con la que acepté sus labios y su lengua, sus gemidos y su frenesí. Ni siquiera cuando, completamente sosegados, tumbados de espaldas el uno junto al otro, en la penumbra, contemplábamos las bandas de luz que dejaban en el techo los coches que pasaban por la calle, me pregunté una sola vez, tal y como hacía siempre que había hecho el amor con una mujer de manera fortuita: pero ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Quién es esta mujer que está a mi lado? Tal y como debe de preguntárselo el vagabundo, a cada momento, al contemplar al compañero con el que ha acabado compartiendo el lecho.

Recuerdo que aquella misma noche le mostré las fotos de cuando era pequeño y también mis dientecillos, que brillaron en la oscuridad levemente iluminada por la lamparita como unos cristales lechosos. Sin embargo, no le conté nada acerca de mi diario, ni tampoco de la consulta del dentista, ni de mi exesposa, que acababa de desempeñar un extraño papel en aquella cama, en nuestras recientes fantasías, pero

sobre la que ella no debía conocer lo esencial. Decidí conservar siempre un espacio secreto e impenetrable en mi relación con la profesora de Física, puesto que, aunque ella no albergara la menor intención de desviarme de mi búsqueda, podía ser sin embargo sustituida en cualquier momento por alguien idéntico pero diferente, por una extraña que tuviera los mismos ojos y el mismo frenesí erótico pero que estuviera subordinada a una fuerza más terrible que el sexo y la mente. Ya había vivido algo parecido en otra ocasión. Lo que me sucedió con Ştefana me obliga a ser prudente y a rodearme de varias líneas de murallas almenadas que protejan, aunque hayan de caer una tras otra, la torre del centro. Los dientes de leche y las fotografías protegen así mi diario, apartan la atención de él y de lo que contiene, tan confuso como fundamental, pues ahí ya no hay ficción, sino verdad, con todo lo que esta tiene de inverosímil y de insoportable.

Cuando volví del baño encontré a Irina en medio de la habitación. Y no me refiero a que se hubiera levantado de la cama y estuviera caminando por la casa, sino a que estaba flotando, desnuda y lívida, a un metro de la cama, con las manos debajo de la cabeza y los cabellos rubios cayendo como una cascada hacia el suelo entre sus dedos. «Tengo que irme —me dijo—, ha sido suficiente por hoy». Yo no podía hablar. Vítrea, semitransparente, con sus órganos internos moviéndose despacio en la oscuridad subcutánea, Irina levitaba en el aire ocre y todo parecía un recuerdo antiguo, imposible de localizar. Alargó el dedo hacia el botón de ebonita que estaba sobre la cama y que yo observaba ahora por primera vez, lo pulsó con suavidad y descendió lentamente, latiendo ondulante, hasta la sábana arrugada. «Tienes una casa muy bonita —añadió, apoyándose en los codos—. A mí también me gustaría vivir así». «Es el solenoide», se me ocurrió de repente. ¿Cómo era posible que yo no hubiera reparado en aquel botón, teniendo en cuenta sobre todo que, rojizo sobre la mancha dorada de la lamparilla de la pared, destacaba como un pezón rodeado por una aureola más oscura? Desde aquella misma noche, en la que pulsé el botón en cuanto se marchó Irina, he dormido siempre entre la cama y el techo, dando vueltas de un lado a otro como un nadador en un agua perezosa y brillante.

Cuando era niño íbamos de vez en cuando de visita a casa de mi tía, a Dudeşti-Cioplea. En aquella época lo consideraba toda una aventura, porque era algo excepcional y nos levantábamos muy temprano y aquellas mañanas de verano eran sorprendentemente frías, sobre todo porque mi madre me ponía tan solo una camisetita con la que tendría que pasar todo el día, aunque el viaje por la ciudad —cambiando tres veces de tranvía y pasando por lugares con nombres mágicos: Obor, Foişor de Foc, Instituto de Endocrinología, algo que me recordaba siempre a los lirios escondidos en su curioso nombre[8]— era largo y complicado. Lo primero que hacía en cuanto llegábamos y mi tía nos abría la puerta haciendo gestos exagerados con los brazos era explorar los escondrijos de su casa de modista, abrir los cajoncitos de la máquina de coser con pedal y enredar con las maravillas del aparador: peces de cristal, la caja del dominó, parejas de enamorados y borrachos de porcelana… los

moradores habituales de los comedores de la periferia. De los cajones de la máquina de coser sacaba, además de botones, dedales, gomas y retales de telas de colores, dos imanes negros, curvados, llenos de alfileres pegados a su carbón brillante, como si fueran un par de erizos encolerizados, desalojados a la fuerza de sus escondites. Retiraba la capa tozuda de alfileres y empezaba a jugar con ellos, formaba cadenas de monedas que se sujetaban unas a otras o movía un tornillo colocado sobre una mesa debajo de la cual deslizaba yo el imán. Pero el hecho de que los imanes se juntaran con un fuerte clic metálico siempre que los arrimaba, o que atrajeran todas las cosas de hierro —grapas, ganchos, agujas, monedas— no me resultaba extraño, pues al fin y al cabo eran unos imanes iguales a los que había visto en la Cooperativa de Electrobobinas de Ghiocei, cuando en el sexto curso saltábamos la valla para hurgar entre los montones de desechos del patio. El milagro acompañado a veces por una especie de pánico empezaba en el momento en que, al cambiar la posición de los imanes, aparecía de repente entre ellos una almohadilla elástica invisible y, por mucho que intentaras acercarlos, se alejaban el uno del otro como si esa almohadilla fuera un bloque de hielo trasparente que se estuviera derritiendo. Era la primera prueba de que en el mundo hay cosas que no puedes ver con los ojos y que, sin embargo, están ahí, que, como cualquier otro objeto, bloquean tu paso y ocupan una zona del espacio con la misma legitimidad hastiada con que lo harían una mesa o un vaso. Esos dos imanes detectaban entre ellos un fantasma, una irrealidad, abrían una puerta hacia otro mundo de imposibilidades concretas y palpables. En ese momento habrías querido coger con la mano, como a un gorrión enfermo, aquella almohadilla regordeta, jugar con ella como si fuera una pelota de goma, pero su existencia se te antojaba unida a la de los dos imanes de forma tan fuerte e indisoluble como parece unida a nuestros ojos la propia realidad. Los ciegos, pensaba yo entonces, mientras mi tía, de rodillas, prendía con los alfileres que sujetaba entre los labios los pliegues de la nueva falda de mi madre —y todo ello sucedía en el interior del cuadro de la puerta como en el marco de un cuadro antiguo—, juegan toda la vida con cosas asimismo invisibles y sin embargo palpables, con irrealidades, con el campo electromagnético, metafísico y existencial de los objetos de mundos en los que no existe la vista ni la luz. Toqueteaba horas y horas el rostro invisible de mi mundo, atrapado de repente, revelado, traicionado por los dos imanes que no querían y no podían acercarse, pues al acercarse habrían aplastado lo misterioso y lo desconocido de nuestras vidas.

Así floto yo, por las noches, en mi dormitorio, bajo la luz azul de la luna, en el colchón invisible del campo magnético, más relajado que un yogui, más voluptuoso que un gato que duerme enroscado, con una patita sobre los ojos, en su cesta. El solenoide que se encuentra bajo el suelo emite un zumbido casi inaudible que flota en la habitación. Cuatro veces cada noche me deslizo hacia abajo por los escalones del sueño hasta que el sueño paradójico me envuelve en su luz de oro fundido. Cuatro veces me elevo de nuevo, poco a poco, hasta la superficie, con la piel que brilla aún

tenuemente, en la noche de mi aposento, iluminada por las llamas de las profundidades. Paso mucho tiempo en los rellanos de descompresión, como los buzos, para que la espuma densa del sueño no haga estallar mi cerebro. Y cuando al fin abro los párpados en el frío ceniciento de la mañana, me veo en el espejo y siempre me sobresalto: un hombre sin afeitar, con el cabello empapado, flotando como un ahogado, boca abajo, en mitad de una habitación silenciosa.

Irina, sin la cual no habría descubierto jamás el pequeño secreto de mi dormitorio —pues podría jurar que ese botón de ebonita no estaba allí antes de su primera visita —, viene por aquí una vez por semana o cada dos semanas, siempre de manera imprevisible pero bastante constante. Nuestra sexualidad ha ganado muchísimo gracias a la levitación. Nos amamos en el aire, sin esa torpeza propia de enfermos graves condenados a tener los cuerpos pegados a la cama. Echamos las cortinas, nos tumbamos desnudos en la cama, pulsamos el botón y nos elevamos lentamente en la oscuridad total, de forma tan perfecta que ya no importa si cerramos los párpados o si permanecemos con ellos abiertos de par en par. Nos abrazamos sin saber quién está encima y quién debajo, pues de repente perdemos la orientación. Somos solo cuerpos con zonas secas y zonas húmedas, con zonas cálidas y zonas ásperas, con vellosidades y zonas lisas, con sabores ácidos y sabor a lejía, con zonas blandas y zonas tumefactas. Nos devoramos el uno al otro, nos atenazamos el uno al otro, entramos y salimos cada uno de las cavidades del otro, nos perdemos en la oscuridad y volvemos a encontrarnos, cada vez más húmedos y más ardientes, después de que nuestros dedos crispados en la nada y en el nunca toquen otros dedos, o la planta de un pie, o un hombro, o el cabello o la boca o las pestañas del otro, para dirigirse hacia él y acercarse y rozarse. También nosotros hacemos casi un clic metálico, como dos imanes curvos, pero nuestro clic, que culmina en un aura psíquica y un chorro de luz inimaginable, no es en absoluto el final de nuestro encuentro sobre esa cama que no hemos arrugado. Cuando nuestro grito epileptoide ha terminado y nuestros miembros se han calmado, encendemos la luz, y la imagen —violenta en el espejo— de nuestros cuerpos flotantes rodeados de gotitas de esperma y sudor, el cabello enredado, completamente empapado, de Irina, nuestros miembros, nuestros sexos llenan hambrientos la realidad, de repente extraña, insoportable. Nos dejamos caer entonces entre las sábanas, nos tumbamos en la cama que cruje bajo nuestros cuerpos, tan pesados como si lleváramos corazas de plomo y, tras apagar de nuevo la luz, nos sumergimos (llevamos esperando ese momento desde que unas horas antes empezáramos a desnudarnos) en nuestra verdadera vida secreta, respecto a la cual el amor físico no ha sido sino un débil e insignificante preludio.

Capítulo 11

NO he tenido tiempo de escribir en los últimos diez días, porque estamos en época de exámenes y vivo enterrado bajo montones de cuadernos delgados, apilados por clases. Corrijo, lleno las páginas con subrayados y observaciones ortográficas, luego hago un movimiento brusco con la mano y pongo una nota en la esquina de cada examen. Leo mecánicamente, con la cabeza en otra parte, aunque conozco bien a todos los chavales. Siempre que abro un cuaderno sé de quién se trata. Incluso la forma de escribir delata el carácter de cada uno y las manchas de grasa y de tinta en las portadas son tan reveladoras como un test de personalidad. Ni siquiera me hace falta leer las redacciones y los análisis gramaticales para saber qué nota les voy a poner y lo injusta, lo equivocada que será esa nota. Qué fuera de lugar estoy yo, situado por encima de ellos y obligado a juzgarlos, como un dios ridículo, con mi obscena pluma de tinta roja. Mira a Palianos: no sabe cuándo se escribe «a» con hache o sin hache, pero en casa cuida de sus cinco hermanos pequeños, cocina para ellos, lava y plancha la ropa aunque tiene solo doce años. Mira a Mădălina Teşoiu: está en séptimo curso y huele ya a un perfume barato que apesta toda la clase. Los chicos del liceo la acorralan, tiran de ella, la toquetean en las fiestas, pero ella nunca dice no, y por eso la llaman así: «Mădă, la que nunca dice no». Pero Mădă me ha presentado un trabajo sobre Alecsandri bastante correcto. Chinjoiu es un guarrete que se sienta en la última fila. Hasta el momento le he confiscado cuatro revistas porno, y sin embargo un día, cuando prometí que le pondría un diez a todo aquel que en la clase siguiente me recitara un poema largo de memoria, el endemoniado lo soltó como una perorata sin sentido, pero sin olvidar un solo verso. Desde aquel triunfo con el poema de Eminescu, lo recita también, por Navidad, en los tranvías. Una vez concluye su declamación en uno, se apea en una parada nevada y sube en el siguiente. El poema le está haciendo ganar un montón de dinero. Y a Valeria Olaru, la chica gordita y pecosa de 7.º C, me une un episodio bochornoso que tuvo lugar el año pasado, cuando me quedé con ella en clase, una tarde de finales de otoño, para ayudarle a preparar la olimpiada de lengua rumana del domingo siguiente. Estaba explicándole algo relativo a las descripciones de los personajes en el relato y en la novela cuando la puerta se abrió de repente y la niña, que estaba a mi lado, dio un respingo y lanzó un gritito. Entró entonces la tía Iakab con un cubo de agua en la mano. «¿Qué estáis haciendo aquí, a oscuras?», dejó caer, en tono sombrío y desconfiado, y luego encendió la luz y se fue. Solo entonces me di cuenta de que estaba en una clase vacía sentado en el pupitre, junto a una niña colorada como un tomate y con la cara llena de gotas de sudor, sin reparar en el paso del tiempo y en que había anochecido poco a poco, de modo que la clase estaba casi a oscuras.

No soy profesor y nunca lo seré, esto es lo que hay, aunque hasta las gitanas con pañuelo y faldas fruncidas que venden pipas en Maica Domnului me saluden diciendo, cuando paso a su lado, «buenas, señor profesor». Aunque los críos que se pelean, gritan y juegan al fútbol en el pasillo con una goma de borrar, durante los recreos, armando un alboroto increíble, se peguen a las paredes cuando paso y me digan: «Buenas, señor profesor», medio en serio medio en broma, pues para ellos soy el tonto del profe de Rumano, que no les pega nunca. En mi primer año en la enseñanza, cuando era apenas un adolescente con unas hebras de bigote, siempre vestido con unas camisas de pinzas que acentuaban aún más mi delgadez y unos vaqueros rumanos fabricados con una tela miserable, los chavales encendían cigarrillos a propósito cuando cruzaba el pasillo y me echaban el humo a la cara para que los demás pudieran ver que no les hacía nada, o chutaban una pelotita hasta mis pies y me gritaban que se la devolviera. En clase me ponían pegamento en la silla o me lanzaban aviones que se chocaban con sus puntas chatas contra la pizarra mientras yo estaba de espaldas escribiendo algo. Luego las cosas se calmaron, yo aprendí a dominar mi miedo, ellos se acostumbraron a mis manías y ahora funcionamos juntos como un aparato antiguo que sin embargo cumple con su cometido. Cuanto más me parezco a un profesor —y el paso de los años uniformiza a los que comparten una sala de profesores hasta que todos llegan a parecer polillas secas en un viejo insectario—, más raro y discordante me resulta serlo. Me siento tan fuera de lugar como una media negra, de señora, en la cabeza de un atracador de bancos.

En la pausa del mediodía almuerzo en la Automecánica, junto a la escuela. Es un edificio de cemento, pintado —quién sabe según los deseos de quién— en verde y rosa, como uno de esos pasteles baratos que venden en la cantina que se encuentra frente al taller. En el patio se apilan ruedas de coche entre las que hay que avanzar con cuidado para llegar hasta el edificio donde, sobre unas plataformas elevadas hacia el techo, esperan los Dacias y los Opel cubiertos de una capa de barro de un dedo de grosor. Trabajadores con monos —algunos de ellos, padres de nuestros alumnos— dan vueltas en torno a los coches y se meten debajo, hablando casi exclusivamente de fútbol. No nos prestan la menor atención mientras subimos por la escalera hasta el primer piso, donde se encuentra el comedor. Allí todo está mugriento y huele a motor de coche quemado, pero comemos en medio de esta peste porque no hay otro sitio en toda la calle. Me pongo a la cola detrás de los aprendices, que visten los mismos monos azul marino llenos de grasa, y detrás de nuestras alumnas, de séptimo o de octavo, que coquetean abiertamente con ellos. Muchas de ellas tienen ya curvas de mujer y cuando se ven fuera de la prisión de la escuela cambian incluso de forma de andar y de forma de hablar, su cabello empieza a brillar en bucles que parecen derramarse de repente sobre los hombros y se transforman en mujeres seductoras y agresivas antes de tiempo. Son mujercitas de labios habituados ya al carmín barato de sus madres, acostumbradas, como sus hermanas mayores, a mirarse desnudas ante el espejo, a besarse por las tardes, bajo el puente de Voluntan, con los chicos de los

arrabales. Los aprendices envidian el poder que tengo sobre ellas pues, en cuanto me acabo las albóndigas o el filete que sabe a cartón, me levanto y les hago un gesto a las chicas. Ellas apuran su zumo entre risitas, dejan caer su cabello sobre los ojos y hablan más alto de lo debido, luego me siguen obedientes, como un harén platónico y, convertidas de nuevo en alumnas, regresan conmigo a clase, a la escuela cercana.

Hace exactamente una semana, al volver de la cantina, me encontré con disgusto a Borcescu en el umbral de la puerta de entrada. La cabeza redonda y moteada como un balón de fútbol me hizo una señal para que lo siguiera al despacho del director. Allí me esperaba Goia, un profesor de Matemáticas que se ha incorporado este año, un joven larguirucho con un rostro trágicamente deforme, pálido como la muerte, de movimientos lentos, reptiles. Su rostro parece tallado en una carne blanda y fofa, pero sus ojos exoftálmicos son de un castaño profundo, en ellos cualquier reflejo es límpido y cortante como en una pompa de jabón. Es tal vez el más inteligente de los profesores de la escuela, hablamos a menudo, cuando tenemos un rato libre, porque le gusta leer, sobre todo poesía, y porque yo tengo hambre de conocimiento de determinadas cuestiones matemáticas. Goia inspira al principio timidez y temor, evitas mirarlo con insistencia, como si trataras con un enfermo. Pero han pasado ya unos meses y está bien integrado en la escuela, las profesoras lo aprecian porque es modesto e incapaz de mostrarse sarcástico o irónico, y los chavales lo ven como a uno de ellos porque, desde la altura de su silueta, flotando como una langosta gigantesca sobre sus cabezas, el nuevo profesor de Matemáticas se dirige a ellos igual que al resto del mundo. Les habla de un modo directo, sin énfasis alguno, con la transparencia de un cristal. «Ni siquiera tenemos que repasar la lección en casa», decía uno, y era exactamente así. Tampoco yo necesitaba consultar tratados de topología o de ecuaciones no lineales: Goia hacía que las cosas más incomprensiblemente abstractas me resultaran sencillas y claras. Convertía lo no intuitivo en familiar sin caer en lo grotesco de los libros divulgativos y siempre encontraba la forma más simple y normal de hacerlo.

Me bastó un breve intercambio de miradas para comprender que tampoco él sabía qué pasaba y que estaba tan sorprendido como yo por esta repentina convocatoria. Borcescu no solía llamar a los profesores a su despacho. Tal vez se avergonzara de las bolsas con botellas de vino o con cartones de cigarrillos que, entregadas por los padres a modo de ofrenda, se alineaban siempre junto a la pared. O tal vez le pareciera que allí, en un espacio tan reducido, el olor a polvos y a base de maquillaje era demasiado intenso. En cualquier caso, él prefería pasar por las clases para poner orden, como un viejo gendarme que se muestra satisfecho por ser el rey en su trocito de calle y poder provocar miedo y respeto en los transeúntes.

«Joven —vocifera desde su sillón, mirándome con bonhomía y esbozando una sonrisa sin dientes—, joven, le estaba diciendo a este chico… Cuéntale tú lo que te estaba diciendo antes de que él llegara…». «¿Qué quiere que le diga, señor director?». «¿Cómo que qué quiero que le digas? Pues que a ver si sabe lo que

significa casarse…». «¿Y qué significa, señor director?». El rostro del director se ilumina. La base de maquillaje de la zona de las cejas se funde y parece escurrirse hasta los cristales de las gafas. «El matrimonio es peor que la horca, Goia, ¡acuérdate de lo que te digo! No mucho peor. Solo un poco, un poco…». Y el director le demuestra cuánto peor separando dos dedos, también decolorados, también empolvados, de la mano derecha. Goia esboza una media sonrisa pero, evidentemente, se relaja, al igual que yo, pues ya estaba claro que no nos había convocado para darnos un tirón de orejas.

No, se trataba de nuevo, como tantas otras veces, de la antigua fábrica. Los chavales hacían novillos de vez en cuando, en grupos de tres o cuatro, y cada vez que el profesor apuntaba las faltas en el cuaderno, los presentes en clase gritaban a coro, junto con los consabidos «está enfermo» o «ha hecho novillos», un enigmático «está en la antigua fábrica». Esto sucedía desde hacía ya unos cuantos años con la misma regularidad con que se almorzaba en la Automecánica, se pasaba junto a la torre de agua donde giraban los tranvías o se visitaba, en grupos organizados, la Fábrica de Tubos donde trabajaban casi todos los padres de los chavales del barrio. En la escuela se habían abierto expedientes, se había interrogado a generaciones enteras de alumnos, se les llamaba al despacho del director y se les golpeaba en la palma de la mano, se les daba con la cabeza contra la pared, se les abofeteaba y se le arrancaban las cadenitas pero, aparte de sonsacarles la nimiedad de que se reunían para fumar en las naves abandonadas, poco más se podía sacar en claro. Resultaba imposible averiguar el secreto de aquellas personitas de cráneos anchos sobre cuellos delgados y negros ojos brillantes, de unas personas diferentes a nosotros, los adultos, tal y como son diferentes las mujeres y los hombres, incluso más diferentes si cabe, pues ellos vivían en su mundo diminuto, cerrado, sin pasado y sin futuro, pero lleno de mitos y extraños rituales. Menudos, de huesos estrechos y frágiles, conservaban secretos que los adultos olvidaban en cuanto descubrían el misterio del sexo, una droga y un fantasma que guardaban a partir de entonces solo para sí. En su hostilidad irreductible, aquellas dos especies humanas que pensaban de forma distinta, soñaban de forma distinta y secretaban de forma distinta los neurotransmisores de las sinapsis, se enfrentaban en un juego incesante de secretos, en el que los altos y arrogantes olvidaban con frecuencia lo vulnerables que son en esa guerra. Como eran larvas humanas, los críos debían ser mantenidos en un estado de esclavitud e ignorancia. Yo era un mercenario, muy a mi pesar, en la guerra eterna entre las especies y, encima, uno ambiguo y traidor. Bajo mi caparazón de especie dominante, enfrentado siempre a decenas de miembros del otro grupo, enseñándoles siempre, como un auténtico dios, los rudimentos de una sabiduría ajena, obligado siempre a soportar, con un miedo mal disimulado, su odio y sus burlas. Y mientras ellos fingían un falso sometimiento, escondía yo un niño todavía intacto, vestido como un Charlot en mi propia piel, demasiado grande para él. El último día de clase contemplaba cómo mis colegas, todo ese panteón de dioses decrépitos de la sala de profesores, temblaban

ante las ventanas por las que se veía a los niños corriendo, empujándose, casi a punto de derrumbar la verja al tiempo que cantaban el himno salvaje de la liberación del cautiverio:

Ya están aquí las vacaciones
Con el tren de las canciones.
¡Abajo los coles,
Muerte a los profesores!

Ninguna revuelta, ninguna revolución —por muy sangrienta que pudiera ser— había sido nunca tan radical, pues aquí se hablaba de la muerte de los dioses y de la desaparición de los instrumentos mágicos a través de los cuales se obligaba a los hijos de la luz a obedecer. En millones de recintos polvorientos y mal iluminados, fríos como las cámaras frigoríficas de los mataderos, un adulto solitario se enfrentaba a aquellos treinta pigmeos sumergidos en sus sueños crueles y fantásticos. ¿Quiénes eran aquellos seres de ojos grandes e hipnóticos, como los de las abejas? ¿Por qué había que domesticarlos, durante años y años, para transformarlos finalmente en seres como nosotros? ¿Solo para no ser devorados por ellos?

Borcescu llevaba un buen rato hablando, moviendo su calabaza rosa, detrás del escritorio, pero ni Goia ni yo le prestábamos atención. Además, para poder comprender lo que chapurreaba entre los dos dientes amarillos, los únicos que le quedaban en la mandíbula inferior, haría falta una concentración sobrehumana. Pobre señora Idoraş, la secretaria que escribía a máquina sus dictados: no podía dormir por las noches a causa de los silbidos en los oídos y se pasaba todo el día con la cabeza apoyada en el carro de la máquina de escribir, en la habitación fría y triste de la secretaría iluminada en verde por el ficus amargado del rincón. Debía de ser la mujer con los ojos más acuosos del mundo; una especie de líquido se balanceaba entre sus párpados, y sus pupilas —como la bola de aire en el interior de un nivel— se deslizaban lentamente hacia uno y otro lado, brillando somnolientas en la grisura de la estancia. Comprendí que teníamos que dirigirnos a la vieja fábrica, al otro lado del solar, en la parte trasera de la escuela, para ver qué ocurría. «Igual esos diablos de críos hacen otras trastadas además de fumar. Drogas o… no voy a ser yo quien os explique qué. Estas cabritillas de séptimo o de octavo tienen unas tetas como membrillos y les pica ya la entrepierna, para qué negar lo evidente. Esos rumanos ancestrales, quemados por el sol, se casan en octavo y abandonan para siempre las clases. Si vas a su casa a ver qué pasa, te sale el criajo ese de catorce años a recibir a la verja, en calzoncillos, y te suelta: “Es que… ¿cómo voy a ir a la escuela, señor director? Soy un hombre casado, me da vergüenza…”. Tenemos que averiguar qué está pasando ahí dentro, qué es eso que no nos quieren contar. Así es el barrio, con esto nos vemos obligados a apechugar, menos mal que tenemos también chavales que son hijos de gente sencilla, con sentido común…».

Yo ya conocía a esa gente con sentido común. Venían a verme por las tardes, después de las clases, siempre con un paquete de cigarrillos de regalo aunque sabían que no fumaba, e insistían en que pegara a los críos aprovechando la menor ocasión: «¡Deles un pescozón, señor profesor, no sea blando con ellos, que le toman el pelo! ¡Deles un bofetón! Yo no me voy a enfadar. A mí mi padre me zurraba con el palo que tenía detrás de la puerta y ahora le estoy agradecido por haberme hecho entrar en razón. No me dejaba jugar al balón en el descampado». No sé por qué pero todos los varones del barrio —torneros, mecánicos, fresadores, trabajadores de la Fábrica de Tubos—, sin excepción, se dejaban crecer la uña del dedo meñique de cada mano, lo cual les confería un aire patibulario y peligroso a pesar de las barrigas cerveceras y las camisetas de tirantes, de las camisas «de pelo en pecho» y las chancletas con las que se presentaban en las reuniones de padres. Si no aceptabas su humilde propina —botellas de aguardiente con el troncho de una col en lugar de tapón, bolsas con un kilo de carne, cigarrillos y café, cajas de huevos— se sentían humillados hasta lo más profundo del alma y abandonaban la sala de profesores mentándote a la madre. Las mujeres siempre estaban embarazadas, tenían la mirada vacía y las mandíbulas caídas, y venían con un crío de unos dos años de la mano. Vestían a los más pequeños —otra peculiaridad del barrio— con los calzoncillos encima de los pantalones de paño rosa y, en la cabeza, al menos dos gorros, uno encima del otro. También las madres me rogaban que zurrara a los alumnos más vagos, que sus hijos solo entendían las palizas, que con buenas palabras no se lograba sacar nada en limpio de ellos.

En la escuela 86 se pegaba. Se pegaba con el cuaderno de notas, se pegaba en la yema de los dedos con la regla, se les aporreaba la cabeza con el sello de oro. Se les tiraba de la cadenita y se les golpeaba en la nuca con la mano abierta. Los alumnos sangraban por la nariz y por la boca cuando se les daba un buen bofetón. Salían a la pizarra y se les fustigaba con un cable por cada error. Se les clavaba el índice entre las costillas. Si abrías de repente la puerta de una clase, encontrabas siempre la misma fila de niños alineados contra la pared, con las manos levantadas como soldados que se hubieran rendido al enemigo: se pasaban así toda la hora, aguantando unos pinchazos terribles en los brazos. Las repetidoras tenían moretones en los muslos, como las prostitutas. A los chavales traviesos, que habían jugado al fondo de la clase con un conejo traído de casa, se les obligaba a ponerse en pie para recibir tales golpes en la cabeza que se oían incluso desde el patio de la escuela. Los críos, a su vez, se protegían de esos ataques como vándalos y ¡ay del pobre profesor que cayera en una emboscada en la parte más alejada del patio, en la parte trasera de la escuela o en el piso de arriba, entre la sala del dentista y el laboratorio de química! No había curso en que no acecharan a alguno —a uno de los profesores que más pegaba—, generalmente a la salida de la escuela iluminada, en las tardes de invierno; en cuanto daba los primeros pasos en la oscuridad, entre los copos blandos, sentía los pliegues pesados y apestosos de una manta sobre la cabeza. Esta venía seguida de una

lluvia de puñetazos y de patadas propinadas con botas con tachuelas, pues entre los alumnos de octavo había veteranos de dieciséis y diecisiete años que se habían convertido ya en el terror del barrio.

Salimos del despacho del director unos veinte minutos después de que hubieran comenzado las clases. Caminar hombro con hombro junto a Goia por aquellos pasillos miserables, pintados de verde y repletos de rostros desconocidos colgados de las paredes —podrían ser escritores eslovenos o físicos letones— me resultaba molesto y al mismo tiempo extraño, pues mi colega me sacaba dos cabezas. Su rostro inteligente de coleóptero flotaba a la altura del techo sobre un cuerpo negro y lento, filiforme. Tenía la sensación de estar caminando junto a uno de esos falsos gigantes del circo que esconden, bajo el abrigo, a tres individuos encaramados uno sobre otro. Cuando llegamos a la sala de profesores, cogimos los cuadernos de notas y nos separamos frente a la escalera que llevaba al piso superior. Subí solo —sintiendo cómo se me formaba ese nudo en la garganta que tan bien conocía— las escaleras hacia el melancólico, el terrorífico piso superior, con sus aulas alineadas en torno a un vestíbulo con columnas tan vasto que las puertas apenas se distinguían entre la bruma verdosa. A través de unas ventanas situadas al final del mundo entraban unas barras de luz oblicuas, sólidas, que rompían el mosaico oscuro del suelo. Las atravesaba cegado de repente, con la ropa y el cabello en llamas, para disolverme al instante en la profunda oscuridad. Siempre que llegaba a este rellano abandonaba la realidad. No sabía y no me atrevía a imaginar lo que sucedía detrás de las puertas de los laboratorios: el de Física, el de Química, el de Biología y, sobre todo, detrás de la puerta de la sala del dentista. Tras aquellas puertas de aglomerado pintado, imaginaba un antiquísimo muro compacto de ladrillo que sellara quién sabe qué osario. A uno de los lados del vestíbulo se extendía una fila de niños, chicos y chicas, callados y pálidos. A través de los cuerpos de algunos de ellos, situados en el ámbar líquido de un chorro de luz, podías adivinar el latido de sus corazoncitos, sus tráqueas esbozadas a lápiz, como a través del cuerpo de las pulgas de agua o de los áfidos. Una enfermera a la que no reconocí al principio dejaba caer, con una pipeta, una gota de líquido denso, rosa, en un azucarillo y lo depositaba luego en la lengua de cada niño de la cola, que avanzaba lentamente. Cuando uno de aquellos seres con flequillo o con coletas sujetas con unas bolitas de plástico había tomado ya la extraña comunión, se iba al fondo y volvía a colocarse en la cola, de manera que la ceremonia no acababa nunca. El azucarillo y el líquido viscoso de la pipeta se multiplicaban de forma milagrosa y en cada ocasión la enfermera parecía susurrarle a cada criatura, cuando depositaba el trocito frágil en la lengua, las mismas palabras, siempre con la misma expresión concentrada, casi apasionada. Naturalmente, fui pasando por todas las clases —Florabela, la señora Rădulescu, Preda, Bernini, Spirescu gritando y perorando ante los mismos niños, interrumpiéndose y lanzándome una mirada desaprobadora, y treinta pares de ojos atravesándome de repente como treinta parejas de alfileres—, hasta que descubrí, por fin, el aula en la que *mis* alumnos (iguales que

los de los demás, Anghel, Arăşanu, Boşcu, Bunea, Bogdan, Calalb, Corduneanu, Cană, y así hasta Zorilă y el recién llegado Ion) me esperaban en sus pupitres, con las manos a la espalda y los ojos vidriosos. Ninguno de ellos amagó el más mínimo movimiento mientras les hablaba sobre los pronombres y el adjetivo relativo. Podría haberles hablado del sexo de los ángeles, que les habría dado exactamente igual. Cuando sonó el timbre, los dejé inmóviles, como ahogados bajo una capa de acetato de plata, y salí casi corriendo escaleras abajo, con el cuaderno debajo del brazo, hacia nuestro mundo. Después, me dejé caer en una silla de la sala de profesores donde eterno, fantasmal, flotaba el humo de los cigarrillos, Goia fue de los últimos en llegar. Sudoroso, entró por la puerta acompañado por el profesor de Música. Nos abrigamos y salimos juntos al barrio sumergido en el crepúsculo. Habíamos llegado a conocerlo bastante bien: un pueblo modesto a las afueras de la ciudad, más allá del cual solo estaban las vías y el campo. Calles rectas, infinitamente largas, nostálgicas como todas las de los arrabales, con cometas enredadas en los cables eléctricos, con algún coche oxidado apoyado sobre unos troncos en medio de un patio, con críos buscando lombrices y gente canosa comiendo al fresco, bajo el guindo o el nogal, a la luz de una bombilla rodeada de polillas y mosquitas transparentes. Una luna acostada, con los cuernos hacia arriba, amarilla como una rodaja de calabaza. Aquí, el sempiterno idiota de la valla, con el gorro de lana gris incluso en pleno verano, estrechando la mano a cualquier transeúnte. Allí, el quiosco donde los chavales se compran zumos y galletas. Podías caminas por estas calles de nombres estúpidos —calle del Arbusto, de la Paz, del Aquilón, de la Sinfonía, del Jabalí— hasta el alba, sin llegar a otro sitio que no fuera la abacería donde hacían acopio de patatas, queso y cigarrillos todos los padres de nuestros alumnos. Veía incluso a los más pequeños saludándonos mientras esperaban su turno en unas colas interminables.

Pasado el centro de distribución de bombonas de butano, girabas por Depozit, entre las mismas casas con emparrados, con los mismos gatos con el morro y un ojo moteados en color negro, hasta llegar al borde del solar en medio del cual se elevaba la antigua fábrica. Había caído la tarde, una tarde uniforme de un rosa sucio; recortadas al fondo, las ruinas de las naves parecían negras como la brea. El profesor de Matemáticas tomó la delantera, adentrándose entre saúcos y espigas de gramíneas que nos llegaban hasta la cintura. Era el único lugar por el que se podía acceder a la fábrica: un sendero apenas visible llevaba directamente, a lo largo de un canal vigilado por aneas, hacia el muro más cercano, que parecía compacto y ciego en toda su extensión. La pared infinita era de ladrillo ennegrecido por el hollín. La fábrica era viejísima, había sido construida en un solar vacío y solo más adelante había ido creciendo en torno a ella el barrio, que no tendría más de cuarenta años. Nada más terminar la guerra, la avenida Colentina se extendió hasta Voluntan, y a uno y otro lado se alinearon depósitos de cemento y de madera, sifonerías y tabernas de techos bajos, unidades militares y horribles funerarias con el rótulo negro y ataúdes recién lijados apoyados en la pared. Unos coches fúnebres de ébano, con ventanas de cristal

y caballos enjaezados, esperaban eternamente en el empedrado delante de ellas. Y por detrás, como parches en la extensa manta de los terrenos agrícolas, se desparramaban por las calles silenciosas unos huertos como de pueblo, con casitas cubiertas con tejados de hojalata y cartón embreado acurrucadas al fondo, junto a los corrales de los conejos y las gallinas. Eran de los recién llegados, que habían abandonado el campo por la guerra y la hambruna y, después, por el cambio de régimen. Los nuevos vecinos, que habían levantado ellos solos, con sus propias manos, las casas de ladrillo y adobe, no habían trabajado nunca en la antigua fábrica porque estaba ya abandonada y en ruinas cuando se instalaron allí. Los primeros en llegar demolieron una nave pequeña, erigida como una capilla delante de la construcción principal, y cargaron los ladrillos —que conservaban aún el mortero petrificado en sus rectángulos de arcilla— en camiones tirados por caballos enclenques, llenos de llagas por culpa de los arneses, para construir las casas de los alrededores. Pero el edificio principal no lo había tocado nadie. Su frontón, con una gran abertura circular en el centro, se elevaba todavía, en escorzo, sobre la frágil maqueta del barrio, tan alto y tan melancólico que, sobre todo en verano, cuando las nubes del cielo deslumbrante atravesaban la gran roseta, la construcción te encogía el corazón, provocándote una terrible sensación de soledad. Al igual que la torre del agua donde giraba el tranvía 21, al igual que tantos depósitos, naves, mercados cubiertos, fábricas desmanteladas, molinos de vapor y almacenes de gas de nuestra ciudad crepuscular, la arquitectura industrial de la antigua fábrica resultaba paradójica y fascinante, pues las paredes macizas, lisas, funcionales, de las que brotaban los extremos de unas rampas metálicas, llenas de pernos; las ventanas cicateras con la luz, de un vidrio grueso y lleno de pompas de aire; los relieves y los frisos, que servían para aumentar la resistencia de los pesados volúmenes, se combinaban de forma improbable, absurda, en cierto modo enternecedora (como una mujer corpulenta embutida en un corsé de satén lleno de lacitos de colores que solo hace que rebosen aún más su espalda gruesa y sus lorzas), con ornamentos de estuco barato, grotescos e inútiles, nacidos de la estética frustrada de un siglo tan refinado y heroico como lánguido y soñador. Porque en las paredes de la fábrica te encontrabas ventanas ovaladas enmarcadas por ángeles de escayola, ahora mancos y decapitados, con las alas amarilleadas, que sostenían los marcos como sujetarían un espejo grande y pesado; almenas, moldes y máscaras, escotaduras a lo largo de las interminables viguerías; alguna que otra doncella clorótica de yeso, casi sin pechos ni caderas pero con unos cabellos que caían en cascada dos pisos sobre el ladrillo roto de los muros; algún filósofo con toga que sostenía en las manos un instrumento desconocido. Junto a las proporciones insólitas de la construcción, ennegrecida como si acabara de sufrir un incendio —aunque no la habían tocado sino las devastadoras ráfagas del tiempo—, y que con todos aquellos triángulos, rectángulos y círculos, parecía uno de esos edificios de ARCO[9] que construíamos de niños para derrumbarlos luego de un solo golpe, la decoración alucinante, neoclásica y *Art Nouveau,* daba a la fábrica el aire de un artefacto llegado

desde otro mundo. Intuía, sin embargo, que era en su interior donde nos aguardaban las verdaderas sorpresas.

Nadie sabía qué era lo que se había fabricado en estas naves. ¿Acaso tubos para el alcantarillado de la ciudad o para la industria bélica? Tal vez la Fábrica de Tubos no era sino el avatar moderno de la fábrica por el que avanzábamos ahora a través del barro salpicado de trozos de mortero. Pero sabíamos, por lo que contaba algún profesor o el padre de algún alumno, que nada de lo que se podía encontrar en los vientres de las naves encajaba con una línea de montaje de tubos, que, en general, no encajaba con nada. Antes bien, al igual que todo Bucarest, que es la ciudad más triste que se haya erigido jamás sobre la faz de la tierra, la fábrica había sido proyectada desde el principio como una ruina, como testigo saturnino del tiempo que devora a sus hijos, como ilustración de la implacable segunda ley de la termodinámica, como inclinación silenciosa, sumisa, masoquista de la cabeza ante la destrucción de todas las cosas y la inutilidad de cualquier esfuerzo, desde el esfuerzo del carbono por formar cristales hasta el de nuestra mente por entender la tragedia en que vivimos. Al igual que Brasilia, pero de forma más profunda y más verdadera, Bucarest nació en el tablero de dibujo a partir del impulso filosófico de imaginar una ciudad que ilustrase, de la forma más evidente, el destino humano: la ciudad de la ruina, de la decadencia, de las enfermedades, del escombro y del óxido. Es decir, un espacio construido de acuerdo con el aspecto de sus habitantes. En las líneas de montaje —accionadas por motores petrificados— de la antigua fábrica habían producido —y tal vez siguieran produciendo—, en medio de un silencio y un aislamiento no humanos, el espanto y la lástima, la infelicidad y la agonía, la melancolía y el sufrimiento de nuestra existencia en la Tierra, en cantidades suficientes para todos los vecinos del barrio que la rodeaba.

En cuanto doblamos la esquina, distinguimos la entrada, pues la fachada del edificio era mucho más estrecha. En unos pocos pasos, nos plantamos ante ella. Era una puerta escarlata grande, muy alta, con dos hojas. Unos raíles estrechos se perdían entre las malas hierbas del descampado. La fachada en cuestión era tan alta y estrecha que parecía inclinarse hacia nosotros, amenazando con aplastarnos. Sobre la puerta, a una altura extraordinaria, extendía las alas una gran quimera. Desde abajo no la distinguíamos demasiado bien, pues la luz se había tornado de un marrón aceitoso. Podía tratarse de cualquier ser alado —un búho, un halcón o incluso una libélula— tallado en piedra cenicienta. Sus ojos transparentes se habían llenado del tono amarillento del ocaso.

La puerta estaba, por supuesto, candada. Una gruesa capa de óxido, más abultada en las cuatro casillas de las cifras, cubría el mecanismo del candado. Como la luz caía oblicua sobre la superficie rugosa, confiriéndole un relieve de planeta desierto, se podían adivinar los signos de las casillas: una cruz, una media luna, una rueda dentada y un triángulo invertido. Sin duda, nadie, en varias décadas, había aflojado aquel mecanismo anquilosado. Aquella no era la verdadera entrada. Así que tuvimos

que doblar la esquina de nuevo para llegar a la cara norte. Por este lado la pared, de una extensión infinita, era ciega. Grandes escarpias cobrizas sujetaban los muros, peligrosamente abombados aquí y allá. Las chispas de mica de los ladrillos brillaban en la penumbra como brilla un campo cubierto de nieve. De vez en cuando, entre los ladrillos asomaba alguna ramita húmeda y frágil de la semilla de un chopo, que, envuelta en su delicada pelusa, arrastrada por el viento, había caído en la tierra de la grieta y había dejado crecer allí su hilillo vegetal. Una hoja pálida hacía aguas en la brisa suave del atardecer.

No apreciábamos ninguna fisura en el muro y, sin embargo, sabíamos que por ahí, por alguna parte de la calle Arbust, entraban los chavales en el edificio. Al menos eso había sacado en limpio Borcescu al cabo de tantos interrogatorios gestapistas. Tal vez incluso hubiera ahora un grupito en el interior. Pues todos los alumnos conocían la Fábrica, todos habían entrado al menos una vez en ella. Para ellos, visitar aquella ruina antiquísima era algo tan natural como ir la escuela. Caminando delante de mí, Gota arrojaba una sombra de gnomo sobre el gigantesco muro. Pero la pared, la única sin adornos de yeso mellados, la única que, en una escala sobrehumana, se elevaba hasta el tejado invisible, era impenetrable. No se perfilaba en ella un solo contorno de puerta, ni un saliente metálico que hubiera podido funcionar como picaporte o como palanca.

Llevábamos ya un cuarto de hora largo ante aquella pared ciega, mirándonos desorientados. De buena gana habríamos renunciado, pues empezaba a hacer frío y el sol había desaparecido tras los bloques lejanos que se alineaban a lo largo de la avenida Colentina. El solar estaba salpicado de alambres retorcidos, carburadores doblados, ruedas de camión, cadáveres con el pellejo embarrado. El cielo había adquirido un intenso color rojo, como si lo hubieran pintado con laca de uñas, y una sola nube, como una manchita, flotaba sobre el barrio. No nos debía de quedar mucho más de una hora de luz.

No habríamos encontrado la puerta jamás —o al menos no aquella tarde— si no hubiera aparecido de repente una de esas ratas que habían invadido el barrio unos años atrás. Eran unos bichos increíblemente inteligentes y descarados. No tenían miedo a los gatos ni a la gente. Esta en concreto dobló la esquina, se detuvo cuando nos vio, se quedó inmóvil durante un breve instante, con sus orejas transparentes, con sus bigotes dorados temblorosos, y luego se escabulló entre las malas hierbas y las flores silvestres de alrededor, umbelíferas, manzanilla y diente de león, hasta que el susurro de las plantas se detuvo de repente, como si el animal se hubiera metido en una madriguera. El campo quedó luego tan desolado e inmóvil como antes, un simple telón neutro para la edificación que ocupaba el centro.

«Creo que allí hay algo». Goia se volvió hacia mí y ambos nos esforzamos por descubrir alguna cosa entre los tallos enredados de las hierbas. «El arco de un círculo, ¿lo ves? A unos quince metros. Tal vez sea solo el neumático de un camión grande…». La luz iba disminuyendo a ojos vista pero, precisamente por eso, el

contraste entre las formas luminosas y las oscuras se volvía más intenso. Una vez en casa, me pasé toda la semana preguntándome si solo a una determinada hora del día, exactamente bajo la luz crepuscular que entonces nos iluminaba, se volvería visible la entrada. Más aún, empecé a preguntarme si no sería en cierto modo la luz del ocaso la que creaba, de la nada, la entrada, tal y como en la superficie inmaculada del papel fotográfico sumergido en la cuba de revelado aparecen, fantasmagóricos, los contornos de un edificio o los ojos de un ser desconocido. Nos adentramos pues entre las malas hierbas y las gramíneas que nos llegaban hasta la cintura, acribillados por los millares de mosquitos a los que estábamos molestando. No habíamos dado siquiera veinte pasos cuando descubrimos, en una zanja excavada en el suelo, el gran tubo de cemento cuyo borde rígido sobresalía por encima de la vegetación y desaparecía, oblicuo, en las profundidades. La zanja, como de un metro de profundidad, era infecta. Estaba sembrada de heces humanas, secas, tapadas con trozos de papel de periódico pringados, trapos quemados y tres o cuatro bigudíes metálicos, con las gomas llenas de pelos. Resultaba bastante difícil no pisarlos. El tubo era macizo, las paredes tendrían un palmo de grosor y unas letras impresas en el borde. Era lo bastante ancho como para poder caminar por su interior agachado o, al menos, a cuatro patas. Como se dirigía directo al muro y no podíamos atisbar el final, fundido en la oscuridad, comprendimos que sin duda aquella debía de ser la entrada. «El problema es —me dijo Goia— que si calculas el ángulo en el que desciende el tubo, cuando alcancemos el centro del recinto estaremos a unos cuantos metros de profundidad. Lo más probable es que luego tengamos que subir». Pero mi colega sabía tan bien como yo que este no era el verdadero problema. El problema era que teníamos miedo. Estábamos solos en mitad de un solar desierto, junto a un edificio en ruinas. Caía la noche. La zanja olía fatal. Nos esperaba la entrada a una alcantarilla que podía terminar bruscamente en un lodazal inmundo, entre orina y heces, o incluso en un hervidero de culebras o de ratas. O podría estar bloqueada por una reja con el hierro devorado por la cal y con un perro callejero —quién sabe cuándo se habría escondido allí para morir solo—, momificado y enseñando los dientes, casi encastrado contra los barrotes. Por supuesto, acabamos bajando, atenazados por un terror y un pánico incontrolables, pero al menos éramos dos, y, curiosamente, esto cuenta mucho en semejantes circunstancias.

El tubo de canalización no estaba bloqueado. Tan solo se volvía más resbaladizo a medida que se hundía en la tierra. Al cabo de unos metros, cuando empezamos a resbalar, nos dimos cuenta de que se trataba de un camino sin retorno. Como la cuesta era muy pronunciada, nos habría resultado imposible hacer el camino de vuelta por aquel tubo cada vez más impregnado en un gel espeso, negro, que apestaba a moho. No nos dio tiempo, sin embargo, a tener más miedo del que ya teníamos. A partir de la mitad del tubo nos dejamos simplemente caer como por un tobogán, embadurnándonos de arriba abajo con aquella mugre negruzca-verdosa. Hasta que la boca del túnel nos lanzó a un suelo duro y rugoso que nos lastimó las manos.

Estábamos en el interior del recinto. Era el territorio de la soledad y de la melancolía. Nos encontrábamos —nos dimos cuenta antes incluso de levantarnos del suelo, en el que se apreciaban los restos de una excavación— en una fosa enorme, socavada quién sabe cuándo junto al muro, en una esquina de la nave, que recordaba en cierto modo a un yacimiento arqueológico o a un cementerio antiquísimo. Porque, medio enterrados en el suelo, se elevaban por doquier sepulcros, tumbas, monumentos funerarios esculpidos en la graciosa transparencia del mármol, del travertino, de la calcedonia y de la malaquita. Había allí columnas rotas y estatuas de brazos brillantes, había cruces adornadas con guirnaldas de pórfido. Había dulces niños alados, con el rostro entre las manos, sobre la lápida de alguna tumba. Había cenotafios que parecían macizos armarios de piedra cubiertos por unas letras grandes, talladas con una precisión mecánica. Todo brillaba de forma enigmática bajo una luz verde oliva que descendía en franjas gruesas y contrastaba violentamente con la sombra de las profundidades. La fuente de aquellas bandas de luz transparente era el tejado de la nave, medio derruido, situado a una altura inconmensurable. Allí seguían, intactos, los pesados cristales con armazones metálicos por los que la luz se filtraba y adquiría el color cadavérico de aquella fosa inmensa. Pero en el tejado había también grandes agujeros a través de los cuales se veía, de un color más claro que las paredes, el cielo. Deambulamos un rato por la fosa, examinamos de cerca los rostros de los niños, asexuados y puros, los brazos de músculos bien marcados, perfectamente esculpidos, las ropas arrugadas sin rastro alguno de haber sido talladas por un escoplo, como si las piedras hubieran sido blandas en otra época y las hubieran volcado en moldes de una lisura sin tachas. Contemplamos los ángulos perfectos de las lápidas, pasamos los dedos por las suaves acanaladuras talladas en el ágata marmolada, en el ónice más oscuro ahora que la noche. Cruzándose en la luz que venía desde arriba, más allá de los bordes de la fosa, subían hacia la superficie dos rampas grandes y estrechas de metal, apoyadas con descuido en el suelo arcilloso. «¿Subimos?», le susurré a mi compañero, que estaba asombrado por el fantástico paisaje. Ascendimos entonces por una de aquellas rampas negras como la brea y, en un minuto, ya estábamos en la nave.

La luz era, clara y uniforme, era de un tono verde oliva. Las paredes de la nave, en las que se encastraban largas barras de metal, raíles y traviesas de complicados perfiles, fabricados para deslizar por ellos una especie de carritos, detenidos ahora en uno de los extremos del trayecto, se alzaban lisas y rectas; las más alejadas se disolvían en la luz. Todo rezumaba un brillo apagado, todo tenía ese halo de indescriptible soledad que solo se encuentra en las grandes catedrales. Sujetos por pernos enormes, exactamente en la línea central del recinto que lo atravesaba y conectaba la entrada candada con el fondo de la fábrica, se alzaban hacia el tejado, casi tocándolo, cinco gigantescas maquinarias. Cada una estaba colocada sobre una base circular que me llegaba al pecho, una especie de anillo coloreado. Las bases eran de diversos colores, que debían de ser mucho más vivos bajo la luz del mediodía. Por

lo que podíamos distinguir en la sombra verdosa que lo desnaturalizaba todo, la primera base era de un rojo sucio; la segunda, azul oscuro; la tercera, escarlata; la cuarta, una especie de naranja casi siena; la quinta, de un amarillo intenso, parecía iluminar en la distancia. El diámetro de los anillos de hormigón debía de ser de unos seis o siete metros. Los mecanismos y los utillajes levantados sobre ellos —y que eran, por lo que pudimos observar, idénticos— me resultaban del todo desconocidos. Todos eran de un metal brillante y contenían enormes piezas que podían cambiar de posición respecto a las demás deslizándose por varillas redondas y por cremalleras de dientes menudos y afilados. Todas parecían recién engrasadas y del todo ajenas al paso del tiempo. La porquería que inundaba aquel suelo lleno de estopa, aceite quemado, cadáveres de ratas, virutas metálicas y trozos de metal oxidado no las había manchado con una sola pelusa, una gota negra o una mota de polvo. Era como si estuviéramos bajo el capó de un coche nuevecito, con la culata del motor todavía reluciente. Ni Goia ni yo pudimos identificar la tecnología empleada para fabricar aquellas gigantescas maquinarias. No parecían máquinas de vapor, pero tampoco eléctricas. No había cables, tan solo unas extrañísimas líneas de montaje, a ambos lados de aquellos cinco monstruosos aparatos, que se comunicaban con estos a través de una especie de venas abultadas en el suelo. En torno a ellas el aire era vasto y gelatinoso, y a su lado nosotros dos parecíamos insignificantes y negros como insectos minúsculos en el interior de una radio antigua.

En verdad, a lo único que se parecía aquella nave era a los aparatos de radio o a los televisores de lámparas que habíamos tenido en otra época. Cuando en la minúscula pantalla en blanco y negro, con un contraste tan débil que todo se ahogaba en un ceniciento juego de sombras, empezaban a aparecer rayas, mi padre, con sus eternos calzoncillos de tela tipo Dinamo de Moscú, se levantaba enfadado, soltaba unos cuantos puñetazos en la carcasa de contrachapado y luego pasaba a las represalias. Una de mis principales diversiones era asistir a la apertura del aparato, ceremonia revestida siempre de la solemnidad de una operación complicada, con el paciente abierto y todos sus órganos a la vista. Primero llevábamos el televisor, sorprendentemente pesado, a la mesa plegable del comedor, en la que yo solía jugar al *ping-pong* con mi padre; luego íbamos a buscar las herramientas. Elegíamos nuestro viejo «desdornillador», que tenía el mango de plástico roto y unas tenazas viejas, negras y torcidas, que se podían utilizar como alicates. A continuación mi padre desprendía la tapa trasera, de cartón prensado, jurando como un carretero, porque hacía ya tiempo que los tornillos, de un metal blando, tenían la cabeza destrozada. En el interior se acumulaba el polvo y había que limpiar una especie de tela densa de fieltro antes de llegar a las piezas electrónicas. Soltaba luego los hilillos de colores y sacaba con mucho cuidado, como si fueran cajones, la placa de las bombillas. La fundida me la pasaba a mí para que jugara con ella, y la sustituía por una nueva. Nada me fascinaba tanto como el paisaje de diodos y triodos, bajo sus cúpulas de cristal, que tenían, como las ampollas de las inyecciones, letras y números

menudos, cenicientos, impresos en la base. Y en ese momento yo me encontraba justo en su interior, en el espacio por donde tanto me habría gustado viajar cuando era niño. Casi esperaba que una pared de la fábrica se desprendiera bruscamente y dejara a la vista la cara colosal, congestionada de ira, de mi padre, y sus dedos ennegrecidos, de tornero, avanzando por la nave, tanteando en busca de la bombilla fundida.

Nos pasamos un buen rato dando vueltas alrededor de aquellos cinco monolitos esculpidos en metal con una minuciosidad maniática. ¿Qué harían nuestros alumnos en ese hangar gigantesco? ¿Habían descubierto allí algo que a nosotros se nos escapaba, tal vez porque ya no éramos niños, tal vez porque nadie nos había iniciado, a través de quién sabe qué rayuela mística o qué numeración simbólica, en el misterio de la vieja fábrica? ¿O quizá habíamos olvidado —como lo olvidamos todo varias veces en la vida— el momento en el que nuestro cerebro muda de piel y tiene que buscar rápidamente otro mundo, más amplio, donde poder vaciar, como los cangrejos, su vientre blando? Por los enormes boquetes del tejado se veían ahora las primeras estrellas, pálidas en la bóveda todavía rosada, aunque su color se transformaba aquí, en el interior, en un ámbar denso, con siniestros insectos atrapados en su interior para siempre. Goia se había alejado y había desaparecido en las profundidades de la sala. Oí que me gritaba, con voz ahogada, mientras yo seguía el rastro de las venas gruesas, húmedas y violetas, como las que tenemos bajo la lengua, que se abultaban en el suelo entre maquinarias y líneas de montaje. Cuando pisaba una, sentía un suave latido bajo el pie. Corrí hacia la esquina más alejada, envuelta en luz verde, y vislumbré a Goia, más alto que nunca, más parecido que nunca a una mantis religiosa inteligente y también amenazadora. Me hacía gestos con la mano, en la que parecía sujetar un pequeño objeto blando. «Mira», me dijo abriendo su enorme palma de acromegálico y mostrando un triángulo de tela negra con unas letras amarillas, bordadas de forma estridente. «La he encontrado en el suelo. Se le habrán soltado las grapas a algún crío». En la matrícula ponía el nombre de la escuela y, debajo, un número. Naturalmente, el número no me decía nada, nunca había reparado en esos detalles del uniforme de los alumnos. Cuando estaba de guardia, me tocaba sacar a veces a los alumnos al rectángulo del patio, pero en general todo el trabajo lo hacía el director, secundado por la profesora de Historia, la famosa señora Rădulescu. Y desde que los niños llevaban el número de matrícula tatuado directamente en el brazo —ahí donde sus padres lucían sirenas y corazones atravesados y pequeños textos torcidos, con faltas de ortografía—, las matrículas bordadas en hilo amarillo habían caído en el olvido. El cuadrado de tela de la palma de Goia debía de tener unos cuantos años, y quien quiera que lo hubiera llevado en el brazo izquierdo no sería ya, casi con toda seguridad, alumno nuestro.

Añadí ese objeto a mis tesoros y, desde aquella tarde de la visita a la fábrica hasta hoy, lo saco a la luz casi todos los días. Lo considero una especie de prueba, un testimonio de la realidad de aquel mundo tan extraño, independientemente de lo que queramos entender por realidad. En cierto sentido, mi matrícula es como esas flores

de lis, abiertas hasta la combadura total de los pétalos, que encuentra sobre la almohada, por la mañana, quien haya recibido en sueños la flor de manos de un ser alado. Es un objeto extraído de su mundo, inusual en el nuestro; un objeto anfibio, paradójico como los mamíferos marinos que respiran aire, pero que guarda un parecido asombroso con los peces, puesto que, si la matrícula fue en otra época el accesorio más banal de un imperio esclavista, su número no había pertenecido y no pertenecía a este mundo porque era un número mayor al número total de los átomos comprendidos en él, en sí mismo. Era tan grande que mi colega sufrió, al leerlo, un calambre mental. «952 elevado a 76… Es incomprensible… Tal vez la madre que cosió los números los colocó mal, en dos planos superpuestos. Y, sin embargo, los dos últimos dígitos constituyen evidentemente el exponente…». La mente de Cantor se hizo añicos después de concebir el infinito elevado al infinito. Para el ganglio de nuestro cráneo no hay diferencia alguna: el número de la matrícula es, en la práctica, igual de inconcebible.

Creo que no habríamos reparado nunca en la puerta si mi colega de Matemáticas no hubiera encontrado la matrícula en aquel rincón apartado, con las paredes habitadas por los mecanismos de una tecnología desconocida. Todos eran metálicos, del mismo metal plateado de las grandes maquinarias que dominaban la sala y estaban engrasados, asimismo, con un aceite fino que se te pegaba a los dedos al tocarlo. Había —encajados en marcos curiosamente recortados— cruces de Malta, taqués y volantes, engranajes acaracolados y, por supuesto, ruedas dentadas y cremalleras… Sin embargo, destacaban otras formas, desconocidos mecanismos propios de los interiores de un reloj. Porque, si permanecías unos pocos minutos ante aquellos paneles, observabas que cada pieza cambiaba lentamente de forma, como si su metal fuera de hecho un fluido compacto que configuraba en la superficie unas ondas de formas muy elaboradas. Todos esos marcos con mecanismos acoplados unos a otros componían un gran cuadro, como el de la sala de mandos de las fábricas o de las centrales hidroeléctricas. En el centro brillaba, sin embargo, en tono azulado, el contorno claro de una puerta. Nos llevó un buen rato reparar, en el extremo inferior derecho de dicha puerta, justo al nivel del suelo, en una ruedita con cifras móviles como las de los cierres de las maletas. En medio de cada una de las casillas se encontraba, en aquel momento, la cifra más enigmática imaginada jamás por el ser humano, esa que se muerde eternamente la cola y que no delimita, sino que excluye, la infinidad de mundos: el cero. Entre tanto había anochecido por completo, solo la luz de las estrellas teñía las líneas y los contornos de la superficie de los paneles que se deslizaban, despacio, hacia nuevas formas. Pero las cifras de las casillas se distinguían a la perfección, pues estaban grabadas en un metal ceniciento que brillaba incluso en medio de la oscuridad total.

Jugamos con las cifras, haciendo tintinear las cinco ruedas de diez caras, durante un buen rato. Ninguna combinación consiguió abrir, sin embargo, el contorno azul de la puerta. Pero todos y cada uno de los alumnos de nuestra escuela debían de conocer

la dichosa cifra, pues estábamos seguros de que allí, en la cámara secreta de la vieja fábrica, sucedían unos hechos —¿escandalosos, extraños, aterradores o simplemente pueriles?— que todos conocían pero que, al igual que en los antiguos misterios de los mundos sumergidos, no podían o no querían divulgar. «Tal vez no exista una sola combinación, sino una diferente para cada uno de los que quieran entrar. Tal vez sea un número personal que se combina con la huella digital sobre las cifras móviles, o con la imagen que cada cual proyecta en el cuadro fotosensible de la puerta o, sencillamente, con la respiración. O tal vez fuera tan solo la prueba de tu llamada o de tu elección. En ese caso, tendrías que haber recibido la combinación desde algún sitio, tendría que estar en tus datos, en tu memoria, en tu mundo». Yo creía, sin embargo, que el número de cinco cifras podría guardar relación con los colores de los enormes anillos de hormigón de las grandes maquinarias del centro. Todos parecían ahora grises en la oscuridad siniestra, tan vasta y desoladora como un campo visual desierto, del recinto. Esa era precisamente mi sensación en ese preciso instante, mientras miraba desorientado y asustado en torno a mí: la de encontrarme en el campo visual de un ser extraño. Goia no había renunciado a seguir haciendo girar, arriba y abajo, las rueditas de las cifras. Permanecía agachado a los pies de la puerta y yo aún podía distinguir el tintineo débil del mecanismo aunque el cuerpo del profesor de Matemáticas me lo bloqueara. Y de repente la puerta se deslizó y su contorno se transformó en un marco cuadrado a través de la cual se veía un pasillo sumido en una bruma azulada. «No sé, no lo entiendo, solo he jugueteado con los números», me dijo Goia mientras se levantaba. Pero en cuanto vi el número en el interior de la cajita, tirada ante el umbral como un mero estuche de metal, comprendí enseguida de qué forma maravillosa había procedido su memoria inconsciente. El número que abrió la puerta era el 95276.

En la gigantesca nave reinaba una oscuridad total. Había oscurecido de repente, sin que nos hubiéramos dado cuenta, como cuando la señora de la limpieza me sorprendió en la sala oscura y desierta, sentado en el pupitre junto a la niña mientras le explicaba algo. Así que la luz lechosa que se escurría por la puerta secreta casi nos cegaba. Cuando Goia avanzó delante de mí y se adentró sin decir una palabra en el corredor que —ahora podíamos verlo— tenía una especie de vitrinas a lo largo, a ambos lados, la luz erosionaba su silueta, lo hacía más delgado y más alto, como hilvanado con alambre negro. Sus movimientos se habían vuelto prudentes, su cabeza triangular se giraba hacia la izquierda y hacia la derecha, brillando en la bruma azulada. «Fantástico», decía de vez en cuando con su voz ahogada, casi inaudible. No me moví del sitio hasta que la silueta desapareció casi por completo. Unas vagos trazos marrones, hacia el fondo del pasillo, visibles tan solo cuando se movían despacio, señalaban que allí había algo, como cuando se ven las patas de la araña, brumosas, en su corredor de algodón. De repente sentí un miedo terrible. Se me ocurrió que nosotros no habíamos descubierto la puerta, sino que habíamos sido atraídos hacia ella, conducidos a través de aquella terrible ruina en cuyo vientre nos

encontrábamos hacia su boca, de donde no teníamos escapatoria posible. Mi pánico alcanzó de repente un paroxismo insoportable, eché a correr por la nave oscura —unas pocas estrellas brillaban por los agujeros del tejado—, tropecé varias veces con las venas gofradas que sobresalían del suelo, estuve a punto de caer en la fosa de los monumentos funerarios —sus dulces y redondeadas formas brillaban en un rosa oscuro al fondo—, y de repente pensé que estaba soñando, que era una pesadilla, así que me tumbé en el suelo lleno de virutas metálicas y estopa y aceite negro, di vueltas y me abofeteé para despertarme. Pero el dolor me convenció de que todo era real, pues el dolor es otro nombre para la realidad. Las superficies eran rígidas, mis ojos permanecían abiertos de par en par y mi mente estaba lúcida, solo el miedo lo deformaba todo, solo él lo arrastraba todo hacia la alucinación y el delirio. Me incorporé, me sacudí de la ropa el barro industrial y regresé, con el corazón latiendo mucho más fuerte de lo debido, hacia la puerta abierta en la pared de la inmensa construcción. Sabía muy bien que, por fuera, el edificio era perfectamente cuadrangular, que el espacio al otro lado de la puerta no podía abrirse; sin embargo, conducía hacia una profundidad virtual, inexplicable como la profundidad de una fotografía, como las profundidades de la perspectiva que añade una tercera —falsa— dimensión a la pintura de una pared. Si penetraras en un fresco, en un trampantojo, no avanzarías por su volumen fraudulento, sino que te reducirías a lo largo de las invisibles líneas de perspectiva. No serías tú el que se movería por espacios siempre cambiantes, con cúpulas y columnas de pórfido, por unas imágenes bíblicas incomprensibles que se abrirían y se cerrarían a tu paso, sino que serían ellas las que cambiarían de forma sin cesar, los rectángulos se convertirían en paralelepípedos y trapecios, los arcos del círculo se transformarían en hipérbolas y elipses, cada vez más pequeños para parecer más lejanos y más profundos. He pensado muchas veces que también el mundo está ordenado, con sus tres dimensiones, en un trampantojo igual de engañoso, ante el ojo muchísimo más complejo de nuestra mente, con los dos hemisferios cerebrales que comprenden dicho mundo desde ángulos levemente diferentes, de tal manera que, combinando la razón analítica y la sensibilidad mística, el habla y el canto, la felicidad y la depresión, la abyección y lo sublime, se abre ante nosotros el sorprendente capullo de rosa de la cuarta dimensión, con sus pétalos perlados, con su plena profundidad, con sus superficies cúbicas, con los hipercubos de sus volúmenes. Como si el embrión no creciera en el vientre de la madre, sino que viniera desde lejos y solo la ilusión de la perspectiva lo hiciera parecer cada vez más grande, como un viajero que se acerca por un camino desierto. Un viajero que, al pasar de la puerta ilíaca, sigue creciendo de forma ilusoria, primero del tamaño de un lactante, luego del de un niño, luego del de un adolescente y, por fin, cuando se encuentra frente a ti y te mira a los ojos, te sonríe desde el otro lado del espejo como un amigo que por fin ha dado contigo.

Finalmente penetré en la pintura de la pared, cargada de una tecnología extraña, pero el aire del pasillo de detrás de la puerta era sabroso y fresco, y las paredes

resplandecían de realidad. Aquí y allá, su superficie se tornaba vítrea, y de repente me encontré en medio de un museo de ciencias naturales, con vitrinas, dioramas y acuarios alineados a lo largo de los pasillos. Al cabo de poco más de diez metros, el pasillo inicial se ramificaba en un laberinto de salas y salitas atestadas de objetos de exposición, preparados biológicos de colores artificiales, frascos con seres horrendos, paneles explicativos colgados en las paredes en los se ensalzaba la exobiología de unos seres de pesadilla. Muy lejos, en otra sección del museo, se oían de vez en cuando, como gotas en una fuente, los pasos de mi colega, que vagaba también entre los espectrales objetos. Me atreví a echar un vistazo a los grandes dioramas.

Monstruos, monstruos que la mente es incapaz de concebir, albergar o contener, colgados, como las arañas en sus hilos centelleantes, de nuestros reflejos ancestrales, de la palidez de la piel, del castañeteo de los dientes, de la salida de los ojos en las órbitas. De la contracción de los músculos piloerectores, del sudor helado que recorre nuestros cuerpos ya cadavéricos. El miedo, el espanto, la petrificación, el terror, la fascinación, el horror, el grito y la locura. La tortura más allá de todo lo que nuestro cerebro puede imaginar que incluye el infierno. Ni los colmillos, ni las garras, ni el desgarro, ni la rotura del perineo al dar a luz, ni el despedazamiento provocado por el cáncer, ni el entierro en un hormiguero de hormigas tropicales, ni la sujeción a la boca de un cañón, ni la extracción de los ojos y de la lengua en una bárbara celda de castigo, ni el montón de diablos, rojos y negros, ulcerados también ellos por el horror de la alegría diabólica, en torno a los cuerpos blancos, tristes y puros, con tetitas de doncella, con las trenzas todavía impecablemente peinadas, o cuerpos verdosos, de hombros anchos, con barbas recién pasadas por las tijeras, y hundidos en lava hasta la cintura. Sino monstruos absolutos, monstruos psíquicos, formas construidas para atormentar eternamente en la vida eterna de la mente, como la pena, como el remordimiento, como la vergüenza, como el deshonor, como el recuerdo de unos hechos que no deberían haber sucedido y que sin embargo queman tu memoria con un hierro incandescente. Como el espanto más allá del espanto, el gran espanto, la madre de todos nuestros miedos: el de la eternidad en la que ya no existes.

Tan sobredimensionados que podían competir en tamaño con los tigres, los búfalos, las tortugas gigantes y los osos polares de los dioramas de los museos corrientes, en las grandes vitrinas había seres que yo conocía muy bien. A los dieciséis años mis padres me enviaron a un pueblo a orillas del Danubio para que cambiara un poco de aires en las interminables vacaciones de verano. En aquellos tiempos yo podía pasar semanas enteras sin hablar con nadie y cualquier salida era para mí una aventura que esperaba con avidez aunque se tratara de un viaje al infierno. Era un adolescente al borde de la locura. Me pasaba casi todo el día leyendo y muchas veces el alba me pillaba con un libro entre las manos. Solo cuando oía el paso de los primeros tranvías por Ştefan cel Mare cerraba el libro y me acostaba. No tenía amigos. Cuando la soledad y la desesperación me resultaban insoportables, salía a caminar por calles secundarias, desconocidas, con casas antiguas, burguesas, llenas

de amorcillos y gorgonas. Me iba por la mañana y regresaba tarde, con la luna. En el almuerzo, con los tres *leí* que me daban mis padres cada día (una sola moneda en la que estaba grabado un tractor que se dirigía a ninguna parte) me compraba un zumo y un pastel de queso. Cuando me cansaba, entraba en algún parque y me sentaba en un banco para disfrutar del paradójico frescor del verano. Pasaba a veces a ver a mis colegas del liceo solo para no encontrarlos en casa. Cogía el tranvía y viajaba durante catorce estaciones, balanceándome en el segundo vagón, y me apeaba en algún remoto barrio de calles desiertas de la periferia, donde imaginaba yo que vivía una compañera que me gustaba. Pero la dirección nunca era correcta. Y junio, julio, agosto, llenos de polvo y sudor en una ciudad desoladora, no querían pasar. Cada verano se me antojaba inmóvil y eterno. Cuando llegaba por fin el 15 de septiembre y volvía al liceo, me sentía liberado. Mis compañeros me miraban como a un chiflado, los profesores eran malvados e indiferentes, pero al menos veía rostros humanos, al menos hablaba con alguien. No alcanzaba a comprender cómo había resistido el verano que acababa de terminar, cómo no me había ahogado definitivamente la soledad.

Leía por aquel entonces unos doscientos libros al año. Tenía siempre en el arcón de mi dormitorio, junto a la cabecera, montones de libros que leía alternativamente. Los tomaba prestados de la biblioteca B. P. Hasdeu, al otro lado de la calle, ubicada en un bloque antiguo que, cuando ensancharon la carretera, fue montado sobre unas ruedas y retirado unos diez metros más atrás. A la izquierda de la biblioteca estaba la tienda de ultramarinos en la que hacíamos las compras, con todas esas secciones que yo conocía de memoria: embutidos, quesos y, en otra ala, dulces. A la derecha quedaba la verdulería, cuyas vendedoras siempre sisaban en el peso. La biblioteca era minúscula. Contaba, de hecho, con una sola antesala donde estaba el bibliotecario, el único hombre completamente ceniciento que he conocido jamás (cabello ceniciento, ojos cenicientos, piel cenicienta), y una sala con estantes de libros por todas partes. Creo que era el único lector de la biblioteca. En todo caso, nunca vi que nadie entrara en ella. A veces me imaginaba que la biblioteca y el hombre solitario y silencioso que llevaba el timón estaban allí solo para mí. Cada cierto tiempo elegía, leyendo los nombres de los autores y los títulos de los lomos, los libros que me llevaba a casa. Tampoco en el registro de la mesa del bibliotecario, donde firmaba cada vez, me encontraba con las firmas de otros lectores. Estaba solo la mía, rellenando de arriba abajo todas las páginas. Leía mucha poesía, la recitaba en voz alta por las calles —la gente volvía la cabeza, compasiva, a mi paso—, pero también novelas y ensayos. Me interesaban especialmente los libros sobre gente solitaria como yo, con la que podía mantener, por fin, un diálogo verdadero: *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, *Solo*, de Strindberg, *Hambre*, de Hamsun… Cuando leía en mi habitación, no sabía cuándo era de noche y cuándo era de día. Solo si las letras se volvían indistinguibles encendía la luz. Entonces los muebles de la habitación, en su sencillez y humildad obreras, adquirían un barniz metafísico y silencioso.

Así que aquel viaje a las orillas del Danubio, aquel mes en el que me alojaría en casa de un ingeniero agrónomo y trabajaría como apuntador de los camiones que cargaban la cosecha de cereal, fue para mí una bendición. Tampoco hablaba con nadie, también me pasaba el día solo, escuchando en el tocadiscos canciones de Los Paraguayos y paseando por los campos de girasol. Pero el paisaje era distinto y eso era importantísimo. Respiraba libre bajo cielos gigantescos. Por las noches salía al patio del ingeniero, lleno de amapolas en flor, para contemplar las estrellas: nunca las había visto tan gloriosas, tan deslumbrantes… Nunca se habían ordenado tan claramente en constelaciones. Nunca me habían asustado tanto.

El agrónomo no tenía demasiados libros. Cuando terminé los míos (*Bodas en Tipasa*, de Camus; *El enano*, de Par Lagerkvist; *Doctor Fausto*, de Thomas Mann), como él estaba fuera todo el día, empecé a revolver en sus cajones. Cuando regresaba, por la noche, se emborrachaba sin perder un minuto y me enseñaba sus diplomas universitarios, lloraba y se iba a ver a la vecina, que era también su amante. Hasta la mañana siguiente no volvía a saber nada de él. En los cajones había muchos libros técnicos: tratados de agronomía, antiguos cursos universitarios sobre el cuidado de las viñas y la cría del ganado ovino… También los leí. Leía asimismo los artículos de los papelitos cuadrados que el ingeniero colocaba, prendidos con un clavo, en el retrete, a modo de papel higiénico. Leía y escribía en las cajas de paté y en los tarros de miel y en las instrucciones de la aspiradora. Una noche, sin embargo, descubrí, en el armario donde se apilaban las cartas, las postales y toda clase de cuadernos, algo tan sorprendente que marcó mi vida de un modo más indeleble que todos mis libros de literatura.

Era un tratado de parasitología, muy manoseado, con una cubierta miserable y deshilachada, como la de todos mis cuadernos de aquella época, como mi uniforme del liceo, que parecía confeccionado en papel absorbente impregnado de tinta descolorida. En la portada, garabateada en un verde sucio, a duras penas se distinguía una especie de flor rara que identificaría más adelante como el escólex de la tenia. Al principio hojeé aburrido aquella piltrafa llena de polvo y de hilos. Entre las hojas correteaban en busca de refugio unos minúsculos insectos ambarinos, pero no tardaría en encontrar, en el mundo de los animales que infestan tu cuerpo, que simplemente te devoran por fuera y por dentro, una poesía gigantesca y sombría. Ni Dante ni el Bosco ni Lautréamont vieron de cerca, cuando concibieron sus infiernos, el rostro bestial del piojo, el aspecto de la larva de la mosca, las patas con flagelos de los ácaros de la sarna. No fueron capaces de inventar, para poblar con ellos las cavernas de fuego y lágrimas del infierno, demonios más terribles que las pulgas y las garrapatas, que las lombrices y las tenias, que las lombrices del globo ocular y que los ciegos ejércitos de los acáridos. Pude ver, burdamente dibujados —y por ello más atroces aún— en las láminas del tratado, la saga de unos seres que no pertenecen a nuestro mundo, metamorfosis perversas, trayectos improbables entre anfitriones heteróclitos, estrategias diabólicas impregnadas por un genio maligno que no podía

proceder sino del Adversario que domina las galerías subterráneas, excavadas también ellas debajo de nuestra piel. Vi la imagen de niño angelical del parásito que te devora la lengua y te la sustituye, se nutre de todo lo que engulles y te enseña un lenguaje desconocido. Vi la larva transparente que penetra en tu cerebro y que modifica, hurgando en el hipotálamo con sus largos filamentos, tus recuerdos y tus deseos. Contemplé la figura ciega, con apéndices exuberantes —una especie de manitas y una especie de cuchillos en torno a un pico como de jeringa hipodérmica— del parásito que excava túneles en tu tímpano, y me espanté ante la falta de rostro y de cuerpo y de órganos del crustáceo parásito que infecta al buey de mar, que penetra en su tórax y en su abdomen, que entra en los finos tubos de las patas, los vacía de carne y los ocupa por completo, hasta que el caparazón vacío empieza a mover sus articulaciones siguiendo una voluntad ajena, y el falso buey disemina sus huevos al mezclarse con bueyes de verdad. Divisiones de gusanos, falanges de minúsculos arácnidos, decenas y decenas de miles de especies bestiales, sin la misericordia ni la bendición de la luz, que liberan mares de huevas y océanos de heces, que habitan en los poros y en nuestros alvéolos pulmonares, que invaden de noche nuestros sexos y nuestros pezones con los capullos húmedos de sus vientres, transportados en sus mandíbulas y sus garras, texturas acolchadas, perladas, metalizadas o solo húmedas y sangrientas como las de las lombrices, colores moteados en los que predominan el rosa y el violeta… Todo un inframundo del devorar y del devorarse, lejos del bien, de la verdad y de la belleza, de la luz y de la Divinidad. Un mundo condenado para siempre.

Veía ahora, en aquel terrible museo, en sus dioramas extrañamente claros, los seres de ese antiguo tratado, tan grandes como los tigres y los elefantes, evolucionando en un medio difícil de reconocer aunque se trataba de nuestro mundo en una escala enormemente aumentada. Vi, en una vitrina, un enorme grano de nácar ceniciento, con vagos reflejos rosas, irregular y compacto como una de las antiguas perlas del marco de los iconos milagrosos, pero del tamaño de una tortuga. Nada te podía hacer pensar que aquel objeto liso como un canto rodado hubiera tenido vida. Y, sin embargo, cuando menos me lo esperaba, en un borde del grano brillante, justo ahí donde una hendidura oscura, como la de las judías, era la única irregularidad en la piel de la perla, surgieron unos puntos negros como la antracita que se transformaron en ocho garras delgadas y un pico arqueado. Arrastrando a duras penas sobre las patas su cuerpo lleno de sangre, la garrapata que suele vivir en la oreja de los gatos, daba ahora la vuelta al diorama. En otra vitrina estaba la gruesa ladilla del pubis y de los sobacos, con sus ojos pequeños y escépticos en mitad de un rostro rosa, con el cuerpo leproso, con las garras modeladas según una anatomía de pesadilla. Yo avanzaba por los pasillos laberínticos fascinado y lívido, bañado en un sudor frío. Larvas vivas, de branquias hinchadas, se agitaban a mi paso, ventosas pegadas a la transparencia del vidrio mostraban las venas moradas del interior de la faringe, frentes ciegas golpeaban el cristal, apéndices barrocos e incomprensibles, del tamaño

de las serpientes amazónicas, se encogían y se estiraban entre piedras porosas y tiras de piel escamadas que formaban el sustrato de los monstruosos acuarios. Una sección de la epidermis de un ser vivo, con el endoplasma hialino latiendo en cada célula, con hebras de pelo tan gruesas como árboles y glándulas sudoríparas, mostraba, entre los corpúsculos de Golgi y los discos sensibles a la presión, los túneles titubeantes de los ácaros de la sarna. Y veía también a estos, grandes como ovejas, con los muñones de las patas en los que brotaban unos flagelos retorcidos, con cuerpos barrigudos trasparentes llenos de pelos, arrastrándose ciegos unos hacia otros, mordiendo con sus mandíbulas voraces la gelatina de la piel del gigantesco animal en el que vivían, acoplándose y devorándose entre ellos, encaramándose insensibles unos sobre otros…

Eran seres vivos, pero ¿acaso vivían? Percibían —no cabía duda— el mundo exterior, pero ¿*cómo* lo percibían y qué significaba que lo percibían? ¿Qué tipo de vida era esa? Desde que encontré, a los dieciséis años, aquel tratado en casa del ingeniero agrónomo, no había dejado de preguntarme cómo habría sido nacer bajo la forma de un ácaro de la sarna o de un piojo, o incluso de uno de los miles de pólipos que forman los arrecifes de coral. Habría vivido sin saber que estoy vivo, mi vida habría sido un instante de agitación oscura, con dolores y placeres y roces y alarmas, y estímulos, lejos del pensamiento y de la conciencia, en un agujero abyecto, en una mancha ciega, en un olvido total. «Pero soy también eso, soy también eso», me sorprendí diciendo un día en voz alta. Eso es lo que somos todos, ácaros ciegos pululando en nuestra mota de polvo en un infinito desconocido, irracional, en el callejón horrible de este mundo. Pensamos, tenemos acceso a la estructura lógico-matemática del mundo, pero seguimos viviendo sin conciencia de nosotros mismos y sin comprender nada, excavando túneles en la piel de Dios, provocándole tan solo irritación y furia. El ácaro que excava canales en mi piel no me conoce y no me puede abarcar. Sus ganglios nerviosos no están hechos para ello. Sus órganos sensoriales solo extienden las redes unos pocos milímetros en torno a su cuerpo, del cual no es consciente. Tampoco nosotros podemos conocer a los seres milagrosos que son, respecto a nosotros, lo que nosotros somos respecto a los parásitos de nuestra piel y los ácaros de la almohada en la que dormimos. Sus secreciones químicas no nos pueden detectar. Igualmente impotente resulta nuestro pensamiento. Nuestro conocimiento es también una búsqueda a tientas. Pero como la sustancia de su cuerpo es semejante a la de nuestro cuerpo, la sustancia de nuestro pensamiento es similar a la de los seres que no son sino pensamiento.

Para llegar a conocerlos, sin embargo, necesitas un pensamiento de otra naturaleza, en otro nivel, el pensamiento de un cuerpo de pensamiento que no podemos concebir, así como el ácaro no puede concebir nuestro pensamiento y tampoco podrá pensar jamás.

Deambulé largo rato entre los dioramas de parásitos, bajo aquella luz crepuscular. Miré a los ojos a los piojos y a la larva de la icneumónida. Pude ver cómo, al igual

que en la bolgia dantesca de los ladrones en el otro Infierno, el anfitrión y el parásito se funden en un abrazo agónico, pasan el uno al otro, se transforman en órganos y miembros mutuos. Con los ojos más abiertos cuanto más intentaba cerrarlos —así como me habría gustado también acurrucarme y dejarme caer en un rincón del laberinto, para convertirme en un montoncito de polvo—, me veía a mí mismo: ¡qué extraño, qué inverosímil le pareceré al enorme y maravilloso ser profundamente inclinado sobre nuestro mundo, con mis globos oculares, con mis manos que terminan en cinco dedos, con mis pulmones y mis intestinos barrocos, con mi pene y mis huevos y mis uñas y mi cerebro y la circulación de la sangre por los tubos delgados de mis venas! Estaba hecho de carne, al igual que los monstruos elásticos y compactos de las vitrinas. Mi destino era el mismo que el suyo. Llevaba ya un rato dando vueltas en círculo entre los enormes dioramas y puede que estuviera así varias horas, cuando, de repente, salí a una gran rotonda.

Estaba formada por un solo diorama circular que envolvía, como una capa de gelatina, la cúpula entera. Un fantástico gusano púrpura oscuro, de un terciopelo que hacía aguas, un ser vivo y cambiante de una belleza incomparable, llenaba el diorama. Navegaba en un medio líquido que ocupaba casi por completo con sus graciosas contorsiones y ondulaciones, con su plumaje rosado en torno a una boca redonda, con lúnulas anaranjadas y rayas de un azul eléctrico en su cuerpo musculoso. Desde la base de la campana hasta el ápex, se movía sin cesar, de manera peristáltica, hipnótica, como si fuera la mismísima serpiente Uróboros que se muerde eternamente la cola. Y en el suelo de ónice brillantísimo —espejo negro en el que se reflejaban los más imperceptibles detalles de la sala— estaba acostada, con los párpados cerrados, respirando con suavidad, una niña de un tamaño colosal.

Debía de tener unos cincuenta metros de longitud. Completamente desnuda, era blanca como la leche o como el dientecillo de un niño, llevaba el cabello de color cáñamo, brillante, prendido en dos trenzas con unas gomas que tenían en el extremo unas margaritas de plástico, tan grandes como las ruedas de un camión. Sus pechos apenas brotados, las caderas estrechas y los muslos castos revelaban que andaría alrededor de los once o doce años. Su cuerpo caldeaba unos cuantos metros de suelo en torno a ella. La rodeé asombrado, tocando a mi paso las hebras de cabello de sus coletas y al otro lado de su inmenso cuerpo me encontré con Goia, que la contemplaba con su sempiterno gesto de gravedad. «Tal vez sea la chica que llevaba la matrícula», me dijo entre susurros. «Tal vez este sitio sea solo para ella…». Pero sus susurros retumbaron con una fuerza inesperada bajo la inmensa cúpula, provocando que, ante nuestros ojos, la niña se despertara sobresaltada. Nos hicimos a un lado mientras se incorporaba lentamente, mirando alrededor medio aturdida. Salimos deprisa por una puerta en la que no habíamos reparado hasta entonces y echamos a correr por el pasillo estrecho que se extendía ante nosotros. Al cabo de unos cien metros, el corredor desembocaba de repente en una salita situada al pie de una torre por cuyo hueco ascendía una escalera metálica de caracol. Yo tomé la

delantera y empecé a subir, con gran esfuerzo, un escalón tras otro. La torre era alta y redonda, con paredes que parecían de cemento macizo. Ninguna ventana rompía la superficie lisa. Estaba ya mareado de tanto girar en una sola dirección. El corazón me latía con tanta fuerza que parecía a punto de romperme las costillas. La visión de la niña gigantesca me perseguía con una intensidad fantástica, se me había clavado en la mente. Al cabo de un buen rato llegamos arriba y salimos, por fin, bajo las estrellas, a una plataforma metálica que rodeaba una gran esfera pintada de blanco. Allí abajo, en medio de la noche, brillaban las ventanas y las farolas del barrio. Unos cuantos tranvías rezagados, a nuestros pies, esperaban en las paradas. Sobre la carretera, por la que pasaba de vez en cuando, con los faros encendidos, algún que otro coche, se veían las luces verdes de la Fábrica de Tubos. «Es increíble… Estamos en la terraza de la torre del agua», le dije a Goia. «¡Ahí está la antigua fábrica!». El edificio macizo del que acabábamos de escapar se recortaba negro y silencioso sobre el cielo rojizo de la ciudad. Las siluetas de algunos árboles que habían crecido en el tejado, igualmente oscuros, barrían el cielo con la brisa del viento. La luna, tumbada boca arriba, con los cuernos vueltos hacia la bóveda celeste, era la más grande que yo había visto jamás, como si la torre tuviera miles de kilómetros de altura y se elevara inclinándose hacia ella. Pero lo que más me sorprendió, mientras permanecía con la espalda pegada a la balaustrada y el cabello húmedo ondeando al viento, fue lo que vi al contemplar con más atención a mi compañero de la sala de profesores, que me sacaba, como siempre, dos cabezas. Miraba a su alrededor indiferente, señalándome de vez en cuando algún que otro detalle del barrio: «Mira, la sifonería. Y la casa de los Roibulescu, esa del tejado retranqueado. Y más lejos, allí, está la tienda de ultramarinos. Y mira, también nuestra escuela… ¿Ves la canasta de baloncesto?». Pero sus piernas desaparecían por el hueco de la escalera, como si no hubiera acabado de subir todos los escalones hasta la plataforma de la terraza de la torre del agua. Miré el vacío iluminado del centro de la torre y descubrí, horrorizado, que el cuerpo de Goia se retorcía como una serpiente negra hacia la parte inferior de la escalera, a lo largo de toda la torre, mientras sus pies seguían abajo, sobre el suelo. «Bajemos. Hay que encontrar la salida», me dijo, y se retiró, menguando cada vez más, en espiral, hacia la base de la escalera. Yo lo seguí presa de una especie de fascinación. Estaba tan cansado que mi mente ya no se hacía preguntas. Salimos por la puerta de la torre del agua —esta vez estaba abierta— y echamos a andar, por Dimitrie Herescu, dejando atrás la Automecánica, hasta que llegamos a la parada del 21. Subimos al vagón trasero del primer tranvía y viajamos, balanceándonos, hasta Doamna Ghica, solos en un compartimiento fuertemente iluminado. Yo me apeé en Doamna Ghica, y él siguió su camino. Llegué a casa muerto de cansancio, con la ropa sucia de barro y de grasa; olía a cacas de perro y a miedo. Así que me pasé más de una hora en la bañera antes de acostarme.

Al día siguiente, en la escuela, fui con mi compañero de Matemáticas al despacho del director y le dejé hablar a él. Este relató, con su voz apagada y con una sinceridad

que no se podía poner en duda, cómo habíamos llegado a la vieja fábrica, cómo entramos por un agujero en la pared para encontrar, en el interior, solo porquería, escombros y paredes vacías, de modo que seguía constituyendo un enigma qué era lo que buscaban nuestros alumnos en aquella nave desmantelada. Tal vez se junten para fumar en grupo, tal vez jueguen a las prendas encaramados en las antiguas grúas rodantes… Quedamos en que volveríamos a dar una vuelta por allí, «al menos una vez al mes», para que la situación no escapara a nuestro control.

Capítulo 12

HE recogido en primer lugar las monedas de debajo de la cama, de detrás del armario, de la alfombra, de la esquina de la habitación. Anoche, cuando me quité los pantalones, una cascada ruidosa rompió atronadoramente el silencio de toda la casa, pues el puñado de cambio del bolsillo se desparramó por el suelo con una brutalidad inesperada. Inmerso como estaba en mis pensamientos, me sacó de mi estado de ensoñación igual que uno de esos despertares que te golpean como un martillo pilón de adrenalina: te zarandean, te gritan al oído, vacían una taza de agua fría sobre tu cabeza o, simplemente, hundido en tus sueños y en el calor del edredón, oyes, en la oscuridad de una mañana invernal, la voz lejana de tu madre que te dice que es hora de levantarse para ir a clase. Las moneditas brillaron bruscamente en la luz cruel y se desperdigaron por el suelo saltando, girando y brillando metálicas con un ruido que me alteró los nervios. Dos o tres monedas siguieron girando sobre el parqué brillante todavía un rato más, lo que me permitió preguntarme si caerían por el lado de la cara o de la cruz. Inmóvil, con un pie desnudo en el aire y el otro en la pernera del pantalón, me quedé contemplándolas hasta que su giro fue haciéndose más lento y siguió el balanceo final, más ruidoso y más aleatorio a medida que la gravedad iba mitigando su libertad y su exuberancia. Y luego, otra vez, silencio y luz oscura, y los discos plateados y cobrizos de las monedas desperdigados por el suelo. Pequeños instrumentos de adivinación, por una parte Urim y por otra Tumim, vacíos ahora de premoniciones y de vida.

Las he colocado unas sobre otras, un cartucho grueso e irregular, en una esquina del escritorio, y me he puesto manos a la obra. La historia de mi vida, tal y como querría empezarla hoy, es la historia de un ser anónimo. Precisamente por eso pide ser escrita, porque, si no lo hago yo, el único para quien significa algo, nadie la escribirá jamás. La escribo no para leerla yo, su único lector, en algún momento, junto a la estufa, tampoco para pasar unas horas olvidado de mí mismo, sino para leerla al mismo tiempo que la escribo y para intentar comprender. Seré el único escritor-lector-vividor de esta historia cuyo sentido, lo escribo por enésima vez, es no-estético y no-literario. No tengo otra pretensión que la de ser el escritor-lector-vividor de mi vida. Podría tratarse de la biografía de un piojo o de un ácaro, pero para mí es tan importante como mi propia piel, porque sucede que yo mismo soy ese ser oscuro, los canales por los que pulula son míos; los excrementos, los míos; las sensaciones, las mías; la obscenidad, toda mía. Incluso aunque no soy nadie, siento dolor si me pinchas la mano, y ese dolor que siento es mío y solo mío y, aunque no le importe a nadie, a mí sí me importa.

No vi la luz un día de junio de 1956. Yo, el hijo de unos obreros nacido aquel año

en la maternidad miserable de un mundo sucio, la veo justo ahora, en mi imaginación. Creo, de hecho, que había visto mucha más luz antes, a través de los párpados pegados, pero también a través del resto de la membrana fina que envolvía mi cuerpecillo mientras flotaba todavía en la gruta ocupada por un solo diamante líquido y sostenía en brazos mi imagen en el espejo. Tras el baño de aceite luminoso del útero, tras el éxtasis de la vida en el capullo de otra vida, la tierra a la que fui exiliado, brutalmente arrancado de mi gruta, empujado entre las piernas de mi madre por un túnel de carne que me alargó la coronilla y estiró mi cuerpo como si fuera de masa, me pareció un sombrío, ceniciento territorio de ruinas. Nací en una realidad putrefacta en la que había unos agujeros en el tejido por los que podías meter el dedo, y mi búsqueda es precisamente la de esas rupturas y desgarrones del relato. Mis padres eran jóvenes entonces y también habían llegado a un mundo nuevo. Eran urbanitas recientes, habían dejado en el pueblo a toda su parentela e intentaban salir adelante en su nueva vida construida con tornos, viruta de metal, emulsión, pedales de telares, hilachas y ruidos ensordecedores. Pero también en la intimidad de su pequeño dormitorio de alquiler, en el que se amaban por las noches, torpes y puritanos, siempre con una especie de sentimiento de culpa. La luna del arrabal, filtrada entre los geranios de la ventana, blanqueaba sus rostros vueltos el uno hacia el otro. Durante mucho tiempo —incluso después de nuestro nacimiento— siguieron así: dos aldeanitos en la ciudad, intentando recrear su pueblo entre bloques de hormigón y fábricas que resoplaban y tranvías que tocaban la campana al llegar a los cruces. Procedían de zonas diferentes del país y no deberían haberse conocido jamás. Pero se encontraron en el mismo turno de vacaciones, pagadas por el sindicato, en un balneario —creo que en Govora—, donde la doncella y el doncel, ella de veinticinco años, él de veintidós, se rieron juntos en las verbenas para obreros y en el baile. Se pisaron mientras bailaban, se besaron apoyados en la pared de la residencia femenina, una villa antigua muy coqueta, y prometieron volver a verse en Bucarest, donde nadie tenía teléfono todavía y donde las parejas se perdían para siempre si se les escapaba una cita. Pero mi padre, aquel banateano moreno y guapo como un actor de los años de entre guerras —de tal manera que cuando se presentaba en algún sitio los colores desaparecían y todo volvía a ser en blanco y negro—, no quiso perderle el rastro a Maria y pidió el traslado a Bucarest, a los talleres ITB, para poder estar con ella. Cabalgando todo en día en los chasis del tranvía, apretando tornillos con la llave ennegrecida, pensaba sin cesar —hasta sus pensamientos eran en dialecto— en aquella chica que no solo era la primera que había conocido, sino que sería también la única. Mi madre, sin embargo, no estaba segura de querer pasar la vida con aquel «críо». Acababa de superar una gran decepción, se había enamorado de un estudiante que, tras hacerse médico, la había abandonado porque mi madre, siguiendo la tradición de su pueblo, Tântava, no había querido entregarse antes de la boda. Todo lo que tenía lugar entre un hombre y una mujer era una asquerosidad si no estaba santificado por el velo, la coronita y el vestido de novia, por la cruz besada en la

iglesia y las coronas nupciales colocadas sobre la cabeza. Ella le había comentado a su hermana mayor, aprendiza de costurera, que no quería criar a un chaval, aunque fuera esbelto y guapo y tuviera los ojos castaños más aterciopelados del mundo. Su hermana, mucho más expeditiva, la hizo entrar en razón: tenía veinticinco años, pronto la casarían las viejas. ¿A qué estaba esperando? Costel era un buen chico, serio, la amaba, tenía trabajo, no bebía, no fumaba. ¿Dónde iba a encontrar a otro como él? Además, le había pedido matrimonio una tarde en un puentecillo de Cişmigiu, después de que un fotógrafo los inmortalizara apoyados en la balaustrada, ella peinada al estilo «cicerón», él, con el cabello liso peinado hacia atrás con aceite de nuez… ¿Qué es lo que quería? ¿Quedarse para vestir santos? ¿Cuidar de los hijos de los demás? Podrían, incluso, pasar una temporada, después de la boda, con Ştefany con ella, en Dudeşti-Cioplea, porque tenían dos habitaciones y su hijo dormía con ellos en el cuarto del fondo. Tanto le dio la matraca que Maria dijo sí y se casó con Costel. Tengo ante mí ahora, mientras escribo, su foto de boda, la oficial, solo ellos dos ante un telón de pliegues de terciopelo y un jarrón de flores en un pedestal alto, junto a la novia. Esta foto, ampliada y enmarcada en un marco de estuco, estuvo mucho tiempo sobre su cama, en la celda de Silistra. Está retocadísima, pero aun así puedes distinguir en ella, más allá de la ropa de ceremonia —sin duda alquilada—, el miedo y el desconcierto de ambos, su azoramiento y rigidez en aquel doble ataúd, en el diorama de muñecos de cera de la foto inevitable. No consiguieron hacer que sonrieran: mi padre está serio y aprieta los dientes como si quisiera matar a alguien; mi madre parece estar pensando ya en las deudas que contraerían después de la boda, pues nadie les había regalado ni siquiera una cuchara. Por parte de él, no había venido nadie desde aquel Banat del fin del mundo, y la familia de mi madre era pobre y tacaña, muntenios malhablados y roñosos. El abuelo y la abuela, en la foto de grupo, son campesinos de pura cepa, él con un bigote recortado a tijera, ella con un pañuelo del que apenas sobresale la punta de la nariz, ambos con trajes populares y mirada extraviada. El oficial es el hermano de mi madre. La otra campesina es su hermana mayor. El resto de los invitados —ellos, calvos y barrigones; ellas, corpulentas y con tirabuzones— son los padrinos, las amigas de los telares, unos vecinos, ¿quién sabe? Costeluş y Aura, mis primos, son pequeños, tienen dos o tres años, y miran fijamente a la cámara con los ojos como platos. Es como si ante ellos, en la parte de la habitación que no se ve, hubiera sucedido justo entonces algo inesperado y milagroso, un número de prestidigitación con palomas o flores extraídas cándidamente de la manga.

Me costó desprenderme, aquel día de junio de 1956, a las once de la mañana, del abrazo de Victor, mi hermano gemelo. Nos habíamos acostumbrado a estar juntos, colgado cada uno —dos balones en el azur de la gruta de diamante— de la cuerda de su propio cordón umbilical. Habíamos crecido juntos, habíamos sentido al principio, tal vez, nuestros campos bioeléctricos —como unas luces blancas— en la forma de nuestros cuerpos acurrucados. Luego, cuando se formaron los ojos, abrimos los

párpados, nos miramos y sonreímos. Bajo aquella luz celestial, Victor era, por supuesto, el objeto más bello del universo. Tenía un cuerpo traslúcido como el de los minúsculos seres de las aguas estancadas. Nos miramos a los ojos durante varios meses, luego miramos las paredes orgánicas que nos rodeaban, tan inmaterializadas también por la luz, espesa como la miel, del líquido amniótico, que veíamos a través de ellas el mundo del otro lado, sin dudar un solo instante de que en algún momento sería el nuestro. Asimismo, filtrados por los latidos del corazón de mi madre, a través del gorjeo de sus intestinos, a través del silbido de sus pulmones, oíamos las voces, la música, el ruido de los tranvías y del llanto, y las carcajadas del exterior. Si hubiera podido, le habría dicho a Victor que se quedara allí. A veces no puedo evitar pensar qué bien habría estado que se hubiera escondido en algún sitio, que la placenta lo hubiera reabsorbido, que hubiera regresado al estado de huevo y que no hubiera nacido nunca. En un cuarto de hora llegamos, uno tras otro, idénticos los dos en nuestra precariedad —ninguno alcanzó los dos kilos, dos «gatitos», le diría luego el médico a nuestro padre— e infelicidad… Aquel mundo nuevo nos parecía sumergido en la oscuridad, ahogado como las fotografías de los periódicos, con los contornos emborronados por la tinta.

Durante unos meses mis padres se instalaron en casa de la hermana de mi madre. No sé cómo se las arreglaron con nosotros. Los tiempos eran, no hace falta decirlo, terrajes. Como mi madre se alimentaba solo a base de macarrones y *mermelada*, no tenía leche. No se encontraba leche en polvo. Mi padre llegó a dar un tercio de su sueldo para comprar leche de vaca de alguien que criaba dos o tres vacas en un huerto cercano. Era una leche azulada bautizada con agua e infestada de bacilos de tuberculosis. Así que, al cabo de unos años, con el test de la tuberculina me broto en el brazo una pápula del tamaño de un platillo y me enviaron al sanatorio de Voila. A los seis meses, mis padres nos cogieron, uno a cada uno —aparte de mi madre nadie nos diferenciaba, e incluso mi madre dudó tantas veces que no estoy seguro de si tengo derecho a creerme uno más que otro—, nos pasearon en el tranvía y nos llevaron, dormidos, a la habitación que habían alquilado en una casa con otras veinte habitaciones parecidas, en la calle Silistra, en Colentina. Allí viví hasta los tres años y también allí tuvo lugar la tragedia de la desaparición de Victor, cuando teníamos más o menos un año.

A decir verdad, yo no lo recuerdo, aunque está siempre presente en mi mente. A veces, de hecho, pienso que la ocupa por completo. Mi madre no ha querido hablarme nunca sobre él, sobre el perdido. Me he preguntado muchas veces si Victor habrá sido acaso un niño imaginario, nacido de quien sabe qué necesidad profunda de mi madre, tal y como algunas histéricas fingen un embarazo inexistente pero sienten todos los desgarradores dolores del parto como si fueran reales. Mis ricitos y mis dientecillos son una especie de reliquia arqueológica de mi existencia de entonces. Mis fotos —es cierto que la más antigua es de cuando tenía año y medio— muestran que, en unos días de primavera o de otoño, los fotones brotados del sol rebotaron en mis pestañas y

en mis mejillas y cayeron como una nevada sobre la película de la foto, corroyéndola, tal y como hoy en día otros fotones, desprendidos de un sol treinta años más viejo, rebotan en las pestañas del niño de la foto y entran luego en mi pupila. Pero ¿dónde están sus bucles, sus dientes de leche, sus fotos? ¿Dónde están sus ropitas de cuando era un bebé? Al fondo de una balda del armario amarillo, en la habitación del frente, mi madre conservaba todavía las mías… Allí, en una sala de partos con el techo agujereado, con goteras de agua llena de escombros que caían sobre las barrigas blancas de las embarazadas, anudaron nuestros ombligos, uno tras otro, con la misma cuerda de embalar, del mismo ovillo burdo. Yo continuo sacándome todavía hoy, secos y ennegrecidos, algunos trozos; tal vez él fue enterrado con la cuerda del ombligo y todo, y juntos se han podrido en la tierra.

El caso es que, por lo que cuentan los parientes, más o menos cuando teníamos un año nos llevaron a los dos al hospital, en ambulancia, calientes como estufas. Teníamos neumonía doble. No era raro: el suelo de nuestra habitación era de cemento, como el de una cárcel, mis padres eran pobres como ratas, el invierno fue muy duro, la nieve llegaba hasta las ventanas y la leña era cara. Los dos teníamos los pulmones débiles. Fueron suficientes unos días más fríos y más lluviosos para que en el mundo variopinto de aquella corte de los milagros (ladrones, prostitutas, basureros, artesanos, todos ellos unos barriobajeros malhablados que montaban escándalos sin cesar) proliferaran la gripe y los catarros. Puesto que los vecinos nos comían a besos a todas horas como si fuéramos los principitos del lugar —de lo que mi madre se sentía terriblemente orgullosa—, no resultaba en absoluto sorprendente que estuviéramos siempre enfermos. Pero nunca habíamos estado tan mal como aquella vez. Casi ni se podían tocar nuestros cuerpecitos martirizados por la fiebre.

El hospital era un edificio amarillo que se encontraba bajo unas nubes también amarillas, como si las nubes hubieran sido construidas y luego pintadas al mismo tiempo que el hospital. En el pabellón de los niños había treinta camitas de hierro blanco, pero tan viejas y desvencijadas que resultaba increíble que soportaran aún el peso de las niñas y los niños enfermos. Las enfermeras eran feas y desaliñadas. Todas se perfumaban con un agua de colonia barata que se vendía en frascos con forma de cochecito. Allí, en dos camas contiguas, agonizamos durante varios días. De vez en cuando nos ponían inyecciones, sin piedad, con unas jeringuillas romas que me aterrorizarían el resto de mi vida. Otras veces me plantaban la placa helada de un estetoscopio sobre la piel roja y caliente como un infiernillo. Agonicé allí, junto a otros treinta niños, días y días, hasta que la fiebre remitió, los ojos se me aclararon y pude distinguir, claramente, con todo detalle, la cainita vacía a mi lado. Aunque no lo recuerdo, nunca lo olvidaré.

Cuando nos llevaron al hospital, me contaba mi madre, nos auscultaron a los dos con el estetoscopio. Comenzaron conmigo, pero no me prestaron demasiada atención aunque estaba casi inconsciente por la fiebre. Cuando pasaron a Victor, siguió un momento de estupor. El doctor, un hombre de edad avanzada, paseó la placa del

aparato por el pecho enrojecido del niño, sin preocuparse por sus gritos, y luego abandonó la habitación, alicatada con unos azulejos como de váter público. Mi madre se quedó sola con nosotros un cuarto de hora, desesperada por no poder ayudarnos (cuántas veces me habrá dicho después que, siempre que he estado enfermo, rezaba para que la enfermedad le pasara a ella o que le sucediera algo malo con tal de que yo me pusiera bien), hasta que el doctor volvió con dos médicos más y empezaron a examinar de nuevo a Victor, en lugar de darle algo que le aliviara el sufrimiento. Se comportaban como si no se pudieran creer lo que veían, como si en aquel cuerpecillo hubiera algo fuera de lugar. Mi madre esperaba, aguantando la respiración, que los señores médicos le dijeran algo, pero parecía invisible a sus ojos. Como lo era de hecho, como lo eran todos los pacientes a los que, aparte de un primer «¿qué te duele?», pronunciado con la boca pequeña, los doctores no volvían a dirigirles la palabra una segunda vez, como si no fueran humanos dotados de entendimiento, sino meros perros o gatos. Les extendían deprisa una receta ilegible y los despachaban con cajas destempladas. Pero ahora pasaba algo. Mi madre escuchaba de vez en cuando un «imposible», un «fenómeno muy raro» y unas cuantas expresiones más en una lengua de pájaros que en vano se esforzaba por desentrañar. Cada vez más asustada por la agitación de los médicos, se atrevió por fin a preguntar si de verdad era tan grave, si su hijo estaba más enfermo de lo que parecía. Aquellos tres no se volvieron hacia la joven trabajadora que, llorosa y despeinada, llevaba días sin dormir; únicamente el primero que lo había examinado le lanzó por encima del hombro que Victor era «anormal», que al principio había creído que no tenía corazón o que su corazón no latía. Al final lo encontró, solo que en su caso el órgano vital estaba colocado al revés, con la puntita hacia la derecha. Y luego poco a poco, palpando las costillas y la tripita, se dieron cuenta de que el hígado estaba a la izquierda y que, probablemente, con cada órgano y cada elemento asimétrico de su cuerpo, Victor era un niño visto en un espejo. Todo lo que tenía que estar a la izquierda se encontraba a la derecha, y al revés. El otro médico soltó una frase que encontró hojeando un vademécum grueso y muy usado y que mi madre, aparte de algo que sonaba como «inverso» y como «total», no alcanzó a comprender. Me llevó bastante tiempo identificarlo, pero ahora sé que el doctor había dicho «*situs inversus totalis*», que no es sino un trastorno extremadamente raro: la persona tiene todos los órganos al revés respecto al eje de simetría vertical del cuerpo. Para mi madre, todo eso no quería decir nada, Victoraş podría tener incluso dos cabezas con tal de que se pusiera bien, de que dejara de sufrir esa calentura infernal de la enfermedad.

Victor no fue, no es idéntico a mí, como los gemelos nacidos del mismo zigoto, sino mi inverso, mi icono invertido en otra dimensión. No nos formamos en el vientre de mi madre abrazados, sino pegados a un espejo caliente, como dos crías de tiburón que forcejean en los úteros paralelos de sus madres. Nunca podría saber hasta dónde llegaba este reflejo: si afectaba solo a la inversión de los órganos o si alcanzaba también a las profundidades de la biología, a la inversión de los aminoácidos, a su

paso de dextrógiros a levógiros y al giro inverso de las espirales del ADN. Éramos idénticos por fuera, mi madre nos distinguía a duras penas, pero en las profundidades de la biología éramos tal vez todo lo diferentes que podían llegar a ser jamás dos personas.

Victor desapareció y con él desapareció tal vez la única razón, el único esplendor, la única belleza, la única oportunidad de mi vida. Sin él me he sentido siempre un gran mutilado, como esos troncos humanos que se dan impulso con las manos por el asfalto, plantados en un carrito con ruedas. Un niño nacido sin una mano o sin un ojo no podría estar más confundido, por lo que le han hecho los dioses, de lo que lo he estado yo, sin Victor, durante toda mi vida. He mirado con la mitad de la vista, he escuchado con la mitad del oído. Hay enfermos psíquicos que no perciben la mitad de su cuerpo o incluso la mitad del mundo. Desde que tengo un año, yo también he vivido de esa manera.

No recuerdo nada de lo que siguió después, los siguientes meses debieron de ser agónicos para mis padres. En el hospital les dijeron que mi hermano había muerto, les mostraron unos certificados con sellos y firmas. No les mostraron, sin embargo, ningún cuerpo. ¿Dónde lo habían enterrado? ¿Quién era el responsable de su muerte? No se sabía. Mi padre empezó a gritar por los pasillos, tiró del pedestal a la mujer embarazada de escayola, con el vientre seccionado y el bebé colocado cabeza abajo en el útero; agarró al médico del cuello y a punto estuvo de estrangularlo. Apareció primero un guarda y luego la policía. Mi madre gritaba enloquecida junto a la cabecera de la camita vacía, preparada ya para recibir a otro niño. Ahora temía perderme también a mí. Todos la habían tratado con paciencia, una enfermera incluso lloraba, pero no respondían nada ante los gritos de mis padres. A mi padre lo denunciaron por el molde roto y se vio obligado a pagarlo, en plazos mensuales, durante casi un año. Mis padres interpusieron numerosas solicitudes y reclamaciones que llegaron hasta el Comité Central, pero ¿quiénes eran ellos? No les respondieron jamás, no fueron recibidos en ninguna audiencia. En los talleres ITB, donde trabajaba mi padre, se presentó al cabo de unos días un hombre de aspecto antipático. Se identificó discretamente y le aconsejó que se calmara. De todas formas, no podría hacer que su hijo resucitara. Los médicos también pueden equivocarse, son personas como las demás, así que ¿qué iba a conseguir metiéndolos a todos en la cárcel? ¿De dónde sacarían a otros médicos? Mi padre no regresó a casa reconfortado, sino asustado. En aquella época dormíamos todos en una cama, en la habitacioncita de Silistra, Victor y yo entre mis padres. A partir de entonces solo me tendrían a mí, de vuelta a casa una semana después, recuperado pero esquelético y con el trasero lleno de marcas de pinchazos. En el patio, todos los vecinos —a cada cual más chiflado— estaban afligidos. Como mi hermano había desaparecido, yo me convertí en el señor absoluto del lugar, ya que era el único niño en aquella casa de alquiler abarrotada de gente. Las ladronas y las prostitutas se derretían por mí, no volvían nunca a casa sin caramelos para «la niña». Y yo, con el cabello largo y bucles de un rubio oscuro por

aquel entonces, pasaba de brazo en brazo ataviado con, según las fantasías de mi madre, vestiditos. Obreros que apestaban a petróleo, peludos como gorilas, me montaban en su motocicleta o en su bicicleta y me paseaban por el barrio como si fuera un precioso trofeo. Transcurría el tiempo y Victoraş, tan presente en otra época, más presente incluso porque éramos dos niños iguales, espectaculares como uno solo no habría podido ser, se fue difuminando en el recuerdo de todos, como se difuminaba también la doble naturaleza de los gemelos de nuestra familia. Me había quedado solo, amado como no me volverían a amar jamás. Mi madre me tenía en palmitas, mimado y protegido, sin perderme de vista, atormentado por demasiado amor y demasiado miedo. Desde aquel otoño me vi obligado a llevar dos e incluso tres gorritos, calados unos sobre otros. Me asfixiaba en invierno sepultado bajo las prendas más gruesas. Al más mínimo estornudo, me atiborraban de tanta penicilina y estreptomicina que apestaba a moho a veinte kilómetros de distancia. Fueron años en los que destruyeron, por amor, mi salud y, también por amor me torturaron de forma terrible, como lo harían durante las décadas sucesivas.

Penicilina y estreptomicina. Oí esas palabras cientos de veces durante mi infancia. En cuanto tosía una vez, se presentaba el médico. Aunque vistiera de blanco, él fue el hombre negro de mi infancia hasta que lo sustituyó el dentista. ¿Quién más ha descrito la infancia como una cámara de tortura? Pues así era precisamente para cualquier niño de los años 50 y 60. Al menos la poliomielitis, con todo su espanto, había pasado ya unos años antes, dejando numerosas víctimas entre nosotros: niños como los demás, llenos de vida, que correteaban por la parte trasera del bloque con una de las piernas atenazada por un aparato de metal. También los veíamos en la escuela a la hora de gimnasia: una pierna normal y la otra delgada como un bastón, la caja torácica prominente como la de los pájaros, el movimiento roto de la cadera… Unos pobres niños inválidos, más abrumados aún por la tristeza si tenemos en cuenta que sus ojos eran tan limpios como los nuestros, y su inteligencia, igualmente brillante. Tal vez los idiotas del barrio, aquellos dos o tres niños de rostros deformados y bobalicones, a los que paseaban arriba y abajo todo el día bajo los castaños de la Alameda del Circo sus madres, vestidas siempre de negro, como si guardaran un luto eterno por la hija o el hijo sanos que no tenían, fueran más felices con sus mentes incapaces de comprender su tragedia. Su aspecto —motivo siempre de diversión para algunos de mis compañeros— provocaba en mí un disgusto y un sufrimiento terribles, como la visión de los enanos con los que me encontraba casi todos los días en la Alameda del Circo. ¡Cuánto deberían de haber sufrido aquellos hombrecillos con cabeza de hombre adulto sobre unos cuerpos torcidos de niños raquíticos! ¡Cuánto odio, cuánta furia impotente y cuánta desesperación tenían que haber sentido! ¿Por qué precisamente ellos? ¿Por qué tenían que vivir en el infierno, carentes de esperanza, como eternos condenados en la única vida que se les había concedido sobre la tierra? Así debes de sentirte cuando te golpea de repente una enfermedad aniquiladora.

Hace unos años tuve, entre mis alumnos, a una niña como todas las demás, una niña agotada que cuidaba en su casa de dos o tres hermanitos más pequeños y que, sin embargo, no dejaba de estudiar. Tenía un rostro limpio, enmarcado por un cabello pelirrojo, liso, brillante como un espejo. Una niña guapa que en octavo empezó a adquirir los colores, las formas, la languidez de la adolescencia. En un recreo, los chicos de su clase arrancaron el picaporte de la puerta para utilizarlo como pistola de juguete. Las chicas inventaron de inmediato otro juego: miraban por turnos, a través del agujero en la cerradura, a sus compañeros, que imitaban algo al otro lado de la puerta. Nadie pudo entender cómo sucedió, qué sinrazón se coló, solo por un instante, en nuestro mundo, cuando le tocó a la chica pelirroja mirar por el agujero. A ambos lados de la puerta los críos gritaban, se empujaban, reían, los chicos intentaban levantarles la falda a las chicas o se daban golpes en «la caja de cambios». Y en medio de este mandala de brazos y caras y botones y cuellos, y zapatos, y trenzas, alguien volvió de repente a meter el picaporte en su sitio, empujando con toda su alma, y el ojo de la niña se reventó y la sangré chorreó por la puerta y por el suelo y los niños pasaron de estar enrojecidos a estar lívidos. La niña quedó desfigurada de por vida. Dos meses después volvió a la escuela con una gasa tapándole el ojo derecho. Me costaba muchísimo dar clase con ella allí, con aquella gasa sujeta con tiritas rosas en su rostro.

Cuando tenía que entrar en su aula, se me caía el mundo encima. Sería una tuerta para toda la vida. Una tuerta con un horrible ojo fijo, como el de los animales disecados. Una trabajadora tuerta, que se inclinaría sobre la máquina de pegar suelas en la fábrica de zapatos y luego regresaría a casa en tranvía. Una mujer que podría haber sido guapa si no le faltara un ojo, que habría tenido marido e hijos. Luego llegó el verano y la chica se fue de vacaciones, con su gasa y con su destino.

Pero no es necesario un aparato niquelado que atenace tu pierna, delgada como un pirulí, ni tampoco una gasa sanguinolenta, para sentir la fealdad de la vida. El médico que, ante el mínimo síntoma de resfriado o de inflamación de las amígdalas, se presentaba en nuestra modesta casa obrera venía siempre acompañado de una enfermera. Y la enfermera llevaba bajo el brazo una caja metálica en la que veía reflejada a menudo mi carita flacucha y morena. «Pareces san Sisoes, eres todo ojos», me decía mi madre. «Tienen un niño raquítico», añadía la enfermera. «Sol, aire, buenos alimentos… Eso es lo que necesita. Sáquenlo a la calle, que se deje de tanto libro, que no será filósofo». Pero a mí me daba exactamente igual lo que dijeran, porque mientras ellas parloteaban yo estaba pendiente del terrorífico ritual: aquella enfermera alegre y canosa, con los dientes manchados de carmín, sacaba rápidamente la jeringuilla de la caja, montaba la aguja y luego —esto es lo que más me asustaba— sacaba dos botellitas de un líquido blanquecino, turbio, con unos tapones de goma sujetos por una delgada armadura de metal. No era yo la primera víctima de aquella aguja larga y gruesa, con un corte diagonal en la punta, pues en primer lugar pinchaba el tapón de los frasquitos. La aguja absorbía entonces aquella agua babosa mientras el

frasquito quedaba suspendido en el aire, clavado en la aguja, hasta que la dosis completa pasaba al cilindro de la jeringa. Luego la enfermera sacaba la aguja y apretaba el pistón hasta que una gota minúscula, que olía a moho, brotaba por la punta. El aire se llenaba de moho; un moho verde y suave como las alas de las polillas se extendía por todas las paredes como si fuera humedad. Una capa de moho punzante cubría la ventana con una especie de flores de escarcha. El moho se extendía por los ojos de mi madre y de la enfermera, por el diafragma de piel —como de vejiga de pescado— del estetoscopio que el médico llevaba al cuello. Yo tenía moho en el paladar y en los pulmones —lo notaba perfectamente—, pero sobre todo en el cerebro, paralizado por el espanto. La araña, la cobra real, el escorpión de cuerpo transparente se acercaban a mí con un aguijón que destilaba veneno, no tenía escapatoria posible y, lo que era peor aún, mi propia madre, mi eterno santuario, me bajaba los pantalones junto con los calzoncillos —agujereados y amarillentos de tanto hervirlos—, se convertía en cómplice de mis verdugos sonrientes y maquillados, que me hundían sus dedos en la nalga contraída y me decían cortantes: «¡No te pongas duro, que no te voy a matar!», y luego —preludio siniestro—, me pasaban por la piel un algodón empapado en alcohol, terriblemente frío. Tiraban después del algodón húmedo y azul en un rincón: lo veía allí, arrugado, con las huellas más claras de los dedos de la enfermera, sentía tres o cuatro golpecitos en el músculo martirizado por el terror más de lo que lo estaría por el dolor, y luego el pinchazo de la aguja, el desgarro de la piel y de la carne, la irrupción, en las fibras musculares enervadas, de unos hilillos blancos por los que me escurría yo mismo —mi espíritu sensible al frío y al calor, a la presión y al rasguño, a la quemazón y a la rotura, al picor y al dolor—, y la liberación de aquel jugo de moho que formaba una bolsa infiltrada por mechones arborescentes de sangre. Lanzaba un grito y mi madre me sujetaba por los hombros. Su traición era lo que más me dolía. Todos a mi alrededor sonreían, resultaba de lo más extraño caer en manos de unos verdugos sonrientes. A continuación se marchaban y me dejaban los frasquitos de penicilina y estreptomicina «para que jugara con ellos». Y yo me levantaba de la cama humillado, me subía los pantalones y empezaba a cojear por la habitación. La primera dosis se convirtió en el primer punto rojo, hinchado, en la nalga. A aquella le seguirían otras veintitrés, cada seis horas, día y noche, unas veces en la nalga derecha, otras en la izquierda. En plena noche, cuando me despertaban para la inyección, todo era mil veces más terrorífico. Estaba medio dormido, la luz encendida bruscamente me cegaba, gente mala con agujas y cilindros arrojaba sombras largas en las paredes. Yo empezaba a gritar como en una pesadilla, me zafaba, me protegía desesperado, pero me agarraban de los hombros y me sometían, como un cerdo cuando le llega la hora, boca abajo sobre la sábana, me sujetaban con fuerza (mi padre, mi madre, el médico, quien estuviera por allí), y el insecto venenoso se acercaba de nuevo, implacable, a su víctima paralizada. Volvía a sentir el pinchazo vitriólico, mis tejidos se disolvían de nuevo en aquella saliva que apestaba a muerte y a ruina, me imaginaba que a través de la aguja me

inyectaban un animal delgado y feroz que me desgarraba por dentro. Luego me subían los pantalones del pijama con estampados de flores y mariposas, y los seres vivos de la habitación se retiraban, y la luz se apagaba, y en todo el universo oscuro solo mi dolor brillaba, como una estrella pulsátil, verde-amarillenta, con una corola deshilachada. Gimiendo como un animal solitario, me sumergía en el sueño, antes de que me despertaran, en unos amaneceres helados, para ponerme otra dosis.

Les había cogido tanto miedo a los médicos que mi primera fotografía, con un año y medio, me presenta enfadado y lloroso. Recuerdo bien cuándo me la hicieron. Me sacaron al patio donde, encerrados en un corral, los pavos ahuecaban las plumas y el moco del pico se volvía más rojo, y me sentaron ante una mata de lilas. Yo no sabía qué iba a suceder. El fotógrafo apareció de repente, con su aparato niquelado al cuello, sonriéndome como todos aquellos doctores malvados con sus estetoscopios. A duras penas consiguieron que me quedara quieto y, aun así, las lágrimas bañaban mi rostro; la infelicidad de mi carita sepia está todavía ahí, décadas después, como un estigma y como una profecía.

Para algunos, la primera infancia es un desarrollo mágico de colores y de rostros amados; para mí, en cambio, supuso un espectáculo violento de sombras y fogonazos de luz. No recuerdo a Victor pero sé que, unos seis meses después del parto, mi madre nos envió a ambos a la guardería porque ella tenía que volver a la fábrica. La producción era más importante que los niños y mi madre era una obrera ejemplar en Donca Simo, tenía a su cargo ocho telares que no paraban jamás. Los recuerdo, recuerdo —aunque me hayan repetido mil veces que no es posible— los amaneceres sangrientos en los que mi madre, con el primer rayo de luz, en medio de un frío terrible, me llevaba en brazos a la guardería. El desfile alucinante de edificios, el sol de púrpura elevándose majestuoso ante nosotros, nuestras sombras rojas alargándose a nuestro paso. El edificio pavoroso de la guardería, sus pasillos, el pólipo de los rostros de los niños en los dormitorios. Si hurgo en mi memoria para tratar de encontrar el primero, el primero y más antiguo de mis recuerdos, descubro este: me llevan en brazos, pero no sé quién, levito en un aire amarillo, luego hay un baño de puertas batientes, una de ellas se abre y me colocan (pero no la siento, de hecho floto sobre ella) sobre una gigantesca tapa de váter. ¿Qué era eso? ¿Qué estaba haciendo allí? Mi madre me decía que habíamos estado a punto de morir en esa guardería proletaria: «Aquellas mujeres os dejaban olvidados en los orinales, se les pasaba daros de comer, les importabais un bledo. Cuando llegaban las madres a recoger a los críos, se los encontraban llorando, llenos de cacas, ¡madre mía!». No había forma de que nosotros, los niños, nos adaptáramos a aquello: aullábamos desde la mañana hasta las cinco de la tarde, sin parar, hasta ponernos morados. Como no comíamos nada, estábamos transparentes por la inanición y el abandono. Al final mi madre nos sacó de allí, se enfrentó a sus jefes de la fábrica y presentó la dimisión. No volvió a trabajar nunca más. Se quedó en casa con nosotros hasta que sucedió la desgracia; luego solo conmigo, la mitad de un niño, como sigo siendo la mitad de un hombre a

día de hoy.

Conservo otro recuerdo extremadamente antiguo, vinculado también a la zona inferior, la de las excreciones y la vergüenza y que, sin embargo, no guarda relación con el primero. Soy muy pequeño, apenas me sostengo en pie. Me encuentro, por tanto, como en muchos de mis recuerdos y mis sueños, en una habitación de techos muy altos, bañada por una luz sucia. La pared que tengo enfrente me resulta indescriptible. Es la imagen más concreta de este mundo ilusorio que he tenido nunca en el cráneo. Una pared verde-amarillenta, desconchada, enmohecida, húmeda, irregular… En unas partes tiene la consistencia del barro, en otras es viscosa, en otras, lisa como un espejo. Regueros de agua corren por ella, se ramifican, se reabsorben en su costra y en su pus. A lo largo de esta pared larga y alta, en un suelo lleno de charcos, descubro una zanja. En la zanja hay orina antigua, tan rancia que ha erosionado el encofrado, y en la orina flotan unas formas inidentificables, pútridas, que exhalan una peste venenosa. ¿Estoy castigado? ¿Estoy encerrado en ese urinario? ¿Dónde me encuentro? ¿Quién me ha llevado hasta allí? Veo mi sombra aplastada en la pared y el suelo, pero no me siento a mí mismo. Solo soy parte de esa pared, de esa zanja inmunda.

Nuestra vida continuó allí, en la casa realquilada de Silistra, con sus rateros, chatarreros, colchoneros, con sus putas y sus ladronas. Se sucedieron unas cuantas estaciones, que yo percibía como oscurecimientos y resplandores alternativos sobre mi piel al paso de las nubes. Los geranios de las ventanas, con sus tallos peludos, abrían los capullos a medida que las flores se mustiaban, se volvían marrones, empalidecían y caían sobre el alféizar. En nuestra única y estrecha habitación, con una sola cama, un infiernillo para guisar y el suelo de cemento, mi madre me leía. Salía de vez en cuando al patio y después, más o menos a los dos años, empecé a salir también a la calle llena de barro y de charcos en los que se reflejaba el cielo. Ahora me parece que los años en Silistra fueron una primavera continua, cruel, surcada por vientos helados e iluminada por un sol como del inicio del mundo. A la calle salían también otros niños, de otros patios, pero a aquella edad no sabíamos todavía jugar juntos. Yo me limitaba a observarlos, no como a seres humanos, sino como si contemplara ovejas, gatos, perros vagabundos. No nos reconocíamos como seres de la misma especie. Vivíamos mucho más en nuestros pequeños cerebros que entre los albaricoques en flor y las casas de ladrillo del exterior. Me acercaba a los niños de mi edad, miraba sus orejas, sus dedos, la saliva que les caía de la boca. Luego miraba los tulipanes gigantescos, transparentes, de unos colores que no he vuelto a ver jamás, y el cielo en los charcos. Junto a nuestra casa, variopinta como un pólipo, se alzaba la pared trasera, ciega, de una casa vecina sobre cuya superficie plana alternaban, como sobre un plano desgastado, unas zonas revocadas y otras con el revoque caído cuyos antiguos ladrillos brillaban al sol. Tal vez de esa pared que bloqueaba el horizonte de mi infancia, como si separara una etapa de otra, procede la fascinación que siempre han provocado en mí las paredes ciegas, las extensas superficies de ladrillos sin

ventanas, invadidas por líquenes, sobre las que se asolean inmóviles unas polillas del tamaño de la mano. Abandonada quién sabe cuándo, trepaba por la pared una escala metálica pintada —Dios sabrá por qué capricho— de rosa (las barras cruzadas de metal que subían casi hasta el tejado) y azul claro (el motor de la base y la plataforma que se ponía en movimiento como si fuera un ascensor sin paredes). Aquella maquinaria invadida por las malas hierbas era el lugar de juegos favorito de los críos de mi calle. Con nuestros bombachos y nuestras camisetas sucias, nos plantábamos allí desde la mañana. Nos gustaba mucho aquella pared, volvíamos tanto las cabecitas para poder ver el borde clavado en el cielo, que nos crujían las vértebras del cuello. Nos gustaba tocar el muro para sentir cómo lo calentaba el sol. Nos asustábamos —pero también nos gustaba— cuando, tras rozar los huecos llenos de telarañas aparecían unas arañas insólitamente grandes y fuertes. Algunas recorrían deprisa nuestras manitas, pero no nos picaban, al igual que los perros callejeros, que atacaban a menudo a la gente pero a nosotros no nos hacían nada.

Nos reuníamos cinco o seis críos en la plataforma, entre las barras rosas (veo todavía el rosa grasiento, mezclado con mucho blanco, con cacas de gorriones y de palomas secas entre los huecos de los travesaños polvorientos), y el mayor del grupo, Mia Gulia, que tendría unos cuatro años, apretaba el botón roto, de plástico. El motor empezaba entonces a zumbar y a vibrar, y nosotros nos elevábamos lentamente por la pared ciega mientras la calle y las casas se hundían a nuestros pies. Divisábamos desde allí los globos multicolores de los postes del jardín contiguo y la maqueta de barco del primer piso de nuestra casa, y la tienda de ultramarinos con su balcón y, a lo lejos, un mezcla de árboles y tejados que para nosotros era como si se extendiera hasta el infinito, pues lo ocupaba todo y ninguno conocíamos el tamaño del mundo. O, más bien, para cada uno de nosotros el mundo era su casa, la casa vecina, la porción de la calle de enfrente, la tienda de ultramarinos a la que íbamos en brazos de nuestras madres. El resto era tan solo oscuridad y miedo.

Cuando llegábamos arriba, nos arrejuntábamos, nos aferrábamos unos a la ropa de los otros hasta casi arrancárnosla. En lo más alto había unas grapas torcidas y oxidadas que sujetaban el muro abombado para que no se desplomara. Entre ellas, entre los arbolitos que habían crecido allí a partir de semillas traídas por el viento, se habían retirado unos cuantos ladrillos para ventilar, probablemente, la habitación que quedaba al otro lado del muro. A veces conseguíamos mirar unos instantes a través del grueso rayo de luz que penetraba en diagonal a través de la abertura. Al otro lado del muro había una habitación grande y extraña en la que todo estaba inmóvil. Sin embargo, se nos antojaba que allí había alguien, alguien sin rostro, alguien de hecho fuera del alcance de la vista, fuera del mundo de sombras y de luces. Nuestro miedo se volvía entonces incontrolable. Gritábamos aterrados cuando descendíamos, por fin, en aquel ascensor sin cabina del que cualquier ráfaga de viento podría habernos hecho caer, pero no por miedo a la altura y al peligro, sino por el hecho de haber contemplado el inmenso y congelado vacío del interior de la casa de la pared ciega.

Saltábamos de la plataforma antes de que tocara, de golpe, el suelo, y echábamos a correr y nos escondíamos entre las piernas de nuestras madres, a las que nos agarrábamos desesperados. Las adelfas que llenaban el patio olían más fuerte que los guisos y los asados y las sopas que hervían en veinte habitaciones al mismo tiempo y que los perfumes de las putas y que las camisetas empapadas en sudor de los obreros.

Ahora ya sé por qué nos aterrorizaba tanto aquella abertura como de búnker que se encontraba en la cima de la pared ciega de la casa vecina. Porque era el ojo de la casa, porque nosotros no mirábamos, curiosos, por la hendidura estrecha entre los ladrillos cenicientos y viejos, sino que era aquella casa vieja y decrépita la que nos miraba a nosotros. La casa vecina, que habitualmente tan solo contemplaba el cielo, sorbía cada día nuestras caritas sucias, legañosas, llenas de mocos, nuestros ojos castaños, nuestros dientecillos torcidos en unas bocas asombradas abiertas de par en par. Con un único ojo en su frente de edificio inacabado, la casa nos robaba el alma para fabricarse una con ella, intentaba atraernos hasta allí, a la habitación silenciosa y helada, para que contempláramos infinitamente el cielo a través de su única abertura.

Solo uno de los días en que subimos al cielo siguiendo la pared vimos a alguien en el interior. A través de la estrecha ranura del muro nos miraba una mujer, una especie de reina de las nieves. Las nubes de verano se reflejaban en sus grandes ojos abiertos de par en par en cuyas pestañas brillaban —¿en pleno julio?— copitos de nieve. También su cabello estaba nevado y desprendía vaho. Siento todavía el apretón de su mano cuando, sin mirar a los otros niños, estiró el brazo desde su mundo como si lo sacara del espejo y me cogió la manita con su mano de uñas pintadas. Siento todavía ahora aquel clic, como dos imanes que se pegan bruscamente, pero no sé si fue el de nuestros ojos o el de nuestras manos unidas durante un instante interminable.

Crecía, habíamos crecido todos como si, tras arrojar a Victoraş de la barquilla, nuestro globo se hubiera elevado deprisa, llevando consigo la casa realquilada de Silistra, las adelfas, la calle, la tienda de ultramarinos. Poco después, la habitacioncita en la que mi madre y mi padre, solos y milagrosamente jóvenes, se habían amado y hablado en dos dialectos, en la que fuimos luego cuatro —todos en la misma cama— y finalmente solo tres, no quiso albergarnos más y nos expulsó de su vientre. Victor se convirtió en una tumba vacía en Ghencea, adonde durante muchos años llevé flores el día de mi cumpleaños. Yo me había convertido en el niño-niña con trencitas hasta los hombros. Mi padre se había convertido en un estudiante de Periodismo y nuestra vida tomó otros derroteros. Solo mi madre siguió siendo la misma ama de casa que cuidaba de todos nosotros. Solo en su mente no he conseguido entrar nunca, como si todas las puertas y las ventanas estuvieran tapiadas. ¿Por qué tardó tanto en contarme que tuve un hermano gemelo? ¿Por qué «no recordaba» (¿cómo es posible algo así?) el día en que murió? ¿Por qué unas veces Victor moría a los cuatro meses, otras veces a los seis meses, a los ocho y, algunas veces, con un año? ¿Por qué unas veces era mi gemelo y otras, para mi desesperación, había nacido un año después de

mí? ¿Cómo era posible que ese enigma siguiera vigente en nuestra familia? ¿Por qué no le preguntaba directamente a Dios qué había pasado? ¿Por qué no cogía sus manos ennegrecidas, sobre la mesa, y obligaba a mi madre a decirme la verdad? ¿Por qué no le pedía que me diera de mamar bajo los cimientos de la casa para aplastar con la casa su pecho caído —con una areola increíblemente grande— hasta que me dijera toda la verdad? Eso es lo que sucedía en los cuentos que mi madre me contaba, así descubrían los héroes que habían tenido una hermana o un hermano. No lo hice nunca porque en mi familia, envuelta en una especie de frialdad, las cosas no se resolvían así. Solo éramos seres que se reunían en torno a la mesa o en la cama. Mi madre y mi padre solo hablaban de dinero. Mi padre *y yo* solo hablábamos de fútbol. Mi madre *y yo* no hemos hablado nunca de verdad. Tuve que dar vueltas en torno a ella, como si fuera una estatua en un jardín, para intentar comprenderla. Si de repente hubiera empezado a hablar, me habría dejado tan estupefacto como si una mujer de mármol hubiera movido los labios al pasar a su lado en un museo. Nos daba miedo hablar, ni siquiera nos imaginábamos que fuera posible. Creo que incluso aunque nuestra vida hubiera corrido peligro de muerte, no habríamos conseguido hablar de verdad. Con el paso de los años, una costra de porcelana aislante cubrió cada trocito de nuestra piel cálida, y en casa solo se oía el tintineo de la cerámica al chocar cada vez que nos encontrábamos en la misma habitación.

Por tanto, tuve que inventarme los detalles, imaginar escenas, poblar con personajes y sentimientos el vacío en el que transcurría nuestra vida, tuve que parir a mi madre yo mismo, a mi imagen y semejanza, para dejar de ser un huérfano en este mundo. Hoy ya no distingo mis alucinaciones de la realidad, las palabras puestas por mí en su boca del tintineo de la porcelana, los hechos traslúcidos de los opacos. Solo sé que la primera anomalía de mi vida es Victor, y que la incertidumbre y la desconfianza que acompañan siempre las señales celestiales nacieron del mismo vientre que yo.

Capítulo 13

CATY da clase de Química pero, de hecho, se pasa la hora hablándoles a los alumnos, como si estuviera contándoles un cuento, de su casa en Cotroceni, de sus once habitaciones, de sus muebles Renaissance, de las docenas de jarrones de Bohemia, de los grabados originales de las paredes, uno de los cuales cuesta tanto como un apartamento entero. Ni siquiera sabe cuántos vestidos acumula en los gigantescos armarios empotrados, pero se los describe todos a los niños con unos detalles que sus mentes visualizan con avidez. Tampoco es tan difícil: Caty luce un vestido diferente cada día, un nuevo par de zapatos, un nuevo color de cabello, y es tan deslumbrante que hasta el cabello ceniciento de los niños adquiere tonos rojizos, azulados y anaranjados gracias a la irradiación de su piel, por la que las cremas y la espuma de baño suben y bajan, en flujo y reflujo, siguiendo las fases de la luna. Sesenta y ocho ojos brillantes la contemplan con avidez, como si fuera un hada, mientras que ella, con afectación, dándose aires ante unos pobres críos de barrio, les habla sin parar sobre la verja que le ha costado cuarenta mil lei y sobre la fuente del jardín, cuyas aguas cambian de color cada cinco minutos, y sobre los gatos y las alfombras persas y sobre su hijo, que estudia alemán con *Fräulein* y que deslumbra a todo el mundo con su belleza y su inteligencia. Ninguna mujer ha tenido jamás la boca de Caty, casi redonda, casi un círculo intensamente rojo, partido en dos, en horizontal, por una línea sensual de tinta china. Es rubicunda y floral, mentirosa y halagadora, falsa como solo una muñeca grande y cálida puede ser, con unos aterciopelados ojos castaños. Te la comerías en un bocadillo incluso a sus cuarenta y pico años. A los veinte debió de ser un fruto homogéneo, como una banana dentro de la cáscara, rellena de pies a cabeza con la misma sustancia deliciosa. Sin duda alguna, si hubieras penetrado en su piel de melocotón, aquella sustancia del color de la felicidad te habría impregnado a ti también de arriba abajo, te habrías confundido con la dulce mujer hinchable con las piernas abiertas debajo de ti.

En los últimos cinco minutos de clase, Caty pasa bruscamente de Chanel, Coty, Lancóme, Giorgio Armani y Dior a otros nombres igualmente extraños para los niños: flúor, cromo, bromo, yodo. Luego sale del aula con un séquito de niñas que la acarician, tocan el vuelo de su falda pastel, aspiran insaciables el perfume de su cabello y sus sobacos. Todas querrían ser como ella, tener una villa en Cotroceni y un marido grande y gordo, empleado del Ministerio de Asuntos Exteriores, un hijo genial y toneladas de vestidos evanescentes, perfumados, plisados, sedosos, untuosos, transparentes, fruncidos como claveles y como labios, en los gigantescos armarios empotrados. Caty desciende las escaleras de mosaico, atraviesa —iluminándolos— los pasillos oscuros y siniestros y llega a la sala de profesores, donde recibe sonriente,

gorjeante, pestañeando, el odio de todas sus compañeras. «Queridas —les dice en cuanto cruza el umbral de la puerta—, estoy extenuada, no sé qué me pasa. Ya veis, ayer limpié, uno a uno, los ciento cincuenta y seis cristales de las puertas interiores. Los conté: ¡ciento cincuenta y seis! ¡Cómo no me voy a volver loca!». Y se deja caer, agotada, en la primera silla, contemplando por el rabillo del ojo el efecto de sus palabras en los rostros —que no pueden ponerse más verdes que de costumbre— del resto de las profesoras. Ellas adoptan también esta vez su táctica habitual: Caty no existe. No se molestan siquiera en interrumpir su cháchara sobre supositorios y polvos de talco. La pintura al óleo, verde oscura, de las paredes en las que cuelgan sabios y escritores uzbecos se refleja en sus caras, en los dientes, en un desaliño general. Caty es un fuego artificial que no existe. «Cuando trabajas tanto, chicas, da igual tener servicio… Tienes que echar también tú una mano, a veces piensas que te sobran el niño, el marido, el… amante… Te dan ganas de salir pitando». Caty no duda en insinuar que el funcionario de Exteriores no es el único que disfruta de su trasero perfecto y de sus pechos con pezones inusualmente altos, esa pausa delante de la palabra es solo para que suene más incitante y para hacerse la interesante. Les hablaría igual a los borrachos de cualquier tugurio, a las gitanillas con escobas de sorgo de la esquina de la calle, a los ciegos y a los sordos, tal vez incluso a las paredes vacías, pues las palabras contenidas en su piel suave y aromática deben vaciarse periódicamente, como una ubre demasiado rebosante, indiferente a quién la ordeñe. Zangolotea en la silla todavía unos minutos y, aunque ya ha sonado el timbre y las «chicas» se dirigen a clase, empieza con otra historia: «El sábado por la noche nos llevamos un susto… ¡Estuvieron a punto de colarse en casa unos ladrones, queridas! Menos mal que hemos electrificado el picaporte. ¡En cuanto el tipo le puso la mano encima…, allí se quedó! No los mata, pero les da una buena sacudida y les quema las manos, qué desgraciados… Imaginaos, chicas, en nuestra casa de dos pisos…, once habitaciones, una verja de hierro que nos ha costado cuarenta mil *lei*… Es cierto que mi marido tiene una pistola, pero con el picaporte electrificado —que fue idea mía— podemos dormir mucho más tranquilos». La última en salir con el cuaderno, Băjenaru, la de Matemáticas, olvida indignada que esa mujer de flores y mentiras no existe y le espeta: «¿Y si entra un niño y toca el picaporte? ¿Es que no has pensado en ello?». Caty no se inmuta, se le ha ocurrido algo todavía más descabellado, pero yo también salgo y la dejo revelando a los sabios montenegrinos de los cuadros el pequeño secreto de su detector de niños.

No habría malgastado unas páginas preciosas aquí con semejante ñoña si no hubiera llegado a través de ella a los piquetistas. El verano pasado me tocó estar de guardia un domingo. Es algo que nunca me ha importado, sobre todo con buen tiempo pues, al fin y al cabo, lo mismo que hacía los domingos en casa —escribir mi diario—, podía muy bien hacerlo en la pequeña secretaría de la planta baja de la escuela. El domingo no había nadie más en todo el recinto. Si caía en el tercer trimestre, con tiempo veraniego y luz deslumbrante, la escuela desierta permanecía

melancólica y encerrada en su enigma como un templo antiguo del que no se puede afirmar siquiera que sea un templo. Las clases vacías aúllan entonces de soledad como un oído que sufre de acúfenos, la escuela entera se transforma en un oído que escucha sus propios pitidos y el zumbido ahogado de la cóclea. Ni siquiera bajo esa luz fantasmal me atrevo yo a cartografiar los pasillos infinitos. Delimito mis paseos al primer piso y luego vuelvo a la secretaría y me pongo a trabajar.

Aquel domingo de nubes de verano sobre el cielo recortado por la antigua fábrica y por la torre de agua, yo estaba inmerso en mi diario. Relataba un sueño terrorífico que me había despertado la noche anterior (en el centro de la ciudad había explotado una bomba nuclear, sabía que la onda expansiva se extendía con rapidez destruyendo los edificios e incendiando árboles a su paso, licuando personas, y corría con todas mis fuerzas hacia el refugio subterráneo junto a nuestra casa en Floreasca), y justo entonces se abrió la puerta y apareció Caty, radiante como un pseudópodo del viento palpitante y abrasador del exterior. Su boca, sonriente, como un pétalo de amapola partido por una línea temblorosa de tinta. Le sorprende encontrarme allí, uno de los dos no ha entendido bien las órdenes de Borcescu, probablemente ella, que es bastante despistada. Bueno, en cualquier caso, ¿qué iba a hacer a mi casa? Tony está en el parque con *Fräulein*, a Matei le han llamado del Ministerio… Caty se sienta en la silla frente a mí, entre nosotros está el escritorio, como un Mediterráneo al otro lado del cual irradia un Tánger intangible. Todo lo que lleva es «del paquete»[10], son marcas de las que la gente solo ha oído hablar como se oye hablar del Grial o del lienzo de la Verónica. Un catálogo de Neckermann va recorriendo todo el barrio, las amas de casa lo van cogiendo prestado y, por la tarde, para descansar de tanto trajinar entre pucheros, se preparan un café, encienden un BT y, con el catálogo en brazos, sueñan. Las mujeres y los hombres de esas páginas gruesas y satinadas son de otro planeta, de otra dimensión. No puedes llegar a alcanzarlos, como no puedes superar la velocidad de la luz, como no puedes viajar en el tiempo. Pero tampoco quieres llegar hasta allí, como tampoco querrías entrar en la pantalla gigante y responder a Robert Redford cuando vas al cine. No quieres porque es imposible y precisamente porque no se puede, sueñas toda la tarde, con el Neckermann en brazos, contemplando los vestidos y las blusas y los zapatos y los bolsos y los precios en marcos y, en las últimas páginas, las fotos de lugares de vacaciones en todos los océanos y todos los archipiélagos, con piscinas de agua gelatinosa, azul, con gigantescas naves de crucero, con hombres y mujeres jóvenes, perfectos como la perfección misma, ante la barra de un bar, sentados en taburetes, bebiendo algo verde como la carne de las medusas en unas copas cónicas… Hay también, incluso, hombres solos que se hacen con algún Neckermann para toquetearse ante esas páginas plagadas de rubias y morenas increíblemente guapas, en bragas y sujetador, mujeres de cabello satinado, con pestañas dos veces más largas que las naturales, prueba de que no son humanas, de que pertenecen a otra especie, a un mundo intangible. Hay una diferencia de fase cuántica entre nosotros y ellos, su realidad es

brumosa y no intuitiva, y así era, aquel domingo de hace tiempo, la realidad de Caty, su perfume a almizcle bajo la barbilla, entre los pechos, entre los muslos y entre las nalgas envueltos en velos de tela de estampados rosas, veraniegos.

No me siento cohibido por Caty, a pesar de que estoy divorciado y me va fatal con las mujeres. Me alegra que, en cierto sentido, alguien me haga compañía, aunque lamento no poder seguir escribiendo en mi cuaderno, tener que cerrarlo por hoy. Son ya las tres y hace mucho calor, estoy solo en un edificio sin límites con una mujer con la que no tengo nada de qué hablar, pero he de afrontar esta situación como me enfrento a tantas otras. Menos mal que, por supuesto, ella se ocupa de la conversación. Qué más se ha comprado, qué más le ha traído Matei (normalmente anillos o collares: cuánto pesan, cuántos quilates tienen los diamantes…), qué otras ocurrencias ha dicho Tony… Hoy, antes de venir a la escuela, ha pasado a visitar a una amiga que acaba de regresar de Copenhague. ¡Ya verás lo que me ha traído la muy loca! Caty revuelve en el bolso de playa, de mimbre, y saca un paquetito blando, envuelto en papel del color de las lilas. «Precisamente me hacían falta, que aquí por mucho que busques no encuentras más que horrores», parlotea ella mientras se esfuerza, con las uñas pintadas en el mismo color que su sorprendente boca, por soltar el nudo del lacito. La luz en la secretaría es moteada como en el bosque y lanza cientos de miles de matices de naranja y rosado y ciclamen y verde limón y un morado de higo sobre sus rozagantes mejillas, su nariz respingona, sobre el corpiño perlado de la gran mujer de goma que, por fin, ha soltado el nudo y ha sacado, de ese papel de seda similar a aquel con el que envuelven las naranjas, unos objetos de tela sedosa que al principio no distingo bien. «Bragas, hombre, bragas de señora, ya ves qué regalo tan chiflado… Miki está como una cabra, por eso me cae tan bien…». Coge cada una de las braguitas entre los dedos y las estira ante mí, como si sujetara las alas de unas grandes mariposas tropicales. Caty espera que yo las toque, que las palpe, que admire el modelo, tal vez incluso que me las pruebe. En cualquier caso, sé que sería un error garrafal interpretarlo como una incitación y abalanzarme sobre ella. Estoy en una situación tantálica: tengo ante mí las frutas tentadoras, pero si alargara la mano… «Sí, son preciosas», le digo, como le habría dicho una de sus amigas. Caty les lanza otra mirada posesiva y, plenamente satisfecha, las deja caer de nuevo en el bolso. «Aquí no encuentras ni bragas de algodón, qué miseria…». Sigue gorjeando sobre el cuerpo de sus amigas, que si han engordado, que si han estado a dieta… Con las arrugas no hay nada que hacer, aparecen con la edad por mucho que te cuides, lo mismo pasa con las patas de gallo… Gracias a Dios, ella se libra por el momento, pero…

Y aquí, de repente, aunque estaba hablando mientras miraba por la ventana, de los gorriones que saltaban entre los árboles en Dimitrie Herescu, recortados en cuadritos finos por la cortina de hilo, Caty se vuelve hacia mí y me mira a los ojos. Su voz sigue siendo la misma, frívola y sexual y cascada, pero su rostro adquiere de pronto algo masculino, como si hubiera envejecido bruscamente un par de décadas: «¡No te

puedes imaginar lo mal que me sentó cumplir los cuarenta! Qué desesperación y qué angustia sentí entonces… Cuánto lloré aquel día al pensar que lo mejor de la vida ya había pasado… ¿Por qué tenemos que envejecer? ¿Por qué nos arrebatan la belleza y la alegría?». No eran preguntas retóricas. Caty estaba inclinada hacia mí y esperaba una respuesta. Me miraba con tanto odio y desesperación que, si hubiese sido yo el que le hubiera robado la juventud y la belleza y se las hubiera escondido, como unas piedras preciosas, en una cueva, se las habría devuelto de inmediato, le habría pedido incluso disculpas… «Pero Caty —le digo—, tú eres la última que debería quejarse…». No me deja continuar: «Pues sí, me quejo, es una injusticia y tengo que quejarme. O si no ¿qué? ¿Además de puta (perdona, pero somos colegas) pongo la cama?». La obscenidad retumba como un disparo entre las paredes de la secretaría. ¿Qué demonios está pasando? Se me baja la erección que he tenido al ver las braguitas, pues el cambio de registro es súbito y sorprendente, como si el gato que te pide comida en la mesa empezara a hablarte de repente, no solo en una lengua humana, sino con doctas alusiones al mito de la caverna de Platón. Caty está ahora tan concentrada y tan seria, que me cuesta reconocerla. Bajo su máscara al pastel, elaborada con las plumas de todos los pájaros de la jungla, asoma el rostro negro, sudoroso, del chamán… «¿A ti te preocupa envejecer y morir? ¿Te preocupan el cáncer y la parálisis?». Caty, en otro momento el objeto más encantador del mundo, se arrugaría y se cubriría de sal como esas perlas que envejecen en joyeritos mohosos. Su grito de pánico ante los años que, inevitablemente, estropearían sus dientes y mancharían su piel era el negativo de sus gritos de placer en medio de la noche —por los que la conocían todos los vecinos—, igualmente agónicos y, en cierto modo, igualmente vitales. Poco a poco, el pánico en sus ojos —que la afeaba— se apacigua y ella sigue hablando con el automatismo implacable de los penitentes que llamaban a veces a la puerta para entregarnos unos folletos mal impresos: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida». Al parecer, tampoco en el mundo paralelo de Neckermann, desde el que se había lanzado en paracaídas nuestra profesora de Química, eran las cosas tan glamurosas. El día en que cumplió cuarenta años, atraídos en cierto modo por sus sollozos delante del espejo, como esas mariposas esfinge de calavera que perciben, con sus antenas peludas, las feromonas de la hembra a decenas de kilómetros, en su vida entraron los piquetistas.

«Mi casa estaba llena de invitados, era un manicomio, pero yo, aunque no te lo creas, estaba encerrada en el baño, sentada sobre la tapa del retrete, y lloraba. ¡Cuarenta años! ¡Pero si toda la vida había creído que a los cuarenta años las mujeres eran unas viejas! Así les llamábamos a las profesoras cuando éramos unas crías de instituto: la vieja de Matemáticas, la vieja de Historia…, la vieja de Rumano… Esa edad no era para mí. ¿Cómo podía imaginar entonces que yo también llegaría tan rápido a ser la vieja de Química? Sí, querido, todo ha sucedido demasiado rápido, como en un sueño. Me miraba al espejo mientras lloraba estrujando un trozo húmedo de papel higiénico en la mano… ¡Estaba horrible! Ya sabes, el rímel corrido, la cara

hinchada… Matei llamaba de vez en cuando a la puerta… ¡Un desastre!». Solo los piquetistas la salvaron y la ayudaron a seguir adelante, a teñirse el cabello salpicado ya de hebras plateadas y a elegir vestidos que disimularan su figura corpulenta. Sin ellos, ella misma habría agarrado el famoso picaporte, «pero le habría puesto miles de voltios, que tenemos un generador en el sótano para cuando cortan la luz».

No me resultaba completamente desconocido el nombre de «piquetistas». A la escuela venían de vez en cuando unos policías que les hablaban a los alumnos sobre las reglas de tráfico, sobre ética e igualdad socialistas, sobre cómo debían comportarse si un coche se detenía a su lado y un desconocido les ofrecía caramelos. Y también sobre las sectas extremadamente peligrosas que, al parecer, habían proliferado en los últimos tiempos y hacían propaganda por toda la ciudad. Gordo y sudoroso, cohibido por los ojos de los chavales que lo contemplaban con la boca abierta, el brigada se balanceaba y leía, en un papel arrugado que había sacado del bolsillo, los nombres de las sectas más sospechosas, trastabillaba al silabear, se detenía de vez en cuando para recuperar el aliento. Los profesores nos enterábamos también, de paso, de que en el barrio de la escuela habían aparecido los emisarios de una forma de pensar «que no tenía nada que ver con la doctrina materialista, marxista-leninista que, queridos niños, promueve nuestro partido». Los esenios, los simonitas, los menandritas, los satornilitas, los oficitas (no los confundáis con los oficiales, queridos niños, ja, ja…), los naasenos, los peratos, los barbelognósticos (estos no se afeitan jamás), los carpocratianos, los mandeenos, los elquesaitos, los nicolaítas, los trascendentales, los misianos y los piquetistas eran las sectas más terribles y perversas. Sus mensajeros secretos parecen gente corriente. Puede ser la vendedora de la tienda de ultramarinos, el basurero, el del depósito de bombonas de butano, puede ser incluso un policía, aunque al brigada le cuesta creerlo, pero —y aquí abre los ojos de par en par como los críos— los puedes reconocer a todos gracias a una sola señal. «Niños, si un adulto, incluso vuestra mami o vuestro papi, cuando estáis a solas con él, abre el puño y os muestra un insecto en la palma de la mano y os mira fijamente, es que es un sectario. Echad a correr a toda pastilla, porque quiere que también vosotros os hagáis sectarios como él, que beséis el hocico de las serpientes y que comáis bebés y que hagáis toda clase de cosas prohibidas por la moral comunista». Los niños se quedan helados. Durante semanas enteras, tras el encuentro con el policía, me escriben redacciones tituladas «El primer día de clase». «Cómo he pasado las vacaciones», «Ha llegado el otoño», «Mi compañero favorito», en las que aparece siempre el hombre del insecto. Si van comprar el pan, la panadera abre la mano roja y, con una sonrisa abyecta, les enseña una langosta verde y elástica. Todos los transeúntes guardan en la palma un escarabajo metalizado, una escolopendra dura como el alambre, un grillo o, al menos, una mariquita. Como tienen miedo, los críos ya no vienen a la escuela, donde los profesores extienden la mano sobre la clase para soltar un ciervo volante imperial. Se esconden en los sótanos, suben a los árboles, esperan a que pasen las sectas como las nubes de

tormenta. El hombre del insecto se les presenta en sueños en los que el bicho crece de su palma carnosa, es parte de su cuerpo. El hombre del insecto ya no ve con sus propios ojos ni piensa con su mente: el insecto ve y oye por él, como si llevara su cabeza en la mano.

En su fiesta de cumpleaños, Caty pasó a formar parte de los piquetistas. Fue hacia el amanecer, después de bailar toda la noche con la obstinación y el exceso de celo de quienes, al superar los cuarenta años, el ápex de la bóveda, de la piedra angular de la curva de la vida, renuncian a mirar al futuro. Bailaron en la oscuridad, se toquetearon como en la adolescencia, pero no con voluptuosidad, sino de forma ostentosa, oscura y triste: todavía te deseo, aunque conozco y requeteconozco cada centímetro de tu piel, aunque les digo a los niños que «el amor se transforma con el paso del tiempo en una especie de amistad llena de responsabilidad», que la gente permanece en pareja no porque se quiera toda la vida, sino para educarlos a ellos y, en general, «para hacer cosas juntos». Ya no fingían que hubiera algo entre ellos; de hecho, habrían querido que existiera y se habrían dejado la piel por poder volver a sentir amor y ternura o, al menos, un deseo animal, el uno por el otro. Habrían querido deslizar los dedos —como lo hicieron en otra época en la sombra densa de los portales de unas casas antiguas o en los bancos de los parques, avanzada la noche, o en las fiestas de la adolescencia—, en las bragas de la chica inocente pero curiosa de entonces, o en los calzoncillos del chico apasionado y torpe, para sentir los sexos húmedos y calientes. Sabían, sin embargo, que ahora los labios de la vulva estaban secos, y el pene, semierecto, y que abril, mayo y junio habían pasado como en un sueño, sin posibilidad de retorno. Los hombres, calvos y canosos, habrían dado cualquier cosa por volver a sentir, sí, incluso aquel atroz dolor de testículos con el que regresaban a casa, durante diez paradas de autobús, por la noche, después de pasar horas muertas en el banco de un parque apartado con la chica que ahora, una mujer madura, se mueve con dificultad entre sus brazos, sudorosos y ardientes como no volverán a estar nunca más en esa vida que se degrada inexorablemente. Tocar los pezones de la chica amada, a la que deseas con una especie de locura mortificante, sentir los rizos de su pubis y ese extraño territorio entre sus muslos, modelados de forma diferente a los tuyos. Que se vuelque en ti, cuando contemplas el deseo en sus ojos, cuando sientes su lengua dulce y su abandono ante tu agresión, el jugo dorado de las endorfinas, la droga del enamoramiento que es el destilado, en un matraz de cristal de roca, de otra droga, la de la pasión y la erección y la penetración y la eyaculación. Morir y resucitar en una hora de amor, fundirte con el cuerpo del otro y que él se funda en el tuyo. No tocar los pechos, sino que tú tengas pechos. No apretar entre las manos pequeñas, con las uñas pintadas, el cilindro de carne ardiente, con las venas hinchadas y la cabeza húmeda, de los hombres, sino que tú misma tengas un pene, crecido en el cuerpo de tu amado, es decir, en tu propio cuerpo. Ver con cuatro ojos, cuyas pestañas se unen y se entrecruzan, la cuarta dimensión, la danza nupcial del futuro, la serie de noches de sexo futuro, oír los gritos de tu amada, el gemido

profundo del hombre amado, repetidos cientos y miles de veces, como eslabones de la cadena sexual de nuestras vidas… Todo esto había pasado, se había escurrido, se había marchitado, había languidecido, se había secado como unas ramas por las que ya no circula la savia. Caty y Matei bailaron toda la noche sin sentir deseo ni amor, pero al amanecer, borracha de Martini, con el rostro marcado todavía por las lágrimas y la cara emborronada por el carmín como una mancha obscena, la mujer hinchable de mis sueños salió a la calle y se sentó en los escalones de la entrada. Hacía frío, las nubes eran fluorescentes y amenazadoras, pero detrás de ellas se adivinaba ya un poco de azul. Pensaba en buscarse un amante y empezar una nueva vida, seguramente era tan solo una idea sin consecuencias, madurada en medio de la desesperación y el miedo; de hecho, pensaba en su propia juventud, en la luz que la había bañado durante tantos años, en su perfil *botticelliano*, en los céfiros que enredaban su cabello largo hasta los muslos. Estaba enamorada sin esperanza de ella misma de joven, era una lesbiana enamorada de su propio cuerpo de antaño, de su gracia y su locura de entonces, de sus ojos limpios y brillantes, de sus vestidos, de sus delicados zapatos de tacón increíblemente alto… Habría querido regresar allí, habría querido no haber partido nunca de aquel lugar…

Y entonces —me contó Caty en aquella secretaría sórdida, salpicada sin embargo por una luz como de confitura—, entonces salió de casa y se sentó a su lado, en el escalón frío, de cara al jardín, Virgil, «bueno, tú no lo conoces, es un amigo nuestro, un físico de Măgurele, Matei lo conoce desde hace mucho tiempo y, cuando está en Bucarest, le invita a una cerveza o a nuestras fiestas». Se quedaron allí, juntos, fumando y hablando, unas dos horas, contemplando cómo se elevaba el globo púrpura de sol ante ellos, bañándolo todo en ámbar y frescura. El hombre tenía un aspecto cansado, como si hubiera recorrido a pie un camino terriblemente largo atraído por las feromonas que emanaba la mujer del escalón. Esta vez, el mensaje no era sexual y la mariposa macho no había sentido, a través de los pelillos de las antenas, las emanaciones infinitesimales —y sin embargo imperiosas— del vientre aterciopelado. El mensaje procedía ahora del gran ganglio neural del cráneo del hombre infeliz que estaba allí, al amanecer, mirando de frente su futuro. Eran las feromonas de la infelicidad, de la nostalgia, del intenso deseo de regresar, de nadar contra corriente en las frías aguas del tiempo, como los salmones que regresan al nacimiento del río. Caty no era ya una mujer, era un ser desprovisto de sexo, un pobre individuo como todos los demás, absolutamente igual a todos los demás. Un individuo hecho de carne caduca y de odio hacía sí mismo, que enviaba a su alrededor, como el globo de un diente de león, las negras señales de la infelicidad. Eran nuevas sus melenas crecidas en un cráneo rasurado, nuevo el maquillaje de sus mejillas terrosas. Era un nuevo sexo, otro tipo de sexo, el sexo de la muerte y de la dispersión, el que buscaba ahora, emitiendo pequeños gritos al viento, como los murciélagos, a su pareja oscura. Virgil había percibido los gritos subliminales, imperceptibles para el oído humano, y se había presentado en la única ventana abierta

hacia la mente asustada de Caty, tal y como un versado Casanova conoce exactamente el momento, rarísimo, en que la joven más casta, de corazón de hielo, puede ser conquistada.

Virgil permaneció sentado a su lado en la losa fría en silencio, contemplando el globo fundido del sol que había encendido millones de gotas de rocío en el jardín. Mantenía una mano cerrada sobre las rodillas, pero luego separó los dedos, como los pétalos gruesos de una planta carnívora para mostrar, en el centro de la palma, esa gran M que todos tenemos inscrita y que no puede proceder sino de Mors —pues todos los caminos de nuestra palma conducen, a través de las tempestades inútiles del destino, a través de los juegos del karma, hacia el osario unánime—, una graciosa mantis verde cuya cabeza triangular giraba en todas direcciones, con una mirada que destilaba inteligencia, con unos miembros largos y finos, con un cuerpo fusiforme cubierto de alas rugosas como ásperas briznas de hierba. Virgil cogió el insecto y lo colocó en el centro del círculo de metal fundido del sol, así que ahora, sobre la mancha incandescente de ámbar, parecía una silueta negra, orante, rodeada por un aura pulsátil, un campo energético intenso e hipnótico. A continuación empezó a hablarle a aquella mujer muerta de cansancio, tristeza y alcohol sobre los piquetistas y sobre la respuesta que ellos dan a las grandes preguntas que nuestra mente plantea sin cesar, solo por existir: ¿de dónde viene la infelicidad? ¿Cómo es posible la infinita miseria de nuestras vidas? ¿Por qué sentimos dolor, por qué sufrimos enfermedades, por qué nos han concedido el martirio de los celos y del amor no compartido? ¿Por qué nos lastiman nuestros semejantes? ¿Cómo se aprobó el cáncer, cómo soltaron la esquizofrenia en este mundo? ¿Por qué existen las amputaciones, quién permitió la aparición en nuestra mente de los instrumentos de tortura? ¿Por qué han arrancado dientes para arrancar confesiones? ¿Por qué se han destrozado huesos en accidentes de coche? ¿Por qué caen los aviones, por qué cientos de personas se precipitan largos minutos en un avión, sabiendo con total certeza que van a arder, a explotar, que van a morir desintegrados y descuartizados? ¿Por qué muere la gente de hambre o sepultada por muros que se derrumban? ¿Por qué se tolera la ceguera, cómo puedes aceptar el suicidio, cómo puedes vivir junto a los grandes mutilados y junto a los enfermos incurables? ¿Cómo puedes soportar los aullidos de la parturienta? Hay millones de enfermedades del cuerpo humano, parásitos que lo devoran por fuera y por dentro, purulentas enfermedades de la piel, oclusiones intestinales, lupus, tétanos, lepra, cólera, peste. ¿Por qué las soportamos resignados, por qué pasamos junto a ellas fingiendo no verlas, hasta que nos golpean también a nosotros y se convierten en una certeza? Sufren nuestra mente, nuestra carne, nuestra piel, nuestras articulaciones. Nos llenamos de bubas y de pus, nos ahogan las flemas y el sudor, nos doblegan las injusticias y la tiranía, nos asustan la desaparición y la provisionalidad.

¿Por qué sé que existo si también sé que no existiré? ¿Por qué se me ha concedido acceder al espacio lógico y a la estructura matemática del mundo? ¿Solo para perderlos cuando se destruya mi cuerpo? ¿Por qué me despierto por las noches ante la

idea de que soy mortal y me incorporo, bañado en sudor, y grito, y me agito, e intento sofocar ese pensamiento intolerable de que voy a desaparecer por toda la eternidad, de que no existiré hasta el final de los tiempos? ¿Por qué acabará el mundo conmigo? Envejecemos, esperamos tranquilos en la fila de los condenados a muerte. Somos ejecutados uno tras otro en el más atroz de los campos de concentración. Primero nos despojan de la belleza, de la juventud y de la esperanza. Nos envuelven en los ropajes de penitentes de las enfermedades, del cansancio y de la putrefacción. Se mueren nuestros abuelos, son ejecutados ante nosotros nuestros padres y de repente el tiempo se acorta, ves aparecer bruscamente ante tus ojos el filo de la guadaña. Y solo entonces se presenta ante tus ojos la revelación de que vives en un matadero, de que las generaciones son masacradas y engullidas por la tierra, de que millones son empujados al tragadero del infierno, de que nadie, absolutamente nadie se libra. De que ni uno solo de esos hombres que ves en las películas de Méliès saliendo por la puerta de una fábrica está vivo. De que absolutamente todos los presentes en una foto sepia de hace ochenta años han muerto. De que todos venimos al mundo desde un terrorífico abismo sin memoria, sufrimos terriblemente por una mota de polvo del mundo infinito y desaparecemos luego, en un nanosegundo, como si no hubiéramos vivido, como si no hubiéramos existido jamás.

La mantis dio vueltas en la palma de Virgil, que hablaba con voz monótona como si estuviera recitando un texto aprendido de memoria, y luego echó a volar, langosta gigante, sobre el jardín perlado de rocío. Desapareció por encima de la verja donde se trenzaban las rosas rojas y las madreselvas.

Caty lo había escuchado asintiendo con la cabeza como si su naturaleza frívola, construida con caprichos y seda, acabara de despertar al mundo, como si acabara de escapar del catálogo Neckermann de hombres y mujeres perfectos y hubiera penetrado en el diccionario de las enfermedades de la piel, en los tratados de medicina legal, en la anatomía de la melancolía, en las historias de los infiernos, en cuyas siniestras ilustraciones los abatidos, los quemados, los amputados, los oligofrénicos, los ahorcados, los eunucos, los paralíticos aparecían triunfantes a través de todos los agujeros del horror, mostrando sus rostros verdes, lunáticos, y sus ojos vueltos como los de las muñecas rotas. A partir de aquella mañana, la mujer multicolor y dulce de cabeza de chorlito adoptó la doble vida que yo acababa de conocer, sentado frente a ella, en la secretaría desierta en la que se había marchitado el último ficus. Durante el día seguía siendo la profe de Química, objeto de la envidia de todas sus colegas por sus zapatos y sus bolsos, su villa de ciento cincuenta y seis ventanitas y su marido funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero por las noches, dos o tres veces por semana, vestida de negro y sin maquillaje, con zapatos de limpiadora y pañuelo en la cabeza, con los ojos arrasados de lágrimas y odio en su rostro de difunta diosa del amor, y con una pancarta de burdo cartón sacada de la caja de algún televisor, en la que ponía «¡Abajo la vejez!», salía de casa y se dirigía a la iglesia de San Eleuterio, donde se juntaba con un grupo de siluetas de negro, llegadas

todas ellas de Cotroceni y luego, a pie, en medio del silencio de la ciudad en ruinas atravesada por la nostalgia y por viejos tranvías, se dirigían hacia los cementerios: Ghencea, Bellu, Andronache, Fuente Nueva, Armenio, Străuleşti, Adormición de la Virgen, Metalurgia, Israelita, Eternidad, Colentina, Berceni, Luterano, Progreso, Santa Venera. Caminando por las callejuelas entre los edificios abandonados, vacíos, con las puertas abiertas de par en par, podridas como las viejas duelas de una barrica, con estatuas alegóricas de yeso que extendían sus alas desmochadas bajo la luna llena, el grupo se encontraba con otros grupos, de otros barrios, con otra gente de rasgos de carboncillo y ojos brillantes. Cuando llegaban a la puerta del cementerio, detrás de cuya alta verja, perfiladas sobre el cielo vagamente luminoso todavía, se elevaban las pequeñas cúpulas chatas de los panteones y los muñones de las cruces negras como la brea, los piquetistas, unas cuantas docenas, a veces cientos, sacaban sus pancartas («¡Abajo la muerte!», «¡Abajo la agonía!», «¡Abajo el sufrimiento!», «¡Detened la carnicería!», «¡Protestad contra el dolor!», «¡Sí a la vida eterna!», «¡Sí a la conciencia eterna!», «¡Sí a la dignidad humana!», «¡NO a la pasividad!», «¡NO a la cobardía!», «¡NO a la resignación!») y empezaban, en silencio, a marchar en círculo, horas y horas, en el frío de la noche, con la tenacidad de los que —como alguien dijo de ellos— «mueren con la razón en la mano». «Nos manifestaremos siempre, lucharemos siempre contra todas las miserias que provoca la gente con su maldad y su ceguera, pero ¿cómo sería posible aceptar la destrucción del espíritu, el inmenso sinsentido de su vida en la carne y de su desaparición junto con esta? ¿Cómo es posible esperar tu turno de ejecución con el silencio cretino de las ovejas, tan inocente como ellas, cuando eres espíritu, cuando eres parte de la Divinidad? Nosotros, los piquetistas, gritamos mudos contra el increíble, el incalificable, el imperdonable genocidio humano. Nosotros proclamamos que tiene que acabar. Y que, en calidad de personas libres y dignas, tenemos la obligación de protestar contra el destino y la fatalidad. No los aceptamos, no agachamos la cabeza ante nuestro sino y, si a pesar de todo vamos a morir, al menos sabremos que no será sin rebelarnos, sin gritar, sin indignarnos. Somos los únicos que moriremos de pie, no boca abajo, en el barro, o de rodillas». Caty había oído estas palabras cientos de veces. Cuando ya no les quedaba en Bucarest ningún cementerio por piquetar, noche tras noche, los grupos de sectarios, todos de negro, agitando ante la muerte ciega y analfabeta sus cartones con letras torcidas, se trasladaron al Crematorio, a los hospitales, a la Policía y a la Securitate. Fueron arrestados en masa, ingresados en hospitales psiquiátricos, encerrados con los presos políticos en celdas miserables, pero los que quedaban libres podían ser vistos, con sus pancartas, con los ojos siempre bañados en lágrimas, allí donde se abría, como una flor carnívora, el sufrimiento humano. Como si tuvieran un sexto sentido para el dolor y el sufrimiento, llegaban a los incendios antes que los bomberos y a los accidentes graves en las carreteras antes que los equipos de descarcelación. Algunas veces Caty regresaba a casa golpeada con porras de goma por los policías o empapada por las mangueras de agua. Pero había encontrado, por

fin, la serenidad. Ya no temía la vejez ni la desaparición. Luchaba contra ellas, albergaba una esperanza contra ellas. No importaba la posibilidad de vencer, solo contaba la lucha. Caty se había liberado de la masa de rehenes, de aquellos que vivían con la cabeza gacha.

Yo contemplaba, por encima de su hombro, la calle vacía. Era domingo, y un crepúsculo perezoso y dulce abrazaba el pueblito a las afueras de Bucarest. Al otro lado de la carretera, el tonto del barrio, con dos gorros de punto calados hasta las cejas, se asomaba a la verja de la casa y le tendía la mano a todo aquel que pasara a su lado. Pero allí, en aquella habitación silenciosa en la que la voz de la mujer había brillado varias horas como un hilo de seda, el aire permanecía inmóvil como una confitura traslúcida, como en un museo de antigüedades, por las tardes, tras la partida de los últimos visitantes. ¡Qué fantástico era todo, qué inesperado y complejo! ¡Qué sombra gigantesca, qué sombra psíquica dejaba a su paso, más verdadera que ella misma, ese ser que parecía la frivolidad personificada…! Incluso la última prostituta de la esquina, que no ha hecho otra cosa que gritar obscenidades, caminar sobre unos tacones gastados y hacer su trabajo con todas las bestias y todos los borrachos del mundo, tiene bajo el cráneo el mismo capullo metafísico, el mismo portal hacia el conocimiento y la salvación eterna, el mismo castillo de una grandeza infinita, el mismo poder de respirar no solo el aire enrarecido de nuestro mundo, sino el Espíritu mismo, el aire de los cielos platónicos. Incluso ella tiene, como Bach y Spinoza, el poder de ver ideas, de utilizar «también», «ni», «o bien» y «si», de entender que el sol saldrá también mañana, bañando el mundo en la seda de su esplendor. Incluso el último alcohólico, embrutecido, quemado por dentro, mitómano y fanfarrón, que duerme en la calle en medio de un charco de vómito, alberga bajo su cráneo un cerebro digno de Kant y de Da Vinci que genera a cada instante, como una fuente en forma de cabeza de león, el espacio y el tiempo y el aliento de irrealidad del mundo. Incluso él, acaso en mayor medida que los demás, más profundamente y sin palabras, vive la repugnancia abrumadora del pensamiento de la muerte, y tal vez por ello la ahogue en la bebida que lo petrifica y lo carboniza. Pues todos somos iguales, el usurero sobornable y el poeta ingenuo y el asesino en serie y el funcionario del archivo, el psicópata que medra en política sobre cadáveres y el sabio que hace avanzar el conocimiento un micrón más allá. Ni el gorila ni la deidad saben que van a morir; solo nosotros, situados a medio camino entre la carne y el espíritu, entre el bien y el mal, entre el sexo y el cerebro, entre la existencia y la inexistencia, tenemos grabada nuestra sentencia en la frente. Solo para nosotros es este campo de exterminio. Solo para nosotros, que tejemos día a día, en los ojos de la mente, el futuro («y el sol saldrá también mañana»), se ha preparado, a través de este mismo don milagroso, el castigo supremo: seremos exterminados todos, todos, todos, hasta el último, tan seguro como que el sol saldrá también mañana. El hecho de que esto vaya a suceder no constituye en sí mismo el martirio que nos ha sido concedido en este infierno cotidiano —pues también desaparecerán hasta el último de los perros y

los elefantes y los eucaliptos y los piojos y los líquenes y los paramecios, junto con los astros y las galaxias y la sustancia diamantina de nuestro mundo—. Es el *conocimiento* de nuestro destino común, el hierro incandescente con el que somos marcados, directamente en el cerebro, como las vacas en la grupa, antes de la ejecución final.

La muñeca de goma que tenía frente a mí, con su boca redonda como un pétalo de amapola partido por la mitad por una línea de tinta, con unos pechos cuya areola se transparentaba a través de su blusa floral, era húmeda y sexual, pero estaba rellena de una sustancia muy amarga. Ya había anochecido cuando nos dimos cuenta, en aquel mismo instante (y renunciamos en aquel mismo instante a pensar en ello), de que entonces, en la escuela desierta, silbante, habríamos podido fundir nuestra desesperación en un amasijo más desesperado aún. Una sola vez nos miramos a los ojos y sentimos, simultáneamente, la oleada de excitación arrastrada por el aislamiento, por la intimidad y por las feromonas y, sin embargo, por nada del mundo habría cogido en brazos, entonces, aquel ánfora llena de nostalgia por los años en los que era una diosa de la voluptuosidad y de la alegría, cuando vivía en el continente Neckermann junto a sus perfectos, inmortales conciudadanos. Tras ese momento en que, de repente, nuestros pechos sintieron el efecto de la adrenalina, liberada con brusquedad, que inundó nuestros pezones y descendió hacia el vientre, nos sonreímos apurados y salimos juntos de la secretaría.

La noche era caliente y profunda; la soledad, total. Sin dejar de charlar, pasamos por delante de la Automecánica y salimos a la avenida Colentina. Las claraboyas de la Fábrica de Tubos resplandecían con su luz anaranjada. La torre del agua estaba oscura. Dos tranvías estaban aparcados en la gigantesca rotonda, otro se acercaba lentamente por el horizonte, donde la carretera se estrechaba, entre los depósitos de madera y los centros de vulcanizado. Caty se sentó delante de mí en el tranvía y, dándose la vuelta, siguió hablando por hablar, como hacía siempre en la sala de profesores. Solo que cuando me llegó el momento de apearme en Doamna Ghica, me preguntó si no querría asistir también yo, el mes siguiente, al piquete de la morgue, es decir, el del Instituto Mina Minovici, en el centro de la ciudad. Acepté de inmediato. Nos encontraríamos en Vitan, junto a la oficina de Correos, y saldríamos hacia la morgue a media noche, junto con los demás piquetistas. Bajé y le hice una señal a Caty que, en el tranvía bien iluminado, parecía un gracioso y multicolor pez con velo en un acuario vacío. Me adentré luego en las callejuelas laberínticas que desembocaban en Maica Domnului. Tardé media hora en llegar a casa.

Capítulo 14

SENTÍ por primera vez que sucedía algo (aunque todo lo que me pasaba entonces fuera sorprendente e inaudito, porque el mundo se me presentaba cada día no solo con sus formas, sus colores y sus sonidos, sino también con su «modo de empleo», de tal manera que al sujetar un periódico entre los dedos, sentía que se podía rasgar; al coger una taza, me daba cuenta de que podía soltarla para que se hiciera añicos contra el suelo; al contemplar a mi madre, descubría que era una deidad extraña que me protegía de los demás espíritus malignos, mi botiquín personal de supervivencia y mi icono y mi talismán mágico y las tetas de las que sorbía un líquido voluptuoso) la mañana en que mi madre me llevó al hospital para una intervención dental. Para un niño nada resulta extraño porque él vive en la extrañeza, de ahí que los sueños y los recuerdos antiguos parezcan fabricados con la misma sustancia. Por aquel entonces, lo único que me resultaba extraño era la banalidad del mundo. Mis dedos eran extraños cuando los contemplaba, a veces minutos enteros. Mis sentidos eran en aquella época tan agudos y la lente delgada, abombada, de mi córnea tan brillante que, al mirarme las uñas, adivinaba claramente cómo las manchitas blancas y turbias como nubecitas surgían, despacio, de la base de la uña hacia la punta, hasta que, como la pelusa del diente de león, abandonaban la uña para disolverse en el aire verdoso de la habitación. Mis uñas curvas, blandas, pegadas a la piel de los dedos, no eran una pared lisa. Yo distinguía con claridad su estructura prismática, las rayas paralelas longitudinales, como si un montón de franjas duras hubieran salido del todo de otros tantos canales de la base de la uña. Nada, por lo demás, era real, sino tan solo, en cierto modo, apenas esbozado. Nada estaba esculpido en materia, tan solo en sentimientos: en miedo, en alegría, en sobresaltos del corazón, en deseo y en curiosidad. Vivía en un paisaje psíquico, me desarrollaba todavía como en el interior de un útero, el de mi propio cráneo, que tenía que romper como si fuera la cáscara de un huevo para estirar, con suma torpeza, mis huesos en eso que llamaría después realidad.

Pero incluso en esa extrañeza general de la vida a los tres años suceden, si eres un elegido —para el honor o para la vergüenza—, cosas hiperextrañas que encuentran su sitio en la cristalización habitual del mundo que te rodea. Sucesos sobre los que incluso tu mente, que todavía habita en el sueño, dice: «Esto no puede suceder». Pues junto a las formas y su modo de uso (sus manillas y pinzas y botones invisibles y sus agárrame, rómpeme, desanúdame, dóblame, mastícame, saboréame, escúchame, córtame) percibimos algo más, sin saber cómo ni de quién, la súper-etiqueta o la súper-manija «Esto se puede, esto no se puede», «Esto es verdad, esto no es verdad». Es decir, que al final elegimos en ese batiburrillo de posibilidades, probabilidades,

irrealidades y extrañezas, una sola estructura a la que denominamos «realidad» y en la que confiamos poder vivir. Nunca fui capaz de percibir como algo real lo que sucedió aquella mañana de invierno cuando mi madre me cogió en brazos y, nadando entre montones de nieve, salimos para hacerle una visita «a Doru, a jugar con sus juguetes». Doru era un primo mío, varios años mayor, con quien había estado ya otras veces. La ciudad que nos rodeaba era de un blanco deslumbrante, recuerdo cómo su imagen brincaba al ritmo de los pasos de mi madre. Yo me aferraba a su cuello con las manitas y miraba hacia atrás. Solo mis ojos se veían sobre la bufanda que me cubría la boca y la nariz.

Durante un rato, la ciudad me resultó dulce y familiar. Conocía las callejuelas y los edificios en torno a nuestra casa, sobre los que caía ahora una nieve copiosa, seca, que crujía levemente. Una capa de nieve cubría los pañuelos y los abrigos de los transeúntes, y los techos y los capós de los tranvías y de unos pocos coches estaban también rebosantes. Yo mantenía los párpados cerrados ante tanta blancura y tanta luz pura. Los copitos brillantes se me pegaban a las pestañas. Al cabo de un rato de ronroneo perezoso, la ciudad empezó, sin embargo, a gruñir como un animal irritado. Ya no conocía el camino: lo que poco antes había estado forjado con ternura, estaba forjado ahora con miedo.

En mi cabeza, el camino hasta la casa de Doru estaba bien definido. Pero no era el mismo por el que ahora avanzaba mi madre. Mi madre me ha mentido, ahora recuerdo perfectamente que eso fue lo que pensé, pero solo por un instante, pues no pude soportar esa idea hasta el final. El dios que te lleva en brazos y te abraza no puede mentir porque es, con toda seguridad, el mismo ser. Deseché esa idea atroz y perversa, pero la ciudad empezó a rugir como un león con todos sus edificios desconocidos, con las calles desconocidas, con los ojos de gente desconocida. Era como si estuviera de repente rodeado por una jauría de perros que ladraran rabiosos, mostrando diabólicamente sus colmillos. La única salvación era mi madre, a pesar de mis sospechas. Me abracé a su cuello con las manitas enguantadas hasta casi ahogarla y le dije lloriqueando: «Este no es el camino de casa de Doru…». Mamá me separó de ella y me miró a los ojos: «Pollito, vamos por otro camino. Ya verás cómo llegamos a casa de Doru. Te dejaré jugar todo el día con sus juguetes, que es lo que te he prometido». Su cara tapada por el pañuelo ocupaba todo el cielo. Lo que leía en ella —pues me había aprendido sus rasgos como si fueran un plano: los suaves valles de las mejillas, las venitas debajo de los ojos, la boca pintada ahora con un carmín muy claro, los párpados fatigados, las cejas con copos de nieve— no me tranquilizó en absoluto. Mi madre no sonreía. Del icono no manaba agua. No sabía qué era la mentira, pero, en cuanto vi el mapa con las cotas de nivel de su rostro, tan desconocido ahora como las calles y las casas y las perspectivas de la ciudad nevada, supe que me estaba mintiendo.

Estaba solo en el mundo por primera vez. Dudaba por primera vez no únicamente de los colores y de los sonidos del mundo, sino del propio destino que hasta entonces

me había sonreído. ¿Adónde me llevaban? ¿Hacia qué destino flotaba en el vacío, entre densos copos de nieve, en brazos de quien me había llevado en el vientre, de la que había sido un solo ser conmigo, con la que había compartido las venas y las arterias, la sangre y el alimento como si yo formara parte de sus entrañas, como el hígado o el bazo? ¿A quién iba a entregar ella y por qué, ahora, ese órgano sobrante? ¿Por qué lo traicionaba? ¿Qué pensamiento o qué fuerza o qué otra dimensión empujaba a mi madre por el camino desconcertante de la mentira?

Lo primero que recuerdo, a continuación, es el cielo estrellado. Estoy acostado en una cama cubierta con un hule rosa-marrón, desagradablemente frío, como ese que cubre todas las camas de los dispensarios. Sobre mí se extendía un cielo nocturno lleno de estrellas. No sé si había visto alguna vez las estrellas de verdad. Sí, cuando descendía del tranvía que me llevaba a casa de mi tía, desde Dudeşti-Cioplea, somnoliento, bostezando —pues me había quedado dormido durante diez paradas—, se abría sobre mi cabeza el cielo estrellado en el que brillaban algunas veces, con una intensidad extraordinaria, los cuernos de la luna. Pero nunca, hasta ese momento, me habían abrumado hasta ese punto. Brillaban ahora sobre mí mientras permanecía acostado en la cama y yo me limitaba a contemplarlas, sin recordar el miedo que me atenazaba de camino al hospital y sin preguntarme cómo había llegado a aquel recinto. Se desplegaban arriba, contempladas como a través de un ojo de pez, desperdigadas por toda la bóveda. Algunas eran tan grandes como las corolas de los lirios imperiales que doblan el tallo matemático del que cuelgan; otras se esparcían finamente, como un conjunto de Mandelbrot, por los valles y los pliegues y los huecos del cielo nocturno. Harina, semillas de flores y pepitas de oro se mezclaban ahora sobre mí, irradiaban y titilaban sobre mi carita de niño de tres años, reunidas en el cristalino convexo entre mis párpados. Caóticas al principio, en el instante en que abrí los ojos —como si estuviera por primera vez en este mundo, sin memoria, como si acabara de nacer en ese preciso instante, en aquella cama de hospital—, las estrellas se agruparon en mi mente, creada para catalogarlo y ordenarlo todo a la fuerza, siguiendo la lógica del sueño y de la utopía, en constelaciones con forma de concha, de ristras de perlas, de muñeca maligna, de pececillo de plata, de muelle de tapicería, de troncho de manzana, de payaso del circo, de madre, de padre, de niño. La tinta multicolor de las constelaciones me salpicaba por completo. ¿Dónde me encontraba? El silencio era absoluto. A mis ojos les costaba desprenderse de las estrellas. No sentía emoción alguna, igual que me sucedería unos años después, cuando me extrajeron las amígdalas y los pólipos con unos instrumentos terroríficos, mientras permanecía sin miedo —de hecho sin conciencia— ante el doctor con el delantal y los guantes llenos de sangre. Entonces me dieron una pastilla azul que atenuó mi miedo durante un rato y me hizo sentir solo un poco de curiosidad en la sala de tortura. «Abre la boca —me dijo el médico—, no te voy a hacer nada, solo te quiero medir las amígdalas» y yo le creí pero, aunque sentí, cruel y agudo, cada corte en la carne de la garganta, era como si sintiera el dolor de otra persona, sin relación

alguna conmigo. «Ya está, casi hemos acabado», me dijo el hombre en la sombra. Sentado en el sillón del dentista, con la sangre manando de la boca, la lámpara de su frente me cegaba. «Ahora ábrela otra vez, pero del todo, todo lo que puedas…». Conseguí ver la tenaza de acero que me metió en la garganta y de repente sentí… No sé si puedo llamarlo dolor. Lo que sentí, lo que viví entonces, desbordaba la noción de dolor como el rasguño desborda la de caricia. Era como el brote brusco, vertical, de un géiser de dolor concentrado, puro, rojo y azul como la llama de los quemadores de acetileno. Como si mi cráneo martirizado fuera el bulbo del que hubiera brotado bruscamente el tulipán insoportable del dolor. Pero no grité, a pesar de que nunca había sentido algo así, a pesar de que lo que sentí entonces me marcó para toda la vida, pues la pastilla azul había separado incluso esa puñalada de dolor de la mente en la que había brotado y que, hipnotizada por sí misma, no tenía ya ningún interés por el exterior. Satisfecho, el doctor me mostró después, entre las pinzas de la tenaza, el trocito de carne roja y sanguinolenta que acaba de ser arrancado de mi cuerpo.

No sé siquiera hoy en día cómo me desperté entonces, en la cama cubierta con un hule. He intentado, en muchas horas de ensoñación, llenar en cierto modo la zona negra entre el recuerdo del camino por la ciudad nevada y mi aparición en la cama, tumbado de espaldas, con los ojos abiertos bajo las estrellas. No recuerdo haber llegado a ningún sitio, ni haber entrado en ningún hospital, ni haber sido preparado para la operación. No sé si me darían también entonces una pastilla, pero sé que me sentía así, y así me sentiría más adelante en muchos momentos de mi vida que no me puedo explicar sino, tal vez, a través de una penetración brusca y elástica del sueño en la vida o de mi vida en el sueño: ausencia total de miedo, lucidez de la mente en sí, en ausencia de todo propietario, un hechizo serio y un poco curioso, un asombro fascinado ante un paisaje jamás visto, sin necesidad de saber qué estoy haciendo ahí, cómo he llegado, cómo voy a regresar a casa.

Mucho después de haber contemplado sin conciencia las estrellas embriagadoras, volví la cabeza y miré a mi alrededor. Mi cama estaba en el centro de una habitación circular; la pared, lisa por todas partes, era de un color crema lechoso y sobre ella, simplemente, se arqueaba la bóveda celestial. Si había alguna cúpula de cristal entre las estrellas y yo (ahora ya no me cabe duda alguna), el cristal debía de estar indeciblemente limpio y transparente, de modo que resultaba casi invisible. Pero por la concentración de las estrellas desordenadas de la cúpula, más espaciadas precisamente arriba, en el ápex, y agrupadas hacia el margen, podías imaginar la campana transparente. Miraba en torno a mí, acostado todavía de espaldas, la pared brillante, circular, y el suelo del mismo color crema, extrañamente tranquilizador, cuando de repente regresé a mí mismo y me acordé de mi persona. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero sabía que existía. No recordaba a mi madre, pero volvía a ser el niño de tres años cuyos dedos podía contemplar, sabiendo que eran los míos, cuyo pecho —con una ropa que no era suya— temblaba lentamente al ritmo de la respiración. Me incorporé bruscamente, dejando que las piernas me colgaran por el

borde de la cama.

Y entonces oí la voz. De una brutalidad terrorífica, inhumana. Me resulta muy difícil describirla ahora. Pues no era, de hecho, exactamente una voz, no tenía nada del tono, de la intensidad, del timbre de una voz verdadera. La voz humana es pensamiento que atraviesa la carne. Es una corriente abstracta, como un cristal fundido, que corre entre las membranas y los cartílagos húmedos, que se vuelve opaca al contacto con los lubricantes del trayecto fonador —flema, saliva—, que pasa entre los dientes y los labios, amasada primero por el músculo, semejante al pie de una caracola, de la lengua. La voz es sexual, procede de los ovarios y los testículos, es dominante o sumisa, está embadurnada de todas las viscosidades del cuerpo, de la materia de millones de consistencias de este mundo. Pero en la voz atronadora que oí entonces, en aquella estancia circular, no había impureza alguna. Era el imperativo total, era la voz interior que da órdenes a nuestros músculos y sin la cual no se produce movimiento. Era la voz que ordena la liberación de la adrenalina en la sangre cuando estás en peligro, la voz que provoca el movimiento peristáltico de los intestinos. Era esa voz indistinta de la acción, la orden unida a su ejecución, la entidad mandato-obediencia, pregunta-respuesta. La oí en el cerebro y con el cerebro y, sin embargo, llenó la sala redonda haciendo que resonara como una campana. Se me ordenó que me tumbara de nuevo en la cama. Si me hubieran gritado (como me gritaba a veces mi padre), no me habría asustado más y no me habría acostado en la cama más rápido. Fui simplemente derribado de espaldas por el aliento terrible de aquel mugido interior que, aunque imposible de revivir en todo su horror, no olvidaré jamás.

¿Qué vino después? Esto me resulta más fácil: nada. Lo mismo que la gruesa banda de nada que había existido también antes. No recuerdo absolutamente nada a partir de ese momento. Me desperté de espaldas y todo se interrumpió. No sé si me pusieron una máscara de cloroformo, si me operaron de verdad, ni si abandoné el hospital. No sé, a día de hoy, qué sucedió aquel día de invierno de 1959. Pero todo está presente en mí de forma intensa y clara, a pesar incluso de los hiatos que ya he mencionado. Toda mi mente protesta ante la idea de que se trate de un inserto onírico, de que tal vez asocie recuerdos de momentos y lugares distintos. No, si se puede conocer en general algo con certeza, yo sé que todo sucedió aquel día en la sucesión en que he relatado los hechos, y que el espacio circular fue la «sala de operaciones» de la que luego me hablaría mi madre.

¿A qué operación me sometieron entonces? No conservo en el cuerpo la marca de ninguna incisión. Naturalmente, más adelante se lo pregunté a mi madre, pero solo cuando fui capaz de comprender que los recuerdos más antiguos que aparecían de vez en cuando en mi memoria no eran recuerdos propiamente dichos, sino vestigios de un sistema más antiguo de captación de los efluvios del mundo, órganos atávicos del animal mnésico refugiado en mi cerebro. Jugaba a veces con estas piedras de los riñones de mi mente como cuando juegas, haciéndolas girar entre los dedos y

disfrutando con su tintineo cristalino, con unas canicas de colores. No eran muchos —siete u ocho reliquias— los fósiles de ese cerebro antiguo que se remontaban a la época en la que el sueño no se había separado aún de la realidad, pero que conservaban, como los insectos en el ámbar, verdades enteras, minuciosas, perturbadoras sobre lo que yo había sido, lo que era, en lo que consiste ciertamente mi vida. Mi madre me los confirmaba siempre, pero solo a medias, los transparentaba al minimizarlos, fingiendo que los consideraba recuerdos comunes, rememorados por mi mente de ahora, como si la hubiera tenido también entonces, apretujada en mi pequeño cráneo de un año y medio, de los dos o de los tres años, ocupado en gran parte por mis gigantescos globos oculares. Era como con Victor, como con los misteriosos medicamentos de nuestra casa, como con mis baños, cuando derramaban sobre mí un líquido que olía profundamente a vulva y a manzanilla, un olor amniótico que conservo todavía en mis fosas nasales. Era como serían, más adelante, mis eternos viajes a la Policlínica Máquina de Pan. Durante mucho tiempo, en la adolescencia, me consideré un gran enfermo. Padecía una dolencia horrible, un parásito había sustituido mi médula espinal o incluso, tal vez, mi conciencia. Era portador de un germen que no podía abandonar el saco de mi piel porque, si escapara, corroería los cimientos del mundo. Mi madre lo sabía, de hecho quizá mi madre no fuera en realidad mi madre, sino solo una centinela, un ángel que me vigilaba día y noche, y entonces comprendía por qué, cuando me llevaba en brazos aquel invierno cegador del 59, entre bloques antiguos, nevados, que se deslizaban junto a mí brincando al ritmo de sus pasos, ella había mostrado por un momento su verdadero rostro al mentirme, al separarse de mí por segunda vez tras la ruptura del cordón umbilical. Como no podía preguntárselo directamente por miedo a lo que pudiera responder, me limitaba a las alusiones veladas, a los comentarios casuales en la mesa, mientras ella, sudorosa y ahumada por las patatas fritas y la carne que chisporroteaba en el fuego, luchaba contra las moscas con su desagradable estilo que consistía en seguir su vuelo con la mirada, con las palmas abiertas, y cerrarlas de repente para ir aplastando uno a uno los cuerpos gordos y peludos. «Mamá —le preguntaba cuando tenía unos diez años—, ¿recuerdas cuando íbamos a ir a ver a Doru y al final llegamos al hospital?». «¿Cuándo, cariño?». «Era pequeño, nevaba, me llevabas en brazos y te dije que por ahí no se iba a casa de Doru»… Mi madre se queda inmóvil un momento en medio del humo de la cocina. Hace un bochorno horrible, nos morimos de calor incluso con la puerta del balcón abierta. «¿Cuándo? ¿Cuando tenías unos tres años? ¿Dos años y medio o tres? Síiiii… te llevé al hospital para que te operaran, porque te crecía una muela al revés, te la sacaron por la mandíbula. ¿No lo recuerdas?». «¿A qué hospital me llevaste?». «Cómo voy a acordarme… Han pasado un montón de años». «¿Y cuándo me sacaste del hospital?». «No me acuerdo, cariño. ¿No tienes nada mejor que preguntarme?». Y nuestra vida sigue, con la escuela, con las comidas, con la siesta, y las incoherencias y las contradicciones y los silencios y la confusión de mi madre se acumulan como una buba que aumenta de tamaño sin

cesar, y yo tengo cada vez más claro que no puedo contar con ella para que me ayude a entender el enigma y la melancolía de mi vida.

Pues no soy yo, sino mi primo, el hijo de la hermana de mi madre, el que tiene una cicatriz debajo de la mandíbula derecha. ¿Cómo puede mi madre confundirse de esa manera? ¿Es acaso una confusión deliberada, un intento —hilvanado con hilo blanco— por alejarme de la deriva obsesiva de mis búsquedas? Pero, entonces, ¿cómo no se da cuenta de que sus errores me incitan más aún, de que se transforman en indicios, como los deslices de un sospechoso en un interrogatorio cruzado? ¿O acaso está mi madre de mi parte y, en la medida de sus posibilidades, intenta transmitirme algo, comunicarme desesperadamente, incluso a través de sus burdos errores, que hay un enigma, que mi inquietud está justificada? Tal vez sea la rehén de una fuerza tan fantástica que solo se permite deslizar, vigilada de continuo, insensateces, pero unas insensateces flagrantes que no son hechos ni informaciones, sino gritos de advertencia.

Aquella mañana de invierno supe con total certeza que no podía contar ya con mi madre, cuerpo de mi cuerpo hasta ese momento, así como el hemipléjico sabe que no puede confiar en la mitad paralizada de su cuerpo. Entonces —y no tres años antes— se rompió el cordón umbilical entre nosotros. Desde aquel momento mi madre, el símbolo de mi vida y su pilar central, demostró que se había convertido para siempre en una aliada de los médicos y de los dentistas, los torturadores de mi infancia. Recuerdo cómo quería conservarla solo para mí. En cuanto aprendí a hacer nudos, me dediqué a atar todos los picaportes con cuerdas, trapos y cordones de zapatos, para que no pudiera entrar en casa ningún hermanito. Cuando sabía que mi madre tenía que ir a la compra, colocaba un tenedor en la puerta para que no pudiera salir. Me ataba el cinturón de su bata a la cintura para transformarnos en un único individuo, para que fuéramos inseparables para siempre. Mi madre era ahora, sin embargo, otra persona, distinta de mí como una estatua, como un armario, como una nube que atraviesa la bóveda celeste.

¿Dónde estuve entonces, en aquella habitación cuya realidad no puedo poner en duda, como no puedo poner en duda la de la habitación en la que escribo ahora, en mi casa de Maica Domnului? ¿Cómo pude ver la bóveda estrellada, con cada estrella de oro fundido, cuando era invierno y el cielo debía de estar cubierto por gruesas capas de nubes? ¿Qué sucedió aquella mañana del invierno de 1959? No sé si fue en aquel momento cuando se produjo la primera anomalía de mi vida después de lo de Victor, pero desde luego es la primera que recuerdo. La savia que brota de ella ha irrigado mi vida posterior, pues en el trayecto de mi «operación» a los tres años y pico se han ensartado después muchas otras anomalías vinculadas a enfermedades y hospitales que delimitan el rostro oculto de mi vida. Y que, si fuera escritor, quedaría para siempre oculta, oscura, medio olvidada, finalmente insignificante, pues ninguna novela puede —al fin y al cabo— contar la verdad, descubrir lo único importante: la realidad interior de la vida del que escribe. Como no soy novelista y no dibujo

puertas falsas en las paredes, soy feliz escribiendo, y esta felicidad sustituye a la gloria. Cuando escribo aquí, en esta protuberancia ya enorme de mi diario, siento que un aura azul y fresca rodea mi cráneo. Escribo a oscuras, a la luz imperceptible de mi gloria. Es la única que acrecienta la oscuridad del mundo, la única a la que no temen las hordas que vienen del interior.

Capítulo 15

EL primer libro cuyo título y autor apunté en la ficha de la biblioteca en el otoño dorado, lleno de telarañas, de mi primer año en la facultad, no fue ningún compendio de literatura antigua, ni la *Istoria ieroglifică* de Cantemir, ni *Cronicarii munteni*, ni tampoco un curso de fonética y fonología. Estos ya me los había comprado mucho tiempo antes y se amontonaban en mi habitación de Ştefan cel Mare, en la mesita, unos sobre otros, todavía intactos. No había olvidado ninguno de los títulos de la lista que me entregaron en los primeros seminarios. Recuerdo como si fuera hoy cómo entré en la librería Eminescu, junto a la facultad. El centro de la ciudad no era entonces para mí una simple parte de Bucarest, sino París, Berlín, Nueva York, Londres y Tokio todos juntos. La gente me parecía guapa y deslumbrante; los edificios, fantásticos; los días, panorámicos y exultantes. No miraba a mi alrededor cuando pasaba por las aceras en las que cada billete de tranvía y cada colilla brillaban como iluminados por los reflectores del circo, cuyos filtros cambian siempre de color, sino que lo contemplaba todo con el ojo hambriento del fotógrafo. Así veía el cabello de las mujeres ondulando en el aire polvoriento donde se acumulaban las telarañas que, arrastradas por el viento, llenaban el inmenso espacio entre el Inter y el restaurante Pescarul. Las luces y el viento se enroscaban en torno a los autobuses y los coches que circulaban ante la mirada ciega de las cuatro estatuas. Siempre que pasaba a mi lado una joven con la cartera de estudiante bajo el brazo y la falda prendida, como se llevaba entonces, con un gran alfiler con una piedra de ónice y calcedonia, inspiraba profundamente para sentir no solo su perfume, sino también las feromonas de su piel mezcladas con el almizcle y el sudor. Había cumplido ya veinte años y nunca había tenido entre mis brazos, ni siquiera bailando en algún té —como se les llamaba entonces a las fiestas—, a ninguna chica. Las mujeres me resultaban tan extrañas como el lejano mundo de las villas lujosas, de los yates, de las ciudades occidentales, de esos restaurantes en los que no entraba nunca, como si las puertas estuvieran tapiadas o como si fueran baños de señoras. No eran para mí, no formaban parte de la realidad a mi alcance.

Entré pues en la librería Mihai Eminescu, prácticamente desierta a las cuatro de la tarde, con la lista en la mano. Buscaba sobre todo un libro, un macizo diccionario de folklore, aunque mis nuevos colegas, con unos rostros todavía vacíos como unos globos que subieran flotando hacia el techo de las estrechas aulas de los seminarios, me habían dicho que no existía. Rebusqué largo rato entre las estanterías bajo la atenta mirada de una librera muy mona vestida de rojo. Los libros abrían mi apetito como un bufé libre: los habría devorado todos. Algunos títulos me resultaban conocidos, otros incluso los había leído ya y habían sido anotados en mi agenda como

las mujeres conquistadas en el cuaderno de algún libertino. Unos cuantos se me antojaban frescos como flores recién abiertas, llenas de rocío y, por ello, más apetitosos aún. Mi mirada se deslizaba por sus lomos, me esforzaba por leer los títulos escritos en vertical, inclinando la cabeza a un lado, cuando de repente vi el diccionario. Era enorme, estaba colocado en el estante superior, bajo el techo, entre otros volúmenes mucho más delgados. Me dirigí de inmediato hacia la librera para pedírselo. Con la mirada asqueada de muchas vendedoras jóvenes que se sienten humilladas por su oficio, la chica de rojo, con un rostro raro (había algo chocante en sus cejas), me siguió, pero cuando se dio cuenta de cuál era el libro que yo quería me miró con una expresión que no supe interpretar. No podía creer que el odio, el desprecio y el disgusto de sus ojos rimelados fueran para mí, un chaval que le había pedido, educadamente, un libro. «Lárgate de aquí o llamo a la policía», me dijo en voz baja. Y acto seguido se dio la vuelta y se dirigió a su mostrador, en la entrada de la librería, donde la había encontrado al llegar. Se quedó allí, apoyada en una estantería, menuda y esbelta con su traje rojo, sin lanzarme siquiera una mirada.

¿Qué locura era esta? ¿Qué problema había con ese diccionario? ¿O conmigo? Me quedé paralizado, en medio de la librería, avergonzado y abochornado como un hombre injustamente acusado de robo o de comportamiento indecente que no puede dejar de preguntarse, como en sueños, si no será en efecto culpable. Salí de la librería por otra puerta, la que daba a la Facultad de Matemáticas, y caminé largo rato, despacio, por la acera, en el aire luminoso del otoño. Aquella terrible humillación iba creciendo en mi interior y se estaba volviendo tan pesada que me di cuenta enseguida de que no podía ir a casa y pasar la noche atenazado por ella. Así que regresé a la librería, en la que había dos o tres clientes, y me dirigí directamente hacia la vendedora. «Disculpe, pero quiero saber por qué no me ha entregado ese diccionario de etnología. Lo necesito para la facultad, mire, está en esta lista…». La chica me miró con la misma hostilidad: «Por lo que parece, sí que quieres que llame a la policía». «No lo entiendo, ¿qué es lo que le he hecho? ¿Qué ha sucedido?». Me lanzó una mirada en cierto modo dubitativa. «¿Eres estudiante?». «Sí, de Letras. El diccionario está en la lista, mire…». «De acuerdo, te lo doy, pero debes saber que yo no me subo a la escalera». «¿A la escalera? Puedo subir yo si le da miedo». «No me da miedo subir, me dais miedo vosotros…». Yo no entendía nada. Fui con ella hasta el fondo de la librería, me subí a la escalera que llegaba hasta el techo y saqué el libraco del estante. Solo después de pagarlo, en la caja central, la pequeña librera me acompañó a la salida como para disculparse: «No te puedes imaginar cuántos pervertidos hay por el mundo. Cuando empecé a trabajar aquí, las primeras semanas no entendía por qué algunos clientes me pedían siempre los libros de los últimos estantes del fondo de la librería. Me subía a la escalera y, cuando iba a entregárselos, el cliente… se había esfumado… Plasta que comprendí lo que buscaban…».

Estaba consternado. Los libros, sobre todo los reunidos en los santuarios de las librerías, no eran, en mi mente, compatibles con el sexo y con la sensualidad. Menos

todavía con la perversión. La historia de la chica que estaba ante mí, cuyas cejas —me daba cuenta ahora— eran un poco más oblicuas de lo debido —su rostro bello y limpio resultaba así inesperadamente expresivo—, no me parecía sórdida, obscena ni indignante, sino fantástica. No me había planteado nunca que una mujer atractiva, de carne y perfume, envuelta en lencería y tela, resultara tan extraña en una librería como un fantasma en el mundo real, como un fragmento de sueño insertado en la realidad. Ni que el fantasma de la vendedora en minifalda que, encaramada a la escalera, se estira hacia el último estante, desvelando sus muslos ante tus ojos, pudiera ser la pieza de caza de buscadores de placeres oscuros y clandestinos. Salí al olor a carburante del centro, mirando hacia atrás varias veces, hacia la mancha roja del centro de la librería, sin saber que volvería a ver aquellos muslos (que había adivinado ya en mi imaginación) en incontables ocasiones, y que aquella joven delicada, asqueada de todos los pervertidos del mundo, tendría, al cabo de los años, un rol espeluznante y perturbador en mi vida.

Pero en la ficha estrecha, cuadrangular, copiada por enésima vez, de la sala de lectura de la Biblioteca de Letras, un transatlántico de diez pisos cargado con todos los libros escritos jamás, anoté el título de un libro que no estaba entre la bibliografía obligatoria para los seminarios. Fue entonces cuando descubrí, por fin, al autor (que resultó ser autora) de la novela *El tábano*, cuyas páginas había humedecido literalmente con mis lágrimas una tarde de lectura en la cama deshecha, revuelta, de mi habitación de la calle Ştefan cel Mare, cuando estaba en sexto curso. Lo único que pude hacer fue tomarlo prestado. Escribí en la ficha, confundiendo las casillas o, más concretamente, ignorándolas, *El tábano*, de Ethel Lilian Voynich, y solo después rellené las otras fichas con la bibliografía obligatoria. Quería volver al cuerpo del niño de doce años que no sabía nada sobre la reunificación de Italia, ni sobre la revolución, ni sobre la Iglesia, ni sobre la liberación; aquel niño que, de hecho, apenas sabía qué pasaba en el mundo y que, sin embargo, había llorado a mares, como no había llorado jamás antes —y como tampoco volvería a llorar— sin saber por qué. Quería utilizar aquel cuerpo menudo, morenito, anémico, totalmente anónimo, aquellos ojos negros y lacrimosos en un rostro delgado como el filo de una cuchilla, como una especie de Regine Olsen, quería saber si la repetición era posible. *El tábano* iba a ser mi magdalena, las irregularidades de mi adoquinado, el fogonazo que iluminaría de repente, como una bombilla de millones de vatios, el territorio infinito de mi mente. Quería releer el libro y llorar de nuevo, encerrado de nuevo en mi cuerpo y mi mente desaparecidos del mundo ocho años atrás. Quería contemplar de nuevo el tiesto con el aloe sobre la mesa, la pintura con chispas de mica de las paredes de mi habitación y, sobre todo, la vista panorámica de Bucarest en el triple ventanal que daba a la calle, una mezcla de árboles y casas desparramados hasta donde se perdía la vista, bajo nubes de verano, inmóviles en los cielos polvorientos. Quería pasarme la lengua de entonces por los labios cuarteados de entonces, dar vueltas entre las sábanas de entonces, empapadas en sudor. Las largas horas de

aquella sobremesa vivían en mi mente como una sola secuencia, un solo instante, un fragmento sintético y petrificado de una especie de realidad difusa, desenfocada y sin embargo precisa, en la que sentía (o reconstruía) el escozor de mis pestañas bañadas en lágrimas, el aire marchito y rancio de la habitación, la sordidez de las mantas y el olor a sudor, los fragmentos fantasmales de la historia y el discurso de *El tábano*, que desgarraban mi pecho, que hacían que mi respiración quemara como si sufriera terriblemente por amor. El libro de la biblioteca me brindaba la oportunidad de colarme de nuevo, clandestino e irreal, en un universo iluminado por un sol más joven.

Cuando volví de la facultad, almorcé con mis padres y luego me tumbé en la cama con *El tábano*. Naturalmente, no se produjo ningún retorno. No tuve paciencia para llegar siquiera hasta donde había comenzado a leer aquel libro que carecía de portada y de las primeras cincuenta páginas. Pero no es de este texto romanticón de lo que quiero hablar ahora. Decepcionado y aburrido, quise abandonar el libro sobre el arcón de mi habitación, donde dejaba siempre los cinco o seis libros que leía simultáneamente. Sin embargo, decidí echar un vistazo al prólogo. Se trataba de un acto reflejo que había adquirido en el período en el que estudiaba para el examen de ingreso en la facultad. Las biografías de los escritores resultaban a veces más fascinantes, más humanas y más sorprendentes, en cualquier caso, que sus propios libros. Había escritores superiores a las novelas y los poemas que habían escrito, y otros que habían vivido de una manera tan mediocre que no podías atribuir sus constructos literarios sino a unos demonios diligentes y tenaces que los habían habitado durante décadas. Ethel Lilian Voynich no pertenecía a ninguna de las dos categorías, y las pocas líneas que hablaban de ella en el prólogo me aburrieron casi tanto como el libro. Lo apunto aquí porque, recordadas mucho más adelante, demostraron ser la primera pieza del motor metafísico de mi escritura.

He dicho «motor metafísico», pero pienso ahora que podría llamarle también «motor paranoico», en la medida en que toda metafísica es, de hecho, paranoia. De repente, un buen día, ves a tres o cuatro ciegos después de no haber visto ninguno en muchos años, ni siquiera en sueños. Conoces a una mujer llamada Olimpia y al cabo de unos minutos abres un diccionario de pintura por la página de la *Olympia*, de Manet y, dos horas después, en la calle, descubres la Floristería Olimpia. Son nudos de significado, plexos del sistema neural del mundo que unifica sus órganos y sus acontecimientos, indicios que deberías seguir hasta las últimas consecuencias, y lo harías si no tuvieras los prejuicios estúpidos de la realidad. Deberíamos tener un sentido que discriminara entre el signo y la coincidencia. Ves un día, una detrás de otra, tres mujeres embarazadas: ¿qué *quiere decir* eso? Y si hubieran sido solo dos, ¿te habría sorprendido también la coincidencia? ¿Y si a las tres añadieras una más, que sale de repente de una casa y camina ante ti por la calle? ¿Y si esta se detuviera, se volviera de golpe y te tendiera una nota arrugada en la que pone tan solo «¡Socorro!», y luego corriera pesadamente calle arriba? ¿Cuánto resiste el hielo de la

realidad? ¿Cuándo, en qué momento, sientes su crujido bajo los pies? Atisbas al principio las grietas finas de las coincidencias que se ramifican y se ensanchan de forma alarmante, pero el hielo todavía te sostiene y no te causa problemas por el momento: es tan solo una embarazada más, la cuarta. Puede suceder. No es imposible encontrarse con todas ellas a lo largo de un solo día. Pero la embarazada te entrega una nota, lees el mensaje y de repente el lulo se resquebraja y te hundes en el agua helada, y estás debajo, buscando como una foca un agujero a través del cual poder respirar.

Ethel Lilian Voynich nació en 1864 en Cork y, puesto que vivió noventa y seis años, murió solo ocho años antes de que yo leyera, llorando a moco tendido, su libro. Fue la menor de las cinco hijas de Mary Everest (cuyo tío dio nombre a la montaña más alta del planeta) y George Boole, el famoso matemático. A los quince años leyó un libro sobre Mazzini que le causó una impresión apabullante y la transformó para siempre en una militante en busca de una causa noble. Estudió después ruso y participó —vivió dos años en la Rusia zarista— en el movimiento revolucionario de los anarquistas rusos. Se casó en 1892 con el revolucionario y anticuario de origen polaco Wilfrid Voynich, pero mantuvo un estrecho vínculo con su maestro Stepniak, que la había introducido en el mundo subversivo y revolucionario de los futuros señores de Rusia, los comunistas. Publicó con su marido los textos de Herzen y Plehanov, las obras de los nihilistas, conoció a Engels y a Eleanor Marx, así como a los simpatizantes británicos del comunismo emergente, William Morris y G. B. Shaw (eso explicaba la presencia del ejemplar roto y ajado de *El tábano* en casa de mis padres: como todos los demás, era un libro aceptado por la propaganda soviética de aquellos años). Finalmente, en Londres, donde tuvo una tumultuosa aventura con el anarquista Sidney Reilly (el modelo secreto de Arthur Burton, alias «El Tábano»), Ethel Voynich comenzó a escribir su famosa novela. Para documentarse sobre la Italia de Mazzini, viajó a Florencia y a Pisa. El libro apareció en 1897 en Estados Unidos y se convirtió en un supervenías internacional. En la Unión Soviética se vendieron posteriormente millones de ejemplares. En 1914, la familia Voynich se trasladó a Nueva York, donde Ethel vivió hasta el final de sus días. Publicaría otras novelas que no gozaron del éxito de *El tábano* y se ganaría la vida traduciendo literatura rusa.

Más o menos eso era todo, unas espinitas de pescado colocadas en el borde del plato después de que el verdadero contenido de la vida fuera devorado por los ácidos del tiempo. Tampoco con el retrato de la autora, impreso borrosamente en la primera página, descubrí gran cosa sobre quién había sido ella en realidad: una mujer austera, con el cabello prendido a la espalda, de ojos firmes y labios apretados, carente de belleza y de luz interior. Una tenacidad oscura, de espaldas al mundo. Yuri Gagarin había leído *El tábano* y lo consideraba su libro de cabecera. Shostakovich escribió música inspirada en la novela. Sergei Bondarchuk interpretó al padre Montanelli en la adaptación cinematográfica.

La edición que acababa de leer era más reciente, naturalmente, que la que había tenido entre mis manos a los doce años. Tal vez por eso no lo reconocía, de hecho, como el mismo libro. No olía a papel de mala calidad, poroso, rojizo y pútrido. El pegamento no era de tuétano y no se alimentaban de él los minúsculos escorpiones del papel, pálidos y sin aguijón, que aparecían solo un instante en el borde de las páginas. El color de las hojas no coincidía exactamente con el del ocaso mientras leía, casi sin distinguir las letras, como en otra época. El primero de los libros fue un portal que me condujo hacia mi cisterna interior de lágrimas; el segundo, apenas una puerta dibujada en una pared. El primero fue anónimo y no tenía título, le faltaban los primeros capítulos, tal y como debería ser, de hecho, cualquier libro y, sobre todo, lo leyeron unos ojos y una mente cándidos que no juzgaban, abiertos entonces como no volverían a estarlo jamás. Quizá solo leamos para regresar a la edad en la que aún éramos capaces de llorar con un libro en las manos; aquella época, entre la infancia y la adolescencia, que constituye el dulce prólogo de nuestra vida.

Capítulo 16

HUELLAS en la nieve mullida hasta el centro del corral, entre el granero y el pozo. El campesino apenas despierto, con una pelliza colocada al vuelo sobre el camisón de puños y cuello bordados, perplejo en el zaguán, aturdido, cree estar todavía soñando y, estremecido por el frío, vuelve en sí. Una sola línea de luz, amarillenta, remataba el establo y las copas de los ciruelos, cubiertos de escarcha, y tres o cuatro isbas aplastadas, bajo las nubes compactas, como unos blinis bajo el cielo cubierto de niebla. E Ivan o Foma que desciende los dos escalones de madera y se dirige también, a través de la nieve que le llega hasta la rodilla, hacia el centro del patio, pero camina junto a la primera fila de huellas, sin atreverse a tocarlas, y se detiene justo donde se había detenido su mujer, donde había terminado su camino sobre esta tierra. A su alrededor solo nieve inmaculada, ondulada, proyectando sombras violetas, y alguna estrellita de seis puntas brillando aquí y allá, como hechizada, al romper el alba. El campesino permanece allí un buen rato, un gallo canta a lo lejos, se oye también el grito de un carretero en una callejuela lateral y, de repente, tras haber mantenido la mirada clavada en el suelo, aturdido por el estupor y el miedo, el aldeano levanta los ojos al cielo. Cada hebra de su barba está llena de cristales de hielo, la escarcha cubre ya sus cejas, pero sus ojos ardientes, llenos de venillas rojas, y su boca abierta denotan pánico y estremecimiento ante esa maravilla celestial. Su mujer había sido raptada y llevada al cielo, como Nuestro Señor Jesucristo y como san Elías. Eso era lo que les contaría a los vecinos que se congregaron en el huerto una hora después y que borraron con sus enormes abarcas la prueba de las huellas detenidas en el vacío; a los gendarmes que vinieron a detenerlo; a los jueces que lo condenaron a muerte por haber matado a su esposa y haberla dejado caer en quién sabe qué agujero del río helado y, finalmente, al verdugo, mientras este le pasaba la soga por las orejas rojas y el pelo rapado, cortado a tazón. «Cuando empiecen a suceder estas cosas, mirad hacia arriba. —Recordó los sermones del cura—. Y levantad la cabeza, porque vuestra redención se acerca». Y el cura también leyó el Evangelio: «Yo os lo digo: aquella noche estarán dos en un mismo lecho: al uno tomarán y al otro le dejarán. Habrá dos mujeres moliendo juntas: a una la tomarán, a otra la dejarán…». No tuvo mucho más tiempo, sin embargo, para seguir recordando la pequeña iglesia llena de rostros de santos y olor a incienso, pues al poco rato el campesino colgaba de la soga, con los ojos fuera de las órbitas y la lengua azul y sanguinolenta entre los labios, en aquella horca levantada en los confines de la región.

Pienso de continuo en esta historia y no puedo evitar que se me erice el cabello de la nuca, como a los lobos acorralados. Pero tengo siempre la sensación de que no la interpreto bien. ¿Qué dice, qué *me* dice esta historia? Me siento ante ella como ante

una ecuación demasiado complicada para mi pobre cabeza. Pero tampoco esta es una imagen adecuada, pues significaría que en principio puedo entender lo que se me dice o se me muestra. De hecho, me encuentro en una situación en la que me falta incluso el receptor, como si fuera sordo y alguien me hablara en voz alta, mirándome a los ojos, pegando su frente a la mía, sacudiéndome por los hombros con la esperanza de que pueda a entender… Pero a mí solo me llega su emoción, su miedo al muro que nos separa. O soy más bien como un gato repantigado en el suelo de la cocina, mirando con unos ojos verdes, redondos y serios. Quieres enseñarle algo, una borla, para que juegue con ella, y tiendes la mano hacia la borla pero el gato no dirige la mirada hacia ella sino hacia tu dedo, lo huele, lo lame con su áspera lengüita. La señal no señala, el índice no indica sino que se transforma en el objeto señalado para un cerebro sin capacidad de pensar. Nos queda la tozudez, que no deja de ser una forma de fe. Sabemos que nos encontramos en un laberinto, sabemos que debemos escapar, incluso aunque no tengamos una mente angelical, incluso aunque hagamos la cuenta de la vieja, aunque hagamos malabarismos, aunque nos equivoquemos mil veces de camino para dar una sola vez con la vuelta correcta, confiamos en que vamos a encontrar la salida, incluso por fortuna o por chamba, pues sin esta fe no podríamos respirar.

Han pasado ya más de tres meses desde que escribo aquí, en esta soledad animal en la que vivo desde que tengo uso de razón. Después de almorzar, cojo cada día el tranvía a la escuela. Por las tardes regreso a casa en ese mismo tranvía. En el tranvía siempre leo, llevo algún libro en la bolsa, entre los exámenes y los bolígrafos. Y no sé si es una casualidad o si los elijo a propósito, pero todo lo que he leído últimamente está relacionado con mi situación, con la vida de un hombre solo y sin esperanza. En los últimos meses, desde que he empezado la historia de mis anomalías, he leído siempre de pie, zarandeado en tranvías abarrotados, apoyando el libro en el hombro o en la espalda del de delante, los grandes libros de la soledad. Todos los personajes con los que he llegado a identificarme son portadores de este estigma. En mi mesilla de noche descansan ahora —pues los sigo leyendo en casa, por la tarde, hasta bien avanzada la noche— *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, *Solo*, de Strindberg, *Muerte impúdica*, de Dagmar Rotluft, *Las tribulaciones del joven Törless*. Y, por supuesto, mi libro favorito, el *Diario* de Franz Kafka. Mientras el tranvía regresaba, anteayer, Colentina abajo, atravesando el ocaso, recuerdo haber levantado durante un instante los ojos del libro de Strindberg. Tuve en ese momento la sensación clara de que, por el contrario, en aquel momento había bajado los ojos hacia la página del libro apoyado en la piedra áspera de la balaustrada de un puente de Estocolmo, tras haber contemplado la ciudad marcial y brumosa a mi alrededor, para seguir leyendo la historia de un hombre solo en un Bucarest improbable y lejano.

Algunas veces se me pasa por la cabeza que fui en algún momento —en un sueño o en otra vida— un maestro del tatuaje, tan abstruso y tan puro que nadie, nunca, tenía acceso a las maravillas de encaje, tinta y dolor de mi arte. Encerrado en mi

habitación, solo ante el espejo, cubría mi piel con arabescos menudos, torcidos, intrincados y fantásticos, como las líneas de Nazca y las redes supurantes que provoca la sarna. Centímetro a centímetro, desde la coronilla rasurada hasta los hombros, sin eludir la parte trasera de las orejas, los párpados ni las aletas de la nariz, mi cuerpo estaba conquistado por dibujos dolorosos y finos, por flores artificiales —como esas de hielo que florecen en los cristales en noches gélidas— que goteaban, cruelmente lentas, de la aguja de metal con la que martirizaba mi piel. Esa misma red de tinta azul en la que se adivinaban todos los paisajes del mundo, todos los objetos del deseo y del horror, así como quimeras, inscripciones y sentencias siniestramente caligrafiadas en la epidermis flexible, ocupaba toda mi espalda. Yo mismo la había perfilado, retorciéndome como un faquir, marcando cada vértebra con un sol, una lagartija, una nube, un embrión, un ojo triangular y sereno, y unos omóplatos con alas ambiguas, con garras, de *Archaetopteryx*. Olvidándome de comer, de dormir y casi de respirar, completamente invadido por el dios de oro fundido sobre el que mi piel se posaba como sobre uno de esos maniquíes de las sastrerías, tatuaba con minuciosidad, durante meses y semanas, mis generosas superficies dérmicas, ennobleciendo con mi arte el órgano más difícil del cuerpo humano. Los zarcillos de tinta descendían, poco a poco, hacia el pecho, colocando sobre las costillas oboes, cobras y veleros, rodeando mis pezones con las bocas abiertas de las plantas carnívoras. Adorné mi vientre con bóvedas de catedrales cargadas de figuras alegóricas. El ombligo, en el centro, estaba rodeado por rayos y palomas. Luego grabé en mi sexo y en mis nalgas demonios, *grylas* y troles y orgías inmundas, descendí con la aguja de tatuar hacia los muslos para dibujar dos leopardos en las rodillas y raíces en los empeines. Feliz con el sufrimiento descarnado de mi piel, sentía que no tenía límites, que todo me estaba permitido, que tenía cifrado ahí, en los bucles, las volutas, las corolas y las espinas de mi tatuaje, el algoritmo del ser y la fórmula de la divinidad. Inflados por el aliento de una inspiración continua, los dibujos ni siquiera rozaban mi piel, se habían desprendido y levitaban sobre ella, a unos pocos centímetros, como una telilla de alucinación y de sueño. Poco después no pude encontrar un solo centímetro cuadrado en el que clavar la aguja, pues incluso los talones y las palmas y las encías y el glande habían caído ya en manos de la jungla lujuriosa del tatuaje.

Sentí entonces el límite de mi arte, que es también el límite de mi conocimiento. No puedes tener más piel que la que ocupas. No te puedes tatuar encima de los tatuajes. Era todavía joven, me quedaban largos años por delante: ¿cómo sería mi vida sin mi único sentido y mi única alegría? No podía terminar así. Me llevó muchos años desligar la idea de tatuaje de la idea de piel.

Y entonces, cuando acabé con la superficie de mi cuerpo, pasé al interior. Me tatué los hemisferios cerebrales, la médula espinal y los nervios craneales, numerándolos como si fueran láminas de anatomía. Me tatué los pulmones, el corazón, el diafragma, los riñones, cubriéndolos con ciudades desconocidas,

telescopios, insectos y sistemas solares. Durante muchos años trabajé con minuciosidad en los encajes y las telarañas con los que, como un nuevo redaño, recubrí el ovillo de mis intestinos. Grabé en mis huesos frases del Corán, del Kebra Nagast y de las Escrituras. Me tatué la tráquea con el gran cuadro de Altdorfer. Caligrafié en la vejiga galaxias unidas por nubes de materia oscura.

Y cuando acabé, cuando mi escritura menuda, fantástica, llenó mi cuerpo con la más hermosa historia del mundo, contada por un millón de bocas al mismo tiempo, no caí presa de la melancolía, pues supe de repente que, al igual que el mundo insondable que me rodea, al igual que mi cuerpo, que lo refleja como una gota de rocío, el arte del tatuaje es infinito.

Me dirigí pues a la frontera entre el cuerpo y el espíritu, la atravesé con mi instrumento de tortura en la mano y empecé a tatuarme sabiendo que no agotaría jamás, incluso aunque rasguñase eternamente, la infinita e infinitamente estratificada e infinitamente gloriosa, e infinitamente demente, ciudadela de mi mente.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 17

MI madre me crío como a una niña bajo los inmensos cielos del arrabal. Dejó que el cabello, de un dorado oscuro, me creciera hasta la mitad de la espalda para peinármelo después en trencitas. Me ponía unos vestidos fantasiosos confeccionados con las telas que conseguía en el taller de su hermana: vestidos en forma de campana parecidos a esos de nailon rosa o azul de las muñecas que poblaban por aquel entonces las habitaciones oscuras, junto a los peces de cristal, los copos de algodón teñido de los jarrones y las fotografías coloreadas a mano, en marcos de vidrio. Me acicalaba cada día de forma distinta, me cambiaba el peinado, me ponía pendientes de cerezas, me desvestía y me vestía, como hacía de pequeña en su pueblo, Tântava, con las cucharas de madera envueltas en trapos que hacían las veces de muñecas. El pajarito que yo tenía entre las piernas no le impedía poner en práctica algún sueño o alguna fantasía profundamente escondida en los recovecos de la caracola de su mente. ¡Tenía que ser una niña, ahora, precisamente cuando de los dos niños le quedaba solo yo y se acabó! Mi padre se enfurecía y renegaba cuando me encontraba así travestido, pero no veía gran cosa y lo que veía no llegaba a las profundidades de su conciencia, porque en ese lugar en el que tendría que haber sido él mismo no había, sin embargo, más que una habitación vacía. Se limitaba a lanzar unos juramentos y luego se le pasaba, como pasan las nubes por el cielo vacío. Porque mi padre no viviría, no se alegraría ni se apenaría sinceramente jamás, pasaba por la vida como un sonámbulo de bellos ojos aterciopelados, sin saber por qué vivía, sin saber siquiera que debería preguntarse de vez en cuando qué hacía en este mundo. Habría sido capaz de dormir con una loba y habría criado, en vez de un niño, una cría de dragón, con tal de que le hubieran dejado en paz, de que nadie le hubiera dicho nada. Muchas veces se quedaba con los ojos clavados en el vacío —es lo único que me ha dejado en herencia—, y luego tenía que hacer un esfuerzo tan enojoso por salir del trance ridículo de una mente vacía y satisfecha y vaporosa —como la de un bebé atiborrado de leche—, que mi madre y yo habíamos llegado tiempo atrás a la conclusión de que mi padre, de hecho no estaba allí, aunque regresara por las tardes de los talleres ITB, oliendo a aceite y a la grasa del torno, incluso aunque comiéramos juntos, incluso aunque nos acostáramos todos en la misma cama. Todo lo que sucedía en la pequeña habitación de Silistra tenía lugar entre mi madre y yo.

La niña-niño era paseada en bicicleta por los vecinos a través del barrio. Y la niña-niño pateaba por las escaleras hasta el primer piso de la casa en forma de U, pintada de un morado siniestro. Azuzaba a los pavos del corral cercado con alambre. Salía a la calle, entre charcos y barro, para jugar con otros niños. Todas las flores del patio eran más altas que ella. El olor a lavazas —el olor más intenso del arrabal—

inundaba sus fosas nasales cuando el viento de primavera lamía las zanjas del borde de la calle. La casa vecina con su pared ciega, la tienda de ultramarinos bajita y oscura al fondo de la calle y el patio de enfrente, con globos de colores colocados sobre unos palos por los que se enroscaban los zarcillos verdes transparentes de las judías pero, sobre todo, las nubes luminosas y compactas allá arriba la llenaban de asombro. Aunque la verdad era que no conocía nada más, como si fuera una viajera que hubiera llegado de repente a un país enigmático, de un esplendor insólito, pero cerrada por completo en su propia extrañeza.

Recuerdo cuánto me gustaba ser una niña, lo orgulloso que me sentía de mis coletas prendidas con una goma de bragas, recuerdo unas sandalias rosas «de charol» que mi madre conservó mucho tiempo… Pero la parte femenina de la quimera que yo era entonces desapareció el día en que mi madre me llevó, por un camino desconocido, en medio de una ventisca y un paisaje de un blanco insoportable, «a jugar con los juguetes de Doru». Mis vestiditos y mis trenzas desaparecieron para siempre aquel día, y nadie, nunca, volvió a tomarme por una niña. Cuando hoy lo recuerdo para mí, es como si hubiera sido una niña en una vida anterior, como si la antigua niña hubiera dejado en la ceniza petrificada de mi mente un hueco con la forma de su cuerpo, como los que murieron carbonizados en Pompeya. Conservo todavía las trenzas de color rubio ceniza en una bolsita de papel amarilleado. Uno de los extremos está cortado y firmemente sujeto con una goma, el otro se afina, se escapa del suave trenzado de los mechones de pelo como el extremo de un delicado pincel. Muchas veces, por las noches, cuando examino mis pobres tesoros, saco las trenzas, las estiro con la mano como si fueran unos animales pequeños y suaves, y luego me planto ante el espejo y me las coloco a ambos lados de la cabeza. En el espejo me contempla entonces una extraña quimera: adulto-niño y hombre-mujer, feliz-infeliz en su única certidumbre: la soledad.

Más adelante nos mudamos a Floreasca, a un bloque de tejado puntiagudo al que nos referíamos halagadoramente con el nombre poco adecuado de «villa». Era un edificio amarillo, con el enfoscado liso y, sin embargo, rugoso como la piel de un limón. Delante crecían unas rosas enormes y por encima se extendían unos cielos con venillas rosadas, como de resina. El cielo se combaba como una campana que abarcara bajo su copa el barrio entero. Para ir a cualquier parte, teníamos que atravesar el cielo. Alrededor, en las cercanías, solo había tres lugares: la tienda de ultramarinos, con la panadería anexa, el dispensario y la comisaría de la policía. A la primera iba yo solo, con el dinero en la mano. Estaba calle abajo, justo al otro lado del muro de gelatina del cielo. Cruzaba armándome de valor la gelatina azul, de un grosor de dos o tres metros, y salía afuera, donde no había cielo sino un vacío ceniciento. A la vendedora le asombraban siempre las gotas azules que salpicaban mi pelo y mi ropa tras atravesar el muro de gelatina azul. Me entregaba un pan trenzado, dorado, y siempre con una sorpresa en su miga esponjosa —un avioncito de plástico, un papelito con un corazoncito tembloroso, un pendiente con una piedrita de jaspe…

—. Lo fabricaba especialmente para mí un panadero de la vecindad. Luego me daba las vueltas: dos o tres monedas grandes de metal con un escudo grabado. Con ese dinero podías comprar cualquier cosa. Se guardaba en el cajón de la mesa de la cocina. Allí había también billetes de papel con minuciosos dibujos, pero estaban tan arrugados y pegados con masa y garabateados a bolígrafo que las caras no se distinguían ya. Mi madre los atesoraba en el armario, entre la ropa. A mí solo me gustaban las monedas, con ellas jugaba todo el tiempo. Hacía flores sobre el barniz de la mesa del comedor y, en casa de mi tía, las atrapaba con un imán para formar cadenas de cinco o seis céntimos, unidos unos a otros por el canto, pues también ellos acababan convirtiéndose en imanes. Cuando los arrimaba, se pegaban de repente con un clic. Y cuando los soltaba me costaba separarlos unos de otros, podría decirse que les daba pena: declic…

Al ambulatorio y a la comisaría iba solo con mi madre. Juntos, cogidos de la mano, teníamos mucha más fuerza y dislocábamos con tanto ímpetu la pared curvada del cielo pegado al asfalto, que ante nosotros se desprendían dos seres azules y transparentes perfectamente idénticos a nosotros mismos. También ellos caminaban de la mano y, al cabo de un rato, se disolvían bajo los cielos cenicientos. Al final quedábamos solo mi madre y yo, con bolitas azules enganchadas en el pelo, recorriendo alamedas tortuosas y desconocidas, bajo árboles esqueléticos, en aquel mundo gigantesco. Mi madre conocía el camino y yo conocía a mi madre, así que acabábamos llegando al ambulatorio, que era un edificio alargado y bajo, dividido en muchos consultorios. En cada consultorio había una camilla medio cubierta con un hule marrón-rojizo, una báscula de hierro blanco —que también te medía para ver si habías crecido— y un armario blanco, con baldas de cristal en las que se alineaban unas cajas de metal niquelado. En cada consultorio había también una doctora joven con un estetoscopio al cuello; su cabello cobrizo ondulado, muy hueco, le llegaba hasta la cintura.

En cada camilla había igualmente un paciente, desnudo de la cintura para arriba, cuyo tórax subía y bajaba. Las doctoras te colocaban la placa helada del estetoscopio sobre el pecho o la espalda y escuchaban con atención, como si el corazón de los pacientes les comunicara algo serio e importante. Una sola camilla estaba siempre vacía, y en ella me tumbaban a mí. Mi madre esperaba en un rincón, jugando con las pesas de la báscula o leyendo los carteles en los que unos microbios feos le sonreían con los dientes estropeados. Maquillada y perfumada, con gestos dulces y suaves, la doctora pelirroja empezaba a examinarme.

Me hacía sacar la lengua para colocarme sobre ella un bajalenguas metálico con regusto a cardenillo y así echarme un vistazo a la garganta. Yo tosía y sentía náuseas. Me examinaba el pelo a toda prisa en busca de liendres, alejando su cabello ondulado de mi sospechosa cabeza. Me palpaba la barriga para ver si tenía urticaria. Paseaba el estetoscopio por las costillas que se adivinaban debajo de mi piel y me hacía respirar profundamente. Me preguntaba si tenía lombrices. Ay, tenía todo el tiempo, por las

noche me picaba muchísimo, solo que la pastilla para las lombricillas parecía una pastilla de jabón de lavar, verde y con fibras, y era muy amarga, así que le decía que no, pero mi madre, que me oía agitarme por las noches en la cama, le revelaba a la doctora mi vergonzoso secreto. Sí, tenía oxiuros, como los llamaba la doctora; yo los había visto una vez, pequeños y finos, muy blancos, brillantes e inquietos, moviéndose allí, en el frasquito con la prueba de heces. Antes de convertirme en alguien, yo era mi propio cuerpecillo, tal vez por eso hablaba sobre mí como sobre un objeto cercano: él, decía, él. Luego comprendí que yo no soy yo, sino que *tengo* un cuerpo, que yo no soy su inquilino ni su prisionero. No era yo quien tenía lombrices o liendres o estreñimiento o urticaria, sino él, ese que estaba formado por una materia blanda y cambiante; él, en el que habitaba yo. Cuando padecía una enfermedad, aunque la enfermedad no fuera mía, sino suya, era como si las paredes de la célula que me aprisionaban rezumaran humedad o estuvieran tan candentes que mi respiración quemara, o como si se hubieran congelado. Mi cuerpo me hacía sufrir con sadismo, era mi enemigo acérrimo, un estómago que me digería con suma lentitud. Era la trampa de la planta carnívora en la que yo, un ser alado, había caído por desgracia. Ya había oído hablar de los órganos internos y sabía que, debajo de la piel, tenía corazón e hígado y pulmones, e incluso todo un esqueleto, pero no me lo acababa de creer. Como no podría verlos jamás, para mí no existían. Prefería pensar que mi interior albergaba una sustancia uniforme y luminosa, una cera líquida, templadita, con la que pensaba y vivía, veía y oía, reía y lloraba. Tal vez los demás tuvieran órganos, sí, como el cerdo que yo había visto abierto en canal y chamuscado en casa de mi abuelo, en el pueblo; tal vez ellos tuvieran los intestinos llenos de heces, pero yo estaba configurado de una forma completamente distinta a la suya. He conservado, de hecho, hasta hoy en día esta convicción, el sentimiento de que no soy como los demás individuos, como los demás seres vivos. Ni siquiera utilizo la palabra «vivo» cuando hablo sobre mí, pues no me siento vivo, no formo parte de la vida que se hace un hueco en cualquier espora y en cualquier bacteria. Cuando me cortaba un dedo, sí, sangraba, pero prefería creer que la sangre se había formado allí mismo, en ese momento, por la simple incisión del filo del cuchillo en mi dedo, antes que imaginar una enmarañada red de venas, arterias y capilares por los que circularía infinitamente una sangre que no vería jamás. ¿Cómo podría ser esa sangre? ¿Qué color tendría, ahí, en el interior de mi cuerpo, donde no existen colores porque no existe la luz? Cuando, más adelante, en el portal del bloque de Ştefan cel Mare al que nos mudamos al cabo de dos años, puse el dedo índice ante la bombilla del ascensor, confirmé que no tenía estructura interna, que mi cuerpo estaba repleto de una sustancia rosa, hialina, traslúcida como la que llena el de las medusas.

La idea de que habito en un animal, de que incluso en la biblioteca, mientras leo los *Prolegómenos* de Kant o *A la sombra de las muchachas en flor*, albergo en mi interior entrañas pegajosas, sistemas y aparatos gorgoteantes, sustancias nutritivas y sustancias pútridas, de que mis glándulas secretan hormonas, de que mi sangre

transporta azúcar, de que tengo flora intestinal, de que en mis neuronas unas bolsas llenas de sustancias químicas descienden por microtubos y las liberan en los espacios entre las sinapsis, de que todo eso sucede sin mi conocimiento ni mi voluntad, por razones que no son las mías, me resulta incluso hoy en día monstruosa, el producto de una mente saturnina y sádica, que ha recorrido probablemente eones para imaginar cómo se puede humillar, aterrorizar y torturar con mayor crueldad una conciencia. Sí, vivo en un animal compartimentado, resbaladizo, mucilaginoso, en continuo tormento por una bocanada de aire, un tubo que aspira materia estructurada y elimina materia desestructurada, que se arrastra un nanosegundo en una mota de polvo de un universo grandioso y abyecto, mirando hacia arriba, a través de la película de la atmósfera, hacia las otras motas de polvo más cercanas desperdigadas por la bóveda celeste. Esperando algo, algo que no llegará nunca, durante toda la eternidad.

La doctora me hacía subir luego a la báscula, movía las pesas hasta que los pilones se alineaban para demostrar cuánto me atraía la tierra con su fuerza magnética. Y yo me pegaba a ella como los céntimos al imán de mi tía. Cada año, la tierra estrujaba más y más mis huesos, los prensaba contra el pavimento, contra el suelo, contra las alcantarillas del centro de la calle… A continuación me medía colocándome sobre la cabeza la placa deslizable y constataba que el animal en el que habitaba había encontrado en cierto modo la manera de oponerse a la ruina y la desmembración universal. Él crecía mientras todo a mi alrededor se aplastaba, se pegaba a la tierra, se reducía a polvo y cenizas. Me enfrentaba irresponsablemente al dios de la nivelación de todas las cosas en la nada, que es el suelo del ser. Luego me ponía las inyecciones de rigor, no puedo imaginar mi infancia sin ellas: penicilina, estreptomicina. En aquella época, los médicos pensaban que su existencia en este mundo no tenía sentido si no ponían inyecciones. Yo sospechaba ya entonces que de alguna manera necesitaban los gemidos, los llantos y las lágrimas de los pequeños, que no entendían por qué los castigaban de esa forma. Lo que más me dolía era el hecho de que cada vez que forcejeaba sobre el hule, berreando con toda mi alma, mientras la enfermera se acercaba con su aguja de avispa despiadada, mi madre era siempre su cómplice. Ella me sujetaba con todas sus fuerzas, ella me gritaba, ella me amenazaba con una paliza. A veces se tumbaba sobre mí, en la cama, retorciéndome las manos a la espalda. Y enseguida sentía la aguja en mi carne y el veneno invadiendo mi nalga. Después, me quedaba tumbado en el hule, humillado y llorando a moco tendido, y mi madre —algo también incomprensible— me secaba la cara mojada y me abrazaba los hombros con una ternura que me asombraba y me indignaba: «Ya está, ya está, ya ha pasado…». Al final, salía de la consulta cojeando, subiéndome los pantalones sobre la marcha para que nadie viera los pinchazos desperdigados al azar, como unas estrellas inflamadas, por mi nalga derecha y mi nalga izquierda. La palabra «dispensario» me aterroriza todavía hoy, pues tras esas sílabas se esconde el tintineo de las cajas niqueladas, la vibración de las estanterías de cristal y el olor a moho de la penicilina, el verdadero olor de mi infancia.

Otras veces —muy raramente—, íbamos a la comisaría. Tal vez fuera porque mis padres tenían que renovar un carné o quién diantres sabe, pero el hecho es que, por las tardes, abandonábamos la campana de gelatina —que era ahora de color ámbar— y, con grandes gotas de ámbar prendidas a los párpados, que conferían a las calles y a los edificios un aspecto fantástico, nos adentrábamos en un mundo salvaje hasta mucho más allá que cuando íbamos al ambulatorio. Nunca encontrábamos a nadie por el camino. Allí estaban los mismos edificios, las mismas perspectivas que cambiaban sin cesar, los mismos árboles cobrizos perdiendo las hojas. Llegábamos a la puerta de hierro cuando el día se mezclaba con la noche, cuando el cielo era como el alquitrán, orlado únicamente en el horizonte por una línea luminosa, de un amarillo-verdoso como veneno de serpiente. La puerta se deslizaba ante nosotros por unas ruedas. Accedíamos entonces al edificio de ventanas enrejadas y subíamos al primer piso. Las paredes eran de color caqui, pintadas al óleo. Entrábamos luego en una sala de espera donde la luz no estaba encendida, así que apenas se distinguía nada. Solo las ventanas enrejadas se insinuaban, con sus paisajes sepias, en el aire ocre. Nos encontrábamos en un crepúsculo eterno, en el que mi madre y yo penetrábamos con gran desconfianza. Rara vez había alguien más en los bancos de respaldo alto. Allí teníamos que esperar muchísimo rato, tal vez dos o tres horas. Yo, cansado de jugar con los dedos, no dejaba de preguntarle a mi madre cuánto quedaba, y ella me susurraba tan solo que tuviera paciencia. Miraba el cartel de los sospechosos, a continuación me acercaba a mirar por la ventana… El entarimado crujía a cada paso y, como todos los entarimados de aquella época, olía intensamente a aguarrás. Por fin, la puerta se abría y mi madre daba un respingo, luego se ponía en pie de un salto, cogía el bolso y se apresuraba a entrar. Se giraba un instante, en el umbral, para decirme que me portara bien, que regresaba enseguida.

Yo me convertía entonces en el señor de la habitación oscura. Me paseaba entre los bancos, contemplaba los brillantes cuadros de las paredes. En todas partes —tanto en el ambulatorio como allí, en la comisaría, o en cualquier otro sitio que visitara— había en una pared algún cuadro que mostraba a un hombre de rostro macizo, ojos grises y cabello canoso. Una vez, en un banco de un rincón oscuro, descubrí a una niña más pequeña que yo. Llevaba unos pendientes en forma de frambuesa, le faltaba un diente y estaba acurrucada con las rodillas pegadas al pecho. Tal vez estuviera esperando, ella también, a su madre. A su lado, en el banco, había un sifón grande, de cristal azul, poliédrico. Si apretabas la palanca, un chorro de agua agitada brotaba del pico de un buitre de estaño. Jugamos largo rato con el sifón, luego jugamos a las palmas con juegos cada vez más complicados, pero como nuestras madres tardaban, decidimos abrir un poco la puerta y echar un vistazo al interior. La puerta era mucho más grande que las de nuestras casas, solo de puntillas podíamos alcanzar el picaporte. Al final cogí a la niña en brazos, pegando mi rostro a su vestido pobretón y sucio, que bajo la luz del crepúsculo había perdido todos los colores, y la levanté para que pudiera bajar el picaporte. La puerta se abrió unos pocos centímetros y, con mi

cabeza sobre la suya, miramos los dos en el interior del recinto contiguo.

Esperábamos encontrarnos un despacho, unos soldados de uniforme, y a nuestras madres sentadas en unas sillas, sacando unos documentos de sus bolsos pasados de moda o respondiendo con modestia a sus preguntas. O, al menos, un poco de luz. En la gigantesca habitación que quedaba al otro lado de la puerta había apenas un poco más de luz que en la sala de espera. Asombrados por lo que estábamos descubriendo, dimos unos pasos por el suelo de piedra y nos adentramos en la inmensa nave.

Era como una gruta subterránea, como una caverna con el aire levemente fosforescente. Aunque no se veían estalactitas por ningún lado, ambos teníamos la clara sensación de encontrarnos bajo tierra, bajo toda una montaña cuya presión sentíamos con unos órganos al parecer especiales. El suelo era de piedra y, aquí y allá, nos íbamos topando con numerosos bancos de piedra y piscinas, rectangulares, rebosantes de un agua negra. Las bóvedas que se abrían sobre nuestras cabezas eran tan magníficas que a duras penas distinguíamos las estrías, brillantes y afiladas como las del paladar de los gatos. Toda la piedra que nos rodeaba era, de hecho, brillante y semitransparente, como si una mucosa forrara la aspereza de la montaña. Avanzábamos por la inmensa sala, vacía por lo demás de objetos, buscando con desesperación a nuestras madres. Íbamos de la mano y nuestras siluetas minúsculas se alargaban sobre las paredes y el techo de la gruta en anamorfosis monstruosas, siempre diferentes, como en la sala de los espejos de las ferias. Cuando nos cansábamos, nos sentábamos a descansar en los bancos de piedra. También parecían orgánicos, pues se calentaban bruscamente al contacto de nuestros muslos y empezaban a latir de manera extraña. En cierto modo, era como si se fundieran con nuestra carne. Entonces nos despegábamos —como una pústula de una herida— y seguíamos avanzando a tientas.

A lo largo de aquel viaje interminable por la inmensa gruta, nuestros cuerpecillos se transformaron y nos convertimos en adolescentes. Nuestras ropitas de niño fueron cayendo hechas jirones, ondeando sus remiendos. Si nuestras madres habían sobrevivido, ahora tenían que ser unas ancianas canosas, con gafas y dentadura postiza, con el cuerpo combado por las enfermedades del hígado y el bazo. Tal vez no las habríamos reconocido de habérnoslas encontrado. Pero nosotros seguíamos avanzando, de la mano, por el interior de nuestros cuerpos fascinantes. Éramos ya adultos con la arquetípica silueta humana plenamente formada, con cerebros que se veían a través de nuestra piel, traslúcida como la piel de los crustáceos, tan sexuales como nuestros órganos genitales, con sexos tan versados como la mente. Éramos el hombre, en sus dos representaciones, éramos impersonales como los pájaros y las tortugas, que no tienen nombre ni identidad fuera de su especie. Éramos ejemplares de la especie humana, los más bellos sobre la faz de la tierra, iluminados por dentro como si la vida no fuera otra cosa que luz interior. Nos comunicábamos uniendo las palmas de nuestras manos como se comunican, en la cumbre, las dos vertientes de la montaña. Éramos siameses con una parte del cuerpo común, por la que circulaba la

sangre del mismo sistema doble de venas y de arterias. También a través de los dedos entrelazados circulaban nuestras emociones, nuestros pensamientos y, sobre todo, la sensación de felicidad que colmaba nuestros cuerpos de perla fundida. Ante los tres túneles de la pared opuesta de la sala —a la que habíamos accedido al cabo de varias décadas—, nos detuvimos y nos volvimos el uno hacia el otro. Nuestras madres debían de ser ya huesos pulverizados, dientes desperdigados, vértebras mezcladas con arena y barro. Tal vez algún mechón de cabello putrefacto en una calavera calva. Una alianza demasiado ancha en el hueso del antiguo anular.

Los túneles, tres gargantas forradas con la misma piedra lisa y transparente, eran colosales. Parecían las tráqueas de la tierra. Avanzaban, inclinadas, hacia las profundidades, pero no las de nuestro insignificante planeta —una mota de polvo en el infinito igualmente minúsculo de nuestro insignificante universo—, sino hacia las profundidades del ser, de la naturaleza, del olvido, de la nada inabarcable. Deslizarte por aquellos agujeros sin fondo, hundirte en aquellos precipicios, significaba, tal vez, regresar, convertirte primero en niño y después en un feto sabio, de pesados párpados, dando volteretas en las nubes, para pasar a ser un embrión húmedo y transparente, un huevo en el útero de una mujer de otro tiempo y otro lugar, listo para un nacimiento milagroso. Nunca olvidaré las tres bocas excavadas en la pared de roca ante mí, tampoco la impresión febril de que cada una de ellas se dividía a su vez, en las profundidades, en otros tubos oscuros que serpenteaban delgados en la carne del ser, y estos en más y más túneles, hasta el infinito. Tal vez la propia realidad vagaba por ellos como un topo ciego, asustado ante su propia soledad.

Abracé a la mujer que estaba a mi lado y permanecimos así, de pie, mirándonos a los ojos, como un dios doble de zafiro blando, iluminando las profundidades de los túneles. Cuando mi madre me despertó, en la oscuridad de la sala de espera, estaba acurrucado en un banco de madera marrón. Por las ventanas se veían las estrellas. Su luz iluminó a la niña, a la que también despertó su madre. Nos miramos para reconocernos y partimos, cada uno, hacia nuestra casa.

Floreasca ha sido siempre para mí un mundo aparte, un lugar irrepetible, situado bajo una lupa resplandeciente para toda la eternidad. De mi vida allí, en el pequeño apartamento cuya estructura interior no recuerdo ya, como si fuera una habitación prohibida en los pasillos de mi mente, conservo los más límpidos-oscuros, los más mágicamente coloreados recuerdos ciegos pues, a falta de imágenes, todo lo que recuerdo son emociones. Veo mis alegrías y mis miedos como si fueran unos objetos concretos, con todos sus detalles, pero unos objetos que contemplara en su totalidad, por todas las partes a la vez, tal y como las cosas se ven a sí mismas para poder existir. Muchas veces he pensado en volver a ese barrio en el que pasé la infancia entre rosales para confitura, más altos que yo, leyendo en el alféizar de la ventana, con las piernas colgando. He pensado en volver a esa calle con nombre de músico, a la tienda de ultramarinos, a la comisaría de la policía y al ambulatorio, pero ignoro el hecho de que no se puede volver a un barrio imaginario, excavado en la piedra blanda

de mi mente, sino únicamente a uno de ladrillo, escombro y revoque, y de castaños que abren indiferentes sus frutos espinosos, en otoño. Los barrios de la infancia han dejado de existir. Y, sin embargo, me he dicho muchas veces: iré de todas formas. Utilizaré los edificios, las construcciones y las nubes de ahora para proyectar su sombra sobre mi cerebro descubierto y sensible, y tal vez, en el juego de sombras, reconozca algo de esa época.

Una vez fui. Tomé el tranvía número 5 en Barbu Văcărescu y me apeé en la parada del Instituto de Proyectos y Planificación, junto al desolador depósito de autobuses por donde merodeaban perros vagabundos. A lo lejos, para que todo resultara todavía más triste, se consumían las ruinas de la antigua fábrica de ácido sulfúrico. Floreasca empezaba allí mismo y, sin embargo, no he sido capaz de volver a caminar por sus calles, porque la cúpula de gelatina azul que se elevaba sobre el barrio se ha petrificado con el paso del tiempo y ahora es dura como un cristal de medio metro de grosor. Al otro lado, ensanchados por la pared curva, se pueden ver tan solo a los que han quedado atrapados en las callejuelas: a los alumnos del liceo Rosetti, a los que iban al cine Floreasca para volver a ver, por enésima vez, *Comoara din lacul de argint*, a las panaderas y la dependienta de la tienda de ultramarinos, al responsable de la verdulería, a los soldados y a las doctoras a los que la vitrificación de la bóveda pilló desprevenidos. Todos ellos pegan su rostro al vidrio grueso y gritan a los de fuera, sin ser oídos, cautivos en la burbuja de aire del cristal enigmático del recuerdo.

Capítulo 18

LA señora Rădulescu da clase de Historia. Los chavales no la aprecian, no solo porque les obliga a aprenderse interminables listas de vaivodas, con el año de la llegada al trono y el de la muerte de cada uno de ellos, con los años de las batallas y de los edictos, con las «causas de las revueltas» y las «condiciones sociales» de cada época, sino porque lleva en el dedo índice de la mano derecha un formidable sello de oro tan macizo, de bordes tan afilados, tan pesadamente labrado, que dondequiera que aparezca la señora Rădulescu, ya sea en los pasillos verde caqui de la escuela o en la sala de profesores, ya sea en el tranvía que nos lleva a todos hacia el centro, lo primero que se ve es su sello, antes de pasar a observarla también a ella como si fuera un apéndice ancho y esponjoso —de tela negra o morada— de este. El anillo de oro rugoso, repujado, en cuya complicada filigrana se pueden distinguir —según el ángulo en el que te encuentres— cisnes, cañones de asalto, mujeres desnudas, xilófonos, motores con cilindros en forma de V, hidras de siete cabezas o cualquier cosa que se te pase por la imaginación, no es tanto un adorno como un arma. ¡Ay del chaval que no haya soñado por las noches con el año de la batalla del Podul Inalt o los del reinado de Dabija-Vodă! El anillo cae en picado sobre su coronilla como si fuera un rayo y la sangre empieza a chorrear por el pelo sucio. No hay una sola clase en la que no te encuentres al menos con un chaval que luzca en la coronilla una cicatriz —con dos o tres puntos de sutura— que el cabello corto no consigue tapar, un recuerdo del encontronazo con el anillo de la señora Rădulescu. Los coscorrones con los cuadernos de pastas duras de los demás profesores parecen caricias maternales en comparación con la tremenda fuerza del temido anillo que desciende inesperadamente sobre un cráneo frágil, como el picotazo de un avestruz. «Ve a lavarte, y mañana vienes a la escuela con tu padre», escucha el herido antes de abandonar el aula dejando gotas de sangre en el suelo. A los demás críos les toca limpiarlas con el borrador del encerado.

Por lo demás, la señora Rădulescu es una mujer agradable. En la sala de profesores está siempre rodeada de profesoras porque conoce infinidad de recetas para preparar encurtidos. Su marido es comandante en una institución de fama siniestra, y tienen un Skoda rojo-anaranjado que es la niña de sus ojos. La señora Rădulescu viene a la escuela en su coche, porque su marido utiliza el coche oficial. Lo aparca en el campo de fútbol, muy pegado a la pared de la escuela, para que la manguera de la toma de agua contra incendios pueda llegar hasta él. Los primero que se ve por las mañanas, nada más cruzar la puerta de la escuela, son tres o cuatro chavales con permiso para faltar a la hora de Historia lavando el coche de la señora profesora. Lo bañan con la manguera de los bomberos hasta que todo el patio se

transforma en una charca, lo restriegan con las esponjas, empapadas en vinagre, de las pizarras, lo frotan y lo lustran hasta que brilla como un diamante, como le gusta a la señora profesora.

La señora Rădulescu no solo da clase de Historia, sino también de Constitución, una asignatura de contenido indefinido incluso para ella. Normalmente, en Constitución se suelen estudiar Matemáticas o Lengua Rumana, al igual que en las clases de Dibujo, Caligrafía y Música. De la hora semanal de Constitución, a los alumnos les queda una sola noción: el nombre de la persona del cuadro que está sobre la pizarra de cada aula. Nadie sabe, de hecho, de quién se trata. Es alguien que, desde algún lugar ignoto, gobierna el país. Sobre esta persona, que sale en la televisión bastante a menudo y que parece hablar en otra lengua, solo se sabe que no se pueden hacer chistes. Se pueden contar chistes sobre gitanos, judíos, oltenos, y no pasa nada. Pero no sobre el hombre del retrato. Por el contrario, sobre él se recita y se canta, pero tampoco se sabe muy bien el qué. Muchos de los niños participan en el coro incluso aunque no tengan buena voz. Los que no tienen buena voz o carecen de oído musical, se limitan a mover los labios sin emitir sonido alguno. El coro de la escuela participa también en una especie de espectáculo anual llamado «Montaje». Lo organizan cada año la señora Rădulescu y el señor Gheară, profesor de Música y director del coro. Y todas las canciones tratan sobre la Patria, el Partido y el hombre de la foto del cuadro. Curiosamente, los versos, al igual que la música, están llenos de pasión y, sin embargo, es imposible que los niños cambien la expresión de sus caras cadavéricas. Treinta cadáveres de niños, verdosos e indeciblemente tristes, cantan, en las fiestas y los concursos, cánticos enfervorizados. Ni el anillo de la profesora de Historia ni los juramentos de Gheară consiguen sacarlos del coma profundo en el que caen en cuanto abren la boca. Al principio, cuando llegué a la escuela 86, pensé que se trataba de un fenómeno local, pero luego acompañé a los alumnos a los concursos entre coros de diferentes barrios y luego a la fase municipal. Todos, en todas las escuelas, se comportan de manera idéntica: en la sala, a la espera de que les llegue el turno, se pellizcan y se empujan, se lanzan bolas de papel secante y corazones de manzana. En cambio, en cuanto se suben al escenario, comienza la putrefacción. Con los rostros unidos, rígidos ángeles verde oliva de ojos terriblemente tristes, se limitan a abrir la boca, que parece cantar por arte de magia como el movimiento de la pata de la rana en los experimentos de Galvani. La directora se agita ante ellos, mueve las manos como una loca embutida en su traje de ceremonia, pero los niños siguen siendo los mismos cadáveres de ojos vacíos de los que emana un extraño tufo a infelicidad. El Montaje combina versos y música. Pero el texto no es una creación original de la señora profesora. Yo lo he visto con mis propios ojos y consiste en unas diez hojas copiadas de otras hojas. Los versos, ya casi ilegibles, están repasados con boli rojo y negro, cortados, añadidos, modificados con flechas nerviosas. Parece la obra deliberadamente oscura de un alquimista o de un autor de charadas. El texto debería transmitir el panorama grandioso de una época de oro en la que un Partido

sabio y omnisciente ha traído el pleno bienestar a un país bienaventurado. Pero los incontables cortes y modificaciones han mezclado de tal manera los tiempos y los acontecimientos que no se puede salvar nada. Los héroes proletarios de los años 50 irrumpen bruscamente en la contemporaneidad, con su rabia anacrónica y su lucha de clases de las que se ríen ahora hasta los pavos. Los americanos siguen lanzando bombas por todas partes. Los alemanes son condenados a ser nazis por los siglos de los siglos. Los niños recitan a conciencia, con ese verde insano de sus rostros, con esa expresión de estatuas de cera, este batiburrillo carente de lógica y de todo sentido cronológico. De la misma manera que recitarían una tabla de algoritmos, las direcciones del listín telefónico, los nombres de las calles del barrio. «Con más ánimo, Mioara, ¡qué diantre!, que parece que estás en un funeral», grita cada cinco minutos la señora Rădulescu en el gimnasio donde ensayan el Montaje. Pero Mioara, una alumna sobresaliente, con la blusa blanca llena de cordones, medallas y galones, no consigue iluminar su rostro con un matiz de verde algo más radiante. «¡Otra vez! Seguidme con atención —dice también Gheară, desde el piano desafinado—, no empecéis hasta que no levante yo la mano. Y recordad: el acento cae en "ri": Nuestro que-*ri*-do presidenteee…». Gheară, a pesar del apellido[11], es un buen hombre de cabeza redonda, que lleva las mejillas siempre sin afeitar y habla en falsete con una voz tan ridícula como la de un sacristán. Al menos él no pega a los chavales, algo que lo hace inmediatamente sospechoso ante los ojos de los padres y le acarrea mala fama en el barrio. Pero tiene un carácter alegre, le gustan las juergas y la música festiva. Cuando está de buen humor se abalanza sobre su piano como si fuera a romperlo: canta antiguas y apasionadas romanzas italianas…

Junto al Montaje literario-musical, a la profesora de Historia le toca organizar también el círculo de ateísmo científico que otorga anualmente el Premio al Mejor Ateo. Los alumnos asistían contentos al círculo de ateísmo y deseaban ganar a toda costa el premio gordo, que consistía en un aparato de radio con una bonita funda de piel marrón. El marido de la señora Rădulescu los traía de sus viajes al extranjero y los donaba generosamente, cada año, a la escuela. Pero ganarlo no era cosa fácil, las pruebas eran numerosas y extenuantes. La señora profesora había encontrado —en el camarote de quién sabe qué tía o abuela— un icono grande, antiguo, con el barniz agrietado en miles de fisuras finas y un marco florido, de madera preciosa, completamente taladrado por las polillas. Representaba a la Virgen María, con grandes ojeras bajo sus ojos sabios y sufrientes, envuelta en un manto morado y abrazando contra el pecho, desesperada por no perderlo antes del momento anunciado, al niño Jesús, regordete y precioso, que te miraba fijamente con unos ojos castaños de adulto y los dedos colocados, con mucha gracia, en el gesto ritual de la bendición. Las marcas de los lugares que ocupaban las antiguas perlas —ya arrancadas— y de las piedras preciosas orlaban los nimbos dorados de la madre eterna y del niño santo. La señora profesora llevaba el icono a la escuela todos los jueves, el día en que se congregaba el círculo de ateísmo. Cuando aparcaba el coche,

lo sacaba —cubierto con una tela descolorida— del asiento trasero y lo acarreaba, tanteando y tropezándose por las escaleras, hasta el aula de Historia, cuyas paredes estaban decoradas con los rostros de los vaivodas patrios. El día en que se celebraba el concurso los niños estaban ya allí, esperando impacientes el comienzo, contemplando con los ojos como platos cómo la señora coloca el icono en el estrado, apoyado sobre unos diccionarios macizos, y lo descubre luego con gesto serio, como cuando se inauguran las placas memoriales en la fachada de las casas donde han residido en algún momento personajes ilustres. El santísimo y antiguo icono preside todos los encuentros del círculo de ateísmo. Cada uno de los niños asistentes a este círculo llegaba a conocer de memoria —y a soñar con ella por las noches— cada línea de la tinta que dibujaba los faldones del manto de la Virgen, cada arruga del entrecejo, cada matiz del más luminoso y más transparente color castaño de las pupilas del Niño, cada mordisco de polilla en las flores de caoba del marco. En cierto modo, de hecho, cada alumno estaba presente en el icono junto con la señora profesora, pues la delgada capa de cristal que protegía el antiguo lienzo pintado los reflejaba a todos, superpuestos sobre las imágenes de los sagrados personajes.

Tras enderezar un poco el icono sobre el estrado, la señora Rădulescu sacaba del maletín la *Biblia cómica* y les leía a los niños, muriéndose de risa unas veces y enfureciéndose y dando un puñetazo en la mesa otras, unas historietas ridículas que demostraban sin lugar a dudas cuántos chivos inmorales y mentirosos poblaban ese libro «llamado santo». Como en todo el barrio de la escuela no había una sola Biblia verdadera, los niños estaban ansiosos por escuchar las historias de Moisés (un tartamudo), Noé (un borracho), David, que mostraba sus vergüenzas ante el sagrado altar, Salomón, que partía a los niños en dos con una espada, Abraham, que estuvo a punto de asar a su hijo en la parrilla y muchas otras historias instructivo-educativas de este tipo. Y cuando la profesora llegaba a la historia de Sodoma, les explicaba a los inquietos niños que Dios no había arrojado fuego y azufre porque —¡qué ridiculez!— unos desgraciados hubieran querido emparejarse con los ángeles («aunque estas historias no son para vosotros»). ¡Ni hablar!, probablemente habían sufrido un terremoto como aquel del año 40, que había destruido, en la infancia de la señora profesora, el hotel Carlton. La rabia encendía su rostro y su terrible sello golpeaba lo primero que tenía a mano cuando salía a colación —y curiosamente salía a menudo— la abyección de Lot que, borracho como un cerdo, tras haber huido de Sodoma, había hecho algo muy feo con sus hijas, pues también ella tenía una hija y por nada del mundo habría querido que la trataran así. Pero, una tras otra, más allá de todas las escenas absurdas e insensatas del libro de los libros, los niños tenían que retener una sola cosa: que dijeran lo que dijeran sus abuelos, Dios, ese viejo de barba rizada que tenía, abierto ante él, un libro grueso, escrito con extraños caracteres rojos, en realidad no existía. Se lo habían inventado los curas para embaucar a la gente y ganar dinero sin dar ni palo. De hecho, el hombre era el dueño de la naturaleza y la modelaba según su voluntad. Él había sido creado a través del trabajo, pues ya el

mono había aprendido a utilizar herramientas.

El peor de toda la cohorte de santos, mártires, ángeles, arcángeles y otros seres imaginarios parecía ser un individuo llamado Jesucristo que no había existido jamás pero que, a pesar de todo, había metido la pata un montón de veces. Él dijo: «Dad al César lo que es del César», es decir, se había mostrado de acuerdo con la explotación del hombre por el hombre. Tampoco el adulterio le parecía nada malo («es decir, que vuestros papis dejen a sus esposas y que se busquen otras»), puesto que no le había hecho nada a una mujer pillada cometiendo un flagrante adulterio. Decían que había nacido de una doncella, es decir, de una mujer inmaculada, ¿entendéis?, pero justo eso es lo que demuestra que Jesucristo era de hecho un mito, opio para el pueblo, pues al parecer también otros falsos santos y dioses habían nacido de doncellas. «De hecho, niños, yo os voy a contar qué es lo que de verdad sucedió, lo que a nosotros nos lo explicó un profesor de Filosofía en la universidad: su madre se lio con un tal Pantera, un soldado romano, y después, al quedarse embarazada, tuvo que casarse a toda prisa con alguien lo suficientemente tonto como para aceptarla. Y la aceptó el tal José, el carpintero del pueblo». Sin embargo, tenían que tener claro que, a pesar de esa historia, ni María, ni José, ni su hijo nacido en el pesebre habían existido jamás, como tampoco existían Moş Crăciun[12] (sino solo Moş Gerilă[13], que les traía cada año a la escuela una bolsita de galletas y unas naranjas picadas), ni la Mamá del Bosque, ni los ogros. Y buena prueba de ello era que aunque había estado en el cosmos, es decir, en el cielo, Yuri Gagarin no había encontrado allí ni rastro de dioses ni de santos.

Tras esta lección teórica, la señora Rădulescu pasaba a cuestiones concretas, pues, «la teoría es teoría, pero la *prdftica* nos mata», como decía socarrón el jefe de taller, Eftene. También él soltaba a veces, mientras los chavales le daban a la lima, alguna observación contraria a los principios que le costaba siempre una reprimenda: «El trabajo convirtió al hombre en mono», por ejemplo, o «En el capitalismo existe la explotación del hombre por el hombre. En el comunismo es al revés». La profesora dividía a los alumnos en grupos, según la fila de pupitres que ocuparan, y luego trazaba una línea con tiza, en el hueco entre los pupitres, hacia el fondo del aula de Historia. Los chavales se iban acercando a la línea por filas y, desde una distancia de cinco o seis metros, se esforzaban por escupir al icono del estrado como señal de que habían interiorizado de verdad las enseñanzas del científico. La señora Rădulescu no dejaba nada al azar: el icono de la Virgen estaba dividido en partes, como los dibujos de los animales en las carnicerías, y cada parte estaba calificada con una nota del uno al diez, pues se daba por sobreentendido que lanzar escupitajos a los dos rostros era completamente distinto a humedecer, en el cristal por el que la saliva se escurría de forma fascinante, una manga o una mano de dedos alargados. En el concurso al mejor ateísta contaba sobre todo la fuerza de los pulmones, pero también la precisión. Las niñas no tenían nada que hacer, la saliva les caía casi por la barbilla. De hecho, algunas ni siquiera sabían escupir, el líquido no conseguía separarse de sus labios.

Pero los gamberros de la clase —que de todas formas también se escupían los unos a los otros en los recreos hasta ponerse perdidos de babas— se habían convertido en unos expertos en ese apasionante deporte. Entre ellos se encontraba, normalmente, el mejor ateísta, el que recibía el transistor para poder escuchar, el viernes, a las seis de la tarde, el programa científico *La rosa de los vientos*. Los participantes también acumulaban puntos si demostraban que, a lo largo del año, habían meado sobre las cruces del cercano cementerio Andronache, que le habían pegado al cura de la iglesia del barrio un monigote con la palabra «Tonto» o que habían hecho llorar a las abuelas santurronas contándoles algunos pasajes de la *Biblia cómica*. La excelencia en el juego de la «diana de la madre y el hijo», como había apodado la señora Rădulescu al icono, resultaba sin embargo decisiva.

Algunas veces, de todos los niños del círculo quedaban tan solo dos finalistas, vestidos con camisetas y pantalones negros de deporte, animados por la hinchada de sus compañeros. «¡Escupe al ojo, venga, al ojo!», «¡Ahora entre las cejas!», «¡El ombligo del niño!», «¡El pulgar!», y los campeones, unos repetidores llenos de vitalidad, se conformaban con los aplausos y los gritos de ánimo. Al final de la clase, a la pobre señora de la limpieza le llevaba un buen rato frotar, con el trapo de fregar el suelo, el cristal inmundo del icono. Luego lo secaba bien con papel higiénico y lo enfundaba en la tela. Los niños lo transportaban hasta el resplandeciente coche rojo-anaranjado aparcado bajo la canasta de baloncesto, y lo colocaban con sumo cuidado en el asiento trasero. Una reliquia tan preciosa, de una época tan remota, no podía sufrir los baches que sazonaban la calle de la escuela —Dimitrie Herescu— y que sacudían los coches hasta aflojar las piezas y los neumáticos que los componían.

Una gélida mañana de diciembre, justo antes de las vacaciones, la señora Rădulescu perdió su famoso anillo. Estábamos elaborando entonces el censo de los animales del barrio. También en verano, antes del comienzo del curso académico, la tarea de los profesores consistía en ir de casa en casa para elaborar el censo de los niños de la escuela. Así que, tanto en verano como en invierno, nos echábamos a aquellas calles largas que terminaban en el campo, tras entrecruzarse con un montón de calles abarrotadas de casuchas al fondo del patio, callejuelas silenciosas y sonoras como de pueblo, con alguna tienda o con un almacén de madera, o con algún centro de reparto de bombonas de butano en la esquina, con coches viejísimos aparcados ante las casas, con árboles frutales encalados hasta la mitad. Nos seguía un enjambre de niños ociosos; nos acompañaban de casa en casa, llamaban a la puerta en nuestro nombre y se encargaban de hablar con los que, a medio vestir, asomaban perplejos la cabeza por la puerta entreabierta: «¿Sois los de la luz? ¿Los del gas?». En verano la tarea del censo nos resultaba más agradable, a pesar del calor agotador. El barrio adoptaba un matiz espectral, estaba completamente desierto, las calles se estrechaban en la lejanía, la luz era de un amarillo intenso, no había una sola sombra. Nos embargaba la sensación de caminar por la maqueta de un barrio carente de vida, de ruidos y de movimiento. La cola sucia de alguna cometa colgaba de los cables

eléctricos tendidos sobre las callejuelas, se oía el canto de alguna tórtola en la lejanía. «Aquí viven dos viejos, no hay alumnos», nos decían las niñas y los niños que nos seguían. «Aquí viven los Enache, de sexto y octavo… Sus padres no están en casa, están trabajando». Apuntábamos a los Enache en el libro de registro que llevábamos debajo del brazo y seguíamos caminando, a pleno sol, delante de las vallas interminables. Por las cancelas entreabiertas de los patios, ocupados casi en su totalidad por las batas de las mujeres pechugonas y descuidadas y por los jerséis pueblerinos, burdos, de los hombres con una boina calada hasta las cejas, se veían bicicletas oxidadas, perros famélicos, cobertizos llenos de gallinazo, críos con el culo al aire gritando a pleno pulmón. Al final de las calles estaban las vías, luego empezaba el campo reseco que se extendía hasta donde se perdía la vista, intransitable como un mar sin orillas.

En invierno era mucho peor, porque podía haber cierzo, ventiscas, podía hacer un tiempo tan malo que no sacarías a pasear ni al perro, pero nosotros nos veíamos obligados a salir y, con la nieve hasta las rodillas, empujados contra las cercas por las ráfagas de viento, cegados por las agujas de hielo, aterrorizados por los aullidos de los perros que nos seguían, mostrando los colmillos, a peregrinar otra vez de puerta en puerta, a llamar docenas de veces hasta que nos abría alguien y cuando, por fin, un ojo receloso se asomaba por la ranura de la puerta, a explicarle para qué estábamos allí: «Para el censo de los animales. Queremos saber si tiene cerdos, pollos, vacas, ovejas…, para registrarlos». Gritábamos para hacernos oír en medio de la nevisca. Los de dentro nos dejaban en la puerta. No se les habría pasado jamás por la cabeza invitarnos a entrar y ofrecernos un té caliente. «No tengo, hombre, ¿cómo voy a tener? Este verano tuve un par de gallinas, pero… ya no tengo. Hace años que no tengo cerdo…». Todos mentían, pero ¿qué más nos daba? Nosotros no teníamos que verificarlo. Nos limitábamos a hacer una raya en el registro, con un boli que a duras penas podíamos sujetar con la mano enguantada, y seguíamos nuestro camino, protegiéndonos de los perros y de las terribles ráfagas de viento. Al atardecer —que caía de repente sobre el barrio como una plancha de metal—, más o menos a las cuatro, ya no sentíamos el cuerpo, completamente helado. Volvíamos a la escuela con los rostros enrojecidos y húmedos, con ese aturdimiento que produce el frío, para calentarnos un poco en la sala de profesores antes de ir a casa.

¡Qué extraña nos parecía la sala, con las luces encendidas en medio de la noche, mientras el resto de la escuela rugía oscura! La luz de las bombillas del techo brotaba sucia, ocre, teñía nuestros rostros del color terroso de los seres subterráneos, los retratos de las personalidades *herzegovinas* de las paredes se apropiaban del verde oliva siniestro de la pintura. Y, sin embargo, encontrábamos allí, en aquel agujero iluminado en el alquitrán unánime del mundo, un refugio en el camino de los desiertos y de la soledad. En cuanto nos desembarazábamos de los abrigos y nos sacudíamos los pies, nos invadía un sentimiento de trágica fraternidad, como la de una familia de topos acurrucada en el recinto central de su red de túneles, como la de

unos sarcoptos ciegos en la piel de un sarnoso. Al otro lado de las ventanas nevaba copiosamente, así que nos sentíamos como en un arca avanzando al pairo por el Diluvio Universal.

La tarde en la que señora Rădulescu perdió el anillo, estábamos todos sentados en torno a la larga mesa cubierta con el trapo rojo y bebíamos té para entonarnos un poco después de haber pasado el día caminando para elaborar el censo, pues los radiadores estaban, por supuesto, fríos como el hielo. En invierno tanto los profesores como los alumnos asistíamos a clase envueltos en abrigos, gorras rusas y pañuelos, llevábamos guantes, y el aliento, como un clavel blanco abierto, se dibujaba en el aire. El té nos lo preparaba la secretaria en el cubículo en el que había estado yo con Caty de guardia. Utilizaba un hornillo improvisado con un gran ladrillo de hormigón, en el que habían agujereado unos canales para colocar unas resistencias que se ponían al rojo vivo. Manteníamos una aburrida charla sobre otra receta para adelgazar cuando irrumpió la profesora de Historia, gritando desaforada: «¡Mi anillo! ¡Ha desaparecido mi anillo! ¡Me han robado el anillo!». Florabela, la bellísima profesora de Matemáticas, llena de gracia, oro y pecas, intentó apaciguarla: «Tranquila, mujer, que no te lo ha robado nadie. Tiene que aparecer… ¿Dónde lo has dejado?». Pero la señora Rădulescu se derrumbó agotada en una silla, con una mano sobre el corazón. También a nosotros nos resultaba comprensible, pues todos sabíamos que, sin su famoso sello, desaparecerían tres cuartas partes de su ser. El sello de oro tallado era su centro vital, su *chakra* esencial, el ojo místico de su frente. Su cuerpo rollizo y mullido, hundido en la silla, se había vuelto ceniciento, sus ojos se habían apagado. «No sé, no sé…», balbuceaba perdida. «Tal vez en la secretaría… Me lo he quitado porque tenía las manos heladas…, ¡y ahora ya no estáaa!», gritaba lúgubremente. Sí, sí, lo había dejado en una esquina de la mesa de la secretaría, luego había cogido una taza para el té, la secretaria se lo había servido y… luego ya no sabía lo que había ocurrido. Había mucha gente merodeando por allí, podría haber sido cualquiera. Incluso el portero, incluso la señora de la limpieza.

«¡Incluso el jefe de taller!», gritó Spirescu, el profesor de Dibujo. Los demás aguzaron el oído, pues Eftene era gitano, algo que para el resto del mundo quería decir un ladrón profesional 7, para colmo, no era un gitano modesto 7 recatado, sino más bien uno amargado 7 mordaz, al que le encantaba ironizar, con razón o sin ella. En definitiva, era un individuo sarcástico, insolente, que se había ganado un montón de enemigos. A Eftene nadie se atrevía a decirle «eh, tú, gitano», porque los que lo hicieron cuando se presentó por primera vez a la escuela tuvieron que recoger los dientes del suelo. Siempre andaba metido en problemas con la policía, era 7a un viejo conocido en la comisaría. Cada año, cuando empezaban las clases del taller, les pedía a los chavales que llevaran un juego de marquetería. En las papelerías se podían encontrar dos tipos de estuches: los de fabricación nacional, 7 otros, más caros, con hojas de acero templado, que venían de Rusia. Eftene paseaba tranquilo entre los bancos de su taller, en cu7as mesas había un torno, examinando uno por uno los

juegos de los alumnos. Cuando encontraba uno ruso, lo tiraba por la ventana. Eftene se pasaba el día contando chistes en contra del socialismo, incluso en contra del presidente; las autoridades no sabían 7a qué hacer con él. Finalmente decidieron que era mejor dejarlo en paz, como si le faltara un tornillo. Por lo demás, Eftene no era un don nadie entre los suyos sino más bien una especie de rey coronado. Y cualquier barrendero, vendedor de cascos de botellas o florista se ponía de pie en su presencia, pues era uno de los pocos gitanos con estudios que conocían. Se le podía considerar incluso inventor, pues había patentado una maquinaria que fabricaba rodamientos para los volquetes de basura y alardeaba de que todos los volquetes municipales utilizaban dicha maquinaria.

El maestro no se dejaba ver demasiado por la sala de profesores, se quedaba casi siempre en su taller lleno de virutas de hierro y de hollín, donde los chavales aprendían a limar, a perforar láminas de madera de tilo o a pegar bombillas de radio con un soldador y alambre de cobre sobre las placas de circuitos. Pero, por encima de todo, aprendían, de las palabras de su maestro en bata azul, con los bolsillos rotos, que «el socialismo era la sociedad de los vagos», que a los ingenieros capitalistas se les queda calvo el cogote (no dejan de rascarse pensando: ¿qué más puedo hacer? ¿qué más puedo hacer?), mientras que los socialistas se quedan calvos por delante (de tanto golpearse la frente: Dios mío, ¿qué he hecho?), que los directores capitalistas están con el culo clavado a la silla y los ojos en la producción, mientras que los socialistas están con el culo clavado en la producción y los ojos en la silla… Pero, por encima de todo, aprendían que lo malo nos ha venido siempre de los rusos, nuestros grandes amigos del Este. Y aquella tarde, después de haber recorrido también él el barrio con el libro de registro debajo del brazo, en busca de patos, gallinas, cerdos, conejos, vacas, ovejas, caballos, que nadie tenía aunque se les oyera cacarear, graznar, relinchar y mugir en el patio trasero, Eftene se había quitado el abrigo y el gorro, había cogido la taza de té de manos de la secretaria y se la había llevado al taller sin pasar por la sala de profesores. A mí, sin embargo, me gustaron desde el principio su gesto socarrón y sin embargo inteligente, de alguien que había sufrido las penalidades de este mundo, su escualidez de viejo indio, su boca mellada como la de Gandhi, en la que brillaba un diente de oro… En sus ojos no había inteligencia sino tan solo una especie de perspicacia cínica: ¿queréis saber cómo es el ser humano? Pues no lo busquéis en los palacios ni en las bibliotecas, venid a mi guarida de viejo gitano solitario, donde todo apesta a orina y a tabaco barato. Mirad cómo me desnudo en la palangana, en medio de la habitación, y froto mi piel negra con una esponja. Mirad mi pecho escuálido, con una maraña de vello blanco, mi sexo, venoso y rugoso como el de los caballos, que me llega hasta las rodillas, mis piernas torcidas. Y, aun así, en mí habita el hombre, el hombre de verdad, el que sabe apretar los dientes y sonreír ante los horrores de la vida, el que no se da por vencido, el que se aferra como una zarza sarnosa al trozo de tierra en el que ha nacido. Soy yo, Eftene, envuelto en una bata harapienta de materia viva.

Pero para mis compañeros de la sala de profesores el maestro de taller no era ni espíritu ni tampoco una especie de *gentleman Jim*, sino un mangante al que no habían pillado aún, un gitano asqueroso y vago. «Otro que ha elegido la profesión con la cabeza y la desempeña con los pies, como los profesores de gimnasia. Mientras que nosotros, los tontos de Lengua Rumana o de Matemáticas, hemos elegido la profesión con los pies y la desempeñamos con la cabeza, nos lo tenemos merecido. Que también yo podría darles a los chavales una pelota y decirles: hala, a jugar, que yo voy a tomarme un café y digo que soy profesor. O decirles que le den a la lima para vender después las piezas y quedarme con el dinero, como el tío Eftene, que se ríe de nosotros incluso con el trasero cuando nos ve con los tacos de exámenes… Y el sueldo… Ganan lo mismo que nosotros, que nos quedamos ciegos de tanto corregir faltas de ortografía en los cuadernos, o incluso más, porque tienen todo tipo de pluses, los pobres…». En cuanto Spirescu pronunció el nombre de Eftene, a nadie le cupo la menor duda: él había robado el sello, quién sabe cuándo, tal vez la secretaria había salido un momento, tal vez había ido al baño ¡y ya está! El anillo había desaparecido en el bolsillo del gitano…

—Jeana, vete a buscar a Eftene y dile que se acerque un momento a la sala de profesores, que se nos ha olvidado cómo es su cara —le dijo Gionea, la profesora de Física, a la señora de la limpieza, tras lo cual todos permanecieron en silencio, sentados como un tribunal siniestro en torno a la mesa, con profundas sombras terrosas en los rostros.

Tras las ventanas negras como el alquitrán nevaba copiosamente, en oblicuo, y la estancia parecía volar hacia el cielo a una velocidad tremenda. El silencio era tan denso que el contacto de una taza colocada sobre su platillo resonó en la sala helada como un disparo y todos se sobresaltaron.

La señora Rădulescu abrió la boca en cuanto el maestro apareció por la puerta:

—Cierra la puerta al salir, Jeana, y que no se te ocurra pegar la oreja. Vete a la secretaría, que no has regado esa dichosa esparraguera desde no sé cuándo… Está casi seca, se le caen las agujitas… —Luego, dirigiéndose al maestro, siguió en otro tono—. Señor… Eftene… La profesora dulcificó la voz. Eftene, mira, no te asustes, que nadie te va hacer nada…

—No te preocupes, que lo arreglamos entre nosotros… Una mano lava la otra —intervino también Gionea, inmóvil como una Gorgona.

—Mira, sabemos que has cogido algo de la mesa, en la secretaría… Que sepas que te han visto…

—Bueno, he cogido una taza de té, y pensaba devolverla precisamente ahora, antes de ir a casa —dijo Eftene, sin perder la calma, aunque en su mirada podías leer ya no la sospecha, sino la certeza de que había pisado una mierda.

No era el primer disgusto de su vida, no era la primera vez que pagaba los platos que otro había roto. Sabía desde el principio que todo estaba en su contra, que la sospecha de ser un mangante le acompañaba, del mismo modo que esa piel negruzca

y esos ojos amargados, desde el momento de su nacimiento. En vano se había esforzado, incluso cuando se moría de hambre, por no robar una hebra de hilo. En vano había intentado, a lo largo de toda su vida, ser dos veces más honrado que los que lo rodeaban. Siempre acababa topándose con algo que tiraba de él, que lo arrastraba al lodazal hiciera lo que hiciera. Se había acostumbrado, consideraba una fatalidad la forma en que lo miraba la gente, así como el jorobado ya no se enfada, al cabo de un tiempo, por la desgracia de su espalda torcida, así como el ciego deja de lamentar su suerte. ¿Qué es lo que había hecho él? Mantenerse alejado de los profesores. No se consideraba un igual aunque se sabía más listo que la mayoría de ellos. En los recreos se quedaba en su guarida llena de serrín y de virutas. Sabía, sin embargo —lo sabía desde el principio—, que también aquí acabaría por sucederle algo malo, como le había sucedido siempre. Cuando era tan solo un alumno de primaria lo colocaron ya en el último pupitre, le habían encontrado piojos y los demás niños lo evitaban, le llamaban mono y culo de caldero, los profesores le daban collejas y le tiraban de las patillas con menos motivos y más a menudo que a los demás. Eftene tuvo que aprender muy pronto el arte de apretar los dientes, y eso es lo que estaba haciendo ahora, cuando todo el colectivo de profesores, «los cadáveres didácticos», como les llamaba él, saboreaba la escena como si fuera una película de tribunales y culpables, de abogados defensores y acusadores, de jueces indecisos.

—Ay, la taza, la taza… Déjate de historietas. Que sepas que alguien te ha visto coger el anillo de la señora Rădulescu del escritorio de la secretaría.

Gionea (a la que todos, alumnos y compañeros, llamaban solo así, Gionea, sin «señora» delante, sin recordar tampoco su nombre propio) tenía verdadera madera de fiscal. Era una mujer de hielo a la que los niños temían más que a todos los demás juntos. En cuanto entraba en clase se hacía un silencio aterrador y empezaba a oler a cementerio. Gionea se sentaba en el estrado y permanecía toda la hora completamente inmóvil, como una roca. No parpadeaba, no volvía la cabeza. Hablaba de forma tranquila y cortante, pues no necesitaba alzar la voz como los demás profesores, que gritaban como locos. En sus clases, a los alumnos se les olvidaba todo delante de la pizarra, como si estuvieran ante un reptil venenoso, aunque se supieran las lecciones de memoria. Gionea no movía un solo músculo del rostro cuando repartía las notas, que caían como un veredicto terrible sobre los cogotes de los chavales. Cuatro, tres, dos, cuatro, tres. Pero no eran las notas lo que más los atemorizaba, sino la rigidez, la seriedad monstruosa de su mirada, la ausencia del mínimo esbozo de sonrisa, el infatigable mecanismo del terror. Su compañero de Física los contemplaba risueño como un niño cuando les ponía doses y treses, por eso a los alumnos les importaban un pepino sus notas. Pero con ella te invadía un pánico sagrado aunque te pusiera un siete, la nota más alta, casi legendaria, que había puesto, al parecer, solo tres o cuatro veces en la vida, pues, como les decía a sus colegas en la sala de profesores, «el diez es solo para Dios, el nueve es para el profesor, el ocho para el alumno que no solo se sabe la lección al dedillo, sino que también estudia por su cuenta. Un alumno de las

afueras de Colentina debe saber que la nota más alta es siete, pero que no la verá jamás…». Y aquella tarde de invierno Gionea clavaba en el maestro sus ojos de un verde casi incoloro, helados, en el rostro más pálido que pueda imaginarse.

—Señor Eftene —dice—, no queremos darle más vueltas. Tampoco vamos a seguir con esta conversación. Nosotros nos vamos a casa, que ha anochecido hace un buen rato, y usted, cuando quiera, cuando se lo pida la conciencia, va adonde la señora Rădulescu y le devuelve el anillo. Y se acabó. No se enterará nadie. Ni mencionárselo a la policía, que al fin y al cabo todos somos colegas y nos preocupa la reputación de la escuela. Que no le dé vergüenza, le puede pasar a cualquiera en un momento de debilidad, todos somos seres humanos…

Era incluso edificante. El maestro devolvería cariacontecido lo que había robado y ellos no lo pondrían en manos de las autoridades, se mostrarían comprensivos, humanos… Si lo pensabas bien, un ladrón puesto en evidencia podía resultar incluso útil para la cohesión de un colectivo: todos se darían cuenta de lo que significa andar por el mundo de puntillas, pegándote a las paredes cuando pasan los demás, con los ojos entornados. Se sentirían como un redentor del desgraciado, un benefactor al que no le costaba ni un solo céntimo su gesto caritativo. Cada uno de los profesores —los que estaban en torno a la mesa y el grupito que permanecía junto al radiador helado de debajo del alféizar— se esforzaba por componer una expresión compasiva en su rostro, para que el pobre hombre, pillado con las manos en la masa, no se sintiera mal. Al fin y al cabo, ¿quiénes eran ellos para juzgarlo?

Eftene se mordisqueaba, con sus dientes amarillos, el bigote de color tabaco. Su cara chupada, del color insano habitual en él, estaba ahora más mustia todavía. Después de echar un rápido vistazo a todos ellos, agachó la cabeza, se quedó un rato pensativo, arrugado y empequeñecido de repente con su eterna bata azul, y luego, tomando una brusca decisión, dijo:

—Vale, lo traigo. Ahora mismo vuelvo con él. —Y salió por la puerta de la sala de profesores cerrándola despacio tras de sí.

Gran alegría y alivio entre los profesores.

—Señora Gionea, es usted maravillosa, no se le resiste nada —dijo entusiasmado Spirescu, que se felicitaba en su fuero interno por su propia intuición—. ¿Ve qué poder tienen las palabras incluso en los individuos mal educados?

—Sobre todo en ellos… Nosotros, los demás, estamos curados de espanto, no se nos intimida tan fácilmente…

—Señora Rădulescu, sea comprensiva con él… Que se vaya al infierno ese gitano, usted le hace un favor y, al fin y al cabo, él se lo va a devolver, y no olvidará lo que ha pasado hoy por muchos años que viva…

—No sé —suspiró ella. Estaba en pie, manteniendo una lucha evidente consigo misma—. No sé… De cualquier modo se trata de un robo, creo que la policía debería… Estoy pensando que precisamente nosotros, que atiborramos las cabezas de los chavales con ética e igualdad socialistas, no podemos cerrar los ojos ante un

hecho semejante… No está bien, queridos… Digan lo que digan, yo lo voy a denunciar.

—Pero se lo hemos prometido, le hemos dicho que esto queda entre nosotros, pues de lo contrario no devolvería el anillo… Se habría quedado usted sin él… Es mejor, digo yo, que lo dejemos tal y como está. ¿No recuerda lo que pasó hace dos años con el marido de Maftei? En ese caso incluso se demostró, lo pillaron el día de cobro con un fajo de dinero en la bolsa, lo grabaron con una cámara oculta… ¿Y qué le hicieron? Tres meses sin sueldo. Y nosotros nos quedamos con el estigma de escuela de ladrones en la frente…

Estalló el escándalo. Unos estaban de parte de la profesora de Historia y defendían que denunciara a Eftene en la policía, otros apoyaban a Gheară, que acababa de intervenir. Hablaban a gritos por encima de la mesa. Nadie se ponía de acuerdo con nadie, así que no se dieron cuenta de que Eftene estaba de nuevo junto a ellos, acompañado de la mujer de la limpieza, con los brazos en jarras, tras él. Únicamente repararon en él cuando se acercó a la mesa y dio un puñetazo tan fuerte sobre el mantel rojo que las tacitas y las cucharillas dieron un bote. Entonces callaron. Solo se oía el ruido de los copos de nieve rozando, al caer, los cristales helados. Los profesores —y uno diría que también las personalidades montenegrinas de los cuadros de las paredes— clavaron su mirada en el maestro.

—El anillo… Que le dé el anillo —dijo él con una voz fatigada que parecía brotar no de la boca, sino que se escurría de sus ojos amarillos, tan viejos de repente como el mundo.

Todo sucedió luego tan deprisa que nadie pudo intervenir. Los profesores se pusieron en pie de un salto, muchas sillas volcaron, Florabela perdió el conocimiento… Tardamos un buen tiempo en poder desentrañar aquel lío de luces y sombras.

Porque Eftene, con un solo movimiento, se sacó de repente del bolsillo grande y ajado unas tenazas negras y viejas, y se las metió en la boca. Prendió el diente de oro y, haciendo fuerza y aullando como un animal, se lo arrancó de raíz. Luego, con la boca llena de sangre y con esta chorreando por la barbilla y el cuello, lo depositó sobre la mesa, triunfante como un alquimista que mostrara la pepita reluciente de oro en el crisol de plomo fundido. Después, con una fuerza demencial, se lo arrojó a la señora Rădulescu. El diente golpeó su pecho mullido, donde dejó una mancha de sangre, y cayó rodando sobre la mesa, grande y pesado y brillante, casi como el sello legendario, pero con dos apéndices de marfil ensangrentados.

Eftene se dio la vuelta y salió, dejando en la alfombra un rastro de gotas de sangre. Los profesores, muchos de ellos con el rostro y la ropa salpicados, se abalanzaron sobre el perchero, se envolvieron en sus abrigos, gorros y bufandas y salieron en tromba por la puerta como si huyeran de las llamas de un incendio. Vi por la ventana cómo se desperdigaban por las callejuelas nevadas, enloquecidos, intentando olvidar la escena de pesadilla en la que se habían visto implicados.

Yo me quedé solo en la sala oscura, entre los brillantes retratos de las paredes. Cogí el diente de la mesa, lo contemplé con atención y lo arrojé de nuevo, como si fuera un dado, sobre el mantel rojo. En medio de la sala en penumbra, de la escuela en sombra, del mundo en sombra en el que todos nos movíamos a tientas, aquel diente brillaba a la espera de una señal o de un milagro. Lo dejé en medio de la mesa, con el penoso sentimiento de haber recibido una señal que, como todas las demás, no supe cómo interpretar exactamente.

Como era de esperar, la señora Rădulescu encontró su anillo al día siguiente. Se lo había dejado olvidado en el casillero de cartas de la secretaría, y las aguas volvieron a su cauce. La primera cabeza abierta que se presentó en la puerta del dispensario del barrio, al cabo de unos pocos días, fue la de una niña, la dulce cabeza de una niña de dorados cabellos. Para coserle la herida, hicieron falta más de cuatro puntos.

Capítulo 19

LLEGUÉ sobre las ocho de la tarde a mi casa con forma de barco, indistinguible ahora entre la ventisca y los remolinos de nieve. Bajo un cielo mortecino tan blancuzco como el aire, como la tierra, las carcasas de los frigoríficos y los neumáticos de los coches y los cadáveres con la piel desollada del descampado de enfrente descansaban cubiertos de nieve. Una brusca ráfaga de aire me arrastró hasta la casa oscura y, en cuanto pasé al interior, cerré, no sin cierta dificultad, el pesado portón de hierro forjado. Estaba tan aturdido por la tormenta de nieve, por las horas pasadas en medio del frío ante las casas de la gente, por la miseria infinita del juicio a Eftene que, por primera vez, me perdí en mi propia casa. Es cierto que no he sabido nunca con exactitud cuántas habitaciones, cuántos vestíbulos, cuántas escaleras y cuántos pasillos tiene y, muchas veces, de camino al dormitorio, he dado con salones y baños no solo completamente desconocidos para mí —como si hubieran desaparecido algunos muros entre mi casa y otra casa contigua—, sino separados en el tiempo, en el espacio y en el recuerdo, con muebles relucientes y extraños, con relojes de pared de nogal y candelabros con hojitas de latón, pero en aquel momento la casa oscura, a través de cuyas ventanas se veía nevar copiosamente, me pareció infinita. Llegué a mi dormitorio al alba, extenuado por las docenas de kilómetros de pasillos, por el gesto mecánico de pulsar miles de interruptores, por la desesperación —repetida cientos de veces— de abrir puertas con la esperanza de vislumbrar, por fin, mi cama deshecha en el centro del mandala de corredores, como cuando abres los cientos de pétalos de una rosa para encontrar en su centro perfumado los organitos tiernos de una sexualidad andrógina.

Revolví en la mesilla de noche en busca de la cajita de pastillas de menta en la que guardaba mis dientes de leche. Me metí en la cama, tal y como estaba vestido, y pulsé el botón que generaba la levitación. Suspendido entre la cama y el techo, con los huesos del cuerpo de repente ligeros y los miembros flotando en el aire rancio, me invadió bruscamente una flojera terrible, una necesidad imperiosa de sueño y de soñar. Me acunaban las suaves corrientes de la ventisca que se colaban por las ventanas y soplaban por debajo de la puerta, me tranquilizaba el aullido amansado del viento. Había suspirado largo rato por esta intimidad en la que, como los huesillos del albaricoque imposibles de despegar de la carne anaranjada que invade su cuerpo, me sentía el centro de un mundo enorme e incomprensible. Volqué en la palma de mi mano aquellos veinte huesitos blancos y brillantes que parecían más bien perlas o granos de coral y que en cierto sentido lo eran: conchas, granos de marfil o de calcio producidos por mis encías en una vida lejana y que tiempo atrás habían formado dos filas en el interior de mi boca, pulidos por mi lengua, que habían triturado galletas y

manzanas, que habían sonreído a mis padres, a mi gemelo, a mis vecinos de Silistra y, más adelante, a los de Floreasca. Habían brotado del hueso de mi mandíbula y habían roto mis encías rosas, provocándome molestias y dolores, creciendo como cristales de la carne blanda y enferma. Y luego me desprendí de ellos para dejar sitio a otros dientes que serían la tortura permanente de mi vida. Froté con los dedos los granos suaves, en una ensoñación somnolienta, y luego los solté para que flotaran libres en el aire, como un astronauta en el espacio. Pero mis dientes se desperdigaron lentamente sobre mí, como una bóveda, formando curiosas constelaciones en la penumbra de la habitación. Me quedé dormido así, vestido, iluminado por la luz titilante de mis dientes de leche de antaño, como si fueran unas luces brotadas de la profundidad de mi cuerpo tiempo atrás.

He pensado muchas veces cómo habría sido si, junto a los trozos de cordel con que me ataron el ombligo, junto a las fotografías que conservaban mi efigie impresa en acetato de plata, junto a las trencitas de cuando era pequeño y los dientes que habían caído por sí solos o de un tirón, atados con una cuerda al picaporte de la puerta que mi padre cerraba sin piedad, hubiera conservado por ahí también una vértebra de cuando era niño, o la falange de un dedo, o incluso a mi madre, la de entonces, o alguna nube del cielo sobre la calle… No habría sido en absoluto más increíble ni más raro, no habría significado para mí una filtración más intolerable del pasado en el presente. Mis dientecillos, mis trenzas, mis fotos viejas son fantasmas extraños brotados de los osarios del recuerdo, la memoria corporeizada, dura, brillante, concreta. No son pruebas de la realidad de una infancia, del cuerpo en el que vivió en otra época una naturaleza infantil, sino pruebas de la irrealidad del propio tiempo, de la coexistencia e interpenetración de las edades, de las épocas, de los cuerpos, en la alucinación unánime de la mente y el mundo. Habría podido conservar así, en unos siniestros cajones como los de la morgue, cientos de billones de seres con mi nombre, cada uno un segundo más joven que el anterior. Podría visitar ese colosal edificio, mirándoles a los ojos, escuchando sus pensamientos, soñando sus sueños. Yo mismo sería el último de ellos y dejaría atrás, como el insecto que se desprende de un caparazón que tiene su misma forma, un nuevo yo a cada segundo, cada vez más joven, cada vez más lejano… Serían los equivalentes perfectos de los dientes de leche que formaron en otro tiempo parte de mí, para ser ahora objetos del universo sin márgenes y sin sentido.

Soñé o recordé un pasado inmemorial, pues en el estado de sueño tienes acceso a tu cerebro de niño como si fuera un castillo hechizado del centro de tu mente, abandonado, ruinoso y lleno de telarañas, transformado en sanatorio o en criadero de conejos, pero cuya arquitectura conserva un plano real y, sobre todo, conserva intacta, en el centro de sus pasillos laberínticos, la cámara prohibida. Esa a la que has querido huir siempre, porque solo se puede huir hacia el interior. Soñé o recordé, aquella noche de levitación, entre el zumbido suave del solenoide debajo del suelo y el silbido del viento norte que soplaba en el exterior, el terrorífico mausoleo del dolor

que fue, para mí, durante toda mi infancia y mi adolescencia, la Policlínica Máquina de Pan. Volví a ver su construcción cenicienta y pesada, las cornisas macizas del tejado, las ventanas mezquinas bajo unas arcadas enormes que brillaban como unos ojos malignos. Todo el paisaje a su alrededor, las fábricas antiguas en cuyas paredes ciegas ponía en grandes letras Prohibido fumar y Viva el PCR, las pasarelas entre aquellos muros colosales, los vastos patios cerrados por cercas de hormigón, las acacias inclinadas sobre ellos, el vacío de más allá de este mundo, la tristeza de las plazoletas donde se cruzan los raíles de los tranvías, aquel lugar limítrofe con Doamna Ghica y con Teiul Doamnei y con Maica Domnului como los ojos minúsculos que forman un triángulo en la frente de la araña… El silencio y la quietud convertían a aquel mueble ceniciento en un lugar enigmático y atroz, el espacio donde tenían lugar unos rituales bárbaros y unas torturas incomprensibles. Los adolescentes de tribus lejanas son obligados a ingerir veneno y a vomitarlo al instante, les perforan la piel y los cuelgan de ganchos o de ramas prendidas a la espalda, les cortan los brazos y les queman el pecho, les tatúan cada centímetro de la piel, de tal manera que portan durante toda la vida las señales de un rito iniciático cuyo sentido, si se lo preguntas, es completamente oscuro. También yo tengo unas cicatrices así, a veces pienso que mi corteza cerebral ha sido tan perforada, tan arrancada, tan taladrada, tan desgarrada que ahora parece un antiguo estandarte, desflecado y agujereado por las puntas de las lanzas y las balas de los arcabuces. ¿Para qué ha servido tanta tortura psíquica y física? ¿Cómo permitieron que los ácidos corrosivos y la adrenalina disolvieran mis órganos internos en cuanto oía «Máquina de Pan»? Allí fui al oculista y esperé mi turno en una larga fila de niños y niñas bizcos, gafosos, con una gasa pegada con un esparadrapo rosa sobre uno de los ojos. Allí me colocaron la cabeza en un dispositivo mecánico y me obligaron a mirar, a través de una especie de lentes encastradas en una montura acero, unas láminas con escarabajos y letras de alfabetos desconocidos. Allí esperé también mi turno por la mañana, en ayunas, para que me sacaran sangre, casi medio desmayado en la sala de espera; y cuando al fin me tocaba, entraba y veía cómo las venas rojas y azules de un brazo delgado se hinchaban, perfectamente visibles, bajo la piel, después de que me hubieran atado el correspondiente torniquete —con una goma ordinaria— en torno al brazo. Luego la jeringuilla de níquel, con sus piezas tintineantes, se acercaba a mi brazo, y el algodón, empapado en alcohol frío como el hielo, me limpiaba las venas. La aguja gruesa penetraba en una de ellas y empezaba a chupar, y una sangre roja y espumeante, mi sangre, esa sangre que yo no debería haber visto jamás, penetraba en el cilindro de cristal… Mis ojos horrorizados veían cómo la doctora soltaba la aguja de la jeringuilla y la dejaba colgando allí, en la vena, enseguida insertaba otro tubo en el extremo y mi sangre, que brotaba en sucesivos chorros, lo iba colmando lentamente… Luego llenaba el segundo tubo, luego el tercero… Una enfermera bigotuda y musculosa me apretaba el brazo, como si fuera ropa mojada, para escurrir unas cuantas gotas más de la savia de mi vida. Estaba en su nido, estaba en el fondo

de la densa telaraña, ahí donde se esconde la araña dejando tan solo dos patas fuera. A continuación extraían la aguja y me desataban el torniquete. Yo salía de allí pálido como la muerte, con la gasa empapada en alcohol apretada sobre la herida. Al cabo de unas horas, toda la zona se volvería morada, cadavérica, y unas manchas amarillas me recordarían después, semanas más tarde, el sórdido calvario.

«Tranquilo, que no te vas a morir de esto. Para cuando te cases, se te habrá pasado», me decía mi madre, y al cabo de unos días volvía a encontrar otro motivo para ir conmigo a la Máquina de Pan, pertrechada con frasquitos de medicamentos envueltos en papel que contenían muestras de heces o de orina y con una tableta de chocolate Primavera en el bolso, como obsequio para la doctora. El edificio era gigantesco por fuera y mucho más grande por dentro. Fueras donde fueras, siempre tenías que subir escaleras monumentales, cruzar vestíbulos vastos y elegantes a pesar de sus paredes alicatadas con azulejo blanco, ordinario, de baño público. En contraste con la grandiosidad del plano general, los espacios de las consultas y de las salas de espera eran mezquinos y estrechos, y además estaban mal iluminados y peor ventilados. Los bancos de plástico apestaban, el mosaico del suelo nunca estaba limpio y las cucarachas pululaban a discreción por doquier. Había por allí muchísima gente, sobre todo de viejos y viejas, deformes, jorobados, de rostros arrugados y desdentados, tan verdosos como las paredes de los pasillos, pintadas al óleo. A duras penas conseguías abrirte paso entre ellos para llegar al lugar donde se te infligiría tu propia tortura. Su masoquismo me asombraba, pues ellos venían solos, por voluntad propia, para someterse a los más duros tormentos. Se vengaban de su cuerpo viejo e impotente, lo pinchaban y lo trepanaban, lo dejaban en manos de los verdugos. Se pasaban el día peleando con los que querían colarse, como si se murieran de impaciencia por entrar cuanto antes al matadero. Yo, por el contrario, si no hubiera estado mi madre conmigo, habría dejado que pasaran todos antes que yo. Habría dejado que fuera cayendo la tarde y, a solas en el banco, habría contemplado desde el pasillo de repente vacío cómo la doctora abandonaba la consulta, no con su bata ajustada, sino con un vestido y, como una prostituta que cierra al amanecer su pequeño estudio con escaparate, tiraba de la puerta y se marchaba sin siquiera dirigirme la mirada. Y me habría quedado solo en el organismo gigantesco del edificio, libre para explorar las salas y los pasillos, liberado de repente del miedo y del desamparo…

También allí me hacía las radiografías de pulmón pues, al parecer, la doble neumonía de mi primer año de vida me había dejado unas secuelas en el pecho que al cabo de unos años acabarían llevándome al sanatorio de Voila. Esperaba en la sala o en el pasillo entre hombres de todo tipo, jóvenes o adultos, con el torso desnudo, peludos o de pecho lampiño, enjutos o con barrigas prominentes, negros como la pez o rojos como cangrejos cocidos y, cuando me tocaba, entraba en la misteriosa sala oscura dominada por un gran aparato con gruesas placas de cristal y pantallas que se deslizaban por unas correas de piel. El doctor me colocaba entre las placas heladas.

Se me ponía carne de gallina, la espalda y el pecho se aplastaban entre esas placas que el doctor, haciendo girar una manivela, acercaba cada vez más a mí hasta que mi cuerpo quedaba estrujado entre ellas como si fuera un preparado anatómico entre las láminas del microscopio. «¡No respires!», me decía el individuo de blanco, que abandonaba de repente la sala y aparecía de nuevo, gracias a una especie de teletransporte, en la habitación contigua, llena de instrumentos médicos con cuadrantes y botones de ebonita. Desde la nada llegaba un zumbido que duraba toda una eternidad. Yo reventaba entre los cristales, intentando aguantar la respiración. Mientras alguien contemplaba mis pulmones a través de la carne —que en ese momento se había vuelto transparente—, percibía aquella mirada de la cuarta dimensión, capaz de ver los fajos de dinero en las cajas fuertes, de penetrar, como el ángel que liberó a san Pedro, en cárceles de barrotes tan gruesos como un puño y de contemplar el proceso de formación de las piedras en los riñones. Sentía en lo más profundo de mí el peso de esa mirada que no solo me percibía entero, por fuera y por dentro y desde todas las direcciones a la vez, sino que me comprendía también como animal a lo largo del tiempo, empezando por el óvulo fertilizado del útero de mi madre hasta mi último aliento en el lecho de muerte, captando con una sola mirada no solo la forma del cuerpo, sino también la de mi destino. Al cabo de una eternidad, podía volver a respirar y el doctor soltaba las placas entre las que me habían estrujado. Me sentía tan libre que casi habría podido echar a volar, pues la respiración no es otra cosa que nuestro aleteo por el azur celestial de la vida.

Si a sacarme sangre para los análisis iba al amanecer, en ayunas, y a la consulta general cualquier día y a cualquier hora —excepto el sacrosanto domingo—, a la consulta del dentista iba en medio de la noche. No se sabe por qué, los dentistas trabajaban exclusivamente en el turno de noche, junto con los médicos de guardia y una farmacéutica que no abría la puerta sino que, con los ojos hinchados por el sueño, te entregaba los medicamentos a través de un ventanuco. Mi viaje hacia el lugar de tortura empezaba siempre en el estadio del Dinamo, que se encontraba a una parada de nuestro bloque y que, durante toda mi infancia, fue el lugar de juegos más inalcanzable y a la vez más anhelado. No había ido nunca a un partido de fútbol, solo unos años más tarde acompañaría a mi padre, me perdería con él entre la marea de hombres que gritaban a coro, contemplaría asustado y fascinado sus rostros colorados, furiosos, bestiales, escucharía palabras obscenas que nunca se pronunciaban en nuestra familia, y volveríamos a casa andando, entre la muchedumbre, sin que yo hubiera estado ni por un instante atento a lo que pasaba en el campo, aliviado tan solo por haber salido con vida de aquella inexplicable reunión de guerreros. Casi todos los chavales de la parte trasera del bloque acostumbrábamos a saltar la valla del Dinamo para deambular luego horas muertas entre los campos de tenis, los gimnasios, bajo los viejos árboles, recogiendo caparazones de pinchos agrietados y secos, pegados todavía a las castañas brillantes, para charlar y pavonearnos con el corazón atenazado, sin embargo, por la soledad de las enormes

instalaciones deportivas. Generalmente, nuestra aventura terminaba mal: algún conserje se nos acercaba despacio por detrás, nos agarraba de la oreja y nos arrastraba así, como a conejos, hasta la puerta más cercana, donde nos daba una patada en el trasero y nos echaba afuera. A pesar de todo, volvíamos todas las semanas para ver cómo entrenaban los deportistas, cómo volaban ligeras y pesadas por el aire las pelotas de tenis, cómo se lanzaba el portero para coger el balón en el campo de fútbol y, sobre todo, cómo daban vueltas los ciclistas por las largas pistas con unas bicicletas ligeras y frágiles como grapas para papel.

No había montado nunca en bicicleta, ninguno de los niños de la parte trasera del bloque tenía —y ni siquiera soñaba con tener— un objeto tan caro y tan precioso. Mantenerte sobre esas dos ruedas de radios brillantes me parecía una especie de ejercicio de levitación, un truco, algo imposible para una persona normal y corriente como yo. Mientras jugaba en el Parque del Circo saltando de banco en banco deseaba fervientemente no tener mi propia bicicleta, sino que se instalara en nuestro bloque un chico con padres ricos que tuviera una. Tal vez nos la prestaría de vez en cuando… ¿Cómo sería montarme en el sillín y salir pedaleando alameda abajo? ¿Cómo me mantendría en el aire sobre las delgadas barras de metal?

Una mañana salí camino del estadio porque la víspera, cuando llegué con mis padres hasta aquel espacio desierto y alejado, camino del cine Volga, había leído en un cartel que al día siguiente tendría lugar una selección de niños de siete años para practicar diferentes deportes. Tal vez entre ellos estuviera también el ciclismo. Incluso aunque no consiguiera superar las pruebas, me montaría al menos en una bicicleta, podría pedalear unos cuantos metros, sería como un sueño… Mi madre no dijo ni sí ni no, pero al día siguiente me vistió con mis mejores ropas, las que me ponía cuando iba a la ciudad o de visita a casa de mi tía. Llegué así acicalado —incluso con un poco de aceite de nuez en el pelo, para que me quedara más liso— hasta la entrada del estadio donde, para mi alegría, se habían juntado docenas de chavales, todos chicos, algunos más pequeños y otros mayores que yo. Entre ellos había también un montón de gitanos, pero mi madre decía siempre que me mantuviera alejado de ellos, pues tenían piojos y robaban. Yo era el único bien vestido, los demás iban como cuando salían a jugar, con camisetas llenas de manchas, pantalones rotos y unas zapatillas baratas. Permanecí junto a ellos, cohibido, más o menos una hora, pensando tan solo en el momento en que subiría al sillín, empezaría a pedalear y, ¡milagro!, avanzaría tieso en la bicicleta y me deslizaría por la pista como por arte de magia. Nunca había deseado algo con tanto fervor. Me la imaginaba amarilla y negra, como las abejas que cazaba con el tarro de miel, en la cocina, mientras mi madre freía patatas en la sartén. Con dinamo en la rueda trasera, con faro y timbre. La dinamo no podía faltar, porque añadía al milagro de flotar sobre la bicicleta un segundo milagro: transformaba el movimiento en luz de una forma que yo no entendía, pero que me llenaba de alegría. ¿Quién decía que no son posibles los milagros en la tierra?

Finalmente alguien nos abrió la puerta y entramos todos en las pistas. Arrastrábamos los pies entre montones de hojas secas, pues era otoño y hacía frío, amenazaba lluvia. El tipo sin afeitar que nos recibió en la entrada nos condujo a uno de los campos de entrenamiento y nos lanzó una pelota. Era la primera vez que pisaba un campo de fútbol. No conocía las reglas, no tenía ni idea de lo que tenía que hacer. Nos dividimos en dos grupos y empezamos a jugar sin orden ni concierto, a correr y a amontonarnos tras el balón de piel sucio y húmedo porque el campo era un lodazal, cubierto de un barro espeso en el que mis mejores zapatos se hundían por completo. Corrí también yo, atolondrado, con todos los demás chavales, más de una hora, pero no conseguí tocar la pelota ni una sola vez. Los demás siempre llegaban antes que yo, me empujaban haciéndome resbalar en el fango hasta que al final me manché por completo de barro el pelo, la cara, la ropa… Mis zapatos rezumaban agua sucia. Corría y lloraba, había empezado a llover con ganas, pero yo seguía confiando en que tras aquel partido miserable comenzara la selección y pudiera montar en mi maravillosa bicicleta. Llegué a casa embarrado y humillado, con moretones en las piernas y un bolsillo roto, porque después del partido no siguió nada, el tipo sin afeitar eligió a unos tres chavales y nos mandó a los demás para casa. Lloré en la bañera, sumergido en el agua caliente, por mi bicicleta. Había tenido ante los ojos su imagen toda la mañana, como si hubiera sido real.

El verano siguiente conseguí montar en bicicleta por primera vez. Fue un día de vacaciones en el que me sentí increíblemente feliz y que, sin embargo, ha quedado grabado en mi memoria como uno de los más tristes de mi vida. Iba con mi madre por Herăstrău, habíamos cruzado a la otra orilla en el barquito, contemplando cómo se reflejaba en el lago la Casa Scânteii, con la que soñaba muy a menudo y que era para mí el edificio más majestuoso del mundo; paseábamos ahora, de la mano, por los interminables senderos de arbustos ornamentales. En los prados, algún que otro pavo real de cabeza azul radiante cuyas plumas hacían aguas con cada movimiento desplegaba de repente su cola de ojos resplandecientes —un enorme semicírculo de colores metálicos— que se extendían unos sobre otros. En la parte trasera del bloque, donde pasábamos los largos días de verano, no veíamos nunca el cielo: aquí, en Herăstrău, era un magnífico arco azur bajo el cual avanzábamos nosotros, minúsculos como dos ácaros en un mundo impensable e inabarcable. Íbamos a montarnos en la noria grande, la veíamos ya dibujarse en el horizonte, girando lentamente junto a la silueta de castillo entusiasta de la Casa Scânteii. Por el camino pasamos junto a casetas de golosinas y refrescos, vendedores de algodón de azúcar que daban vueltas al palito en el recipiente de níquel, casetas de tiro donde se podía disparar a unas figuritas en movimiento… En medio de un solar desierto, arenoso, prácticamente en el fin del mundo, descubrí de repente una bicicleta. Fue una visión brusca y deslumbrante que me paró el corazón. La bicicleta estaba de pie, sujeta por una barra que la fijaba a un poste. A su lado, un cartel informaba de que podías montarte en ella a cambio de unos pocos *leu* Corrí hasta ella arrastrando a mi madre

conmigo. El vigilante, que se ocupaba también de unos tiovivos con unos caballitos mellados y pintarrajeados, y que llevaba el uniforme morado más ajado que se pueda imaginar, cogió el dinero y, por fin, pude encaramarme al sillín. La barra, de unos cuantos metros de longitud, hacía que la bicicleta diera vueltas en círculo alrededor del poste central, como un caballo atado a una estaca. ¡Era maravilloso, no podía caerme y, por fin, estaba pedaleando, como en mis sueños! «Veinte vueltas», dijo el vigilante, así que comencé a dar vueltas contando hasta veinte, y luego quise empezar otra vez y pagué otras veinte vueltas, pero cuando fui a pagar una tercera vez el hombre con cara de borrachuzo le dijo a mi madre: «Puede dar todas las vueltas que quiera, que a estas horas ya no viene nadie». Y, bajo unos cielos cada vez más rojizos, di vueltas sin parar, una vuelta tras otra, y otra, y otra, hasta que anocheció. Protestaba cuando mi madre se acercaba para que me detuviera, la empujaba con el pie, galopaba en el círculo estrecho en el que levitaba feliz a un metro sobre el suelo y me sentía (¡ironía del destino que todos conocemos perfectamente!) más libre que nunca…

Al cabo de varias horas, mi madre tuvo que arrancarme de la bicicleta, porque ya había oscurecido por completo y nos habíamos quedado solos en la desolación de un Herăstrău silencioso. Los pavos se habían subido a las ramas de los árboles y, de vez en cuando, lanzaban desde allí un grito desgarrador. Hoy me veo muchas veces, antes de quedarme dormido, en las últimas horas de aquella tarde: un niño trazando círculos infinitos con una bicicleta pesada y ordinaria, en la soledad siniestra de un inmenso parque. No he tenido jamás una bicicleta, ni en la infancia ni más adelante, hasta hoy.

Partía, pues, siempre del estadio del Dinamo, justamente del centro del enorme campo de fútbol rodeado de filas vacías y curvadas de bancos. Recortada sobre el cielo lleno de estrellas que se arqueaba sobre él, la instalación eléctrica de la sesión nocturna desplegaba sus enormes patas de araña. Estaba solo en el gigantesco valle del estadio y el cielo se desplomaba sobre mí. Avanzaba por el césped oscuro como una garrapata minúscula bajo el ala de un gorrión muerto, me dirigía hacia la pantalla en la que, en verano, proyectaban películas al aire libre y luego empezaba a subir los escalones entre las filas de bancos numerados. Llegaba arriba, al borde del estadio, y desde allí, bajo el mismo cielo salpicado de estrellas, caminaba entre montones de hojas secas.

Alcanzaba el pie de unos de los postes de la luz y miraba hacia arriba, hacia el final del andamio ciclópeo: los reflectores, ya apagados, colgaban como pesados racimos, la fruta de la noche. Caminaba largo rato hasta que abandonaba el recinto deportivo y echaba a andar, a través de la noche, Ştefan cel Mare abajo. Por las calles transversales cruzaba, en largos intervalos de tiempo, algún trolebús luminoso y vacío. Cuántas veces me había subido a uno de ellos y había viajado por una ciudad espectral, del todo desconocida para mí, con edificios iluminados, transparentes como azucarillos, con palacios repletos de adornos y estatuas, con fuentes en medio de

plazoletas desiertas. No veías un alma por el camino, mientras cabeceabas en tu asiento en el trolebús vacío. Solo fachadas, escaparates, anuncios, calles oscuras, parques desconocidos. Me apeaba al final, mucho después de salir de la ciudad, en un descampado. Extraños edificios industriales brillaban en la lejanía.

Caminaba por una avenida por la que no circulaba ningún coche. Dejaba atrás el quiosco de prensa donde, cuando era niño, me compré todos los fascículos de las colecciones Historias Científico-Fantásticas y El Club de los Temerarios, rebasaba la tienda de ultramarinos, la verdulería y la panadería de enfrente, y la biblioteca B. P. Hasdeu, de donde cogía prestados los libros. La calle era todavía estrecha, solo unos años más tarde, cuando yo estaba en el instituto, la ensancharían. A lo largo de ella se sucedían almacenes de madera, ferreterías y tiendas donde se zurcían medias, con alguna mujer fea y gorda, vestida de rojo, rematando minuciosamente las medias en un escaparate minúsculo. Conocía cada adoquín del pavimento de piedras cúbicas, cada edificio, cada taberna y cada tienda de la calle por la que ahora me dirigía al dentista. Era como una larga vena que atravesaba mi cuerpo llevando la sangre hacia los pulmones. En medio de la calle, de los postes del alumbrado salía una barra horizontal de la que colgaban los cables del tranvía, de manera que se asemejaban a una larga hilera de cruces girando junto con la calle. En cada una de ellas se podía distinguir con total claridad a un hombre agonizante, desnudo si no fuera por un paño ceñido a las caderas, que sangraba bajo la luz pálida de las luces de neón. Los conocía bien, había hablado muchas veces con ellos. De hecho, a menudo los niños del patio trasero del bloque —Vova, Lumpă, Mimi, Mărjagan, Mona, Lucían, el Mendébil, Iolanda y todos los demás— nos reuníamos a los pies de alguno de ellos para contemplar aterrados la horrible herida que el clavo le había hecho en los pies y preguntarle todo lo que se nos ocurriera. Con la cabeza reclinada sobre el pecho y mirándonos con unos ojos hinchados, lacrimosos, el mártir nos hablaba sobre su lejano país y sobre la terrible culpa que estaba expiando. Cuando pasaba el tranvía, los pasajeros apretujados en su interior los contemplaban indiferentes, como si fueran estatuas de madera policromada de las que goteara sangre.

Dejaba atrás la Dirección General de la Policía, contigua al bloque de mis padres, con sus ocho portales y callejones sostenidos por gruesas columnas de hormigón, con la tienda de muebles y el taller de reparación de televisores. Dejaba también atrás la Alameda del Circo, e) bloque del restaurante Hora y pasaba junto a la interminable valla del Hospital Colentina. Entraba siempre en su patio desierto y merodeaba un rato entre sus pabellones, con formas y colores de lo más variopintos. Había allí edificios en forma de zepelín, de acorazado, de fortín, de búnker, de almacén, de hangar, de mezquita, de burdel, de fábrica…, de todo aquello que el pensamiento pueda concebir. Dejaba después atrás el dispensario de doctor Grozovici, con la enfermera sin nariz asaltada por los pacientes que le traían ramos de flores, pasaba por delante del cine Melodía, el más moderno de la zona, atravesaba Lizeanu y entonces ya había llegado. De noche, el edificio de la policlínica parecía un gran

bloque de alquitrán contra el que se recortaba en el cielo el polvo brillante de las estrellas.

El interior estaba desierto. Subía los escalones de la monumental escalera que contrastaba de forma extraña con la sordidez de las paredes pintadas de verde o alicatadas con azulejos baratos, como los de los baños públicos, hasta que llegaba al segundo piso. Desde ahí seguía subiendo hasta la sala de espera del ático, justo debajo del tejado. Allí estaba la sección de Estomatología. De vez en cuando, el paso de un tranvía por la calle en la que se encontraba el cementerio Reînvierea hacía temblar la policlínica[14]. Arriba, en la última planta, resollando después de subir las interminables escaleras, me encontraba de repente en un vestíbulo sumergido en la sombra. La sala era amplia, a lo largo de sus paredes se podían ver los mismos bancos tapizados con plástico marrón que encontrabas entonces en todos los edificios públicos. En ellos solía haber sentados tres o cuatro pacientes, inmóviles, que miraban resignados al frente. La luz de la sala sin ventanas procedía de las cuatro puertas, con los cristales de la parte superior pintados, de las consultas de Estomatología. A través de la pintura amarilla de las ventanas, envejecida y descascarillada prematuramente, se proyectaba un aura turbia, más triste imposible, que se mezclaba de una forma bastante poco discreta con los ruidos misteriosos que, a su vez, se colaban por las puertas: tintineos aislados, el zumbido del torno, alguna tos, el chorro de agua al caer en un vaso.

Yo tomaba asiento y permanecía también inmóvil, gran parte de la noche, en mi banco, como los demás individuos de la sala, con la mirada perdida y dando un respingo cada vez que se abría una de las cuatro puertas. La luz era demasiado mortecina para poder siquiera leer. Y no había nada que hacer aparte de hundirte en ti mismo, procurando sofocar cualquier idea sobre lo que vendría a continuación. De hecho, siempre esperabas que sucediera algo terrorífico y providencial, que en cualquier momento hubiera un terremoto que destruyera el edificio, que se te parara el corazón o que llegara el fin del mundo, cualquier cosa con tal de no tener que entrar allí dentro. Finalmente, sin embargo, la puerta se abría también para ti. En el umbral aparecía, primero, un paciente con los ojos desorbitados apretando entre los dientes una gasa ensangrentada, y tras él, apremiándolo con tanta urgencia que el paciente echaba a correr escaleras abajo, se presentaba un médico de manos peludas, con su nombre burdamente escrito con hilo amarillo en el bolsillo de la bata. «El siguiente», decía, sin mirar a los de los bancos, sino mirando al frente, como si fuera ciego. Y el siguiente era yo.

¿Por qué había cuatro puertas si todas daban a la misma consulta en la que, como cuatro elefantes sentados uno junto a otro en la arena del circo, esperaban cuatro macizos, implacables y complicados sillones de dentista de un metal denso, mate, pintado de blanco, cargados de atroces instrumentos? ¿Para qué servía aquel gigantesco sombrero lleno de bombillas, inclinado sobre cada uno de ellos? Los cables, los tubos, los hilos de acero trenzado que salían de las decenas de orificios de

unos troncos macizos parecían nidos de serpientes anudadas, un acertijo difícil de resolver. Muchos de ellos terminaban, colgando sobre tu cabeza, en cabezales de metal pulido donde había tornos, buriles, pinzas del mismo metal desgastado, suave y amarilleado por el uso. En la bandejita, delante del paciente, había extrañas jeringas con el pistón torcido, con anillos para los dedos y agujas orientadas no hacia adelante, sino hacia un lado, al igual que las tenazas y las espátulas y los espejitos con mangos del mismo metal plateado.

Los tres sillones estaban siempre ocupados por alguna vieja, algún niño, algún hombre calvo, que apoyaban sus cabezas en los reposacabezas redondos, con los párpados apretados y las bocas rojas abiertas de par en par, como si estuvieran gritando silenciosamente. Muñones de dientes humedecidos por lenguas hinchadas mostraban su negrura mugrienta, burdas prótesis de plástico, del color del vómito, se sujetaban a los otros dientes con unos ganchos metálicos. El olor era atroz, ese olor a dentista que se te quedaba pegado en la ropa varias semanas, más persistente y más horrible que la peste a tabaco barato que se lleva pegada después de haber estado en un bar. Los médicos trabajaban inclinados sobre las bocas y sobre los párpados cerrados, como insectos alimentando a sus larvas. El resto de la consulta permanecía sumida en la oscuridad, pues la luz de las bombillas era indisoluble en el aire, caía como un chorro de agua helada únicamente sobre las caras y las bocas sangrientas de los martirizados.

Yo me sentaba, más muerto que vivo, en el sillón libre, que me atenazaba de repente con sus esposas. Me sujetaban el cuello con una banda de acero para que no levantara la cabeza del reposacabezas. La luz me cegaba; aunque mantenía los ojos cerrados, la notaba con la misma intensidad que si los tuviera abiertos. Era la mariposa aterciopelada, inocente, de antenas emplumadas y alas de pelusa blanca, inmaculada, atrapada en el denso horror de la telaraña. Era la víctima de siempre, impotente, disuelta en su propio espanto, a la espera de lo insoportable. Por muy inmóvil que permaneciera, por mucho que aguantara la respiración, la fiera me encontraría con sus sentidos infalibles. Y, de hecho, el doctor salía de un rincón oscuro y de repente yo estaba a su merced, bajo sus ojos inexpresivos, entre sus manos peludas que manipulaban ya mi cuerpo en busca de los puntos vulnerables.

El universo se volvía entonces sólido como una roca y se extendía por todas partes hasta el infinito. En toda la noche del ser, densa y mate, solo había una irregularidad, una pequeña imperfección: la celda minúscula, sin puertas ni ventanas, en la que únicamente cabían una víctima y un verdugo. No había escapatoria posible, la roca de la noche donde estabais tú y él era infinita. Tú, paralizado en tu sillón de tortura; él, todopoderoso, dominante, carente de todo atisbo de piedad y humanidad, se movía llevado por los neurotransmisores de su furia helada. Enlazados como el hombre y la mujer durante el coito, erais un engranaje, una complicidad en el grito y el horror, un solo ser. La tortura también sería continua e infinita pues —tenía siempre esa revelación en cuanto las tenazas frías del sillón del dentista bloqueaban

mis brazos, mis piernas y mi cuello, dejando mi cuerpo indefenso— me encontraba en mi infierno particular, ese que me habían concedido a mí y solo a mí, con mi demonio personal, que había venido a este mundo con la única intención de sacarme unas muelas que me crecerían de nuevo millones de veces para que me las sacaran una y otra vez, dejándome el hilillo del nervio colgando de la corona de porcelana. Un sudor helado me invadía mientras el médico preparaba en la bandejita las ampollas y las agujas y los instrumentos tintineantes. Luego me obligaba a separar las mandíbulas, a abrir la puerta púrpura de entrada a mi cuerpo crucificado. A partir de ese momento, el médico tenía no solo acceso a mis dientes miserables, repletos ya de burdos empastes, fósiles de una infancia vivida en el horror, sino también a mi laringe, a mis cuerdas vocales, a mi tráquea y a mis pulmones, a mi corazón y a mis intestinos. A partir de ese momento, podía introducir la mano entera, hasta el codo, en el interior mi cuerpo, podía agarrarlo por dentro y darle la vuelta como a un guante, dejando que colgaran hacia afuera, en sus bolsas de grasa sanguinolenta, el corazón, los riñones, el hígado, la red de nervios y el sistema circulatorio.

Llegaba luego, inevitable, el dolor. Me trataron las muelas y los dientes sin anestesia, con los nervios al aire una vez que el esmalte protector había sido taladrado. Y la primera vez que me pusieron una inyección en la encía, habría preferido que no me hubieran anestesiado pues era consciente de que por mi carne se difundía atroz el veneno de aquellas agujas que se utilizaban entonces, tan bastas como las de los caballos. Además, se empleaba la misma para decenas de pacientes, igual que se utilizaba una sola para vacunar a una escuela entera. Por tanto no es sorprendente —lo pienso a menudo— que esté ahora lleno a rebosar de anomalías, de alucinaciones, de locura… Lo sorprendente es que haya sobrevivido.

El dolor llegaba con el primer martilleo de la espátula en el diente enfermo y luego iba creciendo paulatinamente como si el agua fuera inundando despacio la consulta del dentista. Al final respiraba dolor. Ya no era un ser humano, ya no pensaba ni sentía. Vivía únicamente la anticipación del dolor, el relámpago que golpeaba mis dientes haciendo que me hundiera en el reposacabezas hasta que sus discos parecían a punto de clavárseme en el cerebro. Me pegaba tanto al sillón del dentista que, al final, este tenía que separarme de él con una espátula. La boca se me llenaba luego de saliva y de sangre, que eran aspiradas sin cesar por un hierro oxidado que sorbía también las venas de debajo de la lengua. Y los dientes, esas conchas secretadas por mis encías como el caracol secreta la suya, como los corales construyen los arrecifes, como se forman los huesos del niño en el vientre de la madre, quedaban abiertos como cofres de porcelana blanca para mostrar los filamentos de los nervios, compuestos por dolor cuajado. Me desvitalizaron nervios con arsénico, me los extrajeron con un taladro unido a un torno que giraba enganchado al sombrero del sillón. Me pasé horas y horas gritando mientras contemplaba, con los ojos desorbitados por el espanto, el rostro del dentista, inclinado sobre el mío, a unos pocos centímetros, como aumentado por una lupa, enrojecido

por el esfuerzo. Aquello no acabaría jamás, sería interminable. El torno y la turbina zumbaban sin cesar, mis dientes eran esculpidos en formas fantásticas, pero más allá de todos esos ruidos, e incluso más allá de mis propios gritos, podía percibir con suma nitidez, bajo mis piernas, en el tronco de metal blanco-amarillento del sillón, un gorgoteo suave y continuo, como el mamar mecánico de un recién nacido aferrado a la teta, una especie de absorción voluptuosa de sustancia vital. Así debe de sentir la sanguijuela, con su inconsciencia voraz, el flujo de sangre caliente que inunda su estómago, con una felicidad extática semejante debe de recibir el pulgón, a través de la probóscide, la savia espesa y dulce de las flores a las que se agarra con sus minúsculas garritas. En cuanto escapaba de la sujeción del sillón del dentista, totalmente aturdido, con la cara bañada en lágrimas, observaba siempre que las losas de gres del suelo a las que estaban fijados, con tornillos enormes, los cuatro tronos del sufrimiento, no eran lisas, como sería de esperar, sino que tenían unos largos abultamientos ramificados, como las raíces que ondulan la tierra en torno a los árboles viejos. Todas salían del tronco de metal macizo y todas latían con suavidad de vez en cuando. Pero tal vez aquello no fuera sino una ilusión provocada por haber apretado tanto los párpados… Tal vez mis globos oculares, enrojecidos por el sufrimiento, percibieran después el espacio deformado…

Salía de la consulta con la boca llena de gasas empapadas en sustancias con un sabor horrible. Descendía la monumental escalera y abandonaba aquel mausoleo desolador. El alba había azulado las calles frías alrededor de la plaza Bucur Obor. Los primeros tranvías, que acababan de salir de las cocheras, circulaban vacíos entre el ruido de los cables que chocaban entre sí. Los barrenderos echaban un cigarrillo junto a los contenedores, frotándose las manos por el frío. Caminaba sumergido en la niebla, entre bloques, sin saber quién era ni dónde vivía, pero al final acababa dando con la calle Ştefan cel Mare. Llegaba a casa con el cerebro enloquecido de dolor, pues para entonces el efecto de la anestesia había empezado a desaparecer. Esperaba luego, ante la ventana panorámica de mi habitación, contemplando el sol perfectamente esférico, de metal fundido, que aparecía entre los bloques, a que llegara la hora de ir a la escuela.

Capítulo 20

«EL señor de los sueños, el gran Isachar, estaba sentado ante el espejo, con la espalda pegada a su superficie, con la cabeza inclinada hacia atrás, sumergida en las profundidades del espejo. Entonces apareció Hermana, la señora del crepúsculo, y se fundió en el pecho de Isachar, hasta desaparecer en él por completo». Me he preguntado muchas veces de dónde viene mi aversión hacia la novela, por qué me habría despreciado profundamente si hubiera escrito novelas, «libros sobre», historias interminables, por qué odio a Sherezade y a todos esos hijos suyos que producen con tesón narraciones de las que aprendemos algo o con las que pasamos las horas de ocio. Por qué no me gustaría escribir por placer y para el placer. Por qué no quiero dibujar puertas monumentales, o unas simples puertitas para gatos, en las paredes del museo de la literatura. En ese fragmento de Kafka está también la respuesta. Porque no encuentras en ninguna novela frases como esa, porque ni siquiera Kafka se atrevió a transformarlas en los huesillos del oído interno de una narración. Quedaron incrustadas en las páginas oscuras de un diario destinado al fuego, páginas que no deleitan y que no instruyen, páginas que no existen pero que son las más reveladoras que han existido nunca. Porque no son necesarias mil páginas para escribir un psicodrama, sino cinco líneas sobre Isachar y Hermana. Ninguna novela ha señalado alguna vez un camino, todas, absolutamente todas, se reabsorben en el inútil vacío de la literatura. El mundo se ha llenado de millones de novelas que escamotean el único sentido que ha tenido la literatura: el de comprenderte a ti mismo hasta el final, hasta la única cámara del laberinto de tu mente en la que no te está permitido entrar. Los únicos textos que deberían ser leídos son los no-artísticos, los no-literarios, los ásperos e imposibles de entender, esos que fueron escritos por unos autores locos pero que brotaron de su demencia, de su tristeza y de su desesperación como manantiales de agua viva. Isachar. Hermana. El Horla. Malte. Y los cientos de voces sin rostro que han escrito en cada página la única palabra que importa: yo. Nunca él, nunca ella, nunca tú. Yo, la sección a través del tiempo de la imposible cuarta persona.

Si mi poema «La caída» hubiera sido bien recibido en la reunión del Cenáculo de la Luna aquel lejano mes de noviembre, hoy existirían tal vez decenas de libros con mi nombre en la portada, novelas y poemas y ensayos y artículos académicos, aparecería tal vez en los libros de texto y me invitarían a las ferias del libro de lejanos países nórdicos. Me habría enajenado el juego de luces y esplendores. Habría ganado el mundo de la única manera posible: perdiendo paso a paso la propia alma. Tejiendo mis telarañas narrativas, urdiendo mis poemas con papel de estaño, imitando dramas jamás vividos, habría olvidado que la piel es el órgano más pesado del cuerpo, más

pesado que el cerebro o el hígado, y que solo sobre tu propia piel es decente escribir, que no son posibles otros libros excepto los pegados a tu piel, con páginas vivas e inervadas, repletas de corpúsculos de Golgi y raíces del pelo y glomérulos sudoríparos y canales en los que pululan los sarcoptos. Habría olvidado la materia de la que se escurrieron las gotas límpidas del sufrimiento, así como el líquido dorado que brota de la punción lumbar, la materia con que se concibió Maldoror. Habría olvidado que, para que un libro signifique algo, debe señalar una dirección. Habría escrito libros inmanente, estéticamente autónomos, que el lector habría mirado como mira el gato el dedo que señala el ovillo en la alfombra. Pero un libro tiene que ser una señal, tiene que decirte «adéntrate aquí» o «detente» o «vuela» o «ábrete en canal». Un libro tiene que pedirte una respuesta. Si no lo hace, si detienes tu mirada en su superficie ingeniosa, inventiva, tierna, sabia, divertida en lugar de clavarla donde ese libro *indica*, entonces has leído un libro literario y has dejado escapar una vez más el sentido de cualquier esfuerzo humano: salir de este mundo. Las novelas te retienen aquí, te caldean y te consuelan, fijan brillantes lentejuelas en el vestido de la amazona circense. Pero, por Dios, ¿cuándo vas a leer un libro *verdadero*?

En el Juicio Final habrá uno que diga: «Señor, he escrito *Guerra y paz*». Otro dirá: «Señor, yo he escrito *La montaña mágica*, en la que el mundo se apoya en el sacrificio de un niño». Otro dirá: «Señor, he escrito más de ochenta novelas y libros de relatos». Otro dirá: «Señor, yo he recibido un gran premio internacional». Otro dirá: «He escrito *Finnegans Wake*, especialmente para ti, pues nadie más puede leerlo». Y otro: «Señor, aquí tienes *Cien años de soledad*. Es lo mejor que se ha escrito nunca». Vendrán filas y filas de escritores, cada uno con sus montones de libros bajo el brazo, con sus cifras de ventas y sus citas de críticos y sus recortes de prensa, como esos santos fundadores dibujados en el naos de las iglesias, que sostienen en la mano la maqueta del edificio en miniatura. Todos estarán rodeados por arcoíris y aureolas, sus rostros resplandecerán como soles. Y Dios les dirá: «Sí, los he leído, por supuesto, incluso antes de que los escribierais. Habéis regalado a los hombres horas de solaz, los habéis encaminado a la meditación y a la ensoñación. Habéis dibujado los trampantojos más sorprendentes, más barrocos, las puertas más macizas en la pared interior de la frente, sobre su hueso liso y amarillento». Pero ¿cuál de esas puertas se abrió de verdad? ¿A través de cuál de ellas se abrió el párpado de la frente en el ojo del cerebro? ¿A través de cuál empezó a ver de verdad? A un lado estarán, con sus humildes harapos, Kafka y el presidente Schreber, Isidore Ducasse y Swift y Sabato, y Darger y Rizzori, junto a otros miles de seres anónimos, autores de diarios rotos, engullidos, enterrados en el aullido del tiempo… Estos tendrán las manos vacías pero las palmas garabateadas: «El señor de los sueños, el gran Isachar…». Tras ellos vendrán los millones de narradores que han escrito solo con lágrimas, con sangre, con sustancia P, con orina y adrenalina y dopamina y epinefrina, directamente sobre sus órganos ulcerados por el miedo, sobre su piel desollada por el éxtasis. Cada uno llevará en brazos su propia piel, escrita por todas

partes, con la que Dios creará, reuniéndolas entre las portadas del nacimiento y de la muerte, el gran libro del sufrimiento humano.

Una de esas páginas querría ser también este libro, uno de los millones de trozos de piel escritos con letras infectadas, supurantes, del libro del horror de vivir. Anónimo e igual a todos los demás. Pues mis anomalías, por muy insólitas que sean, no ensombrecen la anomalía trágica del espíritu revestido de carne. Pero lo que querría que leyeras en mi piel, tú, que sin embargo no vas a leerla jamás, sería un único grito, repetido en todas y cada una de las páginas: «¡Vete! ¡Largo! ¡Recuerda que no eres de aquí!». Sin embargo, no escribo para que esto lo lea alguien, sino para intentar comprender qué me pasa, en qué laberinto me encuentro, a qué examen me someten y qué tengo que responder para escapar indemne. Al escribir sobre mi pasado y sobre mis anomalías y sobre mi vida traslúcida, a través de la cual se ve una arquitectura inmóvil, intento esclarecer las reglas del juego en el que me encuentro, distinguir las señales, ordenarlas para poder comprender qué dirección indican y encaminarme hacia allí. Ningún libro tiene sentido si no es un Evangelio. El condenado a muerte podría tener las paredes de la celda llenas de libros cubiertos de polvo, todos ellos maravillosos, pero lo que necesita es un plan de fuga. No puedes escapar hasta que no creas que puedes escapar, aunque sea de una celda de muros infinitamente gruesos, sin puertas ni ventanas. El prisionero de una historieta puede salir en perpendicular de la página del libro, hacia mí, que la leo desde otra dimensión.

He leído miles de libros, pero no he encontrado ninguno que sea un paisaje y no un mapa. Cada una de sus páginas es plana, puesto que ninguna es la vida misma. ¿Por qué debería guiarme yo, un ser tridimensional, por las dos dimensiones de cualquier libro? ¿Dónde está el libro hipercúbico entre cuyas tapas se han reunido los miles de cubos de sus hojas? Solo entonces, a través del túnel de cubos, podría escapar de la celda sofocante, o podría respirar al menos el aire de otro mundo. Si pudiera respirar las nubes y las calles y los tranvías, los árboles y las mujeres, como si fueran el aire puro de un mundo mucho más denso…

Hoy es, naturalmente, domingo, y no tengo clase. Anoche estuve leyendo a Kafka hasta la una de la madrugada y me detuve en el fragmento de Isachar y Hermana. Fui incapaz de seguir más allá. No creo que se haya escrito nada más verdadero en este mundo. El señor de los sueños, la señora del crepúsculo. Isachar perdiéndose en el espejo, Hermana fundiéndose en el pecho de Isachar como si fuera un espejo, de carne y sangre, que infesta de melancolía. Dejé el libro sobre la cama, abierto y boca abajo, y me dirigí también yo al espejo. Me he pasado toda la noche mirándome en el espejo. Desde los primeros minutos me di cuenta de que tenía que estar desnudo, al igual que Isachar, al igual que Hermana. Me quité la ropa a toda prisa y me quedé de piedra: en el espejo había una mujer. Mis dorados cabellos iluminaban todo el dormitorio y tenía los pechos un poco caídos, en forma de pera. En la habitación era Isachar, en el espejo era Hermana, mi hermana velada por la luz demasiado potente

de la realidad. «Por esto —me dije mientras miraba a los ojos a la mujer que tenía mis rasgos, envuelta en la telaraña de su pelo—, por esto ha hundido el señor de los sueños la cabeza en lo más profundo el espejo: ahí puede ver a Hermana, que se funde en su pecho». Porque Hermana está siempre al otro lado del espejo. Ella *es*, de hecho, el otro lado, el mundo paralelo en el que Isachar es mujer.

Uní mis manos a sus manos, mi pecho a sus senos, mis labios a sus labios. Y ella finalmente se fundió en mi pecho, donde la siento todavía como una emoción abrumadora.

No creo en los libros, creo en las páginas, en las frases, en las líneas. Hay algunas palabras, en algunos libros, así como en un texto codificado enviado al general del campo de batalla; solo algunas que significan algo, mientras las demás, las que las rodean, son solo una cháchara sin sentido. El general saca la plantilla, la coloca sobre la carta y lee las palabras que aparecen en las casillas recortadas en el cartón. De ese mismo modo hay que leer el texto en tres dimensiones que es la existencia. Pero ¿quién te entregará la plantilla adecuada? ¿Quién te dirá qué palabras son las verdaderas? ¿Quién separará el diamante del magma? ¿Qué cable cortarás en esa bomba que hace tic-tac junto a tu corazón, el rojo o el azul? Cuando todo es urgente, cuando ya no te queda tiempo, cuando estás apurado, puedes equivocarte incluso aunque tengas la plantilla. Sin embargo, cuando no la tienes, cuando te basas solo en la intuición del ciego, en la atención del sordo, todo se vuelve increíblemente complicado, desesperanzado y absurdo. Moriré sin resolver el enigma, me digo en cada instante de mi vida. He llenado el cajón de mi mesita de noche con todo aquello que he creído que una plantilla podría revelar: mis dientes de leche, el cordel de mi ombligo, las páginas de mi diario, fragmentos de todo lo que he leído copiados en trocitos de papel: «Señor de los sueños, gran Isachar…». En otro cajón, el de mi mente, guardo recuerdos antiguos, alucinaciones y visiones, igualmente seleccionados por una plantilla cuyo sentido no puedo comprender. ¿Cómo voy a juntarlos todos? ¿Qué quieren, qué tienen que decirme? ¿Son las piezas de un puzle? ¿Son las piezas del mismo puzle, o de decenas de juegos sin relación alguna entre sí? ¿Qué quiero encontrar? ¿Qué quiero decir? No lo sé, tan solo sé que el instinto de búsqueda me lleva hacia algo, me dice algo, me señala algo, tal y como te rascas cuando te pica o buscas comida cuando tienes hambre. Por lo demás, nada importa.

Puedes contemplar el mundo como un enigma, como un laberinto, como una pregunta que exige imperiosamente una respuesta. O como la caja de un puzle llena de piezas mezcladas. Estás condenado para siempre si has vivido feliz, si has sido millonario, gran actor o gran sabio o gran escritor, si has recibido premios o si has sido ovacionado largos minutos con el público en pie, en teatros forrados de oro. Estás salvado si eres el mendigo al final del puente que ha resuelto el enigma, ha dado con la respuesta y ha encontrado la salida. Agitas en las manos las piezas del puzle, las dejas caer, del derecho o del revés, en la caja. Si fueran tan solo unos cuadrados con trozos de imágenes impresos en ellos, nunca sabrías que son piezas de

un puzle. Pero su forma, con entrantes y salientes gracias a los cuales estas piezas pueden encajar, es la prueba de que pertenecen a un sistema, de que han sido recortadas y desperdigadas intencionadamente para que una mente y unos dedos puedan colocarlas en su sitio. No es una colección de fotografías enmarcadas de manera absurda, como nos parece este mundo muy a menudo. Este trocito encaja en este, no hay nada casual aquí, hay que rehacerlo todo con una ingeniería inversa. Pero ¿puedo encajar el fragmento de Isachar y Hermana con uno de mis dientecillos de leche? Ambos tienen invaginaciones y protuberancias en los márgenes, son claramente las piezas de un puzle. Pero ¿pertenecen al mismo puzle, forman parte de la misma imagen? Presta atención, presta atención, pues en la misma caja pueden estar mezcladas piezas de varios juegos. Los podrás reconocer por el dibujo de la parte posterior. Algunas piezas son verdes con pequeños tréboles blancos en el reverso; otras, anaranjadas con lunares azules. En primer lugar hay que ordenarlas en montoncitos según dicho reverso. Cada montoncito compone un mundo diferente, una imagen diferente incompatible con todas las demás. Solo ahora puedes elegir tus piezas, las de tu mundo, las de tu libro, las de tu mente o las de tu destino. Solo a partir de ahora puedes mirar las imágenes fragmentadas en la cara brillante del cartón. Solo a partir de ahora empieza el juego y el drama. ¿Dónde está el hueco de cada trozo? ¿Llegarás algún día a completar toda la imagen? ¿Y qué representará al final? ¿Qué rostro aterrador? ¿Qué paisaje perturbador? Estás hecho añicos, desperdigado en un mundo inmenso y vacío. ¿Cómo te ensamblarás? ¿Dónde está el hueco de cada uno de tus órganos, de cada planta y de cada sol de tu mundo? ¿Cómo se encajará tu luna con tu hígado, tu sueño de esta noche con tu sueño de anteanoche y con el recuerdo de tu primer día en Voila?

De vez en cuando aparece alguna pieza negra. Es inevitable. Solo tienes que rezar para que no esté en tu cerebro o en tu retina. De hecho, he escrito todo este fragmento inútil para cubrir una pieza negra. Sucedió algo más en la Policlínica Máquina de Pan. Un hecho que no he decidido todavía contar(me). *Sé* lo que pasó, al menos de forma parcial, sé de hecho lo que *creo* que pasó. Pero me aterra lo que es *posible* que pasara, no puedo imaginarlo ni describirlo todavía. No quiero mistificar nada porque lo recuerdo todo, aunque podría tratarse de un recuerdo falso, pero no puedo escribir aquí, ahora, sobre ello. No he firmado un pacto de sinceridad total. Nadie ha firmado ese pacto jamás. He encontrado en mi mente otras piezas negras. He pensado a menudo si el juego, el examen, la vida, no consistirán en iluminar estas piezas al final de la búsqueda. Por el momento no me atrevo a acercarme a ellas. Son tumores inoperables, escondidos en lo más profundo de la mente. Tal vez escriba aquí para iluminarlos o tal vez sea engullido por ellos. Tal vez dentro de cien, tal vez dentro de quinientas páginas, como si dijeras dentro de diez o dentro de cincuenta años, en el futuro desconocido e imprevisible de este libro que se escribe solo, que no guarda parecido con nada excepto con la vida misma, que se vive solo, con su futuro insondable, tal vez entonces encuentre en mí la fuerza y el valor de aclarar las piezas

oscuras o de tirarlas por el váter, como esas piedras del riñón que expulsaste hace mucho y que te has cansado de guardar en un frasco.

Capítulo 21

COMO esta noche, por primera vez desde que empecé este cuaderno (el segundo cuaderno, de hecho, de mi texto), he tenido de nuevo un visitador, he pensado que ya es hora de transcribir aquí, como era mi intención desde el principio, fragmentos del diario que dan cuenta de mi vida nocturna o fantasmagórica o alucinante —aunque más real que la realidad— y que seleccioné hace ya varios meses. Solo que esta noche su presencia me ha perturbado profundamente y eso hace que me sienta todavía somnoliento, distraído, al tiempo que atemorizado, porque ser un elegido en este mundo no constituye nunca un buen destino. Llevaba ya un par de horas dormido, estaba soñando ya incluso mis sueños habituales plagados de trenes y estaciones desiertas en las que me apeo y me quedo para siempre, con las maletas perdidas, repletos de silenciosos dormitorios de orfanato, cuando me he despertado y, en cuanto he abierto los ojos, lo he visto. Como de costumbre, estaba en el borde de mi cama y me miraba. Era un visitador, como esos parientes que vienen a verte al hospital cuando estás enfermo y entran de repente en el pabellón, saludan a todos los enfermos vestidos con pijamas y batas, tumbados en las camas, y colocan en la mesilla unas bolsas con yogures, zumos y tarros de sopa sellados con celofán. Se sientan luego en el borde de tu cama y se quedan mirándote. Charláis media hora, después de la cual, como en respuesta a una señal, se levantan, se van como si no hubieran estado nunca allí y te dejan mirando de nuevo a los ojos al hemipléjico de enfrente. Esta vez ha sido un joven de mandíbula dura y maciza, con los ojos un poco dilatados, con orejas de soplillo. Me miraba intensamente, al igual que el resto, hombres y mujeres y adultos y viejos, como si quisiera recordarme para siempre. Como de costumbre, me ha bañado un sudor helado. No me podía mover, no porque estuviera paralizado o porque no quisiera, sino porque la sola idea de realizar el más mínimo movimiento provocaba en mí un pánico mayor aún que la imagen de ese que, en la noche profunda de mi dormitorio, me taladraba con la mirada. Nunca me he acostumbrado a estas visitas. Y ahora, cuando escribo sobre ellas, me asaltan los mismos temblores helados. Han sido tal vez veinte, tal vez más, desde que empezó todo esto hace ya varios años. Podría dibujar a cada uno de mis visitantes con total precisión. Y, sin embargo, es como si todas las veces fueran la primera.

El joven parecía, igual que todos los demás, como iluminado por dentro, pues, a pesar de la oscuridad, todos sus rasgos se podían ver tan claramente como a plena luz del día. Los colores de su ropa —insólitos, aunque ahora no recuerdo por qué— eran vivos y permanecían inalterados por nuestra rara ceguera nocturna, que no nos permite ver los colores de las estrellas y, retroactivamente, me provocan la misma fascinación que me producían los papeles de estaño de las chocolatinas de mi

infancia, con sus colores brillantes y dibujos extraños, cuando los estiraba con la uña para que el estaño se volviera perfectamente plano, liso y suave como el papel.

Me he quedado, por tanto, en la postura en la que me encontraba, boca abajo, con la cara hacia un lado, con el edredón cubriéndome solo los pies; un silencio total silbaba en mis oídos mientras contemplaba de reojo al que estaba sentado en el borde de mi cama, silencioso, con una sonrisa imperceptible y sin apartar la mirada de mí. ¿Desde cuándo estaba allí? ¿Llevaba contemplándome una hora entera o solo unos minutos? No era un fantasma, era un ser corporal, verdadero, con todos sus detalles, con —podría decir— personalidad y psicología propias. Aunque no esbozaba gesto alguno —al igual que todos los demás que le precedieron—, no se trataba sin embargo de una imagen inmóvil, de una fotografía… Era evidente que respiraba, que estaba vivo allí, de forma intolerable, en el espacio más privado y más seguro que yo pudiera imaginar: mi propia cama en mi propia habitación, en mi propia casa, con las puertas bien cerradas. Me he dicho muchas veces, en esas mañanas confusas tras la visión de algún visitador, que se trató únicamente de una alucinación, de la imagen de un sueño que ha persistido unos segundos en mi retina, pero no me lo he creído ni por un instante. No solo porque en ningún sueño se aprecian unos detalles tan precisos, como una *camera lucida* en la que cada hebra de cabello aparece con total nitidez, con toda su delicada geometría de curvas, y cada textura (la de la piel, la de la camisa, la de alguna joya) puede ser percibida, en cierto modo, por unos dedos invisibles, sino porque todos los que se acercan a mi cama y me contemplan son seres humanos. Pero sobre todo porque lo *sé* más allá de toda duda, porque el mecanismo de mi mente responsable de la distinción entre lo real y lo irreal dicta cada vez un veredicto inapelable: es verdadero, está aquí, en la realidad.

Sin intentar tocarme y sin decirme una sola palabra, el joven se ha quedado a mi lado unos diez segundos más, iluminado por su radiancia interior, antes de desaparecer. Como de costumbre, yo he permanecido despierto, inmóvil, con los ojos abiertos, sintiendo cómo el miedo me invadía por completo durante un lapso de tiempo que no puedo evaluar. Luego he vuelto a caer en el sueño y en la ensoñación para retomar mi desconsuelo en estaciones de tren y restaurantes desiertos, mis conversaciones con mujeres pálidas como insectos, mis escaladas por unas ruinas cubiertas de líquenes.

Así que he perdido la mañana deambulando por la casa fría y vacía, incapaz de ligar mis pensamientos, con una taza de café en la mano. He mirado cómo nevaba en todas las ventanas, medio cubiertas por el encaje de flores de hielo, he exhalado vaho sobre el cristal y he contemplado cómo la humedad cristalizaba en una bruma *Jugendstil*, he recorrido los pasillos completamente helados en los que mis plantas pegaban sus hojas a las ventanas y dejaban ver, a través de sus tallos traslúcidos, el flujo de la savia en los vasos leñosos y liberianos. He recordado, al contemplar su vida sin vida, el día en que acabé por error en el laboratorio de Biología.

Estaba buscando, como de costumbre, mi clase en el piso de arriba. Avanzaba por

el pasillo verde, las puertas de las aulas estaban cerradas. Hacía rato que habían empezado las clases. En el pasillo no había ni un alma. Pasé por delante de los váteres y giré hacia el fondo del corredor. Puesto que este carece de ventanas, estaba completamente oscuro. Adelanté, en la penumbra, al grupo de niños colocados en fila a la espera de recibir en la lengua el terroncito de azúcar con la gota rosa de la vacuna, saludé a la enfermera, que me sonrió con sus labios lívidos, y llegué al callejón sin salida donde sospechaba que podría encontrar finalmente a mis alumnos. No tenía sentido recordar la disposición de las aulas, porque en cualquier caso esta cambiaba todos los días. Me guiaba siguiendo una especie de instinto, tal vez había aprendido a detectar, de forma subliminal, el olor de mis alumnos, pues por lo general acababa encontrando la clase durante el primer cuarto de hora después de la pausa. Al fondo del pasillo sombrío había tres puertas. Abrí la primera y la cerré a toda prisa, pues se trataba del laboratorio de Física en el que Gionea, inmóvil, con los brazos cruzados, reinaba en el estrado ante los treinta sordomudos con los ojos desorbitados por el terror. Enfrente se encontraba la consulta del dentista, cerrada. Atravesé la tercera puerta que resultó ser, para mi decepción (pues a partir de ahora tendría que correr por los pasillos para poder llegar a la clase de Lengua Rumana antes de que esta tocara a su fin), otro laboratorio, el de Biología, atestado de plantas y acuarios. La profesora no había aparecido todavía, debía de haberse ido a la estancia anexa, donde guardaba los microscopios y las tortugas. Ante cada uno de los niños, que sí estaban en sus mesitas, había un frasco grande, lleno de agua y cubierto con una gasa. La boca de dichos botes estaba bien cerrada con una goma. En las gasas había unas judías arrugadas a las que les habían brotado ya unas raíces filiformes que se extendían y se ramificaban, como las patas de una araña, por el agua del tarro, mientras que una plantita amarilla, húmeda, asomaba entre los dos cotiledones el cuello pegado a la clorofila. Cada niño y cada niña acogían entre las manos la curvatura de los frascos, como si quisiera calentar el agua del interior. Sus miradas se dirigían al encerado y parecían esperar, aterrorizados, la llegada de la profesora para mostrarle el embrión vegetal, tal y como las embarazadas esperan su turno ante la consulta de ginecología y obstetricia. Los niños cultivarían en casa, en el alféizar, la planta que había brotado, clorótica, de la semilla arrugada. El agua cada vez más turbia se iría llenando poco a poco de filamentos, unos tallos y unas hojas enfermizos se alargarían hacia la ventana, ávidos de luz, hasta que, un buen día, toda esa comedia de una vida, nacida sin oportunidades desde el principio, tocaría a su fin. Las madres tirarían por el váter esa agua apestosa con toda su parodia de ser vivo y con la gasa ennegrecida y putrefacta. Por el momento, sin embargo, el laboratorio estaba inundado de luz y los frascos centelleaban, lanzaban lúnulas brillantes sobre las paredes y sobre los extraños rostros de los niños. Y de repente atisbé el horror por el rabillo del ojo: en la parte trasera de la clase, junto a la puerta que yo acababa de abrir, estaba la niña pelirroja con el ojo cubierto con una gasa. También ella sostenía el frasco entre las manos, también ella miraba fijamente hacia adelante con el único

ojo que le quedaba, pero su plantita era más grande, más carnosa y más elástica que la de los demás, aovillada como estaba en la red de tela blanca y húmeda, porque no todos sus filamentos se enroscaban en aquella agua carente de sustancias nutritivas. Un largo y delicado tubo amarillento trepaba hacia la cara de la niña y penetraba a través de la gasa sujeta con tiritas rojas sobre el ojo, absorbiendo del fondo de la órbita un líquido rojo oscuro y llevándolo —era visible en la raicilla transparente— hacia el embrión que latía en su lecho de estambre ralo. También el agua de su frasco se había coloreado, cada vez más densa en el fondo lenticular, de un sanguinolento evanescente, difundido por los hilos enrollados de las raíces. En el fondo se había decantado un estrato como una uña de sangre pura, inalterada, triunfo del más vibrante color permitido a nuestros ojos. La visión duró solo un instante porque, asustado, cerré la puerta y eché a correr, con el cuaderno bajo el brazo, por el pasillo desierto. Cuando me quedé sin resuello, abrí la primera puerta que encontré a mi derecha y reconocí a mis alumnos, que me esperaban hablando a gritos y persiguiéndose entre los pupitres.

He salido hacia la escuela sin almorzar porque normalmente lo hago en la Automecánica, que es bastante barata, y allí la comida, aunque siempre la misma, no me parece demasiado mala. La pausa principal dura veinte minutos, pero los profesores la suelen alargar hasta la media hora y, como el taller de reparación de vehículos se encuentra a apenas unos pocos metros del patio de la escuela, es tiempo más que suficiente para engullir deprisa unas albóndigas, una sopa con tropezones o un filete con un rebozado gomoso y amarillento. Algunos alumnos de las clases superiores almuerzan también a diario en la cantina, al igual que los mecánicos, con sus monos llenos de grasa. Hoy mismo he ido con Gheară y con Goia y hemos ocupado una mesita de plástico en una esquina desde la que se podía distinguir, un piso más abajo, un mobiliario increíblemente sucio, unos cuantos coches sobre las plataformas y, en un desorden apocalíptico, llantas, neumáticos, gatos, tubos y acumuladores desperdigados por todas partes, todo tan ennegrecido y grasiento que no podías afirmar con rotundidad de qué color habían sido en origen. El maestro principal, el jefe del taller, era un hombre maduro, pulcro, siempre con traje, que llevaba unas gafas de montura dorada. Él jamás tocaba nada, estaba tan impecable como si lo acabaran de sacar de una caja. En el barrio decían que era terriblemente rico, que incluso llegaba a ejercer ocasionalmente de prestamista y que cobraba unos intereses indecentes. Por lo que a nuestras alumnas de séptimo y octavo se refiere, sin embargo, no se diferenciaba un ápice del aprendiz más joven: se le iban los ojos tras ellas. También es cierto que las chicas se comportaban de un modo completamente distinto en la Automecánica: se sentaban de tres en tres o de cuatro en cuatro en torno a una mesita, hablaban en voz alta y reían, se estiraban los uniformes para que se les marcaran los pechos y respondían con un «¡qué más quisieras tú!» a los aprendices que les soltaban alguna burrada. Cuando se levantaban, bandeja en mano, caminaban con sus zapatos viejos como si llevaran botines de tacón de aguja, contoneando las

caderas con un descaro que a nosotros, los profesores que las conocíamos como unas simples ausencias sosas en los pupitres, nos resultaba del todo increíble.

Desde que exploré con él la antigua fábrica próxima a la escuela y tuve la alucinación de la torre del agua, con su cuerpo alargado como una enorme serpiente enroscada a lo largo de la escalera de caracol en el corazón de la torre, no me sentía cómodo en presencia de Goia. Aunque, por supuesto, nos habíamos visto en la sala de profesores y nos habíamos cruzado, con nuestros respectivos cuadernos bajo el brazo, por los pasillos, ninguno de los dos se había atrevido a mirar al otro a los ojos, pues entonces habríamos sabido lo que sabía el otro, lo que a los dos nos daba miedo comentar: que, si en nuestro fuero interno habíamos decidido que todo había sido un sueño o una visión extraña, bastaría con mirarnos a los ojos para renunciar a ese consuelo infantil. Todo fue real, ambos lo sabíamos, como todo es real siempre. Tampoco hoy nos atreveríamos a salir juntos, menos mal que ha aparecido Gheară, gordito y jovial, con su cabello ralo peinado para camuflar la calvicie. Me gusta Gheară, como iba diciendo, aunque participe en la mascarada obligatoria de los montajes. Es un chaval rebosante de vida, sin preocupaciones, cuyo sueño es ser actor, contar chistes sobre un estrado en medio de un bar lleno de gente. Ni siquiera te das cuenta, cuando habla entre risas todo el tiempo, de todas las indiscreciones y meteduras de pata que brotan de su boca, pero imagino que ese es su encanto, que por eso lo aprecian tanto mis compañeras de la sala de profesores. Imita tan bien a Borcescu, por ejemplo, que todas dan un respingo cuando oyen ese graznido que conocen perfectamente: «¿Qué jaleo es este? ¿Qué es esto, un pueblo sin perros? Ha sonado el timbre hace cinco minutos, ¿qué estáis haciendo todavía aquí, camaradas profesoras?». «Venga, Nicu, vete a la porra, que casi nos matas del susto», farfulla alguna, pero luego se echan todas a reír, aliviadas. «Vamos, Nicu, cuéntanos qué hace tu mujer en la cama». Cuando escuché por primera vez a una colega preguntar eso, creo que me puse rojo como un tomate, pero luego me di cuenta de que era uno de esos rituales cotidianos de la sala de profesores y que no pasaba una semana en la que no tuviera lugar el exitoso número de Gheară. El comediante no se hacía de rogar demasiado: se tumbaba boca arriba en la larga mesa de la sala, sobre los cuadernos abiertos, y empezaba a estremecerse de placer, abombando unos pechos imaginarios, con los ojos en blanco: «¡Oh! ¡Ah! ¡Brrrr! ¡Más rápido, más rápido, más rápido, cariño! ¡Oh… aaah!», hasta que, tras un espasmo supremo, se quedaba desfallecido sobre la mesa, con una sonrisa estúpida de oreja a oreja.

Se incorporaba luego de repente a la espera de los aplausos pero, si no llegaban, Gheară no se enfadaba. Todo el mundo abusaba de su confianza. Era el chico para todo en la escuela. «Nicu, ¿me traerías un zumo del quiosco de enfrente?». «Nicu, ¿darías mi hora del sábado?». «Gheară, necesito a alguien de guardia la semana que viene, ¿me has entendido?». Nicu Gheară no sabía decir que no. Con la misma sonrisa benévola solucionaba los problemas de todos, hacía horas extras con el coro y con los montajes, les explicaba a los chavales cómo desmontar un arma en la

PTAP…,[15] pero lo que nos ha contado hoy en la Automecánica supera todo lo demás. «No me vais a creer —nos dice con la boca llena—, pero me he liado con Steluja». «¿Con la maestra Dudescu? ¿En serio?». «En serio, pero no se lo contéis a nadie». Hace unos meses Steluja, a la que Gheară tiraba los tejos desde hacía tiempo, le invitó a ir a su casa para que la ayudara a mover unos muebles. «¿Y el señor Dudescu?», preguntó él con el corazón en un puño. «Bueno, mi marido está ocupado. ¿Puedes echarme una mano?». Y Gheară fue a su casa. Su marido, mucho mayor que ella y sordo como una tapia, estaba en su despacho, con los ojos clavados en un libro. Apuntaba algo en un cuadernillo, tomaba notas también en unos trocitos de papel… Cuando Nicu lo saludó, tuvo la impresión de que él no lo vio. «Deja a mi marido en paz, ¿no te he dicho que está ocupado?» le dijo la maestra, y le colocó la aspiradora en la mano. «¿O sea que le hiciste la limpieza a Steluja?». «Pueees… sí». «Y la semana siguiente, lo mismo, y la otra, lo mismo, hasta este domingo. Aspiradora, limpieza del polvo, de cristales… Pero al final ha merecido la pena, que ya me conozco yo el percal… Este domingo me la he tirado, amigos. Es buena, hacedme caso. Un poco cedida, pero está bien…». «¿Y su marido?». «No se enteró de nada. Él en el despacho, con sus mamotretos en brazos, y yo en el dormitorio, con Steluja entre mis brazos…». «¿Y no ha oído de nada? ¿Y si se planta allí de repente?». Gheară ríe como si le hicieran cosquillas. «¡Qué va! Le he pasado la mano por delante de los ojos, como a un ciego. Mientras garrapatea está muerto para la patria, no ve, no oye, no está en este mundo. No sé qué compendio prepara, pero está inmerso *en* él hasta el cuello. Así que yo me he liado con Steluja, una chavala majísima…». «Bravo, Nicu», dice Goia con la boca pequeña. Yo también había oído que su marido era un maníaco, pero que al menos no la zurraba como su primer marido.

No habría tenido las fuerzas necesarias para transcribir ahora mi diario si la historia de Gheară no me hubiera animado un poco tras el terrible encuentro de anoche. Ha oscurecido de nuevo, nieva furiosamente tras la ventana de mi habitación, a la luz de la farola mortecina de enfrente. Antes de empezar a escribir esto he releído los cuadernos del diario que empecé el 17 de septiembre de 1973, cuando tenía diecisiete años. Al transcribir los fragmentos que considero más significativos, he dudado en varias ocasiones, pues muchas veces *todo* me parecía digno de ser transcrito, incluso aunque el resultado final hubiera sido un texto de mil páginas. Finalmente me he quedado con algunas muestras que —pienso ahora— dicen algo, aunque todavía no sé qué, que empujan hacia alguna parte la historia de mis anomalías.

La primera nota del diario que transcribo aquí está fechada el 16 de junio de 1974. Acababa de cumplir dieciocho años y vivía con mis padres en Ştefan cel Mare. Mi habitación daba a la calle. Se trataba de un dormitorio bastante grande, con un inmenso ventanal triple, panorámico, por el que se veía Bucarest, un infinito desbordamiento de casas mezcladas con copas de árboles, paredes ciegas, ventanas

brillantes, siluetas de edificios enigmáticos; todo ello bajo un cielo abrumador, más alto y más curvado que cualquiera de los que haya visto en toda mi vida. De día lo colmaba la acumulación de las nubes que, gracias a su arquitectura abstrusa y fluida, con pilastras y columnatas y basílicas y cenotafios, conformaban sobre la ciudad otra ciudad, igual de laberíntica pero en continuo deslizamiento a lo largo de la campana de cristal de la bóveda. Por la noche, mi ventana se llenaba de estrellas. Cuando apagaba la luz para acostarme, después de haberme pasado casi todo el día tirado en la cama leyendo, las veía y me paralizaba el espanto. No sé si mi siderofobia (o como quiera que se llame el terror a ver cielos estrellados) forma parte de esa pintoresca y desagradable jungla de fobias con extraños nombres griegos, largos y retorcidos, pero desde la infancia he sentido vértigo y horror bajo las estrellas. Cuando era pequeño solía acompañar a mi madre a casa de su hermana hasta un barrio alejado. Juntos recorríamos la ciudad en un tranvía que se sumergía en los túneles de fachadas amarillentas, con el enfoscado estropeado, de las calles. Sobre las fachadas, entre las ventanas sucias, colgaban estatuas de escayola, mujeres con los pechos desnudos y sonrisas displicentes, ángeles rosas de narices melladas, gorgonas de granito con el cabello lleno de serpientes, atlas que sostenían, con los músculos en tensión, los arcos de las entradas y las columnas de los balcones. Contemplaba con ojos desorbitados toda esa población decrépita, llena de líquenes como eczemas en las pieles de las sucesivas capas de pintura, con algún brazo del que no quedaba más que una varilla oxidada… Recuerdo mi desazón durante todo el viaje, recuerdo la necesidad de aferrarme al vestido floreado de mi madre, de mirarle a la cara, de asegurarme de que no iba a desaparecer para abandonarme en aquel mundo de miedo y de petrificación. Pero mi temor difuso durante el día no era nada comparado con el que me esperaba por la noche, cuando regresábamos, después habernos pasado toda la tarde jugando en casa de mi tía a revolver los cajones, a sacar todas las figuritas de las vitrinas y, sobre todo, a pedalear sin parar en su máquina de coser, que me fascinaba con su traqueteo y su cadencia mecánica. En cuanto salíamos de aquella casa de ladrillo, la última de la ciudad, detrás de la cual empezaba ya el campo, nos acosaban las estrellas. Yo procuraba no contemplarlas, miraba tan solo la silueta de mi tía, que, con su cara de ardilla, nos saludaba con la mano desde el rectángulo iluminado, rosa, de la puerta. Las paredes de ladrillo sin enfoscar habían absorbido ya todos los rayos del sol y ahora reinaba una oscuridad total. En la callejuela, ni una sola bombilla. Pero arriba, mundos de estrellas, legiones de estrellas, pueblos de estrellas con sus ídolos, sus dioses y sus historias, mapas estrellados de unos territorios inalcanzables… Caminaba de la mano de mi madre bajo la alfombra oriental de las estrellas, que se extendía hasta donde se perdía la vista y más allá. Una mano gigantesca había cogido un pellizco de harina luminosa y la había esparcido, de manera *mandelbrotiana*, por la bóveda negra como el alquitrán. Me parecía que, cada vez que respiraba el aire frío de la noche, con olor a rosas y petunias, inspiraba también polvo estelar. Aquí y allá, de la harina sobresalían trozos de piedra de cuarzo, granos de azúcar, añicos menudos

que brillaban con intensidad. El ojo no podía evitar trazar líneas apenas visibles entre ellos, así que aquella maquinaria sideral se enriquecía rápidamente con ejes de palancas, cremalleras, inversores, minúsculos muelles de latón, bajo cuyo mudo tintineo caminaba hacia la parada del tranvía. Apretaba cada vez más fuerte la mano de mi madre, pero sentía que también ella tenía miedo, no a los perros ni a los malhechores, sino al silencio estrellado, a la quietud hipnótica de las estrellas sobre nosotros. Si los millones de arañas de patas separadas, algunas apenas visibles, otras tan grandes como una mano, hubieran caído de repente sobre nosotros, colgando cada una de su hilo deslumbrante, no habríamos estado más asustados. Al final apretábamos el paso y luego echábamos a correr con todas nuestras fuerzas, gritando bajo las estrellas como bajo una lluvia torrencial. En la parada desierta nos abrazábamos temblorosos, yo con la cabeza pegada a su vientre, sintiendo (como la siento incluso ahora) la aspereza de su falda de tergal. Algunas veces nos tocaba esperar una hora hasta que distinguíamos la bombilla mortecina de la parte frontal del tranvía brillando en la distancia; luego el vagón se mostraba entero, haciendo un ruido terrible y tambaleándose en los raíles. «Gracias, Dios mío», murmuraba siempre mi madre, y subíamos agradecidos los escalones para acceder a su interior de madera brillante, tranquilizador como nuestra propia casa. Siempre he tenido la sensación de que si hubiéramos esperado un minuto más en la parada, las estrellas nos habrían absorbido a aquel imperio que nos helaba la sangre en las venas.

Todos mis recuerdos más inquietantes tenían lugar ahí, en esa habitación donde no reinaba nunca la oscuridad total, pues el alumbrado de la calle, con sus Cristos crucificados en los postes en forma de cruz que sostenían los cables del tranvía, trazaba en el techo de mi habitación unas rayas luminosas de diferentes matices y texturas, y los tranvías y los pocos coches que pasaban de noche por aquella estrecha calle dibujaban también abanicos verdes en las paredes y el techo. Hoy me daría miedo dormir de nuevo allí, al igual que en la habitación de la parte trasera, la que daba al Molino Dâmboviţa, donde, durante toda mi adolescencia, soñé con cuatrimotores y extrañas naves que flotaban frente a mi ventana.

He aquí mis notas del 16 de junio:

> Que no se me olvide:
>
> Esta noche me he despertado sobre las tres y media, cuando me ha parecido oír la voz de mis padres. Ni siquiera he abierto los ojos. Me he quedado dormido de nuevo. No sé qué más he soñado pero después, también en sueños, ha sucedido algo que me ha trastornado.
>
> No sé si de repente o poco a poco he empezado a sentir un aullido tan agudo en los oídos que, en cierto sentido, he «visto» por dentro, en el límite entre el oído, la vista y el tacto, la caja craneal, sometida a unos temblores fantásticos, unos escalofríos dolorosos, ardientes, insoportables, conjugado todo ello con una luz amarilla, de fuego, y un pánico paroxístico. He sufrido

dos ataques, uno tras otro, de los cuales he sido completamente consciente, como si hubiera estado despierto. En el segundo sé que había algo místico, o provocado por algo místico, terrorífico, más allá de los sentidos o las palabras. He soñado que me despertaba, que no podía moverme, he gritado pero no emitía más que susurros. En aquellos momentos no tenía la menor duda de que estaba despierto. He conseguido gritar dos veces «¡Socorro!». Luego he visto a mi madre en la habitación delantera, todo era ceniciento y azul. No recuerdo si le he dicho que tenía meningitis.

Luego me he despertado de verdad, más asombrado que asustado, triste, pero sorprendentemente tranquilo. He permanecido un rato con los ojos abiertos, pensando que tenía que ir sin falta al psiquiatra. Tenía una conciencia curiosamente clara del tiempo transcurrido desde la primera vez que me he despertado hasta el sueño que he tenido. Luego he ido al baño, no sé por qué, y me he mirado al espejo. Mi cara me ha parecido extraña, despectiva, un poco cruel. El cabello y, en cierto modo, también la piel se me erizaban de vez en cuando. Recordaba el sueño y pensaba todo el tiempo en él. Me he cortado las uñas de las manos, a excepción de cuatro de la mano derecha que he dejado, no sé por qué, sin cortar. También sé que he roto, semiinconsciente, el tapón metálico del frasco de alcohol y que lo he vertido en el agua del lavabo. Los oídos me pitaban todo el tiempo. Siempre un temor latente, controlado por él mismo, no por mí.

He vuelto a mi habitación, pero antes he estado en el comedor, donde he comprobado con mis propios ojos lo que, curiosamente, sabía de antemano: que mis padres se habían ido, que las camas estaban deshechas y que las cuatro y media flotaban cenicientas en la habitación. Una raya roja en una pared me ha hecho mirar por la ventana, tras la cual había salido líquido, púrpura, el sol.

También como en trance he vuelto a la cama, pero no me he atrevido a dormirme. He leído, y así me han encontrado mis padres cuando han vuelto. Mi madre me ha preparado una taza de leche y me ha dicho que me acueste. Me he quedado dormido hasta las once y media, y en ese intervalo de tiempo he tenido otros sueños.

Dolores de cabeza, pitidos en los oídos durante todo el día. Ahora, de noche, no me atrevo a acostarme.

Releo unas cuantas veces este texto, singular en mi primer cuaderno de diario, perdido entre notas de lectura —*Las confesiones*, de Rousseau; *Doctor Fausto*, de Thomas Mann; *Thaïs*, de Anatole France—, poesías, tribulaciones sentimentales, croquis en prosa sobre ángeles y monstruos, intentando acordarme del adolescente delgado y lunático de entonces. Puedo imaginar mi turbación al recordar la experiencia de aquella noche de junio, la primera de ese tipo, a la que seguirían, sin

embargo, muchas otras noches extrañas. Si entonces no entendía nada de lo que me sucedía, si mis noches de chaval solitario y raro se volvían cada vez más angustiosas, con el paso del tiempo, cuando mis sueños dejaron de guardar relación alguna con lo que hasta entonces consideraba yo un sueño —pues se acercaban a la visión y la profecía—, empecé a mostrar una especie de interés químico por lo que me estaba pasando y a reunir sucesos y testimonios que condujeran hacia alguna parte. Poco a poco, empecé a experimentar una especie de orgullo extraño y masoquista, a sentirme sobre todo elegido para quién sabe qué operaciones místicas o mágicas, o teológicas o científicas o poéticas, no estaba en absoluto seguro, me quedaba tan solo el sentimiento, poderoso e irreprimible, de haber sido elegido, de que me estaba pasando algo coherente aunque resultara del todo incomprensible. No sé qué sienten las cobayas cuando los introducen repetidamente en el laberinto de plexiglás, con recorridos siempre distintos, cada vez más complejos, con un trocito de queso cada vez más difícil de encontrar, y les inyectan entre tanto unas sustancias turbias, les colocan unos electrodos en el cráneo… No sé si más allá de las sensaciones angustiosas y las situaciones absurdas, del hambre, del correteo por los pasillos blancos, curvos, antisépticos, brota por fin, en los pequeños ganglios de su cerebro, la idea de que lo que les está sucediendo no es normal, de que la acumulación de hechos inverosímiles, de coincidencias sorprendentes, de manos gigantescas que los atrapan de improviso, que los sacan de su caja llena de excrementos, no puede significar sino que han sido elegidos por una inteligencia tan diferente a la suya que ni siquiera la pueden percibir como inteligencia, sino solo como una serie de manipulaciones o sufrimientos atroces. Las vibraciones insoportables y el sonido agudo, como el de una sirena, vendrían acompañados, en mis sueños ulteriores, por un fuego amarillo, como si un derramamiento de oro líquido disolviera mi cerebro.

Sigo anotando fragmentos de los meses siguientes, de los años siguientes hasta hoy, hasta anoche. Son hechos y sensaciones muy diversos, desperdigados como las marcas de las balas en una diana, pero mi sentimiento, imposible de contradecir, ha sido siempre que la diana sigue siendo la misma, que todo está ligado y coexiste en un plano del mundo que apenas ahora empiezo a intuir. Muchas cosas se repiten, idénticas o de forma sutilmente distinta, conectándose en sueños que no he apuntado aquí, pero que constituyen el telón de fondo eterno de los otros: mis estaciones de tren, mis ciudades desconocidas, mis casas, mis salas de cine vacías. Solo anoto la fecha cuando considero que puede ser significativa, pero voy a procurar ponerlos en el contexto de mis recuerdos y unificarlos, de forma provisional, en la medida de mis posibilidades, a través de la iluminación de unos vínculos subterráneos entre ellos.

Anoche me desperté hacia —creo— las cuatro de la mañana, o antes, cuando en la habitación flota esa bruma característica. Acababa de soñar, como ya me ha sucedido otras veces, que veo una lámpara, una normal y corriente, de las nuestras, con dos o tres brazos y pantallas blancas, pero esta

no cuelga del techo, sino de una varilla horizontal, como encastrada en una pared. Tenía la sensación de que se encontraba en algún sitio fuera de mi campo visual y de que solo podía verla por el rabillo del ojo, forzando los músculos del ojo hasta casi romperlos. Hacía unos esfuerzos desesperados por volver la cabeza hacia esa lámpara, pero evidentemente no tenía cabeza ni tampoco cuello. Era solo esa mirada periférica y dolorosa, ese esfuerzo por mirar que al final se transformó en la necesidad de despertar. He dicho que eso mismo lo había soñado tiempo atrás, pero en otro contexto: una especie de cuadro cubista analítico, una especie de escultura, un grupo de objetos cortados por espejos como una silla, un trozo de corteza y, fantástica, tiesa, horizontal, esa misma lámpara, todo ello animado por la impotencia de llevarla hasta el centro de la mirada, mientras movía los ojos y gemía por el dolor y la desesperación. Siguió el despertar, ya a plena luz del día, por la mañana.

He leído, muchos años después de estas experiencias de mi adolescencia, sobre la parálisis del sueño, cuando te despiertas pero tus músculos siguen todavía inertes, como han estado en todos los episodios del sueño, para que todo quede allí, en el palacio del cráneo, para que nuestros miembros no nos lleven por la realidad siguiendo su la historia laberíntica. Pero dos o tres despertares de estos, que no han vuelto a repetirse jamás, me dejaron sin embargo un recuerdo completamente distinto. Veo incluso ahora esa lámpara con la varilla horizontal, la veo deslizándose lentamente hacia mí, con las luces blancas de sus extremos. Siento también mi miedo de entonces, amplificado por la inmovilidad y el desarraigo. Me he sentido, de hecho, como un insecto atrapado en una telaraña, inyectado ya con veneno paralizante, que ve cómo se acerca el animal grande y gordo de patas monstruosas. Siempre he sentido que el sueño y la ensoñación contienen algo terrorífico que te abandonan en manos de ese que, despacito, se cuela en tu casa, sube los escalones que conducen a tu dormitorio y se acerca a tu cama, mientras tú yaces en la penumbra, inconsciente y desprotegido, deambulando por tu mundo lejano.

Al cabo de unos meses escribía:

> Un sueño con levitación. De noche, lanzándome desde el balcón, volando en grandes saltos hacia el patio del Molino, con unos detalles sorprendentemente exactos, que era la realidad, sintiendo ese vacío en el estómago que se siente en el tobogán.

Hablaba del Molino Dâmboviţa, que fue durante mucho tiempo el edificio más grande que yo había visto jamás. Se encontraba justamente detrás del bloque de mis padres, un edificio de ladrillo, de unos siete u ocho pisos, con colosales frontones en

la parte superior que dominaban el tejado lleno de harina y las incontables ventanas enrejadas. Las nubes se desgarraban en esos picos triangulares que tenían ventanas redondas en el centro, como los rosetones de las catedrales, pero en el ocaso, cuando los ladrillos brillaban como rubíes, todo el edificio respiraba una grandeza y una tragedia sorprendentes. Allí, en el espacio que quedaba entre nuestro bloque y el Molino, rodeado en los extremos por la Fábrica de Pan Pionero y por unos edificios de la Policía, sucedieron, en mis noches, cosas que me espantan y que no pudieron ser simples sueños. Hacia ese espacio vasto daba la ventana de la habitación de la parte trasera en la que dormía tan solo algunas veces, sobre todo después de comer. También por las ventanas de nuestra cocina, con su puerta de salida al balcón, se veía el Molino, cuyos cedazos eléctricos zumbaban a todo gas. Un buen día, un molinero, al ver que había saltado la valla con un amigo y que nos acercábamos titubeantes al colosal edificio, atravesando el enorme patio en el que esperaban unos camiones viejos, nos llamó y nos preguntó si queríamos ver el Molino por dentro. Entramos intimidados en sus interminables naves; el aire estaba lleno de harina, también por el suelo y en las ventanas y en los cedazos había harina amontonada como nieve. Subimos interminables tramos de escaleras hacia otros pisos, con más naves y más molineros con el pelo escarchado de harina, con otra luz turbia que llegaba desde las ventanas, y luego más arriba aún, a unos pasillos largos y oscuros, y luego más estancias con artilugios y, finalmente, pudimos contemplar nuestro bloque como no lo había visto jamás, desde arriba, a través de la ventana redonda de un gran frontón de cuatro o cinco metros de diámetro. Más allá de la terraza del bloque se extendía la ciudad, muros y más muros, hasta donde se perdía la vista.

Solo más adelante establecí una relación entre los sueños con levitación, tan habituales pero tan mágicos, y la atropina que, generalmente al principio del trimestre, nos echaban, en la consulta médica del instituto, para examinarnos el fondo de ojo. En la clase siguiente a que nos la hubiesen administrado no hacíamos nada, porque no podíamos siquiera leer. Si nos mirábamos la mano, la veíamos pequeña, roja y lejana, como una inflorescencia en la punta de una rama. Luego volvíamos otra vez a la consulta, riendo y diciendo cochinadas, porque la enfermera de nuestro liceo era bien conocida por su liberalidad. Al parecer, todos los profesores habían pasado por allí, habían separado sus muslos atléticos sobre el hule de la camilla y habían amasado aquellas tetas generosas que sobresalían del corsé por debajo de la bata blanca. Incluso varios alumnos —por lo menos unos cuantos del duodécimo curso— alardeaban de habérsela tirado. Era esa enfermera la que nos daba también las clases de educación sexual, llevándose por separado una hora a las chicas y otra a los chicos. Yo no había escuchado nunca a nadie hablar así. Desfilaba ante nosotros, con su cabello teñido de rojo y una sonrisa descarada en los labios, pronunciando con absoluta tranquilidad palabras como testículos, pene, vagina o masturbación, mientras nosotros, quince chavales con uniformes desgastados que, al escuchar aquellas palabras prohibidas, teníamos unas erecciones terribles, la habríamos devorado allí

mismo, sobre el estrado, unos detrás de otros, tal y como habíamos oído en las historias sobre violaciones en grupo. Pero la enfermera no parecía sentir la tensión que crecía minuto a minuto, al contrario, se mostraba aún más provocadora hacia el final de la clase. Cogía la silla y la colocaba en el estrado, a su lado, luego se sentaba y cruzaba sus formidables muslos, envueltos en medias de nailon. Inclinándose hacia nosotros, para que pudiéramos ver mejor sus pechos, seguía hablando impasible sobre preservativos y anticonceptivos, mientras nosotros, congestionados, solo esperábamos que acabara la hora para correr a los váteres y aliviarnos, por fin, en las tapas sucias del WC y en las paredes llenas de dibujos infectos…

Después de un examen del fondo de ojo, soñaba invariablemente que volaba. A veces solo flotaba, cabalgando en un pequeño balón medio hinchado, a un metro del suelo, por los senderos sombríos de un parque vespertino desconocido que, sin embargo, me resultaba de lo más familiar, girando en torno al lago central, que brillaba con intensidad al anochecer. Llegaba siempre, en medio de la noche cerrada, a un espacio abierto, vasto, iluminado por las estrellas, en cuyo centro encontraba cada vez el mismo estanque rectangular de agua negra. Otras veces volaba sobre los campos en plena mañana deslumbrante, subiendo y bajando por el aire transparente, aterrizando unas veces en campos de trigo, perdiéndome otras en la espesura de las nubes. Sentía el silbido del aire azul en mis oídos, mi cabello se agitaba en la corriente provocada por el movimiento, todo era verdadero y mi corazón estallaba de felicidad. En el patio del Molino y en el espacio trasero del bloque volaba de otra forma. Allí, por lo general, daba saltos cada vez más altos, como las bóvedas cada vez más profundas de un viaducto, y cada nueva ascensión hacia las estrellas tenía algo de insensato y embriagador. Sobrepasaba, con los más elevados, la cúspide de la chimenea de ladrillo de la fábrica El Pionero que, cuando éramos niños, uno de nosotros, el más pequeño y tímido, escaló un día para colocarse arriba del todo, con los brazos en cruz, y demostrarnos que no era miedoso… Luego sobrepasaba también los gigantescos frontones del Molino… No he viajado nunca en avión y no creo que lo haga jamás. Pero la forma en que veo desde arriba el panorama de los campos y los caminos y los ríos y las ciudades borradas por las nubes, cinceladas por las lluvias, brillando como piedras preciosas bajo el sol triunfante del día tiene que ser, me he dicho decenas de veces, la misma en la que se ven *de verdad* a cientos o miles de metros de altitud. En mis vuelos no siempre he avizorado este territorio. He pasado a menudo sobre ciudades que no existen en ningún lugar de nuestro mundo, con edificios amarillos, adornados de manera excesiva y barroca, con el frenesí de las muchedumbres en los amplios bulevares y una aglomeración de vehículos extraños, algunos de ellos flotando en el vacío, completamente desconocidos en la tierra. Pero de vuelos y Levitaciones diré muchas más cosas a lo largo de este texto.

Al cabo de unos días:

Esta noche, levitación sobre Bucarest, con una sensación de volar

absolutamente natural.

Pero luego, el 5 de julio de 1976, apuntaba aterrorizado:

> Una pesadilla que se repite últimamente, tan real como si estuviera con los ojos abiertos. Estoy en mi habitación, a oscuras. Por la ventana se ve el cielo violeta, cuajado de estrellas. De repente oigo un ruido cortante, oscilante, que se amplifica hasta la locura, hasta un terror que casi me hace añicos la cabeza. Soy arrastrado fuera de la cama por una fuerza inmaterial, con mantas y sábanas y todo, y me golpean violentamente contra el armario. Deambulo un rato por la casa sombría, cada mueble está en su sitio, y luego regreso a la cama y solo entonces me despierto, boca arriba, con una conciencia en extremo aguda de todo lo que ha sucedido. La sensación es, simplemente, la de haber deambulado de verdad en sueños por la casa.

Y dos semanas después:

> Debo anotar otro ataque de pavor la noche pasada. Exactamente el mismo guión. Me he despertado (como de costumbre, tras un falso despertar) boca arriba, en una posición hierática, de muerto.

Llevo toda la vida durmiendo en la misma posición. Así me acuesto y así me despierto: boca abajo, con la cabeza hacia la derecha, hundida en la almohada, y todo el cuerpo envuelto en las sábanas hasta la cabeza, con un pequeño hueco para poder respirar. Los únicos momentos en los que me he despertado acostado boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho, han sido después de estas «pesadillas». Cómo podría olvidar la sensación de que de repente te agarren de los pies, te saquen de la cama y te arrastren por la alfombra, te golpeen contra la pared opuesta, de que tu último recuerdo sea cómo yaces ahí, casi soñador, en cualquier caso tranquilo y carente de voluntad, como a la espera de que suceda algo que despierte tu curiosidad. Y luego una banda de oscuridad, el vacío abisal de la memoria, el deambular sin sentido por las habitaciones desiertas, un nuevo blanco, el despertar en la posición de un cadáver en el catafalco, el miedo…

> Tengo que apuntar también los sueños completamente extraños en los que me invade una recua de seres monstruosos, de enanos de cabezas enormes…

Este sueño se repitió después cada vez con más frecuencia. Como nosotros vivíamos junto al Circo Nacional, solía cruzarme a menudo con los enanos que trabajaban allí, paseando solos o por parejas por la Alameda del Circo o haciendo las

compras en las tiendas cercanas. «No los mires —me decía mi madre—, que no se sientan mal, pobrecillos…». Pero yo no podía evitar contemplarlos. ¡Qué raros eran! Cabezas de adultos, sin nada especial, tal vez una frente un poco más abombada, por lo demás gente como todos los demás, pero con esas cabezas directamente colocadas, sin cuello, sobre unos cuerpecillos lisiados de niño, con piernas y brazos cortos, y a veces con seis o siete dedos en las manos… ¿Por qué me visitaban en mis sueños de adolescente, por qué me despertaba con ellos en la habitación mientras, en sueños, les ofrecía mi mente vulnerable, sin corteza ni caparazón, como ese erizo arrojado al agua que deja su vientre blando al alcance de los colmillos del zorro?

De los sueños del año siguiente he seleccionado unos cuantos que me han parecido (pero ¿qué derecho tengo yo a seleccionar?) más extraños y más típicos del mundo que se hunde, como un sello, en mi sueño:

> … y, puesto que viene al caso, esta noche he soñado, una vez más después de unos cuantos meses, que podía mover los objetos tan solo concentrándome. Y, al igual que la vez pasada, el sueño era de una concreción extraordinaria, me sabía despierto, no tenía la menor duda. Era feliz por haber descubierto un poder tan fascinante: la telequinesia…

He soñado esto decenas de ocasiones, con distintas variantes, y creo que es uno de los sueños más agradables que he tenido. Pocas veces me siento más orgulloso y más contento que cuanto eso pasa. Sucede siempre igual: contemplo un objeto, habitualmente no demasiado grande, del tamaño de una pelota de tenis, y me concentro con todas mis fuerzas en un punto entre mis ojos, como si se creara ahí un potente vacío capaz de absorber las cosas como una aspiradora. No tengo que pensar en nada, al igual que, si quiero mover un dedo, no es necesario decirle «¡muévete!», sino que me limito a moverlo, como si la orden y la ejecución se fundieran en un solo proceso. Y entonces la bola de papel, o la taza, o cualquier otro objeto *venía*, a sal ti tos sucesivos, hacia mí. Mi concentración no era dolorosa, sino poderosa y tranquila, como si entre los ojos tuviera entonces el grano de mostaza de una fe sin fisuras, suficiente para decirle a la montaña que se arrojase al mar.

Anoté después un pequeño fragmento que no es un sueño, sino un texto escrito una noche en una especie de trance, después de que Irina se hubiera marchado, dejándome extenuado, desnudo en la cama en la que me había susurrado al oído, en una oscuridad absoluta, sus sombrías fantasías. Pero no quiero ahora pensar en ellas. Encendí la luz y me dirigí al escritorio, me senté desnudo en la silla y escribí en un trozo de papel aquellas líneas que luego guardé en un cuaderno de exámenes que se encontraba, por casualidad, sobre la mesa. Al día siguiente llevé los exámenes a la clase de sexto y solo más adelante, por la tarde, me acordé del papel. Salí corriendo de la escuela, desesperado como si hubiera sufrido una pérdida terrible, hacia la casa de los Bazavan, el alumno cetrino que había recibido la nota junto con el papelito del

cuaderno. El viejo cojo y sus cuatro chavales estaban en casa, y yo no tuve paciencia para hablar sobre los chicos y las notas con el viejo trabajador que se ocupaba de criar en solitario a sus hijos. Una vez recuperado el papelito, volví a mi casa a todo correr, y solo entonces, ya en el tranvía, lo leí, pues no podía recordar qué decía. Me quedé atónito, con el trozo de papel en la mano. Pensé toda la tarde en lo maravilloso que sería que mi cuaderno de relatos perdido, que solo puedo leer en sueños, apareciera de repente sobre mi mesa…

Cuando sueño, una niña salta de su cama, se dirige a la ventana y, con el rostro pegado al cristal, contempla cómo se pone el sol sobre las casas rosas y amarillas. Vuelve luego el rostro hacia el dormitorio rojo como la sangre y se acurruca de nuevo bajo la sábana húmeda.

Algo, cuando sueño, se acerca a mi cuerpo inmóvil, coge mi cabeza entre las manos y la muerde como si fuera un fruto transparente. Abro los ojos pero no me atrevo a moverme. Salto bruscamente de la cama y me dirijo a la ventana. Todo el cielo es solo estrellas.

Y el 11 de marzo de ese mismo año:

Estaba hablando con alguien y de repente siento una amenaza en el aire. Toda la gente echa a correr hacia un pasaje subterráneo. Es el refugio nuclear. En cuanto llego hasta allí me tumbo boca abajo, porque he sentido dos fuertes explosiones que han hecho temblar todo el refugio. Cuando levanto la frente, estoy en el suelo y, en el horizonte, en la oscuridad de la noche, se ven las crestas de unos árboles negros. «¡Mira, han salido dos soles negros! ¡Que son tres!», decía la gente. Miro y veo, ciertamente, dos, luego cinco o seis soles claros y rojos, como salen al alba. Uno de ellos se acerca a nosotros. Es una esfera transparente en la que se apretujan cinco enanos apesadumbrados con caras de niño.

Antes de haber oído hablar, tal vez, de bombas nucleares, hacia los nueve o diez años, creo, tuve unos sueños que se repetían de forma idéntica. En ellos me encontraba siempre en una tienda grande, de ropa, de las pocas que había por aquel entonces en la ciudad (Victoria, Vulturul de Mare[16], Bucureşti). Subía en ascensores de cristal a pisos siempre diferentes, llenos de perchas de las que colgaban vestidos, trajes, camisas, todo floreado y vaporoso. Entre ellos se extendían unos pasillos estrechos, una especie de laberinto en el que te podías perder fácilmente. El ascensor interior me llevaba despacio hacia unos rellanos situados cada vez más arriba en torno a un hueco central. Hacia allí conducían también unas escaleras automáticas — estoy seguro de que no las había visto nunca, no sabía que existieran en realidad, pues

me parecían unas maravillosas fantasías de mi mente—. Yo lo contemplaba todo a través de sus paredes de vidrio transparente, cuando de repente, por las ventanas de la tienda, veo una especie de hongo rojo, provocado por una explosión, a lo lejos, en la zona centro de la ciudad. Toda la gente huye enloquecida, bajo también yo deprisa y salgo de la tienda, corro por las calles mientras, a nuestras espaldas, el hongo crece cada vez más, a punto de alcanzarnos.

> Tras un sueño en cierto modo erótico, esta noche ha seguido otro en el que parecía retomarse el sueño relatado en «Quimera», algo que me producía el horror sagrado al cumplimiento de una profecía. Este horror ha crecido de repente, extendiéndose hacia el infinito, junto con ese pitido amarillo-dorado, insoportable, en las sienes. Naturalmente, me he despertado boca arriba. No sé qué pueden ser estos estados de terror más allá de todo límite.

Y ese mismo día:

> Sueño toda la noche con naves extrañas. Aparecen siempre sobre el Molino Dâmboviţa.

Ya no me quedan fuerzas para comentar, ahora, estos fragmentos. Son casi las cuatro de la madrugada y a las ocho tengo que estar en la escuela. Retomaré la transcripción del diario el próximo día, con la mente algo más lúcida, espero. Ahora solo puedo confirmar mi sentimiento de que ahí hay algo, de que los sueños que he elegido entre los centenares anotados en estos cuadernos ya estropeados y polvorientos se han elegido, de hecho, a sí mismos, y de que necesitan toda mi atención. Me he preguntado siempre si la vida interior de la gente es tan agotadoramente complicada como la mía, si todo el mundo está colocado, como un ratoncillo blanco, en el centro de una mente laberíntica por la que debe realizar un trayecto, uno solo, el verdadero, descartando todos los demás, que conducen a trampas inextricables.

Capítulo 22

HAY tres profesores de Matemáticas en la escuela. La señora Bâjenaru, una mujer apagada, demacrada, de labios delgados, no destaca más que por una ptosis en el párpado derecho que le confiere un aire taimado poco creíble. La otra, Florabela, es, por el contrario, todo un fuego artificial: grande, pelirroja, rebosante de vitalidad, oro y pecas, es la diosa absoluta de la escuela. Incluso las profesoras que se ponen verdes de envidia al contemplar su juventud la quieren como a una hija, porque es buena y generosa, y la escuela, sombría como es, se estremece ante el tintineo continuo de sus pendientes y de sus carcajadas. Pero también ante sus gritos histéricos durante las horas de clase. Pocas veces ha habido alguien que grite tanto a los alumnos, y pocas veces han permanecido los alumnos más impasibles. Florabela baila ante los alumnos despidiendo rayos por las manos: grande y sinuosa como una diosa india, sus arrebatos de furia resultan tan decorativos como su boca de un rojo sanguíneo en su maquillado rostro, su melena flota en el aire verdoso de la clase como las largas melenas de las medusas venenosas. Florabela arroja sobre la pizarra series de fracciones, denominadores y paréntesis, luego se vuelve bruscamente, triunfante, hacia los treinta gnomos, empequeñecidos más aún por su estatura, abre la boca y chilla, lanza un grito agudo e intenso. Y cuando grita se pueden ver sus dientes perfectos, sus amígdalas y su campanilla, se convierte en una de esas divas de la Scala, petrificada en su esplendor cuando alcanza la nota más alta. Los alumnos hunden la cabeza entre los hombros, pero sonríen, pues esta soberbia mujer provoca en ellos una marea de deseo oscuro, el tintineo de sus grandes pendientes redondos estimula más su pituitaria y sus gónadas cuanto más inhibe la función taxonómica del hemisferio derecho. La pizarra negra detrás de los vestidos siempre elegantes y sofisticados que Florabela cambia como si fueran pañuelos, se llena de números, pero a la vez es como si permaneciera negra y limpia hasta el final, porque la profesora es tan intensa que se proyecta sobre un vacío luminoso que borra todo rastro de signo o contorno. Los chavales no aprenden ni una pizca de matemáticas, pero se la aprenden a ella. Las chicas se esforzarán por ser como ella, enormes, pecosas y de boca grande; los chicos buscarán novias que les saquen una cabeza y soñarán con el fuego rojo de un pubis inaccesible.

A ningún hombre se le pasaba por la cabeza acercarse a ella. Su estatura de jugadora de baloncesto y sus gritos de Krimilda les inspiraban cierto temor. A su lado, ellos parecían lívidos e impotentes, y así debían de ser también en la cama con semejante hoguera entre los brazos. Al contemplar a Florabela caminando por el pasillo, en los recreos, entre críos que hacían un ruido indescriptible, solo podía pensar en la Venus de lile subiendo la escalera que crujía bajo sus pasos de bronce,

hacia la habitación nupcial en la que dos pobres mortales vivían su último instante de felicidad. No podías desear a una hembra semejante, solo podías respirar resignado las feromonas que brotaban de ella como una luz ámbar y seguir tu camino, con tu amargada existencia en el cuenco de las manos, como el macho de la mantis que sabe que no puede escapar con vida de los brazos en posición de rezo de la estatuaria, enigmática hembra.

Y también estaba, finalmente, Goia, al que me había acercado mucho más en estos últimos años porque, aunque retraído y torpe, debido tal vez a su rostro mutilado o a una severa inadaptación social, sentía una pasión especial y contagiosa por la asignatura que impartía. Muchas veces, después de las clases, o durante el verano, cuando íbamos a la escuela para supervisar la limpieza de las aulas, los pasillos y los cristales y el pintado de las paredes, nos sentábamos en los escalones de la entrada y charlábamos. Tiene una voz apagada, casi inaudible, monótona, que resultaría adormecedora si no fuera por la meticulosidad y el ardor casi maniático con el que habla de todo lo relacionado con lo único que le ha interesado en la vida: las Matemáticas. Desde niño había trabado amistad con los números, y no con otros niños. Las cifras tenían para él forma, sabor, olor, textura y personalidad. Cada una se combinaba con las demás según unas afinidades subterráneas que Goia no había sabido explicarme, pero que yo sentía claramente, como sientes la resistencia del aire o la gravedad. Después se había hecho amigo de los matemáticos ilustres, conocía al dedillo la vida de cada uno de ellos, la historia de las Matemáticas se desarrollaba ante él con sus decenas de miles de influencias, interrelaciones, ideas olvidadas durante siglos y reencontradas después, errores y revelaciones, impases y soluciones orgásmicas, con una grandeza que solo podían igualar el nacimiento del universo o la evolución de las especies. Me hablaba sobre sus matemáticos favoritos, Galois, Cantor, Abel o Gödel, sobre el enigmático Bourbaki, sobre el teorema de Fermat y la matemática de las ecuaciones no lineales, sobre René Thom y Mandelbrot, los fractales y la banda de Möbius, dibujando en el aire cada vez más ocre, con sus largos dedos de unos veinte centímetros, figuras en dos y tres dimensiones, así como figuras paradójicas e imposibles que solo podías visualizar si estabas familiarizado con la representación de la cuarta dimensión. Goia me prestó el primer tratado de Topología que he leído nunca (saltándome las ecuaciones y exprimiendo, de unas páginas aparentemente áridas, la intensa poesía de la geometría de la página de goma) y también gracias a él descubrí ciertos jugosos detalles —que me hicieron sobresaltarme como ante una de esas coincidencias que desafían lo aleatorio de la vida— sobre George Boole y su sorprendente familia, a la que pertenecía, naturalmente, la escritora que me llevó a humedecer por primera vez las páginas de un libro, Ethel Lilian Voynich. Su historia ha quedado grabada en lo más profundo de mi memoria.

George Boole, al parecer, sería el primero de un prodigioso linaje que más adelante se revelaría tan rico en mentes portentosas como el árbol genealógico

cargado de talento de Bach. Pero ¿quién puede afirmar que unos individuos de origen modesto y sin estudios tan deslumbrantes como Boole, como Newton, como Tesla, como Einstein o como Da Vinci, no cuentan entre sus miles de antepasados, quién sabe cuándo, en la raíz de su milagrosa especie, con un Bezaleel al que Dios transformó, en un abrir y cerrar de ojos, de un judío cualquiera en un inventor capaz de construir el gran templo? La madre de Tesla, una simple ama de casa croata, podía hacer tres nudos en una pestaña e inventó de la nada un molinillo con complicadas palancas de madera, con engranajes de ruedas dentadas y una cuerda gruesa que transmitía el movimiento. También Boole procedía de un entorno social que no prometía gran cosa en el plano intelectual. Su padre remendaba los zapatos desgastados de sus vecinos de Lincoln. El futuro reformador de la Lógica y la Matemática recibió una educación mediocre, limitada a unos pocos cursos en una escuela de comercio. A pesar de todo (creo que incluso aunque se hubiera dedicado a cuidar cabras en el campo), llegaría finalmente a esos libros que su mente, orientada desde el principio hacia el pensamiento abstracto como la aguja de la brújula hacia el norte, añoraba con tanta ansiedad que, si no hubieran existido, él mismo habría escrito: *Mecánica celeste,* de Laplace, y *Mecánica analítica,* de Lagrange. Siguiendo la línea de pensamiento que descubrió en ellos, Boole desarrollaría en las décadas posteriores los métodos simbólicos que hicieron de la Lógica una rama de las Matemáticas (o puede que sea incluso al revés) y que constituyen los fundamentos del álgebra moderna superior. El álgebra booleana, desarrollada a mediados del siglo XIX, abrió todos los caminos de las Matemáticas del siglo siguiente a través de la formalización que Boole trajo a las operaciones del lenguaje matemático. En su *Investigación sobre las leyes del pensamiento,* Boole revolucionó la Lógica de una forma tan radical que tuvieron que pasar varias décadas para que pudiera ser comprendida. Frege y Wittgenstein no habrían existido sin las *Leyes del pensamiento* que este hombre con tan poca instrucción, este autodidacta prodigioso, semejante a Newton, expuso con tanto rigor.

Un año después de la publicación de este texto crucial, a la edad de treinta y nueve años, Boole contrajo matrimonio con una mujer igualmente dotada a su manera, Mary Everest. Su tío era el coronel George Everest, coordinador del *Gran catastro trigonométrico de la India* mientras vivía al norte de Nepal y el que dio nombre a la montaña más alta del planeta. Mary tenía veintitrés años cuando se casó con Boole, con el que vivió diez años hasta que este falleció a causa de una neumonía contraída cuando acudía a impartir una conferencia, calado hasta los huesos, tras una lluvia torrencial. Durante este período ella dio a luz a cinco hijas. Cada una de las hermanas Boole destacó en un ámbito del conocimiento, al igual que su madre, que se convertiría en matemática autodidacta y bibliotecaria del Queen’s College de Londres, adonde se trasladó tras la muerte de su esposo.

Mary Boole, una figura anodina tocada con una cofia victoriana, tal y como aparecía en la imagen que se ofrecía de ella en una historia de las Matemáticas que

me prestó más adelante Goia, fue de hecho una excéntrica, una entusiasta, una mujer llena de vida y de sensualidad, pues nada pervierte más la imagen de una persona que una fotografía o un grabado. Los esposos Boole debieron de amarse apasionada y frecuentemente pues, cada dos años, con una regularidad geométrica, les nacía una hijita. Es difícil imaginar en la cama no solo a Boole, sino a cualquiera de los hombres ilustres del siglo XIX, con su grave aire patriarcal, con sus barbas y bigotes curiosamente arreglados, con los ojos clavados en el horizonte del progreso continuo e irreductible. ¿Cómo acariciarían a sus esposas? ¿Con qué gestos de amor responderían ellas cuando, en el dormitorio, se despojaban no solo de la ropa, sino también de la honorabilidad y del pudor absurdo que las encorsetaban? ¿O los conservaban en la cama junto con los camisones que tampoco se quitaban? ¿Sería acaso la resistencia sonrojada de la compañera de vida, su timidez casi virginal, la violación de la gracia femenina por una barriga peluda, el encanto grotesco del sexo en ese siglo? El sexo era demoníaco y, sin embargo, tenía lugar en secreto, a medianoche, entre la vergüenza y el sentimiento de culpa. Las mujeres se escondían en cuanto se quedaban embarazadas, pues el crecimiento del vientre era la prueba de la fornicación, de los deseos, del hecho de que unos pocos meses antes esa madre de familia que les leía a todos por las tardes, junto a la chimenea, historietas moralizantes, que no se separaba del bastidor en el que bordaba ingenuas imágenes de mariposas y flores, que no faltaba a la misa dominical, se había abierto obscenamente de piernas ante un hombre, se había dejado penetrar por su desagradable falo y tal vez, horror, hasta lo había disfrutado… Pero este no podía ser el caso de la familia Boole porque, al fin y al cabo, ni siquiera la horrible época victoriana produjo únicamente fariseos. Lo cierto es que la señora Boole siguió siendo, tras la muerte de su esposo, una mujer sensual, pero sublimó sus impulsos en una serie de textos dispuestos de una forma caprichosa, como una manta elaborada con decenas de remiendos de materiales y estampados diferentes. Aplicó las matemáticas al bastidor, lo que permitió a esa mujer joven entender nociones geométricas avanzadas a través del tejido de curvas en el cañamazo y a través de la construcción, con hilos de distintos colores, de unas figuras sofisticadas: escribió *Filosofía y entretenimiento del álgebra*, intentó expresar las emociones y la subjetividad de las vivencias con símbolos abstractos. Feminizó la aridez, llevó el mundo de su esposo al de las ninfas aladas, de un dedo de altura, que habían invadido la época. Esta viuda vivió cincuenta años más, crío a sus hijas en el espíritu liberal-fantástico-espiritualista que produciría (gracias a un injerto providencial) unos frutos de lo más exóticos.

No habría escrito nada aquí sobre la familia Boole, sobre cómo hacían las matemáticas y el amor. Ni siquiera el hecho de que su hija pequeña llegara a ser revolucionaria, atea y una autora célebre en la Unión Soviética es una justificación, incluso aunque su ópera prima fuera asimismo el primer libro que atrajo mi atención. Pero sin esta historia de un siglo absurdo y oscuro (y, sin embargo, fascinante por su

ingenuidad mecánica) no habría llegado yo al núcleo más precioso de estas páginas, a su enigma y al del mundo. Porque, hace ya unos cuantos años, cuando entablé conversación con Goia por primera vez, en las escaleras recalentadas por el sol de la entrada de la escuela, intuí que en la historia de George Boole (o en la de Ethel Lilian Voynich, o en la confluencia de ambas) empezaba a configurarse algo, algo que llevaba mucho tiempo buscando, al igual que, cuando vuelves en ti tras una poderosa conmoción, la imagen que tienes ante los ojos se aclara poco a poco. A lo largo de estos años he podido ver cómo a la historia iniciada en el sexto curso, cuando leí, sin saber qué estaba leyendo, *El Tábano*, se le añadían, por todas partes, más y más hilos de colores, como en el bastidor de Mary Boole, unidos por una curva amplia, lenta, apacible, pero que se alejaba de manera asintótica e inevitable hacia el absoluto. Cada hilo provocaba en mí un asombro y unas expectativas mayores. Noche tras noche, levitando sobre mi cama, con los libros flotando a mi alrededor como en la cabina de una nave espacial, leí sobre Boole, sobre Lewis Carroll, sobre Edwin Abbott y sobre todo aquello que les rodeaba, con la sensación de estar acercándome lentamente a algo o a alguien que todavía, para mi frustración, se me ocultaba. Si existen señales, si un imposible vecino de celda (pues al otro lado del muro solo están el abismo y el mar) empieza a golpear la pared para comunicarte, con medias lunas, ruedas dentadas, triángulos y cruces, un plan de huida, si la vida es un test de perspicacia o —tal vez sea las dos cosas a la vez— de personalidad (dibuja un árbol; dibuja una persona; organiza los dibujos según la secuencia de los hechos; interpreta las mariposas multicolores desperdigadas por la página), esas señales deben de aparecer probablemente donde menos te lo esperas, heteróclitas y alusivas al principio, haciéndote dudar no de ellas, sino de ti mismo, consiguiendo que te avergüences de tu propia paranoia y que procures olvidarla, que regreses a la penetrante conspiración de la normalidad. Solo que no puedes dormir por culpa de los golpeteos en la pared, y la privación del sueño conduce a las alucinaciones y la locura y, por fin, de forma inevitable, a la ilusión de unos martilleos en la pared. Y así hasta que el metrónomo se detiene y tú no has logrado dar todavía una respuesta. Nadie juega de buena gana a este juego. No lo eliges, sino que eres elegido por él. No lo buscas tú, sino que eres tú el buscado.

En consecuencia, continué avanzando por el hilo de la araña, por los cabos de ese hilo que la casualidad había colocado ante mí, siguiéndolos con el dedo hasta el punto en el que se unían nudo a nudo, tal y como en mi infancia ataba yo decenas de cuerdas en todos los picaportes, con muchos y complicados nudos, para que mi madre no pudiera tener otro hijo. A continuación contemplé con toda mi atención cada uno de los nudos, como si les aplicara una lupa deslumbrante, para estudiar cómo se entretejían aquellos bucles de colores y texturas y grosores distintos, con la esperanza de que fueran las letras de un alfabeto desconocido, porque de la primera pregunta —¿son o no son señales?— dependía mi búsqueda, sin que la respuesta fuera también la solución. Porque habría sido (y es) terrorífico descubrir que sí, que por todas partes

hay señales que me requieren, que gritan para que las descifre, pero que mi mente, el ganglio protegido por el tejido óseo, no es capaz de unir de forma coherente y, menos aún, como un túnel o una escapatoria. No he vivido en vano, me digo a cada instante de mi vida, por no haberme convertido en escritor, por ser un pobre profesor de Lengua Rumana, por no tener familia ni dinero ni fama en este mundo, o por vivir y morir entre ruinas, en la ciudad más triste sobre la faz de la tierra. Sino porque me hicieron una pregunta para la cual no he hallado respuesta, porque pedí y no se me concedió, llamé y no me abrieron, busqué y no encontré. He aquí el fracaso que me aterroriza.

Capítulo 23

TENÍA cinco años y tres meses cuando, en un otoño húmedo y brumoso, nos mudamos al bloque de Ştefan cel Mare. Había crecido y debía cambiar mi concha por otra más espaciosa, del mismo modo que el cráneo que albergaba el pomelo tierno de mi mente se había ensanchado para que pudieran caber mis recuerdos y mis deseos. Recuerdo cómo el bloque de ocho portales quedaba a un lado, en medio de una niebla espesa, como una ballena encallada en la orilla, con la piel igualmente cenicienta, con el mismo número de cicatrices de antiguas reyertas. Por delante pasaban, provocando un ruido ensordecedor, los atolondrados tranvías de la época, de chapa ordinaria, con un interior de madera pulida y escalerillas que se levantaban con brusquedad, traqueteando y atrapando en muchas ocasiones el pie de algún que otro viajero despistado. Mi padre me había llevado unas cuantas veces al Museo del Tranvía, instalado en unas cocheras desmanteladas que había por la zona de Predoleanu. Allí vi, por primera vez, en una estantería, una hilera de pies, seccionados a la altura del tobillo, de los pobres desgraciados a los que había atrapado aquella escalerilla carnívora. Vi asimismo dedos, algunos incluso con alianzas, amputados por las puertas correderas de los vagones, fabricadas de una manera tan inhumana que aplastaban a los que se lanzaban en el último momento al vagón abarrotado. Cuántas veces, cuando era niño, habré oído, al viajar en tranvía, un alarido terrible cerca de la puerta delantera, cuántas veces habré descubierto, justo después, por la ventana, perfilada sobre los montones de nieve, a una mujer, con la cabeza cubierta con un pañuelo, que, llorando y gimiendo, sujetaba contra el pecho un dedo ensangrentado. Los tranvías iban por lo general tan llenos que, por mucho que me protegiera mi madre, que empujaba con todas sus fuerzas para hacerme un hueco y que pudiera al menos respirar, mi cara acababa aplastada contra los traseros y las caderas de los adultos. Cuando llegaba el tranvía, los viajeros se pisoteaban en las paradas, se aferraban como ahogados a las barras de las puertas, se empujaban como animales. El tranvía tocaba la campana desesperado, saltaban chispazos del trole, el conductor a duras penas conseguía mover la palanca de latón, apretujado también él por el gentío y, al final, el trasto de chapa echaba a andar, con las ventanas zumbando, repleto de gente agarrada a las puertas y a los topes, como una abeja invadida por los parásitos.

Detrás de nuestro bloque se encontraba el Molino Dâmboviţa, un monstruo de ladrillo que clavaba sus frontones en el cielo y que producía un ruido continuo, más ensordecedor aún que el de los tranvías. Allí, en aquel apartamento de tres habitaciones del quinto piso, pasé la mayor parte de mi infancia, así como toda mi adolescencia de fantaseador y de esquizofrénico, solo como no lo ha estado jamás ninguna otra criatura de este mundo. De ese primer otoño no recuerdo sino una bruma

helada que se extendía por todo un espacio vacío y ceniciento. Nuestro bloque estaba aislado en mitad de unos descampados inmensos. No existían aún ni la Alameda del Circo ni los edificios del otro lado de la calle y, de hecho, el nuestro conservaba aún los andamios en la fachada de la parte trasera. Era el otoño de 1961. Un año antes habían construido, en medio de la nada, el Circo Nacional, un improbable platillo volador posado junto a Tonola, el infame vertedero de basura. Los primeros días lo rodeé agarrado de la mano de mi madre, lamidos por la niebla. Desde abajo no alcanzábamos a ver la cúpula ondulada y las ventanas en forma de prisma de aquella enorme mole que llegaría a cobrar tanta importancia para mí más adelante, porque el mundo estridente y emocional del circo, con sus focos con filtros de colores y las lentejuelas de los trajes de las amazonas y los reflejos de las llamas en la piel de las panteras al saltar a través de aros de fuego, ha quedado grabado para siempre en mi recuerdo como un mundo circular, una mónada sin relación con la mísera conspiración de la realidad. También yo lloré, sentado en las gradas, al ver a la amazona triunfante, con los pechos desnudos y el cabello teñido de un millón de colores, Semíramis de la ilusión, efeméride de la eternidad, dando vueltas en la arena ante unos espectadores lívidos e impersonales como unos insectos gigantescos. Vi también el circo de las pulgas, y contemplé las contorsiones increíbles del Hombre Serpiente. Detrás del Circo estaban los carromatos de los artistas, sus hijos iban a la escuela en la que, dos años después de aquellos paseos entre la niebla, entraría también yo en el primer curso. Entonces compartí mi clase con unos compañeros que por las tardes, en el circo, hacían juegos malabares con bolas de colores o con antorchas en llamas, que saltaban desde el trapecio sobre los hombros de un hermano mayor, instalado a su vez sobre los hombros de su padre, instalado a su vez sobre los hombros hercúleos del abuelo con bigotes de pirata, que le robaban la armónica al payaso y se la escondían en una caja envuelta en papel rosa, de seda. Sin embargo, en el aula eran como los demás niños, con sus delantalitos a cuadros y su corbata al cuello, que les hacía parecerse ellos mismos a una especie de payasos sin alegría.

Porque, ciertamente, si pienso en mis primeros años escolares, me vienen de inmediato a la cabeza tres filas de pequeños payasos tristes, sentados en pupitres garabateados con tinta, manchados asimismo de tinta hasta los ojos por culpa de los portaplumas con las plumillas deformadas y de aquellos tinteros que se volcaban sin cesar en los viejísimos pupitres, destrozados, de las siniestras aulas en las que estudiábamos. Pero aun así, este baño en líquido azul no parecía convencer del todo a los educadores porque, cada dos por tres, nos llevaban a la consulta del médico donde, ante el más mínimo síntoma de resfriado, nos embadurnaban la garganta (pero también la lengua y los labios y los granitos de la cara) con azul de metileno. Así que, llenos de manchas tanto por dentro como por fuera —por arriba nos cortaban el pelo al cero si encontraban piojos—, llegábamos a parecemos a los alumnos de Makarenko, guiados por la famosa sentencia: «¿No sabes? Te enseñamos. ¿No puedes? Te ayudamos. ¿No quieres? Te obligamos». Nosotros tampoco queríamos, de

modo que nuestra maestra, una vieja gibosa, siempre con conejitos y zanahorias de cartón entre las manos, nos obligaba cada día a salir avergonzados de nosotros mismos. De los primeros días de clase solo conservo apenas unos pocos recuerdos:

A las ocho de la mañana es todavía de noche y a través de las ventanas del aula veo nevar oblicua y densamente. La maestra lee un libro, pero hace rato que yo no la sigo, pues mientras miro por la ventana de repente tengo la impresión de que toda la clase ha salido volando en diagonal hacia arriba a gran velocidad, por un aire negro en el que los copos brillantes permanecen inmóviles.

Es todavía invierno, es todavía de noche y las bombillas del techo están encendidas. La clase brilla bajo su luz amarilla. Miro a mis compañeros a través de la regla de plástico y los veo rodeados por arcoíris gruesos, elásticos, siempre cambiantes.

Recorto verduras y frutas en un papel brillante, de diferentes colores, que huele curiosamente a tinta fresca. Pego luego, con cola, las siluetas del pepino, el tomate, las uvas, la manzana, la pera o la naranja en una lámina blanca, granulada, de mi cuaderno de dibujo.

Escribo en la pizarra y, sin querer, las letras suben, se dirigen hacia la lejana esquina de la parte derecha del tablero. Al poco, la mano con la tiza se desliza sobre la cabeza, luego me tengo que poner de puntillas y finalmente me estiro todo lo que puedo, hasta que me crujen los huesos, para poder continuar con la serie de palabras. La tiza se me cae de la mano antes de que haya podido acabar la línea.

Durante el recreo desenvuelvo, sobre el pupitre sucio y garabateado, el paquetito que me prepara mi madre cada día: dos rebanadas de pan con queso y salchichón y un racimo de uvas grandes, verdes, húmedas, en una bolsita de plástico. Las uvas me las como fuera, en el patio, donde decenas de niños corretean como locos. Yo permanezco solo en un rincón al que no llega el sol y, uva a uva, engullo todo el racimo mientras contemplo el bullicio de los que han salido al recreo.

No existo, no tengo personalidad, no sé quién soy. Cuando entra la maestra con sus conejitos de cartón, muchos niños se levantan del pupitre y la abrazan, la acarician, la miman. Yo no lo hago, soy frío y distante. De hecho, ni siquiera la miro, como tampoco miro a mis compañeros, como tampoco me miro a mí mismo en el espejo (cuando lo hice por primera vez, dos años más tarde, no me reconocí). Vivo en un mundo de contornos de colores, de olores extraños. Ni siquiera estoy aferrado a mis propios padres, no los abrazo y no los beso. «Vas a perderte muchas cosas en la vida si eres tan *desagradable*», me dice mi madre dolida, cada vez que intenta acariciarme y yo la rechazo indiferente con un empujón.

Estamos en el recreo (en mi recuerdo, la escuela primaria parece ser tan solo un recreo que se prolonga indefinidamente), permanezco quieto en mi pupitre mientras mis compañeros, con sus camisas y sus pichis de cuadros, saltan sobre los pupitres y se lanzan gomas, cuando de repente siento algo encima de la cabeza. Levanto la vista y veo una esfera azul, más grande que los globos del techo que cuelgan de una

varilla. No está exactamente encima de mi cabeza, sino más bien inclinada hacia la ventana, pero se acerca despacio a mí. Su superficie es lisa, pero no es ni de cristal ni de plástico. No es un balón. Su superficie es impecable, pero el color, aquel azul pálido y sin embargo intenso, me emociona de repente, algo que tampoco resulta sorprendente, pues todos los colores me impresionan poderosamente, desde los del estaño de las chocolatinas hasta los matices carnosos de los jacintos. No puedo pintar ni dibujar porque el rojo, el amarillo, el verde y el marrón de la hoja me llenan de asombro: gritan y queman, llegan hasta lo más profundo de mi conciencia. La esfera desciende despacio, parece de aire, parece pintada con delicadeza en el aire rancio del aula. Nadie más la ve. Miro a mis compañeros, se la enseño también a Mihaela, la empollona de la clase, pero Mihaela no entiende nada de lo que le digo. La esfera se detiene sobre mí, colorea de azul pálido mi rostro vuelto hacia ella, siento su color en la nariz, las mejillas y los labios. Luego desaparece.

Estoy recortado por encima de todo lo que veo, como si un fotógrafo torpe no hubiera enfocado el rostro de la persona retratada, sino el fondo. Pero no es eso. De hecho, yo soy el fondo, soy todo lo que hay a mi alrededor, mientras que es mi silueta la que está recortada. Conservo en la caja de mis tesoros una foto del tercer curso en la que todos estamos sentados ante los pupitres, con el uniforme a cuadros y la corbata roja de pioneros al cuello. Todos tenemos las manos a la espalda. La maestra se encuentra al fondo del aula, con una mano apoyada en mi mesa. Porque yo me siento en la última fila, aunque soy el chico más menudo de la clase. «¡Qué le vamos a hacer, si no le llevamos nunca flores ni caramelos…!», dice mi madre, que no lleva nunca nada por principios y que, aunque es creyente, no va jamás a la iglesia porque su marido es un comunista convencido. Como soy tan pequeño y tan morenito, me veo en la foto de colores borrosos como un punto marrón, sin rasgos. Durante cuatro años fui el tercero en una lista de treinta alumnos, niñas y niños, entre los que no conté nunca con un amigo.

No recuerdo nada más, como tampoco recuerdo cómo construí, con yeso poroso, la serie de vértebras escondidas en la carne de mi espalda.

En el tercer curso me diagnosticaron una enfermedad vergonzosa. Era primavera, estábamos en el segundo trimestre. La enfermera, con la caja de níquel entre las manos, entró en la clase rebosante de luz. Mis compañeros palidecieron de repente porque sabían que a aquella aparición le seguía la vacuna. De vez en cuando nos vacunaban, es decir, nos ponían inyecciones. Tras ellas, el hombro o la pierna se quedaban rígidos y nos dolían muchísimo. Esto no evitaba que los chavales se golpearan sin piedad, unos a otros, en la zona en la que nos habían puesto la vacuna, ni que se persiguieran luego por la clase con la pierna rígida, como si las tuvieran atrapadas en los mecanismos de varillas metálicas de los enfermos de poliomielitis. Otras veces, sobre la marca de los pinchazos, la doctora grababa unas rayas con una aguja al rojo vivo. Todo el mundo tenía en el hombro izquierdo, impreso en la piel, una especie de sello, como si pertenecieran a alguien. Se les veía claramente a los

vecinos que fumaban, en camiseta, en los balcones; o a nuestras madres, cuando se quitaban los floridos albornoces para darse un baño. Ese tipo de vacuna era la más temida, muchos críos se desmayaban cuando se la ponían, porque la aguja enrojecida en el hornillo de alcohol se tornaba anaranjada, semitransparente, ya no tenía nada metálico, parecía fabricada tan solo de sufrimiento puro, diabólico, como llegado de otro mundo. Cuando rozaba la piel ya inflamada, la superficie húmeda crujía, salía humo y un olor a carne de cerdo frita en la sartén inundaba tus fosas nasales. Por supuesto, había también vacunas ligeras, las del terroncito de azúcar: una pipeta dejaba caer una gota pegajosa y rosa sobre los cristalitos prensados, nosotros hacíamos cola y, ante la enfermera, sacábamos la lengua y recibíamos aquel postre que se derretía luego, como un bombón, en nuestra boca. En la terrible pobreza de esa época, moríamos por los dulces. Contemplábamos los quioscos de gominolas, chocolatinas Pitic, galletas o bombones deshechos, petrificados, pegados unos a otros como amalgamas geológicas, como si de unos paraísos inalcanzables se tratara, pues todas las plegarias elevadas hacia los dioses de rostros recortados sobre el cielo, con los que caminabas de la mano por la calle, recibían las mismas respuestas: «No tengo dinero, cariño, ¿cómo te lo voy a comprar?» o «No te preocupes, que te lo compro en cuanto cobre papá…». Me moría de felicidad cuando encontraba en el bolso de mi madre, en el que hurgaba en cuanto volvía de hacer la compra, una tableta de glucosa o una caja de calcio granulado de color rosa o azul, asquerosos sucedáneos de los dulces. Los rumiaba, sin embargo, con la desesperación por los glúcidos de mi cuerpecillo, que seguía modelando su forma anémica, azotado por todos los vientos, con comida de mala calidad, agua infestada, leche azulada de tan diluida, pan con salvado y excrementos de ratón, y macarrones más viejos que el mundo.

Aquella mañana de marzo nos sometieron por primera vez al test de la tuberculina. Los repetidores de la clase la conocían, se la habían hecho ya y me dicen que no había sido para tanto. Sí, te pinchaban, pero con un aguijoncito tan pequeño como el de las abejas y solo de manera subcutánea. No dolía demasiado, tampoco se te hinchaba luego. Esperabas tu turno con la manga de la camisa arremangada, te frotaban con alcohol y después te inyectaban bajo la piel un líquido parecido al agua. Podías distinguir incluso la ampollita llena de líquido que se hinchaba mientras la doctora apretaba el pistón. A continuación te ponía de nuevo una bola de algodón azulada sobre la piel y la aguja, sacaba la jeringuilla y te dejaba marchar con el algodón apretado sobre el pinchazo. Lo curioso era que aquella misma noche, en torno al punto que había quedado en la piel del brazo, se insinuaba una zona rosada, difusa al principio, más o menos del tamaño de una moneda de cinco céntimos. Te picaba un poco, casi no la sentías. Te acostabas con el pinchacito en el brazo con la esperanza de que al día siguiente no tendrías nada, pero por la mañana te despertabas con una mancha rosa, del tamaño de un *leu*, por la noche era ya del tamaño de un platillo de té, y además estaba hinchada y brillante. O al menos yo me desperté así aquella mañana que me costará olvidar. La mancha me picaba antes de que me

hubiera despabilado del todo, y creo que me había picado también en sueños. Pero cuando abrí los ojos y miré la cara interna del antebrazo, no di crédito a lo que allí descubrí: era como un pegote de cera sobre mi piel blanca, una especie de estigma de un pasado criminal, como una marca de la vergüenza y de la culpa. No soportaba mirarla más de unos pocos segundos. En la escuela los niños se arremolinaron en torno a mí cuando la enfermera vino a medirnos las manchas con una regla de plástico. En la mayoría de los niños la señal era prácticamente imperceptible, como mucho una bruma rosada, unos granitos anaranjados alrededor del pinchazo. En algunos la mancha tenía un diámetro de un centímetro. La enfermera colocó la regla fría sobre el disco rojo y ardiente de mi piel y apuntó, con gesto grave, algo en su cuaderno. Luego habló con la maestra, que recortaba y coloreaba conejitos en el estrado, y finalmente vinieron ambas hacia mi pupitre. Me sentía agobiado por las decenas de cabezas que se inclinaron sobre mí mientras permanecía en mi asiento con la manga subida y el brazo extendido sobre el pupitre sucio. La mancha latía, monstruosa, en mi brazo, pero al poco sus llamaradas parecieron extenderse en un rubor general, porque me había puesto rojo de pies a cabeza, notaba incluso que lo blanco del ojo se había tornado púrpura de vergüenza. Me habría gustado salir corriendo y esconderme en la primera ratonera que hubiera encontrado. Pero el pelotón de niños, las cabezas amontonadas, los ojos maliciosos y burlones, las bocas abiertas por el asombro y la hilaridad conformaban una espuma inextricable en torno a mí. Me encontraba, de hecho, entre un infinito mar de niños que me rodeaba por arriba, por abajo, por todas partes, sin dejarme escapatoria. Así que cuando sonó el timbre del recreo se desató el verdadero infierno.

Las dos mujeres salieron y se alejaron por el pasillo, y yo quedé a merced de mis compañeros. Quise cubrirme con la manga aquella mancha infame pero los chavales me agarraron y me la subieron a la fuerza, gritándome al oído el mote que escucharía después durante años sin parar: «¡Tí-si-co!». Yo eché a correr, pero esto solo consiguió enardecer más aún al enjambre. Me alcanzaron, me arrinconaron en una esquina de la clase, me arrancaron la manga de la camisa, me sujetaron con fuerza el brazo, con la mancha a la vista, mientras los demás me atenazaban las piernas y el otro brazo. Todas aquellas niñas y aquellos niños, deseosos de ver, una y otra vez, el estigma que me diferenciaba de ellos mismos, aquella rareza que yo habría querido borrar de la faz de la tierra, se habían abalanzado sobre mí. Me había convertido en un tuberculoso, un miserable que podía contagiarles también a ellos, un proscrito al que tenían que expulsar de la clase a toda costa. Alguna que otra niña hacia acopio de todas sus fuerzas para darme un manotazo en la mancha, un compañero al que yo apreciaba me la pisoteaba con la suela del zapato. Yo gritaba y forcejeaba sepultado por ellos, casi asfixiado, cuando sonó el timbre de entrada y la profesora canosa volvió a entrar con su cuaderno debajo del brazo. Los niños se incorporaron y se dirigieron a sus respectivos pupitres, enrojecidos por el esfuerzo y con los ojos brillantes, pero yo me quedé en el suelo, en aquel rincón, acurrucado y bañado en

lágrimas, y así permanecí toda la hora, porque la profesora, que no sentía demasiado cariño por mí, no intentó siquiera consolarme. Me dejó tirado allí, con la manga de la camisa arrancada a mi lado, con el brazo pegado al pecho, como si no existiera o, más bien, como si me hubieran mandado al rincón por quién sabe qué falta.

La prueba de la tuberculina constituyó el suplicio de mi vida en los primeros años escolares. Me la repitieron una semana después, pero solo a mí. Al día siguiente no fui a la escuela. Vagabundeé por la Alameda del Circo, entre los castaños ya plantados. La mano me latía y me picaba mucho más que el primer día. Era un tísico, por mi sangre pululaban millones de bichejos terribles, como los topos pululan por debajo de la tierra. Mi cuerpo estaba lleno de lombrices y de escarabajos y de arañas y de langostas y de pulgas y de caracoles… Todos rumiaban por mis venas, desgarraban mis pulmones, me devoraban por dentro. En casa, mi madre me cogió en brazos y maldijo su suerte porque recordó que, desesperada por no perderme también a mí tras la desaparición de Victor, me alimentó con la leche comprada a un vecino del final de la calle cuando vivíamos en Silistra. El hombre tenía una vaca que sacaba a pastar a charcas cubiertas de algas filamentosas y de abrojos. Seguro que la vaca sufría de tuberculosis, pero ¿qué se le iba a hacer? Así eran aquellos tiempos. La leche embotellada contenía tres partes de agua. En la leche en polvo que dispensaban en las guarderías crecían gorgojos y estaba tan rancia que a veces había que trocearla con un punzón. La gente era pobre, mis padres no habían recibido como regalo de boda ni siquiera una mísera cuchara… ¡Qué época tan deplorable! «No te preocupes, cariño, que vamos al ambulatorio, hablamos con la doctora Vlădescu, que es una señora muy agradable, y nos enteramos de qué hay que hacer. ¿Qué crees, que la gente se muere? Si la gente se muriera de esto, solo habría muertos por todas partes. Tranquilo, que para cuando te cases ya se te habrá pasado, ¡no te preocupes!». En el ambulatorio, sin embargo, mientras mi madre se quedaba sentada ante la consulta en un banco de plástico, yo leía por aburrimiento lo que decían los carteles colgados en las paredes: «Peligros de las enfermedades venéreas» o «La mosca, vector de transmisión de microbios», «Cómo lavar eficazmente las verduras», etc. Encontré también uno sobre la tuberculosis en el que decía que «si se atiende como es debido, el enfermo puede sobrevivir con esta enfermedad incluso veinte años». Me quedé pensativo. Así que eso duraría mi vida: veintiocho años en total. No me parecía exactamente una catástrofe, me quedaba todavía un montón de tiempo, pero comparado con otros que llegaban a los cien… Incluso mis padres habían vivido ya mucho más, pero, claro, ellos no habían tenido unos seres vivos y aterradores en la sangre como yo.

Finalmente la doctora nos hizo pasar y, como de costumbre, me tumbó con la espalda desnuda sobre el frío hule. Me auscultó largo rato con la placa, todavía más fría, del estetoscopio. Echó un vistazo a mi historial médico, ajado, escrito en tinta de diferentes colores, con una caligrafía incomprensible. Me pesó, me midió sobre la báscula blanca, cuyas pesas deslizantes me provocaban tanta fascinación. «A ver,

chaval —me dijo—, ¿por qué no comes? ¿No te da vergüenza que se te marquen así las costillas? Mira, tienes la tripa pegada al espinazo…». «¡Si supiera lo que tengo que pelear con él, señora doctora! No sé qué más prepararle para que coma, él tuerce el morro con todo: esto no, esto tampoco… No sé qué más darle…, ¿la luna? No he visto un melindroso igual». «Aceite de hígado de bacalao, señora, una cucharada al día, que hace milagros. Respecto a la comida, déjelo dos o tres días sin comer nada, ¡ya verá cómo devora incluso manzanas silvestres, como el perro de un ciego! No le haga tantos mimos. El niño tiene que comer lo que le ponga y dar gracias a Dios por que haya algo en la mesa. A partir de ahora sírvale la comida y si al cabo de cinco minutos no la ha comido, la vuelca de nuevo en la cazuela, y esa ha sido la comida por hoy. Que no puede hacer lo que le dé la gana. ¿Me has oído, chaval? Estás hecho un palillo, pero ya verás cómo te ponemos firme…». Salimos del ambulatorio con una receta, me dieron durante una temporada vitamina B Complex, me obligaban a tragar una cucharada de aceite de pescado que me revolvía el estómago, pero las nuevas pruebas de la tuberculina al cabo de dos meses, y luego dos meses más tarde, no mostraron evolución alguna. No fui a la escuela en todo el trimestre, pues amenacé a mis padres con arrojarme al tranvía si me llevaban a clase por la fuerza. La maestra vino varias veces a casa, vinieron también algunos camaradas del partido para hablar con mis padres: el niño no podía quedarse sin recibir educación. Pero en cuanto oía hablar de la escuela corría a mi habitación y me escondía en el baúl de la cama, entre edredones y almohadas que olían levemente a sudor. En vano me prometían que de ahora en adelante los demás niños no me molestarían, que se comportarían conmigo como con cualquier otro compañero, en vano intentaban atraerme hacia aquella clase en la que antaño me habían martirizado. Mi padre, por su parte, con el gesto resuelto de los soldados soviéticos, decidió que era el momento de meterme en vereda, así que un día se quitó el cinturón y me azotó con ganas, y yo no pegué ojo en toda la noche. Más tarde, aquella misma noche, cuando habían terminado la partida de cartas y llevaban ya largo rato dormidos en el sofá plegable del salón, me vestí en silencio y, pasando junto a ellos en la luz azul de la habitación, me dirigí hacia la puerta de la calle. El culo y la espalda me escocían como si la mancha de la tuberculina se hubiera extendido por todo el cuerpo y me hubiera cubierto con su obscenidad. Antes de salir, les dirigí una mirada: como dormían boca arriba, lívidos en la penumbra azulada, parecían dos estatuas, un rey y una reina tumbados en sus sarcófagos en una cripta del fin del mundo. ¿Qué tenía yo que ver con aquellas personas? ¿Por qué vivíamos en la misma casa? ¿Por qué tenía que obedecerles? ¿Por qué tenían un poder tan ilimitado sobre mí? «¡Mecagüen tu madre, que yo te hice y yo te mato!», había gritado mi padre, grande como un titán, levantando por enésima vez el cinturón y dejándolo caer sobre mi espalda y mis muslos. Giré la llave y salí despacito al rellano del quinto piso.

Estaba oscuro y solo se oía el rumor lejano, continuo, del molino que, a excepción de los domingos, hacía vibrar el bloque cada minuto de cada día. El ascensor llevaba

varios días sin funcionar, así que eché a andar escaleras abajo, sujetándome al pasamanos. En algunos rellanos brillaba una bombillita sobre la mirilla de una puerta. Bajo esta luz como de vela se adivinaban las otras tres puertas de entrada, al igual que los tubos que recorrían la pared. Los descansillos eran enormes y estaban extremadamente alejados unos de otros. En el silencio de la noche, en la quietud del aire negro como la obsidiana, parecían una columna de nichos sucesivos, un cementerio vertical que no acababa nunca. Al principio iba contando los pisos, pero al poco un miedo horrible me hizo olvidar no solo el sitio en el que me encontraba, sino también a mí mismo. Corría jadeando y dando gritos escaleras abajo, me tropezaba con los escalones mal numerados, siempre encontraba, en lugar de la salida del portal, más y más pasillos, con puertas extrañas, con placas de metal con nombres desconocidos, con plantas amarilleadas y anémicas. Las cucarachas pululaban, por supuesto, por todas partes, envueltas en su caparazón de quitina. Subían por el marco de las puertas y se arrastraban por el mosaico del suelo. La maestra nos enseñó una vez una polilla que acababa de aterrizar en la ventana soleada del aula: «Niños —nos dijo—, los insectos son seres vivos como nosotros. En su cuerpo hay todo lo que hay también en el nuestro: carne, sangre, órganos blandos… Solo que ellos tienen el cuerpo recubierto de una sustancia dura y casi transparente, como nuestras uñas». Entonces, en clase, mientras mis compañeros sumaban con palotes de plástico, me paralizó la idea de que habría podido nacer revestido por completo de una uña grande y ancha, cenicienta, producida por mi cuerpo tal y como me crecían las uñas de las manos y de los pies. «Vamos, quítate los calcetines que voy a cortártelas. Hace tanto que no ven las tijeras que se han convertido en garras». Y mi madre recortaba las curiosas coronitas sobre los dedos, en forma de luna, de hoces delgadas, de cuernos de vaca… Yo jugaba con ellas, probaba su elasticidad y transparencia, pensaba que hasta hace bien poco habían sido trozos de mi cuerpecito. «Mira cuántas son y qué gordas… Hasta podemos preparar un guiso con ellas…». La idea de que me podrían haber encerrado en una armadura de uña, de que al rozar cualquier parte de la cara o del cuerpo me podría haber encontrado con una uña brillante, continua, con curiosas ondulaciones y orificios, me obligaba a cerrar los ojos y a espantar, con las manos, esa siniestra quimera, tal y como hacía cuando me imaginaba que masticaba papel o que una cuchilla de afeitar de mi padre me sajaba el ojo.

Pero ahora no podía perder el tiempo con semejantes pensamientos. El bloque parecía infinito. Llevaba ya varias horas bajando pero aquellos pasillos no se acababan jamás. No encontraba por ninguna parte la salida. Aterrorizado, había intentado unas cuantas veces volver a subir, pero todo era inútil, pues la puerta de la casa de mis padres se había volatilizado. Me había perdido, tal vez hubiera salido del mundo y ahora estaba en otra parte, en un lugar diferente. El zumbido del molino no se oía ya, tampoco los escasos coches que solían romper el silencio en Ştefan cel Mare. Un pánico nuevo me asaltó de repente: ¿y si había dejado atrás la planta baja y me encontraba en algún lugar situado debajo de la tierra? Sobrecogido por esta idea y

bañado en un sudor frío, me detuve e intenté abrir, alzándome todo lo que podía sobre las puntas de los pies, como cuando escribía en el encerado, los ventanucos que, de dos en dos rellanos, donde estaban los apestosos vertederos de basura entre pisos, arrojaban un poco de luz a la escalera. Durante el día se veía a través de ellos el enorme edificio del Molino, pero ahora apenas se distinguían en la pared oscura. Tiré de la manilla y sentí de repente un fuerte olor a tierra. Intenté sacar la mano por la ventana y encontré tierra, tierra pegajosa, con raicillas de los árboles, piedritas y lombrices blandas, retráctiles. La ventana entera estaba bloqueada. Subí corriendo dos rellanos, luego dos más: todos eran idénticos. Me restregué las manos pegajosas contra el cuerpo y me embarré la camisa de arriba abajo.

Había perdido la orientación hacía largo rato. Como bajar era más fácil que subir, bajé de golpe, a la carrera, empujado por la desesperación, varias decenas de pisos. Los rellanos no eran ya idénticos, como antes, con cuatro puertas cada uno. Ahora se extendían, como pasillos cada vez más largos, en el cuerpo del bloque, formando ángulos y recodos, subiendo y bajando escalones al azar. Había, aquí y allá, alguna que otra puerta monumental, esculpida en piedra, gigantesca como un arco de triunfo. Y también otras por las que solo habrías podido pasar agachándote. La penumbra se había tornado oliva, glacial y solemne. No sé cuántas veces me detuve, agotado por la tristeza y el cansancio, en aquellos pasillos interminables. No sé cuántas veces me acurruqué como un perro en el felpudo de alguna entrada, minutos y horas muertas, escuchando el ruido leñoso que producían las cucarachas al tocar el mosaico del suelo. Sin embargo, me levantaba y seguía caminando con la esperanza de llegar a alguna parte. El espacio degeneraba a medida que descendía, la podredumbre y el moho se extendían por las paredes devorando el revoque, dejando a la vista los ladrillos de hormigón esponjoso con que estaban hechas. Pálidas arañas sacaban las patas de sus telarañas llenas de polvo y de suciedad. Abajo, el suelo estaba cada vez más agrietado, faltaban placas enteras de mosaico, hasta que me encontré, con el barro alcanzándome los tobillos, en un túnel resbaladizo que descendía cuesta abajo hacia un fondo sombrío. Allí donde habían estado las puertas de los apartamentos había ahora unos agujeros horribles; los restos hinchados e incrustados de hongos de los antiguos marcos, que se volcaban sobre ellos como los pliegues de unas barrigas enlodadas, los mantenían abiertos. En los antiguos apartamentos también los muebles estaban arruinados, enmohecidos, los espejos estaban descascarillados, las bañeras, petrificadas. Poco después también las puertas eran cada vez más estrechas, luego desaparecieron. Descendía en diagonal por el conglomerado de sistemas y aparatos de la tierra, a través de un intestino grasiento, peristáltico, en cuyas paredes se adivinaba una vida intensa y confusa: orugas devorando células rodeadas de cilios, glóbulos rojos arremolinándose en vasos llenos de varices, pero todo ello tan pálido, tan fantasmal, tan borroso, que parecían más bien altorrelieves pasajeros sobre el caolín orgánico del túnel. Llevaba varios años bajando, vidas enteras, intentando descifrar los mensajes fulgurantes de las paredes cuando, de repente, el paisaje se

ensanchó y penetré en las Cavernas. No podré expresar jamás con palabras su grandiosidad sin parangón. Era todo un sistema kárstico excavado en una roca lisa, semitransparente. Las bóvedas sucesivas eran increíblemente altas y de ellas se descolgaban estalactitas esculpidas en forma de cuerpo humano, de dioses y de embriones, que brotaban unas de otras, iluminando el gigantesco, melancólico espacio de alrededor. Yo avanzaba como un sarcopto bajo las cavidades abrumadoras, atravesaba gargantas que me arañaban la piel y luego acababa en espacios más vastos, en los que una red multicolor de arroyuelos albergaba tritones de piel rosa y manitas humanas. Muchas de las estalactitas, del grosor del tronco de veinte robles, estaban salpicadas de agujeros por los que sacaban las larvas sus cabezas ciegas, con pinzas y pelos desagradables. De vez en cuando, en aquella maraña de intestinos subterráneos, en una atmósfera oliva, unas mujeres gordas, desnudas, con la palidez y la consistencia de las larvas, se bañaban, solas o de tres en tres o de cuatro en cuatro, en unas tinajas en las que el agua les llegaba en ocasiones hasta los muslos o incluso hasta la cintura. No parecían seres humanos independientes sino más bien frutos de la tierra, setas y trufas de un verdoso pálido. Me seguían con sus ojos de pronunciadas ojeras en los que el verde oscuro de la penumbra se concentraba de repente y se desconchaba para mostrarse límpido como las esmeraldas. Gotas de agua del chapoteo resbalaban por sus tetas virginales, inesperadamente pequeñas y tiernas sobre sus gruesos cuerpos de orugas.

Recuerdo los tubos estriados que se escurrían, rosados y azules, bajo el cristal blando del suelo, haciendo que se pareciera al espacio húmedo de debajo de la lengua. Recuerdo las manitas de los tritones que se alargaban implorantes hacia mí. No puedo olvidar la mirada amarilla de los embriones esculpidos en los carámbanos que colgaban de los techos, sus frentes como la de Poe, el ganglio del cerebro visible a través de su carne. Los canales entre las cavernas se volvieron también, poco a poco, estriados y, finalmente, varios manojos se unieron en un canal de mayor tamaño, conformado por anillos mucho más anchos. Lo exploré también hasta que se encontró a su vez, junto a otros, en una tráquea que parecía excavada en la roca roja de un lejano planeta. El animal que respiraba a través de este tubo de un diámetro de varios kilómetros debía de estar profundamente dormido. El túnel vibraba por el estruendo lejano de un corazón. La corriente de aire, al inspirar y espirar, enredaba mi cabello como una brisa suave. Avancé por la membrana húmeda y elástica hasta que, al final de varios eones completos, llegué al lugar donde la divinidad del lenguaje abría sus opérculos llenos de branquias. Virtuales, pegadas unas a otras como labios somnolientos, las cuerdas de un arpa más grande que la mente me rodearon, apretándome contra el cristal del hueso hioides. Me quedé allí para siempre, escuchando el bramido de una inteligencia cautiva, envuelta en mucus, membranas y músculos, que lloraba con armonía y sin armonía, de manera melodiosa y desgarrada, su condición ancilar.

Al día siguiente, sin embargo, me desperté en mi cama, lleno de marcas moradas

en las nalgas y las piernas. Mi padre, para mi sorpresa, no había ido a trabajar aunque no era domingo. Estaba sentado a la mesa con la expresión que más odiaba yo: la de culpa. Antes de que pudiera levantarme, llamaron a la puerta; luego, mi madre, mi padre y la doctora Vlădescu entraron en mi habitación, donde, envuelto entre las sábanas, con el pijama arrugado y sudado como un trapo de fregar el suelo, yo trataba de descansar. «Cariño —me dijo mi padre tras un rato en silencio—, a partir del otoño no volverás a esta escuela, a la del paseo. Irás a otro sitio, al sanatorio de Voila…». «Es un sitio muy bonito, en las montañas, allí te pondrás bien», intervino también la doctora, mirándome apenada. «Estarás allí todo el tiempo, allí estudiarás con muchos niños… De vez en cuando irán tus padres a visitarte, te llevarán cosas ricas e incluso juguetes, ¿verdad?». Y miró a mi madre con fingida alegría. Pero mi madre no pudo responder porque se había echado a llorar. Después de que la doctora, tras entregarles a mis padres el volante de ingreso, se marchara, mi madre me llevó una taza de cacao. Pasaron todo el día conmigo, fuimos a la pastelería y mientras me comía un pastel Lotus, que costaba cinco *lei*, una fortuna para mis padres y para todos los padres del bloque —ninguno de los niños conocía su sabor—, yo no dejaba de pensar que allí, debajo de nuestro bloque, debajo de nuestro mundo, existían las cavernas fantásticas de otro mundo, llenas de seres perturbadores. Volvían a mi mente los susurros y las voces terribles, ásperas, murmuradoras, llorosas, de hombre, de mujer, de castrado, de querubín, de fiera sin nombre que había escuchado mientras estuve allí, en el cenotafio del lenguaje, con la oreja pegada al hueso hioides. Había escuchado cosas terribles que no les ha sido concedido a los hombres escuchar, y luego me habían ordenado, con la voz-voluntad que ya conocía de la sala circular, que no se las divulgara a nadie, jamás.

Capítulo 24

ANTES de seguir con la transcripción de las páginas de mi diario, he decidido anotar también aquí, en esta especie de memorial, la extraña conversación que he mantenido esta misma mañana, en la sala de profesores, con Irina, que lleva mucho tiempo sin venir por casa. Nos hemos pasado toda la tercera hora —no ha habido clase, porque hoy tocaba la recogida de papel— ante la ventana, junto al radiador, mirando a través del cristal a los transeúntes embutidos en gruesos abrigos, y a lo lejos la antigua fábrica y la torre del agua, el cielo blanquecino. En la atmósfera de acuario sombrío de la sala, Irina parece siempre un pez pálido, clorotico, de movimientos lentos, que sin embargo tiene en el rostro dos manchas de color intenso, ostentoso, unos colores para avisar al cosmos de que no debe engullirla por equivocación: sus fantásticos ojos azules.

Al principio hemos hablado sobre los niños, sobre la capacidad de la mitad de la humanidad de alumbrarlos, sobre la terrible responsabilidad de traer a otros seres a este nuestro infierno. Sobre su inhumanidad y su rareza, sobre el hecho de que son una especie diferente a la nuestra, no gradual, sino estructuralmente distintos, como lo es la larva respecto al insecto adulto. Sobre nuestro miedo instintivo hacia ellos y el aislamiento antiséptico que les imponemos a través de tabúes y barreras. «Al niño tienes que recibirlo en tu casa como si fuera un caminante desconocido y debes educarlo en honestidad y dignidad», cita ella del Vedanta. «¿No se deduce de estas palabras que tu hijo no es exactamente humano? ¿Que tienes que honrarlo con miedo y temor, como si fuera un objeto sagrado alojado en tu casa? Pero sagrado no ha significado nunca otra cosa que extraño e incomprensible. Tal vez la mente y los sentidos de los niños estén conectados con otra realidad, esa desde la que vinieron hasta nosotros a través de los únicos túneles existentes que conectan mundos y dimensiones: los úteros…». Al cabo de unos minutos sonaría el timbre de entrada y tendríamos que penetrar de nuevo en las aulas donde treinta extraños de cráneos desproporcionados y ojos enormes nos esperaban para examinarnos, para manipularnos sabiamente, para investigar al detalle nuestra anatomía, nuestra psicología, nuestra etología, tal y como las manos expertas de los sabios manipularían una rata blanca…

Tras permanecer un instante con los ojos clavados en el vacío, Irina me ha mirado de repente:

—Ya que estamos hablando de niños, a ver cómo respondes a esta adivinanza. Bueno, no es exactamente una adivinanza, se trata más bien de una fábula ética (la encontré en un comentario a *The First and Last Freedom*). Esta historia que te propongo es una especie de test de personalidad, y es esencial que respondas con

sinceridad… Por ejemplo, a esto: si supieras que, al pulsar un botón, moriría alguien en el otro hemisferio, alguien a quien no has visto jamás, pero que al mismo tiempo recibirías una inmensa fortuna, ¿lo harías?

—Ajá, conozco bien ese tipo de historias e incluso hay una novela escrita a partir de una de ellas: ¿serías capaz de matar y saquear a una vieja usurera, ruin y miserable, un verdadero piojo humano si, gracias a su dinero, te convirtieras en un benefactor de la humanidad entera? Aquí se produce siempre la misma controversia, y es que no hay nada más peligroso en este mundo que dejar que una parábola se convierta en realidad. Un hombre inteligente y fantasioso como Raskólnikov ya lo hizo, solo para comprender después que, por desgracia, se había engañado porque no se conocía en absoluto a sí mismo…

—Al menos respondió con sinceridad, como no se habría atrevido a responder un hombre entre un millar.

—Eso es precisamente lo que no hizo. Si hubiera sido sincero consigo mismo, no habría matado. Pero no tuvo el valor de ser un don nadie. Irina, ahí radica precisamente el horror de ese libro, en que cualquiera puede llegar a matar por culpa de un estúpido desconocimiento de uno mismo. Por el simple hecho de que no entiende y no soporta el valor del anonimato. Vamos, someteme a alguna otras ordalía.

—A ver: ¿qué harías tú si pudieras salvar un solo objeto de una casa en llamas y tuvieras que elegir entre un célebre cuadro y un recién nacido?

Yo miraba por la ventana y seguía pensando en el Gran Inquisidor, para quien los panes eran más importantes que las palabras brotadas de la boca del Señor. La gran fábrica en ruinas se adivinaba a través de la niebla, sellada en su enigma. A través de la tela de los pantalones percibía el calor del radiador, que empañaba la parte superior de la ventana: millones de gotas, brillantes como los ocelos de la frente de las arañas, reflejaban en su curvatura deslumbrante el color oliva de la sala de profesores, a nosotros dos junto a la ventana, a la mesa cubierta por la tela púrpura y a los cuadros de las paredes.

—Eh… —ha susurrado mimosa, acercando su rostro al mío—, que te he preguntado algo. Responde: ¿qué harías? ¿Qué salvarías?

No era una pregunta retórica y, por la intensidad de su mirada, tampoco un juego de sociedad. Siempre he pensado que no se puede hablar sobre cosas que dicen algo verdadero sobre uno mismo. Al menos no cara a cara con otra persona. Por eso escribo en lugar de hablar. Cuando estás cara a cara con alguien, mirándole a los ojos, como si tu cara estuviera de hecho hundida en la suya y tus ojos estuvieran encerrados, como en unas cajas esféricas, dentro de sus ojos, solo entonces sientes el muro infranqueable que existe entre vuestras mentes («¿cómo es tu azul?», «¿cómo puedo sentir tu dolor de muelas?»). Por eso la gente ha dejado las cosas importantes para decirlas en los libros, porque todo libro supone una ausencia de una u otra parte: cuando es escrito, falta el lector. Cuando es leído, falta el escritor. Desaparecen así la

repugnancia y la abyección de poner frente a frente al juez y al reo.

—Salvaría al niño —dije lentamente, tras un prolongado silencio, y seguí mirando por la ventana, como si estuviera hablando con el paisaje desolador de la parte trasera de la escuela. Irina me ha contemplado con atención tensa y desconfiada.

—Salvarías al niño… ¿Incluso aunque la pintura fuera un Rembrandt o un Vermeer? ¿Aunque fuera incluso el tríptico de El Bosco? ¿Aunque fuera una de las insustituibles e inolvidables maravillas de Da Vinci? ¿Aunque a través de ella se definiera la humanidad entera? ¿Aunque de ese modo dejaras una cicatriz irreparable en el rostro de esa humanidad?

No sabía adonde quería llevarme y no me apetecía seguir con esa conversación, pero Irina parecía ser ahora mucho más de lo que yo sabía de ella hasta entonces, mucho más que una profesora de Física que no creía en la materia ni en la estructura del átomo, más que la amante perdida en fantaseos excitados. Había una suerte de apuesta en aquella pregunta que me hacía, parecía necesitar de veras mi respuesta, y yo no podía eludir ese examen, el mío, el suyo o tal vez el de los dos.

—Piensa en lo que pasaría si nadie, jamás, pudiera admirar *La dama del armiño* o *La mujer con balanza*, o los palacios de Monsù Desiderio…

—Salvaría al niño. —La interrumpí sin mirarla.

Ahora Irina parecía una muñeca de piel amarillenta, llena de un líquido azul intenso que se veía solo a través de los ojos. Pero estaba claro que su cuerpo tenía un núcleo de oro fundido, una lava en movimiento lánguido, una densidad lechosa semejante a la de la crisálida en la que la antigua oruga se fundió por completo para que de la crema del cuerpo licuado renaciera un ser alado, con ojos de fuego y vientre turgente y patitas negras como la brea, frágiles, extrañamente articuladas… Yo no estaba pensando en qué tenía que responderle, sino en por qué tenía que hacerlo. Esperaba que la piel de su espalda reventara de un momento a otro, que cayera al suelo hecha jirones y que toda la sala de profesores se llenara de una luz de ensueño y de nostalgia, como si en lugar de los sabios y los literatos macedonios, de las paredes colgaran, de hecho, *La joven de la perla* y *Vista de Delft y El hombre del yelmo dorado y El rey Asa de Judd destruyendo los ídolos* y el *Retrato de Ginevra Benci*, y como si ante mí, interrogándome con una majestuosidad que no necesitaba mis respuestas, se encontrara, llenando la sala con sus alas azules desplegadas, un arcángel labrado en nácar transparente, a través de cuya carne se pudieran adivinar las venas y los órganos internos.

—Elegiría al niño —repetí de manera igualmente tranquila e impersonal.

—¿Por qué?

—Tal vez porque un niño solo puede colgar de la pared si lo crucifican.

Irina se ha quedado abstraída durante un momento. Ahora era evidente que no iba a renunciar fácilmente a su piel seca y a su cabello sin lavar desde hacía unos días, que caía en mechones azules sobre las solapas del abrigo.

—Pero si supieras —añade barajando sus cartas como un tahúr— que va a ser un

niño autista que no mirará nunca a nadie a los ojos, que en esta vida solo le interesarán las ruedas de los coches, las gallinas, la forma en que cae la luz al suelo, los espejos o Dios sabe qué… Si supieras que para él las personas serían siempre objetos o paisajes…

—El niño —he insistido sin dejar de contemplar la fábrica abandonada.

—¿Y si supieras que el bebé que llora ahora en medio de las llamas se convertirá en Adolf Hitler? ¿O en Pol Pot? ¿O en Stalin? ¿Si de hecho supieras que va a ser un monstruo, un asesino en serie que ocasionará a sus semejantes un infinito, imbécil, absurdo sufrimiento? ¿Si llega a ser Mesalina chapoteando como una cerda en la abyección o Medea, que troceará a sus hijos en muñones y los arrojará al mar? ¿Qué salvarías de la casa en llamas si de ese infierno solo pudieras sacar una cosa? ¿*La Mona Lisa* o a Hitler? ¿*La Adoración de los Magos* o a Pol Pot? ¿Qué harías? ¡Dímelo ya! ¡No titubees, la primera idea que se viene a la mente es la más sincera cuando se trata de este tipo de historias!

—Irina —le he dicho mientras seguía mirando por la ventana—, si me dijeran que ese niño iba a transformarse algún día en Hitler, en ese mismo instante habría sabido que me estaban engañando y examinando. Que me estaba tentando ese mismo que dijo una vez: «Si eres el Hijo de Dios, tírate desde el alero del templo, pues los ángeles te salvarán». Elegiría al niño con más razón aún, Irina. Pues un niño no solo tiene ante sí un futuro, sino billones de creodas. Cualquier piedrita que pisa, cualquier brizna de hierba que contempla es una aguja que puede cambiar la dirección de su vida. Cada instante de su vida es una encrucijada. Ningún niño está destinado a ordenar la muerte de otros niños. En un futuro diferente, tal vez pueda incluso salvarlos. En otro distinto, tal vez se limite a pintar el asesinato de los inocentes a manos de Herodes. Una bifurcación de mundos se abre ante nosotros, pero sin el niño del principio ninguno de esos horizontes existiría.

Antes de que en la sala de profesores entrara la profesora de Geografía, la discretísima Ionescu, que ha ido directamente a dejar su cuaderno en el armario, Irina ha conseguido cogerme de la mano y apretármela con fuerza. Sobre las ruinas exteriores había caído ya la noche. Naturalmente, me ha soltado al instante, pero no nos hemos apartado de la ventana, hemos seguido allí, hombro con hombro, como una pareja imposible, hasta que la sala se ha llenado de gente ruidosa que se multiplicaba de una forma fantasmal, como en las películas sobreexpuestas. Solo nosotros, oscurecidos por el resplandor de las luces exteriores, éramos concretos, como si no fuéramos una pareja de espaldas al mundo, sino como si nos uniera también un niño, el de la parábola, el salvado de las llamas a pesar de todos los iconos del mundo y que, gracias a nuestro cuidado y amor, no se convertiría jamás en el criminal, el torturador, el verdugo, el asesino, el demonio de la historia.

Sigo ahora con las notas, sin fecha exacta y sin contexto —aunque pudieran ser a veces relevantes— de esos fragmentos de mi diario que me han dado siempre qué pensar. Aunque este texto sea insensato y erróneo, me siento al fin y al cabo aliviado

porque incluye verdades, porque su núcleo pertenece a esta realidad y porque este núcleo, al menos él, significa algo, tal y como las semillas simétricas son la verdad profundamente escondida en la carne vegetal de la manzana.

He soñado: uno de los sueños ha sido horrible, inenarrable, digno de ser olvidado, el horror rimbaldiano de la hora H, y otro con una terrorífica caída al vacío (naturalmente me he despertado boca arriba con la nuca adormecida y el pelo de la coronilla erizado).

Esta noche, otra «crisis microepiléptica» (?) de una intensidad terrorífica. En pleno apogeo, he gritado en sueños. Se ha repetido dos veces, una detrás de otra. La misma intensificación del pitido en los oídos hasta volverse insoportable, la misma explosión amarilla de terror. Todo ello seguido por la secuencia habitual: sueño que me despierto, voy al comedor, busco a mi madre…

Duermo agitado. ¿Será «epilepsia morfeica no convulsiva»? Y en ese caso, ¿tendrá su foco en algún punto de la coronilla? ¿O será tal vez una anomalía de la circulación sanguínea en el cuero cabelludo (algo que explicaría los pitidos en los oídos, la sensación de congestión, de resfriado o, tal vez, el estado febril)?

He leído *La vie aprés la vie*, de Moody. Conmovedoramente ingenuo, poco científico, pero precisamente por ello provoca un efecto primitivo de veracidad. En cualquier caso, el sueño del que me despierto acostado boca arriba guarda algunas semejanzas claras con los «guiones» de los muertos que vuelven a la vida: los timbres, la sensación de luz abrumadora con un no sé qué divino en ella, la precipitación violenta, el chorro de ti mismo, en el decorado perfectamente realista de tu habitación, luego el paseo por la casa en ese mismo estado de «cuerpo espiritual». ¿Acaso, en esos momentos, sucede algo y «muero» unos segundos? ¿O hay, en todo ello, una cuestión comicial? Una excepción del guión de Moody, en el caso de mi sueño «funerario», es el terror infinito que me invade en esos momentos en lugar de la beatitud que describe el libro. Además, no he visto nunca mi cuerpo dormido en mi cama, como si no hubiera regresado a él jamás.

Más que todo eso —añadiría ahora—, recuerdo bien cómo, tras ser arrancado de la cama y arrastrado por el suelo, envuelto todavía en las sábanas, tras golpearme violentamente la cabeza y el hombro contra la pared opuesta, yacía en el suelo vacío de pensamientos y de voluntad. Aunque la habitación estaba a oscuras, alcancé a ver que en mi cama no había nadie. Al final de mis merodeos desorientados por toda la casa, en un estado de sonambulismo, no regresaba a la cama o, mejor dicho, no recuerdo haber regresado a ella. Solo me despertaba allí, boca arriba, con las manos sobre el pecho, como si un extraño que no conociera mis costumbres a la hora de

dormir me hubiera depositado sobre el colchón.

Sueños horribles, con enormes aparatos voladores planeando despacio entre el bloque y el Molino, con matices mezclados de azul y amarillo pálido.

Tres noches atrás tuve de nuevo el sueño «epileptoide». Esta vez contemplaba el túnel oscuro de un metro o un pasaje de esos por los que circulan los coches. Contemplaba, creo, una silueta humana que se alzaba frente a mí y que apenas se distinguía en la oscuridad. Alguien cerca de mí comentaba: «¿Te imaginas qué visiones debe de tener este hombre al pasar por el túnel a toda velocidad?». Y de repente yo mismo sentí la aceleración. Aceleré cada vez más, hasta el terror. Las paredes huían enloquecidas a mi paso. Me precipitaba hacia adelante a miles de metros por segundo, con un pitido que no dejaba de aumentar en mi cabeza. Una luz insoportable empezó a quemarme el cerebro. La sensación de algo sobrenatural me hacía añicos. Había llegado el fin del mundo. Grité dos veces con toda mi alma: «¡Explota! ¡Explota!», y todo el universo explotó en mi cráneo como un hongo nuclear, pero un millón de veces más rápido y con más intensidad.

Y sin embargo, de inmediato, para que puedas ver cómo me traiciona la memoria y cómo desaparece todo, migaja a migaja, como un azucarillo que se disuelve en el café, he seleccionado un fragmento que recuerdo con exactitud haber escrito tan solo una página antes: el dramático regreso a mi propio cuerpo. Solo aquí tomo conciencia de la ambigüedad y la irrelevancia de la distinción entre sueño y realidad y comprendo que la serie de sueños de este tipo no forma parte de ninguno de esos estados, sino de un tercero, que podríamos denominar, como ha sido denominado tantas veces, «hechizo», «magia», «encantamiento», si no fuera un recuerdo tan aterrador. Un hechizo oscuro, una magia negra y destructora, un extravío por un mundo para el cual no está hecho tu cerebro y que pide otra mente y otros órganos sensoriales:

Tres meses después: esta noche he revivido el sueño «epileptoide» en circunstancias absolutamente extrañas. Las mismas etapas: el pitido insoportable, el pánico que aumentaba hasta lo insoportable también, la sensación de ser «arrastrado» hasta la cabecera de la cama. Pero lo que ha sido nuevo y terrorífico es la conciencia aguda de soñar y los esfuerzos desesperados por despertar. Veía toda la habitación sumergida en la oscuridad, sentía cómo mi hombro golpeaba la cómoda, y luego ha sobrevenido lo más sorprendente: como de costumbre, me dirigía hacia el comedor en busca de mi madre, pero allí, en la cama recogida, dormía solo mi padre. A mi madre la he encontrado en la otra habitación, durmiendo sola. «He regresado a mí mismo»

y he empezado a agitarme, a moverme para despertar. Pero mi cuerpo no me obedecía. Más tarde me he despertado de verdad. ¡Por la mañana mi madre me ha dicho que, efectivamente, no había dormido con mi padre, sino en la otra habitación! La única conclusión es que abandono de verdad mi cuerpo durante esas pesadillas que me persiguen desde hace cinco o seis años. Cuando me he despertado, tenía la garganta fría como el hielo.

Y, de golpe, mucho antes de lo que he creído siempre, el primer «visitador». Estábamos a finales de mayo de 1980, cuando yo tenía casi veinticuatro años. Me han visitado siempre, a intervalos de tiempo irregulares, sin que esta circulación de extraños en mi habitación se haya detenido jamás, independientemente de dónde haya dormido o de la hora del día o de la noche.

Anoche, algo curioso: he abierto los ojos y en mi habitación, ante mi cama, mirándome, había un joven o un adolescente. He pensado al instante que aquello no era posible y entonces el joven se ha esfumado en el aire. He cerrado los ojos y me he quedado dormido de inmediato.

Luego un «sueño» que recuerdo con claridad, con detalles que jamás se han borrado de mi mente, tal vez el más «real» de todos los que he tenido jamás:

Anoche una pesadilla horrible. En mi ventana (¡en el quinto piso!) han aparecido unos niños. Al final han penetrado en la habitación oscura. Uno era pequeño, amoratado, sensual, andrógino… Yo luchaba con ellos casi muerto de espanto.

No sé si establecer ya una asociación con otros sueños semejantes que para mí constituyen las partes fragmentadas —como se fragmenta la metralla en miles de esquirlas, como explotan los peces abisales cuando los sacan a la superficie— de una historia que podría ser el rostro oculto de mi vida. No recuerdo, por ejemplo, si he relatado alguna vez el sueño con mi «madre», creo que no, tampoco creo que pueda hacerlo, es mejor esperar a que el material desgajado se reordene y hable por sí mismo, antes que de yo le dé la forma que ha adquirido a medias en mi mente.

Una noche de abril tuve la siguiente revelación feérica. Si hubiera escrito alguna vez «una gran novela», probablemente habría sido en la estela de este panorama, mucho más grandioso de lo que podría describir yo en un millar de páginas:

Esta noche he tenido uno de los sueños más extraordinarios que me han sido concedidos jamás. Voy a intentar expresar lo inexpresable. Lo primero de lo que soy consciente es de que me dirigía a una princesa del Nuevo Mundo

que había venido a buscarme a Europa. No recuerdo su rostro y, además, ella no se encuentra en el sueño propiamente dicho. «Verás mundos nuevos, distintos a todo lo que has visto hasta ahora». Y, en efecto, se nos presentó un abrumador paisaje nocturno, al romper el alba. Unas doce lunas semicirculares, anaranjadas-rosadas, iluminaban fantásticamente el paisaje contemplado desde arriba. Era el vasto margen de un continente, hacia la zona del centro numerosas luces dibujaban ciudades con todo tipo de minúsculos detalles arquitectónicos. En la orilla del océano había puertos de los que habían partido de repente cientos de barcos, los ojos de buey iluminados arrojaban reflejos verde-fosforescentes y naranjas en el agua. Me parecía estar viendo una película, y admiraba, encantado, la calidad de la imagen. La «pantalla» del paisaje se tornó circular y me rodeó con el panorama de unas montañas y unos abetos estilizados, con ciudades renacentistas llenas de columnas y capiteles, todo ello delineado con suma minuciosidad. Había allí ayuntamientos, templos y catedrales, amarillos o cenicientos. Yo estaba en el centro de este diorama, junto a un estanque de agua negra, y contemplaba la majestuosa iglesia que tenía ante mí. De repente empezaron a tocar las campanas y supe que iba a tener lugar la santa misa. Un escalofrío místico me recorrió y junté las manos, arrodillándome junto al borde del estanque. De la iglesia salió en primer lugar un niño, vestido de blanco, con un rostro sonriente y limpio. Lo tomé de la mano y mis pensamientos se llenaron de reconocimiento. Luego, también de la iglesia, salió un hombre maduro de rasgos suaves, asimismo sonriente, asimismo con ropajes blancos. Traía consigo unas velas que ardían, traslúcidas, en un vaso de cristal. Empecé a llorar: «Yo, Señor, no he encendido nunca una vela». Y luego, pensando en mi angustia, le grité: «¡Perdóname! ¡Perdóname!». Y él sonrió y me perdonó.

Han pasado ya muchos años desde que tuve este sueño, y estas notas me han sorprendido porque no recordaba así el final. Sí, estaba en la plaza de una ciudad medieval, había allí un estanque que me parecía de una extraordinaria importancia, pero desde el comienzo del sueño, a uno y otro lado, había dos jóvenes rubios con vestimentas blancas. Así aparecen en mi memoria. Me miraban y parecían sonreír con ironía pero sin maldad alguna, como se trata a un niño. «Has sido perdonado», me dijeron. Al despertarme me sentí confundido y feliz, pues en esa época me torturaba un quiste que me había salido en el testículo derecho que podría haber sido cáncer. Después de ese sueño, el quiste se redujo y, aunque todavía lo tengo, ya no me molesta.

Anoche, otro sueño: estoy en un tranvía lleno de mutilados, mujeres y niños con heridas y úlceras horribles. Me apeo rápidamente y llego a casa. ¡Y entonces me doy cuenta de que se me han caído los labios! Los tengo en la

mano. Tienen la elasticidad del caucho y conservan la forma de la boca. Los vuelvo a colocar en su sitio ante el espejo del baño, pero se me caen de nuevo y en el espejo queda un rostro aterrador, de labios pequeños, pálidos, sangrientos, y de los ojos, solo una herida. Tengo la sensación de estar paralizado, estallo en sollozos y llamo a gritos a mi madre.

Era una época horrible, infestada por una vida nocturna que se derramaba más allá de las fronteras del sueño, que volvía a mi mente por la calle y en casa, y durante las clases, en la escuela, obligándome a volver la cara hacia el encerado y a cerrar los ojos con la misma fuerza demente con la que me clavaba las uñas en las palmas de las manos, solo para aplastar el horror y el infierno de las visiones nocturnas. Pero mis visiones no cesaban. Durante unos cuantos años, se precipitaron sobre mí con toda la monstruosidad de sus detalles, corpóreas no como en sueños ni como en pesadillas, sino como en una especie de realidad diferente. Pocas veces me he sentido más impotente ante los «horrores de mi propia mente», como los consideraba yo entonces, eligiendo, tal vez, la explicación más benévola. ¿Aparecían tal vez tantos niños en mis sueños solo porque daba clase en la escuela a las afueras de Colentina? ¿Eran por eso tan agresivos, manipuladores y fuertes? ¿O acaso les tenía tanto miedo porque, en mi subconsciente, estaba verdaderamente aterrorizado por la turba, por mi desamparo en medio de aquellas treinta larvas cenicientas, dispuestas a devorarme ante el más mínimo signo de debilidad? Sigo con los fragmentos de mi diario, no sé si los voy a comentar como hasta ahora. Yo mismo los vuelvo a descubrir con turbación y perplejidad: ¿qué dice este forro descosido acerca de mi vida? ¿Qué se ha conservado, deformado por el molde de esta tela nocturna, de este lienzo siniestro sobre mi cuerpo, del mensaje de un mundo extraño y cruel, alterado por las arrugas, las circunvoluciones, por los huesos de mi rostro, por mi caja torácica? ¿A quién representa, con sus manchas turbias y aleatorias, este Sudario de Turín?

He soñado toda la noche con objetos voladores flotando sobre el patio del Molino, muy bajos, cerca de mi bloque.

He soñado que me despierto, en mi habitación oscura, y que me levanto de la cama invadido por el terror, me dirijo a la ventana, subo los estores y veo, proyectado en la noche exterior, a un niño que, con los codos apoyados en el alféizar, me observa con unos ojos redondos.

… Sucesión de sueños horribles anoche. De unos cadáveres desperdigados por el suelo emanaba un vapor amarillo (de hecho, un flujo de imágenes fantasmales) con el que se formaron unos espantosos niños amarillos como la lana, una especie de abortos horrendos, con cabezas enormes y miembros deformes. El pánico aumentaba hasta el infinito. He abierto los ojos y me he encontrado durmiendo boca arriba, con el cuello rígido.

Anoche, una pesadilla. Sensación de asfixia, de ahogo. Estaba en el fondo

del agua y sabía que tenía que salir a la superficie para respirar. El ascenso se ha convertido en un esfuerzo atroz por despertarme. Subía hacia la conciencia, sabía que estaba dormido y que tenía que despertarme. Sensación, después, de dar vueltas en la cama sin moverme del sitio, con mantas y sábanas y todo, muy rápido, un montón de veces. El esfuerzo consciente por despertar ha sido terrible.

Más adelante, al cabo de casi dos meses:

Después de tener anteanoche solo unas complicadas alucinaciones (en el tranvía, en la escuela, en todas partes) en las que era agredido, herido, torturado, anoche he soñado lo siguiente: estaba en un tranvía, a solas con el conductor. Una niebla densa empieza a envolver el tranvía. Apenas se adivinaba, en los márgenes, el contorno de las casas antiguas, ornamentadas, de la ciudad. De repente, el vagón comienza a ganar velocidad. Cada vez más rápido, de tal manera que el paisaje se amontona en torno a él como si fuera un túnel. La velocidad se vuelve colosal, fantástica, incalculable.

Pero un sueño fantástico ha traído, esta noche, un punto de realidad en la ficción muerta de cansancio de mi vida de los últimos días. He divisado en mi camino, de repente, un edificio grande y extraño. He entrado. La puerta era blanca, de hospital. En la primera estancia he visto unas cuantas personas que miraban a través del microscopio. Esto ha confirmado la idea de que me encontraba en una clínica. He abierto otra puerta y me he encontrado en una sala blanca, alargada, con aparatos niquelados y mesas de operación en las esquinas. En las mesas había órganos humanos: manos y piernas desolladas, sanguinolentas. Por los rincones, en las sillas y en extraños aparatos, enfermos abiertos a los que estaban sometiendo a diversas operaciones. «No quiero mirar», me decía. He abierto entonces una puerta más, después de atravesar la sala, y me he topado con la escena más angustiosa. ¿Cómo podría describirla?

La sala ya no era blanca, un ambiente color oliva la oscurecía. Los únicos objetos que ocupaban dicha sala eran unas formas verde-oscuro-cenicientas que se retorcían sobre el suelo. Eran unas mujeres dando a luz, pues me encontraba en la sala de partos. Pero ¿por qué eran todas verde-amoratadas y por qué estaban envueltas en unas sábanas con pliegues de ese mismo color, que parecían formar parte de su cuerpo? Parecían unas larvas de plastilina verde-amoratada que se retorcían mientras su cabello verde-amoratado flotaba pesadamente y cubría su rostro. A una de ellas la he ayudado yo mismo a dar a luz, he agarrado esa «sábana» orgánica cadavérica y la he retorcido como si fuera un trapo mojado. Aliviada, pues no ha aparecido ningún niño, la mujer se ha vuelto más cenicienta y se ha quedado petrificada como la estatua de un sarcófago etrusco. Toda esta escena me ha perturbado en lo más profundo de

mi ser.

Una telequinesia verídica anoche. Me concentraba con fuerza, frunciendo las cejas, y los objetos se desplazaban en todas las direcciones obedeciendo mis deseos.

Está también la habitación circular en la que me desperté tras la «operación» aquel lejano día en el que mi madre me llevó en brazos al hospital, a través de la nieve, y que ha vuelto a aparecer en un sueño un cuarto de siglo después…

… coherente, con gran nitidez. Conservo tan solo la imagen semicircular de una gran sala. Tenía paredes de cristal, como una cúpula, pero estaba cubierta casi por completo por unas cortinas de color crema. Tanto la cúpula como el suelo giraban despacio; en la cúpula resultaba evidente, el suelo lo hacía con extrema lentitud. Tendría unos setenta metros de diámetro. Me encontraba sentado junto a decenas de individuos en los bancos circulares colocados a lo largo de las paredes. Sobre mi hombro descansaba una chica de unos catorce años, con unos bellísimos pechos desnudos (estaba desnuda hasta la cintura). Luego todo el mundo se precipitó hacia unas ventanillas o nichos en las paredes de la sala. Cuando llegué hasta allí, vi, al otro lado de la ventanilla, sobre una mesa larga, un pez gigantesco con los ojos abiertos de par en par.

Recuerdo bien este sueño y sobre todo el «pez». Este era, de hecho, un ser difícil de describir que yacía en una especie de tubo del mismo color crema que las paredes y las cortinas. Tenía cinco o seis metros de longitud y, no sé por qué, aunque me vienen a la mente unas cuantas definiciones para este bacalao melancólico, prefiero dejarlo en una vaguedad más acorde con su presencia.

Un sueño horrible anoche. Me encontraba en una especie de museo. Todo el sueño se ha concretado en un intenso, desesperado monólogo mío sobre la muerte, vivido con exaltación en la garganta, con los ojos desorbitados, con un sudor agrio y helado. «Señor, ha pasado ya la mitad de mi vida, el final llegará increíblemente rápido, todo acabará en unos instantes». Lloraba a lágrima viva unas lágrimas amarillas, sentía en las vértebras de la espina dorsal toda la eternidad en la que no seré nada, nunca. Pero ninguna palabra es lo bastante expresiva como para mostrar el dolor y el arrollador sentimiento de *finis* que yo estaba experimentando en ese instante. En un podio algo más alto pero bastante frágil, blanco, había una vieja y un viejo, ella era gorda, él tenía cara de patriarca bonachón, su cabeza estaba directamente pegada a su tórax. Me llamaban para examinarme con un aparato que emitía radiaciones.

«Vamos a ver si hay tumores», decía el viejo riendo, multiplicándose y recomponiéndose al momento. Yo no quería acercarme por nada de este mundo, me alejaba entre los objetos indefinidos del museo, estaba convencido de que si subía a ese podio, sabría lo cerca que estoy de la muerte. Me ha costado mucho despertar, y hasta ahora, mientras escribo, he sentido el cerebro envuelto en algodón.

Y, al cabo de unos días, un nuevo visitador, también antes de lo que he creído siempre:

Que no se me olvide la curiosa visión de la noche pasada. Me había quedado dormido al cabo de una serie de sustos (el crujido de los muebles, ruidos sospechosos en la entrada y en el balcón) cuando —tal vez un ruido o quizá más bien un presentimiento— un brusco desasosiego interior me ha hecho abrir los ojos. En la penumbra de la habitación, delante de la cama, he visto claramente, durante diez largos segundos, la imagen de un ser que me miraba. Tenía un rostro moreno de barbilla un tanto afilada, mejillas pronunciadas y un cabello brillante recogido en una coleta. Me he incorporado asustado y he alargado la mano hacia él. Solo entonces ha desaparecido la imagen.

Sueño anotado en un papel el 26 de julio:

Un sueño que me ha dejado una impresión de «extraordinario» después de una serie de noches de una perfecta estética realista. Al principio estaba en el salón de una familia noble. Hablaba sobre la fascinación ante el espectáculo de la bóveda estrellada, y entonces he observado que, a través de las altas y estrechas ventanas de cristal del salón, se veía la luna, gigantesca, plana como un mapa geológico. Me he encontrado de repente transportado a campo abierto, bajo constelaciones desconocidas en las que brillaban fantásticas estrellas rojas y amarillas. He pasado a la habitación de detrás del salón y allí he encontrado a un joven salingeriano, tal vez enfermo, en cualquier caso hastiado e inteligente e inútil, que me ha mostrado, en no sé cuántas vitrinas, una sorprendente colección de motores y otras miniaturas, entre los que había solenoides de alambre fino, cobrizo, enrollado miles de veces, espiral a espiral, en unos bastidores en forma de toro. Ante él —y recientemente construido— había un objeto indefinido de una estructura compleja: varillas cromadas, engranajes, cilindros, todo ello sujeto entre placas como de reloj. El sueño extraordinario empieza a partir de aquí y es muy difícil de relatar. De repente ha empezado a tronar y a relampaguear de una forma terrorífica. Por

la ventana se veía cómo, a la derecha, el cielo se había puesto tan negro como el asfalto. Yo estaba junto a la ventana, en la habitación trasera de mis padres («la habitación pequeña»), contemplando el Molino Dâmbovița. Luego ha descendido una nube, con unos contornos de una precisión fantástica, que ha cubierto, rápida y lentamente al mismo tiempo, todo el paisaje que se divisaba desde la ventana. Tenía una densidad tremenda, casi como de caucho, a pesar de que era vaho helado y superconcentrado. Miles de estratos alucinantes se han dejado caer uno a uno. Todo el suelo, allá abajo, era una sola nube ondulada y envolvente. Habían descendido también las nubes, y la bóveda celeste, y el aire, en capas cada vez más finas y aplanadas. Quedaban las construcciones vastas, de ladrillo, en el vacío áspero, límpido, árido, inhumano. Los edificios habían perdido todo rastro de color, el anaranjado del Molino se había transformado en una ceniza devorada por los líquenes. Había desaparecido, junto con el cielo y los colores, la sensación de realidad. Todo era extraño, lejano, sin consonancia con los sentidos. Yo caminaba asustado, fascinado, aturdido por aquella ciudad desrealizada, con pálidos simulacros de calles y edificios.

Y en esa misma nota, solo unas noches después:

Anoche soñé que el Lago del Circo, transformado en algo gelatinoso y denso, se elevaba en el aire como una inmensa lentilla gris. En su lugar quedaba una perfecta fosa seca.

Era el 3 de diciembre de ese año. El 8 de diciembre me casé con Ştefana, en el Consejo Popular del Distrito 2, en Olari, a veinte grados bajo cero, en medio de una nevada feérica y triste. Recuerdo cómo salimos a Moşilor, entre bloques de casas como trozos de cartón sucio, por una calle casi desierta, bordeada por enormes montones de nieve. Ella llevaba los brazos cargados de flores, apenas podía —literalmente— sostener aquel gigantesco ramo multicolor y, como tenía la cabeza descubierta, multitud de copos brillantes, hexagonales, perfectamente secos, de nieve se posaban sobre su cabeza. Caminábamos por el centro de la calle, sobre la nieve sucia, entre los escaparates vacíos de las tiendas. Los pocos coches que por allí pasaban nos esquivaban, los autobuses circulaban con sus «bombas» plateadas montadas sobre los techos, los raíles del tranvía no se veían ya debajo de la capa de nieve. En ese instante un tranvía se nos acercó por detrás, desde las profundidades brumosas de la ciudad. Ambos lo oímos y nos giramos. Nos quedamos inmóviles ante él, con la nieve refulgiendo en nuestro pelo, en nuestras pestañas, en nuestras manos heladas. En el mundo blanco de Moşilor, las flores de mi novia brillaban con tanta intensidad que los copos de nieve se evaporaban antes de que pudiera siquiera

tocarlas.

El tranvía se detuvo, el rostro de feto encerrado en un frasco del conductor esbozó una amplia sonrisa, las puertas se abrieron y subimos al vagón entre los aplausos de las amas de la casa y los jubilados medio adormilados. Viajamos largo rato, hasta el final de Colentina, de pie, abrazados. Al final nos apeamos en la rotonda junto a la torre del agua y nos adentramos en las callejuelas del barrio de la escuela, donde vivían sus padres. Si alguien me hubiera dicho entonces, cuando —una vez hubimos llegado a la verja de su casa— nos demoramos un cuarto de hora besándonos en medio de la copiosa nevada, estrujando las flores entre nosotros, sintiendo el aliento perfumado de las docenas de bocas rojas con bandas amarillas, azules con encajes morados, blanquecinas-verdes-pálidas con pistilos transparentes, que solo quince meses después de ese momento, en una sola noche, aquella chica menudita, con las cejas un poco más oblicuas de lo debido, sería reemplazada por otra exactamente igual hasta en el último lunar y la última pestaña, que hablaría igual, se movería igual y, sin embargo, sería otra chica, extraña y amenazadora, no habría podido creerlo, como también me cuesta creerlo ahora.

Capítulo 25

LLEGUÉ a la morgue, como había prometido a Caty, no el mes siguiente, sino al cabo de un trimestre, porque a partir de aquel día salía pitando a casa todas las tardes, en cuanto podía, en el eterno tranvía 21, con la única esperanza de avanzar con mi manuscrito. En cierto sentido, este se ha convertido para mí, últimamente, en la realidad misma, en el mundo en el que respiro y pienso. Hasta tal punto es así que he empezado a hacer melindres, como un niño caprichoso, ante las bandejas con diferentes muestras de existencia que la vida me va ofreciendo. Anteayer, entré por la puerta aterido, impaciente por copiar otros fragmentos inexplicables y obsesivos de mi diario, esos injertos para el cerebro de un lector cada vez más improbable, pero, como de costumbre, después de merodear un rato, sin encender las luces, por la casa enorme, sonora, nunca la misma de mi memoria, me encontré de nuevo en el pequeño recibidor de la entrada, ante la puerta principal, a través de cuyos cristales se abría camino, con su color oro salpicado de coágulos de sangre, el ocaso. En ningún sitio es el silencio tan total, el silencio de los sordos de nacimiento y de los mundos en los que el oído no ha aparecido aún, como en estos lugares encerrados en su sombra y en su enigma. Aquí no vives en el mundo, sino en una fotografía con matices apagados y siluetas inmóviles.

Esta vez, sin embargo, alguien estaba llamando a la puerta. Adiviné a través del cristal, entre las volutas de hierro forjado y deformada por sus ondulaciones, la imagen de una mujer que no podía ser otra que Irina, mi única amiga de la escuela 86. Abrí antes de que tocara el timbre y una vez la dejé entrar, recorrimos juntos salones, estudios, talleres de pintura, pasillos con ventanas de cristal amarillo, bibliotecas tapizadas de libros y cocinas llenas de objetos heteróclitos, hasta llegar al dormitorio donde, como siempre, Irina me abrazó sin romper el silencio, algo que provocó —esta vez— mi frustración, pues en aquel momento sentía una fiebre más textual que sexual y, por otra parte, me había intrigado tanto la imagen de la niña de uñas multicolores que no me apetecía nada sustituir una tarde de soledad y meditación por un simple acoplamiento sexual. Resulta extraño que el mismo cuerpo de una mujer pueda parecer unas veces tan sexual en tu cerebro impregnado de hormonas, mientras que otras, cuando el líquido de oro no baña tu mente ni tus sentidos, se convierte en algo tan inerte, tan neutro y tan discreto como una lámpara olvidada en la mesita de noche o como un paraguas en la oscuridad de una despensa. Aunque estaba desnuda y deseosa de amor, Irina no era para mí, en ese momento, una mujer, sino una persona que se comportaba de forma extraña, en cierto modo incomprensible. Un accidente vascular puede provocar que no percibamos una zona entera del espacio, la parte izquierda, por ejemplo, que de repente queda vacía como el abismo previo a nuestro

nacimiento. O podemos quedarnos del todo ciegos, de tal manera que no seamos capaces de imaginar siquiera qué significa ver. Pero esas cosas no suelen ocurrir en nuestra vida cotidiana, y en ningún caso varias veces. Sin embargo, ocurre más a menudo que nuestra sexualidad se encienda y se apague —de un modo total y sorprendente por igual—, y, a pesar de todo, no concedemos demasiada importancia a estos fenómenos. Cuando Irina me arrastró a la cama, cuando pulsó el botón de la pared y ambos nos elevamos, flotando con suavidad, a un metro de las mantas, allí, en la delicada penumbra, comenzó a acariciarme con pasión, pero mi sexo estaba flácido. Aunque el problema no era ese, sino el hecho de no recordaba que existiera algo llamado sexualidad. Aun así me desnudé y nos abrazamos —castamente, dadas las circunstancias—, aunque su cuerpo delgado y huesudo se contorsionó, como de costumbre, hasta que nuestros rostros acabaron frente al sexo del otro. ¡Cuánta felicidad se esconde aquí cuando te habita tu propia locura erótica! A veces llegas a pensar que no necesitas nada más: la visión minuciosa de la flor sexual del otro, la flor de piel arrugada en la mágica ambigüedad de su fealdad, las gotas de rocío que salpican los gruesos pétalos, su profundidad sanguinolenta y rugosa, la estrellita del ano entre los glúteos sobre los cuales la piel se estira nacarada, todo ello disuelto en el oro líquido de la voluptuosidad, por dentro, donde se encuentra la cisterna de oro de tu vitalidad, tu centro de lava incandescente… Pero en ese momento yo contemplaba su vulva con una especie de indiferencia, como cuando miras ese cuadro que lleva siglos colgado en la pared de tu habitación, tan conocido que ya apenas reparas en él. Me sentía bien, estaba relajado, había olvidado ya mi manuscrito, pero no podía evitar sentirme muy lejos. Percibía las inútiles caricias de los labios y los dedos de la mujer junto a la que levitaba como a través de un fieltro silencioso de imágenes. En cierto sentido me había convertido de nuevo en un niño, la felicidad oscura del amor no embotaba aún mi mente encerrada en su castidad. Acariciaba con ternura la piel de la amiga que estaba a mi lado, como si pasara los dedos por las páginas aterciopeladas, satinadas, de un cuaderno recién comprado. El ronroneo felino del solenoide debajo del suelo llenaba la habitación con una especie de tensión mecánica, elástica, como la del vagón del tranvía que vibra al atravesar un bulevar de edificios desconocidos.

Cuando se volvió de nuevo hacia mí, Irina sonreía. Luego se echó a reír a carcajadas. «Probemos con otra cosa», me dijo, y yo, por supuesto, sabía lo que seguiría. Siempre, por muy apasionado, satisfecho y carente de toda inhibición que fueran nuestros actos sexuales, e indiferentemente de cuántas horas hubieran durado o de lo extenuados que estuviéramos por los latigazos de los mechones húmedos y elásticos del otro sobre nuestras nalgas, Irina necesitaba una oscuridad absoluta para liberarse por completo y jugar a unos juegos que me habían asustado al tiempo que me habían fascinado y excitado muchísimo desde que nuestros encuentros comenzaron. Así que regresamos, flotando despacio, a la cama de sábanas revueltas, apagamos la luz y nos cubrimos con la manta, nuestros cuerpos desnudos el uno junto

al otro, ella con la cabeza sobre mi hombro, apenas perceptible en la profunda oscuridad, yo con el brazo extendido sobre su almohada, mirando al techo sin querer ver, porque los ojos, abiertos o cerrados, se revelaban inútiles en esos momentos, del mismo modo que no te sirven para nada en las cavernas que hay en las profundidades de la tierra.

Porque, en verdad, descendía a través de su voz transformada, ronca, melopeica, hasta las vastas mazmorras y cárceles y celdas del sexo puro, despojado de toda humanidad, de los espacios en cuyas profundidades la razón se veía como una constelación hiperlejana, tan remota y tan impersonal que al final se disolvía por completo. Al cabo de un rato ya no carecía de nombre, de identidad, de cerebro y de corazón, todo había quedado atrás como la ropa de la que unos amantes se despojan apasionada y lentamente, dejándola desperdigada desde la puerta de entrada hasta la cama. Ardiente como una estatua de latón caldeada en el horno, abrasando mi oído con la brisa de verano tórrido de su aliento, jadeante y susurrante de repente, Irina me hablaba sobre orgías inimaginables para una mente despierta, sobre acoplamientos frenéticos, sobre montones de cuerpos de hombres y mujeres que agotan todas las posibilidades —aparentemente tan limitadas— de nuestros sexos, sobre penetraciones y caricias que provocaban un éxtasis más allá de todo lo que puedes llegar a sentir en tu pobre vida consciente. Sobre verdugos y víctimas voluntarias que gimen en la languidez y el sudor ardiente de unas torturas horribles y enloquecedoras. Me hablaba sobre el placer terrible de estar a merced del otro, atada y crucificada como un preparado sexual, sobre penetraciones en las que la mujer se mueve como una divinidad india, y en las que las uñas dejan tatuajes sangrientos sobre la piel. En la oscuridad total, liberados de esa obligación de mirarnos a los ojos que nos haría correr el peligro de recordar quiénes somos, Irina me habla sobre la necesidad abrumadora de ser contemplada como un simple objeto de placer, sobre su necesidad de revolcarse en la cama con otra mujer, sobre sus vagabundeos por calles nocturnas en busca de aventuras de una noche. Vacío, blasfemia, degradación, pero a través de ello y más allá de todo ello, un placer destructor y radiante como un fuego negro que no se apaga jamás. Estabas profundamente, profundamente, profundamente en ti, allí donde la forma de los sexos es solo un símbolo para otro mundo y otra vida, y en los que tu cuerpo ha escapado de la cadena, donde es libre con un monstruoso y peligroso esplendor. A medida que avanzaba en sus historias, siempre distintas, siempre más alejadas de todo lo que podrías llegar a vivir alguna vez en la vida que se le concede al hombre en la tierra, la voz de la mujer invisible que estaba a mi lado se entrecortaba cada vez más, ahogada en gemidos y jadeos. El aire que había pasado por sus pulmones y su sangre, que había irrigado su pelvis superexcitada, irrumpía contra mi rostro como si saliera de un horno.

Al principio me oponía a su necesidad de conducirme hasta allí, a la hipnosis de su voz monótona, me sentía escandalizado y contrariado por esa faceta suya que no habría podido imaginar jamás. La interrumpía en cuanto sus historias superaban los

límites del sexo doméstico y ritual, el que existía en mi mente antes de conocer a Irina. Luego, sin embargo, me resigné, la cogí de la mano y, como dos exploradores desnudos y deslumbrantes en la oscuridad de las cavernas subterráneas, nos adentramos cada vez más lejos por el laberíntico trayecto, siempre descendente, hasta que una noche nos fundimos ambos en el metal fluido, traslúcido, del núcleo de la tierra. Entonces, a su lado y gracias a ese viaje mental, en el mundo sin espacio ni tiempo de la voluptuosidad infinita, paraíso infernal e infierno celeste, tuve de repente un orgasmo inigualable, como la brusca apertura en el cráneo de una inflorescencia criminal y sublime. Supe entonces que en realidad no existen ni el yo ni la voluntad ni la razón ni la piel ni los órganos internos, que más allá de su ilusión hay un mundo esculpido en placer, placer puro, como un estallido cegador más allá del cual no existe siquiera la nada. Así acababan siempre nuestras horas de amor, un abrazo enloquecido en una oscuridad total, más violento cuanto más inmóviles hubiéramos estado antes, dejando que únicamente la planta extraña de una voz que no era ya la de Irina, sino la de su vientre sexual, creciera entre nosotros, que nos enlazara con sus tiernos zarcillos. Y cuando el Jordán de nácar inundaba la tierra santa, nos espabilábamos, encendíamos la luz, nos vestíamos sin mirarnos e Irina, para mi alivio, se marchaba, pues lo único que deseaba yo era retomar mi vida oscura y solitaria. Muchas veces me decía a mí mismo: «Me he salvado también esta vez», como si la profesora de física fuera uno de esos insectos cuyas hembras van devorando concienzudamente, tras el acoplamiento, al macho.

Así que anteanoche, cuando tenía todavía fresca en la mente la aventura del «Mina Minovici», no conseguí escribirla, y ayer estaba demasiado emocionado por la historia de la niña de uñas multicolores como para poder enfrentarme a ella. Por mucho que la presión de los acontecimientos cotidianos me aparte de aquello que debería anotar aquí, intento mantener un cierto orden en mis historias, porque todo organismo vivo es simétrico y se desarrolla de forma asintótica a partir de los sedimentos que sombrean los polos del huevo inicial.

Mina Minovici me contempla desde el *Tratado de medicina legal* con una mirada ojerosa y obsesiva, no muy diferente a la de los ahorcados, los fusilados, los machacados, los quemados, los defenestrados y los envenenados que pueblan las páginas de ese libro tan esencial que es la Biblia. Cuando lo compré en Sadoveanu y lo hojeé por primera vez, me sentí mal, como unos años atrás, cuando pasó por mis manos (dejándome el rastro de unas ampollas) un tratado de enfermedades de la piel, lleno de fotografías de espaldas, muslos y zonas inguinales cubiertos por una flora exuberante y fantástica: pústulas, eczemas, excoriaciones, forúnculos y explosivas urticarias, líquenes incrustados en pieles abultadas de color ceniciento. Cuanto más daño físico y psíquico me provocaban, más me fascinaban estas lecturas. Enfermedades, parásitos, deformidades, la ruina del templo más noble en la faz

luminosa de la tierra: el bendito cuerpo humano.

Su familia procedía de Tetova, en la Macedonia serbia. Habían conducido sus burros y sus ovejas, desde la noche de los tiempos, a través de unos Balcanes que olían embriagadoramente a rosas. Luego, tras hacer fortuna, se dirigieron hacia las llanuras del Danubio y se asentaron como comerciantes en Valaquia. Su padre le dejó en herencia —al igual que a sus otros ocho hijos— un profundo pesimismo. Fue durante toda su vida un hombre profundamente religioso. Era conocido en Brăila como uno de los benefactores de la iglesia del barrio de Cufitari, una iglesia nueva, pintada en unos espléndidos tonos púrpura y zafiro, que parecía una deslumbrante piedra preciosa en medio del estercolero y la miseria del barrio. Su peculiaridad, a la que Minovici padre no era en absoluto ajeno, consistía en que, en la gran escena del Juicio Final de la pared oeste de la iglesia, no aparecía ningún redimido. No había nadie en las sillas del coro de los fieles a la derecha del Padre. Bien al contrario, unas cabras testarudas, de cuello rígido, abarrotaban la parte izquierda con sus cuerpos femeninos, un poco demasiado rosas y voluptuosos, mientras unos hombres verdosos-morenos, con costillas prominentes, se amontonaban junto al río de sangre hirviente, trinchados por unos diablos de ridículas perillas. Mina, un crío de siete años, no olvidaría jamás el descubrimiento de esta pared en la que el pintor de frescos había trabajado en secreto. Mezclado con la multitud de fieles, muchos de ellos ladrones y prostitutas, quedó conmovido no tanto por el destino terrible de la muchedumbre de pecadores, cuanto por el vacío del paraíso, por la desolación de los ángeles, por las lágrimas en los ojos de Cristo al ver la imposibilidad de salvar a un pueblo pecador, la madera torcida, imposible de enderezar, de la humanidad. Como también quedaría profundamente grabada en su mente la mañana en la que trajeron el cuerpo de Terente, el infame bandido y violador, el rey del espadañal, muerto dos meses antes, momificado por la brisa de los pantanos, picoteado por los pájaros y sembrado de hierbas. Lo acarreaban en un carro rodeado de guardias, como si lo temieran muerto tanto como lo habían temido en vida. Lo arrojaron delante del ayuntamiento, en la plaza cuya fuente presidía el busto de un personaje bigotudo, desconocido, y lo desnudaron allí mismo, a la vista de toda la ciudad, porque los vecinos de Brăila estaban impacientes por confirmar una leyenda: el miembro viril del bandido —a lo largo del cual estaba tatuada con tinta roja una obscenidad larga y florida— era, decían, el más largo que jamás hubiera poseído un hombre. Si lo enterraban boca abajo, reían los vecinos, llegaría hasta las antípodas, hasta la brumosa Australia… Mina, firmemente aferrado a la mano de un hermano más mayor (que se convertiría luego en diputado de un partido liberal y, más tarde, en ministro), vio claramente, zarandeado por la muchedumbre, cómo cortaban con un cuchillo los pantalones de tela rígida, manchada de sangre, del bandido, y escuchó un «¡aah!» unánime cuando el sexo en verdad enorme de Terente, que descendía por el muslo hasta llegar a las rodillas, mostró su monstruosidad venosa, oscura, junto con la infame inscripción. Al cabo de unos días, antes de enterrarlo sin pope ni cruz, como

si fuera un perro rabioso, le cortaron esa tercera pierna y la conservaron en formol. Con el paso de los años, se convertiría en uno de los objetos más admirados de la morgue, gracias a los desvelos de su fundador, que también daría nombre a esta institución.

Tras la muerte del padre, Mina se marchó a Bucarest y luego, a finales del siglo XIX, estudió Medicina Legal en París, además de la joven ciencia de la tanatología. Debutó en las revistas especializadas con «La muerte súbita como consecuencia de los golpes en el abdomen y la laringe», un pequeño estudio ilustrado que produjo bastante revuelo. A este le siguieron otras textos monumentales como el *Estudio médico-legal de los alcaloides cadavéricos, La putrefacción desde el punto de vista médico-legal e higiénico, Sobre la criminalidad femenina en Rumania*, al igual que el clásico *Tratado completo de Medicina Legal* en dos volúmenes. Mina Minovici llegó a ser, asimismo, un reputado taxidermista y especialista en embalsamamientos, y sus servicios fueron solicitados tras la muerte de varias cabezas coronadas de Europa.

En 1892 fundó en Bucarest (y construyó siguiendo un proyecto propio, en cooperación con el arquitecto francés Jean-Baptiste Leroux) uno de los primeros institutos médico-legales del mundo y, en cualquier caso, el más grande y más moderno de todos ellos. Se trataba de una construcción ciclópea, en cuya parte superior se alzaba una gigantesca cúpula de piedra, como un ojo abierto hacia el cielo, flanqueada, a lo largo del anillo ancho que la rodeaba, por las doce estatuas que representaban los doce estados sombríos del espíritu: la Tristeza, la Desesperación, el Pánico, la Nostalgia, la Amargura, el Odio, la Indignación, la Melancolía, el Asco, el Horror, la Lástima y la Resignación. Todas eran de bronce ennegrecido, tres veces más grandes que las proporciones humanas, y representaban a mujeres de rostros sombríos ataviadas con vestimentas ordinarias. Lo único vivo en ellas, rebosante de fuerza convulsa, eran sus brazos desnudos, increíblemente expresivos en su gesticulación inmóvil. Aquellas manos que terminaban en unas garras elevadas de un modo blasfemo hacia el cielo se asemejaban a las patas articuladas de una garrapata exorbitante. En el ápex de la cúpula se elevaba un pedestal sobre el que levitaba, a medio metro de la piedra brillante (de tal manera que desde abajo no se observaba que la estatua grande y pesada no tocaba ningún punto del podio), una decimotercera estatua, la Condena, cuatro veces más alta y maciza que las demás, que alzaba hacia el cénit un rostro con la boca abierta en un grito mudo, terrorífico, eterno. Como los pájaros que sobrevolaban la ciudad —los gorriones y las cornejas tan características de Bucarest— no se acercaban jamás a la siniestra cúpula de la plaza Unirea, muchos suponían que la boca que gritaba bajo el cielo polvoriento emitía unos aullidos que el oído humano no alcanzaba a distinguir. La morgue, con la estatua levitando sobre ella —no hace falta repetirlo—, estaba situada en un nudo energético similar a ese sobre el cual fue construida mi casa de Maica Domnului. Como he sospechado siempre —antes de confirmarlo hace unos pocos días—, bajo la cúpula se escondía un solenoide

parecido al que se encuentra debajo de mi dormitorio aunque, por supuesto, de proporciones y fuerza muy superiores.

Aparte de la gran cúpula, que albergaba las salas de disecciones con sus ochenta mesas y sus cámaras frigoríficas, el conjunto de la morgue incluía también anfiteatros, bibliotecas, un museo muy visitado, así como una serie de dependencias en las que no penetraba nadie, nunca, a excepción del director y de unos cuantos responsables de la morgue. Fascinante era (y lo sigue siendo) el museo, uno de los pocos sitios que frecuento de vez en cuando. Porque en verdad aquí hay cosas dignas de ver. Junto al pene de Terente, que se considera *La Gioconda* de este Louvre siniestro, está también expuesto su cráneo con el maxilar destrozado. En otras vitrinas, en cambio, se pueden encontrar asimismo esqueletos con malformaciones, cuerpos momificados y embalsamados, frascos con siameses unidos por la zona craneal, niños mutilados para ser utilizados como mendigos, gruesas ampollas con muestras teratológicas, desde abortos hidrocéfalos a recién nacidos sin cerebro (el más extraño es el que no tiene ojos sino una frente lisa que desciende hasta los labios), adolescentes con dos sexos, andróginos de senos cónicos y penes amoratados, y un útero hendido que permite ver un feto que parece amenazarnos con el puñito… Junto a incontables efigies de la desgracia humana, enanos y jorobados, quemados y mutilados de guerra, se pueden ver objetos de lo más heteróclito: sogas con las que fueron ahorcados distintos criminales, atroces instrumentos de tortura, muñecas de goma para pervertidos —con boca en forma de O y los brazos doblados—, la lencería de famosas prostitutas, todo aquello que la negra melancolía de la mente humana ha podido crear, el rostro oscuro y eternamente oculto del mundo. Órganos devorados por el cáncer, estómagos que conservan todavía estricnina, hímenes sanguinolentos y embarazos extrauterinos componen este museo de los horrores y del dolor, la contraposición de todas las pinacotecas, de las salas de conciertos, de las bibliotecas y de las academias del rostro soleado del mundo.

Mina Minovici se dedicó a reunir, durante cuarenta años, las muestras expuestas en este museo de la morgue, que provocaban a menudo el asco y la náusea de sus visitantes. Más interesante que la galería de monstruos del museo es lo que tenía lugar en las salas de trabajos prácticos y en los laboratorios de anatomía patológica de la morgue. El hermano de Mina, Nicolae, el séptimo hijo de la familia de Brăila y además su oveja negra, fue durante décadas el director de los trabajos. Tenía las mismas ojeras que su hermano mayor, el mismo gusto por los cementerios, los cipreses y los infiernos, la misma locura melancólica, inclinada sin embargo hacia el deslumbrante mundo del arte. Desde pequeño, dicen los estudiosos de su vida, se sintió atraído por el arte abstruso del tatuaje. Los cuerpos delgados y vigorosos de los navajeros y los presidiarios que llenaban la ciudad danubiana de su infancia presentaban, desde la frente hasta la planta de los pies y desde los labios hasta los testículos, incontables dibujos burdamente incrustados en la piel, una verdadera crónica primitiva, grotesca, hilarante y terrorífica al mismo tiempo, de sus

devociones, de sus amores, de sus deseos, de sus crímenes, de sus miedos y sus éxtasis. Había allí corazones atravesados, serpientes de escamas verdes y azules, mujeres de senos enormes y rostros oligofrénicos, iconos y celestiales ojos triangulares, santos con aureolas, piernas abiertas con vulvas obscenamente dibujadas, en un rojo chillón, entre ellas. Estaban los tajos de los apuñalados, había nombres escritos con letras torcidas e irregulares, como dibujadas por un niño de seis años, había motivos bordados, había meandros griegos, había palabras crueles y desvergonzadas, lunas, ruedas dentadas, estrellas y cruces… Cuando, más o menos a los trece años, acompañó a su hermano mayor a uno de los pintorescos burdeles desperdigados por las orillas del gran río, entre las tabernas y los tenderetes donde peces de barrigas rosas y blanquecinas coleaban todavía, Nicolae pudo contemplar también los tatuajes de las putas, más exuberantes aún, pues eran más delicados y más provocativos que los de los hombres. Alrededor de las areolas de unos pezones como moras, alrededor de la vulva y del ombligo —una tártara tenía incluso alrededor de la boca, una especie de anillo de letras menudas—, las putas exhibían una flora y una fauna trémulas. Las mariposas, las peonías de pétalos apretados, las piedras preciosas y las cadenitas, los nombres acompañados de apasionadas declaraciones, los cuchillos que goteaban sangre, las coronas de espinas, los iconos de la Virgen María y el Niño Jesús dibujados en la tripa, las citas del Evangelio en cada una de las nalgas —todo ello taladrado en la epidermis, con sufrimientos atroces, por los artistas de las cárceles— causaron tanta delicia y asombro en el niño que ya no pudo volver a acercarse siquiera, durante el resto de su vida, a una mujer que tuviera una piel inmaculada.

Cuando ingresó, en 1888, en la Escuela de Bellas Artes de Bucarest, Nicolae se compró una cámara de fotos Kinetograph, una simple caja de madera con dos lentes montadas en tubos de latón pulido, y regresó a su fabulosa Brăila. De esa cámara salieron cuatrocientas fotografías de mujeres y hombres desnudos, tatuados de arriba abajo, y un estudio etnográfico titulado *Tatuajes de la zona danubiana*, que fue calurosamente recibido por los especialistas en la materia. Aprovechando la ocasión, cerró los contratos con decenas de vecinos que, a cambio de una suma no muy generosa, se comprometieron a cederle su piel a Nicolae, después de muertos, antes de ser enterrados. Y, ciertamente, existen todavía hoy en día cinco o seis pieles tatuadas, rellenadas con estopa por los hábiles taxidermistas del instituto y con ojos de cristal, como los animales del otro museo fundado en esa época, el de Ciencias Naturales, obra de Grigore Antipa. Sin embargo, ese vasto proyecto fue rápidamente abandonado pues, antes de terminar sus estudios en la facultad, Nicolae Minovici descubrió por fin su verdadera pasión.

Durante las clases de pintura, entre jóvenes aprendices vestidos con amplias y cómodas batas, manchadas de óleo, se encontraban los modelos, desnudos e indiferentes, que posaban para las distintas alegorías representando faunos, ninfas, pastorcillas o tritones, pues todos los pintores principiantes soñaban con recibir

alguna vez un encargo importante: el techo de alguna institución artística o al menos el de una casa señorial, las paredes de los edificios que albergaban los ministerios o, por qué no, algún salón de los palacios reales de Sinaia… Los modelos masculinos solían ser el portero de la facultad o el jardinero de algún vecino, y los femeninos, unas señoritas anodinas, taquígrafas del tribunal o institutrices que redondeaban así sus ingresos. Algunas eran accesibles y, por placer o por dinero, se acostaban a menudo con aquellos estudiantes que ya se conocían, en cualquier caso, cada pliegue de su cuerpo. Otras, sin embargo, eran púdicas y decentes, y los chicos que las pintaban a carboncillo en los caballetes las respetaban como si fueran sus propias hermanas. Una de las chicas que posaban desnudas entre jóvenes bigotudos de melenas rizadas —estos procuraban apartar su atención del pubis peludo, porque el arte era algo divino, lejos de tentaciones vulgares— se enamoró de Nicolae, el joven de mirada melancólica que la observaba, sin embargo, con una frialdad total, marcando tan solo las proporciones con el pulgar. La frialdad y la melancolía, decían en aquella época, hacen a menudo irresistible a un joven. Las mujeres sienten en esas miradas un drama profundo e intentan salvar de sí mismo al muchacho afeminado, borracho o jugador. Pero Nicolae no tenía nada que ofrecer a esta joven modesta, tal vez una simple modistilla de barrio, pero cuya piel era blanca como la leche. Había pasado unos cuantos crepúsculos paseando con ella por la ciudad espectral, la había invitado a su casa solo para enseñarle su colección fotográfica de tatuados y dejarla partir luego intacta, mientras contemplaba desde la ventana cómo subía, llorando a lágrima viva, en el tranvía tirado por caballos que esperaba en la parada, delante de su edificio de cuatro pisos. A continuación cogió la lámina que la representaba en la posición de la Sirenita y, mientras el aire de la habitación se volvía cada vez más ocre, empezó a dibujar a pincel, en los hombros y los brazos de la joven, una densa red de encajes e imágenes trenzadas. Salpicó por último la lámina con una emulsión de nácar.

Tras unos meses de sufrimiento, la chica se ahorcó, siguiendo la costumbre de las infelices mozas del barrio. También a la hora de la muerte se distinguían estas de sus hermanas del pueblo que, cuando quedaban preñadas, se arrojaban al pozo. El estudiante de Bellas Artes fue a verla, mientras colgaba aún de una viga del techo, a su habitación con geranios en las ventanas. La estancia olía a albahaca y a limpio. Una palangana de agua proyectaba una luz temblorosa sobre la pared. Un guardia fumaba indiferente, sentado en la cama, a un palmo de los pies rígidos, descalzos, de la chica. Su jefe le había ordenado no tocar nada hasta que llegara él. El cuerpo de la chica, con la cara amoratada y el cuello roto, colgaba de la soga. Bajo la límpida luz que entraba por la ventana su vestido azul parecía de porcelana. Los brazos y las piernas, de un blanco lechoso, era más bonitos que los de cualquier muchacha viva. Las uñas de las manos y de los pies tenían una transparencia especial, como si estuvieran iluminadas por dentro. Nicolae la contempló con esa fascinación que su familia sentía por las escenas siniestras y funerarias. Le pareció, esta vez,

indeciblemente bella. Esta era la joven a la que habría podido amar y no la de antes, la que se movía, comía y bebía. Esta muñeca grande, liberada de la parte desagradable y bulliciosa de la vida, era para Nicolae excitante, irresistible en su serenidad angelical. Si hubiera sido posible, Nicolae habría cortado la cuerda con un cuchillo, habría cogido en brazos a la joven suicida y la habría acostado en su cama, que despedía un intenso olor a lavanda. La habría cubierto con una sábana que habría formado miles de pliegues sobre su cuerpo petrificado y se habría acostado a su lado, para contemplar también él las vigas del techo. Habría sido su amada muerta, su icono amoratado. Habría permanecido eternamente junto a ella en la vasta cripta del mundo, habría envejecido allí, mirando de vez en cuando la huella negra, fascinante, que la cuerda había dejado en su cuello martirizado. Habría muerto a su lado y se habrían desintegrado ambos, de la mano, en una cama convertida en osario. Se habrían desmigado secos, como el revoque, con su propia ropa, dejando al final solo dos esqueletos en medio de un revoltijo de harapos: él y su amada muerta, él y su amor inmortal.

Contempló su rostro tumefacto y adivinó en él, mientras giraba de una forma imperceptible en el aire polvoriento de la habitación, una voluptuosidad mística, una sonrisa omnisciente, una sensualidad abstracta. Era la sonrisa de Buda, eran los párpados entornados de los sabios, era la ataraxia de los que han comprendido que los ojos impiden la visión como dos tapones de carne, y que solo con el ojo florecido bajo el cráneo es posible ver. ¿Qué había visto esta joven inocente, esta niña que no había entendido nada de la vida, en los momentos terribles de la agonía? ¿Qué había grabado en su rostro, del color índigo de la amapola, esas líneas que únicamente se encuentran en los rostros de los santos pintados en las iglesias, de los mártires y los eruditos y los iluminados? Al estudiante se le ocurrieron varias locuras: ¡robar en la morgue los globos oculares de la joven, retirarles las retinas y extenderlas con la uña, como si fueran el papel de estaño de una chocolatina, en la placa de un microscopio para examinarlas! ¿Podría haber descubierto allí acaso, impresas en las hojitas del tamaño de un sello, con una mancha ciega en el centro, visiones que el hombre no ha alcanzado aún a atisbar? Recordó los testimonios de los que, tras ahorcarse, fueron salvados en el último instante: todos hablaban del violento orgasmo que habían sentido después del estremecimiento de la caída en el vacío. Todos decían que era diez veces más fuerte que el espasmo supremo del acoplamiento. Los que inhalaban éter o se inyectaban morfina hablaban de la voluptuosidad, incomparable incluso con la que proporcionan las drogas, de los instantes en que habían colgado de la cuerda, con el sexo en erección, bombeando chorros finos de un esperma ardiente. El camino a seguir no eran las hipotéticas imágenes que dejaba en la retina la agonía del tránsito a otro mundo. Nicolae supo de repente cuál era su verdadera misión en esta vida.

Salió transformado de la habitación de la ahorcada. Al día siguiente no fue al taller de pintura, sino que se encaminó directamente adonde su hermano para convertirse en su discípulo y colaborador más cercano en la ciencia de la tanatología.

Durante dos décadas, Nicolae Minovici experimentaría consigo mismo las técnicas más sofisticadas de ahorcamiento controlado, en el marco de los programas de investigación del Instituto de Medicina Legal. Al principio, construyó un sencillo aparato de autoasfixia: un colchón, una polea colgada del techo, una cuerda de la que tiraba con fuerza el propio investigador acostado, con el nudo en torno al cuello, sobre el colchón. La interrupción brutal de la respiración por el cierre de la laringe provocaba un desmayo de unos segundos, luego la mano que sujetaba la cuerda quedaba inerte y la presión disminuía. Nicolae anotaba minuciosamente lo que le sucedía en cada fase del desmayo: la oleada púrpura que caía sobre los ojos, seguida de la ola de oscuridad, los relámpagos eléctricos y la luz turbia que precedían a la caída en la inconsciencia.

Como las grandes alucinaciones que imaginaba —y que, en secreto, anhelaba mucho más que por simple interés científico— se hacían de rogar, pasó a un nuevo estadio del experimento, haciendo que un ayudante lo elevara en el aire tirando del cabo suelto de la cuerda. Necesitó unos cuantos años para poder soportar la agonía durante veinticinco segundos sin tocar el suelo con las plantas de los pies, y se convirtió así en una especie de campeón mundial del ahorcamiento controlado, con un récord que nadie ha conseguido igualar hasta la fecha. Las fotografías que se hacía para autentificar su estudio lo muestran colgando de la polea, con el cuerpo inmóvil y un rostro sereno en el que el bigote, cada vez más poblado a medida que el sabio envejecía, ponía una nota de farsa grotesca.

Así pues, Nicolae Minovici se ahorcó cientos de veces durante dos décadas, en las extrañas profundidades de la morgue, pero solo en los últimos cinco años alcanzó el Nirvana. Fue entonces cuando publicó su gran obra: *Estudio sobre el ahorcamiento*. De esos últimos años data la multitud de dibujos que, con un talento fuera de toda duda —el mismo que lo había arrastrado en la juventud hacia las artes plásticas—, el tanatólogo realizó a partir de las visiones en sus momentos de asfixia, cada vez más prolongados. Eran imágenes al borde de la muerte, eran incluso esculturas místicas y lujuriantes en el umbral de nácar entre los mundos.

Mi amigo Emil G., el pintor (no quiero involucrarlo demasiado en esta historia), me mostró una vez, cuando éramos solo unos adolescentes del barrio de Ştefan cel Mare, en su casa de Galaji, fresca y cubierta de hiedra, donde resonaba el arrullo de las palomas, unas copias de los dibujos de Minovici, un dosier entero, de hecho, que había conseguido por medios poco transparentes y con el que me dejó recrearme mientras él, en el dormitorio, se ocupaba de la vulgar y voluptuosa Anca, una compañera del instituto que había permanecido hasta entonces con las piernas cruzadas sobre la mesa de la habitación, dejándonos contemplar sus gruesos muslos y, cuando cambiaba de pierna, también las bragas. Excitado sin esperanza alguna, pues era un crío virgen, atemorizado por las chicas y por su propia sexualidad —y así seguiría unos cuantos años más—, abrí el dosier mugriento, atado con cordones, y empecé a examinar, cada vez más absorto, los dibujos del tanatólogo.

Eran tatuajes. La hoja de papel era una piel suave y dócil que había sufrido multitud de atrocidades. Se trataba de incisiones practicadas con una aguja incandescente para ser rellenadas al instante de pólvora negra. Cada dibujo parecía la cicatriz de una operación o la huella floral de una quemadura terrible. Porque, tras superar la fase del bloqueo mecánico de la laringe por la compresión fatal —una etapa en la que, más allá de las ardientes oleadas de púrpura y alquitrán y del violento pitido en los oídos, solo se mostraba la ausencia del ser—, en el verdadero ahorcamiento, ese que entraña la ruptura de las vértebras cervicales y de la médula a través del alzamiento del cuerpo desde el suelo en una especie de irónica levitación, aparecían las visiones. No era la asfixia ni la presión de la soga en torno al cuello, no eran los ojos desorbitados ni la congestión del rostro y de la lengua lo que conducía a la mística aparición de un mundo imposible de desvelar, sino la terrible agresión a los centros cerebrales, templos de mármol y nácar donde moraban los dioses de otra realidad. Ellos inducían los sueños nocturnos, ellos generaban, con sus rostros de Cristo y sus trompas de elefante y sus destructores brazos de Krishna y sus labios de prostitutas, los hipercubos y las superesferas y los laberintos cuatridimensionales del mundo allí situado, en el vasto y bárbaro imperio de las estructuras cerebrales. Ellos generaban el punto de inserción, el portal a través del cual las alucinaciones, las visiones, las vivencias fuera de la piel de nuestro cuerpo y de la piel que envuelve las constelaciones se difundían en la realidad. Estos portales eran el objetivo de todos los buscadores del mundo, de los que creían en la sentencia «pide y se te concederá, busca y encontrarás, llama y te abrirán», de los que sabían, al igual que Novalis, que el camino verdadero conduce hacia el interior. Estos poros en la piel compacta de la realidad producían orgasmos y éxtasis, el temblor ante la poesía y la música, los excesos de la esquizofrenia, la graciosa brutalidad de las revelaciones. Bajo el peso del cuerpo —alzado por el ayudante con ayuda de la polea— del que se sometía al ahorcamiento voluntario, las vértebras cervicales empezaban a crujir suavemente, como cuando chasqueas los dedos, y la médula espinal se alargaba. Minovici había aprendido, sin embargo, a mantenerse en el límite de la supervivencia: si se hubiera dejado caer medio metro en el vacío (como los verdaderos suicidas, que volcaban ellos solos la silla que tenían bajo los pies), su cuello se habría fracturado con brusquedad y su médula espinal —el billón de serpientes neuronales trenzadas— se habría estrechado de repente matándole de forma instantánea. Allí, entre mundos, en el estado de bardo, estaba la zona donde florecieron las visiones de Nicolae.

Había tatuajes en el reverso de las hojas. Había fantásticos coros de santos, con las aureolas unidas entre sí como los granos de uva en los racimos, como los huevos de los esturiones. Había cruces volando en el vacío como bandadas de pájaros que se dirigían, listas para desgarrar la córnea transparente, hacia un ojo que albergaba en su interior un cerebro. Había un hombre desnudo con diez sexos en erección, como las docenas y los cientos de senos de las antiguas esculturas femeninas de terracota. Había una figura geométrica tan intrincada que parecía salir de la página como un

iceberg. Había una invasión de insectos, un hervidero de aparatos bucales, de patas articuladas y vientres de pelos largos, y cada insecto tenía un rostro humano, como si hubiese sido pintado por un niño o por un hombre primitivo. Había ríos envueltos en ríos envueltos en ríos, rulos de agua con peces totémicos que se abalanzaban contra el espectador. Había racimos de óvulos en el vientre transparente de una mujer. Estaba Dios, con su aureola triangular, enfrentado a un piojo sobredimensionado que parecía ofrecerle algo en una bandeja. Había piedras preciosas alineadas de forma maniática en cientos de filas torcidas. Había magníficas láminas de plantas desconocidas que resultaban, sin embargo, familiares, como resultaría una amapola si no existieran las amapolas en este mundo, y que reconocí más adelante en el manuscrito Voynich. Había jeringuillas con las agujas clavadas entre las vértebras de unos pacientes en decúbito lateral. Había deslumbrantes rayos de luz que parecían venir desde lejos y que, cuando llegaban al espectador, se transformaban en mensajeros celestiales con el rostro como tallado en coral. Había una puerta sagrada entre las piernas de todas las mujeres, los más exuberantes tatuajes adornaban sus labios tumefactos. Había multitud de hombres, multitud de bufones, multitud de querubines, multitud de hogueras en llamas, multitud de ciudades, montañas y valles, cielos y estrellas, dodecaedros e icosaedros, acumulados en aquellas láminas que, entre los gemidos de Anca y el piar vidrioso de los pájaros y la sombra verde de la hiedra, iba contemplando yo fascinado. No comprendía el lodo de oro y ámbar de aquellas imágenes que me asustaban por su primitivismo. No sabía dónde mirar entre las miles de caras de orugas, de murciélagos, de sarcoptos y de iluminados esbozados por Minovici cada vez que resucitaba. Me llevó un rato aprender la técnica, porque al principio no me di cuenta de la similitud que guardaban aquellas láminas que depositaba sobre la mesa a medida que las revisaba con los llamados estereogramas, muy de moda en los años 70 —estábamos en una tarde de otoño de 1973—, unos dibujos rítmicos, abstractos, del color del arcoíris, en los que al principio no podías distinguir nada. Pero cuando conseguías relajar los globos oculares de manera que dejaran de enfocar, tu mirada soñadora superponía la visión del ojo derecho justo sobre la del ojo izquierdo y de repente, como por arte de magia, distinguías un mundo profundo y deslumbrante, donde aparecían en relieve seres y objetos imposibles de detectar hasta entonces en la postal coloreada. ¿Serían las visiones de Nicolae Minovici una especie de estereogramas? Durante un cuarto de hora después de que se me ocurriera esa idea, forcé los ojos hasta sentir un dolor atroz. Las imágenes se deslizaban pero no conseguían superponerse y los mundos cegadores no aparecían. Anca murmuraba algo con voz ronca, unas palabras irreproducibles, y se oía claramente el traqueteo de la cama.

Me acerqué a la ventana. Los fantasmas de los dibujos que persistían en mi retina se proyectaban ahora sobre el cielo todavía veraniego: tatuajes. Con los sentidos sombríos del adolescente, el más desgraciado avatar humano, percibí todo el mundo, de repente, como una gigantesca adivinanza. Faltaba una palabra, solo una, sin la cual

todo estaba embrollado y perdido, pues los enigmas, los laberintos, los puzles, las criptografías no eran sino preguntas, mundos incompletos a falta de respuesta. Eso era lo que buscábamos todos: la respuesta, la respuesta que era la verdad. Pasé un buen rato junto a la ventana, con la mirada perdida en el vacío, escuchando mis docenas de voces interiores. Uno de los hilos desaparecía y regresaba hasta que se concretó en una imagen extraña: ¿y si nuestros hemisferios cerebrales fueran una especie de globos oculares? ¿Y si su especialización, conocida desde hace tanto tiempo (el derecho, lo racional, lo matemático, el habla, lo «masculino»; el izquierdo, lo intuitivo, lo espacial, lo emocional, lo artístico, lo «femenino»), correspondiera a la diferencia de ángulo entre los dos ojos? ¿Y si el pensamiento y, en definitiva, nuestro yo nacieran de la convergencia de los dos tipos de pensamiento? Tal vez fuera su focalización lo que nos impedía leer la realidad, comprender su mensaje codificado. ¿No deberíamos acaso, ante cada enigma, dejar que los dos hemisferios miraran de forma indolente y soñadora, de tal manera que los dos rostros del mundo divergieran levemente hasta llegar a superponerse? ¿No estará todo ante nosotros, como en los estereogramas que tenía entre los dedos, y son nuestros hábitos, aprendidos de nuestros antepasados, los que nos impiden entender el mensaje en profundidad?

Regresé a la mesa llena de dibujos desperdigados. Los miré todos juntos, colocados al azar, superpuestos y revueltos. Mi mente se había quedado vacía, como fascinada por ella misma. La superficie de la mesa llena de tatuajes parecía elevarse con suavidad, como cuando al colocar la sábana en la cama se forma una efímera bolsa de aire. Anca gritó varias veces profunda, agónicamente, en la habitación de al lado. Y entonces vi.

Capítulo 26

ASÍ pues, llegué a la morgue a las once de la noche. Hacía frío y por las calles reinaba esa clase de oscuridad que solo el abandono total del sistema de alumbrado público proporciona a las grandes ciudades. Así debía de sentirse uno en la guerra, cuando el camuflaje obligatorio apagaba las farolas de las calles y cubría las ventanas con mantas. En Bucarest no había guerra y, sin embargo, la desolación y las ruinas lo envolvían todo. A cada paso que dabas te ibas topando con casas medio derruidas con los cristales hechos añicos, con arbolillos crecidos en los tejados a partir de alguna semilla arrastrada por el viento. Por doquier, las paredes ciegas de ladrillo irradiaban por la noche el calor acumulado durante el día atrayendo así unas polillas del tamaño de dos manos, con ojos de un rojo brillante. En los pisos superiores —entre paredes derrumbadas— de las casas antiguas vivía todavía gente que tomaba su mísera cena a la luz de las estrellas y de las velas. Unos tejados negros como el alquitrán obstruían el cielo ventoso. Cuando, a aquella hora, pasaba algún tranvía camino de las cocheras, las casas de la calle temblaban. ¡Cuántas veces se habrían desmoronado para quedar reducidas a escombros durante años y años!, pues nadie se preocupaba, en la desesperación de la ruina general, por una ruina más, como tampoco nadie recogía ya los cadáveres aplastados y oxidados de los coches viejos, fundidos en el asfalto. Como todas las casas estaban comunicadas a través de túneles y puertas secretas, podías pasarte vidas enteras merodeando de unas a otras como a través de una esponja infinita. No habrías encontrado a nadie que te diera el alto. Los escasos habitantes que aún quedaran en ellas te habrían mirado sin asombro mientras recorrías sus vestíbulos y sus estancias, mientras arrancabas una hoja de un calendario atrasado, mientras abrías un cajón en el que brillaban unas viejas gafas y el metal frío de un dedal…

Delante de la monumental construcción, coronada por unas estatuas fúnebres que se recortaban negras sobre un cielo solo levemente más pálido, esperaban ya los piquetistas con sus improvisadas pancartas que, por el momento, no enarbolaban. Hablaban en voz baja, en pequeños grupos arremolinados unos junto a otros, como en la vigilia pascual antes de la aparición del cura con la luz. Estaban vestidos de negro, y las mujeres se habían cubierto el cabello con finas mantillas de tul. Las pancartas, fabricadas a toda prisa con contrachapado y, sobre todo, con cartón gofrado de empaquetar muebles, resultaban bastante burdas. Serían unos setenta u ochenta individuos, agrupados con gesto prudente a la sombra impenetrable de los muros y de la cúpula y, casi con total probabilidad, listos para dispersarse si a algún policía diligente se le hubiera ocurrido asomar las narices por allí. Pero los policías, unos parásitos barrigudos bastante propensos al soborno, evitaban instintivamente las

zonas inseguras. No querían complicaciones.

Me adentré en la muchedumbre y me hice un hueco entre aquella gente desconocida. La crisis de energía presentaba también unos inesperados aspectos positivos, pues a un Bucarest modernamente iluminado se le habría despojado de su rasgo más bello: el cielo estrellado. Bajo la luz de aquellas estrellas distinguí de repente unos cuantos rostros familiares, los de algunos colegas míos de la escuela de Colentina. Sabía que allí estaría Caty, atractiva incluso vestida de negro, incluso con un pañuelo en la cabeza. Goia, asimismo, tampoco podía faltar, o al menos eso es lo que pensé entonces. Pero ¿qué hacía entonces en mitad de aquella masa oscura la bellísima Florabela, que parecía seguir tintineando en oro aunque hubiera dejado las joyas en casa? Al contemplar a aquella pelirroja de casi dos metros, los de alrededor debían de pensar que una de las estatuas de la cornisa del templo que nos envolvía con su sombra —tal vez la Tristeza o la Resignación— había descendido entre los hombres para asombrarlos. También estaban por allí el portero borrachín, ese que rogaba cada noche que se lo llevaran los ovnis, y una profesora de Geografía sobre la que no he encontrado aún la ocasión de escribir, un ser menudo y silencioso, con una gran verruga negra entre las cejas que hacía recordar a esas indias de los melodramas con los que la gente llora a mares. Todos charlaban de cosas sin importancia, como en la sala de profesores, pero tenían la cabeza en otro sitio. Escrito con una caligrafía torpe, de esa con la que se escriben obscenidades en paredes de hormigón, vi un cartel que había traído el portero donde se podía leer: «Abajo el cáncer». Caty cotorreaba, siguiendo sus costumbres de mitómana, mientras los demás la escuchaban de mal grado. Al parecer, una mujer del barrio de nuestra escuela había querido hacerse una cura de algas para librarse de las toxinas del organismo, así que le había pedido a la tutora de su hija que le pusiera unos trocitos de algas en un frasco de agua. Pues bueno, el caso es que se había llevado el frasco a casa y lo había dejado unos cuantos días en el alféizar de la ventana, al sol. Para su alegría, aquellos seres babosos, blancuzcos como ternillas, se reprodujeron de forma considerable y enturbiaron el agua con sus deyecciones hasta que el líquido se volvió denso y lechoso como… (aquí Caty bajó la voz y se echó a reír). Hizo de tripas corazón y apuró todo el líquido, pero ya ves, querida, nadie le había dicho que no había que tragarse también las algas. Y resulta que al mes siguiente no le vino la regla… Su marido no la había tocado porque ya tenían cuatro hijos, así que dormían separados. Va al médico y, resumiendo, este le confirma que está embarazada. «Querida, es verdad, que es la madre de Angelescu, el de 5.º D…». «¿Y ahora qué va a hacer?», pregunta la mujer, pero se ha acabado el tiempo para chismorrear, porque la muchedumbre se agita y enarbola las pancartas. «Ha llegado Virgil», me informa Caty, y luego se da la vuelta para mirar, fanática y extasiada, a una silueta que se acerca hacia la gran sombra en la que nos encontramos todos y que, al cabo de unos pasos, se funde con ella.

Observé con curiosidad a aquel hombre que pasaba ahora entre los piquetistas,

cohibido, carente de aura y de carisma. Era asombroso ver cómo todos alargaban la mano para tocarlo, como si fuera un Cristo sanador, y cómo los ojos de todos los presentes se clavaban en sus labios, a la espera de verlos pronunciar auténticas revelaciones. Virgil parecía un ingeniero fatigado de una fábrica de provincias, pálido, un poco cargado de espaldas, vestido con descuido, con lo primero que había encontrado a mano. Su cabello formaba unos profundos golfos en las sienes, ya plateadas. En la barba, sin afeitar desde hacía varios días, había también un montón de hebras blancas que brillaban cuando las rozaba algún rayo de luz. Avanzó entre la gente mirando ora a uno, ora a otro, incluso deteniéndose y comentando algo de cuando en cuando, pero, a decir verdad, parecía tener la cabeza en otra parte. O, más bien, era como si no estuviera allí por voluntad propia, como si para él fuera un engorro encontrarse aquella noche entre los piquetistas.

Virgil avanzó hasta llegar a la pesada puerta de entrada de la morgue, maciza como la puerta de una caja fuerte, con imágenes de la muerte esculpidas en altorrelieve: cipreses y criptas, regimientos de huesos vagando por caminos que no conducen a ninguna parte, gente desesperada por salir del cuadro de la puerta negra como el ébano, alargando sus rostros aulladores hacia las paredes de alrededor y sacando las manos de dedos crispados, perpendiculares respecto al plano de la puerta, como si quisieran escapar del infierno bidimensional en el que habían sido talladas. Entre aquellas manos de bronce ennegrecido, tendidas hacia nosotros, los piquetistas, como las de los ahogados, estaba ahora Virgil, contemplándonos con esa fatiga de hombre extenuado por el trabajo o víctima de atroces insomnios. Caty me había cogido del brazo y me lo apretaba con tanta fuerza que estaba a punto de rompérmelo. Los piquetistas habían levantado sus pancartas en silencio y las agitaban como si quisieran que un solo espectador, Virgil, leyera la suya antes que las demás, como cuando les haces una pregunta a los alumnos más pequeños y se acercan corriendo al estrado con dos dedos en alto, moviéndolos frenéticamente delante del profesor para que les pregunte a ellos primero. Volví a leer en ellas la protesta unánime: «¡Abajo la muerte!», «¡Abajo la putrefacción!», «¡No enterréis la consciencia!», «¡Qué vergüenza la epilepsia!», «¡Dejad de matar!», «¡No a los aplastamientos!», «¡No a los enterramientos en vida!», «¡El sufrimiento es pecado!», «¡No queremos morir!», y muchas otras que enumeraban el desasosiego de las enfermedades, los temores y horrores advenedizos en la carne del ser humano y que asumíamos como nuestro destino en la tierra, resignados como los esclavos de otra época a una servidumbre que todos los de alrededor consideraban natural e inevitable. «¡Abajo los accidentes!», «¡Sin fracturas de columna!», «¡No a la agonía!», «¡No a la desaparición definitiva!», «¡Abajo la infelicidad!», «¡Basta ya de dolor de trigémino!», «¡Detened la masacre!». Caty agitaba su vieja pancarta con «¡Abajo la vejez!» y la pequeña profesora de Geografía sujetaba contra el pecho una hoja de papel en la que ponía tan solo «¡Socorro!». Sobre nuestras cabezas y sobre la cúpula fúnebre del edificio se elevaba la gigantesca estatua flotante de la Condena, que

cubría un cuarto de las estrellas del cielo y hacía que pareciéramos, bajo sus enormes piernas, una procesión de ácaros apenas visibles en la noche que envolvía la ciudad. El débil zumbido del gran solenoide de la cúpula y el ruido lejano de algún tranvía que se retiraba a las cocheras era lo único que perturbaba el silencio, por lo demás total. Recuerdo que pensé que era como vivir en un oído aquejado de acúfenos. Las manos negras que brotaban de la puerta se estiraban desesperanzadas hacia nosotros, como si, vivos y perfectos en los volúmenes de nuestros cuerpos, fuéramos los dioses intocables e incomprensibles de un infierno plano, inextricable.

Antes de hablar, el hombre que teníamos enfrente sacó, de la bolsa que llevaba todo el tiempo colgada del hombro, un taco de hojas dactilografiadas y copiadas en quién sabe qué ciclostil clandestino. Se lo tendió luego al individuo que tenía más cerca y esperó, cada vez más cansado y más desesperanzado, a que se repartieran entre los piquetistas. Cuando me llegó una de las hojas, vi que comprendía, escritos a un espacio, tres textos separados por asteriscos. El primero y el último parecían poemas. Como no había allí la suficiente luz para poder leerlos, los doblamos y nos los guardamos en los bolsillos, en las bolsas y bolsos para leerlos en casa. Puesto que tengo ahora, mientras escribo, la hoja ante mí, la copio directamente, aunque me muero de ganas de exponer la delirante consecuencia del piquete en el Instituto de Medicina Legal.

He aquí el primer poema. No tiene título ni autor. La primera vez que lo leí me invadió un sentimiento confuso, vagamente desagradable, como cuando un desconocido se te presenta con tu propio nombre que es, por casualidad, también el suyo. Nunca me ha dejado de resultar embarazoso el hecho de que existan en el mundo varios individuos con mi mismo nombre, como si me topara de repente, en la calle, con unos seres idénticos a mí. Más aún, he creído siempre que solo yo tengo derecho a decir «yo», que «yo» no es un pronombre, sino un nombre propio, mi nombre. Su utilización por parte de otra persona me parece algo absurdo, una usurpación, como si en un sueño todos los personajes tuvieran tu rostro y tu voz.

contemplo una fotografía un tanto rígida realizada antes de 1900
toda esta gente está muerta, es sin embargo una vida
también, en una gloria química; yo, como un ángel,
palpo la piel de emulsión no con los ojos
tampoco con la punta de los dedos, sino con la dimensión
ventajosa que aún conservo: estoy vivo y pienso
puedo sentir, puedo hablar, me palpo los dedos y luego toco el vaso
de agua sobre la mesa, repaso el periódico «la situación en Beirut
se complica de nuevo, helicópteros de las fuerzas pacificadoras».
y luego la nada, la nada histórica.
allí caen bombas incendiarias, aquí toco el vaso
y puedo decir mi nombre, veo por un segundo

la sección conocida de la laringe en el libro de anatomía
bajo una luz negra, a ellos, que han vivido
o no han vivido, les da igual, es como si hubieran vivido
con máxima intensidad el instante
en el que un tren los partía por la mitad, todo ello filmado
a cámara lenta, veo su sudor
petrificado en gotas enormes en el cuello, ¿arrastrándolos
hacia dónde? mientras el tren despliega todo un discurso
del terror, parálisis
en una cabina de presurización, un descansillo
hacia la muerte, y todo blanco y negro
hasta que oscurece.

yo por mi parte tengo la consistencia del hierro, además el vaso
tiembla visiblemente al roce de mi mano,
a ellos les da igual, te miran fijamente a los ojos
como unos revolucionarios en camisa contra el paredón
ante una metralleta, gloria química.
y tú desde el centro de tu carne lanzas una mirada como una moneda
al centro de su soledad.

Y ahora, tras releer este poema anónimo tal vez por décima vez, siento escalofríos, escalofríos reales, físicos, en los músculos piloerectores de los brazos y el cogote, al tiempo que un sudor helado me recorre la espalda, como cuando, en la infancia, me encontré con la historia de la mujer que desaparecía en medio del huerto nevado y la de aquel que escapaba gracias a unos martilleos en una pared que daba al exterior, a decenas de metros de altura sobre la orilla rocosa del mar. Los mismos escalofríos de espanto inconsciente que siento también ante la aparición de los visitadores, el mismo temblor violento que mueve mi cama. No colecciono únicamente mis dientecillos de leche, mis fotos de la infancia («toda esta gente está muerta») y otros fósiles de mi precámbrico personal —las trenzas, los trocitos de cordel del ombligo—, colecciono también espantos, cada vez más y más diversos, de diferentes colores y rugosidades, como los cantos rodados a la orilla del agua que fluye. Contemplo mis espantos a la luz, uno a uno: traslúcidos, opacos, con venas de mineral, quebradizos… Conforman todo un conglomerado de miedos disparatados.

El texto siguiente es de Herodoto (*Historias*, 7, 44-45, como supe por la nota incluida bajo la cita):

> Estando ya Jerjes en Ábidos, quiso ver reunido a todo su ejército. Habían levantado los abidenos encima de un cerro, conforme a las órdenes que les había dado, un trono primorosamente hecho de mármol blanco, cerca de la

ciudad. Sentado en él, Jerjes contemplaba todo su ejército de mar y de tierra esparcido por aquella playa. Este espectáculo despertó en él el deseo de contemplar un remedo de una batalla naval y se representó allí una naumaquia en la que vencieron los fenicios de Sidón. Quedó el rey tan complacido por el simulacro del combate como por la vista de la armada. Sucedió, pues, que viendo Jerjes todo el Helesponto lleno de naves, y llenas asimismo de hombres todas las naves y todas las campiñas de los abidenos, aunque primero se tuvo por el mortal más feliz y por tal motivo se alabó, poco después prorrumpió en un gran llanto. Viendo aquello Artabano, su tío paterno, el mismo que antes con un parecer franco e ingenuo había desaconsejado al rey la expedición contra Grecia, viendo pues, aquel gran varón, que lloraba Jerjes, le dijo: «Señor, ¿qué novedad es esta? ¿Cuánto va de lo que hacéis ahora a lo poco que antes hacíais? ¡Poco ha feliz en vuestra opinión, al presente lloráis!». «No lo admires —replicóle Jerjes—, pues al contemplar mi armada me ha sobrecogido un afecto de compasión, doliéndome de lo breve que es la vida de los mortales y pensando que de tanta muchedumbre de gente ni uno solo quedará al cabo de cien años». A lo cual respondió Artabano: «Aun no es esto lo peor y lo más digno de compasión en la vida humana, pues, siendo tan breve como es, nadie hubo hasta ahora tan afortunado, ni de los que ahí veis, ni de otros hombres algunos, que no haya deseado, no digo una sino muchas veces, la muerte antes que la vida; que las enfermedades que a esta asaltan y las enfermedades que la perturban, por más breve que esta sea, nos hacen parecer sobrado duradera».

Las hojas terminaban con un poema verdadero, poderoso y sonoro como un grito de desesperación y como un himno de toda la humanidad. Abajo, Virgil había anotado el nombre del poeta: Dylan Thomas.

Quiero citarlo entero porque es, evidentemente, uno de los pocos que saben de qué habla:

No entres dócil en esa buena noche,
la vejez debería arder y enfurecerse al concluir el día;
enfurecerse, enfurecerse contra la muerte de la luz.
Aunque al llegar su fin los sabios sepan que la oscuridad es justa,
ya que sus palabras no desviaron el relámpago
no entran dóciles en esa buena noche.

Los hombres buenos, por ser los últimos, al lamentar lo mucho
que podrían haber brillado sus obras frágiles
se enfurecen, se enfurecen contra la muerte de la luz.

Los hombres salvajes, que capturaron al sol al vuelo y lo cantaron
y que aprenden, tarde, que entristecieron su camino
no entran dóciles en esa buena noche.

Los hombres graves, moribundos, que ven con ojos cegados
que los ojos ciegos podrían arder como meteoros y ser dichosos,
se enfurecen, se enfurecen contra la muerte de la luz.

Y tú, padre mío, desde tu altura triste,
maldice, bendíceme ahora con tus lágrimas feroces, te lo pido.
No entres dócil en esa buena noche.
Enfurécete, enfurécete contra la muerte de la luz[17].

«¿Por qué vivimos?», empezó Virgil, como hablando consigo mismo, pero su voz retumbó brutalmente en el silencio de la noche. «¿Cómo es posible que existamos? ¿Quién ha permitido este escándalo y esta injusticia? ¿Este horror, esta abominación? ¿Qué imaginación monstruosa envolvió la conciencia en carne? ¿Qué espíritu sádico y saturnino permite que la conciencia sufra, que el espíritu aúlle torturado? ¿Por qué hemos descendido a este cenagal, a esta jungla, a estas hogueras llenas de odio y furia? ¿Quién nos ha arrojado desde las alturas? ¿Quién nos ha encerrado en cuerpos, quién nos ha atado con nuestros propios nervios y nuestras propias arterias? ¿Quién nos ha obligado a tener huesos y cartílagos, esfínteres y glándulas, riñones y uñas, pieles e intestinos? ¿Qué hacemos en este mecanismo sucio y blando? ¿Quién nos ha sellado los ojos con nuestros propios ojos, quién nos ha tapado los oídos con nuestros propios oídos? ¿Quién ha consentido el dolor, quién ha consentido los sentidos? ¿Qué tenemos que hacer con los racimos de células de nuestro cuerpo? ¿Con la materia que fluye por él como a través de un tubo de carne agónica? ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué tomadura de pelo es esta? ¿Por qué nadamos en ácidos que ulceran nuestra piel? ¡Protestad, protestad contra la conciencia enterrada en la carne!

»¿Por qué nos duele, por qué nos atormentamos, por qué nos desgarran cuchillas y flechas envenenadas? ¿Por qué nos arrancan el corazón, por qué nos atan, con la cabeza cubierta por una capucha negra, a la silla de tortura? ¿Por qué nos llenamos de ampollas al más leve soplo de viento? ¿Por qué nos ulcera incluso el roce del plumón del diente de león? ¿Por qué aullamos atormentados en la agonía de nuestras vidas y por qué el mayor tormento, el más difícil de soportar, es el miedo? El miedo a la pérdida, a la desaparición, a desprenderte de la propia corteza que dejas atrás, al dolor y al placer, a la vida y al sueño, al sexo y al pensamiento pero, sobre todo, a la araña del tamaño de cien universos que teje la ilusión en la que nos encontramos. ¿Por qué han permitido el miedo, por qué bebemos a diario la copa de veneno de araña del miedo? ¿Por qué es el miedo la sustancia del mundo en el que vivimos? ¡Protestad

contra el miedo, protestad contra las deyecciones que enturbian la claridad!

»Minúsculos en vuestra nimiedad, micelios de una mota de polvo en el infinito, ¡protestad contra la desaparición de las conciencias! Es diabólico, es intolerable que un espíritu muera. Está más allá de los límites del mal que un ser comprenda su destino. Es cruel, bárbaro, inútil, traer un espíritu a este mundo, al cabo de una noche infinita, solo para hundirlo, tras un nanosegundo de vida caótica, en una nueva noche infinita. Es sádico ofrecerle por adelantado el conocimiento completo del destino que le espera. Es abominable matar a millones y millones, a generaciones y generaciones, a santos, criminales, genios, héroes, putas, mendigos, campesinos, poetas, especuladores, beatos, torturadores, a verdugos y víctimas a la vez, tanto a malos y como a buenos, es melancólica y desoladora esta obra propia de un criminal en serie. Nuestro mundo se extinguirá, el universo se pudrirá junto con los otros millones de universos, pero el ser y el no ser durarán lo que dure la eternidad, como un mal sueño, como una infinita telaraña. Y nosotros, las perlas de este mundo, los cristales que deberían brillar eternamente, no estaremos jamás, jamás, por mucho tiempo que pase y por muchos desastres que sucedan en el infierno que es el mundo físico, en la mazmorra infinita de la noche. ¡Protestad, protestad contra la extinción de la luz!

»¡Llorad el llanto de Jerjes, gritad, gritad contra la muerte de la luz! Salid de la emulsión fotográfica en la que estáis inmovilizados para toda la eternidad. Forcejead y abofeteaos para despertar del horror. ¡Piquetad en los lugares maléficos, las morgues y los pabellones de los cancerosos, las leproserías, los campos de concentración, los salones de los quemados y los magullados, arrojad manifiestos desde la cúspide de los edificios más altos, rechazad el envejecimiento y las enfermedades, retad a la muerte! Nunca, a lo largo de toda la historia de la humanidad, que es la historia de los mataderos, ha protestado nadie como protestáis vosotros. De manera tan desesperada y tan heroica. Nunca la dignidad humana se ha mostrado con una gloria más conmovedora. ¡Levantad aún más las pancartas, agitadlas contra la putrefacción del olvido!».

Cuando Virgil calló, nos contempló un rato con los mismos ojos de hombre completamente agotado por la vida. Luego se giró despacio hacia la puerta de la que brotaban las manos de cobre con los dedos espasmódicamente crispados. Trenzó sus dedos con los de los seres esculpidos en altorrelieve que se lamentaban entre tumbas y cipreses, y la puerta empezó a abrirse.

Ante nosotros se extendió un pasillo largo y profundo, como forrado en un metal incandescente. Accedimos así, tras Virgil, que avanzaba en silencio unos cuantos pasos por delante a las entrañas de la morgue. Yo pensaba en los Evangelios, pensaba en la redención. ¿Sería acaso tan cruel el verdugo de las generaciones? Pensaba en Kafka: la salvación existe, pero no para mí. Pensaba en Kierkegaard: aunque yo fuera el único condenado a las eternas penas del infierno y todos los demás hombres se salvaran, seguiría elevando igualmente, desde el fondo de las llamas, un himno de gloria a Dios. ¿Podría él poner el dedo en una placa al rojo vivo, aunque fuera solo un

minuto? ¿Sabía él qué significaba arder por toda la eternidad, sin esperanza, milenios tras milenios, eones tras eones? Caty temblaba aferrada a mi brazo mientras arrastrábamos los pies por aquel pasillo que parecía no tener fin. A lo largo de él se extendían unas vitrinas sórdidas en las que se acumulaban gran cantidad de instrumentos de tortura irreconocibles pero repulsivos, tan antiguos que parecían recubiertos por una capa de sal. Probablemente hubieran agredido, durante varios decenios, el mecanismo blando y desvalido del cuerpo humano, que conserva hasta el final algo de la gracia y el candor de los bebés, de ahí que el envejecimiento y la muerte resulten todavía más odiosos.

Agitando nuestras penosas pancartas, avanzamos después entre los muertos. Al fondo del pasillo se abría una sala con decenas de mesas de zinc sobre las que yacían verdosos cadáveres de hombres, mujeres y niños, completamente desnudos, tumbados de espaldas, que miraban al techo con ojos límpidos. La estancia estaba inundada de un olor dulzón, de velatorio. La increíble complejidad de aquellos cuerpos, su estructura jerarquizada en planos y holones —sistemas y aparatos, órganos, tejidos, células, moléculas, átomos, fermiones, animados por el remolino de energía que pasó por ellos en otro tiempo y los elevó con su soplo irresistible—, no habían conseguido salvarlos. Resultaba indiferente que esos cuerpos hubieran vivido cincuenta años o cincuenta millones de años. El caso es que ahora no estaban vivos, ahora eran trozos inertes de barro que todavía imitaban, de una forma ridícula, la carne y la vida. Ya nunca volverían a existir, por muchas eternidades que llegaran y pasaran. Aunque el panorama era funerario, no podías evitar pensar, con una sonrisa sombría, en cuánto se había movilizado la materia para encender, como dos trozos de roca golpeados entre sí, la chispa insignificante de la vida.

En el lejano fondo de la sala, que no tenía ventanas sino tan solo, a lo largo de las paredes, unos armarios metálicos pintados de blanco, con cristales alargados —como los de todos los ambulatorios—, a través de los cuales se veían instrumentos médicos y, probablemente, de embalsamar, con picos, tenazas y dientes, articulaciones y tornillos insólitos, como las mandíbulas de unos insectos de presa, había una puerta, banal, sobre la cual se adivinaba una plaquita con un número. Cuando pintaron, cubrieron el número con el enlucido y ahora este resultaba indescifrable. No podías imaginar que al otro lado de esa puerta de hospital fueras a encontrar otra cosa que un nuevo pasillo con puertas laterales o bien una sala más. Virgil se detuvo ante la puerta, se giró hacia nosotros, parecía querer decirnos algo, pero al final renunció. Tenía el rostro pálido y crispado de alguien que siente un profundo dolor. Nos dio otra vez la espalda y abrió la puerta. Y fuimos entrando, unos tras otros, en la inmensa sala.

Era una estancia circular e inconmensurable. Nada en su interior se ajustaba a la dimensión humana. Las columnas que, a lo largo de una pared continua, sostenían la cúpula eran absurdas, irracionalmente gruesas. Y sin embargo, comparadas con las dimensiones ciclópeas de la sala, parecían altas y graciosas, con el brillante pórfido

jaspeado, pulido, de sus curvas. El suelo estaba tan lustrado como un espejo y en el centro de la estancia —su único objeto— se erigía un gigantesco sillón de dentista, de unos veinte metros de altura tal vez, con un respaldo de hule color púrpura. Era blanco-amarillento, macizo, tan sorprendente como una antigüedad incomprensible que perteneciera a otra civilización, inmóvil en el silencio bajo el cono de luz de las bombillas lechosas del techo. Estaba cubierto por tubos gofrados y tubos forrados de tela y tubos metálicos, y sus accesorios de níquel —las palancas y las pinzas de las que colgaban los taladros, los tornos, los clips de sujetar las radiografías— centelleaban. La mesita de delante del sillón, unida directamente a él o fijada al suelo con unos tornillos enormes, estaba demasiado alta para que pudiéramos ver qué contenía. Nuestras coronillas apenas alcanzaban la altura de los reposapiés del paciente, dos rejillas metálicas sujetas con unas articulaciones móviles al tronco macizo del aparato.

Desde su base circular hasta los bordes de la sala se extendían, visibles bajo las losas suaves, semitransparentes, del suelo, una especie de tubos ramificados, nudosos manojos de venas por los que gorgoteaba un líquido denso como la miel. Debajo de nuestros pies se adivinaba por todas partes este sistema circulatorio con vasos del grosor de la mano que se ramificaban infinitamente, hasta formar un fieltro de capilares no más gruesos que las hebras de cabello. Recordé de inmediato los miles de hilillos pálidos de las raicillas de las judías, apretujadas en los botes de agua turbia de los alumnos en la clase de Biología. Sobre ellos caminábamos ahora, fascinados por el gigantesco sillón de debajo de la cúpula, fabricado para quién sabe qué especie de gigantes. Parecía el trono de un dios maligno que hubiera venido a este mundo para pasarlo por el filo de la espada.

Me resulta muy difícil no solo escribir, sino simplemente evocar lo que sucedió después. Porque la visión monstruosa que siguió me abrasó el cerebro por completo. No conseguí dormir dos noches seguidas por miedo a soñar el terrible final de nuestro guía, a que las gotas de sangre que tuve de limpiarme de los pantalones pudieran extenderse por mi cuerpo y por el de todos los que contemplaron aquella abominación, a que llenaran nuestros dormitorios con una ciénaga púrpura, a que se derramaran por las ventanas y discurrieran por las calles cenicientas de Bucarest, a que entraran en las casas e impregnaran los lagos, los parques, el metro, hasta que la sangre se elevara a decenas de metros de altura, como un mar de los Sargazos que cubriera las columnas de la antiquísima Atlántida…

Virgil avanzó hasta colocarse ante el trono de metal y se alejó de nosotros. Accedió al espacio estrecho que quedaba entre los reposapiés donde, me acabo de acordar ahora, había un tablero con doce botones semiesféricos, colocados en cuatro filas. Parecían unas canicas de piedras de colores, de esas que hacen tintinear los niños, brillantes y marmoladas. El ingeniero tocó suavemente con los dedos, siguiendo un orden que debía de representar un código, los botones redondos, produciendo unos sonidos como de cítara en diferentes tonos. Entonces se elevaron,

alrededor de la sala, una especie de cubiertas que no habíamos observado hasta entonces y que dejaron a la vista, encastrado en las paredes circulares, el solenoide: un toro de metro y medio de diámetro cubierto con una sofisticada malla de hilos de cobre, bobinados, haz sobre haz, en un paquete apretado y entretejido de alambre grueso. La bobina recorría toda la circunferencia de la sala y producía una impresión de extraña perfección. Era como el cabello trenzado en rodetes de las jóvenes de los cuadernos de Leonardo. Virgil echó un vistazo a su alrededor y pareció satisfecho, así que movió de nuevo los dedos sobre las doce bolas, tocándolas en un orden diferente al primero. Surgió otra breve melodía y de repente la cúpula del edificio empezó a abrirse ágilmente, como un obturador fotográfico o como un capullo filmado a cámara lenta, con un movimiento suave, en espiral, hasta que sus pétalos descendieron del todo y se fundieron en la pared circular de la sala.

Sobre nosotros se extendía ahora la noche. Un viento frío, vertical, nos hizo estremecer. Caty se aferraba a mi brazo con ambas manos y apretaba también la cabeza contra mi pecho. Sobre el sillón dental que ocupaba el centro de la estancia levitaba, en el zumbido pulsátil del solenoide que todo lo llenaba, el témpano negro, más negro aún que la noche, de la estatua de la cúspide: la Condena. Los volantes de su ropaje, aunque de bronce ennegrecido, parecían ondear sobre el mundo. Virgil se alejó unos instantes del sillón para poder contemplar mejor a la enorme mujer que flotaba sobre la morgue. Luego regresó al hueco entre los reposapiés y su espalda ocultó el panel. Por los ruiditos metálicos comprendí que había formado otra combinación rozando los botones con las yemas de los dedos. De repente, el zumbido continuo, como de una central eléctrica, de la bobina cambió: la altura del sonido descendió algunos tonos y a medida que se tornaba más grave, la estatua comenzó a descender lentamente hacia el suelo; el cabello y los pliegues de su vestido ondeaban. Corrimos hacia las paredes, donde no se distinguía ahora puerta alguna. Quedaron tiradas en el suelo, abandonadas en desorden, nuestras pobres pancartas con sus eslóganes y todo. Nos pegábamos a la pared circular y, por mucho que nos apretáramos contra ella, parecía no haber sitio suficiente para la gigantesca estatua.

Antes de posar sus enormes plantas descalzas en el suelo brillante de la sala, la estatua —viva ahora, lenta como cristal blando, negra como la antracita— se sentó en el sillón de dentista, que crujió bajo su peso. Los pliegues de la toga se aquietaron, aplastándose lentamente por una gravedad que no habían sentido hasta entonces. Serena y erguida en su trono de metal, iluminada por las luces superiores, que hundían sus órbitas y acentuaban sus labios apretados, negligentemente despectivos, como los de los moái de la isla de Pascua, la mujer apoyaba los brazos en los reposabrazos del sillón y los pies en las dos rejillas. Miraba al frente como una emperatriz, como una divinidad a la que los horrores de las vivencias de este mundo no pueden alcanzar, pues ella no es de aquí, ni de ahora, sino del horizonte de oro de los mitos y los iconos, su horizonte eterno. El zumbido del solenoide cesó por completo.

Virgil reculó unos pasos para poder ver, en un escorzo que ningún artista de la Antigüedad había corregido, la estatua: le llegaba a la altura de las rodillas. Era el único que se enfrentaba a ella, que se atrevía a permanecer tan peligrosamente cerca de su vibrante carne de obsidiana. Al contemplar, con la cabeza inclinada, su rostro enmarcado por las miles de serpientes enredadas de un cabello que descendía hasta los hombros, perdió el equilibrio como un niño que mirara hacia arriba, donde, a una altura inconmensurable, se adivinara el rostro de su madre, y dio unos cuantos pasos, torpes y tambaleantes, hacia atrás. Recuperó sin embargo el equilibrio, se repuso y, sin perder de vista el rostro de ídolo mudo de la gigantesca mujer, rebuscó febrilmente en sus bolsillos, de los que sacó un papel —copiado y recopiado en Dios sabe qué Boston clandestina—, el mismo que nos había repartido a nosotros. Sin embargo, no le echó siquiera un vistazo, se limitó a palparlo y a continuación lo dejó caer al suelo, donde se unió suavemente, como si de dos mariposas delicadas se tratase, al reflejo de su imagen. Tal vez pretendía leer ante la estatua aquellas tres letanías de la desolación y el temor, pero después había renunciado, quién sabe por qué, y ahora hacia acopio de todas sus fuerzas para hablar, para hablar con libertad. Su rostro estaba tan lívido que se adivinaban los huesos del cráneo a través de su piel transparente. Sus labios empezaron a moverse unos instantes antes de que se oyeran los primeros sonidos. Al mismo tiempo, sus dedos temblorosos comenzaron a tantear en busca de los botones y las trabillas de su ropa ajada. A medida que hablaba, Virgil iba despojándose de la ropa y arrojándola al cristal del suelo, diseminándola a su alrededor, hasta que se quedó desnudo, torcido, verdoso, con un vello espeso en los hombros y las nalgas, con los tendones de las rodillas, las costillas y los huesos del pubis visibles a través de una piel inusualmente mustia. Las vértebras cervicales crujían a veces por el esfuerzo de mirar hacia arriba. Pues era a ella a quien se dirigía, miraba su rostro y sus ojos clavados al frente, habría querido captar su mirada, llegar más allá de la cáscara de bronce negro de su frente. Habría querido que el aire entre los dos se vitrificara, como sucede siempre que dos mentes conectan su pensamiento y se transforman en una sola. Pero el aire, el frío aire de la noche, descendía desde las estrellas imperturbable, imparcial, una corriente vertical que nos helaba la coronilla. Un claxon lejano o el ladrido de un perro nos recordaban que estábamos todavía insertos en el mundo, en la vida que se vive.

«Te ofrezco mi cuerpo como ofrenda —empezó Virgil—. Está construido con sumo cuidado. Es un mecanismo en extremo complicado, nacido de un huevo que se abrió y se transformó en dos, luego en cuatro, luego en ocho, luego en dieciséis mundos aislados pero sorprendentemente comunicados entre sí. Aquí me tienes, al cabo de ochenta divisiones, aquí me tienes, formado por millones de universos. ¿No brillo acaso como un Shiva de millones de brazos? Antes de saber que soy el propietario de este cuerpo, ensamblé sus órganos con una precisión inimaginable, de tal manera que cada lámina orgánica y cada fascículo son irrigados con sangre, alimentados con aire, inervados por nervios y animados por hormonas. Construí yo

solo mi esqueleto como ningún arquitecto de este mundo podría haber hecho, proyecté mis intestinos como un laberinto interior, ensamblé, con infinita paciencia, las bases purínicas y pirimidínicas de mi mecanismo genético. Ingiero alimentos y elimino heces, orina, sudor y esperma, y todos ellos son sustancias sagradas. El agua de mi cuerpo es sagrada, la sangre y la linfa son sagradas, la saliva es sagrada. Modelé mis riñones de forma más estética que cualquier estatua, hice que mi corazón latiera como un metrónomo que mide el tiempo de respuesta a una gran pregunta. Contempla mi mandíbula, con los alvéolos de los dientes y de las muelas, con los pequeños agujeros por donde pasan los nervios, las venas y las arterias: es perfecta. Mira cómo se unen los ocho huesos que forman mi bóveda craneal: sin tacha. Mira el hueso lagrimal y el hueso hioides, mira la piel, mira la médula espinal. Traigo ante ti mi cuerpo sagrado y genial, con los órganos, sistemas y aparatos que yo mismo he combinado, organizado y jerarquizado, yo, que vivo en mi cráneo como el conductor de un tanque en el interior de su mamut de acero, aunque no sé cómo lo construí y aunque no podría modelar hoy, con yeso y viento, ni siquiera el vergonzoso y sagrado hueso del coxis.

»Traigo ante ti mi cerebro, el objeto más paradójico del universo, pues abarca este universo y los otros universos que cooperan unos con otros en el cuerpo del ser en el que habitamos. El mandala de los mándalas, la rosa de las rosas, el pensamiento del pensamiento. Me gustaría abrir los huesos de mi cráneo para que pudieras contemplar cómo descansa en su interior, blando y pesado, sobre las alas de mariposa, multicolores, del hueso esfenoides. Traigo ante ti esta hiperestructura blanda, este molusco celestial. Solo a través de este frontal se ve el brillo de la otra parte de la realidad. Al igual que a través de los ojos y solo a través de los ojos penetra la luz. Mi cráneo es el párpado que cubre el ojo con el que vemos el campo lógico tal y como el ojo proyecta ante sí un campo visual. Recibe la ofrenda de mi cráneo, la perla única y espléndida de la concha del mundo.

»¿Qué más puedo ofrecerte en sacrificio? ¿Mi memoria? Te ofrezco todos los instantes de mi vida, que ha durado un instante. Muerde mi cerebro, como si fuera una manzana jugosa, y sentirás su textura y su sabor. Despliego a tus pies, mujer aterradora, el parterre de tulipanes, más altos que yo, que vi a los dos años en el huerto de mi abuela y que no he podido olvidar jamás. El caracol que coloqué sobre una hoja, en el bosque, y que contemplé después, durante una hora entera, mientras roía los bordes verdes con el pliegue ceniciento de sus labios. El frío helador de las sábanas en la residencia universitaria donde me alojé. El pezón soso que chupé la primera vez que me desnudé. El día en que salí de casa con una sandalia negra y otra marrón y me di cuenta solo cuando estaba en la cola para comprar el queso. El pánico que brotó en Măgurele cuando los manómetros de la sala de mandos se volvieron locos. Un matiz fugaz de rosa. El tintineo de un tenedor (¿dónde?). El sueño en el que caminaba por la calle en camisa y la parte inferior del cuerpo desnuda. El cigarrillo que aspirábamos, alternativamente, tirados en el somier, Sanda y yo. Incontables

momentos decantados ahí, en la espesura impenetrable de las sinapsis. Cógelos todos, contémplalos uno a uno, ríe y llora ante la comedia desgarradora que ha sido mi vida.

»Vengo a ti con todo el conocimiento de mis padres, con mis libros y mis inventos y mis poemas y mis tablas, con mi matemática y mi física, con mi capacidad de comprender. Vengo con mi música y mi arquitectura, con mi astronomía y mi historia. Vengo con mi cohorte de santos e iluminados que han modelado mi ser interior. Vengo con Mermes Trismegisto y con Bezaleel, con Hemon y con Lao Tse, con Jesús y con Platón, con Herodoto y con Homero, con Pitágoras y con Dante, con Safo y Sei Shonagon. Vengo con Shakespeare y Tycho Brahe, con Miguel Angel y Da Vinci, con Newton y con Volta. Vengo con Bach y con Mozart, con Rembrandt y con Vermeer, con Milton y con Darwin y con Gauss y con Dostoievski. Con Caspar David Friedrich, con Monsù Desiderio. Con Eminescu. Con Kafka, Wittgenstein, Freud, Proust y Rilke, con Einstein, Tesla, Maxwell, Frege y Cantor, con Joyce y Canetti y Virginia Woolf, con Planck y Feynmann, con Chineo, Max Ernst y Frida Kahlo, con Faulkner, Ezra Pound, Carl Orff, Abel, Hubble, con Lennon y Bourbaki, con Chaplin y Murnau, con Tarkovsky y con Fellini. Con otros miles de genios que nos han formado, deformado y vuelto a formar la mente. Todos están aquí, en mi piel, en mi cráneo, en la gigantesca envergadura de mis alas. Vengo a ti con la herencia entera de las civilizaciones, con la cola de pavo real entera de las culturas, con las cinco mil lenguas y las cien mil razas de mi linaje. ¡Te ofrezco la mota de polvo del cosmos en el que hemos diseminado la alfombra de bombas de nuestras maravillas!

»¿Es suficiente? ¿Te resultará suficiente alguna vez? ¿Te saturarás alguna vez? ¿Retirarás alguna vez tu sombra que cubre nuestras vidas?».

La estatua de cristal negro dirigió la mirada hacia el que hablaba, gesticulando con suma seriedad, a sus pies. Era una mirada neutra, carente de ira y de benevolencia. Mientras Virgil ensartaba en su discurso los nombres de «los santos y los iluminados» de la especie humana, ella empezó a incorporarse en el trono que ocupaba, y los pliegues de su toga, de blandas placas de metal, se estiraron con un crujido. Seguía mirando al que peroraba de forma cada vez más entrecortada; este dio unos pasos hacia atrás porque, de pie, la coronilla de la estatua se adentraba en el cielo. Yo no podía apartar los ojos de «sus uñas puras, alto ónix en ofrenda».

Y de repente los piquetistas pegados a la pared circular gritaron con todas sus fuerzas, con el cabello erizado y las manos en las sienes. No volví la cabeza, aunque sabía lo que iba a pasar a continuación. Quise verlo todo hasta el final, ser testigo de la desgracia y de la catástrofe. Pues aquella mujer ciclópea levantó bruscamente el pie, lo dejó caer y aplastó a Virgil. De debajo de su pie brotaba ahora un líquido amarillo y rojo, unas gotas asquerosas salieron volando y mancharon el suelo y también nuestra ropa. Fluyendo enloquecidos, desesperados, en zigzag, sin rumbo, pegados a la pared, pudimos ver cómo la divinidad levantaba de nuevo, lenta y pesadamente, el pie, en cuya planta se habían quedado pegados los intestinos y el cerebro aplastado de Virgil. En la sala olía a miedo y a heces. Una vez que la estatua

rebasó, al elevarse, las paredes redondeadas, la cúpula invirtió el movimiento inicial y subió los pétalos hacia el ápex de la bóveda. Cuando se cerró del todo, la estatua quedó arriba, inmóvil, levitando a medio metro del tejado, rodeada por las doce figuras que circundaban la cúpula, tal y como estaba cuando la vimos desde fuera. Solo entonces apareció también la salida, en la parte diametralmente opuesta a donde se congregaba mi grupo, así que tuvimos que pasar corriendo junto a la base del sillón dental y junto a los horrendos restos de aquel al que habíamos seguido hasta aquel lugar poco antes. Ciego de espanto y horror, no sé cómo atravesé la sala y el pasillo flanqueado por vitrinas, ni cómo llegué a la salida y, finalmente, a la parada del autobús.

Había pasado ya la medianoche. Esperé el autobús más de una hora pero este no apareció. Hacía frío y la ciudad estaba desierta. Las estrellas brillaban rabiosamente sobre los bloques idénticos, que olían desde lejos a veneno para las cucarachas y a basura. Eché a andar hacia mi casa, rodeado por el ladrido de los perros, abordado de vez en cuando por algún policía aburrido. Ciudad siniestra, enorme, deshabitada. Necrópolis a la espera de la llegada de un gran cuerpo cósmico que la borrara de la faz de la tierra. Necrópolis que ensuciaba la tierra con sus bloques obreros, en ruinas desde que estos fueron proyectados. Pasé, por el centro de bulevares sin tráfico, entre barrios idénticos, junto a tiendas oscuras y hospitales sin pacientes y locales en los que se oía un violín desafinado. Llegué a casa cuando clareaba el día y me acosté vestido. Recuerdo lo último que hice antes de hundirme en un sueño negro y pesado: volví a ver, debajo de los párpados ya cerrados, con todo lujo de detalles, límpida y luminosa, a la colega que había traído de su casa una hoja en la que ponía, con grandes letras trazadas con rotulador negro: «¡Socorro!». «¡Socorro!», grité también yo entonces, con todas mis fuerzas, hundiendo la cara en la almohada, dispuesto a romperme la laringe como si estuviera acorralado, en mi propia casa, por un asesino desconocido: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!».

Capítulo 27

MI vida tiene un único eje que va de mi casa a la escuela, tal y como los que se han roto la columna vertebral viven encerrados en un corsé de escayola. Todos los días cojo el tranvía en Teiul Doamnei o en Doamna Ghica (una de mis pocas opciones libres) y me sumerjo en la lectura, de pie, zarandeado por todas partes por gente que huele mal; unos huelen a salchichón, otros a pis, otros a lana de oveja. Al cabo de unas cuantas páginas de *Maldoror* o *Gaspard de la nuit* llego a la última parada. La torre del agua se alza, oxidada, sobre un vasto paisaje compuesto de fábricas —la mayoría abandonadas— con los cristales rotos, depósitos de madera y quioscos de zumos y galletas. Unos cuantos ciruelos, flagelados como mártires, entre los raíles del tranvía. Están ennegrecidos por todo el hollín del mundo. Sus hojas, embarradas, arrugadas, se han secado como las hojas de una caja de té. Una ciruela brumosa se considera un milagro en ese mundo de barro y nieve, pero incluso esta se ensucia enseguida. Me encuentro con los niños que se dirigen a la escuela con las carteras a la espalda: «Buenos días, camarada», me dicen al pasar a mi lado. Todos llevan el pelo rapado casi al cero y tienen los ojos redondos. Las chicas se sujetan el pelo con enternecedoras bolitas de plástico, prendidas con una goma sucia. Caminan de tres en tres, van hablando de todo y riéndose de todo. Niños. Sorprendentes y aterradores como las hadas, como los gnomos de las profundidades del bosque. El pueblo menudo al que me enfrento cada día.

Giro a la derecha por Dimitrie Herescu, dejo atrás la Automecánica y ya estoy otra vez en la escuela. De la secretaría sale un olor a *nechezol*, el «café de mezcla» que bebemos todos. ¿Mezcla de qué con qué? Nadie se atreve a imaginarlo: corteza de árbol, bellotas, raíces… Esas son solo algunas de las presuposiciones. Es mejor que nada, al menos te hace entrar en calor. En la sala de profesores, la misma luz verdosa que inunda también los pasillos. Entro, procuro pasar desapercibido, pero Agripina ya me ha visto y no tengo escapatoria. Es mi compañera de Lengua Rumana; nuestro departamento lo forman únicamente tres personas, pero la tercera no cuenta, pues es una paliducha imbécil que solo se dedica a acribillar a sus compañeras con preguntas penosas sobre sexo («Querida, no te lo tomes mal, pero… ¿tú qué haces cuando tienes la regla? ¿También lo haces por detrás? Quiero decir… ¿es lo habitual? Es que mi marido dice que…»). En el departamento de Rumano somos, de hecho, solo dos, Agripina y yo. Yo soy mejor en literatura y ella en gramática, dice siempre, pero en su fuero interno se siente «una profesora de élite», la mejor de la escuela si no, incluso, de todo el distrito.

«¿Qué anda *creando*, señor profesor?», me pregunta siempre que me ve. Eso se debe a que una vez tuve la debilidad de confesarle que escribo versos. Del mismo

modo, no puedo pasar junto a Borcescu sin oírle sisear a través de la gigantesca diastema provocada por la falta de dientes: «¡Joven, no te cases jamás! ¿Sabes cómo es el matrimonio? ¿Cómo que no lo sabes?», etc., etc. Esta mujer con aspecto de viuda endiablada, una belleza morena en su juventud, con una energía capaz de mover montañas, no espera mi respuesta y continúa bufando: «¡Estos malditos críos! ¡Estas tontas del culo! ¡No estudian nada, nada de nada! Y yo les digo siempre: ¡vamos a ver, que yo salí de la nada y he llegado hasta aquí sólita, que nadie me ha echado una mano! ¡Y ahora soy la mejor profesora de todo el distrito! ¡Este barrio de campesinos mentecatos no habría soñado jamás con tener una profesora como yo! Señor profesor, el sábado estuve en el foro de debate del distrito (usted faltó, estaría *creando* algo en casa…), que versó sobre el adjetivo pronominal, y una bruta de la escuela 24 leyó un trabajo en el que sostenía que no existe el adjetivo interrogativo… ¿Qué le parece? Le dije que agarrara un libro y que siguiera estudiando. Con profesores de esa calaña, cómo se va uno a sorprender por que salgan alumnos así… ¿Qué se me ha perdido aquí, señor profesor? O a usted… Calalb: ¡dos! Jugănilă: ¡tres! Incluso Ilinca, señor profesor, la que mandamos a la olimpiada del distrito, mire, ¡Ilinca, seis! ¡Un seis en Rumano! ¡No ha estudiado la caracterización de Moş Dănilă! ¿Cómo es posible algo así, señor profesor? Cuando se acerca el examen, tienes que soñar con los comentarios…».

La loca de Agripina, a la que los críos temían casi tanto como a Gionea, utiliza un único método para enseñar literatura: les dicta a los chavales «comentarios literarios» de diez o doce páginas, unas insensateces que recopila de las revistas pedagógicas, y después les obliga a aprendérselas de memoria, palabra por palabra. Pobres de aquellos que no los recitaran como papagayos cuando les tomaba la lección: les llovían cuadernos en la cabeza, les arrancaba las patillas y el sello les dejaba unos moretones como manzanas. «¡Burros! ¿Para qué me dejaré yo la piel con vosotros?», aullaba ante los críos asustados, pegados a la pared, que la contemplaban con ojos como platos. «¿Qué puedo hacer con vosotros? ¿Cómo puedo atraeros? Y mira lo que dicen los de Inspección, Dios mío, que tenemos que atraeros…, mostraros la belleza de la literatura… ¿Pero qué puedo hacer yo al respecto? ¿Subir al estrado y haceros un *striptease*? ¿Así estudiaríais algo? Porque, por lo demás, ya lo he intentado todo…».

Vulgar, chismosa, arrogante, arrolladora como una tormenta y gritona hasta quedarse ronca, Agripina no era sin embargo una mala persona. Muchas veces nos hacía llorar de risa al burlarse de sí misma, como se burlaba también de todos y de todo. Se sabía —entre los más veteranos de la escuela 86— que había tenido una juventud muy agitada en la que no faltaba tampoco la presencia del director Borcescu, pues ambos llevaban treinta años en la escuela de las afueras de Colentina. Decían que el pobre había intentado también hacerle a Agripina la jugarreta del coche y la parada en el camino, pero que se había arrepentido el resto de su vida, porque bajo los puñetazos de la mujer descontrolada, joven por aquel entonces, digna

representante de la UTM[18], tanto la cabeza de Borcesu como la chapa del Fiat acabaron llenas de chichones…

«¡Sobre todo las cabras estas de octavo! ¡Precisamente ahora, cuando el examen de ingreso está al caer, cuando saben lo difícil que es conseguir entrar en un instituto bueno, que en el Sanitario hay quince por cada plaza, y en el de Economía, dieciocho, les ha dado por teñirse, maquillarse y perfumarse…, que parecen unas putas, discúlpeme, señor profesor, pero así es! ¡Les han salido las hormonas a pasear, señor profesor! Las ves por ahí con las piernas desnudas, con el uniforme arremangado hasta el trasero, señoritas y coquetas… No paran de reírse y se les van los ojos en cuanto ven a uno de esos mecánicos jaraneros… ¿Qué queréis ser, bonitas? ¿Bailarinas de barra? ¿Unas golfas en el Inter? Yo les pido que estudien, que lean, que no se depilen la cejas y que no se echen ese perfume búlgaro de rosas que te tumba de espaldas con su olor. ¿Dónde ha quedado el sentido común? Nosotras a su edad trabajábamos en la construcción, en Bumbeşti-Livezeni, donde hiciera falta. La instructora siempre nos decía que "el mejor perfume es el agua con jabón". Estas cochinas de ahora no saben lo que es la vergüenza y, para colmo, si les hablas de modestia, de sentido común, te miran como las vacas…». Agripina era la única que se preocupaba por la moralidad de las chicas de la escuela. «Esta habría sido una buena carcelera de ladronas, en Târgşor», me susurró un día Florabela. Antes de empezar cada clase, hacía que las chicas se pusieran de pie y verificaba la largura del uniforme, que tenía que quedar justo un palmo por debajo de la rodilla (la mano de la «viuda negra» era llamativamente ancha y curtida, porque era de pueblo). Si la falda no cumplía con los requisitos, la chica era enviada de vuelta a casa sin contemplaciones. El cabello debía estar recogido en sendas coletas. El flequillo estaba terminantemente prohibido, «que no eres Mireille Mathieu». La cinta, por amor de Dios, no podía faltar. Llegaba el fin del mundo si alguna alumna se la había dejado en casa.

Agripina vivía con un personaje muy popular en nuestra escuela llamado simplemente el Escritor. «Mañana no puedo venir, tengo que ir al ambulatorio, pero me sustituye el Escritor», le decía de vez en cuando al director y, ciertamente, al día siguiente nos encontrábamos en la sala de profesores con un escritor en toda regla, más escritor que Dostoievski, Kafka y Thomas Mann juntos. Si a una selección para una película se presentaran miles de candidatos para el papel de novelista, el amigo de Agripina sería elegido sin mucho esfuerzo, y recibiría además las felicitaciones de los miembros del comité. Era un hombre de unos cincuenta años, alto y bien parecido, vestido con mucha más elegancia de lo que yo había visto nunca en el barrio de la escuela. Tenía unos ojos dulces e inteligentes y llevaba el cabello largo peinado hacia atrás. Sin embargo, no era un bohemio, no había nada rebelde en él, su voz era melodiosa y tranquila. No le faltaba nunca el corbatín, rojo o crema, que yo conocía solo por las películas. Tampoco carecía de ninguno de los amaneramientos que permiten incluso a la última peluquera distinguir a un pintor, un músico o un

poeta en las biografías noveladas de la tele. Su cortesía con las profesoras lo hacía crecer ante sus ojos, así que, ¿qué más se puede añadir? El amigo de Agripina era objeto de un culto femenino que nada tenía que ver con la edad ni con el aspecto. Cuando el Escritor entraba en la sala de profesores, todo se volvía festivo e importante, las pobres amas de casa travestidas de profesoras, ellas sentían que no todo estaba perdido, e incluso las personalidades albanesas de los cuadros manchados por las moscas parecían rendidas de admiración. Sin embargo, los que más se alegraban de su presencia eran los niños, porque con él se libraban de un día de terror. La palabra «bovino» era desconocida en el vocabulario de este hombre distinguido («todo un hombre», como decían, derretidas, mis colegas) y sus dedos —con una manicura impecable— no habrían tocado jamás algo tan sucio como el cabello negro y tupido de aquellos chavales del barrio. Naturalmente, con este noble personaje que olía, discretamente, a perfume masculino —como no olían los padres de los alumnos ni cuando iban los domingos a visitar a sus padrinos—, los alumnos no estudiaban nada, pero salían al recreo transfigurados porque el escritor les contaba, con todo lujo de detalles, la novela que llevaba tres décadas escribiendo y que nunca terminaba de revisar, incapaz de concluirla. No había publicado ni un solo fragmento de ella en ningún sitio, de hecho, no había publicado nunca nada, pero ningún autor se había visto jamás tan arropado por la simpatía y la comprensión del mundo entero. En el bloque en el que vivía, en la tienda de ultramarinos y en el estanco, en la sifonería o en la frutería (porque, como se quedaba en casa mientras Agripina trabajaba por los dos, el escritor hacía todas las compras, pagaba las facturas, compraba los periódicos y preparaba la comida cada día), era recibido siempre con el más sincero y el más profundo de los respetos. Era el orgullo del centro de la ciudad, junto al Orizont, donde vivía. En su honor hay que decir que recibía el homenaje de sus vecinos con una sonrisa modesta, como una cabeza coronada que saludara con la mano a la muchedumbre congregada frente al palacio real. Así había vivido toda la vida, y ahora, en plena madurez, se sentía satisfecho y en paz con su propio destino, como un profeta rodeado del cariño y la veneración de sus discípulos. A mí me entregó una vez, en calidad de colega en cuestiones literarias, un capítulo de su Novela, mecanografiado en papel de gran calidad, de un blanco reluciente. El personaje central era —qué coincidencia— también escritor, un ser superior, centro de las preocupaciones de todos los demás personajes. No había mujer que se le resistiera, pero sus amores resultaban siempre pasajeros. De hecho, ese hombre mimado por la suerte estaba sumido en la melancolía. Solo una vez había amado de verdad, en los albores de su juventud, a una jovencita graciosa e inocente. Roza, pues así se llamaba ella, había sido la rosa mística de la vida del escritor. A lo largo de toda su existencia, tras la muerte de Roza —que se envenenó al pensar que el escritor la había abandonado, un malentendido complicado y trágico—, él fue, como quien dice, de flor en flor, a la búsqueda de su nueva Roza, entre una infinita sucesión de mujeres. Una tenía los ojos de Roza; otra, sus labios; otra, su voz; otra, la delicadeza de pétalo

de su piel… Al final consiguió recomponer, con todas estas impresiones, a la amada perdida, pero —decepción— la mujer que poseía todos los rasgos de Roza no era Roza. El todo era mucho más que la suma de las partes. Hacia el final de la novela, que se titulaba *Amores pasajeros*, el escritor conocía a un sabio que llevaba dos décadas perfeccionando la máquina del tiempo… No, Roza no estaba definitivamente perdida…

«Pues sí, señor profesor. Así van las cosas en nuestra escuela. Un burdel, no una escuela, en eso nos vamos a convertir, porque una piojera ya somos. ¿Has visto a Zgârbacea, la de 7.º D? ¿Cómo? ¿Es que no te has fijado en sus manos? ¡Unas uñas más rojas que *La tarea del partido*[19]! ¡Y cómo menea ya el trasero! No me sorprendería que llegara a ser un pingo como su madre, la auxiliar de laboratorio, que la mantienen en Sanepid solo para tirársela…».

Nunca consigo escapar de Agripina sin que me atiborre la cabeza de tonterías. Como es grande, morena e imponente, me domina por completo y me siento incapaz de interrumpir el flujo airado de sus palabras. Su cabello me abofetea la cara cuando sacude la cabeza, como me golpeaba la cola de las yeguas en mi infancia, cuando iba sentado en el pescante del carro junto a mi abuelo. Sus ojos negros como el carbón, de gitana fogosa, me dejan clavado en el sitio. Si no entra nadie en la sala de profesores, estoy perdido. Pero ahora encuentro fuerzas para excusarme (además ha sonado el timbre hace un buen rato), me dirijo rápidamente hacia los cuadernos, cojo uno y echo casi a correr por el pasillo, mientras la oigo gritar a mi paso: «¡Unos cabestros, señor profesor! ¡No conseguiremos hacer de ellos personas decentes!».

Estoy alterado porque la historia de las uñas pintadas de la alumna de séptimo me ha hecho recordar algo. Uñas, uñas de colores. Una vez, en el huerto de mi tía, en Dudeşti-Cioplea, mi prima Aura se hizo unas uñas falsas con pétalos largos, afilados, arrugados, de malvas o de zinnias. Me amenazaba luego con ellas, crispando los dedos como una hechicera. Con esta imagen en la mente, con los dedos ondulantes, multicolores, de mi prima Aura iluminando las paredes verdes, pintadas al óleo, de los pasillos de la escuela, me pierdo de nuevo por los miles de pasillos que no llevan a ningún sitio. Debe de ser la escuela más grande del mundo, con decenas de alas y pisos, sumergidos todos en la oscuridad. Detrás de cada puerta numerada oigo voces, golpes, gritos. La voz aguda de Florabela, que podría levantar a los muertos de sus tumbas, la voz arrastrada, ahogada, de Goia, las solfas de la señora Bernini. El tintineo de las probetas, el chisporroteo del quemador Bunsen, el gruñido animal del torno dental. Tras varios años trabajando como profesor, todavía doy con mi clase por casualidad, después de abrir un montón de puertas de otras clases. Treinta niños se vuelven bruscamente hacia mí cada vez. Sus ojos, en la luz deslumbrante de las aulas, incendian mi cuerpo. Cierro la puerta farfullando una disculpa y todo se torna de nuevo oscuro, más oscuro que antes. Choco con algún alumno expulsado que espera castigado frente a algún aula, apoyado en un radiador. Ciertos pasillos tienen el mosaico del suelo empapado, recién fregado por las señoras de la limpieza; otros, en

las zonas más alejadas, a decenas de kilómetros de distancia de la sala de profesores y de la secretaría, tienen una capa de polvo de un palmo.

A veces he llegado a pisar incluso esos rincones por los que raramente merodean los alumnos y los profesores, unos sótanos inmundos, con heces petrificadas y esqueletos de ratas, con grandes telarañas en las esquinas de las paredes. Abrí una de las puertas extrañamente numeradas, con números irracionales e imaginarios, para encontrarme con el paisaje desgarrador de un aula desierta, abandonada, con los pupitres volcados y la pizarra descascarillada, con láminas arrugadas en paredes llenas de líquenes. Contemplé fascinado aquellas láminas que representaban a la pulga, la tenia, el arador de la sarna, la duela del hígado. Arrastré los pies por el polvo sembrado de tizas de colores, trozos de sacapuntas de plástico, restos de cartabones, hojas corregidas con tinta roja. Saqué de los pupitres gomas desmigadas, paquetitos con bocadillos verdes de moho, alguna pluma olvidada, un gorrito arrugado, devorado por las polillas. Me dirigí al estrado y me senté en la silla maltrecha, manchada de pintura. Abrí el cuaderno y empecé a pasar lista, la vibración de mi voz hacía que lloviera revoque del techo por el aula. La soledad se extendía a mi alrededor hasta el fin del mundo. Las arañas asomaban sus gruesas patas por las grietas de las paredes. Salpicado con la caspa de los copos del revoque, sintiendo alguna polilla de las paredes corretear por mi piel, entre los omóplatos, me levanté y salí corriendo, antes de descubrir, debajo de los bancos, quién sabe qué niño momificado, envuelto en una densa telaraña donde bullían arácnidos negros como la brea…

Al principio de la semana tuve clase con los de 8.º C. Complementos circunstanciales de finalidad y de causa. Se confunden con facilidad. Los pobres escolares los estudian de memoria, con ejemplos y preguntas y todo, pero no son capaces de aplicar nada de lo que aprenden. Tampoco resulta sorprendente. Los ves todo el día en la cola del pescado o la del queso, estrujados por una masa que empuja hacia adelante porque nunca hay suficiente para todos. Los ves por la noche haciendo cola, invierno y verano, delante del depósito de bombonas, con sus carritos; en ellos yacen unas viejísimas y oxidadas bombonas como cerdos de metal. Las bombonas recargadas llegan al amanecer y no hay para todo el mundo. Muchas casas no tienen electricidad ni alcantarillado. Mejor no preguntar a los chavales cómo hacen los deberes, avanzada la noche, a la luz de una lámpara de alcohol colgada de la pared, después de terminar las muchas y pesadas tareas domésticas. ¿Qué significan para ellos las estupideces que escuchan en la escuela (morfología y sintaxis, álgebra y trigonometría)? ¿Qué relación tienen con su vida? Tan solo una: recitar de memoria, de carrerilla, los «comentarios literarios» y resolver los problemas son sus oraciones rituales, sus invocaciones y sortilegios. Todos ellos conjuran a los dioses incomprensibles de la escuela con un único mensaje: ¡no me pegues! ¡No me grites! ¡No me tires de las patillas! ¡No me golpees en la mano con el puntero! ¡No me pongas contra la pared con los brazos en alto una hora entera! ¡No me hagas sangrar

la nariz y la boca de un bofetón! ¡No llames a mis padres! Perdóname, al menos esta vez, mira, conozco el sortilegio que te amansa, conozco la fórmula mágica: para el complemento circunstancial de finalidad la pregunta es «¿Para qué fin?». Para el de causa: «¿Por qué motivo?». ¿Es suficiente? ¿Ha desaparecido el brillo de crueldad de tus ojos?

Escucho distraído muchas lecciones. No ponen pasión, yo soy un dios tolerante. No relampagueo y no trueno. Así que muchos fieles se dedican a sus asuntos cotidianos y se olvidan de recitar sus oraciones. Saco al encerado a Valeria, la chica gordita, morena y sudorosa que ocupa el pupitre junto a la ventana. Siempre que mi mirada se cruza con la suya, recuerdo la bochornosa situación en la que nos encontró, hace un año, la señora de la limpieza, cuando yo le explicaba algo sentado en su pupitre en un aula a oscuras. Nos sobresaltamos violentamente los dos cuando se abrió la puerta. No me había dado cuenta de que había caído la tarde. Y la gente del barrio habría podido pensar cualquier cosa. Ahora Valeria estaba escribiendo en el encerado y, de repente, en el aula quedaba solo ella, con la tiza en la mano, todo lo demás estaba sumergido en la bruma. Porque —ahora me doy cuenta— llevaba las uñas pintadas, algo que no era nada extraordinario, pues muchas chicas de octavo se las pintaban rápidamente en el váter, antes de las clases con los profesores más permisivos, para después, también en el baño, limpiárselas con acetona si tenían clase con las profesoras arpías. Sin embargo, Valeria tenía cada uña de la mano derecha pintada de un color diferente, como las de Aura en aquella otra ocasión, pero lo que me sorprendió y me hizo palidecer fue que cada uno de sus dedos era del color de los anillos de hormigón colocados en la base de las maquinarias de la antigua fábrica, en el mismo orden y exactamente con los mismos matices: rosa-sucio, azul oscuro, escarlata, anaranjado-siena, amarillo intenso y luminoso. Como la luz entraba a raudales por la ventana, las uñas de Valeria brillaban como conchas de cristal y arrojaban pequeñas manchas coloreadas sobre las paredes pintadas de verde. La mandé de vuelta al pupitre y luego expliqué, de forma mecánica, la siguiente lección. Cuando sonó el timbre, le pedí a Valeria que me acompañara. Se puso roja como un tomate, hasta lo blanco del ojo, y me siguió resignada. Nos detuvimos junto a una ventana enrejada que daba al campo de deporte. La chica me miraba fijamente a los ojos, más sudorosa y más perdida incluso que entonces, cuando entró la mujer de la limpieza y nos sorprendió a oscuras. Le dije que me enseñara las uñas, pero ella no levantó la mano, mantenía los dedos apretados en un puño. «¿Qué significa esto? —le pregunté enfadado—. ¡Enséñame las uñas, por favor!». Le temblaban los labios. Parecía un reo convencido de que había llegado su hora. Despacio, dobló el codo y acercó el puño a la luz de la ventana. Luego, más despacio aún, abrió los dedos.

Su palma parecía una flor que se abre de manera casi imperceptible. La carne de los dedos y de la mano, transparente bajo los rayos del sol, dejaba entrever, como en una radiografía, las delicadas falanges en cuya punta crecían, como peciolos, las uñas de colores: al igual que los metacarpianos que las sostenían y que los carpianos de la

palma, eran del color de las uñas, pero más pálido y más difuminado. El radio y el cubito parecían también, bajo una envoltura mucho más gruesa, coloreados en fresa y azul, pero hacia el codo la radiografía ilusoria se apagaba por completo. Era como si todo el esqueleto de la niña fuera multicolor como las alas de una mariposa, y le hubiera salido, en las extremidades de la mano derecha, la inflorescencia de las uñas, el código secreto que se encontraba también en la antigua fábrica. «¿Qué es esto? ¿Qué significa esto?», volví a preguntarle. Valeria se miró, como perdida, las uñas, y de repente se le doblaron las piernas. Cayó desplomada allí mismo, sobre el mosaico sucio del pasillo, entre los niños que correteaban atolondrados. Las rótulas de las rodillas, mientras yacía sobre el cemento con el sórdido uniforme que encorsetaba a todas las alumnas, me recordaron a la carne brillante de las naranjas.

De repente estábamos rodeados por un montón de uniformes y de rostros curiosos. Los alumnos levantaron a su compañera y se la llevaron a la consulta del médico, luego sonó el timbre de entrada y el pasillo se vació. Me dirigí a la sala de profesores y, muy alterado, miré por la ventana hacia la antigua fábrica, que brillaba furiosamente sobre el fondo sangriento del crepúsculo.

¿Qué mundo era este? ¿En qué locura inmóvil y extraña me había tocado vivir? ¿Sobreviviría lo suficiente como para encontrar una respuesta? ¿Para dar con la salida? ¿Llegaría a entender alguna vez, desde el centro de mi soledad, este artefacto de otros mundos que es mi vida? Y de repente allí, en la sala vacía, concreta, con su mesa cubierta con una tela roja, con su armario para los cuadernos, con sus cuadros manchados por los excrementos de las moscas, me invadió un espanto que no había sentido ni en mis sueños más terroríficos. No era miedo a la muerte, ni al sufrimiento, ni a las enfermedades terribles, ni a la extinción de los soles, sino el pánico a la idea de que no lo entendería, de que mi vida no ha sido lo suficientemente larga ni mi mente lo suficientemente buena como para entender. Que de hecho ya me han enviado todas las señales y que no he sabido leerlas. Que también yo me pudriré en vano, junto con todos mis pecados y mi estupidez y mi desconocimiento, mientras que la apretada, intrincada, abrumadora adivinanza del mundo perdurará, límpida, natural como la respiración, simple como el amor, y se derramará en la nada, virginal e irresoluta.

Capítulo 28

La visión de hace unos meses, con aquel ser que me contemplaba, se ha repetido esta noche. Me había quedado dormido cuando algo me ha hecho abrir los ojos. He visto su figura solo tres o cuatro segundos antes de que desapareciera. El dormitorio se ha sumido en la oscuridad y en mí ha quedado un extraño temor cálido, indoloro. Estaba sentado junto a mi cama, frente a mí, y me contemplaba. Esta vez era un hombre de rostro alargado, cuyo escaso pelo canoso se le pegaba a las sienes. Llevaba un ropaje blanco, indefinido.

Sigo apuntando, aquí, las líneas subrayadas de mi diario que ahora, tras haberlas marcado burdamente con unas rayas a lápiz, muestran con exactitud lo que han sido siempre: la columna vertebral del largo manuscrito, de esos cuadernos ajados con una escritura ya amarilleada que se calca de una página a otra, como unos tatuajes mal hechos cuyas líneas se desdibujan en el sudor de la piel martirizada. Cada fragmento es una vértebra de la columna vertebral del miedo, que tiene en el vértice, apoyada en el mecanismo obsceno del axis clavado en el atlas, la bóveda de hueso en la que nací y de la que no existe escapatoria posible.

Trepo a lo largo de ella, me agarro a sus huesos porosos, me aferró al proceso espinoso y al proceso transversal, pego la oreja al filo del arco vertebral y escucho: la médula corre por su interior retumbando como una cascada. Arriba está el gran recipiente neural, soy una torre del agua que alimenta con miedo el alejado barrio de mi cuerpo.

Lo que sigo transcribiendo aquí sucedió en la playa y es tal vez el recuerdo más intenso en relación con los visitadores. No puedo ponerlo en duda, así como no puedo poner en duda que ahora, en este instante, no sueño sino que estoy despierto, en el mundo real, escribiendo con un bolígrafo real. Las primeras vacaciones de verano después de la boda fui una semana a Mangalia con Ştefana. El mar estaba aquel año infestado de cadáveres de medusas. En la orilla se acumulaban montones de algas putrefactas. Nos pasábamos el día tirados en la toalla, con un brazo sobre los ojos para que no nos cegara el sol. Las gaviotas peleaban por las basuras que salpicaban la arena. A pesar de todo, éramos felices pues habíamos conseguido llegar a la playa. De vuelta a la habitación, nos duchábamos juntos, nos amábamos en una cama de sábanas sospechosas y, por la tarde, salíamos a pasear vestidos con nuestras mejores galas, compradas en Bucur Obor. Durante toda la semana no comimos en los restaurantes de la playa otra cosa que pollo hervido. El mar se mostraba más amistoso por la tarde. Nos gustaba contemplarlo mientras los últimos bañistas avanzaban por la línea deslumbrante del sol en el ocaso. Se me encoge el corazón al pensar en Ştefana,

con su silueta menuda, en traje de baño, cuando salía del agua y venía hacia mí con el cabello lleno de agua y unas gotas heladas salpicaban mis piernas. La segunda o tercera noche sucedió algo alarmante e inexplicable:

> En la noche del 14 al 15 de julio me desperté de repente, probablemente debido a algún ruido, y distinguí con claridad en el marco de la puerta (o, mejor dicho, en el pequeño vestíbulo) a un hombre alto y corpulento, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, que avanzaba despacio hacia la habitación. Grité: «¿Qué está haciendo aquí, caballero?», pero no levanté la cabeza de la almohada. Estaba como paralizado. Me respondió Ştefana en la otra parte de la habitación, entrando desde el balcón. Entonces me di cuenta de que en la habitación reinaba una oscuridad total y de que el individuo del vestíbulo había desaparecido. Ştefana fue a ver si había alguien. Lo único cierto es que la puerta estaba abierta, pero allí no había nadie.

¿Por qué estaba Ştefana en el balcón a las tres de la madrugada? En ese momento no reparé en ello, pero sí después —cada vez con más intensidad—, sobre todo cuando ella fue reemplazada por otra persona, algo que sucedería más adelante. Su presencia en el balcón, bajo las estrellas, llegó a parecerme más importante que la aparición de ese hombre tan concreto en la luz del vestíbulo.

> Sueño de esta noche: en la habitación delantera de Ştefan cel Mare. Yo y una presencia femenina observamos que el lugar de mi cama está ocupado por un rectángulo de tierra esponjosa. «¿Qué demonios habrá aquí?», nos preguntamos, y empezamos a cavar con una azada vieja. Poco a poco afloran dos cadáveres terroríficos, descompuestos, apestosos, verdosos. Pequeños y arrugados, eran los cuerpos sin vida de dos niños. «¿Y ahora qué hacemos? No podemos quedarnos con esta peste». Los mirábamos, y el olor nos revolvía el estómago.

No sé por qué subrayé este fragmento. Sentí, tal vez, al igual que en otras ocasiones, que formaba parte de esa red de sueños que se me ha impuesto con tanta fuerza desde que he releído mis cuadernos.

> He retomado esta noche, después de muchos años, la serie de mis sueños con museos. He entrado por la puerta de un museo oscuro en el que solo los objetos expuestos en las paredes y en las vitrinas brillaban tenuemente. La única excepción era un cartel de la primera sala: representaba la Tierra en unos bellísimos verdes y azules eléctricos, con unas flechas blancas que indicaban unos trayectos ovalados, extraños. En las demás salas había mapas

por todas partes. De los continentes, de los países y también del cuerpo humano, de los órganos internos, de cuadros famosos, atravesado todo ello por redes rectangulares, numeradas.

Otro sueño. Lo transcribo ahora no porque crea que significa algo, sino porque simplemente me gusta:

Visión de un hombre con la cabeza rasurada, transpira horriblemente. La cabeza es un chorro de agua. En un determinado momento, se ha metido el dedo índice en la boca, como si pretendiera hurgarse, al parecer, entre las muelas. Pero entonces he visto asombrado cómo el índice empujaba la piel del cogote y empezaba a restregar y a limpiar las vértebras cervicales. Una franja del cuello del hombre se había vuelto transparente como el cristal y se podía ver el dedo deslizarse entre las vértebras y la piel del cogote. Luego el rostro y el cráneo han empezado a desollarse hasta que, a través de la piel y los músculos, ha aflorado la calavera.

Después de dos semanas en las que apenas escribí (tan solo algo sobre lo que estaba leyendo entonces, *Las estrellas frías*, de Guido Piovene, y también algunas excentricidades de mis ambiguas relaciones con Ştefana, su entrada por el balcón, la ducha de agua fría en la cabeza, etc… y, sí, dos o tres anotaciones sobre el perturbador parecido entre Da Vinci, Newton y Tesla que acababa de leer en Vasari), encuentro en el diario algunas notas en consonancia con las de la playa. Recuerdo que aquel verano me sentía asustado y triste, sentía que estaba sucediendo algo. Creo que a partir de ese episodio de Mangalia empecé a prestar atención a todo lo que me sucedía. Entonces me dediqué a buscar en el diario los sueños y las notas sobre los visitadores, y en ese preciso instante comprendí la magnitud y la gravedad de mis anomalías.

Anoche contemplaba, en la penumbra, mis manos. En todas las articulaciones de los dedos tenía manchas violentamente coloreadas, fluorescentes: carmín, verde-esmeralda, azur, de una intensidad extrema. Por lo demás, sobre el color pardo del fondo, las manos destacaban blanquecinas y apagadas.

¿Una fisura en las paredes de mi psique? De nuevo, unas noches atrás, cuando estaba a punto de quedarme dormido, distinguí a mi lado, mirándome, una especie de fantasma trasparente, verdoso, que estaba cuajando en la forma de una chica de 12 o 13 años. Desapareció al cabo de unos instantes.

Y el 17 de agosto:

Me desperté en mitad de la noche. Los vi en la puerta, fosforescentes como el mes pasado en la playa. Eran dos hombres. Uno muy alto, el otro le llegaba al hombro. Ambos me miraban. Llevaban ropa de colores, verde y escarlata. Los distinguí perfectamente sobre el fondo negro de la habitación.

Y al cabo de unos días:

En el sueño tenía una barra negra en lugar de los dientes superiores. Solo los colmillos parecían pegados a ella. Cuando sonreía ante el espejo, la barra metálica asomaba, horrenda, por detrás de los labios, con los dos dientes anchos como dos piedritas pegadas encima, y yo no podía dejar de preguntarme cómo demonios había llegado a tener esos dientes. Qué demonios podía haberle sucedido a mi mandíbula.

También en sueños me visitó un gran ángel.

He pensado mucho en esta última anotación. No recuerdo nada, ninguna imagen relacionada con ella. Me intriga también el hecho de haberla escrito con mayúsculas. No me sucede a menudo. No sé qué paso con el Ángel, con el gran Ángel que me visitó aquella noche. En cuanto a la dentadura, ya había soñado —y seguiría soñando en posteriores ocasiones— con la alucinación de mi rostro reflejado en el espejo pero extrañamente deformado, monstruoso hasta resultar incomprensible e irreconocible. Me he preguntado muchas veces si no será de hecho un recuerdo oscuro, deformado por el agua ondulante del sueño, de unos rostros fantásticos y malignos que vi una vez en la realidad (si es que existe una realidad). En cualquier caso, también ellos forman una serie, semejante a mi sueño «epileptoide» y la serie de «visitadores» cuajados en tantas noches extrañas, delante de mi cama.

Uno de los sueños más fantásticos de los últimos años. Estaba acostado de espaldas, con el cuero cabelludo congestionado —lo sentía, en el cráneo, tan grueso como el de los paquidermos, mi cogote rezumaba sangre—. Me encontraba en una fosa inmensa que rebosaba un aire verdoso, humeante. Buscaba desesperado una salida. Sus paredes de tierra, de unos diez metros de altura, eran imposibles de escalar. Avanzando por la bruma verde encrespada por la luz violenta que venía de arriba, vi cómo se perfilaban dos andamios que subían y que se cruzaban en forma de X en la profunda fosa. La luz los bañaba dramáticamente como en las Cárceles de Piranesi. Trepé por uno de ellos hasta la mitad y allí me detuve paralizado: al final del mismo, mirándome, aparecieron dos mujeres de la limpieza con unos aterradores rostros cretinoides. Asustado, les pregunté si podía seguir subiendo, y una de ellas me respondió balbuceante, ceceando, algo ininteligible. De repente lo

comprendí: eran demonios. Y, entonces, por todas partes, por todas las pasarelas y los tablones de madera, empezaron a pulular unos seres terribles, horrendos, descompuestos, que yo distinguía hasta en sus más mínimos detalles. Asomaban desde cualquier lugar y me dirigían una mirada imbécil, mostrando los dientes.

Era la mueca que volvería a encontrar, más adelante, en algunas de las más abrumadoras experiencias nocturnas, y también en la más terrible de todas, sobre la cual no sé todavía si podré escribir aquí, porque ni siquiera soporto recordarla.

A mediados del otoño:

(…) Y entonces me vi sosteniendo la cabeza entre las manos, como si fuera una bola desgajada del cuerpo, y sumergiéndola en el agua. Llevaba el cabello rasurado y numerosos insectos amarillentos hormigueaban por mi cráneo. «Pero ¿cómo es posible que pueda verme la cabeza?», me preguntaba mientras pensaba que mis ojos seguían allí, en aquella bola irregular. Recordé enseguida, sin embargo, que me habían operado del cerebro y que aquella no era sino la mitad superior de mi cabeza, la que incluía la caja craneal y el cerebro. Los levanté con cuidado y los coloqué sobre la cara. Apreté el cráneo para que se pegara, pero la fisura seguía allí. Me miraba en un espejo: la línea pasaba justamente sobre mis cejas. Me invadió un brote de pánico ante la idea de que aquellas dos partes de mi cabeza no volvieran a encajar nunca más. Podías meter el dedo en la fisura que quedaba entre ellas. Dejé que el cráneo se apoyara en el cogote y en la cara por su propio peso y empecé a palparme el rostro. Cuando tiré de la barbilla, me quedé con la mandíbula en la mano: un hueso seco, marrón, en forma de U. Me esforzaba por colocarla en su sitio cuando se oyó un golpe fuerte por detrás: el cráneo había caído contra el cemento y se había hecho añicos. Mi cerebro, una especie de gelatina cenicienta, se desparramaba por el suelo. «Soy un hombre muerto», me dije, y desperté.

Y esa misma noche, hacia el alba, cuando estaba en la cama con los ojos abiertos, en mi habitación, contemplando cómo clareaba el día, se me pasó por la cabeza una idea que me pareció esencial aunque, cuando salté de la cama para transcribirla en el cuaderno abierto sobre la mesa, gran parte de ella se había difuminado. Sin embargo, sí perduró lo que escribo a continuación, como el huesito de un animal desconocido:

A veces me parece que tengo el cráneo tan frágil como una cáscara de huevo y unas manitas ligeras y blancas como de niño.

Leía por aquel entonces una Biblia pequeña y negra que me había ofrecido por la calle una mujer de ojos resignados (llevaba una bolsa repleta de Biblias, pero —la seguí durante un rato— solo trataba de entregárselas a la gente en los lugares más apartados, en los callejones, en los portales de los bloques y en las callejuelas desiertas) y recuerdo cuánto me impactaron las escenas en las que unos seres trascendentes insertos en nuestra humilde realidad atrapaban a los comunes mortales, los mutilaban y los transformaban para siempre. Jacob herido en la pierna por el ángel con el que había luchado toda la noche y cojeando luego, orgulloso y sereno, como si aquel golpe terrible fuera una mancha dorada de la que manaran la gloria y la luz. Moisés a punto de ser asesinado por el Señor, que lo sacó una noche de su tienda, bajo las frías estrellas del desierto, mientras Séfora, su esposa, cortaba el prepucio de su hijo con un cuchillo de piedra y tocaba los divinos pies del asesino al tiempo que decía: «Tú eres mi esposo de sangre». Saúl, que les sacaba una cabeza a todos los demás, transformado en un instante en otro ser por el propio Jehová, al que luego le pareció mal haberlo elegido y haberle enviado al rey indigno un espíritu maligno que lo atormentaba terriblemente, prueba de lo aterradora que puede ser la elección divina. Y, finalmente, Bezaleel, al que Dios otorgó el don de la invención y la maestría, y el dominio de todos los oficios. Mis alucinaciones y sueños nocturnos se alternaban, en aquel período, con las notas sobre el Antiguo Testamento, el libro que acababa con todos los libros, el libro que, al cabo de todos los libros que había leído hasta entonces con voluptuosidad —poemas, novelas, relatos, ensayos y estudios sobre literatura—, me mostraba, y le mostraba a todo el mundo, que se puede decir la verdad, presentar la verdad en unas páginas finas como la piel desollada de las serpientes. Aquel librito de miles de páginas transparentes, con su escritura menuda en dos columnas, con números y notas a pie de página, con los mapas de Judea al final, me recordaba a las tablas de Moisés en las cuales —dicen— el texto no estaba grabado sino que flotaba a un dedo de altura sobre la superficie de piedra pulida: el dedo de Dios las había escrito flotantes, en el aire, donde brillaban azuladas, holográficas, arrojando una luz suave, como el rostro del profeta que, en la montaña, no comió ni bebió nada en cuarenta días. Así tenía que ser la literatura para que pudiera significar algo: una levitación sobre la página, un texto neumático, sin punto de contacto alguno con el mundo material. Sabía que no escribiría nada excavado en la hoja, hundido en sus zanjas y canales como unos sarcoptos semánticos, tal y como escribían todos los narradores, todos los autores de libros «sobre algo». Sabía que solo hay que escribir Biblias y Evangelios. Y que el más miserable destino sobre la tierra es el de aquel que utiliza su propia mente y su propia voz para pronunciar unas palabras que no le han sido dictadas y que no ha pronunciado jamás: los falsos profetas de todas las literaturas.

Esta noche he leído varias horas seguidas y me he quedado dormido hacia las cinco de la mañana. He soñado que (es tan difícil de explicar) en mi

habitación había aparecido… una especie de muñeco vivo, un enano de cuerpo delgadito, vestido de negro, de rostro también moreno, con una cabeza grande, evidentemente carnal, vivo, en cierto sentido caricaturesco… Se movía de forma extraña, desorientado, pero tan concreto y tan vivo… yo lo tocaba, lo veía mirarme, moverse… Me preguntaba si no estaría soñando, pero me parecía imposible, todo era evidentemente verdadero. «No puedes soñar así, con detalles tan minuciosos», me decía.

Y, a partir de aquí, un desencadenamiento de apariciones durante varias semanas seguidas. Mis días transcurrían confusos, apáticos, nada parecía cobrar sentido. Las noches tenían, sin embargo, «un encanto sagrado» tejido con miedo y curiosidad y con la sensación de que dentro de poco me sucedería algo decisivo, de que era objeto de unas manipulaciones (no sabía y no me atrevía a presuponer de qué tipo: ¿una lucha como la de Jacob? ¿Algo todavía más descabellado, más sagrado en las dos acepciones de la palabra?), de que me habían elegido para la vergüenza o para el honor, o para algo mucho más allá de ambos.

Y la noche siguiente abrí los ojos de repente, en medio de un sueño, y vi, vi de verdad, a un «visitador» de los que se me han aparecido a lo largo de los últimos tres años (nunca antes). Esta vez se trataba de una mujer joven. Tenía el cabello muy rubio, pómulos marcados y ojos azules. Estaba de pie junto a mi cama y me miraba. Llevaba un vestido verdoso. La distinguí perfectamente durante unos segundos, luego desapareció. No tuve siquiera tiempo de sentir miedo.

Podía invocar los espíritus de los muertos en mi sueño de anteanoche. Como prueba, un joven muerto se había presentado en la habitación. Yo era capaz de desplazar, sin tocarlos, tazas de café, cucharillas, un vaso de agua sobre una mesita. Con un esfuerzo de mi voluntad, derramé el agua del vaso: el líquido transparente y brillante cayó como a cámara lenta, formando una extraña cascada, y el vaso vacío volcó y estalló haciéndose añicos contra el suelo.

Me cortan la cabeza de forma fulminante con una hoja muy afilada. Durante unos segundos no comprendo nada, pero luego la sangre me enrojece el cuello. Me llevo las manos a las sienes y de repente me quedo con la cabeza entre las manos, con la mente todavía lúcida, y la última imagen que se forma en mi cerebro es la del chorro de sangre que brota de la carótida.

Un nuevo fantasma, el más real hasta ahora, me ha hecho una visita de cortesía esta noche. Probablemente las piezas se han aflojado últimamente. He abierto los ojos de golpe, en medio de un sueño, y me ha aterrorizado verla a un paso de mí: perfilada sobre la puerta negra del armario, de pie, una vieja encorvada, con un rostro irrealmente expresivo bajo un sombrero cónico

vestida con un vestido anaranjado-rojizo. Me ha invadido con brusquedad un terror inexpresable acompañado de un sudor helado. La vieja me ha mirado unos segundos y luego se ha fundido en el aire oscuro. He procurado tranquilizarme, decirme que ha sido una alucinación, pero el corazón me latía con fuerza y un escalofrío extraño, un temblor que no había sentido nunca antes, ha recorrido mi pelvis y mis muslos. Había luna llena, deslumbrante, y no he podido volver a quedarme dormido durante mucho rato.

Esta noche (una semana más tarde, cuando el otoño se inclinaba hacia el invierno y las noches eran breves hibernaciones al calor de la manta junto a una Ştefana cada vez más lejana), durante unos instantes, me he sentido extremadamente extraño. He sentido miedo. Se había acercado algo. No era un objeto; era como si una realidad entera hubiera trazado una frontera en la habitación a oscuras. He dudado un instante entre dejarme llevar por la fascinación o huir. Finalmente he rechazado esa sensación de la presencia de alguien en la habitación.

Ah, esta noche, al abrir los ojos, he visto una mano tendida hacia mí, una mano rembrandtiana, de dedos delicados. No podía adivinar de quién era porque me había tapado la cabeza con la sábana. Fuera quien fuera, ha retirado la mano despacio, graciosamente, y no he visto nada más que el espacio de la estancia oscura.

El 12 de noviembre de ese año solo escribí esto:

Sueño con imágenes infames sobre las cuales no quiero escribir nada (esta noche).

Pero conozco perfectamente el horror que viví aquella noche en la que me peleé, por enésima vez, con Ştefana y la abandoné en la calle, avanzada la noche, cagándome en todos los santos. Estaba en Teiul Doamnei, en medio de una soledad total. No miré hacia atrás, no me importó dejarla sola en una carretera sin iluminar por la que apenas pasaban coches. Me encaminé directamente hacia Obor y desde allí crucé el arco de la calle Ştefan cel Mare. Recuerdo el olor a sebo rancio que procedía de la fábrica de jabón Stela, luego los arcos del cinematógrafo Melodía, luego las construcciones como de papel (barcos, tanques, ciudadelas, refugios nucleares, hormigueros, panales, faros, casitas de alquiler, amarillas, escarlatas y de un rosa sucio) del patio del Hospital Colentina. Al final llegué a casa de mis padres y me desahogué con ellos una vez más: que mi mujer no era la misma, que ya no podíamos comunicarnos… Vimos los tres juntos un programa absurdo en el televisor ruso con la pantalla del tamaño de una postal, y después me acosté en la habitación pequeña, la que daba al Molino. Y allí soñé aquel sueño que no he relatado por escrito, el que

todavía me pone los pelos de punta, el «sueño malo», la semilla estropeada de mi vida nocturna, ese que no me veo aún capaz de desvelar (de desvelármelo, de recordármelo, porque lo conozco como el resumen en diez palabras de un manuscrito que, de hecho, no se puede resumir). Tal vez más adelante, tal vez después de muchos capítulos, tal vez en otro órgano de mi manuscrito deje que se abra, en su fascinante abyección, la flor de pus que me salpicó, entonces, el interior de los huesos del cráneo. Salto ahora —como la salté también entonces— una noche de mi vida sublunar para poder seguir con las anotaciones de mis anomalías.

Lo que sigue me había ocurrido ya, de forma algo más soportable, unos cuantos años antes:

> Estaba en el dormitorio cuando ha sucedido. De repente me ha cogido por los pies una fuerza invisible que me ha arrastrado de manera irresistiblemente violenta desde la cama hacia la puerta. Ya no era una atmósfera de sueño. Estaba despierto, aterrado y no podía enfrentarme a aquella fuerza. Las paredes, la puerta se abalanzaban contra mí. Atravesaba, impulsado de un modo salvaje, vestíbulos y habitaciones, mi horror no conocía límites. Me he detenido de golpe ante un gran espejo en el que he visto mi cabeza envuelta en algo negro. Solo entonces me he despertado, tumbado de espaldas, con la cabeza aplastada por la almohada.

El 30 de diciembre:

> En el sueño, deseaba fervientemente mover los objetos solo gracias a un esfuerzo de mi voluntad. En un estado de euforia, concentraba todas mis fuerzas en un vaso, y este, saltando y deslizándose, se acercaba rápidamente a mí. Esto me producía una satisfacción extraordinaria.
>
> Anoche un sueño terrorífico, en blanco y negro con violentos contrastes, expresionistas, entre la oscuridad y la luz. Todo lo que recuerdo es la imagen final, el rostro bestial de un cadáver que sale de la oscuridad y se dirige hacia mí. «Es la muerte», me digo, paralizado por el pánico. Y la muerte se acerca y literalmente me atrapa. Me he despertado acostado de espaldas, con la nuca agarrotada, rezumando adrenalina.
>
> Anoto tan solo que esta noche se ha repetido, después de mucho tiempo, mi «crisis» mística o epiléptica, o ambas a la vez. He visto una gran luz blanca que parecía estar dentro de mi cráneo, detrás de los globos oculares. Recuerdo que, en el paroxismo de la crisis, mientras estaba completamente disuelto en la luz y en una especie de orgasmo devastador, he gritado con todas mis fuerzas. Se me aparecía Dios. Por la mañana, ante el espejo, tenía unos ojos poco naturales, aterradoramente tristes sin estar, de hecho, triste de

verdad, sino tan solo distante, indiferente a todo lo que existe.

También, en febrero, en unas circunstancias de exaltación y nervios, leyendo los recuerdos de Urzidil sobre Kafka y apuntando en el diario extrañas sensaciones, como después de consumir drogas (*tenía la impresión de ser mucho más alto, de contemplar la habitación desde arriba, como si hubiera crecido medio metro…, y durante todo este tiempo me sentía completamente mareado, ligero como un globo, y notaba en el pecho y en el estómago una sensación de felicidad aturdida.*…), tuve en varias ocasiones un sueño mágico en el que revisitaba el paisaje que divisaba, en mi infancia y adolescencia, desde el triple ventanal de Ştefan cel Mare: Bucarest extendido bajo las estrellas hasta donde se perdía la vista e iluminado como no ha vuelto a estarlo jamás después, como si lo hubieran encendido mis ojos, que lo contemplaban en la oscuridad, mis ojos castaño claro como dos lagos en un rostro pálido y delgado, iluminando la ciudad que iluminaba sus iris transparentes.

> Una gran nevada sobre Bucarest, en casa aire oscuro y olor a café, mandarinas y chocolate. La cabeza embotada por una especie de enfado nostálgico y por los sueños de la última temporada. Uno es un clon de una serie que se remonta varios años atrás: estoy en la habitación de Ştefan cel Mare y vuelvo a ver la ciudad ante mí. Es de noche, las casas son pálidas, y sobre mi cabeza se despliega un fabuloso cielo estrellado. De repente, una estrella fugaz interrumpe su trayectoria hacia la Tierra y cae como un rayo en el centro de la ciudad, donde explota con violencia. Y luego es de día, una luz dorada ilumina las casas, yo estoy ante el ventanal levemente empañado y no puedo creer que haya desaparecido el bloque que se encontraba al otro lado de la carretera que, a los diecisiete años, me arrebató Bucarest. «A pesar de todo no estoy soñando», me digo, convencido por completo de que es real. Mi mente estaba del todo lúcida y distinguía cada objeto con claridad, como en estado de vigilia.

Acabo con la anotación, el 28 de febrero, del miedo puro, sin objeto, como si fuera un color, del miedo endógeno, que se extiende en la gelatina del cerebro como una gota química por los billones de filamentos e intersticios hasta sus fronteras de hueso, que traspasa los poros del cráneo para rodearlo con un aura negra. Siempre he tenido miedo, siempre he percibido no los objetos, sino la realidad que hay detrás, la realidad en sí misma, con un horror paroxístico. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué teje mi mente el mundo como si fuera una lanzadera? ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué no puede mi mano atravesar las paredes ni la superficie dura de la mesa? ¿Quién me encerró en esta urdimbre demente de quarks y electrones y fotones? ¿Por qué tengo órganos y tejidos como los de los escarabajos y los reptiles? ¿Qué tengo que ver yo

con mis dedos, mi casa, mis estrellas, mis padres, mi piel? ¿Por qué no recuerdo el tiempo anterior a mi nacimiento? ¿Por qué no puedo recordar el futuro? He sentido siempre tanto miedo del mundo en el que me encuentro enterrado que, al fin y al cabo, no puedo evitar pensar que la realidad es tan solo miedo puro, miedo helado. Vivo con miedo, respiro miedo, trago miedo, seré enterrado en miedo. Transmito mi miedo de generación en generación, tal y como lo he recibido también yo de mis padres y mis abuelos.

A menudo me viene a la cabeza una imagen que no he creado yo, que en cierto modo se me ha impuesto, no sé cuándo ni cómo, pero que me atormenta periódicamente, al igual que tienes de vez en cuando la visión de un cuchillo que se acerca a tus globos oculares o la de un miriápodo que se pasea por tu boca: cierras los ojos, te proteges con las manos, intentas huir de esa imagen atroz, que parece tener vida propia, independiente de tu psicología:

> Vivo entre dos placas de cristal, infinitamente gruesas, que no tienen final. Me he despertado sobre la superficie de una de ellas, la otra está muy por encima de mi cabeza, como un cielo plano, deslumbrante, que se extiende hasta los márgenes de mi campo visual. Por mucho que me aleje, todo permanece igual. No hay nadie cerca, no hay nada. Da lo mismo que avance o que me quede quieto. Pero a medida que pasa el tiempo me doy cuenta de que, de forma extraordinariamente lenta, el espacio entre las dos placas disminuye, pues se van acercando, imperturbables. En los primeros años (o en los primeros siglos, o en los primeros milenios, no tiene importancia), no me preocupa demasiado, ya que me queda tanto tiempo por delante que este me parece equivalente a la eternidad. Pero, por mucho que me quede, no es una eternidad.
>
> El techo se acerca y de repente me doy cuenta de que, tras una larga vida tranquila, mi «cielo» se encuentra a unos pocos metros por encima, pronto podré tocarlo con las puntas de los dedos. Tampoco en ese momento —aunque vislumbro ya el final atroz e inevitable— me invade un espanto verdadero. Pero me vuelvo más móvil, permito que mis órganos sensitivos examinen los alrededores, pues tal vez dé con una imperfección, una oquedad en las paredes lisas donde poder resguardar mi cuerpo frágil incluso tras la lenta, previsible colisión. Pienso incluso que quizá el techo detenga su imperceptible descenso. ¿Cómo podría saber yo qué leyes lo gobiernan? Pero el techo sigue bajando.
>
> Me despierto corriendo y alejándome cada vez más por la superficie lisa y brillante, pero todo, por doquier, es completamente liso, y el techo desciende sin cesar. No me puedo engañar a mí mismo, pues me roza ya los pelillos, de repente erizados por el pánico, de la coronilla. Sí, solo cuando entra en contacto directo conmigo empiezo a saber, porque solo puedes leer lo que está

escrito en tu propia piel.

Pasan horas, años o eternidades hasta que comprendes que ya no puedes caminar erguido, sino únicamente agachado por el túnel que se extiende en todas direcciones. Luego solo puedes hacerlo de rodillas. Después reptas sobre la tripa, sintiendo la tierna, paciente, casi maternal presión del techo sobre la columna vertebral. Al final eres ya incapaz de moverte del sitio. Tu historia, de ahora en adelante, es la historia local de la destrucción de cada hueso, lenta e implacable, de la rotura de cada órgano, de la extensión sobre el suelo de cristal del charco formado por la mezcla de tus líquidos corporales. Todo mucho más lento de como se puede contar, con momentos de resistencia y momentos de renuncia espontánea.

No sabes (porque desde hace eternidades tu vida es un grito continuo, como en lo más profundo de las profundidades del infierno) cuándo está destruida la frágil estructura de tu construcción, cuándo no eres ya otra cosa que una gran mancha pegajosa entre los dos infinitos bloques de cristal, pero puedes estar seguro de que su acercamiento sigue hasta que la distancia entre ellos es milimétrica y luego micrométrica. Si estuvieras en algún otro lugar de este universo monstruoso, oirías el estallido de cada célula de tu antiguo cuerpo, seguida de la rotura en trocitos, con pequeños chasquidos, de cada molécula. Serías testigo de las minúsculas explosiones del choque de los átomos, seguida de la de los núcleos, los quarks individuales, los ladrillos de espacio en la escala de Planck. La mancha material se extendería por superficies inimaginables en el espacio ahora casi nulo entre las paredes metafísicas, alcanzaría el tamaño de una galaxia o de un universo, pero todo continuaría siendo un accidente insignificante en la grieta infinita.

Finalmente cualquier espacio, cualquier mancha, cualquier presencia desaparecería y el mundo se reduciría a un bloque infinito, unificado, reconciliado en su enigma por una tierna atrocidad…

De nuevo esta noche, en una oscuridad absoluta porque estaban completamente echadas las cortinas, he sentido cómo el terror se abalanzaba sobre mí sin previo aviso y sin razón alguna, un terror demente, como el que experimenté cuando vi al último «visitador». Al igual que entonces, he empezado a temblar como un loco debajo del edredón. En concreto, los músculos del abdomen vibraban terriblemente. Me acerco poco a poco a ese estado de médium que en otra época me horrorizaba y me llenaba al mismo tiempo de orgullo. Me siento de nuevo un elegido, incluso aunque lo sea para el desastre y la locura. Vuelvo a sentir que no estoy solo, porque si eres un elegido, has de saber que en alguna parte existe al menos un único ser: ese que te elige.

TERCERA PARTE

Capítulo 29

EN el otoño de 1965 partí hacia Voila, el sanatorio de los montes Bucegi para niños enfermos de tuberculosis. Para entonces había cumplido ya los nueve años y, si hubiera tenido alguna opinión sobre el mundo, habría dicho que este estaba formado por unos pocos núcleos situados en mi mente antes que por el concepto imposible de realidad. Cada uno estaba acompañado por un sentimiento diferente, como si fuera un color o un olor distinto, por un estado diferente de mi cuerpecillo. En cierto modo, era capaz de sentir la realidad local de nuestra casa, con la zona infinita de la ciudad en la que se encontraban el Parque y la Alameda del Circo, la calle Ştefan cel Mare, el despacho de pan y la tienda de ultramarinos de enfrente, la biblioteca B. P. Hasdeu y el quiosco de prensa redondo de Tunari. En este perímetro rodeado por el vacío y el pánico, cada edificio era un templo o un mausoleo. El bloque de pisos, el autoservicio, la comisaría, la biblioteca, la escuela no estaban construidos con ladrillos y mortero, sino con materia psíquica, con las dulces y pulidas piedras de las emociones. Recordaba de forma distinta las casas antiguas en las que había vivido en otra época en los barrios de Floreasca y Silistra, cada una de ellas pintada en un color diferente según mis afectos y habitada por fantasmas diferentes: el grupo de críos de cuatro o cinco años del patio de la casa en forma de U que subían con el andamio motorizado apoyado en la pared medianera de la casa vecina hasta la ventana de arriba, desde donde se podía atisbar el espacio silbante del interior; la campana de cristal sobre el barrio de Floreasca, donde siempre era primavera; la tienda del final de la calle, donde pedía «una barra de pan y las vueltas». Estaba también la casa de mi madrina en el arrabal, bajo sus fantásticas nubes, siempre las mismas, como si las paredes moradas, la terraza y la torre torcida se prolongaran, con la arquitectura abstrusa de las nubes, en una especie de pintura extraña e inmóvil. En el mismo cuadro cabían, con su ropa que reflejaba las nubes, con sus rostros deformes, con su peligroso aire de trolls, el padrino, un carpintero grosero que olía siempre a pegamento elaborado con tuétano, su mujer —que lo doblaba en tamaño—, con unas tetas que parecían siempre desnudas por mucho que las cubriera con camisas y jerséis, y su hijo Marian, con los calzoncillos por encima de los pantalones y el morro manchado de mermelada. Los vínculos entre estos globos perfectos, encerrados en sus sensaciones, coloreados y saboreados de formas diferentes, eran más bien místicos e incomprensibles: había en ellos tranvías, había autobuses, había incluso trenes. Pero como ni el tiempo ni el espacio, capullos embrionarios de mi futura conciencia, significaban nada para mí, no imaginaba estos espacios separados unos de otros, no los colocaba en sucesión ni en una perspectiva arquitectónica. En un cuenco formado por los huesos de mi cráneo eran tan solo cinco o seis bolas de colores que

chocaban entre sí tintineando, lanzando chispazos de emoción sobre las paredes de caolín. Sí, eran emociones antes de ser dibujos, y dibujos antes de ser realidades, porque la idea de realidad, la invención más fantástica de la mente humana, apenas entonces, en aquellos años, empezaba a cobrar forma.

Ni siquiera hoy en día sé cómo llegué hasta Voila. Lo que recuerdo bien es otra cosa, antes de que partieran los autocares. Es por la mañana y nos hemos despedido ya de nuestros padres. Hemos montado en unos columpios verdes de cuatro plazas, situados frente a frente, de dos en dos, en el patio de un edificio. Me he quedado solo en mi columpio, que permanece inmóvil. A mi lado hay una miserable maleta de cartón prensado en la que deben de estar mis ropitas, marcadas todas por mi madre con mis iniciales, burdamente cosidas con hilo negro a toda prisa. Los autocares se retrasan, así que saco un libro de la maleta y empiezo a leer. La página que leí entonces, antes de partir hacia Voila, se convierte en una de las cosas más importantes de mi vida. Con aquella página comencé, de hecho, a leer de verdad. Tengo una vista tan aguda que distingo, en el blanco levemente amarillento y perfumado de la hoja, unas minúsculas hilachas azules o rojizas entre las brutales letras de tinta, como desprendidas y flotando sobre ellas. Al poco rato no veo ya ni las letras ni las páginas ni el columpio ni el parque. Mi mundo desaparece y, como en los complicados alambicamientos del sueño, se muestra de repente otro mundo, otro espacio visual y mental, en el que me disuelvo con un asombro solemne.

Allí es por la tarde. Bajo la luna, un agua sagrada y límpida flota en el cielo como una manzana de oro. Un rey anciano, con la gran cabeza recostada entre cojines, se deja transportar en una barca ligera y negra. Hay paisajes ciclópeos, hay gigantescas construcciones en las orillas. Las pirámides elevan sus vértices de metal deslumbrante hacia un cielo en llamas. Los jardines flotantes reflejan sus infinitos escalones en el Nilo, el río sagrado. En una isla se eleva un domo cuya altura y grandiosidad no se pueden expresar con palabras… Mientras avanza a lo largo de sus inconmensurables murallas, el rey, perdido en su insignificancia, parece una cucaracha negra. Bajo la bóveda del domo se extiende una enorme sala, apoyada en pilastras, rodeada por ventanas. Minúsculo sobre las suaves losas de mármol del suelo, pulidas como un espejo, el rey pasa por delante de cada una de las ventanas y echa, en oleadas de tela rosa, espumosa, los cortinones sobre el paisaje vespertino. La sala se colma de un rosa oscuro. El rey sacó de su seno una ampolla tallada en una sola amatista y vertió tres gotas en una copa de carniola reluciente. En la oscuridad rosada de la estancia circular, el agua se coloreó de oro, de rosa y luego de un azul profundo, como el del cielo. Y a continuación sucedió otra cosa, perturbadora y extraña: todo el suelo se transformó en un espejo, la bóveda de la cúpula se hundió en las profundidades, mientras el rey permanecía en el centro, apoyado en las plantas de los pies de otro rey, el que se reflejaba en el espejo. Lo que estaba arriba estaba también abajo, pero de otra forma, con otro grado de presencia, de brillo y de magia.

El faraón sale luego en mitad de la noche y se dirige a la gran pirámide, el

tetraedro de brea perfilado contra el cielo. Desciende después a las entrañas de piedra bajo el ojo triangular de la ciclópea construcción. Entre los intestinos del laberinto discurre una gruta de una grandiosidad inédita, iluminada por una antorcha enorme. Al fondo de la gruta hay un lago transparente, en el lago hay una isla con arenas de oro, y en la isla, dos ataúdes de cristal. En uno de ellos hay una muerta, en el otro se acuesta el rey y cierra los ojos, agotado por la vida, para formar en aquellas profundidades dos estatuas de polvo y sueño. La Madre y el Padre, situados en el núcleo de nuestra mente, en la de todos.

Leía, en el columpio verde, aquella primera página de un libro grande y blanco y no me lo podía creer; y no me refiero al hecho de que lo hubiera escrito alguien, sino de que fuera yo capaz de aceptarlo, de descifrarlo, de trasladarlo de la lógica de otra mente a la lógica de la mía propia, de vestir el esqueleto del texto, de articulaciones finas y simétricas, de huesos delgados, con la carne de mi propia vida, de mis propios recuerdos. ¿Quién había construido aquella Menfis, aquel Nilo rebosante de reflejos de estrellas, aquellos palacios megalíticos y extraños? Un hombre muerto mucho tiempo atrás había implantado, en mi cerebro, un injerto, una rebanada de su cerebro. El mundo de Egipto había aparecido, fantasmal, en la confluencia de nuestras mentes. El autor era el lector, el lector era el autor, como los dos extremos de un puente por el que circularan las alucinaciones. Yo estaba en él, y él, aunque muerto mucho tiempo atrás, vivía en mí.

Recuerdo que aquella mañana, leyendo aquel libro que había cogido al azar, sentí miedo. No entendía la mitad de las palabras pero, dejando de lado las letras negras, *veía* por primera vez el otro mundo, el paisaje que lo rodeaba y a mí mismo. Había estado allí, en Menfis, lo había visto todo, había añadido, sin tranvías, autobuses ni trenes, otra esfera coloreada a las que tintineaban, desordenadas, en el interior de mi cráneo. Tras las dos primeras páginas de fascinación y olvido de mí mismo, se me puso la carne de gallina y tuve que cerrar el libro.

Llegué a Voila junto con el otoño, que se presentó de repente, como si el verano tórrido, con las paredes y los raíles del tranvía al rojo vivo, con las hojas de los árboles negros y huecos ya marchitas, flotara tan solo sobre Bucarest. En Voila era otra cosa. Nubes pesadas y cenicientas, de lluvia, colgaban a unos palmos del gran edificio cuadrangular que albergaba los dormitorios, la cantina y la enfermería, con su torrecilla redonda. Todo el complejo estaba rodeado por un bosque y olía a verde y a frescor, a bosque infinito. Después de bajar de los autobuses, abrumados por la novedad agresiva de las superficies de hormigón, de las ventanas que reflejaban los rostros pálidos, de las copas melancólicas de los árboles asomados sobre los edificios, fuimos conducidos, cada uno con su maletita en la mano, a los dormitorios. Todos depositamos nuestras maletas en una cama de metal blanco, como de hospital, de las treinta que había en cada dormitorio. Las camas estaban unidas de dos en dos, así que debí de sonreír al chico que iba a dormir junto a mí, pero él debió de devolverme una mirada sombría y recelosa, de soslayo. Las camas eran iguales. Todas contaban con

una almohada con la funda almidonada y dos iniciales azules, torpemente bordadas, una sábana también almidonada, una manta azul, de un fieltro grueso, envuelta, a los pies, por la banda de otra sábana. Todo era tan extraño, se percibía tanta pobreza en aquellas camas treinta veces repetidas, la *cst2incÍ2i* era tan grande y austera, los globos del techo colgaban tan inmóviles de sus varillas que, probablemente por ese motivo, ninguno de nosotros pronunció una palabra en bastante rato. Permanecíamos allí, sentados cada uno en su cama, treinta niños con la mirada clavada en el suelo. Parecíamos idénticos, como las camas, como los armaritos de doble hoja alineados en la pared, como las cortinas de la otra pared, la de las ventanas y, en cierto sentido, estábamos también —porque éramos todos niños nacidos en el asfalto— en medio del infinito campo de ruinas que era nuestra ciudad, el único mundo que nos resultaba familiar. Niños que habían crecido en minúsculos apartamentos de bloques obreros, que habían jugado, desde que tenían uso de razón, en campos de hormigón, entre los tubos del alcantarillado y los tubos del gas y entre contenedores que apestaban a basura doméstica detrás de cada bloque. Ahora nuestras deidades familiares, la Madre y el Padre, nos habían soltado la mano y se habían convertido en unos recuerdos fantasmales.

Recuerdo mi cama pobretona e impersonal, que olía vagamente a vinagre, con las sábanas desgarradas aquí y allá de tanto lavar y requetelavar. Dormiría varios cientos de noches envuelto en aquella manta azul que no daba calor, oiría el sueño inquieto de los niños y abriría los ojos a menudo, asustado por la luz de la luna que entraba bruscamente por los ventanales pegados a mi cabeza. Creo recordar que un instructor joven, de pelo rizado y cara de bestia —mejillas chupadas, bigote rizado sobre una boca crispada en una especie de continua mueca de desprecio—, nos hizo ponernos en pie y nos dio a entender quién mandaría allí a partir de ese momento. Después de pasar lista, nos asignó un armario a cada uno. En él colocamos la ropa y la maleta, los zapatos y las deportivas, y solo entonces nos dejaron salir del dormitorio al enorme vestíbulo que se abría enfrente.

Era una sala grande, con suelo de mosaico, a la que daban, por la otra parte, las puertas de los lavabos. ¡Qué sentimiento tan extraño tuve cuando las franqueé! No había visto nunca nada semejante. En primer lugar, el lavabo era el lugar más extraño y hostil que uno pudiera imaginar. Aunque estuviera rebosante de niños, parecía frío, silencioso y solitario. Era todo níquel y porcelana. Cubetas de porcelana para lavarse los pies, lavabos con espejo, unos junto a otros, duchas en huecos sin puerta, retretes. Las paredes estaban alicatadas de arriba abajo con azulejos blancos, brillantes, como los ambulatorios a los que iba con mi madre, y todo era glacial, permanecía inmóvil, en mitad de un silencio aterrador. Cuando ibas, por la noche, al baño, te perdías en el lavadero, ya no sabías sin estabas rodeando la pared de las cubetas por la derecha o por la izquierda, si la sala de los retretes estaba antes que la sala de los lavabos, si no se había invertido en cierto modo su simetría antiséptica y ahora el sur estaba hacia el norte y el este hacia el oeste… Cuando me colocaba ante el lavabo, dispuesto a

lavarme la cara, contemplaba largo rato los grifos de níquel, petrificados en su forma definitiva. Desnudo hasta la cintura, veía mi silueta reflejada en el metal brillante: se deslizaba por el tubo metálico y serpenteaba rosada. Esa fue la única forma que tuve de poder mirarme al espejo durante todo un año, porque los verdaderos estaban colocados demasiado arriba como para que pudiera verme en ellos. El propio lavabo me llegaba más o menos hasta la barbilla.

Desde la habitación se veía la escalera interior que conducía al piso superior, en el que se encontraban los dormitorios de las chicas. Como ellas llegaron algo más tarde aquel mismo día, en otros autocares, las vimos subir por la noche, con sus maletitas en la mano, tan pequeñas como nosotros, pero con el cabello largo, con pendientes de bolitas en las orejas y ropa diferente: vestidos de algodón, falditas y blusas de tela áspera, confeccionados muchas veces por sus madres, en la misma mesa donde estiraban la masa de los bizcochos con el rodillo de madera y que a menudo se transformaba también en mesa de costura, llena de cintas amarillas con los centímetros marcados y unos clips metálicos en los extremos, grandes tijeras oxidadas y patrones de papel de la revista *Femeia*. El dedal, ese pequeño objeto que tanto me gustaba, así como el trozo de imán, lleno de agujas y alfileres, eran objetos que no podían faltar en ellas. Lentas y pálidas como las deportadas, con las pestañas húmedas, las niñas subían hacia un lugar que, al igual que los baños públicos de señoras, sería siempre inaccesible para nosotros. Un tabú poderoso y abrumador, en consonancia con la tentación que provocaba, protegía el primer piso y, aunque nada nos impedía subir la escalera hacia aquellos lugares perdidos en su dimensión fantástica, durante mucho tiempo tal idea ni siquiera se nos pasó por la cabeza.

Después de vaciar las maletas en los armarios —en las camas quedaban tan solo nuestros pijamas, con estampados de jirafas, elefantes y ranitas—, el instructor —que se llamaba camarada Nistor— nos condujo a la cantina, situada en el edificio anexo. En el camino, que olía intensamente a bosque, nos encontramos con unos abetos gigantescos. Amenazaba lluvia. Muy lejos, sobre las copas de los abetos, se adivinaban las cumbres de las montañas. Todo resultaba tan distinto a mi mundo que era como si hubiera aterrizado en otro universo, donde las cosas tenían otras formas y otro aspecto. En cuanto entramos en el comedor —un rectángulo blanco, vasto, lleno de mesitas para cuatro— nos golpeó el olor intenso, asqueroso, a la comida de la cantina que me martirizaría, mucho más que cualquier otra cosa, hasta el final de mi estancia en Voila. El estómago me dio un vuelco desde aquel primer instante pero, a medida que me vi sometido a la tortura de la comida, llegó un momento en que ya ni siquiera podía entrar en el comedor sin salir corriendo al retrete para vomitar, en ayunas, un líquido agrio y verdoso. Me sentaba luego a la mesa, pálido y resignado, sabiendo muy bien lo que seguiría.

Porque en el sanatorio de Voila los niños tenían que comérselo todo. No existía norma más inflexible. Todo lo que había en el plato, por muy asqueroso e imposible de ser engullido que fuera, había de ser ingerido. Si no te lo terminabas en el tiempo

estipulado para la comida, te llevaban, con plato y todo, a la enfermería, donde te dejaban hasta la noche, delante del plato, al cuidado de las enfermeras. Vomitabas, empezabas de cero, volvías a vomitar, volvías a tragar un poquito… Y entretanto te ganabas de vez en cuando un pescozón para que te dieras prisa.

Me senté a la mesa, asqueado, junto a Traian, el que había elegido la cama anexa a la mía. También ahora me miraba con desconfianza. Era grande y rubio, con el pelo cortado a cepillo, y parecía mayor que yo y que los demás niños. Tenía unos ojos muy azules, muy separados, llenos de lágrimas. Unas cuantas cayeron, durante el almuerzo, en la sopa y el guisado que su dueño revolvía con la cuchara. Tampoco yo podía comer: siempre fui un melindroso terrible, nunca me gustaba nada; de hecho, muchas veces tiraba por el hueco del ascensor los paquetitos que mi madre me preparaba para la escuela. Pero, al contrario que Traian y que todos los demás, no sentía —y no llegaría a hacerlo mientras estuve en Voila— la ausencia de mis padres. Era como si no hubieran existido jamás. Habían sido —entonces me di cuenta por primera vez— transparentes y fantasmales en mi vida, y así se quedarían para siempre. En realidad, me sentía bien con ellos, pues me servían como unos devotos a un pequeño dios. Pero si faltaban no sentía pena. Me gustaba explorar el mundo solo, a pesar del miedo a los lugares desconocidos. Y en Voila todo era tan nuevo e inmenso que el pasado grabado en mi memoria palidecía y se volvía inaccesible. Yo estaba completamente orientado hacia el futuro, hacia las sorpresas que me esperaban. Por eso no tenía, como el resto de los niños, una personalidad propia: yo era el espacio en el que ellos se movían, el campo visual que los integraba. Me consumía por completo contemplándolo todo, a ellos y los lugares que nos rodeaban. Yo desconocía incluso qué aspecto tenía o cómo sonaba mi voz. Un chaval de nueve años, perdido entre otros como él.

Aunque entonces no me lo comí todo, ese primer día no me llevaron a la enfermería. Volvimos al dormitorio, donde esperamos la llegada del médico para el primer reconocimiento. Y llegó —un hombre agradable en bata blanca—, acompañado por una enfermera con la que se casaría más adelante. En primer lugar comprobaron si teníamos piojos y liendres y, naturalmente, los encontraron en varios chicos, que fueron enviados de inmediato a cortarse el pelo «al cero». Yo también había tenido «crías», como les llamaba mi madre, pero acababa de librarme de ellas. Ya se encargaba ella de lavarme con petróleo y peinarme con un peine de metal, de púas cerradas y afiladas, que me arañaba el cuello cabelludo. «Mira las crías», decía al tiempo que me mostraba, satisfecha, unas pequeñas semillas amarillentas atrapadas entre las púas metálicas. Se refería a unas cápsulas en las que las lombricillas que algún día se convertirían en piojos se adivinaban como unos minúsculos puntos negros, temblorosos. Luego nos desnudaron hasta la cintura para rastrearnos la piel en busca de signos de urticaria. El que tuviera alguna se veía recompensado con la correspondiente mancha de azul de metilo, burdamente embadurnada con un pincel, el mismo para todos los niños. El médico tenía mucho vello en las falanges de los

dedos, pero también unas uñas cuidadas y una delicada forma de tocarnos. Olía siempre a limpio, a agua de colonia. El estetoscopio, con su tubo de goma rosa y su placa fría, niquelada, nos fascinaba como un objeto de otra civilización. Una criatura superior lo utilizaba para palpar, quién sabe con qué fin, nuestros cuerpos que, bajo una piel aterciopelada, albergaban órganos blandos, complicados, que latían, se estiraban y se contraían como unos animales vivos en una madriguera subterránea.

Distribuyeron también entonces los medicamentos, después de consultar unas fichas guardadas en unos sobres gruesos, utilizados y vueltos a reutilizar, como las que una mujer gorda y aburrida le entregaba a mi madre cuando íbamos al ambulatorio. Yo tenía que tomar ocho pastillas al día de hidracida, unos comprimidos pequeños y amarillentos como las liendres, por la noche. Me las tomaba siempre juntas, con un poco de agua, en el lavadero, a toda prisa, porque quería volver rápido y pillar, desde el principio, el cuento de antes de dormir. Curiosamente, no me sentía enfermo, pero me sentía mal todos los días por culpa del olor de la comida de la cantina, por culpa de las sopas y los caldos, de la carne blanda e insípida de pollo, de las mollejas y los hígados… Habría preferido morir antes que comérmelos.

Luego salimos, en medio de la llovizna, al patio del sanatorio. El camarada Nistor nos mostró los edificios, algunos eran muy modernos, de hormigón, con ventanas alargadas, que no pegaban demasiado con el paisaje salvaje de alrededor, y los otros —sobre todo el castillito de la enfermería, con su bonita torre— parecían antiguos, ennegrecidos por la humedad y el liquen que cubría los muros de piedra. Los senderos subían y bajaban, zigzagueaban de forma curiosa en torno a los edificios, se perdían luego entre los abetos que se amontonaban, oscuros, por todas partes, balanceando, en las alturas, sus piñas leñosas. Todos los caminos parecían desaparecer finalmente en un bosque profundo y sombrío que rodeaba todo el complejo. Junto a esos grandes edificios había también, desperdigadas por aquí y por allá, unas casetas de madera en las que —nos enteraríamos más adelante— vivían los cocineros, los profesores y los educadores, las mujeres de la limpieza, los jardineros, o que albergaban pequeños talleres de costura o de carpintería. Sin embargo, ¿dónde íbamos a estudiar? No se veía por ninguna parte ninguna escuela, y el educador era tan huraño y emanaba tanta maldad, que nadie se atrevía a preguntarle. Yo pasaba al tercer curso y mi madre me había puesto en la maleta algunos accesorios: cuadernos de dictado y de matemáticas, un estuche de madera, una escuadra, algunos lápices chinos con goma… Tal vez, como estábamos enfermos, no tendríamos que ir a clase… Eché un rápido vistazo a los niños que se encontraban mi alrededor: todos parecían robustos y, a pesar de haberse separado de sus padres, cada vez más alegres y curiosos. Parecía mentira que se pudiera ver en ellos a unos enfermos de tuberculosis…

Regresamos a nuestro dormitorio, oscuro y extraño ahora como una foto antigua. El camarada Nistor encendió las luces, nosotros nos distribuimos por nuestras camas y las abrimos para acostarnos. ¡Qué duro y extraño era el tejido de las sábanas!

Estaban rígidas de tanto almidón, y mis ojos —tan límpidos por aquel entonces— podían distinguir los nudos minúsculos en la superficie lisa y áspera, sin embargo, como la lija. ¡Y qué textura insólita tenía la manta! Yo conseguí sacar de ella unas fibras largas, azules, completamente retorcidas. Parecían confeccionadas con tallitos de plantas, secos y prensados, coloreados con genciana. A través de los agujeros de la sábana bajera se veía el colchón, negruzco, como enmohecido y, ciertamente, el último día de cada trimestre, cuando se deshacían las camas y las sábanas se amontonaban en el suelo, de cada camastro de hierro afloraba una especie de animal marino, mugriento, negro-amarillento, sin duda antiguo, que nos había cargado sobre su lomo después de soportar también las vueltas en el sueño de quién sabe cuántos otros niños… Pero aquel día, el de la partida, con las maletitas hechas y el dormitorio desierto, era tan triste que todavía hoy en día se me aparece en sueños, ligado al tema siempre recurrente de los trenes y las estaciones desconocidas y desiertas.

La almohada, que en las noches de luna deslumbrante profanaría yo tantas veces, era plana, informe, sin los ribetes y los volantes de las almohadas de casa. Alguna que otra pluma de gallina, rojiza, con unos cañoncitos todavía sin desarrollar y otros crecidos hasta formar un plumón inmaterial, surgía por la tela blanca, más blanda y más brillante que la de las sábanas. Estábamos todos ya acostados, nos mirábamos con timidez. El educador seguía contándonos algo con un tono áspero e inflexible: reglas de comportamiento, castigos… Cómo organizar los armarios —la fila de armaritos altos y estrechos, pegados unos a otros en la pared opuesta a los ventanales —, cómo comportarnos con las cuidadoras y las señoras de la limpieza… Después de las nueve, cuando se ordenaba apagar la luz, la puerta del dormitorio se cerraba y ningún niño tenía permiso para salir al pasillo. Pero la mayoría de nosotros no le escuchaba. Todo era demasiado nuevo, eran demasiadas cosas a la vez. En el pasado, cuando llegábamos a lugares desconocidos, contábamos sin embargo con nuestros padres como una presencia constante, como ese hilo duro en el que se ensartan las perlas cenicientas. Ahora estábamos solos, y solos teníamos que distinguir las zonas buenas de las malas, a los dioses benévolos de los hostiles. El camarada Nistor sería uno de los más abyectos y, sin embargo, un demonio menor, sin consecuencias ni importancia. Otras divinidades menores se presentaron precisamente aquella misma noche, cuando las tres cuidadoras entraron en el dormitorio abriendo las puertas de par en par. «¡Se acabó! ¡Cada uno a su cama y que no se mueva nadie! ¡Que no se oiga una mosca!». Se parecían a las vendedoras de pan y de leche, a las cobradoras del tranvía, todas ellas mujeres gordas e impersonales, morenas, que poblaban —no se sabe por qué— las tiendas de ropa de Lipscani y las carnicerías de la plaza Obor. Aquella noche pasaron a gran velocidad de una cama a otra para cortarnos las uñas con unas enormes tijeras de hierro engrasado: nos las cortaron hasta la carne, como con hostilidad, insensibles a los gritos o a la retirada de los dedos heridos. En cuanto terminaban con uno, se abalanzaban como buitres sobre el niño de al lado, lo sujetaban entre los sacos de sus gigantescas tetas y barrigas y caderas y le arrancaban

las uñas sin piedad, hasta que, uno a uno, acabaron con todos. «¡Y ahora al baño! ¡A desnudarse y marchando en fila al lavadero!».

No había visto nunca a otros niños desnudos. En casa me habían explicado que era terrible que te vieran el culo. Durante mucho tiempo no había dejado siquiera a mi madre que entrara mientras me bañaba. Pero ahora veinte chicos, casi todos escuálidos y chupados, se colocaron en fila, procurando no rozarse y, sobre todo, no mirarse, delante de la puerta del dormitorio. El techo flotaba terriblemente alto sobre nuestras cabezas, los cuatro globos redondos colgaban de sus varillas. Estaba muerto de vergüenza, me sentía como un animalito en medio de un rebaño, me habían abandonado por ahí y yo había desaparecido entre otros cuerpos pequeños y desnudos que esperaban, asustados, unas pruebas imposibles de prever. Atravesamos desnudos y ateridos el vestíbulo helado, pateando el mosaico del suelo, y entramos en una zona de vaho y de brusco bochorno. Porque en el lavadero estaban abiertas todas las duchas, formando unos círculos blancos que se extendían por toda la sala, empañando los espejos hasta volverlos de un mate atravesado por gotas alargadas y llenando los cubículos de niebla. Nos metieron por la fuerza bajo los chorros ardientes que brotaban de los cabezales y que en unos instantes nos pusieron rojos como cangrejos cocidos. Con la camisa empapada, el educador se paseaba por los baños donde los gritos de los críos eran sofocados por el vaho y fulminaba con la mirada a quienes escapaban de los chorros de agua hirviente. Al poco, no podía ver siquiera al niño con el que compartía la ducha. Así que me pilló completamente desprevenido que una mano me agarrara del brazo y me sacara de la cabina al suelo encharcado y resbaladizo. Era una de las tres cuidadoras que, a toda velocidad, empezó a frotarme con una esponja áspera, llena de jabón. «¡Levanta el brazo!», me decía impersonal y colérica, como una maquinaria blanda. «¡Ahora el otro!». Su mano pasaba con una energía insólita por mi piel roja como el fuego, me tiraba del pelo como si fuera a arrancármelo, me frotaba la cara con la misma esponja como de esparto, me lijaba el pecho, la espalda y la tripa. A través de la blusa de la mujer se veían los círculos rojizos de sus pechos, el ombligo oscuro, las lorzas de las caderas… Ella me giraba una y otra vez como si fuera una pluma. «¡Ahora agáchate!». Y de repente sentí cómo la esponja pasaba por el culo, entre los glúteos, y luego por el pajarito y los huevitos que, sabía yo, era vergonzoso enseñar por ahí y, peor aún, dejar que te tocaran. Intenté apretar las piernas, pero aquella mujer maciza me las separó con la facilidad y la indiferencia de un insecto. Cuando acabó, volvió a empujarme debajo de la ducha y se abalanzó sobre el otro niño. Todo lo que teníamos de blanco al entrar en el lavadero lo teníamos de rojo cuando volvimos a nuestras camas para ponernos los pijamas nuevos, de algodón, traídos de casa, y meternos en la cama. «Quien necesite pasar por el retrete, que lo haga ahora, que no os pille yo antes de que amanezca paseando por el vestíbulo», graznó el educador mientras se cambiaba de camisa y se ponía una seca. Cuando cesó el ajetreo, apagaron la luz y nos quedamos sumidos en la oscuridad más total y profunda.

Al día siguiente, la luz, una fría luz de otoño, era más deslumbrante aún. Los bordes afilados de las camas y las varillas de las lámparas del techo me cegaban. Los niños se incorporaban en las camas, medio dormidos, mirándose unos a otros. Fue el día del cambio de reino y de paisaje, porque al día siguiente vimos lo que no habría pensado llegar a ver jamás: el bosque. En formación, nos llevaron al bosque después del desayuno. Y el bosque era infinito, profundo y misterioso, sombrío y verde, lleno de vacíos, silencioso hasta el grito. Había vivido toda la vida en el asfalto, como una cochinilla común que hubiera correteado eternamente, con sus decenas de patitas, por la misma pared ciega descascarillada y quemada por antiguos incendios. Lo único que había visto hasta entonces eran las casas ruinosas de la ciudad, los quioscos, las tiendas de ultramarinos, las líneas del tranvía. Pero ahora, aquella mañana deslumbrante, dejamos atrás el castillo de madera de la enfermería y nos adentramos en el bosque.

No sabía qué hacer con tanta luz verde, con tantos miles de matices de verde, transparentes, opacos, degradados hacia el amarillo y el óxido, latiendo y temblando bajo las bóvedas de los gigantescos árboles. No sabía qué percibir en primer lugar en aquel mundo de brillos, olores y trinos de pájaros, de corteza negra y húmeda, tan áspera que me lastimaba los ojos, de tierra blanda, elástica, llena de brotes, cubierta de hojas en diverso estado de desmenuzamiento. Entre las ramas más bajas había grandes ruedas de telarañas; sus poliedros casi perfectos brillaban hinchándose con el más leve soplo de brisa, sujetaban en su arquitectura rígida al animal del centro, pesado como un grueso grano de uva. Por todas partes se veían troncos caídos, agujereados, en cuyo interior habían crecido setas blanquecinas, carnosas, viscosas, mezclándose unas con las otras. En unos tocones anclados con sólidas raíces, como muelas ennegrecidas mal empastadas, pululaban las mariquitas. El aire era húmedo y sombrío aquí y allá, pero estallaba en llamaradas insoportables cuando los rayos atravesaban el follaje, jopeando el suelo con dibujos temblorosos. Los rostros de los niños estaban también moteados, al igual que su ropita y sus brazos, como si hubieran crecido aquí desde su nacimiento, incrustados en este mundo de destellos y de oscuridad, formando un todo con él como el estampado de las alfombras.

Desde los primeros minutos nos desperdigamos por todo el bosque, como volveríamos a hacer después cientos de veces, sobre todo los domingos, adentrándonos tanto en él que apenas podías oír algún grito débil de los grupos alejados. Nunca di con sus límites. Era como si se extendiera hasta el fin del mundo, por todas partes, con el sanatorio en el centro. No había senderos en él, no tenías referencias, el bosque era siempre igual: tierra salpicada de hojas muertas; grandes piedras que volteábamos para encontrar nidos de hormigas rojas, con larvas más grandes que las propias hormigas; troncos negros que sostenían bóvedas flexibles y graciosas; el follaje, donde pájaros nunca antes vistos lanzaban otras bóvedas, esta vez de trinos, sobre nuestras cabezas. En grupos de tres o cuatro chicos, armados de palos húmedos y cinturones de corteza, explorábamos en todas direcciones aquel

mundo de transparencias y podredumbre, llamándonos unos a otros para contemplar un gran miriópodo que agitaba las pinzas sobre el tocón de un árbol, un aro con sus bolas rojas y verdes sobre un tallo fálico —indicio de que sería un buen año para los tomates y los pimientos—, alguna medialuna de yesca, ondulada, amarilla-verdosa como la hiel, que nos afanábamos por arrancar con los dedos. Corríamos entre las mosquitas transparentes que nos acompañaban a todas partes. Llegábamos a arroyuelos donde bebimos agua helada desde el primer día, aunque hormiguearan en ella unos insectos pálidos, con el vientre atrapado en una armadura de piedra. Nos aventurábamos por las lomas y bajábamos las vaguadas, siempre por la sombra húmeda, que olía dulce a tierra mojada y a savia, que olía amarga, al mismo tiempo, a taninos, a secreciones de escarabajos medio pisoteados, a flores mustias desagradables.

Pero lo que más me gustaba era quedarme solo. Me esforzaba, siempre que nos soltaban en el bosque, por caminar todo lo posible en una única dirección, hasta que a mi alrededor se hacía el silencio susurrante del bosque. Cuanto más silencio había, más brusco era el zumbido, tan violento como si procediera de una hélice metálica, que silbaba en mi oído. Otras veces, un pájaro desconocido soltaba una frase de unas cuantas notas, seguida de un silencio verde. Y entonces yo me detenía y me quedaba allí parado. Si hubiera juntado las manos formando un cuenco, el aire se habría posado en ellas como un agua densa, llena de lentejas de agua. El aire relampagueaba y se oscurecía con cada movimiento de las ramas; un aire denso, rojizo, se depositaba sobre los troncos caídos. Me encontraba en el fondo de los bosques, en su escondite más recóndito, disuelto en sus jugos gástricos.

¡Cuánto disfrutaba de los detalles de mi nuevo mundo! Me tumbaba boca abajo sobre las hojas húmedas que se mezclaban con la tierra. Colocaba ante mis ojos una sola hojita. Esa hoja era única, diferente a todas las demás y, sin embargo, hasta que llegué yo no la había observado nadie, ni siquiera ella misma, ni siquiera Dios. Era ella, solo ella y ninguna otra: amarilla-brillante, afilada, con bordes anaranjados, con nervios visibles, con mordiscos de insectos bordeados por circulitos de un cierto matiz marrón, un castaño claro y alegre. Su peciolo estaba todavía entero, construido con gracia, y terminaba en una zona porosa, el sitio del que se había desprendido de la ramita. La hoja tenía una zona ligeramente desgarrada, con el tejido deshecho a lo largo de los nervios; por el envés era más mate, más anaranjada y más atacada por la humedad que por la otra parte. Debajo de ella, sobre ella, alrededor de ella, había miles y decenas de miles de otras hojas moteadas, todas distintas, pero todas afectadas ya por la decadencia: en algunas solo quedaba el esqueleto, una especie de pelusa marrón; otras se habían partido por la mitad y se deshilaban por los bordes. Del centro de otras brotaba un tallo verde deslumbrante que crecía ávido hacia el sol, con docenas de hojitas arrugadas en la punta.

Analizaba luego un tocón podrido, cuya madera esponjosa podía romper fácilmente con los dedos. ¡Qué agujeros anchos e inquietantes se abrían bajo sus

raíces! De su interior habrían podido salir unas arañas tan grandes como ratas. En la carne fibrosa del tocón, con anillos y astillas, hallaba crisálidas lívidas, elásticas, en las que notaba el latido de algo que se estaba formando precisamente entonces. Encontraba escarabajos con una coraza verde, metálica, y lombrices duras como el alambre, retorcidas en espiral. Contemplaba durante una eternidad los mundos bestiales que pululaban por allí, acercaba mi rostro a ellos, respiraba el olor a tierra de las patas de los grillos topo y de los anillos de las escolopendras. Las hormigas rojas, que armaban sobre un tronco oblicuo los túmulos de virutas donde habitaban, brillaban por todas partes, ciegas y laboriosas. De vez en cuando, el silencio era tan absoluto, que podías oír el sonido leñoso que producían las antenas de dos hormigas cuando se encontraban y hablaban en silencio. Pero este era desgarrado de inmediato por un trino que se arqueaba por encima, muy arriba, como las bóvedas verdes de los árboles.

Si me tumbaba en la tierra, entre cientos de tallos y plantas pequeñas, todas distintas, todas modeladas de forma diferente por el tiempo y la intemperie, si dejaba que el sol y las sombras barrieran mi cuerpo inerte, si dejaba que se arquearan sobre mí los racimos de granos rojos y negros de algún arbusto venenoso, nada me diferenciaba del mundo del bosque. Habría muerto allí, me habría convertido enseguida en un cadáver con los jugos internos coagulados, con los ojos llenos de telarañas y la piel cuarteada, un hervidero de insectos, un suelo fértil para los hongos, una carcasa cada vez más descompuesta, lamida por el viento y por la soledad. Habría llovido y habría nevado sobre mí, y en primavera solo quedarían de mi cuerpo unos cuantos huesos y unos harapos desperdigados aquí y allá, bajo las campanillas menudas de corolas alegres y bajo los retoños marrones de los árboles jóvenes. Habría pertenecido, por fin, a un mundo, sería uno con él, con su aire verde y húmedo, con su alfombra de follaje transparente, con sus olores dulces y amargos. Habría muerto y habría renacido allí, tan solo un dibujo más en el tapiz infinito del bosque.

Un silbido lejano, extraño a los ecos bajo las ramas combadas, nos llamaba para que volviéramos después de pasar unas horas correteando y soñando en el lugar que más amaría en toda mi vida: el bosque. Era el silbato de árbitro que el camarada Nistor llevaba colgado al cuello. Me levantaba de mi lecho de hojas podridas y apretaba el paso en la dirección de la que llegaba el silbido. Entre los árboles lejanos empezaba a distinguir a los otros niños, en grupos, generalmente las chicas por un lado y los chicos por otro, apresurándose también hacia el lugar de encuentro. Con el tiempo, llegaría a conocerlos, a hacerme amigo de algunos, a evitar a otros. Tengo unas cuantas fotografías de esos años y puedo reconocer sin titubear prácticamente a todos, a Bolbo y a Prioteasa, a Nica y a Goran, a Iudita y a Horia, el chico de gafas que nos contó durante todo un año, cada noche, antes de dormir, las historias más sorprendentes que uno pudiera imaginarse. Conservo esas fotos, viejas y agrietadas y manchadas quién sabe con qué, entre mis pobres tesoros, mezcladas con mis trenzas,

con mis dientes de leche, con mapas y facturas, con otras fotos y unos cuantos objetos que podrían parecerle a cualquiera extraordinariamente heteróclitos y misteriosos, pero que para mí son tan banales como un tenedor o un cuchillo, como los botones de la camisa. Mi museo, mi casa memorial.

Nos reunimos delante de la enfermería, la última avanzadilla del mundo de los hombres enclavado en el margen del bosque, rodeado por este y, en cierto modo, unido a él, porque el pequeño castillo, con su torrecilla octogonal y la nave central, pintada de un amarillo sucio, tenía vigas a la vista, cruzadas, embreadas como los troncos del fondo. En fila, cogidos de la mano de dos en dos, nos llevaron, por los senderos empedrados entre los pabellones, hacia la puerta por la que habíamos entrado con los autobuses. El día era deslumbrante, uno de esos días de otoño en los que el aire brilla con luz fría, una especie de agua límpida que lo baña todo. En la entrada había un quiosco con una ventana abierta. Pasamos todos por delante y una de las mujeres gordas que parecían pulular por todas partes nos entregó un pastelito redondo coronado por una media nuez. «Es como si fueran sesos», dijo un niño, yo también sonreí, porque aquella media nuez tenía exactamente ese aspecto. Más o menos así sería el cerebro de un gato, imaginaba yo. Luego atravesamos la carretera hacia una puerta idéntica, abierta en un largo muro prefabricado. Sobre él se alzaban las montañas, tapizadas también de bosques. Unos cuantos abetos se distinguían a través de la puerta de alambre, en la entrada del huerto de la escuela.

Porque al otro lado de la carretera había un campo de manzanos en cuyo centro se encontraba la escuela. Vería los manzanos —entre los que estuve muchas veces tumbado, en medio de una hierba que me llegaba a la cintura— en todos sus avatares, siempre distintos según las estaciones del año: ahora estaban verdes, verdes hasta la médula, verdes en lo más profundo de sus troncos de vasos leñosos y liberianos por los que corría una savia verde, verdes con matices siempre distintos en las hojas y en la carne evanescente —que se dislocaba con nuestro mordisco emitiendo un crujido — de los frutos, cuyo peso doblaba las ramas hasta el suelo. Mientras estuve en Voila, me alimenté casi únicamente de manzanas e hidracida, y vomité toda la comida de la cantina. Luego vi los manzanos secos y negros entre montones de nieve, como trazados por unos niños en la hoja ondulada de un cuaderno de dibujo. Los vi en primavera llenos de flores rosas, con cinco pétalos de tejido crespón y unos estambres como los cuernitos de un caracol en el centro. En verano pudimos comer su resina ámbar, insípida, antes de que nos enviaran de vuelta a casa, a nuestro asfalto unánime, a los patios traseros de nuestros bloques carbonizados por el silbido del tiempo, para volver a encontrarlos en otoño cargados de las manzanas más dulces que habría podido imaginar jamás y tan jugosas que, cuando las mordías, podías sentir cómo crujía la savia en su carne fresca y cristalina. Entre los cientos y miles de manzanos que atraían a todos los insectos alados del mundo, avispas e icneumónidos, mariposas de incontables tipos, como las que pintábamos en nuestras molduras en las clases de dibujo, libélulas fuertes y vibrantes, surgían las casitas como de muñecas de

los cursos de primaria, pequeñas, de tejados puntiagudos; cada una albergaba dos aulas, con su veranda y sus ventanas como de casa de pueblo. Las aulas eran pequeñitas, oscuras, porque las ramas del manzano absorbían todas las longitudes de onda de la luz, a excepción de aquel verde unánime; los pupitres eran viejos, acorchados como los troncos caídos del bosque. Una pizarra de madera con tres patas, de esas que yo pensaba que existían solo en los dibujos de los libros infantiles, descansaba en un rincón. En el borde había siempre un trapo que apestaba a vinagre y unas cuantas tizas rotas, medio envueltas en papel rojo. Todo allí era estrecho y estaba manchado de tinta. De las paredes colgaban láminas de animales desconocidos, con flechas numeradas que señalaban órganos exóticos, y la mesa del profesor estaba tan deteriorada que en varias ocasiones se desmoronó formando un montón de tablas en mitad de una clase. Allí, en la casita del tercer curso, estudiaría yo aquel año; recibíamos las lecciones por la mañana, y por la tarde, después de la hora de siesta obligatoria, regresábamos para hacer los deberes, vigilados por una educadora joven, fea y aburrida, que no paraba de pasearse entre las filas y nos daba de cuando en cuando un pescozón, inesperado y seco, sin que supiéramos nunca qué habíamos hecho.

Viví casi dos años en aquel mundo artificial, tan alejado de la vida verdadera como la montaña mágica de Castorp, tomando por las noches las ocho pastillas de hidracida, pequeñas y amarillentas como las semillas de los gusanos de seda, atormentándome por las noches por unas incontrolables, agónicas ganas de orinar, vomitando los guisados y los cocidos de la cantina y haciendo los deberes, despacio y meticuloso, con mi estuche de madera. Si no hubiera conocido a Traian, no habría sabido jamás qué sucedía de verdad en aquel falso sanatorio para falsos niños tuberculosos, y mis recuerdos de ese lugar se habrían mezclado imperturbables con todos los demás recuerdos que entretejen el horror de mi vida sin que hubiera sabido encontrar la fisura. Estuve a punto de ser engañado por el paraíso de Voila, de ser ahogado por sus montañas y sus bosques, y narcotizado por el aroma de las flores de manzano, a falta de un punto desde el cual las perspectivas torcidas se clarificaran y el juego de los demonios con mi mente apareciera de repente con toda su evidencia de pesadilla.

Capítulo 30

A las maestras las veo poco, a excepción de Steluța, que es casi mi vecina, pues vive en una calle paralela a Maica Domnului. A veces sucede que, si tenemos alguna reunión matinal o si nos toca salir a recoger papel o castañas, tomamos el mismo autobús o tranvía camino de la escuela. De hecho, en estas ocasiones veo también a las demás. El mundo de las maestras es más limitado aún que el nuestro. Son unas pobres mujeres que tejen eternamente macramés, cuando no recortan conejitos o zanahorias de cartón con los que los niños hacen sumas y restas. Casi no salen del aula, permanecen en ella rodeadas de diminutos subordinados como unas hormigas reina, rollizas e indolentes, cuyas articulaciones limpian las obreras. Es toda una fauna en la que, aunque predominan las amas de casa con rulos, con unos vestidos de una tela innombrable, unas pobres mujeres deslomadas de trabajar también en casa, no faltan tampoco ejemplares de lo más excéntrico. Las señoras Mototolescu y Călătorescu[20] (¡exactamente así!) son como gemelas: siempre en aulas paralelas, puerta con puerta, siempre de visita una allá donde se encuentre la otra, tanto en la escuela —dicen— como en casa. Nunca las verás en su correspondiente aula. Siempre que abres la puerta de alguna de sus clases, encuentras un aula donde los niños, adiestrados para no moverse, están solos, y la otra, con dos maestras que cotorrean sin cesar. Se les ha llamado al orden en incontables ocasiones, pero no se ha podido hacer nada: ninguna aguanta, por mucho que lo intente, como los fumadores empedernidos, más de unos minutos separada de la otra. La señora Spânu es una mujer-hombre, alta y robusta, de cabello corto y paso militar. Cuando coge una tiza y la desliza sobre el encerado, esta emite un sonido más fuerte y más rechinante que cuando lo hace cualquier otro profesor. Solo te cabe pensar que lo hace adrede. Nada más entrar por Dimitrie Herescu, oyes el chirrido insoportable incluso antes de pasar junto a la Automecánica. Los niños de su clase han acabado en más de una ocasión en la consulta del médico con un hilillo de sangre chorreándoles de las delicadas conchas de sus orejas.

Los verdaderos problemas del ciclo de primaria son otras dos profesoras. Una es una belleza de arrabal, una madona con cintura de avispa y boca en forma de corazoncito. Sus ojos verdes de gato te miran lánguidos bajo unas pestañas llameantes. Su doble papada conserva una especie de voluptuosidad oriental, al igual que sus pechos abundantes, sobre los que forcejean unas cadenitas de oro con una cruz. Gheară, que, a pesar del miedo a su esposa, arrasaba como un torbellino en ese harén que es cualquier sala de profesores, nos ha contado muchas —demasiadas— veces cómo consiguió entrar en la casa de ese «veneno de Higena», cómo soportó sus caprichos y remilgos unas cuantas horas, luchando por cada centímetro de piel

desnuda, hasta que los diques cayeron de repente y se vio violado con una ferocidad aterradora por la dueña del más jugoso fruto exótico que había visto jamás entre las piernas de una mujer: «Amigo, no he visto en la vida nada igual, que una mujer se moje de esa manera: la mata de pelo entre las piernas empapada y los jugos chorreando por los muslos hasta las rodillas… Cuando la penetrabas no sentías nada, era como entrar en una cueva…». Después de eso no pudo ya escapar de ella. Se encontró con anónimos dirigidos a su mujer, al partido y a la Securitate. Descubrió que Higena se dedicaba a propagar maliciosos rumores: que si quería quitarle el cargo a Borcescu en la escuela 86, que si había atropellado a alguien con el coche y había huido del lugar de crimen. Nunca se había arrepentido tanto de haberse liado con una mujer. La especialidad de Higena eran la mentira y la manipulación. Los alumnos de su clase se volvieron expertos en la única asignatura que les había enseñado su maestra. Se dividieron en grupitos que se odiaban de manera recíproca y que se chivaban por turnos. Llegaban a la escuela media hora antes para hacer dibujos obscenos en los pupitres de los demás. Se acercaban uno a uno a la maestra y le susurraban al oído lo que se hablaba en sus casas, qué emisoras de radio escuchaban sus padres, qué chico le gustaba a alguna compañera y qué les había visto hacer en el baño o en el cuartito de debajo de la escalera. Sentada en su silla del estrado, delgada como una mantis de cabeza triangular y vientre alargado, Higena chasqueaba la lengua: ¡qué mala es la gente…! En la sala de profesores, sin embargo, le hacían el vacío, porque siempre que atrapaba a alguien con sus garras implacables, llenas de espinas, lo atenazaba y empezaba a devorarlo sin prisa. El profesor así acorralado descubría quién hablaba mal de él, quién intentaba quitarle el complemento por mérito laboral, cómo le estaba haciendo la cama su compañero de departamento, qué le había dicho al director, acerca de él, el oficial de la Securitate que se ocupaba de la escuela. Luego tenía que compadecerse de ella porque la perseguían y la saboteaban, porque le mentían los alumnos, la humillaban los padres y la ignoraban sus colegas. Higena fue llamada al orden y criticada por su actitud destructiva respecto al colectivo docente. «Camarada… Floroiu, querida Higena, no seas tan mala, que te vas a quedar soltera», le lanzaba Borcescu, que —decían— la había poseído también en su casa, también bajo la mirada de las diez muñecas de porcelana con vestidos de nailon, alineadas sobre el respaldo del diván. Y que había tenido que aguantar más o menos las mismas consecuencias que Gheară. Menos mal que los policías responsables de la escuela habían llegado a conocerla bien y sus denuncias iban casi siempre derechas a la primera papelera.

La otra, una vieja decrépita de cabello canoso con calvas por todas partes, que apestaba a orina y a *ţuica*, era el pecio de la escuela, la famosa camarada Zarzăre. Con los pechos y la barriga desparramados como una Venus del Neolítico, siempre amodorrada, con una sonrisa pícara de pelandusca en un rostro con pelos en la barba y el bigote, Zarzăre era, sin embargo, una buena maestra, y sacaba adelante, cada cuatro años, una jauría de alumnos con la que ni siquiera los mejores profesores de la

escuela habían conseguido hacer nada. Siempre que asomaba la cabeza por la puerta, cuando estaba de guardia por la mañana, me la encontraba medio tirada en la mesa mientras en el aula reinaban una miseria y una anarquía indescriptibles. Los críos se perseguían, se escupían y se insultaban, el polvo que levantaban llegaba hasta el techo. Se burlaban de ella, le subían las faldas, le teñían los mechones cenicientos con tinta, le escribían cochinadas en el cogote… Todos sabían que *madame* Zarzăre, maloliente y siempre haciendo eses, no solo era la Pena Corcoduşa del barrio, sino también la Raşelica Nachmansohn[21]. Vivía con un hombre joven y guapo (según los criterios del barrio de la escuela) y mis colegas creían saber gracias a qué encantos lo conservaba a su lado nuestra borrachuza. Muchas veces, Agripina me decía indignada: «Señor profesor, ¿sabe lo que hace este engendro en su casa? ¡*Urgías*, señor profesor! *Urgías* de verdad, con dos y tres hombres, y al parecer también con mujeres, no me sorprendería en absoluto. De joven trabajó en la Cruz de Piedra, pero cuando llegaron los comunistas, en el 48 o 49, cerraron los burdeles y las putas… ¿Qué iban a hacer con ellas? Y las convirtieron en maestras. A algunas las metieron en las fábricas, pero a las que sabían escribir las mandaron a las escuelas, a educar a los niños. Debo decirle, señor profesor, porque usted es joven aún y no sabe cómo es la vida, que hay putas trabajando como maestras en todas las escuelas, incluso en las del centro. Porque ellas tenían contactos, conocían a mucha gente… Mi marido, el escritor, me ha hablado de un montón de autores clásicos de la literatura rumana que visitaban la Cruz de Piedra. Tenían incluso alguna chica favorita que conocía sus gustos. ¿Cree usted que no les leían también lo que escribían, que no les enseñaban poemas y otras cosas? Que no le sorprenda que una como Zarzăre consiga destrozar a treinta niños cada vez y que desaliente a varios miles en treinta o cuarenta años hasta que se jubile… Y cuando una piensa, señor profesor, que yo, más pobre y más desgraciada que ella, me he hecho a mí misma yo sólita, desde que vivía en el pueblo… Que trabajé en la presa hidráulica y pinté bobinas de alambre, y que por las tardes estudiaba para llegar a ser profesora, ay, Dios mío… Sacrifiqué mi juventud, señor profesor, para tener que sacrificarme ahora por estas vacas, por estos rumiantes…».

Nadie pudo expulsar de la escuela a Higena ni a Zarzăre por mucho que lo intentaran los consejos de profesores y los inspectores. Todo el mundo tenía que tener un puesto de trabajo. Sus colegas se habían resignado y se limitaban a esperar que a las dos les llegara, en unos años, el momento de jubilarse. Cada una acababa «produciendo» a unos alumnos a su imagen y semejanza, año tras año y promoción tras promoción. Con el tiempo llegabas a apreciar la mediocridad de los demás: ellos, al menos, no estropeaban a nadie.

No habría hablado de estas mujeres insignificantes, que se escondían todo el día como gnomos en sus clases y que se reunían para tricotar juntas, si no procedieran de ellas todas las modas insensatas que sacuden la escuela de vez en cuando: los frascos

de algas y las cucharadas de aceite y las lavativas con Cico[22] y el libro *Los rosarios* —escrito no se sabe por quién, pero que leyeron todas porque hablaba de una solterona que se enamoraba de un ciego, el único que no sabía lo fea que era, y que te hacía llorar sin parar—, y los solitarios con cartas que tenían fotos de futbolistas famosos y los sellos de Madagascar, Qatar y San Marino, y los pececillos *guppy* y los hámsters que tenían la mala costumbre de vivir tan solo una semana, porque «he hecho de todo, le he puesto tiras de periódico cada día, y le he dado lechuga y zanahoria rallada, parecía mi bebé, querida, había llegado a comer mejor que yo», y muchos otros disparates. Sin embargo, en cuanto sus caprichos pasaban de moda y aparecía en el horizonte algo nuevo, ellas eran las primeras en reírse y preguntarse cómo se podía ser tan tontas.

Justo ahora estamos en pleno auge de una nueva moda, el cubo de caras multicolores al que dan vueltas en las clases y en los pasillos y en la sala de profesores, intentando componer al menos una cara del mismo color. Es barato, lo venden en Obor y se estropea muy rápido pues se le caen enseguida las piezas, sujetas por dentro con unas bolas de plástico. En el aire gris-verdoso de la sala de profesores, los cubos retorcidos en las manos lívidas son como unos milagros sórdidos, como unas flores modestas, silvestres, que brillan, sin embargo, feéricas bajo los cielos bajos, opresivos.

Las pobres mujeres perdían la poca sesera que les quedaba con aquellos cubos de plástico, pringosos y pegajosos de tanto retorcerlos entre los dedos. Una vez por semana, alguna traía el cubo con dos caras resueltas: los nueve cuadraditos, tanto en una cara como en la otra, eran del mismo color. Sí, pero quedaban otras cuatro caras humillante, insolentemente jaspeadas, y eso las traía de cabeza. Alguna vez, una de ellas, tras arrancarse el pelo desesperada, tiraba el cubo al suelo y lo hacía añicos jurando que no volvería a trastornarse con semejante majadería. Las señoras de la limpieza recogían con paciencia las astillas multicolores, meneando la cabeza ante la chaladura de las maestras. Lo mismo parecían hacer los retratos de las personalidades calmucas en las paredes de la sala de profesores, que miraban compasivas la mesa cubierta con la tela roja; en torno a ella, cuatro o cinco mujeres hechas y derechas (pero también Spirescu y Gheară durante unos cuantos días) hacían girar furiosas los lados de los cubos, que arrojaban luces pálidas sobre las paredes y el techo.

Como sospechaba que la nueva histeria que había invadido la escuela tenía un fundamento lógico-matemático, más allá de la exuberancia de las superficies de plástico, le pregunté a Goia si el famoso cubo había sido estudiado de forma científica y si existía algún algoritmo que permitiera componer la disposición monocolor de las seis caras. «Por supuesto», masculló él a mi lado. Me sacaba una cabeza aunque me colocara yo en los escalones de la puerta de entrada a escuela —allí solíamos pasar los recreos o las jornadas de vacaciones, cuando había que venir a

la escuela— en cuanto la primavera empezaba a calentar. Ninguno de los dos fumaba, simplemente nos gustaba salir al aire libre para contemplar los cielos azules sobre el barrio, como recortados de otras fotografías, otros tiempos y otras miradas, las de las profundidades de nuestra infancia. El aire todavía helado nos alborotaba el pelo. Nos pasábamos las horas observando a los hombres corrientes, vestidos con jerséis provincianos, tocados con gorras obreras, que pasaban acarreando siempre dos o tres bolsas mugrientas, a las mujeres con pañuelos vulgares, a algún soldado o un pope caminando con la dignidad del uniforme, sin mirar a derecha ni a izquierda. Goia era la ternura misma, la seriedad misma. Nunca lo vi reír. Su rostro habría tenido que permanecer oculto, como en la obra de Salinger, por una máscara de pétalos de amapola, para que quien lo mirara de frente no cayera fulminado, con el corazón roto de pena y de horror. Su voz brotaba, llena de ceniza, de una laringe con las cuerdas vocales quemadas. Si le preguntabas algo personal —dónde vivía, si seguía con sus padres, qué hacía en casa, qué tal le iba con las mujeres—, callaba sin ostentación, como si no hubiera oído o no hubiera entendido la pregunta. Respondía sin embargo como un libro abierto a cualquier pregunta objetiva, sobre todo si estaba relacionada con su especialidad, las Matemáticas. Pero incluso ahí su pasión era uniforme, como su voz, y procedía de las profundidades. Respondía una especie de oráculo inmaterial y casi inhumano, una fuente de conocimiento que apelaba a algo que debía de preexistir en ti (ya que le habías formulado la pregunta), porque toda pregunta conoce de hecho la respuesta, hay un vacío con la forma exacta de la respuesta en la mente del que formula la pregunta. Goia no te respondía, te recordaba la respuesta con la dulzura distraída de una madre que le explica por enésima vez a su hijo cómo atarse los cordones de las botas. Por supuesto, decía él, el cubo de Rubik era un objeto matemático complejo, sustentado por una vasta teoría. Tenía que ver con la Topología, la parte mágica de la geometría y, aunque se había convertido en un juguete que podías comprar por diez *lei* en Obor, su origen era noble. Su inventor había ideado muchos otros juegos lógicos, pero solo el cubo obtuvo un éxito comercial increíble y enriqueció a todo el mundo implicado en el negocio, excepto a él. Lo que inventó Rubik, de hecho, era básicamente el mecanismo que unía los cubos y que permitía girarlos en varios planos. Porque el principio, el *primum movens* de los cubos de colores, provenía de uno de los más fascinantes experimentos mentales de toda la historia de las Matemáticas (y tal vez incluso del pensamiento humano) y estaba relacionado con el nombre de uno de los más brillantes, más enigmáticos y más controvertidos personajes de la historia de la Lógica matemática, el equivalente a Lewis Carroll en literatura. «Tanto el uno como el otro —me dijo apacible Goia— intentaron cruzar el espejo». En cierto modo, fueron maestros en el arte más noble, hacia el que se encaminan todos los demás: el gran arte de la huida. Puesto que, en definitiva, Alicia, siguiendo los mensajes cada vez más complicados procedentes de otro mundo (medias lunas, ruedas dentadas, cruces y asteriscos, me digo mientras lo escucho), encontró, en la madriguera del conejo o en las aguas del espejo eso que

todos nosotros buscamos desde el mismo momento en que nacemos: la salida de la cárcel siniestra del mundo. Tan extraño también como el autor de Alicia, como Poe y como Darger, como Nabokov, como tantos otros monstruos iluminados para los cuales las niñas tenían alas de mariposa y mentes de eruditos, y representaban, de forma concupiscente y ardiente, a los ángeles de la tentación, el personaje de la historia de Goia iba a cautivarme como una de las piezas más importantes del puzle imposible que tenía ante mí, la del rostro del rey y un tercio de la corona. No establecí una conexión inmediata con la antigua historia del libro que leí, en el sexto curso, sin poder dejar de llorar. Pero una vez en casa, flotando sobre mi cama, desnudo y libre de la presión de la tierra cuyo abrazo nos aplasta, comprendí la osamenta fina del esqueleto con todas sus articulaciones: nada era casual. No fue una casualidad que sufriera la primera descarga emocional, tan violenta como para no olvidarla jamás, al leer *El tábano* de Ethel Lilian Voynich, y no era casual que su autora fuera una de las hijas del fundador de la Lógica matemática, George Boole, y no era en absoluto casual —me parecía tan evidente ahora— que Goia me hubiera descubierto, unas horas antes, la existencia de Charles Howard Hinton. Pocos personajes reales o imaginarios que yo conozca tienen para mí la resonancia de este nombre que ha llegado a representar al Buscador puro, la ansiedad demente del sueño de evadirse. Me resultó sorprendente (aunque la serie de coincidencias no acaba aquí y aunque yo no entendiera por el momento qué ilustraban las teorías hintonianas) que, según lo que había dicho Goia, Hinton fuera el marido de Mary Ellen Boole, una de las hermanas de Ethel, y que hubiera ejercido una influencia abrumadora sobre toda la familia del gran matemático, hasta tal punto que otra de las hermanas no se casó nunca y dedicó toda su vida a la construcción de frágiles y coloridos poliedros de cartón en cuatro dimensiones virtuales que ilustraban las teorías de Hinton.

El nombre del que inventó el término «teseracto» (que yo había utilizado en mis poemas sin conocer su origen; sabía tan solo que el Cristo de Dalí no estaba sobre una cruz, sino sobre un desarrollo en tres dimensiones del cubo cuatridimensional) no me resultaba del todo extraño, y durante unos cuantos días me esforcé por encontrarlo en el inventario de mis lecturas, hasta que di con él allí donde, de hecho, me lo esperaba desde el primer instante, en *Tlón, Uqbar, Orbis Tertius*, de Borges. Aun así, me costó hallar el nombre que buscaba febril, como si se hubiera ocultado de mi vista en el laberinto de las frases borgianas. Pero, por fin, lo encontré en el párrafo cargado de erudición mistificadora: «En marzo de 1941 se descubrió una carta manuscrita de Gunnar Erfjord en un libro de Hinton que había sido de Herbert Ashe. El sobre tenía el sello postal de Ouro Preto, y la carta elucidaba enteramente el misterio de Tlón. Su texto corrobora las hipótesis de Martínez Estrada. A principios del siglo XVII, en una noche de Lucerna o de Londres, empezó la espléndida historia. Una sociedad secreta y benévola (que entre sus afiliados contó con Dalgarno y después con George Berkeley) surgió para inventar un país». Hinton era, por tanto, un nombre-jalón en el trayecto hacia Tlón, planeta de reciente invención, precedido por una brújula de

gelatina azul, temblorosa, llamada a sustituir al mundo.

Hinton nació un siglo antes que yo, en el seno de una familia inglesa famosa (o, más bien, «infamous») por su libertinaje. Su padre predicaba la poligamia y se consideraba a sí mismo «un Jesús liberador de las mujeres». El joven estudió en Oxford y enseñó después Matemáticas en Rutland. Era en aquella época —al cabo de unos días, cuando vio que la obra de Hinton me interesaba, Goia me trajo un gran volumen de Historia de las Matemáticas en el que encontré información sobre él y una foto sepia, muy borrosa, que lo muestra en un grupo familiar junto a una fea mujer y cuatro niños— un joven de aspecto raskolnikoviano, con una barbita rubia y ojos pálidos, cuyo rostro expresaba una especie de fanatismo tranquilo, de serena agresividad. Con unas formas impecables que contrastaban con la audacia demente de su mirada, debió de impresionar a la hija mayor del ya entonces célebre matemático George Boole, con la que se casó en 1880. Tuvieron cuatro hijos, lo cual no le impidió seguir al poco tiempo los pasos de su padre. Porque, a pesar de su verdadero compromiso con Mary Ellen —y se puede afirmar incluso que con todo el clan Boole—, al cabo de tan solo tres años Charles se volvió a casar, en secreto y con un nombre prestado —John Weldon— con otra mujer, con la que tuvo gemelos. El escándalo no tardó en estallar, Hinton fue encarcelado y expulsado de su puesto de trabajo, pero este incidente no destruyó la unión con su primera esposa ni con su familia. Charles y Mary se mudaron a Japón, y luego a Estados Unidos, hasta que las huellas del desagradable escándalo se borraron de la memoria de la gente.

En América, la familia Hinton sobrevivió a duras penas, pues los dos desempeñaron trabajos modestos en varias ciudades, se empobrecieron y se vieron arrastrados por la desesperación. A pesar de ser una de las mentes más preclaras de la historia de las Matemáticas, así como un destacado escritor, aceptó puestos inferiores en las universidades y los institutos científicos desperdigados por el territorio americano. Un solo invento, inesperado y pintoresco, parecía destinado a poner fin a las tribulaciones financieras de la familia Hinton, pero el matemático no vivió lo suficiente para poder cosechar sus frutos. Mientras trabajaba como asistente en Princeton, patentó una máquina de lanzar pelotas de béisbol para los entrenamientos del equipo de la universidad. Consistía en un tubo de acero con unos manguitos de goma que funcionaba con pólvora y era capaz de lanzar las pelotas con suma precisión, en ángulos diferentes y a diferentes velocidades. Una hemorragia cerebral acabó con la curiosa vida del explorador de la cuarta dimensión cuando acababa de cumplir cincuenta y cuatro años.

Todos somos gasterópodos, animales blandos y pegajosos que se arrastran por la tierra de la que salieron dejando a su paso una huella de baba plateada. Pero el caracol, una lombriz con un eterno deslizamiento horizontal, levanta en el aire, sobre su espalda de búfalo blando, la maravilla geométrica de una concha espiral que no parece guardar relación con el cuerpo que la ha generado por miedo y soledad. La excretamos con el sudor y el mucus de nuestra piel, de la carne transparente,

escamosa, del pie con el que nos arrastramos. Gracias a una transmutación alquímica, transformamos las babas en nácar y los espasmos de la carne en serena quietud. Giramos, retorcidos, alrededor de nuestra pilastra central de caolín transparente, le añadimos, en nuestra desesperación por perdurar, espirales y espirales, cada vez más grandes, más asintóticas y más traslúcidas, hasta que el milagro se cumple: el gusano desagradable, que vive en la vida que se vive, fermentado en sus pecados, irrigado por hormonas y sangre y esperma y linfa, se pudre y muere, dejando tras de sí la filigrana de cerámica de la concha, triunfo de la simetría, icono sin muerte en el mundo platónico de la mente. Todos excretamos, al vivir, los poemas y los cuadros, las ideas y las esperanzas, los deslumbrantes palacios de la música y de la fe, las conchas con las que en otro momento protegimos nuestro vientre blando, pero que solo tras nuestra desaparición empieza a vivir en el aire dorado de las formas puras. Lo geométrico nace siempre de lo amorfo, la serenidad, del sufrimiento y de la tortura, así como las lágrimas secas dejan maravillosos cristales de sal.

La vida atormentada de Hinton, su miseria y sus deseos, sus rarezas, su perversa belleza evidente en sus ojos pálidos, tan semejantes a los de Rimbaud, produjeron el nácar curvado de una obra abstrusa, una espiral logarítmica parecida a las que, después de dar solo tres o cuatro vueltas en torno a la pilastra central, abandonan la página, después de otras diez vueltas abandonan el planeta en el que vivimos, para que, después de otras veinte, el universo sea insuficiente para su salto insensato. La obra de Hinton no es, en su conjunto, sino un cric metafísico capaz de propulsarte rápidamente, de forma intuitiva y mágica, hacia los límites del mundo y de hacerte superarlos. Pones un grano de trigo en la primera casilla del juego de ajedrez, dos en la siguiente, cuatro en la siguiente, ocho en la siguiente. En la casilla sesenta y cuatro no cabrán todas las cosechas del mundo. Doblas una hoja de papel una vez, dos veces, tres veces… Si llegaras a cincuenta veces, alcanzarías la luna. Duplicas por mitosis el número de células que se derivan del óvulo inicial: obtienes el cuerpo humano entero al cabo de ochenta divisiones.

Hinton utilizaba su mente de ese mismo modo para poder comprender lo ininteligible, para apuntar, como el poeta cuyos ojos tenía, lo inexpresable. A través de la analogía y de la telescopia, intentó a lo largo de toda su vida superar las formas intuitivas del espacio tridimensional, las únicas con las que nuestra mente se siente cómoda, puesto que ha sido modelada por ellas y tiene su forma, para obligar a un cerebro en tres dimensiones, focalizado sobre los volúmenes de nuestro mundo, a separar sus hemisferios, a contemplar distraído y soñador hasta que las formas familiares se disuelvan y de manera brusca, epifánica, se abra la puerta hacia la fantástica dimensión inmediatamente superior, únicamente accesible hasta entonces a los santos y los iluminados. Atravesar la cárcel de las tres dimensiones gracias al razonamiento matemático iguala, de hecho (o reduplica, prueba de que al final todos los caminos del conocimiento convergen en un punto incandescente, místico-poético-lógico-matemático), el éxtasis, la incubación por parte de un dios, el estado cegador

de *satori*.

El mundo de cuatro dimensiones es, respecto a (nuestro) mundo tridimensional, lo que nuestro mundo es respecto al de dos dimensiones y, así también, lo que el mundo bidimensional es respecto al de una sola dimensión. He ahí el cric de Hinton, su mecanismo mental, gracias al cual, con mucho más esfuerzo de lo que se pueda creer, podemos intuir un espacio vedado a nuestro pensamiento. El punto genera la línea, la línea genera el plano, el plano genera el volumen… ¿Qué espacio generará un volumen en movimiento? ¿Cómo se puede mover un volumen cuando es sacado del mundo tridimensional? Puesto que el punto es una parte de la línea y la línea una parte del plano, y el plano una parte del volumen que los incluye ya en cierto modo, potencialmente, en su estructura, el volumen presupone un mundo con una dimensión más, de la que forma parte y que puede generar gracias a un determinado tipo de movimiento. La podemos visualizar, podemos tener su súbita revelación gracias a un ejercicio de pensamiento. Podemos imaginar una traslación entre mundos paralelos, cada uno con una dimensión más que el anterior, de unos objetos geométricos simples. Si un cubo transita suavemente desde nuestro mundo en dirección a un plano bidimensional, será percibido por sus presuntos habitantes como un cuadrado. Si sigue avanzando hacia un mundo dotado de una sola dimensión (un hilo largo que se mueve dentro de un plano que se mueve dentro de un volumen), los habitantes filiformes de ese mundo percibirán tan solo la aparición en su hilo de un segmento de la recta. Al final, todo se comprime hasta el infinito en el mundo sin dimensiones del punto.

Para nosotros, los que vivimos en las tres dimensiones espaciales (ahora sabemos que hay muchas más y una de ellas es el tiempo), los habitantes del plano son increíblemente simples. Podemos mirar directamente en su cerebro, podemos verlos en sus casas —sin paredes para nosotros—, podemos robarles el dinero de sus bancos. Son como unos personajes creados por nosotros cuyo futuro conocemos, pues también nosotros hemos inventado su pasado. Somos sus dioses y, por tanto, podemos aparecer de repente entre ellos, como unas proyecciones espectrales, para asustarlos. Si una esfera atravesara su membrana, ellos verían al principio un punto que crecería como un círculo cada vez más grande antes de disminuir. El punto final también desaparecería, inexplicablemente, de su cielo. Si nos divirtiéramos atravesando su membrana con un tenedor, ellos verían al principio cuatro puntos, luego cuatro círculos, luego una curva en la que se confundirían los círculos y que duraría largo rato, ensanchándose y estrechándose hasta desaparecer asimismo en un punto final. Podemos, ciertamente, imaginar su mundo como una superficie ininterrumpida que rodea al nuestro, y sobre la que este se proyecta como sobre una pantalla.

Para los que viven hundidos en un mundo plano es imposible imaginar la tercera dimensión. Un prisionero en una cárcel cuyos muros son cuatro líneas se quedará eternamente ahí, sin reparar en que podría huir perpendicularmente desde el plano,

limitándose a alzar el vuelo a través del muro inexistente de la tercera dimensión. Ese muro existe solo en su mente y en sus costumbres, en las de aquel para quien existen la derecha, la izquierda, adelante y atrás, pero no arriba y abajo. Nada es más fácil que ayudar a un prisionero a huir si tienes una dimensión más que él: lo coges entre los dedos y lo levantas, en perpendicular sobre su mundo, a un espacio para él inimaginable. Los que lo rodean lo verían desaparecer milagrosamente: sus huellas en la nieve se detendrían de repente en medio del huerto…

Podemos imaginar (cuando no, incluso, intuir) un mundo con una dimensión más que el nuestro. Cada objeto de este mundo tendría cuatro dimensiones, al igual que el espacio en el que está sumergido. Nuestro mundo podría ser imaginado como una membrana tridimensional que rodearía un mundo de cuatro dimensiones reflejado en ella. Si una hiperesfera lo atravesara, al principio veríamos en el cielo un punto, luego una pequeña esfera que aumentaría hasta su tamaño máximo para disminuir después progresivamente hasta las dimensiones de un punto, antes de desaparecer ante nuestros asombrados ojos. Si un tenedor cuatridimensional atravesara nuestra membrana, veríamos aparecer de repente cuatro esferas —la proyección en tres dimensiones de los dientes del tenedor— fundidas enseguida en una elipse tridimensional aplastada que terminaría con brusquedad, para desaparecer en el punto final. Del mismo modo, los habitantes de un mundo de cuatro dimensiones podrían enviarnos en cualquier momento sus proyecciones tridimensionales. Nos parecerían seres humanos corrientes y no podríamos imaginar jamás sus cuerpos ni sus mentes fantásticas, sus asombrosos poderes. Pero podrían hacer milagros, podrían curar a los enfermos —porque tienen acceso a cada órgano sin necesidad de abrir el cuerpo—, podrían resucitar a los muertos, podrían aparecer y desaparecer bruscamente de nuestro mundo. Su ser, tal y como aparecería entre nosotros, sería tan solo la sombra, sobre una pantalla, de su verdadero ser. Para ellos no habría, en nuestro mundo, muros ni cadenas. Si intuyéramos la dimensión de más, si pudiéramos imaginar otras direcciones además de derecha-izquierda, adelante-atrás y arriba-abajo, nos daríamos cuenta de que nadie nos puede encerrar en la cárcel de nuestro mundo, que uno de sus gigantescos muros está abierto, sin tapiar, que los carceleros se basan en nuestra ceguera respecto a la dirección en la que la puerta permanece abierta.

Un segmento de una recta está delimitado por dos puntos. Un cuadrado está delimitado por cuatro segmentos. Un cubo está delimitado por seis superficies. De esa misma forma, un hipercubo de la cuarta dimensión sería un objeto —que no podemos intuir— delimitado por ocho cubos. Este objeto fue bautizado por Hinton como teseracto. La proyección del teseracto en nuestro mundo es el cubo, tal y como la proyección del cubo en la membrana de dos dimensiones es el cuadrado, y la proyección de este en un mundo con una sola dimensión es el segmento. En la escuela hemos aprendido cómo construir un cubo tras recortar una especie de rayuela con seis casillas dibujada en una hoja. Giramos los lados de la rayuela en una dimensión más —la de nuestro mundo—, los pegamos y ya tenemos en la palma,

frágil y maravilloso, un cubo de papel. El desarrollo del teseracto en nuestro mundo es fácil de visualizar: consiste en una rayuela semejante a la de papel, pero compuesta por cubos. Es, sin embargo, terriblemente difícil elucubrar siquiera cómo podríamos formar el hipercubo con la cruz de cubos en la que Dalí imaginó crucificado a Jesús o, mejor dicho, a su icono humano proyectado en el mundo de aquí por su inconcebible cuerpo cuatridimensional. Porque tienes que rotar los cubos de la proyección en una especie de «hiper-arriba» o «ultra-abajo» que no podemos percibir, así como no podemos percibir el infrarrojo o el ultravioleta, así como nuestro oído no alcanza a oír los ultrasonidos o como el psicópata es incapaz de sentir piedad.

El teseracto, la gran creación del pensamiento de Hinton, descrito por primera vez en *A New Era of Thought*, en 1888, es el mandala místico de su mundo y la llave de cuarzo que él vio que encajaba en la cerradura de cuarzo de la cuarta dimensión, esa en la que viven los ángeles, pero también los demonios de nuestra mente. Me resulta tan extraño haber utilizado esa palabra en un poema, diez años atrás, cuando todavía creía en la literatura no como crees que va a nevar por la noche, sino como crees que tras la muerte viene otra vida. Escribí entonces, en una especie de trance:

si fueras un número, pero no eres un número
si tuvieras venas, pero no tienes venas
si cada lágrima de tu llanto fuera un planeta
o un sol, o un universo.
tú eres un gnomo, una corteza de sauce, el otro lado del espejo
la boca pintada de una chica
o el Jordán, *error*.
pues todo esto son palabras y las palabras no entran en la carne
ni en el hormigón ni en un injerto, y aunque fueran imágenes
sería un error, pues no sería la bola, sino la esfera
el cubo, no el teseracto, y si el espacio-tiempo
es la plastilina con la que jugabas cuando eras niño
¿*qué* describirá tus huesos, tus glándulas, tus órganos internos?

si fueras un cerebro, pero *no* eres un cerebro
si fueras yo mismo, pero *no* eres yo mismo
ni la muerte, ni la existencia, es un error pensar en ti, porque tú
como los taquiones, partes de ese punto
en el que mi pensamiento se detiene.
la luz me resulta grosera: pequeños guijarros dorados
que fluyen por tu rostro como arena; horrible me resulta la galaxia
como un hilo de polen en tu pestaña, yo mismo, una gota de grasa
que chisporrotea un instante sobre la parrilla intentando conocerte.
tal vez el mundo pueda ser descrito

pliegue sobre pliegue, como las figurillas de tanagra; tal vez la teoría
de las catástrofes, tal vez *cantor arepo*
pero yo, acurrucado como un ratón en tu esplendor
de Chrystal Palace para el pueblo, abriendo la boca como un necio
entre tus toneles de joyas
¿*qué* describirá mis arrugas?

si transpiraras, pero tú *no* transpiras
si existieras, pero tú *no* existes
si crearas un mundo con un millón de estaciones, con diez mil
dimensiones
y lo destruyeras después con fuego y hielo…
¡querido fantasma, muéstrate! ¡háblame, veo que quieres hablarme!
pero tus palabras serían gente o ramitas de ciruelo
así como tus silencios son rocas,
te leo mejor en el pétalo de la fucsia
en las venas lilas de la oreja de mi gatito
en el recuerdo de las neveras de hielo de otra época, puesto que tú
eres todo lo que amo y todo lo que odio y todo
lo que me resulta indiferente; si hubiera sido una hembra
tus huesos se habrían formado en mi vientre; así, siento cómo palpitas
y te mueves en mi cráneo; siento cómo miras
a través de mis ojos y cómo acaricias con mis dedos y tragas
con mi esófago.
instalado en mí como en un carro de combate
tiras de palancas, pulsas botones
y yo me muevo y sonrío, lloro y sueño
siguiendo tus órdenes, tu misericordia… tal vez tú
me desmontas como desmonta un niño un cochecito
para ver el muelle y el volante y las rueditas dentadas… estropeado,
con la pintura arrancada, *¿qué* describirá
la nada, mi nada?

si fueras una polvareda de estrellas
si fueras un enhebrado de mundos…

El teseracto, o hipercubo, es el rastro que deja un cubo cuando se mueve en la cuarta dimensión, perpendicular con nuestro mundo, tal y como el deslizamiento de un cuadrado en la tercera dimensión genera el cubo. Se trata de una figura geométrica totalmente abstracta y no intuitiva: un cubo de diez vértices, treinta y dos lados, veinticuatro caras y un hipervolumen limitado por ocho volúmenes. No podemos

visualizar un objeto semejante a través de la simple capacidad de los sentidos y de la razón, puesto que estos son instrumentos creados por un mundo tridimensional para que una amalgama de órganos blandos pueda sobrevivir en él. Somos orugas que se arrastran por su plano horizontal. Para desprendernos de él, en perpendicular, hacia un inconcebible «arriba», tenemos que transformarnos en un abrir y cerrar de ojos. Nos tienen que crecer alas. Un teseracto es un objeto de contemplación y meditación, un vehículo hacia los territorios elevados que nuestra mente, nacida de un cerebro demasiado concreto, demasiado baboso, demasiado blando, aplastado por su propio peso, busca febril y ansiosa desde siempre. Un poeta soñaba con la cúspide incandescente de la pirámide del conocimiento, donde la geometría y la poesía se fundían felices. El teseracto está por encima incluso de este punto porque él es, respecto a los inmortales poliedros platónicos, lo mismo que estos respecto a los poliedros de cartón o contrachapado del mundo palpable.

El hipercubo, el objeto que levita luminoso en la cuarta dimensión, no fue el límite, sino tan solo el punto de partida de la intensa meditación hintoniana. Porque, a partir de esa imagen, Charles Howard Hinton empezó a imaginar las técnicas a través de las cuales cualquiera, con mucha paciencia y ejercicio, podría visualizar un teseracto y penetrar de esta forma en la cuarta dimensión. En *On the Education of the Imagination*, él describía un sistema de cubos de caras coloreadas, el mecanismo perfeccionado a lo largo de los años y culminado en su trabajo *The Fourth Dimensión*, de 1904. Los lados de sus cubos medían una pulgada y estaban teñidos de quince colores diferentes, pero algunos quedaban sin pintar. En total, la caja para visualizar el teseracto contenía ochenta y un cubos. Todos ellos podían ser combinados de tal manera que formaran cubos más grandes, con un lado de tres o cuatro cubos Hinton. La técnica para alcanzar la visualización de la cuarta dimensión era complicada, pero en esencia suponía la visualización simultánea de los colores interiores de los cubos, de tal forma que al final la mente penetraba en el gran cubo multicolor y lo contemplaba íntegro también por dentro, igual a como lo vería un habitante de la cuarta dimensión. Al cabo de un entrenamiento terrible y agotador, en el que los novicios memorizaban al principio los colores de dos en dos, a lo largo de uno de los lados, luego de cuatro en cuatro, luego de ocho en ocho, las barreras mentales caían de repente y —milagro sorprendente— el teseracto aparecía en el centro del cerebro, como un portal abierto hacia un mundo más elevado, de una grandeza inexpresable. Las visiones provocadas por el hachís, los mosaicos deslumbrantes que se les aparecen a los adictos a la mezcalina, el orgasmo destructor del cráneo de los epilépticos, el asombro mágico de los amantes de los estereogramas cuando de la superposición de líneas y colores surgen, tridimensionales, brillantes como el cristal, los símbolos escondidos, el estado de *satori* del budista zen al comprender, tras años de sufrimiento y tortura, que en el *koan* no hay contradicción alguna y que la mente es libre como el pájaro, la risa fresca de un niño de dos años y todos los demás gozos al alcance de nuestra naturaleza son tan solo débiles

aproximaciones al sentimiento de alivio abrumador y de rotura en añicos del cráneo y del tórax que nos aprisionan, experimentado —a tenor de su propio testimonio cuando han sido capaces de hacerlo— por los que han visto el teseracto.

El invento de Hinton se comercializó a principios de siglo y alcanzó un cierto éxito en los ambientes ocultistas que, siguiendo las huellas de los teósofos y de los antropósofos —y las de los vulgares espiritistas—, intentaban desde hacía tiempo encontrar la cuarta dimensión. La caja de cubos de colores se enviaba por correo a aquellos que, conocedores de los experimentos de Hinton, se morían de impaciencia por probar. Era la época del redescubrimiento de la sabiduría ancestral de la humanidad, de la búsqueda de la mítica Agarthi, del pesadillesco Shambala, la época de los espíritus conjurados, en las ferias ambulantes, por unos médiums grotescos a los que se les escurrían por la comisura de la boca o les salían por las fontanelas unos ectoplasmas como el humo blanquecino de los cigarros, la época de las mesas movedizas y de los dedos que avanzaban solos por el tablero, hacia las letras, para formar mensajes venidos del más allá. Todo esto eran los exuvios de un período en el que se pasaba de la tecnología del vapor a la de la electricidad para que los hombres no olvidaran que la tecnología y la magia no son sino las dos caras de la misma medalla, que en su mente primitiva-sofisticada el milagro de la tecnología se veía siempre contrarrestado por la tecnología del milagro.

Sin embargo, el comercio del cubo de Hinton se vio interrumpido enseguida porque los hospitales psiquiátricos empezaron a recibir, cada vez con más asiduidad, adictos a los cubos de colores. Se hallaron decenas, tal vez centenares de casos de mujeres y hombres en sus habitaciones, con el regazo lleno de cubos, contemplando, con la mirada perdida, un gran cubo inconcluso sobre la mesa, sin verlo, en un estado catapléjico del que no conseguirían recuperarse jamás. A otros, sin embargo, el éxtasis los sorprendió en la bañera, en el prado de delante de su casa, durante el almuerzo, mientras leían el periódico o incluso durmiendo, porque, al igual que los rezos ininterrumpidos de los eremitas, la manipulación de los cubos y la visualización de sus caras internas se convertía en una actividad continua y automática en la mente de los buscadores del absoluto. Los cubos se les aparecían una y otra vez ante los ojos, hicieran lo que hicieran, y su manipulación febril se prolongaba en sueños. Aquellos que, tras meses o años de ejercicio con los cubos, visualizaban el teseracto, tal vez se convirtieran en habitantes del mundo de arriba, pero aquí, en nuestro mundo, no quedaba de ellos sino una carcasa postrada, exiliada en un sanatorio de paredes blancas.

La obsesión por el cubo de colores —cuyo posterior e inofensivo recuerdo (del mismo modo que los omnipotentes mitos de antaño se reencuentran hoy en día únicamente en los cuentos para niños) tomó la forma del cubo de Rubik, manipulado sin cesar por mis colegas de la escuela 86, desde las señoras de la limpieza hasta las profesoras— atrapó enseguida a toda la familia Boole, pero subyugó por completo —tal vez junto con los ojos azules y el cabello estudiadamente revuelto del hombre que

se había convertido en el centro místico-sexual del clan lógico-matemático— a Alicia, la tercera hija de los Boole. La más insulsa de las hermanas, que hasta el encuentro con Hinton solo había bordado tapices y leído novelas sentimentales, descubrió de repente un increíble talento para visualizar objetos cuatridimensionales. No tuvo problema alguno con las entrañas coloreadas de aquel cubo compuesto por veintisiete cubos Hinton (¿acaso nuestra sangre es también roja en las arterias, ahí donde no la ve nadie?). El teseracto que se le apareció de pronto, una tarde dorada, en el centro de la mente, no le causó demasiada impresión a pesar de sus treinta y dos aristas de cuarzo deslumbrante. Alicia, a la que su cuñado había iniciado con delicadeza en el dulce ritual, superó con creces a su maestro. El hipercubo llegó incluso a aburrirla enseguida. En definitiva, nuestro mundo no se reduce a cubos. Se dio cuenta rápidamente de que el teseracto puede cruzarse de muchas maneras con la membrana tridimensional de dicho mundo. Sería rarísimo que penetrara perpendicularmente en él, de tal manera que su huella en tres dimensiones sea el cubo. Puede penetrar de forma oblicua, primero un vértice o una arista, desde ángulos que pueden variar continuamente. Más aún, puede girar mientras cruza la membrana. De esa manera puede generar, en nuestro mundo, un número infinito de poliedros tridimensionales, sombras afiladas u obtusas que el teseracto arroja sobre la superficie del mundo. E incluso más aún, Alicia, una verdadera Alicia en el País de las Maravillas, empezó a imaginar una larga serie de polígonos cuatridimensionales a los que denominó politopos. Al parecer, en efecto, no tendría muchos años más que Alicia cuando dejó que Charles guiara sus dedos con ternura y habilidad entre los volúmenes y las superficies voluptuosas con las que trabajaría a partir de entonces durante el resto de su vida. Los politopos eran cuerpos de la cuarta dimensión que lanzaban al mundo ordinario su sombra en forma de poliedros: tetraedros, octaedros, icosaedros, dodecaedros. Poco después redujo a seis el número de politopos regulares, que se limitaban, en el mundo cuatridimensional, a cinco, dieciséis o seiscientos tetraedros, ocho cubos, veinticuatro octaedros y ciento veinte dodecaedros, respectivamente. Los visualizó todos hasta lo más profundo de sus maravillosas profundidades y luego empezó a trabajar. A lo largo de toda su vida, Alicia Boole construyó con cartón y pintó a mano unos increíbles objetos en el espacio que representaban secciones medianas, tridimensionales, de los politopos. Resultaron unas gemas gigantescas, de una belleza rara, joyas talladas en facetas, brillantes geométricos más fascinantes que las mariposas tropicales en los insectarios. El violeta, el rosa, el púrpura, el azafrán titilaban en sus caras, los colores se extendían entre ellas, cambiaban de espacio y de forma para asombro de quienes las contemplaban. La mayoría de la gente distinguía solo bolas de colores, pero Alicia tenía el don, llegado de ninguna parte —pues la joven victoriana no había recibido educación alguna— de ver en ellas objetos verdaderos de una realidad verdadera que era la de un mundo con dos direcciones más, el ultra-arriba y el infra-abajo, un talento equivalente al que necesitaría un ciego de nacimiento para ver los colores.

De estos intentos desesperados de unas mentes visionarias por expresar lo inexpresable, por percibir lo imperceptible e intuir lo no intuitivo brotaría finalmente el juego de Rubik, siete décadas después de los experimentos hintonianos. La señora Diaconu, la corpulenta y siempre jovial profesora de ruso, lo hacía girar entre los dedos incluso durante los exámenes, debajo de la mesa, sin sospechar siquiera que el pequeño artefacto de plástico que se empeñaba obstinadamente en permanecer en su estado más natural, el del caos de colores, fue en otra época una de las palancas más perfectas para elevarse hacia el absoluto que la mente humana era capaz de concebir. Porque, luchando con el fantasma de la insania y con los penosos límites de nuestra condición de conciencias envueltas en carne, Hinton y sus discípulos encontraron tal vez el camino hacia el mundo superior, que levita sobre nuestro mundo como el platónico Mundo de los Felices que alza su frente sobre el océano de aire en el que todos estamos sumergidos.

Pero es imposible que una mente como la de Hinton o como la de Alicia no se diera cuenta de que, lejos de ser el objetivo final y la Ultima Thule de su tensión mental, alcanzar la cuarta dimensión era tan solo un paso insignificante, la primera vuelta de la espiral asintótica en torno al pilar central, el primer escalón de la serie de progresiones infinitas de una escalera en la que cada escalón fuera dos veces más alto que el precedente. Pues ni la voluptuosidad de la contemplación del teseracto místico (al que los espiritistas pusieron rápidamente a trabajar para invocar a los muertos y para buscar tesoros enterrados), ni el esplendor de los politopos, ni la huida —aunque fuera virtual— por la pared abierta hacia la dimensión superior y, sin embargo, oculta para siempre a nuestra mirada, eludían el hecho de que, así como el punto genera la línea, la línea genera el plano, el plano genera el volumen, y el volumen, el hipervolumen bordeado por volúmenes de la cuarta dimensión, podíamos concebir también un mundo en cinco dimensiones, generado por un hipervolumen en movimiento. El mundo de cuatro dimensiones sería para este nuevo mundo, todavía más elevado, como una membrana cuatridimensional que delimitaría una esfera de cinco dimensiones. Y este nuevo mundo sería, a su vez, la pantalla en la que proyecta sus sombras el mundo de seis dimensiones, cada una más grandiosa, más intensa, más *verdadera* que la precedente, pero no de forma proporcional, sino desmesurada, asintótica, inabarcable para la mente y para la mirada.

Tal vez en esta infinita progresión, en esta concentración de luz en la luz, en esta rosa mística con una rosa en el centro, con una rosa en el centro, con una rosa en el centro, las cada vez más concentradas y más perfumadas rosas mandálicas, pensó también Kafka en la gran parábola del núcleo de su escritura: los guardianes de la infinita sucesión de puertas de la ley son cada vez más poderosos. El hombre solo tiene que vérselas con el primero, con Klamm, con Godot, pero este no es sino el Dios más insignificante de una serie infinita en la que cada uno de los guardianes de la puerta es dos veces más poderoso que el anterior. ¿Cuánto poder tendrá el décimo? ¿Y el 10^{10}? Cuando el pobre hombre que espera en la antecámara del infinito muere,

el último ruido que oye consiste en el cierre simultáneo de la infinitud de puertas que lo separan de la verdad, cada una de ellas dos veces más grandiosa que la anterior. Son las puertas que oyen también Hans y Amalia, esas tras las cuales se esconde el monstruo del subterráneo. Son los latidos del corazón, cada uno dos veces más fuerte que el precedente, que acompañan la historia imaginaria más asombrosa que haya escrito jamás una mente humana: «El señor de los sueños, el gran Isachar, estaba sentado ante el espejo, con la espalda apoyada en su superficie, con la cabeza inclinada hacia atrás, sumergida en las profundidades del espejo. Entonces apareció Hermana, la señora del crepúsculo, y se fundió en el pecho de Isachar, hasta desaparecer en él por completo».

Tal vez esa misma infinita progresión tenía lugar en mi cerebro (¿epilepsia morfeica no convulsiva del lóbulo parietal izquierdo?) cuando, algunas noches, un leve pitido en los oídos se amplificaba como una sirena, crecía, se transformaba en un aullido ensordecedor que generaba, poco después, un intenso color amarillo, y el sonido-color que invadía mi cráneo con su aullido dorado lo hacía añicos en un terror infinito, en chorros de éxtasis y de desesperación, que se ampliaban cada vez más, hasta la locura y más allá, saltando de espiral de fuego en espiral de fuego, de fuego superconcentrado, ultraconcentrado, hiperconcentrado, hasta donde no hay siquiera palabras que lo describan, ni espacio ni tiempo que lo abarquen… Tal vez en aquellos momentos, en aquel túnel del horror, en aquel tubo estriado, rojo por el impacto de las balas de mi mente, me precipitaba hacia la verdad, la que está más allá de la verdad de más allá de la verdad de más allá de la verdad de nuestro mundo. Ese mundo más allá del cual ya no existe ni progresión, ni verdad, ni mente, ni uno mismo, ni divinidad. No me sorprende que al cabo de aquellas noches permaneciera días enteros en un estado de abulia y de necia ensoñación. Lo único que de verdad me asombra es que consiguiera sobrevivir.

Finalmente yo también me compré un cubo de Rubik, precisamente en el quiosco de la calle de la escuela. Pero, tras sacarlo del vulgar celofán que lo envolvía, no alteré sus caras uniformes. Lo dejé así, resuelto desde el primer momento, con una superficie perfecta, pero no podía evitar pensar en el trágico desorden de las caras ocultas en su interior, en el embrollo de intestinos del centro que no consigue ver nadie, nunca. Como nadie sabrá tampoco qué color tiene la sangre que corre por mis venas, el color de mis huesos, de mi hígado, de mi bazo y de mis intestinos. No lo sé siquiera yo, el habitante solitario de mi propia carne. Sé que tengo órganos internos solo porque alguien más, del mundo de super-arriba, los puede ver en todas sus formas, colores y detalles como si estuvieran pintados en mi propia piel. Para ese ser sagrado, en el sentido terrible de la palabra, todos los cubos de Rubik, se encuentren en el estado caótico en el que se encuentren, están resueltos y son perfectos, como lo fueron desde el principio y como lo serán para siempre.

Capítulo 31

HE pensado muchas veces en las mujeres gordas, diseminadas como unos curiosos ganglios a lo largo de los vasos linfáticos de mi vida. Macizas, casi redondas, embutidas en batas, afables, asexuadas y sin edad, me he ido topando con ellas por todas partes, desde la más lejana infancia hasta hoy en día. Gordas eran las vendedoras del despacho de pan y de todas las tiendas de ultramarinos de los barrios en los que he vivido con mis padres. Gorda era la mujer que zurcía las medias en una garita de cristal, junto a la ferretería de Lizeanu, delante de la cual pasábamos, antes de que la cerraran en los años 50, camino de la feérica tienda de juguetes Caperucita Roja, en Obor, situada en un búnker subterráneo de cuatro pisos. Gordas eran todas las enfermeras y las practicantes que venían hacia mí enarbolando sus primitivas jeringuillas, en las que burbujeaban la penicilina y la estreptomicina, por la noche, con la luz encendida de repente, mientras la habitación se llenaba de un insoportable olor a moho. Gordas eran las mujeres rubicundas, desnudas, con pezones rojos y lorzas de grasa alrededor de la cintura que poblaban las tres profundas gargantas del túnel subterráneo que se encontraban al otro lado de la puerta de la oficina de la comisaría de policía de Floreasca y que se comunicaban a través de un complicado ramal con la sima de debajo del bloque de Ştefan cel Mare. Idénticas, de rasgos apenas esbozados, como si únicamente la grasa barroca de su piel fuera expresiva, con el sexo encerrado entre unas piernas elefantinas, se balanceaban en bañeras y cisternas en las que se agitaba un agua verde, se deslizaban por tubos alambicados, se sacudían las melenas rojas, amarillas y anaranjadas bajo los soles pesados, simétricos, incomprensibles de unos extraños zodíacos. Gordas eran las revisoras que cabeceaban en los tranvías, encorvadas sobre sus mesitas de contrachapado, y que te vendían, a cambio de unas monedas brillantes, los billetes de 15, de 25 o de 40 céntimos, mientras dormitabas también tú de la mano de tu gigantesco padre, bien abrigado, salpicado de nieve y con la nariz y la boca cubiertas por la bufanda, en aquellos inviernos interminables de la infancia. Gordas eran las mujeres de Voila, que nos frotaban en el baño con sus ásperas esponjas hasta que nuestra piel se enrojecía. Gordas son mis joviales compañeras de la sala de profesores, la siniestra bibliotecaria-carcelera, la mujer ciega que, con un icono de papel sobre el pecho, pide limosna en la iglesia del barrio. Y es que las gordas están distribuidas de forma más o menos uniforme por todo mi mundo, como si fueran unas reservas de comida que me esperaran, aquí y allá, en el laberinto experimental en el que vivo, como jalones en mi tortuoso camino hacia la salida. Era incapaz de imaginármelas sentadas a la mesa, tampoco en la cama ni rodeadas de niños. Solo podía verlas allí, en los lugares en los que habían aparecido probablemente de repente, sin haber pasado antes por la

infancia y la adolescencia. Sus cuerpos eran unos sacos grandes y redondos, sus caras tenían los mismos rasgos apenas esbozados de los habitantes de alguna estepa asiática. Incluso sus pechos, a menudo demasiado grandes, se me antojaban completamente neutros, blancos y plácidos, como unas jorobas de camello sin función alguna a la hora de excitar a los hombres. Porque las cocineras, las revisoras, las enfermeras, las camareras y las zurcidoras carecían de sexo al igual que los armaritos, las cajas de monedas y las cazuelitas de hervir jeringuillas que las rodeaban.

En Voila, el terror comenzaba con el ocaso, cuando regresábamos a nuestros dormitorios después de cenar. El camarada Nistor se retiraba entonces a su cuchitril y nosotros quedábamos en manos de las cuidadoras. Sus voces agudas, autoritarias, nos agarraban como unas tenazas brutales y nos metían debajo de las duchas hirvientes, para embuirnos después en los pijamas azules, todos iguales, con burdos dibujos de cebras y jirafas, los mismos que adornaban nuestros lapiceros chinos con goma de borrar. Desde el momento en que apagaban, a las nueve, la luz, nadie, bajo ningún concepto, podía salir al pasillo. La puerta permanecía cerrada toda la noche y fuera, por el mosaico del vestíbulo, patrullaban las cuidadoras.

Al principio, todo resultaba soportable. Me había hecho amigo de Traian, y también de Bolbo, de Prioteasa y de Mihuț, el hijo del compañero de mi padre en el periódico. En cuanto las mujeres abandonaban el dormitorio, nos bajábamos de la cama y nos sentábamos en la ancha repisa de una de las ventanas que se sucedían a lo largo de toda la sala. Luego echábamos las cortinas, refugiándonos así en el lugar más íntimo del mundo. Al otro lado de las ventanas, aumentada por el cristal, brillaba la luna llena. Bajo su luz se distinguía, negro, el bosque infinito. También alcanzábamos a ver nuestras caras azuladas, siempre dispuestas a escuchar una nueva historia. El radiador calentaba por debajo la placa de la repisa, haciéndonos entrar poco a poco en una especie de trance en el que la voz de Traian se volvía visible en el aire oscuro, un hilillo de alambre que dibujaba entre nosotros unos extraños objetos.

Bolbo era gordo como un oso y tenía un rostro moreno. Por suerte, jamás se peleaba con otros niños, porque probablemente les habría roto el cuello sin querer. Prioteasa era pálido, con una mancha canosa justo sobre la frente. Parecía mayor que los demás, como si hubiera vivido situaciones que lo hubieran hecho espabilar antes de tiempo. Mihuț, mi compañero de pupitre, un chaval tan obediente como una niña con unos ojos negros que suplicaban siempre protección, me resultaba mucho más cercano que los otros. No sé por qué llegué a querer a mis compañeros de Voila mucho más que a todos los demás. De hecho, conservo todavía hoy una foto de todos nosotros, con nuestros horribles uniformes de tela raída ya de fábrica, agrupados en el huerto de manzanos. Recuerdo todavía a algunas chicas: Sica, Iudita, Mihaela. Casi todos los chicos me resultan aún familiares, como si nos hubiéramos separado ayer mismo. El camarada Nistor, con su brutal rostro de nazi, ocupa el centro, de pie, y nosotros estamos en la hierba, bajo las ramas de los manzanos, transparentes al sol y

oscuras a la sombra, sonriendo azorados hacia nuestros futuros espectros. Me reconozco también a mí, en la segunda fila: esbozo una triste sonrisa con la barbilla apoyada en la palma de mi mano. Verme a mí mismo, en espejos y fotografías, me ha parecido siempre siniestro, paradójico como una espada que se cortara a sí misma y no puedo evitar un estremecimiento. Estoy convencido de que durante gran parte de mi infancia, aunque me viera, por casualidad, reflejado en el espejo roto que, junto al azogue estropeado, tenía mi madre colgado de un clavo, no me reconocía o, mejor dicho, no reconocía que era yo. Tal vez no existiera entonces y mi reflejo me resultara tan indiferente como el resto de la habitación sumergida, con los armarios, las mantas y los tiestos con geranios, en las aguas virtuales del trozo de cristal. Sufrí una extraña prognopagnosia en mis primeros años de vida, cuando habría tenido que superar el estadio obligatorio del no-reconocimiento de mí mismo en el espejo pero no lo hice. Retrasé —de forma suicida quizá— esa revelación hasta el día en que, en Voila, nos lanzamos todos los chicos a la vez, tras la tortura de la siesta, al gran lavadero, blanco y solemne como un templo de azulejo. Nunca olvidaré el momento en que me percaté de que en aquella gigantesca sala donde retumbaban los gritos de los niños en pijama, uno de ellos, idéntico a todos los demás —de hecho todos nos comunicábamos, más allá de nuestra piel y nuestras mentes, como a través de unos canales inefables en un ovillo emocional y acéfalo—, era yo, tan impersonal y tan sometido al grupo como un peón del ajedrez de nuestra mente colectiva. Me estaba lavando los dientes o me estaba mojando la cara o, simplemente, me estaba riendo por lo que había dicho un compañero, cuando Bolbo empezó a gritar con su voz ronca: «¡Vamos, caballo, ven, que te voy a dar un azucarillo!». Creţu, un repetidor el doble de grande que nosotros, se presentó allí al instante y Bolbo se le subió a horcajadas. En los recreos abandonábamos las clases y salíamos al prado de la parte trasera. Allí peleábamos, cabalgando sobre algún compañero o dejándonos cabalgar por otro, por parejas, arrastrándonos y empujándonos hasta que una de estas formaciones azoradas, que resoplaban y reían a carcajadas, caía sobre la hierba llena de hormigas y de miriápodos. Jugar en el lavadero era peligroso, las parejas caballo-jinete podían chocar contra los bordes de las bañeras y los lavabos, y en la caída podían golpearse la cabeza contra el suelo… Sabíamos que las cuidadoras entrarían de un momento a otro, gritando y zurrándonos con sus trapos húmedos. Sin embargo, nos acoplamos por parejas y empezamos a pelear. Yo me encaramé sobre Horia, el más listo de todos nosotros, aparte, por supuesto, de Traian. Él nos contaba cada noche, antes de dormir, un capítulo de *Bäiefii din strada Pal*[23], y lo hacía de una forma tan bella y tan fluida que, si la luz no hubiera estado apagada, habríamos pensado que estaba leyendo un libro. Nos dirigimos hacia los espejos de los lavabos, colocados demasiado arriba como para que pudiéramos mirarnos en ellos cuando nos lavábamos. Entonces, como en un fogonazo, me vi en el espejo. Era la primera vez en mi vida en que me vi y me reconocí, horrorizado, a mí mismo, como en los sueños autoscópicos, como si, sin que yo lo supiera, un sabio loco me hubiera clonado y, sin avisarme, me hubiera

colocado ante mi sosia. Fue solo un instante, pero un instante de un resplandor único y violento. Me sentí entonces como rodeado por una bruma dorada que oscurecía el mundo de alrededor: una cría morena, más morena que los otros niños, delgada, más delgada que los demás. Unos ojos tan negros que parecían violetas, rodeados de unas ojeras inusitadas en un niño. Un cuello largo y pálido, dos clavículas que afloraban por debajo de la piel, sobre el cuello rígido de un pijama estampado. Un cuerpo menudo, ligero como el papel, un niñito que era yo mismo y que sin embargo tenía su vida y su mundo, especiales y extraños, allí, detrás de la pared de cristal. Nunca la identidad y la diferencia, el fuego y el hielo, la mujer y el hombre, el sueño y la realidad, el elfo y el *helvol* habían formado una pareja tan obsesiva, tan inquietante… Yo lo miraba y, a través de él, me veía como un ojo que pudiera verse a sí mismo, como si un sistema pudiera definirse completamente desde el interior, como si pudieras determinar de repente, con precisión, la posición y la velocidad de una partícula, como si una de tus manos dibujara a la otra, y esta, abandonando la página, dibujara a la primera, como si los espejos y la paternidad fueran no solo abominables, sino que tuvieran además un significado más allá de la simetría y del reflejo, un sentido al que únicamente a través de una concentración suprema podrías acceder.

Recuerdo ahora tan solo la sorpresa y la decepción al ver mi rostro en el espejo. Era completamente diferente a como había pensado. Y entonces abandoné la pelea, me dejé caer de la espalda de mi compañero y me alejé de los niños. Deambulé largo rato por los pasillos intrincados que desembocaban siempre en las mismas salas asépticas, con urinarios, retretes y cubetas para lavarse los pies; todos inútiles, pensados para adultos. Llegué a lugares alejados y solitarios, tal y como me imaginaba la Antártida y, por último, me senté en el borde de una bañera de porcelana y apoyé la cara entre las manos. Existía, también yo estaba en el mundo. Y no solo existía, sino que era y sería siempre un ser doble, un ser en busca de su propia mitad. Tenía un gemelo en cada espejo, como si cada uno fuera un cilindro de cristal en el que vegetara un clon mío, resucitado galvánicamente siempre que me plantaba ante él. Solo así, cara a cara conmigo mismo, estaba entero, como si yo, el no visto, aunque era yo mismo, y él, el visto, aunque no fuera yo mismo, fuéramos dos siameses que compartían un órgano común: la mirada. La mirada nos unía, fluía de uno a otro, tan indiscernible como los contornos de la botella de Klein. Del mismo modo, yo tenía un gemelo encerrado en cada fotografía, como en una celda de la cárcel de la memoria…

Por las noches, en el espacio caldeado que quedaba entre la ventana y el cortinón, iluminados por las estrellas y la luna, muertos de sueño pero decididos a permanecer despiertos todo lo que pudiéramos, discutíamos sobre aquello que no escuchábamos durante el día a nuestro alrededor, sobre lo que no nos hablaban en la escuela porque no tenía nada que ver con el conocimiento de la naturaleza, de la lengua, de la historia ni de la geografía. El mundo era misterioso. Existía un mundo pequeño e íntimo, como el de los hombres primitivos reunidos en su cueva en torno a una

hoguera que hacía bailar su sombra en las paredes, y ese era nuestro mundo, el de los niños, siempre tutelados, siempre refrenados y dirigidos pero, sobre todo, siempre engañados por los habitantes del otro mundo, en cuyos márgenes nos toleraban como si fuéramos unos bárbaros refugiados a las puertas de un enorme y deslumbrante imperio. Los seres de allí casi nos doblaban en altura y tenían una mente mucho más vasta. Si los dejaban en el centro de la ciudad, sabían volver a casa. Utilizaban dinero. Vivían de dos en dos, semejantes pero diferentes, juntos, en virtud de un misterio que llegaba hasta nosotros degradado y delirante. Quizá también a nosotros, a los pequeños y torpes, nos habían hecho así, al igual que habían construido todo lo que había en el mundo: casas, coches, aviones, jardines, incluso el sanatorio de Voila. Sí, esos seres grandes eran dioses, eran nuestros dioses. Aunque no podíamos entender cómo, algún día también nosotros seríamos como ellos. La flor del centro de nuestra mente era por ahora tan solo un capullo, pero crecería y se abriría despacio hasta que, en algún momento, en aquel lugar oscuro llamado futuro, deslumbrara la plenitud plegada de sus pétalos. Cada cerebro se aferraría, con millones de hilillos traslúcidos y pegajosos, al inmortal, al inagotable espacio lógico cuyo nombre mundano era Dios. Y nos convertiríamos, cada uno de nosotros, en un ojo con el cual Dios contemplaría su mundo. Ahora lo veíamos turbio, como a través del espejo, pero luego lo veríamos cara a cara. Ahora conocíamos una parte, luego conoceríamos plenamente, como plenamente seríamos también nosotros conocidos…

El mundo de los adultos estaba construido sobre dos mitos celosamente protegidos. Todos conocían esos secretos, pero nadie quería compartirlos con nosotros, los niños. Estaba, en primer lugar, el misterio del acoplamiento, en medio de la noche, de los dos dioses personales, mi madre y mi padre. Se trataba de un tabú cerrado con decenas de candados. Muchos de nosotros habíamos visto cosas que no deberíamos haber visto, sabíamos cosas que no deberíamos saber. Incluso ahora, detrás de las cortinas, cuando intentábamos ordenar los fragmentos de verdad que nos habían llegado falseados y apenas esbozados —y sin embargo aterradores como ídolos—, se nos ponía la carne de gallina, pues éramos culpables y expiaríamos nuestro robo obsceno con quién sabía qué castigo terrible. Sí, Bolbo había visto, de noche, a sus padres peleando de forma muy extraña, resollando y sacudiendo la cama. No se les podía preguntar a ellos sobre esto, no había manera de averiguar *qué* ni *cómo* ni *por qué* sucedía. No estaba permitido mostrar ni hablar sobre determinadas partes del cuerpo. ¿Por qué podías enseñar a todo el mundo tus manos, o la tripa incluso, pero jamás el gusanillo que te crecía debajo de la tripa, entre las piernas? ¿Y por qué nuestras compañeras, las chicas, no tenían nada allí, tan solo un agujerito, según decían? Sí, así es, decía Mihuṭ, ellas tienen ahí una raja. En cualquier caso, nosotros utilizábamos nuestros sexos para hacer pis, los chicos de pie, las chicas agachadas, como las veíamos a veces en el bosque, cuando se escondían como avestruces detrás de algún árbol. Pero los mayores lo utilizaban para algo más. Y luego los niños salían también por ahí. Sí, nueve meses después, habíamos

descubierto también eso.

Que ellas eran distintas a nosotros los sabíamos no solo por el bosque. Una vez nos atrevimos a subir los cuatro, durante la ducha de la tarde, al piso en el que estaban los dormitorios de las chicas. Nos escondimos cada uno en su armario, y cuando las gordas se llevaron a la ducha a los demás, desnudos como diablillos, salimos sigilosamente, en pijama, al pasillo. La escalera que conducía al piso de arriba era amplia y grandiosa. No había nada que nos impidiera subir, pero el obstáculo de nuestra mente tenía el peso y la inercia de una puerta blindada. No se podía, no se debía, estaba prohibido. A medida que subíamos, temerosos y apiñados, dirigidos por Traian, que era siempre la cabeza metafísica de las trastadas, el aire se tornaba húmedo y el olor a jabón lo inundaba todo, como en nuestro propio lavadero. Pero a jabón perfumado, del caro, del que mamá guardaba en la cómoda, entre la ropa, no al sempiterno jabón Cheia con el que nos frotaban las cuidadoras. Incluso el aire parecía tornarse rosa… Estuvimos varias veces a punto de darnos la vuelta, pero al final, con el corazón desbocado por el pánico de desafiar una prohibición terrible, llegamos al piso superior y, ya en los últimos escalones, nos quedamos clavados al ver la fantástica escena que se desarrollaba en el pasillo.

El vestíbulo de ese piso, a lo largo del cual se sucedían las puertas de los dormitorios, era mucho más amplio que el nuestro. El extremo opuesto se perdía por completo entre el vaho y la bruma. Las puertas se sucedían en desorden hasta el fondo y parecía haber cientos, no solo cuatro como en nuestro vestíbulo. El olor era fuerte, embriagador. Se elevaba, junto con el vaho denso y las pompas de jabón, de los cientos de bañeritas rosas, de esas en las que habitualmente se baña a los bebés, en torno a las cuales se congregaban ahora las niñas, decenas, cientos, con el cabello rubio o castaño prendido con bolitas de plástico de colores y gomas blanquecinas. Agachadas o de rodillas, lavaban, contentas, unas ropitas con encajes en las bañeras rebosantes de espuma. Todas estaban completamente desnudas, sus cuerpecillos eran como los nuestros, solo que más ligeros y graciosos. Me recordaban a esas muñecas grandes, con cabello de nailon deslumbrante y miembros articulables, rígidos y torpes. Las niñas llenaban todo el espacio que podíamos adivinar, y el aire estaba saturado de gritos de alegría y de perfume. Al contemplarlas desde el extremo de la escalera, comprendimos que nuestras compañeras eran muy diferentes a nosotros, que serían siempre extrañas, que su secta gigantesca se mantenía unida y era indestructible. La frontera entre los sexos, aparentemente turbia y engañosa, era sin embargo tan inflexible como la que existe entre las especies, pero esa frontera no estaba en el cuerpo, sino en la mente. No solo entre nosotros y los adultos existía una grieta insalvable, sino también entre nosotros y las chicas. Estábamos encerrados en las múltiples y extrañamente entrecruzadas cárceles de la prisión unánime del mundo.

De pronto, la chica que se encontraba más cerca volvió la cabeza hacia nosotros y sus labios se abrieron en un gesto de sorpresa. Se puso de pie con brusquedad y al instante todas las demás estaban también de pie, con el cabello suelto sobre los

hombros y la piel húmeda de espuma. El agua de las bañeritas se derramó por su repentino movimiento, empapó el suelo de mosaico, y unas bandas gruesas, espumosas, empezaron a avanzar hacia nosotros y luego a resbalar escalones abajo. Aún estábamos contemplando fascinados sus cuerpecillos con pezones de chico, pero con una línea delgada entre las piernas, cuando nos invadió un pánico que nos puso los pelos en punta. Ante los ojos asombrados de las chicas inmóviles que sujetaban todavía sus ropitas de encaje entre los dedos, echamos a correr escaleras abajo y chocando con violencia, cuando llegamos al pasillo, con una de las cuidadoras, cuyo cuerpo inmenso se tambaleó por la fuerza del impacto. Las demás se presentaron allí de inmediato. Acabamos los cuatro arrastrados de la oreja hasta el dormitorio vacío, en el que treinta camas de hierro yacían abiertas, pegadas de dos en dos, a la luz de los grandes globos del techo. Al día siguiente nos sacaron al centro del patio, inmediatamente después de entonar el cántico con el que comenzaban todas las reuniones, *República, cuna grandiosa*. Nos lanzaron un discurso tan vehemente como moral del que no entendimos nada en absoluto, y luego nos dejaron marchar con un «¡debería daros vergüenza!».

No debíamos saber qué hacían nuestros padres por la noche, después de mandarnos a la cama, tampoco a través de qué grieta en la superficie lisa de la realidad salían los niños al mundo. Nuestro comienzo, el de todos, estaba envuelto en lo sagrado y en el enigma. Una gárgola de piedra, alada, con el dedo sobre los labios, sellaba el origen de nuestra semilla. Un monstruo igualmente impenetrable nos ocultaba, con las alas desplegadas sobre los huesos flexibles de un murciélago, también el final. Entre las dos figuras del silencio se extendía toda nuestra vida, un instante eterno. Seríamos siempre iguales, eternidades sin fin. Nunca llegaríamos a ser adultos, porque nada cambia jamás. Mi madre y mi padre habían sido siempre adultos, nuestros abuelos no eran ancianos como consecuencia del paso de la vida, sino porque esa era su esencia, como es la esencia de los lobos ser lobos y no personas. Todo estaba concedido para siempre, cada casa y cada árbol y cada flor habían existido desde el comienzo del mundo y existirían para toda la eternidad. Cada día era idéntico al día siguiente. Nuestros cuerpecillos eran iguales. Todos habíamos nacido como escolares, aquí, en el sanatorio, y todos conservábamos solo unas hebras de recuerdos de lo que había sucedido antes, tan vagas que hasta las confundíamos con los sueños y las ensoñaciones de la siesta. Si no hubieran existido esos dos misterios, si no hubiéramos contado con Traian, nos habríamos conformado con la gran ilusión de la inmortalidad que es el aire en el que respiran los frágiles pulmones de los niños. El acoplamiento y la muerte relataban sin embargo otra historia que nosotros no teníamos que conocer todavía, pero que llegaba a nuestros oídos a través de cientos de caminos ilegítimos y oscuros.

Allí, en el cálido vientre de detrás de las cortinas, contemplando la luna y las estrellas multiplicadas en el cristal doble, hablábamos de todo esto hasta casi enloquecer de excitación y frustración. ¿Qué era el sexo? ¿Qué era la muerte? ¿Qué

vínculo siniestro existía entre ellos? Las cosas no encajaban, discutíamos por los detalles, pues a nuestro puzle le faltaban aún algunas piezas esenciales. El primer mito estaba rodeado de indecencia, a él hacían alusión los juramentos y las canciones obscenas. Y, sin embargo, teníamos que imaginar a nuestros dioses más venerados, más puros, los únicos que nos alimentaban y nos cuidaban, haciendo en la oscuridad, como bandidos, esa cosa asquerosa garabateada por las paredes y los pupitres de nuestra escuela. Yo me sentía incapaz de soportar esa idea, no podía pensar que mis padres practicaban el sexo, que por la noche y que incluso por la tarde, cuando me mandaban a jugar, se acoplaban en la cama, que sus sexos tumefactos se compenetraban… «Y sin embargo lo hacen —decía Traian—. Y sin embargo así es como los niños vienen al mundo, porque los mayores se juntan, ese es el único motivo. Luego crecen, se hacen mayores, se juntan también ellos, hacen niños y mueren. Eso lleva sucediendo aquí, en la Tierra, desde hace millones de años. Billones de personas han muerto solo por haberse acoplado. Porque eso se castiga con la muerte. Decíais que los mayores son respecto a nosotros una especie de dioses, pero no es verdad… ¡*Nosotros* somos dioses! Nuestra mente está más cerca de la santidad que la suya. Ellos pierden su condición de dioses cuando se juntan, y después envejecen, se arrugan, se encorvan, se les caen los dientes, se les cae el pelo, contraen enfermedades horribles y al final todos mueren. Sí, saben mucho más que nosotros, porque saben lo que les deparará el futuro. Tienen más miedo que nosotros. Están más resignados y más desesperanzados. No nos dicen la verdad ni sobre el nacimiento ni sobre la muerte porque no quieren que veamos cómo son ellos de verdad: unas sombras pasajeras en este mundo. Guardan escrupulosamente el secreto porque no quieren que descubramos que *nosotros* somos los dioses, que nuestra mente es de cristal, mientras que la suya huele a barro y a miedo». Traian, un chico corpulento con los ojos azules que caminaba siempre como dormido, era un año mayor que nosotros. No parecía nunca atento a lo que sucedía alrededor; se pasaba las clases contemplando, por la ventana, los manzanos rebosantes que tendían sus ramas hacia nosotros y, si le preguntaban algo, callaba sonriente y seguía mirando por la ventana. Se limitaba a ponerse de pie muy despacio, como un sonámbulo. Pero los profesores ya lo conocían y no tenían en cuenta su ensoñación.

Hablar sobre la muerte nos perturbaba todavía más. La gente moría, eso ya lo sabíamos, pero no podíamos entenderlo. En cualquier caso, teníamos nueve años, nos quedaba tanto tiempo hasta los setenta o los ochenta que no nos habría costado nada afirmar que viviríamos eternamente. Sin embargo, los viejos morían, morían también los jóvenes por culpa de enfermedades terribles como el cáncer, morían también los niños. Sabíamos de algunos niños, compañeros nuestros, que habían muerto atropellados por el tranvía por haber cruzado la calle sin prestar atención. Otros se habían precipitado desde su piso sobre el asfalto. Yo incluso había visto con mis propios ojos al hermano de un amigo que se había arrojado desde la terraza de su edificio: yacía en su propia sangre, en la parte trasera del bloque, rodeado de un

montón de gente. Después de morir, dejabas de existir para siempre. Ya no oías, ya no veías, ya no sentías nada. Era como si estuvieras durmiendo sin sueños, pero entonces carecías de cuerpo (este se pudría en la tierra) y no volverías a despertar jamás. Ni al cabo de mil años, ni al cabo de un millón. Cuando hablabas sobre la muerte, todo era absoluto pues moría todo el mundo, sin excepción. Y morías para siempre. Ante la idea de dejar de existir nos atenazaba un pánico animal. No podíamos desaparecer sin más. Éramos como unas siluetas de niño cosidas, con hilo de colores, en un vasto tapiz: ¿dónde íbamos a desaparecer? No podíamos desaparecer si no era con la tela y todo. Éramos un modelo, un adorno en el lienzo de la existencia, unidos a él con millones de hilillos. Cabría decir que nosotros la secretábamos y la tejíamos de una forma curiosa, laboriosos como esas arañas que tejen las gigantescas telarañas en los bosques. Nosotros tejíamos la realidad, nosotros éramos la realidad. Y fuera de nosotros no había nada en absoluto. Por eso, nuestra muerte constituiría el inimaginable final de la existencia.

«Pero no es así —nos dijo una noche Traian—. La muerte no representa el final de la vida. Después de morir, nos espera todavía un prolongado viaje. Parece que avanzamos por un camino muy largo, muy tortuoso y muy oscuro en medio de la noche. En el cielo no hay estrellas, de hecho no sabemos con seguridad si existe algún cielo. Es únicamente un camino que lleva lejos y por el que avanzamos en silencio. De vez en cuando nuestro camino se cruza con otro, por el que avanza alguien que acaba de morir. Y luego con otro. Porque por cada sendero camina una única alma. Solo en las encrucijadas nos encontramos y nos miramos, y nos asustamos ante nuestro aspecto. Pues ya no parecemos personas, nos hemos convertido en otro tipo de seres. Algunas veces los muertos, tras contemplarse unos a otros durante un breve instante en el cruce, reanudan su camino. Otras deciden cambiar su destino con el del otro, y entonces, tras abrazarse apenados, cada uno continúa avanzando por el camino ajeno. Porque, después de morir, ya sabes lo que te espera. Te pasas miles de años deambulando por caminos que se entrecruzan sin cesar, y a veces querrías permanecer eternamente en este nudo gigantesco rodeado por la noche, encontrarte eternamente con gente que ha muerto, todos con el mismo rostro inhumano, todos silenciosos y pensativos. Yo he visto gente así, se me han aparecido en sueños, tienen rostros pálidos, ojos grandes como los de las moscas, labios apretados. Tienen el cuello delgado y los brazos descarnados. Y avanzan deslizándose por sus caminos, es terrible contemplarlos…».

Cuando la historia llegó a este punto, nos entró un miedo terrible. No esperamos el final. Saltamos todos de la repisa y fuimos a tientas hasta nuestras camas. ¡Qué extraño paisaje el del dormitorio a oscuras! ¡Cómo dormían todos los niños, boca arriba, como estatuas en sus sarcófagos…! Y los globos del techo parecían esferas levitando en el aire oscuro, sin colgar de varilla alguna. Nos lanzamos también nosotros sobre las camas, no sin antes extender una sábana sobre el cabecero, como protección contra la luna. Habíamos oído hablar de los sonámbulos, sabíamos que se

veían atraídos hacia el tejado por el poder misterioso de la luna.

Mi cama olía a pis. De hecho, todas olían a pis. Porque después de apagar las luces a las nueve de la noche, no teníamos permiso para salir del dormitorio bajo ningún concepto. Por el vestíbulo y el lavadero circulaban las cuidadoras de guardia, con sus enormes tetas y culos, con unos mofletes tan rollizos que casi no quedaba hueco para los ojos en aquellos rostros mongoloides. Si alguno de nosotros se moría de ganas de hacer pis y se atrevía a abrir la puerta, se oían al otro lado unos aullidos bestiales que nos despertaban a todos. ¡Cuántas noches no me atormenté, entre las sábanas, hecho un ovillo, con la vejiga a punto de estallar, intentando dormir para olvidar la horrible sensación de la necesidad imperiosa de orinar! ¡Cuántas veces saqué también yo la cabeza a la luz clara del vestíbulo, con la esperanza de que las mujeres estuvieran en el piso de arriba o en las escaleras…! Pero cada vez me tocó regresar a mi cama de hierro blanco, sintiendo que la orina se me iba a escapar de un momento a otro. Al final apretaba los párpados, invadido por una vergüenza horrible, me colocaba la almohada entre las piernas y, temblando y tiritando, no me quedaba otra que empaparla. La arrojaba luego debajo de la cama y, aliviado, me hundía, con las pestañas llenas de lágrimas, en un sueño profundo del que me despertaba únicamente la corneta de la mañana. Todos nos hacíamos pis en la cama, no había otra salida. Las sábanas se cambiaban una vez por semana, cuando enviábamos también a lavar las ropitas marcadas con nuestro nombre torpemente bordado, y a nadie parecían sorprenderle las grandes manchas amarillas de las sábanas y de las fundas de las almohadas, así como tampoco el olor a orina que inundaba todo el dormitorio.

Pero las noches siguientes, a pesar del miedo, o quizá precisamente por volver a sentir la extraña voluptuosidad de nuestro temor, animamos a Traian a que siguiera con la historia esa de los muertos que todos nos creíamos a pies juntillas, porque sabíamos que Traian no era un niño como nosotros, sino alguien que conocía los siniestros secretos de los mayores. Nos reuníamos de nuevo en aquel espacio cálido y protector al otro lado de las cortinas floreadas, con nuestros pijamas con estampados de jirafas, elefantes y cerditos, acercábamos nuestras cabezas rapadas como las de todos los escolares, brillantes a la luz de una luna que acentuaba de día en día el filo de la hoz, y escuchábamos ávidos la historia más extraña, la que ni nuestros abuelos ni nuestros padres se habían atrevido a contarnos, la que no se aprendía en la escuela junto con la historia, la geografía y las matemáticas. «De acuerdo, os lo cuento —nos dijo Traian—, pero antes mirad esto. Y, bajo nuestras cabezas apiñadas (la mía, la de Bolbo y la de Prioteasa), levantó de repente el puño cerrado». Y a continuación abrió la mano. Nos retiramos instintivamente, pues Traian tenía en la palma, visible hasta en sus más mínimos detalles bajo la luz clara de la luna, un enorme insecto vivo, un grillo-topo de grandes patas cavadoras, con un fuerte tórax cubierto de pelos. Debajo de sus cortas alas se distinguía el vientre hinchado, anillado, marrón, que latía sin cesar. Lo levantó hasta la altura de nuestros ojos: «¿No es precioso? Lo encontré

detrás del pabellón, después de la cena. Lo guardo en un frasco, dentro de mi armario». Todos, aunque bastante recelosos, lo tocamos con el dedo. No habíamos visto nunca un insecto tan grande, tan fuerte, tan evidentemente peligroso. Pero Traian le dejaba que se frotara las patitas, perezosamente, en su palma extendida como una flor lívida. «Será nuestro secreto. Lo conservaremos y lo alimentaremos sin que lo sepa nadie. Si se entera el camarada Nistor, nos lo tira…». Traian bajó del alféizar y volvió al cabo de unos minutos sin el grillo-topo, y siguió contándonos qué nos ocurre después de morir.

«Nuestra vida en la tierra —nos decía él en susurros, no para evitar despertar a los niños que dormían en las camas aledañas, porque ellos dormían un sueño feliz y profundo, sino porque el susurro era la única forma de hablar sobre la vida del más allá, pues nuestra vida de aquí constituye tan solo una preparación para la muerte— es como una adivinanza, como un problema difícil y enrevesado. Alguien dispuso el mundo en el que vivimos para ponernos a prueba, lo espolvoreó con indicios y alusiones, nos transmitió mensajes que dejó ocultos en diferentes lugares para que los halláramos, tal y como, para jugar a orientarte en el bosque, has de encontrar las notas escondidas en los huecos de los árboles y los dibujos trazados con pintura en su corteza. Todo está relacionado, todo se diferencia estridentemente del paisaje banal de las casas y las calles y los descampados en los que jugamos, de las escuelas en las que estudiamos. De vez en cuando, escuchamos una palabra que no encaja con las demás, que no parece provenir del exterior, sino de las profundidades de tu mente. ¿Quién de vosotros no ha oído, siquiera una vez, en medio de la noche, que alguien lo llama por su nombre? ¿Quién no ha encontrado algún objeto especial, distinto a todos los demás, con el que no sabe qué hacer y que yace todavía ahora en una cajita metálica escondida en un cajón? ¿Y quién no se ha quedado boquiabierto cuando ha sucedido algo que parecía imposible que sucediera? Encuentras entre la hierba un cráneo de vaca, blanco, de muelas onduladas, un hueso tan poroso que parece desmigarse entre los dedos, le das vueltas y más vueltas, sigues una mariquita que se pasea por el hueso y entra finalmente por un orificio nasal, y de repente levantas la vista al cielo infinito y agitado y ves que en él flota una nube que tiene exactamente la forma del cráneo que sujetas entre las manos, con sus órbitas, con su frente oblicua, con sus cuernos morados, uno de los cuales está partido por la mitad… La vida es como un juego, es como el juego de la oca. Tienes que aprender las reglas y diferenciar el camino que lleva a los lugares buenos del que lleva a los malos, entre los tipos buenos y los tipos ávidos de sangre. Gracias a este juego aprendes todo lo que tienes que saber para abrirte paso por el largo y arduo camino que te espera tras la muerte. Nada es casual: ni que estemos aquí ahora, por ejemplo, ni que hablemos de todo esto. Tenemos que recordarlo porque necesitamos todas las claves y todos los fragmentos de la foto, desordenados en vida, pero claros y deslumbrantes tras la muerte. Los que no lo han comprendido, los que han vivido en vano, sin reunir las señales desperdigadas por todas partes, los que se han limitado a comer, a beber y a

distraerse, los que han perseguido el dinero, el placer o la fama merecen vagar y caer presos del fuego, del hielo, de unos insectos gigantescos, de las arañas y las escolopendras, o permanecer para siempre en una habitación de paredes infinitamente gruesas, en la que nunca hay nada que hacer. Pero los otros, los buscadores, conocerían el camino y las respuestas. Porque al final del nudo de caminos por el que vagamos miles de años, esos seres extraños en los que nos transformamos después de la muerte se plantan ante una serie de monstruos y cada uno de ellos les formula una pregunta. La respuesta puede ser una palabra o un objeto mostrado en la mano, o un cuchillo clavado en el corazón del monstruo, o penetrar en su boca de colmillos torcidos y salir por la otra parte, o barajar unas cartas y extraer a la primera la carta que te hayan pedido. Cualquier cosa puede constituir la respuesta, pero tienes que haberla descubierto tú solo, con tu mente, a lo largo de tu vida única. Todos tenemos nuestros propios caminos con nuestros propios monstruos. Solo aquellos desesperados que se odian y que a lo largo de la vida no han descubierto señales sino decepciones, cambian de destino y se encuentran ante los monstruos de otro individuo, diez veces menos misericordiosos que los propios. Si no conoces la respuesta, ese ser gigantesco —que puede ser un animal inexistente o un mecanismo con brillantes ruedas de latón o un río ancho, lleno de islas floridas, o un ángel con una espada de olivina, o una mariposa más grande que los buitres, que te clava la trompa entre las cejas— te encierra en su infierno, uno de los muchos que existen. Pero si la conoces, sigues adelante y, al cabo de millones de años, te encuentras con el monstruo siguiente».

«¿Cuántos hay?», preguntó Prioteasa. «Para algunos, son innumerables. Para otros, solo uno, o incluso ninguno. Nunca lo puedes saber de antemano. Pero cuando los has superado, se abre en la pared de la noche una caverna gigante. Unos dioses más colosales que tu propia mente extienden sus alas a lo largo de las paredes. Y en el centro de la caverna, acostada sobre sus suaves, brillantes, traslúcidas piedras, duerme tu madre, que te resulta enorme, pues parece llenar toda la gruta con su cuerpo. Tu madre puede ser una polilla o una lagartija o una leona. Puede ser una mujer de piel negra o de piel rosada. Puede ser incluso una larva transparente con las pinzas de la boca en continuo movimiento. Pero desde el momento en que la ves, sientes que la amas infinitamente, y que también su amor te envuelve a ti. Te acercas, ante los ojos alargados de los dioses de alrededor de la cueva, a la gran hembra… Al cabo de muchos días de marcha llegas a las losas suaves y sonoras que rodean su cuerpo y empiezas a escalarlo, hasta que de repente penetras en su vientre, donde te acurrucas feliz, bañado en una luz suave, de mundo que comienza…».

«Y naces de nuevo, ¿no?». «Sí. Naces de nuevo y de nuevo. Esa es la mayor derrota. Porque tu madre no es sino el último monstruo de toda la serie. Es la última pregunta, la última trampa. Nacer de nuevo y de nuevo y de nuevo no es la huida. Cuando ves a tu madre dormida en esa cueva profunda te invaden una sed de vida, un anhelo y un amor sin límites. Tu mente se ofusca y caes en manos del monstruo más

terrible, en un infierno sin salida posible. Como si fueras un repetidor, vuelves otra vez al mundo, se te muestran otra vez las señales. Eso no debe suceder».

De vez en cuando, las nubes cubrían la luna y las estrellas, para luego liberarlas —más brillantes que antes— y recortar en la oscuridad nuestros rostros soñadores. El bosque aullaba en la lejanía, el aire estaba repleto de divinidades que extendían sus labios transparentes hacia el caracol de nuestros oídos, susurrando a gritos guturales sus órdenes en una lengua desconocida. Estaban por todas partes, imploraban, gemían y gritaban, y nos hablaban con intensidad, la intensidad de las puñaladas, solo que nosotros no contábamos con los órganos sensoriales adecuados para percibirlas. Habríamos necesitado el plumaje delicado de la frente de las polillas, el sentido con el que las arañas perciben todo lo que sucede en el mundo, es decir, en sus redes brillantes. Seres malignos o benévolos nos rodeaban por completo, nos observaban y guiaban nuestros movimientos, al igual que los meandros de los pensamientos, e intentaban desesperadamente establecer contacto con nosotros, pero nuestra piel no los veía y nuestras retinas no los oían. Ya entonces, cuando me encontraba bajo el extraño poder de la voz de Traian, aquel que sabía qué nos esperaba después de la muerte, comprendí que la vida es miedo, nada más, y que ese miedo constituye la sustancia de nuestra aventura en el mundo. Es el miedo del ciego, al que cualquiera puede acercarse despacio con un arma letal en la mano o, simplemente, con unas manos estranguladoras; el miedo del sordo a la noche, el miedo por no tener un ojo abierto en el cogote, el miedo a dormir, sí, sobre todo el miedo a dormir. ¡Qué indefensa estaba la ciudadela de carne y piel de nuestros cuerpecillos! ¿Por qué no podíamos ver las enfermedades que se acercaban a ellos, que los penetraban y se instalaban en sus órganos? ¿Por qué no teníamos un órgano sensorial para el suicidio y la locura? Y, sobre todo, ¿por qué no se había desarrollado en nuestro cuerpo, a lo largo de millones de años, un ojo capaz de ver el futuro con claridad? ¿Por qué avanzamos en la oscuridad y la bruma, entre alimañas y peligros sin nombre?

La voz de Traían, monótona y convincente, había excavado una especie de ojo en la roca de nuestras frentes. Veíamos ahora, en imágenes deslumbrantes, el mundo del más allá por el que tendríamos que vagar, los senderos lívidos, los seres de aspecto inhumano, sus ojos de mosca, sus narices horrendas, su boca de labios apretados y secos. Y luego la infinita serie de monstruos, todos distintos, todos haciendo preguntas diferentes y, finalmente, la cavidad de piedra en la que dormía la madre. Había pasado ya la medianoche cuando, con el cabello erizado, bajábamos del alféizar y nos dirigíamos hacia las camas en el silencio fantástico del dormitorio. Por debajo de la puerta se colaba una fina línea de luz. Yo me metía debajo de la mantita, que sabía azul pero que ahora no tenía color ni forma, era tan solo una textura áspera, disimulada en parte por la frialdad y la rigidez de la sábana almidonada. Y me quedaba así, tumbado boca arriba, escuchando la respiración del que estaba a mi lado, sin saber si tenía los párpados cerrados o no —en cualquier caso estaba igualmente oscuro—, petrificado por el miedo ante la idea de quedarme dormido y sentir bajo los

pies el sendero pálido, infinito, tortuoso, que avanza en la profundidad en la noche.

Capítulo 32

ME desabrocho los pantalones del pijama y, presa de una especie de devoción, levemente inclinado sobre el recipiente de porcelana en cuyo fondo descansa el agua inmóvil, contemplo mi ofrenda: el chorro —un arroyo cristalino unas veces y amarillento otras— que sale, girando como un taladro líquido, de mi cuerpo. Como hace rato que no he vaciado la vejiga, siento los habituales dolores reflejos en las venas de los antebrazos. Otras veces, cuando la presión es mayor y la necesidad de vaciarla es aún más imperiosa, me invade un insoportable lumbago, como si mis riñones se fundieran y corrieran por los canales urinarios, arrastrando consigo, como verdaderos ríos, las piedritas y la arenilla. Siempre que me llega el momento de colocarme ante el altar de porcelana para la oración cotidiana, para confiarle a su vientre un elixir que me ha pertenecido, que ha irrigado mis tejidos, que ha arrastrado los desechos y que conserva todavía restos de esperma, un líquido tan sagrado como la sangre, la linfa, la hiel y la melancolía de mi cuerpo y de mi mente, contemplo mi chorro turbulento vacío de ideas y de preocupaciones, ya sean prácticas, éticas, filosóficas o místicas: mi yo, en esos momentos, desaparece. Me convierto en un simple lugar de paso, una roca de la que mana un agua que no pertenece a la roca, sino al vasto mundo, mucho más vasto que ella. El agua amarillenta ha excavado el corazón de la montaña, ha serpenteado por su sistema cárstico, ha subido y descendido por las capas freáticas de las profundidades, ha recibido los cuerpos muertos de las arañas transparentes de las paredes y, junto con ellas, ha brotado a la luz, lanzándose en cascadas espumeantes. Seguirá luego su camino por el sistema de alcantarillado de la ciudad, catacumbas inmundas llenas de ratas, preservativos y trozos de trapos apestosos, más tarde por riachuelos siniestramente contaminados, por el río lleno de peces-gato y de salmones y, por último, desembocarán en el mar. Mi devoción por el agua que circula a través de mí y del mundo no sería mayor si orinara sangre, líquido cefalorraquídeo o saliva. Contemplaría levemente inclinado, sin pensamientos y sin yo, el manantial que brota de mí, a la espera de que pase el minuto en el que no he existido, conservando todavía en los dedos la sensación de la piel delicada, irrigada por las venillas ardientes. Contemplaría durante un instante el agua de un intenso amarillo del fondo de la copa de porcelana, sentiría el olor que se eleva de ella, para a continuación, igual de vacío, soltarla y dejar que se filtrara en la tierra, llevando consigo la materia orgánica de mi cuerpo para diseminarla por el cuerpo del mundo.

Regreso después a mi habitación, a mi casa, a mi vida única. Me paseo entre los muebles, abro los cajones, contemplo las decenas de objetos que allí se han ido acumulando, como la nieve que la ventisca arremolina por las esquinas y las vallas, y

han empezado a contar historias. Porque, sí, la belleza es siempre el encuentro casual, sobre una mesa de operaciones, del paraguas y la máquina de coser. Mis dientecillos de cuando era niño. Mis fotografías antiguas, con la emulsión cuarteada sobre los rostros y los vestidos y los trajes y los muslos desnudos del niño. Los trozos de cordel de mi ombligo, el manuscrito de *La caída*, el diario. Durante largas tardes, mientras conseguía ver a la luz ocre que caía no de la ventana, sino de los objetos, del aire verdoso, mustio, de las superficies cubiertas de polvo, me he entretenido como un fantasma con mis tesoros. El silencio y la inmovilidad de esas tardes, con una tela roja en la ventana, eran tan profundos que muchas veces me sentía como en una de mis fotos antiguas. De hecho, habría podido pasar el dedo por la grieta que recorría en diagonal mi cara, mi cuello y mi vientre. Pero el objeto más importante y más silencioso de mi habitación, en continuo crecimiento, asintótico tal vez, mientras los demás permanecen igual o incluso disminuyen, corroídos por el tiempo y la nostalgia, es mi manuscrito, ese que ahora acreciento, ya ves, con la frase «ese que ahora acreciento, ya ves…». Por sus cuadernos han pasado muchos otoños, inviernos, primaveras y veranos. Sus páginas han brillado bajo la luz cegadora de julio y han temblado en el aire frío y chispeante de diciembre. La cúpula de cristal en la que están incrustadas las estrellas ha girado cientos de veces a su alrededor, y una extraña quimera lo ha hundido en la sombra al inclinarse sobre él, horas muertas, decenas y cientos de veces, con el cabello y las pestañas encendidas por el sol o apagadas por el ocaso.

Me gusta mi gesto desesperado por escribir aquí, y cuanto más desesperado y más carente de sentido sea, más anónimo, más perdido en el barro de los siglos y los milenios, de las galaxias y las metagalaxias, más gozo me produce. Con el gesto absurdo, innecesario y sin consecuencias, sin historia ni psicología, de escribir mi manuscrito, me siento un privilegiado, uno de los pocos seres en el mundo que tienen la oportunidad de recuperar su vida. Cuando pienso ahora que podría haber sido —que tal vez lo sea en otro mundo, separado acaso por una sola película impenetrable desde el nuestro— uno más entre miles de escritores, un operario de la literatura, atrapado en la telaraña de los orgullos y las cábalas del mundo literario, con la soberbia suficiente como para incurrir en el abominable gesto de firmar sus hilvanes, de otorgar su incalificable consentimiento para que su manuscrito, transformado en impersonales volúmenes, sea accesible a unos ojos extraños (tal y como se desnudan las profesionales en un *peep-show* y como contemplan los médicos la sustancia marrón-cenicienta del cráneo trepanado), me estremezco como ante la idea de cometer un crimen, un incesto. Recuerdo de modo recurrente los rostros amarillentos de entonces, de aquel octubre de 1977, cuando, por primera y última vez, le leí a alguien mis textos. He recordado cientos de noches, sílaba a sílaba, el sonido de mi *Caída* en la sala en la que se reunía el Cenáculo de la Luna en una noche de luna llena, y el silencio posterior, y los comentarios. La noche más crucial de toda mi vida. En la complicada telaraña de los raíles hay unas piezas móviles que, antes del paso de

los trenes, cambian el trayecto de estos gracias a un simple y, a veces, apenas perceptible movimiento entre vías divergentes. Cada uno de los instantes de nuestra vida es una de esas agujas, en cada instante nos encontramos en una encrucijada distinta y tenemos la ilusión de optar por uno de los dos caminos que se ofrecen ante nosotros, con todas las dimensiones éticas, psicológicas o religiosas de nuestras opciones. De hecho, es el camino el que nos conduce, el laberinto de vías toma las decisiones por nosotros, nos construye así a lo largo del trayecto como en una placa anatómica, real y virtual, sobre la que estamos extendidos, una vez eviscerados, como las palomas y los ratones que se pueden contemplar en los museos de ciencias naturales. El trayecto —que eligen en nuestro nombre a cada instante, con cada respiración, latido, secreción de insulina, pensamiento, amor, eclipse y orgasmo— por el cual avanzamos en la telaraña de la vida, como en un sueño, se solidifica y se transforma en historia, es decir, en memoria, mientras que todo lo demás, lo posible pero no realizado, toda la enorme reserva de nuestra virtualidad, todos nuestros billones de sosias (esos que, segundo a segundo, han girado a la izquierda cuando yo he girado a la derecha) forman sobre el esqueleto de la realidad, en la solidificación de nuestra osamenta de tiempo, los órganos hialinos que se nos revelan en los espejos y en los sueños, los fantasmas con nuestro rostro, el pléroma blando, abstracto, que se curva en torno a nosotros como el globo de un diente de león. Para el ojo divino que nos contempla desde arriba yo no soy mi vida, el trayecto accidentado y zigzagueante a través del gigantesco laberinto, la línea que lleva de la periferia al centro. Para él yo soy el propio laberinto, porque existe uno para cada uno de nosotros, construido por nosotros mismos de una forma inconsciente, del mismo modo que excreta el caracol su concha calcárea, así como excretamos nosotros mismos, sin saber cómo, nuestro cráneo y nuestras vértebras.

Sin embargo, entre las miles de agujas hay algunas cruciales; indistinguibles al principio de todas las demás, te alejan con violencia y para siempre de tu trayecto inicial. Si me levanto de la silla en este instante, voy a mirar por la ventana y regreso luego a mi escritorio para continuar con mi trabajo, el cambio que se produzca en este será casi siempre casi infinitesimal, se diluirá como una gota en el océano de las posibilidades. Pero si, mientras estoy mirando por la ventana, soy testigo de un crimen o si, al levantarme con brusquedad, un dolor terrible me atraviesa el corazón y me derrumbo en el suelo en la agonía de un infarto, ese que seré dentro de media hora será radicalmente distinto al de antes, que no ha sospechado, como no sospechamos jamás, la crisis y el cambio venideros. Así avanzamos o así somos transportados por nuestro laberinto personal, deshojándonos a cada instante en miles y miles de *kagemushas*, la mayoría de ellos idénticos, casi, a nosotros mismos; otros, sin embargo, extraños, tal vez monstruosos. Su suma soy yo, la suma de sus vidas virtuales.

La aguja crucial de mi vida fue la de entonces, la de aquella sala miserable, ante aquellos ojos implacables. Entonces me partí en dos, sentí la ruptura como el golpe

de una espada en la coronilla, como la fractura de la columna vertebral. Dos seres nacieron en aquella reunión del cenáculo ante los ojos del gran crítico y de los demás asistentes, que no se percataron de nada porque también ellos y el aula y la matusalénica universidad y la luna volcada sobre ella estallaron a su vez, en una sucesión mitótica de sucesos hasta que los dos mundos, ensamblados en el mundo virtual hasta aquella noche como dos siameses transparentes, tomaron dos direcciones del todo distintas para no volver a encontrarse jamás. En una de ellas, la que para mí es real, la que corresponde a mi vida y a mi memoria, mi poema fue despreciado por el auditor, yo fui objeto de su ironía y, trastornado, renuncié para siempre a la literatura. Me convertí —soy dolorosamente consciente de ello— en un fracasado, en uno más, en un humilde, un anónimo, intercambiable profesor de Rumano en un mundo de ceniza. Pero en aquel mismo instante decisivo apareció también el otro, el escritor, el hombre de éxito, el que durante varias décadas escribiría poemas y novelas a partir de nuestra sustancia común, a partir del tronco de los veintidós años en que fuimos solo uno. Si nuestro poema común, *La caída*, hubiera tenido éxito, si, tras haber recitado a dúo, él y yo, sus sílabas felices-infelices, el vello de los brazos del público se hubiera erizado de emoción, si se hubiera hecho un silencio sagrado, si tras una pausa para comentarios estupefactos y elogiosos, los estudiantes y el crítico hubieran vuelto a sus sitios y hubieran comenzado a demostrar su sorpresa y su entusiasmo ante el infinito poema, si el veredicto final del crítico hubiera sido uno más rebosante de confianza y de esperanza que cualquiera de los pronunciados hasta entonces, otro chaval famélico, con un bigote fino y con una mirada completamente distinta, habría nacido en ese momento, allí mismo, desembarazándose en ese mismo instante de su sombra perdedora. Habría sido otra persona desde el principio, y habría sentido el interior de su cuerpo burbujear como el champán, sus costillas se habrían abierto y su mente habría estallado en el solitario camino de vuelta a casa. Ninguna droga habría podido hacerlo crecer más, llegar más alto que los edificios de Magheru, más alto incluso que la luna llena. La felicidad no me habría dejado dormir aquella noche, que me habría pasado releyendo el poema una y otra vez hasta el alba, decidido a escribir otros, mucho mejores, en los meses y años venideros.

Pero, así como todo éxito en la vida esconde un fracaso y todo fracaso camufla un éxito, tal vez sea siempre necesario tener dos manos para escribir un texto que no pretenda ser solo distracción, consuelo o hipnosis. Una es la del que escribe inclinado sobre el manuscrito, proyectando su sombra y dominándolo con su autoridad; la otra es la del tenebroso, la del viudo, la del inconsolable anónimo que, instalado en el manuscrito bajo la página que escribe el primero, la llena, por debajo, con sus propios signos, la salpica con imágenes, encogido debajo del techo, como Miguel Ángel encaramado al alto andamio de tablones, con la pintura goteando en sus ojos y su rostro mientras pintaba personajes extraños en el cielo interior de una capilla. Tal vez solamente así la membrana entre él y yo, entre la gloria y la vergüenza, permanezca recta, lisa, sin huecos ni bultos, pues yo lo sujeto a él, apoyo la punta de su bolígrafo

sobre la punta de mi bolígrafo. Escribimos al mismo tiempo, frenéticos, el mismo texto, solo que reflejado en el espejo. Leído al revés, su paraíso se transforma en mi infierno, su sol es mi noche, su mariposa es mi araña de obsidiana.

Como no soy escritor, tengo el privilegio insondable de escribir desde el interior de mi manuscrito, que me rodea por todas partes, sordo y ciego a todo lo que pueda distraerme de mi trabajo de recluso. No tengo lectores, no necesito estampar mi firma en un libro. Aquí, en el vientre del manuscrito, vagando por sus tortuosos intestinos, escuchando sus extraños burbujeos, percibo mi libertad y percibo también a su obligatorio acompañante: la locura.

Pero esta tarde no voy a escribir nada porque me ahoga la melancolía. Porque es una tarde de primavera, de cielo verde-amarillento, y yo soy un hombre solo, cuya existencia carece de sentido en este mundo. Como tantas otras veces, desde la adolescencia hasta hoy en día, no puedo soportar mi aislamiento. Voy a salir sin la ilusión de encontrarme con alguien. Sí, encontraré seres que volverán el rostro a mi paso, mientras se dirigen a lugares a los que yo no puedo ir. Voy a salir a respirar un aire menos viciado, más emocional, más cargado con las imágenes y los colores de mi mundo. Voy a salir a Colentina después de zigzaguear entre bloques obreros, luego caminaré calle abajo, en la noche cálida, hasta Obor, en la dirección opuesta a mi escuela. El cielo sobre la gran plaza estará salpicado de nubes, vastas, complejas, iluminadas por el sol, que flotarán muy bajas, coloreando con sus luces y su perfección los rostros de los que esperan en las paradas del tranvía, de los que cruzan. También yo cogeré un tranvía, viajaré cuatro paradas por Ştefan cel Mare, dejaré atrás el Hospital Colentina, luego el ambulatorio de Grozovici, y finalmente el bloque de mis padres. Me apearé en las cocheras de los tranvías, al final de la carretera. Siempre me apeo allí. Antes de la plaza Victoria, los raíles del tranvía que recorren, trazando una amplia curva, la calle Ştefan cel Mare giran de repente y entran en una callejuela bordeada por casas antiguas, burguesas, enlucidas con un estucado amarillento, coronadas por graciosas cúpulas de hojalata. Allí todo es viejo, sepia, y ha sido devorado por el tiempo y la intemperie. Al fondo de la calle se encuentran las cocheras. Como no ha llegado todavía la hora de que se retiren los tranvías, camino por un raíl haciendo equilibrio, en mitad del silencio siniestro de la tarde. Una gitana vieja, sentada en cuclillas a la entrada de una casa, me mira sorprendida, pues nadie pasa por allí, únicamente los tranvías sacuden esas casas sin electricidad ni agua corriente, esas ruinas extrañas. Continuaré caminando, por mi raíl, hacia el edificio de las cocheras, con su frontón triangular en cuyo centro se abre una ventana redonda, sin cristal. El edificio es de ladrillo y, las esquinas están ornamentadas con curiosas gárgolas de piedra. La entrada es mucho más ancha que las dimensiones de un tranvía. En un determinado punto, antes de la amplia entrada, los reíles se trifurcan, de tal manera que los tranvías que allí se retiren por la noche descansarán, en la nave, alineados en tres filas. Pero ahora, en esta tarde cada vez más oscura, roja como solo pueden serlo las tardes que recuerdas de la temprana infancia, el interior de la nave

está vacío, a excepción de un vagón-grúa, sin chasis, derrumbado en un rincón, al final de los raíles de la derecha. Atemorizado, atravesaré el umbral de la puerta ciclópea, como un héroe de la Antigüedad ante el cual se abre la muralla de la ciudadela. Seré minúsculo y negro en su umbral, sentiré de repente, en ese umbral, cómo me abruman lo absurdo y la inutilidad de mi vida. Con mi soledad avanzando por la soledad del mundo, me internaré en el vasto mausoleo, caminando entre charcos de aceite y tropezándome con oxidados, polvorientos y retorcidos trozos de metal. La construcción parece una catedral que alguien, por quién sabe qué capricho de una mente saturnina, hubiera decidido dedicar al aparcamiento de los tranvías. En las paredes laterales hay unos grandes ventanales pero la luz mortecina —luz al fin y al cabo— cae también desde un techo con rejas de metal entre las cuales, ennegrecida, pero todavía traslúcida, se abre una ventana cubierta con una red de alambre, verdosa y ondulada. La nave es por dentro mucho más grande de lo que cabe imaginar, así que me llevará sus buenos minutos llegar hasta el vagón del fondo, cuyas ventanillas, al igual que su único faro frontal, brillan en la penumbra, rojas como la sangre. Llegaré hasta él sin cruzarme con ningún portero, ni mecánico ni cerrajero. Da la sensación de que jamás nadie hubiera entrado en él. El vagón es un trasto viejo, una cabina que imita la parte delantera de un tranvía, y en la parte trasera encuentro tan solo un espacio miserable, sin asientos. Acaba en un pequeño remolque del que se eleva una grúa que guarda un sorprendente parecido con una horca. ¡Cuántas veces, de niño, mientras esperaba con mis padres en paradas desiertas, en la periferia, contemplamos decepcionados cómo llegaba pesadamente uno de esos vagones-grúa en lugar del ansiado tranvía!

Subiré, como siempre, a la cabina del vagón, me sentaré en el destrozado asiento del conductor, con la esponja de un amarillo sucio aflorando por las decenas de cortes, moveré la viejas, enmohecidas, empuñaduras de cobre, contemplaré los rasgos de mi cara apiñados en la bola de una de ellas. Me quedaré allí toda la noche, las horas muertas, conduciendo mi vagón por una ciudad imaginaria. Solo cuando oiga el aullido, sobre los raíles, del primer tranvía que, pasada la medianoche, se retire a las cocheras, me espabilaré de mi ensoñación, bajaré a escondidas del vagón y me dirigiré, pegado a la pared, hacia la salida. Luego regresaré a casa caminando, algo que me llevará una buena parte de la nueva mañana.

Capítulo 33

SOLO que anteayer por la tarde no fui a ninguna parte porque, mientras escribía la última frase, distinguiendo las letras a duras penas, llegó Irina. La melancolía es excitante pero muy distinta a la bestia acuciante de la sexualidad. Cuando abrí, no reconocí en la silueta que tenía enfrente a una mujer —aunque llevaba más de dos semanas sin hacer el amor—, sino a una hermana clorotica mía, a otro yo mismo. En la vasta y desierta ciudad de debajo de la bóveda de mi cráneo, el tranvía se deslizaba todavía por sus raíles hacia ninguna parte. No nos dirigimos, por tanto, directamente al dormitorio, como de costumbre, para levitar juntos, ensamblados como un extraño monograma sobre la cama deshecha, sino que la conduje a otra de las infinitas habitaciones de mi casa en forma de barco. Cada vez que, tras adentrarme por sus pasillos tortuosos, con puertas a ambos lados, con cuadros en los que no se distinguía nada, con alguna que otra planta seca desde tiempos inmemoriales, abría una de las puertas, mi sorpresa era siempre mayúscula. Cada estancia, nunca antes vista, era nueva para mí y brillaba en su perfecta inmovilidad como una fotografía: ni una mota de polvo, ni rastro de deterioro, manteles almidonados, figuras que relucían tenuemente en las estanterías. Entré, con Irina, en una habitación de techo alto en la que todo el mobiliario estaba barnizado de rojo. Juntos nos sentamos a la mesa, al lado de la ventana por la que entraban los últimos rayos de la tarde, y nos miramos. En la luz que se transustanciaba, lentamente, en oscuridad, el rostro de Irina se había vuelto más delgado, su cabello más gris y sus famosos ojos azules eran ahora casi negros, al igual que sus austeros labios.

—¿Sabías que ha desaparecido el portero? —me dice, mirándome a los ojos como si yo tuviera que sobreentender algo.

—¿Qué portero?

—Ispas, el portero de la escuela, ese viejo andrajoso y borracho…

—¡Ah, Ispas…! Es verdad, creo que llevo unos días sin verle, tal vez desde el lunes, o quizá incluso desde la semana pasada. Por lo general nadie se fija en él… Simplemente está ahí, entre las puertas de entrada, en su silla, y sin embargo yo sí que me he preguntado dónde estaría. ¿Qué es eso de que ha desaparecido? Tal vez esté enfermo. Tiene pinta de sufrir del hígado…

—Eso es lo que pensaba todo el mundo, pero Borcescu se presentó ayer a la sala de profesores con un policía. Nos reunió a los que andábamos todavía por la escuela a las cinco y empezó a interrogarnos: que cómo es, que dónde vive, que si tiene mujer e hijos. Nadie sabía nada. Un pobre hombre que está ahí porque da lástima. En el recreo abre un periódico, pela un huevo cocido, arranca de un mordisco un trozo de salchichón… Nadie le ha pillado nunca pimplando en la escuela, pero seguro que lo

hace, porque echa un tufo a aguardiente que tumba incluso a los chavales. Tiene que tener una botellita escondida por ahí, tal vez detrás de la caja de la manguera o detrás de algún tipo de portezuela que conozca solo él. Dicen que duerme donde puede, en los portales de las casas, tal vez incluso entre bosquetes, en verano…

—Y Borcescu ha llamado a la policía.

—Sí, es que no es tan despistado como pudiera pensarse. Te parece que chochea, que se le olvida lo que acaba de almorzar, a mí me repite todo el tiempo, aunque me vea diez veces en un día: «Irinuca, ¿dónde andan tus cabritas?»[24]. Pero el desgraciado está al tanto de cualquier cosa que pase en la escuela, mete en todas partes su nariz maquillada. Ten por seguro que también informa sobre nosotros a la Securitate, eso por descontado, me imagino que en el despacho tendrá una maraña de micrófonos. Creo que se dio cuenta desde el primer día de que el tipo de la entrada se había esfumado, pero ha esperado una semana para llamar a la policía. No es que le preocupe Ispas en absoluto, es que el portero no deja pasar a ningún crío con el pelo sin cortar, un delito de lesa majestad para la cabeza enferma de Borcescu. Si a algún niño se le ocurre aparecer con el pelo largo o una niña sin la banda, para él es como si se derrumbase la escuela. Ha recurrido a la policía porque no sabía dónde encontrarlo, y la poli lo ha buscado en la dirección que aparece en su carné, por Sf. Gheorghe, pero hace mucho que ya no vive allí. No sé cómo se han enterado de que llevaba durmiendo más o menos un año en el portal de un bloque, en la zona de Avrig, como un perro. De hecho, ni siquiera dormía en el portal, sino en el sótano, donde las calderas. Allí encontraron un colchón. Los técnicos de mantenimiento, otros borrachuzos como él, le dejaban cobijarse allí. Pero tampoco ellos han vuelto a verlo desde que desapareció de la escuela. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. A falta de algo mejor, los policías, con su inteligencia habitual, han pillado a los técnicos y se los han llevado a la comisaría, pero ni siquiera ha hecho falta tocarles un pelo, porque han contado todo lo que sabían y lo que sabemos también nosotros: que se emborrachaba como un cerdo todas las tardes y que siempre repetía que cualquier día no regresaría a dormir. Que se lo llevarían al cielo en una nave extraterrestre, que ese era su destino. Según decía, se lo predijo una vidente cuando era niño. Se lo contaba a todo el mundo con esa sonrisa suya grasienta… Se lo había dicho a las señoras de la limpieza de la escuela y también a los chavales, que se reían de él y le chinchaban para que les diera más detalles. Incluso él se reía de las tonterías que soltaba y sin embargo no cejaba en su idea, nadie podía quitarle de la cabeza que él era el último ser sobre la tierra, el elegido para ser elevado a los cielos. Se frotaba las mejillas sin afeitar y seguía erre que erre: «Vosotros os reís, pero yo os miraré desde arriba, aunque solo veré unos bichejos. Ya queda poco para que me secuestren».

—Iakab dice que hay que gente que lo ha visto de rodillas en el campo, en un cruce, mirando al cielo y gritando: «¡Estoy listo! ¡Estoy preparado! ¡Venid por mí, ahora, en este mismo instante!».

—Sí, lo han visto muchas veces, con esa cartera ajada en la mano. Quién sabe de

qué basurero la habrá sacado. Porque aquí viene la parte que te interesa.

El mueble barnizado del comedor parecía más negro aún. Irina, al otro lado de la mesa, con una mano sobre mi mano, era solo una silueta abstracta, una voz rodeada por algo, una ninfa como debieron de serlo los inimaginables rostros de los querubines colocados frente a frente a ambos lados del sagrario, cubriendo la madera dorada de la puerta con sus alas extendidas. Y su voz, ahora, cuando la oscuridad bañaba la habitación, parecía proceder de algún punto entre los dos. Nacía allí, entre nuestros rostros, mientras que nosotros éramos tan solo dos sombras impasibles, inmóviles.

Los técnicos lo habían visto por última vez el sábado por la tarde, a la luz temblorosa de la lámpara de alcohol. Les dijo unos palabras que ellos recordaron, a pesar del vodka barato que les salía hasta por los ojos, porque creían haberlas escuchado en algún sitio: «Dentro de poco no me veréis más —susurró el borracho, rompiendo la barra de pan en dos, en medio del olor a gasolina y masilla del sótano —, y al cabo de un tiempo me volveréis a ver». «¡Pues llévanos a todos!», le dijeron burlones, intimidados sin embargo por la mirada fija del portero. «No, adonde voy yo no podéis venir vosotros». Los técnicos se temieron por un instante que el borracho, que había alzado un dedo con una uña infectada mientras pronunciaba esas palabras, hubiera perdido el juicio por completo o que quisiera matarse. Pero Ispas se arrastró hasta su colchón y se quedó dormido vestido, como tenía por costumbre, hasta la mañana, cuando los técnicos, de vuelta al trabajo, se lo encontraron tumbado todavía con un brazo sobre los ojos.

Sin embargo, por la tarde no volvió. Lo esperaron en vano, aunque tampoco le dieron muchas vueltas, al fin y al cabo le dejaban dormir allí por lástima. Tal vez hubiera encontrado algo mejor, o tal vez lo hubiera atropellado un coche, en todo caso no tenía dónde caerse muerto, ni siquiera él sabía qué pintaba en este mundo. Levantaron el colchón, lo arrimaron contra la pared y se acabó. Así tendrían algo más de espacio para la timba de cada tarde. Solo cuando el portero llevaba ya unos cuantos días sin aparecer por la escuela, la policía lo dio por desaparecido oficialmente y las patrullas se pusieron manos a la obra. Los vecinos del barrio de la escuela también se enteraron y empezaron a preguntarse qué le habría pasado…

Y, mientras estaban sentados en torno la mesa de la sala de profesores, mal iluminada, el policía plantó sobre el tapete rojo, lleno de manchas de tinta, una cartera voluminosa, de piel ajada y desollada, que olía a estopa, aceite y aguardiente de ciruelas. Soltó las hebillas y vació el contenido ante ellos, como si se lo arrojara a la cara: mirad a qué desgraciado habéis dado cobijo en la escuela, en este barrio que está bajo mi responsabilidad.

—¿Y dónde encontraron la cartera?

—La encontraron los Bazavan, los de octavo, en el campo, al otro lado de las vías. Se supone que habían ido allí —ya sabes lo que hacen los chavales por aquí— a cazar arañas.

—Ya lo sé… Atan una bola de alquitrán a una cuerda y la meten en los agujeros que encuentran entre los rastrojos. Yo también he visto cómo lo hacen. Luego ponen a dos arañas a pelear en una lata de conserva que calientan al fuego.

—Calla, calla, qué porquería… La cartera estaba de pie en medio del campo. Había llovido y la tierra estaba negra y blanda. Los chavales vieron las huellas de unos zapatos que llevaban hasta ella, hundidas en el barro, y las siguieron. Pero lo asombroso fue que las huellas desaparecían de repente: el resto del campo estaba liso como la palma de una mano, hasta donde se perdía la vista, hasta el bosquecillo del horizonte. No tocaron la cartera porque ya se habían enterado de que la policía estaba buscando al portero. Sabían muy bien, gracias a *Cutezătorii*[25], que si encontrabas algo en la calle, algo como un billetero, por ejemplo, tenías que llevarlo a la comisaría, y entonces te convertías en un héroe, todo el mundo te alababa y en la escuela te incluían en el cuadro de honor. Así que se dirigieron a toda prisa a la comisaría. Los policías fueron en un todoterreno hasta el final del barrio. Más allá de las vías empezaban los terrenos agrícolas. También ellos vieron las huellas: una hilera, dibujada por los zapatos de un adulto, que avanzaba en línea recta y, a su lado, unas huellas de niños que iban y venían de manera irregular. Y era verdad que las primeras huellas se interrumpían allí donde, solitaria, inexplicable en medio del campo resbaladizo, habían hallado la cartera. Al hombre que la había acarreado hasta allí parecía habérselo tragado la tierra.

—Irina, esto me recuerda algo… Yo leí algo parecido hace mucho, cuando era niño. Solo que las huellas estaban impresas en la nieve… Se trataba de un cuento ruso, creo que sucedía en algún lugar de Siberia…

Me estremecí. Una de las historias que me hizo, en la infancia, temblar por las noches, con la cabeza escondida debajo de las mantas, hasta el amanecer, imaginando la atrocidad que le había sucedido a la esposa del campesino aquella mañana de nieve celestial, se plasmaba ahora en el mundo real y seguía acosándome.

—Pues entonces no sé si contarte qué más declararon los Bazavan en la comisaría. Tal vez sea una alucinación o simplemente una invención para que la historia parezca más horrible aún. Explicaron, los dos hermanos, que cuando llegaron hasta la cartera oyeron en el vacío, sobre sus cabezas, un quejido, unos gritos desesperados en los que reconocieron la voz del portero. Les dio la sensación de que se oían «como si provinieran del quinto piso de una casa», es decir, de una altura de unos veintitantos metros. Si no hubieran oído aquellos gritos y lamentos, como de alguien que ha caído en una trampa, tal vez habrían cogido la cartera sin prestar atención a aquellas huellas que no regresaban. Era una mañana de un día claro, el cielo estaba azul, polvoriento, sin nubes. No se veía nada raro, y, según dijeron, aquellos gritos, simplemente, flotaban en el aire. Claro, salieron corriendo a toda pastilla.

»El policía calló, los profesores lo miraban inmóviles, las personalidades letonas, estonias y lituanas de los cuadrados manchados por las moscas los contemplaban por

encima del hombro. En medio de la mesa, la cartera yacía de lado y los objetos pringosos que la rodeaban le conferían el aspecto de un vertedero en miniatura. Había allí trozos de pan seco, medio salchichón enmohecido, envoltorios crujientes de Eugenia[26] manchados de crema, una botella medio vacía, con una etiqueta de aceite y un troncho a modo de tapón, que apestaba a aguardiente, papeles arrugados, una botellita oscura con pastillas (era bicarbonato, el pobrecillo Ispas probablemente padecía dolores por alguna úlcera sin tratar), así como un cubo de madera con las caras de colores que debía de formar parte de un juego de construcción para niños. Había también una muñequita desnuda, de goma blanda, del tamaño de una mano, con el cabello de un cobrizo brillante que brotaba de unos agujeros visibles en el cráneo. Tal vez Ispas, tal vez algún otro, le había pintado a bolígrafo, sobre el cuerpo, unos pechos y un triángulo peludo entre las piernas. En la mente enferma del alcohólico la muñequita debía de servir para un fin sublime-obsceno; tal vez fuera su novia secreta, con la que llevaba a cabo sus miserables rituales.

»No era la muñeca, sin embargo, lo que más preocupaba al policía, que a lo largo de su vida había confiscado —y guardado en su casa para alegrarse la vista en secreto — montones de fotografías pornográficas y torres enteras de revistas condenadas por la "ética e igualdad" socialistas. Ni siquiera el enigma de la súbita desaparición del portero le parecía digno de una investigación seria por parte de los órganos competentes. Al fin y al cabo, la gente desaparecía, la Securitate sabía lo que se traía entre manos, y la policía no estaba ahí para andar husmeando en un terreno que no era de su incumbencia. No. Se trataba, de hecho, de sectas y de insectos, el problema más molesto del barrio, que, con sus escasas dotaciones, los tres o cuatro policías responsables no conseguían erradicar. Siempre aparecían en sus investigaciones los malditos piquetistas, con sus pancartas, con sus insectos en la palma, con toda su parafernalia. El policía contaba con los profesores de la escuela para que averiguaran, gracias a los chavales, qué padres visitaban de noche los cementerios, las morgues, los hospitales para cancerosos y otros lugares igualmente siniestros, quién los instigaba, qué fines ocultos albergaban. Cómo se preparaban para minar la organización del Estado. El oficial tenía ahora pruebas de que Ispas era miembro de la secta. Uno de los papeles doblados hallado en la cartera era un poema que ya había sido encontrado antes en posesión de otros individuos que abarrotaban ahora las cárceles, tal vez fuera una especie de manifiesto o código secreto suyo. En otro se podía leer: "¡Muerte a la muerte!", un eslogan bien conocido ya por las fuerzas del orden. Era una prueba más que concluyente.

Cuando llegó a este punto de la historia, Irina, de la cual no distinguía a esas alturas sino los ojos que brillaban débilmente en la oscuridad, me miró de nuevo con la intensidad del principio, como si esperara algo de mí. Sin embargo, no me apetecía hablarle de los piquetistas y de la terrible noche de la morgue. Ya tenía bastante con la gigantesca estatua de obsidiana que infestaba mis sueños. No quería que invadiera también los sueños de Irina. La bóveda de su cráneo me parecía más adecuada para

albergar a una diosa que mirara, de vez en cuando, a través de sus ojos azules, como miran los niños a través de los misteriosos lucernarios de los desvanes.

—¿Qué querrá decir? —susurré, sonriente, la frase con la que mi madre remataba indefectiblemente todos los sueños que me relataba por la mañana. Y no había mañana en la que no me abrazara con las luces y las sombras multicolores de su fantástico escenario interior.

Me incorporé luego para encender la luz y un candelabro que en el que no había reparado antes devolvió el barniz rojo al mobiliario, la inmovilidad metafísica a la estancia.

—Sí ¿qué querrá decir? —rio Irina, convertida de nuevo en la profesora de Física, lívida y exaltada, adepta en secreto a la antroposofía, a los espiritistas, a los médiums, a los exorcistas, a cualquiera que negase la realidad y el sentido de la vida terrenal. ¿Y qué crees que será esto?

Entonces observé que blandía en la mano izquierda un papel de envolver, amarillo-marrón, burdamente arrancado de un trozo más grande. Debía de haberlo tenido todo el tiempo entre los dedos mientras con su mano derecha sujetaba la mía sobre la mesa.

—Lo birlé de la sala de profesores, cuando el policía estaba embutiendo en la cartera la dichosa muñeca y toda aquella comida rancia. En la mesa quedaron los envoltorios de Eugenia y, entre ellos, esta nota… Lo más seguro es que el poli creyera que tan solo se trataba de una tira de periódico, algo sin importancia.

Cogí el trozo de papel y lo miré a la luz. Ahora está en mi diario, prendido entre sus hojas como una flor rara en un herbolario.

El mensaje de la nota, escrito a boli, probablemente humedecido en la boca, comprendía un número, garrapateado en la parte superior, y debajo de él, en letras menudas, un texto. El número estaba —está— dividido en dos partes por un espacio levemente mayor: 7129 6105195. Debajo aparecían cuatro líneas de un texto sin sentido. Anoto aquí con sumo cuidado cada letra:

> polairy oair olpecheey ykaiin olpchedy opchedaiin dairody ysheod ykeeedy keshed quodaiin oteodair or chkar otaiin dshedy qoedaiin ytoiin okair quotol dol okoldy qokedi opked olkeeol orchsey qokeedy chdor olar ol keeol chedaiin

Al parecer el texto seguía, porque en la parte inferior del papel se veían unos puntos que parecían las puntitas superiores de otra línea de letras. Esa ruptura irregular las separaba de las del resto de la nota. En cuanto me despedí de Irina, releí docenas de veces aquellas cuatro líneas. No me suenan a ninguna lengua conocida. Si el texto tiene sentido, no puede ser sino uno críptico, como el de una carta secreta que necesita una técnica de decodificación. El número, en cambio, sí que me decía algo, tenía la impresión de haber visto en algún sitio la primera parte. Pero la había visto

como en sueños, parecía un detalle de otra clase de realidad. 7129, repetía para mí fascinado, revisando las incontables imágenes con las que podría asociar el número. Era como si hubiera olvidado un número muy familiar y, a pesar de todos mis esfuerzos, no consiguiera recordarlo. Atormentado por este lapso estúpido, me esforcé luego por quitármelo de encima. La mujer que tenía ante mí no era ya un querubín de bruma sobre un sagrario de ébano, volvía a ser un cuerpo de carne y hueso, tentador y dulce en su delgadez y desamparo. Abandonamos, abrazados, el lugar secreto en el que habíamos estado hablando. En el pasillo, nos restregamos contra las paredes, comiéndonos los labios, desesperados por llegar con las manos a la carne y la piel. Recorrimos en unos pocos segundos de ardor sexual el camino que nos había llevado antes más de una hora. La puerta del dormitorio se nos echó encima a una velocidad aterradora, la atravesamos haciéndola añicos y, de repente, estábamos ya en la cama, mezclados el uno con el otro en un mandala ininteligible, esforzándonos por pasar uno a través del otro como los condenados dantescos del círculo de los ladrones, fundidos el uno en el otro como la plastilina y saliendo, en la otra parte de la cama, yo por el cuerpo de Irina e Irina por mi cuerpo, después de haberme acurrucado en su útero y después de que ella hubiera flotado en mi cráneo en el polvo dorado del orgasmo. Cuando al fin regresamos al mundo estábamos medio desnudos, pegados a las sábanas húmedas, hundiendo el colchón con nuestros cuerpos inertes, sometidos a la gravedad. Se nos había olvidado elevarnos en el aire, se nos había olvidado también zambullirnos en el laberinto demoníaco de las fantasías y de las palabras de una abyección extática. Yacíamos separados, despegados, como yacen todos los enamorados tras el acoplamiento, encerrados en sí mismos, porque la espada entre Tristán e Isolda no es el signo de la castidad, sino el de la satisfacción, el de la saciedad que vuelve a arrojarte a tu soledad de siempre. Entre la mujer y el hombre separados tras el misterio de la cópula aparecen siempre dos espadas, una colocada por ella, otra por él, tal y como dos pieles, dos cuerpos y dos cerebros nos separan siempre del ser amado. Solo en ese estado de extenuación y olvido de mí mismo lo recordé: en el cerrojo del torreón, en mi propia casa, había un candado con una contraseña numérica cuyo código, que el antiguo propietario me había susurrado al oído, era el 7129. Era un gran secreto, insinuó, ese número no se podía escribir jamás y tampoco se lo podía revelar a nadie.

Nos levantamos, nos vestimos sin mirarnos, y salimos luego del dormitorio con la indecisión y el temor consternado con el que habríamos abandonado la realidad. Porque, en toda mi casa laberíntica e infinita, solo el dormitorio era concreto, con texturas firmes en las que vibraban y se deslizaban las yemas de mis dedos, con sonidos y colores entretejidos en ellas de forma diferente a las de las alucinaciones, las narraciones y los sueños y, sobre todo, con ese mecanismo de validación que late debajo de cada percepción, ese que dice: sí, puedes avanzar, el hielo es firme, te sostiene, estás en tu mundo, donde el rojo es verdadero, el frescor es agradable, la luz es hermosa, todo es como lo has aprendido y como se ha ido confirmando desde la

más profunda y más oscura infancia. Allí, en mi dormitorio, si tiraba de un papel, este se rasgaba; si volcaba el agua, siempre se vertía en el suelo; si sonreía a la mujer que tenía frente a mí, esta me devolvía la sonrisa. Solo allí la certeza estadística, el estado cuántico siempre inmutable, el aire rancio siempre claro, intacto y sereno me decían siempre con una voz de ángel protector: no temas, estás en la realidad, donde no puede ocurrir nada súbito ni terrible. Sin embargo, en cuanto salía por la puerta, mi fe en el mundo empezaba a tambalearse, las creodas a multiplicarse, la infinidad de habitaciones, todas distintas, empezaban a retumbar con otras tantas posibilidades, probabilidades, con seres híbridos cercanos al «si» y al «quizá».

Para salir, utilizamos la antigua escalera junto a la cómoda, que nos reflejó un instante en sus aguas fatigadas. Subimos, abrimos la trampilla y nos encontramos bajo el cielo gigantesco, ventoso, del otoño que había caído de repente, de forma inesperada, sobre la ciudad. De pie, sobre la gran terraza del tejado de la casa, con la ropa y el cabello ondeando como banderas en medio de las ráfagas de viento que empujaban las nubes de lluvia hacia el norte, nos echamos a reír como niños recién liberados de la jaula que acababan de compartir con un monstruo terrible. Estábamos en la cubierta del barco que parecía deslizarse bajo los cielos barridos por las nubes, sobre las olas de casas y vegetación de aquel barrio pintoresco y ruinoso. Jugamos durante unos minutos, imbuidos del éxtasis del otoñamiento, a las estatuas: Irina representó, en el aire oscurecido, la Pusilanimidad, y yo me esforcé por contorsionarme y representar la Venustrofobia. Después nos limitamos a dar vueltas en el aire turbulento, envueltos ambos en el cabello de Irina, en mis miradas, en las mangas de nuestros abrigos desabrochados. El polvo entraba en los ojos, nos llenaba el pelo, pero el sentimiento de felicidad y de liberación crecía cada vez más entre nuestras costillas, que cobijaban a un pequeño dios de la iluminación. «¿Sabes qué? —me gritó al oído mientras girábamos, en el torbellino del viento, con los brazos extendidos como los derviches—. ¡También yo elegiría al niño!». Al principio no entendí lo que me decía, pero finalmente, mirándola a los ojos más que escuchándola, lo recordé y le respondí entre risas: «¿Incluso aunque pudiera ser Hitler?». «¡Incluso aunque pudiera ser el propio Anticristo!». A diez metros de nosotros se elevaba la torre. Su ventana redonda como el ojo de buey de un barco lucía ahora opaca porque no reflejaba sino la tarde ventosa de alrededor. «Lo salvaría de entre las llamas y dejaría que se quemara la obra de arte. Lo educaríamos entre los dos y puedes estar seguro de que de esa manera no sería un criminal, ni un dictador ni un demonio. Torceríamos su destino, cambiaríamos la aguja de su karma, lo haríamos digno de nosotros y nos esforzaríamos por ser dignos de él». «O de ella —respondí—, piensa que podría ser una niña». «Por supuesto, podría ser una niña. ¡Con más razón todavía! Me gustaría vestirla como a una muñeca, con toda esa locura de vestiditos y pichis, recogerle el pelo con lazos, hacerle unas trenzas en torno a la cabeza…». Al escucharla, pensaba en el eterno poder de las parábolas para inundar el mundo. Pero mi mundo no era de aquí, permanecía allí, entre las paredes de cuarzo, en la concha

de viento de las eternas analogías…

Nos dirigimos hacia la torre maltrecha, blanquecina en medio de la noche. Yo subí delante de Irina la escalera que la bordeaba y juntos llegamos al rellano que se encontraba frente a la puerta. Nadie habría podido decir en aquel momento que la puerta era granate, pues ahora parecía de alquitrán. En la madera hueca por la que los insectos se abrían paso con sus pinzas voraces, pude distinguir el rectángulo de metal oxidado con las cuatro cifras que brillaban tenuemente en la noche. Formé el número, el mismo que habían descubierto en la cartera del portero, porque finalmente recordé dónde lo había encontrado, por qué me resultaba tan conocido… «Increíble, es el mismo», susurró Irina. «¿Cómo es posible semejante coincidencia?». El mecanismo de la cifra abrió la puerta con un clic y nos adentramos en la oscuridad más compacta. Era como si hubiéramos encontrado un portal hacia el no-ser.

Al igual que la primera vez que penetré en la torre, en cuanto cerramos la puerta a nuestras espaldas nos quedamos sin mundo y sin cuerpo. No solo nuestros ojos no veían, nuestros oídos también eran ciegos, las yemas de nuestros dedos eran ciegas, nuestras narices eran ciegas, nuestras pieles eran como las córneas de un ciego que nos revistieran por completo. Las plantas de nuestros pies no sentían el enrejado sobre el que se apoyaban, nuestras manos se extendían por el espacio de alrededor sin poder tocar nada, porque ni siquiera podían tocarse a sí mismas. Nos habíamos escapado de las manos gigantescas del homúnculo extendido en nuestro cerebro. Estaba, abultado y con una lengua gruesa colgando de la boca, con el cuerpo delgado como un hilillo pero con manos de estrangulados como la estatua de un dios Pateco bajo la bóveda de nuestro cráneo, más solo y más extraño y más indefenso que nunca. En otro tiempo movíamos los dedos cuando él los movía, hablábamos cuando él despegaba sus labios tatuados. Como el conductor de un tanque en su torreta de acero, dirigía nuestros cuerpos hacia donde él quería, por unos raíles como la serpiente uróboros, y el cañón de nuestro cuerpo lanzaba su semilla siguiendo sus órdenes. Ahora el conductor del tanque estaba ciego, perdido en una oscuridad sin límites, ni siquiera él percibía su cuerpo, ni sus brazos, ni su rostro… Estábamos en medio de la oscuridad, desconectados de nosotros mismos, incapaces de cerrar los ojos. Saboreábamos, sin papilas gustativas, el negro profundo de la muerte, ante la cual nuestras noches más oscuras no eran sino explosiones de luz cegadora. Ahora ya sabía dónde estaba el antiguo, frágil interruptor de plástico y, sin rozarlo, como gracias a un puro esfuerzo de voluntad, lo pulsé de repente.

Lo que percibimos en ese instante no era luz sino dos flechas que se clavaron en nuestros globos oculares. Nos esforzábamos por arrancarlas del barró de líquido vítreo y sangre. Habríamos querido estirarnos los párpados hasta la planta de los pies, revestir la retina sensible de la piel con el peplo de los párpados para no ser devorados por el fuego de aquella luz que bañaba nuestro cuerpo. Permanecimos, Irina y yo, largos minutos con las manos sobre los ojos, mirando a través de ellas, hasta que empezamos a respirar luz, equilibrando nuestra presión interior con la de la

torre. Solo entonces nos atrevimos a abrir los ojos.

Allí estaba el sillón de dentista, sobre el suelo de cristal pulido debajo de nuestros pies, con su gran bóveda de bombillas que brillaban en un tono blanco-amarillento. Descendimos por la escalera de metal hasta llegar al minúsculo aposento. El viejo, anticuado sillón de metal lo llenaba casi por completo. También había, a su lado, por la parte derecha, un taburete y, contra la pared, un armario blanco como los que se suelen encontrar en esos sitios. Lo había abierto mucho tiempo atrás para jugar con los extraños, imposibles instrumentos metálicos provistos de garras, pinzas, mandíbulas, apéndices incomprensibles, empuñaduras que no podías agarrar (no estaban hechas para manos humanas de cinco dedos), cuchillas tan afiladas que desgarraban el ojo con solo mirarlas… Irina acarició el reposacabezas, fabricado con el mismo plástico de color café con leche. Era lo último que se esperaba. Su sorpresa era tan mayúscula que ni siquiera me hacía preguntas. Giré, con un dedo, un pequeño conmutador de metal, y entonces un violento cono de luz brotó de la gran bóveda situada sobre el sillón. Pulsé un botón de la consola delantera, y uno de los tornos, que colgaba encima como la pata de una araña, empezó a emitir un zumbido sordo. El sillón dental era completamente funcional, inmune al paso del tiempo, como si en aquel pozo circular este no hubiera transcurrido.

Irina se sentó en el sillón entre intrigada y divertida. Bañada por la luz que la cubría como un velo de novia, toqueteó los instrumentos de la bandejita y se sorprendió por el fuerte tintineo que se producía cuando los colocaba en su sitio o los volcaba. Abrió después el chorro de agua que se desbordaba del vaso, probó en la palma de la mano el tubito que absorbía la saliva, con su asquerosa prolongación metálica en forma de pinza.

Yo me senté a su lado, en el taburete, y pisé el pedal que hacía que el sillón bajara y que el respaldo se abatiera. Extraje de su orificio el tubo metálico del torno y el reptil de escamas brillantes empezó a silbar en mi mano. Adopté un aspecto amenazador y me incliné, con el extremo del torno casi invisible debido a su rotación enloquecida, hacia el rostro lívido de la mujer, a la que mi broma no hacía ni pizca de gracia. Porque no era una broma. Nos encontrábamos en las profundidades de la Tierra, en una cárcel sin salida cuyos muros eran de un grosor infinito. Jugaríamos aquí, toda la eternidad, repitiéndolo una y otra vez, el juego de la tortura sin final y sin esperanza, el juego del más terrorífico de los infiernos. Estábamos aquí, en la celda cilíndrica, la víctima y el verdugo fusionados con su instrumental de tortura. Los dientes vivos, sanos, podían volar hechos añicos, la sangre podía manar y llenar la lengua, las encías, los labios, antes de fluir, por el cuerpo atormentado, hasta el suelo. A medida que el esmalte y la pulpa se destruyeran en medio del olor a humo y entre gritos bestiales, los dientes volverían a crecer, dispuestos a sufrir una y otra vez y otra vez y otra vez, sin cesar, sin tiempo, sin lugar, solo un dolor puro provocado por aquella bestia inclinada sobre ti que no podía ser ni corrompida, ni persuadida, ni convencida… Al final, Irina se incorporó en el sillón, riendo nerviosamente, pero yo

la detuve antes de que enderezara el cuerpo porque había observado que en el suelo, bajo nuestros pies, sucedía algo extraño. «¡Siéntate otra vez solo un momento!», le dije, pero el sillón parecía quemarle. Un ligero temblor recorrió su cuerpo. Volvió a sentarse, colocó de nuevo los brazos en los reposabrazos y apoyó la cabeza entre los dos cabezales de piel. Entonces volví a ver, a través del cristal del suelo, lo que al principio había tomado por una confluencia de sombras. Sin embargo, ahora se distinguía con suma claridad: del tronco central del sillón bajaban hasta el suelo una especie de venas o raíces levemente moradas, como vistas a través de la piel del antebrazo, y los tubos gruesos se ramificaban a su vez en otros tubos más finos, en flecos y volantes y filamentos transparentes, que ondeaban despacio en un líquido gelatinoso como las protuberancias de una medusa gigantesca. Apagué las luces para que pudiéramos observar mejor —ella incorporada de nuevo, yo con el rostro pegado al suyo— la red temblorosa, fluorescente, ávida de alimento, que se extendía por debajo del cristal blando del suelo. Digo «blando» porque las raíces más gruesas habían abombado su superficie y serpenteaban a lo largo de él como unos tubos gofrados, en continuo movimiento peristáltico. ¿Qué quería ese animal subterráneo, ese celentéreo que colgaba del pie metálico, con pedales y enchufes exteriores, del sillón de dentista? Cuando Irina abandonaba el aparato, el suelo se iba tornando opaco, las protuberancias se aplanaban y las baldosas se volvían otra vez silenciosas y banales. En cuanto volvía a sentarse, el espectáculo subterráneo comenzaba de nuevo: las bocas y los tentáculos y los filamentos vejigosos retomaban los suspiros, el crujido imperioso, los movimientos de sorber y bombear… Distraído, me decidí a coger una de las agujas dentales de la bandejita y puncé con suavidad su rostro, haciéndole una señal para que permaneciera tranquila entre los brazos del sillón. En el mismo instante en que penetró en la dermis y estimuló uno de los nervios con terminación libre, percibí de forma fulminante el cambio que tenía lugar bajo el suelo. Los hilos y los cables orgánicos ramificados en las profundidades se tornaron púrpuras y empezaron a absorber la gota viva de dolor con la avidez con que los hambrientos se abalanzan sobre la escudilla de comida. Puncé el labio de Irina, que lanzó un grito seco, y el frenesí subterráneo se acentuó. Se convirtieron en unos intestinos que recibían el horrible alimento y lo transmitían más allá del límite de las paredes, por conductos transparentes y palpitantes. Ya no cabía duda de que nos encontrábamos en un alvéolo que absorbía la energía álgica, que transformaba el dolor en impulsos que alimentaban, quién sabe dónde, quién sabe cómo, a unos seres monstruosos. Nosotros habíamos alimentado con una cucharita al animal hambriento de la sustancia incandescente del dolor, pero otros, tal vez, antes de que yo comprara la casa, lo habían atiborrado con trozos de carne, con tarazones, con barreños de dolor vivo y desesperado.

Encendimos de nuevo las luces, nos levantamos y, al cabo de unos segundos, el espacio del gran cilindro estaba igual que antes, como si el sistema digestivo subterráneo hubiera sido solo una curiosa ilusión. Justo delante de quien se hubiera

sentado en el sillón estaba la ventana redonda que con tanta intensidad brillaba a veces en el crepúsculo. Nunca había conseguido abrir aquella tapa sujeta, en la parte izquierda, con una gruesa bisagra y, en la otra parte, por una cerradura cifrada con un número compuesto a su vez por un montón de números, insertados cada uno en su casilla metálica. Era inútil probar combinaciones al azar.

—Mira, estoy pensando… Si el primer número del papelito de Ispas ha abierto la torre, tal vez el otro coincida con este.

Solo teníamos que probar. Formé, llenándome los dedos de grasa, el 6105195. Oímos de inmediato el chasquido de un mecanismo que liberó el cerrojo. Abrimos la tapa por completo, hasta tocar la pared, y miramos a través del pequeño ojo de buey. El paisaje nos sorprendió y nos asustó, porque no era de este mundo.

En primer lugar, al otro lado de la ventana combada había luz. No era la de la mañana ni la del mediodía ni la de la tarde, sino otro tipo de luz, unánime, constante, poderosa y transparente, que brotaba de la nada y caía sobre los objetos que, como desde las alturas, distinguíamos diseminados hasta el horizonte. Vimos formas, texturas ásperas, gránulos amontonados unos sobre otros, copos de materia compacta. Campos llenos de agujeros, charcos de una sustancia brillante, coagulada. La porosidad, la lactescencia, lo traslúcido alternaban, se juntaban y se separaban en ese mundo que nuestro lenguaje no podía abarcar, así como tampoco se puede amoldar una esterilla a las caderas y los pechos de una mujer. La perspectiva era abrumadora, los objetos que contemplábamos, situados al margen de la geometría y de lo conocido, subían y bajaban, decrecían hasta perderse en un horizonte turbio, más allá del cual se adivinaba, a través de la bruma, una especie de torbellino de colores apagados que sustituía al cielo. Lo único constante era la luz de cristal, con los efectos de una lente y una curvatura de los contornos, aquí y allá, que envolvía todo como un mar tranquilo y profundo.

Por este paisaje circulaban, con una melancolía imposible de reproducir con palabras, procesiones de seres, rebaños de criaturas que unas veces parecían elefantes —pero con patas de araña, como los de la visión del san Antonio de Dalí—, otras veces vacas con unas máscaras bestiales en la cabeza y, otras, insectos de un reino desaparecido mucho tiempo atrás. Arrastraban a duras penas, sobre unas patas articuladas semejantes a los dedos de la mano, un cuerpo informe cubierto por una coraza blanda de la que brotaban unos pelos ralos. Cada protuberancia, cada aspereza, cada grano y cada pelo se veían límpidos como bajo una luz rasante. Sus rostros, dominados por picos y ganchos, eran ciegos. Se abrían paso entre fibras y trenzados gracias a unos filamentos sensibles que palpaban la espalda de los que los precedían.

Los miles de seres que seguían su camino, ciegos guiados por otros ciegos, quién sabe hacia qué tierras lejanas, parecían afligidos, como parientes consternados caminando tras un coche fúnebre. Y, también al igual que estos, dejaban transcurrir largos minutos entre sus movimientos, entre los pasos que colocaban uno delante del otro. Varios rebaños similares marchaban, ante nuestros ojos, en direcciones

diferentes; los más alejados se distinguían tan solo como filas de hormigas entre montañas de basura.

Y entonces, justo debajo del ojo de buey, se movió, hormigueando lentamente como los cangrejos en la cesta, una procesión de esos seres macizos que se tambaleaban sobre unas patas delgadas. Pudimos contemplar ahora, desde nuestra atalaya (¿acaso una lente o un ojo de buey o un aparato desconocido correspondía en aquel mundo a nuestra ventana, encastrada en alguno de los objetos sin nombre de aquel vasto paisaje?), los detalles de su fisiología: el peristaltismo de los órganos internos, visible a través del caparazón traslúcido, los huevos reunidos en racimos dentro del vientre de las hembras, del cual brotaba de una en una, con la misma lentitud exasperante, para caer sobre una piedra porosa, una gota de heces que salía retorcida y que adornaba, como un extraño grano en forma de hélice, una superficie brillante. Pero lo más cruel era que los miembros de aquel convoy de condenados, que iban camino de un lejano país, se devoraban vivos los unos a los otros. Observamos cómo se alimentaban, desmenuzando poco a poco, con las mandíbulas, una película de materia seca, un gránulo del suelo, incluso una hélice de sus propias heces. Pero de vez en cuando un elefante clavaba sus ganchos en el lomo de su predecesor, rompiendo la coraza que formaba arrugas y curvas para sorber, a continuación, los órganos blandos del vientre de la víctima. Esta, sin embargo, no parecía afectada; al contrario, veíamos cómo sus pasos se hacían más lentos hasta que se detenía y se dejaba caer, como si quisiera facilitarle el trabajo a su devorador. Daban cuenta de su cuerpo varios individuos, sin peleas, como en un velatorio, y cuando del cadáver solo quedaban las garras, reanudaban su camino más deprisa para alcanzar a los demás elefantes, ciegos, jorobados y terriblemente tristes. Casi justo después, en otra parte del convoy, un nuevo elefante abría el vientre de su predecesor y el proceso se repetía hasta el infinito. De vez en cuando, una vaca de patas articuladas se encaramaba sobre el espinazo de otra y clavaba en sus carnes un órgano en forma de puñal. No había orificio femenino, el desgarro podía producirse en cualquier sitio. Se trataba tan solo de que la punta del puñal llegara hasta el vientre y vertiera allí las huevas fluorescentes, directamente sobre los óvulos de corteza transparente. De estos, una vez depositados en unos harapos sobre el suelo, nacían los hijos, idénticos a los padres y, desde la misma eclosión, se unían a la fila de los que avanzaban por su mundo táctil y olfativo.

La luz de aquel mundo nos había teñido del rostro con el color de la miel. Estuvimos hasta la mañana observando las costumbres de aquellos seres que lo poblaban. De vez en cuando uno de ellos elevaba hacia nosotros su rostro ciego, como si sintiera que alguien lo observaba, y agitaba largo rato los palpos bucales como si quisiera hablar. Aquellas caras trágicas, inexpresivas, inmóviles en su máscara abyecta, nos oprimían el corazón. No podíamos evitar preguntarnos por qué adoptaba la vida formas tan insoportablemente tristes. ¿Por qué habían nacido estos seres? ¿Qué sentido tenía su eterno caminar por un mundo que nadie conocía, que a

nadie importaba?

Muertos de cansancio, cerramos por último el ojo de buey y cambiamos al azar el orden de la cifras del número. Descendimos entonces de nuevo a la casa y acompañé a Irina hasta el vestíbulo. A través de las florituras *Jugendstil* de la puerta despuntaba ya el día.

Capítulo 34

NO quiero comenzar a hablar sobre Vaschide ni tampoco, en realidad, sobre el manuscrito Voynich —aunque no he podido evitar algunas veladas alusiones a él— hasta que no acabe con las anotaciones de los sueños más significativos de mi diario, esos que he elegido entre varios miles no por su trama y personajes, sino por la emoción pura con la que están tejidos, porque, sí, Vaschide, los sueños son emociones y no paisajes ni historias.

Anotaba el 18 de junio, hace ahora dos años:

> Un extraño lunar me había crecido en la piel y en cierto modo la había atravesado creando una figura complicada. Voy al hospital y me encuentro con un tal doctor Funda, que me comenta durante largo rato la necesidad de seccionar esa excrecencia. Me coloca un aparato que, con unos bisturíes peculiares, recorta las tres protuberancias de mi espalda.

Lo cierto es que me he llenado de lunares. De todas las formas, tamaños y colores, lívidos como champiñones, negros y arrugados, transparentes y con una gota de sangre en el centro, bolitas que cuelgan de un filamento, como unos botones apenas prendidos, o unos líquenes ásperos que extienden su corteza por la piel. A veces, por la noche, cuando no tengo nada en qué pensar, extiendo con la mente mi piel desollada, como un mapa, sobre la pared, junto a la cama, y contemplo los lunares diseminados por ella de arriba abajo, imaginando que son las letras de una extraña criptografía. Qué estará diciendo mi piel, me pregunto. Han ido apareciendo, a la chita callando, a lo largo del tiempo, se han adueñado de la hoja blanca de mi piel, el pergamino que me envuelve como si, de manera increíblemente lenta, alguien hubiera escrito sobre mí un texto ilegible. Como un cabalista, en las noches de vigilia, me esfuerzo por encontrar correlaciones, por des-cifrar la cifra, por des-encriptar la cripta, por des-velar el velo que me rodea.

Y una recapitulación, del 12 del mismo mes, de mi vida nocturna:

> En cualquier caso, parece que ha quedado atrás otra etapa onírica de mi vida, después de la del «sueño esencial» (entre los dieciséis y los veinticuatro años) y de la de los «visitadores» (de los veinticuatro a los veintiocho años, pero activa todavía, como se dice de un volcán que puede entrar en erupción en cualquier momento): el período de sueños con casas de mi infancia, con desesperados intentos por reconstituir/reconstruir mi pasado literalmente inmemorial (de los veintiocho a los treinta y un años). Todo es, por lo demás,

mucho más complicado porque, ligando estas grandes zonas, hay otros torbellinos de virtualidad: sueños feérico-panorámicos, tal vez los más maravillosos que se puedan imaginar… El de los veintisiete años, con el mar y las colinas atestadas de templos y pagodas, el de la inmensa costa de África, el del castillo rojo y el panorama del golfo, el del estrecho de Magallanes… Luego los de la ascensión a las montañas y a las torres, los de los vuelos mágicos (que terminaron sin embargo a los veinte años), los de la sexualidad barroca y polimorfa. Todos ellos se reparten desde la infancia hasta hoy en día, al igual que muchos muchos otros, que se cruzan, se repiten y colaboran, formando una textura infinitamente más rica que mi vida diurna, como si la alfombra de mi vida estuviera colocada en el suelo —por error o por perversión— boca abajo, dejando a la vista unos nudos feos y escondiendo el esplendor del dibujo multicolor.

14 de febrero:

… estaba en una cama blanda, pegajosa, y era una mujer, me rodeaban unos seres que me decían que un dios vendría a visitarme para fecundarme. Yo esperaba su llegada en un estado de languidez y abandono. Unos tubos de goma rosa pálido bombeaban una especie de leche en ese colchón, que parecía un algodón empapado, y ya estaba embarazada, y uno de esos seres se acercaba con una jeringuilla: «Esto va a provocarte las contracciones»… Me he despertado perdido en otros pensamientos, otros sueños…

Mi feminidad no me resulta nada nuevo ni sorprendente. Siempre he sentido que una hermana agazapada, nacida en mí a raíz de la extraña fantasía de mi madre de vestirme, hasta los cuatro años, de niña (hasta la visión de la sala circular con una mesa de operaciones en el centro, bajo las estrellas desnudas y crueles), ha permanecido ahí, en mi mente, como un siamés marchito pero no muerto, ocupando un espacio desde el cual me han llegado continuos susurros, súplicas y suspiros. Vive permanentemente en mí un discurso oprimido, tenue y puro, sin la caja de resonancia de la nuez de Adán, como si en mi interior el sol de la masculinidad hubiera oscurecido la luna pero su fantasma flotara todavía en el cielo luminoso de la noche. ¡Qué alivio ser femenino! ¡Cuánto le debo a la ambigüedad de mi mente! Siempre he pensado que entre la androginia de Tiresias y su capacidad de ver el futuro existe una profunda relación de causalidad. No puedes contemplar con sinceridad el ser temporal de tu cuerpo si no lo haces simultáneamente con un ojo de hombre y otro de mujer, al igual que son necesarios dos sexos para el nacimiento de ese navegante en el tiempo que es el recién nacido. Pero el sueño anterior no era solo eso. En sueños, los personajes son intercambiables. Se trataba, en esencia, de una fecundación

milagrosa y de un nacimiento. Yo había participado en aquella escena, tal vez la había visto, y el mecanismo del sueño —que hace añicos la imagen mítica— me había asignado a mí el papel de madre, tal vez en virtud de mi feminidad. A veces siento de forma extremadamente intensa el nexo subterráneo de todos los sueños que he anotado, su poderoso titubeo, su cristalino balbuceo hacia un sentido unitario.

Casi cuatro meses después, en una serie que recuerdo cada vez mejor, porque es más cercana a la fecha en la que escribo:

> Hace dos noches, un sueño «esencial» que, sin embargo, no llegó a buen término. Creo que he desarrollado mecanismos de protección contra las agresiones que nacen en mi interior, porque de un tiempo a esta parte eso es lo que me sucede: me despierto antes del momento crítico, antes de penetrar en el túnel enloquecido (tal vez incluso de la locura o de algo mucho más terrible). Me encontraba en una especie de ciudad-fortaleza, por la noche, bajo las estrellas, en mitad de una atmósfera de magia y de intensa espera. Eran los cielos estrellados, brillando como diamantes, de tantos de mis sueños… Los abrumadores, nada reales, cielos de otros mundos. Miraba al cielo esperando que sucediera algo, que llegara alguien desde allí. Pero en cuanto supe lo que iba a suceder, lo que iba a ocurrir de manera inminente (las estrellas se habían modificado de una forma inexplicable), eché a correr por las calles desiertas de la ciudad, entre paredes amarillas, atravesando también sus interiores igualmente silenciosos, hasta que llegué a una zona iluminada como si fuera de día. Era, ahora me doy cuenta, el Portal i, pero distinto a como es en la realidad, como si estuviera pegado sobre un fondo extraño. Me encontraba en el puente sobre el foso, frente a la entrada tapiada. Esperaba allí, paralizado, arrinconado, atrapado en el hechizo. Y, de repente, por la esquina brotó un aire dorado, un río de luz viva, temblorosa, que brillaba gracias a los miles y miles de partículas que arrastraba consigo. Así que habían llegado, estaban aquí, su luz se derramaba hacia mí, y poco después me engulliría y me transformaría. Contemplaba inmóvil, con un regocijo extático, pero también con temor, la avalancha de oro intenso, lleno de mariposas, que se aproximaba, implacable, hacia mí. Cuando llegó a la pilastra del puente me desperté gracias a un esfuerzo de voluntad que recuerdo muy bien. Naturalmente, dormía boca arriba y la parte posterior de la coronilla (es tan frágil que si la aplasto llego casi a sentir el cerebro) estaba del todo congestionada y conservaba la sensación de opresión. De hecho, también ahora, mientras escribo, siento eso mismo, una especie de ardor opresivo que se difunde por el cogote, en esa zona vulnerable de mi cráneo.

Me he palpado muchas veces esa zona, más allá del pelo y de la piel de la cabeza. En ese punto mi cráneo está como aplanado de manera artificial, como si alguien

hubiera aplicado sobre él un sello grande y pesado. La zona que se me congestiona, después de esa clase de sueños, es redonda, como una moneda grande, y parece esconder, de hecho, un disco bajo el grosor de la piel. Lo siento ahí, lo puedo desplazar con facilidad, pero cuando me despierto está ardiente e irritado como una lente incandescente.

He aquí otro demonio grotesco:

> He vuelto la vista y he mirado al revisor. Tenía una cabeza maciza, con el pelo cortado a cepillo. En cierto punto, su cráneo tenía una deformación melancólica. Todo él era lento y pesado, como un animal sin enemigos naturales. En el labio superior tenía dos protuberancias que, cuando dejaba caer la cabeza sobre el pecho, transformaban su boca en un hocico levemente alargado.

Unido a todo lo anterior, el sueño siguiente, que tuvo lugar en el mes de mayo del año pasado:

> Hace dos noches, después de un par de ataques de pánico paralizantes, tuve un sueño en el que me encontraba en el centro de una habitación. Sus amplios ventanales revelaban un cielo estrellado, y de repente comencé a sentirme raro, como si todo mi ser estuviera colmado de una luz ácida, agresiva, de una revelación irresistible. Mi exaltación crecía de forma paroxística. Caí de espaldas, atravesado por unos rayos que provenían de todas partes, y me desperté al instante. Estaba acostado de lado y no de espaldas. La piel de mi cráneo no estaba adormecida y no me quemaba, pero la sentía congestionada. Y no como una causa, sino como una consecuencia, del sueño, me dije, y tal vez sean en efecto estos sueños en los que me disuelvo en un sol epileptoide los que producen efectivamente mis sensaciones físicas y no al revés, como pensaba.

El 11 de Junio de 1988:

> He visto cómo le quemaban las córneas con dos grandes lupas, enfocadas lentamente en un solo punto, sobre los dos globos oculares, a un condenado.

En lugar de comentarios sobre mi situación onírica, anoto el fragmento que sigue y que, creo, muestra una aclaración progresiva, lenta pero firme, de mis ideas provocadas por todo esto:

> He pensado en aquel sueño, en aquel mundo, en aquellos dos jóvenes que

no podían ser sino mensajeros. En mis crisis, en la luz que tenía en el centro «algo místico», como escribía entonces. En cómo me desperté en la orilla, a salvo, cuando estuve a punto de ahogarme en el río Sabar. En mi caída de espaldas desde dos metros de altura, en Voila. Creo que empiezo a distinguir algo en todo esto, como si hasta ahora lo hubiera envuelto la niebla. Busco —al menos eso lo hago con sinceridad— en mí algo más. Mi vida se abre, se puede avanzar incluso aunque la gran puerta de la literatura, la única que conocí en algún momento, no haya vuelto a ser accesible para mí. Sin embargo, esta me parece ahora una gatera abierta en la parte inferior de la puerta verdadera.

Sí, mí manuscrito supera la literatura porque es verdadero. Su flecha sobrevuela, es cierto, el objetivo. Pero ya no me importa que la regla principal del juego sea acertar en el centro de los anillos concéntricos. Me importan un pimiento los laureles. Ya no acepto pasar por las Horcas Caudinas de la gatera.

En el sueño me cortaban la lengua en varios trozos. Sin embargo, no sentía nada, porque estaba anestesiado en la mesa de operaciones. Cortaban cada vez más adentro, hacia el gaznate, hasta que empezaron a verse, en la sección más gruesa, las venas cercenadas, vacías de sangre. El mal estaba en la laringe, pero no se podía llegar hasta él sin practicar esta operación. «¿Me van a extirpar también la laringe?», pregunté. «No», me respondieron tras un leve titubeo.

Sueño aterrador justo al principio de la noche pasada. Una mujer tenía una enfermedad incurable, probablemente un tumor cerebral que hacía que su rostro se deformara en una mueca salvaje. Unos colmillos de animal afloraban al exterior, sus ojos se abrían desmesurados, un sufrimiento agresivo se manifestaba en su rostro que, por lo demás, habría resultado dulce y triste. Una radiografía mostraba los huesos blanquecinos del cráneo y el tumor detrás del oído. Era una mancha más oscura, como si el humo blancuzco se hubiera concentrado ahí. Pero la radiografía era doble, pues ahora veía que no mostraba un solo cráneo, sino dos, y que también su hijito padecía la misma enfermedad, con los mismos síntomas. Gritaba mudo igual que ella, mostraba los dientes como su madre. Y de repente estoy en un hospital, encerrado en una especie de celda con barrotes. No era un paciente sino, en cierto modo, un visitante. Un enano oligofrénico me traía, de uno en uno, unos horrores cuya visión era insoportable, cadáveres de niños, podredumbres infectas, cráneos trepanados, y me los enseñaba con una especie de sadismo estúpido, riéndose y regocijándose ante mi repulsión. Uno tras otro iban llegando bandejas llenas de abortos, acuarios con huesos desmenuzados y monstruos secos que acarreaba en brazos el mismo enano. «No quiero más —le decía—, ya he

visto suficiente». Me sentía mal, quería vomitar. De repente veo que se acerca con una especie de gran foca de gelatina azul, invadida por una especie de moho, y se sienta en mi pupitre con ella en brazos. Aquella forma alargada me repugnaba mucho más que todos los horrores que había visto hasta entonces. «Vete de aquí», le he dicho, porque el hocico de aquella foca putrefacta casi me rozaba. Pero el enano se reía con un regocijo más libidinoso aún. Entonces me he levantado y he dejado caer los cuadernos que (ahora me doy cuenta) tenía en el regazo. «¡Yo estoy aquí para aprender, no para que os burléis de mí!». Y me he precipitado fuera de la celda. Me he despertado conmovido por este sueño. Mi habitación era hostil y oscura, y la cabeza me dolía más que nunca.

No tengo todavía el ánimo suficiente para abrir aquí el paréntesis que se impone desde hace un buen rato y hablar sobre la sonrisa, sobre esa mueca inhumana de la boca que denomino así porque no tengo otro nombre para esa evidente imitación de la sonrisa humana que he visto —no solo en sueños, en ningún caso solo en ellos— en momentos esenciales y que ha quedado como una quemadura en mis meninges. Ahora no, pero tendré que hacer en algún momento acopio de mis fuerzas para describir una escena sin la cual todo este flujo de sueños es inútil, queda suspendido en el aire. Por el momento voy a apuntar uno de los recuerdos secundarios, tal vez en el mismo sentido, pero desvitalizado en cierto modo respecto a la terrible escena real. Tampoco anoté este encuentro en mi diario por una especie de temor supersticioso.

Sucedió hace muchos años, dormía todavía en mi habitación de Ştefan cel Mare, con la cabeza orientada hacia el triple ventanal. A los pies de la cama estaba la cómoda, maciza y amarillenta, y entre ella y la cama quedaba más o menos un metro de suelo libre. Allí la vi. No en sueños, o al menos eso creo. Abrí los ojos en medio de la noche, me sentía despierto por completo, todo en la habitación era normal, las bandas de luz que arrojaban los pocos coches que pasaban de noche por la calle, cinco pisos más abajo, corrían como siempre por las paredes. Y la vi allí, en aquel espacio estrecho, perfilada sobre la cómoda, tan real como esta. No sé por qué pensé que era mi tía, la hermana de mi madre, aunque aquel ser frágil y verdoso era evidentemente una enana, pues medía apenas algo más de un metro. Estaba allí, me contemplaba y sonreía sardónica. Su boca dibujaba una línea que quería ser benévola, pero que solo conseguía resultar grotesca. Nos miramos inmóviles durante un minuto, hasta que el pánico me hizo volverme con brusquedad boca abajo y me tapé la cabeza con la sábana. No conservo ningún otro recuerdo aparte de ese pánico terrible.

El 16 de mayo apuntaba la siguiente secuencia:

Esta noche he abierto los ojos y he visto con suma claridad, perfilado sobre las cortinas oscuras, a un hombre que me miraba pensativo. Era joven, de unos treinta años, y vestía un traje azul-claro. Su rostro era alargado; sus

ojos (tal vez azules en una cara pálida), inteligentes y —eso me ha parecido— llenos de compasión. Su cabello era muy extraño: raya al medio, color cáñamo blanquecino, caía en bucles menudos hasta los hombros como la peluca de un abogado, como las pelucas del teatro de Molière. Debido a la distancia que nos separaba, era (parecía) considerablemente más menudo que mis antiguas amistades, lo cual acrecentaba mi sensación de realidad. Lo he contemplado con detenimiento durante siete u ocho segundos. Continúa mi ofuscación, el divorcio cada vez más claro entre mi mente y mi vida. ¿Qué me traerá este avance lento, retorcido, de la bala llamada futuro hacia la dura pared de mi cráneo?

Me pregunto esto incluso hoy en día, aunque ya no lo veo todo sumido en la oscuridad, sino como un desconcertante aleteo de luces y sombras en los pasillos de un tortuoso laberinto. Ese período tan repleto de «visitas» durante la primavera y el verano pasados me había dejado extenuado. La galería de huéspedes nocturnos parecía inagotable. Leía tratados de neurología, de psiquiatría, de mística y de metafísica para intentar comprender, pero no se trataba de conocimiento, sino de miedo, de un estremecimiento, de una sensación de derretimiento en el plexo solar. ¿Por qué me visitaban? No podía comprenderlo. Buscaba en los tratados de psiquiatría casos semejantes y no encontré ninguno. Sí que di con alucinaciones caleidoscópicas, la lectura y el escamoteo de los pensamientos, la incautación de la voluntad, voces imperiosas que te empujaban hacia hechos abominables. Pero no individuos reales, vivos, concretos hasta en sus más mínimos detalles, que te contemplan, sentados en tu cama, en medio de la noche.

Eran dos. Sin embargo, uno estaba completamente tapado por el otro. No lo he visto hasta que el primero se ha inclinado sobre mi cama para contemplarme con atención. Era calvo, alto, creo que estaba desnudo hasta la cintura o que llevaba una camiseta del color de la piel. Sé con toda seguridad que no emergió del sueño durante el que abrí bruscamente los ojos porque recuerdo ese sueño: no aparecían en él dos hombres, sino paisajes con fuertes contrastes de color, sobre todo grandes manchas de un rojo que la palabra «rojo» no es capaz de definir: carmín rojo, cosas esculpidas en un carmín blando. Por consiguiente, como siempre, mis visitadores no son la última imagen de un sueño fijada en la retina o en la conciencia cuando abro los ojos. Porque son siempre personas, mujeres y hombres, vestidas de manera normal, bien visibles incluso en la oscuridad. Puedo describirlos o dibujarlos a todos con una precisión aceptable. Tienen dimensiones humanas, son concretos, ahí, a mi lado. Cuando abro bruscamente los ojos parece que de hecho los sorprendo, porque se esfuman apresuradamente en la oscuridad y en su lugar quedan el temblor y el miedo.

Pero a principios de este año, en un tiempo lluvioso de invierno cálido, fui de nuevo atacado por la fuerza que en otra época me había agarrado de los tobillos y golpeado contra la pared. Mi cama actual, en la casa con forma de barco, es bastante más alta que la de Ştefan cel Mare, así que sentí con más fuerza el golpe final:

> Dormía boca abajo, con la cara vuelta hacia la derecha, cuando he oído con claridad un leve gimoteo que se abría paso desde un rincón de la habitación. Me he incorporado alarmado pero me he sentido de repente atenazado por una fuerza invisible que, simplemente, me ha arrastrado por el aire hacia el techo y, a través del dormitorio a oscuras, hacia la puerta que se distinguía con claridad en la pared. Sentía en el pecho el punto exacto en el que se ejercía aquella fuerza, y recordaba otros sueños en los que me habían arrancado de entre las sábanas de la misma forma. He abierto los ojos y he permanecido en el estado habitual de confusión que sigue a esos sueños. Durante largo rato me han recorrido escalofríos de terror, y cuando el leve gimoteo se ha repetido, en el mismo sitio del rincón de la habitación, toda la fisiología del espanto me ha envuelto como si de unos hilos pegajosos se tratara.

La cúpula de cristal, la de mi recuerdo del hospital, la de tantos sueños diseminados a lo largo de los años, regresó a mi mundo nocturno hace varias semanas cuando, en sueños, me encontraba también en una especie de hospital y sobre mí se encontraba un niño, un hijo que no he tenido nunca en este mundo. Tal vez por eso mismo estaba también perdido en mi sueño:

> Me encontraba en un edificio en forma de cúpula, con un pasillo que subía en espiral hasta el ápex, a lo largo de varios pisos. Llevaba a mi hijo en brazos o, mejor dicho, bajo el brazo, y ascendía por aquella cuesta levemente inclinada. Me encontraba, pensaba yo, en una especie de hospital, y a ambos lados había puertas blancas, como en los pabellones. Yo estaba contemplando las ventanas cenicientas, enrejadas, ¡cuando me he dado cuenta de que había perdido al niño! Debajo del brazo solo tenía ahora una especie de tapa de metal abombada en la que —ahora lo sabía— había estado hasta ese momento el niño. Desesperado, he regresado para buscarlo. ¿Dónde podía encontrarlo? Al bajar, los pisos se volvían más y más oscuros. En una de las habitaciones, con la puerta abierta de par en par, había muchos niños que me miraban con interés. «¡Papá!», me gritó uno de ellos. Había recuperado a mi hijo y era demasiado feliz para reparar en su extraño aspecto. Porque el crío que me abrazó estaba vestido de niña y tenía el cráneo terriblemente deformado. Desde la frente hasta el cogote, le crecía una cresta de hueso de varios

centímetros de altura, y en uno de los lados sobresalía una protuberancia del tamaño de un puño. «Ah, aquí están los centros del habla y de la comprensión —me dije—. Se ve bien desde el principio lo inteligente que va a ser…». Y, verdaderamente, el niño pronunciaba, con una voz extraña, un discurso muy por encima del nivel esperado para su corta edad…

Y los últimos sueños, del último mes, las últimas semillas oscuras de la carne de manzana de mi manuscrito. Estoy contento porque al menos he conseguido llevar a cabo este propósito, porque al menos este muestrario del agitado mar de mi vida interior dejará aquí un testimonio para el enigma. Si tuviera solo un momento de lucidez pura, inhumana, de claridad mental kantiana, cantoriana, empezaría a distinguir, a partir de lo amorfo y de lo redundante de mis sueños, un modelo que no es el enigma en sí mismo, sino que conduce hacia él como un camino que se solidifica bajo los pasos del caminante. Pero también sé que podría ser, tal vez, la última imagen accesible a mis ojos antes de que esta se funda, un bloque claro de hielo en un caldero sobre el fuego. Aplazo la explicación hasta el último momento y quizá más allá de ella, tal y como aplazaría *sine die* una explicación a un ser querido, tras la cual solo podría seguir la separación.

He soñado cosas que, en lugar de espantarme, me han fascinado, disgustado e, incluso, divertido un poco. En el primero de esos sueños tenía en las manos la caracola rugosa, espiral, de un gran molusco marino. Pensaba que es la forma perfecta para una nave espacial. «Sí, pero para ello —me decía—, habría que quitarle estas franjas de carne coloreada…». Y empecé a despellejar de la caracola unas espirales de materia grasa. Y de repente era mi cráneo lo que despellejaba, sujetaba mi cráneo entre las manos y retiraba su envoltura de piel, luego lo abría y empezaba a sacar, con los dedos, el cerebro húmedo… El segundo sueño llegó hacia el amanecer. Una joven graciosa como un bebé, completamente desnuda, pero no-erótica, de piel fina y blanca. No tenía cabeza. Peor aún, el cuello y la espalda estaban excoriados hasta los músculos y los huesos quedaban a la vista. La cabeza, todavía viva, estaba en otro cuerpo y se sostenía sobre el cuello gracias tan solo a la presión mecánica de la gravedad. Yo debía trasplantarlo, en una sola noche, al cuerpo verdadero de mi amada. Pero tenía cada vez más claro que no sería capaz: «Debes saber que no voy a poder conectarte todas las venas, los nervios, los músculos… ¡Resulta demasiado complicado!», le gritaba yo a la cabeza que permanecía tranquila sobre su cuerpo provisional como una estatua sobre un pedestal.

Y el último, hace unos pocos días, muy atenuado en mis notas respecto a la desolación real que me produjo el sueño que estoy reviviendo incluso en este

instante:

> Duermo solo y me da miedo la oscuridad, me sobresalto y me despierto varias veces a lo largo de la noche. Sueño con el fin del mundo, olas furiosas que golpean contra la balaustrada de nuestro balcón de Ştefan cel Mare (¡sí, en el quinto piso!), una nave solemne aparece sobre el molino, ensanchándose sobre el cielo vacío como en tantos otros sueños antiguos. Emite una extensión de energía, como un pseudópodo, hacia la ventana reluciente detrás de la cual, solo, espero.

Sí, esto es lo que soy, esto he sido desde que estoy en este mundo: un hombre solo, esperando detrás de una ventana. He volcado aquí, en la caja de cartón de mi manuscrito, un montón de piezas de puzle. Incomprensibles en sí mismas, caen sobre las demás del derecho o del revés, se diseminan por el amplio espacio de juego. A partir de ellas, los largos dedos de la lógica del sueño podrían llegar, gracias a minuciosas maniobras de combinación, giro, posicionamiento, aumento y disminución, centralización y lateralización, acentuación y difuminado, a un cuadro siquiera parcialmente coherente, al menos coherente para mí aunque siguiera siendo absurdo para todos los demás, porque existen coherencias inteligibles e ininteligibles, al igual que existen el absurdo comprensible y el incomprensible. Puedes entender lo inteligible, eso es la serenidad. Puedes entender lo ininteligible, eso es el poder. Puedes no entender lo inteligible y eso es el terror. Puedes no entender lo ininteligible, eso es la iluminación. Así como, en la oscuridad más profunda, no sabes si tienes los ojos abiertos o cerrados, a veces siento que, en el espanto y el estremecimiento de mi vida, ya no sé en qué parte de mi cráneo me encuentro.

Capítulo 35

CADA noche en los lavabos, en medio del alboroto y el bullicio de los cuerpecillos desnudos de mis compañeros, que se salpicaban unos a otros con agua o se perseguían por las baldosas húmedas, me tomaba las ocho pastillas de hidracida con el horror y el asco con que habría ingerido ocho capullos de gusanos de seda. Eran tan pequeñas, secas y amarillentas que a veces desaparecían entre los surcos de las líneas de mi mano, se perdían entre los pliegues transparentes que delimitaban la línea de la vida, del destino, del corazón y de la cabeza. Entonces tenía que abrir la mano, como una flor de cinco pétalos, para poder recuperarlas con la lengua, a la que se pegaban de inmediato, antes de tragármelas con un poco de agua. Todos imaginábamos, de hecho, que eran huevos de insectos. Mis amigos —Bolbo, Prioteasa y Mihuț— recibían a su vez otro tipo de pastillas a las que se referían con otras combinaciones de sílabas sin sentido, tan extrañas como mi «hidracida». Las de Bolbo eran grandes y redondas como huevos de pájaro cantor, casi todas verdes como la hierba, aunque también le daban una del color de la amatista. Prioteasa se tragaba unos cristales transparentes, claros como el agua. Mihuț, en cambio, no se tomaba ninguna clase de pastillas, pero los martes y los jueves venía a buscarlo el médico y volvía al dormitorio dos horas después (mientras nosotros nos afanábamos por dormir la siesta). Nunca quiso contarnos adónde lo llevaba el doctor ni qué le hacía, pero el caso es que regresaba acabado, con la mirada clavada en el vacío, se sentaba en el borde de la cama de hierro y solo avanzada la tarde esa sonrisa por la que todos le queríamos retornaba a sus labios y aquel chico, el más menudo y delicado de todos nosotros, volvía en sí. A Traian en cambio lo atiborraban a pastillas. También a él le tocaban ocho, por la tarde, delante del lavabo de porcelana brillante, gigantesco para nuestro tamaño. Imagino que él podía verse la coronilla y la frente, tal vez incluso los ojos, en aquel espejo para adultos colgado de la pared. La enfermera, una de las mujeres gordas que nos atendía y que solo aparecía por la tarde con su carrito abarrotado de medicamentos, le ponía en la palma de la mano, con gestos extraños, como siguiendo una especie de ritual, las ocho pastillas, cada una de un color, algunas ovaladas, otras esféricas, unas de un granate, un verde pistacho o un azur inmaculados, otras marcadas con letras o signos desconocidos. Yo fui el primero en percatarme de que Traian no las tomaba porque, como mi cama estaba junto a la suya, solía acompañarlo a todas partes, sobre todo porque era el más listo, el más especial, el más maduro de nosotros, los demás niños. Por la tarde nos aseábamos en lavabos contiguos en una fila que ocupaba una pared entera de azulejo. Ya una de las primeras tardes observé que, atento a las mujeres que nos vigilaban mientras nos tragábamos nuestros respectivos medicamentos, él solo fingía hacerlo, pero de hecho

se los metía, como un prestidigitador, por la manga, en la cual había descosido el dobladillo del puño. Después de que apagaran las luces, aquella misma noche, le pregunté por qué lo hacía. ¿No era beneficioso tomar las medicinas? Todos los de Voila estábamos enfermos, éramos portadores de los gérmenes de la tuberculosis. Nos lo habían dicho nuestros padres y nos lo habían repetido los médicos en el ambulatorio. Nuestros padres pagaban para que estuviéramos aquí un año, dos, lo que fuera necesario para que nos extirparan el mal. Hacían grandes sacrificios por nosotros… Si Traian tiraba los medicamentos, regresaría a casa más enfermo que antes, moriría joven y toda su familia lloraría en torno a su cuerpo, inerte y frío, yaciendo sobre la mesa del comedor.

«Sí, harían cualquier cosa por mi bien —murmuró Traian, apenas visible en la luz débil que venía de detrás de las cortinas—. Hasta se comerían un pollo frito…». Luego calló; estaba tumbado boca arriba pero no dormía, y *yo* veía sus ojos brillantes mirando fijamente el globo que colgaba de una varilla del alto techo sobre su cabeza. Aunque todos colocábamos una sábana sobre el cabecero que daba a la ventana por miedo a que la luna pudiera transformarnos en sonámbulos, a medida que nos acostumbrábamos a la oscuridad, en el dormitorio se tornaban visibles cada vez más detalles: los niños que dormían en las camas colocadas en tres filas y unidas de dos en dos, la línea de armarios que ocupaba por completo la larga pared que se extendía a nuestros pies, la raya luminosa que se colaba por debajo de la puerta. La gigantesca habitación olía a pis y a sudor infantil pero, a decir verdad, no resultaba repugnante. Era como un redil o un establo, donde la boñiga no huele a váter sino a campo, a pueblo, a calor e intimidad animal.

Y un rato después Traian se volvió hacia mí: «Sé que no vas a contarle a nadie lo de las pastillas. Si lo dices, será grave, muy muy grave. Y otra cosa te voy a decir: no te creas nunca lo que te cuenten los mayores. Tú no sabes quién es tu padre, pero yo sé bien quién es el mío. Y sé que hay muchos como él. Nada de lo que dicen es verdad, y tampoco lo dicen por nuestro bien. No sé por qué nos han enviado aquí, a Voila, pero seguro que no es por nuestro bien. Tal vez nuestras madres se hayan creído sus mentiras, aunque lo dudo mucho. Pero ellos, ellos, los padres… saben muy bien lo que hacen. Están conchabados con los médicos». Susurraba estas palabras con encono, casi llorando. Yo estaba asustado no tanto por las cosas sin sentido ni mesura que escuchaba, sino precisamente por la forma en que Traian, que hablaba más bien con el techo que conmigo, las musitaba. Me costó quedarme dormido esa noche. Pensé en mi padre, un extraño para mí. Me pregunté qué sabía de él. Era el hombre de la casa, el que traía el dinero. Aparecía por la noche, poco antes de la cena. Leía *Sportul*, comía, veía un rato nuestro pequeño televisor en blanco y negro y se acostaba en la misma cama que mi madre. ¿Qué hacía el resto del día? ¿De dónde salía el dinero con el que vivíamos? No lo sabía, no era asunto mío. Yo le tenía miedo, temía sus arrebatos de furia, pues me había golpeado unas cuantas veces con el cinturón. Pero lo cierto es que se pasaba la mayoría del tiempo absorto, con la

mirada perdida en el vacío, como un autómata pintado a mano, olvidado, con el periódico *Sportul*, en un sillón.

Mis padres vinieron a visitarme un par de veces, en domingo, hasta Voila. Llegaban vestidos con unos impermeables largos, ceñidos con un cinturón. Mi padre llevaba el pelo, negro ala de cuervo, peinado hacia atrás, y sujetaba una cartera debajo del brazo; mi madre se ponía siempre un pañuelo estampado. Nunca había podido sacarme de la cabeza que parecían un grupo escultórico: inseparables y solidarios, heroicamente destacados sobre el fondo ceniciento de los días de otoño. Pero quiénes eran ellos, aquellos dos, entre los cuales aparecía siempre yo en las fotos antiguas, mustias, con la emulsión resquebrajada, nosotros tres ante la Casa Scânteii, nosotros tres en el bosque de Bănеasa, nosotros tres en el patio de la casa de mi tía en Dudeşti-Cioplea… No lo sabía y ahora lo sé tan solo con la bruma y la subjetividad con la que lo «sabemos» todo en este mundo.

Por la mañana nos despertaban temprano y, tras dar cuenta en la cantina de la sempiterna rebanada de pan con mantequilla y mermelada que nos dejaba mal cuerpo para todo el día, y después de beber la taza de té de caramelo que, curiosamente, nos gustaba tanto como para pedir una segunda taza, nos sacaban afuera y nos hacían colocarnos en filas. Y salíamos, con el camarada Nistor o la camarada Cucu, que caminaba como un sargento a nuestro lado, hacia el portón de la carretera, pasábamos bajo abetos gigantes y junto a edificios húmedos, y después cruzábamos la carretera y franqueábamos la otra puerta, la del campo de manzanos en medio del cual estaba la escuela. Avanzábamos entre manzanos cargados de flores rosas o de manzanas pequeñas y verdes, o con las ramas negras y desnudas, según la estación, pero siempre bajo aquellas nubes como de porcelana, cientos de manzanos a cuyos pies la hierba era alta y suave. Muchas veces, avanzado junio, nos llegaba hasta la cintura. Al final entrábamos en nuestra clase, la de tercero, junto a la de cuarto, y nos sentábamos en los viejísimos pupitres, ennegrecidos por el tiempo, como si el sanatorio de Voila tuviera cientos de años. En cada uno de esos pupitres, fabricado con una especie de serrín prensado, había un hueco redondo, siempre pringado de tinta, para colocar el tintero. Un montón de garabatos y de letras gruesas, mezclados con feos dibujos de princesas y tanques y pistolas, decoraban toda su superficie. Olía al petróleo con el que fregaban a menudo los suelos de la casa de pueblo. Debido a los manzanos que cubrían la ventana y que, en primavera, se colaban hasta adentro por las ventanas abiertas, en el aula reinaba la oscuridad. Muchas veces un niño de la fila de la ventana era castigado a permanecer de pie por haber metido la cabeza entre las ramas y haber mordido un fruto agrio y jugoso sin tomarse siquiera la molestia de cogerlo de la rama. Allí, en aquella aula como una casita de enanos, con una pizarra en el rincón, apoyada sobre tres patas, pasábamos las mañanas riendo, haciendo saleritos y barcos de papel, respondiendo a las preguntas de Lengua Rumana y de Historia, peleándonos con las chicas por algún chicle chino, perfumado, que hubiera caído debajo de un pupitre. No era una escuela de verdad; de hecho, en aquel huerto,

nada parecía de verdad. Los educadores y maestros se deslizaban ante nuestros ojos, brillaban como los peces de cristal en una vitrina cuando los alcanzaba algún rayo de sol y, si te fijabas bien, podías ver directamente a través de ellos las láminas de las paredes y lo que estaba escrito en el encerado. Solo nosotros, los chicos y las chicas, teníamos cuerpos de verdad, llenos, en tres dimensiones. A nuestro alrededor todo estaba simplemente esbozado, todo era una acuarela nostálgica o un dibujo realizado con la lengua asomando por la comisura de los labios, como dibujábamos en la hora de dibujo las casas y los abetos cargados de nieve, y unos pájaros como treses inclinados en el cielo humeante. Durante las clases no hacíamos otra cosa que entrechocar los lapiceros chinos recorridos de arriba abajo por el dibujo de una jirafa, dibujar, incluso ante las narices de la maestra, algún tanque con el lapicero Papagal, cuya punta tenía cuatro colores y, sobre todo, esperar la llegada del domingo, el día literalmente infinito en el que nos dejaban salir (nos echaban, mejor dicho) al bosque. En los recreos nos abalanzábamos en tromba hacia la estrecha puerta y corríamos a la parte trasera de la casucha donde, más allá de las tres o cuatro filas de manzanos en flor, empezaba la colina llena de hierba en la que desaparecíamos por completo. Allí jugábamos durante el tiempo que duraba el descanso, «las niñas con las niñas y los niños con los niños», nos tumbábamos y rodábamos abrazándonos con fuerza. Allí descubrí, una deslumbrante mañana de abril, cuando el viento arrastraba hasta la hierba los pétalos caídos, rosas, de los manzanos, la mascarada feérica en la que vivíamos y en la que, si no hubiera estado —quién sabe por qué error en el plan general— Traian, habríamos vivido felices no solo aquellos dos años que teníamos que pasar obligatoriamente en Voila «para ponernos buenos», sino el resto de nuestra vida. En cierto modo, nuestra vida se había detenido, era solo presente, una fotografía con todos nosotros reunidos bajo las ramas del manzano cargado de frutos, pero en la que todo resultaba encantador porque era concreto y palpable… El cabello castaño, suave e irisado de Iudita, cuyas hebras tenían su propio movimiento cimbreante en el viento primaveral; el rostro ovalado, con una pelusilla dorada, de Mihuț la textura de las camisas de nuestro uniforme, a cuadritos; los zapatos de mala calidad, siempre desgastados y dados de sí. El rostro especial de cada uno, en fuerte contraste con el anonimato de los árboles, de la hierba y de las nubes, de las manzanas verdes, todas iguales, como los átomos y como las olas del mar. Estábamos entre la hierba, en cada recreo, como estábamos por la noche en la repisa, detrás de las cortinas, pero aquí no hablábamos sobre acoplamientos y muerte, sino que respirábamos la savia que se evaporaba del filo de la hierba, de la tierra llena de lombrices y raicillas, y contemplábamos el jirón de cielo arrojado sobre nuestro nido de hierba aplastada. Las nubes se deshacían como el humo de un cigarrillo, aunque más lentas y más hipnóticas, para entretejerse de nuevo en un movimiento imperceptible e infinito. A veces, Traian traía consigo, a resguardo de la mirada de los educadores, el frasco en el que guardaba el grillo-topo. Allí, escondidos entre las hierbas, lo soltaba en la tierra, y el insecto marrón lleno de pinchos y rugosidades, más grande que nuestras

manos, empezaba a excavar, con aquellas garras de topo de la parte delantera de sus monstruosas mandíbulas, galerías en la tierra blanda. Lo dejábamos allí para que, durante nuestra clase de Aritmética, cazara larvas de escarabajo y lombrices llenas de venillas sanguinolentas, y lo recogíamos en el siguiente recreo, cuando, al oír la voz de Traian, salía del agujero y se dejaba coger con la mano e introducir en el frasco. Hacía tiempo que nos maravillaba este número de adiestramiento, aunque para entonces considerábamos a aquel chico rubio y grandote de nuestra clase capaz de cualquier hechizo y de cualquier truco. Tampoco nos asombramos cuando, en un recreo largo, tras haber subido hasta muy lejos, hasta la cima de la colina, desde donde se veía el huerto en toda su extensión, su esplendor y su bruma perfumada, Traian nos susurró a mí, a Bolbo y a Prioteasa, que el camarada Nistor no era una persona sino un autómata. Pero nos echamos a reír porque el educador de nuestro dormitorio, con su bigotillo hitleriano y con la brutalidad estúpida con que nos castigaba (muchas veces, en las imposibles sobremesas de siesta, cuando de hecho no dormía ningún chaval, recibía de repente una colleja seguida de un juramento: «Demonio de crío, ¿por qué mueves la piernas? ¿Es que tienes lombrices?») parecía una marioneta, pero no, insistía Traian, el camarada Nistor era precisamente un robot, él mismo se había convencido al ver ciertas cosas una noche en la que no podía dormir —las pastillas te hacían dormir, era uno de sus efectos— y estaba dispuesto a mostrarnos también a nosotros, en cualquier momento, lo que había descubierto. Pero teníamos que dejar de tomar pastillas al menos unos cuantos días, arrojarlas al váter y tirar luego de la cadena.

Bolbo y Prioteasa se rieron, pero yo enseguida me di cuenta de que no iban a hacerlo, tenían miedo. Las cuidadoras no nos quitaban el ojo de encima. Sin embargo, no eran ellas el motivo de su temor. Mis amigos estaban convencidos de que eran tuberculosos y de que morirían, como nos habían dicho, antes de los veinte años si no se lo tragaban todo en cada comida y si no se tomaban sus correspondientes medicamentos. A mí las historias de Traian me habían trastornado, me habían hecho preguntarme, por primera vez, si tendría un velo sobre los ojos, si todo aquello que había recibido, sin ponerlo en tela de juicio, de los adultos, como de unos oráculos infalibles, no serían únicamente mentiras e ilusiones. Ahora sabía que nos retenían en nuestro mundo por la fuerza, que nos mentían sobre el nacimiento y la muerte, sobre las enfermedades y la agonía, que los adultos utilizaban los poderes superiores de su mente para arrojar sobre nosotros una red de fantasmas deslumbrantes, «por nuestro bien», tal y como nos habían engañado con Moş Gerilă, ese que nos entregaba cada año una bolsa con naranjas enmohecidas y un chocolate blanquecino, incomible. Dispuesto a creer a mi vecino de cama —a pesar de que la sola idea de esa rebelión me estrujaba el estómago como una garra—, decidí dejar de tomar, durante una semana, la hidracida. La tiré aquella misma noche, siguiendo el consejo de Traian, al váter, sin poder dejar de pensar, aterrado, que allí, en las cañerías oxidadas por donde se iba el agua, de aquellas minúsculas semillas saldrían unas larvas pálidas que se

alimentarían con la mugre de las cañerías, crecerían, pulularían por el laberinto de codos y cilindros, se pegarían, transformadas en crisálidas de color pistacho, a los tubos, y de la cáscara de las crisálidas nacerían unas mariposas horribles, pálidas como la muerte, gordas y ciegas, que treparían en busca de la luz…

Estábamos a mediados de mayo, las flores de los manzanos habían caído y, entre las hojas nuevas, verde-cenicientas, donde brillaban como zafiros unos trozos irregulares de cielo, veía cómo se redondeaban ya, en el peciolo, unas bolas verdes con puntitos blancos, las futuras manzanas, que tenían todavía en la punta los estambres medio secos, llenos aún de polen, y los sépalos ya ennegrecidos. La hierba de los márgenes del huerto humeaba verde, mezclaba su vaho con las nubes perezosas, en un imperceptible avance hacia ninguna parte. A medida que pasaban los días, mi mente se despejaba y los órganos sensoriales extendidos como ávidas ventosas hacia la superficie de mi piel, los ojos de mis dedos, de mis labios, de mis órbitas, del peñasco de mis sienes, de mi lengua y mis fosas nasales, perdían las escamas duras que los habían recubierto y empezaban, como el primer día fuera del vientre, a ver. Había dejado de tomar los medicamentos el martes, así que el domingo, después de desayunar, cuando correteé con todos los demás por los miles de senderos del bosque, donde se nos permitía vagar, como de costumbre, en total libertad, unas seis horas, hasta el almuerzo, estaba ya libre de todo el veneno, como un vaso de agua resplandeciente, fría y pura, que sin embargo conservaba en el fondo un barro espeso, como una lente de porquería, de las deyecciones que habían infestado el líquido. Mis huesos rotaban mejor en las articulaciones, los colores del mundo eran más vivos, mis palabras salían de los labios mejor ordenadas en las matrices transparentes de la sintaxis, visibles casi en el aire perfumado del bosque infinito. Corría, más libre que nunca, por la tierra elástica, saltaba por encima de los troncos caídos, llenos de manojos de setas y de mariquitas con patitas de alquitrán, me arañaba la piel entre los brotes nuevos y aplastaba con mis zapatillas embarradas plantas de aros que anunciaban ya que sería un buen año para los tomates. El suelo estaba completamente tapizado de plantitas de todas clases, trenzadas entre sí, que desplegaban sus flores, violetas y rosas y azules, como si estuvieran orgullosas de ellas, y debajo de cada piedrita plana, con la parte inferior negra y húmeda, encontrabas la espiral encogida de algún miriópodo, o el nido lleno de crisálidas, como pastillas blancas, traslúcidas, de unas hormigas. Corría bajo las bóvedas colosales de los árboles, donde centelleaban las llamadas de los pájaros, palpitaba entre sombras y luces, entre el calor de las manchas soleadas y el frescor umbrío de las sombras. Como de costumbre, pero con un aire mucho más puro en los árboles interiores que se ramificaban en cada uno de mis pulmones, me alejaba de los demás, porque no era —y lo seguiría siendo siempre— sino un niño solitario, y me adentraba en el bosque, caminaba una hora entera en línea recta, en una sola dirección, entre troncos irregulares, rugosos, heridos, entre tocones con la leña podrida, entre campanillas que vibraban al viento en los claros, entre las enormes redes

blanquecinas, hinchadas por la brisa, de las arañas, prendidas entre troncos y tallos, elásticas y resistentes, con el horrible animal que las había tejido instalado en el centro.

La monotonía sorprendentemente diversa, el hastío entusiasta del verde unánime, con sus miles de matices, me empujaban cada vez más lejos, hasta que de repente me encontraba en esa soledad total que tanto añoraba, la de antes de la llegada de los hombres al mundo, la de los lugares no hollados, los únicos en los que es decente dejar que tus huesos blanqueen, porque de los orificios de tus vértebras porosas y de tus costillas destrozadas y de los ojos, como alas de mariposa, de tus huesos ilíacos, solo aquí, solo en la profundidad silenciosa de los bosques, solo en el lecho de hojas amarillas y marrones y llenas de cecidias, deshechas y podridas, brotarán tallos de hierba y unos arbolitos minúsculos que crecerán y dislocarán tu esqueleto, y lo fundirán con la entraña abigarrada del bosque. Mucho más allá de la frontera donde se oían todavía, débiles y arrastradas por el viento, las voces de los niños, empezaba a percibir otro sonido, cada vez más fuerte en el silencio activo, el silencio crujiente, gorjeante, rugiente del santuario verde. Se trataba del discurrir continuo, del veloz chapoteo de un manantial. Estaba todavía lejos, y yo rodeaba espesuras jaspeadas por el sol y cerrillos con ramas ennegrecidas, frágiles como el grafito, caídas en el suelo, para llegar, por un sendero tortuoso, hasta él. El chapoteo y el susurro me alcanzaban con mayor intensidad, y solo los trinos que se arqueaban por encima de mi cabeza, o los icneumónidos que pasaban junto a mis oídos, los velaban de vez en cuando. Hasta que por fin divisé el cristal fundido cuyos añicos brillaban al sol entre hierbas cimbreantes. Su largo curso, que se perdía entre troncos, chocaba aquí y allá con piedras ásperas y redondas, salpicadas por los torbellinos de agua y secadas por el sol una vez tras otra. Aquí estaba el centro, no se podía avanzar más. Aquí, en la soledad y el silencio y la ausencia de tiempo (solo el río discurría) del bosque, en el olor amniótico del bosque, me arrodillaba junto al manantial y me inclinaba luego sobre él, sombreando sus aguas heladas. En un determinado punto, lejos de las piedras y de las ramas que se deslizaban hasta el agua, la superficie era clara y, si te colocabas las manos a ambos lados de los ojos, podías ver, en el fondo, los proteos ciegos, con manos de niño, que la poblaban, e incluso algún que otro renacuajo con la cola en continuo movimiento. Pero sobre esta imagen turbia, de un verde distinto al del aire lleno de savia de alrededor, se superponía mi rostro, levemente tembloroso en la superficie siempre corriente, mi carita insignificante, muy blanca en la sombra profunda, con algo espectral y triste en unos ojos castaños que parecían no pertenecerle, que parecían los agujeros que sustituyen a los ojos en una máscara de porcelana. Y, sin embargo, por esos ojos vacíos a través de los cuales se veía el fondo del agua, había venido aquí: quería verlos y, más que verlos, sorberlos junto con el resto de mi cara de niño, y así volver a encontrar, por fin, a mi hermanito perdido. Me inclinaba después un poco más y mis labios rozaban los labios helados del niño del espejo y, con los párpados cerrados, tragaba la sustancia pura y fría sintiendo que así

podría sacarlo de su ataúd y ocupar yo su sitio en la eternidad.

Esta vez, el agua que bebí en el manantial ahuyentó el resto de bruma que quedaba todavía en mi mente. Me sentía preparado, aunque no sabía para qué. Esperaba, por primera vez en mi vida, que se desgarrara el velo. Allí, junto al manantial, en aquel mundo que no tenía nada que ver con las paredes medianeras desmenuzadas, con los revoques amarillentos, con los portales de las casas ni con los candentes raíles del tranvía de la ciudad ruinosa en la que vivía, recordé de nuevo el invierno deslumbrante en el que, en brazos de mi madre, con el rostro pegado a su rostro y mirando hacia atrás por encima de su hombro, comprendí por primera vez en esta vida que me encontraba en un camino equivocado. No, no era el camino a la casa de Doru, mamá se equivocaba, caminaba entre palacios desconocidos, situados bajo cielos de otro mundo. Toda la gente con la que nos cruzábamos entre montones de nieve nos miraba con ojos feroces. Desde todas las ventanas nos contemplaban unos seres aterradores. Pero el más aterrador de todos era mi madre, la diosa que me traicionaba y a cuyo cuello me aferraba como si quisiera que volviéramos a convertirnos de nuevo en un solo ser. En primer lugar me había expulsado de su vientre de ámbar y calor, ahora sentía las terribles contracciones de la pérdida de la confianza en ella. Recordé el lugar más inexplicable de la abstrusa ciudad de mi memoria, la sala circular en la que me desperté, ese mismo día, en una cama instalada bajo las estrellas. Yo ya había soñado unas cuantas veces, hasta los nueve años que tenía por aquel entonces, con aquella sala. Ya había escuchado la voz autoritaria y brutal del médico invisible resonando en mis oídos. ¿Qué me decían esos sueños? ¿Quién era yo de verdad cuando no era el niño anodino del quinto piso del bloque de Ştefan cel Mare? El bosque giraba inmóvil a mi alrededor, como una fotografía circular en cuyo centro me encontrara. ¿Y si no hubiera regresado nunca al sanatorio y al mundo? ¿Y si hubiera continuado mi camino hacia adelante, todo lo lejos que me hubieran llevado mis pasos? Pero no existía un «adelante», porque había llegado ya al círculo más concéntrico de la diana. Desde allí solo podías regresar, y eso es justo lo que hice. De repente, de forma subliminal, empecé a oír los ecos de las voces de los niños y poco después también los vi, armados con palos y ceñidos con cortezas de árbol, persiguiéndose por los miles de senderos del bosque. Traian estaba solo, con una rodilla apoyada en el suelo, a los pies de un tronco gigantesco; las venas de las raíces se extendían a su alrededor como tentáculos negros. Contemplaba, entre helechos llenos de esporas marrones, un hervidero de bichos. Cuando me acerqué a él, se incorporó, me miró con sus ojos azules-cenicientos y me dijo: «Aguanta despierto esta noche».

Tras el ritual del momento de acostarse, el educador apagó la luz y cerró la doble puerta que aislaba nuestro dormitorio del cosmos. Sabíamos que no dormía lejos, que estaba en un rincón del mismo pasillo, porque algunas veces, cuando un crío salía corriendo al pasillo camino del váter, muriéndose de ganas de hacer pis, y las mujeres gordas no conseguían agarrarlo de inmediato de la oreja y llevarlo de vuelta a la cama

—a menudo con los pantalones empapados—, se presentaba el camarada Nistor. No vestía ropa de dormir, sino el mismo chaleco y la misma camisa blanca de siempre, incluso la corbata al cuello, como si durmiera vestido. Nistor acorralaba al chaval en cuestión con un odio y una crueldad supremos. Lo agarraba por debajo del brazo, lo tiraba en la cama sin decir una palabra y le soltaba una colleja terrible. Luego salía y el dormitorio se sumergía de nuevo en la penumbra.

Sentía que Traian tenía los ojos abiertos, clavados en el techo. Todos los chavales solían pasarse cerca de una hora dando vueltas y charlando, pues las pastillas no hacían su efecto sedante hasta más o menos medianoche. Prioteasa, con la mancha blanca del cabello brillando tenuemente en la oscuridad, se acercó hasta nuestra cama para que fuéramos hasta la repisa de la ventana, como siempre, pero esta vez Traian le dijo que quería dormir. Yo también miraba al techo. Las sombras se aclaraban en círculos cada vez más amplios, la banda de luz de debajo de la puerta se convertía en una cuchilla cegadora, suficiente para perfilar los rostros y las manos de dedos transparentes de los niños. Uno a uno, mis compañeros fueron cayendo dormidos. Dormían de espaldas, idénticos a sí mismos como esculturas en ámbar traslúcido. Yo perdía enseguida el sentido de la orientación, ya no sabía qué parte de mi cama apuntaba a la puerta, la cabecera o los pies. Todo el dormitorio parecía una caja minúscula, como un insectario, con extrañas mariposas pálidas, clavadas en sus capas de algodón, flotando en una noche sin márgenes. Ya no estaba aquí, en el sueño unánime, pero tampoco había penetrado del todo en mi sueño interior. Me encontraba en ese limbo en el que todavía vives en el mundo pero no tienes el mecanismo de confirmación de la realidad, como si caminaras por un hielo uniforme sin oír la voz que te susurra una y otra vez: sí, sigue adelante, el hielo es firme, todo está en orden, te sostiene, nada monstruoso ni ilógico te puede suceder. De lo contrario, ¿cómo podría creer en la ficción de la realidad sin esta instancia, sin la comisión que comprueba y estampa el sello, que declara y asume la responsabilidad de la textura de cada pared y de cada mantel, de cada matiz y cada vibración de la voz, de sensibilidades vestibulares, del frío y del bochorno, del amor y del odio? En sueños, la comisión de certificación de la realidad se levanta de sus sillas desfondadas, sale a almorzar y a fumar unos cigarrillos y nos abandona, sorprendidos e incrédulos, sobre una capa de hielo sin certificado de resistencia, en la que nos abruman la emoción y la euforia y el horror y el hechizo de un mundo sin la burocracia psíquica de lo real. Entonces sentí la mano de Traían en la mía y juntos nos incorporamos un poco. Pasamos entre las camas de hierro, apenas perfiladas en la oscuridad, en las que los niños respiraban suavemente, como al unísono, y nos dirigimos hacia la pared a lo largo de la cual se alineaban las taquillas en cuyo centro se encontraba la puerta. Traían me guio precisamente al rincón, frente al primer armarito alto y estrecho. Sabía que aquella taquilla no pertenecía a ningún niño. Abrió entonces la puerta y, en lugar de abrirse ante nosotros un mero armario tan profundo como para introducir el brazo, con baldas en las que guardábamos la ropa, penetré, tras mi amigo, en otro

espacio, una habitación pequeña que tenía todas las paredes de ladrillo y estaba iluminada por una lamparita encendida que colgaba de un muro. En la habitación olía a viejo, en el suelo había restos de mortero que se habían desprendido de los ladrillos, los agujeros de las paredes estaban cubiertos por tupidas y cenicientas telarañas. El camarada Nistor yacía allí, en una cama de hierro como las nuestras, el único mueble de la estancia. Cuando lo vi me quedé de piedra, pero Traían sonreía indiferente: «He estado aquí muchas veces», me dijo, ni siquiera se molestó en susurrar, como si el temido joven que nos zurraba durante el día fuera sordo o estuviera dormido como un tronco. Se acercó a la cama, lo agarró de la barbilla y le movió varias veces la cabeza a uno y otro lado. «Mira, no puede hacer nada…». Le levantó un párpado, dejando a la vista el globo ocular, con la córnea amarillenta. «Porque mira lo que he encontrado aquí», y le levantó un poco el pantalón para dejar a la vista, encima del calcetín, la piel peluda de la pierna izquierda. La luz era débil y rojiza, pero aun así pude distinguir con nitidez, como tatuado en la piel, un rectángulo que tenía dibujados en su interior siete u ocho signos, cruces, medialunas y ruedas dentadas, como trazadas por una mano insegura, infantil. Traian pulsó suavemente uno de los signos y, para mi espanto, el camarada Nistor se incorporó con brusquedad y se quedó así, en el borde de la cama, mirando al frente con severidad. «Espera, que no puede hacerte nada», me gritó el chaval, pero era tarde para detenerme. Aterrado, crucé la abertura estrecha del armarito y llegué a mi cama en un abrir y cerrar de ojos, donde me acurruqué bajo la manta temblando de miedo.

Traian vino inmediatamente tras de mí, me retiró la manta de la cabeza y me dijo que podíamos hablar en la repisa de la ventana. Me levanté de la cama todavía temblando y me encaramé a la repisa de mármol de detrás de las cortinas. Fuera brillaba la misma luna, esta vez era delgada y se inclinaba sobre el bosque. «He encontrado también esos tatuajes en las pantorrillas de las cuidadoras, e incluso en el brazo del médico, arriba, donde tenemos la marca de la vacuna. Una vez se le engancharon los extremos del estetoscopio a la manga de la bata y los vi. Son todos iguales, están todos metidos en la misma historia. No tengas miedo, que todavía no has visto nada que te pueda asustar. Te lo digo yo, tenemos que escapar de aquí cuanto antes, para que no nos suceda algo grave. O tal vez nos haya sucedido ya y no podamos hacer nada… Espera un poco, y procura no quedarte dormido, porque normalmente sucede a estas alturas de la noche». «¿El qué?», pregunté, pensando tal vez que estaba soñando aunque me encontrara allí, con Traian, a la luz de la luna, y la piedra de la repisa fuera suave y cálida, y todo pudiera ser tocado, olido y visto sin un atisbo de duda. «No lo sé, hay que esperar el ruido». «¿Qué ruido?». Traian retiró un poco la cortina dejando ver las treinta camas metálicas en medio de la penumbra, ordenadas en filas, colocadas de dos en dos como si allí durmiera una población de gemelos siameses. «Espera», me dijo. Las respiraciones de los niños se oían sin cesar, como un cántico fatigado, evanescente. Se veían incluso espectrales en la noche, como si en el dormitorio hiciera mucho frío. Permanecí así cerca de una hora, sin

saber qué pensaba, pero presintiendo algo que me enajenaría aún más de ese lugar mental, sometido a todos los vientos kármicos que denominamos mundo.

Y al final escuchamos el ruido. Un tintineo claro y puro que se diluyó enseguida en la oscuridad. En cuanto desapareció, como un rayo tras el cual la noche es más cerrada aún, observé que una de las camas empezaba a hundirse despacio, como si estuviera instalada sobre la plataforma de un ascensor grande y silencioso. Creí que era una ilusión, y miré a Traian, pero él asintió: «Se llevan a uno de nosotros casi todas las noches». La cama, con el niño dormido entre las mantas, desaparecía en el suelo sin emitir el más mínimo sonido y, cuando el cuerpo del niño hubo desaparecido también por completo, el suelo se cerró sobre él, como una interrupción incomprensible de las filas regulares de camas. No daba crédito a lo que veían mis ojos. El dormitorio permanecía sumido en la oscuridad y el silencio, los niños gemían suavemente en sueños, se movían de vez en cuando con sus pijamitas azules con estampados de jirafas, hipopótamos y elefantes, pero uno de ellos había sido raptado y engullido vivo en el vientre de la tierra sin que los demás se dieran cuenta ni se temieran nada. ¿Qué era en realidad Voila? ¿Por qué estábamos allí? De repente sentí tanto miedo que empecé a temblar de nuevo, mis dientes castañeaban como si fuera un perro acorralado. El vello de mis brazos, erizado por las minúsculas fibras piloerectoras, parecía un espacio lleno de electricidad, la tensión y la plenitud y lo insondable del miedo. ¿Me habría hundido también yo, alguna vez, mientras dormía, bajo aquel suelo movedizo? ¿Se habrían hecho también cargo de mí aquellas manos transparentes y aquellos ojos que aparecen solo en sueños? ¿Me habrían utilizado tal y como desmenuzan las avispas el cogote de las arañas arrancadas de sus telarañas, en busca de sus ganglios vulnerables? ¿Me habrían inyectado una sustancia paralizante en el tronco cerebral, en la zona denominada *locus coeruleus*? ¿Me habría despertado de repente, sin poder moverme, en medio de una sala de paredes blancas, cegadoramente iluminada por los focos suspendidos sobre las decenas de mesas de operaciones? ¿Me habría deslumbrado el instrumental metálico, monstruoso, desplegado por las paredes: cangrejos de metal, langostas de metal, pinzas, agujas y lancetas con manijas no pensadas para unas manos humanas? ¿Habría visto rostros desfigurados inclinados sobre mí? ¿Habría escuchado palabras secretas, palabras terribles de esas que un hombre no debería escuchar nunca? Traian me sujetaba por el hombro, sacudido a su vez por mis temblores. «¿Me han llevado a mí también?», conseguí susurrar, cortando las palabras con los dientes. «No, yo no lo he visto, no te preocupes… Tal vez no te hayan llevado…». Pero mis sueños decían otra cosa. Había sentido, lo recordaba con claridad, en uno de los sueños que había tenido en Voila, que me dirigía hacia el centro de la Tierra, había tenido la sensación de descender a las profundidades. Sí, no cabía duda, había estado allí, un cuerpecillo abierto e inerte en una sala fuertemente iluminada.

Entonces decidí huir. No podía quedarme en Voila ni un minuto más. «Me voy también yo», me susurró Traian. De modo que bajamos de inmediato de la repisa y

nos dirigimos a nuestros armarios. Nos vestimos a oscuras, colocamos el resto de las ropitas en las pequeñas maletas que habíamos traído. Traian cogió el frasco en el que el gigantesco grillo-topo descansaba en diagonal sobre las paredes de cristal. Con las sábanas de nuestras camas hicimos una cuerda que anudamos con firmeza al tirador de una ventana. Escapamos por el ventanal dejándonos caer sobre la hierba, en la parte trasera del pabellón, desde una altura considerable, porque la cuerda no llegaba hasta el suelo. Atravesamos luego el inmenso patio del sanatorio y alcanzamos, sin que nadie reparara en nosotros, la valla de la entrada. La salvamos en silencio y echamos a andar por la carretera oscura, entre colinas boscosas, salvajes, silbantes, hacia la ciudad.

No pasaba ningún coche, no había farolas. Los grillos cantaban a todo volumen. Caminamos toda la noche hacia casa. Al alba nos escondimos un rato en una caseta de guardabarreras ruinosa, junto a las vías, y después reanudamos nuestro camino. Nos alcanzaron cuando estábamos llegando a Ploieşti.

Capítulo 36

JUNTO con Mangalia, donde estuve tan solo unos pocos días con Ştefana, Voila es el lugar más lejano al que he viajado nunca, y lo seguirá siendo, no me cabe duda, para siempre. He oído que existen provincias más apartadas. En la escuela me mostraron un atlas con parches de colores llamados China, África, Argentina, Nueva Zelanda… Me explicaron que vivo en una esfera cubierta en su mayor parte por agua. Me describieron un universo fantástico y caótico donde las estrellas que flotan sobre mi cabeza son las vecinas más próximas al mundo terrestre. Conozco las galaxias y los *quásares*, pero no puedo evitar pensar que, en la infancia y en la escuela, habrían podido contarme cualquier cosa, hablarme de Rogaviria y Lezotixia, de los ríos infrarrojos de Zoroclasia, de las rocas de zirconio de Nbirinia. Habrían podido enseñarme otra matemática o ninguna, habrían podido pedirme que me aprendiera de memoria literaturas enteras inventadas solo para mí, fenómenos químicos imposibles de reproducir. Porque todo lo que me enseñaron mis padres o aprendí en la escuela es completamente ajeno a mi vida cotidiana. ¿Cómo puedo saber que existe Malibú si no he estado nunca allí ni he conocido a nadie que haya ido? ¿Cómo podemos llamar realidad a aquello que percibimos, las cosas de nuestro entorno, con una topografía que intuimos gracias a los ojos, los oídos, las puntas de los dedos y de la lengua y, simultáneamente, a los rumores sobre territorios, ciudades y estrellas que no veremos jamás? ¿Cómo puedo saber que existe incluso lo que tengo enfrente, el dorso velludo de mi mano, mis uñas duras, la taza de café de la mesa? ¿*Qué* es la realidad? ¿Qué motor visceral y metafísico convierte lo objetivo en subjetivo? He pensado muchas veces que nos equivocamos de medio a medio cuando contemplamos la realidad como un todo inmutable, simple y básico, puesto que ella es, de hecho, el animal más tortuoso, más estratificado, más lleno de órganos, tuétano, tubos, grasas y cartílagos que se pueda imaginar. El animal en el que vivimos, el gusano anélido de carne formada por el polvo infinito de estrellas.

Vivo en mi cráneo, mi mundo se extiende entre sus paredes porosas y amarillentas y consta, casi en su totalidad, de un Bucarest que flota en él excavado como los templos tallados en la roca rosada de Petra. Pegado a la meninge como un fibroma, en el borde de mi lóbulo temporal izquierdo, está también Voila. El resto es especulación, fantasmagoría, la ciencia del reflejo y de las refracciones en medios translúcidos. Mi mundo es Bucarest, la ciudad más triste que se haya erigido jamás sobre la faz de la tierra, pero, al mismo tiempo, la única verdadera. A diferencia de las demás ciudades de cuya existencia me han hablado —aunque sea absurdo creer en Beirut, adonde no iré jamás—, Bucarest es el producto de una mente gigantesca y brotó de repente a partir de los esfuerzos de un solo hombre por engendrar la única

ciudad que puede decir algo sobre la humanidad. Al igual que San Petersburgo y Brasilia, Bucarest no tiene historia, tan solo la remeda. El legendario arquitecto de la ciudad se preguntó cómo podría una aglomeración urbana reflejar mejor, de la forma más verdadera y más profunda, el destino terrible de la humanidad, la tragedia grandiosa y desesperanzada de nuestra estirpe. El constructor de Bucarest la proyectó íntegramente tal y como se muestra hoy en día, con cada edificio, cada descampado, cada interior, cada reflejo del ocaso en sus ventanas circulares, en medio de frontispicios arruinados por la intemperie. Su idea genial fue construir una ciudad ya en ruinas, la única en la que deberían vivir los hombres. La ciudad de las paredes medianeras a duras penas sujetas por grapas de hierro oxidado, la ciudad de los ridículos adornos de yeso, de los tranvías antediluvianos, de los marcos de puertas y ventanas torcidos y devorados por las termitas, de los adoquinados hundidos, de los patios tristes, con alguna adelfa olvidada, sin agua, en un escalón consumido por el paso del tiempo. La de las marquesinas con los cristales rotos, la de las escuelas-tipo con las paredes pintadas en un amarillo sucio, la de las estatuas cubiertas de cardenillo, la de las cúpulas oxidadas sobre los palacios destruidos del centro. La ciudad de grandes almacenes con ascensores viejísimos, con escaparates repletos de ropa pasada de moda, la de las sastrerías a las que ya no va nadie, la de las peluquerías con secadores estropeados. La ciudad de museos de cadáveres embalsamados que te miran con un solo ojo de cristal, la de las sifonerías con una rueda grande, azul, accionada por un pistón de cobre, la de los cines cuyos techos se desploman, en intervalos previsibles, sobre los espectadores. La ciudad de los álamos polvorientos, los árboles más tristes del mundo, que año tras año llenan las calles con montones de copos como pelusas de diente de león. La ciudad de las casas sin enfoscar, de los negocios coronados por una cúpula plagada de nidos de avispas. La de los barrios con coladas tendidas de una casa a otra e idiotas jorobados asomados a las empalizadas…

El arquitecto proyectó con todo lujo de detalles el mobiliario antiguo de cada casa, los muebles verdes de las cocinas, los divanes con colchones abombados, las librerías Doina y Felicia en las que se colocaba de todo excepto libros, las vitrinas con peces de cristal, muñecas con vestidos de nailon, las antiguas máquinas de coser Singer. Dejó puertas y pasillos de acceso, túneles de acceso y puentes de acceso entre todos los edificios. Concedió una curiosa importancia a unos lugares más siniestros, si cabe, que los simples barrios: cementerios con tumbas barrocas, extravagantes, más espaciosas a veces que las casas en las que habían habitado los muertos; la morgue central y decenas de empresas de pompas fúnebres diseminadas por la periferia, todas con ataúdes, coches fúnebres y coronas de flores apoyadas en los escaparates; hospitales miserables, verdaderos lazaretos medievales, llenos de las más terribles estampas de enfermedades implacables, de enfermedades de la piel y de todas las degeneraciones y taras de la maquinaria humana; iglesias con santos sudorosos bajo cúpulas de metal recalentadas por el sol; cárceles que derramaban por los arrabales

sus canciones tristes; piojos y amores inimaginables… El arquitecto trabajó con minuciosidad la forma de las nubes en los cielos polvorientos —globos de porcelana en un viaje continuo y, a su manera, único, típicamente bucarestino— incendiadas por el ocaso en el que se sumergen poco a poco, cada tarde, en el mar de ámbar fundido del crepúsculo. Los cielos de Bucarest, altos y estrechos como la torre central de las iglesias escondidas entre tilos y plátanos, eran siempre iguales, reflejaban con minuciosidad y maestría las más inesperadas imágenes alegóricas.

Bucarest no es una ciudad, sino un estado del alma, un suspiro profundo, un grito patético e inútil. Es como esos viejos que no son sino heridas ambulantes, nostalgias coaguladas como se coagula la sangre en la piel desgarrada.

Como cortesía para con la urbe de palacios en ruinas, con un centro nostálgico en torno al cual gira el ejército de bloques obreros, de fábricas de ladrillo, de cocheras de tranvías y de torres de agua, al arquitecto se le ocurrió enterrar en los cimientos, aquí y allá, entre sótanos hundidos, esqueletos inmemoriales, cables y cañerías, algún que otro solenoide que producía bellos efectos de levitación en las zonas más insospechadas de la ciudad. Eran cinco en total, y había además uno en el centro sobre el cual se erigió el gigantesco edificio de la morgue. Los demás estaban desperdigados por la periferia, pero mantenían una relación oculta con el solenoide central, tal y como se tocan los céntimos con los que creas una flor en la superficie brillante de la mesa. Sobre ellos construyó edificios heteróclitos para que el secreto fuera descubierto paulatinamente (o jamás) por sus inquilinos, que, al pulsar un conmutador inadvertido hasta entonces, se despertarían un buen día flotando entre el suelo y el techo en un estado de gracia y ligereza no solo corporal, sino de todo su ser, como si una enorme mano de luz los hubiera cogido con los dedos y los tuviera en su palma ante unos ojos ultra terrenales. O verían asombrados cómo no solo ellos mismos, sino el edificio entero, una casa burguesa de un gusto abominable, adornada como una tarta nupcial, se había desgajado de la base y flotaba despacio sobre los horribles cimientos, meciéndose mansamente, como una vejiga de cerdo, a merced del viento, y ellos, asomados a la ventana, saludarían con la mano a la muchedumbre de pasmarotes congregada en la calle. O, en Fontanela, el famoso aunque abandonado mercado de sueños de Vaschide, en la periferia de Ferentari, echarían a correr como perdices al ver, sobre la cúpula en forma de cráneo humano (con los huesos bien delimitados por las comisuras en zigzag), cómo se elevaba, flotando en el vacío, su sueño de la noche anterior. Me cuesta entender cómo es posible que incluso yo, ese que por definición no importa, haya recibido en esta vida una bobina mística en cuyo punto focal, a un metro de altura sobre la cama del dormitorio, despliego mi constelación personal —mis pobres dientecillos de leche— y caligrafío el mandala siempre ondulante y cambiante y distinto de mis abrazos con Irina. Sé que no solo para esto, para los dos retornos al paraíso, se me ha concedido este regalo, y no he perdido la esperanza de descubrir algún día para qué sirven en realidad los solenoides de los puntos energéticos de la ciudad. Por el momento, ese punto gracioso de mi

dormitorio es lo que más me deleita en este mundo. Cuando Irina y yo, vueltos cada uno hacia el vientre del otro, alimentándonos de él como los lotófagos, con los párpados entornados, sintiendo que el flujo de la voluptuosidad discurre con suma lentitud, como la miel, a través de nuestros cuerpos, mientras flotamos agarrándonos firmemente de las caderas con las manos, formamos el anillo de oro fundido, el nudo de brazos y muslos de oro fundido que brilla en la habitación oscura, siento que el resto del mundo es de viento y sueño, y que la huida, el único objetivo de nuestras vidas, está cerca, está a las puertas, ya ha llegado. Pero cuando estallamos ambos, vencidos por el orgasmo avasallador, palpitante, que sin duda nos mataría si durara más de unos minutos, nos escondemos tras nuestra piel, tan ignorantes y atemorizados como hemos sido desde que vivimos en este mundo.

Por muy caducos que sean, los momentos de amor físico son para mí, sin embargo, como los puntos dorados de las armaduras y los adornos y las pupilas de los personajes de las pinturas en claroscuro, que brillan más aún porque todo lo demás está sumido en la penumbra. Aparte de esos momentos, y aparte de mi continua búsqueda —de la que ellos son una parte inseparable—, no existe en mi vida, fíjate, desde hace casi diez años, nada más que los raíles del tranvía por los que me deslizo cada tarde hacia el fondo de Colentina y por los que regreso de noche a casa. Mi vida de lanzadera, de pistón, mi vida lineal entre los polos ridículos de mi planeta: casa-escuela, escuela-casa. Ahí, en ese lugar apartado, industrial, manchado de aceite y gasolina, donde incluso el aire huele a hidrocarburos, donde los pobres manzanos de la isleta de los raíles, al fondo, están tan negros como si los hubieran embadurnado con petróleo, ahí, a una distancia de decenas de estaciones de tranvía, donde se acaban los depósitos de materiales de construcción y los talleres de vulcanizado, se encuentra el espacio público de mi vida. Y en cuanto me apeo me tropiezo con alumnos que van ya camino de la escuela, con colegas aburridos, con padres que recogen a los más pequeños, que ya han acabado las clases. Reconozco mis puntos de referencia: la torre de agua, la Fábrica de Tubos, la fábrica abandonada. Los quioscos de refrescos. Enfilo la calle de la escuela con sus casas de pueblo, con cometas enredadas en los cables del telégrafo, dejo atrás la Automecánica y ya estoy en la escuela. Día tras día, invierno y verano, bajo lluvias torrenciales y en el bochorno insoportable de los veranos bucarestinos. El cretino asomado a la cerca de la casa de al lado, con los dos gorros de lana enfundados uno sobre el otro, me sonríe con sus labios anormalmente gruesos: bienvenido. Franqueo la entrada principal y me encuentro de repente en mi infierno personal, donde el castigo es la eternidad. La sala de profesores, los cuadernos de notas, los colegas comentando la película de la víspera, los radiadores pintados de verde, los carteles manchados por las moscas. Irina, a la que no miro porque aquí solo somos el profesor de Lengua Rumana y la profesora de Física. Spirescu. Gheară, que me tiende la mano y me suelta a bocajarro un chiste sobre transilvanos. El sonido increíblemente estridente del timbre. Cada uno coge un cuaderno bajo el brazo y se dirige hacia los pasillos y las escaleras. Nos

engulle la soledad glacial y la penumbra.

Hoy en la escuela había una agitación evidente incluso para mí, la desaparición del portero ha desconcertado a todo el mundo. Todos salen de clase con algún detalle nuevo, parece que los chavales no hacen otra cosa que embellecer la historia de Ispas y aderezarla con detalles de lo más variopinto. Los aullidos desesperados en el vacío se habrían oído en todo el barrio, cuatro días seguidos, especialmente a medianoche, cuando la gente se despertaba bañada en un sudor frío. Luego los gritos, los ruegos, las promesas a Dios y a todos los santos, unos gemidos provocados por unos golpes sordos y unos alaridos como de desollado vivo habrían disminuido, se habrían suavizado hasta convertirse en unos balbuceos cada vez más débiles, como los de un hombre atrapado entre los escombros de una mina, muerto de sed y de hambre, hasta que al sexto día se extendió el silencio por el campo oscuro, con agujeros de arañas entre los surcos. Mientras los gritos de mártir estaban en pleno apogeo, debió de acercarse hasta el campo un camión de bomberos que se habría adentrado con audacia, hasta la mitad de las ruedas, por el lodo y habría extendido hacia el cielo gigantesco una escalera telescópica, con un ser uniformado en la punta, provisto de casco y, por lo que pudiera pasar, de un hacha firmemente aferrada. Los niños le contaron a Florabela, al considerarla la más impresionable y la más ávida de sensaciones morbosas, que el bombero encontró allí, en el vacío, una esfera nunca antes vista, de varios metros de diámetro, cuya piel resultaba elástica al tacto. En su interior se escuchaban los gritos de Ispas. Asombrado al no ver nada en el punto en el que los dedos encontraban resistencia, el bombero atizó un golpe en ese lugar con el hacha, pero fue un error, porque la herramienta le fue arrebatada de la mano y cayó al suelo, adonde habría podido ir a parar también él, rompiéndose todos los huesos, si no se hubiera agarrado en el último momento a las barras de aluminio… Naturalmente, en unas historias más incongruentes aún, procedentes de cabecitas más exaltadas si cabe, aparecían ángeles, círculos de luz y cometas con habitantes sentados en cuclillas en el centro, e incluso, como reminiscencia de los iconos que muchos tenían en las paredes de las humildes casas del barrio, sobre el campo se abrían los cielos, y la esfera, ahora visible, como de cristal negro cubierto con una especie de escamas, se elevaba en el vacío de oro y púrpura para desaparecer en la gloria eterna de la Divinidad. En otros relatos, Ispas, completamente desnudo y sin esfera alguna, se elevaba al cielo en un rayo brotado de las nubes. O al menos eso es lo que juraban haber visto unos jubilados que, a las seis de la mañana, estaban en la cola de las bombonas en las cercanías del campo, al final del barrio.

Las profesoras habían olvidado las recetas y las panaceas y cotorreaban sin cesar sobre el portero, asustándose unas a otras y añadiendo, de tapadillo, su propia contribución a la historia. La conclusión general era que «quién sabe, querida, tal vez Ispas tuvo un presentimiento, tal vez no estaba tan loco como pensábamos nosotros. Quizá se lo haya llevado de verdad un platillo volante. Igual no somos los más listos del universo». Y a esta le seguían interminables debates sobre la formación del

cosmos, los millones de mundos con toda seguridad habitados, el milagro de Fátima y no sé qué documentales de la Teleenciclopedia que demostraban científicamente que… Cotorreaban también las señoras de la limpieza, que habían tomado por costumbre sentarse en la mesa de la sala junto a las profesoras, así que con toda seguridad habían llegado a imaginar que también ellas formaban parte del profesorado; cotorreaban asimismo sobre Ispas las personalidades ucranianas pintadas al óleo alineadas en las paredes de la sala.

Así que me alegré, creo que por primera vez, cuando sonó el timbre de entrada. Cogí mi cuaderno y subí al primer piso en busca de la clase de 5.º B, D, F, cualquiera sabe, más alejada, más brumosa y, finalmente, más dudosa que la Ultima Thule. En el camino infinito y laberíntico, bordeado por puertas cerradas, volví a saludar a la enfermera que depositaba en la lengua de cada niño alineado ante ella el azucarillo con la gota rosa, pegajosa, de la vacuna, y que me respondió educada, sonriendo y enviando al final de la fila al niño que acababa de ingerir el azucarillo. Detrás de las puertas se oían, como de costumbre, unos ruidos como de zoológico: cacareos, gritos y gruñidos confusos, como si animales de especies desconocidas que ilustraban una exobiología extravagante, estuvieran allí encadenados en diez filas. En un rincón apartado de la escuela encontré, por fin, mi clase; en la tablilla aparecía una letra de un alfabeto olvidado y, cuando entré, treinta niñas y niños se pusieron en pie. Me di cuenta una vez más del miedo que les tengo, de lo que me cuesta sostener las decenas de miradas castañas concentradas, como las bolas pegajosas de una única planta carnívora, sobre mi cuerpo envuelto en ropa barata de domingo. Así eran todas las clases, una drosera con sesenta esferas castañas que te atrapaban para soltarte luego reducido a un esqueleto ceniciento, vaciado del jugo espeso de tu sustancia cerebral. Hoy no me apetecía nada trabajar con los sustantivos y los adjetivos de siempre, y tampoco extraer las ideas principales de *El abuelo*. Les he dado tarea y, sentado en el estrado con la cabeza entre las manos, he empezado a pensar en mi historia, que construyo capa a capa con ruedas dentadas, tornillos infinitesimales y ejes de rubí sin ser capaz de entender cómo funciona el mecanismo ni qué sentido tiene, como si me encontrara debajo de un cuadrante en el que estuvieran inscritas las horas de un relojero, viviendo como un ácaro en una mota de polvo perdida entre las colosales ruedas y arcos, pegado a su superficie por un aceite ligero. Percibo el movimiento de las piezas de metal como si fueran pesados planetas, pero no puedo ver las cifras gigantescas ni las agujas que se mueven imperceptibles bajo el cielo de zafiro de la tapa. Se encuentran en la otra cara del mundo. Incluso aunque me elevara de repente, como por un milagro, de mi amasijo de balances, rueditas y piñones, incluso aunque saliera a la superficie, sobre el cuadrante, no sería capaz de entender que he vivido en un mecanismo que mide el tiempo.

Puedo dar testimonio de mis primeros recuerdos, de mi hermano ausente de ellos, del momento en que mi madre me abandonó en un hospital imposible de localizar en el que me desperté, en una mesa de operaciones, bajo las estrellas. Puedo hablar sobre

mi incomprensible sensación de predestinación. Sobre los médicos y los doctores que torturaron mi infancia. Sobre el libro que bañé literalmente en lágrimas, aunque no entendía nada de su contenido, cuando tenía unos doce años: *El tábano*, de Ethel Lilian Voynich. Sobre cómo volví a encontrar mucho después la novela con carbonarios y conflictos freudianos en la biblioteca de la Facultad de Letras. Sobre mi sorpresa cuando Goia me habló de la familia Boole y de las cinco hijas prodigiosas del gran matemático, y sobre la perturbación que este joven rubio, amoral y genialoide, amigo de Lewis Carroll, había provocado en esa familia, destejiendo su geometría lógico-matemática, lanzando por los aires sus principios Victorianos e inculcando en sus pensamientos la locura telescópica de la cuarta dimensión: mundos en mundos, desde las profundidades a las alturas, enlazados en una espiral asintótica de una grandeza que el pobre ganglio encarcelado en nuestros cráneos no podía abarcar. ¿Cómo no vas a creer que la sucesión *El tábano-Boole*-Hinton es una señal, un trayecto ejemplar, un mapa de tu gran plan de evasión? ¿Y cómo vas a considerar una simple casualidad el hecho de que Ethel acabara casándose con ese que recibió, tras una aventura rocambolesca de seis siglos, el monstruoso manuscrito Voynich? ¿Y por qué las mujeres gordas representadas en este manuscrito desnudas, con pezones rojos y melenas rizadas, bañándose en bañeras que se comunican entre sí a través de unas tuberías extrañas, son idénticas a las de los subterráneos de Bucarest, en el trayecto Comisaría de Floreasca-bloque de Ştefan cel mare-Policlínica Máquina de Pan? Y, además, ¿por qué las visiones de Nicolae Minovici en la época en la que se sometió a ahorcamientos controlados, en una de las dependencias de la morgue, durante varias décadas, (¿por pasión científica? ¿por un hedonismo sombrío?) guardan tanto parecido con los círculos cabalísticos dibujados en las hojas del manuscrito Voynich?

Otra fibra mnésica me llevaba aún más lejos, sin poder saber adónde, sin poder saber, por ahora, cómo se combinaba, cómo se entrecruzaba, cómo se atraía y se rechazaba alternativamente, como los polos de un imán, con la primera. En Voila, gracias a Traian, descubrí que, tal y como tal vez había ocurrido también antes, mi cuerpecillo había sido sometido, en una clínica subterránea, a una manipulación de la que no podía recordar nada, pero que mis sueños posteriores, con toda su imaginería aterradora, recogerían. Me atrevo a unir mis pesadillas y mis visitadores, y los fenómenos epileptoides que los acompañan o, tal vez, los generan, al trayecto hospital-Máquina de Pan-Voila, sin tener la pretensión de haber esclarecido siquiera una esquina insignificante del gigantesco puzle. Mis esperanzas por encajar las piezas de esta esquinita enlazan con lo que he descubierto recientemente sobre el domador de sueños, Nicolae Vaschide, pero sobre él no voy a hablar ahora.

Y luego está la superficie de mi vida, el trayecto casa-escuela, la certeza tras cuyos barrotes se oye el gruñido sordo de la fiera. La banalidad del mundo y de mi ser, que tienen su origen en el bofetón original: la reunión del cenáculo en la que cayó mi *Caída*. El veredicto sin derecho a réplica del gran crítico, que me sumergió en el

manuscrito que habría escrito de otra forma, colocado sobre él, con la punta del bolígrafo apoyada en la escritura inversa, leonardesca y cabalística de ese que (en este mismo instante) emborrona, con la tinta goteando en sus ojos, una ridícula Capilla Sixtina. Mi mundo, desde entonces, es ese que todos sentimos en la propia piel, el mundo de las ruinas y de la dictadura, el mundo del miedo, del hambre, de la estupidez y del frío. Siempre me he preguntado, sin embargo, antes de quejarme de mi destino de anónimo profesor de Rumano en la ciudad más triste de la tierra, si el escritor célebre, cuya *Caída* habría sido una ascensión, habría tenido un solenoide encastrado en los cimientos de su casa. ¿Habría podido él levitar, arrastrado hacia abajo por los bolsillos cargados de la gloria? ¿Habría descubierto él, que se habría pasado la vida en recepciones, coloquios y giras, a los piquetistas y, si lo hubiera hecho, se habría sumado a su protesta? ¿Se habrían desprendido sus ojos de las escamas de la adulación pública para poder ver cómo era aplastado Virgil como una cucaracha por la planta de la gran diosa? Pero ¿ven los escritores algo, alguna vez? ¿Se abren alguna vez sus puertas pintadas en el muro infinitamente grueso de nuestra celda de condenados a muerte?

En aquella velada terrible del Cenáculo de la Luna, la trayectoria de mi vida no solo se bifurcó, como un tronco, en dos ramas enormes, separadas a su vez en miles de ramificaciones que cubren toda la extensión de lo real, sino que estalló el mundo entero en una mitosis cósmica, una fisión universal que produjo dos realidades infinitesimalmente distintas al principio, pero cada vez más extrañas luego, a medida que se alejaban en el tiempo. No sé cómo es su mundo, aunque tal vez nos separe solo una membrana infinitamente delgada. Tal vez allí la dictadura haya caído hace mucho, tal vez un cometa lo haya destruido todo, dejando tan solo a su paso estrellas frías y polvo astral. Tal vez, a continuación, el paraíso haya descendido a la tierra. Tal vez en el mundo del escritor lejano y célebre que lleva mi nombre no se conozca la escuela 86, aunque exista también allí, periférica como las islas Marquesas o como las Híades, con su inútil coro de maestros como sarcoptos de la sarna en su dermis subterránea. En cualquier caso, él sigue escribiendo, tatuando las pieles de los libros, colmándolos de cosas bellas e inútiles, atroces e inútiles, enigmáticas e inútiles por las quila gente lo admira, como admira él al que hace juegos malabares con diez platos o al que levanta pesas de cientos de kilos o a la que tiene los pechos más grandes. Al igual que toda la música, toda la pintura, todo el pensamiento, toda la plegaria y todo el juicio de su mundo, sus libros permanecen en el interior, son inofensivos y ornamentales, hacen que la prisión sea más aceptable, el colchón más blando, el bacín más limpio, el guardián más humano, el hacha más afilada y más pesada.

A veces pienso que, sin embargo, tal vez algo me una —quizá incluso en este instante, como la conexión entre los electrones— a ese gemelo mío tan diferente, y a veces creo que estos puentes son los sueños. Tal vez nos encontremos en ellos. Tal vez algunas noches abra también él los ojos de repente para mirarse en los ojos de un

visitador, al mismo tiempo que yo, el del otro lado de la membrana. Tal vez también él se quede triste y desorientado, un día entero, tras el sueño epileptoide en el que su cerebro se hace añicos, lanzado por los aires por una ventisca dorada. O, tal vez, junto con otro mundo le hayan concedido otros sueños, igualmente falsos y dignos de desprecio, en los que recoge premios internacionales, es adulado por mujeres que hacen cola ante su cama y mira hacia abajo desde su pedestal, convertido en su propia estatua que domina una ciudad limpia, civilizada, aséptica, una Brasilia junto al Dâmboviţa… En fin, en algunas ocasiones pienso que, excavando durante varias décadas el gran túnel de mi huida, lanzando a mi paso, como un topo metafísico, metros cúbicos de tierra, llegaré al final, un infeliz e hirsuto abad Faria; no al divino espacio exterior bajo los cielos infinitos, sino a su celda, tan sofocante, tan infestada de olor a col fermentada, tan claustrofóbica y enterrada en medio de la gigantesca ciudadela como mi propia celda. En ese caso no nos quedaría otra que abrazarnos y llorar, y luego pudrirnos así, dos esqueletos abrazados, entre harapos deshechos, como los caparazoncitos y las patitas secas de las moscas en las telarañas. Todas las diferencias entre éxito y fracaso, vida y arte, edificios y ruinas, luz y oscuridad aniquiladas por el tiempo exterminador, el tiempo que no hace prisioneros.

El timbre me provoca un fuerte sobresalto. Los chavales se ponen en pie y, sin esperar mi permiso, echan a correr por todas partes, sacuden los pupitres, garabatean el encerado, se asoman peligrosamente a la ventana e invaden el pasillo. Soy arrastrado por la ola, me llevan en brazos, con los pies por delante, como un muerto al abandonar la capilla. Dos chicos y una chica por una parte, una chica y dos chicos por la otra. Me arrojan al pasillo con mi cuaderno y todo. La chica más vaga y más gorda recoge mi cuaderno del suelo y me lo acerca mientras me incorporo con dificultad, con la camisa fuera de los pantalones. Sobre su espalda pequeña y robusta, pecosa como un membrillo, puedo ver por un momento el número de matrícula impreso ahí, con la aguja de tatuar, para siempre. Es un número imaginario, la raíz de un número negativo. Me sacude un poco la pechera y las mangas y luego se pierde en el juego colectivo. Bajo a la sala de profesores adonde llego al cabo de varios años, al final de una serie de incontables peripecias.

Capítulo 37

NICOLAE VASCHIDE soñaba mucho mucho más que cualquier otro individuo. Soñaba de forma deliberada y metódica, pero no había soñado nunca con la serie de mujeres, a cual más hermosa —cada una de ellas dos veces más guapa que su madre —, que brotaron de él, casi sin madre, y que nacieron después, casi sin padres, una a partir de la otra, hasta que la última de ellas, a los ochenta años de la muerte del bisabuelo, llegó a deslumbrar al mundo con toda su exuberancia pagana. Su bisnieta Florabela era, ciertamente, una Venus de lile pecosa, con una melena pelirroja hasta la cintura, maciza, y con unos pezones que brotaban ateridos y excitados incluso a través de los correctos trajes de invierno, imposibles de ocultar. Tenía los tobillos gruesos de una diosa crónica y llevaba decenas de pulseras de oro y crisolita tintineando en ambos brazos, y una cadenita fina que medía sus pasos. Sus párpados estaban siempre pintados de kohl, y llevaba un *Salambó*, descuajeringado de tanto leerlo en los tranvías, en su bolso rojo. Los tonos agudos de su voz, imperceptibles, por fortuna, para nuestros oídos adultos, provocaban hilillos de sangre en los tímpanos de los alumnos, y tumbaban a las polillas en pleno vuelo y desorientaban a los murciélagos por la noche. A pesar de una sexualidad que irradiaba como un aura multicolor, nuestra colega de Matemáticas permanecía inaccesible y pura en su nicho en forma de concha rosa-nacarada. Florabela estaba completamente sola, tal vez porque resultaba imposible imaginar a un hombre apropiado para ella, capaz de resistir los ávidos ahogos de sus brazos y de sus piernas. Apareciera donde apareciera, toda ella llena de oro y pecas, ya fuera en el eterno tranvía 21 que nos llevaba hasta la última parada, ya fuera en el bosque Andronache, donde recogíamos con los niños bellotas para la industria farmacéutica, ya fuera en los pasillos de la escuela, Florabela carbonizaba todo en un radio de decenas de metros. Era el único ser de colores en un cementerio de ceniza. Una irisada, inmensa mariposa tropical, con el verde transformándose en rosa y luego de nuevo en verde, con unos ojos castaños aterciopelados, posada en la cima de una duna de arena extendida a lo largo de millones de kilómetros. Era como si su bisabuelo, el enigmático Vaschide, hubiera filtrado su último sueño a través de un sistema de lentes hembra, colocadas a una distancia igual a lo largo del tiempo, hasta alcanzar el límite de la belleza soportable para los ojos y la mente humanos. Porque, después de enseñarnos una tarde unas fotografías de su madre y luego de su abuela, hija única del investigador de los sueños, Irina y yo nos miramos de repente, inclinados sobre un álbum de tapas *kitsch* —lotos y cangrejos chinos de colas traslúcidas— y nos echamos a reír porque evidentemente habíamos pensado lo mismo. «No tengas nunca una hija —le dijo Irina—, piensa un poco en los pobres hombres…». «Incluso en las pobres mujeres»,

rematé yo para mí, porque cada una de las descendientes de Vaschide era dos veces más guapa que la anterior, y un tsunami sensual dos veces más violento que el de Florabela arrasaría todo lo que encontrara a su paso sobre la faz de la tierra. Florabela era el límite de belleza tolerable; más de eso habría sido algo terrible, escandaloso y tan inconcebible como una cuarta dimensión.

En esta época de penuria y depresión raras veces nos invitamos a nada. La gente no tiene nada que poner sobre la mesa y tampoco nada de lo que poder presumir. Las viviendas de la mayoría son unas cajas de cerillas proletarias, de paredes torcidas levantadas con ladrillos de hormigón, sin aislamiento, en las que en verano te derrites de calor y en invierno te mueres de frío. Los profesores se ven en la escuela y con eso tienen más que suficiente. Solo unos pocos han llegado a ser tan amigos como para ir de visita, por no hablar de celebrar fiestas… Los restaurantes no son sino tascas miserables donde no se puede comer y donde la bebida es, como mucho, un líquido aguachado y amargo en el que flotan unas hebras de hinojo, servido a modo de cerveza. En todo caso, demasiado caro para nuestros pobres salarios. Naturalmente, Gheară va cada domingo a casa de Steluja, «le sacude las alfombras» en presencia (y con la bendición) de su marido, indiferente a todo lo que sucede en este mundo. Y, por supuesto, también están las inseparables Mototolescu y Călătorescu, sobre las que se rumorea que comparten el mismo apartamento y tal vez la misma cama… «*Honni soit qui mal y pense* —suelta Spirescu con la boca pequeña—, qué más da, tal vez les guste tan solo dormir abrazadas, calentarse en las noches de invierno…». Y todo el mundo ríe por lo bajo porque las maestras solteronas fueron, al parecer, sorprendidas por los chavales hace ya varios años, en un campamento, ocupando la misma cama (aunque en la habitación había dos), una con la cabeza en los pies de la otra, muy acaloradas y con la mirada turbia. Pero ¿quién va a hacer caso de unos críos? Los demás o estamos solos o tal vez seamos, simplemente, muy discretos, como lo es todo el mundo, en todas las instituciones, en la desgraciada época que nos ha tocado vivir.

Por eso mismo, a Irina y a mí nos pilló desprevenidos la invitación de la profesora de Matemáticas para que fuéramos a su casa después de las clases, «a charlar un rato y tomar una copita de licor de guindas». Salimos en un ocaso verde-amarillento como veneno de serpiente. Para llegar más rápido a la parada del 21, cruzamos por la parte trasera de la escuela, junto a la fábrica abandonada, perfilada ahora —vestida de otoño y de melancolía— sobre el color límpido de la tarde. El edificio se mostraba silencioso e imponente, encerrado en sí mismo. A punto de echar a volar desde sus cornisas de viejo ladrillo, unos ángeles de escayola se estiraban patéticos hacia el cielo, sombreando con sus alas rotas, de las que afloraba una varilla de hierro oxidado, unas ventanas redondas como los ojos triangulares en la frente de las arañas. Algún que otro ángel de estuco, de cuya camisola se desprendía el revoque, conseguía liberarse de la pared de vez en cuando, daba una vuelta como de murciélago alrededor del barrio y luego regresaba al frontón de la fábrica, para

quedar inmóvil de nuevo en la línea de luz cada vez más sangrienta del ocaso. Llegamos a la rotonda embarrados y esperamos a que girara el tranvía que, por el momento, estaba estacionado en la otra parte, más allá del grupo de manzanos ennegrecidos. Alrededor, una soledad infinita: la Fábrica de Tubos en la lejanía; cerca del puente, la torre del agua con su gran cisterna blanca en la cúspide, y la avenida Colentina, recta como una flecha, que se afilaba en el horizonte con sus miserables talleres de vulcanizados, despachos de pan y talleres de zapateros remendones. No había un alma, era como si la mano enorme de un ser gigantesco nos hubiera transportado y depositado en el cartón grueso de la maqueta de una ciudad sin historia, sin realidad ni destino. El tranvía echó a andar y trazó con suma lentitud medio círculo hacia nosotros. Subimos juntos al vagón y nos sentamos en los duros asientos de plástico. Florabela en el tranvía era una imagen de Magritte: el asiento crujía bajo su trasero envuelto en seda; el trayecto, contemplado desde la ventanilla, se amontonaba en el espejo anular de sus pendientes, grandes, dorados y redondos, tan pesados que tiraban visiblemente de sus lóbulos hacia la parte inferior de sus mandíbulas, suaves y fuertes. Su boca, siempre pintada en exceso, lo impregnaba todo con el color unánime de una cereza madura. Su sonrisa de oreja a oreja —homérica dirías, si hubiera sido la de un hombre—, su risa excitante de bacante, que mostraba no solo su diastema y su lengüita de gato, sino también las amígdalas y la campanilla, hacía añicos los cristales blindados. Una diosa hindú de seis brazos en un tranvía que tendría que haber sido enviado mucho tiempo atrás al cementerio de la ITB, una diosa cuyos mudras brillaban en aquel espacio funcional y mezquino, una fuente de vida y de muerte, sin vida e inmortal, entre las chapas vibrantes y las ventanas sujetas con tiras de goma mugrienta, y las manijas que crujían al chocar contra el techo…

Al cabo de catorce paradas, un intervalo en el que habíamos atravesado Obor, nos adentramos por la calle Moşilor, ahora completamente devastada, como una fila de dientes amarillos, rotos y estropeados. Después dejamos atrás el Bulevar y giramos, entre las mismas ruinas apocalípticas, hacia Sf. Gheorghe, en el otro extremo de la línea. Pocas veces había llegado hasta aquí, hasta el centro. Nada más descender vislumbré la luna sobre el almacén Vulturul de mare. ¡Qué recuerdos tan alucinantes de mi primera infancia despertaban estos almacenes! Cuando subíamos en el ascensor a lo largo de las cinco plantas llenas de ropa, todos esos vestidos, aquellos maniquíes que me asustaban… Rodeado por aquel olor desconocido a tela y a cera, me aferraba tan fuerte a la mano de mi madre que mi manita se empapaba de sudor… El centro estaba lleno de edificios que parecían de papel, espectralmente iluminados. Era otro rostro de la ciudad que, a los tres o cuatro años, debía de parecerme infinita. Había estatuas en todas las plazas, personas gigantescas de piedra o bronce, pero transparentes y espectrales, porque lo que las tornaba así era el alumbrado público, mortecino y titilante bajo las estrellas embriagadoras. También ahora tengo, en el centro, el mismo sentimiento de extrañeza, de sueño, de irrealidad, cuando es de

noche y sopla el viento, y los trolebuses recorren iluminados las calles vacías…

Florabela vivía sola en un estudio, en el segundo piso de un pequeño edificio muy antiguo. Allí habían vivido también su madre y su abuela, porque era el estudio al que, cuando regresó de París para instalarse en la ciudad a orillas del Dâmboviţa, trasladó Vaschide su taller. Tenía una pared entera dedicada a su persona, cubierta de fotografías antiguas, con marcos rectangulares u ovales. Se trataba, más bien, puesto que ante él ardían siempre pequeñas candelas orientales, de una especie de altar que rendía culto al señor de los sueños. Por el suelo, frente a esa misma pared evocadora, se desperdigaban candelabros de bronce, jarrones con flores secas desde hacía tiempo, montones de libros amarilleados que amenazaban con derrumbarse cuando los tranvías pasaban bajo las ventanas de la casa. Las fotografías, que Irina y yo contemplamos largo rato antes de sentarnos, mostraban al investigador del sueño acompañado siempre de una niña con lacitos en el pelo a la que sostenía unas veces en brazos, otras sobre las rodillas; también aparecían ambos de pie, cogidos de la mano, y en estos casos resultaba sorprendente la diferencia de altura: el hombre parecía interminablemente alto, con la cabeza un poco agachada para no tocar el techo, mientras que la carita de su hija quedaba justo por encima de sus rodillas, y estiraba la mano todo lo que podía para agarrar sus dedos acromegálicos. Un aire a Poe, de extrañeza y melancolía, flotaba en todas las fotografías: un mundo sepia, un terrario con seres inmóviles que te dedicaban una sonrisa torcida desde el centro de su soledad.

El bisabuelo de Florabela, abuelo de Ortensia y padre de Alesia, era, en verdad, extraordinariamente alto. Pero más allá del hecho de que, en el paseo de la calle Victoria o en París —por la Rue Saint-Denis, donde funcionó durante mucho tiempo su taller de modelar sueños, en una de esas habitaciones que alquilaban las rameras de la calle—, sacaba al menos una cabeza a cualquier transeúnte con el que se cruzara, la impresión que causaba era la de la ascensión vertical, la del vuelo a través de sí mismo. Era como si a través de sus huesos tubulares —elevados como ojivas góticas hacia la cintura pelviana primero, desde donde cobraban impulso para llegar, como los ascensores en un edificio alto, hasta los hombros, las clavículas y los omoplatos para, finalmente, descansar en la cúpula del cráneo— circulara un champán espumante cuyas burbujas subieran cada vez más, amenazando con elevar al sabio onírico unos cuantos centímetros sobre la acera que pisaba. No era solo alto; su figura crecía y se alargaba a cada instante hasta que, como los campanarios, completaba su forma vertical. Su rostro era el mismo en todas las fotos: moreno, cejijunto y, bajo las cejas, los ojos brillantes y extraordinariamente tristes de los destinados a morir de tisis, además de una frente despejada, de sienes muy marcadas, nariz recta y labios hermosos, sensuales, tal vez lo único que no encajaba en su cara austera. La serie de niñas que surgió de él, cada una más maravillosa que su madre, heredó la boca, también femenina, del señor de los sueños.

Nació, por lo que contó Florabela y por mis vagas investigaciones posteriores

(perdí algunas tardes en la Biblioteca Nacional en busca de su famoso libro *El sueño y los sueños*[27], publicado en 1911, de cuyo prefacio extraje unos cuantos datos más bien confusos y ambiguos), en 1875, en Buzău, en medio de una ventisca que puso el broche final a uno de los inviernos más duros que se recuerdan; un invierno blanco, luminoso, que difuminó durante una temporada la miseria de la ciudad, una ciudad de la que solo se puede decir que no se puede decir nada. Unas cuantas casas, unos tenderetes, unos cuantos descampados y, arriba, un cielo amarillo, sin esperanza. Al niño le costó mucho empezar a hablar, así que su padre, el vendedor de quesos State Vaschide, no albergaba otra esperanza que plantarle un delantal en cuanto se hiciera mayor y tenerlo a su lado como pinche del negocio para que sacara, durante toda la vida, grandes bloques de *telemea*[28] de los bidones y los cortara en trozos grandes o pequeños, a gusto de los clientes. Pero cuando, a los cuatro años, empezó Nicu a farfullar unas palabras, sus padres habrían preferido que fuera mudo de verdad. Porque el niño «desbarraba», mezclaba todo de forma muy distinta a sus hermanos y hermanas mayores, como si el mundo que él veía no fuera el mismo que el de los demás. Su madre, Eufrosina, descubrió así que durante la noche anterior había tejido un jersey «con intestinos de cerdo». Su hermana Fevronia había dado a luz un segundo sol, que se había elevado desde su vientre hasta el cielo «como un balón hinchado con gas, en la feria». El propio State había cortado un gran trozo de queso que lloró y le suplicó que no lo matara, y de él brotó un chorro de sangre que le salpicó el delantal y cayó al suelo antes de ahogar en una charca gigantesca toda la ciudad. Y muchos otros disparates, de tal manera que, avergonzados ante la idea de enviarlo a la escuela, los padres lo mantuvieron encerrado en su casa de la calle Carol hasta que Nicu cumplió diez años. El chaval solía echar una mano, siempre empapado de suero hasta los codos, en la tienda de debajo de la vivienda. Pero poco tiempo después, mientras State y Eufrosina seguían recibiendo por parte de Nicu —a pesar de las reprimendas y palizas que se llevaba el crío— noticias sobre sus aventuras de la noche anterior (cuando, según él, les habían crecido unas alas de perlas y se habían elevado con ellas, como si fueran dos gorriones grandes y gordos, hasta el tejado ornamentado de la casa, allí habían tomado asiento entre dos ángeles de escayola, chismorreando y riendo con ellos y contemplando la calle desierta; o cuando lo habían cogido a él, a Nicu, y lo habían amasado y moldeado como si fuera una pasta, le habían puesto cuatro manos y cuatro piernas y un ojo en la punta de unos cuernitos de caracol; o cuando se habían reído ambos, detrás del mostrador lleno de bloques de queso, y sus dientes eran de oro, y su hijo mayor, Honoriu, estaba dibujado en una lámina de carnicero colgada de la pared de la tienda, dividido en zonas numeradas, y se reía también con los mismos dientes de oro), los clientes empezaron a observar algo más: que Nicu sabía escribir, con el bolígrafo que llevaba en la oreja, mucho mejor que cualquier otro crío de su edad, y que leía los periódicos con los que envolvían el queso, que era increíblemente listo y que sabía un montón de cosas. Así que empezaron a llevarle almanaques populares publicados en la parte

trasera de los calendarios, libros de cuentos y de aventuras… El niño devoraba toda la letra impresa que caía en sus manos. Un buen día, su padre tuvo que sacarle por la fuerza del retrete del fondo del huerto de donde se le había olvidado salir, pues sostenía un libro sin tapas, amarillento, cuyas páginas no contenían sino tablas logarítmicas. State se santiguó y se olvidó incluso de sacarse el cinturón. «Nicuşor, ¿tú entiendes esos números? —le preguntó mientras lo arrastraba, delicadamente, de la oreja—. ¿De dónde lo has sacado?». «Estaba en el descampado…». Y era verdad que solía encontrar en el descampado, junto al basurero, trozos descosidos de libros, folletos licenciosos, hojas sueltas de tratados de zoología o de arquitectura. Él lo cogía todo y se lo llevaba a la habitación que compartía con sus hermanos para guardarlo en su baúl, el único espacio que le pertenecía por completo y en exclusiva. Leía a la luz de la vela, hasta bien pasada la medianoche, sobre las proyecciones ortogonales de los edificios, sobre la anatomía de las piezas bucales de los insectos, sobre los gigantescos pechos de mujeres de melenas sueltas que gemían de placer, sobre las series de signos enigmáticos de los tratados de lógica simbólica. Las escenas de las novelas y los relatos sin el comienzo y sin las páginas centrales se enredaban en su mente como un mantillo de miles de fibras distintas; de este humus heteróclito se alimentaban, en cuanto cerraba los párpados, sus visiones nocturnas, esas que al día siguiente, asombrado, encantado o estremecido, relataba a sus padres y a cualquiera que quisiera —o no quisiera— escucharlas.

Al final lo matricularon directamente en el cuarto curso, después de que los maestros, una vez sometido a un examen, se santiguaran ante él como si estuvieran en la iglesia. Es cierto que el niño no sabía nada de lo que se enseña en la escuela, de lo adecuado a su edad. Pero leía y escribía sin cometer errores y podía pasarse hablando las horas muertas, él, el mudo de antaño, sobre cualquier cosa que se te pasara por la cabeza. En sexto y en séptimo, sus compañeros, unos niños simples y traviesos con la ropa rota por los codos, se encontraron de repente ante unas hojas grandes, arrancadas de un cuaderno, un poco húmedas, un poco sucias, que despedían un fuerte olor a moho, pero cubiertas de dibujos trazados en el interior de unos cuadrados. Eran historias ilustradas; en ellas, un personaje —siempre el mismo— vivía infinitas aventuras, desde la edad de piedra hasta el futuro más lejano, con los océanos y la jungla amazónica como fondo, peleando con serpientes y arañas gigantes, brontosaurios, piratas y sabios locos. Todas eran imaginadas, dibujadas, coloreadas y adornadas con globos llenos de palabras que hacía brotar de la boca de los personajes Nicu Vaschide, el chico alto y solitario del fondo de la clase. Durante varios meses los chavales no tuvieron otra pasión que la de pasarse las hojas coloreadas. Contemplaban a su autor con una especie de horror sagrado, destinado a aislarlo más aún, a hacer que su aura oscura brillara con mayor intensidad todavía. Cuando cesó la producción de esas historias ilustradas, este chico silencioso que jamás se mezclaba en sus riñas ni en sus juegos, les proporcionó una nueva sorpresa. Se trataba de un periódico, un periódico de verdad, redactado en su totalidad por Nicu. Era un

periódico sobre ellos, sobre su clase, sobre su vida cotidiana. En sus páginas no se inventaba nada, pero lo veía todo de otra manera, como bajo una lupa tan potente que los niños se asombraban ante la ternura y la resignación y la melancolía y la risa y la tristeza que, ahora se daban cuenta, habían acompañado desde siempre sus gestos, como las sombras de las nubes sobre las ciudades, día tras día y hora tras hora. El periódico, que aparecía a diario en un único ejemplar, era leído por todos respetando el orden establecido en una lista que fue confeccionada después de muchos puñetazos y tirones de pelos. El diario salió como un reloj hasta finales del octavo curso. Muchas chicas, llenas de admiración por ese compañero tan especial, habían intentado ganarse su amistad, pero él las había rechazado, como parecía rechazar de forma elástica, como los polos iguales de un imán, todo lo que había a su alrededor. Pero la verdadera sensación se produjo en una clase de Física, cuando lo sacaron a la pizarra, junto a muchos otros, al llegar a los problemas de óptica: reflexión, refracción, ángulos de incidencia, la cucharita sumergida en té que parece rota… El joven profesor de ojos verdes, muy inteligente, que desaparecería de la escuela poco tiempo después, le preguntó cómo se forman las imágenes en los ojos. Y Nicu, para sorpresa de los niños, preguntó a su vez: «¿Desde el punto de vista óptico o anatómico?». «Ambos», replicó divertido el profesor. Y Nicu empezó a explicar la visión: la estructura del globo ocular, el iris, la pupila y la retina, la imagen invertida recogida por los conos y los bastones, transformada después en impulsos eléctricos, los nervios y el quiasmo óptico, las proyecciones en el tálamo y luego en la zona óptica de los lóbulos occipitales. Añadió luego todo lo que sabía sobre los rayos de luz, sobre su focalización en la lente blanda del cristalino y sobre su proyección en la retina, incluso sobre la mancha ciega que todos tenemos y todos ignoramos —pero ¿cuántas manchas ciegas metafísicas, emocionales, místicas y kármicas tiene nuestro fantástico ser de carne y pensamiento?—, en la zona llamada *macula lútea*… Habló con minuciosidad, como un libro, durante más de media hora, en la que no se oyó ni un suspiro en los pupitres. Ningún profesor les había hablado así jamás a los chavales. Cuando Nicu calló, el joven del estrado permaneció un rato inmóvil y al poco empezó a decir algo, pero renunció y se puso a mirar por la ventana, donde sus ojos verdes se acentuaron con el verde de las ramas de la morera que golpeaban el cristal. Por último, cogió su cuaderno de notas y abandonó el aula sin decir una palabra.

Desde aquel momento, Vaschide se convirtió en una leyenda en la escuela, y lo seguiría siendo también en el liceo, el Sf. Sava del centro de Bucarest, la nueva ciudad de residencia de sus padres. Porque, de manera inesperada, un tío de Eufrosina murió y les dejó en herencia, como únicos familiares, un par de casas de una noble y generosa fealdad (un neoclásico amarillento como una muela estropeada) en un barrio bucarestino abarrotado de esos edificios burgueses con una marquesina de colores sobre la entrada y un patio con estatuas o una fuente en el centro. El joven fue admitido sin problema en el liceo más reputado de la época, avalado por la nota

máxima en todas las asignaturas (solo en Educación Física la había conseguido de forma poco honrada, a cambio de una pieza de queso por trimestre), obtenida en la escuela de Buzău. En el Sf. Sava, Vaschide mostró en todo su esplendor, como la cola abierta de un pavo real, la plétora de singularidades y de originalidad que lo acompañarían siempre, hasta su triste desaparición en 1907.

Su abuela Alesia, que tomó los hábitos tres años después de dar a luz a Ortansa —concebida con un desconocido o con ninguno, quién sabe gracias a qué partenogénesis, tal y como ella concibió a Florabela—, le contaba muchas veces a su nieta, cuando esta la visitaba en el monasterio, que su bisabuelo había sido en la adolescencia uno de los famosos excéntricos de Bucarest, junto con Chimba, Sânge-Rece, Bărbucică y el onanista Ibric, pero distinto de ellos, porque su extravagancia tenía más relación con el decadentismo y el dandismo que florecía entonces en Occidente que con el barriobajerismo apopléjico de Bucarest, anticipándose en cierto modo a la excentricidad asumida de los surrealistas. Al igual que Baudelaire, fallecido más de dos décadas atrás murmurando «*nom, crénom*», el joven Vaschide aparecía a menudo, en el liceo y en público, con las cejas afeitadas y perfiladas después en verde o azul. En una ocasión provocó desmayos entre las señoronas de Calea Victoriei, y fue cuando salió al paseo con una varilla afilada que atravesaba sus dos mejillas y de cuyos extremos, a ambos lados, colgaba una lagartija de esmeralda. En aquella época llevaba la cabeza rapada y adornada con tatuajes que reproducían exactamente los huesos craneales delimitados por los meandros de las suturas, numerados y sombreados con esmero: el hueso frontal, el etmoides, el esfenoides, los parietales, los temporales y el occipital. Los huesos de la base del cráneo estaban simplemente sugeridos gracias a ingeniosos escorzos. Más adelante, cuando su sueño adolescente se esfumó y Vaschide se convirtió en un sabio honorable con el tatuaje craneal escondido bajo el cabello largo, como si una jungla hubiera cubierto los templos antiguos de una civilización desaparecida, él relató que se había hecho el tatuaje en la prisión de Văcărești, donde un maestro en este arte (además de falsificador de dinero con un largo historial criminal) había trazado el dibujo a partir de una lámina anatómica arrancada de un tratado de osteología. Lo que no se veía y no sabía nadie —porque Vaschide se había sumido en la esquizofrenia y en la soledad mucho más que en la escuela primaria— era que el tatuaje del cráneo continuaba por la espalda, donde cada vértebra estaba dibujada con minuciosidad y numerada con flechas que terminaban a ambos lados. Las cinco vértebras lumbares dibujadas en la piel seca de la cintura del joven de menos de diecisiete años estaban coloreadas de forma caprichosa. De arriba abajo, los huesos anulares, con sus espinas y cuerpos esponjosos, eran de color rosa-sucio, azul oscuro, púrpura, ocre siena, amarillo luminoso. Vaschide nunca supo por qué el recluso había eludido tanto sus indicaciones como las características del modelo de la lámina. Solo al llegar a su casa descubrió las vértebras coloreadas, después de que el martirio del tatuaje hubiera finalizado, cuando se colocó de espaldas al espejo de la puerta del armario y se miró

con otro espejo, más pequeño, que sujetaba en la mano. Pero aquella combinación de colores le provocó una especie de placer extático, como si hubiera visto un aura que irradiara alrededor de su cuerpo formando un arcoíris de cinco matices mágicos. «Está bien», se dijo, como si hubiera entendido de repente que así tenía que ser. Luego inclinó tanto la cabeza hacia atrás que, como si fuera un nadador, su cráneo se sumergió en las aguas del espejo hasta las orejas, seguido de su rostro, con los ojos abiertos de par en par, con sus labios femeninos y su mentón. Y de ese modo Vaschide se fundió durante un minuto que le pareció durar varios siglos con el reino de los sueños.

Sus pensamientos, hasta ese momento tubulares y fríos como unas ampollas de cristal, reventaron como revienta el gran capullo del lirio, que se dobla y gira en una inflorescencia mirífica. Estaban los cuadros florales de los maestros holandeses. Estaba la plétora de azul y verde metálico de las colas de los pavos reales. Estaba el encaje seco de las flores de hielo. Estaba la anatomía de membranas y boca de gato de la vulva; estaba la explosión de negro pinnado del amor no correspondido. Estaban todos los paisajes del mundo. Estaba el aleteo de luz en todas las bahías. Estaba la crueldad serena de todas las fieras de piel moteada. Había un vestido de novia cosido con todas las ciudades. Había una piscina enorme, subterránea, que contenía todas las lágrimas vertidas en el mundo. Estaba el hombre del revés, el guante humano con los órganos internos a la vista, el árbol humano de Navidad con adornos de ganglios linfáticos, intestinos, glándulas y huesos, con el espumillón de venas y arterias, mientras que por dentro brillaban con intensidad las constelaciones, el sol y la luna. El cráneo de Vaschide no pertenecía ya al cosmos. Se había llenado de repente, como el cáliz del Santo Grial, con el hachís hialino del sueño. Cuando sacó la cabeza del espejo, rebosante todavía de la gelatina de la alucinación, el joven comprendió que el camino verdadero conduce al interior, como la galería de cuya oscuridad extrae el minero miríficas flores de mina. Despreció las extravagancias superficiales de su vida hasta entonces. Se dejó crecer el cabello sobre los tatuajes, se vistió con la ropa propia de un joven estudioso e hizo que todos olvidaran, ya antes del otoño, su antigua personalidad, que muchos asociaban a la hebefrenia.

No podías sembrar el sueño en el mundo, porque el propio mundo era un sueño. El fin de siglo había traído consigo, sin embargo, a las clínicas más modernas de Viena y París —aunque ninguna de ellas se hubiera liberado aún de Gall, Lombroso y Mesmer— un renacer en el estudio de la mente humana. Los románticos habían descubierto, medio siglo atrás, el territorio perdido del sueño y de la infancia. Achim y Bettina von Arnim, Jean Paul, Hoffimann, Chamisso, Nerval…, Poe… Escribieron muchas veces de forma farragosa, pero supieron captar en cierto sentido, como una llamita que brota de la madera húmeda, la intensa luz del sueño. Liberada de parábolas, de taxonomías y explicaciones. Heterotópica y asombrosa. Siguiendo sus huellas, Nietzsche, Kierkegaard y Dostoievski excavaron a su vez, a contracorriente en el progresismo inepto de la época, para desvelar el abismo de la mente, tan

insondable como los laberintos cársticos: la vergüenza, lo desagradable, la desesperanza, el miedo animal, el odio, la codicia, la vileza que yace en nosotros, la voluntad pervertida que deforma el castillo de cristal del pensamiento. De los poetas, el testigo de la búsqueda del yo más profundo pasó a los filósofos, que se la cedieron finalmente a los psicólogos clínicos. Charcot y Freud se convirtieron en los nuevos profetas, y el joven sabio Nicolae Vaschide se adentró, poco a poco, leyendo libros que le llevaban a otros libros, en el ámbito de la psicología abisal y de la investigación de la parte más enigmática de la vida humana: el sueño y los sueños. Estudió durante unos años Filosofía y Letras en Bucarest. En ese período se apropió de la ciudad alucinante, sin duda la más triste del mundo, de ese mar de tejados extraños y de figuritas melladas de escayola, de paredes ciegas y claraboyas, y con el dinero del vendedor de queso —que no cabía en sí de orgullo por tener un hijo universitario—, alquiló y luego consiguió incluso adquirir el estudio en el que nos encontrábamos ahora con Florabela, escuchando sus historias. Desde entonces, su mundo se redujo al espacio desolador de Sf. Gheorghe, donde los tranvías giraban en torno a una iglesia que temblaba con violencia al paso de cada vagón cargado de viajeros. Las aureolas de los santos pintados en el pronaos vibraban sonoramente, como unas grandes e irisadas pompas de jabón. Por las tardes, cuando el aire se tornaba rojo y polvoriento, cuando las siluetas de los transeúntes parecían sombras del infierno, el joven paseaba solo, durante horas muertas, hacia la Torre Colţea, y volvía luego hacia el Hospital Cantacuzino, atravesando a menudo el centro histórico, el centro de la rosa con el revoque descascarillado, un montón de calles y casas que se vaciaban por completo a la caída de la tarde. Regresaba luego a casa y empezaba su jornada de trabajo, que para él era la noche. Poco después abandonó sus preocupaciones filológicas e, incluso, el estudio de la filosofía. El sueño se convirtió en su único objeto de investigación.

Si no existieran los sueños, jamás habríamos sabido que tenemos un alma. El mundo real, concreto, tangible, sería lo único que existe, el único sueño permitido y, en tanto que único, incapaz de reconocerse a sí mismo como sueño. Dudamos de él porque soñamos. Percibimos exactamente lo que es —una siniestra prisión de la mente— solo porque, al cerrar los ojos de noche, nos despertamos siempre al otro lado de nuestros párpados. Es como esos viajes que te abren los ojos y la mente, como el vuelo de ese pájaro que otea desde la altura tierras lejanas. Tu pueblo no es el único del mundo y no es el ombligo del mundo. Los sueños son mapas en los que aparecen los extensos territorios de nuestra vida interior. Son mundos con una dimensión más respecto al mundo diurno y, sobre todo, respecto a nuestro cerebro, que recorre los nuevos paisajes sin poder entenderlos. Cuando ocupaba todavía los pupitres de la facultad, donde estudió a Schopenhauer y a Nietzsche y leía a Nerval, Barbey d’Aurevilly y Baudelaire, Nicolae Vaschide había comprendido ya el mecanismo del sueño con todos sus detalles deslumbrantes, tal y como Tesla podía visualizar sus motores de corriente alterna definidos en el aire, pieza a pieza, como si

de verdad estuvieran ante él.

Noche tras noche nos quedamos dormidos y luego soñamos. Nos sumergimos en la cisterna de oro fundido de nuestras visiones. Al igual que los pescadores de perlas, no podemos demorarnos demasiado en este entorno, pues la necesidad de respirar y la presión en las sienes nos obligan a salir periódicamente a la superficie. Cuatro veces por noche, descendemos a las aguas de nuestra mente más profunda, permanecemos allí un rato y luego, casi asfixiados, nos abrimos paso hacia la superficie. Extendemos por la mañana el puño y, brillando entre las líneas de la mano, encontramos las perlas empañadas por las que hemos puesto nuestra vida en peligro: pequeños fragmentos de nuestros califatos interiores. Aunque llegamos allí todas las noches, la mayoría de las veces regresamos sin embargo con las manos vacías. Nos quedamos asombrados y nos sentimos desdichados, porque *sabemos* que hemos descendido, *recordamos* cómo hemos abierto con el cuchillo la valva de las conchas, pero las perlas se han desperdigado por el camino, como si hubieran sido tan solo unas nubes extraordinariamente compactas o unos peces abisales que han reventado por su propia presión interna.

Entre las perlas que conseguimos conservar, los así llamados sueños (como si dijéramos señalando una escama: mira, un pez, y señalando un hueso hioides: mira, un hombre) no son siempre de la misma calidad. La textura y el color, el tamaño y la suavidad al tacto varían tanto —y nuestro estado de encantamiento y magia es tan diferente— que incluso en la época en que los sueños eran tan solo accesorios de las parábolas y de las historias que figuraban en las largas listas con explicaciones unívocas («si sueñas que orinas hacia el levante, serás rey»), las taxonomías de la noche los catalogaban meticulosamente en insectarios oníricos. Para Chalcidius (al que Vaschide leyó en una edición de su traducción de *Pimaios* que incluía más notas a pie de página que texto), el filósofo del siglo IV después de Cristo, había tres clases de sueños. Los primeros tenían su origen en nuestras dos almas, la sublunar o inferior, y la de encima de la luna. Nuestro sueño mundano produce *somnium* o *phantasma*, sueños originados por impresiones externas o por los restos mnésicos del día anterior. No significan nada, son solo un eco lejano del mundo filtrado por las paredes de los párpados cerrados. El alma superior produce sueños enigmáticos, laberintos por los que su mente deambula: *visum*, *oneiros*. Tampoco tienen un significado demasiado elevado, son únicamente esfinges sedientas de sangre. La segunda categoría de los sueños está compuesta por los que envían los ángeles o los demonios: *admonitio* o *chrematismos*. Son los sueños que te persiguen, las revelaciones prometidas, pero no concretizadas aún, como esa palabra que tienes en la punta de la lengua pero no consigues recordar. Poca gente tiene sueños así, pero quien los haya vivido aunque sea solo una vez no puede olvidarlos. Son esos en los que te encuentras con seres amados, fallecidos tiempo atrás, o con terroríficas arañas que recorren y forran de seda los subterráneos de tu mente. El éxtasis y la pesadilla, unidos a veces en sueños sobre acoplamientos agónicos, sobre sexos que se buscan y

se penetran infinitamente, irradiando el aura de placer amoral del vicio, son castigos/recompensas que recibimos, con los labios tumefactos por la voluptuosidad o con los dientes sorprendidos en el grito, de los ángeles del espacio intersináptico. Tampoco este segundo tipo de sueños dice gran cosa sobre ti, sobre tu verdadera imagen.

Porque la revelación que recibes tan solo unas pocas veces en la vida, el sueño esencial más verdadero que la realidad y único túnel que se abre en la pared del tiempo, a través del cual podrías escapar, llega con el tercer tipo de sueño, el sueño de la fuga. Procede de otra dimensión y lleva el nombre de *orama*. Es un sueño cristalino, sin ambigüedad, puesto que el enigma, transformado en hiperenigma, se revela al alma con una claridad alucinante, sin sombras, como una pirámide de cristal situada en el centro de nuestra mente. *Orama* es el plan de fuga que recibes en tu celda gracias a los martilleos en una pared a decenas de metros de altura sobre el mar. Se abre transparente ante ti, extraño e inutilizable todavía, como una página impresa para un analfabeto, como las sucesiones de ecuaciones para un profano. Lo ves todo claro, cada letra con sus serifas, cada cifra con su significado absurdo, pero ¿qué es lo que dice? ¿Cómo se relaciona lo que dice con tu destino? Recibes instrucciones vitales en una lengua desconocida o en un código imperceptible para tus sentidos y, sin embargo, sabes que ahí están la clave y la respuesta, y te esfuerzas por descodificarlas. *Orama* es la voz susurrada sin cuerdas vocales ni aparato fonador que te llama por tu nombre en plena noche. Es eso que te susurras a ti mismo, tú, que sabes mucho más, que de hecho lo sabes todo, a ti, el que no sabe que sabe. Vaschide abandonó la facultad bucarestina sin licenciarse para emprender un safari que continuaría durante el resto de su vida: la caza del sueño supremo, *orama*.

Para llegar a vivirlo con lucidez, para poder manipularlo con tu propia mente y, más aún, para escapar vivo e indemne de esa fantástica aventura, tenías que vivir en una ciudad de sueño. Bucarest, con sus desgarradoras ruinas, frontones, estatuas melladas y claraboyas con el cristal roto, no te podía llevar más allá del *chrematismos*. Uno de los últimos días que pasó en la Universidad de Bucarest, Vaschide tuvo la oportunidad de conocer a su ídolo, Alfred Binet, cuyo tratado de psicología aplicada había leído, arrebatado, de cabo a rabo. Binet pronunció un elegante discurso en el aula de la Facultad de Filosofía y Letras, habló sobre la novísima escuela de medición de la inteligencia humana, la normal y la patológica, que llevaba su nombre junto al de su colaborador Simón. Por último, Binet, que parecía recortado de las fotografías de sabios de la época, caracterizados por llevar patillas, bigote y unos quevedos cuyas lentes brillaban alternativamente, pidió voluntarios para realizar su examen. Vaschide fue el primero en levantar la mano, así que al cabo de media hora ya estaba garabateando, junto a otros quince estudiantes, un formulario extraño que parecía más bien una sucesión de códigos tipográficos que un test de inteligencia. Cuando terminaron, el célebre sabio recogió las hojas en persona y se retiró a una pequeña estancia contigua. Volvió al cabo de unos pocos

minutos, tan pálido que los rizos del complejo arreglo capilar de sus labios y mejillas brillaban más castaños aún. *Qui est Monsieur Nicolás Vaschide?*, preguntó con voz temblorosa. *C'est moi*, se levantó, sorprendido, el joven. *Venez*. Cara a cara, en la pequeña sala anexa, Binet le desveló, mirándole a los ojos, que había apreciado en todas sus respuestas, absolutamente extraordinarias, las señales de un oniromante. Más aún, las de uno de un talento excepcional. Mientras el sabio se perdía en exclamaciones y superlativos, mostrándole aquí y allá, en el cuestionario, cómo había dinamitado el joven las expectativas de una inteligencia normal, cómo había roto los parámetros de la escala hacia algo que no tenía nada que ver con la comprensión y la razón, sino con una especie de levitación de la mente sobre sí misma, Vaschide barajaba ya la perspectiva de París, el único lugar de la tierra en el que podías alcanzar el *orama*. Y, ciertamente, Binet, estrechando entusiasmado las manos del estudiante, le reveló la posibilidad de concederle una beca Hilel de dos años para que trabajara con él en París, en el Laboratorio de Psicología Fisiológica de la École des Hautes Études de la Sorbona. Aquel mismo verano de 1895, Vaschide se trasladó a la Rue Saint-Denis. Deambulando por los largos bulevares parisinos bordeados por obsesivos edificios de cinco pisos y sombreados por gigantescos, desvaídos plátanos, vivió aquellos días soleados en una soledad del todo distinta a la que estaba acostumbrado. Se hallaba tan solo que su cuerpo ni siquiera proyectaba sombra. Solo frecuentaba a Binet de vez en cuando, y ninguna de sus visitas duraba menos de seis o siete horas. Escribieron juntos, en una especie de comunión de ideas, unos cuantos trabajos tan extraños que no se los presentaron nunca a la comunidad científica: «*La logique morbide*», «*Les hallucinations télépathiques*» y sobre todo el terrible «*Essai sur la psycho-physiologie des monstres humains*». Binet lo introdujo, a partir del otoño (después de exponer, ante un jurado grave, con los rostros cubiertos, las grandes virtudes como soñador del joven rumano), en la oscura cofradía de los Oniromantes, surgida unos años antes, y que contaba con personalidades procedentes de distintos ámbitos del conocimiento, todas ellas ávidas por convertirse en exploradores del territorio de los sueños. El modelo de la sociedad fue el famoso grupo poético de los Hidrópatas, fundado una década antes, en el que habían participado Jules Laforgue, Charles Cros, Rollinat y otros funambulistas del verso simbolista.

La prueba de fuego que tuvo que superar el joven investigador fue la misma que para cualquier neófito: desde los cimientos de la Sorbona se accedía a un habitáculo ocupado casi por completo por un aljibe de agua templada. El examinando tenía que dormir una noche en el aljibe, de pie, con las plantas de los pies posadas en el fondo de la cisterna y solo la cabeza, de las fosas nasales para arriba, fuera del agua. A su alrededor, flotando sobre la superficie lisa, cinco oniromantes extendían su cuerpo como los pétalos de una margarita, con sus cabezas casi rozando la cabeza del soñador central. Todos estaban desnudos y todos dormían, deslizándose apenas en el balanceo de las masas líquidas, en la más absoluta oscuridad. Por la mañana, los seis

tenían que describir por escrito sus sueños de la noche anterior. El candidato solo era admitido si los elementos de su sueño coincidían al menos en parte con los de los demás, porque los elementos comunes dependían del talento del soñador y de su capacidad para transmitir la experiencia onírica del sujeto central. Nicolae, convertido en Nicolás, para todos aquellos extranjeros, aceptó ser el núcleo y el tallo de la flor acuática. Naturalmente, le costó bastante quedarse dormido de pie, ayudado tan solo por la completa privación sensorial en la que se encontraba. Los cinco que entraron en el recinto de uno en uno, a oscuras, no se conocían de nada. Al poco, tal vez como consecuencia de un largo entrenamiento, todos dormían. Se oía tan solo su respiración, filtrada por supuesto por las mismas barbas y mostachos de todos los personajes ilustres de la época; y al cabo de un rato también esta dejó de oírse. Vaschide visualizó su cerebro como si el resto de su cuerpo se hubiera fundido en el agua, y a su alrededor vio otros cinco cerebros, como pétalos de loto abiertos en el centro de la piscina. Cerró pues los ojos y se quedó dormido, así que no pudo ver las tiras de luz dorada, tímida y retráctil como los cuernitos del caracol que se extendían desde su mente hasta las mentes que lo rodeaban y que brillaban en la noche como las puntas de una corona. Por lo demás, nadie los vio, pues el recinto abovedado fue cerrado herméticamente por fuera.

Por la mañana, todos los oniromantes, interrogados por separado, relataron el mismo sueño. Vaschide se convirtió en un prominente miembro del grupo que incluía a unos doscientos hombres de todas las clases sociales. Debido a un chovinismo bien arraigado en las costumbres de la época, las mujeres, consideradas un híbrido entre niño y adulto, no eran admitidas en la cofradía. Una pena, porque el sabio rumano creía sobre todo en el espíritu femenino de los estados oníricos y estaba deseando experimentar con mujeres, cuantas más y más variadas, mejor. Su catastrófica pérdida de los favores del grupo oniromántico y su posterior regreso a Bucarest se produjeron sobre todo como consecuencia de este *hybris*.

Y especialmente debido a Chloe. En cuanto se presentaba ante un desconocido, Florabela no olvidaba nunca mencionar la sangre francesa que corría por sus venas. Cuanto más confianza iba teniendo con alguien, más información recibía el privilegiado sobre su bisabuela Chloe, sobre sus cabellos de Venus *botticelliana*, de un rojo intenso, sobre las constelaciones de pecas que cubrían cada trocito de su cuerpo, sobre su fabuloso apetito en la mesa, sobre su relación con un marqués y su trágica muerte, preludio de la de Isadora Duncan, pues, en un festival aeronáutico, su melena se enredó en el trenzado de mimbre de la barquilla de un *montgolfier* que, al elevarse, la arrastró por las nubes, ante los ojos aterrados de los espectadores, sin que el navegante supiera qué lastre llevaba consigo. El globo ascendió hasta la estratosfera y, al aterrizar, el cuerpo de Chloe se rompió en añicos transparentes y empañados como si de una gran muñeca helada se tratase.

Sin embargo, cuando Nicolae llevaba a cabo sus experimentos en su habitación parisina, la pelirroja era una más entre los cientos de prostitutas que hacían la calle en

torno a la puerta Saint-Denis, chicas de todas las naciones, colores y especialidades, desde hadas como de mármol antiguo hasta enanas horrendas, desde chinas y javanesas impenetrables —a veces en sentido literal— a viejas grotescamente maquilladas, con la piel del cuello colgando como los buches de unas gallinas desplumadas, desde falsas mujeres de doble uso hasta adolescentes angelicales, con falditas y lacitos en un cabello peinado por una madre amorosa. Por este hervidero de perfumes, tetas al aire y hombres sombríos que toqueteaban bien el género antes de comprarlo, bajo la luz como de orina de las farolas, pasaba cada noche el investigador de los sueños en busca de la pieza perfecta, de la pieza sexual y al mismo tiempo psíquica. Y es que —un hecho sorprendente y no intuitivo, escandaloso en cualquier caso— todas las fulanas, incluso la más enferma y más deteriorada, que no abrían la boca sin proferir obscenidades y que recibían cada noche la descarga de siete u ocho hombres en todos sus orificios enrojecidos y tumefactos por el uso y el abuso, escondían bajo el cráneo un cerebro idéntico al de Volta, Flammarion, Immanuel Kant o Leibniz, y gracias a él tenían acceso al espacio lógico, a la esfera de cristal de las estrellas inmutables, al conocimiento del bien y del mal que solo los arcángeles han alcanzado en algún momento. De su carne atormentada por machos y hembras, llena de moretones y magulladuras, de su cadáver verdoso que había vivido a la luz insana del gas lampante, desde el infierno de su espacio urogenital, se elevaba, por un tallo delicado, a través del tubo de las vértebras, para abrirse bajo la bóveda del cráneo, el más puro, el más diáfano, más virginal y más frágil globo de diente de león: el círculo místico de la mente. No era la mente de los pensadores, de los matemáticos ni de los sabios lo que interesaba a Vaschide, sino la de las mujeres perdidas, la de las hijas del placer, porque el diamante brilla sobre el terciopelo negro y el cielo es iluminado por las llamas del infierno.

Cada noche elegía a una mujer, cada noche probaba con ella una voluptuosidad diferente. Aunque las posibilidades de acoplamiento de nuestros cuerpos parecen estereotipadas y pobres, el placer estalla de mil formas distintas a través de la inagotable sed de goce de la mente. El sexo entre los muslos, el sexo entre las nalgas y la boca caliente, húmeda, con una lengua más erótica que los labios, son solo los cimientos, fácilmente cartografiables, del edificio del amor carnal. Pero el centro del placer está en el cerebro, y aquí se abre un laberinto de senderos, oscuros y ardientes, que Irina me reveló a través de las historias que susurraba en mi oído, ronca y jadeante, mientras nuestras manos acariciaban obscena y delicadamente los sexos, unas veces el nuestro, otras el del otro, que a Vaschide le revelaron, ochenta años antes, los cientos de mujeres que pasaron por su cama en la etapa parisina. Aprendió así que existe una inteligencia del sexo tan sorprendente como la del cerebro, y que, tal y como el cerebro rezuma deseo, también el sexo irradia inteligencia divina. Las fulanas más deseadas y buscadas no eran las grandes bellezas, muchas de ellas frígidas, sino las sabias del placer, las pensadoras de la pasión, las poetas de la concupiscencia. Entre todas ellas, Chloe poseía el genio, irreductible y milagroso, del

acoplamiento sexual. No hacía nada especial, distinto, perverso, era sobre todo obediente y tímida en la cama, como una esposa cálida y buena. Pero ¿por qué los hombres se sentían exprimidos al amanecer? ¿Por qué no conseguían recuperarse al día siguiente? ¿Por qué la buscaban después, con ojos vidriosos, cada noche? ¿Por qué un soneto te deja frío y otro, compuesto por un gran poeta que sigue las mismas reglas prosódicas y que también utiliza palabras, te conmueve hasta lo más profundo?

Vaschide consideraba el sexo como un portal hacia el verdadero palacio, que era el cerebro, como si el túnel vaginal, al igual que los demás, llevara a las profundidades del castillo de cristal. Porque su noche, con una mujer acostada a su lado, empezaba solo cuando los abrazos y las penetraciones habían terminado. Cuando en la habitación se instalaba el silencio apenas perturbado por el murmullo incesante de la calle. Entonces aquellos dos animales que se habían abrazado salvaje y tiernamente cerraban los párpados y, casi al mismo tiempo, perdían el mundo. Durante dos años, Vaschide se había quedado dormido cada noche de la mano de una mujer desconocida, trenzando sus dedos con los de ella como si fuera una dulce prometida conocida desde la infancia.

Había dormido y había soñado. Había soñado sus sueños, como si hubiera aspirado por la nariz, a través de billetes enrollados, rayas de cocaína. Todos ellos tenían matices diferentes, una consistencia y una texturas distintas, como los treinta lapiceros de colores que llevaban los estuches de la infancia. Los sueños de la kirguiza, de la hotentota, de la uruguaya, de la árabe. Los sueños de la lesbiana y de la universitaria brillante que practica la prostitución por placer y perversidad. Los sueños de la cantante de *cabaret*, de la mendiga gitana, de la niña de quince años y de la mujer canosa, de abrazos más dulces que la núbil. Cada mujer era en su vida cotidiana un clima, un mundo maduro y rezumante como un higo, con sus hermanas y amantes secretos y sus hijos y padres y el dinero y sus cosas. Pero cada una era ella misma en sus sueños. Allí no llegaba ningún hombre, allí vivían solas con la voluptuosidad íntima y profunda de las que, en sobremesas lánguidas, desnudas y con las piernas abiertas, se procuraban solas, en sus camas, con los ojos cerrados, placer. Nicolae se dejaba envolver, noche tras noche, en la melena dorada de sus visiones como en una red dorada de hilos de araña, conectada a sus mentes cautivas, conectada a su mente insaciable. Había construido así, con los cráneos con los que había entrado en contacto, una especie de ciudad subterránea, un hormiguero o una termitera con estancias esféricas unidas por túneles largos y ventilados. El centro lo ocupaba su cráneo de señor de los sueños, y a su alrededor había cientos de cráneos de soñadoras. Vagaba noches enteras por su inmenso castillo, llegaba hasta esferas lejanas, como cuevas atestadas de piedras preciosas, visitaba uno tras otro burdeles aterradores y extáticas salas de tortura. Probaba, como un catador de vinos, el sueño *somnium* y el *phantasma*, el *visum* y el *oneiros*, pero se detenía sobre todo en los que le enviaban los ángeles malos y los demonios benévolos, el *admonitio* y el *chrematismos*. Su figura alta y extraña, envuelta en un manto, se deslizaba, como el

antiguo rey Tlá, a través del laberinto subterráneo de su vida nocturna. Abría puertas que desembocaban en estancias circulares, subía y bajaba escaleras en gigantescas cárceles de mármol, disfrutaba de todas las bondades de su templo onírico. Pero no se atrevía a entrar en una de las salas, porque sabía que allí, cerrado en una barrica con duelas de acero y atado con unas cadenas tan gruesas como puños, esperaba un monstruo terrorífico. Pues no existe castillo sin estancia prohibida, esa en la que habita el objeto más insoportable del cosmos: la verdad.

Durante dos años, Vaschide disfrutó feliz, en su aposento, de los placeres sexuales y de los sueños, tan intrínsecamente emparentados. Pero hasta que conoció a Chloe no pudo rematar ni sus investigaciones ni su destino. Maldijo muchas veces el día (19 de noviembre) en que la conoció, pero más veces aún agradeció al cielo haber accedido gracias a ella al sueño supremo, el *orama*. La mujer le pareció en un principio ordinaria, como todas, pero su perfume especial, de pelirroja, lo pilló desprevenido e hizo que la prefiriera por encima de las demás pelanduscas que hacían la calle. Chloe era maciza como una pesada estatua de bronce, como lo serían también su hija, su nieta y su bisnieta. Cuando se tumbó en la cama, las lamas crujieron debajo del colchón, y aquel hombre alto y melancólico se sintió desfallecer. Se acostó junto a ella y la abrazó como a todas las demás, pero su sexo seguía flácido y pequeño como una oruga, y ningún esfuerzo mental, ninguna imagen desenfrenada, ninguna caricia con su propia mano o con la de la mujer, consiguieron despertarlo. Se limitó a besar, envuelto en su melena cobriza, a la primera mujer que lo había vuelto impotente y así, con los labios unidos y las largas pestañas enredadas, se quedaron dormidos; ella fundida en su pecho, él hundiendo su cabeza, echada hacia atrás, en el espejo del sueño.

En el sueño de ella, que con el paso del tiempo se convirtió también en el suyo durante casi un año —período en el que durmieron juntos noche tras noche—, caminaban de la mano por una ciclópea sala circular, más vasta que el espacio abierto, más espaciosa que la mente. La sala estaba coronada por una bóveda de una altura vertiginosa y, bajo sus pies descalzos, pues ambos estaban completamente desnudos, las suaves losas de piedra transparente emitían un repiqueteo apenas perceptible. A su paso, rodeadas de bruma, las huellas de sus pisadas se difuminaban lentamente, desaparecían en los cuadrados de dos colores, como los de los tableros de ajedrez. Por la superficie gigantesca de la sala estaba desperdigada, menuda como una población de mirmicoides, gente, gente de todo tipo, mujeres y hombres, ancianos y niños que, inmóviles como estatuas, miraban en una única dirección. Era la misma dirección hacia la que se dirigían también ellos, el centro sagrado de la sala. Sin embargo, cuando la pareja abrazada pasaba a su lado, la contemplaban con una expresión enigmática, con una sonrisa sombría, como si la revelación que los esperaba en el centro pudiera ser, todavía, evitada. Pero Chloe y Nicolae seguían caminando hacia adelante, como mariposas atraídas por la llama, a través de una muchedumbre cada vez más apiñada a medida que se acercaban al objetivo. También

el aire parecía adensarse, adquiría la consistencia, el aullido sordo y el sabor alcalino del viento en la tormenta. Avanzaron a través de cientos de sueños bajo aquella bóveda más grande que la bóveda celeste, tropezando con montones de seres vestidos con extraños atuendos, algunos de otra época, abriéndose camino entre sus cuerpos inmóviles y, al final, cuando la muchedumbre se hizo compacta, literalmente a empujones. Durante el recorrido de los sueños que se fundían en uno solo y que se volvió tan obsesivo y material que Vaschide olvidaba al instante, por la noche, cuando se encontraba con Chloe, qué había hecho durante el día —las compras, las lecturas, los estudios, los trabajos del laboratorio, los paseos por la rue Mouffetard y la rue morgue—, como si su vida cotidiana hubiera sido una decepcionante sucesión de sueños mortificados, el vientre de Chloe empezó a hincharse, despacio, como si en él creciera un fruto mágico. Aunque nunca había podido penetrarla, Nicolae la había fecundado de alguna manera, porque la gran pelirroja desnuda era cada noche más pesada y se volvía más lívida, tenía el vientre más lleno y su paso era más ondulante, y la huella de sus pies en las losas era más ancha, rodeada por un rocío menudo que se evaporaba al cabo de unos instantes. Cuando, después de unas trescientas noches de camino por la sala circular, de lucha con la multitud arremolinada en el centro, los dos se abrieron paso hasta la primera fila de visitadores, a Chloe le llegó el momento.

En el centro de la sala había una especie de cama de hospital, con tableros blancos, metálicos. Sobre una sábana bien ajustada al colchón, había un hule marrón que cubría tres cuartas partes de la cama. Un niño de unos cinco años, pequeñito, estaba acostado con la cabeza apoyada en la almohada de una cama demasiado grande para él. No dormía. Se contemplaba de vez en cuando los dedos, miraba a ambos lados, jugueteaba con los botones de su pijamita con dibujos de cebras y elefantes. No parecía ver a la gente que se había detenido a veinte metros de su cama, como si a su alrededor se hubiera trazado un círculo más allá del cual fuera imposible avanzar. Vaschide, al menos, lo sentía con todo su cuerpo. El aire, que se había tornado cada vez más denso, se transformaba al otro lado del círculo invisible en una gelatina asfixiante y lanzaba gritos inaudibles como los de un murciélago o los de un cetáceo en el fondo de los mares. Te rechazaba de forma elástica, como el polo idéntico de un imán. Cientos, miles de miradas atravesaban, sin embargo, de derecha a izquierda, la barrera, y revestían la escena del centro de una tensión insoportable.

En el último sueño, hacia la primavera, el círculo de espectadores se vio inesperadamente rasgado por una mujer desnuda, embarazada, que, de repente, liberándose de su alto y saturnino esposo, avanzó por el espacio vacío y se acercó a la cama. El niño la vio al instante y, sin mostrar demasiada sorpresa, se incorporó en el hule marrón. La mujer se tumbó a su lado, en el borde de la cama, mirando intensamente, con amor de madre, sus ojos negros y soñadores. Entonces salió de su vientre una niña, limpia, rosa, con los ojos abiertos como una muñeca viva, que se elevó en el vacío, sobre ellos, unida a ella tan solo por el cordón umbilical, como un globo hinchado con un gas más ligero que el aire. Vaschide, asombrado, miró a su

alrededor y vio que la inmensa muchedumbre, que lanzó un grito de victoria y alegría suprema, tenía los ojos anegados en lágrimas. La niña levitaba, moviendo sus miembros suaves en el espacio ambarino; parecía un bebé nadando en el mar sin que nadie le hubiera enseñado, una foca delgada y ágil. El niño agarró el cordón que se perdía entre los muslos de la madre, de los que no había brotado una sola gota de sangre, y comenzó a manejar a la niña como si fuera una cometa, subiéndola y bajándola sobre las cabezas del gentío. Finalmente se inclinó y, con ayuda de unos dientes brillantes, más afilados de lo esperado, cortó el cordón y dejó a la vista, como en un cable aislado, las dos arterias y una sola vena, cuyos extremos sobresalían un dedo de la membrana húmeda que las cubría. Soltó luego a la niña, que echó a volar elevándose cada vez más hacia el ápex de la bóveda, hasta que se fundió en la bruma ambarina de la altura. La mujer totémica y el niñito se abrazaron y, con las cabezas unidas, miraron hacia arriba, en dirección a la niña. Después, cuando esta se perdió de vista, permanecieron un rato así, como un grupo escultórico dedicado a la maternidad y, tal vez, como una *Pietá* —cubiertos por la nieve de las miles de miradas azules, castañas y verdes—, hasta que Vaschide se decidió a enfrentarse a aquel espacio vivo que gruñía sordamente, el espacio psíquico de las obsesiones y las fobias, para llevarse a su mujer a casa. Se lanzó sobre la cama de hospital del centro de la sala como si hubiera saltado de un avión, sin paracaídas y sin la más mínima esperanza de llegar ileso al suelo. El aire rancio, denso, le arañaba la piel, se la pegaba a las costillas, la hacía ondear como el aleteo de las placas de un estegosaurio. Su mirada se aplastaba contra las córneas y regresaba a los globos oculares, emborronando las retinas. Pero el hombre seguía avanzando a través de la ventisca emocional como se enfrentaría a la depresión, como se atrevería a retar a las alucinaciones sin medicarse, como saltaría de un trapecio sin red, dando volteretas y piruetas de virtuoso en el vacío. Cuando llegó, se aferró con desesperación a los pies de la cama, como un ahogado, e intentó agarrar a Chloe de la cintura. Pero la pelirroja se había vaciado de su propia sustancia como si, al igual que en los insectos, la niña hubiera ocupado todo su cuerpo y hubiera salido rasgando su piel en sentido longitudinal, sacando su cabeza de la cabeza de la mujer, el cuerpo de su cuerpo, las piernas de sus piernas, los brazos de sus brazos, dejando tras ella la exuvia desnuda, el simulacro inerte, la cáscara traslúcida destinada a convertirse en harapos y a ser desperdigada por el viento. Chloe estaba ahora inmóvil y vacía por dentro como una muñeca sexual. Y sin embargo, justamente ahora, demasiado tarde, su imagen excitaba poderosamente a aquel hombre que por fin, por fin, sentía su sexo en erección, más fuerte y más duro y más empinado que nunca. Como esto no había sido nunca posible junto a Chloe y como sabía que la erección acompaña siempre al sueño, indiferentemente del contenido de este, Nicolae supo que se encontraba en el otro lado y decidió que había llegado la hora de despertar. Besó suavemente, en los labios, a la muñeca hinchable que permanecía todavía en la cama, apoyada en el cabecero y, bajo las miradas asombradas-encantadas del chiquillo, se abofeteó las

mejillas, se pegó contra el cabecero, se tiró al suelo y forcejeó, rodando y golpeándose sin piedad, hasta que por fin abrió los ojos, al amanecer, en su estudio de la Rue Saint-Denis. Chloe no estaba a su lado y no volvería a estarlo jamás.

Vaschide no intentó reencontrarla: la mujer, literalmente, había abandonado su mente para siempre. Tampoco perseveró en sus experimentos con los sueños —el lugar geométrico donde el sexo se alía con el cerebro y saca el corazón del tablero de ajedrez—, porque había estado en la gruta en la que nada la sirena. Había llegado —lo sentía— hasta en el aposento más profundo del palacio interior y había contemplado su propia verdad en el rostro de la niña que se elevaba a los cielos. Tras esta niña inesperada e imprevista, producida por el semen de su sueño, deambuló Vaschide lo que le quedaba de vida. Se quedó un año más en París, dedicado únicamente en solitario a su obra científica. Había descubierto —y lo demostró en los ochenta ensayos que escribió febrilmente— que los sueños no son imágenes, sino emociones abrumadoras, que las emociones incontroladas, sin rostro y muchas veces sin nombre, se visten con el manto del espacio visual, con escenas y personajes, para danzar sus bailes nupciales, horribles, cautivadores, perversos y, por último, mortales. Así que el corazón, expulsado del centro del mundo, de entre el sexo y el cerebro, y arrojado a la basura como un harapo romántico pasado de moda, regresaba al psicodrama como su verdadero motor, escondido bajo el tablero de ajedrez, un poderoso imán que arrastra las virutas de hierro en combadas, tensionadas líneas de fuerza.

Lo importante, sin embargo, era la niña. La había bautizado ya con el nombre de Alesia antes incluso de haber logrado dar con ella. La buscó primero en los orfelinatos de París, donde las monjas cuidaban a cientos de niñas sin futuro, pastoreándolas como rebaños de pulgones. Luego intentó encontrarla en los parques, donde las criadas paseaban grandes cochecitos de bebé por las alamedas. Los gendarmes comenzaron a seguir enseguida los pasos de un hombre maniaco, alto, delgado y moreno, que miraba con atención el interior de todos los carricoches y se acercaba a los bancos en los que unas nodrizas corpulentas alimentaban, a la vista de todos, a los lactantes. Fue arrestado, interrogado y puesto en libertad. Los oniromantes, que lo tenían ya por un disidente porque la feminidad y el sueño, ligados con firmeza en la mente del sabio rumano, constituían para ellos una herejía, se volvieron, a raíz de su detención, abiertamente hostiles a Vaschide. Le denegaron la beca, y toda posibilidad de ser contratado en una clínica, en Francia, fue disipándose hasta desaparecer por completo. Después de los cuatro años parisinos, los más fructíferos de su vida, el señor de los sueños se vio obligado a regresar a su país. Continuó, sin embargo, su correspondencia con Binet hasta el final de su corta vida, culminada de forma brusca y extraña a la edad de treinta y dos años, en 1907. Fruto de esta estrecha colaboración son los libros fundamentales del sabio de Buzău, *Ensayo sobre la psicología de la mano*, *Psicología de la atención* y, sobre todo, *El sueño y los sueños*, la catedral de su ciudadela, que le garantizó, siguiendo las huellas

de *La interpretación de los sueños*, de Freud, publicada diez años antes, la reputación de pionero de la cartografía onírica.

De regreso a Bucarest, Vaschide abrió de repente los ojos a la arquitectura única de una ciudad que no puede existir en la realidad. Le apasionaba la correspondencia entre las ruinas de la ciudad y las que poblaban sus propios sueños. Le fascinaban sus mercados con las ventanas rotas, los enternecedores adornos de estuco colgados de cornisas y balcones como un pueblo de lisiados que elevara sus muñones vengativos al cielo. Lo dejaron perplejo las paredes, aquellas paredes medianeras, tan altas como casas, sujetas a duras penas con grapas y traviesas de metal oxidado. Adoptó la costumbre de recorrer la ciudad amodorrada por la canícula, de visitar sus barrios marginales hacia los que se dirigían los tranvías con caballos traqueteantes, para descubrir sus tristes ornamentos: una torre de agua, negra como el alquitrán, recortada sobre el ocaso; alguna vieja fábrica devorada hasta la médula por las nubes que se colaban en sus entrañas; alguna sifonería que recargaba las botellas de cristal azul con un gas amarillo, sulfuroso, portador de olvido. Se dio cuenta de que podía entrar en cualquier casa, de que podía pasar de una casa a otra por puertas y túneles disimulados con mejor o peor suerte. Bucarest era una esponja de yeso, una colonia de madréporas, un lugar que no se parecía a ningún otro de este mundo.

Regresaba cada tarde con una imagen distinta en la mente, tal y como en París regresaba con una mujer diferente. Traía, cautivos en su memoria, perros amarillos, escuálidos, guarecidos junto a los basureros, palomas de ojos humanos, el destello del sol en los raíles del tranvía, la dispersión y el alboroto de la hojarasca en las ráfagas de viento cálido, la desesperación en los ojos de los humildes empleados con los que se encontraba en las calles desiertas. Muchas veces, recorriendo las calles de los barrios más alejados, se había preguntado si estaba despierto y, sobre todo, qué significaba estar despierto en una ciudad así.

Una tarde llovió con sol y hacia la parte sur de la ciudad se arqueó sobre el cielo, apenas visible y sin embargo deslumbrante, el arcoíris. Vaschide se dirigió directamente a él. De vez en cuando lo perdía de vista, tapado por las casas con el revoque caído, y volvía a encontrarlo al fondo de las callejuelas sonoras y solitarias. Cuando se situó debajo de su gran capota de siete colores, el señor de los sueños vio, sin asombrarse, que el arco de aire pintado se curvaba sobre una curiosa colina, cubierta de hierba quemada por el solazo del verano. El arcoíris era como un aura que brotara del cráneo de un iluminado, como una diadema de ópalos brillantes en la frente de una belleza antigua. Vaschide se encontraba en Ferentari, un barrio popular de bandas y clanes en perpetua gresca. Todos los hombres, ya fueran gitanos o rumanos, llevaban un cuchillo al cinto con un filo de dos palmos que centelleaba al sol. Las mujeres dejaban que sus trenzas cayeran sobre las balaustradas de los balcones, llenas de siemprevivas. Unos bebés desnudos, tan animalescos como los cachorros de la casa, colgaban de sus pechos.

La colina verde al fondo del grupo de casas podía ser un depósito de agua o

incluso el tejado abombado de una choza grande. O tal vez fuera tan solo una loma de tierra arrastrada por el viento para enterrar una casa derruida o unos huesos. Vasquide, sin embargo, supo desde el primer momento que era un cráneo. Lo había visto la primera noche en la Sorbona, cuando flotó desnudo, en vertical, en la cisterna subterránea, dejando fuera del agua únicamente el cráneo. Fue entonces cuando tuvo el sueño que, al margen de toda interferencia que el conocimiento humano pueda integrar, transmitió por completo, hasta en los detalles más nimios, a los cinco sabios que flotaban de espaldas en torno a él. Caminaba, en aquel sueño, por una gran ciudad en ruinas. En uno de sus extremos se elevaba una colina rodeada por un arcoíris. En el sueño Vaschide se había encaminado hacia la gran bóveda de hierba y había subido hasta arriba, penetrando en el aire coloreado del aura que la rodeaba. Desde allí llamó a los hombres, unos trabajadores con unas herramientas insólitas entre manos, que vinieron desde todas partes, empezaron a cavar en la colina y retiraron más o menos medio metro de tierra mojada por la lluvia de aquel día. Al poco rato, el cráneo, un abultamiento pálido de hueso pulido, quedó al descubierto. Parecía el caparazón desenterrado de una tortuga fósil, pero en su superficie curvada se veían claramente las líneas de sutura entre los huesos. El frontal, los temporales y los parietales, al igual que el occipital, estaban numerados, como se hace con los cráneos en un laboratorio cuando se presentan como material didáctico a los estudiantes. Los poderosos arcos de la base del gigantesco cráneo revelaban que se trataba de la cabeza de un hombre. Respecto a su tamaño, Vaschide pudo medirla en el sueño escalando la cocorota desde el occipucio. Dio quince pasos hasta la cima, hasta el lugar llamado fontanela, y otros quince hasta la frente que descendía vertical como una pared de hueso. Regresó a la cúspide de la cabeza, bajo el espléndido arcoíris, y allí sintió el bramido. Era como el murmullo continuo, pero mucho más amplificado, de un motor. Procedía de algún punto del interior y aumentaba sin cesar. Al poco se volvió dominante y monstruoso como el rugido de las grandes cascadas, con un ritmo cada vez más febril, como una voz que te ordenaba que te arrojaras al abismo. Nicolae se fundió en este aullido, en este chorro de terror que lo arrastró hacia arriba haciéndolo girar como un tornado; al poco rato también el hombre aullaba, pero no solo con la laringe, con la lengua y los dientes, con toda la boca abierta hacia el cielo, sino con cada órgano de su cuerpo disuelto en espanto y chillido. «¡Socorro!», intentó gritar, mezclado con el oro fundido que brotaba de la inmensa fontanela hacia los cielos ya sangrientos, pero al despertar solo consiguió gimotear esa palabra, mientras sentía el frío del agua oscura.

Y ahora, en el Bucarest real, sobre el que acababa de cambiar la hoja del siglo, el sabio oía de nuevo el bramido sordo que procedía del interior de la tierra. Era como si allí ronroneara un animal grande y pesado, acurrucado para un largo sueño. Toda la colina vibraba visiblemente debido a aquel ronquido por el momento ligero, pero aun así lo bastante fuerte como para desprender, de los dientes de león de la colina, dos o tres minúsculos paracaídas que echaron a volar hacia el barrio ruinoso. Incluso el

arcoíris temblaba, mezclando, en la fusión, sus bandas de colores. Vaschide descendió y regresó a casa, pero la noche siguiente volvió con una pala y, en la parte opuesta a las casas oscuras, empezó a excavar la base del cerro. Empleó dos noches enteras en cavar bajo la Osa Mayor y Casiopea, nítidas entre miles de estrellas, para llegar hasta la órbita. Los perros de la ciudad, aquellos perros amarillos con ojos humanos, aullaban levantando tan solo la cabeza en sus escondrijos. Los veías por todas partes, rebuscando entre las basuras, aplastados por las ruedas de los carros y arrojados a las cunetas, o mendigando bajo las mesas de las tascas. La órbita del ojo derecho se hundía profundamente en la tierra, por la que pululaban las lombrices. El sabio la desenterró por completo y, hacia el amanecer de la segunda noche, pudo refugiarse en su cavidad. Si hubiera sido un poco más bajo, habría podido permanecer de pie. El hueso era liso y suave al tacto. Debajo, entre las dos órbitas, estaba el vómer, medio descubierto también. La mandíbula seguía enterrada bajo tierra y, al igual que las vértebras del cuello y que el gigantesco esqueleto que se hundía varias decenas de metros en las profundidades de la tierra, no llegaría a ser desenterrada jamás.

Pero Vaschide veía el esqueleto completo con los ojos de la mente y sabía que alrededor de las vértebras cervicales había un collar elaborado con el más puro de los cobres: un solenoide en forma de toro, la fuente de las vibraciones y del ruido sordo que se percibía en el exterior. Allí, en la cavidad en forma de huevo de la órbita, el sabio dudó. Sopesó durante unos minutos las ventajas de la irrupción directa en el cráneo y las de la excavación previa. La tentación era enorme pero reprimió su arrebato compulsivo. A lo largo de dos semanas, bajo el pretexto de un interés arqueológico, el hombre se afanó, al igual que en el sueño de la Sorbona, por retirar el medio metro de tierra que cubría el cráneo. Lo ayudaron los trabajadores, los ferroviarios y los ladrones del barrio, a los que Vaschide había prometido unos sueños en colores como no había experimentado ningún pueblo antes. «El hombre que está enterrado aquí vivió en la época de los gigantes —les decía—. Todo lo que ellos deseaban se cumplía en sus sueños». No pasó demasiado tiempo hasta que el cráneo numerado de Ferentari, conocido como «El mercado de Vaschide», se convirtiera en un lugar de esparcimiento en la ciudad, rodeado por una feria con columpios y casetas de tiro, gitanas que leían el futuro en una caracola y forzudos que rompían cadenas con la boca. El aguardiente peleón, el mosto y el vino corrían a raudales por las bodegas de los alrededores. En un cinturón de varios metros de anchura en torno al cráneo había camas, unas camas sencillas traídas de las enfermerías y los lazaretos, llenas de chinches y con sábanas sospechosas, pero que se ofrecían a precios exagerados a quienes querían pasar una noche allí, bajo las estrellas, en torno a la enorme testa. Esta absorbía sus sueños, quién sabe cómo, y los hacía desfilar por el cielo nocturno en tonos pastel, intensos, mustios, obscenos, o simplemente en sepia o en blanco y negro, como si en la parte de la coronilla, en la fontanela, estuviera la lente de un proyector como las que se utilizan en los faros solitarios en la rocas de las riberas. La muchedumbre de papanatas miraba las imágenes del cielo, relamiéndose

con los sueños más picantes, aterrorizándose y gritando con las pesadillas y cayendo en ensoñaciones con los paisajes del mundo de los cuentos.

Vaschide, sin embargo, el propietario de las escrituras del terreno donde se encontraba aquel prodigio, no se sentía atraído por el curioso cinematógrafo. Merodeaba cada noche alrededor del cráneo, tropezando con los borrachos tirados por el suelo, procurando reunir de una vez por todas el valor necesario para su gran incursión. Y al final se decidió. En una noche del domingo al lunes, cuando la feria dormía profundamente, se escurrió en la órbita con un escoplo y un farol y empezó a romper el hueso en el punto en el que se encontraba la grieta, de la anchura de un palmo, por la que el nervio óptico penetraba en el cráneo. Al cabo de dos horas de trabajo incesante, dio con la luz. Al principio, un punto intenso, brillante; luego, una especie de bola de fuego; y por último, tras varios martillazos con el chaflán del escoplo, una entrada llameante, semejante al sol en la bóveda celeste, a través de la cual se escurrió el soñador con el corazón estallando en el pecho.

Aunque centelleaba, la luz era fría. Llenaba la gran cavidad en la que en otra época había dormido un cerebro que debía de haber pesado mucho más que un elefante. Ahora las paredes estaban desnudas y lisas, pero conservaban todavía la huella de los antiguos lóbulos cerebrales. Parecía una sala grande, alargada, con una cúpula amarillenta y un suelo aplanado. A Vaschide, que la contemplaba con los ojos cerrados, le llevó un tiempo distinguir también los colores y los detalles del interior del enorme cráneo. Al poco rato la luz —como de fuego helado— dejó de resultarle tan intensa y empezó a adivinar, cada vez más sorprendido, lo que al principio le había dado la impresión de ser un montículo que elevaba, en el centro, el suelo de hueso. En primer lugar vio el esfenoides, en el centro de la base del cráneo; era de colores, como una mariposa tropical, mientras que el resto era de hueso pálido. Las grandes alas del esfenoides eran de un azul eléctrico; las pequeñas, de un verde esmeralda cuyas aguas, cuando cambiaba el ángulo de la mirada, viraban al violeta. El cuerpo de la mariposa, que tendría unos cuatro metros de longitud, tenía un color escarlata intenso, al menos lo que se veía debajo del cuerpo de la niña. Y las franjas dorsales, las fosas escafoides y pterigoides, al igual que la collera y el rostro, eran de un amarillo triste, apagado, que tendía al color de la piel de naranja. Nunca se habían extendido bajo el cristal de un insectario las alas de una mariposa tan portentosa. Pero aquel fantástico esfenoides no había volado jamás, pues su destino, al igual que el de Atlante, era sostener sobre su espalda la esfera del mundo en la que se encontraba todo: nuestro incomprensible cerebro con su drama *gobeliano*.

Acurrucada en la espalda de la gran mariposa había una niña desnuda de unos cuatro años. La luz era tan intensa que su cuerpecillo parecía semitransparente, como esculpido en mármol. A través de su piel se vislumbraba la carne interior, sus delicados huesos y el peristaltismo de los intestinos. La niñita dormía y, así acurrucada, era sin duda el objeto más bello del universo. Solo podía tratarse de Alesia. Vaschide se acercó a ella y la observó, tras apartar de su cara unos mechones

de cabello pelirrojo. Comprobó con alegría que la niña tenía sus rasgos. La envolvió entonces en las alas, la levantó con mariposa y todo, y se la llevó en brazos hasta el boquete orbital. La transportó al otro lado poniendo buen cuidado de no despertarla. Y así, con ella en brazos, caminó hasta la parada del tranvía tirado por caballos, que no se presentó hasta las cinco de la mañana. Al final llegaron al Sf. Gheorghe, la última parada de la línea, y él la subió por las escaleras hasta su estudio. Pasó los seis años que le quedaban de vida ocupándose de Alesia.

A partir de ese momento, los parroquianos del vasto arrabal de Sf. Gheorghe, con su iglesia, sus tranvías y sus pocas casas construidas ya en ruinas, contemplaban a diario el espectáculo de un hombre muy alto, vestido de negro, de rasgos austeros y ojos intensos, que recorría las calles con un niña de la mano. Ella iba vestida como una pequeña hada, con lazos prendidos en el cabello suave y sedoso, delicados vestidos de *crêpe de Chine* y botines de charol. Él parecía sacado de una fotografía en blanco y negro; ella, de una coloreada a mano, lejana y triste. La belleza de la niña era sublime e iluminaba el horrible mundo que se desmoronaba a su alrededor.

Vaschide era feliz por primera vez en su extraña vida. La niña lo quería, pasaba mucho tiempo, en casa, sentada sobre sus rodillas, altas y rectas como las de la estatua de Abraham Lincoln. Por las noches soñaban juntos, sien contra sien, lanzándose mutuamente sueños como si soplaran pompas de jabón. Él la salvaba de peligros abominables, ella le colocaba en la frente coronas de soberano. Muchas veces el sabio cerraba los ojos y rezaba: «¡Señor, haz que estos instantes sean eternos! No necesito nada más en esta vida. Haz que nada cambie jamás, que cada día sea como el de hoy, con cada sombra, cada nube y cada risa de Alesia repetidas de manera idéntica…». Pero una noche, en medio de un sueño en el que un tigre le desgarraba el pecho, escupió sangre. El rastro de sangre de la comisura de la boca se extendió por la almohada como un dedo largo que apuntaba hacia la niña. Y se mudó a un lazareto en la parroquia de Santa Venera, donde Alesia, que cumpliría seis años aquel otoño, ocupó una cama anexa. En el otro lado, Vaschide tenía como vecino a un jorobado. Salió del hospital al cabo de tres semanas, con la recomendación de viajar. Recorrió con la niña de la mano, en trenes y diligencias y carros tirados por bueyes, la Italia repleta de mármoles rosados. Caminaron por villas toscanas bajo bóvedas con frescos alegóricos, vieron la transparencia del mar junto a Capri. Se embarcaron en un gran barco que viajó toda una semana hasta Valparaíso y descendieron en la enigmática tierra sudamericana. Llegaron después a Oriente, a Petra, con sus basílicas talladas en roca rosada. Regresaron a Europa al cabo de dos años, y el continente les resultó extraño. Durante todo ese tiempo, en el que la niña creció, inocente y analfabeta pero insoportablemente bella, Vaschide continuó escribiendo estudios sobre los mecanismos del sueño y de los sueños. Se sentía cada vez más agotado, el cansancio era su único dios, y ante él se prosternaba, cada vez más, día tras día. De nuevo en Bucarest, en el estudio que —ahora se daban cuenta— era tan mísero que apenas tenían sitio para moverse uno junto al otro, el hombre enfermo y la pequeña

señorita reanudaron sus paseos cotidianos.

El 4 de octubre de 1907, Vaschide desapareció de este mundo, despeñado en el abismo de su último sueño. Alesia se despertó sola por primera vez desde que la había encontrado dormida en el gran hueso esfenoide. Pero sabía lo que había sucedido porque sus sensores, tan delicados como las suaves antenas de las mariposas nocturnas, habían percibido, al igual que todos los demás, el sueño final de su padre. Las feromonas del sueño abrieron en su mente un paisaje fantástico, grandioso. Se trataba de una caverna excavada en roca amarilla, tan grande que no podría ser descrita. En ella se abrían tres bocas de túneles como tráqueas. Su altura debía de ser de varios cientos de metros. Su padre, minúsculo como una termita, avanzaba por el suelo de la caverna sin perder de vista las tres bocas que se adentraban, orgánicas, en la piedra de la roca.

Se detuvo ante ellas, insignificante como una mota de polvo, titubeó y finalmente se decidió por la de la izquierda. Caminó vidas enteras, siempre cuesta abajo, mientras todo se volvía más y más oscuro, hasta que un crepúsculo desolador lo difuminó todo. A lo lejos, de frente, se distinguían unas siluetas monstruosas. Hacia aquellos ídolos implacables se encaminaba el ácaro negro, avanzando de forma casi imperceptible por el inmenso túnel. Con gran fuerza de voluntad, Alesia se dirigió hacia él, consiguió modificar el eje del sueño y contemplar su rostro de cerca. Vaschide lloraba. La niña distinguía su rostro deformado en las lágrimas. También él pareció verla y le sonrió entre lágrimas, como si lloviera con sol. Luego se fundió en el ámbar denso de aquel final.

La policía buscó al sabio durante largos meses, pero su desaparición fue, y lo sigue siendo a día de hoy, un misterio. Sus padres, los tenaces State y Eufrosina, canosos y resignados ahora, le hicieron en Buzău una especie de funeral, sin curas, pero con la presencia del alcalde y de varios ciudadanos ilustres. La niña pelirroja transformó de repente aquella pobre ciudad de provincias en una ciudad luminosa, como si todo resplandeciera con el color de su cabello. Se quedó allí, al cuidado de sus abuelos, hasta que, de un padre desconocido, dio a luz a Ortansa. Y Ortansa se convirtió en una joven dos veces más maravillosa que su madre. Porque el tiempo pasaba a la velocidad de los grandes huracanes.

Y ahora Irina y yo hablábamos tranquilamente, tomando un café con pastas, con Florabela, que era dos veces más arrebatadora que Ortansa. La historia de Vaschide iluminaba en cierto modo mis búsquedas, daba sentido y consistencia a mi propia vida nocturna. Nos fuimos al cabo de unas horas, perseguidos por la imagen de santuario de la pared de la habitación: decenas de fotografías en las que un hombre muy alto, muy serio, un extranjero en todas partes, llevaba a una niña de la mano. Cuando estábamos delante de la casa, Florabela nos llamó desde la ventana abierta, y era como si Astartea, fantásticamente ataviada, nos saludara con la mano desde el segundo piso. Nos dirigimos después, como con un acuerdo tácito, no hacia la línea del tranvía, sino en diagonal, hacia el lejano Ferentari. Cambiamos varias veces de

autobús en la noche profunda, estrellada, que había caído ya sobre Bucarest hasta que acabamos dando con el lugar que buscábamos. No quedaba ahora en las afueras de la ciudad. Más allá de la colina se habían construido cientos de bloques obreros, miserables cuchitriles habitados por gente pobre e infeliz. Habían sido proyectados también en ruinas para extender, con sus apestosos colectores de basura, con sus fachadas desconchadas y sus balcones torcidos y oxidados, la fealdad del lugar. Rodeado por bloques de portales numerados y Dacias destartalados aparcados por cualquier sitio, la cabeza del gigante, enterrado de pie en la tierra, había sido cubierta de nuevo con grava y sobre esta había crecido la hierba. Subimos, bajo las constelaciones del otoño, hasta la cumbre y nos sentamos allí, en la coronilla, desde donde en otra época se proyectaban en el cielo los sueños de los que dormían a su alrededor. Allí permanecimos Irina y yo, igualmente solitarios, igualmente sin destino, a la espera de que nuestra vida llegara a su fin. La gran huida nos parecía, en aquellos instantes, un sueño como todos los demás. Al cabo de un largo rato nos incorporamos a tiempo de coger el último tranvía y, después de un trayecto exasperantemente largo, llegamos a mi casa abrazados, no por la pasión, sino por el frío. Nos acostamos y nos quedamos dormidos de inmediato, deseando no volver a despertarnos jamás.

Capítulo 38

DE todos los episodios de mi más que anodina vida, el matrimonio es el que más me ha asustado. Tal vez porque es el único que no debería haber existido, el que no tiene nada que ver con el eje de mi existencia. Nunca había querido casarme y, sin embargo, me vi arrastrado por una fuerza que percibí siempre como algo extraño y hostil. «Joven —resonaba aún en mis oídos la voz gangosa de Borcescu en el Consejo Popular de Olari, aquella mañana a veinte grados bajo cero, mientras la oficiala de estados civiles, con la banda tricolor, nos explicaba que el Estado protege a la familia—. Joven, ¿tú sabes cómo es el matrimonio? Ya te lo digo yo, que me lo sé bien: ¡es peor que la horca! No mucho peor, solo algo peor…». Pero el director se engañaba porque yo descubriría, en los catorce meses que viví junto a Ştefana, que el matrimonio era muchísimo peor que la horca… Por el momento, aquel día de diciembre con las calles nevadas, amaba profundamente a la chica con un traje fino, rosa-morado y un ramo de flores entre los brazos que estaba a mi lado. En cuanto llegó a casa las distribuyó, en docenas de jarrones y frascos, por todas partes, y durante varios meses el número de habitaciones de nuestra vivienda con forma de barco fue constante (exactamente cuatro), como si las flores que seguimos comprando, a brazadas, para sustituir a las que se ponían mustias, fueran anclas flexibles y fuertes que impedían que la realidad descarrilara.

Ştefana era menuda y rellenita, enérgica y cariñosa, lo que se dice una «buena chica». No podías encontrar en ella nada especial, pero era concreta, estaba allí, llenaba el espacio en el que flotaba a cada instante, como en una película temblorosa, su cuerpo. Llenaba asimismo el tiempo y, por primera vez en mi vida, este había empezado a discurrir tranquilo, como los latidos del corazón de un ser tierno y luminoso. Siguieron noches de ensoñación y confesiones en la minúscula cocina, con una copa de vino caliente ante nosotros, acariciándonos la mano, mirándonos a los ojos y contándonos lo que no habríamos soñado contarnos jamás, mientras que fuera caía un ocaso tristón y, al final, todo se tornaba tan oscuro que solo veíamos el brillo de nuestros ojos y el de las copas talladas, ya vacías, sobre la mesa. Luego nos íbamos a la cama, que se volvía de repente tan agradable, se acoplaba tan bien a nuestros cuerpos, con las sábanas arrugándose de forma previsible bajo nosotros, proporcionándonos al mismo tiempo frío y calor… Hacíamos el amor en la posición más simple, ese es el motivo por el que ya no recuerdo su cuerpo. Era la banalidad luminosa del sexo con alguien a quien quieres, sin amarlo con pasión, como si no practicáramos el sexo, como si tampoco hiciéramos el amor, sino que simplemente nos abrazáramos como unos viejos amigos que se reencuentran. Jamás, en mis fantasías eróticas posteriores, me he excitado al recordar mis noches con Ştefana,

pero tampoco me arrepiento de ellas. Nos abrazábamos y eso ya era para mí plenamente satisfactorio. El hecho de que, por mucho que estuviéramos juntos en la cama, acoplados y tiernos, ella no alcanzara nunca el orgasmo no me causaba disgusto. La penetración nunca fue mucho más, en nuestra relación, que el entrecruzar de dedos o la caricia en el rostro de dos personas que se enfrentaban juntas al mundo. Estábamos juntos, esa fue la esencia de mi matrimonio durante los primeros tres o cuatro meses. Salíamos juntos por las mañanas, pero cogíamos tranvías en direcciones opuestas: ella hacia el centro y yo hacia el final de Colentina. Como regresaba antes que ella, preparaba algo de comer para los dos. Los domingos íbamos al mercado, a Obor, para regatear con los aldeanos por un platillo de ciruelas o de cebollas y volvíamos a casa con copos de nieve en el pelo. Nos sonreíamos a menudo, de hecho nos sonreímos tanto al principio que la sonrisa se convirtió en mi gesto natural. A veces me sorprendía sonriendo a las vendedoras de pan y a las revisoras del tranvía, al igual que a todos los niños de mi clase. Me gustaba, cuando nos quedábamos leyendo por la noche, yo en un rincón del comedor y ella en el otro, escribirle mensajes y hacer aviones de papel. Se los enviaba por el aire para que aterrizaran en su regazo o a sus pies o que le rozaran, como un gorrión desorientado o una abeja, el rostro, con un toque suave y seco que la sobresaltaba. Ella desplegaba el avión y leía, sonreía y volvía a sumergirse en el libro… En aquella época abandoné la búsqueda: ya había encontrado. El mundo existía porque existía ella. De ella, como de una fuente central de presencia sosegada y benigna, brotaba la certidumbre. No estaba enamorado, era algo más, algo profundo, y lo sabía. Lo sabía. Era como la superficie de la mesa, que no puede ser sino firme y brillante. Era como el sueño, tenía que llegar. Estaba donde esperaba que estuviera, como el suelo, como el aire. Algunas veces, cuando volvía de clase, iba en el 21 hasta Sf. Gheorghe y me apeaba en la última parada, luego me dirigía a la universidad y me acercaba hasta su librería. La encontraba allí, entre libros y clientes, y, cuando me veía, su rostro accionaba una sonrisa como una cámara de fotos que te cegara con el *flash*. Me quedaba con ella hasta las seis de la tarde, entre estanterías que llegaban al techo, y luego nos marchábamos juntos a casa, otra vez en tranvía, yo girado, en mi asiento, hacia su asiento, charlando con tranquilidad durante todo el trayecto.

Pero no solo nuestra casa había perdido sus dimensiones y su transparencia y su rugido, como una hélice que se hubiera detenido y que mostrara su simple estructura inmóvil, tres omóplatos unidos entre sí. También mi escuela había reabsorbido sus virtualidades, se había solidificado, se había transformado en la banal institución educativa, habitada por niños y profesores, que generaba a cada instante su propio sentido, estúpido y embustero, es cierto, pero no desasosegante como lo había percibido hasta entonces. Su realidad, la de las libretas, la de las notas, la de la pizarra, la del tirón de patillas, la de ponerse de pie, la de los cuadernos llenos de cálculos y fórmulas, la de los piojos de las coletas sujetas con gomas, la de los paquetitos con comida que manchaban de aceite los libros forrados con papel azul,

había adquirido una consistencia que no dejaba margen para las arrugas, para los carámbanos y las fugas solidificadas. Las cosas ya no eran procesos, no rebasaban el límite afilado, como una cuchilla, de las palabras… El aula era un aula, los cuadros eran cuadros, las ventanas eran ventanas. Vivir era tan simple… Regresaba a casa en un tranvía de chapa y cristal, bajo nubes de vapor, por una ciudad de piedra caliza, hojas y viento. En la cara llevaba siempre una sonrisa, lo único inmaterial, aunque perfilado con sumo cuidado, porque, así como la vida es una cierta disposición del cuerpo y así como el sonido de la lira platónica es, en su armonía, una cierta disposición de las partes de la lira, la sonrisa aparece tan solo cuando todo es como tiene que ser. La felicidad arde y se transforma de manera sorprendentemente rápida en su opuesto o, tal vez, no se trate sino de una mezcla inestable de felicidad-infelicidad, pero la felicidad, el estado luminoso del alma, es la verdadera sustancia con la que está formada la realidad. Nada concreto ni verdadero puede existir fuera de ella, como tampoco existe la visión desligada de la luz.

Muchas veces la observaba de cerca, tomaba su barbilla entre los dedos y giraba levemente su cabeza para contemplarla desde otros ángulos. Me divertía de forma extraordinaria el hecho de que fuera concreta y viva, como un gato, como alguien de la calle o de mis sueños. Acariciaba su cabello y me llenaba de asombro que estuviera duro y blando a la vez, y que cada hebra, si la cogías con los dedos y la palpabas de arriba abajo, presentara aquí y allá pequeñas irregularidades y nuditos, como las varas de sauce o como los juncos. Abría sus labios con el dedo índice y ella me lo mordía con suavidad, dócil y sonriente, y recorría entonces con mi dedo la sierra menuda de sus dientes. La desnudaba a veces ante el espejo sin sentir voluptuosidad alguna, sorprendido y contento, sin embargo, al acariciar su piel cálida, al compartir aquella casa del nudo tridimensional con un ser que paseaba por la casa sus nalgas y su ombligo y sus pechos y sus clavículas, que me dejaba acariciarlos en cualquier momento, para descubrir y olvidar y volver a descubrir las texturas, las humedades, los aromas, las asperezas. Hacíamos juntos la colada, en una lavadora antediluviana: yo rallaba bloques cadavéricos de jabón casero, ella revolvía la sopa borboteante de sábanas y camisas y bragas y calcetines con un palo de madera. Y luego lo aclarábamos todo en el agua azul de la bañera. Escuchábamos música en la radio —antediluviana también— que tenía un tocadiscos encima, y a veces poníamos un disco de *jazz* para sentarnos en el sofá, agarrados de la mano, y mover la cabeza siguiendo el ritmo mientras mirábamos por la ventana. Esta era la vida, inmóvil para siempre bajo una sonrisa unánime, como las fotografías bajo la película transparente, y la vida no podía ser de otra manera, porque de lo contrario habría que darle otro nombre.

Una mañana me despertó un afilado rayo de sol primaveral, que penetró como una cuchilla cegadora entre las lamas del estor. Era domingo, y los domingos nos levantábamos tarde, después de las diez. De hecho, no nos espabilábamos del todo hasta el mediodía. Miré el despertador: eran apenas las siete, había sido el primer

rayo de luz que había caído rasante sobre Maica Domnului, bañando mi casa con forma de barco en el agua helada de la mañana. Ştefana no estaba en la cama junto a mí, tal vez había ido al baño. Pero diez minutos después no había regresado aún. Me levanté y me dirigí con pasos titubeantes hacia la cocina. La encontré allí, pero no la reconocí.

Se encontraba junto a la ventana, iluminada por aquella luz estridente que devoraba su silueta e incendiaba su cabello. Observaba inmóvil el exterior, tiesa, completamente quieta, con los brazos cruzados. Aunque en nuestro único día libre no solíamos quitarnos nunca el pijama hasta la hora de comer, ella estaba vestida. Sin embargo, como en un sueño, al principio no me di cuenta de que había algo raro e inusual en su imagen solitaria, sin mí y casi sin mundo a su alrededor, tal y como estaba, quieta, mirando por la ventana. Habíamos sido hasta ese momento un cuerpo doble que flotaba en una unánime sonrisa universal, pero ahora el rostro del mundo era serio y estaba inmóvil. «Buenos días —le dije, y ella se volvió hacia mí con brusquedad, pero tampoco esta vez la reconocí—. ¿Qué sucede? ¿Qué demonios está pasando aquí?». Mi voz resultaba casi inaudible. Era el rostro de Ştefana, era su cuello, eran sus hombros, eran incluso sus ojos, pero no era ella. Este sentimiento irracional, desquiciado, me golpeó con fuerza mientras la contemplaba con la antigua sonrisa congelada en los labios, pero conseguí sofocarlo. Era una estupidez. ¿Y si sobre su rostro, tan conocido, se hubiera deslizado una sombra de otro mundo? No había atisbo de tristeza en su cara, no había anhelo ni nostalgia. No había tampoco hastío, confusión, furia, decepción, asco. Había algo que no conseguía adivinar, que no se había manifestado nunca hasta entonces pero que la convertía en otra persona. No habría podido señalar ningún detalle revelador, ningún rasgo claramente alterado, pero durante unos instantes percibí con tanta claridad que Ştefana no era ya la misma que me asusté y se me puso carne de gallina. Paralizados, nos miramos durante unos instantes, como dos seres de mundos diferentes que se encuentran de repente cara a cara, aunque luego nos sosegamos y la realidad volvió a cuajar a nuestro alrededor.

No fue nada, tan solo un accidente ya olvidado, una fisura casi invisible en la copa de cristal transparente de nuestra vida en común. Durante varias semanas volvimos a salir, de la mano, al paisaje primaveral, nos sumergimos en la marea humana de los mercadillos de antiguallas, pasamos a una ropa ligera con la que nos sentíamos leves como plumas. Hacíamos el amor, cuando caía el ocaso, de la misma forma tranquila y previsible. Disfrutaba tanto con su cuerpo cálido y dócil que la mayoría de las veces refrenaba también yo mi orgasmo y nos separábamos como dos amigos fatigados, tumbados uno junto al otro bajo la luz sanguinolenta que se colaba por la ventana. Era como ir a trabajar, como comer juntos: sin éxtasis, contracciones ni gemidos, pero con la sensación de que la realidad se volvía más completa, como se vuelve siempre que has hecho lo que tienes que hacer. Habíamos rellenado la hora reservada para hacer el amor tal y como la lámpara de la mesilla rellena su forma en el tiempo y en el espacio. Nos incorporábamos después despacio, para no molestar al

otro, nos duchábamos y nos poníamos directamente los pijamas, y así pasábamos la noche. Después de la hora dedicada al amor, le escribía siempre un poema, pero no uno digno de ser publicado, sino unas pocas palabras, a veces solo una, otras, ninguna, o solo un dibujo en la hoja de un cuaderno partida por la mitad. Ella los leía y sonreía, como hacía con los que le enviaba por avión. Los encontré más adelante en el cajón inferior de su mesilla, transformados en unos veinte diablillos de papel, de esos sabiamente plegados, como unos *origami*, que se hinchan de repente y sacan cuernitos cuando soplas por uno de sus extremos. Todos estaban inflados, todos tenían dibujados en el rostro unos ojos negros, enormes, como los de las abejas. Mis pobres versos improvisados los cruzaban al derecho y al revés. Los alineé en el alféizar, ligeros y frágiles, y ahí siguen todavía hoy. Los estoy contemplando en este mismo instante, mientras escribo estas líneas. De día engullen la luz, de noche la derraman a su alrededor, poliédricos y transparentes como los pétalos de amapola secos de los herbarios.

Pero la fisura, casi invisible, de la copa no había sido una ilusión óptica. Estaba allí y aumentaba, con crujidos infinitesimales, mostrando cada vez más, a través de la grieta, el verde irregular del cristal mellado. No olvidaré nunca cómo, al volver de la escuela a través del miserable aguanieve de un sombrío día de abril, la encontré acurrucada en el suelo, sobre la alfombra, en medio de una oscuridad total. Cuando encendí la luz ella estaba allí, inmóvil sobre la alfombra persa en la que predominaba el rojo, como un feto grande y compacto instalado en una placenta que lo alimentaba y lo bañaba entre sus pliegues. Yacía como paralizada, y solo uno de sus ojos negros, como de animal herido, me miraba de medio lado como ningún ser humano me había mirado jamás. Le hablé, pero no me respondió, volví su cabeza, pero siguió inerte, mirándome como un zorro atrapado en una trampa. La cogí en brazos y la llevé hasta la cama. A veces intentaba decir algo, pero de su garganta atenazada brotaban tan solo unos débiles balbuceos, modulados de una manera que me aterraba. Quise salir corriendo al dispensario, llamar a un médico, pero su mano, hasta entonces inerte, se aferró a mi manga. Y se recuperó poco a poco, más o menos en media hora. Se levantó sin dirigirme la palabra, fue al baño, donde permaneció un rato para mí interminable. Después se dirigió a la cocina y se sentó junto a la ventana, mirando hacia afuera con los brazos cruzados. No pudimos comunicarnos en toda la tarde. Le rogué que hablara conmigo, que me dijera qué le pasaba, qué le había sucedido, qué teníamos que hacer. Su rostro, ese rostro que tan bien conocía yo, estaba petrificado, de perfil, sobre la ventana, como si no fuera un rostro humano por el que corretearan las sombras y las luces interiores, el segmento más expresivo y más atractivo de nuestro cuerpo, sino un objeto inerte, como un jarrón o como una escultura con los ojos en blanco, vacíos. Media hora más tarde, la bruma psíquica inundó de nuevo los rasgos de su cara, que se transformaron, gracias a un esfuerzo común, en Ştefana. Era ella otra vez, sin memoria de lo sucedido («creo que me he mareado un poco»), e incapaz de comprender el pánico que había sentido yo. Nos sentamos a la mesa,

comimos, y nos acostamos.

Los episodios de normalidad de nuestra vida en común se vieron interrumpidos después cada vez con más frecuencia, a medida que la primavera se deslizaba hacia el verano, por estas bandas oscuras, cada vez más anchas y más dramáticas y más incomprensibles. El cuerpo y la vida de Ştefana se habían convertido en un campo de batalla. Algo desconocido la atenazaba de vez en cuando y se la llevaba clavándole las garras en el tórax, como un gran buitre. Había empezado a faltar al trabajo y poco tiempo después dejó de ir a la librería. Solía encontrármela en casa, tumbada tranquilamente en la cama leyendo, incapaz de explicarme cosas como la marca negra y profunda de la pared, debajo de la cual, diseminados por el parqué, aparecían los restos de un tiesto que había estado hasta entonces en el alféizar: añicos, terrones de tierra, tallos y hojas destrozados, pétalos violetas desperdigados por todas partes. Quién si no ella había arrojado el tiesto contra la pared con una furia inusitada, incluso aunque no respondiera a mis preguntas o dijera algo entre dientes.

¿Qué le pasaba a la mujer con la que vivía? ¿Se estaba volviendo loca? ¿Sufría una profunda depresión? Como me ignoraba por completo, una de las veces en que estaba acostada en la cama con la cabeza vuelta hacia la pared, me atreví a decirle: «Ştefana, mírame, soy yo, tu amigo. Si ya no me quieres, dímelo, al menos sabré qué te pasa». Entonces se echó a reír con una risa que no era la suya, cínica y ronca como la de una borrachuza: «¿Eso es lo que te escuece tanto?», dijo, mirándome por el rabillo del ojo, un ojo maligno, enloquecido por algo interior, un ojo insoportable.

Le costaba cada vez más superar esos estados que, a su vez, no duraban ya solo una hora, sino que se prolongaban durante días. Cuando se encontraba bien, yo me sentía contento y lleno de esperanza. Confiaba en que el episodio que acababa de terminar fuera el último.

Llegamos a consultarle a un psiquiatra, pero Ştefana nunca quiso tomar las pastillas que le recetó aquel pobre funcionario. Las arrojaba por el váter, con regularidad, como si el receptáculo de porcelana fuera su sitio e hicieran efecto al reabsorberse en el sistema de cañerías subterráneo, para sanar la infinita locura de la gente e iluminar así el espíritu atormentado de Ştefana.

Una noche oí unos gritos cercanos que procedían de alguna parte de la casa. Me incorporé de inmediato, pero ella no estaba a mi lado. De modo que salí corriendo al pasillo y descubrí que los gritos salían del baño. Ahora entendía también el ruido del agua en la ducha. Encendí la luz e intenté abrir la puerta sin dejar de llamar a Ştefana, pero estaba atrancada. Ella gritaba con todas sus fuerzas y sus gritos reverberaban contra las paredes. «¡Abre, abre la puerta!», chillé, pero al final, puesto que los gritos no cesaban, me vi obligado a embestir con el hombro el precario contrachapado hasta que este acabó por ceder.

Ella estaba en la bañera, a oscuras, con el pijama empapado y pegado al cuerpo. El agua le llegaba hasta los muslos. Sostenía la ducha, de la que brotaba un agua fría como el hielo, directamente sobre su cabeza. Un torrente de agua le caía por el

cabello y le bajaba por los hombros y los pechos hasta mezclarse con la de la bañera, igualmente helada. Con el rostro cubierto por mechones de pelo, gritaba con los ojos cerrados. Estaba amoratada por el frío y temblaba como no he visto temblar a nadie jamás. El castañeteo de sus dientes retumbaba como si estuvieran entrechocando unos vasos. Ya no recuerdo cómo la saqué de allí, cómo la llevé, chorreando agua, hasta la cama, cómo la envolví en el edredón de invierno para calentarla. Yació hasta la mañana como una palomita medio muerta, sola en su agonía, en su lucha incomprensible.

Pero al día siguiente volvía a encontrarse bien y no le interesaba lo más mínimo lo que le había sucedido. Yo contaba con disfrutar de unos cuantos días tranquilos. Podría disfrutar de nuevo de la realidad de mi esposa, de su anatomía y fisiología, de la textura de su piel, de la tensión de sus músculos, de la atmósfera familiar y tranquila en la que envolvía todo lo que la rodeaba. Nunca me cansaba de tocarla, incluso solo con la mirada, incluso solo con el oído. Me sorprendía que tuviera dedos, los cogía uno a uno y palpaba sus articulaciones, me deslizaba por la uña y sentía la vibración de las huellas dactilares. Acariciaba el vello rizado, pelirrojo, atrapado en el vapor cálido de sus axilas, le quitaba el anillo del dedo anular para contemplar la piel exfoliada que, oculta por él, no veía nunca el sol. Eso era para mí el matrimonio: la alegría de tener un segundo cuerpo diferente al tuyo y, por eso mismo, infinitamente fascinante, y un segundo espíritu, sereno, normal, tranquilo, como una sonrisa que te hace sonreír a ti también, sin saberlo y sin querer saberlo. Cuando anochecía y la sábana formaba sobre el lecho unas arrugas violentamente delimitadas por los ángulos y las medias lunas de sombra, nos arrodillábamos en la cama, el uno ante el otro, desnudos. Me gustaba entonces tocar con las manos la humedad de debajo de sus pechos, el relieve de las costillas claroscurizadas por la luz de la tarde azul, el ombligo hundido en un vientre liso, la espalda ondulante, las nalgas sobre las que se elevaba una doble columna de músculos marcados bajo la piel. Me gustaba tumbarla de espaldas y separar sus piernas para contemplar la flor oscura, de pétalos humedecidos en tanino, que yo desplegaba con los dedos, húmedos y arrugados, para hundir mi mirada en el púrpura interior: el orificio redondo de bordes dentados que se abría entre las paredes de la vagina peristáltica. Separaba un poco sus nalgas para deleitarme con la estrellita recluida entre ellas, áspera al tacto y tan inocente como la flor somnolienta de su rostro. Deslizaba las manos a lo largo de sus piernas lisas, suaves y cálidas, palpaba las piedritas móviles de sus rodillas, cogía entre las manos sus gemelos, le tocaba los tobillos y la planta arqueada, luego notaba cada uno de los dedos del pie, con su uña curvada, con sus durezas y excrecencias y sus pequeños callos amarillentos. Disfrutaba de Ştefana como disfrutaba de los días soleados, de las noches estrelladas, de esa gran ilusión que es la vida en nuestra bendita esfera.

Y así nos adentramos en el verano, ese agobiante verano bucarestino que abrasa la ciudad instantáneamente como una explosión termonuclear. El ardiente sol de julio y agosto bastaba para incendiar los edificios, para fundir la piel de los ángeles de

escayola de los tejados, para hacer que los cristales se escurrieran como cortinas de agua en el vacío irregular de las ventanas. La gente adelgazaba tanto de golpe que en verano podías ver cómo un cáncer unánime absorbía su energía interior. Los árboles, plátanos seculares y tecas oscuras, arrojaban la sombra de las ramas sobre las paredes medianeras en las que se abría, aquí y allá, un ventanuco asimétrico. El asfalto se derretía y empezaba a oler inesperadamente bien, te daban ganas de tumbarte en ese charco espeso y aspirar el aroma alucinatorio del alquitrán.

Salía con Ştefana, al anochecer, a alguna terracita anónima, escondida entre muros ruinosos. Arriba, el cielo púrpura era tan melancólico, tan transparente, tan sedoso, que parecía el vientre de un inmenso animal marino que hubiera atravesado las irregularidades del fondo de un vasto océano. Las jarras de cerveza sobre la mesa rústica se volvían más luminosas a medida que la noche avanzaba y el cielo se tornaba granate. Al final, solo ellas iluminaban nuestro rostro. En el patio interior que se ceñía a nuestros hombros como una chaqueta demasiado estrecha, el viento oscuro y cálido nos envolvía en una especie de tristeza críolla como procedente de un recuerdo muy antiguo. «He vivido esta noche en algún otro momento», me dijo Ştefana una vez, mientras la camarera hacía que el cenicero de metal brillara como un objeto no identificado y enigmático. Parecíamos una fotografía, éramos sombras marcadas en una emulsión, en un estrato de nitrato de plata que perfilaba los labios y el cabello de mi esposa, cada minúsculo eslabón de la cadenita de su cuello, el nácar de sus botones, los pliegues de su falda escocesa… Estábamos de vacaciones, y yo habría querido que el verano siguiera exhalando, para siempre y sin cesar, su ardiente aliento sobre la ciudad. La mayoría de las veces no abandonábamos la terraza hasta que, en el pequeño hueco que quedaba entre los edificios, entre cornisas y chimeneas, aparecían las estrellas, que se multiplicaban poco a poco como el kril transparente del agua del mar. Estábamos en el fondo de un océano fantástico que apisonaba con tanta fuerza, con sus millones de toneladas de agua y peces y algas y monstruos marinos y barcos de arrastre y pesqueros, nuestros pobres cuerpos, que teníamos que oponerle, con la misma presión, las amargas aguas de la nostalgia. Pasada la medianoche pagábamos la cuenta con unos billetes arrugados y una lluvia de moneditas que giraban como peonzas sobre la mesa y nos levantábamos, entumecidos, para salir de la mano, escabulléndonos a través del único pasadizo, por debajo de un bloque con el revoque ennegrecido, al caótico vientre de la ciudad. Un tranvía aullaba junto a nosotros sobre los raíles que refulgían bajo una luna tan cercana que parecía rodar también por los raíles paralelos. No se veía un alma, ni por las calles ni en las ventanas iluminadas, cubiertas con una tela roja, cuyo enigma me había intrigado desde la infancia. ¡Qué feliz era, con ella de la mano, entre las callejuelas laberínticas por las que nos adentrábamos! Ni siquiera llegábamos a casa… Cuando estábamos cansados y las estrellas se convertían en nuestros enemigos personales, entrábamos al azar en uno de los edificios, el más adornado con altorrelieves absurdos —sátiros y bacantes de escayola, gárgolas de basalto, *grylas* y trolls de cristal de roca, colgando

como racimos debajo de los alféizares para sujetar las puertas ojivales— y, puesto que todas las puertas, en toda la ciudad, estaban abiertas, nos dedicábamos a recorrer, de habitación en habitación, los interiores más inesperados. Entráramos donde entráramos, siempre encontrábamos una cama para tumbarnos en diagonal, vestidos, y dormir allí hasta la mañana.

Durante el verano fuimos casi inseparables, como dos siameses simbólicamente pegados cuyo corazón común latía por los dos. Y, sin embargo, sus crisis se intensificaron y se volvieron cada vez más dramáticas. Me la encontraba tirada en el suelo por los vestíbulos o en el baño… Una vez en el descampado de delante de la casa, otra en el sillón de dentista de la torre, volcado casi en horizontal, con el rostro amoratado, contorsionada en imposibles posturas de faquir, o bien consciente, pero obtusa y vulgar. Llegué a hallarla también sobre un charco de vómito tras haber ingerido quién sabe qué porquerías. Antes de septiembre había llamado a la ambulancia en cinco o seis ocasiones y había acompañado su cama de hierro, con ruedas, por los pasillos verdosos, siniestros, del hospital, llenos de cucarachas y de mosquitos estampados contra la pared. La cuidé en pabellones ocupados por otros veinte enfermos —ella, la más joven de todos—, contemplando su cabello húmedo, pegado al cráneo, y sus ojos, que se vaciaban poco a poco de sufrimiento. En una ocasión la encontré agarrada al alféizar de una ventana del pabellón, colgando en el vacío a una altura de siete pisos y gritando que se dejaría caer si se le acercaba alguien.

Finalmente pasó seis semanas en el Hospital 9, con un tratamiento antipsicótico. Cuando acabaron septiembre y octubre, Ştefana salió del hospital transformada por completo.

No transformada para bien, sino transformada en otra persona. No volvió a sufrir nuevas crisis y su aspecto no se alteró en absoluto, tampoco sus hábitos ni sus pequeñas manías. Como de costumbre —y para mi mayúscula sorpresa, porque para mí todo había sido una continua tortura con pequeños oasis de calma que hacían más dramática aún la crisis siguiente—, no hablaba nunca de lo que le había pasado, como si todo hubiera transcurrido en una vida paralela. Pero ahora ya no era tan solo eso. Ştefana había sido para mí un órgano interior de mi propio cuerpo. La sentía en él incluso cuando no pensaba en ella. Ambos habíamos vivido envueltos en aquella atmósfera, habíamos sido parte de la misma pintura, del mismo mito, como Teseo y el Minotauro, como Leda y el cisne, como Amán y Ester. Su silueta se confundía con la mía, como dos pinceladas húmedas de acuarela que se entremezclan formando arbolitos de colores. Fuera adonde fuera, la llevaba conmigo, hiciera lo que hiciera, ella era parte de la causa, del fin y del sentido de mis actos. Todo esto desapareció desde el preciso instante en que la traje, en un taxi destartalado, a casa. Seguía siendo ella, pero la que debió de ser antes de conocernos. Podía haber sido cualquier mujer de las que me cruzaba por la calle. Podía ser cualquiera. Nunca, ni cuando la encontré con la ducha helada sobre la cabeza, ni cuando la levanté de un charco de vómito, ni

cuando la agarré de los brazos, gritando también yo como un poseso y tirando de ella hacia arriba, sobre el tráfico de la calle treinta metros más abajo, me sentí tan aterrorizado como en la primera media hora después de su vuelta a casa. Todo era igual y al mismo tiempo todo era absolutamente distinto. La estatua que en otra época estaba pintada del color de la carne, cuyo cabello era castaño y cuyos ojos eran azules, era ahora una gran muñeca de mármol blanco, blanco hasta en el azul de los ojos, en el silencio y el continuo susurro de la corriente del museo. Ya no existía la atmósfera de ternura y recuerdos que nos había envuelto en otra época. Éramos cuerpos individuales en realidades diferentes, solo aparentemente coplanarios, tal y como se encuentran las estrellas de Orion en distintas profundidades en el espacio y forman la silueta del cazador mítico por pura casualidad. Estábamos casados y compartíamos la misma casa por pura casualidad. Ni al cabo de una hora, ni al cabo de un día, ni al cabo de los tres meses que siguieron —el infierno más profundo de mi vida— conseguí acostumbrarme a ello. Ştefana había desaparecido, y no solo la había sustituido un ser extraño sino, en cierto modo —lo sentía mucho mejor de como podría expresarlo—, un ser del todo ajeno a este mundo. Había leído en algún sitio algo sobre los agentes secretos que son enviados al extranjero bajo una identidad falsa y que se integran a la perfección en su nuevo mundo, van al trabajo, se casan y tienen hijos, salen los domingos a tomar una cerveza con sus amigos, pero durante todo este tiempo son alguien más y su voluntad no está en ellos, sino en otra parte, a cientos o a miles de kilómetros de distancia, al igual que los cuerpos vaciados de espíritu caminan todavía entre nosotros mientras el alma —dice Dante— se encuentra ya en el sombrío edificio del infierno. No lo podía demostrar, no podía hablar sobre esto con nadie, pero en Ştefana había ahora alguien más. Lo idéntico era diferente, antagónico incluso.

Ahora me inspiraba miedo, mucho más miedo que en sus momentos de crisis. Ahora estaba serena y sonreía, cocinaba, planchaba, hacía las compras, hacíamos el amor al anochecer y leíamos uno junto al otro, pero sabía que me vigilaba, que me acechaba, que transmitía a algún sitio lejano todos mis movimientos. Siempre que estábamos juntos, en mi afán por evitar que ella supiera que lo sabía, me sentía tan tenso como en el dentista aunque procuraba portarme de forma natural para que no sospechara nada.

Salíamos juntos por las tardes, en medio de la lluvia, ataviados con impermeables largos y un paraguas roto cubriéndonos la cabeza, y yo debía de estar tan pálido como la muerte. La propia ciudad que nos rodeaba se había transformado, porque con cada nuevo amor se vive una realidad distinta. Vivía ahora una ciudad sin amor, la termitera más terrorífica, la prisión ideal de la que no se puede huir. El plumón tierno del deseo y de la nostalgia que había revestido en otra época los anocheceres bucarestinos se había convertido ahora en vacío y desesperación… ¿Cómo vas a compartir casa con una desconocida? ¿Cómo vas a cohabitar con un sosia, con el *kagemusha* de una persona antes amada? ¿Quién te creería si le dijeras que tu esposa,

aunque no se ha transformado en absoluto, se ha convertido en una espía odiosa que te delata a cada instante a quién sabe qué poder terrible, con quién sabe qué fin? La situación imposible en la que me encontraba acrecentó mi soledad de forma exponencial.

Una noche abrí los ojos y la distinguí en la penumbra: estaba sentada en el borde de la cama y me contemplaba. Quién sabe cuánto tiempo llevaba mirándome. Como los visitadores de los que he hablado en mi diario. Con más intensidad que en el caso de estas visitas, la reacción de mi cuerpo —mientras mi mente estaba sumida en una especie de postración y se negaba a entender— fue tremenda. Empecé a temblar tanto que la cama se agitaba conmigo y todo el vello del cuerpo se me erizó de repente. Abandoné la cama con sábanas y todo y salí corriendo de la habitación. Me senté en el suelo, con la espalda contra la pared fría, hasta que conseguí recuperar el aliento. Me acerqué luego a la ventana del pasillo y descubrí que había luna llena. Por eso se podía distinguir todo con tanta nitidez bajo la luz azul. Estuve allí al menos una hora antes de volver al dormitorio y meterme de nuevo en la cama. Ella dormía de medio lado, respirando con suavidad. Por la mañana tomamos juntos el café, sin mencionar siquiera lo sucedido. La observaba como un amnésico al que le hubieran dicho: esta es tu esposa, lleváis varios años casados, pero él ve, al otro lado de la mesa de la cocina, a una mujer extraña que le mira a los ojos, una actriz miserable que le dedica una sonrisa obscenamente familiar y en la que, por mucho que rebusque en la memoria, no puede identificar un rostro conocido al que le una la sombra de un sentimiento. A partir de esa noche empecé a sufrir de insomnio. Durante las cuatro o cinco noches posteriores no pude ni cerrar los ojos, como si compartiera la celda con un asesino o como si me obligaran a dormir en la jaula de un tigre. Me aterraba la idea de que si me quedaba dormido tan solo diez minutos, caería en las garras del ser terrible con el que compartía la habitación y la cama. Al cabo de esas terribles noches de insomnio y de tensa espera, cedí. Era imposible, aquella mascarada tenía que terminar.

«Ştefana, tengo que confesarte algo», le dije una noche, antes de acostarnos. Me sentía abrumado y culpable como si todo fuera real, aunque no se trataba sino de una estúpida estratagema. Durante varias noches había dado vueltas a una solución para poder separarme de ella sin traicionarme. Pero nunca habría pensado que me costaría tanto. Ştefana me miraba sin curiosidad alguna. Se limitó a depositar, en la mesita de noche, el libro que estaba leyendo. En su rostro titilaban sombras y luces, como se ilumina y se oscurece un paisaje alpino cuando las nubes se deslizan por el cielo, desvelando y cubriendo, alternativamente, el sol. Diez veces por minuto era ella misma, pero luego se convertía en otra, como si el problema no estuviera en ella, sino en mí, en mis mecanismos mentales, como si fuera yo el que había perdido la habilidad emocional de reconocerla, de sentir que era mi esposa, esa que en otra época había caminado por la nieve con los brazos cargados de flores y con la que salía las noches de verano a una terraza bajo las estrellas perfumadas, apiñadas en el

pequeño hueco entre los tejados. A veces la reconocía con tanta claridad y precisión que me entraban ganas de coger su rostro entre las manos y de abrazarla de nuevo feliz, antes de que se convirtiera otra vez en una extraña, en el peligro supremo que amenazaba mi vida. «Mira…, he conocido a alguien… Estoy con alguien…». Ştefana no reaccionó de inmediato. Tampoco pareció comprenderlo al principio. Estábamos acostados en la cama, el uno junto al otro, mirándonos. Sus ojos eran transparentes, parecían vacíos de todo pensamiento. En la habitación reinaba una calma enervante, difícil de soportar. «¿Quién es? ¿Irina?», respondió tranquila. «Sí…». En esa época apenas me había fijado en mi compañera de Física y, por lo que podía recordar, no le había hablado nunca de ella a Ştefana. Pero cuando, en mis atormentadas noches de insomnio, busqué una excusa para poder acabar con mi matrimonio imposible y tomé la decisión de inventarme una amante, no pude pensar, ciertamente, en otra que en Irina. Me protegía de una mujer despojada de realidad con otra mujer que no tenía todavía realidad, enfrentaba un fantasma a un fantasma en un juego insensato que escapaba a mi control. El hecho de que, sin dudarlo un instante, Ştefana supiera en quién había pensado confirmó mis sospechas acumuladas durante tanto tiempo y detuvo el centelleo de su rostro. Una nube unánime, sin rastro de incertidumbre, ensombreció de nuevo sus rasgos. De repente se apoyó en un codo y acercó su rostro al mío. Me dominaba ahora con sus ojos que, hundidos en la oscuridad, parecían tan negros como el alquitrán. «No te preocupes por mí —dijo—. Ya que has sacado el tema, también yo tengo a alguien». Toda la escena parecía transcurrir en un tiempo espeso, mucho más lento que el que había transcurrido hasta entonces, con la indiferencia del agua del grifo. Cada palabra, separada por largos minutos de silencio, se materializaba entre nosotros con el brillo y la rugosidad de unos objetos tan concretos como ininteligibles. «¿Qué has dicho?», le pregunté sorprendido, contemplando su cara impasible, inclinada ahora sobre mí. No me esperaba algo así y no era capaz de creérmelo. ¿Qué era eso de que tenía a alguien? Desde que había vuelto del hospital, Ştefana había permanecido todo el tiempo en casa, exceptuando las dos o tres veces que habíamos salido juntos hasta el lago Tei, para rodearlo y luego regresar. ¿Dónde iba a haber conocido a otro hombre? La idea misma me parecía extraña y, sin embargo, me había golpeado con una fuerza completamente inesperada. Estaba del todo desconcertado. Siempre la había considerado mi doble femenino, una imagen mía en el espejo del sexo. Por eso no había podido nunca amarla con pasión, sino solo como a una hermana, una virtualidad reprimida en mí, pero milagrosamente manifestada en el vasto sueño de la realidad. Incluso tras su metamorfosis en otro ser idéntico y, sin embargo, completamente distinto, la idea de que pudiera tener sexo, de que pudiera entrar en la vida de alguien más, tal vez de ese que ordenaba desde la distancia sus gestos y palabras, me parecía una insensatez y un absurdo. «Lo que has oído. Yo también tengo a alguien, tengo un… amante. La pregunta es qué hacemos ahora». «¿Quién es?», le pregunté. «No lo conoces. De todas formas, no tiene sentido hablar de esto». Permanecimos en silencio varios

minutos, mirando al techo, y a continuación ella hizo algo sorprendente. Con los mismos ojos límpidos, reanudó la lectura. Leía con naturalidad, respirando acompasadamente, mientras que yo, incapaz de moverme, seguía con los ojos clavados en el techo, en la penumbra de la habitación, como si estuviera paralizado y envuelto como un paquete por los hilos elásticos de la araña.

De repente no pude soportar más la locura y el horror de aquella situación. Una oleada de odio me invadió y perdí el control. Me abalancé sobre ella, la agarré de los hombros y empecé a zarandearla y a gritar como un poseso. «¿Quién eres? ¿Quién eres?». Cabalgaba sobre sus caderas, veía fragmentos de su rostro, mechones de cabello, brillos del ojo que aparecían y desaparecían de forma alucinante a la luz de la bombilla. La golpeaba, la levantaba y la dejaba caer de espaldas en el colchón. Era blanda como una muñeca de goma, y ni siquiera se defendía. Habría podido estrangularla o golpearla hasta dejarla inconsciente. Algo me protegió aquella noche, algo me impidió llegar hasta donde me arrastraba aquel tsunami de desesperación, de miedo y de incomprensión. Luego me derrumbé a su lado y empecé a llorar desconsolado, acurrucado en una cama más arrugada que nunca. Al cabo de largo rato me levanté y fui al baño. El espejo del lavabo me devolvió el reflejo de un rostro desfigurado. No podía más. Llevaba meses golpeando con la cabeza y los puños contra un muro impasible. De hecho, era él el que me golpeaba, él me arañaba, él me despellejaba, él me rompía la cabeza y me fracturaba los huesos. No había nada que hacer. Ştefana se había petrificado en el tiempo y se había convertido en otro muro de mi prisión.

Una mañana salí camino de la escuela como de costumbre, pero era el sábado en el que no había clases, sino una serie de actividades didácticas en un liceo por la zona de Iancu. Todo lo que tenía lugar en aquellos mal llamados foros era tan estúpido que faltaba siempre que podía. Me escondí detrás de un montón de nieve acumulado sobre un coche del que se veía solo una rueda, porque unos copos grandes y húmedos llevaban cayendo sobre la ciudad desde el 1 de diciembre. Permanecí allí, nevado yo mismo y helado, más o menos una hora, hasta que olvidé incluso qué estaba esperando y por qué me encontraba allí. La calle Maica Domnului, con sus descampados y sus extrañas casas, estaba más silenciosa que nunca. La carretera había desaparecido ya debajo de la nieve. Las antiguas carcasas de frigoríficos Fram y los neumáticos de tractores que se diseminaban por el descampado de enfrente de mi casa se habían convertido en montículos blancos con sombras azuladas. La nieve caía oblicua, constante, tranquila, silenciosa sobre mi casa con forma de barco, mientras yo observaba su puerta de entrada *Art Nouveau*, de hierro forjado. Se me cerraban los ojos de sueño cuando la vi salir.

Llevaba su abrigo azul y esa bufanda que yo conocía tan bien, el cabello suelto revoloteaba a merced del viento y de la nieve. Atravesó aquel mundo cegadoramente blanco y echó a andar por Maica Domnului. Caminaba de forma rara, un poco rígida, sin prestar atención a los transeúntes con los que se cruzaba. Se tapaba la barbilla con

la bufanda y dejaba que el cabello se le cubriera de copitos brillantes. Por un instante me pareció tan guapa que sentí la necesidad de correr hacia ella y abrazarla por los hombros. ¡Qué estupendos habían sido nuestros primeros meses juntos! Pero ahora tenía que averiguar con quién se veía, qué le pasaba de verdad.

Dejó atrás algunas calles y giró a la izquierda. Se adentró en un pequeño barrio de casitas bajas por donde habíamos pasado en raras ocasiones, y en el que quedaban sobre todo ruinas, unos cuantos muros que se mantenían todavía en pie. Salió luego, bruscamente, a Colentina. La carretera estaba también completamente oculta bajo la nieve. Pasaba un coche cada varios minutos, un tranvía arrojaba sal en los raíles. Los bloques obreros de diez o doce pisos sobresalían de las oleadas de nieve como los espinazos cenicientos de unos cetáceos, cubiertos de heridas por los arpones del tiempo y del abandono. Una especie de crepúsculo unánime, de un color rosa sucio, envolvía la desolación del barrio. Ştefana cruzó la carretera y continuó su camino por la otra acera, hacia Doamna Ghica. Yo caminaba tras ella con las manos en los bolsillos del abrigo, sin esconderme, porque no había vuelto la cabeza una sola vez, y sentía que no iba a hacerlo. No había trascurrido un año, sino toda una vida desde que, por aquella misma carretera, unos cuantos kilómetros más abajo, hacia el centro, habíamos caminado juntos, vestidos con ropa ligera, ella con los brazos llenos de flores, por el medio de una carretera más nevada incluso que ahora, y el tranvía se había detenido entre dos paradas para que subiéramos, y la gente nos había aplaudido con las manos heladas, riendo alegres a pesar de la desdicha general. Ahora andaba como arrastrada por un hilo para reunirse con su amante o con su superior, o con Dios sabe quién. Dejó atrás Doamna Ghica y giró a la derecha por Silistra, ¡precisamente la calle donde nací yo! Silistra 46, aquella casa con forma de U abarrotada de gente variopinta y alegre. Siempre que pasaba por allí, el corazón se me aceleraba hasta ahogarme. Silistra no era una calle perteneciente a la realidad, sino al mundo funambulesco del interior de mi bóveda craneal. Cuando doblaba la esquina para entrar en esa calle, algo se retorcía en mí y me encontraba de repente ante mi propia frente, cuyo hueso se aclaraba despacio para dejarme ver la callejuela melancólica, con sus postes de telégrafo petroleados, con las cometas enredadas entre los cables, con las casitas de ladrillo sin enfoscar, con los niños sentados en los escalones jugando a las siete y media o al fútbol con botones. Atravesaba luego la gelatina permeable del hueso frontal y continuaba mi camino, recorriendo la calle hasta el final, donde empezaba el campo. Allí, en aquel lugar, cuando no tenía más de dos años, se me cayó, en un charco, una campanilla dorada que me había regalado alguien. La busqué llorando, revolviendo el agua con mis manitas infantiles, sin poder encontrarla jamás.

Ştefana se adentró ahora decidida en Silistra. Avanzaba dejando atrás la tienda de ultramarinos, el edificio en el que estaba dibujado, quién sabe desde cuándo, un gigantesco *ibric* azul, el huerto con rodrigones en cuyos vértices había clavadas unas bolas verdes, rojas, azules, en las que se veía aglutinada la imagen de la calle y de la

casa de al lado, la casa con el torreoncito que me había fascinado siempre… Llegó hasta la casa realquilada en la que habían vivido mis padres en una habitacioncita con suelo de cemento, pero no se detuvo ante su puerta. Yo, en cambio, sí me detuve, con copitos de nieve en las pestañas y los ojos llenos de lágrimas. El edificio estaba desierto, completamente desierto. Ventanas cegadas con periódicos, postigos rotos golpeando al viento. Un coche viejísimo, sobre unos tocones de madera, en el patio, cubierto de nieve. Adelfas secas en tiestos podridos ante las puertas. Nadie en las ventanas, nadie en el patio. Un búnker abandonado en un antiquísimo campo de batalla. Era un pliegue del espacio, del tiempo o de la hoja del manuscrito que los abarca. La espiral del universo se había doblado sobre sí misma, dudando de sí misma, tal vez, y me encontraba ahora en la otra parte de un bucle de más de un cuarto de siglo. Era y no era como entonces. Era como una sensación de *dejá-vu* en la que no es la imagen, ay, Vaschide, sino la emoción lo que se vuelca sobre ti, abrumándote. Era como en una ensoñación en la siesta o como en un sueño, un sueño con casas envueltas en la magia intensa del reconocimiento. «¡Sí, era así! ¡Sí, estuve allí!», te dices paralizado por el sufrimiento y la nostalgia, contemplando aquel edificio esculpido en tu sustancia cerebral, lavado por la intemperie de tus endorfinas…

Reconocí también de inmediato la pared medianera de la casa vecina, más arruinada, más devorada por el tiempo de como la recordaba. Se había abombado tanto que las viejísimas paredes de ladrillo estaban ahora sujetas con dos grandes grapas, cubiertas de óxido. La nieve se había acumulado hasta alcanzar la altura de una persona y se había fijado a sus irregularidades. La fachada que daba a la calle estaba pintada de un verde tristón, la puerta se encontraba al final de unos escalones y había varias ventanas cubiertas con cortinas púrpuras, del mismo color que la puerta. De niño, pude contemplar en alguna ocasión el interior de la casa, desde la calle, cuando alguien abrió la puerta. Tuve la impresión entonces de estar haciendo algo prohibido y vergonzoso. El pasillo de la entrada me pareció de carne, de una carne roja y palpitante, como si en la concha de nácar de la vivienda se hubiera refugiado un ser vivo…

Por aquella puerta, que abrió con una gran llave de hierro, entró, para mi sorpresa, Ştefana. Desapareció en el interior de la casa, dejando la puerta abierta de par en par, como si supiera que la estaba siguiendo y me invitara a entrar también a mí. Nunca me ha latido el corazón con tanta fuerza. No sabía qué hacer. La casa me inspiraba el mismo miedo que en mi infancia, la nieve caía susurrante en la calle, estaba en la irrealidad, en un mundo irreal. Solo mi pánico existía de verdad, como un campo que uniera y diera consistencia a los evanescentes universos paralelos. Al final entré. La casa se percibía desde el principio completamente vacía, gélida, olía a invierno y a frío. Hacía mucho que nadie vivía allí. Atravesé el túnel del vestíbulo, revestido todavía hoy en día de un papel pintado sanguinolento, y subí la escalera de madera hacia el primer piso. Una adelfa seca, casi carbonizada, sacudió a mi paso, con un

ruidito ensordecedor, sus pétalos negros, arrugados. Las cuatro habitaciones tenían las puertas abiertas de par en par. Todas ellas estaban vacías, heladas, y había unas huellas pálidas en las paredes allí donde, en otra época, había habido muebles y cuadros. Por las ventanas resquebrajadas se colaba la luz cegadora de la nieve, que hacía brillar los suelos, pintados de color marrón. Al fondo había un baño y, a su lado, una escalera abrupta que conducía al ático. Subí despacio. El campo visual palpitaba al ritmo de los latidos de mi corazón. Resollaba, exhalando vaho como un dragón, ovillos y volutas que se disipaban en el aire cristalino. Me demoré un rato ante la puerta que se abría al final de la escalera, púrpura como la costra de una herida. Pegué la oreja a su madera fría y húmeda. Al otro lado no se oía ningún ruido, como si ni siquiera hubiera una habitación, sino un espacio lleno, de varios metros de grosor. Agarré el picaporte pero su frialdad me provocó escalofríos. Lo bajé y abrí, sin hacer ruido, la puerta.

La habitación estaba vacía, al igual que las demás, pero el aire allí quemaba. Llegaba desde el pleno verano a través de una ventana estrecha a la cual se asomaba, con los codos apoyados en el alféizar, de espaldas a mí, Ştefana. Los copos de nieve de su cabello se habían fundido hacía rato porque por la abertura de la ventana venía un aire cálido como el de un horno. La luz intensa, de oro fundido, corroía la silueta de la mujer, incendiando su cabello. Me acerqué despacio. La nieve derretida de su ropa había goteado al suelo formando un charquito azulado a sus pies. Por la ventanita, la gloria del cielo se veía azur, con nubes blancas desperdigadas uniformemente hasta el horizonte. Y sobre este fondo se distinguían, con sus rostros casi pegados al de Ştefana pero al otro lado de la abertura, las cabecitas de varios niños. Niños pequeños, mocosos de barrio, niñas y niños con ropa de jugar, rota y remendada por todas partes. Se apoyaban unos en otros gritando por el espanto y la sorpresa. Ştefana miraba solo a uno, al niñito más esmirriado, de carita afilada y ojos grandes y negros, aumentados más aún, ahora, por culpa del espanto. Situado en diagonal respecto a ellos, en un rincón de la habitación, con el perfil tan familiar de mi mujer a tan solo dos pasos de mí, también yo los contemplaba con avidez. Ştefana no sonreía, su rostro mostraba esa impersonalidad de insecto que me había exasperado durante los últimos meses. Pero toda la intensidad de su mirada estaba clavada, como si fuera un depredador, en el niñito pálido que… no me cabía duda, era yo, el yo de entonces, el yo de la casa con forma de U, coronado por el amor de mi madre y cubierto por la coraza de las adelfas del antiguo patio de mi primera infancia. Se miraban ahora a los ojos. Ella lo había aislado de los demás, que se habían esfumado, transparentes, en el paisaje de nubes escurridizas de julio. Allí solo quedaban ellos dos, como un par de piezas de un juego extraño, como un mecanismo de ajuste a punto de hacer clic para cerrar quién sabe qué secreto y abrir quién sabe qué portal. El niñito se relajó de repente. En su cara no se leía ya miedo sino una especie de sueño con los párpados entreabiertos, cuando la mujer alargó la mano hacia él y la apoyó, con la palma abierta, en el alféizar de la ventana. El niño titubeó

un instante pero poco después su manita descansaba en la palma de Ştefana. Sus dedos de uñas puras, «alto ónix en ofrenda», se cerraron sobre la mano del niño y esta desapareció de mi vista. Se quedaron así, como una figura indescifrable, mientras yo me retiraba, de espaldas, hacia la puerta, relajado también y, de una manera horrible, feliz. Había sentido yo mismo la mano de la mujer cerrándose sobre la mía. El contacto se había producido.

Capítulo 39

HAN pasado tres inviernos desde entonces, el mismo tiempo desde que escribo aquí, en los cuadernos de mi manuscrito. Los he colocado en mi escritorio y contemplo su obediencia y su silencio bajo la intensa luz de la nieve que me llega desde la ventana. El primero está forrado de tela con un estampado floral, blanco y azul. Lo he releído tantas veces que me lo sé casi de memoria. Piojos, miedo, inscripciones, sueños. El ojo que, cerrado por fuera, se despierta por dentro. La fábrica abandonada y su extraña maquinaria. Irina. El segundo cuaderno es más macizo, tiene una espiral metálica y tapas rojas, brillantes. Con solo mirar el canto puedo adivinar, como si fueran los intestinos de unos seres estrujados entre las páginas, las líneas del bolígrafo, su trayecto psíquico, el temblor cuántico de las cuartillas blancas que las concibe a todas. La morgue, los sueños, los piquetistas, el anillo, el diente arrancado, el icono escupido en el círculo de ateísmo. El teseracto. Voila. Y el último cuaderno, escrito ya en sus tres cuartas partes, con una tapa negra y azul, el único que conserva aún unas páginas inmaculadas, enigmáticas como unos dioses sin rostro. He sabido siempre que el texto es palimpsesto, el cepillado de una hoja que lo contiene todo, el desvelamiento de los signos y los bucles, expuestos por primera vez a la luz, como cuando en la infancia volcábamos piedras grandes para contemplar, en la huella húmeda de la tierra, el pánico de las hormigas, su huida con las larvas blanquecinas en las mandíbulas, el despliegue lento de un miriápodo duro como el alambre, la fuga atolondrada de una araña transparente. El rumor subterráneo de las páginas blancas, su ávida disponibilidad para todas las historias, toda la gloria y toda la vergüenza y todo el pensamiento y todo el infierno de esta tierra. Ayer acabé el texto escribiendo «el contacto se había producido» (sin saber qué significa y sin que me importe no saberlo, satisfecho simplemente con la sensación de que así tenía que acabar la penosa historia de mi matrimonio), la página de la izquierda, mucho más abultada que la que tiene enfrente, porque las más de cien páginas escritas, ahuecadas además por la presión de la punta del bolígrafo y saturadas de pasta azul, desprenden un olor peligroso y embriagador, abruman al montón modesto de hojas blancas, lisas, que quedan a la derecha y que se llenarán en el futuro. Por el momento ni siquiera sé cuándo ni con qué, solo que avanzarán en paralelo con la vida de la que se despliegan. Tengo un solo presentimiento: que este es el último cuaderno, que la historia terminará en el instante en que no quede espacio aquí para una letra más, tal y como los grandes amantes del tatuaje llenan a lo largo de su vida toda su piel, hasta el último centímetro cuadrado, el del entrecejo, en el que corresponde tatuar siempre el ojo triangular que mira hacia adentro, y luego se retiran y mueren en cualquier sitio tras haber donado la piel a un museo. La página de la derecha está también tatuada ya

hasta la mitad, y la sombra de mi brazo oscurece la parte inferior, esa que es tan pudorosa como la nieve lisa que el pie humano no ha hollado aún. Muchas veces, después de escribir por las tardes hasta que oscurecía y el aire de la habitación se volvía amarillo-sucio como el gas lampante, cerraba la tapa rígida del último cuaderno y lo colocaba encima de los otros dos, y sobre la portada brillante formaba una flor con monedas de tres *lei* y de un *leu*: una grande en el centro y cinco alrededor, como unos pétalos rozándose entre sí. La luz rasante de la ventana ponía de relieve el canto dentado y las cifras, las letras, el escudo de sus caras plateadas. Y yo las contemplaba hasta que oscurecía por completo y eran lo único centelleante que quedaba en aquella habitación sombría, mientras intentaba comprender (¿recordar?) *qué significaba* eso, como si estuviera buscando intrigado una palabra que tuviera en la punta de la lengua. Luego cogía un trozo negro, curvado, con una esquina rota, de imán —ese que encontré en la Cooperativa de Electrobobinas, cuya cerca había saltado tantas veces de niño— y lo acercaba a la flor de monedas sobre el extraño Baalbek de mis cuadernos. Sentía siempre sorpresa y regocijo ante el milagro de su unión brusca, con un tintineo, a la piedra negra, a la cohesión entre ellas para formar una cadena en la que las monedas, ahora verticales, aventaban el ocaso en bruscos brillos oscuros. Tiraba de ellas, las separaba por la fuerza sintiendo la tensión invisible que las unía, su mística solidaridad. Siempre he contemplado el magnetismo con ojos de niño, tal y como nunca me ha dejado de sorprender que se pueda ver a través del cristal (pero no a través de las paredes o los metales) y que los espejos repitan la realidad hasta el infinito, haciendo el mundo doblemente espacioso…

El tercer cuaderno, sin tapas, aún solo a medias escaneado, revelado, expuesto: Voila. Traian. El señor de los sueños, Vaschide. Çtefana, con su extraño extrañamiento. Personajes, lugares, figuras implicadas en un *ballet* fascinante e incomprensible como el sueño manifiesto que cuaja, al igual que la fina película en la superficie de la leche, sobre eso que esconde y revela: la belleza abismal y animal del sueño latente. Te despiertas aturdido cuando fuera todavía está oscuro, estiras la mano hacia el reloj, cuando de repente relampaguea en tu mente una mezcla de pre-imágenes y todavía-no-emociones, algo que no consigues ver ni sentir de verdad, pero que está ahí, como el tajo de un puñal en medio de tu mente, como una sensación de *déjà vu* que te arroja al suelo, como el olor a pelo quemado o el gusto a cardenillo que siente el epiléptico antes de derrumbarse: sí, sí, ha sucedido algo, he vivido algo, era… mágico, imposible de expresar… Lo recuerdas con los dedos, con la lengua, con los muros en los que florecían los líquenes. Sí, he estado ahí, qué extraño, he estado en ese mundo… Te quedas inmóvil, como una araña en la telaraña, intentas atraer otro mensaje, otro chispazo de las profundidades. Y de repente ves y de repente sientes y un fragmento de tu vida paralela se vuelve palpable, concreto como cualquier otro objeto de tu mundo. Es un icono, una fotografía, una película, pero el orden de los rostros y de las habitaciones y de las palabras que atraviesan ese mundo lejano no justifica la emoción de enamoramiento, la aflicción de velatorio que

te paraliza mientras yaces todavía en tu cama y en la ventana nace el día. «¿Qué será?», se preguntaba mi madre cuando recordaba algún sueño —y se acordaba siempre de todos, los clavaba en el insectario infalible de su memoria, en su libro de poemas no escrito, digno de Plinio y de Lautréamont—. «¿Qué será?», te preguntas también tú, con tu infamia silogística, pensando de manera refleja, como la mantis que hace su nido sin mirar atrás, en una interpretación. Abres entonces el sueño caliente, recién nacido, con sus órganos y aparatos, con sus ruedas dentadas, sus cruces y asteriscos y medias lunas, para después, gracias a una inepta e ineficiente ingeniería inversa, poder reconstruir un significado, un alfabeto, un lenguaje. Agitas el papel fotográfico en el baño de revelado, pero el revelador no puede ver la revelación, al contrario, la esconde detrás de la fotografía, y aflora una realidad insensata que oculta así el mundo del cual —terrible y sagrado mensaje— proviene. Todo sueño es un mensaje, una llamada, un portal, un agujero de gusano, un objeto multidimensional que tú, al interpretar, mistificas y malgastas. Estás acostumbrado a los libros que lees plácidamente mientras comes un bocadillo, durante un recreo en la sala de profesores o en el tranvía, camino de casa; a las puertas dibujadas en las paredes, ficticias, de todos los cuadros de todas las pinacotecas del mundo; al balanceo de la cabeza al ritmo de todas las canciones. Pero estás sordo, ciego y mudo a la llamada desesperada que llega desde su entraña. Los sueños son planes de huida, al igual que la música, la metafísica y la trigonometría esférica. Todo lo que nos habla en este mundo nos dice lo mismo… ¡Sal de aquí! ¡Vete! ¡Tu sitio no es este! Todos los sueños te formulan con insistencia una pregunta. No lo entiendes cuando lo interpretas, sino cuando respondes. Siempre que oigas tu nombre en medio de la noche, no dudes en responder: «¡Estoy aquí, Señor!».

No pretendo comprender, sigo tan solo avanzando con la historia de mis anomalías. Los filósofos han interpretado el mundo de muchas maneras, me digo algunas veces parodiando la famosa frase de la que ha brotado tanta sangre, lo importante sin embargo es huir. Hace varias noches tuve una especie de visión que surgió —al menos en mi mente ávida de indicios— para mostrarme, si no un método, sí al menos una lejana luz final, como cuando ves el centro de un laberinto de cristal muy cercano pero de él te separan todavía kilómetros de pasillos. La transparencia de la parábola, al igual que la de las paredes de cristal, la ironía de la puerta de cuerno, del sueño verdadero enviado por los dioses que, sin embargo, no conseguirás comprender jamás. Transcribo aquí, del mismo modo que he transcrito en otro momento mis sueños transparentes pero oscuros (cuanto más límpidos, más indescifrables), la pequeña historia que se me reveló entonces:

> Tiempo atrás poseía extensos dominios, se podría decir que el sol jamás se ponía en ellos. Su geografía era grandiosa y diversa; sus riquezas, infinitas. Para proteger mis propiedades había construido una muralla circular, flexible como una membrana y, sin embargo, casi impenetrable. Mis enemigos eran

tan numerosos como mis bienes y me rodeaban por todas partes, pero el perímetro del círculo era tan inimaginablemente grande que en ningún punto de toda su extensión se podía reunir a tanta gente como para poder abrir una grieta en el muro. Esta situación duró mucho tiempo, y hoy la considero mi época dorada, mi era de opulencia ociosa.

Llegó sin embargo el momento en el que se me comunicó que, en una pequeña porción de la muralla, levantada en una provincia fronteriza, el número de los enemigos, quién sabe por qué motivo, era un poco más numeroso que en otras partes. No lo suficiente para franquear la muralla pero sí para considerarlo preocupante. Decidí abrir una parte de la muralla y solapar ambos extremos, de tal manera que, en ese tramo, el muro tuviera un doble grosor. Fue una medida de precaución muy criticada por mis súbditos en aquel momento, aunque el tramo no fuera ni la milésima parte de la circunferencia y el refuerzo de la muralla resultara casi inapreciable. De cualquier modo, por pequeña que fuera la superficie cubierta, ese aumento tuvo consecuencias sobre todas mis fronteras y mi reino se contrajo. Perdí una parte infinitesimal, tal vez el equivalente a un cabello, pero era una pérdida de territorio y durante varios siglos no había sucedido nada semejante. Mi medida de precaución, tal vez un tanto precipitada, tuvo, por lo demás, otras consecuencias de lo más paradójicas. Al ver que la muralla era ahora doble en aquella provincia, mis enemigos renunciaron a atacar ese punto y se dirigieron a los márgenes para sumarse a los que ya luchaban allí contra mis centinelas.

Me vi obligado así a prolongar el extremo de la muralla interior, aumentando el arco de la circunferencia ahí donde la muralla era doble. Durante varios años hice frente de esta manera a los encarnizados ataques, a costa, es verdad, de un nuevo estrechamiento de mi hacienda. Al perder toda esperanza, mis enemigos se trasladaron de nuevo desde aquella zona hacia las provincias marginales, lo que originó, por mi parte, un nuevo giro de la muralla interior a lo largo de la exterior. Poco tiempo después, un cuarto más y luego la mitad de la circunferencia —cada vez más estrecha— de la muralla exterior fue reforzada por la interior y mi patrimonio disminuyó de forma dramática. Perdí, en el exterior de la muralla concéntrica, provincias y más provincias, minas de metales preciosos, bosques de maderas nobles, aldeas y labrantíos capturados por los enemigos, ciudades y pueblos rebosantes de alegría en otra época. Cuando llegué a duplicar toda la circunferencia de la muralla, al cabo de una lucha incansable contra los enemigos, por miedo a sus ataques cada vez más encarnizados, me vi mucho más pobre de lo que había sido, aunque fuera todavía un noble importante en nuestros territorios. Toda mi hacienda estaba protegida, en verdad, por una doble muralla, pero también mis enemigos se habían vuelto más fuertes, porque atacaban ahora por todas partes una muralla de una extensión mucho más reducida que la original. Así

que mi situación, en lugar de mejorar, se complicó, pues mis recursos habían disminuido, y la guerra exige dinero y más dinero.

No tuve otra opción, sin embargo, cuando, de nuevo, en una de las zonas fronterizas, el enemigo empezó, quién sabe por qué, a atacar con más ferocidad que en otros puntos. Me vi obligado a construir de nuevo a partir del extremo de la muralla, multiplicando por tres el grosor total de perímetro, modesto al principio pero cada vez mayor después. Cubrí una gran parte de la frontera con esta triple muralla: un cuarto, la mitad, tres cuartas partes y, finalmente, toda la frontera. El dominio que me quedaba después de reducir el área del círculo y de perder superficie interior no superaba ahora mi territorio natal: el castillo y unos cuantos pueblos de los alrededores, una mina de estaño, un molino de agua, una colinita con pastos salpicados con rebaños de ovejas. Todo lo que había conquistado con la espada desde los días de mi juventud quedaba ahora para siempre en manos del enemigo. Pero a medida que mi riqueza se esfumaba, más numerosos eran los adversarios que se concentraban en cada punto de la muralla, aunque su número no hubiera aumentado. Su ímpetu era tan grande que no parecían luchar por hacerse con mis riquezas, sino únicamente por odio hacia mi persona y por mi empeño en hacerles frente.

Al cabo de un tiempo, mi muralla se había multiplicado por cuatro, luego por cinco, enseguida perdí también la mina, y el molino, y los pueblos, uno a uno, y la colina con mis rebaños, así que, cuando la muralla se hubo multiplicado por seis, como una serpiente que rodeara con sus anillos a un ciervo estrangulado, resultó que la zona interior se había quedado pegada a la pared de mi propio castillo, oprimido ahora por las tenazas de su película nacarada y elástica.

Si la multiplicación de la muralla por seis había durado varios días, la multiplicación por siete fue cuestión de horas. Bajo la presión del muro de protección, las almenas del castillo, en otra época inexpugnables, se derrumbaron, y pude ver entonces, con pánico y horror, cómo la muralla exterior, tan gruesa como atestada de enemigos, rodeaba ahora tan solo las paredes del salón del trono, en el que me encontraba cautivo, sin posibilidad de huir. Los enemigos estaban tan cerca de mí que oía, al otro lado de lo que se había convertido en una muralla que giraba veinte veces sobre sí misma, sus aullidos bestiales. Podía sentir su frustración por no ser capaces de utilizar las armas debido al hacinamiento entre los parapetos, por verse obligados a morder y a arañar para abrirse camino hacia la muralla asediada.

Pasaron unos pocos minutos hasta que pude agarrar yo mismo la parte interior de la muralla y estirarla hacia mi cuerpo para ceñirlo con ella, porque era todo lo que me quedaba en este mundo. Mi espanto, mi dolor y mi desesperación no tuvieron límite cuando también la frontera de mi piel cedió,

y la muralla circular, multiplicada ahora por cien y por mil, invadió mis órganos internos. Los enemigos conquistaron, sucesivamente, en intervalos cada vez más breves, mi corazón, mi hígado y mis intestinos, las vértebras de la espalda, tal y como se habían adueñado, a lo largo de las décadas precedentes, de mis extensos e incontables dominios. Ahora la muralla se envolvía, con la rapidez del rayo, en torno a sí misma, apretando mi cráneo y haciéndolo añicos, englobando mi cerebro y avanzando hacia su centro incandescente. Los enemigos luchaban ahora por las zonas sensoriales, por las motoras, conquistaban pulgada a pulgada el homúnculo deforme de mis hemisferios cerebrales, invadían mis recuerdos y mis pensamientos, sometían mi espacio visual y lógico, en un asalto de la muralla que tenía ahora decenas de millones de espirales y que se retorcía restallando, como una tenia implacable, para abarcar, en el centro del centro de la mente, el guisante de mi glándula pineal que, según los entendidos, es la sede del alma.

Y aquí estoy ahora, al cabo tan solo de una millonésima de segundo, reducido a lo que soy de verdad, a lo que he sido siempre: la perla del centro de la espiral abrumadora de la mente. Viviendo aquí, muriendo aquí, sin tiempo, sin propiedades, sin enemigos, como he muerto, viviendo, desde siempre.

No está tan mal, me digo, al releer está pequeña parábola. Tal vez tenga otra oportunidad. Tal vez incluso ahora, tantos años después de la reunión del cenáculo que bifurcó mi vida, pueda recuperar algo, pueda escurrirme debajo de la piel del Otro, el que viaja por el mundo y firma autógrafos y escribe libros deslumbrantes en otra tierra, bajo otros cielos. Con solo pensarlo me entran ganas de vomitar. La sola idea de que podría sacar de la casa en llamas el famoso cuadro y no al niño vivo, cuya piel se abrasa bajo las lenguas de fuego, me llena de una insoportable sensación de odio hacia mí mismo. Eso es lo que hacen todos los escritores, los filósofos, los músicos y los pintores del mundo, eso hacen los ilusionistas del circo y los domadores de pulgas: salvan la obra de arte y dejan que se queme el niño. Escribo aquí, noche tras noche, en mi casa del centro de la ciudad, del universo, de mi mundo, un anti-libro, la obra eternamente oscura de un escritor. Soy nadie y siempre lo seré, estoy solo y para eso no existe remedio alguno, pero no engaño a nadie pintando puertas que no se abrirán jamás en las paredes de este mundo piranesiano. Podría coger mi relato y llevarlo a la redacción de un periódico. Podría publicarlo en el suplemento literario del domingo. Podría añadirle algo más y publicar un librito de unas cien páginas. Incluso Kafka, incluso Rotluft o Fyoritos hicieron algo parecido. Podría entrar en la sala de profesores con mi libro recién publicado, se lo podría mostrar, con fingida modestia, a Florabela, a Goia, a la señora Gionea y a la señora Uzun, me acercaría a Spirescu, el profesor de Dibujo, para preguntarle, hipócrita, qué pensaba de la portada (él, gran especialista…) y escucharía aquí y allá las palabras

«felicidades, señor profesor», incluso por parte de los cuadros verdosos que rodean la sala, de las señoras de la limpieza, de los alumnos con los labios manchados de tinta. Así empezaría. Todavía podría empezar. La pesadilla de mi transformación, tras una noche de sueño agitado, en el Otro.

CUARTA PARTE

Capítulo 40

NUESTRA escuela es más bonita en primavera. El interior sigue siendo igualmente oscuro, es verdad, con sus infinitos pasillos, con los pisos que se multiplican hacia arriba y hacia abajo, pero, al menos, cuando te plantas por la mañana ante ella, parece bañada en un agua helada y luminosa, como si tuvieras dieciséis años y vieras las cosas por primera vez, no con los ojos, sino directamente con tu ser interior. Incluso el amarillo sucio, rugoso, de las paredes brilla entonces como en una *camera lucida*. Incluso las sombras, en los muros, de los retoños de los árboles deshojados te recuerdan a unas extrañas neuronas, trenzadas, balanceándose en la entusiasta brisa primaveral.

Mis compañeras se maquillan y se peinan de otra forma en primavera. Se quejan menos de las dolencias femeninas y del reumatismo. Disfrutan más con los eternos, aunque siempre nuevos, chismes que se escuchan en la sala de profesores. Tras la época del aceite retenido debajo de la lengua, de las algas babosas del frasco, de la raíz de pensamientos, del cubo de Rubik, de los insectos guardados en la mano diez minutos al día (hace un par de años, después de la locura de los piquetistas que sacudió todo el barrio, no había vendedora, fontanero, carpintero, profesora o mendigo que no alimentara en casa alguna langosta, una mariquita, un gorgojo verde metálico, un escarabajo, un ciervo volador, una cucaracha de Colorado o, liándose con las taxonomías, una araña, una escolopendra, una gorda garrapata gatuna o una mariposa de seda, solo para que los consideraran también miembros de aquella secta que luchaba obstinadamente contra la muerte, el dolor y la agonía), ha comenzado ahora la furia de las fotografías con las cámaras más baratas del mercado, casi de juguete, que han aparecido este invierno. Son unas cajas negras, sin lentes, en las que introduces la película, miras por un visor de cristal y aprietas un botón. La luz entra por un orificio, del tamaño de la punta de una aguja, perforado en la tapa que debería cubrir el objetivo, si es que hubiera uno. Al revelarlas te llevas una sorpresa tremenda, porque las fotografías realizadas con este aparato primitivo resultan sobre todo imágenes pictóricas. El halo de luz cegadora que rodea los rostros y desdibuja los paisajes es nostalgia pura. Así ves las cosas y las caras en sueños o en los recuerdos más antiguos. Los retratos, sobre todo, parecen ectoplasmas disueltos en la luz. Las personas recuerdan a larvas pálidas conservadas en formol en esos cilindros gruesos de los museos de ciencias naturales. Todos los profesores se han hecho sus álbumes de fotos con la nueva cámara y matan el rato en los recreos mostrándoselos unos a otros como si fueran imágenes de unos remotos planetas.

El jueves pasado, Borcescu convocó una reunión. Nos reunimos todos, las maestras y los maestros, en el aula contigua a la sala de profesores. Yo me senté en el

primer pupitre, junto a la ventana, y a mi lado se colocó Gheară, con sus chistes estúpidos y sin embargo graciosos. Muchas maestras hacían ganchillo o punto, otras leían o hablaban entre susurros. Sobre el encerado brillaba el retrato del Camarada, el «supremo», con una corbata de brillos metálicos. Sonreía a medias, como intentando contener la hilaridad provocada por un chiste que acabara de oír. En la pared opuesta a las ventanas estaban las inevitables láminas con la vaca, el cerdo y la «geografía literaria», es decir, el mapa del país con las fotografías de los escritores pegadas sobre la ciudad natal de cada uno de ellos. Al fondo, justo encima de los colgadores llenos de abrigos y sombreros, había dos personalidades albanesas que, probablemente, no habían encontrado un hueco en la sala de profesores y, entre ellas, el escudo nacional.

Una extraña alegría tontorrona, provocada seguramente por el azul intenso de los cielos de abril que inundaba el aula como un acuario lleno de luz, alborotaba a mis compañeros, sobre todo a las profesoras, que no cerraban el pico. «Ayer tuvimos el *fasching*[29], queridas, se vistió de caballero, se nos ha hecho mayor el chaval. Lo llevó mi marido en el Volkswagen al Palacio de los Pioneros. ¡No podéis imaginaros qué trajecito, alquilado en el Teatro Nacional, una maravilla! ¡Casco con pluma de gallo, cota de malla y capa de cruzado! ¡Me costó, como os podréis imaginar, ochocientos *lei*! ¡Sí, queridas, ochocientos *lei* por un solo día! Como si estuviera bañado en oro, chicas. Los he pagado porque, al fin y al cabo, mi hijo solo hace una vez el *fasching* con todos los hijos de los de Exteriores… En fin, qué os voy a contar, ya sabéis cómo es tener hijos. Mi Tony…». A Caty no le importa si le hacen caso o no y no observaba cómo sus colegas ponían los ojos en blanco. Ella estaba en su pupitre, envuelta en un vestido demasiado elegante, como una mariposa exótica entre polillas, dirigiendo a una y a otra unas miradas húmedas, tan apetitosa como entonces, en la secretaría, cuando me mostró inocente, una a una, las braguitas «del paquete» que acababa de recibir. Siempre que la veía me acordaba de la terrible noche de los piquetistas, de la sala circular y de la gigantesca estatua de la Condena que había aplastado, como si fuera una cucaracha, a Virgil, un Virgilio que no había guiado a nadie por el infierno inmanente de nuestro mundo. Muchos piquetistas fueron arrestados por la Policía y la Securitate después de aquella noche en la que, al fin y al cabo, se había producido un homicidio, pero el movimiento parecía —lo parece aún— imparable. Virgil se convirtió, por descontado, en una especie de mártir. Sus fotografías, reproducidas hasta volverse casi irreconocibles, invadieron la ciudad y ahora se pueden encontrar en todas las casas. Muchos de los antiguos peregrinos siguen ahora una especie de itinerario místico por los edificios del centro que recorre las estancias en las que se encuentra la foto enmarcada —en algún despacho, en la pared, sujeta al borde del espejo del baño o incluso rota en pedazos y arrojada al cubo de la basura—, tal y como puedes elegir, en un laberinto, girar siempre a la izquierda.

La historia de Ispas había agitado las aguas de nuevo. Lo había hecho la primavera en la que desapareció y en la que sus gritos —dicen— pudieron oírse durante varios días sobre el campo, en la periferia de la ciudad, aterrorizando a la

gente que se acercaba a los sembrados encharcados del otro lado de las vías del tren, y lo hizo también el otoño pasado, cuando el portero, al que casi todos habían olvidado ya, volvió a aparecer de repente, sano y salvo, tirado en una zanja a tres calles de la escuela, borracho como una cuba y desorientado. El barrio se vio entonces invadido por un nerviosismo terrible. Todas esas farsas de los insectos en el puño desaparecieron bruscamente porque la broma resultó ser mucho más pesada de lo que cabía esperar. Cuando se espabiló de la borrachera, el portero —decían— había confesado a la policía una historia que te helaba la sangre y que transformaba por completo el sentido de la gran secta de los piquetistas. La declaración de Ispas ha circulado al parecer —al igual que la foto de Virgil—, copiada y requetecopiada a mano, pero con tanto secretismo que ni yo he podido leerla todavía, aunque no es que me importe demasiado. El hecho es que, tras el regreso del portero, grupos de gente vestida de negro han empezado a reunirse en torno a los lugares más siniestros de la ciudad, reanudando esa doble vida que tanto me había sorprendido en el caso de Caty. No había que dejarse engañar por la frivolidad y las formas lánguidas y la boca, como una flor de amapola, de la profesora de Geografía. La luna tenía una cara oscura, desfigurada por los miedos y las decepciones. Incluso sin la figura fatigada de Virgil entre ellos —el héroe muerto se mostraba más fuerte y más activo de lo que había sido su modelo vivo—, los piquetistas volvían a agruparse, y en el aire flota un olor a apocalipsis que percibo, desde hace varias semanas, en mi propia piel.

Las enfermedades, el dentista, los hijos y los nietos, el serial del sábado por la noche… Mis colegas no tienen demasiados temas de conversación en la sala de profesores o antes de que empiecen las reuniones. Cada una se siente, además, dueña y señora de su «especialidad». Han dividido el mundo en lotes y se han guardado una porción en el bolsillo. La profesora de Música, por lo general fina y decorativa como una estatuilla demasiado pulida e igualmente silenciosa, se espabila con brusquedad siempre que se habla de Mozart o Tchaikovsky. En esos momentos, sus ojos empiezan a brillar, sus pendientes redondos tintinean y los detalles sobre conciertos, oberturas, sinfonías (o incluso los comentarios picantes sobre la vida de los músicos) afloran como de un cofre de perlas, pedantes e inútiles como la propia señora Bernini. Pero no existe en ella nada auténtico, nada, ni siquiera una tontería, que haya pensado ella misma. Ante la más mínima alusión a un personaje de Dostoievski, salta como un rayo la profesora de Ruso, una verdadera comisaria —como corresponde— a la que los chavales temen como si fuera un demonio. Y es que cada dos por tres les suelta un zurriagazo en la palma con un trozo de cable reforzado con un hilo de metal plateado en su interior. Así ha conseguido dislocar los dedos y la mano a más de uno. «Sí… Dostoievski…, Fiódor Mijailovich Dostoievski. Fue un gran escritor ruso que mostró amor y compasión por los campesinos. Pero tuvo también sus limitaciones ideológicas. Debe saber, camarada profesor, que, diga usted lo que diga, no se le puede comparar con Tolstói, que abarcó en su obra toda la humanidad». Y luego que si Tolstói esto, que si Tolstói lo otro, como un disco rayado, siempre que me ve…

Tanto es así que he llegado a preferir «el matrimonio es peor que la horca» de Borcescu. La señora Rădulescu, por supuesto, es la dueña de la Historia. Dices algo sobre Mihai Viteazul (aunque te refieras solo al instituto que lleva su nombre) y salta ella como una autómata: «1558-1601». ¿Que dices que vas a casa de tus padres, en Ştefan cel Mare? Esa misma voz añade con el tono impersonal de la voz que te dice la hora por teléfono: «1457-1504». Junto a las fechas (todas las llegadas al trono y las bajadas del trono) conoce también lo que ella denomina «causas». ¿Por qué estallaron las guerras napoleónicas? ¿Por qué se alzaron los gladiadores de Espartaco? ¿Por qué saltan las pulgas a la manta? ¿Por qué se vuelcan los vasos en la mesa? Con una sonrisa de superioridad, la señora Rădulescu tiene una respuesta para cada pregunta: por culpa de la explotación del hombre por el hombre. «Escarbe un poco, camarada profesor, en cada idea filosófica, en los "idealismos" y la "metafísica", y encontrará siempre lo mismo: diferencias de clase, la protección de los privilegios de los ricos contra los pobres y los oprimidos del mundo». Desde hace décadas, mis colegas repiten leyes, teorías, fechas, razonamientos, poesías, citas, «lo mejor que se ha escrito y se ha dicho sobre la humanidad», y muelen a golpes a los críos que al día siguiente no lo repitan todo de memoria, palabra a palabra, incluso aunque no tengan nada que ver con su vida y, por ello mismo, las olviden cuanto antes. Cada alumno de la escuela 86 debe de tener bajo la bóveda traslúcida de su pequeño cráneo un paisaje tan ruinoso como el mundo de su entorno, como la propia escuela y la antigua fábrica y la Automecánica y la Fábrica de Tubos. Lo mejor de lo que se ha dicho y se ha escrito a lo largo de los siglos llega hasta él convertido en escombro, ladrillos rotos, tubos torcidos y oxidados, encofrados hechos astillas de una Babel desmantelada.

En el estrado se sientan el camarada director Borcescu, cuyo vitÍligo ha avanzado tanto a lo largo de estos años que resulta complicado hasta mirarlo —su cara está repleta de unas manchas rosas y otras más oscuras que la gruesa capa de maquillaje solo consigue resaltar con más exuberancia aún, de tal manera que ahora es un lagarto hipnótico con la piel del rostro estirada, con dos únicos dientes grandes y amarillentos brotando de su boca de deidad azteca el que nos mira y nos habla desde el estrado—, y la camarada Băjenaru, la secretaria del partido, un ama de casa clorotica, con ptosis palpebrai, profesora de Matemáticas gracias a quién sabe qué curioso vuelco del destino, pues su mente no parece servirle para mucho más que para poner pepinillos en conserva cada año. Hay que decir, eso sí, que le quedan crujientes y bien sazonados, porque nos trae siempre un plato, para que los probemos, al final del otoño. Las conversaciones se van apagando y al poco rato solo se oye el tintineo de las agujas de tejer. Empieza la reunión con un aburrimiento desesperanzador, siempre lo mismo, con Borcescu farfullando directivas del partido, citas del Camarada, perogrulladas sobre pedagogía, ética e igualdad en nuestra sociedad socialista. Todo ello dura aproximadamente una hora en la que, si no haces ganchillo, te entran ganas de subirte por las paredes. ¿*No* es el mundo, en cualquier caso, un lugar terrible? ¿*No* vivimos un instante en una mota de polvo de la

eternidad? ¿*No* enloquecemos acaso en el paquete blando —de grasa, tendones y huesos— de nuestro cuerpo? ¿*No* tenemos que soportar, un día tras otro y una hora tras otra, la idea de que envejecemos, de que perderemos los dientes, de que contraeremos enfermedades abominables y dolencias de pesadilla, de que agonizaremos antes de desaparecer y de que no volveremos nunca para dar forma y sentido al mundo? ¿Necesitábamos encima una tiranía? ¿Y unos imbéciles que la predican desde la cátedra sin creer una sola palabra, como no creen tampoco en los poemas de los clásicos, ni en los teoremas matemáticos, ni en las leyes de la física, ni en los átomos, ni en los dioses, ni en la lucha de clases, que predicarían cualquier cosa en el mismo tono solo para defender su cabezadita de la sobremesa, su único dios y amigo?

Pasa luego al orden del día, que incluye un solo punto, el más importante desde hace ya varios años, la actividad respecto a la cual el proceso instructivo-educativo se ha convertido en un simple apéndice atávico: la recogida de botellas, frascos y papel. Cada niño tenía que traer todos los meses cincuenta kilos de papel además de cien de botellas y tarros vacíos, bien lavados, listos para entrar en la cadena de producción. Los tutores de las clases eran los responsables del cumplimiento del plan. Debían convocar a los padres a una reunión, por la tarde, a su regreso del trabajo, y convencerlos, con toda la firmeza posible, acerca del deber patriótico de reciclar los desechos para contribuir así, según la capacidad de cada alumno, al bienestar de la patria. No se admitían quejas como que de dónde demonios iba a sacar el pobre progenitor los cincuenta kilos de papel o los cien de frascos y botellas todos los meses. El profesor estaba obligado a cortar enseguida a los que protestaban porque tenían dos o tres críos matriculados en la escuela. La ley es la ley. Esa cantidad era la que se había fijado por alumno y esa era la que debían traer. De lo contrario se podía llegar a expulsar al niño de la escuela, tras los castigos preliminares, por supuesto, como tirarles de las patillas, golpearles con la regla en los dedos, bajarles los pantalones delante de clase, ponerles menos nota o hacerles repetir curso.

Ya conocíamos el terror que se desencadenaría a continuación porque se repetía un año tras otro. Los desesperados niños asaltaban las tiendas, robaban cajas, desvalijaban los quioscos de prensa. Los padres compraban papel en los centros de recogida o sobornaban a los porteros de las imprentas. Surgieron grupos de alumnos que se dedicaban a asaltar los almacenes de las escuelas vecinas para robar los preciados frascos y que se pasaban el tiempo paseando de una escuela a otra, trazando un circuito. Las bibliotecas de las escuelas eran objeto de una vigilancia especial, pues no pocas se habían visto con las estanterías vaciadas. También los libros eran destrozados y entregados como maculatura. Los niños recorrían kilómetros y kilómetros, con sus desvencijadas bicicletas, hasta los vertederos de basura situados en los márgenes de la ciudad y allí, entre cadáveres y excrementos que fermentaban bajo los cielos inmensos, revolvían los desechos en busca de periódicos pringosos y botellas melladas. La corrupción y los sobornos alcanzaron cotas inimaginables. De

tres fábricas de papel, dos producían para las escuelas. Las fábricas de cerveza, de aceite y de conservas preferían vender las botellas y los tarros vacíos porque se cotizaban mucho mejor que los productos embotellados. El día de la recogida de residuos en nuestra escuela se acumulaban las filas de aquellos niños corcovados bajo unos sacos gigantescos, como los *sherpas* del Himalaya, que resbalaban y caían con el ruido ensordecedor del cristal roto, resollando con los dedos cortados por las cuerdas con las que estaban amarrados los enormes paquetes de periódicos amarillentos. Lo depositaban todo en un aula desmantelada (una de las más apartadas, numeradas con números imaginarios y transfinitos), y luego el tutor completaba una tabla con lo que había traído cada niño. Las consecuencias eran terribles para aquel que no hubiera cumplido con la norma. Muchos alumnos que no conseguían reunir lo que se les había pedido se escapaban de casa o no volvían a clase, algunos habían intentado incluso suicidarse. Los residuos llenaban enseguida, hasta el techo, el aula. Los montones de periódicos, de varios metros de altura, se derrumbaban casi siempre sobre los chavales que estaban haciendo entrega de su papel. Las botellas chocaban entre sí hasta quedar reducidas a añicos marrones, verdes o transparentes como el agua que se desmigaban a su vez hasta transformarse en la arena de la que procedían. Se pasaba entonces a otra aula, que también se llenaba hasta el techo. La maculatura acababa por bloquear los pasillos, se extendía poco a poco por todo el espacio de la escuela, llenaba un piso entero, inutilizaba la caldera del sótano, acaparaba el desván y todas las demás dependencias. Al principio dejaban unos pasillos estrechos entre montones de papel, por los que podías escurrirte hasta los laboratorios, hasta la consulta del médico o del dentista, hasta la secretaría o la sala de profesores. Pero al cabo de unos días también estos estaban abarrotados. Las clases se suspendían y solo un profesor de guardia aparecía de cuando en cuando para vigilar los cuadernos de notas, que se guardaban en un armario por miedo a que fueran confundidos con la maculatura. Cuando todo el recinto de la escuela estaba tan lleno que no cabía allí ni una aguja, los alumnos que aún quedaban por hacer la entrega depositaban sus pesados bultos junto a los muros, o se encaramaban a los bultos antiguos para poder colocar los nuevos arriba. Como *los felah* de las pirámides, construían rampas por las que arrastraban los atados de papel y los sacos de rafia llenos de botellas y tarros. La escuela no tardaba mucho en desaparecer de nuestra vista, enterrada bajo la gigantesca montaña de papeleo. Aparecían luego las largas filas de camiones que lo cargaban todo para llevárselo a una dirección desconocida. Una semana más tarde podíamos tomar de nuevo posesión de la escuela.

«Estimados colegas —continuaba Borcescu, escupiendo entre el único par de dientes, amarillos y torcidos como los de un jabalí, que le quedaban en la boca—, les recuerdo que es una obligación del partido de prioridad cero… Sí, cero, camaradas. Y también tenemos, también tenemos…». El director permanece unos instantes desconcertado, con la mirada perdida. Rebusca entre sus papeles, no encuentra… «¿Qué más tenemos, camarada Bǎjenaru?». La mujer macilenta que está a su lado se

despierta sobresaltada como de un largo sueño: «Pues… estaba también lo del corcho…». «¡Sí! Sí, tapones de corcho, la economía rumana necesita tapones de corcho, camaradas… Que beber sabemos todos, pero lo de recoger corchos se nos olvida. Cien tapones de corcho al mes cada niño y sanseacabó. ¡Que los cojan del suelo, de la hierba…! ¡Si no quieren colaborar, que se vayan a estudiar a sus casas, camaradas!», añadió el director sonriendo con gran alegría, ante lo cual algunas maestras mostraron también, serviles, los dientes. «Ahhh…, si me permite un momento —interrumpe la camarada Băjenaru tras consultar unos documentos arrugados, de años atrás—, está también la bellota». «Sí, la bellota, señoras y señoritas, ¿me oyen? Es decir…, en otoño, ahora no, pero de cualquier manera hay que tomárselo en serio».

Para recoger bellotas nos dirigíamos a la periferia de la ciudad, al bosque de Andronache, y si allí no encontrábamos ninguna (porque en esa zona había otra escuela que nos hacía la competencia), enfilábamos, con todo el rebaño de niños detrás de nosotros, por la cuneta de la carretera hasta el pueblo de Voluntari e incluso más allá, casi hasta Afumap. Allí crecía un bonito bosque de robles en el que nos adentrábamos para recolectar en grandes sacos de estameña unas bellotas suaves al tacto, verdes y marrones, con sus gorritos rugosos, diseminadas por todas partes entre las hojas muertas. El año pasado formé equipo con Irina y, mientras los críos se perseguían entre los troncos húmedos, nosotros nos internamos en el corazón del bosque. Y allí, entre los árboles, descubrí algo tan inesperado como hermoso. Al principio parecía un titilar de colores: granate, azul, verde apagado y, aquí y allá, unos temblorosos puntos dorados. Cuando los árboles empezaron a escasear, nos encontramos de repente ante una capilla abandonada, con el tejado roto y las paredes torcidas pero todavía en pie, ornamentada de arriba abajo con santos y profetas de coronillas nimbadas, con escenas de los Evangelios y con un ingenuo Juicio Final en la pared oriental. Una pequeña bóveda con una cruz devorada por el óxido coronaba la ruina torcida de ámbar y sombras otoñales. Entramos temerosos en su única nave, decorada de forma igualmente tierna con las antiguas historias vinculadas a la resurrección: Lázaro, Talita, el criado del centurión romano. Alguien había descendido hasta los fundamentos del mundo para despertarlos de entre los muertos. El suelo era de tierra, y en uno de los lados había una hornacina con una estatua de madera, tan hinchada y tan enmohecida por culpa de la humedad que no se podía decir a quién representaba. Nos regocijamos como críos con nuestro descubrimiento. Nos imaginábamos que vivíamos juntos allí, que la casa era nuestra, que respirábamos cada día los colores de las paredes, que salíamos de la ermita al bosque para ir a buscar agua, para ir a recoger leña…

Como de costumbre, la reunión del claustro terminó con un tirón de orejas, casi literal, a la profesora de deporte, Uzun, una tía que pasa de todo y de todos. Les lanza un balón a los chavales y se esfuma para esconderse en el primer cuchitril que encuentre a fumar y tomarse un café y no vuelve a aparecer hasta el final de la clase.

«Y esta mamarracha dice que es también profesora, como todos nosotros, que nos enterramos bajo cuadernos y más cuadernos y corregimos hasta que se nos nubla la vista… Cobra lo mismo que nosotros, e incluso más, porque tiene no sé qué complementos… Es que, claro, se puede lesionar en el campo de deporte… Y nos planta cara, nos planta cara como la gitana apestosa que es… Que no soy racista, ¿eh? Pero otra cosa no puedo decir de ella». Sin embargo, Uzun no se molesta en absoluto. Se conoce al dedillo su papel, así que se pone de pie con modestia, con los ojos bajos y una sonrisita en la comisura de los labios, se deja insultar por el director y el resto de los maestros y a continuación, con las manos en los bolsillos del pantalón de deporte, hace autocrítica y promete, para satisfacción general, que se va a enmendar. Es plenamente consciente de su importancia como oveja negra de la escuela.

Tras la reunión, las profesoras recogieron sus ovillos de lana y nos desperdigamos por la escuela. El viernes comenzó la recogida de botellas y frascos y la acumulación, en primer lugar en los rincones de las aulas, de enormes pilas de periódicos viejos atadas con cordel de embalar. En tan solo unas pocas horas, los montones de periódicos alineados a lo largo de las paredes eran ya más altos que los críos, e interrumpían las clases cuando caían al suelo con gran estrépito. Me dirigía hacia la clase de 6.º G, con el cuaderno de notas debajo del brazo, preguntándome a qué lección habría llegado y si sería de gramática o de literatura, cuando, por el rabillo del ojo, vi que algo brillaba en un rincón oscuro del inmenso vestíbulo. Se encontraba en la esquina opuesta a la eterna fila de niños que esperaba la gota de vacuna en el terroncito de azúcar. El oscuro vestíbulo estaba iluminado tan solo, de forma nítida y precisa, por la luz que se filtraba a través de los ventanales laterales, así que unas columnas de luz, como en las cárceles de Piranesi, caían oblicuas, cegadoras. Por todas partes se veían unas extrañas irregularidades, como una especie de gallinazos gigantescos sobre el suelo de baldosas de ajedrez. Si las mirabas con más atención, te dabas cuenta enseguida de que eran montoncitos de botellas y frascos rotos, desmenuzados, con un cartón a su lado en el que ponía el nombre de la clase a la que correspondían. Esos carcinomas se diseminaban por todas partes y amenazaban con destruir el frágil, inútil, absurdo organismo de la escuela.

En uno de esos montones de añicos verdes y marrones que reforzaban las gotas de luz de sus concavidades al reflejarse unos en otros percibí de repente un brillo azul. Recordé un poema y me vino a la cabeza la imagen del cuello de un pavo real, azul metálico. Bajo aquel montón de imágenes desmoronadas estaba enterrado un pavo real, todavía vivo tal vez, a la espera de que yo lo liberara, de que lo extrajera de la montaña de botellas de aceite y de frascos de mermelada, de que acariciara sus graciosas alas, de que rozara con los dedos los párpados rosas que se levantaban para cubrirle los ojos, de que viera cómo desplegaba de repente su fantástica cola, haciéndola brillar en los cuadrados de oro fundido de las baldosas de piedra, mientras los ojos coloreados de las plumas se derretían en la sombra. Habría permanecido allí toda la eternidad, inmóvil, con mi traje y mi cuaderno debajo del brazo, ante el pavo

real. Este habría acabado por girar con suma lentitud su cola, una semiesfera inclinada, desplegada y agitándola hacia todos los puntos cardinales, consumido alternativamente por las llamas y las sombras. Al final, esa cola, una esfera de esmeralda y minio con la cabeza coronada del pájaro imperial en el centro, se plegaría sobre sí misma.

El brillo intensamente azul del rincón del vestíbulo era, sin embargo, algo más maravilloso aún que la visión del gran pavo real. No la ocultaba en absoluto, sino que la arrastraba hacia una alucinación y un milagro extremos. No se trataba en realidad del cuello de un pavo real sino —lo vi cuando me acerqué un poco más— de un tallo de cristal ultramarino que surgía, inesperadamente delicado, entre los añicos y las tapas metálicas. Parecía el tallo frágil de una planta recién brotada de la semilla, filmado a cámara lenta, de tal manera que podía adivinar cómo crecía, moroso y titubeante, sacando sus hojitas al vacío en el cuello todavía trasparente de la vara. Me agaché entonces ante el montón de botellas y frascos y toqué, con timidez, el tallo azulado. Sentí un estremecimiento en los dedos: aquel objeto no parecía de este mundo. Así que lo saqué y después me puse de pie sujetando entre las manos el jarrón que quise, allí, en ese mismo instante, describir para mí mismo sin éxito. El ánfora azul, transparente a la luz, no era ánfora ni tampoco ningún otro tipo de jarrón conocido o posible en nuestro mundo. Era, de hecho, irreconocible e indescriptible.

Mis manos sostenían con gran cuidado, bajo la luz oblicua, violenta, primaveral, de las ventanas, un fruto grácil, tembloroso, de cristal, una especie de pera grande, transparente, cuya parte estrecha se elevaba en una suerte de cuello, que luego se doblaba y volvía a penetrar en el cuerpo curvo de la pera, sin tocarlo, para acabar saliendo por la parte inferior, la más ancha, exvaginándose hacia la superficie. La estructura suave, curvada, intrincada, de este objeto me resultaba incomprensible. Podías seguir con la mirada la vara de cristal ultramarino, centímetro a centímetro, y aun así no entendías cómo volvía a penetrar en el cristal sin rozar su curvatura, como el asa de un cántaro que, de una forma desconocida, se transformara en el propio cántaro. En nuestro mundo un objeto así solo podía ser, como mucho, una ilusión óptica. Porque el cuello del ánfora solo podía volverse hacia sí mismo si giraba en una cuarta dimensión, en una dirección que nuestro cerebro no podía visualizar ni pensar sino por analogía, y luego regresaba a las dimensiones de nuestro espacio y del de la botella. En el espacio plano, bidimensional, no podrás superponer jamás el guante derecho y el izquierdo. Para superponerlos tienes que rotar uno de los guantes en el espacio tridimensional, elevándolo del plano, y volver a colocarlo en este, sobre el otro guante. Así era el jarrón que quién sabe qué alumno había traído para la recogida de cristal y frascos y que, si no lo hubiera visto y recuperado yo, habría sido fundido en alguna fábrica de vidrio. De ese modo, un artefacto de otro mundo se habría perdido para siempre. Su cuello se había elevado, pero no hacia arriba, sino en una dirección sin nombre. Pero había salido de aquel otro universo como una plantita que brota del asfalto y había regresado, milagrosamente, a nuestro mundo.

«He aquí, bañado en la única luz
Que injerta el cielo en la tierra»,

murmuré los versos de Arghezi, apretando contra el pecho el objeto cálido y pulido, ese que ahora, mientras escribo, observo en toda su imposibilidad, brillando en la sombra sobre mi escritorio, arrojando sus lenguas azuladas sobre mi manuscrito. Y, como si mis susurros en el aire helado hubieran tenido el poder de resucitar a los muertos y de romper el círculo de las eternidades iterativas, percibí de repente un movimiento en el rincón opuesto del vestíbulo. Desde esa zona alejada se dirigía hacia mí una columna de seres que pasaban alternativamente por zonas de oscuridad y zonas de luz diluyeme… Se trataba de la enfermera con su fila de niños.

A aquellos enanos de grandes cabezas, de ojos de insecto y piel azulada-cenicienta en la profundidad de la sombra les llevó unos cuantos minutos llegar hasta mí, rodearme, estirar sus dedos largos y finos para tocar el cuerpo del pájaro azul. La enfermera, con la jeringuilla llena de líquido rosa, tan denso casi como una pasta, en la mano izquierda, parecía flotar sobre ellos. Ese mismo líquido se le escurría también por la comisura de los labios como si, golosa, hubiera chupado de vez en cuando la jeringuilla mientras depositaba la vacuna de los niños en sus azucarillos. No me resultó fácil salir, entonces, de su acorralamiento. Me habían rodeado y me estrujaban entre sus cuerpos pequeños y huesudos, se habían agarrado al cuello del jarrón y tiraban de él con una fuerza que no habría podido imaginar. «Devuélvanoslo —murmuraban al unísono—. Devuélvanoslo, es nuestro, estaba en el montón de nuestra clase». La enfermera me pinchaba con la jeringuilla en el pecho como si fuera una especie de arma siniestra… Menos mal que la aguja era corta y roma, no apta para penetrar la piel. Tuve que escurrirme con el ánfora en ristre para conseguir arrancarla de aquellas manitas que se tendían hacia mí.

El sábado volví a la escuela, después de pasar toda la tarde del viernes contemplando el ánfora azul en la oscuridad luminosa de mi estudio. La luz que entraba por sus tubos curvados, ultramarinos, formaba una especie de circuito fantástico, como la sangre de un corazón del que sale graciosa la arteria aorta. Y, al igual que en un corazón, el líquido luminoso parecía partir para regar un territorio lejano, invisible, de donde regresaba más denso, más oxigenado, más cargado de nutrientes, como si el cántaro piriforme hubiera extendido un ala en otra dimensión y hubiera aleteado allí por un mundo psíquico, auroral, un medio tan diferente al nuestro como es el inmenso océano respecto a las islas que baña. O tal vez extendía en ese mundo unas barbas como las de los cetáceos, con las que filtraba el kril transparente y turbulento y, ciertamente, algunas veces me parecía que unos animalitos extraños, unas chispitas púrpuras o del color del azafrán, se agitaban en el torbellino de luz, y yo me esforzaba, contemplando de cerca el cuello pulido, por distinguir sus antenas y sus patitas en continuo movimiento. El objeto parecía vivo y, gracias a un extraordinario efecto de tunelación, emanaba un aura azulada. En un

determinado momento me dirigí al dormitorio y lo coloqué sobre la cama, entre los pliegues de la sábana de satén. Allí, inclinado, se asemejaba a una joya enorme o una gran cucaracha con élitros de un azul metálico. Pulsé el botón y el jarrón empezó a elevarse despacio, girando perezosamente en torno a un eje vertical hasta quedar levitando a un metro de la cama. Reflejaba la ventana en su panza y, cuando llegó el ocaso, el doloroso y triste crepúsculo de primavera, el rojo ondulado del cielo sobre las casas señoriales frente al descampado se combinó con el azul intenso del cristal para alcanzar un delicado matiz violeta, como el de las alas de las mariposas y de los tiernos pétalos de los pensamientos. El grial tembloroso parecía así, más que nunca, un corazón.

Fui de clase en clase, mostrándoles a todos los alumnos el jarrón y, finalmente, hubo unos cuantos que se acordaron de quién había llevado a la escuela, para la recogida de cristal y tarros, aquella pera azul. Procedía de 8.º C, una de mis clases. Lo había traído, entre otras botellas corrientes, Valeria, la que venía a la escuela con las uñas de la mano derecha pintadas con los colores de las colosales maquinarias de la fábrica abandonada. Después de que la muchacha perdiera el conocimiento en el pasillo de la escuela cuando le pedí que me enseñara las uñas, otros profesores manifestaron su opinión al respecto. En primer lugar Florabela, su tutora, indignada porque una mocosa asistiera a clase pintada. Aunque enseguida se demostró que la culpa no era de la niña. Tanto ella como su madre —vendedora de la tienda de alimentación del barrio— le dijeron a Florabela, muy asustadas, que unos pocos días después de que la niña tuviera la primera regla, sus uñas empezaron a colorearse paulatinamente, junto con los huesos de su cuerpo de preadolescente, que se veían ahora pintados de intensos colores incluso en las radiografías en blanco y negro. Los huesos de la pelvis, por ejemplo, se habían vuelto de un encantador rosa-fresia… ¡Se parecían a una mariposa rosa a punto de echar a volar! En consecuencia, lejos de pintárselas, las uñas de la niña eran para ella motivo de vergüenza y amargura, y procuraba mantenerlas escondidas, como si tuvieran lepra…

Valeria no había ido a la escuela ese sábado, así que después de las clases, sobre las cuatro de la tarde, eché a andar por las calles largas y rectas del barrio en dirección a la calle Puiandrul, donde vivía la niña. Dejé atrás la tienda de alimentación, el depósito de bombonas, una sifonería en la que no había reparado hasta entonces. El barrio parecía, a la luz clara del atardecer, una aldea despoblada. Unos pocos transeúntes, por lo general los padres de mis alumnos, me saludaban cuando nos cruzábamos. Poco a poco, después de tantos censos de animales y niños, tras las matriculaciones a comienzos del curso escolar, había ido conociendo bastante bien la zona. Me gustaban sobre todo las cometas que colgaban sobre las calles enredadas en los cables eléctricos y telefónicos, el olor a lavazas de las alcantarillas, las acacias de las cunetas, podadas sin piedad, los cielos opalinos como los de Chirico. Reinaba una especie de calma que solo podías encontrar allí, en las callejuelas empedradas que se cruzaban siempre en ángulo recto y se alejaban hasta

perderse de vista. A un lado estaban las vías y, más allá, el campo negro y encharcado que se extendía hasta el horizonte bajo un cielo gigantesco. ¡Qué extraño es el mundo en el que vivo! No parece real, sino tan solo un escenario construido para mí que desaparece en el mismo instante en que dejo de percibirlo. ¡Cuántas veces habré querido darme la vuelta bruscamente para sorprender el ajetreo de los tramoyistas, el entrechocar de los decorados, la caída de los edificios construidos con una sola pared sujeta por detrás o, simplemente, la disolución de todos los sentidos en un vacío semejante a la muerte! Tal vez sea el último individuo sobre la faz de la tierra, tal vez el laberinto por el que avanzo se genere a cada instante para mí, tal vez mi propia conciencia sea la proyección de una mente mucho más vasta que yo contemplo sin poder comprenderla, igual que contempla el gato a su gigantesco dueño. ¿Es capaz una mente de aceptar, cuando puede ya representar tanto la totalidad como la eternidad, que no es eterna ni completa? ¿Puedo aceptar que me ha sido concedido, en esta vida, contemplar el universo con un cerebro de gato, de cangrejo o de lombriz? ¿Puedo *saber* que el universo es comprensible, pero que a mí no se me ha concedido la facultad de comprenderlo?

Camino largo rato, horas y horas, ininterrumpidamente, por calles que se entrecruzan sin cesar. Giro a la derecha, luego a la izquierda, por una calle paralela respecto a la primera y todo permanece igual, las mismas casas como de pueblo, las mismas vallas desconchadas, los mismos rostros ásperos, cansados, huraños. Solo la luz cambia a cada instante pues está cayendo la tarde. La línea de luz amarillenta del horizonte, que huele como a gas lampante, se vuelve enseguida de sangre. Una sangre deslumbrante tiñe los tejados, los árboles, las paredes de las casas. Los transeúntes no chorrean ya, a su paso, sombras oscuras, sino finas líneas de sangre que van cuajando lentamente en un púrpura unánime. Todo adquiere el granulado áspero y doloroso de la costra de una herida. En las casas se encienden las luces. El púrpura se vuelve más oscuro aún, minuto a minuto, a medida que las calles quedan desiertas. Las únicas manchas luminosas son las cometas enredadas en los cables eléctricos que dejan, como los dragones, que sus colas cuelguen hasta el suelo. Rodeo media esfera, llego a la parte oscura del mundo cuando, por fin, giro en Puiandrul, la última calle del barrio. Más allá solo están las vías y luego la noche. En la calle brilla la luz mortecina de las farolas.

Llego a la casa de la niña, la conozco de cuando hicimos el censo. Familia Olaru: él trabaja en la Fábrica de Tubos, ella es vendedora. Tuvieron tres hijos, dos chicos ya mayores y, más de diez años después, a Valeria. Miro la hora, son las nueve. Me doy cuenta entonces de lo absurdo de la situación: ¿qué busca un profesor a esas horas, aunque sea su tutor, en casa de una alumna? Me quedo unos minutos ante la puerta, contemplando los brillos azulados a través de la ventana… Están viendo la televisión. ¿Qué hago? De repente observo que sobre mí, en la oscuridad del cielo, han aparecido las estrellas. Me abruma mi antiguo miedo a las estrellas, me ahogo como si estuviera en el fondo de unas aguas profundas y las estrellas fueran el brillo de las

olas en la superficie. No habría entrado, esa noche, en casa de los Olaru, habría regresado y habría caminado de vuelta por el laberinto de calles empedradas si no hubiera sentido de repente la necesidad de esconderme, la urgencia de escapar de las estrellas. Me abalancé casi en el patio y pulsé el timbre.

Me abre Valeria, que cierra a toda prisa la puerta a sus espaldas. Se queda en el umbral, ante mí, bajo la bóveda salpicada de harina estelar. «Buenas noches —me dice—. Mis padres no están en casa». «¿Y dónde están a estas horas?». «Han ido a la boda de un primo mío». Mira hacia arriba, interrogante. Lleva un chándal viejo y raído. Como todos los críos del barrio cuando están en casa. No sé qué decirle, solo siento la necesidad aterrada de salir huyendo, aunque sea a un agujero en la tierra, cualquier cosa con tal de no estar de noche al aire libre. No se me ocurre nada mejor que sacar el ánfora azul —en ese momento casi negra, que refleja, sin embargo, como un bloque de alquitrán, los brillos de alrededor— y depositarla en sus manos. El cántaro mágico, imposible en nuestro mundo, late ahora, imperceptiblemente, entre nosotros. La niña le lanza una mirada huidiza, luego vuelve su rostro azulado, de ojos brillantes, hacia mí. «Pase, por favor», pide.

Entramos y todo es como en todas las casas del barrio: tiestos con flores que oscurecen las ventanas, cuadros con tapices que representan cestos con gatitos, la vitrina con las figuritas y el indefectible pez de cristal, la máquina de coser en un rincón, el televisor a blanco y negro, que está ahora encendido, sin volumen. Hombres y mujeres vestidos de gala cantan y bailan en un estrado detrás de la pantalla estrecha y abombada. Una raya ancha recorre la parte superior de la imagen de vez en cuando. Nos sentamos a la mesa iluminados por la luz de la pantalla. Me doy cuenta mucho después de que Valeria ha debido de encender también la lámpara de la habitación. Estamos frente a frente, con el jarrón de cristal entre nosotros, sobre el mantel cubierto con un gran tapete de ganchillo. La miro. Como está de espaldas a la pantalla, su cara regordeta, rodeada por el cabello rubio rizado, está sombría y triste. No sentía la necesidad de decirle nada a pesar de haber llegado hasta allí, hasta el fin del mundo. Tan solo me notaba muy azorado porque precisamente aquella lejana tarde había preparado con ella las lecciones para la olimpiada hasta que el aula quedó a oscuras y la mujer de servicio nos encontró sentados en el mismo pupitre, inclinados sobre un cuaderno en el que apenas se distinguían las letras. Pero la niña, como si estuviera esperando a confesarse con alguien, empezó de repente a hablarme con calma, perfilada sobre la pantalla deslumbrante, y su historia pareció titilar también, como las luces azules, sobre las paredes de la modesta habitación de aquella casa de los suburbios. Me imaginaba el tejado aplastado por las estrellas, resistiendo a duras penas, curvándose y crujiendo bajo la presión estelar.

«He pasado mi infancia aquí, con las niñas de mi calle. En verano sacábamos una manta delante de casa y jugábamos con las muñecas. Cuando crecimos, empezaron a gustarnos las vías del tren, trepábamos muchas veces al terraplén de piedras pringosas sobre las que las colocan y caminábamos haciendo equilibrios por los raíles

relucientes que se curvaban, en la lejanía, para rodear tal vez toda la ciudad. Los niños de nuestra edad ponían tapones de cerveza en los raíles y las ruedas del tren los transformaban en un círculo de metal tan liso como el papel. Nuestros padres nos decían que no subiéramos a las vías, que era peligroso, pero nosotros conocíamos el horario de los trenes. Así que subíamos sin miedo, y luego bajábamos por el mismo montón de piedras puntiagudas, llenas de aceite quemado, al otro lado, donde comenzaba el campo interminable. Es solo tierra negra, a veces dura y seca, y otras, en invierno, encharcada o cubierta de nieve. Allí jugamos durante años y años, con nuestros vestiditos raídos, a los juegos de la infancia: Al pañuelito, Veo un príncipe a caballo, La niña del laurel… Los niños volaban cometas de papel y cartón, pintadas con acuarelas y adornadas con largas colas de lazos anudados. Avanzado el otoño, cuando la tierra se cubre de bruma, buscábamos los agujeros en los que se escondían las arañas grandes y fuertes y los abejorros. Las sacábamos de sus nidos con bolas de alquitrán atadas a un cordel. Nos daban mucho miedo. Los chicos las hacían pelear en un bote de conserva vacío, calentado al fuego.

»Pero no recuerdo en qué verano di con ese lugar. Sé que no estaba todavía en la escuela. Mi madre acababa de comprarme un vestidito amarillo, tan amarillo que al mirarlo fijamente te dolían los ojos. Salí a la calle para enseñárselo a mis amigas, pero aquel día no encontré a ninguna en casa, aunque hacía buen tiempo, muy luminoso, y soplaba un aire perfumado de primavera. Así que no me quedó otra que jugar sola. Di vueltas y bailé en medio de la calle hasta marearme en el frescor de la mañana. Lanzaba la muñeca al aire y conseguía volver a cogerla de vez en cuando —de cualquier manera la cabeza estaba ya rota—. Luego jugué un rato a la rayuela y, finalmente, me aburrí y decidí entrar en casa. Pero justo entonces una nube descubrió el rostro del sol y las vías brillaron como el oro. Hasta ellas había, desde aquí, desde donde estamos nosotros, solo una casa. En aquella época, como era aún pequeña, no me había subido nunca a los raíles. El paso de los trenes de mercancías y de pasajeros, con su estruendo como de fin del mundo, me daba todavía miedo. Y por la noche las paredes de la casa se tambaleaban cuando silbaban de improviso a treinta metros de nosotros. Pero como aquella mañana estaba muy aburrida y los raíles brillaban como líneas de fuego, me fui acercando a ellos pasito a pasito, convencida hasta el último momento de que no tendría el valor suficiente para caminar por ellos. Y, sin embargo, la tentación fue más fuerte que el miedo, de modo que empecé a trepar por el montículo de piedra, y aunque resbalé, volví a subir otra vez. Llegué arriba loca de alegría, aunque mi vestido nuevo estaba ahora manchado del aceite de las piedras. El aceite no salió con el lavado, así que mi vestidito amarillo vivió un solo día.

»Entonces caminé por el raíl, por primera vez en mi vida, haciendo equilibrios. Si lo tocabas con la mano, estaba caliente y vibraba con suavidad. Me alejé bastante, hasta llegar a la calle paralela con la nuestra, y luego regresé corriendo. Y al final descendí al descampado. Entre las piedras pringosas crecían unos cardos que

producían un ovillo de lana y unas malas hierbas de flores azules. Ahora ya no veía mi casa, era como si hubiera descendido al mundo de los cuentos. Me sentí de repente como una niña sola en un mundo infinito.

»Acababa de cruzar los raíles cuando llegó hasta mis oídos, por la derecha, el ruido de un tren grande y pesado que se acercaba despacio.

Al poco, desde mi valle pude ver la gigantesca locomotora de vapor, seguida de decenas y decenas de vagones oxidados, cisternas manchadas de petróleo, plataformas que transportaban grandes maquinarias cubiertas por toldos. El tren redujo la velocidad y se detuvo exactamente delante de mí con un rechinar de ruedas. ¡Estaba separada de mi mundo, ya no podía regresar a mi casa! Me eché a llorar, pero nadie podía oírme. La locomotora, detenida a lo lejos, emitía unos ruidos terribles: estallidos del vapor a presión y horribles aullidos de sirena. Entonces, tapándome la cara con las manos, eché a correr campo a través, hacia el horizonte.

»Así descubrí la mancha. Estaba al otro lado de la colinita, en medio de los sembrados, de tal modo que desde el barrio no se veía. Tenías que llegar hasta allí, unos pocos pasos más allá, tras recorrer más de cien metros campo a través, para poder ver aquella islita, perfectamente redonda, cubierta de amapolas en flor y otras plantas visitadas por miles y miles de mariposas multicolores. Allí me detuve, asombrada, bañada en sudor y con las mejillas y la barbilla cubiertas de lágrimas tras mi enloquecida carrera. Hasta el horizonte solo se extendía el mismo campo negro, arado, lleno de agujeros de arañas. De la colina descendí al oasis florido y me quedé así, de pie, entre flores que me llegaban a la cintura. Por sus tallos trepaban mariquitas y escarabajos de caparazones metálicos, verdes y azules. El sol estaba ahora sobre mi cabeza y no había sombras. En medio de la isla de vegetación, fui tranquilizándome poco a poco, como si las amapolas hubieran absorbido, con sus bocas, las toxinas de pánico de mi cuerpo. Me senté en la tierra, entre flores, y las corolas rojas, fruncidas, se cerraron sobre mi cabeza. Caí en una especie de duermevela. Estaba sola en el mundo, en mitad de un territorio inmenso y fantástico.

»Al cabo de un rato me despertó el pitido estridente de la locomotora. El tren de mercancías se puso en movimiento y enseguida dejó libre el acceso a mi mundo. Regresé también a la carrera, crucé las vías del tren y desperté de aquella especie de sueño.

»He visitado con frecuencia ese lugar que descubrí y del que no le he hablado a nadie. He ido en verano, en otoño, en invierno y en primavera. Incluso cuando llovía y el barro me llegaba hasta las rodillas, me ponía unas botas de goma y me dirigía hasta mi mancha, donde encontraba amapolas, según la estación, llenas de capullos, en flor, mustias o mezcladas con la tierra. Incluso en medio de la ventisca, tan abrigada que solo se me veían los ojos, me dirigía hasta allí al menos dos veces por semana. ¿Cómo no iba a ir cuando aquella zona redonda me enviaba regalos? Al poco tiempo la bauticé así: la isla de los Regalos. No sucedía a menudo ni de forma regular. Más o menos una vez al mes. Pero no creo que la luna sobre el campo

infinito se haya mostrado nunca primero redonda, luego como un gajo de limón, luego como una uña, luego como media cara y luego redonda de nuevo sin haber recibido yo un regalo de mi tierra mágica. Acompáñeme, quiero mostrárselos.

Valeria se levantó entonces de la silla y me llevó a su habitación. Allí encendió una lamparita con dibujos infantiles que se desperdigaron por las paredes y el techo. Una camita, una cómoda, una mesa con libros y cuadernos escolares. Dos o tres juguetes estropeados. Se acercó a la cómoda, cuyas puertas tenían unas llaves de las que colgaban unos pompones de ganchillo. Cuando la abrió, se derramaron de repente al suelo cientos de objetos de colores brillantes que al principio tomé por bolas. En cuanto cogí uno entre las manos, lo comprendí. El objeto era tan ligero como el papel pues estaba, de hecho, fabricado con una especie de cartón delgado. Parecía un poliedro de colores chillones (cada cara era de un color) pero, al igual que en el caso de la pequeña «ánfora» que había encontrado entre botellas y tarros, había algo extraño en él… Parecía imposible, imperfecto, como la fotografía de un poliedro en nuestro espacio con una dimensión más, en la cual la parte trasera del objeto permanece siempre escondida. Y la extraña forma que sujetaba entre las manos, aunque era tridimensional, parecía tener un «detrás», un lugar escondido que no resultaba accesible. Porque el poliedro era tan solo una sección en tres dimensiones de un fantástico objeto cuatridimensional. De repente relampagueó en mi mente Hinton, el *lord* de la cuarta dimensión, sus experimentos psíquicos con cubos de colores, su teseracto (que estaba también entre los objetos diseminados por la alfombra barata del suelo de la habitación). Pensé en el escándalo erótico de la familia Boole, en sus cinco hijas geniales, hechizadas por el hombre amoral de increíbles ojos azules, una de las cuales se dedicó a culminar la locura hintoniana y llevó a cabo las más extraordinarias secciones a través de la cuarta dimensión, unas indeciblemente hermosas esculturas matemáticas a las que les dio el nombre de politopos y que ella misma expuso en repisas de caoba. Estaban todas aquí, repartidas por la alfombra de la habitación de Valeria. De hecho, sus piernas estaban enterradas hasta los tobillos bajo las frágiles y polícromas piezas de *origami*.

«Las encontraba en medio de la mancha, de vez en cuando —continuó soñadora la niña—. Las traía a casa y me pasaba las horas muertas contemplándolas por todas partes antes de guardarlas en mi cómoda, como si fueran mis objetos más preciosos. En ocasiones encontraba también algún pequeño objeto de cristal como el que llevé a la escuela, por equivocación, entre las botellas de cerveza de mi padre. Con él he jugado muchas veces con las hormigas… Atrapaba a una hormiga grande y roja y la soltaba en el hueco inferior de la pera. Luego contemplaba a través del cristal transparente cómo avanzaba por el tubo que sale del cuerpo de la pera, pero sin tocarla. La hormiga volvía a aparecer, al cabo de un rato, con otro color… Había adquirido unos intensos matices azules, amarillos, rosas o violetas. Si volvía a colocarla entre sus semejantes, junto al hormiguero, las otras hormigas la atacaban con una ferocidad extraordinaria, la desmembraban y alejaban sus restos todo lo que

podían. Así que preferí guardarlas en frascos de medicamentos hasta que morían.

»Hace dos años se me empezaron a colorear las uñas de una de las manos. Sucedió el día en que vi con mis propios ojos cómo aparecían los “regalos”. Creo que no tenía que haber estado, entonces, allí. Era una tarde de noviembre. Crucé las vías porque hacía casi un mes que no encontraba nada. En aquella época pensaba que no podría vivir sin la maravillosa alegría que me producía cada cosita que encontraba allí, entre las amapolas. Había oscurecido temprano y unas pesadas nubes flotaban en el cielo. Soplaba un viento helado que parecía diseminar las pocas estrellas que habían salido por el horizonte, donde el cielo estaba todavía despejado. Subí la colina y la mancha, con toda su tristeza otoñal, apareció ante mí. En aquellos momentos solo había tallos mustios, desperdigados por la tierra. Las corolas, los insectos, las mariposas habían desaparecido mucho tiempo atrás. Ni un cubo, ni una bola multicolor. El viento me alborotaba el cabello y el vestido como si fueran banderas ondeantes. Me disponía a volver a casa cuando sentí que, sobre mi cabeza, cambiaba la luz. Miré hacia arriba y vi que la nube oscura, de lluvia, que colgaba del cielo empezaba a iluminarse por dentro. Un objeto grande y transparente, como una gran pompa de jabón, descendía entre la neblina sombría, emitiendo una luz azulada. Cuando salió de la nube, siguió bajando, y entonces pude verlo mejor… Su superficie parecía de seda, pero mucho más inmaterial. Era un soplo de brisa, un primor, una quimera que descendía lentamente, rodeada por un aura, el objeto más bello que he visto jamás. Estaba en cierto sentido vivo, como uno de esos animalitos que he estudiado en Biología —esos que emiten hilitos de sustancia gelatinosa, esos que no tienen una forma precisa—, pero era enorme y se ondulaba en el cielo cubierto. Se detuvo a la altura de una casa de varios pisos. En su carne inmaterial como el aire se produjo una especie de temblor. Una patita blanda, temblorosa, se extendió hasta el suelo y depositó allí, como si fuera el huevo de un insecto que descendiera por un ovopositor traslúcido, uno de estos objetos de papel que yo esperaba con tanta ansiedad. Después, esa columna blanda se retiró y la pompa de jabón empezó a elevarse hasta que penetró de nuevo en el estrato de nubes y dejó de verse.

»Creo que no debería haberlo visto. En cualquier caso, llegué a casa aterrorizada, abrumada por un sentimiento de vergüenza y de culpa. No volví a pasar por mi mancha. Llegó el invierno, hacía muy mal tiempo. En la escuela me ponían muchos deberes, y tenía que ayudar también en las labores de casa. La primavera siguiente crecí mucho, los vecinos decían que “me había convertido en toda una señorita”. Solo al cabo de dos primaveras me atreví a cruzar de nuevo las deslumbrantes vías. Entonces fue cuando encontré, entre la hierba apenas brotada, el jarrón azul. Estaba lleno de barro, costaba distinguirlo. Debía de llevar mucho tiempo allí, esperándome. Me lo llevé a casa y lo lavé bien. El agua que corría por sus tubos curvos salía luego coloreada y densa, como las gominolas en forma de frambuesa o de gajos de naranja que me compra a veces mi madre. Llegaron enseguida las lluvias, el barro me alcanzaba hasta la rodilla, y fue en aquellos días cuando oí la historia del portero de

nuestra escuela, el que desapareció en el campo. Acudí también yo, como todo el mundo, a ver hacia dónde se dirigían las huellas de sus botas, que se interrumpían de repente en medio del sembrado. Para mi sorpresa, se detenían en medio de la mancha, que ahora parecía quemada, como una pústula de lepra cenicienta sobre la tierra. Allí no ha vuelto a crecer nada, nunca».

La ayudé a recoger de la alfombra y a guardar en la cómoda los poliedros de cartón, de caras multicolores, y luego me despedí y me marché. Debían de ser las dos de la madrugada cuando salí. Las estrellas brillaban locamente en el cielo, porque a lo largo de toda la calle solo un par de bombillas lanzaban una luz mortecina. Caminé dos horas, de noche, por Colentina, en una soledad total, enloquecido por el aullido sordo de las estrellas. Era como si cada una fuera una araña que, de vez en cuando, se dejara caer sobre mí descolgándose por un hilo transparente, con las patas abiertas, para inocularme el veneno en el cuerpo. Como si millones de ellas me hubieran asaltado, como si no pudiera verme entre la agitación de patas articuladas. Entré por Maica Domnului como en un puerto conocido, de aguas tranquilas, y al poco dormía vestido, tumbado en diagonal sobre la cama, en mi casa con forma de barco, la concha de mi extraña vida.

Capítulo 41

He visto cruces, bandadas de cruces miserablemente dibujadas
con tinta roja,
girando en un cielo de tormenta.
He visto ciudades, miles de kilómetros más abajo,
atacadas por bombarderos transparentes,
inseminadas con los gérmenes del fuego, de la muerte y de la
desesperación.
He visto nautilos con los compartimentos abarrotados de hordas humanas
navegando por la carne de todos los océanos a la vez.
He visto tenias de nácar en los intestinos de la humanidad,
garrapatas de esmeralda chupando el vítreo de los globos oculares.
He visto ejércitos enteros de esqueletos, protegiéndose
con tapas de ataúd en un paisaje de fuego y azufre.
He visto a las deidades de la muerte y del amor
cambiándose de sitio en carros alegóricos,
acoplándose con cadáveres y despedazando
los encantadores cuerpos de las mujeres.
He visto el miedo devorando nuestro cráneo.

He visto iconos escupidos en escuelas metafísicas,
verdades expectoradas por pulmones enfermos,
verdugos de los pueblos coronados con menta y genciana.
He visto carneros con sus millones de cuernos clavados
en los agujeros de telaraña de todas las estrellas.
He visto el rostro bestial de los bebés del diablo exterminador.
He visto los otros universos paralelos a la vez. Son las células vivas
de un cuerpo de estrellas. Forman las vértebras
los hígados y los bofes de un dios desconocido.
He visto dioses, rebaños de dioses arrodillados
ante él, ante ella,
ante sus millones de sexos,
mientras las bandadas de cruces de sangre giraban alrededor.
He visto los imperios de los ácaros disputarse los plumones de las
almohadas.

He visto el infierno, en la plenitud de la riqueza
de su gracia y de su atrocidad.
He visto la letra M tallada con un escalpelo en todas las palmas.
He visto los cielos abiertos y los intestinos del cielo

derramándose sobre nosotros.
He visto enloquecer a la moral, a la inteligencia ganguear,
al fuego mojar, a la noche aullar,
a la luna gemir, a los caballos ladrar
con sus patas de serpientes amputadas.
He visto la tierra cubierta por decenas de metros de larvas,
las galaxias ahogadas por pársec cúbicos de ciervos volantes.
He visto bandadas de cruces raptando al cielo plantas y animales.

He visto iconos con los labios recortados.
He visto cráneos en torno a la cabeza de un sabio.
He visto, he sentido, he predicho y he profetizado la destrucción
que llegará, que había llegado, que incluso llegó. Los filamentos
con los que el Señor controla nuestro pensamiento.
Los pechos negros de la melancolía.
Las tetas negras de la hembra del arcángel.
Los tatuajes negros de las páginas blancas.
Los ojos blancos de los rostros negros.
¡Los tallos negros, los tallos negros de la muerte!
¡La vida como espectáculo de la muerte!
¡La muerte como espectáculo de la muerte!
¡El ser como anillo en el dedo del no ser!
¡El no ser como anillo en el dedo de la locura!
He visto Todo, oh, Dios mío,
todo en un instante
en las orejas de la aguja,
en el punto geométrico,
en el ardor de mi cerebro de sanguijuela.
En la serotonina de los qudsares,
en los poemas de los monstruos abisales.
He visto el pánico devorar nuestra mente.

Y hoy, cuando recuerdo la epifanía oscura de los dibujos de Nicolae Minovici, siento que me estalla la cabeza. Por nada de este mundo volvería a contemplar sus láminas criminales que, decía él, eran las sombras de las sombras respecto a lo que en realidad había visto durante sus sesiones de ahorcamiento controlado. Cuando entonces, en casa de Emil, conseguí verlas con mis propios ojos (mientras en la habitación de al lado Anca gritaba en pleno orgasmo), dejando que los dos hemisferios cerebrales se separaran, divergieran, que percibieran un campo mental distinto al que le está permitido a nuestra mente modelada por el hambre, por el frío, por la necesidad de acoplarse y de matar, tuve la sensación de estar colgado de una

viga, sentí la cuerda rompiéndome la tráquea y la lengua hinchada, amoratada, cargada, saliendo grotescamente de la boca, y unas visiones diabólicas y angelicales paseando ante mis ojos desorbitados, con lo blanco hacia afuera y el iris hacia adentro, mirando directamente el cerebro con la sensación de encontrarme sumergido y fascinado por nuestro palacio interior. Me he preguntado muchas veces por qué tenemos, en el palacio de mármol de la mente, una estancia prohibida, tal vez la misma para toda la especie humana.

¿Por qué, en los momentos hipnagógicos, cuando estamos en la cama, entre dos mundos, sin desprendernos por completo del sueño de la realidad pero sin caer por completo en la realidad del sueño, brotan de ella unos monstruos aterradores y unos paisajes infernales? Colmillos, mandíbulas abiertas, ojos inyectados en odio, tenazas de cangrejos gigantes y venenosas colas de escorpión, diablos y dragones y fieras terribles invaden nuestro incendiado campo visual… Se aproximan en hordas, desde lo más profundo de los bosques y desde el centro de las estrellas y desde el fondo de la tierra, para hacer añicos nuestra mente. El infierno está en nosotros, pero también el paraíso. Tenemos la puerta de cuerno, tenemos también la puerta de marfil, y podemos elegir entre varias salidas, entre incontables salidas, pues incontables son las puertas escarlatas que descienden, a lo largo de miles de pisos, en el edificio hipogeico de nuestra mente. Pero para aquel que busca la verdadera salida, la que conduce fuera del cráneo y de los bordes del universo, fuera de la caja craneal de tres dimensiones, todas las puertas con candados maleables son también dibujos en una pared, son igualmente trampas, ilusiones, engaños con los que no merece la pena perder el tiempo. Muy raras veces encontrarás indicios verdaderos que te muestren un camino verdadero hacia una salida de repente cegadora, con los cielos nuevos y las tierras nuevas que siempre busca nuestro espíritu intranquilo. La larva que ha vivido durante años en un agujero en la tierra, royendo raíces y tubérculos, sale un buen día a pleno sol, extendiendo sus alas multicolores bajo la bóveda de un azul glorioso e inmaculado.

Pero los insoportables momentos de éxtasis de la destrucción que experimenté con los dibujos de Minovici —tan dolorosos que era como si me los hubieran tatuado con una aguja por toda la piel, e incluso en la delgada película de los órganos internos — me hicieron recordar por un momento otras láminas, de otras zonas del mundo, que me provocaron la misma sensación de enigma, de abandono de nuestro mundo. Cuando escribí en la ficha de la biblioteca, en la sala de lectura de la Facultad de Letras, *El tábano*, de Ethel Lilian Voynich, vi por el rabillo del ojo que en el cajoncito de las fichas con la etiqueta VL-VU había otras tarjetas de cartón con el nombre de Voynich alineadas en la larga barra de metal. No les presté atención entonces, porque me urgía hacerme con el ejemplar de *El tábano*, pero algo quedó grabado en mí, porque de repente la secuencia Boole-Hinton-Lilian Voynich, con sus coincidencias y su dolorosa inserción en mi propia vida, me pareció una zona digna de ser investigada, quería saberlo todo sobre ella. Ella sola, o en convergencia con otras, de

otros continentes de mis curiosidades, habría podido conducirme al único sentido de mi vida en esta tierra: a completar el puzle, a la cartografía del laberinto, a la consumación, a la redención, a la fuga.

Así que regresé, al cabo de los años, a aquel transatlántico de sabiduría, a la sala con un número indefinido de pisos atestados de libros, para volver a abrir uno de los muchos cajoncitos de los macizos armarios de madera y rebuscar entre las fichas. Encontré *El tábano* en cinco o seis ediciones, una biografía de la autora traducida del alemán (había aparecido por primera vez en la editorial Volk und Welt, en la RDA en 1972), y también a otro autor apellidado Voynich que había vivido un siglo después de la hija de George Boole y que no tenía relación alguna con ella y, finalmente, la ficha en la que ponía tan solo «Manuscrito Voynich», sin más detalles. Más extraño aún era que todas las demás fichas estaban mecanografiadas mientras que la que tenía ante mí estaba escrita a mano, con letras minúsculas, como de miniatura. Eran apenas legibles. Me vino a la cabeza la Biblia escrita en su totalidad en una caja de cerillas o el *Libro de Dao*, grabado en un grano de arroz, sobre los que había leído en no sé qué almanaque. Tampoco entonces comprendí qué pasaba con aquella ficha. Abandoné la facultad pensando en ella y recuerdo que, por el camino, entré en una cafetería del bulevar Magheru. Pedí un pastel de chocolate y un zumo, me senté en una mesita y, cuando terminé, estaba tan sumido en mis pensamientos que me marché sin pagar. La camarera vino corriendo detrás de mí y, en la calle, me armó tal escándalo que se arremolinó a nuestro alrededor un montón de gente. No me importó lo más mínimo. Tenía claro que debía regresar, debía aclarar qué pasaba con el manuscrito que acababa de descubrir. Tenía que haber un indicio que me había pasado inadvertido. Entré de nuevo en la sala ciclópea, llamé a la bibliotecaria, le mostré la ficha, a la cual dedicó una mirada inexpresiva y me preguntó si estaba de broma. Evidentemente, no se trataba de una ficha de su colección. Sin molestarse en buscar una explicación, la chica —que tenía un rostro redondo, de hipertiroidismo— se limitó a arrancar el cartoncito de la barra de metal del cajón, lo rompió y lo arrojó a la papelera junto al fichero. Lo cogí en cuanto se dio la vuelta para dirigirse a su mostrador.

Reconstruí la ficha en casa y entonces observé la línea de tinta de la parte posterior. Estaba a la derecha, abajo, apenas se distinguía. Solo a la luz intensa de la bombilla y con la ayuda de mi lupa de filatelia, conseguí descifrar su secreto. No se trataba, de hecho, de una línea continua, sino de una serie de puntos que, aumentados cuatro veces, resultaron ser cifras. Eran seis cifras agrupadas de dos en dos; parecía, por tanto, un número de teléfono.

Soy una persona tímida, haría cualquier cosa con tal de no tener que tratar con desconocidos. Me confundo siempre en las ventanillas donde pago la luz o el gas. Los fontaneros y los pintores a los que tengo que recurrir a veces me intimidan tanto como si me encontrara en presencia de unos sabios o de unos profesores universitarios. Necesité, así pues, varios días para hacer de tripas corazón y dirigirme

hasta el lago Tei, donde está la cabina telefónica más cercana. Hay siempre allí esperando una cola de individuos nerviosos que escuchan y comentan todo lo que dice el de la cabina y que se pelean de vez en cuando si alguno trata de colarse. Cuando, por fin, me tocó entrar a mí, metí la ficha y marqué el número, pero me invadió tal sentimiento de pánico que colgué de inmediato, antes de que nadie llegara a responder. Me fui a pasear más o menos un cuarto de hora, miré los escaparates pobretones y polvorientos (ciudad desgraciada, la más miserable de la tierra) y volví a ponerme a la cola. No lo lamentaba. Pensaba que el esfuerzo que estaba haciendo mostraba precisamente lo grande que era —podría ser— la apuesta.

Sonó el tono de llamada y respondió alguien. Una voz cansada, apergaminada, de un hombre de edad avanzada, tal vez. «Buenas tardes», dije y permanecí callado. No había pensado qué decir, cómo presentarme. «Buenas tardes», dijo él y quedó a la espera. «Le llamo en relación con… He encontrado su número en la biblioteca, en la Facultad de Letras… Se trata del manuscrito Voynich». El corazón me latía extrañamente rápido. El viejo tardó varios segundos en responder. «¿De dónde me llama?». Cuando se lo dije, él me dio una dirección al final de Pantelimon. Me esperaba en ese lugar en un par de horas. Luego colgó sin despedirse.

Cambié tres veces de tranvía para llegar hasta allí. La calle Pantelimon es infinitamente larga. A uno y otro lado, como un muro continuo, como el dique de un pantano, bloques obreros con el revoque caído, con los balcones torcidos y oxidados, con cubos de basura, en la planta baja, en los que burbujea y fermenta al sol una sustancia inmunda. Cuando cae la tarde los tranvías parecen de resina transparente y sólida. Los viajeros parecen insectos inmortalizados para siempre en su gránulo de ámbar. A lo largo de la calle, en la planta baja de los bloques, conté unas veinte consultas de dentista. La gente parece tener aquí la dentadura tan estropeada como los edificios en los que viven, unos encima de otros, amontonados, separados por paredes tan finas como el papel. Cuando alguien tira de la cadena del váter, el sonido se escucha en todo el bloque. Todos saben lo que almuerzan los demás, todos pegan la oreja a la pared cuando alguno cabalga a su mujer, haciéndola gemir en medio de la noche. Pero el individuo con el que había hablado por teléfono no vivía en un bloque. Me apeé en la última parada, la del cinematógrafo Titán, en medio de una oscuridad total. La parada estaba, de hecho, en medio del campo, más allá de la última hilera de casas. El cinematógrafo, cuyo nombre conocía por los periódicos, de cuando mi madre recorría con el dedo la lista de cines para ver dónde seguían proyectando *Scaramouche* o *El tesoro del lago de plata*, era un edificio antiguo, lleno de estuco rococó, coronado por una extraña cúpula de chapa con un ángel mellado, rosado, como desollado, en la punta. Tuve que caminar un buen rato hasta encontrar la casa.

Quién sabe cómo, en el extremo del barrio había quedado un grupo de casas, olvidadas por las excavadoras y los martillos que habían demolido las demás. Eran casas señoriales de más de un siglo, horrorosas, *kitsch*, abandonadas casi todas en un avanzado estado de ruina. Algunas estaban invadidas por la vegetación y los líquenes,

en otros patios unas estatuas de escayola miraban las estrellas con ojos ciegos. Muchas ventanas no tenían ya marcos, eran meros agujeros en la pared a través de los cuales podías contemplar las habitaciones vacías, desoladoras. Solo en tres o cuatro casas distinguí una luz, que se abría camino a través de una tela roja o naranja extendida sobre la ventana. Merodeé largo rato por aquellas calles iluminadas tan solo por una bombilla mortecina que colgaba de un poste petroleado hasta llegar ante la casa rosa, rosa como las primeras horas del ocaso, con una fachada amplia, en la que faltaba aquí y allá la capa de revoque. El rosado de las paredes se veía bien a la luz de la farola de hierro forjado, con forma de cabeza de dragón, sobre la entrada, y se difuminaba en los bordes en un gris deprimente. La puerta era de un púrpura oscuro, como la costra de sangre de una herida. Me abrió un anciano canoso, de ojos castaños, vestido con un traje ceniciento tan ajado que me dije que debía de ser el único que tenía. Me tendió la mano mirándome con curiosidad: «Palamar». En el interior, las habitaciones que recorrimos eran anticuadas, sobrias, sin nada que llamara la atención, pero al mismo tiempo conservaban los vestigios de una antigua prosperidad: cuadros al óleo con el barniz oscurecido, bandejitas de plata en las mesas de café, libros bellamente encuadernados en la biblioteca. Un aire rancio, oliva, de museo, y un silencio activo, tenso, que anunciaba algo que, probablemente, no había sucedido jamás flotaban en el ambiente. Nos detuvimos en un despacho con muebles de madera tallada, la pared izquierda estaba cubierta por un gran armario metálico. El gris perla del armario, que se extendía desde el suelo hasta el techo alto de la estancia, contrastaba extraña y desagradablemente con el aspecto decrépito de la habitación. Nos sentamos frente a frente a ambos lados del escritorio macizo, con patas de león, cuyo tablero estaba atestado de libros, de hojas escritas y de cuadernos de espiral, colocados en unos montones a punto de derrumbarse.

«Me pregunto cuándo vas a reconocerme», me dijo despacio, como impostando la voz, y luego calló, mientras me miraba inmóvil como el retrato que espera ser estudiado en una pinacoteca. La lámpara de mesa iluminaba sus ojos, de un castaño claro y cansado, hasta lo más profundo. El cabello canoso, peinado hacia atrás, pegado al cráneo, me recordó ciertamente algo. Imaginé los mecanismos de búsqueda de mi mente, los brazos articulados que abren y cierran de repente miles de ficheros en la oscuridad palpitante del cerebro, los circuitos de comparación y validación, los negativos desperdigados por todas las fibras de las redes mnésicas, tal y como llenan los fotógrafos grandes cestos metálicos con lazos enrollados de celuloide. Sin que yo supiera cómo, mi mente buscaba, tanteaba entre épocas y paisajes y rostros y gestos y actitudes. Cada ser que recordamos es como la estatua de una plaza en la encrucijada de unos bulevares espaciales, temporales y psíquicos. Lo invocamos desde el Hades del recuerdo con un nombre y un cáliz de sangre humeante, lo engatusamos con una promesa. Deberíamos asustarnos con los fantasmas que viven en nuestro abismo, alimentándose de nosotros, cabalgando el hipotálamo, mostrando sus furiosos colmillos en la amígdala. Acordarte de un rostro significa conjurar a un muerto, ver

cómo se levanta del polvo con cara de calavera, con los ojos morados y tristes, para recordarte tu vida de espectro en la memoria de otros. Recordé de repente, evocando no un rostro, sino una atmósfera emocional, de qué conocía al hombre que tenía enfrente.

Tengo doce años y llevo todavía una vida larvaria en la casa de mis padres en Ştefan cel Mare. Mi mundo se distribuye a lo largo de la calle, desde Lizeanu, a la izquierda, hasta el lejano cine Volga, más allá del cruce con Dorobanţi. El resto se pierde en la niebla y luego en la inexistencia, como si viviera en un trocito de tierra a salvo de una catástrofe que hubiera destruido todo lo demás, flotando en el espacio, con los raíles del tranvía en el centro, con edificios a ambos lados, con los tres o cuatro coches que pasan despacio cada minuto (Pobedas y Wartburgs con la pintura descascarillada), con un inexplicable trolebús que cruza en diagonal, por una calle lateral, para desaparecer enigmático en la nada llena de constelaciones, con la tienda de ultramarinos, el autoservicio, la verdulería y el despacho de pan, con el dispensador de hielo de Tunari, de donde la gente salía con un bloque traslúcido que chorreaba agua en una bolsa de rafia y, sobre todo, con los tres grandes centros de mi interés que con tanta frecuencia aparecen en mis sueños. El anodino estanco de la esquina no me parecía entonces anodino en absoluto; envuelto como estaba en su camisa crepuscular, me resultaba fascinante. Empujaba una puerta pesada, casi imposible de abrir, y penetraba en un espacio fantástico, como de otro mundo, en el que olía intensamente a tabaco. Todo era tan estrecho como el interior de un automóvil, no había apenas sitio para moverse entre los expositores de postales, los paquetes de cigarrillos baratos, Carpaţi y Rarău sobre todo, las misteriosas cajitas de preservativos, los libros que contemplaba con avidez, los periódicos calientes que olían a su vez a celulosa y a la tinta de la imprenta. Reinaba siempre el ocaso en el estanco. Detrás del mostrador había una mujer gorda, en bata, hermana de las revisoras del tranvía, de las zurcidoras de medias de nailon y de las enfermeras, con la cara brillante e hinchada como un ganglio linfático, con los rasgos asiáticos que había encontrado también en el rostro de las cuidadoras de Voila. Ella no parecía tener vida ni psicología propias, sino únicamente la fisiología mínima de un ser parásito, vegetativo, un saco de grasa y huevos pegado a la pared al otro lado del mostrador. En la esquina opuesta de la calle, que se dirigía hacia una imposible y ultralejana Florească, había también un quiosco de prensa, redondo, con una pequeña abertura por la que distinguías, entre pilas de revistas, a otra gemela de la vendedora de enfrente. Como los jueves aparecían los fascículos de Historias Científico-Fantásticas y El Club de los Temerarios, me despertaba al amanecer para correr a comprarlos. Finalmente, el último lugar en el que me abastecía de libros era la biblioteca B. R Hasdeu, situada en el bloque del otro lado de la carretera, el lugar más alejado al que había llegado hasta entonces por mis propios medios. Estaba tan lejos que el bloque, con sus tiendas de alimentación y su biblioteca, me parecía, al igual que la calle y las nubes veraniegas del cielo, tallado en un cristal que lanzaba

destellos y arcoíris a su alrededor. A la biblioteca de barrio iba un par de veces al mes para tomar libros prestados.

¡Allí había conocido a Palamar, él era el bibliotecario por aquel entonces! El hombre ceniciento, callado como una tumba, de gestos suaves, de pasos imperceptibles en la moqueta de la sala en la que solo lo veías a él, sentado ante un escritorio, leyendo. Estuve allí decenas de veces y siempre interrumpí su lectura. Recogía también en silencio los libros prestados semanas atrás y me señalaba con un gesto la puerta a la derecha de la entrada. De hecho, no era siquiera una puerta. Se accedía directamente a un segundo recinto, no mucho mayor que una habitación corriente de un barrio obrero, pero con las paredes completamente forradas de estanterías de libros. Allí me pasaba las horas muertas. Nunca entraba nadie más, como si la biblioteca hubiera sido creada solo para mí. Nunca oía otro ruido que no fuera, de vez en cuando, el traqueteo lejano de los tranvías que recorrían Ştefan cel Mare y que hacían vibrar incluso las paredes. Paseaba los dedos por los lomos de los libros ajados, con portadas desgarradas y hojas amarillentas, me ahogaba entre las nubes de polvo que acompañaban la extracción de cada libro, contemplaba curioso los pequeños insectos, también amarillos, que se refugiaban entre las páginas y roían su película áspera. El aire estaba, allí, tan rancio como en la casa de Palamar, rancio y triste como en un hipogeo. Al final acababa eligiendo tres ejemplares que llevaba a la sala del bibliotecario. En todos esos años durante los que tomé libros prestados, jamás escuché su voz. Levantaba tan solo la cabeza del libro (el mismo libro de extrañas láminas que parecía leer sin parar), me miraba con unos ojos marrones y profundos, se atusaba un mechón de pelo todavía castaño, peinado hacia atrás y pegado al cráneo, anotaba los libros en un registro y no respondía a mi saludo de despedida. Se limitaba a sumergir de nuevo su mirada en el libro.

No elegía nunca los libros por el autor, por el dibujo de la portada, a veces ni siquiera por el título. Los elegía por una determinada cualidad que, con una palabra inapropiada (pero no existe ninguna adecuada), llamaría «tactilidad». No se trataba de la simple caricia del lomo con las yemas de los dedos. Algunos libros «quemaban», otros me parecían «helados». Sin embargo, también esto son metáforas. Algo hacía clic de vez en cuando, como las monedas arrastradas con un imán. Me parecía distinguir en un segundo qué libros eran para mí, tal y como más adelante intuiría, con una sola mirada a los ojos de las mujeres con las que habría podido vivir, con cuáles era compatible, cuáles podrían abrirme, con su cuerpo y su atmósfera y su perfume, el paraíso. Sentía, sin equivocarme jamás, qué libros podrían hacerme feliz-infeliz y, aunque algunos (*El castillo, Impúdica muerte, Hinterland, Malpertuis*) no pude leerlos entonces, sin embargo no me equivoqué, porque se convirtieron en mis libros de cabecera más adelante. Una vez en casa, me dirigía a mi habitación desde cuyo triple ventanal divisaba toda la ciudad hasta el horizonte, con la complicada arquitectura de las nubes que flotaban sobre ella. Me tumbaba después en el arcón de la cama bajo aquella luz transfinita y leía hasta que oscurecía del todo, hasta que no

distinguía ya las letras.

«Usted es el bibliotecario —le dije. Las palabras resonaron brutales y obscenas en el claroscuro mustio del despacho, en aquel silencio de fotografía—. Usted ha colocado la ficha del manuscrito Voynich en…». «Sí, por supuesto, ¿quién si no? No creo que exista otra persona en esta ciudad que conozca ese manuscrito. Me temo que ni siquiera hay nadie que quiera oír hablar de él. Me he limitado a lanzar al océano una botella con una carta, hace muchos años, cuando se celebró en el salón de actos de la Facultad de Letras un encuentro de bibliotecarios de barrio. Sabía, naturalmente, que tarde o temprano llegaría a ti, porque todo llega hasta ti, como si fueras una hormiga león escondida en su embudo paranoide y, en cierto modo, esperaba que el determinismo de nuestro mundo no fuera tan rígido, que fueran posibles vibraciones y reverberaciones que cambien la historia, el destino, aunque sea de forma paulatina, con un minúsculo desvío en cada cruce. Porque es terrible estar congelado en el bloque de un mundo definitivo que fluye como un libro, de su primera a su última página, sin que los personajes puedan oponerse ni hacer otra cosa que lo que ha sido escrito (les ha sido escrito) para siempre. Esperaba que alguien, algún estudiante confundido, alguna doctoranda que preparara una tesis sobre la autora de *El tábano*, algún vagabundo de esos que admiten en las bibliotecas por compasión, para que se calienten en un gélido día de enero, diera con mi tarjeta, se preguntara qué era eso del manuscrito Voynich y se sintiera tan intrigado como para estudiar cada signo de la cartulina cuadrada y dar con el número de teléfono.

»Pero durante diez años no ha llamado nadie. La ficha ha permanecido ahí, oscura y virtual, como una secuencia extraña en el código genético de la gran biblioteca, como un inserto sobre Tlón en la *Enciclopedia Britannica*, un suplemento, una estructura carente de vida o psicología propias que, sin embargo, se abre como una flor de loto de papel ante los ojos del predestinado. El código inscrito en ella se ha activado de repente al encontrar tu rostro grabado en su memoria y su primera operación ha sido enviarte hasta mí. Ha desatado, por tanto, una cadena de hechos que van de unos a otros, preestablecida desde tiempos inmemoriales y que (ya) no puede ser detenida. Estás aquí, ante mí, como estuviste tantas veces en tu infancia, cuando me traías los libros sin que supieras lo bien que te conocía y cuánta certeza traías, para mí, al mundo. Sabía con certeza que nos reencontraríamos, y no solo para abrir ante tus ojos el manuscrito Voynich».

Algunos individuos son funciones, viven en los márgenes del mundo para un solo gesto, una sola réplica, carentes de vida y de psicología propias, como los porteros y los ascensoristas de los grandes hoteles. Esperaba ahora, tal vez, ante una puerta gigantesca que se elevaba hasta el cielo. Pero Palamar estaba delante de ella y sin su bendición yo no podía franquear la puerta. «Entonces, ¿qué es ese manuscrito? ¿Lo tiene usted?». «Sí, lo tengo… Una copia, por supuesto, el original está en América». «¿Y por qué tengo que conocerlo también yo? ¿Por qué estoy aquí, en resumidas cuentas?». «Eso no lo sé. Tal vez porque venías a coger libros a la biblioteca B.

P. Hasdeu. ¿Sabías que, durante siete años, fuiste mi único usuario? Cuando dejaste de venir, la biblioteca fue desmantelada y en su lugar hay ahora una cafetería… O puede que sea porque has encontrado esa ficha en el fichero…». O tal vez porque lloré por primera vez leyendo un libro, escrito precisamente por Ethel Lilian Voynich. O tal vez porque he descubierto que la autora era la hija de George Boole y había crecido junto a Hinton. ¿Gracias a qué coincidencia imposible llevaba el nombre de la escritora y de su esposo, el antiguo revolucionario polaco, ese misterioso manuscrito que Palamar se disponía a enseñarme?

«Tengo una copia muy buena, del color y las dimensiones originales. Llegó a mis manos por un sendero muy tortuoso con el que no pretendo aburrirte ahora. Cuando contemplas un prado lleno de flores no te interesan las raicillas pálidas que se extienden por la tierra, entre ciervos voladores y lombrices. Yo soy tan solo quien te lo entrega».

El viejo se levantó del escritorio y abrió un armario situado en la pared contraria al fichero metálico. Extrajo de él una caja que parecía de marfil amarillento. Por un instante me pareció que, de hecho, sostenía una calavera entre las manos. Colocó la caja entre nosotros, sobre la mesa y, todavía de pie, levantó la tapa. Con infinita delicadeza, introdujo sus dedos lívidos en la caja y sacó a la luz, como si fuera un bebé recién nacido, el delicado manuscrito. Lo depositó grave y solemne ante mí. Era un facsímil propio de un profesional, difícil de distinguir de un manuscrito original. Incluso el papel, de un brillo apagado, como de pergamino, daba impresión de autenticidad. Quise hojearlo un poco, pero Palamar me detuvo. «Luego. Por el momento quiero contarte lo que he descubierto yo mismo durante varios años de investigación. Puesto que te encuentras ante uno de los más oscuros —y sin embargo más deslumbrantes— libros que se habían escrito sobre la faz de la tierra, una verdadera flor de mina que no ha salido aún a la superficie…».

El manuscrito Voynich, me dijo aquella noche Palamar, tiene, tal vez, quinientos años de antigüedad. Es un pergamino escrito en una lengua desconocida e ilustrado con imágenes de plantas no identificadas. Otras ilustraciones muestran constelaciones y signos del zodiaco, diagramas que parecen alquímicos. Extrañas son las imágenes de mujeres robustas, lívidas, que se bañan desnudas en piscinas llenas con un líquido verde, alimentadas por redes de canales y conductos que parecen vegetales, como si el líquido fuera la savia de unas plantas gigantescas, y las mujeres, las hembras gordas e inmóviles de unos piojos peludos, escondidos bajo sus caparazones protectores. Los testimonios más antiguos sobre esta obra insólita aparecieron doscientos años después de que, se sospecha, un sabio anónimo la escribiera e ilustrara en algún lugar del norte de Italia. Aunque por la época de su aparición el texto pertenece al Renacimiento, no parece casual el hecho de que fuera verdaderamente descubierto en la época en la que los príncipes tenían jardines laberínticos, gabinetes de curiosidades y horrores, cuando el gusto por los enigmas y las catacumbas estaba configurado por textos llenos de cifras, alegorías, signos

cabalísticos y herméticos, como fueron *Hypnerotomachia Poliphili*, de Colona, o *Mundus Subterraneus*, del erudito, monje y polígrafo Athanasius Kircher. Alimentado por la alquimia y por Sefer Ha-Bahir, por las meditaciones sobre el tiempo que todo lo devora y sobre la vanidad opulenta de la vida, el siglo XVII recibió el indescifrable manuscrito como una nueva prueba de la monstruosidad barroca del mundo. En una carta enviada a Kircher, el bohemio Marcus Marci, autor del texto *Labyrinthus, in quo via ad circuli quadraturam pluribus modis exhibetur*, trazó, siguiendo sus conocimientos, la historia fragmentaria del manuscrito.

Un siglo antes, este debió de pertenecer al emperador Rudolf II, que se lo habría comprado a un desconocido por 600 *gulden*. El siguiente propietario fue, al parecer, el botánico del emperador, ese que construyó la maravilla del parque imperial de Praga y lo llenó de invernaderos y jaulas de animales exóticos, de pavos reales y faisanes que caminaban arrogantes por la hierba esmaltada de flores. El botánico le pasó el códice a Georg Baresch, uno de tantos alquimistas praguenses que se habían multiplicado como conejos bajo el mandato del emperador y que bautizó el nuevo libro de su biblioteca como «una Esfinge» eternamente indescifrable. Baresch se vio tan desolado por el sentido abstruso del libro que le envió la copia de una de sus páginas, para que la descifrara, al que era conocido como el mayor criptógrafo del momento, el mismo fraile jesuita Kircher, que sostenía haber descifrado los jeroglíficos egipcios y que, además, conocía el chino, el copto y otras lenguas exóticas. Solo después de la muerte del alquimista pasó el códice a manos de Marci, un antiguo discípulo del jesuita que vio cumplido su deseo de contemplar el manuscrito con sus propios ojos. Athanasius Kircher se encontraba inmerso en su gran texto *Ars magna lucis et umbrae*, cuando lo recibió acompañado de una carta de Marci. Dicen que dejó su obra en el aire, así como sus preocupaciones mineralógicas, cristalográficas, mecánicas y biológicas (acababa de empezar precisamente a analizar con el microscopio los animalillos transparentes no vistos nunca todavía por el ojo humano) para ocuparse, durante las semanas siguientes, desde el alba hasta el crepúsculo, únicamente de las ruedas, las flores, las mujeres barrigudas y las series de letras sin sentido —¿eran siquiera letras?— del códice. Encontró, en las doscientas cuarenta páginas que se han conservado del manuscrito original, varias secciones —cosmológicas, botánicas, aforísticas o difíciles de catalogar—, pero encontró sobre todo un texto que fluía por las páginas sin borrones ni añadidos, monótono, dividido en palabras de diferente longitud, pero carentes en apariencia de cualquier rasgo lingüístico que permita identificar un idioma verdadero, incluso uno que no conozcas y no puedas adivinar. ¿Una farsa del gran Leonardo?, se preguntó el sabio. Desde su juventud el divino pintor escribía del revés, de derecha a izquierda, pero bastaba un espejo para que el texto junto a la lámina que presenta el órgano erecto del hombre penetrando en el estuche de carne del vientre femenino (o esa en la que queda demostrado que el color azulado de las montañas se debe al aire que existe entre ellas y el ojo que las contempla, o esa otra con las máquinas hidráulicas junto a las que

escribió «*O Lionardo, perche tanto penate?*») se volviera tan claro como la palma de la mano. Pero parecía imposible que un dibujante, aunque fuera un genio, hubiera sido capaz de escribir un texto sin sentido en el que, sin embargo, unas letras se repetían tan solo al principio de las palabras, otras al final, algunas palabras aparecían únicamente en determinadas partes… En definitiva, parecían distinguirse varias reglas —estadísticas al menos si no lingüísticas— que se respetaban de forma estricta. Si no se trataba de una farsa tramada por dinero y basada en la rareza del libro (por lo demás, ¿qué maestro sensato habría trabajado tanto para inventar una lengua, unos tipos de plantas inexistentes en la tierra, con sus flores, hojas, tallos y raíces, incomprensibles diagramas zodiacales y calendarios, en lugar de utilizar su talento para describir los objetos creados por la gran generosidad de Dios?), e incluso el propio Kircher se vio obligado a rechazar definitivamente esta posibilidad, no quedaba —excluyendo también la variante de un maestro loco— sino tomarlo como un documento cifrado que escondiera revelaciones tal vez demoníacas, tal vez divinas, que podían ser decodificadas, sin embargo, mediante los instrumentos del ingenio humano.

El monje aplicó al manuscrito todas las tretas de la criptografía de la época. Escribió el texto en tiras de papel y lo pegó en bastones de diferentes grosores, lo distribuyó en las casillas de los cuadrados mágicos, bajo las serias miradas del ángel con la cabeza entre las manos, aplicó sobre las hojas unos casilleros recortados en cartón. Cambió las letras de sitio siguiendo métodos simples y combinados, pero a falta del alfabeto en el que está escrito el texto, o de alguna inscripción paralela en una lengua conocida o de cualquier otro indicio, el texto resistió y el monje no pudo descifrar una sola palabra, a excepción de unas pocas voces latinas y griegas cicateramente diseminadas por las ilustraciones. Al final, el erudito se dio por vencido y dejó que el texto se cubriera de polvo en las estanterías de la biblioteca del Collegio Romano.

En medio de las revueltas por la unificación de Italia (precisamente las que constituyen el telón de fondo de *El tábano*), la biblioteca fue confiscada por los soldados de Vittorio Emanuele II, que trasladaron las colecciones de manuscritos antiguos a Roma, a la Villa Mondragone. En 1912 la congregación jesuita vendió, discretamente, parte de los manuscritos a algunos particulares, entre los cuales estaba el comerciante polaco de libros raros Wilfrid Voynich, que llevaba diez años casado con Ethel Lilian Boole, hija del gran matemático y lógico inglés y autora de *El tábano*.

El polaco pertenecía a la nobleza, había nacido en una familia muy conocida, su nombre completo era Wilfrid Michal Habdank-Wojnicz. Cursó sus estudios de Química en Moscú y estaba diplomado en Farmacia. Parecía un tejón empollón con gafas redondas, motivo por el cual tenía muy poco éxito entre las mujeres. De vuelta a Varsovia, el joven, ante el cual parecían abrirse todas las puertas, frecuentó en primer lugar los bailes de la alta sociedad, pero las bellas jóvenes que giraban sobre

los suelos encerados con sus espumosos vestidos del color del azafrán y la lavanda, entre el destello de los miles de caras de los brillantes prendidos en las orejas, el cuello y las muñecas, se inclinaban por jóvenes menos nobles y menos ricos, pero con más gracia para bailar, con espaldas fornidas y miradas arrogantes. Durante un tiempo intentó trabajar como farmacéutico pero, aunque sus conocimientos de química le reportarían más adelante fama como fabricante de bombas artesanales, no se las apañaba demasiado bien en aquellos interiores de azulejo llenos de estanterías con tarros de porcelana miniada en los que la *nux vómica*, el *laudanum*, tinturas y yodos, pastillas para la impotencia y para los abortos, supositorios envueltos en vaselina y demás sustancias y preparados esperaban encontrar cuerpos sufrientes. Sus dedos eran demasiado torpes para la delicada balanza de cobre del mostrador y él era demasiado honrado como para recetar a los viciosos la ambrosía y el néctar por los que les temblaban las manos, sobre todo la morfina, muy extendida por aquel entonces, además de la tintura de opio y el éter. «Embriagaos sin cesar —había escrito poco antes un excéntrico poeta— de vino, de poesía, de virtud, de lo que queráis…».

Cuando conoció por casualidad —al ser requerido para tratar a un enfermo en una buhardilla húmeda— a unos individuos ebrios de ideales revolucionarios, Wilfrid comprendió lo pequeña, lo mezquina y lo caótica que había sido su vida hasta entonces. Ludwik, un hombre de aspecto más enclenque aún que el farmacéutico, puso en sus manos las obras capitales de los socialistas. Libros clandestinos, toscamente reproducidos, pringosos por todas las manos por las que habían pasado, firmados por nombres que Wilfrid apenas había escuchado hasta entonces: Louis Blanc, Saint-Simon, Fourier, Engels, Marx, pero también textos de los terribles nihilistas rusos, como Bakunin, Kropotkin y, sobre todo, el demoníaco Nechayev, cuyo *Catecismo* le provocó largas noches de insomnio entre temblores febriles. Comprendió que su destino no tenía nada que ver con los bailes y las boticas. El mundo era un infierno corrupto e injusto que había que arrasar hasta los cimientos. El arcángel de la destrucción final y el héroe de los nuevos tiempos era el revolucionario. «Un revolucionario es un hombre maldito. No tiene intereses privados, ni negocios, ni sentimientos, ni vínculos, ni propiedad, ni siquiera nombre. Todo su ser está devorado por un solo fin, un solo pensamiento, una sola pasión: la revolución. Entregado en cuerpo y alma, no solo con palabras y hechos, rompe todos sus vínculos con el orden social y con el mundo socializado, con las leyes, las formas, las convenciones y la moral del mundo. Es su enemigo implacable que sigue viviendo en el mundo con un solo objetivo: destruirlo», escribía el terrible Nechayev. A la edad de veinte años, Wilfrid había encontrado ya el libro de su vida y a un camarada más inteligente y de más edad, así como el camino para el que se sentía cada vez más preparado. Entró, a través de un ritual que le pareció de bastante mal gusto (pero el buen gusto entraba en la categoría de los valores que había que denunciar y destruir), en la organización de Ludwik Waryński, Proletariat, y participó de inmediato en unas

acciones revolucionarias de lo más arriesgadas. A raíz de una de ellas, un intento por liberar a dos condenados a muerte en la ciudadela de Varsovia, fue capturado por la Ojrana y enviado a Siberia. Después de tres años de trabajos forzados, consiguió huir y pasó el año siguiente vagando por los bosques, alimentándose de frambuesas y pan robado en los pueblos y topándose a menudo con asesinos prófugos y campesinos que habían encontrado la santidad a través de la oración. Fue finalmente rescatado, más muerto que vivo, por sus camaradas conspiradores, que lo enviaron a China para borrar su rastro.

En Pekín tuvo tiempo para meditar sobre los caminos ocultos y enrevesados de la revolución. Tal vez no estuviera hecho, sin embargo, para su dimensión violenta. Tal vez no fuera digno de la ascesis y el martirio que el terrorífico catecismo presuponía. Era todavía joven, aunque debilitado por los años de cautiverio y evasión, cuando regresó a Europa, primero a Hamburgo y luego a Londres, donde llegó a establecerse. El encuentro con Serguei Stepaniak, que militaba por la transformación de Rusia a través de la vía revolucionaria pero pacífica, le confirmó que había cometido un error. La recién fundada Sociedad de los Amigos de la Libertad de Rusia era frecuentada por individuos inteligentes que aceptaban el cambio gradual, por la vía política, de la caprichosa troica.

En las reuniones de la sociedad londinense conoció a Ethel Lilian, otra experimentada revolucionaria, con una trayectoria de largas estancias en Rusia y gran actividad *narodnicista*. Era fea y tenía un año más que Wilfrid, pero contaba con una educación tan exquisita como la suya y era también una devota de la madre Rusia. Se casaron en 1902, en el círculo restringido de los antiguos revolucionarios, ahora ligeramente canosos, un poco aburguesados, con los ideales transformados en recuerdos. Voynich adaptó su nombre al inglés, adoptó la ciudadanía británica y se hizo anticuario, para continuar así con su lejana y durante largo tiempo olvidada pasión por los libros raros. Con el paso de los años, la pareja, que vivía en el mundo de los libros, se alejó de toda actividad revolucionaria. Ella escribía novelas (.*El tábano* había aparecido ya en América e Inglaterra y le había reportado cierta fama), él inauguraba nuevas librerías y adquiría manuscritos y textos antiguos. Como la librería de Nueva York, abierta en 1914, funcionaba muy bien, la pareja de antiguos revolucionarios se trasladó al otro lado del océano, donde vivieron hasta la muerte de Wilfrid, en 1930, y la de Ethel, en 1960, cuando la autora de *El tábano* tenía noventa y seis años, y yo, en mi Floreasca resguardada por la cúpula irisada, en la otra parte del mundo, solo cuatro.

«Puedes llevártelo —dijo finalmente Palamar, mesándose fatigado el cabello canoso, peinado hacia atrás, pegándolo más aún al cráneo—. Es el último libro que te presto, ahora, cuando mi biblioteca hace mucho que no existe». Se levantó y me lanzó una mirada impersonal con la que me indicó que la reunión había terminado. Antes de salir de la estancia, eché otro vistazo al gran armario metálico, gris perla, que ocupaba toda la pared izquierda. Contrastaba tanto con todo lo que había visto en

la casa del bibliotecario, que no pude evitar preguntarle como de pasada, con la boca pequeña: «¿Qué guarda en este fichero?». «Ah, también una especie de fichas —respondió sin asombrarse—. Cuando me devuelvas el manuscrito (respetemos la regla de las tres semanas de antaño), te las enseñaré. Pero tal vez las conozcas ya, tal vez las hayas visto. O tal vez echaste un vistazo a mi escritorio de la antigua biblioteca y observaste las láminas del libro. En ello trabajaba, habitualmente, durante las largas horas que pasaba esperándote».

Me acompañó a la salida y me estrechó la mano, mirándome con sus ojos castaños, oscurecidos ahora por la penumbra de la entrada. «Te espero», me dijo, y pensé que me había esperado toda la vida. Me alejé por el sendero sombrío, oí cómo se cerraba la puerta y entonces me volví para contemplar una vez más la casona —un bloque de alquitrán que recortaba las estrellas—, palideciendo en el viento frío de la noche. La única ventana iluminada se apagó al cabo de unos segundos y poco después lo hizo también la farola en forma de cabeza de dragón. Esto último me sorprendió y decidí esperar unos minutos más, con el cabello alborotado por el viento. Me imaginaba que otra ventana se iluminaría en breve en otro sitio, en alguna de las fachadas de la casa. Al fin y al cabo Palamar no podía vivir a oscuras, tenía que comer, acostarse, ir al baño… Doblé otro sendero y di una vuelta en torno a la casa: ninguna luz. Solo un edificio grande y negro, rodeado de estrellas.

Cuando regresaba, caminando junto al muro de la derecha para dirigirme a la entrada, oí el zumbido. Apenas perceptible, pero inconfundible para mí. La tierra temblaba asimismo levemente a mi paso porque aquel ruido eléctrico, como el de una fábrica en el turno de noche, surgía de debajo de la casa, de las profundidades. «Así que también él tiene, como yo, un solenoide en los cimientos. Entonces, señor Palamar, usted tiene en esta historia mucha más importancia de lo que yo pensaba», susurré y, pasados unos largos minutos, eché a andar hacia la avenida. Al cruzar junto al cine Titán, oí la voz gangosa de Fernandel, luego la voz graciosa de la réplica de quién sabe qué actriz. La sala debía de estar llena, porque de vez en cuando estallaban unas carcajadas ahogadas. En la parada no había nadie. Esperé al tranvía más de una hora. Finalmente llegó, tambaleándose en los raíles. Subí al vagón, también vacío. Tomé asiento y contemplé mi reflejo en la ventana: solo era una aparición bajo una luz enfermiza. Después apoyé la cabeza en el respaldo y me quedé dormido. Me desperté en unas cocheras de una zona desconocida de la ciudad y tuve que esperar hasta la mañana para encontrar una forma de volver a casa.

Capítulo 42

IRINA está embarazada. Es tan impensable y tan inimaginable como el propio mundo, e igualmente terrorífico para mí, por que «todo ángel es terrible» y «al tercero ni siquiera yo puedo mirarlo». Me oculto detrás de las citas porque no sé qué hacer ni qué pensar. Ştefana nunca se quedó embarazada, aunque tampoco hicimos nada para evitar ese espectáculo de muñecas rusas que en realidad resulta imposible de evitar, pues los preservativos del quiosco se rompen a la primera, y los anticonceptivos o los espermicidas no existen aquí. Con Irina no se me ha pasado jamás por la cabeza que nuestros momentos de placer extremo, ya sea celestial, levitando abrazados en medio de la habitación, ya sea perverso y tenebroso, entre las sábanas empapadas de sudor, pudieran formar parte de la cadena causal, oscura para los libertinos y los primitivos, que produce al final un fruto agazapado en el interior de la persona que da a luz y amamanta. Cuando pienso en el embarazo, me prohíbo desde el principio los detalles sobre las maternidades y los obstetras, sobre las mesas de partos y el niño lleno de sangre y meconio. Una embarazada como las que te encuentras a veces por la calle, sobre todo en primavera, caminando pesadamente entre charcos que reflejan el cielo, no ha sido nunca para mí una mujer que vaya a dar a luz. Ella existe por sí misma, ha sido y será siempre igual, sin relación alguna con los demás hombres, niños y mujeres que no estén embarazadas. Es un estado del ser humano que mi mente holónica no puede concebir sino como una eterna *matrioshka*: en el vientre de todas las embarazadas hay una embarazada que lleva en el vientre a una embarazada. Y así hasta el final del final de esta serie, en la escala de Planck, donde se detienen las divisiones del espacio, del tiempo, de la causalidad y de la gravedad. Siempre que veo, de hecho, a una mujer embarazada, en mi imaginación veo su cuerpo transparente y distingo en él, *inter urinas et faeces*, a la pequeña mujer de vientre transparente unida por el ombligo a la mujer gigante que la envuelve y que nutre, a su vez, a la de su propio vientre. El niño, por lo tanto, no podría, no puede ser para mí, sino una niña. Un niño expulsado de un vientre no podría ser sino un monstruo melancólico, digno de ser exhibido, flotando en un frasco de formol, en un museo siniestro semejante al de la morgue.

«Irina está embarazada» significa para mí, en consecuencia, que vamos a tener una niña. Me lo dijo ayer, en la sala de profesores, delante de la ventana, mientras contemplábamos la fábrica abandonada y la torre de agua a través de la neblina que se había formado sobre nuestra periferia en el fin del mundo. He recordado la escena perdida en la profundidad del tiempo, cuando salimos a la terraza de mi casa, en medio del viento y del olor a tormenta que nos había convertido en unos demonios del otoño, cuando, azotados y desgarrados por el viento como si fuéramos banderas,

girábamos enredándonos la ropa y los cabellos, y cuando ella, mi mujer rubia y fantástica, me gritó entre las ráfagas intensas y rotundas de viento que también salvaría al niño de la casa en llamas, incluso aunque fuera el Anticristo, aunque fuera Hitler, aunque fuera Lucrecia Borgia o Mesalina. Pensé que, si existió un momento para la inseminación, para la penetración de los espermas crepusculares en su receptáculo de nácar orgánico, este no tuvo lugar en el mismo instante de nuestros acoplamientos flotantes ni entre las sábanas, aplastados por una gravedad absurda, sino entonces, cuando girábamos felices, como unas veletas brillantes bajo el cielo de tormenta. Entonces debimos de concebir a la que sería sacada en brazos de entre las vigas en llamas que se derrumbaban por todas partes, a través del humo que te cegaba y te asfixiaba, entre los gritos de los que se quemaban vivos, abandonando en el centro de la casa condenada el cuadro ciego y sordo e insensible al dolor, «ese solo objeto nobleza de la Nada»…

Como estábamos solos, tomé su mano y permanecimos unos minutos en silencio, sintiendo plenamente la irrealidad de aquella sala, de la ventana, del paisaje exterior y del mundo. «A partir de este momento ha cambiado todo», pensé, sin poder imaginar el cambio. Ella tenía los dedos secos y fríos. Su mano pasiva descansaba resignada en mi mano. A continuación nos dirigimos, sin sentir la necesidad de añadir nada más, hasta el armario de los cuadernos de notas, donde quedaban solo los nuestros. Salimos con ellos bajo el brazo por los pasillos desiertos, luego cada uno se quedó solo, como ya lo estábamos, como lo estaríamos siempre, incluso como padres de nuestra niña, que, por el momento, era tan solo una larva minúscula, elástica, que latía y que se alimentaba del cuerpo que parasitaba y santificaba. Subí la escalera que conducía al piso superior, aquella escalera de mosaico ordinario con paredes verdes pintadas al óleo que se prolongaba, hacia arriba y hacia abajo, en un número indefinido de pisos; pero encontré la puerta del aula del 7.º S, donde tenía clase de Rumano, abierta de par en par y un solo alumno de guardia cumpliendo con su deber en la pizarra, limpiándola con una esponja empapada en vinagre.

Nada me ha parecido nunca tan desolador como una clase vacía, abandonada por su población de seres menudos, con cráneos desproporcionadamente grandes y ojos que parecían engullirte. Cuando el Mary Celeste fue encontrado flotando a la deriva en el océano infinito, en la ruta helada de los cetáceos, sorprendió y espantó la desaparición de la tripulación, la soledad del puente de mando y de las cabinas, lo inhumano de cualquier espacio humano desprovisto de habitantes que le confieran utilidad y sentido. Cada aula vacía, con los abrigos colgados todavía de los percheros y los montoncitos de libros y cuadernos sobre los pupitres garabateados, con una ventana abierta y la brisa exterior inflando la cortina, hace que los ojos se me inunden de lágrimas, porque me recuerda un día perdido en el tiempo, cuando entré, a mediados de las vacaciones de verano, en la escuela en la que estudiaba y la encontré sola, melancólica y desierta, inmóvil bajo el glaseado del tiempo como una fotografía de colores borrosos.

El alumno que se había quedado de guardia, un chaval que, no se sabe por qué, luce la corbata de pionero al cuello, me dijo que se habían llevado a todos sus compañeros a una revisión en la consulta del dentista. No había clase de Rumano. Yo no sabía qué hacer, mi mente estaba completamente ocupada por mi hijo y el de Irina, como si lo tuviera, como si la tuviera acurrucada en el cráneo. Sin embargo, entré en el aula y me dirigí hacia la ventana. En el alféizar había, en lugar de tiestos, varias latas de conserva, con geranios y fucsias, pegadas a los cristales. Desde aquí el paisaje de la parte trasera de la escuela se veía mucho mejor y la mirada llegaba mucho más lejos. Distinguía el espinazo arqueado, colosal, de la avenida Colentina atravesado por tranvías, coches pequeños y autobuses, la torre de agua con su gran esfera en la punta, la rotonda donde gira el tranvía 21 y, sobre todo, brillando en un eterno ocaso como si de ella misma emanara, con todas sus fuerzas, un gas amarillo, crepuscular, la fábrica abandonada, a cuyas catacumbas inolvidables hacía años que no había vuelto. Recordaba como si hubiera sido ayer mi visita con Goia, el profesor de Matemáticas —el mismo que me había hablado de Hinton, puesto que nada es casual en este mundo de enigmas y sueños—, a aquellas naves fantásticas, nuestra aventura entre las maquinarias irreales de ese edificio. Recordaba la imagen colosal de la niña dormida acurrucada en el centro de la sala redonda que me resultó tan vivida, tan imprescindible, que decidí regresar en la hora libre que tenía por delante. Sobre todo porque, al contemplar fijamente la silueta de la fábrica recortada sobre el cielo, me pareció que la altísima ventana circular que se abría en el centro del frontón de ladrillo brillaba muchísimo, como un faro, como los ojos del hipnotizador de una película antigua, descolorida.

Salí de la escuela y eché a andar de nuevo por las calles del barrio, volví a dejar atrás la tienda de ultramarinos y el depósito de bombonas, giré en la calle Depozit y me vi otra vez, con carne de gallina en un cuerpo tan estremecido como el alma, ante el gigantesco edificio, en medio del solar lleno de basura. Las paredes medianeras, de ladrillo, conservaban las huellas de antiguos incendios. A una altura vertiginosa, las ventanas ovaladas estaban enmarcadas por personajes de estuco, espasmódicos y mellados, nacidos de la melancolía de quién sabe qué escultores abstrusos, pero no parecían colgar del edificio, sino flotar en torno a él, en el aire tierno y triste de la primavera. Rodeé lentamente el edificio para llegar a la entrada. La puerta seguía teniendo un candado del tamaño de una cabeza infantil y, a treinta metros de altura, la quimera extendía todavía sus alas de murciélago, lanzando gritos inaudibles, visuales, táctiles, ósmicos, sobre el universo entero.

En cuanto di con la entrada, me adentré de nuevo, solo y sin luz esta vez, en el túnel oblicuo que me llevó hasta el interior de la construcción. Volví a encontrar el hoyo profundo en el centro de la nave, las tumbas y las criptas de mármol, calcedonia, malaquita, con verdosas placas de cobre incrustadas. Me entretuve sin querer entre ellas, leí las inscripciones escritas en lenguas desconocidas, con esos símbolos que, sin embargo, conocía ya tan bien: cruces, estrellas, ruedas dentadas,

medias lunas, anillos… En la placa que se encontraba sobre la puerta de la cripta principal, con canaladuras talladas en mármol rosado, pude leer, casi con las yemas de los dedos, una frase extraña en la que no había reparado la primera vez:

SIGNA TE SIGNA TEMERE ME TANGIS ET ANGIS

Signos, temor y roce, pensé, sin imaginar que sería capaz de traducirlo correctamente, pero me llevé una gran alegría, aunque me sintiera abrumado por la inmensidad oliva-mustia-rosada del techo, cuando observé que el versículo latino era un palíndromo: se podía leer también del revés.

Trepé luego por una de las grandes vigas que se entrecruzaban, inclinadas, apoyadas en la parte superior de la fosa, y me encontré de nuevo en la enorme y melancólica nave central. Anchas bandas de luz caían oblicuas desde las ventanas ovaladas, situadas a una altura colosal sobre el suelo de cuadriláteros brillantes, ondulados y deformados por las venas que latían por debajo como cuando se ondula la tierra, llena de raíces, en torno a un árbol grande. Las motas de polvo, millones de minúsculos mundos habitados, giraban en lentas oleadas en aquella luz precisa y cristalina. A través de las grietas del tejado se divisaba el cielo primaveral por el que se deslizaban las nubes. Pero el aire en el interior del gigantesco recinto era sin embargo oscuro y gelatinoso, el color predominante era un verde oliva desolado que producía un sentimiento de irreprimible soledad. Avancé, a lo largo de los raíles y las bandas de montaje (¿de qué objetos que no pertenecían a nuestro mundo?), hasta encontrarme de nuevo ante las cinco complejas maquinarias de metal brillante que ocupaban dos tercios de la altura de la sala. Sus bases cilindricas de hormigón estaban pintadas, como en un juego infantil, con los colores que había encontrado, siguiendo el mismo orden, en las uñas de Valeria: rosa-sucio, azul oscuro, granate, naranja-siena, amarillo intenso. Las rodeé, al igual que la primera vez, asombrado por su aire solitario e intangible, por la corteza inmemorial de su enigma. Podías tocarlas con los dedos —en las yemas se te quedaba una fina capa de aceite— pero no con tu inteligencia humana, humillada a cada instante por aquellos cinco ángeles tecnológicos que se elevaban hacia el tejado roto. Estremecido por el frío de la nave, había decidido dirigirme hacia el fondo para tratar de hallar la entrada azulada, cuando vi por el rabillo del ojo, en la pared contraria a esa en la que había encontrado la puerta, algo que no había observado antes.

En un marco de ese mismo metal que parecía mercurio solidificado y, sin embargo, fluido todavía como una miel espesa, descubrí cinco círculos rosados que llamaron mi atención. Cuando los contemplé con más detenimiento me di cuenta de que, en cierto sentido, estaban vivos. Tendrían el diámetro del círculo que forman los dedos de ambas manos cuando los pulgares y el índice se tocan entre sí. O el diámetro de una vagina completamente dilatada durante el momento del parto, se me pasó por la cabeza. Los círculos eran del color de la piel, con una estructura

abombada y trenzada. Como los tenía justo enfrente de la cara, no quedaba margen de duda: se trataba de unos enormes ombligos de piel viva y sensible, encastrados en metal. Se distinguía bien cómo los habían atado, cómo se había doblado la piel pálida en torno al hilo quirúrgico —o, tal vez, como cuando nací yo, un simple cordel de embalar— de forma suave y conmovedora, pues los cinco botones terminales del diámetro de unas rosas grandes parecían no solo enternecedoramente rosados en su palidez, sino perfumados también como unas rosas místicas. Guardando las proporciones, los frutos humanos que tenían en medio del vientre estos ombligos —como conservan las manzanas el huequito y el rabito con el que colgaron en otra época de la rama— debían de haber sido verdaderos gigantes.

Sabía —algo en mi interior lo había comprendido de inmediato— lo que tenía que hacer. Coloqué la palma de la mano, con los dedos extendidos, sobre la primera semiesfera de piel viva y cálida. De repente, en torno a ella, en el borde metálico, se encendió un círculo de luz fluorescente, de color rosa triste, y en ese mismo instante (lo había notado ya y había vuelto la cabeza hacia el otro lado de la sala) las piezas concatenadas del primer engranaje empezaron a abrirse lentamente, dejando pasar entre ellas unas franjas de luz intensa, homogénea. El metal se retiró hacia la base de la maquinaria y hacia la parte superior, dejando a la vista, en toda su pureza, una ampolla enorme de cristal grueso y paredes cilindricas llena de un líquido claro y dorado parecido al líquido cefalorraquídeo. En medio de la ampolla creí distinguir una esfera grande, concreta, blancuzca, atravesada por canales finos. «Es una mórula», me dije, una esfera de células vivas, nacidas a raíz de varias divisiones del huevo inicial. Cuando crezca lo suficiente, sus paredes se doblarán hacia dentro, de conformidad con el plan divino, formando hojas embrionarias, como se hace con los primeros pliegues de papel en el arte que más se acerca a la embriología, el de las figuras de *origami*. Por el momento, sin embargo, el maravilloso huevo parecía sumido en el sueño, tal vez en unos sueños incomprensibles.

Pulsé a continuación la segunda semiesfera y, mientras sentía su textura en la palma, el segundo cilindro se abrió con el mismo silencio perfecto. Esta vez me acerqué a él para no perderme ni un detalle del objeto compacto cuyo núcleo latía. Echando la cabeza hacia atrás alcancé a verlo en un ángulo que lo recortaba un poco y lo deformaba, como se ven las estatuas en las cornisas de los templos. Debía de medir un par de metros y era, sin duda alguna, un embrión humano con el aspecto que presentan a los dos meses, cuando se distingue ya su gigantesca cabeza troncocónica, tan doblada sobre sí misma que el rostro, con los ojos hundidos aún en la carne blanquecina, traslúcida, se pega al tórax, y los miembros, con los dedos ya formados, brotan romos a ambas partes del tronco como en los grandes peces Latimeria, que vagan anacrónicos por nuestro océanos. Parecía, por lo demás, una especie de animal concreto, elástico y entero, un monstruo saturnino al que no le faltaba nada y que no tenía por qué evolucionar, y que podrías haberte encontrado en un pantano lleno de plantas carnívoras o en las aguas cálidas de los trópicos,

enredado entre algas marinas, alimentándose de seres ciliados y transparentes.

Los dos gigantescos tubos siguientes, transparentes en el cruce de las bandas de luz oblicua que caían desde las claraboyas, se revelaron cuando pulsé el tercer y el cuarto botón cálido y blando y rosado. Contenían la perturbadora imagen del feto humano a los cuatro y a los seis meses, vivo y latente, colgando del cordón umbilical que, arrugado, se enrollaba en el líquido dorado antes de desaparecer por la base de la ampolla. Aquellos seres fantásticos, con las frentes hundidas aún en el pecho, con sus enigmáticos ojos de insecto bajo la película transparente de los párpados, con las yemas de las orejas ya formadas, con miembros cada vez más esbeltos, pero con unas cabezas fascinantemente macizas todavía, desproporcionadas respecto a su cuerpo oblongo, habían crecido mucho respecto a los de los primeros cilindros. Estos parecían ballenatos, pero soñadores y cloróticos como la carne hialina de las medusas. Órganos y cartílagos se transparentaban, oscuros, por todo el cuerpo de los gigantescos fetos, y sus blandos cráneos estaban atravesados por arterias enredadas, ramificadas, azules y púrpuras. Al contemplarlos desde abajo, desde la base de las colosales probetas (que debían de tener un palmo de grosor y ser de zafiro incoloro o cristal de roca), era fácil observar que se trataba de embriones de niña.

El último feto, que llenaba todo el volumen del cilindro más próximo a la puerta de entrada, esa que estaba cerrada con el candado y que se encontraba bajo el vuelo y el grito mudo de la gran quimera, era tan macizo como un elefante blancuzco-rosado, y flotaba boca abajo. Acurrucada, con la cabeza entre las rodillas, revestida por una lanilla delicada que brillaba a la luz como un globo de diente de león y que se disolvía ya en el líquido deslumbrante, la niña estaba a punto de nacer. Era imposible imaginar una niña más grácil, unos miembros más graciosos, unos dedos más finos, que hechizaban el aire líquido del cilindro, una espalda curvada con más delicadeza, con las islitas de oro mate de las vértebras brotando aquí y allá en la piel lisa y tensa. Bajo los párpados, unos ojos humanos —tan grandes que le ocupaban la mitad del rostro— se agitaban de vez en cuando, prueba de que la niña estaba soñando.

Regresé hasta la placa de metal a tiempo de ver cómo los botones orgánicos se hundían en el mercurio denso como la miel, desapareciendo lentamente bajo la invasión lenta de la sustancia brillante y cenicienta. Al cabo de unos minutos, solo quedaban los círculos luminosos, coloreados en los cinco tonos, como testigos ciegos de los interruptores umbilicales. La nave, inmóvil en la gelatina del aire rancio, guardaba un silencio total. Eché un vistazo alrededor. El inmenso recinto seguía resultando bastante extraño. Cuando la exploré con Goia, me sentí subyugado y horripilado por su mezcla de templo antiguo y espacio industrial, por una arquitectura que combinaba el acero y las figuras alegóricas de estuco, por las nubes que desfilaban, amarillas, entre los agujeros del techo como si hubieran sido pintadas en la bóveda por un melancólico Tiépolo. Ahora, sin embargo, con los seis cilindros despojados de su corteza xenotecnológica y los fetos flotando en el agua inmóvil, la sala mostraba de repente otra cara, la de una emoción desgarrada, como de fin del

mundo, la de un espacio en el que no se puede respirar ni vivir. Empecé a llorar, con la cabeza apoyada en el pedestal de cemento, pintado de amarillo, del último cilindro.

No sabría decir cuánto tiempo permanecí así, pero cuando levanté la cabeza me pareció percibir un ligero cambio en la estructura de la luz. El día había virado, imperceptiblemente, hacia la tarde. Las bandas de luz habían adquirido un matiz ámbar. Las venas gruesas de debajo del suelo mugriento, lleno de virutas y de aceite, habían empezado también a agitarse lenta, peristálticamente, en el silencio del edificio abandonado: «Si esta nave es verdaderamente una especie de antigua radio de lámparas y galena —pensé—, ahora está encendida, recibe mensajes de algún lugar situado a una distancia inimaginable, y va a empezar a cantar enseguida». Solo que aquella canción grandiosa y abrumadora que brotó de los cilindros de la fábrica abandonada tal vez no fuera para las minúsculas cócleas de nuestros huesos petrosos, las espirales asintóticas que se detienen tras realizar dos giros en torno a la columela, el segundo dos veces más amplio que el primero.

Rodeé la línea de montaje más cercana y me dirigí a la parte opuesta de la sala, allí donde recordaba haber encontrado la matrícula desprendida de los corchetes y luego la puerta azul pálido que brillaba en la penumbra. Volví a encontrar, en la pared, los marcos atestados de mecanismos, palancas, picos, taqués y volantes, cuadrantes que cambiaban lentamente de forma, conmutadores que se hinchaban como hongos esponjosos, todo ello del metal fluido omnipresente en el recinto. Encontré —esta vez mucho más rápido— la casilla de cifras móviles en la que había que introducir la combinación adecuada. En vano formé el antiguo número, que se me había quedado grabado en quién sabe qué conexión sináptica del cerebro. Probé con otros distintos. El perfil azulado de la puerta seguía inmóvil. Y, sin embargo, no solo *tenía* que entrar, que para eso había venido hasta aquí en lugar de impartir mi clase de Rumano, sino que sabía con total seguridad que iba a entrar aunque tuviera que pasarme días y días probando combinaciones de cinco cifras, sin comer y sin dormir. Hacía mucho que no era tan ingenuo para creer que podía fracasar, que podía hacer gestos aleatorios que no llevaran a ninguna parte. Habría sido como si la pluma, en la mano del autor, empezara a enfrentarse a los dedos que la guiaban y a escribir en la página inmaculada su propia historia, distinta a la brotada en su mente, volcada en el deltoides de los nervios motores del brazo y transformada después en los gestos menudos y precisos que dirigen, sin posibilidad de oponerse, el instrumento que escribe sobre el papel. La cifra se había desperdigado en mi memoria, tal vez procediera de más allá de mí mismo, como el miedo innato a las serpientes y las arañas. Puesto que todo el conocimiento es anamnesis, solo tenía que acordarme —como de las primeras imágenes de mi infancia, como de la forma de las nubes en Floreasca y como de los labios cuarteados de Ştefana— de las cinco cifras, cuyos chasquidos retumbaban en el silencio de la sala. Y, ciertamente, no había pasado ni media hora cuando conseguí abrir la puerta. El número era el 96105. Eran las cifras que se me habían aparecido, doradas, cuando visualicé, en la imaginación, la larga

serie de números del papel encontrado en la cartera del portero raptado a los cielos, mientras que las primeras y las últimas tres cifras habían permanecido borrosas y cenicientas. Estaba en el buen camino. Volví a echar un vistazo, por encima del hombro, a las cinco gigantescas probetas de la sala en la que el cristal y el metal se abrazaban de forma tan curiosa, y penetré de nuevo en el pasillo que llevaba hasta el Santuario de este templo decrépito.

No podía dejar de preguntarme, mientras recorría el laberinto de acuarios, terrarios y dioramas abarrotados de seres monstruosos de los tratados de parasitología, si el cambio de número acarrearía el cambio del ser que ocupaba la sala semicircular situada, lo sabía, al final de mi descenso a la pesadilla. Probablemente así era, pues no llevaba siquiera un cuarto de hora deambulando por las salas repletas de muestras que flotaban en un líquido simultáneamente placentario y cefalorraquídeo —tenias, lombrices, sarcoptos, amebas, garrapatas gigantes, tijeretas y hormigas león, horribles larvas de libélula— cuando observé, junto con el cambio de la luz, una modificación en la forma de los seres provistos de caparazón y espinas tras las paredes de cristal. Aquí y allá, entre los dioramas con animales cuya visión carbonizaba la mente, distinguí alguno que solo contenía un capullo grande e informe, del tamaño de una persona, pegado al tronco de un árbol o a una roca. Eran como de fieltro blanquecino, ectoplasmático, podría decirse, como el de las fotografías trucadas de los médiums de cuyas bocas, durante las sesiones de espiritismo, emanaban unas oleadas de telarañas, densas y cegadoramente blancas, un vómito psíquico que provocaba consternación. Muy despacio, a lo largo del recorrido, estos capullos en los que latía algo vivo eran cada vez más numerosos, mientras que el zoo de los infiernos disminuía en número y fuerza. Al poco rato me movía, avanzando como hipnotizado en una sola dirección, entre decenas de cajas de cristal en cuyo centro se agitaban unas pupas, todas del tamaño una persona —parecían enfermos completamente envueltos en sábanas húmedas—, que se curvaban a ambos lados como si los seres del interior quisieran romper con sus miembros el envoltorio rígido de la crisálida. El silencio era casi total; el rosa oscuro se apropiaba del museo interior de quién sabe qué cráneo, que parecía ahora una estancia amplia en la que alguien había echado unos cortinones rosas y ondulados.

Yo mismo me sentía cambiado. Caminaba con más ligereza por las suaves baldosas de la sala y mi mano, que a veces rozaba la cara fría de los estratos de cristal, me parecía ahora delgada, blanquecina, con unos dedos inusualmente largos. La ropa, esas burdas esterillas que llevamos sobre nuestra bendita y cálida piel, había empezado a incomodarme, así que me fui despojando de las prendas que me cubrían una a una; las dejé caer sobre las losas, contemplando cómo se reflejaban flotando lentamente y pensando que a la vuelta las recogería. Cuando vi cómo se resquebrajaba la primera crisálida, estaba ya desnudo. Mi cuerpo, reflejado vagamente en las vitrinas, era ahora delgado y pálido, con una cabeza desproporcionadamente grande, como las de los niños a los dos o tres años, y unos

ojos grandes, negros, hipnóticos, de insecto sabio y triste, en un rostro de rasgos menudos, apenas esbozados. Me vinieron a la mente los seres que vagan durante milenios por los caminos de más allá de la muerte, esos seres blancuzcos que buscan la sucesión de monstruos de la que nos hablaba Traian en Voila, en la repisa caldeada por los radiadores. Recordé el miedo que sentí aquella noche lejana, cómo corrí a la cama y escondí la cabeza debajo de las sábanas, para que la luna llena y los seres de la historia de Traian no devoraran mi cerebro. Pero estas ideas se disiparon con la primera eclosión que presencié, a la que siguieron muchas más.

Porque en las pupas abiertas pugnaban por salir al exterior unas polillas lívidas de caras y manos humanas, de estatura humana, de rostros femeninos, bocas de niño somnoliento y miradas azules y firmes, de inteligencias conectadas por el ombligo al espacio lógico. Sus vientres anillados, de insecto, estaban cubiertos de plumón y bombeaban, en las fibras arrugadas de las alas, un líquido que las estiraba y las alisaba. Aferradas todavía a las pupas afelpadas con las garras de los pies, secaban despacio su piel aterciopelada. Las escamas minúsculas de las alas, cubiertas por dibujos crípticos, apenas más claras que el resto de las alas cenicientas-blancuzcas, despedían polvo. Aunque crepusculares, eran más bellas de lo que se pudiera imaginar, y cuando empezaron a elevarse de los terrarios y a juntarse sobre ellos en grupos compactos —como los santos que unen sus aureolas en las paredes de las iglesias—, aleteando con pereza sus grandes alas de pájaros nocturnos, en sus sonrisas había tanto consuelo y tanta luz que solo podías sentir un inmenso y atormentado malestar por no poder devolverles la sonrisa. Los dioramas vacíos quedaron atrás cuando, ensombrecido por las bandadas de polillas humanas, llegué a la entrada del vientre del mundo. Las polillas se colaron por el estrecho hueco que quedaba entre la caverna de roca y el cristal semiesférico que la cubría —allí donde el gusano de púrpura se había contorsionado formando meandros— y se dispersaron por la bóveda para cubrirla con sus rostros y sus alas y sus vientres y contemplar así el interior como cientos y miles de espectadores en los palcos de un teatro. Titubeé un instante en el umbral, perturbado por el espectáculo que se desplegaba ante mí, por el brillo de ensueño de la sala del centro del mundo.

Era una caverna esférica, no la mitad de una esfera, como me la había imaginado yo. El suelo era un inmenso hoyo, simétrico respecto a la bóveda que se elevaba arriba, con la que formaba un espacio perfectamente redondo, sin parangón. El pozo tenía varios kilómetros de diámetro y estaba recubierto por una pared de cristal, como una pompa de jabón desde el otro lado de la cual miraban los miles y decenas de miles de seres alados, con las alas electrostáticamente pegadas a la pared curvada y los rostros unidos en ojos unánimemente azules. Yo me encontraba en el umbral de la caverna, desde allí los podía observar hasta donde alcanzaba la mirada, por arriba y por abajo, extendidos uniformemente en el diorama esférico y, por último, cubriéndolo por completo con un mosaico escheriano de alas y rostros.

La esfera era un cráneo y un útero a la vez, y estaba destinada a albergar un feto y

un cerebro. Porque nuestro cerebro abriga en el cráneo el homúnculo motor-sensorial, tan deforme y de proporciones tan poco humanas como las del feto encogido en el vientre, pero este último es, a su vez, el producto de una inteligencia superior. De esta forma, el tiempo y el espacio, lo somático y lo cerebral, la luz y la oscuridad, el hombre y la mujer, el sueño y la realidad, el polo animal y el vegetativo de nuestro cuerpo de simetría plural, el infierno y el cielo, el éxtasis y la abyección, la materia luminosa y la oscura, lo corpuscular y lo ondulatorio se fusionaban aquí en un objeto-noción incomprensible e innombrable, pues trascendía nuestros eternos dualismos. Aquí ya no había arriba y abajo ni pasado y futuro, sino únicamente un ser perfecto que, al igual que un globo de cristal, lo reflejaba todo sin ser nada. Sí, en el centro de la esférica caverna había una esfera. Como un planeta de lava, como un sol que se extingue poco a poco. Sus rayos de ámbar líquido llenaban la enorme cavidad. Por su cara se deslizaban las imágenes del mundo, como tatuajes en una piel siempre cambiante. No era bello, era la belleza. Pero esa belleza que quema y atormenta como las llamas del infierno. «Estoy en la cámara prohibida», pensé. Ese fue mi último pensamiento.

Entretanto, me había transformado de nuevo. Los brazos se me habían reabsorbido en el tronco, y las piernas se habían ensamblado en una cola larga y vibrátil. Mi cabeza era mucho más grande que el cuerpo, abombado y lleno de una sustancia nacarada. Ahora flotaba en aquel aire gelatinoso bajo la mirada de coros de ángeles. Y de repente sentí amor, sexual y cerebral al mismo tiempo, el amor que mueve el sol y los demás astros, el amor que está por encima de la fe y de la esperanza. Como un líquido dorado, como un flujo de fotones, como una protuberancia que brota bruscamente de la esfera central, del cerebro central, del feto central, de la novia del centro del mundo. Agitando mi cilio vibrátil avancé, fui arrastrado, por aquel espacio vacío, lleno de amor, hacia el globo de fuego lento y cambiante en el que resonaba, con una intensidad cada vez mayor, la llamada química, la droga desesperada, la adicción desesperada a la Divinidad. Veía ahora con todo mi cráneo sobredimensionado, como si fuera un globo ocular que colgara del rabito del nervio óptico, y lo que veía me colmaba de felicidad y de terror.

El sol central era de una complejidad inimaginable. La mente humana no podía ni abarcarlo ni comprenderlo, podía tan solo amarlo como nadie ha amado nunca en este mundo. Avanzaba hacia él, hacia ella, hacia la impensable cuarta persona, hacia la inconcebible cuarta dimensión, con un sentimiento de triunfo y de fatalidad. Había sido elegido, era el elegido entre miles de millones de semejantes, todos los que habían vivido eran una sola eyaculación de un dios supremo. Se habían perdido todos, todos los que habían echado a andar conmigo, devorados por nuestro universo corrosivo. Cayeron uno tras otro víctimas de la alegría y de la tristeza, ciegos a las señales, incapaces de ensamblar las piezas del puzle desperdigadas por todas partes, dando vueltas en círculo por el laberinto tridimensional, con su trocito de queso en el centro. Quedaba únicamente yo para el divino martirio del encuentro con el óvulo, y

ahora estábamos frente a frente, mirándonos a los ojos como se mirarían un mosquito y un elefante blanco, enjaezado para la lucha. Porque no lo podías abarcar con la mirada y te faltaban las decenas de miles de sentidos que podían percibirlo tal y como era. Una lengua de fuego vino hacia mí y me arrastró hasta aquel cuerpo de oro fundido, causándome la muerte que conduce al nacimiento. Recuerdo el grito supremo de nuestra fusión, que no brotó de mi boca, desaparecida mucho antes, sino de mi cráneo, que estalló de repente hecho añicos.

Luego solo quedó la luz cegadora de los comienzos.

Capítulo 43

ESTA mañana me he despertado tarde, con la cabeza embotada de tanto dormir, como me sucede desde hace diez días, desde que estoy de baja. Parece que me han concedido esta baja médica para que pueda guardar cama a gusto. No me encuentro bien. Duermo demasiado, sueño demasiado, pero ningún sueño, por muy desesperanzado que sea, se puede comparar con el sueño vasto e iterativo que empieza en cuanto abro los ojos, a las once o las doce de la mañana, y dura hasta que los cierro de nuevo, bien pasada la medianoche. En el sueño parece que estoy en mi casa de Maica Domnului, que allí estuve también ayer, explorando su infinito número de habitaciones, y estaré asimismo mañana, y así hasta el final de mi vida. El sueño en el que estoy solo con mi mundo en una minúscula imperfección de la noche infinita y compacta. Una burbuja de aire, inapreciable, en un bloque de alquitrán del diámetro de la eternidad. Aquí está Bucarest, la ciudad más melancólica del mundo, invadida por la cochinilla de la humedad, devorada por los ácidos del tiempo y de la nostalgia. Aquí está el barrio de la escuela 86 y el depósito de bombonas y la Automecánica. Aquí está el barrio de Floreasca, intacto bajo su campana de cristal. Aquí está la maqueta de la avenida Ştefan cel Mare. También Voila está aquí, con sus pabellones y sus casitas en el prado de manzanos en flor. Todo lo que he soñado que vivo, todo lo que he pensado que me sucede. Por las mañanas, antes de abrir los ojos, se me encoge el corazón. ¿Llegaré otra vez aquí? ¿Volveré a llamar a *esto* realidad de nuevo? ¿Será mi vida otra vez así: casa-escuela-casa-escuela, sin que pueda romper jamás este círculo destructivo y siniestro? ¿Por qué se me ha concedido, como a todos mis semejantes, la mente de un dios si junto con ella he recibido el cuerpo de un sarcopto? ¿Qué puedo pensar si lo único que puedo pensar es que moriré en mi galería, excavada en la piel de un ser al que no llegaré a conocer? ¿Por qué puedo entenderlo todo si no puedo hacer nada?

Luego me levanto de la cama, voy al baño y me miro al espejo para ver a un hombre que ha superado los treinta hace mucho y que no ha hecho nada en este mundo. Ojos negros, labios firmes, mejillas barbudas y chupadas. Un pijama viejo y descolorido le cubre los hombros. «Efimov», me digo como ritual para despertar. Efimov con su violín trastornado y endemoniado. Después de descubrir cómo suena la música de verdad.

Me lo he dicho también esta mañana, con más motivo que otras veces, porque, hacia el alba, todavía medio adormilado, he tenido una especie de alucinación y me he visto obligado a apuntarla en el diario. Lo he hecho deprisa, con negligencia, por temor a perder lo insólito de la visión y, sin embargo, la transcribo aquí, en la prolongación de este manuscrito mío cada vez más incomprensible:

Estoy en un pozo profundo o, más bien, en una campana gigantesca, hueca por dentro. De las alturas se descuelgan hacia mí incontables cuerdas, desde las más finas, como hilos de araña, hasta verdaderas maromas, gruesas como un brazo. Si tiro de cualquiera de los cientos de cuerdas e hilos, arriba suena una campana, tal vez una campana de cobre o la enorme campana de una catedral. Pero no es esto lo que ocupa mi mente. Tengo que escapar de ese pozo inmundo y siniestro. No existe otra vía que la que conduce hacia arriba, hacia el cielo invisible, repleto de campanas invisibles.

Así que comienzo, como una araña torpe, a trepar por las cuerdas, provocando una cacofonía terrible de tintineos y repiques y vibrantes sonidos de cobre. Con el paso del tiempo, al subir más arriba, observo que avanzo de forma más eficiente si agarro, en orden, determinados cabos, pasando con un método instintivo de los hilos más finos a los más gruesos y vuelta a empezar. Comienzo a emitir gamas y arpegios, luego pequeñas melodías, descubro la armonía y el contrapunto y distingo el modelo oculto de las primeras fugas. Cuando llego a componer piezas más complicadas, siento que me elevo volando, a través del tubo de la campana, como si tuviera alas.

Llego, al cabo de varios años trepando por cuerdas, cabos, bramantes e hilos que me cortan las manos, a una música suprema. Ahora asciendo, transportado por ella, a una velocidad fantástica, como una bala de oro fundido a través de un cañón estriado de latón. Los sonidos se concretan, se transforman en materia. Construyo con ellos, en las alturas, una bandeja de luz pura de fotones helados, duros como el diamante, contra los que me golpeo, y salpico con sangre y cerebro, con orina y dientes destrozados, el milagro.

Y solo así, liberado de la cáscara de mis órganos, de la piel y de los sentidos, penetro en el mundo superior.

«Así es —me he dicho entonces, cuando me he despertado, como me lo digo también ahora, asintiendo con cada frase—. El arte no tiene sentido si no es huida. Si no nace por la desesperación de sentirse prisionero. No siento respeto por el arte que procura comodidad y alivio, por las novelas y la música y la pintura que te hacen más soportable la estancia en la celda. No quiero pintar en la pared descascarillada los jardines de las Tullerías y tampoco quiero pintar la letrina del rincón en tonos rosas. Quiero ver a la amazona del circo tal y como es, tuberculosa y llena de piojos, acostándose con todos por una copa de absenta. Quiero contemplar bien los barrotes del ventanuco de arriba, por el que no penetra ningún rayo que destruya esta aparición. Quiero comprender mi situación con lucidez y cinismo. Somos prisioneros en cárceles concéntricas y múltiples. Soy prisionero de mi mente, que es prisionera de mi cuerpo, que es prisionero del mundo. Mi escritura es un reflejo de mi dignidad, es mi necesidad de búsqueda del mundo prometido por la propia mente, como el

perfume es la promesa de la rosa cerrada. Quiero escribir, no como un escritor, aunque fuera este un genio, sino como tocaba Efimov, con un orgullo inconmensurable y una imperfección sublime. Él encontró el camino que no se encuentra en la tradición, sino gracias a un don, porque el arte es fe, y si no hay fe, no hay nada. Soy un diletante, lo sé, no conozco los trucos milenarios de mi arte —como seguramente los conoce el otro, en ese mundo donde tiene éxito y dinero y gloria y mujeres—, pero en mi oscuridad me siento libre y veo la verdad con una agudeza mil veces superior. Entiendo mejor que nadie por qué dejó Efimov que su violín se pudriera, por qué Virgilio y Kafka quisieron convertir sus obras maestras en ceniza. Porque el silencio y la ceniza son el camino recto, mientras que la música y los libros lanzados al mundo son extravíos. La ceniza es el destino final, en cualquier caso, de cualquier texto, por eso no sufriré cuando también mi manuscrito acabe en el fuego. Él no es un libro y menos aún una novela, sino un simple plan de fuga. Y tras la fuga su destino natural es la ceniza».

Qué solo estoy, me digo en cada instante de mi vida. ¡Qué espectral es mi vida! Agito en el puño, como los jugadores de dados, mis ridículos vestigios: los dientecillos de leche que crecieron en mis encías en otra época, los trozos momificados del cordel de mi ombligo. Los arrojo sobre la mesa e intento adivinar mi futuro a partir de la configuración aleatoria, como la de las constelaciones, que forman espontáneamente y que no se volverá a repetir jamás. Pero mi futuro es como mi pasado, reflejado en un espejo con la capa de nitrato de plata cada vez más devorada por el tiempo y la intemperie. No me interesa. Hay que romper los espejos. Es la misión del catoptromante romper todos los espejos y acabar con el arte de la adivinación. Y no hay que saturar de colores la tela del cuadro —resulta ya pesada con su inmaculado entretejido de fibras—, sino desgarrarla, como hizo Fontana con un único gesto exasperado de liberación. Como hago ahora, precisamente ahora, con la página de rayas del cuaderno en el que escribo y que ya he rasgado con la punta del bolígrafo. Ahora cogeré los bordes de la herida y los abriré para poder ver a través del agujero lo escrito en la hoja anterior. Leo, ahí, entre los labios secos de mi página, mezclando los tiempos y la escritura: «¿Por qué puedo entenderlo todo si no puedo hacer nada?». Un libro perforado, su grosor apuñalado por un bolígrafo que cruce al otro lado, una escritura perpendicular en un volumen inextricable, formado por cientos de superficies garabateadas con desesperación… Así sería mi libro si es que llegara a existir alguna vez: una escritura en profundidad, *a través* de la hoja, y no desperdigada por sus caras, una escritura nunca antes vista ni vivida.

Me encontraron tirado en el hoyo de las tumbas de la fábrica abandonada, a los pies de la pared del gran panteón rosado que decía Signa te signa… Probablemente estuve varias horas inconsciente, porque el grupo de niños que se coló por el túnel dio conmigo por la tarde e intentó reanimarme allí mismo, en la fúnebre combinación de mármol y crepúsculo. Como no lo consiguieron decidieron sacarme al frescor de la tarde, y me desperté un rato después junto al enorme edificio, en el descampado, a la

luz de las estrellas. Estaban a mi alrededor, temblorosos, con las cabezas y los ojos grandes, inexpresivos, con la diferencia de sexo anulada por la oscuridad. Me pusieron de pie con dificultad y me llevaron hasta la calle Puiandrul, a la casa del que vivía más cerca. Sus padres llamaron a la ambulancia.

No sé cómo llegué al hospital, pero me desperté al día siguiente en una habitación pequeña y estrecha, con solo cuatro camas, más bien un *box*. Naturalmente, por lo que yo sé, nunca antes había estado allí, pero al mismo tiempo tenía una sensación de familiaridad, como si sintiera una especie de campo de fuerza alrededor y no recordara imágenes, sino mi orientación en él. El espacio retumbaba aquí con un tono especial que me permitió reconocer dónde me encontraba. No estaba en el Hospital de Urgencias sino, con toda certeza, en la Policlínica Máquina de Pan, adonde me habían llevado mis padres en incontables ocasiones, cuando era pequeño, para ponerme baterías enteras de inyecciones y para torturarme, tembloroso e inocente, en el sillón del dentista. Junto a mi cama había un perchero con dos bolsas blandas de plástico que colgaban de la parte superior, una púrpura y la otra a medio llenar con un líquido vagamente amarillento. Cuando al fin me incorporé, vi que estaba vestido con un pijama que no era mío y que mi brazo estaba perforado por agujas grandes y gruesas, unidas a unos tubos transparentes. Las otras tres camas estaban hechas, las sábanas y los hules perfectamente lisos, no como en un verdadero *box* de hospital, sino como en un dibujo que lo representara. El único ser vivo y atareado, como si se estuviera paseando por una gran fotografía, era una cucaracha que arrastraba su vientre anillado por el tablero pintado de blanco a los pies de la cama de enfrente.

Permanecí tumbado en la cama, mirando por la ventana las ramas de un cerezo en flor que se columpiaban suavemente en el viento primaveral, en un estado de ensoñación que duró, tal vez, varias horas. Nadie entró en mi *box* durante todo ese tiempo. Solo cuando empezaba a anochecer vino una enfermera que me puso el termómetro y me cambió las bolsas que colgaban del perchero. Luego volví a quedarme solo. Aunque había anochecido por completo y el cielo había adquirido, en unos pocos minutos, el color rosáceo de las flores del cerezo, de tal manera que la inflorescencia pareció explotar bruscamente, obnubilando la ventana entera, los tubos de neón de encima de la cama siguieron apagados y, poco a poco, me fui sumergiendo en la sombra. El mundo oscurecía y desaparecía. Se disolvía en la nada y en el nunca. Asustado, me incorporé. ¿Existía todavía? ¿Se podía decir que estaba aún vivo? Me arranqué con brusquedad las agujas de las venas y me planté en medio de la habitación. Abrí la puerta y salí al pasillo.

No había nadie, probablemente no había nadie en todo aquel edificio sumido en el ocaso. Algunos cristales brillaban al fondo del pasillo como trozos de ámbar. Ni un ruido, excepto el de mis pasos, el de las plantas de mis pies caminando descalzas por el mosaico frío. El verde en el que estaban pintadas las paredes me pareció irreal y siniestro en aquella penumbra eterna. Los bancos de plástico miserablemente arrimados a las paredes, delante de los consultorios, conservaban todavía la forma de

las nalgas que los habían aplastado durante el día. Abrí una puerta de cristal mate —que crujió terriblemente en medio de aquel silencio total— y me encontré de repente, minúsculo, en el vestíbulo del que partían, hacia arriba y hacia abajo, las monumentales escaleras de piedra helada. El edificio de la policlínica era una de esas construcciones macizas y pesadas de muros tan gruesos que los espacios entre ellos, al igual que el interior de las pirámides, parecían simples fisuras, unas galerías por las que había que avanzar agachado. Sin embargo, de vez en cuando la locura arquitectónica generaba en el centro unos huecos cársticos, salas de una grandiosidad absurda y salvaje, tal y como se me aparecía ahora el hueco de las escaleras. También los escalones y la balaustrada de pilastras del mismo travertino brillante eran demasiado altos para un tipo corriente. Al subir, me sentía como un niño de corta edad que debía levantar mucho las rodillas para superar los escalones y que tenía que ponerse de puntillas para agarrarse a la balaustrada. Subí varios pisos en aquella soledad de emulsión fotográfica petrificada, superé rellanos con puertas que decían Medicina interna, Cardiología, Ginecología, Osteología, Laboratorio, alineadas a lo largo de los pasillos que se perdían en la oscuridad. Recordé lo frías que estaban las placas de cristal cuando, desnudo hasta la cintura, me hacían alguna radiografía, y cómo la consulta médica se llenaba de repente del olor a moho de la penicilina cuando la enfermera se acercaba con la jeringuilla a mis nalgas desnudas. Tenía frío y hambre, no había comido nada en todo el día, pero seguía subiendo sin saber qué estaba buscando. Cuando dejé atrás tres rellanos, girando con la escalinata en torno a un hueco en el que habría cabido otra casa, llegué a la inmensa buhardilla del edificio, donde se encontraba la sección de estomatología.

Como la luz no podía penetrar en el espacio amplio, sin ventanas, de la buhardilla, la sombra marrón oscura del resto del inmueble debería haberse acentuado aquí hasta alcanzar una oscuridad casi total. Sin embargo, pude seguir subiendo con seguridad los últimos escalones de la escalera de caracol, con sus macizos tramos de piedra, para encontrar la buhardilla colmada de una luz cobriza, inesperadamente dorada en algunas partes. Procedía de los cristales mates de las cuatro puertas de la consulta del fondo, que brillaban apagados como cuatro lingotes de oro. Un sonido vago, pulsátil, como el ronroneo de un gato, llegaba desde el otro lado de las puertas. Esto significaba, me dije asustado, que la policlínica no estaba del todo desierta, que en el umbral de la noche la consulta del dentista funcionaba todavía. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz mortecina que sumía en la oscuridad las esquinas del gran vestíbulo, descubrí, en los bancos de plástico, a unos cuantos pacientes que esperaban su turno. Sus ojos brillaban amarillentos en la penumbra. No me prestaron la más mínima atención, como si no me hubieran visto aparecer por la monumental escalera. No sabía qué hacer, no entendía por qué había subido hasta allí. ¿Tenía que sentarme y esperar junto a los demás, como había hecho tantas veces en mi infancia, aterrorizado, dejando que pasaran todos por delante de mí, confiando en que se produjera un milagro que me salvara de la inevitable tortura? ¿Tenía que entrar para

ver qué sucedía? Permanecí un rato indeciso en medio del vestíbulo, iluminado por los cristales opacos de la consulta como una estatua de sal, hasta que finalmente me armé de valor. Me acerqué a la primera puerta de la izquierda, di unos golpecitos suaves y esperé. Ninguno de los pacientes alineados a lo largo de las paredes protestó. Nadie respondió en la consulta. Entonces bajé el picaporte y entré.

La luz procedía aquí, exclusivamente, de los grandes platillos de bombillas colocados sobre los sillones. Era de un amarillo sucio, como la orina concentrada del amanecer. La consulta estaba vacía, no había allí ni médicos ni pacientes, solo los cuatro sillones idénticos, inmóviles en su enigma, en el silencio y la soledad. Sus cuadros metálicos, la tapicería de plástico marrón de los respaldos y los reposacabezas, las tenazas, las agujas, las espátulas y los espejitos de las bandejitas… Todo aquello me resultaba familiar, tan familiar en otra época que, ciertamente, al adentrarme en la consulta tuve la intensa sensación de haber viajado en el tiempo. Había un desfase de un par de décadas entre la edad de aquellos sillones toscos y macizos, sujetos al suelo con pernos enormes, unos modelos viejísimos, unos horribles fósiles del arte de la estomatología, y el tiempo que transcurría fuera de la consulta, más cercano y más fluido.

De repente, tuve esa sensación que tengo tan a menudo, cuando cierro puertas tras de mí y entro en habitaciones aisladas, de que el exterior había desaparecido para siempre, de que me había quedado encerrado allí por toda la eternidad. Miraba espantado la puerta de la pared con vitrinas de cristal llenas de sádicos instrumentos de tortura y con láminas que reproducían muelas y encías. Se trataba del nido de la araña, el agujero del centro de la telaraña donde esta se vuelve tupida como el fieltro y de donde salen dos patas articuladas, señal de que el terrorífico animal está ahí y te acecha. Por el momento, la puerta estaba todavía cerrada.

Deambulé un rato entre los sillones de dentista, y luego, asustado, me senté en uno de ellos y recliné la cabeza en la dura almohadilla de plástico. Bajo aquella luz cegadora, abrí la boca de par en par, y después cerré los ojos y esperé. Me sentía de nuevo como un niño; sentía, a través de la carne de la encía, cada uno de los nervios en los canales de los dientes… Una flor de nervios, una actinia abriendo sus filamentos en el agua fluctuante del océano. Alguien tenía que venir, como había venido tantas veces en el pasado, para interpretar, como un arpista del dolor, una canción agónica con las cuerdas de mis nervios dentales. Esperaba el rugido del taladro y el ronroneo del torno, los garfios de las pinzas metálicas, el sabor a metal agrio del aspirador de saliva. Esperaba que un animal gordo con una bata blanca de dentista volcara su barriga sobre mí, esperaba sentir los latidos de su corazón y el gorgoteo de sus intestinos, ver sus ojos despiadados clavados en los míos, su respiración mezclada con la mía, el sudor de su frente goteando en mi boca abierta mientras, por un tiempo indefinido, me exprimía la sustancia del dolor, la más límpida y más intensa sustancia del mundo. Estaba tendido en un aparato de extracción del dolor, uno de los millones de ordeñadoras de sufrimiento y de aullidos

del mundo, conectadas todas entre sí a través de cables gofrados, orgánicos, que serpenteaban debajo de los cimientos de la realidad. Y tenía que haber un lugar en el que todos los conductos de carne temblorosa, como las raíces de los árboles viejos, convergieran en un único tubo enorme donde se mezclaban los gritos de pánico de la humanidad, la desesperación y la desesperanza de la madrèpora de miles y millones de seres vivos, con sus bocas rojas abiertas de par en par, gritando con los ojos cerrados, durante toda la eternidad, en manos de unos verdugos ciegos y sordos e impersonales, los instrumentos de nuestro terrible destino. ¿Adónde llevaba el conducto vertical del sufrimiento humano? ¿Quién se alimentaba de nuestro llanto y nuestra infelicidad y nuestra impotencia y nuestra inanidad y nuestra temporalidad? ¿Quién se alegraba con el crujido de nuestros huesos, con el sufrimiento de los amores no correspondidos, con los estragos del cáncer y de la muerte de los seres queridos, con la piel calcinada, con los ojos arrancados, con las venas reventadas? ¿Para quién era tan necesaria, como el aire y el agua, la sustancia de nuestro sufrimiento, límpida como una lágrima? Me imaginaba ese tubo vertical como la aguja de una jeringuilla, pero con el diámetro del más viejo de los baobabs, que desciende hasta el centro de la tierra y alimenta allí, en la hipogénica esfera hueca, a un pueblo de nigromantes y telépatas emparentados con las chinches, las garrapatas y los sarcoptos. Hedonistas del dolor, visionarios del terror, arcángeles de la liquidación en vida, reyes de la destrucción y del odio…

Era de nuevo el niño que esperaba con el corazón en un puño la llegada de ese que iba a torturarlo. En cuanto oí que la puerta se abría de repente al fondo de la consulta, di un respingo violento, exactamente igual que entonces. Me levanté de golpe del sillón y, cuando al fin identifiqué al que surgía lentamente de la sombra, no di crédito a lo que veían mis ojos.

No era ningún dentista, sino un pobre hombre viejo y ajado, con aspecto extraviado, que a duras penas se arrastraba por el mosaico frío del suelo. Reconocí, aunque hacía mucho que no lo veía, a nuestro portero, el tío Ispas, el que había sido «secuestrado a los cielos» y había vuelto a aparecer tirado en una cuneta, sucio como un cerdo y apestando a alcohol barato. Había pensado muchas veces en la coincidencia de su historia y la de Valeria, en aquella mancha, un oasis de flores y mariposas en otro tiempo, transformada ahora en una verruga cenicienta donde, según su famosa declaración en la comisaría, el portero había sido absorbido por una fuerza irreprimible, antes de despertar suspendido en medio de una noche total, infinita. Y en aquella oscuridad había sentido cómo abrían su cuerpo y cómo unos instrumentos mecánicos hurgaban en su interior, trepanándolo y modificándolo, atándolo a otros cuerpos que lo rodeaban, bombeaban su sangre, su linfa, su orina y demás líquidos en unos tubos que brotaban de él para llevarlos quién sabe adónde… Y sobre todo —refirió él en su declaración llena de faltas, escrita a bolígrafo— habían manipulado su cerebro, le habían insertado algo que le permitía oír voces y órdenes, mientras que cada uno de sus pensamientos era captado y retransmitido a otro sitio donde era

cuidadosamente anotado. Transformado así en un ser nuevo y colmado de un espíritu santo (tal y como manifestaba en su testimonio), fue enviado de nuevo entre la gente.

A Ispas no le sorprendió encontrarme allí. Hizo el mismo gesto cansado que hacía cuando los profesores entraban por la puerta de la escuela: se llevó los dedos a la sien parodiando el saludo militar. Luego, con la mirada vacía, siguió su camino con el tufo habitual a salchichón y ţ*uica* barata. Salió por la puerta de la consulta y la dejó abierta a su paso, de tal manera que un fuerte murmullo de voces, muchas voces, se coló, para mi sorpresa, en el interior. A través de la puerta podía ver, ciertamente, un vestíbulo abarrotado de gente. Franqueé también yo el umbral y me mezclé con los cientos de hombres y mujeres de todas clases, de todas las edades y condiciones. No cabía un alfiler en la enorme buhardilla del edificio y, por si fuera poco, esa misma multitud había invadido también la escalera de travertino hasta donde alcanzaba la vista. La gente se agolpaba en los escalones e incluso sobre la balaustrada que giraba hacia las profundidades. Cuando apareció Ispas, el murmullo neutro de las voces creció de repente hasta transformarse en una especie de grito o, más bien, en un gemido de agonía, y los piquetistas —porque, enlutados y con las cabezas cubiertas, resultaban inconfundibles— levantaron bruscamente sus burdas pancartas de cartón gofrado o chapeado en las que habían escrito sus protestas contra el sufrimiento y la muerte: «¡Detened la tragedia humana!», «¡Boicot a la agonía!», «¡Gritad contra la muerte de la luz!», «¡No a la carnicería diaria!», «¡Abajo la leucemia!», «¡Abajo los millones de siglos en los que no viviremos!», «¡No a los saltos en los huecos de los ascensores!», «¡Detened los descarrilamientos!», «¡Detened los accidentes aéreos!», «¡*Stop* a los infartos cerebrales!», «¡*Stop* a la muerte en todas sus formas!». Y, desperdigada entre cientos de proclamas así, garabateada a bolígrafo, sin caligrafía y sin gramática, en cartón y en papel de embalar, aquí y allá, con letras sangrientas como amapolas en un campo de trigo, la palabra más dolorosa que ha atravesado jamás la laringe humana y que la ha hecho estallar entre esputos y sangre: «¡socorro!» «¡socorro!» «¡socorro!» «¡socorro!».

¿Cuándo se habían reunido todos? ¿Y por qué aquí? ¿Acaso porque en las cercanías se encontraba el cementerio Invierea? ¿Tenían la intención de bajar y piquetar allí toda la noche? El portero, zarandeado en todas las direcciones porque todos extendían las manos para tocarlo, les pidió con un gesto que se sentaran. Así que, arrimándose para ocupar el menor espacio posible en el mosaico frío, se acomodaron como un rebaño obediente en la sombra y el aire lívido, ya insuficiente, de la buhardilla. El inmenso altillo parecía ahora un arrecife oscuro, abarrotado de ojos, clavados todos en el portero. También yo tomé asiento, arrebujándome en mi pijama demasiado ancho, de forma que lo contemplaba desde abajo y tal vez por eso me parecía —amarillento, sin afeitar y legañoso como estaba— envuelto en una especie de manto de luz pálida.

«Hermanos —empezó a decir el anciano con la voz áspera de un alcohólico, en mitad de un silencio como de grabado—: Hermanos, habéis sido todos testigos de mi

rapto de este mundo y sabéis que mis palabras son verdaderas. Esto sucedió, amigos, el año pasado, con fecha del 17 de abril, cuando los cielos se abrieron sobre mi cabeza. Yo… volvía de la taberna, de Vraja mării, ese vicio mío de siempre, es lo que hay, y confieso que estaba un poco tocado. Bueno, estaba borracho, hermanos, que hay que llamar a las cosas por su nombre, pero no se me había ido la cabeza del todo. No sé cómo llegué en el tranvía hasta la última parada y tampoco sé por qué quise ir al campo. Era como si algo me llamara, como si algo en mi interior dijera: "Ispas, ve al campo, al otro lado de los raíles, que te están esperando". Dejé atrás la escuela y subí por Dimitrie Herescu, me caía contra las vallas, me tropezaba con las piedras —¡es que era ya noche cerrada!— y cuando llegué al final, oí la llamada aquella cada vez más fuerte… Sentía miedo, pero a la fuerza ahorcan… Me parecía que allí había algo, y es que ya entonces ellos me transmitían todo lo que querían que hiciera y me mandaban de acá para allá, porque yo ya sabía, hermanos, que esos del cielo, esos de los platillos, me habían echado el ojo desde que era pequeño. Sí, a mí, aquí donde me veis, que a ellos no les importa la cara del tipo, ni si es borracho o putero, ellos se fijan en otras cosas… En lo que necesitan. Yo no paraba de decirles a las mujeres de la limpieza y a los profesores que un día me llevarían, pero hasta los chavales se reían de mí. Ja, pues que se rían ahora si es que se atreven. No los quisieron a ellos, a los listos ni a los ricos: fue conmigo, con Ispas el portero de la escuela, con el que hicieron sus experimentos.

»Y crucé las vías del tren, hermanos, aunque era una noche oscura, con las nubes revueltas como en una caldera. No se distinguía dónde acababa la tierra y dónde empezaba el cielo. Y el barro del suelo te llegaba hasta las rodillas; cuando caminabas, las botas hacían chof-chof y casi no podía sacarlas del lodo. Empecé a cruzar el campo, que eso es lo que me decía la voz, y me caí dos o tres veces, me puse perdido como un cerdo. Y esa cartera grande me molestaba al caminar, me daban ganas de tirarla por ahí, pero decidí conservarla porque me quedaba todavía algo de comida. ¿Cómo iba a saber yo que no me haría falta? Caminé unos cien metros hasta que di con el sitio. Me detuve allí, solté la cartera en el barro y representé mi numerito. ¿Os creéis que era la primera vez que me pasaba o qué? Ya había sentido yo otras veces el impulso ese, también así, borracho, de ir a un cruce y esperar a que me llevaran. Pero no había servido de nada que gritara con los brazos en cruz: "¡Mirad! ¡Estoy listo! ¡Venid a llevarme!". No había sucedido nada, encima me insultaban los que pasaban por allí. Eso mismo hice también entonces. Eché la cabeza hacia atrás y grité al viento con toda mi alma: "¡Aquí estoy! ¡Venid por mí!". Me pasé un cuarto de hora gritando, porque allí, en pleno campo, no me oía ni el apuntador. Estaba a punto de marcharme a casa pensando ya en lo calentito que estaría en mi sótano, en mi colchón, cuando de repente, hermanos, sucedió algo increíble».

La madrèpora humana contenía la respiración. El silencio era total y espeluznante, como si en el mundo no hubiera vibraciones que pudiera percibir la

cóclea, con las que pudiera entrar en resonancia. El grupo se había tornado compacto, no había partes móviles cuyo roce produjera al menos el sonido diáfano de la respiración o, siquiera, la brisa de pétalo del guiño de los párpados. Todos los ojos estaban ahora clavados en el rostro del que había sido raptado al cielo y había regresado milagrosamente con sus semejantes, como si él mismo fuera un querubín cubierto de ojos de arriba abajo. Distinguí entre la muchedumbre unas cuantas caras conocidas, las de quienes habían estado conmigo aquella noche de la morgue, profundamente hundida en el tiempo y en la sustancia hialina de mi cerebro, cuando la fantástica estatua de la Condena descendió de la bóveda, despojándose del cielo, y se aposentó en el trono del juicio. Caty no estaba, o tal vez hubiera llegado tarde y escuchara las palabras del viejo desde algún lugar en la parte inferior de la escalera (pues la multitud parecía abarrotar la escalinata hasta abajo, hasta la planta baja). Me llamó la atención en cambio la verruga rosada que descubrí entre las cejas de la profesora de Biología. Y, por el cabello canoso, pegado al cráneo, reconocí al bibliotecario Palamar, que me hizo un leve gesto cuando nuestras miradas se cruzaron. Di un respingo sin querer cuando divisé, en un rincón sombrío, en claroscuro, el rostro lunático de Ştefana. También otros rostros me resultaban conocidos. Tal vez los hubiera visto una sola vez, por la calle o en el tranvía, o tal vez me cruzara con ellos a diario, como con las vendedoras donde compraba la leche o el pan en Teiul Doamnei, sin prestarles más atención que a los coches o a los bosquetes polvorientos de las cunetas. Se encontraba allí, por ejemplo, el tipo que recargaba mecheros en una garita que apestaba a gasolina, llena de toda clase de tubos y de encendedores oxidados, torcidos, devorados por el óxido, instalada en la tienda de muebles de Teiul Doamnei.

«Mientras estaba en medio del campo, gritando hacia el cielo y dándome golpes en el pecho azotado por el viento, vi cómo se concentraba y se alborotaba una nube tan negra como el alquitrán justo sobre mi cabeza. Se espesaba y giraba allá arriba, enroscándose como cuando revuelves el café con la cucharita. Y en ella brillaba una línea de plata que aparecía y desaparecía como un espectro, amigos. Era tan bonita que se te ponían los pelos de punta. Sabía que había llegado mi hora, que por fin habían aparecido. Sabía que ellos me estaban viendo desde allí, desde arriba. Y de repente una luz procedente de la nube brilló a mi alrededor y oí unas palabras, pero no logré entenderlas. Algo me enganchó y me subió, me absorbió como cuando sorbes la sopa de la cuchara. Hermanos, podía ver cómo se alejaba la tierra y hasta distinguía mi cartera abandonada en el barro y las lucecitas de las casas del barrio. El viento soplaba con furia, me arrancaba la ropa, me despeinaba. Mientras me elevaba, giraba también lentamente, y unas veces veía la ciudad y otras el campo, casi invisibles en mitad de la noche. Aterrorizado, no podía parar de gritar, y de repente dejé de subir y todo se volvió oscuro. Negrura, amigos, ni en el sótano ni en el fondo de la tierra se encuentra más negrura. Y silencio. Era como la muerte, amigos. Ya no había nada en este mundo. No sentía tampoco el cuerpo, no podía palparme, no podía

gritar. Estaba como en un ataúd, solo que vivo. Y así me quedé, horrorizado, no sé cuánto tiempo. Tal vez fueran días, tal vez meses…, solo Dios lo sabe. No era de noche ni de día. No había nada, nada, nada».

Ispas permaneció un momento con los ojos abiertos de par en par, como si hubiera perdido el hilo, mirando extraviado a su alrededor, y de repente se echó a llorar. Escondió la cara entre las manos y, llorando a moco tendido, se sentó también en el suelo frío junto a los demás. Se pasó un buen rato llorando así, acurrucado, y luego se secó los ojos y se sonó la nariz con la manga. Su rostro de hombre atormentado, devastado por el alcohol y arrugado como la tierra seca, estaba ahora bañado en lágrimas. Parecía un profeta de la Antigüedad.

«No se portaron bien conmigo —balbuceó entre lágrimas y quejidos—. No me esperaba eso de ellos. No se presentaron para preguntarme qué sucede en este mundo que empeora cada día que pasa, en el que no puede vivir un alma. No me preguntaron qué había que hacer, cómo se pueden arreglar las cosas. Porque yo ya tenía pensado desde hacía mucho qué iba a decirles para que nos dejaran vivir un poco más, para que pudiéramos seguir viviendo junto a ellos. Creía que me enseñarían su poderío, sus maravillas, que me llevarían a otros planetas, o adonde quiera que estén sus ciudades. Pensaba que me entregarían el remedio para todas las enfermedades y que me dirían cómo ser inmortal. Y yo, amigos, esa es mi cruz, habría vuelto con los hombres y les habría contado todo, sin pedir dinero, sin pedir ni un céntimo… Solo para que viviéramos mejor, para que viviéramos como ellos… Es que la gente las pasa canutas toda la vida… Y, en lugar de eso, ¡mirad lo que me hicieron, hermanos, mirad cómo se burlaron de mí!».

Y, al igual que Virgil entonces, el viejo empezó a despojarse de la ropa hasta quedar desnudo, jorobado, desagradable. Se escuchó un grito unánime de horror y los de las primeras filas se apartaron de golpe de él con un pánico animal reflejado en sus rostros. Porque Ispas tenía el pecho y el vientre recubiertos por una carcasa transparente a través de la cual se veían, como en los moldes anatómicos de escayola, los órganos internos, blandos y cálidos, bañados por una luz azulada. Desde el cuello hasta el pubis, la piel, los huesos y los músculos había sido retirada y sustituida por aquella coraza flexible, perfectamente acoplada, sin costuras, a la piel de alrededor. Se distinguía el latido rítmico del corazón entre los pulmones elásticos, el diafragma subía y bajaba al ritmo de la respiración, y los intestinos y la vejiga, de carne verdosa y suave, cobijaban los lóbulos del hígado, evidentemente inflamado y enfermo. ¿Quién había transformado al pobre portero en un preparado anatómico al servicio de las necesidades didácticas de unos seres de otro mundo? El panorama era patético y desolador. «*Ecce homo*», te venía a la punta de la lengua al contemplar aquel revoltijo de carnes, huesos, intestinos y tripas que hay en cada uno de nosotros y que el viejo, víctima del cinismo de unos seres con otra mente y otros sentimientos, exhibía ahora en su propio cuerpo martirizado.

«Los presentía. No sé cómo, pero sabía cuándo aparecían. Bueno, no aparecían,

pero estaban allí, conmigo, aquella noche. Gritaba y no se oía nada, ni siquiera notaba que había abierto la boca. Pero cuando empezaban a pincharme, a cortarme y a coserme, sí que lo sentía. ¡Unos dolores terribles, hermanos, unos dolores terribles! ¡Desconocidos hasta entonces! ¡Aquellos desgraciados me torturaban como a los cuatreros, de tal manera que llegué incluso a pensar que estaba en el infierno, sumergido en brea fundida, y que los demonios me estaban pinchando con las horcas! Unos dolores espantosos, los riñones arrancados de la carne y el hígado perforado con un punzón al rojo vivo. Y todo esto duró una eternidad». Ispas extendió los brazos para que todo el mundo pudiera ver mejor lo que le habían hecho aquellos «canallas». Permaneció así, en silencio, unos cuantos minutos, con la barbilla hundida en el pecho, y luego comenzó a ponerse los calzoncillos, la camisa y los pantalones. Solo cuando estuvo vestido y calzado retomó la palabra.

«Transcurrió así una eternidad, amigos, hasta que de repente se hizo la luz. Sí, una luz repentina después de la oscuridad. Blanca, blanca, te cegaba, no veías nada por culpa del resplandor. Solo sentí cómo bajaba, despacito-despacito, igual que había subido antes, hasta que me encontré tirado en el suelo frío como una tumba. Y la luz se apagó y me vi entre las tinieblas del amanecer, en el primer canto del gallo. Estaba en el campo del otro lado de las vías del tren, allí donde me habían cogido, pero ya no había barro… Me había escapado. Estaba loco de alegría pero también de miedo, al pensar en todo lo que había sufrido. Miré hacia arriba: nada, el cielo tranquilo, con dos o tres estrellas, y, en el borde del campo, la primera línea de luz del alba. Entonces me atreví a ponerme en pie y dirigirme hacia el barrio. Caminé hasta mi casa, el sótano del bloque, donde no había nadie. Tenía la botella escondida detrás de…, y acabé como una cuba, volví a salir, a ver qué pasaba, pero me caí en una cuneta y allí me quedé, que estaba muy… cansado. Justo donde me encontró la policía. Me llevaron a la comisaría y me hicieron escribir todo lo que había pasado, pero mientras lo escribía descubrí lo que me habían hecho y empecé a aullar como un loco, y así estuve unas tres noches. Luego vinieron los de la Securitate, después unos desconocidos me pusieron unos aparatos… Lo que pude sufrir hasta que me soltaron… Finalmente, el camarada Gherghina, el del Centrocoop, que es uno de nuestros piquetistas, me alojó en su casa y me ha llevado a todos los encuentros con vosotros, hermanos. He estado en la fábrica Laromet, en los almacenes Vulturul de Mare, en la Casa Scânteii, y ahora aquí, en la Máquina de Pan, para que todo el mundo conozca mi desgracia. Y que se escuche mi mensaje. En todas partes ha habido miles y miles de personas, personas como vosotros, que no soportan más la burla esta de nuestra existencia en el mundo. Unos piden explicaciones. Otros se rebelan, hermanos, contra la vejez, las enfermedades y la muerte, porque así no se puede continuar, el cuchillo ha tocado hueso. ¿Hasta cuándo seguiremos muriendo, amigos, como las vacas en el matadero? ¿Hasta cuándo seguiremos comiendo el pan amargo de nuestro destino? ¿Para qué hemos venido al mundo? ¿Para ser hechos pedazos y enterrados vivos y ahogados como gatitos y sacrificados como ovejas?

¿Para que nos siegue la muerte, con la hoz, como espigas de trigo? ¡Gritad, amigos, gritad hasta que se os desgarre el pescuezo! ¡Gritad, amigos, a pleno pulmón, gritad como los cerdos en la matanza, gritad vuestro dolor y vuestro miedo ahora, amigos! ¡Quiero oíros, amigos!».

Se me puso la carne de gallina. Las últimas palabras fueron pronunciadas no por nuestro desdichado y zarrapastroso portero, sino por un profeta de la Antigüedad, bello como un dios decrépito, como un arcángel sin afeitar y con las uñas sucias. Los que lo rodeaban se acercaron más aún, tocaban su cuerpo encorvado, se aferraban a su ropa como niños, llorando o paralizados por el dolor. Parecía el patriarca del que descendían todos, el padre desesperanzado de una estirpe de hijos de la nada, hijos de la destrucción y del sacrificio. Aguijoneado por él, toda la buhardilla, todo el edificio que imaginaba abarrotado de gente invisible, vestida de negro agitando pancartas gigantes sobre las cabezas, retumbaba con un grito unánime, tan fuerte que parecía brotar de un millón de tráqueas, como de los tubos del órgano del sufrimiento humano. El horror, el espanto sin límites, el pánico demente, la histeria descerebrada, el mal vomitivo, el vértigo y el sufrimiento y la rabia eran liberados ahora en el vacío con la desesperación impotente del que ha sido abandonado en una mazmorra subterránea, sin agua y sin comida, y golpea día tras día la puerta de hierro hasta que sus manos se convierten en trozos de carne sanguinolenta. Era el grito de los cancerosos en fase terminal, el de los de la silla de tortura, el de los que han perdido a su hijo, el de los que se arrojan desde las alturas. La gente se abofeteaba la cara y gritaba con el rostro bañado en lágrimas, con las venas del cuello hinchadas, con los ojos enrojecidos por el llanto. Y si al principio cada laringe gritó su propio dolor hasta el desgarro, en una barahúnda espantosa, al final, al igual que en las pancartas garabateadas con eslóganes contra el Alzhéimer y la locura, empezó a resonar cada vez más, de forma cada vez más imperiosa, más fervorosa, la palabra que encarna la falta de esperanza, la palabra del Hades, de la eternidad de las llamas negras y del remordimiento y del odio a uno mismo: ¡socorro! Como los que se ahogan en unas aguas turbulentas, la muchedumbre reunida gritaba la palabra que llama, que llama a la madre, que llama a Dios, la palabra de la insoportable separación del consuelo y de la luz. Al principio en grupos aislados, desperdigados en el caos del griterío general, luego de forma unánime, en un coro de miles y miles de voces, que latían simultáneamente como los latidos del corazón y los de la eyaculación y los de las serpientes intestinales y los de la química cerebral, resonaba en toda nuestra prisión cotidiana, desde los microsucesos de la escala Planck hasta los clústeres de metagalaxias, desde el manoseo de las pieles y de las humedades sexuales hasta la estructura matemática del espacio, del tiempo y de la conciencia, la única palabra que reúne todo el fracaso de nuestra soledad: ¡socorro! La madrèpora humana, cada vez más sumida en sí misma y más obsesionada consigo misma, gritó minutos y minutos, o tal vez horas y horas, esta palabra, la plegaria última cuando todas las demás han fallado. Me encontré también yo gritando a coro con ellos, olvidado de mí mismo,

disuelto en el grito, soltando, como una fuente, el chorro negro de mi desdicha: ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! Poco después, el coro más grandioso, el que unía en un pulso unánime al hombre y a la mujer, al esclavo y al hombre libre, al rico y al pobre, al sabio y al necio, al honrado y al rufián, al escritor y al lector, elevó, perpendicular sobre nuestro mundo, el canto de nuestra aterrada agonía: ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!

¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!
¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!
¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!
¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!
¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!
¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!
¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡socorro!
¡socorro!

Nos recuperamos poco a poco, como si regresáramos de un viaje místico o heroínico. Nos habíamos derrumbado como después de un orgasmo demoledor, quemados y aniquilados por dentro. El viejo, que también había gritado a coro contra la muerte de la luz, lo contemplaba todo a su alrededor con la mirada perdida y, cuando los gritos ya se habían apagado casi por completo, levantó una mano y el silencio reinó de nuevo. Volví a contemplar los rostros —medio sumergidos en la sombra, medio dorados por las ventanas iluminadas de la consulta del dentista— de los que habían protestado contra la suprema tiranía de la ilusión y de la fugacidad. La gente había vuelto en sí, y ahora la firmeza había ocupado el lugar del miedo y de la desesperanza. Tenían que luchar hasta el final. Ispas se sentó; con la cara cenicienta, no se diferenciaba en absoluto de los demás. Durante unos minutos reinó un silencio total y luego, inesperadamente y sin que entendiéramos cómo, todos recibimos el mensaje.

Lo sentimos como una onda esférica que brotaba del cerebro transformado de Ispas, una onda casi visible, como una ultradiáfana, irisada pompa de jabón que nos incorporó al sueño de su velo, atravesando paredes, desvanes, escaleras de mármol y engullendo finalmente el edificio entero de la policlínica la Máquina de Pan, somnoliento en la noche, bajo la luna reflejada en los raíles del tranvía. Nadie oyó una sola palabra, el mensaje no tenía nada que ver con el funcionamiento del tímpano, del martillo, del estribo ni del yunque, tampoco con la cóclea temblorosa en el hueso petroso. Podría decirse incluso que ni siquiera tenía que ver con las zonas de decodificación del lenguaje del hemisferio izquierdo. Era tan solo el temblor del ala de una mariposa, un «lo sé» sosegado, sin fuerzas para desconfiar, como debe de sentirse un hipnotizado que se despierta y luego, sin saber por qué, se sube a la mesa y posa como una estatua. Ispas no nos había transferido sugerencias, órdenes ni mandatos, sino un trozo de futuro tan cierto como el pasado. Sabíamos, veíamos, entendíamos lo que iba a pasar, tal y como recordamos un detalle de nuestra vasta y enrevesada infancia. Y cada uno de nosotros cumpliría la profecía-recuerdo como si estuviera ya realizada y enterrada, porque al fin y al cabo la fe inquebrantable es precisamente eso: el futuro contemplado como pasado, como plena iluminación, inmóvil en una pirueta de baile y no como un ramillete de posibilidades infinitas. Era

inevitable regresar, al cabo de un año, a la morgue, teníamos que vengar el aplastamiento de Virgil como una cucaracha, y ninguno de nosotros podía evitar la confrontación con la diosa de obsidiana de la Condena. Pero no podíamos adivinar lo que sucedería entre ella y nosotros, qué sería de nuestro mundo, más triste que cualquiera de los imaginados alguna vez bajo el sol negro de la melancolía: la resolución del enigma, la respuesta a la Esfinge, la combinación final de las piezas del puzle quedaban fuera del cuadro de la inmaterial pompa de jabón porque no dependían, en aquel instante, de las siete benditas longitudes de onda permitidas a nuestra vista interior y combadas en la curvatura de la pompa, sino que eran infravida y ultra-destino, mano que dibuja una mano que sale de la página y dibuja a la primera, en un círculo infinito.

Como si el impulso cerebral lo hubiera dejado exhausto, el portero se dejó caer de medio lado y así permaneció, con la cara de un ceniciento terroso, hasta que volvió en sí. Unas mujeres ataviadas con vestidos y pañuelos negros lo levantaron y se lo llevaron a rastras, como a un herido en un campo de batalla. Porque la gente, empezando por los que se encontraban en lo más profundo de las entrañas del edificio, había echado a andar lentamente, como a la salida del cine. Llevó más de media hora vaciar los escalones de la monumental escalera, demasiado fastuosa para aquella miserable policlínica; solo entonces pudieron partir también los que abarrotaban la buhardilla. Y al cabo de otra media hora me quedé solo, en la quietud y el silencio como de fotografía del principio. Recogí del suelo una pancarta en la que se leía «¡socorro!», olvidada por la muchedumbre ya desaparecida. La palabra había sido, probablemente, garabateada en el cartón con el dedo empapado en la propia sangre del que había escrito ahí el nombre secreto de cada de uno de nosotros y de toda nuestra especie. Vivimos un nanosegundo en una mota de polvo perdida en el cosmos, me dije, y regresé a la consulta del dentista en la que brillaban los cuatro sillones, puros y perfectos, a la luz de los paneles de bombillas. Quería ver por dónde había entrado Ispas, a través de qué túnel secreto excavado en las paredes del edificio macizo. Abrí pues la puerta del fondo de la consulta, que se encontraba entre dos estanterías de metal y cristal repletas de instrumental estomatológico y moldes dentales, y di con una habitacioncita como una despensa, con toscas paredes de ladrillo, en la que solo cabía una persona de pie. Del hueco que quedaba entre los ladrillos colgaban telarañas polvorientas, todo olía a escombro y a miseria. Había un periódico amarillento extendido en el suelo, cubierto por una gruesa capa de polvo, además de las huellas de unas botas, en torno a las cuales se podían distinguir unas columnas y unas fotografías cortadas por la mitad. Nada más, nada de túneles, ninguna trampilla, ninguna puerta camuflada. El molde anatómico humano había descansado allí, como un maniquí, quién sabe durante cuánto tiempo, hasta que una fuerza desconocida lo había activado. En Voila, el camarada Nistor tenía al menos una cama en la que poder descansar y recobrar su ferocidad durante la noche.

Cerré la puerta estremecido y abandoné la consulta. Descendí la escalera de

mármol, piso a piso, en la monstruosa soledad del edificio a oscuras. Me costó encontrar la habitación, vagué por los pasillos abriendo puertas que daban a laboratorios y consultas vacías, y cuando al fin di con ella me tumbé en la cama. No sé cuánto tiempo dormí, porque por primera vez me pareció que pasaba de un sueño a otro. Al día siguiente vino un médico, me examinó, me hicieron otros análisis y me quedé un par de noches más en la policlínica. Me enviaron a casa con un diagnóstico de neurastenia, un tratamiento con Quilibrex —unas ampollas oscuras con un cuello de cristal que había que cortar con una sierra pequeña para tragarse el líquido aceitoso— y una baja médica de dos semanas, de las que ya han transcurrido diez días.

He estado escribiendo aquí todo el día, desde que me he despertado hasta ahora, las cuatro de la madrugada del día siguiente. Siento con todo mi cuerpo que se acerca el final, o uno de ellos. El de una, al menos, de nuestras vidas múltiples y multidimensionales. Pero ya no puedo pensar ni escribir. Ni siquiera una sola línea más. Y mañana será otro día. Ahora me voy a acostar. Buenas noches, dulce príncipe, buenas noches.

Capítulo 44

ESTABA en la Automecánica, junto a la escuela, donde almuerzo habitualmente, cuando me ha deslumbrado un recuerdo. Quiero mantenerme en esta página muy sereno, muy racional, quiero mirar las cosas de frente. Después del examen de Rumano con los de 6.º D, he amontonado los cuadernillos sin las carátulas, para que me resulten más ligeros, los he atado con un cordel y los he dejado sobre la mesa de la sala de profesores. He visto de pasada a Irina, nos hemos sonreído, luego han entrado en grupo Gheară, Agripina y Băjenaru, con los cuadernos de sus respectivas clases bajo el brazo y extrañamente animados. También la mujerona bromista había hecho un examen a los chavales y había echado un vistazo a las páginas borrosas, escritas con faltas de ortografía, de los de quinto curso. «Escucha esto, señor profesor, no has oído en tu vida cosa igual. ¡Para morirte de risa! ¡Ja, ja, ja! Se me saltaban las lágrimas delante de la clase. Adivina qué ha respondido Haralambescu a la pregunta "Características del protagonista de *Prdslea el valiente y las manzanas de oro*". Mira lo que dice: "¡El emperador tenía un jardín grande y un manzano en la parte trasera!". Un manzano en la parte trasera, señor profesor, mira, lo pone aquí, negro sobre blanco…». Todo el grupo se muere de la risa. «Esa es muy buena. Pero mira, querida, te voy a contar lo que me pasó a mí cuando corregía el examen de ingreso en el Iulia Hasdeu. Resulta que me encuentro con un examen en el que ponía: "Muchos voivodas excavaron los cimientos de nuestra patria, pero solo uno colocó la piedra funeraria: el camarada…"». Aquí la señora Rădulescu baja la voz, habla en susurros y luego, sofocada, estalla en una risotada histérica. «Sí, chicas, ¿cómo iba a saber el chaval que se trataba de la piedra angular, como dice el libro?». Regocijo general de nuevo, risitas y resoplidos, como en sordina, que las paredes oyen y nunca se sabe… Como tenía hambre, no me he quedado para seguir escuchándolas. He salido de la escuela con una bandada de chavales mayores y he subido al primer piso de la Automecánica, sobre el taller grasiento, lleno de coches viejísimos, calzados en troncos, y de herramientas, tubos y gatos impregnados de aceite, desperdigados por el suelo de mosaico. He esperado en la cola del bufé para conseguir la ración habitual de albóndigas en salsa y la botella empañada de zumo en el que flotan extrañas impurezas, me he dirigido con mi bandeja a una mesita. Los obreros con buzos mugrientos, probablemente no lavados jamás, que ocupaban la mesa de al lado, partían los panecillos con unas manos negras de grasa. Pero una luz alegre de comienzo de verano inundaba la sala, el trimestre estaba llegando a su fin, y la comida —aunque fuera la de la cantina— me parecía hasta apetitosa, porque a buen hambre no hay pan duro, así que el recuerdo del sueño que en ningún caso fue un sueño me ha pillado por sorpresa y ha desgarrado el hermoso día como si hubiera

desfigurado un rostro armonioso con una cuchilla de afeitar.

Puede que precisamente esa expresión, «a buen hambre no hay pan duro», haya provocado el recuerdo porque mi madre la decía a menudo, porque tal vez haya resonado en mi mente pronunciada por mi madre, en nuestra cocina oscura, en las profundidades del tiempo, a través de cuya ventana se veía el fantástico frontón de ladrillo del Molino Dâmbovița. Tal vez haya relampagueado entonces en mi mente el más antiguo de mis sueños, ese en el que recorría, de la mano de mi madre, un lugar desconocido, con pequeños puentecillos de ladrillo sobre una zanja, en el momento rojo del amanecer. Tal vez ese haya sido el aglutinante de la pesadilla. Porque hace dos años, cuando transcribí en el cuaderno mi segunda serie de sueños inexplicables —pero tan valiosos para mí que parecían grabados en altorrelieve en la curvatura interior del hueso frontal—, no me atreví a anotar el más penetrante, el más inolvidable de todos, ese que alejo con gestos desesperados siempre que aparece en mi mente, tal y como espanto el fantasma de los globos oculares cortados con el borde de una hoja de papel o el de la araña que me ha envuelto en su tela para devorarme… Hoy, ahora, quiero sin embargo transcribirlo aquí, porque siento que es la pieza del puzle con el rostro de Blancanieves o el de la princesa del cuento de los once cisnes, la pieza sin la cual el resto del cuadro, incluso aunque todas las piezas estén bien ensambladas, no tendría sentido.

El recuerdo del sueño de «mi madre» me ha llegado a lo más hondo del corazón. Me he levantado de la mesa casi sin tocar las albóndigas. He bajado y he contemplado, durante varios minutos, desconcertado, la desolación del taller de paredes desconchadas y viejos carteles sobre protección laboral colgados, medio torcidos, aquí y allá. Miraba, sin verlos, los tres o cuatro coches con el capó levantado, sin ruedas, las llantas torcidas, los trapos sucios y los restos de viruta metálica por el suelo. Me habría quedado allí para siempre, porque toda mi realidad era igual y no merecía la pena hacer el esfuerzo de ir a otra parte. Todo mi mundo podría haber sido tan solo esa nave miserable, con pequeñas ventanas encastradas en puertas metálicas, con trozos de carrocerías sin pintar apoyadas en las paredes, con unos mecánicos rudos, manchados de aceite hasta los codos. Me ha costado espabilarme de esta postración y he dado las clases que me quedaban como si estuviera soñando.

Quiero mantener la calma, mostrarme muy descriptivo, muy racional. Ya no sé cuándo tuve ese sueño, aunque me parece recordar la fecha del 12 de noviembre —pero ¿de qué año…? No tengo la paciencia necesaria para comprobarlo ahora en mi diario y además tampoco tiene importancia alguna—. Es el único que no anoté, por vergüenza y espanto, cuando me desperté por la mañana. Al igual que ese en el que me agarraban de los tobillos y me sacaban de la cama, para golpearme con una violencia extraordinaria contra la pared; al igual que ese en el que giraba en la cama como si fuera una hélice, con sábanas y todo; al igual que en otros muchos, el de mi tía, por ejemplo, que me sonreía despectiva a los pies de la cama, en el sueño con mi

«madre» viví en el tercer estado, no estaba ni despierto ni dormido. Fue como si estuviera despierto y lúcido, pero drogado, incapaz de oponer resistencia, incapaz de sentir emociones, desdoblado, disociado, contemplando mi cuerpo desde el exterior con una especie de conocimiento tierno y de compasión. No sentía lo que me estaba sucediendo como si fuera un sueño o un recuerdo. Lo que me ocurría era real, inmediato, pero mi conciencia parecía disminuida y pasiva. Hace mucho, cuando me extirparon las amígdalas, me dieron una pastilla azul con la cual pude asistir a la sajadura de los trozos de carne de mi garganta sin miedo y sin tomar parte, a pesar del dolor agudo, por lo demás insoportable, que no percibía como mío. En ese estado tuvo lugar el sueño más atroz de mi vida.

Me desperté de una agria maraña de alucinaciones sin sentido. Era de noche, estaba en mi habitación de Ştefan cel Mare, la del triple ventanal panorámico a través del cual todavía se divisaba Bucarest en toda su extensión, con la iluminación nocturna, con luces de neón que se encendían y se apagaban. Tendría unos diecisiete o dieciocho años. En aquella habitación no había nunca una oscuridad total y pocas veces reinaba el silencio. Siempre pasaba algún tranvía aullando y lanzando fluctuantes bandas de luz sobre el techo. Estaban también las bombillas de las casas lejanas, y los anuncios del centro, y los postes entre los dos raíles del tranvía, en forma de cruz, que sostenían a los Cristos crucificados, con la cabeza ladeada, coronada de espinas. Pero en lugar de tumbado en la cama, estaba acostado en una especie de mesa cubierta con un material parecido al hule. Había aparecido allí, en una habitación por lo demás idéntica a la mía, entre la cama y la mesita en la que hacía los deberes. Sentía frío, tal vez porque estaba completamente desnudo. Notaba en los omóplatos y en las nalgas la frialdad del plástico. Levanté una mano y la miré: no estaba soñando. ¿Qué me pasaba? Me incorporé, pero de repente oí una voz interior, segura de sí misma y tan clara como la gota de agua que cae en una laguna cárstica, que me ordenó que me tumbara de nuevo. ¿Qué sucedía? No recordé entonces la escena de mi infancia, cuando mi madre me llevó al hospital para una operación cuya cicatriz no encuentro por ninguna parte y escuché esa misma voz. Pensaría en ello más adelante, aunque sin atreverme a llevar ese pensamiento hasta el final. Recosté de nuevo la cabeza sobre la mesa pero permanecí con la cabeza orientada hacia la puerta porque, en la oscuridad luminosa de la estancia, de repente la vi.

Me he propuesto conservar la calma, pero tengo la carne de gallina y siento que la locura me acecha. El hecho es que la vi, en la penumbra, femenina pero no-humana. La hembra de una especie grotescamente parecida a la nuestra. Lívida y sin ropa. Su rostro mostraba la misma mueca que me había aterrorizado unos meses antes, cuando se me apareció una enana que sonreía sarcástica a los pies de mi cama. También en su cara se deformaba la boca en una mueca, la misma caricatura de sonrisa. La proporción de sus miembros tampoco era humana. Parecía deforme, lisiada, en cierto modo impedida. Caminaba despacio y cojeaba. Daba la sensación, además, de que se

podía ver a través de su cuerpo blanquecino. Los pechos grandes y el abundante vello pubico, rojo como el fuego, no encajaban con aquel cuerpo irreal, clorotico, de cráneo alargado, de cuello estrecho, de ojos ocupados por una pupila gigantesca. No puedo decir mucho más; tampoco tenía, en aquellos momentos, la concentración ni la capacidad de observación necesarias para poder comprenderla y describirla como Dios manda. Si hubiera estado completamente despierto, habría enloquecido de espanto. Así, la contemplaba de forma impersonal, con una especie de sentimiento de fatalidad. Alguien en mi interior la llamaba «mamá», pero eso no quería decir que fuera mi propia madre. Era una madre, simplemente, que me miraba con ojos sombríos, de embrión o de insecto. Al final se acercó a mí y se tumbó en la mesa de operaciones, a mi lado. Luego hicimos el amor de una forma que no puedo comprender ni describir. Se hizo, en realidad, el amor ante mis ojos, en el centro de mi cráneo. El adolescente eyaculó, por primera vez en su vida, en el vientre de ese ser. Con la sensación de que le arrancaban el esperma, de que le extraían el esperma como extraen sangre para los análisis.

No sé más. Probablemente me quedé dormido inmediatamente después. Por la mañana me desperté con el recuerdo del sueño que no sentía como sueño, sino como una atroz realidad. En mi habitación persistía un olor suave, a medicina o a una sustancia química desconocida. Fui al baño y me miré al espejo. En mi rostro descubrí una expresión extraña, de una crueldad que no reconozco, con la que no tengo nada que ver.

No quiero escribir ni una línea más. Tampoco hay nada más que escribir. Allí, en mi habitación de Ştefan cel Mare, en medio del aullido de los tranvías y de la magia de la ciudad que se derramaba por las ventanas, sucedió algo de suprema importancia, pero incomprensible para mi pobre cerebro, prisionero en su estúpido cráneo.

Capítulo 45

LA ambigüedad esencial de mi escritura. Su locura irreductible.

He estado en un mundo que no puede ser descrito ni, sobre todo, comprendido —en la medida en que pueda ser abarcado de verdad— si no es a través de una escritura diferente. Pues una cosa es la revelación, y otra, el proceso tortuoso de ingeniería invertida que supone la verdadera comprensión. Tienes ante los ojos un artefacto de otro mundo, con otros paraísos y otros dioses, un enigmático mecanismo *antikythera* cuyos marcos de metal brillan, con todos los detalles de sus incrustaciones de símbolos y ruedas dentadas, flotando en el aire. Ha sido terriblemente difícil extraerlo de las profundidades de los mares, lleno de nidos de moluscos y de algas ondulantes, limpiar con meticulosidad la costra de arena petrificada y óxido, lubricarlo con aceite brillante, colocar cada ruedita en el candado según la combinación de los dientes. *Esto* es lo que mi manuscrito ha hecho hasta aquí: ha descubierto, ha sacado a la luz, a des-velado lo que estaba oculto por velos, ha descriptado lo que estaba escondido en la cripta, ha descifrado la cifra de la caja que lo contenía, sin que una sola gota de la sombra y la melancolía del objeto desconocido haya caído en nuestro mundo. Cuantos más detalles vemos, menos entendemos, pues comprender significa penetrar en el sentido por el cual existe el engranaje y que vive solo en la mente de quien lo ha concebido. Entender significa siempre penetrar en otra mente, de modo que todo objeto que aspire a ser entendido es un portal hacia ella. El terror y el miedo infinitos empiezan desde el mismo instante en el que, al contemplar un objeto, eres absorbido por él y arrojado a una mente inhumana, completamente distinta a la tuya y que denominas —con toda la ambigüedad de la palabra— *sagrada,* es decir, extraña, aparentemente arbitraria, capaz de milagros y de comportamientos absurdos; una mente que te puede alimentar o destruir por motivos igualmente oscuros. Puedes aprender los artificios de esta mente, puedes recurrir a la oración para obtener lo que quieres, a la invocación para que se manifieste, tal y como el gato, sentado a la mesa, engatusa a su dueño. Pero, para el gato, cómo vive su dueño, cómo ha construido su casa, cómo enciende las luces, cómo conduce el coche, cómo ha descubierto que el sol saldrá también mañana, cómo sabe él que existe un mañana, cómo descifra los símbolos matemáticos y cómo se mueve, fantasmalmente, en el terreno de la lógica y muchos otros detalles de una vida inimaginable en un mundo y en una mente de otro grado de complejidad… Todo eso permanece camuflado en otra dimensión, en otra espiral de la existencia. Cuando el dueño le señala algo con el dedo, el gato mira el dedo, lo olisquea, lo lame. Así concebimos nosotros mismos la Divinidad —por lo demás incomprensible y más allá del bien y del mal—, perdida para nosotros en una dimensión inalcanzable. Las religiones son —y deben ser— la contemplación

desconcertada del dedo de Dios, por la impotencia de comprender que el dedo no es el mensaje, sino que tan solo *señala* algo. Pensamos con el ganglio de carne que ocupa nuestro cráneo, estamos censurados por sus limitaciones, al igual que la mosca utiliza su propio ganglio en su mundo, al igual que el gato también utiliza el cerebro de su pequeño cráneo para pedirle comida y cariño a un ser extraño e incompresible.

Fui a visitar al bibliotecario para devolverle el manuscrito. Durante mi convalecencia no pasó un solo día sin que lo extrajera de su caja marfileña para hojearlo en el inútil esfuerzo por encontrar una solución, siquiera parcial, a su misterio. Páginas y páginas escritas en una lengua desconocida, con repeticiones tan evidentes como oscuras, con una escritura tan meticulosa que pensar en un fraude o en la obra de un demente era algo casi totalmente inverosímil. Varios lingüistas y unos cuantos aficionados obsesionados por el manuscrito se habían vuelto locos —decían— al intentar, a través de métodos estadísticos, adivinatorios, crípticos o astrológicos, comprender al menos alguna palabra del índice, tal y como ya había sucedido en otro momento del itinerario que iba de *El tábano* al manuscrito Voynich, con el mecanismo de cubos coloreados gracias al cual Hinton esperaba hacer tangible para nuestra mente la cuarta dimensión. Porque, de forma curiosa, aunque aparentemente no se parecían, el mecanismo de Hinton, el manuscrito Voynich, los dibujos postahorcamiento de Nicolae Minovici, el jarrón de cristal ultramarino que recibió Valeria de los cielos y mi manuscrito, escrito con letra menuda entre las tapas de los tres cuadernos, son objetos del mismo tipo, esos que señala el mismo dedo, una especie de cric de la mente tal vez, como lo son los clásicos cálculos con espirales exponenciales cuyos remolinos salen, rápidamente, del campo visual de nuestra mente y se clavan —taladros estropeados— en el infinito cantoriano. Hay que doblar una hoja solo cincuenta veces para que su grosor llegue de la Tierra a la Luna; poner un grano de trigo en la primera casilla del tablero de ajedrez, dos en la segunda, cuatro en la tercera, ocho en la cuarta, para que toda la cosecha de la tierra no quepa en la sexagésimo cuarta casilla; una célula se divide tan solo ochenta veces para formar el cuerpo humano. Así volcamos nuestro cerebro en el mundo, como vuelca su estómago la estrella de mar para atrapar a los crustáceos de los que se alimenta.

> Fachys ykal ar ataiin shd shory cthres y kor sholdy Sory chtar or y kair chtaiin shar are chtar chtar oían Syaiir skey or ikaiin shadlcthoary chtes daraiin sa O’ooin oteey oteor roloty cthar daiin otaiin or okan Sayr y chear cthaiin cphar cfaiin ydaraishi

El texto fluye así, claro como la luz del día y completamente ininteligible, del mismo modo que cualquier texto le resulta incomprensible a un analfabeto. Es interrumpido por fantásticos grabados que representan plantas desconocidas, de hojas

verdes y doradas, con inflorescencias espinosas y cápsulas azules, con extrañas y fuertes raíces que terminan a veces en curiosos tubérculos. Está atravesado por series de mujeres desnudas, blancas como la leche, que se bañan en bañeras y ríos y estanques por los que fluye un líquido verde o azul turquesa. Docenas de mujeres desnudas de vientres prominentes; algunas sostienen en la mano, alejándola con una especie de horror, algo que parece unas veces un pez, otras veces un embrión, otras una flor. Mujeres rubicundas, vegetativas, que introducen las manos en tubos serpenteantes y ramificados, mientras permanecen de pie en esa misma agua azul, en recipientes con forma de cuernos de la abundancia que se prolongan en canales que parecen venas o intestinos. Se trata de un sistema laberíntico de estanques y bañeras que se desarrolla a lo largo de las decenas de páginas del manuscrito y que está rodeado por la misma escritura tranquila, minuciosa, ordenada, sin titubeos ni tachaduras, que desafía la comprensión en cualquier lengua de la tierra.

Hay también hojas que se despliegan —tres veces más anchas que el manuscrito — y que representan esferas concéntricas, inimaginablemente complejas, como estructuras celulares contempladas en el microscopio, con tubos y compartimentos que parecen orgánicos, con simetrías y asimetrías imprevisibles, con alguna palabra en esa misma lengua incomprensible a modo de leyenda. ¿Protozoos? ¿Fetos? ¿Energías que hacen girar sus auras como pavos reales? Las he contemplado cientos de veces, entornando los ojos, intentando penetrar en su dibujo oculto, en su sabiduría profunda. La misma desesperanzada oscuridad, el mismo muro de cristal que me separa del fascinante axolote de rostro azteca, la misma incapacidad de tener algo en común con los xipehuzos, con las *iele*[30], con los extraños en el espacio y el tiempo que, por la noche, se sientan en el borde de mi cama y me contemplan.

Había además grabados que mostraban, en jungianos círculos concéntricos, infestados de las mismas letras de un alfabeto ilegible, imágenes antropomorfas… Tal vez el sol, tal vez los signos del zodíaco, tal vez las estrellas y la luna… Con prolongaciones imprecisas entre lo técnico y lo floral. Con carruseles de rostros que representaban alegorías tan oscuras como los comentarios que figuran a su alrededor. Hace quinientos años, un desconocido que no había hecho nunca algo semejante (porque no existe en este mundo nada que se parezca al manuscrito Voynich) construyó, por un motivo que debió de ser poderoso y claro, el laberinto perfecto que guarda en el centro el enigma total. Como todas las profecías, también la suya era para los tiempos venideros, aquellos en los que veremos no como a través de un espejo, sino en los que nos contemplaremos cara a cara. Había páginas enteras repletas de semejantes esferas giratorias, colmadas de estrellas y de rostros. Había visto una de ellas inclinada sobre mí, brillando mirífica, en otro tiempo, en la sala circular donde fui operado. Veía una, aterrado, cada vez que salía en plena noche bajo las estrellas. Eran los cielos de otro mundo, con otras constelaciones y con aparatos desconocidos moviéndose silenciosos entre ellas. Las más fascinantes ruedas dentadas, las medias lunas, las cruces y los triángulos cruzados de un lenguaje *ad hoc*

estaban habitados en cada uno de los círculos concéntricos, de paraíso dantesco, por las mismas mujeres desnudas, corpulentas, coronadas, que sujetaban en la mano cetros y estrellas. Por las figuras del centro, debían de ser signos del zodíaco. Por la imaginería, debía de ser el Jardín de las Delicias. Por su profundo enigma, debían de ser una especie de cerraduras que buscaban desesperadamente una llave.

Anochecía sobre el manuscrito, pero no soportaba abandonarlo y lo seguía hojeando con la esperanza de que precisamente en esa oscuridad púrpura se difuminaran los adornos para sacar a la luz, en todo su esplendor mortal, la sentencia. Pero caía la noche, se atenuaban los ruidos en Maica Domnului y ni una pizca del misterio del libro se disolvía en el aire. «Quién sabe —me decía yo, apoyando la cara entre las manos y pasando el dedo por el círculo más ancho y más trabajado del antiguo pergamino— si no estará en este libro la señal capaz de trasladarte a las profundidades del alma, a los mundos que se forman efectivamente tal y como tú deseas, a espacios iluminados por un azul espléndido, húmedo y fluido…».

Palamar me abrió. Estaba solo, como de costumbre, en la casa. Yo lo seguí a través de la misma sucesión de habitaciones sobrias, de techos altos, y volvió a sorprenderme el gran armario de metal gris perla que ocupaba una pared entera de su despacho. Hablamos un rato sobre el manuscrito que, en su caja de nácar, estaba de nuevo entre nosotros, y luego guardamos silencio, como cuando el anfitrión no tiene nada más que decirte y espera a que también tú comprendas que ha llegado el momento de despedirse. Sin embargo, no podía marcharme sin entender lo que pasaba realmente en esa casa de la periferia de la ciudad. «La otra vez —le dije sin mirarle a los ojos—, cuando salí por la puerta oí un ruido que procedía del suelo…». «Claro, es el solenoide, —respondió Palamar inmediatamente con un entusiasmo y una naturalidad que no me esperaba, como si deseara desde hacía tiempo hablarme sobre la gran bobina pero no hubiera encontrado la ocasión hasta ese momento—. Nuestras casas, al igual que otras casas de la ciudad, se construyeron en los nudos de la red de energía de Bucarest y todas ocultan en los cimientos esos objetos zumbadores de los que, a veces, te gustaría prescindir. Apuesto a que tú también utilizas la bobina para levitar sobre la cama, y no te juzgo. Es mucho más agradable dormir así que aplastado por la gravedad de la tierra en el colchón deformado. Para mí, sin embargo, la bobina es mucho más importante. Podría decir, en broma, que “es una herramienta de trabajo”, incluso una “de las más perfeccionadas”. En mi trabajo no podría arreglármelas sin esta lente energética, sin esta puerta entre unos mundos tan extraños entre sí, aunque coexistan en unos pocos metros cuadrados, como si fueran de planetas o de dimensiones distintas». «¿En su trabajo como bibliotecario?». Palamar me miró como si despertara de un sueño: «No como bibliotecario. Fui bibliotecario solo para ti. Nunca sentiste curiosidad por ver qué leía yo, durante horas muertas, en la antecámara del Santuario donde elegías los libros (ni siquiera de forma arbitraria,

como tal vez pienses ahora, sino seleccionados con gran cuidado para que su lectura te trajera hasta aquí, a este instante, sin posibilidad de error. No elegiste por casualidad *El museo negro*, ni *Malpertuis*, ni los poemas de Nerval, ni *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, ni *El Horla*, ni *Maldoror*, ni la obra genial del presidente Schreber, ni a Blecher, ni a Kavafis, ni al señor de los sueños, Kafka)… Nunca quisiste saber cuál era aquel libro único, siempre abierto en el escritorio ante mí, que viste sin verlo durante todos esos años en que acudiste a la biblioteca B. P. Hasdeu. Mira, ahora tienes la ocasión de contemplarlo».

Yo lo miraba asustado: la fotografía sepia se había animado y parecía casi un ser real. ¿Qué le pasaba a Palamar? Se había vuelto persuasivo, entusiasta, como si se encontrara ante una ocasión única. Parecía un vendedor alardeando de sus productos, ansioso por atraer a un cliente a su negocio. Me quedé mirando cómo se levantaba de la silla, se dirigía hacia el archivo ceniciento y abría sus puertas de par en par con gestos ostentosos, de ilusionista, como diciendo: «Mira, no hay trampa ni cartón». En su interior se ocultaban cientos de cajones marcados con etiquetas repletas de códigos de cifras y letras, como los ficheros de las grandes bibliotecas. Palamar sacó, sonriente, casi con glotonería, uno de ellos. En lugar de las fichas de cartón que me esperaba, estaba lleno de láminas de cristal, del tipo de portaobjetos que se utilizan en los laboratorios para observar los preparados biológicos en el microscopio. Los bordes de dichas láminas eran de un tono verdoso, y todas ellas estaban aparentemente vacías y limpias, colocadas oblicuamente y en paralelo unas respecto de las otras. En otra estantería había cajitas redondas y probetas de distintos tamaños, pero tres cuartas partes del armario estaban ocupadas por los cajones que contenían las láminas. En la estantería inferior había un libro con unos nombres menudos, los de los autores, escritos en la parte superior de la portada, seguidos por un título enorme que ocupaba la mitad del espacio: Los ácaros. Palamar se agachó con dificultad, doblando las rodillas, como si padeciera lumbago. Cogió el pesado volumen, lo llevó al escritorio y lo dejó caer junto a la caja de nácar. «Echa un vistazo a este tratado y entenderás cuál es en realidad mi verdadera profesión, vocación, pasión o como quieras llamarla. Aunque es mucho más que todo eso».

Hojeé un momento el libro antes de abrirlo al azar. Me quedé estupefacto. Entre las páginas cubiertas por una escritura menuda, el volumen incluía unos treinta grabados que reproducían, a varias escalas, unos extraños seres de pesadilla con unos apéndices más inverosímiles, más fantásticamente construidos que los de los insectos. Y además, tal y como señalaba la leyenda debajo de cada ilustración, eran tan pequeños con respecto a los insectos como los insectos respecto a los mamíferos. Al contemplar esos minúsculos animalitos emparentados con el hampa y la miseria absoluta del reino animal, con las arañas, las garrapatas y los sarcoptos de la sarna, con los chupadores de la sangre y los devoradores de tejidos vivos, me resultaba menos asombrosa, sin embargo, la crueldad ciega de la naturaleza que su fantasía infinita. En uno de los grabados encontré la visión crepuscular que tuvimos Irina y yo

hace un año, cuando, después de comentar la desaparición del portero y de hacer el amor en la cama deshecha —pues se nos olvidó flotar en el aire rancio del dormitorio — nos dirigimos a la torre del sillón de dentista y nos asomamos por el ojo de buey de la estancia. Eran acáridos de esa misma especie, elefantes leprosos, de patas delgadas y articuladas, como esos de los que, en el cuadro de Dalí, se protegía san Antón con su patético crucifijo. Ocres-amarillentos, perezosos y ciegos, con largas y curvadas hebras de pelo en su gigantesca espalda y unas enormes pinzas en la parte delantera, avanzando en procesión entre montones de piel descamada, los animales ventrudos parecían el producto de una creación demoníaca, imposiblemente taciturna. En otros grabados había sarcoptos violetas o púrpuras, con lenguas de un amarillo chillón, con pelos en las articulaciones de las patas, como las tarántulas. Algunos eran lisos como el marfil, con agujas y cuernos que parecían absurdamente peligrosos; otros, blandos como gotas de agua, desplegaban sus garras negras; otros eran transparentes como la gelatina, pero todos eran ciegos y se abrían camino por otros mundos, surgidos de la nada a través de otros sentidos. «Los insectos de los insectos», me dije, la tercera espiral de los contenedores orgánicos portadores de mundos, la legión innumerable de los seres situados más allá de la capacidad sensorial del ojo humano y, sin embargo, seres vivos y reales, formados por las mismas sustancias orgánicas que el triste cuerpo que nos encierra, el soma-sema que nos lleva por nuestro mundo transitorio.

«En cada una de las láminas de microscopio del archivador tengo un ejemplar de todas las especies conocidas hasta el día de hoy. Algunas son únicas, no se encuentran siquiera en los museos de ciencias naturales más importantes del mundo. Todos los que nos ocupamos de los acáridos —somos unos cuantos centenares en el mundo— mantenemos correspondencia, nos conocemos bien, nos enviamos especímenes a menudo, intercambiamos algunos… Siempre me ha sorprendido que nuestra secta sea tan restringida, porque no puedo imaginar un ámbito del conocimiento más fascinante. ¿Por qué no estudian los entomólogos exclusivamente los ácaros? ¿Por qué pierden el tiempo los mirmecólogos? ¿Qué tienen de interesante una abeja o una araña, por no hablar del penoso *kitsch* de los lepidópteros? Mira este sarcopto de la sarna, esta joya de la creación, con sus sublimes y gordas patitas, con esos puñales en la cabeza con los que se abre camino por la piel humana, con esa frente que alberga quién sabe qué pensamientos. Mira el ácaro de la cama, con su hocico en forma de plumilla, mira la arañita púrpura que chupa la sangre de las garrapatas mientras estas se afanan por chupar la sangre humana. Cuánta variación, cuánta fantasía, qué colores florales, qué azur y qué verde metálico y qué rosa impúdico y que lívido cadavérico… Querido mío, si yo fuera poeta pasaría diez años de mi vida escribiendo la epopeya de estas piedras preciosas vivas, sus amores y sus guerras, su vileza y su gloria, sus imperios de unos pocos centímetros cuadrados, pero tan ricos en paisajes táctiles y auditivos, térmicos y vibrátiles como los de nuestros propios territorios. En cuanto a su número, basta con decirte que una cuarta parte del

peso de la almohada en la que reclinan la cabeza, noche tras noche, los trabajadores de la tierra la constituyen los ácaros, que invaden también noche tras noche, como los liliputienses de Gulliver —pero tantos como la arena de las playas y las estrellas de los cielos—, naciones enteras, legiones y falanges que devoran las escamas de piel de nuestros cuerpos. Invisibles como los átomos del aire que respiras, se encuentran por todas partes, desde los Polos hasta el ecuador, en todos los climas, a cualquier altura, en decenas de miles de planos corporales, de colores y con miles de costumbres atroces. Una cuarta parte de la masa viva de la Tierra está formada por sus ínfimos cuerpos. Leo a veces algunos artículos en el periódico sobre la búsqueda febril de la vida omnipresente en el universo. Si es así —y no puede ser de otra forma—, los planetas de todos los sistemas solares, de todas las galaxias, incluso las más lejanas, están infestadas, sobresaturadas, devoradas por los ácaros. Se amontonan como la sarna, excavan sus canales en el manto universal, bullen y hormiguean, unos sobre otros, unos en otros, devorándose recíprocamente, poniendo los huevos en sus propios cuerpos… Resulta asfixiante e insoportable e invivible. ¡Qué visión dantesca, qué multitud de mundos desmigándose de otros mundos, hasta el infinito, sin esperanza, en una ínfima zona de la inmensa nada! ¿Dónde se encuentran los exobiólogos, los exosociólogos, los exopsicólogos de este hervidero universal? ¿Dónde están los paleontólogos y los historiadores de estas sociedades? ¿Dónde están los etnólogos, los filósofos y los teólogos?».

Palamar extraía una lámina tras otra y las contemplaba a la luz, como si pudiera ver al ser invisible aplastado entre las dos placas de cristal, con las ocho patas abiertas patéticamente a su alrededor como un pequeño sol biológico, como un Krishna de muchos brazos bailando la danza de la vida creadora y destructora. También yo miré una de ellas: nadie, nada, tan solo una plaquita límpida que reflejaba mi rostro fugitivo. «La mayoría de las especies ni siquiera tiene nombre aún —continuó el coleccionista—. Se conocen por un código de cifras y letras, como las supernovas y los *quásares*. Pero como son tan numerosas, la angelología y la demonología serían en cualquier caso insuficientes para denominarlas en su latín abstruso. Lo que a mí me resulta extraño e increíble es que los ácaros sean seres a nuestra imagen y semejanza. Un colega de América Latina se ha especializado en disecarlos y ha averiguado que son construcciones orgánicas formadas por sistemas y aparatos. Todos los órganos de nuestro cuerpo encuentran su equivalente en los suyos, aunque, naturalmente, su esqueleto es externo, como el de los insectos. Las células que los conforman no son distintas de las nuestras. Se alimentan y se reproducen en sus minúsculos mundos igual que nosotros, así que uno llega incluso a preguntarse —¿no es cierto que es una cuestión inevitable?— si no seremos también nosotros los ácaros de un mundo superior, tan gigantesco que escapa a la capacidad de nuestra percepción. Si la enormidad de este mundo no dependerá únicamente de una cuestión de tamaño en el espacio tridimensional, sino de otra dimensión, dada por nuestro apego al espacio lógico… ¿En qué espacio de esas características, que el

ganglio que protege nuestro cráneo no puede imaginar, podría inscribirse ese ser tan grande y complejo respecto a mí como lo soy yo respecto a… mira, al microinsecto en esta lámina? ¿No habrá ahora mismo un dios que escapa a mi vista, como un edificio demasiado alto, y que contempla mi cuerpo martirizado, aplanado en mi dimensión sobre una lámina infinitamente grande? Y, sin que él lo sepa, ¿no estará también extendido a su vez en una lámina que sostiene entre los dedos un dios aún más alto y más incomprensible y así hasta el infinito? ¿Y no se puede imaginar una deidad final, que transcienda la escala infinita de las dimensiones, porque ella misma es esa escala, el tablero mismo de ajedrez divino, con las casillas en las que los granos de trigo se multiplican?… Ven, te voy a enseñar ahora otra cosa».

Palamar guardó cuidadosamente las láminas en su sitio y cerró el gran armario. Se sentó de nuevo en su sillón y yo tomé asiento en la otra parte del escritorio. Encendió la lamparita de la mesa y extendió, en el círculo de luz, la mano derecha, con la palma hacia abajo. Separó los dedos y susurró: «Mira con atención aquí, al triángulo entre el pulgar y el índice. ¿Ves algo?». Bajo la luz rasante, la piel de la mano del viejo parecía escamosa, como de un lagarto, con venas varicosas, pelillos blancos y manchas marrones que delataban su edad. En el triángulo de piel extendida entre los dedos distinguí, ciertamente, algo extraño. Eran unas rayitas finas, blancas, que, apenas visibles, formaban una red parecida a las de las pistas de los aeropuertos. No ocupaban mucho más de dos centímetros cuadrados. Entre las líneas rectas entrecruzadas, me pareció distinguir también algunas imágenes figurativas: un mono, un pájaro con las alas desplegadas y la cola abierta como un abanico, una especie de camaleón, dibujados de forma muy esquemática. Mis ojos hicieron sin embargo un esfuerzo demasiado grande para poder apreciarlos y empezaron a lagrimear de inmediato. «¿Es un tatuaje?», le pregunté. «Es sarna —me respondió, sonriendo feliz —. Es una colonia de sarcoptos cultivada por mí en mi propia piel. Empecé con una sola hembra llena de huevos. Ahora debe de haber un pequeño pueblo de millones de individuos viviendo en mí. Las líneas son las galerías que ellos mismos han excavado en mi dermis. Por las noches siento unos picores casi insoportables, pero los aguanto con felicidad… No los destruiría por nada de este mundo. Son mi creación, en cierto sentido están formados a mi imagen y semejanza, porque los mismos aminoácidos, las mismas bases purínicas y pirimidínicas, las mismas funciones y los mismos órganos, las mismas leyes físicas, la misma materia y los mismos campos que animan mi cuerpo animan también el suyo, generando así el improbable, el inexplicable e inextricable fenómeno de la vida. He creado un mundo en mi propio cuerpo, una red de canales en mi piel, habitada, explorada y extendida por un pueblo que se cree, al igual que nosotros, el único del universo. Han transcurrido ya varias generaciones desde la Creación, en su mundo debe de haber aparecido ya una suerte de gloria química: mitos sobre el origen, sobre antepasados totémicos, sobre un ser ocioso que les ha puesto rostro y nombre antes de retirarse luego a su naturaleza imperceptible e incomprensible. A menudo me pregunto si, al vivir y morir, al copular y al defecar, al

desgarrar y devorar la materia orgánica de mi cuerpo y de mi sangre, habrán sentido la intuición de su soledad, de su desamparo. Si me habrán gritado alguna vez desde lo más hondo. Si, al provocarme un sufrimiento y unos picores tan terribles que a veces me dan ganas de verter ácido en la mano martirizada, habrán pensado en su pecado imperdonable. Es casi seguro que no tienen conocimiento, aún, ni de mí ni de los niveles asintóticos, desde las profundidades hasta las alturas, de los mundos envueltos en otros mundos, envueltos en otros mundos, así hasta el infinito, cada uno de ellos dos veces más amplio que el anterior… Se creen solos, sin sentido y sin destino, brotados de no se sabe qué mundo de galerías excavadas en la dermis elástica y firme. Perciben vibraciones, olores y sabores y sensaciones que nosotros no podemos concebir, como ellos no pueden imaginar la vista. De tanto pensar en mi pueblo, en mis noches de insomnio y dolor, he empezado a amarlo con un amor inmenso, mucho más del que siento por mí mismo…».

¿Estaba loco? En aquellos momentos, a medida que avanzaba la tarde, su mirada adquiría ciertamente un brillo muy extraño. Me recordaba el brillo insensato de la ventana de la cima del gran Castillo. Mantuvo todo el tiempo la mano en la misma posición, con la palma hacia abajo y los dedos extendidos. Las líneas blanquecinas entre el pulgar y el índice parecían el plano de un asentamiento inca, descubierto por el vuelo de un monoplano sobre el desierto infinito. De vez en cuando, pasaba los dedos de la otra mano por ellas con ternura, como si acariciara a unos súbditos invisibles que no conocían a su emperador de las alturas. También acercaba lentamente la palma abierta a unos pocos milímetros de los ojos, con la esperanza tal vez de que, en sus trayectos transparentes, los ciudadanos de las catacumbas de la sarna pudieran observar el sistema doble, castaño, de unos soles colosales.

«Siento compasión por ellos, por su ignorancia y su oscuridad. Por la tristeza negra de su destino, por el hecho de que mueren con sus pecados, sin esperanza y sin el consuelo de nadie. Me he preguntado muchas veces cómo abrirles unos ojos que no tienen, cómo hablar a unos oídos que no se han hundido todavía en la carne de las sienes. Cómo hablarles a unos pueblos que no entienden mis palabras, que tienen otros sentidos y que viven en otra espiral de nuestro mundo. ¿Cómo va a llegar hasta ellos la buena nueva de mi existencia, de mi amor por ellos, de mi voluntad de sacrificio? Intento desde hace meses imaginar una señal química, una vibración, una línea de luz que pueda transmitirles mi mensaje… ¡Alegraos! ¡No estáis solos! Tenéis sentido en este mundo, hay un creador que no se ha olvidado de vosotros. ¡Al final todos os salvaréis, todos conoceréis nuevos cielos y tierras en una vida más radiante y más vasta! O que les diga solo esto: ¡No temáis! Porque en este mandamiento están incluidas las leyes y las profecías. Me atormenté noches y noches hasta que, de repente, me di cuenta de lo sencillo que es todo. Ahora sé que puedo revelarme ante ellos en cualquier momento, que me han concedido todos los instrumentos, que todo está aquí, en esta casa. Solo hace falta que tú me ayudes. Eso es lo que te pido, como si fueras mi hijo. Ven a ver lo que tengo en el sótano».

Palamar se levantó de la silla con una agilidad inesperada y abrió, en la esquina del despacho, en la parte contraria al armario metálico, una puerta en la que no había reparado hasta entonces, estrecha y pintada de blanco, como la de un aseo o una despensa. Justo detrás se encontraba una escalera abrupta de cemento que conducía al sótano de la casa. «Hacia el solenoide, por supuesto», me dije, recordando el zumbido suave que había oído la vez anterior. «Cuidado con el techo», me dijo Palamar, que bajó en primer lugar, con la cabeza agachada porque la escalera tenía una inclinación muy pronunciada. También yo bajé tras él hasta que llegamos a un recinto circular, no demasiado grande (estaba encajado en la planta de la casa), cuyas paredes estaban recorridas por una gran bobina de grueso alambre de cobre, engrasada y brillante, entrelazada de forma sofisticada, difícil de describir, como si fueran las trenzas de una chica pelirroja peinadas en un moño en la coronilla. El toro cobrizo debía de tener más de un metro de diámetro. En medio del hipogeo, por lo demás vacío y blanco, bien iluminado por las ventanas situadas junto al techo, había una consola con cuadrantes y palancas, así como varios soportes que no lograba identificar. Justo en el centro de la sala había, como una pilastra que llegara al techo, un grueso cilindro de cristal, azulado, lo suficientemente grande como para albergar a un hombre de pie en su interior. Nuestros pasos resonaban fuertes y claros en las baldosas del suelo, que parecían de cristal mate.

El viejo se sentó en el taburete frente a la consola, ajustó la altura de un estante que tenía una placa negra, horizontal, cubierta por una bóveda de plexiglás; luego, llevado por la impaciencia, alargó el dedo hacia uno de los botones del panel. Titubeó, sin embargo, y retiró la mano. Permaneció un rato sumido en sus pensamientos, como alguien que tuviera que abordar una conversación importante y no supiera cómo hacerlo, y al final se volvió hacia mí. Me soltó con firmeza, casi con brutalidad, aquello que tenía que decirme, con el valor súbito del que se sabe rechazado de antemano pero no puede dar marcha atrás: «Vas a ser mi mensajero. Te enviaré hasta ellos con mi mensaje de salvación. No tengas miedo, solo durará unas pocas horas aquí y otros tantos años allí. Puedo transferir, gracias al poder de mi solenoide, toda la naturaleza interior de un ser humano al cuerpo de un sarcopto ciego, nacido y crecido ahí, en el mundo ciego de sus galerías, entre montones de huevos y excrementos. Será un ácaro impecable, elegido por mí desde el vientre de su madre, al igual que te elegí también a ti sin que tú lo supieras. Venías a la antigua biblioteca seducido por el olor a imprenta de mi guarida de Ştefan cel Mare, y desde allí seguiste el rastro de feromonas de *El tábano*, que te condujo hacia el manuscrito Voynich. Fue la trayectoria correcta, previsible como la de una bala, el arco metafísico te llevó al centro de mi solenoide. Estás en las fronteras de la holarquía, ahí donde se acoplan dos mundos en una espiral asintótica de una grandiosidad que ni tú ni yo podemos imaginar. Aunque sé que lo vas a hacer, te suplico que lo hagas. Aunque sé que vas a partir, te suplico que partas, como un caminante con un bastón en la mano, hacia su mundo sediento de verdad. Te ruego que partas, amigo».

Lo escuché con una serenidad total. También yo sabía que iba a partir. No podía permitirme desconocer un solo poro de la enorme esponja en la que vivíamos, pues cualquiera de ellos podría ser la Salida. Así que, sin decir una palabra, me acerqué al cilindro que, suponía yo, envolvería mi cuerpo y lo mantendría en estado vegetativo el tiempo que durara el viaje. «Eso es, eso es —murmuró Palamar como si hubiera escuchado mis pensamientos—. Pero antes quiero mostrarte tu nuevo cuerpo. Espero que lo encuentres cómodo y digno de ti. Mira aquí, a través de la lente».

El bibliotecario colocó la mano derecha sobre la placa de mármol negro y ajustó sobre ella la bóveda, que parecía ahora el cristalino de un ojo, de tal manera que su centro quedaba exactamente encima de la zona atravesada por las líneas blancas entre el pulgar y el índice. Me incliné y miré por aquel visor que no parecía tan solo un cristal frío, sino un visor inteligente y selectivo. Lo que vi entonces quedaría profundamente grabado en mi memoria. A través de la piel traslúcida se adivinaban muy bien los canales, y en los canales, como si fueran los bulevares de una ciudad grande y melancólica, procesiones infinitas de sarcoptos. Sus muchedumbres pululantes se cruzaban y entrecruzaban, chocando y dispersándose antes de volver a reunirse, sin cesar, en las amplias plazas y en las calles laterales y en los callejones y en los patios interiores de la ciudad que se extendía debajo de la lupa. Las construcciones ciclópeas, de una sustancia negra y brillante como el alquitrán, se elevaban ambos lados de las zanjas subterráneas, con ventanas y balcones y terrazas pobladas por animalitos en lenta y eterna agitación. Agrandándose como una lente orgánica de cartílago transparente como el agua del mar, la bóveda enfocó una de las galerías, para después ampliar con el *zoom* el edificio más cercano. Finalmente, del grupo de ácaros que roían la base del edificio, quedó en el círculo claro del cristalino solamente uno, visible en todos sus detalles, como si estuviera dibujado a plumilla en una lámina anatómica y luego coloreado con los toques delicados de un pincel mojado en acuarela. Se trataba del sarcopto de la sarna, tal y como lo había visto en la adolescencia, en el tratado de parasitología, de un ser cuyos rasgos y órganos estaban modelados por la distinta relación —en esa escala microscópica— entre la superficie, la gravedad y el volumen. Las patas más delgadas, como de araña, podían sostener a los seres más barrigudos, como los elefantes cargados con todas las tentaciones del mundo en el famoso cuadro de Dalí. El cuerpo del que, tras renunciar al mío, tomaría posesión enseguida tenía unos rasgos perfectos y emocionantes. Una gran bola nacarada-rosada, con unos pliegues y unas comisuras que delimitaban, como en los rinocerontes, las placas de la coraza, con estrías y rayas apenas esbozadas, con cuadros tiernos y sombras titubeantes, en cuyos bordes nacían varios brotes, el primero de los cuales era la cabeza. En su curiosa superficie, como la de un jeroglífico azteca, no se distinguían, a falta de ojos, nada más que unas macizas piezas bucales. Los otros brotes del cuerpo esférico apenas se diferenciaban de la cabeza: las cuatro patitas orientadas hacia adelante y las otras cuatro que miraban hacia atrás parecían unos tubérculos de los que brotaban unos pelos largos, curvados,

más gruesos que el resto del vello repartido por el cuerpo. Las filas de orificios que se abrían y se cerraban de forma espasmódica a cada lado del inmenso vientre completaban la imagen de un cuerpo de una factura tan monstruosa y tan bella como el mío, como el tuyo. Aquel ser, aunque era minúsculo, estaba completo y vivo. Se movía de manera apenas perceptible, pues incluso el tiempo debajo de la lente transcurría espeso como la miel.

«Te instalarás en él como el conductor del tanque en su estrecha celda blindada. Te acostumbrarás enseguida a su tablero de mando neural, explorarás sus posibilidades, tomarás posesión de su sistema sensorial, distinto del nuestro, que hará girar a tu alrededor un mundo extraño. Tendrás sus necesidades, te moverás siguiendo la lógica de su naturaleza. Pensarás con unos ganglios rudimentarios, te comunicarás a través de rastros químicos y de feromonas, tantearás y percibirás rumores de la materia inagotable que ni siquiera pueden soñar los seres humanos. Serás como ellos pero sabrás que no eres uno de ellos. Vivirás con ellos, pero como alguien enigmático e intocable, descendido de los cielos. Y a pesar de este abismo entre mundos en planos y dimensiones distintas, tendrás que transmitirles, a través de un efecto de tunelación, el mensaje. El plan de huida. La buena nueva sin la cual son muertos vivientes, enterrados en sus pecados».

«Lo intentaré», le dije aterrado, pero no pareció oírme, porque estaba concentrado en algo que al parecer tenía que añadir.

«Y luego te sacaré de allí y volverás a ser el de siempre, tú mismo en tu legítimo cuerpo de carne y hueso, del que no te sientes orgulloso pero que es el que te ha sido concedido. Una carne como la suya, en ningún caso más noble ni más pura porque, si somos diferentes, no lo somos por ese motivo. Somos, unos y otros, tubos digestivos con cerebro en un extremo y sexo en el otro, remolinos de materia que existen, al igual que las peonzas, solo el tiempo que dura el giro que las mantiene en equilibrio…».

«Claro —le dije de nuevo, mirándolo tranquilo—. Estoy listo para partir en cualquier momento». Y en aquel instante no me importaba en absoluto perder mi vida en el experimento del extraño investigador de los ácaros, ni quedarme para siempre en mi nuevo cuerpo, pueblo y mundo, sin encontrar el camino de vuelta, viviendo su vida, procreando con ellos, comiendo con ellos (devorándolos a ellos y dejándome también devorar), compartiendo sus creencias químicas y sus ideas vibrátiles, o regresar aquí, al mundo blanco, excavado seguramente en la piel de un dios inconcebible, ese que nos soporta a todos, a pesar de los sufrimientos y los insomnios que le provocamos.

Porque mi apuesta era descubrir, aunque tengamos una mínima posibilidad, si la salvación es posible. Si el mensaje puede pasar de una espiral a otra a pesar de las diferencias trágicas entre mundos situados en otra escala, percibidos con otros sentidos, a pesar de su adhesión a otros campos ónticos, otros reflejos, otro amor y otra moral, otros paraísos y otros dioses… Quería saber si el gato mirará alguna vez

en la dirección que señala el dedo. Si escucharemos alguna vez el código de martilleos en el muro de la prisión, si seremos arrastrados al cielo desde el centro de nuestro huerto nevado. Si saldremos alguna vez de aquí, liberados de nuestro miedo cotidiano. Quería una pizca de certidumbre, incluso aunque significara la pérdida de toda esperanza. ¿Puedes oír Tú mi voz, Tú, que no tienes tímpanos en el oído interno? ¿Me ves Tú desde el cielo, sin córneas, ni cristalino, ni retina, ni nervios ópticos, a mí, precisamente a mí, ese que vive un nanosegundo en una mota de polvo en un mundo con miles de millones de estrellas? Y si Tú me hablaras, ¿cómo podría oírte? Pues tu voz no pronunciaría palabras, sino cuerpos, cosas, nubes y tal vez universos enteros para los que no tengo órganos sensoriales. Podrías pertenecer a un espacio hiperlógico y ultrametafísico que desgarraría mi pobre mundo como si fuera la tela diáfana de una araña… ¿Podría acaso salir al mundo, dejando atrás billones de crisálidas sanguinolentas?

El viejo accionó una palanca y el cilindro de cristal empezó a descender lentamente, hasta que el borde superior llegó al nivel del suelo. Penetré en el círculo azul y me dejé envolver por la pared curvada a medida que esta se elevaba de nuevo, también despacio, hacia el techo. A través de la película levemente empañada veía la sala del sótano de Palamar un poco deformada y los sonidos se fueron amortiguando, volviéndose tranquilizadores, como en un sueño. Así oí el ruido de la enorme bobina, al principio casi imperceptible, como la respiración de un niño dormido, luego cada vez más fuerte y más agudo. Al cabo de un minuto, el zumbido era tan intenso como el del Molino Dâmboviţa, que sacudía día y noche los cedazos eléctricos en la parte trasera de nuestro bloque en Ştefan cel Mare. Creció luego, avasallador y oscilante, como la sirena de la policía, se amplificó hasta lastimar los tímpanos, hasta desbordar el oído, tras lo cual, superados mis pobres oídos, se amplificó de forma asintótica, enloquecida, desoladora, como en mi sueño epileptoide, para transformarse en un huracán amarillo, un mar de llamas de una furia desconocida, en medio del cual se me desgarró la piel, se me desperdigaron las vértebras, se me desparramaron la sangre, la linfa y la hiel, se me partió el cuello. Solo el testarudo hueso del cráneo resistió un instante antes de estallar también, hecho añicos, dejando que mi cerebro aullara eones enteros, como en el más profundo de los infiernos.

Luego, de repente, se hizo el silencio.

Me desperté en la noche del cuerpo de un sarcopto, con la sustancia mental arrastrada hasta sus apéndices y sus órganos, con mis deseos disueltos en sus deseos, con mis sentidos exánimes como si no hubieran existido nunca, mientras el mundo se iluminaba con paisajes llegados a través de otras puertas, maravillosos e incomunicables. ¿Cómo vas a mostrarle a un ciego la bendición de la luz, los inmensos paisajes del mundo, cómo vas a explicarle que tu cuerpo percibe cosas que se encuentran a una gran distancia, cubiertas de colores, brillos, aguas y sombras que

las vuelven milagrosas, dotándolas de una belleza desgarradora? Tampoco el sordo de nacimiento entenderá jamás la bendición de la música, los dedos delicados que pasean por el teclado de la mente. No puedo expresar ahora —y tampoco puedo ciertamente recordar, ahora, a falta de mis sentidos de ácaro— los increíbles y abstrusos paisajes a través de los cuales, como un Gulliver en el país microscópico de la piel de una mano, fui feliz con las semejanzas discordantes de los bosques y los henares y los aromas y el trino de los pájaros, pero también me sentí aterrado por lo que podría traducir, traidor e incapaz, a través del sufrimiento extremo y de la agonía, el enterramiento en vida y el desollamiento de la piel, el empalamiento sádico y el aplastamiento entre mandíbulas monstruosas. Paisajes de olores y sabores, panoramas de ácido gástrico, objetos sentidos con el aire que rodeaba los pelillos, con el aura electromagnética de los borboteos del vientre. Aprendí a orientarme siguiendo *mipliogvnv* y *quznzdz*, a sentir en la boca *shvrnv*, a mover las patas siguiendo un álgebra primitiva pero eficiente. Mis homúnculos motor y sensorial se remodelaron siguiendo el esquema de la cucaracha, de la araña y de la garrapata.

Viví entre ellos, en sus galerías llenas de impurezas y olores, formaldehídos y ácido cianhídrico. Exploré con ellos el edificio de grasas y de asfalto. Devoré con ellos la sustancia hialina, temblorosa, que era el espacio mismo, tal y como el ronquido continuo de mis semejantes era el tiempo. Copulé con sus monstruosas hembras y eso me provocó el placer de un billón de inyecciones de heroína pura, dejé atrás los rastros, mis propios rastros, caligrafiados al principio con torpeza y luego cada vez más seguros, de extrañas sustancias químicas, combinadas en mi cloaca inmunda y eyaculadas en chorros breves o en torrentes interminables a través de las tetillas traseras. Me arrastré ciego sobre mis pelillos, tropezando y rodando hasta que aprendí a caminar. Entrelacé mis hilos sensoriales con los de los sarcoptos cercanos, a los que empecé a distinguir poco a poco hasta que pude reconocer a cada uno por separado como si tuvieran un rostro odorífero tan expresivo como el rostro humano. Comprendí, con el tiempo, su éxtasis y su infelicidad, su ternura y su vileza, su crueldad implacable y su tolerancia malvada, el destino de su carne desde la salida del huevo hasta el final conocido: el despedazamiento, por parte de los semejantes más cercanos, de los cuerpos envejecidos. Compartí sus discrepancias, luché sus luchas, comprendí sus creencias, transmitidas de generación en generación a través de roces complejos y delicados como el balanceo de un pétalo de rosa sobre una telaraña, pero también escabrosos, perversos, sádicos como una orgía libertina: sus divinidades de decenas de miles de patas que vibraban continuamente en santuarios de azufre y nitrato, sus santos bañados en una sustancia desconocida llamada luz, sus mártires hendidos de arriba abajo, con sus gigantescas overas expuestas a la vista, como unas alas colmadas de huevos transparentes.

Empecé mi misión partiendo de mi insignificante galería, desde el margen de la ciudad de pasillos entrecruzados, y atravesando varios distritos atestados de una muchedumbre insignificante, hormigueante, cuya ignorancia me provocó una

profunda piedad. Pronuncié mis prédicas, apretujado por los ácaros, en una plaza muy amplia de la que salían tres enormes galerías que conducían hacia el interior, hacia donde la leyenda decía que te encontrabas con la sangre. Utilicé la lengua *sqwiwhtl*, cuyos fonemas son oleadas del propio vientre sutilmente rimadas, transmitidas gracias al contacto con otros vientres y, de esa misma forma, hacia los bordes de la muchedumbre que te rodeaba. Utilicé también la lengua *haaslaaslaah*, que habla con campos magnéticos como si fueran unas arpas mágicas, a través de las cuales no se expresan conceptos, sino dolores, desde el dolor de la amputación de una pata hasta el del abandono de la fe. Y utilicé el elevado lenguaje de las flatulencias y los eructos, adecuado para la manipulación de las multitudes en el ágora y que guarda cierto parecido con el lenguaje peludo de los proxenetas y los sofistas. Me resultó difícil hablarles del mundo exterior, porque la estirpe de los sarcoptos no tiene la intuición de un «exterior». Lo sustituí por la imagen de una galería lejana, habitada por sarcoptos gigantescos. Fracasé al explicarles su adhesión a una bóveda hialina llamada «espacio lógico». No supe transmitirles el amor infinito que siente por ellos el que les dio vida, su cuidado y preocupación, inclinado siempre sobre su mundo. Les insuflé sin embargo una añoranza que hasta entonces no habían sentido, una melancolía por algo imposible de imaginar, absurdo y opuesto a todas sus creencias anteriores, una necesidad de partir, de abandonar su metrópolis en busca de otra, de una dimensión distinta, para poder encontrarse con su fantástico creador. A este, a pesar de todos mis esfuerzos, no pudieron imaginarlo sino como un ácaro infinitamente perezoso e indescriptiblemente triste, envuelto en aromas barroco-fétidos, en los que lo pútrido y el sándalo, el formol y la adelfa, la canela y el ácido sulfhídrico, así como los inconcebibles para nosotros olores de ojos, de cielo, de araña, de grito, de hambre, de garra, de bronce, de dios, de cerca, de también, de tampoco, de probablemente se entrelazaban para tejerle una clámide metafísica de una grandeza ilimitada.

Luego hice milagros, pues mi espíritu humano, englobado en la gota de bagazo y grasa de mi nuevo cuerpo, irradiaba un campo gnóstico que cerraba sus heridas y sanaba el asma. En el lapso de tiempo que se me permitió permanecer en medio de ese pueblo minúsculo les comuniqué la buena nueva de que no están solos en el mundo, enterrados en su patria efímera y sin destino, de que un poder elevado e invisible vela por ellos, porque ninguno de los pelos sensoriales de su carcasa grasienta se agita sin que él lo sepa, de que cada uno de ellos es precioso y no va a morir. Para mi desconsuelo, sin embargo, vi cómo todo era tergiversado, es decir, retraducido, pero no de una lengua a otra, sino de un mundo a otro, de tal manera que el amor se transformaba en *yivringzw* y la fe se transformaba en *sumnmnmao* y Dios se transformaba en Ialdabaoth y la vida y la muerte y el sueño y el crimen se transformaban en símbolos para cuya interpretación no serían suficientes un millar de vidas. Al final sentí miedo. Eso al menos sí pudieron comprenderlo, porque el miedo es común al rosario de mundos como lo es el hilo en el que se ensartan las perlas del

collar.

Les comuniqué a unos pocos que me habían acompañado desde el principio que partiría enseguida. Les prometí que volvería, aunque sabía que el miedo sería todavía mayor. Profeticé el martirio al que me someterían en aquel mundo ridículo que se permitía no obstante el lujo del sufrimiento. Luego fui capturado y, con la falta de imaginación propia de los mundos en los que el espíritu habita en la carne, me arrancaron la carne para dañar el espíritu. Y mi carne miserable, asquerosa, supurante, de sarcopto me dolió mucho más de lo que podré expresar jamás. Sentía a mi alrededor el hedor de cientos y cientos de semejantes, y ese hedor era implacable.

Mi martirio tuvo lugar en una de las plazas más grandes de la ciudad. Docenas de alcantarillas partían de ella y se alejaban hacia la piel gruesa y estratificada del dios desconocido. Allí, en el centro, me arrancaron y devoraron mis ocho patas, luego desmantelaron mi cuerpo. Esperaba, en medio de un sufrimiento atroz, desengañado y desesperanzado, que me sacaran de allí, que se abrieran los cielos y se oyera la voz atronadora del Ser vivo y lejano. Pero finalmente no sucedió nada. Desaparecí devorado por aquellos a los que quise sacar del letargo, sacar de su mundo —como si pudieran sobrevivir, con su cuerpo grotesco, en nuestro mundo— y abrirles la puerta de la celda para revelarles una celda mucho más vasta.

Y luego me encontré de nuevo en mi cuerpo en el interior del cilindro, donde me había esperado, insensible e inútil como un trozo de carne, unas pocas horas, y no años, lo poco que había vivido en las laberínticas galerías. Volví a penetrar con dificultad en mi cerebro, en mi corazón, en mis intestinos, en mi hígado, en mi escroto, en mis miembros, como cuando te pones por la mañana la ropa que te espera en el respaldo de la silla. El cilindro descendió y me derrumbé en el suelo, de donde no pude levantarme en un buen rato. Solo me arrastré sobre la tripa, utilizando los brazos y las piernas como si fueran remos. Entonces Palamar me levantó y me sujetó, agarrándome por los hombros, para que no volviera a caer. Estábamos cara a cara, temblábamos los dos como si él también hubiera bajado hasta allí, como si también él hubiera vivido el drama terrible que acababa de sucederme. Tenía los ojos anegados en lágrimas, pero sobre todo llenos de una enorme pregunta, tal vez la pregunta más grande que nuestro ganglio cerebral puede llegar jamás a formular.

A la cual, con un gesto casi imperceptible, respondí que no.

Capítulo 46

NUESTRA niña también se llamará Irina. Nos pusimos de acuerdo con la mirada, tan tranquilos y sonrientes como si pudiéramos ver el futuro con la misma claridad con que veíamos el pasado. Sí, divisábamos una línea de futuro, formada por miles y miles de líneas individuales que bailan en torno a este centro de todos y de nadie. Lo que ha sido volverá a ser, nos decimos. El sol también saldrá mañana porque ha salido desde que tenemos conciencia, y nuestros antepasados dejaron testimonio de que también en su época salía todos los días. Los hombres han nacido, han vivido, han procreado y han muerto. La duración de su vida ha sido de setenta años y la de los más fuertes, de ochenta. Así seguirá siendo de ahora en adelante el tiempo que perdure la Tierra. Todos vislumbramos este futuro entretejido con millones de ejemplos, reforzado por millones de líneas fantasmales. Es como si tuviéramos ante nuestros propios ojos un puente sobre un río, pero solo porque estaba ahí también ayer, y en el pasado, y hace varias décadas. Así que caminamos sobre el río con la certeza de tener suelo firme debajo de los pies.

Me he preguntado muchas veces cómo es la fe sin fisuras, esa fe capaz de mover montañas, esa que todo lo sabe y todo lo puede. Cómo es posible que, cuando rezas por algo, tengas la plena certeza de haberlo recibido. De hecho, la oración y la certeza son lo mismo, significan la capacidad de atisbar el futuro, el verdadero, y no solo el imaginado a partir del eterno retorno del pasado. Nadie reza para que el sol vuelva a salir mañana. A través de la fe contemplamos el futuro y lo habitamos. Y contamos con la capacidad de la fe porque pertenecemos al futuro, de tal manera que solo podemos ser salvados si lo hemos sido ya, si vivimos ya en una tierra nueva bajo un cielo nuevo. Observamos el paraíso solo si somos ya sus habitantes, de lo contrario no se nos concedería esa capacidad de verlo que es la fe sin fisuras. Nadie será salvado si no está ya salvado desde el comienzo de los tiempos, no en nuestra efímera presencia en este mundo, sino en nuestro verdadero ser desplegado en la cuarta dimensión.

Vemos el futuro como un présbite que distingue tan solo las líneas gruesas, los patrones y los clichés, pero cuyo cristalino rígido no puede percibir las líneas finas, los desvíos de la monotonía de la eterna repetición. Todos los planos pueden modificarse de un día a otro. La certeza se ve siempre mellada por el brillo de la moneda lanzada al aire en nuestro universo estocástico. La moneda proyectada hacia arriba, fantasmal globo de diente de león que sube silbando hacia el techo, cae sobre la cara o sobre la cruz, imprevisible, y solo tras un número muy elevado de lanzamientos la línea entre las dos partes estabiliza, como la aguja de una balanza, con gran precisión, entre los dos platos. Pero a pesar de esta igualdad probabilística,

nadie puede predecir de qué parte caerá la moneda la próxima vez.

No podemos saberlo porque habitamos el mismo mundo que la moneda. No podemos adivinar el futuro porque él forma parte de nuestro mundo, porque está unido sin fisuras al presente y al pasado, configura con ellos el mismo bloque, el mismo mundo monolítico, inmóvil en su enigma. Si viviéramos en dos dimensiones, no podríamos pasar jamás de una simple línea trazada ante nosotros. No podríamos ver jamás algo situado en un cuadrado. Para poder distinguir lo que contiene el dibujo, incluso a nosotros mismos, deberíamos poder contemplarlo desde arriba, desde la tercera dimensión. Esa dimensión de más es la perspectiva necesaria que trae el conocimiento pleno. El que esté en la cuarta dimensión sabrá siempre de qué lado caerá la moneda en nuestro mundo y conocerá su futuro por completo tan bien como el pasado. La transformación de nuestro mundo será para él una simple dimensión espacial. Para él, yo, que estoy situado en una dimensión inferior, apareceré como un ser alargado que empieza con mi nacimiento y termina con la muerte, tal y como, aquí, empezamos por las plantas de los pies y terminamos en la coronilla de la cabeza. Para él, mi cuerpo, los objetos que me rodean y todas las demás presencias de este mundo serán transparentes. Podrá contemplar mi cuerpo y decirme en cualquier momento qué enfermedad padezco e incluso. Podrá extraer todos los objetos valiosos encerrados en cajas de caudales inexpugnables, y entrar en habitaciones de puertas cerradas con cerrojos. Me podrá resucitar de entre los muertos, porque él verá en el futuro que seré resucitado de entre los muertos por él. Para él, mi mundo será eternamente inmóvil, sin libertad de movimiento ni conciencia, sin libre albedrío, la más inhumana de las mazmorras imaginadas por un diablo sádico y perverso. Me verá confinado en el grano de ámbar de mi destino, encerrado en mi propia estatua, una mente viva en un cuerpo eternamente paralizado, como esos seres bloqueados en una fotografía o en una película en la que, por mucho que la veas, no pasa nada nuevo, nunca. Es el mundo aterrador del que debes escapar, la tumba en la que te pudres vivo, la crisálida que tienes que romper para convertirte en mariposa.

Para que esto pueda suceder, tiene que aparecer una fisura en alguna parte del bloque de ámbar que te atenaza. Un defecto en la máquina de predicciones estadísticas. La moneda cae casi la mitad de las veces por un lado y la otra mitad por el otro. Pero no es un disco con dos caras, sino un cilindro muy plano, que esconde entre sus dos caras otra dimensión, el grosor, muy pequeño, pero no del todo desdeñable. Cada varios miles o decenas de miles de lanzamientos, la moneda cae sobre el canto, incluso sobre una superficie uniforme, de mármol uniforme. Permanece ahí, de pie, tras girar y oscilar un rato tintineando sobre la superficie suave, luchando contra todos los demonios de la estadística. A veces, muy raramente, sale indemne de la lucha contra el ángel. Todas nuestras esperanzas se aferran a esa imposibilidad, a esa fisura en el esmalte, por lo demás uniforme e implacable, del mundo. Siempre que arrojamos la moneda, albergamos la esperanza de que caiga de canto. Irina y todos los demás niños que vienen a este mundo por amor y por

casualidad son una caída sobre el canto de la moneda cruel y ciega, de la imposibilidad transformada en realidad, es decir, milagros que demuestran que la huida es posible. Incrustada en el grano de ámbar de la Irina mayor, la Irina pequeña ya está ahí, devora por dentro a su madre como una larva de icneumónida y, dentro de seis meses, saldrá triunfante al mundo, frágil y suave, con unos ojos brillantes, dejando a la Irina mayor atrás como la piel mudada de una serpiente. Esta es la historia del género humano: mujeres saliendo de mujeres saliendo de mujeres saliendo de mujeres, en una cadena de explosiones de vida y belleza, pero también de crueldad sin límites. Es una serie ininterrumpida de diosas de dos rostros, uno de niña que mira al futuro, y otro de vieja, una máscara trágica, ensangrentada por la ruptura del nacimiento, que intenta adivinar en las manchas de nuestro aleatorio pasado.

Siempre que pienso en todo esto, levitando, en la canícula del verano, sobre las sábanas arrugadas de la cama y rodeado, como si me hubiera devorado un tiburón enorme, por los dientecillos de leche de mis encías infantiles, que circundan ahora mi cuerpo como piedritas de yeso brillante, pienso con malicia en el otro, en el autor de novelas, de libros de versos, de ensayos, quién sabe de qué más, desgajado de mí aquel lejano otoño del Cenáculo de la Luna, separado de mí como un siamés, a través de una operación agresiva, traumatizante y mutiladora. Lo veo, lo conozco, lo siento en la otra cara de la moneda, lo oigo a través del metal frío, grabado con una cabeza por un lado y un águila por el otro. Intento transmitirle con unos martilleos rimados el plan de huida. Pero él es sordo, ciego y obtuso, arrastrado como está por la maldita necesidad de gloria. Con él solo puedes hablar de festivales, giras, tiradas, autógrafos, entrevistas. Se conforma con las falsas huidas que promete a sus lectores, con sus falsas puertas pintadas ilusoriamente en las gruesas paredes del museo de la literatura. Es el profesional que domina sus recursos, el virtuoso de Moscú que le muestra al ajado, alcohólico y vanidoso Efimov cómo es el arte verdadero. Que eleva, gracias a los sonidos de su violín, grandiosos portales pintados en las paredes de la mente, incomparables con las rarezas del músico perdido en su provincia. Solo que por las puertas feas y atormentadas dibujadas por Efimov se puede salir. Y entonces tiene lugar el milagro verdadero. No el de la belleza perfecta que permanece en el plano de la pared, engañando al ojo ingenuo de nuestra mente, sino el de la apertura de la puerta, el de la fractura del muro, el de la salida del museo a pesar del riesgo de salir por ello incluso de la literatura.

Solo el eterno Efimov, el eterno diletante, puede decir algo en el triste mundo de nuestra impostura. Solo ese que, lejos del rugido de las aguas de la gloria, llena cuadernos con las rarezas y las anomalías del animal blando que vive en el interior de la concha, escribiendo solo para él, solo para entender su situación, fuera de las reglas y de las costumbres del arte, fuera del gran mausoleo. Solo el aficionado que ni siquiera sabe qué va a hacer con su manuscrito, que ni siquiera sabe si este existe en realidad (cuántas veces habré soñado con gruesos cuadernos, llenos de historias, escritos por mí tal vez en otros sueños, cuántas veces habré pasado sus páginas

entusiastas para que al día siguiente todo se vuelva ceniza…), solo el despreciado obrero, huraño y taciturno, que deja a su paso miles de páginas, fantásticamente ilustradas con niñas, dragones, mariposas y matanzas, el tornero que escribe un diario, describiendo con meticulosidad cómo desempeña su trabajo en la fábrica, cómo usa los preservativos, qué come y cómo defeca, la peluquera que describe en páginas compulsivas los terribles dolores del tratamiento de fertilidad, el alumno con hebefrenia que escribe la redacción más larga del mundo sobre sus vacaciones de verano, mezclando piratas y extraterrestres, todos estos locos, a veces analfabetos, incultos casi siempre, hacen arte con remiendos, desechos y fruslerías… Solo ellos conocen el secreto mejor guardado de cualquier arte: la batalla del ciego y la huida del cojo, fuera de las cuales todo es rito estéril y fariseísmo. Sus libros están destinados al fuego y al olvido. Está bien así, esa es la verdad. Cada uno de nosotros tiene que salvar de la casa en llamas, en un determinado momento, ya sea la obra de arte, ya sea al niño. Con uno solo de estos objetos debemos presentarnos en el Juicio, y esa es la única manera en la que seremos juzgados. El profesional sacará siempre del fuego la obra de arte. Esa que acaba de escribir, de pintar, de componer. El diletante sacará al niño, dejando que se queme su propio texto, junto con su cuerpo y su mente.

Así pues, la llamaremos también Irina, y será rubia, de ojos azules, como su madre. Ahora, con más de seis meses, está bien formada en su vientre, pesada y compacta como un canto de río. El embarazo es ya muy evidente e Irina no hace nada por ocultarlo. Los chismorreos de la sala de profesores están, naturalmente, en plena efervescencia y, como nadie sospecha de mí, los suelen compartir conmigo. Nosotros tan solo callamos, callamos juntos, como un grupo estatuario de cuya unidad solo ella y yo somos conscientes. Ya no estamos el uno junto al otro como solíamos estar antes, no permitimos, por ejemplo, que nos vean junto a la ventana, contemplando distraídos el vasto y melancólico paisaje industrial del final de Colentina. En cuanto entramos en la sala, dejamos los cuadernos sobre la mesa y nos sumergimos, cada uno con su grupo, en el chismorreo cotidiano, sin pies ni cabeza, en el que participan también los personajes búlgaros de los cuadros alineados en las paredes. Los profesores entran y salen, como en un escenario polvoriento, provinciano, donde se representa un espectáculo grotesco. La Química, la Historia, las Matemáticas, el Dibujo, la Música, la Biología, con la ropa raída, siempre con los mismos gestos, con las mismas palabras sobre las mismas series de televisión del sábado por la tarde y el domingo por la mañana. Sobre la comida cada vez más difícil de conseguir. Sobre los chavales que se pasan más de la mitad del tiempo en la antigua fábrica. Todos han vuelto a la escuela en septiembre con la sensación de que es su último año en la enseñanza, tal vez el último año de su vida y del mundo. Todos sienten que es demasiado, demasiado triste, demasiado irrespirable como para que todo esto pueda continuar.

Incluso la escuela se ha deteriorado durante el verano. Nadie ha encalado sus

paredes, nadie ha limpiado los pupitres y la tarima como en años anteriores. Si la miras desde la calle, se te llenan los ojos de lágrimas: bajo el cielo severo y alto, entre los árboles que empiezan a cambiar de color, la escuela parece torcida, ladeada, el viento arranca trozos de revoque y los desperdiga por las aceras. Faltan algunas tejas y, arriba del todo, en las chimeneas que quedan de cuando la escuela se caldeaba con leña, han anidado unos pájaros de una especie desconocida. El edificio nuevo, en la parte trasera, está sumergido en la sombra y recuerda más que nunca a una prisión. Al contemplar ese edificio que ha devorado ya más de nueve años de mi vida, me siento torpe y desdichado como un crío en su primer día de escuela, cuando ya sabe que lo mejor de su vida ha acabado. Permanece ahora frente al siniestro matadero, con la columna torcida por una cartera tan pesada como el plomo. Ante una escuela en ruinas estás siempre solo, más solo que si fueras el último hombre que queda sobre la faz de la tierra.

La luz fría de septiembre ha traído a Irina un par de veces hasta mi casa. La primera vez para dejarme dos libros de Krishnamurti, encontrados vete a saber dónde y que ella además sabe muy bien que no voy a leer. Levitamos desnudos aquella tarde, flotando en el oro delicado, fresco, que llegaba desde la ventana, así que pude contemplar con placidez su vientre redondo, con el ombligo prominente, la semiesfera de piel delicada debajo de la cual, acurrucada como un hada en una campana, dormía nuestra niña. Besé aquel vientre que brillaba como un cabello fino, luego junté las manos sobre él como bendiciéndolo. Hicimos el amor con una ternura especial, como puedes hacerlo solo con una mujer embarazada, girando y acunándonos en la invisible, elástica, mágica superficie magnética sobre las sábanas almidonadas y luminosas.

La segunda vez fue anoche, cuando llegó, agitada y sonriente, para traerme «una pizca de esperanza», como me anunció ya en el vestíbulo. No me encontraba en el estado de ánimo más propicio para recibirla. Estaba escribiendo precisamente en el diario que los dioses del sueño me han abandonado… Desde hace meses, solo distingo por la noche una maraña de rostros, brazos y gestos, bañada en una luz sepia, sumida en la ausencia paralizante del enigma.

—¡Mira lo que me he encontrado, qué historia tan maravillosa! ¿Recuerdas ese fragmento de Herodoto, el del rey Jerjes, ese que los piquetistas repartieron, el de la hoja de Virgil?

—Por supuesto, ese en el que el rey contempla, desde el trono de piedra situado a una cierta altura, las tropas que cruzan el Helesponto.

—Y antes disfruta del paisaje militar, pero luego se echa a llorar porque se da cuenta de repente de que todos esos innumerables guerreros, al igual que él mismo, estarán muertos al cabo de cien años. Y que la vida del hombre, sí, incluso la de un gran rey, es una serie infinita de desgracias, sufrimientos y esfuerzos. Toda la historia de la humanidad, desde sus *Historias*, parece resumirse aquí, en la imagen del rey llorando. Y sin embargo también en Herodoto he encontrado una lucecita, una pizca

de esperanza, la página más graciosa que se pueda imaginar. De hecho, no la he hallado directamente en su libro, sino en una nota a pie de página en el fragmento del bebé de Helena Blavatsky, ya sabes, en *La doctrina secreta*, donde habla sobre la fundación de Corinto. Allí menciona a un chavalillo, Cyspelus, hijo de Aetion y de Labda (he apuntado sus nombres en el reverso de la hoja), sobre el cual había profetizado el oráculo que se convertiría en rey. Como en los cuentos y en las Escrituras, el rey que gobernaba por aquel entonces envió a sus soldados en busca del niño para que lo mataran. Una historia previsible y aburrida, pero mira qué preciosidad de texto… Perdona mi caligrafía de farmacéutica.

Abrí la hoja y leímos los dos juntos, como un par de siameses unidos tan solos por los globos oculares:

«Así pues, en cuanto su mujer dio a luz, enviaron a diez de los suyos a la ciudad donde habitaba Aetion, con la orden de matar al niño. Los hombres llegaron a Petra y se dirigieron a casa de Aetion, y una vez allí preguntaron si podían ver al niño. Y Labda, que nada sabía de sus intenciones y que creía que su petición se debía solo a la amistad con su marido, les llevó al niño y lo depositó en manos de uno de ellos. Estos habían decidido por el camino que aquel que recibiera el niño lo estamparía de inmediato contra el suelo. Sucedió entonces, gracias a una suerte providencial, que el bebé, en cuanto Labda lo colocó en los brazos del hombre, sonrió. Al ver esa sonrisa, la compasión invadió al hombre, que fue incapaz de matarlo. En consecuencia, se lo pasó al siguiente, que se lo pasó al tercero y así pasó por manos de los diez hombres sin que ninguno se decidiera a matarlo. La madre acabó cogiendo de nuevo al niño y todos ellos abandonaron la casa y se quedaron en la puerta, acusándose mutuamente y echando la culpa a los demás».

—¿Qué te parece? Piensa en los guerreros de entonces: unos bárbaros, unas máquinas de matar. No creo que seamos capaces de imaginar hoy en día la crueldad y la saña que mostraban en las guerras. Cualquiera de esos diez había descuartizado hombres, había sacado ojos y había amputado manos antes de aquello. Cuanta más indiferencia mostraran ante el sufrimiento humano y ante su propio sufrimiento mejor considerados estaban entre el ejército. Por otra parte, estaban obligados a obedecer escrupulosamente las órdenes de sus superiores. Para ellos era una broma arrojar a un bebé al suelo delante de su madre. Pero el niño sonrió. «Le» sonrió a cada uno de ellos. Y los viejos verdugos se derritieron de lástima y de felicidad, y sus manos venosas, de estranguladores, se volvieron débiles e impotentes.

—Así es, no fue el niño el que los ablandó, sino su sonrisa. La sonrisa del niño los ablandó…

—Dejémoslo aquí —me dijo Irina, sellándome los labios con el dedo—. Todo lo que podamos añadir estropea la belleza de la historia. Es preciosa, y no como un relato, sino como una nube o una flor…

Se echó entonces a llorar. Estuvo un buen rato llorando, desconsolada, entre mis brazos. Pasó la noche en mi casa y se marchó al alba, algo que no había hecho nunca

antes aunque llevamos varios años juntos. La contemplé mientras soñaba: temblaba y se agitaba como alguien que estuviera firmemente atado, con cuerdas de seda, de tal manera que solo pudiera mover los dedos, los labios, los párpados. Cuando se fue me hice un café y releí, en un otoño como de agua helada, la historia de Herodoto, que ha llegado hasta nosotros después de miles de años. Un niño muerto hace mucho, una madre muerta hace mucho, soldados muertos hace mucho tiempo, como si no hubieran vivido jamás. Pero una sonrisa inmortal se elevaba como un arcoíris sobre el mundo, volviéndolo transparente, dándole sentido y entidad más allá del tiempo, sustancia, vida, sufrimiento y otras ilusiones.

Ante los dioses implacables de la muerte y de la destrucción, el niño sonrió. De forma tan milagrosa y contra-intuitiva como oponemos nosotros a la materia bruta nuestra improbable conciencia. Porque la sonrisa es una disposición especial de la materia, una arruga de nuestra boca, así como la conciencia es una posición especial de las sinapsis de nuestro cerebro. Todos somos una sonrisa del vacío y de la noche, una arruga de los aterradores, silenciosos espacios pascalianos. Somos una forma imposible del mundo aleatorio e infinito, somos la caída de canto de una moneda con un grosor tan fino que se corta a sí misma billones de veces por segundo. Esta autodestrucción continua es nuestra patética naturaleza. Solo Simmias tenía razón en la gran disputa de la inmortalidad. Él denominaba al espíritu armonía, imposible en ausencia de la lira, pues brotaba de la combinación especial, única, de sus partes: los cuernos de marfil y las cuerdas de tripa de oveja, afinadas con una finura que desafiará siempre al aullido monstruoso de la materia. Somos cuerdas envueltas en cuerdas envueltas en cuerdas, estratos sobre estratos de arrugas del espacio y del tiempo y de las energías, de la sonrisa de los quarks imposibles de separar entre sí hasta la de los bosones y los fermiones, de la sonrisa atómica a la molecular, con sus contorsiones tridimensionales, de la sonrisa de la materia viva ultra-hiper-superorganizada, una inflorescencia que se abre desafiando las leyes de la probabilidad y de la termodinámica, hasta la inmensa y victoriosa sonrisa de nuestro propio conocimiento. Una holarquía de sonrisas, milagros e imposibilidades que llevó al niño que todos hemos sido, pasado de mano en mano por los ángeles de la destrucción, a sobrevivir, sin embargo, gracias a la sonrisa, a la prolongada serie de horrores que es nuestra vida en este mundo. La conciencia humana («ese solo objeto nobleza de la Nada») es sonrisa, sonrisa providencial. Su muerte es el crimen absoluto, eso que no puede ser aceptado y, menos aún, perdonado. Eso contra lo cual tienes que gritar con todas tus fuerzas: «¡Ah, grita, grita contra la extinción de los soles!».

Capítulo 47

NO he escrito nada aquí desde hace más de dos meses, y durante todo este tiempo lo único que he hecho es ahondar el surco entre la casa y la escuela que mis pasos llevan trazando casi una década. Una zanja en la que ahora desaparezco por completo. Y no me preocupan las clases, de hecho no me preocupa en absoluto. No hago, a lo largo de todo el día, otra cosa que fantasear con la que está todavía acurrucada en la barriga de Irina, esa que hace ya varios días se colocó boca abajo, lista para descender por el canal a través del cual, en otro momento, nadaron mis espermatozoides río arriba, como las truchas, en busca de la novia del mundo que venía —un globo abrasador— a su encuentro. Me la he imaginado una y otra vez como a una niña de cabellos dorados, con el cuerpo relleno de una sustancia densa como la miel, con los ojos brillantes, sujetando una rosa entre los dedos, como si hubiera nacido con ella, como si formara parte de su cuerpo. Ayer revolví toda la biblioteca para encontrar la hoja (ahora la tengo ante mí, quebradiza y deteriorada) en la que garabateé unas líneas en otro tiempo, sin comprender su significado pero convencido de que eran importantes. Cuando la perdí en un cuaderno de exámenes, salí corriendo hasta el final del barrio, hasta la casa de los Bazavan, para recuperarla. Una vez en mi casa, la guardé en un libro, pero ¿en cuál? Durante un día entero los saqué uno a uno, asfixiándome por el polvo, hasta encontrarla en el libro que menos me esperaba, un ejemplar andrajoso, casi putrefacto, devorado por minúsculos insectos traslúcidos, de *Hebdomeros*:

> Cuando sueño, una niña salta de la cama, se dirige a la ventana y, con el rostro pegado al cristal, contempla cómo se pone el sol sobre las casas rosas y ocres. Vuelve la cara hacia el dormitorio, rojo como la sangre, y se acurruca debajo de la sábana húmeda.
>
> Algo, cuando sueño, se acerca a mi cuerpo paralizado, coge mi cabeza entre sus manos y la muerde como si fuera un fruto traslúcido. Abro los ojos, pero no me atrevo a moverme. Salto bruscamente de la cama y me dirijo a la ventana. El cielo es solo estrellas.
>
> Sí, lo he recordado de nuevo con el mismo asco, con el mismo vértigo de entonces. En la infancia me educaron como a una niña de trenzas largas y suaves, que mi madre solo cortó cuando cumplí cuatro años. Las conservo desde entonces en una bolsa de papel, amarilleada hoy en día por el paso del tiempo. En algún momento crucé, pero no sé de qué manera, a la otra vertiente del sexo y de la humanidad. En algún lugar de mi palacio interior de mármol helado, tal vez en su habitación prohibida, vivía aún la pequeña prisionera, famélica y sucia, con el vestido hecho harapos, con los labios

cosidos, con una mirada enloquecida en sus ojos negros, mis propios ojos. Oía por las noches sus golpes desesperados con los puños contra el muro frío que nos separaba, golpes que yo transformaba en cruces, estrellas, ruedas dentadas y otros símbolos que revelaban, poco a poco, el gran plan de fuga. Para mi hermana cautiva (o para mi hija, tal vez) he escrito toda la noche pasada, en el diario, una especie de relato que he terminado justo al alba, después de tomar la decisión de no ir a la escuela. Luego he dormido casi hasta el mediodía. Lo transcribo aquí sin orgullo, solo porque sé que este es su verdadero lugar:

En otra época, en un mundo incomprensible y asfixiante, una mujer se quedó embarazada. Como no fue un hombre, sino una especie de presentimiento lo que la había ensombrecido, ella supo desde el primer instante que el fruto de su vientre sería una niña. La propia mujer había vivido en un ser parecido; y ahora era ella la habitada. De los cuatrocientos óvulos trasparentes que portaba, como un insecto, en el vientre, uno se había desarrollado hasta ocupar su tripa como un enorme grano de uva.

Cuando nació la niña, en el hospital de un barrio de las afueras, su madre les dijo a los médicos que esperaran, pues sentía algo más en el vientre. Y, ante su mirada atónita, dio a luz a un saquito de piel nacarada como la vejiga de un pez pero del tamaño de un niño. En su piel suave había unos signos borrosos, pintarrajeados con un plumín. Los doctores sajaron el saquito con un escalpelo reluciente y lo extendieron sobre la mesa de partos, junto a la madre extenuada. Ante ellos se mostró un panorama increíble. En el interior había, cuidadosamente dispuestos en bolsillitos, unos órganos calientes y vivos. Dedos, dientecitos, un ojo de mirada castaña, algunos huesitos, unos tubos blandos, un riñón… Y, en tres bolsillos más grandes, de la misma piel de reflejos rosados, tres corazones latían perezosos: uno de cristal, uno de hierro y uno de plomo. «Es la primera criatura que ha venido a este mundo acompañada de piezas de recambio», dijo uno de los doctores, y se tranquilizó al instante. De hecho, eso era lo natural, añadió sonriente. No había que ser médico para entender que uno de los errores más graves de la trama divina era permitir que el delicado cuerpo humano se consumiera a lo largo de la vida sin que sus graciosos detalles, entrelazados en un complicado mecanismo blando, pudieran regenerarse. «Tal vez de ahora en adelante todos los niños nazcan así de ahora», pensó el médico lleno de esperanza. Pero ni hasta entonces ni desde entonces ha nacido otra criatura así dotada.

La niña creció en las afueras de la ciudad, en el patio de una casa de paredes blancas. No tenía corazón. En el único árbol del jardín, un peral cargado de peras jugosas, su madre le hizo un columpio. La niña prefería, sin embargo, martirizar a los bichitos de la hierba y de la tierra. No miraba a nadie a los ojos. Hablaba solo cuando estaba sola. Pasaba horas muertas con la cara pegada a la verja de hierro forjado, contemplando cómo el óxido

avanzaba lentamente por el metal mojado por la lluvia.

Desesperada, su madre recordó los corazones de la bolsita de piel. Una tarde, mientras la niña dormía la siesta boca arriba, como de costumbre, en la habitacioncita repleta de juguetes inútiles, la mujer se acercó a ella y le desabrochó los dos botones de piel, como dos ombligos pequeños, que tenía bajo el pecho izquierdo. Se abrió una puertita orgánica y un hueco ovalado un espacio ovalado, con un forro rojo-violeta, apareció detrás de las costillas. La madre colocó allí, con infinito cuidado, el corazón de cristal caliente y suave.

La niña se despertó inundada de una felicidad que nunca había conocido hasta entonces. Su piel y su cabello brillaban, los ojos se habían vuelto vivarachos y curiosos. Vio por primera vez las muñecas que atestaban la habitación. Vio también por primera vez a su madre, la más grande de las muñecas, y la abrazó con todas sus fuerzas. Salió a la calle y, de repente, el cielo azul, lleno de nubes de verano, y las flores ciclópeas la abrumaron. Sintió el aroma de la savia, tocó los terrones de tierra. Abrió por primera vez el portón de la casa y vio el camino que llevaba hasta los escalones de la escuela del barrio.

Años después, fue a la escuela, miró a sus compañeros a través del arcoíris de la regla de plástico. Sintió en la boca el gusto amargo de la tinta. Dibujó letras de tiza sobre la pizarra de cristal negro, que chirriaba terriblemente. En el recreo se comía un bocadillo y unos racimos de uvas, luego correteaba con el resto de sus compañeros, entusiasmada, por el patio en el que había unas melancólicas canastas de baloncesto.

Crecía, su cuerpo de niña se iba transformando sutilmente. Por las tardes, después de hacer los deberes, se encerraba en su habitación y comenzaba su extraño ritual. Sacaba de la caja frigorífica situada en la cabecera de la cama, dentro del arcón donde deberían estar los edredones y las sábanas, el antiguo saquito con los órganos de recambio y se los colocaba los huecos del cuerpo creados a tal efecto. Era, sucesivamente, la chica de siete dedos en cada mano, la chica con un ojo en la frente, la chica con las orejas en los tobillos, la chica con labios en el vientre. Se miraba al espejo divertida, como si se estuviera probando el vestido o los zapatos de tacón de su madre.

De esta manera llegó a cambiar también los corazones. Se puso primero el de hierro y, en su pecho, el hierro enrojeció como si lo forjaran. Quemaba, la desconcertaba, la hacía languidecer por algo desconocido, indeseado y, sin embargo, necesario como el aire, algo sin lo cual se ahogaba. Se arrancó de inmediato ese corazón cruel y destructor, decidida a no volver a probárselo jamás. Luego se probó el corazón de plomo, que se transformó en su pecho en una bolsa de líquido espeso y negro, con sombríos reflejos índigo. La invadieron una tristeza y un desgarro increíbles, una melancolía oscura, sin horizonte y sin futuro. Nada existía realmente, el mundo era absurdo, estaba

envuelto en el infinito de la noche y del olvido. Ojalá no hubieras nacido, ojalá te mueras cuanto antes. Era insoportable. La chica se quitó con sus últimas fuerzas el nuevo corazón y decidió dejarlo para siempre en el saquito de los bolsillos orgánicos. Solo el corazón de cristal era verdadero. Ese era el que iba a sentir siempre en el pecho.

Pero los corazones de recambio no duraban infinitamente. En otoño, cuando los castaños del patio del instituto se inclinaban bajo un cielo tormentoso, la chica sintió cómo la luz del corazón de cristal palidecía. Su latido se apagaba de día en día. Cuando lo sostenía entre las manos, ante el espejo, la chica veía claramente cómo una especie de salitre, una especie de yeso, empañaba el brillo de otros tiempos, como cuando las perlas envejecen en los joyeros. Finalmente, su corazón de cristal se volvió quebradizo y mate.

Puesto que cualquier cosa era mejor que lo inhumano de una vida sin corazón, la chica empezó a utilizar el corazón de hierro incandescente. Vivió con su nuevo corazón los años de la adolescencia y de la juventud. Se enamoró y sufrió muchísimo por amor. Se casó, tuvo hijos, luego se divorció. Volvió a casarse. La felicidad y la infelicidad se sucedían rápidamente con este corazón inquieto, arrastradas ambas hasta el umbral a partir del cual se convertían en un dolor insoportable. Cuando se hizo mujer, la niña de otra época dio a luz a su vez a dos niños y los crío hasta que, adultos, también ellos la abandonaron. Una vida confusa la arrastraba corriente abajo, sin una brizna de hierba a la que aferrarse.

Después de que su segundo hijo se casara, la incandescencia del corazón empezó a apagarse poco a poco. El metal llevaba años enfriándose, pero ahora se había convertido en un bloque de hielo pesado y oscuro dentro del pecho, bajo su seno izquierdo. Cuando contempló el corazón en el espejo, la mujer lo vio cubierto de ceniza. No se atrevió a levantar los ojos para descubrir un rostro devastado por el paso del tiempo. Resignada, supo que lo único que le quedaba era el temido corazón de plomo.

La mujer volvió a la casa de su infancia. El corazón de plomo colgaba pesadamente en el hueco del pecho. Difundía por su cuerpo una luz negra, la de la extinción y la desesperación. La mujer se tumbó en la antigua cama de su madre, para esperar su final. Las imágenes de la infancia y luego de la adolescencia relampagueaban en su mente. Vivió varios años en la más absoluta soledad, en un aire rancio que olía a medicamentos. Raras veces se levantaba de la cama para contemplar en el espejo el corazón que sostenía en las manos. Un anochecer en el que se sintió más abandonada y más infeliz que nunca, la mujer se arrancó el corazón, decidida a hacerlo añicos contra el suelo. Pero un brinco inesperado la detuvo. De repente advirtió que su corazón de plomo, en lugar de destruirse al igual que los otros, se había vuelto carnoso y pesado como un fruto. Asustada, lo colocó de nuevo en su sitio, en

el interior de su pecho enjuto y seco. Pues ahora ya sabía qué milagro iba a tener lugar: un cuarto corazón, no terrenal, le sería concedido para siempre.

El órgano del tamaño de un puño, alimentado con sufrimiento y desesperanza, se metamorfoseó poco a poco, adquirió miembros suaves y curvaturas como las de los extremos enrollados de los helechos. La anciana esperaba con ansiedad el final del día para comprobar cómo había cambiado su corazón. Distinguió enseguida una cabecita con la barbilla hundida en el pecho, los ojos cubiertos todavía por el vaho, la piel suave y traslúcida. En sus manos, pesado y palpitante, descansaba un feto bien formado, una criatura del tamaño de una naranja. «Bendito sea este último parto», dijo la vieja, y acercó aquel cuerpecillo nuevo, lleno de luz tierna, a las aguas del espejo. Allí la hija minúscula y grácil partió a nado hacia el reino del cual hemos venido todos y al cual todos volveremos.

Solo entonces, invadida por una paz que no había sentido con ninguno de los corazones anteriores, la mujer cerró los ojos para siempre. En el mismo instante, en un hospital de un barrio de las afueras, nació una niña preciosa.

No sé qué significa esta historia ni cómo se articula con todas las demás, así como tampoco sé nada sobre estas. Dentro de unos diez días una niña brotará de otra niña, descenderá húmeda entre sus piernas, aferrándose firmemente con sus garritas a la rama torcida y agrietada y oreándose al viento que agita los manojos de hojas. Las alas arrugadas se desplegarán lentamente, luego se extenderán lisas y rígidas en el vacío. Cuando la nueva Irina, experta ya desde los primeros aleteos, eche a volar, yo permaneceré junto a la cáscara vacía de la antigua Irina, patética como una estatua mutilada, hasta que el viento disemine, inevitablemente, su cuerpo.

Capítulo 48

COMO no tenía espacio suficiente sobre la mesa, he extendido el plano de Bucarest en el suelo, entre la mesa y la cama. He tenido que dejar que una esquina se doble, como la oreja de un gato, porque choca contra la escalera que conduce a la trampilla del techo. Pero no corresponde a una parte esencial de la ciudad. Tengo este plano desde hace mucho, lo compré en el centro, en la librería de la sala Dalles (no recuerdo cómo se llama, hace tiempo que no voy por ahí), en 1976, en el otoño luminoso, exultante, lleno de telarañas, en el que fui por primera vez a la universidad. Poco después causaría asombro entre mis compañeros y mis profesores con mis trabajos monstruosos, me enamoraría locamente y asistiría al Cenáculo de la Luna para leer mi desgraciada *Caída*, pero por el momento deambulaba aturdido entre unos edificios en cuyo avanzado estado de ruina no reparaba todavía y entre transeúntes cuya melancolía no percibía. Tenía que conocer mejor esa ciudad en cuyo caos, entre el perímetro de tres cinematógrafos, habían reconstruido mis padres, procedentes del campo, su pueblo. Por eso compré el plano y lo estudié luego tardes enteras, hechizado y aterrorizado por el gran laberinto bucarestino, en avanzado estado de ruina, dibujado allí con tanta minuciosidad que podías distinguir no solo las calles, los ríos y los lagos de los planos convencionales, sino cada edificio por separado, con sus apartamentos, sus cocinas y baños, con la mugre de las paredes, con los zapatos en el recibidor, con la ropa de los armarios, con las hilachas de la ropa y con las hebras microscópicas que forman las hilachas, y con las ramas y hojas de cada árbol, con los nervios de cada hoja y sus manchas de tanino en forma de cara, de nubes o de lejanos países africanos. Esperaba la hora en la que el ocaso se volvía de ámbar líquido para que la lámina ondulada, con pliegues que se cruzaban en ángulo recto, cobrara verdaderamente vida. Entonces también Bucarest resucitaba, como un animal extraplano, como un rodaballo pegado al fondo del mar. Me inclinaba sobre el plano para contemplar el tráfico de los bulevares y espiar a través de las ventanas los acoplamientos en los dormitorios. Veía la calle Ştefan cel Mare como un semicírculo amplio que se extendía hacia Mihai Bravu por el círculo de los raíles del tranvía 26, el que circunvalaba la ciudad. Allí tenía una habitación, que daba a la calle, en el apartamento de mis padres. Pegando casi el ojo al papel poroso del plano, me veía a mí mismo a través de la ventana: un chaval escuálido inclinado sobre un plano, pegando casi el ojo al papel poroso del plano.

Desde entonces, de tanto doblarlo y desdoblarlo, los pliegues del mapa se han desgastado por completo. Han aparecido unas grandes rozaduras, romboides, en las intersecciones que recuerdan a las de la sábana santa de Turín, y algunos trozos a duras penas se sujetan. Ahora es un plano viejo, borroso, apenas legible. Lo utilizo —

y será su última función antes de que lo haga una bola y lo tire a la basura— solo para marcar en él la ubicación de los solenoides. Porque hace mucho tiempo que tengo clara su simetría y coherencia en el espacio putrefacto de la gran ciudad. Desde el principio supe que tenía que haber cinco rodeando, como unas monedas menudas, a un sexto, mucho más poderoso, situado en el centro, como esas flores de monedas que solía construir sobre la brillante mesa del comedor: un *leu* en el medio y cinco monedas de veinticinco céntimos alrededor. También supe que, a pesar de la palabrería de Borina, los solenoides deben de ser eternos e indestructibles, encastrados en la propia estructura de la realidad antes que en los cimientos de la ciudad. No solo Tesla, sino también Newton y Da Vinci (seguidores del mítico Bezaleel, hombres sin mujeres visitados por visiones e inspirados por palomas) me parecían en cierto modo partícipes de su milagro. En mi mundo no podías dudar de ellos, tal y como en otro mundo, tal vez, habrías jurado que no puede existir nada semejante. Pero qué fácilmente puedes imaginar mundos que se diferencian en un solo detalle de otros mundos casi idénticos… En el mundo del espejo yo llevaba la alianza en el dedo anular de la mano derecha…

Para señalarlos en el plano he elegido el método que tenía más a mano. En el diario, prensados entre las páginas para marcar los sueños más importantes, guardo docenas de papeles de estaño de los bombones «finos» que mis padres colgaban del árbol de Navidad. Cuando me comía uno, estiraba con la uña la laminilla de estaño hasta que quedaba perfectamente extendida y lisa y crujía con el más leve roce. Por el reverso eran todas iguales, plateadas con dibujos impresos: rombos o florecillas minúsculas. Pero por la otra parte tenían unos colores tan tiernos, tan suaves, tan enigmáticos que me emocionaban casi hasta el desmayo, porque el metal les confería un brillo y una vida que ninguna pintura de colores habría podido obtener sobre el papel. Las contemplaba horas muertas con la misma ensoñación dolorosa: el verde esmeralda y el azul miniado, el rosa animado por el dibujo repetitivo, el violeta del cólquico y de los pensamientos… Docenas de matices diferentes que crujían igual, con suavidad, al roce de mi dedo y temblaban con mi respiración y con el soplo de viento que llegaba desde la ventana.

En ellas he recortado unos círculos del tamaño del tapón de una botella de leche para el solenoide central y del tamaño de una uña para los de los márgenes, agrupados en torno al primero. Para el Instituto de Medicina Legal Mina Minovici, en el centro de la ciudad, he elegido un círculo negro con aguas índigo, recortado del único papel de estaño de ese color que he encontrado jamás en una bolsa de bombones. Pegado al mapa, parece una gran amatista arrojando estrellitas de luz alrededor. Para mi casa en forma de barco de Maica Domnului he utilizado un estaño rosa-sucio, como el del cubo de un pintor, ese color del plástico reciclado cientos de veces con el que se fabrican las muñecas Arădeanca. He colocado un círculo azul oscuro sobre el solenoide de Ferentari, el que rodeaba el cuello de gran esqueleto enterrado de pie, así que ahora se ve la colina de hierba debajo de la cual se abomba

el cráneo. Para la enorme bobina de la casa de Palamar, al fondo de Pantelimon, me ha parecido oportuno el color púrpura. Para la de nuestra escuela en Colentina (¿he relatado acaso cómo, uno de esos días en los que no vienen a la escuela por culpa de la ventisca y de las nevadas verdaderamente apocalípticas, descendí al sótano, junto a la consulta del dentista, por la escalera de cemento, retiré una estantería hinchada por la humedad, atestada de libros putrefactos, llenos de insectos que se alimentan de su celulosa cenicienta, y descendí por otra escalerilla que llega más abajo, a una sala miserable con pupitres destrozados, percheros estropeados, borradores apestosos, ratas famélicas, a los que rodea, brillando aquí y allá a lo largo de las paredes cubiertas de telarañas, el gigantesco anillo de cobre? Cuando lo puse en marcha y subí a la superficie, me encontré en medio de un descampado bordeado por la Automecánica y por la casa del imbécil que se pasaba la vida apoyado en la valla, estrechando la mano de los transeúntes. Tuve que mirar hacia arriba para volver a encontrar la escuela, que flotaba en plena ventisca a varios metros de sus propios cimientos desnudos, emborronada por las ráfagas de nieve…) he elegido el naranja siena, un color más intenso de lo que habría imaginado en principio. Y el amarillo chillón lo he reservado para…

No he dudado jamás dónde se encontraba el sexto solenoide. Incluso aunque no hubiera tenido ese fuerte presentimiento —de hecho casi la certeza—, habría imaginado tal vez el sitio, porque los otros centros energéticos estaban simétricamente distribuidos en torno al solenoide central, así que el hueco en la parte suroeste del plano y de la ciudad resultaba tan flagrante como si estuviera señalado ya con un círculo invisible. Estaba en el barrio Dudeşti-Cioplea, donde vivía mi tía, la hermana mayor de mi madre. Tenía una casa de ladrillo que durante el día acumulaba el calor y la luz del sol para liberarlos por la noche con timidez y ternura. En el huerto lleno de verduras sujetas con rodrigones, había un camión sin ruedas. Me encantaba jugar en la cabina haciendo girar el volante en medio del olor a plástico caliente e imaginando que recorría unos territorios inmensos, fantásticos, que no pueden existir en el mundo verdadero. Junto a la casa había también un cerezo, de corteza lisa y reluciente. Yo solía trepar a la copa para otear el campo, porque mi tía vivía en las afueras de la ciudad. En el campo, más allá de su casa, había una especie de almacén que me había fascinado desde siempre. Lo contemplaba desde la punta del cerezo y me parecía que brillaba, por las tardes, como si estuviera pintado con luz. Allí, debajo del antiguo almacén, se escondía el último solenoide. Siempre lo había sospechado, pero me quedó claro hace tres semanas, cuando visité a mi tía, en Dudeşti-Cioplea, después de más de diez años.

¡Qué extraño fue volver a coger el tranvía 4, pasar de nuevo por aquellas casas tan familiares, tan parecidas a mí, tan orgánicamente grabadas en mi cerebro! ¡Qué raro fue avanzar de nuevo bajo los cielos amarillentos, bajo una bóveda que no podía ser sino la de mi propio cráneo! Hice el trasbordo en la Rotonda, la plaza circular en cuyo centro destaca la estatua abrumadora del héroe de quién sabe qué guerra, y cogí

el 27, que me llevó como en otra época, como en otra vida, de hecho, por delante del Instituto de Endocrinología C. I. Parhon para volver a adentrarme luego en una zona de descampados, depósitos de madera, sifonerías y tascas ruinosas, una zona infinita y tortuosa, atravesada por más de diez paradas de tranvía. Me apeé en la parada más próxima a Dudeşti-Cioplea y, tras unos minutos de marcha ligera, llegué a la calle de mi tía. Nada supera, para mí al menos, la melancolía de las calles de la periferia, desiertas y abandonadas, con cometas enredadas en los cables eléctricos y hierba entre las piedras del pavimento. Con ciruelos y moreras miserables delante de las vallas. Con el olor a las lavazas de las cunetas, con extrañas casas exiliadas en el fondo de los patios. Esta vez dejé atrás la casa de mi tía y me dirigí campo a través hacia el almacén. En su puerta de tablones encalados, devorada por el aullido del tiempo, había un candado macizo, incrustado en una informe masa de óxido. Lo cogí entre las manos, sentí cómo su peso aplastaba las líneas de la vida, del destino y del amor, esa M escrita en la palma de todos nosotros y que no puede referirse, en este mundo, sino a la Mors. Lo desmenucé después entre los dedos como si de una hoja seca se tratara. Finalmente, la puerta se abrió y yo accedí al cobertizo lleno de herramientas oxidadas, cubos de pintura petrificada, montones de yeso y de ladrillos. Las arañas habían tejido telarañas sobre las paredes de madera cenicienta hasta cubrirlas por completo con su seda inmaterial. Un rugido sordo, como la vibración de un ser subterráneo, hacía temblar a las paredes. Allí estaba, debajo del suelo. No necesitaba verlo con mis propios ojos, a los que concedemos, en cualquier caso, demasiada importancia.

Así que ahora puedo pegar en el plano extendido en el dormitorio el último círculo, ese amarillo como la luz deslumbrante de los días de septiembre, sobre el lugar de Dudeşti-Cioplea, donde se encuentra el REM.

Capítulo 49

LA pequeña ha cumplido hoy un mes y desde hace varios días levita como una ranita, con los brazos en alto en torno a su cabecita pelona y las piernas arqueadas, sobre la cama de nuestro dormitorio, mientras que nosotros dormimos en diagonal en otra cama en cualquiera de las habitaciones de nuestra casa, que no podemos encontrar después, por muchos pasillos que recorramos y muchas puertas que abramos. Cuando la niña llora en medio de la noche, Irina da siempre un brinco, aterrorizada por la idea de no poder dar con el camino al dormitorio. Sin embargo, después de varios tropezones y titubeos por pasillos helados, baños con dos puertas, habitaciones con paredes atestadas de libros, comedores con manteles de Holanda y cubiertos de plata amarillenta, invernaderos con flores nunca encontradas antes en los atlas botánicos (pero familiares para mí, porque reconocía siempre en ellas las tiernas quimeras de las páginas del manuscrito Voynich), sórdidas despensas y retretes con la porcelana resquebrajada, guiada por el llanto débil de la niña como si enrollara en el brazo un deslumbrante hilo de seda, la mujer acababa llegando hasta donde descansaba la pequeña Irina, la cogía en brazos, sacándola del agua invisible en la que flotaba y, estrechándola contra su pecho, sujetando su cabecita con la mano izquierda, y comenzaba a bailar por la habitación en un remolino de cansancio y felicidad, ambos agotadores e irreales. La leche de su cuerpo penetraba en el cuerpo de la niña, y en él, eucarísticamente, se transformaba en carne y sangre, líquido cefalorraquídeo y endorfinas, a través de una magia y un misterio que la mente no puede abarcar. La niña era, en estos momentos, un órgano externo de la madre, un órgano vital cuya contusión habría transformado ese grupo estatuario en ceniza.

Los ojos de Irina no tuvieron ni un solo instante la turbiedad de caos e increado entre los párpados, somnolientamente entreabiertos, de los bebés. En cuanto la sostuve por primera vez en brazos, manchado como ella de sangre y meconio, sorprendido por que fuera niña aunque lo sabía desde mucho antes, vi el color de sus ojos: el azul triunfante de los ojos de su madre, los discos de lapislázuli incrustados entre los párpados de las esculturas antiguas. También el resto de su cuerpo, a medida que surgía como una fruta elástica, luminosa y compacta, unido al cordón umbilical que colgaba todavía entre los muslos de su madre, se revelaba maravilloso. Los órganos de su cuerpo eran perfectos, cada hoyuelo, cada pelito rubio…, pero su rostro no era dulce sino serio y sereno, como si este ser tan reciente sobre la faz de la tierra no fuera un ente en sí mismo, sino parte de una irresistible voluntad incorpórea. A través de su pecho rosa, sucio todavía por la mezcla de líquidos, se veía latir, tan deprisa como en los animalitos, el corazón. Desde el principio, la criatura que yo abrazaba no me pareció un ser biológico idéntico a todos los demás recién nacidos,

sino un ídolo, pesado como un canto de río del mismo tamaño, más allá del bien y del mal, fuera del tiempo y de las tres dimensiones de nuestro mundo. Los primeros minutos que la tuve en brazos sentí por ella no el calor animal, instintivo, que me esperaba, sino una especie de adulación atemorizada.

Asistí, ciertamente, al nacimiento de nuestra hija. Como conocíamos muy bien el horror de las maternidades, decidimos que Irina diera a luz en casa, solo con mi ayuda. Aquí, en nuestra casa con forma de barco. Pero no en el dormitorio, y tampoco en una de las habitaciones siempre cambiantes, sino en un lugar que hubiera conocido ya el sufrimiento físico, el desgarro y la tortura, tal y como en el pasado levantaban monumentos sobre las ruinas de otros monumentos. Mi rubia esposa había estado allí antes, se había tumbado, como jugueteando —aunque el juego se vuelve a veces más serio que la muerte—, en el sillón que se transformaba fácilmente en una mesa de operaciones. Yo me había inclinado ya sobre ella con un instrumento metálico y estridente en la mano, había escuchado el gorjeo avaricioso de las venas debajo del suelo, tan semejantes a las húmedas, enmarañadas, azuladas, de debajo de la lengua. Nos había inmaterializado y cegado ya, a menudo, en aquel lugar atemporal, la luz implacable que llenaba la pequeña estancia.

Porque Irina dio a luz en el torreón, tumbada en el sillón de dentista colocado en posición horizontal, con la cabeza apoyada en los dos discos de piel, con el cabello empapado cayendo hasta el suelo. Como no tenían en qué apoyarse, sus pantorrillas colgaban dolorosamente a ambos lados del sillón, amoratadas por la circulación casi interrumpida. Yació así horas y horas, gritando y haciéndome sangrar los brazos con sus uñas convulsas. Tras una noche de bárbara tortura en la que pude ver con claridad, a través del grueso tallo de metal que sujetaba la cama improvisada (transparente en esos momentos), cómo unos chorros alargados, fluorescentes, de dolor puro, eran captados por unos tubos hialinos para transportar luego esos torrentes hasta el sistema de raíces que ondulaban las baldosas del suelo; después de pisotear muchos de ellos con rabia, enloquecido por los sorbos de los cerdos abyectos a través de los cuales el martirio de la parturienta se escurría hasta el suelo, la criatura emergió, lentamente, a mis manos, rompiendo los tejidos de su madre, coronada con las lenguas de fuego de sus aullidos supremos.

Ahora duerme tranquila, con los párpados cerrados y la boquita entreabierta, mecida por las olas de un lago invisible, mientras yo emborrono las hojas del cuarto cuaderno, sintiendo de lleno la voluptuosidad del invierno y del final.

Porque mi mundo se acabará enseguida, junto con mi manuscrito. Ningún hiato los ha separado jamás. Nunca ha estado la realidad más encastrada en la ficción, más unida a ella, más desesperadamente desprovista de margen de movimiento y de esperanza. Como un pez encerrado en un acuario pegado sin fisuras con cada una de sus escamas, con cada curvatura blanda de su vientre blancuzco. Como el actor de una película, obligado a pronunciar las mismas palabras cada vez. Como ese pariente de la fotografía, paralizado siempre en el mismo gesto. Si gritara de rabia e

impotencia, mi grito estaría previsto desde el comienzo de los tiempos. Si me quitara la vida, seguiría tan solo el guión al pie de la letra, plasmado mucho tiempo atrás sobre el papel. Mis pensamientos están pre-pensados; mis gestos, pre-concebidos; el crimen de mi vida, pre-meditado. Leo y releo el diario de Kafka solo por encontrar siempre el pasaje que, en plena adolescencia, subrayé con un lápiz como la cumbre de la idea de literatura: «El señor de los sueños, el gran Isachar, estaba sentado delante del espejo, con la espalda pegada a su superficie, con la cabeza inclinada hacia atrás, sumergida en las profundidades del espejo. Entonces apareció Hermana, la señora del crepúsculo, y se fundió en el pecho de Isachar, hasta desaparecer en él por completo». Nunca, por muchas veces que lea y relea este fragmento, sucederá que la señora del ocaso tome en brazos al gran Isachar, que saque su cabeza del espejo, que palpe con sus largos dedos las vértebras del cuello fracturadas, el médula seccionada, y que lo acueste, desnudo, en el suelo. Que llore por él vestida de luto. Mi manuscrito y mi mundo se abrazan como el hombre y el reptil del círculo de Dante… Pasa cada uno al otro, se transforma cada uno en el otro después de que sus intestinos se entremezclen de manera indiscernible.

Ya he preparado las armas para el enfrentamiento final. Tengo precisamente aquí, colocados sobre la impoluta hoja derecha del cuaderno (la de la izquierda está cubierta en tres cuartas partes por mi escritura anancástica), mis dientecillos de leche, extraídos de la caja de pastillas de menta y dispuestos en orden, tal y como estuvieron en mi boca en otra época. Cada uno de ellos arroja una vaga sombra cenicienta sobre la página. Todos son brillantes e irrealmente blancos, como gotas de leche petrificada. Como si mi madre no se hubiera extraído de los pezones chorros de leche, sino directamente mis dientecillos resplandecientes. Tengo todavía sobre la mesa, en un viejo cenicero, los trocitos de cordel de embalar que, hasta hace seis años, me sacaba del ombligo; parecen unos pabilos de vela quemados. Tengo la matrícula con ese número absurdo que Goia encontró en la antigua fábrica. Tengo también las láminas de las visiones de Nicolae Minovici (un solo vistazo te deja perturbado toda una semana). Luego, la caja con el manuscrito Voynich, que finalmente no se quedó en casa de Palamar, pues el viejo me lo entregó, en nuestra última despedida, como un regalo sublime o tal vez como un consuelo por mi incursión en el mundo de los ácaros. Tengo asimismo los diarios, y también un montoncito de fotografías de esas antiguas, de bordes dentados, amarilleadas por el paso del tiempo. Tengo, finalmente, mis trenzas de cuando era pequeño.

Con estas naderías heterotópicas y absurdas, con estas piezas de puzle, los objetos más inútiles sobre la faz de la tierra, me presentaré en el juicio. Podría presentarme igualmente con *Crítica de la razón pura* o con la *Virgen entre las rocas*, o con *Principia Mathematica*. No habría diferencia alguna. El tablero es infinito, sus casillas están torcidas y son fluidas como el agua; además, cada una es de un color distinto. El rey y la reina enemigos son tan gigantescos que no puedes contemplar nunca más de un átomo de su madera de ébano. Y tú, con todas tus piezas, ocupas tan

solo el rincón —del tamaño de la punta de una aguja— de una sola casilla.

Irina se ha despertado y llora de hambre. Pulso el botón y la niña desciende despacio, como por arte de magia, hasta las sábanas. La tomo en brazos y, al proteger su cuerpecillo empapado de tanto llorar, al tocar los pañales de algodón por los que saca las piernas, al contemplar su carita, enrojecida e indignada, siento de repente, con una fuerza extraordinaria, la realidad, como si una ola me hubiera impactado de lleno en el rostro. La cortina rígida, con dibujos de fractales. La penumbra oliva. La escalera. El armario. La cama. Mi escritura maniática, sin tachaduras, llega ya hasta los dientes de leche de la página de la derecha, que parecen ahora rocas flotando en un mar de signos. Mi rostro, en el reflejo de la ventana, inclinado sobre el rostro de Irina. El cielo rosa. La nieve que cae y cae.

Capítulo 50

PARECE que las fuerzas celestiales se han tambaleado porque en un solo día de canícula, canícula de abril, antinatural y agobiante, la pesada nevada que sepultaba la ciudad se ha derretido por completo. Por la mañana nos ha despertado un sol cegador que se ha colado por las ventanas antes de tiempo, y para el mediodía las calles estaban ya inundadas, el tráfico enloquecido, los autobuses convertidos en anfibios, la gente encaramada a las verjas mirando boquiabierta los inmensos charcos en los que se reflejaba el cielo. Pasar de repente de los chaquetones y abrigos gruesos de un invierno interminable, el más duro desde principios de siglo, a camisas y vestidos sin mangas, que se empapaban de sudor en cuanto abandonabas la sombra de una pared, algo así, comentaba la gente en los tranvías y los despachos, no había sucedido jamás. A Faetón se le habían escapado las riendas de los caballos del sol y, cubriéndose la cara con las manos, se acurrucó en el fondo del carro que se precipitaba hacia el mundo. Sobre el cielo intensamente azul se recortaban las ramas negras de los árboles, y todos los árboles estaban muertos, tan secos como si nunca hubieran estado vivos. Pero el cambio más importante, más sorprendente incluso que el espectáculo de los coches que se hundían hasta las ventanillas en el torrente de las aguas, se observaba en la desolación y la decadencia de los edificios de toda la ciudad.

Cuando desaparecieron los cúmulos de nieve, Bucarest surgió ante nuestros ojos como un esqueleto con los huesos desperdigados. Jamás habrías imaginado que su decrepitud de siempre —el barroco siniestro de su ruina— pudiera llegar a ser doblemente triste y desesperanzada. Al mediodía salimos los tres para que a la niña le diera un poco el aire y nos dirigimos en primer lugar, como hemos hecho en contadas ocasiones, no hacia el eterno barrio de la escuela, sino en dirección contraria, hacia la ciudad. Caminamos por Teiul Doamnei, y en esta misma calle, nunca demasiado arreglada, se nos encogió el corazón. En las paredes medianeras que cercenaban bruscamente las casas señoriales de dos pisos, se habían abierto unos agujeros que parecían obra de un terremoto. Las paredes, abombadas desde hacía décadas y sujetas precariamente por unas cuantas grapas de hierro, se habían derrumbado dejando a la vista las habitaciones de la gente, sus baños, sus miserables cocinas. Los marcos de las ventanas estaban podridos, los cristales, rotos y sustituidos por periódicos, casi todos los adornos de las fachadas —ese pueblo de figuras mitológicas que infestan la ciudad desde tiempos inmemoriales— se habían venido abajo, así que alrededor de las antiguas villas podías ver ahora montones de brazos, cabezas melladas, trozos de alas de escayola, nalgas regordetas, melenas de serpientes trenzadas, liras y flautas desmenuzadas, rosas, azules, verdes, como yacen los cadáveres de una antigua masacre en el fondo de las fosas comunes. ¡Siniestra, siniestra hecatombe!

En Lizeanu, los tranvías avanzaban a través del agua chapoteando a toda máquina entre mercerías, pastelerías, sifonerías, zapaterías, tiendas mezquinas con letreros chillones. Seguimos luego, como buenamente pudimos, por Moşilor, con los pies rezumando agua dentro de las botas. La niña, acarreada alternativamente en los brazos de uno y otro, miraba por encima de nuestro hombro con los ojos como platos. Al poco rato le quitamos el gorrito —el sol calentaba como a mediados de julio— y cuando nos vimos reflejados en el miserable ventanal del cine Miorița, con los carteles y las fotos de las películas devoradas por la podredumbre, tuve por un momento la sensación clara de estar viendo a mis padres acarreándome, treinta años atrás, en brazos. «Ya no dudaba… —recordé de repente—, una mano invisible lo arrastraba al pasado…».

El centro estaba desierto y desolado. Los grandes edificios neoclásicos, con sus bóvedas como las de los observatorios astronómicos, parecían los monumentos conmemorativos, milagrosamente en pie todavía, de unas guerras devastadoras. Me habría echado a llorar ante ese lúgubre paisaje si no hubiera sabido que habían sido proyectados y construidos precisamente así, en el abandono y la ruina, como una protesta eterna contra la guerra que el tiempo mantiene contra las personas y las cosas. Frágiles como si fueran de cartón, temblando bajo el soplo de la brisa, desperdigando trocitos del revoque como una especie de nevada por los bulevares vacíos y los parques desiertos, los edificios más allá de la Romarta infantil, hasta Kogălniceanu, aparecían ante nuestra mirada como una Persépolis medio enterrada en la arena: balcones torcidos, paredes a punto de derrumbarse sobre los coches temerariamente aparcados junto a ellas, fachadas con grandes trozos de revoque desprendido y desmigado sobre la acera. Postes de la luz oxidados, cadáveres asquerosos, con los intestinos azulados fuera de la tripa, arrojados junto a los cubos de basura, ventanas tapiadas o cubiertas con tablones claveteados… Todo aquello no solo te hacía desear morir en aquel mismo instante, sino no haber estado jamás en este mundo. Pero al mismo tiempo sabías —es algo raro e incomprensible— que así tenía que ser, que solo en un mundo así puede vivir el hombre, porque nada nos define mejor que la dulce tortura de la nostalgia.

Para hacer un descanso, entramos en uno de los incontables cinematógrafos del bulevar. ¡Qué bien los conocía, con sus decorados torcidos y sus nombres absurdos! Corso, Festival, Bucarest, Capitol y muchos otros en los que había visto en otra época, después de hacer cola durante horas para conseguir las entradas, películas de indios y vikingos, sin poder recordar luego nada más que el continuo chasquido de las pipas de los que me rodeaban. Todas las salas eran distintas. Extrañamente adornadas en un estilo pomposo y *kitsch*, tenían las butacas destrozadas, torcidas, y la pantalla remendada por todas partes. Al más oscuro de los cines se llegaba a través de un callejón que albergaba asimismo un estudio fotográfico y un taller donde remendaban medias. Al fondo del callejón se abría una plazoleta y allí estaba la sala, en la parte trasera, con una entrada bordeada por dos ventanales estrechos, llenos de fotografías

viejísimas. Las puertas estaban abiertas de par en par, como todas las del centro de la ciudad, abandonado, al parecer, por siempre jamás. El nombre de este cinematógrafo, en el que no había reparado nunca hasta entonces, era Quimera.

Entramos en el silencio solemne de la sala, envuelta en una sombra densa y pesada como la de un panteón. En el interior no había nadie. Olía intensamente al aguarrás con el que en otra época se fregaban los suelos. La sala estaba forrada en un terciopelo violeta. La bóveda del techo estaba fantásticamente decorada con hombres y mujeres desnudos, apasionados, inmovilizados en gestos incomprensibles. Nos dislocamos el cuello para distinguir la complicada alegoría; se habían desprendido algunos fragmentos que dejaban a la vista un cemento tristón. Nos sentamos en la última fila de butacas, como si hubiéramos ido a ver la película. Ante nosotros, enmarcada por dos enormes e idénticas estatuas de escayola que representaban a dos hombres jóvenes, alados, mirándose de frente, se extendía la pantalla, una tela como una sábana amarilleada por el sudor. Irina se desabrochó la blusa y se acercó a la niña al pecho.

De repente me pareció haber vivido antes esta escena. En los albores de mi infancia solía ir con mis padres, unos simples trabajadores, al cine. Aquella muchedumbre de desconocidos que se removían en las butacas me amedrentaba. Mi madre me cogía en brazos para que pudiera ver mejor. De repente, apagaban las luces y sobre la pantalla aparecían unas cabezas gigantescas. El pitido de los altavoces te reventaba los tímpanos. Tenía miedo, empezaba a lloriquear, y los de alrededor chistaban y se volvían hacia nosotros: «¡No traigáis al crío al cine, hombre! ¿No veis que no le gusta?». «¿Y con quién lo voy a dejar, listillo? ¿Te lo dejo a ti en casa?», les soltaba mi madre, meciéndome en sus piernas. Los fantasmas seguían paseándose por la pantalla, me zafaba de los brazos de mi madre y echaba a correr, gritando, entre las rodillas que me llegaban hasta el cuello… Al cabo de un cuarto de hora, no nos quedaba otra que salir, siempre sucedía lo mismo. Regresaba luego a casa en silencio, bajo la luna llena, en brazos de mis padres. Sentía que levitaba sobre las calles empedradas.

Estuvimos una media hora contemplando cómo mamaba tranquilamente la niña. Nuestros susurros retumbaban en la sala, perturbaban el aire frío e inmóvil. El cinematógrafo parecía un estanque enorme rebosante de un líquido oscuro. Nos picaban los ojos por el olor a aguarrás que emanaba del suelo cubierto de cáscaras secas de pipas. Sin que nos diéramos cuenta, las últimas luces se fueron apagando poco a poco y en la pantalla sucia empezaron a desfilar pelusas, manchas, números borrosos, ectoplasmas que saltaban de aquí para allá. Tal vez porque no funcionaba el sonido, no prestamos atención a las primeras imágenes, en blanco y negro, tan miserablemente ahogadas en charcos de tinta que apenas se distinguían. Irina fue la primera en volverse hacia la pared trasera, por cuya grieta brotaban unos rayos azules. «Van a proyectar una película —me dijo intrigada—, a santo de qué, si la sala está vacía…». ¿Acaso en todos esos cines abandonados, con los techos a punto de

derrumbarse sobre los espectadores, se proyectaban todavía películas? La niña había soltado el pecho y su cabecita descansaba ahora sobre el hombro de Irina. Nos levantamos y nos dirigimos hacia la salida, y estábamos a punto de abandonar la sala cuando una luz intensa que llegaba desde atrás, una luz-sentimiento o presentimiento, un sobresalto, una emoción abrumadora que no necesitaba siquiera sensaciones, me obligó a darme la vuelta. Avancé por el pasillo y me dejé caer en una de las butacas de la primera fila, ante la pantalla fantásticamente animada de repente. Y allí, paralizado, como ante un inmenso portal hacia otro mundo, me quedé.

Porque la pantalla se había aclarado de repente y difundía ahora una luz de ámbar líquido por toda la sala. Se había transformado en un gran ventanal hacia el panorama de una bahía nocturna, llena de veleros con las velas hinchadas, iluminada por una docena de lunas sangrientas que colgaban como balones de púrpura en el cielo infinito. El agua de la bahía formaba olas rizadas, cristalinas, que mezclaban su verde oscuro con el brillo de las lunas y con el encaje blanco de la espuma. Al fondo del gigantesco diorama se alzaba un promontorio cargado de palacios, atestado de fachadas y columnas y capiteles de mármol construidos unos sobre otros, rosas y transparentes en medio de aquella luz crepuscular. Me sumergí bruscamente en mi sueño adolescente. Flotaba en el puente de una de las falúas contemplando los esbeltos campanarios de la orilla, las minúsculas ventanas que salpicaban sus fachadas transparentes como los poros de una frágil madrèpora. La bahía era tan vasta que, junto con los cientos de barcazas que dejaban un surco de sangre a su paso, alcancé la orilla cuando la luna se disponía a esconderse tras la línea del horizonte. Abandoné la explanada rodeada por fachadas decoradas con incontables, convulsas estatuas, y me adentré en las calles frías que ascendían hacia la cumbre. Llegué a una plaza vacía en cuyo centro había un estanque de piedra lleno de un agua negra, demasiado densa como para formar olas. A su alrededor, templos y catedrales excavados en el mismo mármol rosa, cristalino y transparente. Me incliné y miré las profundas aguas del estanque. Vi un rostro que no era el mío. Recordé de repente a los errantes lívidos, de enormes ojos negros, del relato de Traian sobre lo que viene después de la muerte.

Un niño se acercaba al estanque desde las puertas de la catedral. Cuando llegó ante mí, me sonrió como si me conociera bien, como si fuera un viejo conocido. Levantó la mano derecha, con el puño cerrado y los dedos hacia arriba, luego abrió lentamente la palma, mirándome a los ojos. En el hueco de su mano había un escarabajo grande y pesado, con un caparazón de un azul profundo, deslumbrante, que reflejaba los colores de alrededor. Apoyado sobre unas patas finas, como de alquitrán, el escarabajo movía despacio sus cortas antenas, con manojos de plumas en los extremos. Me quedé pasmado al verlo. «Así tenía que ser —susurré para mí—, esta es la señal, esto es lo que esperaba». El niño me cogió de la mano y, guiados como dos ciegos por el escarabajo de la palma, avanzamos hacia la inmensa catedral. Su fachada de pórfido estaba adornada con una enorme vidriera en forma de rosetón.

Cuando cruzamos el pórtico, nos encontramos en un recinto elevado, pero tan estrecho que parecíamos estar en el fondo de un pozo. La amplia fachada de la iglesia nos había engañado, como sucede con muchos edificios destinados al culto. Solo un gran sepulcro de mármol rosado, en torno al cual quedaba el espacio justo para poder rodearlo, ocupaba el recinto. Lo reconocí al instante, era el de la antigua fábrica.

Sobre él —cerrado con un candado con una cifra formada por cinco piezas móviles— había unas mayúsculas grabadas en piedra:

SIGNA TE SIGNA TEMERE ME TANGIS ET ANGIS

Signos, temor y roce, recordé de nuevo, mientras manipulaba el paralelepípedo metálico de letras móviles. ¿Cuál era la combinación que abría el sepulcro? Y, si lograra dar con ella, ¿qué me esperaba en el interior de la caja de mármol acanalado? Permanecerás aquí por toda la eternidad, me decía. Millones de años en los que no harás otra cosa que probar combinaciones, billones de combinaciones, bajo los ojos irónicos pero alentadores del Angel. Hasta que, de repente, en un momento idéntico e intercambiable con cualquier otro, brillaría la palabra mística, con cada una de las cinco letras colocada en su sitio, como había sucedido en el comienzo de los tiempos. El niño había cerrado la mano y me miraba interrogante. El metrónomo de mi corazón se puso en marcha, estaba perdido si no daba con la respuesta antes del último latido.

No tuve que esperar a llegar al umbral de mi muerte. Formé la combinación con dedos seguros al primer intento. De hecho, ni siquiera fue un intento, sino pura e inquebrantable certeza. Porque ahora, estremecido y, sin embargo, más sereno que nunca, comprendía, como si ya hubiera estado allí, lo que había en el sepulcro rosado. La palabra que formé sin titubear fue María. Y el candado se abrió, y el niño se quedó fuera, con la cabeza inclinada, para dejarme entrar a solas en el recinto secreto.

Allí, en su catafalco, acostada y joven y castaña y bella, con los ojos abiertos, llenando toda la estancia con su perfume de adelfas, dormía mi madre. Con su vestido casto, un vestido de los años 60, blanco con lunares negros. Con su collar de perlas baratas al cuello. Con sus modestas sandalias, con las uñas sin pintar. Mientras la contemplaba desde la cabecera, recordaba el timbre de su voz, que no se parecía a ningún otro de esta tierra. Siempre había sabido qué había en la habitación prohibida de mi castillo. Me incliné sobre ella y, sollozando de repente como un niño, le susurré entrecortadamente: «¡Mamá, nunca he encendido una vela por ti!». Me senté en el suelo frío, con la cabeza apoyada en el sepulcro, y lloré hasta que me quedé sin lágrimas, pidiéndole, entre suspiros y gemidos, una y otra vez, que me perdonara.

Finalmente me calmé. Me puse en pie y la observé de nuevo mientras dormía con los ojos abiertos, respirando tranquila. Me incliné y le di un beso en la frente. Luego salí del sepulcro y de la catedral para regresar a la sala de cine, a tiempo de ver, temblando en la pantalla negra, como en las películas de mi infancia, la palabra

FIN

Mis Irinas me esperaban a la salida. Regresamos por el centro inundado, los coches formaban olas como si fueran chalupas. Estaba seco de tanto llorar. Pero ahora la pequeña me sonreía en brazos de su madre, con sus escasos pelitos rubios brillando al sol. «Se parece a mí», me dije, y le sonreí. La cogí de brazos de Irina y seguimos caminando hacia la iglesia Armenia, luego entramos por Moşilor. Desde aquí, no necesitamos mucho más de una hora para regresar a casa.

Llegamos por fin ante el edificio con forma de barco; lo contemplé con una tristeza infinita, como si supiera que lo veía por última vez. Mi pobre caparazón, el refugio de mi cuerpo blando, destrozado por el tiempo y la intemperie. La ventana redonda de la torre refulgía amarilla en el comienzo del ocaso, y el carpe de ramas desnudas y negras, dobladas hacia la izquierda, arañaba el revoque de las paredes sobre las que se apoyaba. Las chicas entraron, pero yo me dirigí a la parte trasera de la casa siguiendo los muros destruidos por el paso del tiempo. La pared medianera que cercenaba bruscamente la casa no tenía ventanas. En medio de aquella enorme pared ciega se abría, en cambio, una entrada tapiada con una fila de ladrillos de otro matiz, unidos con el mismo mortero ceniciento, quebradizo, lleno de agujeros de arañas. Se trataba de la puerta tapiada que ya había visto la primera vez que vine hasta aquí, antes de comprar la casa, y que, lo recuerdo muy bien, me emocionó profundamente ya entonces. Ahora me encontraba ante ella de nuevo. Muy por encima de mi cabeza, una viga de hierro oxidado sostenía la pared abombada que amenazaba con venirse abajo.

Pegué la oreja a la puerta cegada y permanecí así, escuchando con atención hasta que, al cabo de un rato, empecé a oír los martilleos. Agrupados de dos en dos. De tres en tres. Unos golpes fuertes alternaban con otros más suaves. Pausas largas, pausas cortas. Prolongados rasguños y pequeños crujidos repartidos por toda la superficie construida. El plan de fuga.

Entré en casa cuando rompía el alba.

Capítulo 51

DESCENDÍ, reptando sobre los codos y las rodillas, la cuesta hacia el borde del precipicio a través del aire de color queroseno y, con el corazón acelerado (pero ¿queda acaso algo de mi pobre corazón?), me asomé al abismo. La inconmensurable profundidad del embudo abierto, como si un meteorito gigantesco hubiera impactado en la corteza terrestre, su diámetro de treinta kilómetros, el humo como de horno que se elevaba desde la sima para disolverse en el aire ocre de la mañana me pusieron los pelos de punta. Antes de retirarme aterrado y de rodar por la hierba manchada de petróleo al otro lado del puente de Voluntari, conseguí comprender, a través de los sentidos antes que a través del, a partir de ahora, inútil espacio lógico, la desolación infinita de aquel lugar condenado para siempre.

El puente de Voluntari estaba ahora partido en dos y colgaba torcido en el vacío, pero uno de los extremos estaba abarrotado de gente. Todos los que habían huido de la fantástica ascensión. Los que, al igual que nosotros, habían conseguido llegar al otro lado de la circunvalación. La muchedumbre, que recordaba a la que salía de los estadios después del partido, se agolpaba en el campo al borde del precipicio y, probablemente, ese mismo paisaje se podía ver en torno al hueco en el que se había extendido, en otra época, con su grandiosidad melancólica, Bucarest. Sus antiguos habitantes formaban ahora un anillo humano que rodeaba la fosa desde los pueblos colindantes, Cernica, Glina, Jilava, Popeşti-Leordeni, Bragadiru, Ciorogărla, Chiajna, Chitila, Aergistal, Ştefaneşti, Pantelimon, que habían quedado intactos, con sus tabernas, sus depósitos de bombonas y sus centros de coches y tractores, con sus Consejos Populares pintados de blanco, con las estatuas de yeso de los héroes de la Primera Guerra Mundial y las casas de cultura cerradas con un candado. Solo unos pocos de los que alcanzaba a distinguir —jubilados y estudiantes, amas de casa y obreros, gitanas con faldas de flores y sombreros de hombre, tipos sospechosos con chaquetones de piel, soldados que se agitaban inútilmente— se atrevían a acercarse al borde de la hoya. De hecho, la muchedumbre, los miles y miles de personas apiñadas y tan asombradas como en las primeras horas del desgarro de los cimientos, miraba hacia arriba, solo hacia arriba, como si imploraran a la ciudad en la que habían vivido su amargada vida que no los dejara huérfanos, que no los abandonara como a unos niños de la calle. Pero la ciudad del corazón del Baragan[31], azotada desde hacía siglos por vientos cargados de polvo, parecía albergar ahora otros planes.

Cuando volví en mí después de la terrible visión, regresé a la sombra de la pilastra del puente donde había dejado a las chicas, sentadas sobre un jersey extendido entre las malas hierbas. Cogí en brazos a la pequeña con cuidado de no despertarla, pero ella abrió los ojos y se abrazó a mi cuello. Luego, señalándola con el

dedo, me mostró, gorjeando encantada, la ciudad. Mientras permanecíamos así, con las caras pegadas, contemplando el increíble icono que se había detenido en el cielo y que lo llenaba de una grandeza infinita, con oleadas de luz celestial, me sentí invadido de repente por el amor y la nostalgia, sin saber si era por la niña de cabellos dorados que tenía en brazos o por la fúnebre, desdichada ciudad que levitaba ahora a cientos de metros sobre nuestras cabezas, como una Laputa mezclada con las nubes.

Porque Bucarest, mi mundo, colgaba ahora en el vacío sobre la fosa infernal que había ocultado siempre, como la pústula que cubre una herida purulenta, y que, gracias a un desgarramiento supremo, había sacado por fin a la luz. Parecía una bandeja gigantesca cargada de edificios frágiles, decrépitos, con miles de ventanas brillando al sol. Como copas de cristal y bronce centelleaban al sol las cúpulas, las torres y los campanarios de la ciudad. La inmensa pátera estaba rodeada por luminosas y maravillosas nubes, como de caolín, que flotaban inofensivas en el cielo de abril. Los cimientos de las construcciones colgaban por debajo, trenzándose de forma anárquica con los tubos del alcantarillado y el tendido eléctrico, los túneles del metro y los pisos subterráneos de la Casa del Pueblo, como un fieltro, como una telaraña polvorienta. Por el oeste se distinguía claramente —aunque minúsculo a tanta distancia— el esqueleto de Ferentari, que colgaba en el aire a partir de los hombros. En algunos puntos, este entramado subterráneo parecía incendiado por unos anillos de metal enrojecido. Un anillo en llamas ardía en el centro, rodeado por otros cinco, en la periferia, alrededor de la ciudad. Su luz cristalina, que caía de los solenoides como desde unas toberas, había elevado a Bucarest a los cielos.

Pero lo que le confería el aspecto de una medusa flotando solemne en el agua no eran los encofrados y los cables, tampoco las raíces de los inmensos árboles, que colgaban ahora en el vacío, sino un fantástico sistema de tubos flexibles que recordaban a unas venas y arterias cenicientas. Debido a la distancia, parecían filamentos ondeando perezosos por la parte inferior, algunos libremente, pero otros, la mayoría, unidos para penetrar en un colosal tubo central que descendía casi hasta la superficie de la tierra. «La aorta del dolor —me dije cuando la vi por primera vez—, el canal recolector del sufrimiento humano». Cada filamento había absorbido el dolor de los habitantes de la ciudad, crucificados en los sillones del dentista y en las camas de los hospitales y en las mesas de tortura, locos de desesperación en unas buhardillas miserables, escupiendo sus pulmones en telares y en fábricas de plástico, zurrados en las escuelas, zurrados en la mili, golpeados por el destino, haciendo colas interminables ante los centros de distribución de bombonas y las tiendas de ultramarinos, ciegos, aturdidos, sin un objetivo en este mundo, sin casa y sin destino. Habían absorbido el dolor de las mujeres que abortaban ilegalmente, el de los mendigos arrodillados entre ráfagas de viento del norte, el de los borrachos escondidos en los bosquetes y las criptas, el de los niños hambrientos, el de los poetas con la vida destruida. Cada uno de los tubos gorjeó con la sustancia más preciosa del mundo, con el extracto del cerebro, con el concentrado del destino con el que está

tejida esta broma nuestra llamada realidad. Cosechada en todas partes, la sustancia brillante del dolor fluía por el enorme tubo debajo del cual colgaba una esfera de piel nacarada, transparente, flexible como la vejiga de un pez, que ondulaba de forma ectoplasmática, medio hundida en el embudo infernal de su parte inferior. La esfera tenía un diámetro de varios kilómetros y se balanceaba suavemente bajo la ciudad suspendida en el vacío. Todos podíamos ver ahora, en su receptáculo redondo de piel traslúcida, a los que se alimentaban con el pan de nuestro sufrimiento de cada día. El pueblo crepuscular del centro de la tierra estaba compuesto de unos seres frágiles, lunáticos, lisiados, con gigantescos ojos de insecto, que subían por las noches a través de esos mismos tubos para presentarse ante nosotros en alucinaciones y sueños. Ahora, en su gran *polis* devastada, arrancados de la tierra que los había albergado y caldeado, privados de repente de la porción de savia psíquica brotada de nuestra carne, pegaban la frente al cristal turbio y nos dirigían unos gestos lentos, suplicantes. Había decenas de miles, como si fueran larvas de avispa en su abarrotado nido de papel. Irina me los señalaba de vez en cuando con el dedo, alborozada con su agitación, con sus cabezas pálidas, todo ojos, con el esbozo de una sonrisa en el rostro, deseosos por mostrar, acaso, una benevolencia servil. Los había visto, en mis agitadas noches de Ştefan cel Mare, asomando sus cabezas lunáticas en la ventana, aunque me encontraba en el quinto piso. Había yacido en el suelo, paralizado y abúlico, con la espalda pegada a la cómoda, mientras ellos bailaban sensuales y grotescos en la habitación oscura.

Mientras contemplaba el increíble panorama junto a los que me rodeaban, los padres de los niños de la escuela 86, las vendedoras conocidas, los conductores de los tranvías que se habían precipitado por el gigantesco embudo, los solenoides se activaron de repente con más intensidad, como unas inflorescencias de llama azulada. La ciudad comenzó a elevarse de nuevo, lenta y grave, como uno de los antiquísimos ascensores de los grandes almacenes del centro, cada vez más obliterada por las nubes e incendiada por el sol que mostraba ahora su disco más allá del borde de la ciudad voladora. Se volvía cada vez más pequeña, llevándose consigo a todos aquellos que no habían querido abandonar sus casas y que se precipitaban ahora al vacío por centenares debido a las vibraciones provocadas por la ascensión. Arrastraba hacia la estratosfera a los demonios de la esfera nacarada que se hinchaba sin cesar y que estallaría enseguida. Finalmente, de todo aquello no quedó sino un fantasma, una nubecilla blancuzca que se difuminó también en los cielos polvorientos que se arqueaban sobre Bucarest.

Me imaginaba la estatua de la Condena, la cruel diosa de obsidiana, sentada en el gran sillón de dentista del edificio de la morgue, en el centro del disco volador, como el piloto de una nave celeste, agitando los dedos sobre los botones redondos de la consola, formando combinaciones que dirigían la ciudad arrancada de la tierra y de su antigüedad hacia el polvo y la harina estelares. Veía mi ciudad rodeada por el cosmos. Poco a poco, los márgenes de la enorme pátera se desmenuzaban y quedaban atrás: el

barrio de la escuela, la antigua fábrica y la torre de agua, la rotonda donde giraba el tranvía 21, Pantelimon con la casa de Palamar, el gran esqueleto de Ferentari, Dudeşti-Cioplea y el almacén del REM. Todos eran ahora islotes girando en una noche infinita, erosionándose a medida que los engullía el frío del final. En un trozo de tierra que flotaba en la nada, con los raíles del tranvía brutalmente desgajados y los Cristos crucificados en los postes del alumbrado público mirando a su alrededor sin entender nada, se extendía todavía la calle Ştefan cel Mare, con el bloque de mis padres, que parecía haber sufrido un bombardeo, con el Molino Dâmboviţa, con la tienda de ultramarinos y el quiosco de prensa, con la biblioteca H. P. Hasdeu y, hacia el borde de la isla, las cocheras de los tranvías donde había penetrado en una ocasión como en una extraña catedral. Zonas y más zonas de la ciudad se desprendían de aquel armazón precario y se perdían en la nada, todavía enteras, con sus villitas y sus cines, sus árboles seculares y las estaciones de tren insalubres que la parasitaban como nidos de caracoles en una roca. Cada una de ellas seguía desmigándose a su vez, casa a casa, mueble a mueble, dejando que flotaran en soledad sillas desfondadas, céntimos, peines, letras de un cartel, trozos de ladrillos, perros muertos con la piel llena de barro, muelles de tapicerías, muñecas con vestidos de nailon… La aniquilación continuó hasta el escombro y el polvo y las moléculas y los átomos y los bosones y los fermiones y los *quarks*, hasta que todo se reabsorbió en la urdimbre del espacio, del tiempo y del pensamiento, en la escala de Planck de mi mundo y de mi mente.

El centro de la ciudad resistiría durante un buen rato, un pedrusco macizo en el que se distinguía todavía la universidad —en una de sus aulas había leído yo *La caída* —, el Teatro Nacional y el bulevar de los cines, la morgue y la Casa del Pueblo, cada vez más desmoronados y más menguados por el paso destructivo del tiempo. Me veía allí, ante el bloque Dunărea, en mis primeros días de estudiante, feliz en aquel otoño luminoso de 1976, en el aire atestado de telarañas, un chaval enloquecido por las lecturas y los sueños al que todavía le esperaba un futuro en esta tierra. Ahora, en cambio, el trozo de roca que flotaba en el cosmos tenía la rugosidad negra de los meteoritos y las figuras de escayola del frontispicio de la universidad se habían hecho añicos mucho tiempo atrás. Debajo de este enorme trozo de ciudad, todavía entero, colgaba la esfera de piel, como una gigantesca cereza de su rabito, e imaginé la brusca explosión de la cápsula siniestra y la liberación de los seres del interior como minúsculos paracaídas de dientes de león, como esporas del miedo desperdigándose por el infinito y ridículo universo. Tal vez echaran raíces en otros mundos, para absorber también allí la sustancia de otros dolores tejer la tela de otra realidad ilusoria.

El último que resistió fue el edificio de la morgue, con su gran sala central cuyo tejado, abierto como una boca que aullara hacia la noche eterna, dejaba ver a la mujer, como un bloque de brea, en el sillón del dentista. Indiferente y tiesa en su trono, parecía una divinidad asiria, un objeto cósmico que solo por casualidad tenía

forma humana. A su alrededor, las paredes se derrumbaban unas tras otras, el suelo se agrietaba y las baldosas de piedra se desperdigaban hasta que, al cabo de un tiempo infinito, quedaría únicamente ella, la Condena, en su trono de metal, rodeada por las doce estatuas negras que habían decorado la bóveda: la Tristeza, la Desesperación, el Pánico, la Nostalgia, la Amargura, el Odio, la Indignación, la Melancolía, el Asco, el Horror, la Lástima y la Resignación; su cortejo, los estados sombríos del espíritu. Allí en lo más profundo, en lo increado, en el pliegue más secreto del mundo y de la mente, brillarían ahora para toda la eternidad las semillas negras del corazón de la manzana, el monograma negro, solitario e indestructible de los universos.

Lloro y escribo, indistintamente, como si escribiera con lágrimas y llorara tinta. Mi manuscrito ha desaparecido entre las llamas hace mucho. Siempre supe que el fuego sería su único lector. Escribo ahora las páginas finales para que mi mundo no quede incompleto. También estas las abrasará, apasionado o displicente, en cuanto las termine, ese mismo fuego, el gran lector de todas las bibliotecas del mundo. Luego me colocaré a la niña sobre los hombros y, junto a mi esposa, caminaremos, en un ocaso cada vez más sangriento, hacia donde nos guíen los ojos, fuera del libro y del relato.

Al cabo de un año, ni un día más ni un día menos, del encuentro en la Máquina de Pan, cuando sentí junto a los demás el impacto del mensaje emitido por la mente torturada de Ispas, volvimos a encontrarnos ante la gran fortaleza de la morgue. Estábamos allí todos los que habíamos abarrotado el ático y la escalera monumental para escuchar, sombríos y ojerosos, el testimonio del hombre del dolor, apretando contra el pecho las pancartas arrugadas de tanto agitarlas hacia el cielo, empapadas por la lluvia hasta que las letras se borraban, enmohecidas por las esquinas, pero clamando todavía contra la injusticia y la indignación. Era una noche estrellada, el edificio se recortaba sobre ella como un acantilado de alquitrán. Los árboles seculares barrían, con cada vaivén en el áspero viento primaveral, la harina luminosa de la bóveda, agitándola de una esquina a otra de los cielos bucarestinos.

Irina estaba a mi lado, con la niña en brazos, como habían estado, día tras día, junto a mí, en mí, en mi mente y en mi corazón, desde la llegada de la niña a este mundo. Era como si toda la capilla de mi cráneo estuviera ocupada por una única estatua de mármol transparente, reluciente y acanalado, con vides rosas y vides grises atravesando su carne de azúcar mineral: Irina con la niña en brazos, ambas con la mirada perdida y la misma sonrisa en los labios. Muchas veces, al contemplarlas cuando juegan juntas, horas y horas, sin saciarse jamás una de la otra, cuando ríen juntando las caras, o cuando bañamos a Irina en la bañerita de plástico rosa y le salpicamos el pecho con agua tibia, o cuando la ponemos en pie sujetándola de las manitas y vemos cómo camina de puntillas, con la gracia de un tallo traslúcido, he deseado que el tiempo se detenga ahí, en una perla de esplendor supremo, que no exista el futuro, ni la historia, ni la ilusión, ni la vida, ni la muerte. He creído en bastantes ocasiones, en esos momentos que nunca pensé que llegaría a vivir, que he

conseguido escapar, que vuelo de repente en todas las dimensiones en una repentina liberación de mí mismo.

Me acerqué al grupo de mis colegas de la escuela 86. Esta vez estaba casi toda la plantilla: Goia, con su rostro de mutilado; la señora Rădulescu, con su terrible anillo; Florabela, la enorme pelirroja, rebosante de oro y pecas; Caty, con su boca de pétalo de amapola; Eftene, el mellado con un diente de oro; y Gheară, cuyos labios no sonreían ya. También estaban las maestras, apretujadas como ovejas, la libertina Zarzăre y la pérfida Higena, y la señora Mototolescu, y la señora Călătorescu, esta última con la labor y las agujas colgando todavía del cuello. Parecían sin embargo los aterrorizados supervivientes de un naufragio. En sus rostros tan diferentes y que me resultaban tan conocidos, estaba impresa ahora una única expresión, la de la profunda e inconsolable pérdida, como la pérdida de un cónyuge, como la pérdida de un hijo. Entonces supe que, mis ojeras, las arrugas de mi entrecejo, la febrilidad de mis ojos enrojecidos, mis labios pálidos mostraban el mismo aspecto de duelo profundo, de duelo inconsolable. Una la humanidad sumida en un gran aprieto, con los valores disueltos, sin razones para seguir viviendo… Una humanidad reducida a su grito de socorro. ¿Qué nos esperaba durante el resto de la vida? ¿Qué otras decepciones, sufrimientos, terribles enfermedades, dolores imposibles de soportar? ¿Cómo resistiríamos el paso del tiempo que arrastra consigo trozos de nuestro cuerpo y de nuestro mundo, que se lleva el lejano paraíso de la infancia? Nos esperaban a partir de ahora la vejez, la agonía y la muerte. Esperábamos nuestro turno, en una larga cola, para entrar en el matadero. Ya no quedaba nadie para guiarnos a través del infierno. Virgil había sido aplastado, con indiferencia y sin odio, como se aplasta una mosca. Nadie nos abriría aquellas puertas con un patético altorrelieve, nadie nos guiaría hasta la sala central. Permaneceríamos toda la noche allí, ante el ciclópeo edificio, caminando en círculo y agitando nuestras ridículas, impotentes pancartas. «¡Abajo la muerte!», pero la muerte estaba arriba, en el cénit, brillando con toda su fuerza como un sol negro. «¡No a la locura!», pero, si quedaban aún dioses sobre la faz de la Tierra, eran los dioses dementes de la paranoia, de la esquizofrenia y de la depresión. «¡Detened la carnicería humana!», pero los hombres seguían matándose, era lo único que habían sabido hacer desde el principio, eso en lo que se mostraban cada vez más diestros. No morían ya de uno de uno, atravesados por el filo del acero y de las flechas, sino en masa; pueblos enteros inyectados con la sustancia del odio universal destilada en el océano del mal metafísico que nos rodea por todas partes. «¡Socorro!», gritábamos finalmente todos, nadando en las aguas negras, heladas, infinitas.

Eso es lo que hicimos durante varias horas, piquetamos ante el edificio de la morgue, contemplando de vez en cuando las estatuas que rodeaban la cúpula. Sus brazos negros elevados hacia el cielo parecían, a aquella distancia, delgadas patitas de garrapatas con unas fuertes garras en el extremo. Solo se distinguía el busto de la gran estatua que levitaba en la cúspide, el resto quedaba oculto por la elevada cornisa

del templo funerario. Hacía mucho frío y caminábamos en círculo, formando varias filas, apretados unos contra otros, cuando de repente sentimos el impulso que lo había provocado todo. No procedía de mi interior. Era como si un filamento o un rayo, procedente de otro mundo, hubiera tocado mi cerebro. Me sentí de repente habitado por un pensamiento que no era el mío, pero que solo habría podido penetrar en mi mente, como esa inspiración que atenaza de repente al artista, como el rapto que lleva al epiléptico al suicidio. A mi lado, con un pañuelo negro en la cabeza, con una pancarta que decía «¡Detened la masacre de los niños!» y que sobresalía por encima de todas las demás, avanzaba Florabela, cuyo luto no conseguía cubrir la exuberancia de su cuerpo de diosa. Cuando me atravesó ese pensamiento de otra dimensión, miré su rostro enmarcado por zarcillos de cabello rojo como el fuego, y Florabela, como si estuviera al corriente, asintió.

Entonces no titubeé. Avancé, bajo la mortecina luz de una bombilla que colgaba sobre la plaza, por el centro del círculo en el que, figuras dantescas de sombras y luces, caminaban los piquetistas. El círculo se detuvo, la muchedumbre se arremolinó en torno a mí (eran cientos) y esperó. Esperaban evidentemente que me dirigiera a ellos, mirándome como si todos estuvieran al corriente, como habían mirado a Virgil en aquella ocasión, como habían rodeado a Ispas con una adulación aterrada. «Virgil, Ispas, Palamar», me vino a la cabeza. También nosotros teníamos a nuestros profetas, esos que nos habían hablado con una voz que no era la suya. Yo tendría que hacer lo mismo, porque el acto más obsceno del mundo era hablar por ti, con tu propia mente, con la pretensión de poner las palabras en la boca de un dios. Los falsos profetas eran otros maestros iluminadores que dibujaban puertas en las paredes de tu cráneo. Puertas barrocas, góticas, clásicas o *Art Nouveau*, que compartían sin embargo el mismo defecto: no se abrían jamás.

No hablé con mis palabras. Saqué del bolsillo una hoja manoseada que me había entregado en otra época Virgil y leí en voz alta el poema de Dylan Thomas:

No entres dócil en esa buena noche,
la vejez debería arder y enfurecerse al concluir el día;
enfurecerse, enfurecerse contra la muerte de la luz.

Aunque al llegar su fin los sabios sepan que la oscuridad es justa,
ya que sus palabras no desviaron el relámpago
no entran dóciles en esa buena noche.

Los hombres buenos, por ser los últimos, al lamentar lo mucho
que podrían haber brillado sus obras frágiles
se enfurecen, se enfurecen contra la muerte de la luz.

Los hombres salvajes, que capturaron al sol al vuelo y lo cantaron

y que aprenden, tarde, que entristecieron su camino
no entran dóciles en esa buena noche.

Los hombres graves, moribundos, que ven con ojos cegados
que los ojos ciegos podrían arder como meteoros y ser dichosos,
se enfurecen, se enfurecen contra la muerte de la luz.

Y tú, padre mío, desde tu altura triste,
maldice, bendíceme ahora con tus lágrimas feroces, te lo pido.

No entres dócil en esa buena noche.
Enfurécete, enfurécete contra la muerte de la luz.

Luego, seguido por los piquetistas, me dirigí decidido hacia la gigantesca puerta. Irina caminaba a mi lado con la niña en brazos. Incontables manos humanas se alargaban hacia nosotros desde el macizo altorrelieve, desesperadas por escapar de la prisión bidimensional. No tuve más que trenzar mis dedos con los dedos de una de las manos, como hizo entonces Virgil, para que la puerta se abriera. Penetramos todos, en un silencio como de museo, en el pasillo que conducía a la nave central.

Todo estaba allí tan cambiado que me recorrieron los escalofríos de una emoción abrumadora. Alineadas a lo largo de las paredes se encontraban las mismas vitrinas, pero en su interior no podías ver ya los mismos antiguos y oxidados instrumentos de tortura. Porque las vitrinas estaban ahora llenas… de objetos relacionados con mi vida, objetos que me habían pertenecido en algún momento. Vi allí las fotografías de un sepia pálido de mis padres, envejecidas y agrietadas por el paso del tiempo: la de su encuentro en Govora y la de su boda. Estaban ahora ampliadas, medían más de un metro, y debajo habían escrito un texto tan menudo que no se podía distinguir. Vi la foto de mis padres sonriendo felices, mi madre sosteniéndome en brazos, y mi padre sosteniendo a mi hermano gemelo, o tal vez al revés: dos niños idénticos, sonriéndose mutuamente como en un espejo. Vi luego los pañales amarillentos, las ropitas de mi primer año de vida, mi primera foto, en la que miro al fotógrafo llorando, con el puñito en los ojos, la página de un herbolario con una flor de adelfa seca, la campanita que había perdido en la calle Silistra, en un charquito. Vi mis pobres juguetes, el caballito deforme con la silla roja y crines de hilo, con los ojos desprendidos tiempo atrás, y el carrito arrastrado por caballos de hojalata. Vi la regla de plástico con la que miraba a la clase para verlo todo filtrado por un arcoíris, el lapicero Papagal con la punta de cuatro colores, mi corbata de pionero deshilachada, convertida en un trapo de limpiar el polvo. Vi las dos sandalias, una negra y otra marrón, que me puse por error para ir al autoservicio a comprar un paquete de café molido. Vi también unos cuantos libros ajados de la biblioteca B. P. Hasdeu y algunos ejemplares de las colecciones Historias Científico-Fantásticas y de El Club de los

Temerarios. En otra vitrina yacía una bicicleta ordinaria, torcida, sin radios, con el metal devorado por el óxido. La reconocí al instante: era aquella con la que, en Herăstrău, di miles de vueltas miserables, sin querer detenerme jamás, mientras caía la noche y un pavo real gritaba hasta dejarte sordo. Vi mis primeros pobres poemas, garabateados en cuadernos escolares, y luego un mechón del cabello de Estera, mi primer amor del liceo. En las últimas vitrinas vi los apuntes de la facultad, un jersey tejido por mi madre, manchado de pintura de coche roja. Vi mi trabajo del primer curso sobre los salmos y la hoja oficial de mi nombramiento en la escuela 86 al fondo de Colentina. Boletines de notas de la escuela, cuadernos de exámenes garabateados con tinta roja, una foto mía en medio de una clase de alumnos que parecen alucinados y mucha más *paraphernalia* propia de una vida de maestro, la más triste del mundo, ocupaban la penúltima vitrina. La última estaba vacía y resultaba siniestra, a la espera tal vez de las muestras que no habían llegado aún. Solo cuando miré mejor distinguí, en el centro, un insecto negro y macizo, con una enorme cornamenta como de ciervo. Era un ciervo volador vivo, que se mantenía firme sobre sus patitas de alquitrán y parecía mirarme. Abrí la tapa de la vitrina, la única sin candado entre todos los dioramas, y cogí el escarabajo con la mano. Era más pesado de lo que pensaba, parecía de metal macizo. Con él en la palma abierta, me dirigí al siguiente recinto, que recordaba lleno de mesas de zinc con cadáveres. Pero mi sorpresa, que había crecido durante el día hasta convertirse en una emoción incontrolable que se transformó entonces en pánico y horror. Me guardé el ciervo en el bolsillo como si él no debiera verlo.

También ahora, en las decenas mesas entre las que pasaba asombrado, había cadáveres, ¡pero todos eran el mío, a edades distintas, como secciones de mi ser desplegadas a lo largo del tiempo! Me reconocí en el recién nacido minúsculo con las piernas encogidas, rígido sobre una de las grandes mesas de la morgue. En el bebé de seis meses envuelto en una camisita azul. Y después en el niño de un año, también con *rigor mortis*, también con los ojos abiertos, también con las manitas entrelazadas sobre el pecho. Reconocí el trajecito de terciopelo y su chaleco con dos setitas, de cuando tenía cinco años, que vestía ahora el niño muerto, de ojos tiernos y castaños, de la mesa siguiente. Reconocí mi uniforme escolar, con su batita de cuadros, de cuando tenía siete años, y el uniforme de pionero en mi cadáver de los nueve años. Y así, hasta el final de la sala, se sucedían decenas de cuerpos, cada uno más alto que el anterior, el del adolescente y luego el del hombre joven que fui, ataviados con ropa que conocía muy bien, todos tan rígidos como fotografías, todos con la mirada vacía clavada en el techo, todos con los brazos cruzados sobre el pecho. Una larga serie de muertos, porque todos morimos en cada instante para mudarnos, como los cangrejos ermitaños, a una concha más espaciosa. Era mi museo, el museo de mi vida, que yo recorría ahora a la cabeza de los piquetistas, que se habían desperdigado entre mis decenas cuerpos, contemplándolos con curiosidad, mostrándose unos a otros algún detalle insignificante: el número de matrícula del brazo, un lunar en un dedo, la

sonrisa amarga en la comisura de una boca. Permanecimos allí bastante rato, como si tuviéramos que velarlos, como si tuviéramos que llorar a cada uno por separado, niños, jóvenes y hombres muertos de repente en un terrible cataclismo. El último era una fiel copia mía, vestido de negro, al igual que yo, con un cordón del zapato desatado, como lo llevaba yo en ese preciso instante. Un poco por debajo de la barbilla observé el pequeño corte que me había hecho la mañana anterior al afeitarme, y que había cubierto durante un rato con un trocito de papel.

Con la piel de gallina, con el sentimiento claro del final, me abalancé con todas mis fuerzas contra la puerta blanca y banal del fondo, haciendo que nevara sobre ella una nevisca de revoque. Así que, antes de pasar al espacio siguiente, pude ver el número en otra época cubierto. Era el inimaginable a elevado a a, el número de la Divinidad, el número en el que se encuentra el todo. Abrí la puerta y, como una ínfima población de pulgones, penetramos en la sala descomunal. Aunque ya habíamos estado allí en otra ocasión, no estábamos preparados para aquel espacio cerrado, más vasto que la mente, apoyado en unas columnas de un grosor de una escala distinta a la humana. En el centro pudimos contemplar de nuevo el sillón de dentista, como un mastodonte metálico sujeto con unos pernos al suelo que soportaba milagrosamente su peso. Nos acercamos a él rodeándolo por todas partes, con las cabezas echadas hacia atrás para poder ver, a la altura de un bloque de ocho pisos, la bóveda de bombillas apoyada en el soporte que nacía del respaldo, el reposacabezas formado por dos discos de piel, los reposabrazos del sillón, la bandeja con instrumentos dentales antiguos, las horribles serpientes de metal de los tornos y las turbinas. Nuestras cabezas llegaban al nivel de los pedales con los que el sillón descendía y se elevaba, y al de los reposapiés. Dimos varias vueltas, en silencio, en torno al gigantesco trono, agitando tan solo nuestras pancartas, para esperar después, todo ojos, que volviera a producirse el monstruoso milagro: el descenso de los cielos de la Condena y su acomodo, de nuevo, en el sillón del juicio.

Esta vez fui yo el sacerdote con efod, con la frente ceñida por una diadema de oro, con la túnica orlada de campanillas y granadas para que, al oír el tintineo, el ser divino me aceptara en su espacio sagrado, en su hálito de fiera. Yo fui el que, siguiendo las huellas de Virgil, me adentré entre los reposapiés para dar con el tablero de botones semiesféricos. Marqué una combinación que mi mente ignoraba pero que mis dedos parecían conocer desde siempre y, al igual que entonces, los revestimientos de las paredes curvas se retiraron para mostrar un solenoide cobrizo como las trenzas de una pelirroja gigantesca, una enorme bobina de grueso cable de cobre que parecía la perfección suprema. Recorría, deslumbrante, las paredes de la sala hasta perderse en la bruma del otro extremo. Otro aleteo de dedos y el solenoide, animado por la corriente, empezó a zumbar suavemente, llenando el aire verdoso de un temblor continuo. Luego el zumbido se amplificó, lento y solemne, hasta alcanzar la intensidad del rumor de una nube de langostas primero y el del insoportable motor de un avión después. Sentíamos la vibración de los pulmones en la caja torácica,

sentíamos cómo castañeteaban los dientes en la boca. Mi mano se acercó de nuevo a los botones redondeados, multicolores, de diferente textura y claridad, e improvisó con ellos, como si fuera una cítara de sonido agudo, una pequeña melodía que brotó como un hilillo de seda de los bajos del ruido del solenoide. Y la bóveda se abrió de nuevo, retirando sus pétalos espirales, y vimos de nuevo cómo giraba el cielo sobre nuestras cabezas, cargado de su rica cosecha de estrellas. Suficiente para recordar eso que, arrastrados por las alegrías y las penas de la vida, olvidamos con tanta frecuencia: que somos los hijos del cosmos, que vivimos un nanosegundo en una mota de polvo de la infinita profundidad de la noche.

¡Cuánta grandiosa lentitud! ¡Cómo ondulaban su vestido y su cabellera de obsidiana! ¡Cuánta nobleza en su rostro, ciego e inexpresivo como la cara de un insecto, cuando descendió de los cielos la colosal estatua, ocultando y descubriendo el polvo de oro astral diseminado por la bóveda! ¡Con cuánta gracia levitó sobre nosotros, en la brisa de la noche de abril que había inundado de repente la sala trayendo consigo el frescor y el estruendo de los lejanos tranvías! Y sin embargo, cuando su cuerpo cubierto de velos que no parecían vestiduras, sino excrecencias de una piel tan negra como un bloque de alquitrán, tomó asiento en el sillón del dentista, este crujió y se hundió en la tierra como abrumado por un peso incalculable. La diosa esperaba ahora de nuevo, en su trono imperial, girando levemente la cabeza como una mantis. Pero los piquetistas, que un año antes habían gritado con todas sus fuerzas contra la muerte de la luz, permanecían ahora silenciosos e inertes, con las mandíbulas apretadas, con la lengua pegada al paladar, contemplando fascinados los ojos ciegos de la estatua. Eran como ovejas camino del matadero, como condenados camino del patíbulo. Los pétalos de la cúpula se cerraron despacio, como los de una ávida planta carnívora. Ya no había escapatoria posible.

Me retiré unos diez pasos sobre las baldosas brillantes y el tablero de botones esféricos se reabsorbió en el suelo como si no hubiera existido jamás. La estatua de la Condena se cernía ahora sobre mí en un escorzo que acentuaba más aún sus formas imperiales. Poco después reparó en mi presencia, a sus pies, y se inclinó profundamente, desde el sillón, hacia mí, como si una gran sombra cayera sobre mi corazón. Yo miraba sus ojos impersonales, unos ojos sin pupila, los ojos vacíos de los niños que arrancan las alas a las moscas y las patas a las langostas, o que aplastan con el pie un hormiguero entero. Esperaba seguir los pasos de Virgil de un momento a otro, y no habría hecho el más mínimo gesto por evitarlo. Todo me parecía perdido, perdido para todos nosotros, perdido para siempre. Pero mis dedos supieron anoche muchas más cosas que yo. Saqué el ciervo volador del bolsillo y, sosteniéndolo en el cuenco de la mano, lo acerqué todo lo que pude a la diosa sombría. En el silencio de la inmensa sala circular todos pudimos distinguir cómo levantaba el brazo derecho del reposabrazos del sillón de dentista para dirigirlo lentamente, con la palma abierta y los dedos extendidos, hacia mí. Poco después, su dedo más largo tocaba mi dedo, y el pesado escarabajo, con sus cuernos de alquitrán, empezó a caminar hacia la mano

de la estatua. Era el misterio del espacio entre las sinapsis, era la gota de serotonina que recorre el minúsculo vacío como un ángel o como un mensajero. El insecto se detuvo, más pequeño que una pulga, en medio de la palma negra, sin líneas, y se reabsorbió. El contacto se había producido.

Entonces me puse de rodillas y saqué de la bolsa mis pobres cositas. Extraje de la cajita mis dientes de leche de cuando era niño, los agité en el puño y los lancé por los aires, ante la mirada de la gran mujer de piedra. Cuando alcanzaron la altura desde la que volvían a caer al suelo, flotaron unos instantes libres, fuera de la gravedad, y se colocaron, ante los ojos de la estatua, en la posición exacta que habían ocupado en el niño de antaño. Pero la diosa, con su respiración, los calcinó en el aire y los transformó en una ceniza fina. Los bucles de mis trenzas tuvieron el mismo destino, al igual que los trocitos de cordel que, hasta hace unos pocos años, me sacaba del ombligo. Le acerqué las fotografías con mis padres y conmigo, descoloridas, con los bordes rotos y un texto a bolígrafo en el reverso, para ofrecerle después a la nada, entre los dedos extendidos como un cáliz, las pocas lenguas de fuego que se consumieron y se transformaron en polvo. Me iba quedando, poco a poco, sin vida y sin destino.

Coloqué a mi lado las láminas de las visiones de la época de ahorcamientos controlados de Nicolae Minovici, *El sueño y los sueños*, de Vaschide, y el manuscrito Voynich que había recibido de manos de Palamar. La estatua se agachó más para contemplarlo no con los ojos, sino con todo el cuerpo. Hizo un pequeño gesto con las puntas de los dedos y las hojas se elevaron lentamente en el aire, se desprendieron del lomo y se mezclaron para generar una nueva obra magnífica, más intensa, más profunda, más poética que todo lo que había adornado jamás las estanterías de una biblioteca. En ella, cada una de las páginas se reflejaba en las demás y cada palabra generaba una imagen deslumbrante que generaba de nuevo, a su vez, la palabra. Era el evangelio de mi mente y el sello delicada y brutalmente marcado en la cera del mundo en el que vivía. En su maciza portada de cartón figuraba una de las láminas concéntricas del manuscrito Voynich: planetas, signos del zodiaco, mujeres corpulentas con diademas en la coronilla. Y entonces, ay, Dioniso, supe que podía insuflarle vida. Sin dudarlo, coloqué el dedo índice de la mano derecha en el centro del diagrama, que me quemó como si fuera un alambre incandescente. El libro se elevó flotando también despacio hacia el techo, y la gigantesca estatua se dirigió a su sitio para volver a sentarse, tiesa, con la espalda pegada al respaldo. Ante sus ojos, el libro se fundió en una sola sustancia, una masa azul-cenicienta que se desplegó rápidamente en ocho cubos. Vaciados del vapor lechoso, brillaron enseguida como el cristal de roca y formaron una especie de rayuela en el espacio, un crucifijo con dos vigas transversales entrecruzadas con la vertical. Luego, ante nuestras miradas, los lados cúbicos se plegaron unos sobre otros de una forma que la mente humana no puede comprender, ni observar, ni describir, hasta que finalmente brilló con todas sus fuerzas ante nosotros el objeto no-terrenal soñado por Hinton, el profeta de la cuarta

dimensión: el místico teseracto. Lo contemplábamos aunque era imposible verlo, así como no ves en el plano, en lugar del cubo, sino un cuadrado tras el cual, sumergido en otro mundo, se esconde el volumen. El hipervolumen del teseracto, su historia secreta, quedaba vedada para siempre. El brillo del objeto inconcebible proyectaba un manojo de rayos que trazó en la pared curvada de la sala una puerta. No una sencilla, tampoco una ornamentada, simplemente una puerta, sin rasgos, una puerta conceptual, una puerta del mundo de las ideas no mancilladas por la mugre y el pus de los mundos. Era la puerta, la puerta de la gran huida.

A la estatua, entonces, no le cupo duda. Yo era el del otro lado del muro, atento a los martilleos, el que los traducía febrilmente en cruces, medias lunas y ruedas dentadas. El que estaba en medio de la nieve inmaculada, dispuesto a elevarse a los cielos para la santidad o la condena. Era el elegido para la evasión, el que tenía que partir. Se puso de repente en pie y avanzó hacia mí. Los piquetistas, pegados a las paredes, gritaron desesperados. ¿Iban a ver cómo crujía mi cuerpo, cómo se desperdigaban mis intestinos, cómo estallaba mi cráneo, convertido en añicos como un cántaro viejo y seco bajo el pie vengativo de la diosa? En lugar de eso, tiesa e increíblemente alta, la Condena comenzó a hablar.

Fue un discurso largo en una lengua no solo desconocida, sino también carente de relación alguna con un aparato fonador dotado de los pulmones y la tráquea y la laringe y las cuerdas vocales y la lengua y los dientes y los labios a través de los cuales, empapada en la saliva y el amargor de las papilas gustativas, se desliza la palabra en el mundo. Era una mezcla de cantos de cigarra, de rasgueos de guitarra, de zureos de un serrucho acariciado por el arco de un violín, de agudos de la nicociana. Si se pudieran transcribir en nuestro alfabeto aquellos sonidos no pronunciados por una boca humana, pensé asustado que tal vez el resultado habría sido este:

> ychtaiis aiichy dol aiin otaiin aiidy okchd otor daiin poar keeo daiin qoair ar aiphhey qoeed eody qokaiin qotedais aporair apy
>
> lsheody tair oteey oteeo ol otaiin okeey qokaiin ar aiir al dal dcheo fcheeody ckheey dar aiin al dar ar daiiidy otedy oteody ytaiin

Luego, describiendo un amplio gesto con el brazo, abrió entre ella y yo, sobre el suelo enlosado, un agujero del que brotaron unas llamaradas. Eran lenguas de fuego, dragones entrelazando el cuello, lagartos de llamas líquidas, vivas, terroríficamente furiosas, fuego del Hades, fuego vivo. En el centro nos pareció oír los aullidos de los eternos condenados. La estatua tendió después ambas manos hacia mí, con las palmas hacia arriba: ¡elige!

Miré hacia atrás y vi a Irina con la niña en brazos. Le hice una señal para que se acercara. Saqué luego de la bolsa mi último objeto, la última posesión, mi última justificación sobre la faz de la tierra. Mi manuscrito, los humildes cuadernos hinchados por el peso de la tinta, manchados por huellas circulares de café, en los que

había escrito a lo largo de los años procurando comprender mis anomalías, mi mente y mi vida. Me eché a llorar y mojé la última página con mis lágrimas, como se hace cuando elevas una ofrenda ante un altar. Irina, pálida como la muerte, estaba ahora junto a mí. Tendí al mismo tiempo, sobre el fuego, a la niña y el manuscrito. Dejé caer los cuadernos uno a uno, al fuego, mientras mi amada sujetaba a la niña contra su pecho. Nos abrazamos, con la niña en medio, increíblemente felices, sin que nos importaran ya la estatua ni la puerta. A partir de ahora, la diosa podía levantar el pie y aplastarnos a todos… Vivíamos en el amor, y eso no nos lo podía arrebatar nadie.

El teseracto palideció y se esfumó en el vacío, también la puerta pintada en la pared desapareció por completo. Permanecería atrapado para siempre en este valle. Pero ahora sabía que no habría marchado solo, que estaba unido a través de la hermandad y el amor a todos mis semejantes, a los de la fila de la muerte, a aquellos cuya huella en este mundo se extinguiría enseguida. A los piquetistas, a mis colegas, a cada uno de los rostros que había visto alguna vez. No habría partido sin mis Irinas, que iluminaban ahora mi vida. Porque solo cuando mi manuscrito se destruyó entre las llamas empecé a sentir que tengo de verdad una vida.

El hoyo del suelo se cerró como un ojo sobre el que cayera el párpado, y la estatua, satisfecha por el aroma de la ofrenda recibida, se dejó caer de nuevo en el sillón. Despabilados ya de la alucinación colectiva, los piquetistas comenzaron a escurrirse por la puerta a través de la cual habían accedido a la sala. La mayoría murmuraba y golpeaba las pancartas contra el suelo: habían confiado en que vengara la memoria de Virgil, que aniquilara de alguna forma a la divinidad de la destrucción y de la muerte. Pero no tuvieron demasiado tiempo para pensar en ello, porque el suelo tembló de repente y una lluvia de revoque y escombros cayó sobre sus cabezas. La tierra se movía, parecía arrancarse de sus raíces, intentaba desprenderse de las profundidades. En cuanto nos quedamos solos en la sala de la morgue, lo comprendí: era el solenoide. Sentada en su sillón, la estatua de obsidiana había encendido la enorme bobina a la máxima potencia. Probablemente también las demás, las de la periferia, habían arrancado al mismo tiempo. Ahora toda la tierra temblaba, los cables soterrados se rompían, los tubos del alcantarillado se resquebrajaban, las juntas de los encofrados de los cimientos crujían. Un ruido siniestro llenó la morgue y una oleada de pánico nos invadió de nuevo. «¡Va a explotar! —le grité a Irina, arrebatándole a la niña de los brazos—. ¡Va a explotar!». Y echamos a correr por el pasillo, sin volver la vista para contemplar las muestras fúnebres del gigantesco museo. Cuando nos precipitamos afuera, despuntaba el día.

Pasamos dos horas corriendo por las calles de la ciudad, angustiados por los raíles del tranvía que se rompían y saltaban por los aires, por las casas que se derrumbaban con un estruendo apocalíptico, por las multitudes desesperadas que se dirigían hacia la periferia, por el aullido como de bombarderos que atravesaba el aire. Entramos primero por la calle Moşilor, por Armeneasca, nos deteníamos de vez en cuando para recobrar el aliento en alguna tienda de ultramarinos abandonada, llegamos a Obor, al

gigantesco mercado empedrado que apestaba a pescado y atravesamos Colentina por Ziduri-Moşi para llegar a casa. Sin embargo, cambiamos de planes, pues la ciudad había empezado a elevarse, muy despacio, desprendiéndose como la pústula de una herida. Teníamos que abandonarla a cualquier precio. Nos matamos a correr con la niña llorando en brazos y, después de unos descansos tan frecuentes como las paradas del tranvía —los tranvías habían descarrilado estaban volcados por doquier, bloqueando la carretera—, llegamos por fin al término de la línea del 21. La torre de agua oscilaba como el mástil de un velero en medio de la tormenta. Todas las ventanas de la Fábrica de Tubos estaban rotas. No entramos por Dimitrie Herescu, no tenía sentido, ya que solo estaríamos a salvo más allá de la Circunvalación. Cuando alcanzamos el puente de Voluntan oímos a nuestra espalda un ruido que parecía un trueno prolongado: el puente se había partido en dos por la parte de Bucarest y se elevaba en el aire. Nos derrumbamos, acalorados y sin resuello, entre las malas hierbas que crecían debajo del puente. Desde allí contemplamos, junto a todos los que se habían salvado, la fantástica ascensión. Se arrancaron las últimas raíces y cables, los últimos automóviles inclinados se precipitaron en la sima, y Bucarest, todo mi mundo, se elevó a los cielos. En su lugar quedó el cono de un agujero sin fondo que llegaba tal vez hasta el centro de la Tierra y que se correspondía, en el otro hemisferio, con una montaña blanca como la leche, surgida tal vez de entre unas olas verdes y cristalinas. Cuando la inmensa ciudad voladora se elevó lo suficiente, vimos horrorizados la bolsa infernal que había alimentado nuestro sufrimiento: las legiones de demonios que habían parasitado, como larvas de *trichinella*, nuestra vida interior.

Y ahora, en unos instantes, quemaré sobre el abismo estas últimas hojas. Contemplaré un rato cómo los copos de ceniza descienden, formando amplias espirales, hacia sus insondables profundidades. Luego partiremos hacia el Levante. He hablado con Irina y ya hemos decidido lo que vamos a hacer. Avanzaremos, por la orilla de la carretera, más allá del pueblo de Voluntari y, en Afumaţi, nos adentraremos en el bosquecillo de robles en el que solíamos recoger bellotas. Allí nos espera la capilla en ruinas que será, como supimos en cuanto la encontramos, nuestro último hogar. Allí nos mudaremos, entre sus paredes destrozadas y cubiertas de frescos. Allí nos amaremos y criaremos a nuestra hija. Allí envejeceremos juntos. Sumergiré la cabeza en las profundas aguas del sueño, e Irina se fundirá como el ocaso en mi pecho.

Nos quedaremos allí para siempre, a resguardo de las aterradoras estrellas.

POSFACIO

La dimensión Solenoide

por Marius Chivu

Desde su debut como poeta, al margen de su edad, de las etapas y de las circunstancias transitadas, Mircea Cărtărescu, que no concibe otra religión que la literatura, ha escrito de forma obsesiva libros de poemas, prosa y diarios, dándolo todo en cada uno de ellos, extendiendo los límites de la literatura un poco más allá, llevando a los lectores a una aventura continua, imprevisible, llena de sorpresas y de recompensas únicas.

Se reencuentran en *Solenoide*, ficcionalizados en el espejo, personajes, escenas, momentos reconocibles en otras grandes ficciones cartaresquianas. Contemplada como un planeta, la obra de Cărtărescu está constituida por sucesivos estratos ficcionales, cada vez más profundos y dotados de un componente biográfico-imaginario diferente. Por decirlo de forma simplificada, el protagonista de Solenoide escribe en el anonimato el diario de su vida, que, en otra dimensión de la ficción, ha sido ya escrita en diversos formatos ficcionales, incluso en forma de diario. Inevitablemente, Solenoide cae en manos de un lector que ha leído también el poema «La caída» y el relato «REM» y la novela Travestí y los diarios y la trilogía Cegador, de tal manera que él mismo resulta ser un metapersonaje testigo de ambas dimensiones ficcionales cartaresquianas, la «real» y la «alternativa»: el lector del diario del escritor frustrado es también el lector de la obra del escritor de éxito que guarda similitud con Cărtărescu.

Los primeros cientos de páginas del libro —que es, no lo olvidemos, el diario del escritor frustrado, su única obra— representan una especie de *Bildungsroman* a la inversa, nos muestran las deformidades, las anomalías del personaje que sancionan su condición existencial de *outsider*. Criado en los arrabales, en el seno de una humilde familia obrera que se mudaría más adelante a un barrio provisto de todas las huellas del urbanismo comunista infrahumano, el protagonista sin nombre atraviesa una adolescencia marcada por una abrumadora, insana soledad, y se ve perseguido por una serie de misteriosos episodios biográficos: un hermano gemelo fallecido poco después de nacer y cuyo recuerdo rechazan los padres, una hospitalización y una operación quirúrgica inexplicables —al igual que el internamiento, una especie de abandono parental, en un sanatorio en las montañas para el tratamiento de la tuberculosis infantil— y una serie de sueños extraños y de presencias nocturnas en forma de visitantes humanoides. Por lo demás, a lo largo de toda la narración se

alterna la existencia diurna y la nocturna del personaje: de día es un simple profesor de Lengua y Literatura Rumana en una escuela general de barrio, mientras que de noche es testigo de una dimensión paralela-onírica-fantasmagórica del mundo, debida también, en parte, a unas anomalías que le determinan a una existencia retirada, con tendencias alucinatorias.

En cuanto a la existencia social, mundana, del profesor de Literatura, Mircea Cărtărescu se revela como un extraordinario escritor realista. Se trata de los capítulos dedicados a la Escuela General número 86, con sus profesores reunidos en la sala para chismorrear y pergeñar planes de estudio, con alumnos amargados y llenos de piojos. Cărtărescu ofrece aquí extraordinarias páginas descriptivas, tan deslumbrantes y expresivas como las dedicadas al ambiente arrabalero del barrio. El lenguaje, los comportamientos, las costumbres de los profesores —una fascinante galería de retratos-tipo— se desarrollan en maravillosas páginas de una prosa realista llena de detalles sobre la vida en la época comunista. Si bien es cierto que algunos episodios desbordan la estilística realista —como sucede, por ejemplo, en el capítulo dedicado a la recogida de papel, una prosa perfectamente absurda—, no puedo evitar subrayar el admirable talento realista de un narrador particularmente lírico-fantástico-metafísico. Podría afirmarse que no se encuentra nada parecido entre los autores rumanos que han abordado la vida bajo el comunismo en las últimas décadas.

Sin embargo, la vida aburrida y monótona del profesor-escritor frustrado en una ciudad devastada, gris y fría (las descripciones del Bucarest decadente son, como de costumbre, de una melancolía abrumadora), que ha abandonado la casa de sus padres para vivir solo en una casa antigua, que realiza siempre el mismo trayecto de ida y vuelta a la escuela en un tranvía que recorre todo el barrio, con una carrera literaria rechazada y una profesión que no le interesa, que ha disfrutado incluso de un matrimonio confortable pero rápidamente liquidado debido a la degradación mental de su esposa, esa vida mediocre está, de hecho, llena de acontecimientos inexplicables o abiertamente extraños, habitada por personajes grotescos o enigmáticos, una vida atravesada por momentos alucinantes. El diario de su existencia oscila permanentemente entre lo profano y… algo más.

Se compra una casa antigua, con forma de barco, construida por el inventor de un solenoide sobre un nodo magnético; de hecho, no se trata de una casa propiamente dicha, sino de un laberinto modular con habitaciones oscuras en las que levita el personaje. En el camarote alberga una extraña maquinaria, con forma de sillón de dentista, dotada de un tablero de mandos… Es una especie de nave que flota en el océano magnético del mundo. El hospital y el sanatorio son también unas misteriosas instituciones cuyos médicos y supervisores no son lo que parecen ser, en tanto que los pacientes y los niños son sometidos a unos enigmáticos tratamientos clínicos. Al grupo de profesores de la escuela pertenece una profesora captada por la secta mística de los piquetistas, dirigidos por un tal Virgil, que organizan manifestaciones nocturnas por los cementerios de la ciudad y por la morgue. Junto a la escuela —cuyo

portero es secuestrado a su vez por unos entes desconocidos— hay una fábrica abandonada; sus laberínticas naves industriales son, de hecho, un museo de los horrores en el que se exponen dioramas con parásitos gigantescos que recuerdan más bien a una unidad secreta de experimentos biológicos abandonados. En una explanada de la periferia existe una «zona» donde aparecen unos objetos que contradicen las leyes de la física.

Están además los libros que lee el protagonista (junto con Mikola, el inventor del solenoide, el bibliotecario Palamar es la otra figura que guía al héroe): una novela de Ethel Voynich, los libros de Matemáticas del padre de esta, George Boole; las teorías físicas de su cuñado, Charles H. Hinton; el misterioso manuscrito Voynich; así como los ensayos de parasitología, los experimentos del médico forense Nicolae Minovici o las interpretaciones de los sueños de Nicolae Vaschide. Todo ello entra a formar parte de la gran ecuación existencial que debería demostrar la posibilidad de superar la condición humana, reducida tan solo a los cinco sentidos, y de abandonar así un mundo limitado a tres únicas dimensiones.

Porque, de hecho, esta es la obsesión del protagonista y la idea que vertebra el libro: la salida del cuerpo y del mundo, la salvación. El manuscrito del profesor-escritor frustrado contiene no sus anomalías, sino las señales de una posible superación de su condición, y despliega, página a página, las señales de una posible abertura de huida del mundo. Por una parte, están la casa y el barrio del escritor, repletos de ruinas, habitaciones y puertas secretas, sótanos y diversos lugares de tránsito; por otra, su vida, con sus visitas nocturnas, con los raptos/desapariciones de algunos conocidos, los indicios, las inscripciones, los mensajes, las fórmulas y los códigos que encuentra en los libros o que se le aparecen en sueños y en los dibujos de unos tatuajes… Todo ello son irrupciones y manifestaciones de otra dimensión, el atisbo de un mundo paralelo, superior, sagrado, que el protagonista presiente y adivina, un mundo que se le «muestra» y que anhela con cada fibra de su piel, con cada neurona de su cerebro. ¿Está loco el propio profesor, es uno más en la serie que incluiría también al inventor, al piquetista, al portero y al bibliotecario? Probablemente, al igual que cualquier profeta.

Como he apuntado más arriba, el tema del libro es el intento de fuga del protagonista, fuga de su cuerpo y de la realidad, de «la mente revestida de carne, de la carne revestida de cosmos». El mundo es un puzle multidimensional, una cárcel metafísica limitada por los cinco sentidos y las tres dimensiones. En sus idas y venidas por la vida y por el barrio en busca de la salida/la elevación/la iluminación, el profesor, animado por un sentimiento de predestinación, intenta resolver la ecuación en la que, de hecho, se encuentran relacionados todos los mundos desconocidos. Nada es insignificante porque en una dimensión paralela nada es lo que parece ser («no podía permitirme ignorar un solo poro de la enorme esponja en la que vivía: cualquiera de ellos podría ser la salida»), de ahí la obsesión por encontrar el sentido/la cifra de la huida del mundo en cualquier signo que podrá ser, al mismo

tiempo, código, guía y prueba: personajes, lugares, objetos, números y citas extrañas, manuscritos en lenguas desconocidas, objetos imposibles, dibujos de Escher, cubos de Rubik, bandas de Moebius, tatuajes, teseractos y politopos, teorías físicas y matemáticas, experimentos anatómicos y oníricos.

El protagonista vive en medio de un mapa a una escala demasiado pequeña como para poder tener perspectiva sobre el plano cósmico, la de su propia dimensión limitada y limitadora: «Somos como hombres dibujados en una hoja, en el interior de un cuadrado. No podemos traspasar las líneas negras y nos agotamos rebuscando, decenas, cientos de veces, cada esquinita del cuadrado para dar con una fisura. Hasta que uno de nosotros comprende de repente —porque ha sido predestinado para comprender— que no puede escapar del plano de la hoja. Que la salida, amplia y sencilla, es *perpendicular* a la hoja, en la hasta entonces inconcebible tercera dimensión. Así que, para sorpresa de los que se quedan entre las cuatro líneas de tinta china, el elegido rompe de repente la crisálida, extiende unas alas enormes y se eleva suavemente, arrojando su sombra, desde arriba, a su antiguo mundo». ¿Es esta la definición de la ascensión? Porque ¿qué es la ascensión sino la salida, la huida a un plano superior?

El solenoide se convierte en el agente de la huida a otra dimensión. Técnicamente hablando, el solenoide es un generador de campos electromagnéticos que modifica las propiedades del espacio que lo rodea y, de forma implícita, la percepción humana. La casa del protagonista está construida sobre un solenoide que altera el campo gravitacional, lo cual permite los maravillosos acoplamientos fluctuantes con Irina, con la que el profesor se retirará del mundo a la dimensión metafórica del amor (por cierto, el efecto mariposa del final podría ser la consecuencia de un pequeño gesto de la página 49). Bucarest, la fabulosa ciudad decrépita, está situada sobre una serie de solenoides que terminarán provocando su ascensión en la escena más espectacular del libro. La importancia del solenoide radica precisamente en la ruptura de la ley de la gravedad. Pero un solenoide es también una figura espacial del ámbito de la topología matemática, de la geometría: el solenoide es un polo de atracción que organiza lo irregular, que ordena lo confuso. A nivel narrativo, todos los personajes importantes del libro funcionan como polos: el inventor, los colegas de la sala de profesores, Irina, el bibliotecario… Desde este punto de vista, la importancia del solenoide reside en que aglutina la información y las experiencias de todas las esferas del conocimiento. Porque este libro ofrece un desarrollo de fuerzas que desbordan el plano literario. El manuscrito del profesor es, simultáneamente, un tratado de parasitología *fantasy* con elementos de matemática abstracta, física teórica e historia alternativa.

De hecho, ¿qué es el manuscrito del profesor? ¿Hubo un fracaso literario real o su largo poema titulado «La caída» superó con creces no solo el horizonte de expectativas, sino la capacidad de comprensión de quienes se ocupaban y entendían «solo» de literatura? El narrador de este desesperado manuscrito no quiere ser un

falso profeta literario: «Solo hay que escribir Biblias y Evangelios». De aquí que su manuscrito, elegiaco y alucinante, grotesco y sublime, desolador y espectacular, exuberante y lleno de compasión, onírico y paranoico, críptico y cartográfico, visionario y agnóstico, un manuscrito cuyo único destino posible es la destrucción en el fuego, aspire a ser una nueva teodicea (como lo ha bautizado Radu Vancu), un evangelio alternativo y trágico que contiene un Apocalipsis sin Génesis, el evangelio de un Elegido que, enviado «con un mensaje de redención» al mundo de los aradores de la sarna, fracasa en su intento por salvarlos (el episodio completo resulta asombroso), tal y como en otro momento un enviado al mundo de los seres humanos ascendió a los Cielos abandonándonos en la misma ignorancia-desesperación-consciencia-condición tridimensional.

En el plano de la creación cartaresquiana, *Solenoide* representa también un «nodo» por la forma en que, en calidad de polo magnético narrativo, atrae todas las pistas, los temas, las obsesiones literarias del resto de los libros y los reordena en un esquema piramidal. Al igual que el mundo subterráneo que se revela con la ascensión de Bucarest, *Solenoide* esconde vínculos con sus demás libros, se comunica con ellos, se «nutre» de ellos y se eleva por encima de ellos. Las primeras doscientas páginas proceden de *Cegador*, la novela se puebla luego de visitantes, de entes misteriosos de los diarios, revisita la topografía de *Nostalgia* y las aventuras identitarias adolescentes de *Travesti*, páginas enteras son poesía propiamente dicha, fragmentos desprendidos de sus grandes poemas de antaño. Podríamos encontrar así infinitas semejanzas y analogías.

En la recepción del libro se han realizado hasta ahora frecuentes alusiones a Pynchon (ídolo declarado de Cărtărescu) pero también a otros grandes nombres —por lo demás bastante evidentes— de la literatura universal. Uno de ellos es Kafka, el descenso al mundo de los aradores de la sarna sería una metáfora teológica kafkiano-swifteana, aunque también podríamos invocar la película *Fantastic Voyage* (1966), de Richard Fleischer, en la que la tripulación de un submarino es enviada en una misión de salvamento al sistema circulatorio de un sabio. Otro es Borges (en *Solenoide* aparece no solo el tema del bibliotecario, del manuscrito, de la conspiración *tlöniana*, sino incluso, en un determinado momento, un Aleph). Estaría además Nabokov (por lo que al lenguaje sofisticado respecta, con un léxico de una riqueza abrumadora que se nutre de todos los ámbitos del conocimiento) y, entre los autores rumanos, encontramos a Arghezi (*Cimitirul Buna-Vestire* sería la obra más cartaresquiana de la literatura rumana). Pueden ser invocados también otros nombres con los que Cărtărescu comparte su grandeza literaria: las historias de los dos Nicolae —Minovici y Vaschide—, personajes reales cuyas biografías se entretejen en la ficción de *Solenoide*, recuerdan lo que hace E. L. Doctorow en *Ragtime* en cuanto a la extensión narrativa, David Mitchell podría pertenecer al mismo paradigma.

Pero *Solenoide* es también, consciente/voluntariamente o no, un extraordinario polo magnético de unas ideas/motivos presentes en la cultura popular de nuestra

época. Si pensamos en el campo de la cinematografía, por ejemplo, hay quien ha traído a colación *Interstellar*, de Christopher Nolan, por el tema del espacio/tiempo paralelos, aunque habría que recordar también el modelo de *2001: Odisea del Espacio*, de Kubrik, sobre todo la escena en la que el protagonista, siguiendo a Ştefana, se encuentra consigo mismo de niño. Yo incluiría asimismo *Prometheus*, la precuela de *Alien* dirigida por Ridley Scott (por lo demás, el imaginario tecno-gótico y la maquinaria orgánica del sillón del dentista en el desván de la casa-barco tiene bastantes elementos en común con las construcciones mecanomorfas, biomecánicas de H. R. Giger, el creador del xenomorfo de la serie *Alien*, que es, de hecho, un parásito sobredimensionado como los de los dioramas de la fábrica abandonada), en la que, al igual que en el caso de la estatua de la Condena que aplasta al piquetista Virgil, un Ingeniero del Universo hace añicos al individuo que se atreve a preguntarle por el sentido de la vida. O *Martyrs*, de Pascal Laugier, una película de terror sobre el tema del martirio como posible vía de iluminación. Podríamos seguir invocando perfectamente muchas otras obras de ciencia-ficción, puesto que *Solenoide* es en sí mismo un *blockbuster* narrativo: una epopeya llena de compasión y tragedia (Cărtărescu no ha sido nunca tan trágico como lo es aquí) cuya belleza estilística y cuyo imaginario espectacular compiten tan solo con la profundidad de las preguntas y de los significados.

Sobre este libro se escribirá, en cualquier caso, durante mucho tiempo, sin que lleguemos a tener nunca la impresión de haber contemplado suficientemente su mecanismo, de haber entrevisto sus tramas, de haberlo «leído» de verdad. Al igual que el solenoide, el campo de significado de la obra cartaresquiana se modificará infinitamente en la interacción con cada lector. Porque esta es la propiedad de una obra maestra.

Notas de la traductora

[1] No se trata de escupir exactamente. Es un gesto con la lengua entre los labios para evitar el mal de ojo. <<

[2] El corte del mechón es una tradición popular religiosa que se lleva a cabo cuando el niño tiene entre uno y tres años. <<

[3] Referencia «*La vulturi*». («*A los buitres*»), un relato de A. B. Voinesti. <<

[4] Cuento infantil de Ion Creangá. <<

[5] Se refiere a las faldas fruncidas, de colores vistosos, que visten las zíngaras. <<

[6] Pregátirea Tineretului pentru Apărarea Tării: Preparación de los Jóvenes para la Defensa de la Patria. <<

[7] La Gata Ciclista era el apodo de una de las prostitutas de lujo más famosas de los años veinte. <<

[8] «Crin» significa lirio en rumano. <<

[9] Juego de construcción. <<

[10] Se refiere a los productos imposibles de encontrar en la Rumania comunista y a los que se accedía solo a través de contactos que pudieran viajar al extranjero. <<

[11] Su apellido significa «garra». <<

[12] «Abuelo Navidad» es el personaje que trae regalos a los niños por Navidad. <<

[13] «Abuelo Frío», el anciano inventado por las autoridades en la época comunista. <<

[14] Resurrección. <<

[15] *Pregátirea Tineretului pentru Apárarea Tárii*: Preparación de los Jóvenes para la Defensa de la Patria. <<

[16] El Pigargo es el nombre de unos grandes almacenes muy populares en el Bucarest de entreguerras. <<

[17] Traducción de Ben Clark. <<

[18] Unión de la Juventud Trabajadora. <<

[19] Revista del periodo comunista. <<

[20] Apellidos formados a partir de «mototol», que significa «ovillo», «pelota», y de «cálátor», que significa «viajero». <<

[21] Se trata de dos personajes de la obra *Craii din Curtea-Veche*, de Matei Caragiale. Pena Corcoduşa es una anciana loca, y Raşelica Nachmansohn, una cortesana de lujo. <<

[22] Refresco popular en la época. <<

[23] *Los chicos de calle Pal*, de Molnar Ferenc. <<

[24] Se refiere al relato infantil de Ion Creangá *Caprele Irinucái (Las cabras de Irina).* <<

[25] Revista juvenil publicada en la Rumania comunista entre 1967 y 1989. <<

[26] Marca de galletas muy popular en la época. <<

[27] Resulta imposible traducir el título original, *Somnulşi vísele*, al castellano, puesto que en español coinciden el sueño como reposo y las visiones oníricas. Sería el equivalente a *Le Sommeil et les reves* en francés. <<

[28] Queso muy parecido, por su forma y elaboración, al feta griego. <<

[29] Término para referirse al Carnaval en el sur y el este de Alemania. <<

[30] Las *iele* son personajes femeninos sobrenaturales de la mitología rumana. <<

[31] Llanura al sur de los Cárpatos en la que está situada la ciudad de Bucarest. <<